MARIO BRICEÑO-IRAGORRY
OBRAS SELECTAS

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

DERECHOS RESERVADOS

Ve-66-0002

Depósito legal: M. 13.314-1966

Ediciones "EDIME". Edificio Caoma-Ibarras a Pelota. Caracas

Editorial Mediterráneo - Diego de León, 39 - MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

B849550
1966

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

OBRAS SELECTAS

EDICIONES EDIME
MADRID-CARACAS
1966

PROLOGO GENERAL

En el regazo de la tierna madre —Narcisana Valero Salas— aprendieron las primeras letras mi padre y mis tíos los Briceño Valero. El abuelo se afanaba en rudos trabajos de artesanía y comercio; la dulce abuela cuidaba la casa, y en ella, con estímulo singular, la educación de los niños. Posiblemente había ya por 1870 escuela de primeras letras en el encantador pueblecito de San Lázaro; mas la diligente madre se empeñaba en la obra de iluminar por sí misma la conciencia de los hijos. Ignoro cómo llegó a adquirir la abuela el singular gusto por las letras que la llevó a tomar esmero tan pronunciado en la instrucción de los hijos, hasta hacer de ellos modestos maestros aldeanos. Aún a los setenta años y ya casi ciego, el mayor de los hijos —Miguel Briceño Valero— enseñó primeras letras en la población de Valera. Antes de dejar a San Lázaro para convertirse en afortunado comerciante, Ceferino estuvo frente a humildes alumnos. También enseñó el industrioso Manuel, autor de versos y de una biografía del prócer Cruz Carrillo; Américo, el menor de todos, permanece aún a los ochenta años sobre el surco de las letras, escribe que escribe acerca de temas de Historia, de Pedagogía, de Geografía, de Gramática y aún empujado por las musas traviesas que animan la fantasía vivaz.

Cuando mi padre alcanzó los veinte años, la abuela le hizo viaje a la capital de la provincia, para que ampliase el radio de los pocos conocimientos adquiridos en el modesto pueblo de San Lázaro y para que trocase con oficio de mayor provecho el magisterio de párvulos que compartía con el hermano mayor. En Trujillo mi padre se hizo de buenos amigos que le facilitaron libros, y ayudado de escaso sueldo, tuvo para sufragar el estipendio de las clases particulares que recibió del sabio don Rafael María Urrecheaga. Luego, se enredó en la administración pública, pasó a Mérida de secretario privado del presidente del gran Estado andino, y de Mérida ganó el camino de Caracas como secretario del general Jesús María Aristeguieta, delegado por el Gobierno Nacional para la pacificación de la Cordillera después de la caída de Alvarado. En la capital de la República, se hizo discípulo del viejo Núñez de Cáceres y terció en el periodismo político. Con César Zumeta, Leopoldo Baptista y José María Vargas Vila, extrañado de Colombia después del triunfo de Núñez, compartió la dirección de *El Eco Andino*. La muerte de Aristeguieta provocó el regreso de mi padre a la Provincia, donde tocóle llevar vida *modesta, en posiciones* secundarias, mas sin descuidar para solaz propio el cultivo de las letras. Pobre

era la librería de mi padre; para agrandar el radio de su continua lectura, recurría al intercambio de libros con los amigos. ¡Cuántas veces de niño llevé y traje libros del doctor Inocente de Jesús Quevedo, de don Juan Pablo Bustillos, de don Belarmino Urdaneta, del doctor Amílcar Fonseca!

Hasta altas horas de la noche, mi padre, echado ya en la cama, leía a la luz mortecina de una vela esteárica. En las tardes, recostado a umbroso árbol en el ancho huerto, me hacía escuchar capítulos de algunos libros que yo podía entender a mis cortos años. Continuamente me hablaba de que el hombre valía no por el poder, ni por el dinero, sino por la fuerza de una bien cimentada cultura. Creía ciegamente en el poder de la inteligencia, y para desvanecer el riesgo de cualquier complejo que en mí pudiera promover el verme en condiciones económicas inferiores a muchos niños de mi propia familia, me estimulaba a mantener el primer puesto en las bancas de la escuela primaria.

La inquietud por las letras que en el espíritu de mi buen padre había hecho crecer la preocupada abuela, él la acicateaba en el mío de niño. Me faltó su clara, generosa y noble dirección cuando mis mayos apenas alcanzaban a doce, pero él, como presintiendo la proximidad de la partida, había duplicado su diligencia sobre mí. Mis mejores juegos infantiles fueron los paseos por la ciudad en su sabia compañía. Las veladas familiares casi siempre estuvieron consagradas a la ampliación que él hacía de las lecciones del día. Devoto de la Historia y de la Cosmografía, me relataba en las noches el antiguo curso de los imperios, mientras al mismo tiempo me explicaba el camino de los astros. Huérfana mi inteligencia, tanto como mi corazón, por su prematura muerte, mi buena madre se empeñó en robustecer por medio de mil sacrificios la inclinación literaria ya prendida en mi ánimo infantil.

Cuando tuve doce años sentí bullir en mi mente vocación para las letras. Mi abuela de San Lázaro obraba en mí a través de la voluntad amorosa de mi padre. Primero, el periódico manuscrito; más tarde —en 1911— la hojita volandera impresa en letras de molde. Me eché a la mar de la literatura como barco sin gobernalle y sin buen lastre. Me faltó método y disciplina para orientar los pasos cortos de toda buena empresa. Con la llegada de los años, veo cada día cuánta fue la deficiencia de mi preparación, lo desordenado de las lecturas, lo improcedente de rebeldías que, lejos de encaminarse a la destrucción de los ídolos falsos de la política y de la ignorancia, llegaron a acometer ciegamente contra las altas verdades de la fe de los mayores.

Sentía la voluntad movida por un impulso de cultivar las letras. Inicié mis lecturas con profundo desorden. Sin cuidarme de la preceptiva literaria, ni aun de las leyes del buen sentido, di en atiborrar mi cabeza de la más extraña literatura: Víctor Hugo, Schopenhauer,

Voltaire, Diderot, Volney, Jovellanos, Humboldt, Queiroz y Vargas Vila, hacían una mezcolanza extraordinaria en mi indisciplinada mente. A poco divulgaba en mi ciudad nativa las ideas atomizadoras de Federico Nietzsche al mismo tiempo que rendía parias al pseudomisticismo de Amado Nervo. Había, en realidad, un complejo de rebeldía y de religiosidad en el tuétano de mi conciencia. Con mejores guías y con eficaces ejemplos, no habría dado en reaccionar durante algún tiempo contra la propia sustancia de mi espíritu, cuando al bulto había suficientes valores falsos contra quienes ejercitar la acción.

Con un grupo de entusiastas compañeros trabajé en Trujillo desde 1914 a 1918 en el pequeño periodismo. De aquel grupo que, por el periodiquín que editábamos tomó el nombre de *Ariel*, apenas sobrevivimos Saúl Moreno y yo. Puntero de la parvada juvenil fue el sabio viejo Julio Helvecio Sánchez, empeñado en tomar ímpetus juveniles para reiniciar una trunca labor que pudo hacer de él descollante figura de nuestras letras. Por entonces escribí un elogio del libro y de la libertad de la lectura, que Mariano Picón Salas leyó en Mérida en el club "19 de diciembre".

A los veintiún años el generoso e inquieto rector Diego Carbonell me llevó a la tribuna del Paraninfo de la Universidad de los Andes. Dicté una conferencia sobre los orígenes del arte. Mérida, más que Trujillo, me resultaba campo propicio para el ejercicio literario. Hice buenas relaciones con hombres de letras. Julio Sardi se esmeró en ayudarme con buenas lecturas. En la biblioteca de Mariano Picón Salas, cursante conmigo en la facultad de Derecho, platicábamos permanentemente de letras. Cuando Picón Salas resolvió seguir estudios en Caracas, ya estaba de regreso de Europa Roberto Picón Lares, quien a la par que me estimulaba en las buenas lecturas de los clásicos castellanos, me ayudó a abrir ventanas por donde entrasen los rayos de la Gracia.

Como todos los muchachos de imperfecta formación intelectual, espigué durante los primeros años en el campo de lo que pudiera llamar literatura como arte de extroversión personal. Sobre todo, me preocupaba el problema del espíritu. Me inquietaba la gran angustia que había hecho presa de mí desde el día en que sin haber roto los linderos infantiles sentí el vértigo del Infinito. El problema del qué, del cómo y del adónde erizaba de inquietud mi conciencia oscurecida. Cuando Rafael Cabrera Malo leyó en 1921 la colección de páginas literarias publicadas bajo el nombre de *Horas*, me escribió una fina carta en que declaraba que yo debía sentir como un desollado. Esta dolencia de sentir apenas ha venido a medio curar en mí cuando la vida llegó a enseñarme que las verdades del corazón iluminan a veces con mejores luces que las reflexiones severas de la mente.

En el camino de las letras me apareció el campo histórico cuando,

según lo pinto en mi libro *Tapices de Historia Patria*, tropecé con el presunto hiato que separa la República de la Colonia. Entonces me di al estudio metódico de nuestro pasado. De aquella época (1925-33) son mis trabajos sobre Etnografía, Lingüística y Arqueología aborigen. Luego concreté por entero mis esfuerzos al estudio de la época colonial. Mi modesta labor ha servido en parte para desbrozar tinieblas en el orden de los problemas históricos. Ya hoy no se condena *a priori* nuestro pasado español como sucedía hace dos décadas.

Me complace haber ayudado a la formación de nuevos conceptos para el juicio de la Historia nacional. No era racional que la problemática histórica se mantuviese en las líneas rígidas y pugnaces que le habían fijado los viejos historiadores anti-hispanistas; precisaba, en cambio, que nuestro tiempo cumpliese la consigna de revisión que con tanto acierto define Santayana al decir que cada generación está en el deber de reconstruir todo el conocimiento histórico y fijar una nueva perspectiva que se acople al genio dramático de la época.

El roce con este material literario acendró en mí el culto por los valores de la nacionalidad. Sin negar el sentido ecuménico del hombre, he defendido de manera ardorosa y sistemática los valores de lo venezolano y he denunciado en forma angustiada el proceso de disolución promovido en el esqueleto de la sociedad nacional por la presencia de anti-valores que desdicen nuestra tradición de pueblo.

Este hecho me ha llevado a dedicar la mayor parte de mi trabajo literario a la temática de lo nacional. En un espíritu profundamente saturado de los principios universalistas de la doctrina cristiana, pareciera contradictorio el empeño de exaltar el área restricta de lo nacional. Mas, el nacionalismo que yo propugno no es el nacionalismo arisco y exclusivista de los imperios. Yo defiendo en el orden social la dignidad sagrada del pueblo nacional. Creo que sin el robustecimiento de las pequeñas naciones, no puede llegarse a la anfictionía de los países. Dista esto bastante del chovinismo de quienes se sienten titulares de mayorazgos ilusivos.

En el curso de mi vida de escritor, si bien me han mordido los perros de la envidia y la falsía, más he tropezado con la fortuna que con el disfavor. Viejos amables me llevaron de la manera más cariñosa, aun en edad temprana, a la Academia de la Historia y a la Venezolana correspondiente de la Española. No vieron ellos en mí quilates de erudición ni prendas de estilo literario, sino una definida vocación de trabajo. El Municipio de Caracas, en 1946, otorgó el Premio anual destinado al mejor libro de prosa a *Casa León y su Tiempo*. En 1947 recibí el Premio Nacional de Literatura por *El Regente Heredia*.

A los cincuenta y siete años de vida, con mirada ya fría, puedo empezar a juzgarme a mí mismo. No tengo tanta soberbia como para

vestirme arreos de falsa modestia; en cambio, poseo recursos de lógica y de sinceridad que me obligan a confesar la certidumbre en que estoy de que mi obra literaria —así no alcance los quilates que avaloran la de otros escritores nacionales— goza de aprecio que sobrepasa sus flacos méritos. No por vanidoso sino por agradecido he de reconocer que mi literatura, sin galas ni disciplinas, ha llegado a ganar audiencia entre el pueblo de mi país. Algunos hombres tristes de la honra ajena han dado en agredirme por causa de mi buena estrella. Tanto como las honrosas notas críticas de conspicuos compañeros, me llenan de satisfacción cartas sencillas de maestros de escuela, de alegres estudiantes, de modestos labriegos que encuentran en mis escrituras la expresión de un sentimiento y de una idea participados ya por ellos. La solicitud con que han sido favorecidos algunos de mis libros explica que la editorial "EDIME" me haya pedido esta selección para darla a la luz anticipadamente a colecciones de otros escritores nacionales de lustre y autoridad que no adornan mi persona.

El editor me ha puesto en el trance de explicarme a mí mismo como escritor. Más que de mí, tal vez interese al lector conocer la manera y razón de haber sido escritos algunos de mis libros. En oportunidad anterior publiqué noticias sobre mi labor literaria, que no caerían mal en este prólogo galeato. Dije en aquella ocasión que mis libros *Horas, Ventanas en la Noche, Temas Inconclusos, Palabras en Guayana* y *Virutas,* como los más recientes: *Gente de Ayer y de Hoy, Aviso a los Navegantes* y *El Hijo de Agar*, que está entrando en el horno tipográfico, sólo han tenido por finalidad recoger lo que fatalmente estaba destinado a morir en el océano de las hemerotecas. Otros libros, en cambio, tienen por sí mismos historia que no vendría mal el repetirla.

Lecturas Venezolanas (1926), apareció con el fin de llevar a las escuelas, como temas de lectura para el 5.º y el 6.º grado, trozos de literatura nacional, que fuesen poniendo a los muchachos en contacto con nuestros escritores. Esa finalidad la logré con éxito, y dicho libro, que lleva seis ediciones, sirve hoy hasta en las ramas secundarias y normalistas de la educación. Es el único libro que en realidad me ha dado alguna utilidad económica.

Tapices de Historia Patria (1933), es obra de tesis cuya explicación corre en el prólogo de las últimas ediciones. Al intentar un esquema morfológico de nuestra cultura colonial, quise defender la integridad histórica del país nacional, expuesto a la quiebra conceptual que provoca el ahistoricismo con que fue durante mucho tiempo juzgado nuestro pasado hispánico. Hoy es libro consultado en las cátedras de Historia patria.

El Caballo de Ledesma (1942), tiene, también, su explicación en los prólogos de las últimas ediciones. Se formó este libro por sedimentación de comentarios en torno al símbolo de Alonso Andrea de

de justicia, de fraternidad, de libertad y de igualdad no presuponen una previa abolición de las áreas históricas donde los hombres desarrollan su vida conforme a la tipicidad antigua. San Pablo no pidió a los gálatas, ni a los efesios ni a los romanos la renuncia de su tradición nacional. Para enseñarles a Cristo, tomó el lenguaje de los diversos pueblos gentiles. El sentido comunitario de la Iglesia se compadecía con lo particular de cada nación. Distinto es el caso del nacionalismo agresivo de los pueblos y de los conductores que se creen superiores al resto del género humano.

Por esencia soy hombre idealista. El mundo de las ideas más que el mundo de los hechos ha sido la temática preferida en mi labor de escritor. En el confuso terreno de la realidad venezolana he dado algunos tropiezos por entretenerme en la contemplación de un espejismo. A pesar de todo, creo en el progreso humano. Así el hombre construya bombas infernales para su propia destrucción, sigo confiando en un nuevo renacimiento del espíritu. Pese a mi censurado tradicionismo, no tradicionalismo, soy fervoroso amante del progreso. Aún dura en mi mente la impresión que a los catorce años me hizo la frase de Balmes que puse de epígrafe a mi primer producción impresa: *El mundo marcha, quien se detenga será aplastado, y el mundo continuará marchando.*

En mi estructura intelectual he sabido juntar a la idea de progreso, el espíritu que busca fuerza en el pasado para mejor correr hacia el futuro. Con Jacques Maritain juzgo que existe en nuestro mundo un poderoso fermento cristiano que terminará por dominar el ámbito social y político de los pueblos. Mi fe profunda en los valores normativos de la doctrina cristiana, me lleva a apartarme del sofisma de teólogos abarrancados que buscan dignidad de justicia aun para las bombas aniquiladoras. Cultivo en cambio la convicción de que aun los trozos rotos de la llave del Paraíso, juntados a la pecaminosa realidad del hombre, tienen fuerza para activar la Historia, según enseña el gran maestro francés.

Pobre, sencilla, sin la dimensión de la obra de quienes han tenido mayor cultivo y mejor tribuna, mi labor literaria no llegó a aspirar el tratamiento generoso que le da la Editorial "EDIME" cuando la viste de apariencia clásica. Par mí, en cambio, representa un grande esfuerzo de perseverante trabajo individual. Generosos amigos me han hecho escuchar palmas entusiásticas que no han sido, en cambio, parte para que me deje llevar de la vanidad fácil. Sé lo poco que valgo en el orden de la cultura nacional. Si algún mérito puedo en justicia recabar, no es otro que haber puesto mi voluntad al servicio de todo esfuerzo encaminado en Venezuela a cultivar la inteligencia, y haber estado siempre dispuesto a dar honra a quienes caminan delante de mí. Cuando he asumido alguna actitud magistral frente a los jóvenes, ha sido para mostrarles las cicatrices y las fracturas que en mí dejaron los malos caminos. Con

enseñarles mis fracasos contribuyo a que mejor se adiestren para seguir el camino del buen éxito.

Muchos seguramente encontrarán cierto tono monótono en el conjunto de la presente Selección. Cuando he metido la podadera en el modesto mundo de mis escrituras, he tropezado por todos lados con la problemática nacionalista que sirve de numen a mi labor literaria. Pocas veces he dado suelta a la pluma para desarrollar temas que se aparten de lo venezolano y de lo americano. El modesto tintero donde mojo mi cálamo no me ha ofrecido variedad de tintes para colorear mi escritura. En cambio, me ha prestado tinta clara y durable para expresar pensamientos dirigidos al bien común. Alguien podría motejarme de falta de modestia porque anote el hecho de que las ideas puestas en movimiento por mi pluma no han servido para cohonestar contrapasos en el orden social venezolano. Me sirve de orgullo saberme intérprete de la angustia permanente de la Patria, tanto como poder proclamar que jamás como escritor he bajado a los terrenos vedados de la injuria, de la difamación y de la calumnia. He criticado muchas veces sistemas e ideas. Nunca he agredido individuos, ni he puesto jamás mi pluma al servicio de terceras intenciones. Al pan he llamado pan y al vino vino, bajo la plena responsabilidad de mi nombre. De los ataques que se me han dirigido he hecho poco caso, pues cierto estoy que el tamaño de los hombres ni crece con la vanagloria ni disminuye con las diatribas. Las palabras que pueden hacerme crecer o menguar son las palabras que salgan de mis labios o las palabras que mi pluma escriba. Los guijarros que me tiren los adversarios pueden servirme, en cambio, para que aumente mi coturno, al modo como suben las cruces camineras en razón de las piedras que les arrojan los transeúntes crédulos. El que anda buenas vías, no teme el ladrido de los perros feroces en que puedan convertirse mansos galgos que ayer dejaron en sus manos la humedad del lamido obsequioso. No tengo en mi libro mayor partido para el odio. Me sabe, por ello, sentir mis cuentas ajustadas con Dios y mi conciencia. La lista negra de quienes me han traicionado, la sustituyo por la lista dorada de quienes han sabido hacer honor a la amistad.

★

Al revisar el material literario aquí incluido, he hecho muy leves alteraciones de forma y contenido, por donde pudieran parecer algunos juicios en contradicción con trabajos posteriores. Siempre me he sentido dispuesto a rectificar anteriores posiciones erradas. "Mi actitud puede transformar hasta mi pasado, no en los hechos, pero sí en su acción sobre mi estado espiritual presente", enseña con profundo sentido André Maurois. También yo he sentido la modifi-

cación que en mi espíritu ha promovido un mejor conocimiento del mundo presente y del mundo pasado. Ninguna rectificación ha obedecido a un propósito de ampliar el radio del beneficio personal; sí, en cambio, ha significado la experiencia de un nuevo sacrificio. Para don Juan Agero y para don Adolfo Cadavieco, gestores amables de la Editorial "Edime", mi rendida gratitud.

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY.

Madrid, 19 de abril de 1954.

CASA LEON Y SU TIEMPO

(AVENTURA DE UN ANTI-HEROE)

(PREMIO DEL MUNICIPIO DE CARACAS EN 1946)

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICION

La buena acogida que el público en general y la docta crítica han tenido para este ensayo de interpretación histórica, nos obliga a hacer de él la presente segunda edición. Afortunadamente hemos hallado valiosos documentos que nos permiten mejorar algunos datos, y, a la vez, rectificar algunas otras noticias anteriores. La defensa de don Antonio de León, que consultaron Juan Vicente González y Arístides Rojas, apareció entre los documentos de este último que la familia Boulton donó en fecha reciente a la Academia Nacional de la Historia. Dicha pieza estaba encaminada a la defensa del realismo de Casa León, y de los datos aportados en ella se evidencia una vez más la doblez característica del personaje. Con su ayuda y con la de otras fichas que, por extravío, no consultamos para la primera edición, el relato ha adquirido mayor consistencia, sin que en nada haya variado la tesis fundamental del libro.

La malicia del público, natural en estos casos, ha procurado dar actual nombre propio al anti-héroe, con lo que se desvirtúa la intención del tema. Casa León no es un individuo. Casa León es una clase, un estamento de invariable consistencia en el desarrollo de la política nacional. Cambiar de consigna no es ser Casa León. Con el cambio se requiere la permanencia de una fuerza económica que si busca sin escrúpulos para su progreso la sombra del Poder, es requerida a la vez por éste como supedáneo de la política del momento. Presentarlo, no como anécdota personal, sino como símbolo durable en la estructura de nuestra tormentosa historia, ha sido nuestro intento. Así lo han entendido la mayoría de los generosos y autorizados críticos que, con su aplauso, nos han estimulado para proseguir con mayor ánimo en nuestra investigación histórica. Sea para ellos el testimonio de nuestro profundo agradecimiento.

Caracas, mayo 22 de 1947.

INTRODUCCION

El *marqués de Casa León es uno de los más curiosos personajes que figuran en el tránsito de la Colonia a la República. No hay historia de Venezuela en que, así sea de paso, no se le nombre. Sin embargo, ningún estudio existe donde se presente en conjunto esta extraña figura de nuestro proceso histórico. Apenas Lino Duarte Level publicó en 1901 un esbozo en que se da una idea sintética de Casa León, y Eloy G. González, en 1916, escribió una breve semblanza en la que intenta el perfil de quien anduvo enredado en el ascenso y en la quiebra transitoria del movimiento emancipador* (*).

Con grande esfuerzo hemos logrado recoger durante varios años una serie de documentos y noticias que permiten formar un cuadro general de la vida de este hombre y del ambiente de la época en que figuró junto con sus hermanos don Lorenzo y don Esteban. Muchos documentos necesarios al cabal conocimiento de su vida nos ha sido imposible tenerlos a la vista. De sus estudios y formación en España no tenemos noticia, y su primera cronología caraqueña carece de datos precisos, por donde hemos supuesto que llegase a Venezuela junto con su hermano Esteban durante el término del gobierno de Agüero, aunque pudo venir antes o más

---

(*) *Posteriormente a la primera edición de esta obra hemos tenido oportunidad de leer el estudio del ilustre historiador Rufino Blanco Fombona, publicado en los números 1751-1755 de "El Constitucional" de Caracas (septiembre de 1906) sobre el capitán Domingo Monteverde, y en él hemos admirado el estupendo enfoque de la personalidad de Casa León que hace el sagaz historiador. Profundamente nos ha complacido ver cómo B. F. en breves párrafos resumió las características de Fernández de León, con criterio semejante al que nos movio al describir su vida y obras. "¡Oh Marqués de Casa León —dice—, hombre de labia, servicial, buen amigo, te conozco! De diario te veo, hace muchos años, en los corredores de la Casa Amarilla, de Santa Inés y de Miraflores. Mis hijos, mis nietos te conocerán; recibirán tus zalemas. Eres inmortal."*

tarde. El nacimiento debió de ocurrir en 1750 (*). La muerte le llegó en Puerto Rico en 1826. Mas estas circunstancias no impiden para que de él conozcamos sus hechos más fundamentales y podamos formar un juicio de su carácter y propósitos.

La opinión favorable que de él tuvo el inmaculado Regente Heredia y las entusiastas expresiones del Libertador y de Revenga, han servido para que se le mire por algunos como hombre lleno de generosidad e influencias a quien las circunstancias de la política llevaron a figurar en uno y otro bando, movido por el deseo de servir a sus amigos y de prestar al Estado la valiosa aportación de sus grandes capacidades financieras.

En nuestro estudio, Casa León aparece como hábil maestro de la intriga, movido en todos sus actos por desmedidos propósitos de figurar en primera línea. Más que un Fouché criollo a quien es fácil perseguir a los amigos de ayer y ganarse por medios equívocos la voluntad de sus enemigos cuando llegan al Poder, para nosotros Fernández de León constituye el símbolo paradojal de la oligarquía criolla, perpetuada, con las variantes del tiempo, en torno a los hombres que han ejercido el Poder.

Así como Andrés Bello representa el luminoso puente intelectual entre la madura Colonia y la naciente República, Casa León encarna al desnudo la prosecución del proceso económico colonial, con la excepcional circunstancia de que si no permanece con figuración personal en la República como los otros señores de su clase, lo sustituye en su fundamental función de terrateniente el propio general Páez, nueva cabeza de los cuadros oligárquicos camuflados en la República. El se aleja para siempre al asegurarse la Independencia, pero deja el tipo *de su clase: desapareció como hombre que simboliza un proceso, pero quedó el sistema, a quien da nuevo sello su propio opositor en la contienda política. Es, más que un grito humano, una voz telúrica. Con el ejemplo de Casa León se hace fácil entender la psiquis sinuosa de la oligarquía que tanto en la Colonia como en la República, simulando un dudoso vestalismo, trabajó y ha trabajado para asegurar sólo*

(*) *Los archivos parroquiales de la villa natal de Esparragosa de Lares fueron destruidos en 1936 durante la guerra civil española.*

sus absorbentes privilegios de clase, sean cuales fueren las ideas de los gobernantes en turno. Si él se va, aferrado a última hora a una ortodoxia realista que lo salva en concepto de los españoles, retornan, en cambio, los godos de las emigraciones, que vieron desde las islas el proceso angustioso de la República, y que, cuando ya está rematada la obra de la Independencia, vienen a lucrar con las influencias que le ofrecen sus antiguas relaciones. Si las fincas de éstos fueron confiscadas, vuelven presto al disfrute de ellas por cualesquiera artes, y lo que es más: llegan hasta adquirir a precios irrisorios los vales repartidos a los soldados de la victoria. Bolívar llamó a Casa León posiblemente cuando estaba en Puerto Cabello. Su situación era entonces difícil para sumarse a la República. Después, ausente el Libertador y ya Páez en el timón de mando, no era posible al antiguo noble ganar la partida a las nuevas fuerzas del Estado venezolano.

Como personaje humano, Casa León es de dimensiones que obligan a mirarlo con singular interés. Es el gran señor a quien mueven fuerzas de una descomunal ambición. Frío, calculador, soberbio, insinuante, simulador, provisto de inmenso talento, de fina estampa y de señoriales maneras, camina el camino que más fácil le parezca. Las buenas y las malas artes son para él iguales si le llevan a ganar la empresa.

Para encuadrar su vida en el ambiente de la literatura, hemos sumado al rigor de los datos hitóricos algunos pasajes de fantasía, que por nada agregan hechos falsos que pudieran tomarse como intento de novela. Ninguna palabra hemos puesto en boca de los personajes que fueran de nuestro invento. Nos hemos limitado a imaginar situaciones que debieron de haber sucedido, unas con afinco inmediato de documentos, otras de libre imaginación, pero ajustadas a la realidad que se escurrió a las crónicas. En notas al final de la obra damos las novedades agregadas para contornear el cuadro. Cada lector de historia forma su "mundo personal" para la interpretación y comprensión de los hechos escuetos que suministra el analista. Hemos querido ofrecer a los lectores, con las noticias rigurosas de Casa León, nuestro propio mundo interpretativo, sin sacrificar la verdad por el buen éxito de una paradoja o por la brillantez de un epigrama.

Acaso en el recuerdo de los hechos de la era colonial nos

detengamos más que en la exposición de acontecimientos de la época de la Independencia. Ello obedece a la oscuridad general en que se ha mantenido el cuadro de la Colonia, urgida de más ancha y mejor comprensión, a fin de que se vea salir de ella la República como mariposa que rompe la tenaz urdimbre y no como hecho catastrófico e inexplicable que provoca un hiato o una pausa en el proceso de la Historia. Las revoluciones, pese a la violencia del tránsito, son el climax de procesos dialécticos que no pudieron realizarse por la vía del ascenso natural dentro del orden de la sociedad. Ninguna revolución se ha hecho con ideas que no tuvieran su contrapartida en el cuadro que se va a transformar. Cuando soplaron los aires de autonomía y de independencia, en el ambiente colonial existía una madurez económica e intelectual y una angustia expansiva que le daban raíz en el suelo de las realizaciones de la Historia.

Los sucesos de la Magna Guerra apenas los enunciamos precipitadamente, porque no es nuestro propósito relatar circunstancias en que no aparezca relacionado directamente nuestro protagonista, y, además de ello, son hechos éstos extremosamente conocidos de nuestro público.

Con nuestro trabajo de hoy sólo aspiramos a que otros estudiosos de la Historia nacional intenten mañana un examen más profundo del extraño caballero que, fiel a su veleidad, ha sabido hasta hoy ocultarse como figura entera entre las páginas de los anales patrios, acaso poco urgidos de su ejemplo inmediato para habernos presentado esa serie de personajes que, olvidados de los compromisos de antaño, únicamente han visto la política y sus programas como escaleras para sumarse al coro de quienes manejan los martillos.

Sea esta la oportunidad de expresar nuestro reconocimiento a los apreciados colegas doctor Héctor García Chuecos y don Julio Febres Cordero y a la insigne paleógrafa doctora doña María Teresa Bermejo, por la eficaz ayuda que nos prestaron en el acopio y examen de los datos documentales de que nos hemos valido para la formación de este moderno ensayo. Y vaya nuestra gratitud para nuestro querido compañero Mariano Picón-Salas, por la brillante presentación con que enaltece nuestro trabajo.

Caracas, febrero de 1946.

CASA LEON Y SU TIEMPO
(AVENTURA DE UN ANTI-HEROE)

I

UN PROVISOR DE HIERRO

En medio de grande alborozo despierta la tranquila ciudad de Santiago de León de Caracas el 20 de junio de 1757. En este día ha de entrar solemnemente en la capital de la Diócesis el nuevo obispo, ilustrísimo señor don Diego Antonio Diez Madroñero, designado para llenar la vacante ocurrida por el fallecimiento del señor Antolino, acaecida en La Guaira el 7 de agosto de 1755. A más del alegre bullicio de campanas, nutrido fuego de morteros avisa a los cristianos caraqueños el comienzo de las fiestas. Espesa niebla bajada de las alturas del Avila inunda la ciudad y le presta aspecto somnolento. Metidos en sus mejores galas señores y señoras del principal se dirigen a los templos del Sagrario, San Jacinto, San Mauricio, la Merced, San Pablo y la Candelaria y a las ermitas menores de Santa Rosalía y la Pastora para asistir a las misas de acción de gracias con que la piedad empieza a manifestarse en este día.

De la Catedral parten a hora prudente los grandes dignatarios civiles y eclesiásticos, precedidos de heraldos, cruces, estandartes y maceros. Van sobre finas cabalgaduras el gobernador y capitán general de la provincia, brigadier don Felipe Ricardos; los alcaldes ordinarios, don Juan Francisco Mijares y Solórzano y don Martín de Tovar Blanco; el gobernador del obispado, don Manuel de Sosa Bethancourt; el deán, don Jerónimo de Rada; los demás miembros del Cabildo Eclesiástico, excepto aquellos que se trasladaron hace varios días al vecino puerto a dar la bienvenida al prelado; el vice-rector de la Real y Pontificia Universidad de Santa Rosa de Santa María, doctor Francisco de Ibarra; don José Ferrer de la Puente, teniente

de gobernador; los superiores y frailes de las Ordenes de predicadores, franciscanos y mercedarios, y los padres de la Compañía de Jesús; los miembros del Cabildo civil; los jefes de los cuerpos militares; los profesores de la Universidad y el Seminario; señorío de la ciudad y gran muchedumbre de pueblo. La procesión se dirige hacia el sitio de Torrero, en la parte alta de la ciudad, donde se bifurca el antiguo camino de La Guaira, para esperar allí a su ilustrísima, a quien hacen compañía desde el vecino puerto el arcediano don Francisco de Tovar, el magistral y rector de la Universidad, doctor Carlos de Herrera; el alguacil mayor de la ciudad, don Juan Cristóbal Obelmejía; el regidor don Miguel Blanco de Villegas, el cura de La Guaira, algunos frailes dominicos y franciscanos y personas devotas que se han adelantado a rendirle la primicia de sus saludos.

Buen sol brilla en el claro cielo caraqueño y a sus rayos ardientes mejor lucen los costosos arreos de los señores, obligados a esperar en pie un largo rato debido a retardo de los viajeros. Cuando éstos se avecinan, el brigadier Ricardos es el primero en adelantarse al encuentro del obispo, a quien abraza con efusión después de besarle, en señal de respetuoso homenaje, el anillo pastoral. En el cercano convento de los padres de la Merced, el obispo procede a revestirse de los pesados ornamentos pontificales y luciendo la vistosa mitra y cubierto de recamada capa pluvial, echa de nuevo la pierna a la gruesa mula en que viene desde La Guaira. El cortejo lo abren los clarines y el heraldo, adornados de pintorescos penachos emplumados; los maceros del Cabildo, con hopas de gala; el gobernador, el teniente general, los miembros del Ayuntamiento, el clero regular y el secular, los salmistas y, por fin, las altas dignidades eclesiásticas haciendo corte al aclamado obispo.

Llegada la procesión a la Catedral, después de haber recibido su ilustrísima el agasajo de arcos levantados en su honor en las principales esquinas del tránsito, empieza el canto del Tedéum ante la Majestad sacramentada. El templo se hinche de las mejores voces que entonan con singular fruición el himno ambrosiano, para terminar con la triple bendición que el emocionado obispo imparte por primera vez a esta amada grey, de cuyo destino espiritual se siente responsable ante Dios y su conciencia.

Terminada la función y despedidas con el ceremonial de costumbre las autoridades civiles, el obispo es conducido en lujosa silla de manos a su palacio, por lacayos ataviados de hopalandas de color violeta, y mientras en los aposentos de la Episcopalía se sirve el suculento banquete a que están invitados el gobernador y los principales señores de la ciudad, en las calles se corren cintas, en la plaza el pueblo se regocija con la lidia de toros, clarines y chirimías alegran los aires de la ciudad, bailan los enmascarados al son del arpa y las guitarras, sin que falte el monótono y triste tambor de los negros ni la rápida maraca de los indios acudidos de los pueblos cercanos. Todo es fiesta y alegría en la naciente urbe, ignorante de que con el nuevo obispo se inicia para ella una era de áspero recogimiento que terminará por convertirla en severísimo convento.

Correspondidas al día siguiente por el flamante mitrado las visitas y homenajes de las autoridades civiles, se encierra en su despacho para dar organización al gobierno de la Diócesis que el favor de Fernando VI y la benignidad de Benedicto XIV han confiado a sus luces y virtudes. Fija para provisor los ojos en el chantre don Pedro Tamarón, por ser como él extremeño y estar bien experimentado en el gobierno del Obispado, cuya Vicaría Capitular había ejercido a la muerte del señor Abadiano, mas el discreto sacerdote declina el honor de la designación y le insinúa no proveer en clérigo nativo el Provisorato, sino reservarlo para un familiar suyo, en quien pueda depositar toda su confianza.

Fácil es al nuevo prelado seguir el consejo del prudente chantre. Con él viene desde España, en calidad de secretario, el presbítero Lorenzo Fernández de León, quien, a pesar de ser joven y de no tener experiencia de gobierno, reúne cualidades excepcionales de carácter y una marcada aplicación al estudio del Derecho. Bien conoce el obispo los puntos que calza el familiar, y procede en seguida a investirlo de la dignidad aconsejada. Magnífica ayuda tendrá en la persona de este mozo, como él de austeras costumbres y como él animado de un espíritu de orden y disciplina, que bastante falta hacen en esta Iglesia de Caracas.

El propósito renovador que anima al obispo se pone luego de presente. Empieza por convertir la sala del trono en calabozos donde recibirán severo castigo los transgresores de la

disciplina eclesiástica, para cuyo fomento establece las conferencias mensuales del clero, con asistencia obligada de todos los religiosos seculares; y en orden a promover el sentido ascético entre clérigos, descuidados y propensos a la vanidad y relajación de las costumbres, inaugura en el Seminario los Ejercicios de San Ignacio.

A pesar de la resistencia que los sacerdotes oponen a los planes renovadores del obispo y su provisor, éstos no desmayan en el empeño de levantar la piedad y mejorar los hábitos de la cristiandad confiada a su gobierno. Empiezan por dar ejemplo personal hasta en la manera sencilla de vestir, y luciendo en todo costumbres ajustadas a la dignidad eclesiástica, logran enmendar en gran parte la vida de los sacerdotes, para cuya ordenación el señor Madroñero realiza de previo escrupulosas pruebas encaminadas a definir la vocación y la virtud de los postulantes. Y el obispo va a más: quiere ahuyentar toda manera de hábitos paganos y condena holgorios y festines donde la deshonestidad e incontinencia puedan tomar aliento. Prohibe el carnaval bajo severas penas, y en lugar de la zapa, el zambito, los fandangos, murrangas, carizos, danzas de monos y contradanzas del diablo, de los secretos y la apodada alemana y otros bailes de origen popular, es impuesta la práctica nocturna del rosario público por las calles de la ciudad; y en el deseo de hacer más patética la devoción a María Inmaculada, ordena que en los corrales y teatricos ambulantes sean sustituidos los sainetes festivos por autos religiosos dedicados a honrar a la Virgen Madre, y allí, cerca del Palacio, en el teatrico que el gobernador Ricardos hizo construir en la parte norte de la Plaza Mayor, manda representar el *Auto a Nuestra Señora del Rosario*, hecho de encargo suyo por un porcionista del Colegio Seminario, a cuyo término y "cuando la Justicia absuelva a los moradores, en tanto que éstos gritan:

> Madre de Dios del Rosario,
> misericordia y piedad,

levántanse los cojos, los mancos, las víctimas del terremoto, y todo el mundo promete entregarse con devoción al rezo del Rosario".

Las horas canónicas son avisadas desde entonces por las campanas de todas las iglesias y capillas, para que los fieles

recuerden el aviso de la Encarnación del Hijo de Dios y dirijan a la Virgen sus plegarias. Fiel a la idea de fomentar por todos los medios la piedad del pueblo, recurre a un artificio que confunda al celo por lo espiritual con el afecto a la región. Patronos de Caracas son, con Santa Ana y Santa Rosalía, dos santos que recuerdan la época feroz de la Conquista: Santiago y San Sebastián, fornidos capitanes que habían ayudado al español en la empresa de reducir al aborigen, el uno defendiendo al conquistador contra las flechas enherboladas del natural, el otro, jinete en blanco y alígero caballo en las empresas de la fe, acudiendo cuando el castellano lo invocaba al enfrentarse a los gruesos escuadrones del indígena. Precisa un culto nuevo que venga a unir la universalidad del cristianismo con el afecto particular de la nativa tierra. Acaso vio en los anaqueles de la Curia el viejo expediente que su antecesor fray Alonso Briceño había hecho formar en 1668 por el licenciado Juan Caldera de Quiñones, cuando autorizó el culto público de la Coromoto; pero esta tradición, por lo reducido de su ámbito interiorano, no la halla con fuerza capaz de despertar el fervor de la empingorotada sociedad capitalina, y crea un patronazgo que viene a enlazar el culto de la Madre de Dios con el apego afectuoso a la ciudad episcopal. La capital tiene voto público de honrar a la Virgen María y bien unido ahora el obispo con las autoridades civiles, obtienen del rey ambas potestades la debida autorización para el nuevo culto de Nuestra Señora de Caracas.

Reúne el obispo en su Palacio a devotos y devotas a fin de idear la imagen que represente la nueva advocación, y después de oídos distintos y aun opuestos pareceres, se acuerda que el lienzo figure a la Virgen María coronada por los ángeles y reposando sobre nubes; a la derecha, la Señora Santa Ana, Patrona de la Catedral, y el Señor Santiago, Patrono de la ciudad; a la izquierda, Santa Rosa de Santa María, Patrona de la Universidad y el Seminario, y Santa Rosalía, abogada de las pestes. En el fondo inferior aparece la ciudad de Caracas con sus montes y collados, y entre los ángeles, un robusto querubín que ofrece a la Virgen las armas de la ciudad, con el exergo en homenaje a la Inmaculada Concepción, que Carlos III ha autorizado agregar al viejo escudo concedido por Felipe II.

Pero este nuevo manantial de devoción, enriquecido luego con jugosas indulgencias, no es suficiente para llenar el ansia de piedad que anima a las autoridades eclesiásticas. Precisa imprimir fisonomía religiosa a todo el pueblo. No bastan las procesiones nocturnas de las parroquias ni los alardes de piedad que sustituyen a las antiguas festividades del carnaval. Caracas, hoy por hoy, está reducida a pequeñas lindes y el obispo ha resuelto dar a las manzanas, esquinas y calles nombres que recuerdan la vida y pasión de Jesucristo. Ha impuesto patronos particulares a las casas de los moradores y ha ordenado que en las esquinas se exponga, iluminada durante la noche, la imagen del santo o de la virgen que les dé nombre. Los curas levantan el padrón de la ciudad, con las señas de los jefes de familia y del santo o la santa escogida para particular tutela, y las autoridades públicas ven con regocijo cómo el celo devoto de los fieles vecinos mantiene alumbradas las esquinas de la ciudad mariana. Así contribuye indirectamente el obispo al progreso civil de la ciudad, por obra y gracia de su espíritu devoto convertida en ancho convento sin clausura.

Esta labor de reforma no se lleva a término sin que obispo y provisor choquen con la molicie de las gentes y con la desgana del propio clero para enmendarse de costumbres. El señor Madroñero es adusto de carácter, mas de suave natural; en cambio, el provisor, según lo pintan los eclesiásticos, es dominante, de fieros modales y tan contencioso como incedable. Por ello, lo violento de las medidas más se imputan al genio áspero de Fernández de León que al propio querer de su ilustrísima, quien podría ser, agregan los enemigos de don Lorenzo, el pastor más amable, con derecho a la siempre universal estimación de la Diócesis, de no mediar la rigidez que el provisor añade a las piadosas inspiraciones del obispo. Esta circunstancia hace que el gobierno del señor Madroñero, si en parte sabe esquivar competencias y disputas, antes a la moda, con las autoridades civiles, no logre evitar el disgusto que en el clero provoca su terco empeño por enderezarlo de costumbres y llevarlo a una vida de más notoria devoción.

Leves fricciones apenas ocurren entre la autoridad eclesiástica y los representantes del poder real. En los conventículos de togados y gentes de sotana se comenta con gran

interés la disputa que ocurre entre el provisor y el capitán general con motivo de los solemnes funerales celebrados en honra de la reina madre, doña Isabel Farnesio, en los cuales, a la hora de la oración fúnebre, el canónigo magistral doctor don Luis José de Vargas omitió el elogio acostumbrado del gobernador, como vice-patrono real. Se dice que ante el reclamo de Solano, don Lorenzo ha protestado por la manera en que se ha atrevido el capitán general a dirigirse a él, como si fuera un subalterno suyo; y si bien las cosas no llegan a mayores, el provisor ha remitido el expediente a España, donde seguramente lo archiven con el menosprecio que allá tienen para estos fastidiosos y pueriles juicios que les remiten los ociosos tribunales de América.

Vencidas las primeras reacciones del clero y deseosa la Mitra de fomentar prácticas de efectiva salud espiritual, mira a hacer cumplir las Constituciones del Sínodo de 1687, que ha hecho reimprimir en Madrid, y las cuales imponen a los clérigos seculares la obligación de asistir con sobrepellices y bonetes a las funciones de coro que se efectúan en las treinta y más fiestas mayores ordenadas anualmente por las rúbricas. Es ésta en el fondo más cuestión de piedad que de disciplina canónica y contra ella habíanse ya alzado los clérigos cuando el obispo Escalona y Calatayud, que lo fue por los años de 1717 a 1729, hubo de intentar llevarlas a la práctica. Ante el temor de verse obligados a la concurrencia dicha, los eclesiásticos discuten agriamente con el provisor la imprudencia de la medida, ya que afincan su derecho en la Cédula ganada cuando el señor Escalona quiso hacer cumplir las letras sinodales. Pero si aquél había acatado las palabras del rey, el provisor actual no transige con la derogatoria de medida que a su estricto juicio ve en provecho del culto y en beneficio de las costumbres del clero. Fernández de León no es para darse por vencido ante la oposición de sus súbditos y pleno en el gobierno, por ausencia del señor Madroñero, ordena fijar en las tablillas de la Episcopalía los edictos conminatorios. Mas la muerte del obispo, acaecida en Valencia el 3 de febrero de 1769, pone cese al altercado con el término de la autoridad provisoral, que nunca más logra alcanzar don Lorenzo, no obstante "los más importunos y poderosos empeños que hizo para serlo".

II

LOS FERNANDEZ DE LEON

Si la muerte del obispo da fin al férreo Provisorato de don Lorenzo, no es parte, en cambio, para que decaigan las influencias y valimiento adquiridos durante los doce años en que compartió con el señor Diez Madroñero el gobierno de la Diócesis de Caracas y Venezuela. Ya desde el año anterior al fallecimiento del prelado, ha obtenido, por Real Cédula de 19 de abril, el título de racionero del Capítulo catedralicio, y aquí queda prestando sus valiosos servicios y compitiendo en la política eclesiástica inaugurada por el nuevo obispo, ilustrísimo señor Mariano Martí, con quien más tarde habrá de tener ruidoso conflicto.

En su finca rural de Valle Abajo, en el camino pintoresco que conduce al vecino pueblo del Valle de la Pascua, y donde goza privilegio de oratorio, pasa sus mejores tiempos el inquieto levita, dado al estudio de la ciencia teológica y al acabamiento de sus cursos de Derecho canónico, cuyo doctorado gana en la Real y Pontificia Universidad el 23 de junio de 1771, después de sufrir en el salón de la biblioteca del Seminario, y a puertas cerradas, en el sigilo de la noche, la tremenda académica.

Ahora tiene un grado más para agregarlo al de bachiller en Derecho civil y al título de abogado de los Reales Consejos con que de antiguo está condecorado. Pero la vida de don Lorenzo se siente, muy más después de la muerte del obispo su protector, huérfana de cariño familiar, y deseoso de dar calor afectivo a su existencia, invita a trasladarse a América a sus hermanos don Antonio Vicente y don Esteban, a quienes ofrece ayuda por medio de su privanza en el ánimo de las autoridades coloniales.

Los Fernández de León son naturales de la humilde villa de Esparragosa de Lares, en Extremadura, donde tienen casa asentada, de claro lustre y buenas relaciones. Sus padres son don Sebastián Fernández de León y doña Josefa María Ibarra y González, cristianos rancios, sin mancha de moros, herejes ni judíos, que gozaron del respeto de la tranquila villa extre-

meña. Como su hermano el clérigo, tanto don Antonio como don Esteban poseen singulares dotes de dominio, espíritu admirable de organización y anhelos de gobierno, unido esto a una clara y sutil inteligencia y a finas y exquisitas maneras de atraerse voluntades. Cuando los hermanos llegan a la apacible residencia de Valle Abajo, los criollos, amigos del presbítero, que han ido a cumplimentarlos, no atisban el profundo significado ni la influencia decisiva que en la futura vida de la gobernación tendrán estos viajeros, que llegan con el cansancio del largo viaje de mar y de la dura travesía de la montaña avileña.

Gobierna la provincia a la sazón el brigadier de los Reales Ejércitos don José Carlos Agüero, caballero de la muy distinguida Orden de Santiago, quien ha sabido por sus correctos procederes ganarse el aprecio de sus gobernados. Hombre hábil en achaques de gobierno, Agüero mide a cortos lances las buenas cualidades de don Esteban y al ausentarse para los Reinos de España don Francisco Espinoza Miranda, teniente Justicia Mayor de la Sabana de Ocumare y Valles del Tuy, le da título para sustituirlo el 17 de febrero de 1774. A más del tenientazgo se confían a Fernández de León los cargos de cabo a guerra y juez de Comiso en los varios pueblos que moran en aquella fértil y rica porción del territorio provincial. Con esta autoridad se le constituye en algo así como señor encargado de dispensar toda manera de justicia y de inquirir la propia vida de hombres, niños y mujeres. Especie de feudo donde Fernández de León empezará a ejercitar su espíritu de mando y a probar su capacidad de administrador, la Sabana de Ocumare se abre a sus ansias con estupendas perspectivas. Residenciado el año de 1777, al inaugurarse el nuevo término gubernaticio que entra a presidir el brigadier don Luis Unzaga y Amezaga, es revalidado en sus funciones y en ellas permanece hasta el 13 de marzo de 1782. Al sufrir la residencia ordenada a las autoridades del período anterior, por el nuevo gobernador y capitán general don Pedro de Nava, se le hacen cargos por haber tenido durante el ejercicio de su ministerio tienda pública de caldos y lienzos, única y exclusiva de otras, que administraba por mano de su fiel barbero, causando con ello un perjuicio gravísimo al Real Erario y al bien público, que se interesa positivamente en la multitud de tiendas y mer-

caderías. Mas la pesquisa y juicio son seguidos el año 1785, cuando don Esteban ostenta el cargo de administrador general de la Real Renta de Tabaco, y la condena es imposible, dadas las fuertes influencias que tiene a su servicio. Que sean ciertos los cargos, fácil es de creerlo, pues los tenientazgos rurales son de por sí oportunidad de rápido enriquecimiento por medio de ejercicios de los monopolios, que de un lado menguan las rentas reales con beneficio de quienes sirven la autoridad local y del otro perjudican a los vecinos por lo gravoso de los precios.

Corridos los años, don Esteban aparecerá como señor de tierras y de esclavos en estas sabanas adonde ha llegado a sólo "administrar justicia", sin más peculio que su inteligencia y su habilidad. Ya en 6 de febrero de 1781 representa ante el intendente de Ejército y Real Hacienda, en pleno ejercicio del Tenientazgo, en demanda de permiso para remitir a España en las naos del cargo de don David Morales, que irán por la vía de Curazao, seiscientas veintiséis fanegas de cacao, cuarenta y nueve de añil y seiscientos cueros, a tiempo de que su hermano don Antonio, a quien han soplado buenos vientos, solicita permiso para trasladarse a la Península y llevar consigo, por la misma vía, ochenta fanegas de cacao, ochenta arrobas de añil y mil seiscientos cueros de pelo, con algunas alhajas de oro y piedras, ciertos doblones y oro en grano.

Para explicar la facilidad con que en tan poco tiempo se acaudalan los hermanos Fernández de León y adquieren prepotencia en la administración de la Colonia, no es posible echar en olvido la influencia y los haberes del hermano eclesiástico, quien a la muerte testa gruesas sumas, ni mucho menos poner a un lado el sistema de exacciones que se realizan al amparo de la autoridad. Es próspera en estos tiempos la economía de la provincia y tienen ellos actividad e inteligencia para ganar buenos réditos en las empresas a que dan su voluntad.

III

LA FORJA DEL ERARIO

El año 1777 es decisivo en la vida política de Venezuela. Hasta hoy el gobierno ha estado desacoplado y dividido en varias provincias: Margarita, Venezuela o Caracas, Nueva Andalucía o Cumaná, Trinidad, Maracaibo y Guayana, dependientes ora de la Audiencia de Santo Domingo, ora de la de Santa Fe. A la cabeza de cada una de ellas hay un gobernador y capitán general que recibe del rey o de la Audiencia su despacho. Las provincias de Venezuela, Margarita, Cumaná y Trinidad subordinadas a la Audiencia de la Española; la de Maracaibo, con Mérida y La Grita, y la de Guayana formaron desde antiguo parte del Nuevo Reino de Granada. Al constituirse en 1717 el primer virreinato de Santa Fe, Caracas, con Cumaná, Margarita y Trinidad habían sido incorporadas a la nueva entidad política, que tenía su cabeza mayor en el altiplano de Cundinamarca. Cuando se disolvió el gobierno virreinal, Caracas fue incorporada nuevamente al distrito judicial de Santo Domingo, y en él permaneció hasta la reorganización del virreinato en 1739, mas el rey dispuso segregarla nuevamente de Santa Fe el año 1742, mientras las demás provincias quedaban sujetas a aquel gobierno.

En el orden fiscal, las rentas se manejan de manera muy rudimentaria en la provincia de Venezuela, donde existe desde los albores del siglo XVI el servicio de los oficiales de la Real Hacienda, que, directamente en Caracas y por medio de sus tenientes en las demás ciudades, hacen la recaudación y el remate de los impuestos que forman el erario de Su Majestad.

Las provincias se socorren unas a otras cuando se trata de armar la defensa contra algún corsario, y en el orden fiscal, las autoridades de Caracas, muy especialmente desde 1742, ejercen vigilancia sobre las de Maracaibo, Cumaná, Margarita, Trinidad y Guayana en lo que se refiere a la persecución del contrabando. La red de Factorías que para la explotación del comercio ha establecido la Compañía

Guipuzcoana en las diversas provincias, dando enlace y unidad a los intereses económicos de la región, ha promovido una urgencia de fundir las diferentes estructuras administrativas.

Los vizcaínos se dieron desde los tiempos iniciales de Olavarriaga al fomento de aquellos productos que engrosaran el renglón de las exportaciones, y justamente por esta época la prosperidad de los cultivos da consistencia sólida a la economía de las diversas provincias, con pugna consiguiente entre los terratenientes coloniales y los agentes del monopolio fiscal.

Estas razones empujan hacia una nueva política al Gobierno español. Para dar uniformidad a la recaudación general y al resguardo del contrabando, don José de Gálvez, secretario de Estado y del Despacho Universal de las Indias, estudió el proyecto de creación de la Intendencia de Ejército y Real Hacienda de Venezuela que, aprobado por Cédula de 8 de diciembre de 1776, somete la administración fiscal de las provincias de Venezuela, Margarita, Cumaná, Trinidad, Guayana y Maracaibo a la autoridad de un intendente con sede en Caracas, a quien quedan sometidos los contadores, tesoreros y fiscales nombrados para las distintas regiones.

Con la creación de la Intendencia se da apenas un gran paso en la estructuración de la nacionalidad venezolana. A completarlo viene luego la determinación del rey expresada en Cédula de 8 de septiembre de 1777, que confedera bajo la suprema autoridad del gobernador y capitán general de Caracas o Venezuela los gobiernos autónomos de las demás provincias que cubren el actual territorio de la Patria, y que obligará a la próxima creación en Caracas del tribunal de la Real Audiencia.

Estas reformas dan madurez política a la Colonia, constituída en centro de importancia tal que impone el mantenimiento de un grueso ejército regular que resguarde la hoya del Caribe de las constantes incursiones de los enemigos de España.

Para instalar la Intendencia es nombrado don José de Abalos, recia figura a quien se debe el primer avance firme en la estructura hacendaria del país. No es extraño Abalos a los intereses de la provincia, donde ha actuado como con-

tador general de la Real Hacienda durante los períodos gubernaticios de Font de Viela, de Arce y de Agüero, con tan fuerte mano en la custodia del Tesoro real, que su nombre es odiado tanto por los contrabandistas como por los factores de la Guipuzcoana, a cuyas actividades monopolistas hace poner fin con la aplicación de los decretos de Comercio libre que logra de la Corona.

Abalos utiliza desde los primeros años de la Intendencia los hábiles servicios de los Fernández de León. A don Antonio, licenciado en Derecho, le encomienda una Fiscalía, y por ausencia de éste trae a sucederle con carácter interino al hermano don Esteban, "individuo a quien favorece su natural actividad y constante aplicación al mayor desempeño de los asuntos que se fían a su cuidado", según de él se expresa el intendente al secretario Gálvez en carta de 14 de febrero de 1784. Lo cierto es que abandonando la Tenencia de los Valles de Ocumare, don Esteban sustituye a su hermano el licenciado y a poco luego entra a administrar la Renta de Tabaco, de nueva creación administrativa. Ya ha sentado reales en el principal organismo de la administración pública, y en él, por su admirable espíritu de organización, sabrá erguirse como uno de los más enérgicos forjadores de la hacienda nacional.

IV

EL TERRIBLE CANCELARIO

Con su título de racionero, don Lorenzo logra mantenerse en pie en el Cabildo eclesiástico; con su grado de doctor, se introduce en el claustro universitario, donde son ventilados los problemas atinentes a la política cultural de la provincia y donde llegan a culminar en forma ruidosa las controversias de clérigos y letrados. Sus influencias lejos de decaer se hacen cada vez mayores, impulsado aún más por el ingenio y el espíritu absorbente de los hermanos. La Ración es convertida en Canonjía Doctoral.

y ésta más tarde en Dignidad de Tesorero, que Carlos III le concede por Cédula de 14 de marzo de 1777.

Sus ansias de dominio y el inquebrantable propósito de hacer lucir sus dotes de talento y de carácter, no se satisfacen con el manejo de las rentas catedralicias. La Universidad es el campo hacia donde miran sus aspiraciones del presente. La autoridad del rector ha sido cercenada en la plenitud que le conferían las Constituciones de Felipe V, por haberse dado al maestrescuela de la Catedral desde 1734 las mismas facultades de que goza este funcionario en el claustro de la Universidad de Salamanca. A él corresponde el ejercicio de la Chancillería, con todos los atributos que el Derecho Canónico y las Leyes de Partidas atribuyen a tan alto dignatario como cancelario, ejecutor de los Estatutos, juez eclesiástico y conservador de los estudios, con conocimientos sobre nulidad o validación en materia de cátedras y conferimiento de grados mayores.

Don Lorenzo influye y obtiene del rey el nombramiento para la Maestrescolía y armado con semejantes prerrogativas, el antiguo provisor que supo hacerse temible en la clerecía caraqueña, pone ahora en alto su celo como guardián de los estudios universitarios.

La autoridad que gasta era hasta la fecha desconocida en la tranquila tradición de la calmosa Universidad. Juez universal, se avoca al conocimiento de las causas de todos los alumnos. Preside las tremendas en forma tan severa que muchos aspirantes a grados, para huir sus temibles reconvenciones, aplazan el tiempo de recibirlos. Los profesores están sometidos a la continua inquisición de los horarios y en las oposiciones es necesario tenerle de favor para alcanzarlas.

El rigor del cancelario llega a su máxima expresión en la oportunidad de ciertos grados que se confieren el 19 de noviembre de 1780. Lleno de doctores está el claustro, reunido al efecto en la capilla de la Universidad. Preside, adornado de sus ínfulas, el maestrescuela y cancelario; a su derecha ocupa sitio el rector, presbítero doctor Domingo de Berroterán; a la izquierda se sienta el vice-rector, presbítero doctor Domingo Antonio Lander, y en puestos prominentes los profesores doctor José Ignacio Moreno, de Filosofía de Seglares; doctor José Francisco Méndez, de Sagrados

Cánones; doctor Carlos Monasterios, de Teología de Prima; fray Mateo Blanco, de Sagradas Escrituras; doctor Agustín Arnal, de Latín de Menores y secretario del Instituto, y otros más, en número imponente que, con sus borlas y mucetas, dan alegre colorido al severo recinto.

En pleno acto académico y sin que se note circunstancia que lo justifique, el rector y los colegiales abandonan violentamente el claustro. Se inquieren las razones del suceso y unos dicen que ha habido mandamiento del obispo para el rector, mientras otros lo atribuyen a disimulada disputa que han tenido el cancelario y el doctor Berroterán. Sea lo que fuere, don Lorenzo ordena al rector reintegrarse a su curul y hacer que comparezcan los graduandos, y al efecto les conmina con pesadas multas. Resisten la orden del maestrescuela, y en continente éste decreta la prisión del rector en sus propias habitaciones del Seminario, le suspende el carácter rectoral y apenas le deja libertad para el desempeño de las funciones eclesiásticas y la asistencia a los actos de comunidad.

Con el fin de tomar providencias al respecto, el vicerector, autorizado por el obispo Martí, convoca al claustro, mas el cancelario, que lo sabe a tiempo, impide con su "imponente autoridad" toda resolución, de donde los doctores envían súplica al obispo para que acuda en auxilio de sus derechos vulnerados. Accede el señor Martí, ya preparado para el trance, y a la puerta de la sala universitaria, en compañía de dos familiares y de los notarios de la Curia, se hace anunciar por uno de los bedeles, con quien le devuelve recado al maestrescuela de que "si es doctor de la Universidad, que entre, y si no que se devuelva". El obispo ante tan áspera respuesta, regresa enfurecido a su Palacio, a donde le sigue Fernández de León para darle excusas en razón de estar el claustro sólo tratando asuntos privativos del régimen de la Universidad. Hay fuertes palabras de parte del obispo, a quien el cancelario procura calmar en toda forma, a pesar de oírse llamar "alborotador" y de ser amenazado con excomunión, grillos y prisiones. El obispo, como don Lorenzo, es recio de carácter y porfiado en imponer a todo evento su superior autoridad episcopal. Responde el cancelario con palabras de política a los impro-

perios del señor Martí, y le hace promesa de servirle con la más rendida sumisión.

Pero el fuego ya está ardiendo y el partido del maestrescuela no es suficiente para calmar las cóleras desatadas contra quien en todos sus actos había hecho alardes de violencia y usado extrema rigidez en sus relaciones con profesorado y alumnado. Los amigos del obispo, encabezados por el provisor, don José Gabriel Lindo, atizan en aquél la represalia y cinco días después tienen la satisfacción de oír los lúgubres tañidos de las campanas de la Catedral que anuncian la excomunión del cancelario, a quien en cedulones fijados en la puerta del templo se acusa de haber atropellado a su ilustrísima y a los notarios de la Curia. El alboroto toma ahora mayores proporciones. Intervienen el gobernador y capitán general, el provisor, el deán y Capítulo catedralicio y aun el propio metropolitano de Santo Domingo, adonde han sido remitidos los autos.

De la defensa del maestrescuela se apersona su hermano el licenciado, quien obtiene del gobernador Unzaga y Amezaga auto por el cual se intima al obispo la Real Cédula acordada de las Fuerzas, en orden a que sean suspendidas las censuras impuestas y desfijados los cedulones excomulgatorios.

Durante varios años van papeles al Consejo de Indias y también el propio defensor de don Lorenzo. De los autos termina por formarse un "denso y difuso expediente" sobre el cual se pronuncia el rey en Cédula de 4 de octubre de 1784, en que reprende fuertemente al obispo por su temeraria intromisión en cuestiones privativas de la Universidad y le condena a pagar dos mil pesos a don Lorenzo como resarcimiento de los perjuicios que le ha ocasionado. Declara nulos, además, el rey todos los actos celebrados por el claustro en las reuniones que efectuó en los días 20, 23 y 28 de noviembre a instancias del vicerector, con apoyo del obispo.

Si esta sentencia complace al espíritu orgulloso y dominante del cancelario, que ve rendida la enemiga del obispo y sus secuaces, mayor debe de ser la complacencia que le proporciona el mandamiento regio por el cual se le encomienda la elaboración de nuevas Constituciones para la Uni-

versidad, ahora separada en la Rectoría del Colegio Seminario, con el cual conjuntamente funcionaba desde los días de la fundación.

V

DON ANTONIO SE ABRE PASO

Ya hemos visto viajar hacia España al licenciado. Lleva doblones, oro en grano, pieles, cacao y añil. Va también con bien formadas pruebas a la defensa en el Consejo de Indias de su hermano el cancelario. Su cargo de fiscal de la Real Hacienda lo ha dejado interinamente a don Esteban, y en la Corte alcanza una Real Orden por la cual se le confiere en propiedad. La habilidad de don Antonio ya empieza a ponerse de resalto, y vaya que la prueba la larga Cédula en que el rey no sólo absuelve de todo cargo al excomulgado cancelario, sino fulmina órdenes deprimentes contra la autoriad del dominante obispo. De Madrid regresa con mayores ínfulas y más sutil arraigo en la confianza del intendente, con quien desde 1784 empieza a colaborar en la Fiscalía de la Renta de Tabaco.

Don Antonio es joven y de brillantes prendas personales. Se insinúa con facilidad en la buena sociedad, donde le abren camino las influencias y consideraciones de que disfruta el hermano levita y la privanza de que goza en el ánimo de Abalos, en quien convergen las miradas del señorío, pendiente de las medidas que aquél tome para el acrecentamiento de las rentas y el resguardo del contrabando. El marqués del Toro advierte las cualidades que adornan a este hábil e inquieto joven y le abre su amistad y le ofrece agasajos en su casa. Mantiene don Antonio estrechas relaciones con todo el mantuanaje y hay damas que fijan en él discretamente la mirada con no velado anhelo de recibir algún requiebro. Buenos amigos tiene en todas partes: lo aprecian las gentes del Gobierno, los comerciantes y agricultores le guardan miramientos, los jóvenes gustan de su compañía para los juegos y diversiones que promueven. A la Universidad se le ve acudir muy a menudo en pos de algún buen libro de los tantos

BIBLIOTECA NACIONAL

como se guardan en la nutrida librería con que la munificencia del obispo González de Acuña dotó al antiguo Seminario de su fundación.

Aunque don Esteban sea refractario al matrimonio y le hable a diario de las ventajas de vivir sin compromisos, don Antonio escucha con mejor oído las palabras convincentes de don Lorenzo, preocupado de la soltería de sus hermanos. Austero y recio de costumbres, el cancelario quiere para los suyos formal estado en la sociedad. Gusto inenarrable hubo de tener cuando por carta de España supo que el hermano Sebastián había resuelto abrazar la carrera eclesiástica; y si los otros, José y Juan, no tuvieron vocación para el sacerdocio, bastante los animó para seguir de jóvenes la vida matrimonial, lo mismo que a las hermanas Isabel y María, de quienes a menudo recibe las cartas más amables.

Claro que casar a don Antonio es punto principal, sea cual fuere la elegida entre las muchachas de su clase. El hermano es dado a aventuras y holgorios, que a la postre alejan de la misma religión. Pero don Lorenzo no quiere sólo amor y virtudes para la empresa matrimonial del licenciado. Por ello, inclina sus preferencias hacia una graciosa dama perteneciente a familia con quien de antiguo tiene estrechos lazos y de cuya fortuna material está bastante bien al tanto. Grande alegría experimenta el levita al advertir que don Antonio gusta de la niña, y con urgente diligencia trata con la madre lo que el hermano tiene convenido con la dama. Esta, que es hermosa y de nobles cualidades, tiene por nombre Josefa Antonia. Es hija del capitán don Antonio Carreras, natural de la Villa de San Felíu de Islas, del Principado de Cataluña, y de doña María Josefa Magdaleno y Pereira, natural de Caracas. La joven es nativa de Güigüe, donde la familia tiene, lo mismo que en Maracay, ricas plantaciones, y ha recibido en la capital la más esmerada educación que en esta época puede darse a damas de su calidad.

Las bodas quedan en breve tiempo concertadas y luego don Lorenzo, autorizado por el cura semanero de la Catedral, bachiller de Acosta, presencia el matrimonio en el oratorio privado de la familia Carreras, el 10 de agosto de 1785. Don Esteban, la madre de la desposada y don

José Antonio Vidaondo sirven de padrinos. Cinco días después, en la oportunidad de la fiesta de la Asunción, concurren los desposados a la misa de velación, donde don Lorenzo pronuncia una encendida plática acerca de las gracias del matrimonio cristiano.

Con esta unión tan favorable, don Antonio, en el disfrute de la dote de la esposa, sienta definitivamente plaza de agricultor en la naciente villa de Maracay, donde el suegro ha fundado, a más de hacienda de cacao en Güigüe, los fértiles valles de Tapatapa.

Maracay es pueblo joven que se ha venido desarrollando sobre tierras del marqués de Mijares y que por estos tiempos ha adquirido ya gran importancia merced al cultivo del añil que don Antonio Ardive y el sacerdote don Pablo Orendaín hicieron venir de Guatemala en 1774 y por el fácil incremento que han tomado las siembras de tabaco en razón del estanco establecido desde 1779. La tierra, rica en gran manera, ha dado cosechas magníficas, y a más de los vizcaínos, que fundamentalmente la cultivan, la población se ve frecuentada de diversas gentes. Ya en 1782, cuando el obispo Martí visitó esta feligresía, dejó anotado en sus noticias secretas la presencia entre las 5.558 almas que formaban el poblado, de 1.055 indios (*). A más de la población de comerciantes, que vienen a lucrar con la feracidad de la región, miles de peones libres de otras partes acuden en los tiempos de recolección de las cosechas. Aunque su planta sea pobre y la iglesia, construida en terreno de tres cuadras que donó el mentado marqués de Mijares, apenas conste de la nave central, por hallarse en fábrica las otras dos, la población es considerada como la mejor, la más alegre y la más rica de la provincia. Todo abunda en ella: buen suelo y generoso riego garantizan, a más del tabaco, del añil y del cacao, próvidas cosechas de caña, maíz, yuca, plátanos, batatas, ñames, arroz, fríjoles, habichuelas y de cualesquiera frutos que la industria siembre. El aire es tibio y agradable, y la cercanía de la montaña y la evaporación de la vecina laguna, mantienen un tono de humedad que favorece los plantíos. Quedan

(*) Por error en la lectura de los manuscritos apareció este número como de judíos en las ediciones anteriores.

entre los vecinos los recuerdos ingratos de la epidemia de calenturas de 1782, primera que se vio de carácter alarmante, pero ello no empece para la continua llegada de españoles que vienen a trabajar el añil y el tabaco, si no para acrecentar con su arraigo la fuerza humana del poblado, en cambio sí para retornar a la Península bien provistos de doblones.

Pocas ocasiones de entretenimiento ofrece la incipiente vida de la villa, y por ello las guaraperías están llenas de trabajadores que si bien se embriagan con grande escándalo de las gentes de respeto, dan motivo de regocijo a los rematadores y en especial al teniente de gobernador, de quien se dice que percibe trescientos pesos anuales por hacer la vista gorda cuando sube la flema de los caldos y son vendidos, contra la pragmática, de noche; sin que dejen de escurrirse las sinecuras para los ayudantes y militares que descuidan, con la anuencia del teniente, la vigilancia de las ventas. Son en extremo cicateros estos gobernantes que en nada cuidan de la suerte de los criollos. Dedicados a sólo acumular algunos fondos con que regresar a España, someten a vejámenes frecuentes al vecindario, entre quien fermentan las murmuraciones, que hicieron intuir al conde de Segur la posibilidad de una guerra civil.

Frente a la iglesia, y mientras el cura oficia la misa del domingo, gran ruido de voces de mando y de marciales pasos interrumpe la función piadosa. Son los milicianos que se ejercitan en movimientos de formación de guerra y en el manejo de las armas. Estas milicias de los Valles de Aragua tienen fama de ser las mejor regladas de la provincia y los hombres que las forman oyen con respeto la voz de mando de su coronel, don Juan Vicente Bolívar y Ponte, quien viene con frecuencia a presenciar los ejercicios. Junto con la autoridad que a don Juan Vicente prestan su carácter de rico propietario y la circunstancia del cargo militar que ejerce, se ha extendido por los Valles de Aragua la fama de su conducta de hombre inclinado al abuso del poder, a quien antaño llamaron "lobo infernal" las víctimas infelices de su desordenado apetito libidinoso, las cuales, a más de valerse de oportunas quejas al obispo, llegaron a acariciar la idea de recibirlo en sus

lechos armadas de cuchillo, "para quitarle la vida, por tener la gloria de libertar" al infeliz pueblo de San Mateo de tan agresivo y diabólico Don Juan. Así sea mucho el temor que infunda el empingorotado caballero, no ha faltado la oportunidad en que el párroco se le acerque respetuoso para exponerle el grave inconveniente que constituye para el culto este alboroto de voces y la distracción en que, por presenciar los ejercicios, incurren los feligreses, no muy adictos de suyo a la piedad, sobre todo desde que la cosecha del añil ha atraído a tanta gente forastera y a numerosos libertos que sólo persiguen las ganancias materiales y han venido promoviendo un pestilente espíritu de abandono, que los lleva a darse a bailes y juegos prohibidos.

Para levantar la moral y la cultura del pueblo, el cura se empeña en persuadir a los vecinos a que envíen sus hijos a las dos escuelas que el año 1782 dejó rentadas el obispo Martí, la una para leer, escribir y contar y la otra para las disciplinas de Gramática. Pero son descuidados estos alegres feligreses y las escuelas se ven en un si es o no preciso declararlas nominales, ya que con el estipendio de dos y cuatro reales que cobra mensualmente, en cada caso y por cada alumno, no le es posible al maestro subsistir cuando no sea gruesa la asistencia.

En este pueblo ya es veterano don Antonio, pues a él lo han traído las obligaciones de su Fiscalía de Hacienda y del Tabaco. Ahora viene no sólo como agente del Fisco y como promotor de las mejoras de los tabacales, sino como señor de tierras y de esclavos. Su nombre ya es respetado por los vecinos y más lo será a medida que su industria haga crecer los proventos de Tapatapa, donde una colonia rica de añil ofrece pingües perspectivas. La hacienda es fundamentalmente de cacao y desde 1770, cuando la adquirió de don José Nicolás Brito, el viejo Carreras, es considerada como una de las fincas más importantes de la región, sin que pueda adelantársele en el justiprecio ni la Hacienda Torocón, valorada en cien mil pesos y donde el obispo pensó establecer un Convento de Monjas de la Enseñanza, ni la famosa de "El Piñonal", cuyas tierras y esclavos explota don Luis López Méndez, amigo muy afecto de don Antonio.

Con sus rústicos dominios en los Valles de Aragua, Fernández de León se suma a la oligarquía territorial que ya levanta airosa la cabeza en el concierto pacífico de la Colonia. Se han situado bien los hermanos: don Esteban explota hacia el Este las ricas sabanas de Ocumare, donde llega a tener bien provistas de esclavitud las haciendas llamadas "San Lorenzo de Aragüita" y "Piloncito", las tierras altas de pasto y montaña llamadas "Ocumarito", las vegas de Charallave y la extensa posesión en términos de San Sebastián de los Reyes que sirve de planta al pueblo de San Francisco de Cara, cuyos vecinos han de pagarle tributo por el piso de las casas y por los lienzos de tierra que cultiven. Don Antonio inaugura con su entrada en los Valles de Aragua un poderío rural sin precedente en la historia político-económica de la provincia y pronto será en estos términos una manera de cacique ante quien ceden las oposiciones y rencillas de los que se atreven a contrariarlo. No es él de aquellos que tardan en mostrar sus intenciones de dominio. Entra por el matrimonio en 1785 en la familia Carreras, señores de Tapatapa, y ya en 1786 lo vemos acudir ante el notario para dar en arrendamiento por mil trescientos cincuenta pesos anuales una hacienda de añil fundada en el extenso valle.

Ya podrán hablar con voz pujante los nuevos señores, pues si bien es cierto que tienen talento, ilustración, perspicacia y don de agrado, nada habrían de valerles en medio de una sociedad, desgraciadamente perpetuada, donde las influencias se miden por la fuerza del capital, que da posibilidades para quebrantar ajenas conciencias y ofrece nuevos moldes para conformar la moral del tiempo. Buena es la época para toda clase de negocios, gracias a la reciente libertad que al comercio conceden las reales disposiciones, puestas en vigencia como clamor de América contra el opresivo sistema de los monopolios y restricciones de antaño. A su amparo la Colonia acrecienta sus posibilidades y los mantuanos sienten con más fuerza el desarrollo de su espíritu de autonomía y advierten cómo va creciendo la conciencia diferencial de la nacionalidad.

VI

DON ESTEBAN, INTENDENTE

LLENA de conflictos está la época en que Abalos dirige la organización de las rentas del país. Su carácter duro hasta el extremo le concita la animadversión de la Compañía Guipuzcoana y la enemiga de todos aquellos que ven cercenadas sus ganancias por el celo que el intendente pone en la recaudación y defensa de la renta real. Su autoridad lo coloca en punto por demás difícil frente al gobernador y capitán general, con quien en breve entra en conflictos que dan origen a la formación de partidos, donde los recelos y las rivalidades empujan las pasiones.

A la Intendencia corresponde el ejercicio de múltiples funciones. Es de su resorte "fomentar las fábricas, artes y oficios mecánicos; promover el adelantamiento de la cría y trato de ganado; el uso de riegos para la fertilidad de los campos, aumentando y fomentando los labradores". Son los intendentes manera de funcionarios a quienes toca tutelar la suerte económica de la región, a más de la escrupulosa recaudación de los impuestos y de la consiguiente vigilancia del contrabando.

A este empeño se concreta Abalos con laudable tenacidad, pero sus enemigos, que rodean al débil gobernador Unzaga, lo presentan como engendro del demonio, mientras ponderan las virtudes del capitán general con tintes más propios para pintar ángeles que hombres. Los testigos de calidad, sin entrar a desmejorar las buenas partes de Unzaga, ven que en todo este negocio de disputas sólo se mueven los intereses cercenados de la Compañía Guipuzcoana y de los ricos vecinos que miran la rigidez del intendente como amenaza cierta de sus réditos. Abalos ha traído instrucciones de poner a producir las rentas de la Colonia, y entre otros encargos muy señalados, el principal de hacer efectivo el pecho del tabaco.

Hasta 1777, año inaugural de la Intendencia, el tabaco era de libre plantación y comercio de los vecinos; mas, acrecido su cultivo en beneficio del contrabando y cada vez

mayores las urgencias de las insaciables cajas del rev, se ha creído conveniente gravarlo como ya lo está en el Perú y en México. La Cédula de 24 de junio de 1777 no es puesta en ejecución por Abalos sino ya entrado el año 1779, lo que hace pensar que no esté empeñado el intendente en la ruina de la población, según asientan sus enemigos. Piensa aquél que acaso convenga más a los vecinos pagar un tributo personal que proceder al estanco del producto; y al efecto, distribuye entre las varias poblaciones una contribución que monta a ciento noventa y cinco mil ochenta y cuatro pesos fuertes, pero los cabildantes de Caracas, presididos por el presuntuoso conde de San Javier, ven en este impuesto una especie de capitación que los baja al nivel de los indios tributarios y se alzan horrorizados ante la idea de que sus crecidas ínfulas señoriles se vean decaídas por el humillante pecho. No es tan intransigente como lo pintan el intendente, y oídas las peregrinas razones de los mantuanos caraqueños, a quienes corean los Cabildos del interior, más afincados en falso precio de su calidad de clase dirigente que en razones de estricta economía, resuelve el 26 de abril de 1779 estancar la venta del tabaco y fija para efectos de su cultivo, por cuenta del rey, aquellos sitios de la provincia considerados por más convenientes en razón de lo apropiado de la tierra y de la facilidad de los resguardos: Tapatapa y Guaruto en los Valles de Aragua, Orituco en Calabozo, Barinas y La Grita en la provincia de Maracaibo, Cumanacoa y Tupire en la Nueva Andalucía y Upata en la provincia de Guayana.

Para la organización de la renta se esparcen por todo el territorio de la Capitanía General una serie de administradores y fiscales, de quienes Depons dice que parecen nubes de langosta como la que asoló el suelo de Egipto. Al frente de este ejército será puesto más tarde don Esteban, quien como fiscal ha prestado a Abalos eficaces servicios en este ramo de la renta.

A la inicial enemiga del gobernador y a la espontánea oposición de los cultivadores e interesados en el comercio de este *oro oscuro* de la economía colonial, se agrega otro fermento de oposición, cuando llegan a Caracas noticias de los sucesos acaecidos en Lima con ocasión de la rebeldía de Tupac Amaru y de la sublevación de los Comu-

neros del Socorro, con el logro de gracias para los sublevados. Abalos acude a la prudencia, y bien advertido, como lo expone en carta a Gálvez del 23 de septiembre de 1781, de que a "los caraqueños anima el mismo espíritu de desafección al rey y a la España que a todos los americanos", toma medidas para acallar la "murmuración que se levantó en todo el pueblo sobre el estanco del tabaco (que hasta entonces había estado en silencio), sobre los derechos de entrada y salida y sobre todo cuanto puede imaginarse hasta más allá de lo posible sin excepción de persona".

Si bien la extinción de la Guipuzcoana y la consiguiente concesión del comercio libre fueron recibidos con singular agrado por los habitantes de la provincia, en cambio su aprovechamiento se hace un poco nulo por haber coincidido dicha gracia con la guerra en que Inglaterra está empeñada con Holanda, de donde se deriva el cierre del comercio con Curazao, y con las noticias de que durante mucho tiempo no vendrá convoy de Europa donde poder embarcar los frutos, los que han de sufrir en consecuencia la natural depreciación. Esta situación de ánimo es terreno abonado para que las noticias llegadas de Maracaibo acerca del progreso de la revuelta del virreinato sean recibidas con marcado interés por los caraqueños, que se han dado a murmurar contra lo subido de los impuestos y quienes, empujados por el marqués del Toro, procuran influir en el Ayuntamiento para que éste, por medio del procurador general, se queje cerca del intendente a nombre del público por lo excesivo y molesto de los impuestos. Impresionado por las voces ya crecidas del pueblo, Abalos convoca una Junta de Real Hacienda para el 15 de julio; mas, cuidadoso de que su actitud no se vaya a mirar como hija del temor por las noticias venidas de Maracaibo, hace datar con fecha 12 la reunión.

Abalos presenta una larga exposición respecto a la manera como ha venido manejando la Intendencia y a los medios de que se ha valido para evitar que en la provincia no se adviertan los efectos de la guerra, cuya calamidad en otras partes se ha sentido en forma de la mayor miseria, mientras en Caracas todo abunda como si hubiese plena paz, sin embargo, les consulta para que den dictamen sobre si consideran precisa la minoración de los derechos

de entrada y salida, para proceder con el debido arreglo.

Los vocales a una boca se expresan respecto a la ingratitud de los pobladores, indignos de nuevas gracias y, por lo contrario, acreedores de severo castigo; mas concluyen por recomendar, en vista de los crítico de las circunstancias y de la conmoción que se advierte en el pueblo, alguna minoración que apague lo exaltado de los ánimos, con la rebaja de los impuestos del comercio con Curazao y la suspensión de lo mandado a contribuir para el sostenimiento del corso de mar y del resguardo de la tierra, mientras se celebre la paz y cambien de semblante las cosas. Con esto entiende el intendente poder calmar el desasosiego de los vecinos, de "lealtad que afectan y no tienen" para el servicio de Su Majestad.

Así haya Abalos tomado providencias para conjurar el alboroto, los principales y el común del pueblo insisten en sus reclamos, y los cabildantes, haciendo sentir la fuerza del Municipio, forman expediente de las quejas alzadas contra el intendente. A la cabeza del movimiento de protesta figuran los alcaldes ordinarios don Sebastián Rodríguez, marqués del Toro y don José Cocho de Iriarte, a quienes no sólo acompaña en esta oportunidad el "fanatismo del pueblo", sino la autoridad del gobernador Unzaga y Amezaga, enemigo de Abalos y emparentado con factores de la Guipuzcoana. Con esta representación, enviada por Abalos al secretario Gálvez, solicita el primero la sustitución del gobernador y capitán general, por reclamar los moradores un "vigor grande" de parte de la autoridad, ya que no es posible hacerles mudar de sistema por "fuerza de beneficios, sino de golpes".

No se quedan en el ámbito municipal las protestas de los pobladores, sino que van, amparadas por el *sigilo* que promete el fraile Cárdenas, mercedario que viaja al Viejo Mundo, hasta el propio don Francisco de Miranda, afanado ya por los problemas de la lejana patria. Suscriben la carta don Juan Vicente Bolívar, el marqués de Mijares y don Martín Tovar, y en ella pintan con tintes diabólicos la actuación del intendente y hablan de la agitación que en Caracas han causado las sublevaciones de Santa Fe y del Cuzco, no imitadas acá por el triste recuerdo del fracaso de la tentativa de León en 1749.

Las expresiones del intendente, donde tan al propio se pone de resalto lo duro de su carácter, parecen dar razón a los encarnizados enemigos de la política hacendaria de Abalos, mas debe mirarse a otras razones para llegar a un juicio cierto en el difícil negocio. Si recias en extremo son las medidas que el intendente ha inaugurado para dar forma y método a la Hacienda, mayor fue la energía que puso en juego desde que era contador de la Real Hacienda, para librar a la provincia del muro asfixiante que constituía la Guipuzcoana, causa, a juicio suyo, del "lastimoso atraso que hace malograr infelizmente los considerables beneficios que deposita escondidos su terreno, constreñido a unas manos privilegiadas de tan escasas facultades para el cultivo que merece y exige" la provincia. Pero los vizcaínos tienen influencias en el Gobierno, y muchos de la gente principal ya se han acomodado a su manera de negocios, sin que las saludables medidas tomadas por la Corona a instancias de Abalos sean parte para que se reconozca al intendente que aquella labor fue empujada por su celo provisor.

Desaparecen los privilegios exclusivistas de la Compañía y no advierten que a la influencia e insistente empeño del intendente se debe el remedio ahora puesto contra los inconvenientes que ellos habían denunciado en la famosa asamblea de 22 de abril de 1749, que sirvió de legítima bandera a la fracasada rebelión de León. Ven llegar la tan deseada libertad de comercio, augurio de otras libertades, pero al mismo tiempo tropiezan con la férrea organización que el intendente está dando al sistema fiscal, donde en adelante será difícil evadir los pagos. La animadversión contra Abalos llega al extremo de que se lamente el viejo sistema extorsionista de la Compañía, constituida para ojos fanáticos en antemural que defendía con su robusto corso las sanas costumbres del pueblo, ahora peligrantes por la libertad que representan las ideas que introducen los hombres a quienes es permitido entrar por los caminos del comercio, sin que se expurgue la diferencia de razas y cultos.

Ante los criterios encontradizos que pugnan en el ánimo de la gente directora, justo es buscar la raíz de las razones. El criollo quiere libertad, pero los mantuanos la entienden para beneficio de su estructura oligárquica, y todo aquello que empezca al crecimiento de las ganancias y reduzca los

privilegios de clase que vienen disfrutando con mengua de los sectores serviles, constituye para ellos una amenaza y un baldón. Para Abalos no hay cuartel. Así se empeñe en que sean abiertas posibilidades para que aumenten todas clases de cultivo, intente así la explotación de las opulentas minas auríferas de Guayana, así promueva el fomento de la cría en esta rica y vasta región del país, aún no sumada a la economía de la nación, vigile así porque se mejoren los caminos que abran rutas al comercio, ello poco vale ante el peso de las contribuciones que con estricto método hace recaudar. Y eso es él. El primero de los grandes recaudadores que ha tenido Venezuela, áspero, intransigente, feroz en sus medidas. Así lo entienden quienes miran a mejor luz este negocio.

Hasta fines de 1783 permanece Abalos al frente de la Intendencia, en cuyas arcas deja noventa y seis mil pesos fuertes, cuando viene a sustituirlo don Francisco de Saavedra, nombrado por Real Cédula de 21 de febrero de este año.

Los enemigos de Abalos ven la llegada del nuevo intendente como "espantoso sosiego" después de la tormenta. Poco innova Saavedra, a quien continúan acompañando con singular influencia los Fernández de León: como fiscal, el licenciado; como administrador de la Renta de Tabaco, don Esteban.

De "bueno, honrado y de vastos conocimientos económicos" es calificado este intendente, a quien corresponde ejercer su ministerio durante el término gubernativo del coronel Manuel González Torres de Navarra, "cortés, desinteresado, festivo y alegre". Buenos vientos corren para la provincia, que empieza a gozar los beneficios del comercio libre y de la paz de Europa. Ya han pasado los tiempos piadosos y austeros del obispo Diez Madroñero, y lejos de condenarse la alegría, el gobernador la busca y la promueve en el teatro que ha hecho construir a sus expensas y en reuniones frecuentes con los jóvenes que por esta época echan las bases de la tradición musical de Caracas. Son los buenos días en que don Bartolomé Blandín, junto con la tierra, cultiva las musas bajo las umbrosas arboledas de "La Floresta" de Chacao y cuando para festejar la primera taza de café cultivada en el Valle de Ca-

racas, estrenan un cuarteto Olivares, los Carreños y Francisco Velázquez. La ciudad mejora en lo material al impulso de González y de su sucesor don Juan Guillelmi y en el orden de la política da el último paso con la creación de la Real Audiencia, por Cédula de 31 de julio de 1786, que le concede autonomía judicial al separarla del distrito de Santo Domingo.

Queda rematado en el orden legal el proceso de consolidación y unidad que se había iniciado con la creación de la Intendencia y después con la Gran Capitanía General. Capital política y fiscal de las Provincias Unidas, lo es también Caracas ahora en el orden judiciario. Sobre su fuerza de república quedan apenas el Consejo de Indias y la majestad del rey, cuyo símbolo efectivo, con todo el prestigio de la suprema autoridad, llegará también a la capital, cuando con la solemnidad diputada para tan extraordinaria ceremonia, en medio de alardes militares y bandas de música, bajo solio deslumbrante y en cofre de terciopelo con áureas guarniciones, entre el Sello Real, que dará autenticidad y fuerza ejecutiva a las provisiones del Acuerdo.

A instalar el Tribunal vienen letrados extraños a la tierra, según ordenan las pragmáticas, y con ellos nuevo afán de estudio y de cultura. El doctor Antonio López de Quintana llega de regente de la Audiencia, que presidirá *ex-officio* el capitán general. López de Quintana es hombre dado al cultivo del Derecho, y a su iniciativa y entusiasmo debe luego su instalación el Colegio de Abogados de Caracas, donde se agrupan doctores y licenciados que han nutrido en las Universidades de España y en la Real y Pontificia de Santa Rosa de Santa María, sus conocimientos jurídicos, en los cuales, sobre la armazón del Peripato, se unen los principios sigilosos de la Enciclopedia, venidos entre el propio equipaje de los clérigos, con la difusa casuística de las leyes de España y de las Indias y con la medulosa tradición que tiene henchida sus raíces en la rebeldía de los viejos fueros y de las cartas-pueblas de Castilla y de Aragón.

De paz segura goza la Intendencia de Saavedra, en quien el rigor de Abalos ha sido sustituido por normas teóricas que dan más claros lineamientos al proceso hacendario, llamado a decaer de su enérgico impulso inicial en razón de

las sucesivas interinarias ocurridas desde la ausencia de Saavedra en 1788, cuando las funciones del intendente fueron arbitrariamente divididas por la Audiencia, con satisfacción de quienes temen el rigor de sus medidas, hasta la llegada de don Joaquín Cubells, provisto con título de superintendente por Cédula de 5 de octubre de 1790. Como fruto de la labor del señor Saavedra se recuerda la estadística de la provincia que hizo levantar por don José de Castro y Araoz.

Apenas cuatro meses ejerce el cargo de intendente Cubells, y a su muerte, y con carácter de interino, desempeña sus funciones don Esteban Fernández de León, a quien el rey, vista su buena administración y oída la favorable recomendación que de él hace el señor Saavedra, nombra en propiedad el 22 de septiembre de 1793.

El nombramiento de don Esteban, si por severos criterios es mirado como la segunda fundación de la Intendencia, por sus adversarios es recibido, en cambio, con marcado disgusto, que los previene a esperar "del genio audaz, majestuoso y autorizado de este nuevo y adusto intendente, los formidables insultos y violencias de un nuevo Abalos, su protector y confidente".

Corresponde a don Esteban condicionar y arreglar el funcionamiento de la Intendencia con las nuevas instrucciones dadas por el rey, y si ello es fácil a quien había logrado habilidad y pericia al lado de Abalos y de Saavedra, en cambio no lo son los problemas que se le presentan con motivo de haberse reavivado el viejo tema del impuesto y estanco del tabaco. Ello sucede como consecuencia de la Cédula dirigida por el rey con fecha 31 de octubre de 1792, en que se ordena, para corresponder a ruegos elevados por los vecinos de Venezuela, la abolición de la venta exclusiva del tabaco, "con tal que los habitantes pagasen, por vía de contribución, la misma suma que la administración de tabaco producía antes". Es decir, los suplicantes obtienen hoy como merced regia el mismo régimen de que se alzaron cuando Abalos lo propuso en 1779.

El intendente, que bien conoce los antecedentes del negocio, ha resuelto que los vecinos se maten con su propia mano y envía al Cabildo de Caracas las letras reales, con ruego de que designe las personas que han de tomar parte

en el examen de las cuentas del estanco, para así hacer la distribución de las cantidades con que han de contribuir en lo sucesivo los pobladores. El Cabildo caraqueño, juzgando que carece de facultades para decidir en un negocio que es atañadero a los demás Ayuntamientos de la Capitanía General, procede a convocar a los Cabildos del interior a una reunión en Caracas para resolver sobre tan grave materia. Las ciudades acuden al llamado de la capital, y en este nuevo Congreso de Municipios, tercero después del de Barquisimeto en 1560 y del de Caracas en 1589, se traba una lucha de papeles entre quienes aspiran a la supresión de toda valla en el cultivo y la industria de la especie, y la Intendencia, empeñada en hacer efectiva la ordenanza real. Varias fórmulas son discutidas, diversas y rudas críticas se hacen a la calidad del tabaco ofrecido por el estanco, se oye la voz de los testigos que declaran contra los servicios de la administración, y a nada se llega porque la guerra declarada por España a Francia con motivo de la muerte de Luis XVI y publicada en Caracas el 20 de mayo de 1793, distrae la atención de las autoridades y de los vecinos hacia la defensa de las costas de la provincia, y el estanco subsistirá hasta entrada la Tercera República.

Corresponde también a Fernández de León el mérito insigne de haber promovido durante el ejercicio de la Intendencia la creación del Real Consulado. De él parte la iniciativa que mueve a los principales vecinos, encabezados por la nobleza y los mantuanos, a pedir al rey la instalación en la cabeza de la Capitanía General de un organismo llamado a prestar invalorables servicios a la Colonia y que al privilegio de dirigirse al monarca sin intervención del gobernador o de la Audiencia, suma, para efectos de república, el derecho de constituir una asamblea permanente donde el criollo discutirá los problemas relacionados con la riqueza y el progreso de la provincia.

Por Cédula Real de 3 de junio de 1793 fue acordada la creación, y el 24 de octubre siguiente se instala la asamblea en la residencia del prior designado por el rey, conde Tovar, principal entre estos señores "harto graves y taciturnos" que constituyen la engreída nobleza colonial, cimentada más que en nobles acciones sobre abundosas fanegas de

cacao ofrecidas al monarca. Preside *ex-officio* el intendente don Esteban y están presentes en el acto los cónsules don Juan José Mintegui y don Nicolás de Castro; los conciliarios, conde de San Javier, don José Cocho de Iriarte, don Martín Jerez de Aristeguieta, don Andrés de Ibarra, don Francisco García de Quintana, don Francisco Javier de Longa y don Isidoro López Méndez; don Juan José Echenique, en representación del síndico; don Manuel Felipe de Tovar; el contador, don Gervasio de Navas; el tesorero, don Jaime Bolet, y el asesor, doctor don Juan Agustín de la Torre.

Tiene este cuerpo, como sus similares establecidos en México y Lima, funciones señaladas para conocer de la justicia en materia mercantil, y por la Real Cédula de 31 de julio de 1795, la atribución de juzgar las causas de avería y todo lo referente a operaciones de armadores y fletamento. Para cumplir sus funciones en los puertos, el Consulado designa diputados con sede en Coro, Maracaibo, Cumaná, Puerto Cabello y Angostura, quienes, asesorados por dos vecinos de su propio nombramiento, conocen de las causas que promuevan los interesados. Además de estas funciones de justicia está atribuido a la asamblea del Consulado el estudio de todas las materias relacionadas con el progreso de la agricultura, las artes y el comercio, funciones que lo convierten en manera de árbitro de la economía de la provincia, pues a las restrictas funciones técnicas de los consejos consultivos, une el poder de ejecutar sus resoluciones. De allí el estudio y apertura del nuevo camino que, bordeando la montaña, baja hasta La Guaira sin las agrias pendientes del antiguo camino de los conquistadores; la apertura de la nueva vía que conduce a los Valles de Aragua; los planes de canalización del río Yaracuy; las mejoras de los muelles de La Guaira; la limpieza de los desagües del Orinoco; el estudio de los suelos del país; la publicación de obras sobre mejoras de los cultivos del café y del tabaco; las tentativas de establecer sistemas de regadíos, etcétera.

De la actuación de don Esteban, pese al disgusto que ocasionó su designación, se hacen referencias llamadas a dar lustre a su memoria. Y es largo su período, pues si bien tiene que separarse en enero de 1795, por razones de sa-

lud, luego a poco reasume sus funciones, y si renuncia en 1798, permanece al frente del cargo hasta 1803, año en que hace entrega al regente López de Quintana, mientras llega don Juan Vicente de Arce, nombrado por defecto de don Pedro Garrido Guzmán y de don Tomás González Vaca, quienes no alcanzaron a asomarse por Caracas a tomar posesión de su destino, pues sus achaques le obligan a retirarse a la hacienda de Caurimare, libre de todo embarazo administrativo.

Si los enemigos le atacan y desfavorecen con sus acres juicios, otros, en cambio, escriben con autoridad de vecino tiempo "que reuniendo a sus talentos y conocimientos económicos el más exacto criterio de las circunstancias locales del país, supo sacar todo el partido que prometían tan favorables combinaciones en favor de la provincia y dejar perpetuada su memoria con las acertadas providencias que dieron a esta distinguida porción de España americana la consistencia que tiene actualmente, y proporcionaron a tan digno ministro la opinión que lo elevó a los primeros cargos de la nación".

Ya el antiguo teniente de los Valles de Ocumare ha llegado al ápice de la política provincial, pues el intendente es supremo árbitro en materia fiscal, a quien está sometido como subdelegado para la administración de las rentas el propio gobernador y capitán general. Sus prerrogativas y excesivo poder lo colocan en empinado sitio, hacia donde convergen la atención de los señores y las súplicas del pueblo. Si su hermano el eclesiástico, sin ceñir la Mitra, fue factótum de las cuestiones religiosas y llegó a tener entre sus manos el propio porvenir de los estudios universitarios, don Esteban ha sabido escalar la máxima situación en el orden económico de la política colonial. A España regresa bien aviado de honores y merecimientos para alcanzar más tarde espectables posiciones en la Corte, y bien provisto también de fortuna material, que, más potente que el talento y las dotes culturales, le servirá para ofrecer halagos que hagan olvidar las vías oscuras por donde ha venido y los callados compromisos que contrajo para hacerla. Pobre tenientillo de un partido rural en 1774, hoy convertido por merced regia en caballero Gran Cruz de Carlos III, irá a asombrar a sus deudos de Esparragosa con

la munificencia que le permiten los gruesos caudales formados en la lejana Colonia a fruto del trabajo de infelices esclavos y con el rédito de las depredaciones, las gabelas e ilícitos provechos que como empleado público supo sacar de las funciones fiscales. Si un tribunal examinara su fortuna antes de ausentarse de la provincia, se embarcaría muy ligero de equipaje. ¡Pero son tan pocos los que pueden constituirse en jueces de esta clase de delitos! El hábito de hacerlos está inveterado en la conciencia social, y ¿qué es América para el hombre de España que durante el siglo XVIII, sin el mérito de la primitiva heroicidad, se echa al mar en busca de aventuras?; no más que rica mina realenga donde unos explotan de un modo y otros de otro. Para ellos están el apoyo de las altas autoridades y el favor de los privados de la Corte, y así sean a veces duras las residencias, mayores son las fuerzas que ponen los que saben unir a la fortuna talento y dotes de disimulo, y sutiles medios de comprometer el silencio de los demás en el proceso de mutuas concesiones, ora de olvido, ora de alabanzas, que forma el prestigio de todos los políticos.

VII

SOPLAN AIRES DE FRONDA

La Intendencia de don Esteban coincide con una época asaz difícil para la vida de la provincia. Primero, la lucha con Francia; después, la guerra con Inglaterra, que termina con la pérdida de la Isla de Trinidad, cuyo desarrollo era punto principal de las reales instrucciones. Estas circunstancias ocasionan en la economía rural grave desequilibrio, por la necesidad de reponer las bajas que sufre la Marina del rey y por la urgente defensa del litoral, que obliga a continuas levas, con la consiguiente falta de brazos para la recolección de las cosechas. Dichas novedades mantienen a los señores del país quejosos de las medidas fiscales tomadas por los gobernantes en pos de fondos para sostener el resguardo de la Colonia, y al pueblo en creciente desagrado por la escasez y la miseria que

no puede remediar la mejor buena voluntad de las autoridades.

A este fondo de malestar económico se suman las ideas que la revolución de las colonias inglesas del Norte y la propia Francia han echado a volar sobre un mundo cansado de la tutela colonial y donde de antiguo se pronuncian fuerzas subterráneas de no disimulado propósito autonomista. El criollo se siente capaz de dirigirse por sí mismo, y constituido en recia nobleza de dura estirpe feudal, pugna por un cambio que le dé el señorío pleno del Estado, así como tiene el de la tierra y los esclavos que la labran.

La actitud sediciosa de los negros de la Isla Española promueve entre los hombres de color gran interés por las ideas igualitarias. Por ello los pardos de Venezuela se adelantan a manifestar su adhesión a las novedades francesas. Las autoridades todo lo vigilan, y el gobernador reúne por enero de 1795 una Junta General, a la que concurren con los oidores de la Audiencia, el obispo de la Diócesis y el intendente don Esteban Fernández de León. Graves asuntos son en ella tratados con relación a los emigrados y prisioneros franceses que desde 1793 están en Puerto Cabello y a la propaganda que el cura de Tiznados, el franciscano fray José Ramón Matos, hacía ya por igual fecha del papel titulado "Extracto que hace a todas las Naciones la Asamblea de París", cuya traducción es atribuida a don Juan Javier de Arambide. Alguien comunica a la Junta los pormenores de las actividades del músico de la Capilla del Oratorio de San Felipe Neri, el mulato Juan Bautista Olivares (*), quien leyó y explicó a Víctor Arteaga, también mulato, un sermón que se atribuye al arzobispo constitucional de París. M. Embert, que contiene las más detestables máximas dirigidas a la idea de libertad e igualdad, y del cual se dice haber pasado al mulato, también músico, Narciso Lauro, una consulta sobre: "Que los poderes de este mundo triunfan de su humildad y dichosos ellos mientras dura el tiempo tenebroso." El obispo trae a cuento que "Olivares en el expediente o solicitud de ascender al Sagrado Orden del Presbiterado había producídose con un es-

(*) Juan Bautista Olivares es hermano, según nos ha informado el maestro Juan Bautista Plaza del músico Juan Manuel Olivares.

crito lleno de altivez y orgullo en el cual descubre bastantemente su espíritu de soberbia, capaz de animar a los de su clase a sacudir el yugo de la obediencia y vasallaje". Dada la peligrosidad de Olivares, "que ha logrado cierto ascendiente o superioridad sobre los de su clase, que lo veneran como oráculo y tienen formado el concepto de sabio y justo porque posee una numerosa librería y erradamente hace uso de cuatro especies mal combinadas que tiene en el cerebro", la Junta, bien advertida, de que "cualquier demostración pública de corrección o castigo no impediría las consecuencias terribles" si se quedare en la provincia el maestro Olivares, acuerda enviarlo de inmediato a la Península en la fragata *Jesús, María y José*, que gobierna el maestre don Ramón de Goycochea, con pliegos para el gobernador de Cádiz.

De los datos que se traen a consideración aparece, además, que un José María Gallegos se lanzó a decir al licenciado don Manuel de Mejorada que es inicua la actual desigualdad entre mulatos y blancos, sin que el abogado hubiese alcanzado a disuadirle de tan pestilente aberración; que un sastre mulato, oriundo de Santo Domingo, llamado José Manuel Acevedo, usa la mayor altivez en su trato común y ha tomado especial empeño por convencer a los pardos de que deben vestir calzón corto como los mantuanos y peinarse a la usanza de los blancos; que el mulato carnicero Eugenio Núñez se arrojó a ponerse el sombrero inmediatamente después de haber saludado al alcalde provincial don Luis Blanco; que Maximiliano Solórzano, además de haber puesto en una función del Señor Sacramentado en la Iglesia de la Trinidad un papel en que hacía constar que él costeaba la festividad, se ha atrevido a dejar en las pasadas Pascuas "tarjetas moldeadas con su nombre" en las casas de muchas personas de calidad, y que se ha observado que son muchos los mulatos que han dado en la flor de darse entre sí el tratamiento de *don*, como si fueran blancos de calidad. Y si bien no consta que los pardos tengan algún "congreso que sea centro de las malas ideas y proposiciones que se dejan percibir en los hechos insinuados", la Junta llega a considerar por conveniente que salgan de la Gobernación bajo partida de registro, tal como ya salieron los franceses Santiago Alvi y Francisco Com-

bret, por su modo descomedido de elogiar la Convención francesa.

Pero las actividades y prudencia de los gobernantes no empecen para que los vientos que empujan el huracán condensen en tormenta. Pronto en Coro los negros y mulatos, con la natural connivencia de gentes de otras clases, encabezan un serio movimiento para proclamar la llamada "ley de los franceses", con supresión de impuestos y diferencias sociales. Más que revolución, éste es un brote sedicioso que, luego de contenido, remata en el duro escarmiento que las autoridades hacen en el cabecilla José Leandro Chirinos, zambo libre que, conducido a Caracas con otros rebeldes, oye condena a "muerte de horca que se ejecutará en la plaza principal de esta capital, a donde será arrastrado desde la Cárcel Real, y verificada su muerte, se le cortará la cabeza y las manos, y se pondrá aquélla en una jaula de fierro sobre un palo de veinte pies de largo en el camino que sale de esta misma ciudad para Coro y para los valles de Aragua, y las manos serán remitidas a esa misma ciudad de Coro, para que una de ellas se clave en un palo de la propia altura y se fije en la inmediación de la Aduana llamada de Caujarao, camino de Curimagua, y la otra en los propios términos de la altura de la sierra donde fue muerto don Josef de Tellería".

Ahogada en sangre la sedición, que acaso vean los mantuanos como brote de lucha clasista contra los principios diferenciales que son su basamento, no deja, sin embargo, de buscar el gobierno remedio para las causas que mantienen la rebeldía popular, y bien impuesto de que toda revolución tiene vínculos estrechos con el régimen de las finanzas, se dirige al intendente con encargo de que se revean las quejas del pueblo de Coro en el asunto de las alcabalas, y si bien atiende Fernández de León lo dispuesto por la Junta de Guerra constituida al efecto y ordena mayor prudencia a sus recaudadores, hace presente al rey que los traidores no se han levantado en razón de alza de los tributos, "por cuanto los negros esclavos nada poseían, nada contribuían a la Real Hacienda y nada se les exigía por sus dependientes", lo mismo que los negros libres de Coro; haciendo ver que la insurrección dimanaba "por una parte de la falsa preocupación de que el rey había dado libertad a los

esclavos y que sus amos tenían oculta esta gracia, y por otra de las sediciosas especies de libertad e igualdad propagadas por los franceses y del mal ejemplo de la sublevación de sus esclavos en las colonias inmediatas" de las Antillas, por donde resultan de mayor eficacia disociadora las voces de la revolución puestas en boca de los negros antillanos que la prédica de las hojas y pasquines con el pensamiento directo de los revolucionarios de Francia.

Más con fines de acrecer las rentas que con propósitos de justicia social, aparece por entonces en Caracas la famosa Cédula de Gracias al Sacar, datada en Aranjuez el 10 de febrero de 1795, como si viniese a responder con su contexto doctrinario a los motivos que en el fondo mueven el malestar de las clases comunes de la población. Por boca del Cabildo de Caracas los mantuanos y la nobleza criolla se alzan contra la dispensación de calidad que permitiría a las gentes libres de color gozar los privilegios y franquicias que según las pragmáticas en uso corresponden de modo exclusivo a los blancos criollos y a los individuos nacidos en la Península, y ello mediante el pago a las cajas del rey de determinada cantidad de reales de vellón. El criollo, engreído en sus ínfulas, no advierte que adquirir con dinero calidad de blanco es lo mismo que convertirse en noble a trueque de añil o de cacao, y herido en su dignidad de clase, se vale del antemural del Municipio y en junta de Cabildo celebrada en 14 de abril de 1796 esgrime toda manera de argumentos con que legitimar la súplica al monarca de que no sea puesto en vigor un sistema que lo iguala con una clase que tiene el "infame" origen de la esclavitud y el "pecaminoso" de la ilegitimidad.

¡Cuidado, señores mantuanos, con lo que mañana pueda surgir de este vuestro arraigo a ideas tan despreciativas de las clases populares! Si reflexionaseis un poco, con ese espíritu cristiano de que tanto hacéis alarde, llegaríais a comprender que no es demasía el pretender los pardos un mejor tratamiento en el orden de la sociedad. Vuestras acciones negativas y ese empeño terco en aprovecharos del trabajo de las clases serviles están preparando oscuras reacciones que en lo futuro no tendréis derecho a condenar de injustas y mucho menos a hablar de que cuajan a humos de la envidia y del odio de los sectores decaídos. A

vosotros toca bajaros poco a poco de vuestros pináculos dorados para empezar a asegurar por la justicia y la equidad las bases del edificio social, que no socavan los de abajo, sino que vosotros mismos socaváis, entendedlo bien, desde muy arriba, con vuestros procedimientos cargados de egoísmo. Bien se ve que tenéis al propio obispo de vuestra parte, pero si miraseis un poquito a la verdad, caeríais en la cuenta de que él piensa así, no por fruto de doctrina, sino por la estructura en que le obligáis a moverse, que si fuera libre y no juguete de la política del momento, estuviera pregonando ideas de caridad. No os molestéis, señores, por esto que se os dice para preveniros a la tormenta de mañana. No son blasfemias ni doctrinas del demonio, así algunos para proclamarlas hayan empezado por atacar la clerecía y ciertos dogmas de la Iglesia. ¡Analizad, analizad, señores! ¡No manchéis con la calumnia los manaderos de la justicia! Hoy por hoy seguiréis lo mismo, descansando en un ficticio prestigio que os hace creer que sois la sociedad misma y representantes de su justicia y su derecho. Pero mañana, señores, ¡cómo habréis de lamentaros de vuestra imprudente resistencia! Conceder de grado lo que os arrancarán centuplicado las hachas de los siervos.

Por boca del marqués del Toro, de López Méndez, de Palacio y Blanco, de Ayala, de Montenegro, de Echezuría, de Martínez de Porras se expresa la misma oligarquía caraqueña que en otras ocasiones representó en nombre de los "intereses del pueblo" contra medidas fiscales que directamente iban en demérito de su personal libertad de enriquecimiento. Porque a esta clase, que en el medievalismo de los tiempos representa la propia pujanza de la nacionalidad, interesa fundamentalmente la defensa de las formas económicas que garanticen el privilegio de la explotación de la tierra y del trabajo servil, y no el dilatamiento de principios humanos que vengan a beneficiar al común del pueblo. En la red contradictoria de tendencias que distingue a esta época de formación social, se ponen de bulto corrientes que arrancan su legitimidad existencial de procesos que parecen excluirse y anularse mutuamente. Lucha del criollo por la autonomía frente a las autoridades regias; lucha de las clases comunes por lograr un mayor nivel económico y

una mejor figuración en la sociedad; empeño del criollo por vigorizar los sistemas que solidifiquen su capacidad de dominio interior; lucha de las autoridades por resguardar las instituciones; empeño del elemento reaccionario por detener el curso de las ideas liberales que traen los extranjeros y que bullen en la mentalidad remozada y bien nutrida de los vecinos que están en contacto con el espíritu de la época y que han formado su conciencia cultural en el seno mismo de este orden cuyo tránsito ansían en forma violenta.

Por dondequiera se advierte esta corriente subterránea que mueve los ánimos y los prepara para la próxima lucha. Los mantuanos forman partido para resistir el empuje y las tendencias absolutistas de los funcionarios del gobierno, a quienes, en cambio, rodean cuando lo precisa la defensa del país contra el enemigo común y a quienes apoyan cuando viene a sumar su fuerza para la guarda de sus intereses privativos de clase. El pueblo está también agitado por conversaciones, pasquines y papeles sediciosos que se atribuyen a propaganda extranjera, sobre la cual tienen fijos los ojos el gobernador y la Audiencia y de cuya denuncia están pendientes aun los oídos de los confesores. Hay fermento de lucha y ánimos dispuestos a emprenderla a toda costa, sin que los castigos ejemplares que imponen las autoridades sean parte a detenerla. Los mismos funcionarios de la Corona están minados por parcialidades y rencillas de apariencia vana, en las cuales obra el espíritu que a su modo insuflan los criollos revoltosos.

Desde 1793 viene el gobernador Carbonell denunciando la amistad íntima del regente de la Real Audiencia, don Antonio López de Quintana, con el intendente don Esteban y con su hermano don Antonio, investido ahora del carácter de oidor honorario de la Audiencia, y quien, unido por su esposa a larga e importante familia, mueve intereses y halagos que le dan influencia en la política de la ciudad, donde todo lo entorpece por medio de su visible intromisión en el manejo de los negocios públicos y de los tribunales de las otras provincias. Y ahora, en este año inquieto de 1796, a raíz de las elecciones capitulares, dirige el gobernador un extenso memorial al rey donde se pinta el estado de división de las autoridades, y se abulta con funda-

mento de testifical, la parte principal de los Leones en la agitada vida de la Capitanía.

"No hay en estas provincias —dice a Carlos IV el viejo Carbonell— persona que no sepa que la unión de los tres expresados es perniciosa a los intereses públicos y particulares. Todos están descontentos con ella y aun aquellos mismos que gozan de su influjo, viven temblones y abatidos y precisados a seguir los medios de la sumisión y adulación, que son las puertas por donde precisamente debe entrar el que quiere ser contador entre los secuaces y servidores del regente, del intendente y su hermano, y los medios con que debe conservar su protección, temeroso siempre de la indignación de algunos de ellos, que vendría a ser su indispensable ruina y de todos sus negocios. Ellos han procurado cegar o entorpecer todos los conductos por donde V. M. puede llegar a saber el estado infeliz de estas provincias y se han valido de los arbitrios más injustos que dicta la desenfrenada pasión de ser solos en el manejo, intervención y gobierno para exigir adoraciones impropias e indecentes, y como si sus miras se dirigiesen a la independencia, proporcionan las cosas sobre un pie sospechoso y en que pueden fundarse terribles consecuencias. No informo a V. M. movido de especies vanas de que sobre esta materia abundan las conversaciones en las casas, aun las más despreciables de esta ciudad; dígnese V. M. hacer ver las dos informaciones que en testimonio remito y en ellas se hallará la certidumbre de la amistad del regente Quintana con los dos hermanos Leones y su perniciosa influencia en los negocios públicos, con general descontento de los vecinos y de los tribunales, que no pueden desplegar la autoridad que les pertenece por las conecciones y trabas que encuentran en aquella facción que los oprime por interés, debilidad o ignorancia; resultando de aquí adormecida la administración de justicia y las jurisdicciones sin su actividad y felices influjos. En la Real Audiencia debían estos vecinos mirar protegida la justicia por excelencia, y tener en ella un asilo segurísimo contra la inquietud, pero, por desgracia, es donde más fácilmente se forman los enredos, se patrocinan los litigios y se fomentan las discordias siempre que, como sucede las más veces, se interesan los tres miembros de la facción del intendente o alguno de

empleos de presidente de la Real Audiencia, capitán general de estas provincias y lo que parece más del caso, cabeza del mismo cuerpo de electores; pero este desprecio es propio del espíritu que los anima, pues el regente e intendente se enloquecen cuando se trata de ultrajar mi autoridad y de aumentar las suyas, atropellando cuantos respetos debieron contenerlos. No procedió así la mejor y más sana parte de los vocales, que, penetrando los embozados designios del intendente y regente en la seducción de los regidores nuevos, a quienes se había unido don José Hilario Mora, siempre dispuestos a los enredos y maldades conferenciaron conmigo la materia y me instruyeron de los fines a que se dirigía la elección; si bien eran éstos tan conocidos que luego se divulgó en el pueblo, no hubo quien no manifestase su descontento, asegurando que siendo alcaldes ordinarios don Antonio Fernández de León y el marqués del Toro y síndico el doctor Espejo, quedaba estancada la administración de justicia en casa de los Leones, y lograba la Audiencia trastornar la averiguación de los excesos de dicho Mora en el oficio de fiel ejecutor, que en *ínterin* le confirió y acerca de lo que informé separadamente a V. M. con los autos.

"Con estas advertencias y otras noticias que tomé con reservas sobre los conventículos que se hacían en casa del marqués del Toro y del presbítero doctor don José Ignacio Moreno, gran adulador y acérrimo partidario de los Leones, a quienes lisonjea mezclándose en negocios extraños a su estado, procuré fortificar a los vocales juiciosos con quienes podría tratarse la materia para que eligiesen sujetos de probidad, calidad y talento, imparciales y fieles servidores de V. M.; y deseando estar pronto a todo acontecimiento dejé la casa de la calle de San Juan, en un extremo de la ciudad, a que me había retirado por los días de Pascua, por estar algo indispuesto, y vine a mi posada ordinaria el 1.° del corriente al amanecer, donde tuve la complacencia de que la pluralidad de votos fuese a favor de don Juan José Verástegui, europeo, para alcalde de primera elección, y de don José Ignacio Rengifo para el de segunda, hombres muy conocidos por su calidad, conducta pacífica y caudales, sin que en el acto hubiese la más leve diferencia, porque los seis vocales del partido del intendente, vien-

do la noche anterior que no podían sacar a los alcaldes y síndico que querían contra los siete que los resistían, dieron sus votos en otras personas diversas.

"Sin embargo, basta el intento para que se viera cuánto es el deseo que estos hombres tienen de lograr una facción poderosa en estas provincias, que comprenda todos los ramos de la administración; y aunque el favor que puedo hacerles es que sus miras actuales no excedan los límites de una soberbia particular que los hace apetecer que todos dependan de su autoridad y capricho, sabe V. M. qué consecuencias tan funestas han causado en el mundo estos conventículos, estas faccioncillas y partidos si se desprecian en su principio. Dígnese V. M. tener presente estas proposiciones que sienta un fiel vasallo.

"La Real Audiencia de esta capital se compone de sólo cuatro ministros en el nombre, porque no se hace otra cosa de lo que quiere el regente, que los persuade con su arte y locución artificiosa, y se dejan persuadir porque don Francisco Cortínez es condescendiente y flexible; don Juan de Pedroza no puede y se acomoda con cuentecillos y pequeñeces; don José Bernardo de Azteguieta, es de buenas intenciones, que sin querer obra mal y se ve comprometido cuando menos piensa. Por consecuencia, este tribunal ridículo, al influjo del regente, está dedicado a la voluntad del intendente, y siendo éste y su hermano cabezas de una dilatada familia y de un partido copioso de aduladores que mantienen a toda costa, protegiéndolos en cuanto les ocurre para exigirles adoraciones y sumisiones, resulta sofocada la administración de justicia en estas provincias que elevan sus clamores a V. M. para que les alivie el peso que sufren en la altanería de estos hombres, que no respetan autoridad pública y derechos particulares cuando tratan de hacer su gusto o favorecer a sus parciales. De aquí también resulta el entorpecimiento de la misma Audiencia en el despacho de las causas que vienen a ella por legítimos recursos y de las que se hace cargo reteniéndolas injustamente despojando a los Justicias de las provincias de su jurisdicción, desaforando a los vecinos y obligándolos a comparecer personalmente en esta capital, de que se siguen ruinas en las familias de lo interior del país, atraso de los bienes y muertes de los litigantes, de forma que pasa Caracas por sepulcro

de los infelices vecinos de la tierra adentro, y muchos por no sufrir tantos perjuicios y peligros, sacrifican sus derechos al abandono. Por otra parte siguen los subalternos el ejemplo de los ministros, y sin otra costa que adular a éstos, viven impunes en su morosidad en las causas, del menosprecio insolente con que tratan a los litigantes, de la ignorancia culpable del estado de los pleitos, de su insaciable sed de dinero, y, en fin, de cuantos excesos y abusos introduce el desorden de un tribunal como éste, cuando no está organizado y bien dispuesto, causando tantos daños cuantos beneficios causaría si estuviere arreglado, de modo que puedo asegurar a V. M. que dicho tribunal por los ministros que lo componen está del todo desacreditado, y sólo la fuerza de la ley conserva su respeto; si no es que lo llame miedo de la violencia.

"A vista de tanto mal resolví levantar las dos justificaciones reservadas, que en testimonio remito a V. M. con el de otra pública, sobre averiguar el autor de una carta anónima, haciendo presente que en la necesidad de mantener el decoro de los ministros con el secreto, y en la de valerme de testigos de carácter y suposición, ha sido imposible indicar varios hechos particulares de que no es regular tengan éstos la correspondiente noticia para declararlos, y que dependen del mérito legal de los procesos. Si bien va completamente justificado el clamor general de las provincias, el anhelo del regente y los Leones en procurarse un partido, la abierta y tenaz protección a sus secuaces y los medios que discurren para disponer a su arbitrio de todos los tribunales y cuerpos y ramos de la administración de justicia. En consecuencia y protestando que no mueve a este informe otro fin que el servicio de V. M. y el ingente deseo de que en estos dominios resplandezca la justicia de España en el cumplimiento de las santas leyes que en todos tiempos ha dictado con acierto y prudencia para tranquilidad de tantos vasallos: suplico a V. M. se digne examinar y reconocer lo que dejo expuesto y mandar si hallare ser conveniente, como me parece, se promueva a todos estos ministros que ha más de ocho años que están aquí, colocando en esta Audiencia otros más moderados, íntegros, circunspectos y sabios que abominen las parcialidades y enredos, procurando acabar los pleitos y no prolongarlos; que

en la administración de justicia sean inflexibles evitando la desconfianza y sospecha de los litigantes, que detesten las fruslerías guardando en sus dichos y hechos el decoro de su ministerio, y que juzguen las cosas conforme a derecho para excusar agravios y contenerse dentro de los límites de la razón, porque ésta se reconoce siempre y aniquila las discordias, así como la arbitrariedad las enfurece y enciende."

No son ignorados de los Leones los informes que hace llegar a la Corte el presidente y capitán general, y en 27 de febrero de 1796, don Esteban dirige un largo y difuso memorial al príncipe de la Paz, en el que da cuenta de las principales ocurrencias del momento. Después de descargar a la Intendencia en lo que se refiere al descontento provocado entre algunos indígenas por el modo de percibirse el derecho de capitación establecido en las Ordenanzas reales, informa que los franceses emigrados y los prisioneros que remitió el presidente de Santo Domingo y que por su disposición estuvieron en La Guaira, Puerto Cabello y Caracas, habían esparcido algunas especies y papeles sediciosos, que hubieran corrido por toda la provincia si el regente López de Quintana, de acuerdo con él, no hubiera provocado que el gobernador convocase la Junta en que se tomaron todas las precauciones del caso para evitar la impresión que ellos causaban principalmente entre la gente de color. En su memorial dice Fernández de León que "desde la fatal revolución de Francia sólo se ha visto en toda la provincia de Caracas y en esta capital por noviembre de 1794 un pasquín fijado en la casa del reverendo obispo, en el cual se reclamaba contra las injusticias de los magistrados civiles y eclesiásticos, amonestándoles a la enmienda y amenazando que de lo contrario la Francia enmendaría estos desórdenes". El ataque al obispo lo relaciona Fernández de León con la circunstancia de haber favorecido notoriamente el señor Viana a un deudo suyo en la provisión de la Canonjía Magistral, y en lo que dice al gobernador, por escoger éste los empleados de justicia entre "los que den más dinero, y que éstos procuran reembolsarlo con ventajas por medio de arbitrios y estafas reprobadas". Después de descubrir serias irregularidades cometidas en el gobierno de Cumaná por el gobernador de aquella provincia, don Vi-

cente Emparan, entra a explicar con lujo de noticias las principales razones que mueven a Carbonell en su pugna con la Intendencia, cuyo odio "por tantos y tan diversos medios manifestados", no tiene otro origen y causa "que su ambición a reunir en su mano los empleos de intendente de Ejército y superintendente general subdelegado de Real Hacienda en esta provincia". Como principal instigador de estas ansias de poder cita don Esteban a don Francisco Bernal, secretario de Carbonell, quien "tomó demasiado gusto a las utilidades que de público se asegura sacó en unión de su jefe don Juan Guillelmi, cuando éste sirvió interinamente la Intendencia con el gobierno", y dice "que además hay otras personas que lisonjean la ambición del gobernador y desean, tanto o más, la reunión en su mano" de las facultades ejecutiva y fiscal. "Los manipulantes y dependientes —anota— que han quedado aquí de la antígua Compañía Guipuzcoana tuvieron por muchos años una prepotencia absoluta en esta provincia, de suerte que a la sombra del privilegio exclusivo con que aquélla hacía su comercio, los naturales y moradores de ella eran otros tantos siervos y dependientes suyos, sujetos a recibir la ley que les querían imponer en el precio de los frutos de Europa, que no podían recibir de otra mano, y en el de sus frutos, que les habían de entregar precisamente. De ellos, a la sombra de la Compañía de Filipinas, han quedado aquí muchos, y éstos, ligados con los que sucesivamente vienen de sus provincias, hacen los mayores esfuerzos para recobrar aquella prepotencia, a fin de reducir todo el comercio a su mano, hacerse árbitros del precio de los efectos y frutos y renovar, en una palabra, los monopolios con que tuvieron estancado y detenido el fomento de la agricultura y comercio del país, la prosperidad de sus habitantes y de la Real Hacienda, que se deja conocer a los rápidos progresos que han hecho aquellos dos ramos y el aumento considerable de las rentas de S. M. en el corto tiempo de doce o trece años que han corrido desde la extinción de la Compañía, pues en lugar del millón y medio de pesos a que alcanzaron el año que más todas las introducciones y extracciones legítimas que hizo ésta, importaron las de los particulares en el pasado de 94, cerca de diez millones de pesos, y en el próximo de 95 excederían de esta cantidad; y el ingreso

anual de la Real Hacienda que nunca llegó a 600.000 pesos, pasa en el día de dos millones contando con el producto del estanco del tabaco. En desempeño de mis obligaciones he tomado todas las medidas que he estimado precisas y conducentes a sofocar sus destructivos monopolios y las intrigas de que se valen para continuarlo, viéndose por consecuencia esta provincia en el estado más floreciente, contentos sus habitantes y manifestando su reconocimiento al soberano, por verse aliviados del casi irresistible peso que los apremió por tantos años. A proporción de mis desvelos para debilitar un partido tan ruinoso a la felicidad y prosperidad de estos vasallos y del erario de S. M. redoblaban sus esfuerzos y la más cruel persecución los individuos de la antigua Compañía Guipuzcoana, los cuales unidos con los demás vizcaínos han formado siempre y mantienen la liga más estrecha, capaz de oprimir a todo aquel que no cede y sacrifica servilmente a su prepotencia, tanto más poderosa y temible en la actualidad cuanto se ha fortificado con los respetos, autoridad y protección de sus paisanos, el reverendo obispo don Fray Juan Antonio Viana, teniente de rey, brigadier don Joaquín Zubillaga, comandante general de artillería, brigadier don Mateo Pérez, coronel don Manuel de Clemente y Francia, el gobernador de la provincia de Cumaná, el nominado don Vicente Emparan y el últimamente electo para la de Guayana, don Felipe de Inciarte, sin contar una multitud de empleados de inferior clase que todos acuerdan con el mayor ardor a sostener su partido formidable."

Después de recordar don Esteban las instancias que ha hecho por que se le separe del ejercicio de la Intendencia, dice ser don Pedro Carbonell un "gobernador anciano, enfermo, ignorante, tenaz y caprichoso, que aborrece toda otra autoridad que la suya, y que por última desgracia se deja gobernar y seducir del perverso genio y malignas intenciones de su secretario don Francisco Bernal", empeñados ambos en que sea constituido por gobernador e intendente de Caracas su paisano el de Cumaná, don Vicente Emparan.

Pero si el capitán general no anda muy a gusto con los Fernández de León, a ellos ha de mirar cuando circunstancias conflictivas pongan en peligro la seguridad pública y la paz de las provincias. Grave es la ocasión que obliga

a este "viejo, sordo, de carácter agrio, despótico y sumamente terco", a buscar la ayuda de aquellos que ha pintado con tintes llamados a destruir toda su fama y a detener todo impulso favorable en el ánimo del monarca. Pero hay poderosos intereses en juego ante los cuales deben ceder las rivalidades de quienes en la Colonia representan los derechos de la Corona.

En la mañana del día 12 de julio de 1797 y a objeto de pedir consejo para proceder con acierto en materia de tanta gravedad, comunica Juan Antonio Ponte al padre de la religión de San Francisco, fray Juan Antonio Rabelo, un proyecto de revolución que le ha manifestado don Manuel Rico al barbero Juan José Chirinos, y como el religioso necesita de una instrucción circunstanciada para dictaminar, le hace volver por la noche del mismo día en compañía de Chirinos y de un tercer denunciante. Por los datos recibidos en la noche se impone el fraile de cuanto pretenden ejecutar los conspiradores, según de Rico lo había oído el mentado Chirinos, a quien el primero ofreció dar por escrito algunas instrucciones relativas al asunto. Encarga entonces el padre Rabelo que vaya a solicitar de Rico el ofrecido escrito y se lo lleve para él verlo y poder opinar en mejor forma. Mas regresando Ponte a la siguiente mañana sin papel alguno, por no haberlo dado Rico, le previene el fraile "que sin pérdida de tiempo pasen los tres a la presencia del señor capitán general a describirle la conspiración, poniéndoles presente los males que iban a evitar y los bienes que resultarían al Estado, a la Religión, a la Patria y a ellos mismos". En el propio día jueves, y no atreviéndose Chirinos, por efecto de natural encogimiento, acercarse personalmente al capitán general, comunica el asunto al doctor don Domingo Lander, capellán castrense, quien conferencia con el cura del Sagrario de Catedral, doctor Juan Vicente Echevarría, ambos con el provisor y vicario general, doctor don Andrés de Manzanares, y éste, en unión del presbítero don Marcos José Soto y Olazo, secretario del obispo, a la sazón en el vecino puerto de La Guaira, con el teniente de rey, brigadier don Joaquín de Zubillaga, por hallarse enfermo y reducido a sus habitaciones el capitán general.

Con singular diligencia y aparato represivo es recibida

por el Gobierno la oportuna delación, de tanto mérito para las autoridades que se libran por ella recomendaciones cerca del rey para el cura Echevarría, el doctor Lander y el provisor Manzanares, sin que nada toque de tal premio a la lealtad del franciscano, quien, reclamando de la injusticia y en la oportunidad de pedir al gobernador la promoción de ciertas pruebas para comprobar que era él quien había aconsejado la delación, asegura que si bien había hecho "una solemne renuncia del mundo y de sus bienes esto no debe ni puede extenderse al derecho que tenía a conservar el honor de su persona y del cuerpo respetable de que era miembro".

Puestos a la obra de sofocar el movimiento, se acuerda que el teniente de rey y don Antonio López de Quintana, regente de la Audiencia, vayan a la sorpresa de don Manuel Rico y sus papeles, y que para prender al hermano de éste, don José Montesinos y Rico, del comercio de La Guaira, se aliste el doctor Francisco Espejo, abogado de la misma Audiencia. Efectuada con la debida rapidez la detención de Rico, se le encuentran papeles referentes al establecimiento de una Junta general y en los cuales se indica para la reunión de los sediciosos la parte inconclusa de la Iglesia de Altagracia. Los comprometidos se llaman "hermanos" como seña y usarían por distintivo una escarapela cuatricolor: blanca, azul, amarilla y morada o negra, y el intento "era formar república, a similitud de los Estados Unidos americanos, y según lo que se fuese extendiendo el dominio, nombrar un presidente en cada provincia, y que la principal sería Caracas".

También hallan los pesquisadores una canción cuyo estribillo es:

¡Viva nuestro Pueblo,
viva la Igualdad,
la Ley, la Justicia
y la Libertad!

A resultas de la confesión arrancada a Rico y conocidos los nombres de los demás conjurados, se da encargo para proseguir las prisiones al oidor honorario Fernández de León, al doctor Espejo y al doctor Antonio Martínez de Fuentes, abogados del alto tribunal. Don Antonio, en compañía de don Antonio Butragueño, teniente del Escua-

drón de Milicias de Caballería de Blancos, se encamina con ocho hombres de aquel Cuerpo hacia el pueblo de Santa Lucía, donde ocupa los papeles de don Manuel Gual y practica el embargo de sus bienes, para de allí seguir tras penosa jornada al puerto de La Guaira, centro de la conspiración. No logra la prisión de Gual, capitán retirado del Batallón Veterano de Caracas, ni Espejo la de don José María de España, justicia mayor de Macuto, acusados ambos, con los Rico, como cabecillas de la insurrección, pero pudo en cambio don Antonio hacer preso a don José Camacho, confidente de los primeros, y a muchos otros revolucionarios, mientras el doctor Espejo sorprendía en su lecho y arrestaba a don José Rico y a los rebeldes Narciso del Valle, N. Ruiseñor, José Manuel Pino, Juan Moreno, Javier Arazamendi y muchos más. Buen trabajo tiene don Antonio en el examen de los comprometidos y de los espontáneos delatores que surgen al ver debelado el movimiento. Manillas tras manillas de papel consume el amanuense, hasta formar con ellas más de veinte piezas de autos. Don Antonio es sutil para interrogar a los testigos, y si sospecha conexiones con los rebeldes capataces, para ello están los cepos que saben aflojar la lengua.

Las prisiones son muchas, por ser numerosos los comprometidos, y pronto en las cárceles están recluidos el cura de La Guaira, oficiales de tropa, sargentos, cabos, rasos de ambas milicias, abogados, numerosos vizcaínos de los que vienen contrariando la política fiscal del Gobierno, hacendados y particulares del común del pueblo. El plan, de suyo vasto, es fruto de la labor inicial de don José María España y del vizcaíno don Francisco Zinza, y a él han sumado sus buenos consejos los reos de Estado Juan Bautista Picornell, Manuel Cortes y Sebastián Andrés, enviados a las bóvedas de La Guaira como fautores de los motines de la plaza madrileña de San Blas, con que en febrero de 1796 se intentó reemplazar la monarquía por una república al estilo de la francesa y quienes se habían profugado en junio anterior hacia las Antillas. Cuando éstos llegan a la prisión, son por ello acudidos, so pretexto de humanidad, por los iniciadores de la revuelta, en cuyos planes se advierte, además, por las noticias cifradas alusivas a sucesos de Santa Fe que se han hallado en los papeles de Rico, la

influencia que en el brote revolucionario ha tenido la prédica del egregio patricio neogranadino don Antonio Nariño, quien después de su agitada odisea en las islas del Caribe, logró en su viaje al virreinato ir en un barco español a la ciudad de Coro, desde donde debió haber hecho llegar papeles, entre ellos su traducción de *Los Derechos del Hombre,* a los revolucionarios de La Guaira, quienes bien grabados los tenían de antiguo en los ardientes sesos (*).

Verse Carbonell en la disyuntiva de entregar a la Audiencia el conocimiento de esta causa, constituye para él un caso extraordinario, en que el amor propio y la defensa del Gobierno y de su misma persona contrincan abiertamente. "Me recogí dentro de mí mismo —escribe al rey— y estuve algunos momentos luchando y combatiendo varias complicadas ideas, que dificultaban el modo y medios de que debía valerme para la averiguación de los demás cómplices y para la ejecución de las prontas providencias que debían desconcertar las malignas ideas de los amotinados: veía por una parte que si ponía el manejo y conocimiento del asunto en las manos de la Real Audiencia, podía resultar mayor desconcierto en los habitadores del país, así europeos como de la mayor y más sana parte de los naturales, que miran con desconfianza los procedimientos de vuestro regente don Antonio López Quintana, de los cuales igualmente que de su coligación con este intendente don Esteban Fernández de León y otros parciales se han dirigido multiplicadas quejas a V. M. en diversas ocurrencias y tiempos. Por otra parte, preveía que tomando el conocimiento de la causa por mí mismo, como me autorizan las Reales disposiciones, promoverían competencia los citados regente, intendente y partidarios, de que tal vez se aprovecharían los sediciosos para adelantar sus malvados designios; en unas circunstancias tan críticas, y juzgando que lo terrible del lance en que era amenazada la suerte de aquéllos en menos que la mía, y de la autoridad, y V. M., haría olvidar a todos sus facciones y privados intereses por acudir al general del Estado, me determiné al fin deponer

(*) Las variantes que se observan con relación a los datos de la primera edición proceden de un informe de José María Rico al general Miranda.

el negocio bajo la autoridad del Real Acuerdo, despojándome de algún modo y transmitiéndole todas las facultades de gobernador, presidente y capitán general... A pesar de mis anteriores reflexiones, notaba que cuantas comisiones se acordaban siempre nombraban para ellas alguno del partido del regente e intendente, que para la prisión de don Manuel Gual, capitán retirado, que resultó ser una de las cabezas del movimiento, fue nombrado don Antonio León, hermano del intendente, y para la de don José España y formación del proceso de La Guaira, en donde se había asegurado estar la primera y principal llama de la conspiración, comisionaron al doctor don Francisco Espejo, abogado favorito de los mismos regente e intendente".

Por demás apremiante y embarazosa es la situación del presidente y capitán general, viejo y enfermo, a quien el huracán de la revolución ha metido en este dédalo de pasiones y banderías y en circunstancias tales que el correr de los sucesos le obliga a afincarse en el prestigio y valimiento del partido con quien peor quisto se halla, y ante cuyas demandas interesadas se ve obligado a ceder para tenerle de su parte. Así, cuando días más tarde el Ayuntamiento. como personero de la ciudad, disputa una comisión para presentarle el acta suscrita por el conde de Tovar, el conde de San Javier, el conde de La Granja, el marqués del Toro, el marqués de Mijares, don Andrés de Ibarra, don Manuel Felipe de Tovar y demás representantes del señorío criollo, en que le ofrecen con la absoluta adhesión al rey "sus fondos, los de cada uno de sus individuos y los de la nobleza y gente principal y decente de la capital y formar de ésta una o más compañías para la defensa y guarda de su persona", tiene la ingrata sorpresa de ver cómo el marqués del Toro y don Manuel Monserrate, con sólo autorización para la entrega del acuerdo, avanzan a pedirle la remoción de los tenientes que acababa de nombrar para varios pueblos cabeza de partidos capitulares, sin exponer los serios motivos que pudieran justificar tan "atropellado procedimiento". Aunque sea a mal grado ha de conformarse Carbonell con la pretensión de los solicitantes, a lo que el Acuerdo presta su consenso, no obstante figurar entre los catorce candidatos presentados, once que están vinculados por lazos de parentesco con el marqués, sin que falten entre

los otros algunos domésticos de quienes interesa la presencia en aquellos pueblos donde tiene sus fundos o están propiedades de sus amigos.

No deja de admirar el presidente y capitán general la serenidad con que Rodríguez del Toro y los suyos aprovechan las críticas y funestas circunstancias que atraviesa el Gobierno para fomentar a costa de ellas sus particulares intereses y que, a pesar de las blandas complacencias que les ofrece, sigan impertérritas las maquinaciones contra su persona y su política. Desconfiado y malicioso, Carbonell advierte el indesviable ánimo con que las clases directoras, ahora como siempre, sólo buscan en la política la satisfacción de su vanidad y de sus intereses privativos. La propia idea autonomista que se halla agazapada tras el lealtismo de los mantuanos, no está impulsada por las ideas de justicia y libertad en que se enmarcan las reflexiones de la clase intelectual y que en el común del pueblo empieza a ganar ámbito por la forma negativa de sentirlas. Para ellos, ya robustos en su conciencia de clase, los solos motores de sus acciones son el aprovechamiento de los recursos del Poder para mejor lucrar con sus riquezas personales, y la conservación de un orden social donde tengan seguras garantías para las explotaciones del trabajo. De haber tomado cuerpo la revolución debelada, los hombres que constituyen el mantuanaje imperante habrían rendido parias a los rebeldes victoriosos, con la misma fe y con el mismo entusiasmo con que han ofrecido sus caudales al capitán general para acabar con los audaces sediciosos. Esa misma actitud asumirá la mayor parte de ellos en el tránsito de los gobiernos patriotas a los regímenes de la reconquista; y en las transformaciones violentas que asuma la vida republicana, apenas callados los fuegos que derrocaron al gobierno que estaban lisonjeando, se les verá acudir con promesas de lealtad a la tienda de los nuevos señores que capitalizan y distribuyen los bonos de la victoria. Estar a la sombra del sistema imperante, sean cuales fueren los principios y las prácticas de los hombres en ascenso, será la indesviable técnica de nuestra viciosa oligarquía, perpetuada en hombres que, con los mismos o variados apellidos, mantendrán los propósitos absorbentes que inspiran a estos sus antecesores del siglo XVIII.

No falta quien delate al capitán general el hecho de darse a deshoras de la noche el marqués del Toro, en compañía de don Andrés de Ibarra, a la labor de recoger firmas para dirigir a Carlos IV una representación a nombre de la nobleza para pedir la permanencia del actual regente de la Audiencia, cuya persona y actos elogian en el tono más subido. Vedado como está por Orden de 15 de diciembre de 1795 dirigirse al rey si no es por conducto de las autoridades, el capitán general reconviene al marqués de lo irregular de su actitud y detiene el envío del memorial, en cuyo fondo se maquina contra su política de gobernante. "No habrá quietud en estas provincias —dice al rey el capitán general— mientras esté en esta Real Audiencia el regente don Antonio López de Quintana, en la Intendencia don Esteban Fernández de León, en la provincia el doctor José Ignacio Moreno, y en el Cabildo el marqués del Toro y don Manuel Monserrate, acostumbrados a fomentar partidos y facciones, que siendo contra los españoles europeos, turban la buena armonía que puede muy bien establecerse entre éstos y los americanos".

Mas el espíritu justiciero del anciano capitán general se alza sobre las viejas querellas y sobre las perniciosas banderías de que ha informado repetidas veces al monarca, para mirar los oportunos servicios de los hermanos Fernández de León, y pide como premio para don Esteban un asiento en el Consejo de Indias, y para don Antonio la Cruz de Carlos III y una plaza togada en otra Audiencia de América, ya que no podría servirle en Caracas, por estar casado con hija del país y poseer en él hacienda. Congruente, además, la petición con la idea de alejar a ambos hermanos del territorio de la Presidencia y Capitanía General.

Pero la aparente paz entre el gobernador y los Fernández de León, a quienes no logra separar de Venezuela, no puede llegar a convertirse en una situación firme. Pugna el primero por mantener en toda su amplitud el prestigio de la autoridad regia de que se halla revestido; los segundos, con arraigo territorial en la provincia, procuran acrecer sus influencias y se suman cada vez más al partido de los mantuanos, que representan el empuje diferencial de la naciente nacionalidad. La lucha se hace cada vez más im-

petuosa. Don Pedro Carbonell ya rebasó los límites de las informaciones relativas a la actuación pública del intendente y del hermano, cuando informó en 1796 sobre la vida privada de sus irreducibles enemigos, entre quienes figura también el relator de la Audiencia don Alonso Ballina, "hombre negado —dice— o de ninguna aptitud, vive en el desorden más abominable, su continuo ejercicio es jugar toda clase de juegos prohibidos con gente soez, hasta mulatos, dentro y fuera de la ciudad. Todos los ociosos se juntan en su casa, y ya se sabe que donde están don Alonso Ballina y don Antonio León, hermano del intendente, jamás faltan juegos prohibidos y de todas clases, en que se atraviesan cantidades gruesas que podrían hacer felices o desdichadas a familias enteras. Los ratos en que no encuentran con quien hacerlo se dedican al obsequio deshonesto de las mujeres, con escándalo reprensible, de manera que gastan todo el tiempo en fomentar el vicio de sus costumbres, corrompiendo con su ejemplo a cuantos le comunican y dar margen a que públicamente se censure la tolerancia de los jefes, sin atender a que éstos callan por evitar mayores males que se seguirían por otra parte, en el caso de procederse sin prudencia y disimulo". Ahora, en 1798, se adelanta a desnudar sin huella de piedad a los oidores de la Audiencia unidos, con el regente, al partido del marqués y los Fernández de León. De don Francisco Ignacio Cortínez dice que "gasta más lujo que los vecinos de más caudal, juega continuamente y jamás le faltan los auxilios de la comodidad, lo mismo que si tuviera cuantiosos haberes, cosa que no puede combinar con los legítimos emolumentos de su oficio"; y encarnizado contra los Leones les descubre su pasado para una vez más decir a Carlos IV: "Don Esteban Fernández de León se crió y educó en esta provincia sirviendo un Tenientazgo, ocupación común de los que no tenían otro arbitrio de subsistir. Hizo caudales por medios reprobables, y con ellos se proporcionó un mérito que, agregado a su astucia y tintura de leyes, le adquirió la última dignidad que podía esperar sin salir de la provincia. Antonio su hermano y él se enriquecieron inmoderadamente con el auxilio y patrocinio de la autoridad, a la cual entorpecen con sus manejos. Es intrigante y esencialmente inclinado a enredos y disputas y a comprometer a

los demás, porque su ambición nunca mira con indiferencia y sin envidia la fortuna de los otros". Y de haber ello sido cierto y no una fantasía que legitime la confusión de atribuirse el lance al otro hermano, seguramente el viejo Carbonell también da cuenta al rey en sus informes, del bochornoso suceso acaecido a don Esteban cuando para dar rienda suelta a la fiebre del amor que en su ánimo había prendido la singular belleza de una mestiza de la servidumbre de doña Mercedes Ibarra de Galindo, resolvió en la noche, con romántico aparato de escaleras, pasar a la respetable mansión de aquella dama, quien vivía en casa paredaña con el edificio de la Intendencia, con tan mala suerte para el caso que, advertida la linajuda señora del extraño huésped, hizo prender por las otras criadas hachones y faroles y fuése a los jardines donde holgaban los amantes y, con estudiada sonrisa y palabras de sorpresa, hace saber al incauto enamorado que iluminada está la casa por el honor de la visita, así haya en esta vez olvidado la entrada principal por donde a menudo penetra el intendente y por donde le obliga a salir, avergonzado de su hazaña de nocturno escalador.

Mientras tanto sigue en la Audiencia vistiéndose el largo proceso contra los reos de Estado don José María España y don Manuel Gual, cabecillas con los Rico de los sucesos de 1797, y a él se agregan nuevos papeles relacionados con los intentos sediciosos ocurridos en diversas plazas de la Gobernación. La onda revolucionaria ha tomado cuerpo en todo el territorio de la provincia y voces se alzan para llamar a los habitantes a la rebeldía contra el régimen colonial, sin que falten palabras iluminadas que buscan en la misma revelación divina acento para entonar los ánimos indispuestos, como en el caso del fraile que se dice avisado por visiones de lo Alto para predicar a los pueblos el deber de recobrar la libertad antigua, y quien, encerrado por el obispo, logra milagrosamente recado para escribir una disertación sobre la tiranía y la esclavitud a que los reyes tienen sometida la provincia. De Maracaibo llegan noticias de haber prendido entre los pardos las llamas de la rebelión con intento de "embestir la ciudad, saquearla, matar a los blancos y ricos, y echar por tierra al Gobierno español y establecer el republicano". En oriente las ideas sediciosas toman mayor

fuerza, al amparo de las maquinaciones que se fraguan en la isla de Trinidad, perdida por la ocupación que hicieron los ingleses como consecuencia del estado de guerra a que condujo el tratado de San Ildefonso, y planean los negros bozales de Cariaco dar muerte a los señores blancos. Y ese estado, lejos de disiparse, queda viviendo en el alma del pueblo la existencia de los resentimientos colectivos, cuando en la plaza mayor de Caracas se alce el 8 de mayo de 1799 el fúnebre cadalso adonde es arrastrado a la cola de un caballo, desde la Cárcel Pública, el rebelde José María España. Ayer, en el mismo sitio, vio descuartizar el cadáver del zambo Chirinos, por proclamar en las serranías de Coro ideas de libertad e independencia; hoy los toques de agonía de las campanas de los templos anuncian al pueblo un nuevo escarmiento de las autoridades españolas. Ahí está, junto al cadalso, el cura Echevarría, quien, desde el Sagrario de la Catedral, ha traído el auxilio de los Sacramentos al amigo en capilla. El ha sido recomendado al rey por el capitán general, junto con don Esteban y don Antonio Fernández de León, quizá presentes en la plaza del suplicio, para recibir premio condigno por el mérito de la delación. Acaso no imaginaba cuando tomó acuerdo en el sigilo de la sacristía con los presbíteros Lander y Manzanares, que su aviso a las autoridades ahogaría en sangre la vida de su compañero de juventud, ahora en las manos clementes de la justicia divina. "¿Qué importa —exclama— la manera con que murió el que está en el cielo? Quizá, aún a los ojos del mundo, en estos malos días en que la sangre de los reyes mancha las manos de los verdugos, el patíbulo venga a ser un título de gloria..." Y mientras España se levanta sobre el árbol de la muerte, como bandera inmortal del hombre abnegado que sacrifica su vida en aras de ideales humanitarios, el elocuente Echevarría compendia la oscura existencia del político que, ayer como hoy, victima para su medro la amistad y después, a usanza de Pilatos, busca el agua de las palabras oportunas para lavar ante la Historia su conciencia.

VIII

EL SEÑOR DE MARACAY

El nuevo gobierno de don Manuel Guevara y Vasconzelos, inaugurado el 6 de abril de 1799, es inicio de paz entre las autoridades de la Capitanía General y los Fernández de León. No es grata la actuación del nuevo gobernante para el agitado pueblo de la capital, y aunque empiece con enérgicas medidas, como la batida ordenada para lograr la detención de España, el descuido de las autoridades hace que "se vean la ciudad y los pueblos adyacentes, ardiendo en vicios y prostituídos con el más famoso libertinaje, autorizados con el mismo ejemplo y tolerancia de este irreligioso juez, la gula, la lujuria, la trampa, el desuello, el juego inmoderado público, continuo y trascendente a todos los estados, edades y calidad de personas".

Salario de dos mil pesos goza don Antonio por sus cargos de oidor honorario y fiscal jubilado de la Real Hacienda, y a él alude la Real Orden de 15 de octubre de 1797, cuando fue recomendado para las vacantes que ocurran de plazas togadas en las Audiencias de la América Meridional. Pero a don Antonio ya interesan poco las rentas que puedan venirle a costa del Erario. Su fortuna material ha ido creciendo, y en Maracay, lugar de sus haciendas, goza de un prestigio y de una influencia que le constituyen en cabeza de la villa, así compitan de cerca en los vecinos los recursos del marqués de Mijares, antiguo protector del pueblo.

Durante los últimos años del siglo XVIII las actividades agrícolas y comerciales han navegado a vela tendida, y ya en el nuevo siglo Maracay no es el modesto poblado de casas pajizas de cuando la Compañía Guipuzcoana comenzó la siembra de añil. La mayoría de las casas dan la impresión de haber sido construidas recientemente, y entre ellas las hay con portales de piedra labrada. La iglesia no es el cañón a que alude el obispo Martí en su relación de la visita pastoral de 1782, sino un sólido edificio de

tres naves, anchas y elegantes, y con hermosa fachada de armónica arquitectura. Numerosas fundaciones de algodón, añil, tabaco, café, trigo y caña la circundan. Entre ellas se destaca la hacienda de Tapatapa, de don Antonio, con su cómoda y lujosa casa de La Trinidad, dotada de rico oratorio y de bien plantado mirador que permite divisar el ancho valle y el cercano lago de Valencia. Tiene también la casa seguras cárceles para castigar a los esclavos que en numerosos bohíos arrastran lánguida y sufrida la existencia.

Vascos son los principales habitadores de la ciudad, sin que falten también los industriosos canarios. Entre el comercio abundan, entre otros forasteros, hebreos acudidos de la vecina isla de Curazao. La agitación que se nota en el poblado hace pensar al viajero que se halla en otra parte, pues no es común en las ciudades y villas de Venezuela la laboriosidad que distingue a estos vecinos, entre los cuales se cuentan numerosos pardos libres dedicados a trabajar mediante salario razonable. Todo el recorrido desde La Victoria hasta Valencia da impresión de laboriosidad y de riqueza, y las fatigas del viaje a través de la montaña, ceden ante la amable perspectiva de estos valles estupendos, de deleitosa y permanente primavera, cuajados de habitantes y cubiertos de opima agricultura, donde se fragua la riqueza que da prestigio y fuerza a los grandes propietarios de la Colonia: don Domingo de Tovar con sus fincas de Mariara; Fernández de León, el marqués de Mijares, Luis e Isidoro López Méndez, en Maracay; los Bolívar, en San Mateo y San Luis de Cura; en Guacara, el marqués del Toro; en Cura, el conde de Tovar, y, cerca de él, en el fundo La Concepción, los nobles e instruidos Ustáriz.

La característica imponente de su genio y su afán de lucir prerrogativas llevan a don Antonio a presentarse a la misa de la iglesia parroquial con aparato de silla, cojín y alfombra según corresponde por las leyes de Indias a los oidores, de donde surge vana querella ante la Audiencia en razón de haber desconocido el privilegio el provisor y vicario general sede vacante, con afinco en cierta Cédula lograda en tiempos del señor Diez Madroñero. De la Audiencia ha desaparecido el antiguo regente López de Quin-

tana, a quien hoy reemplaza como visitador el doctor don Joaquín Mosquera y Figueroa, sujeto con el cual Fernández de León habrá de luchar en lo futuro y quien si hoy le gana la partida en el Real Acuerdo, mañana sabrá lo que vale don Antonio cuando se trata de venganzas. La sentencia de la Audiencia no desalienta al terco y dominante señor de Maracay, y así gaste en ello hasta seis mil pesos, logra del rey Cédula que le autoriza para plantar en la iglesia parroquial gran silla forrada de damasco carmesí, galonada con vistosos y ricos flecos de oro.

A los criollos de antiguo radicados y a los españoles y extranjeros de reciente arraigo, como los Michelena, los Amitesarove, los Sorondo, los Carvallo, los Uriarte, los Lizarraga, los Da Costa Gómez ha ido superando en influencias don Antonio, cuya mansión de la plaza principal de doble planta y elegantes arquerías, es lugar de continuos conventículos, donde se tratan, bajo la guía de su experta palabra, los problemas atañederos al común. Sus actividades agrícolas son tantas que le han obligado a confiar la administración de las haciendas al hábil sobrino don Sebastián Fernández de León, cuarto de la familia en llegar a Venezuela, y quien logra un excelente enlace matrimonial con la gentil doña Gertrudis, hija del marqués del Toro. Los negocios mercantiles de Caracas los administra el socio, don Isidoro Quintero.

Fino conocedor de la conciencia humana, don Antonio prodiga pequeños favores que le hacen ganar plaza de benefactor, así por otras vías use el más bajo halago y los medios más perniciosos para sostener la corte que le da prestigio de señor feudal. Y cata que éste no está reducido al ámbito de la villa donde tiene sus principales negocios y corifeos y donde se le mira como árbitro inapelable. De tarde en tarde viene a Caracas, y, anunciada con tiempo la llegada, sus amigos los mantuanos preparan lucidas cabalgatas para adelantarse a recibirle bien fuera de poblado.

Nada se hace en Maracay sin que en ello tome parte el astuto y hábil don Antonio, quien valido de sus urbanas maneras, procura "cortar y desvanecer cualquier ocurrencia entre los vecinos", así él mismo con su intriga la haya provocado. Hállase en apuros el Gobierno, como sucedió en 1799 al aparecer varios buques ingleses en el litoral del

Valle de Ocumare, y suministra diligente el dinero para racionar la tropa encomendada al subteniente don Agustín González Carvallo, bien sabidor de que para recuperarlo no habrán de faltarle oportunas vías. Llega en 1806 la noticia de que Miranda invadirá la provincia, y franquea ocho mil pesos para la defensa que prepara el capitán general, costea el vestuario del Batallón de Pardos del Valle de Aragua y reúne él mismo más de doscientos hombres de caballería en Maracay y ciento cincuenta en el pueblo de Turmero, con los que engrosa el cuerpo militar que Guevara y Vasconzelos conduce hasta Valencia para esperar al maldito invasor. Celoso de la causa del rey y empeñado como todos los de su clase en oponer la más fiera resistencia a las pretensiones de Miranda, Fernández de León encabeza la férvida manifestación ofrecida al capitán general, quien se presenta en la próspera villa vestido de ostentosos arreos de mariscal, al frente del disciplinado Batallón de la Reina, del Batallón de Veteranos, de las Milicias de blancos y pardos y de varios piquetes de caballería. La desgracia, que es sombra fiel del Precursor, hubo de llevar al fracaso su intentona y luego se sabe en Maracay que Miranda ha abandonado las playas de Coro y que para castigar dignamente a los intrusos Guevara y Vasconzelos ha ordenado que en Puerto Cabello sean colgados los herejes extranjeros que habían sido apresados en la *Bacchus* y la *Bee*, al desembarcar en Ocumare con intenciones de adentrarse en estos valles ubérrimos de Aragua. Con entusiasmo igual al de los mantuanos caraqueños, don Antonio festeja la derrota de Miranda y pondera con sus íntimos el mérito de las actividades del capitán general, las que han salvado a la provincia de caer en manos del maldito girondino, vendido a los planes irreligiosos de Inglaterra. En su casa se celebra y vitorea al rey y a Vasconzelos y, sin leerlas, por no caer en la excomunión reservada a las primeras autoridades eclesiásticas, se queman las proclamas que han ido apareciendo en manos extrañas.

En este año de 1808, cuando la peste de calenturas ha sido más mortífera, se ocupa con desvelo en salvar a los enfermos y en prevenir el contagio pernicioso. Ni en 1782 ni en 1804 la epidemia llegó a adquirir las pavorosas pro-

porciones de esta época. La región más fértil y poblada de la provincia ha sido devastada, sembrada de cadáveres y presa del horror. La etiología del mal es desconocida y creen los facultativos que "un vapor deletéreo que minando o acometiendo la constitución de los que habitan en las orillas del gran lago de Valencia", sea la causa de los millares de muertes ocurridas. A principios de julio llega a Maracay el doctor Antonio Gómez, a quien el Gobierno ha enviado para atender la población que trabaja en las siembras de tabaco del rey, y encuentra acometidos en el hospital de la quinta fundación cincuenta y tres personas de ambos sexos, pero la lista que le comunica el encargado principal de las plantaciones asciende a dos mil enfermos. El lugar donde el hospital se halla encuadrado es el foco principal de la epidemia, y de acuerdo el médico con don Antonio, que está comisionado para dirigir la obra del salvamento, se erigen cinco hospitales, como en 1804, cuando vinieron los doctores José Joaquín Hernández, Carlos Arvelo y José Angel Alamo; y dos caneyes en Turmero, donde son recogidos mil cuatrocientos treinta enfermos. Don Antonio, con su palabra persuasiva, toma todas las providencias necesarias para vencer la repugnancia con que son mirados los hospitales por la vanidad de la gente, y pronto se ven acudir alegremente a ellos numerosos pacientes que van en "pos del socorro de la medicina y los consoladores auxilios de la religión".

"Habían sufrido los habitantes de Aragua —relata al Gobierno el doctor Gómez— el general estrago de la escarlatina y catarro epidémico. Los peones que se emplean en el cultivo del tabaco en Guaruto empezaban a desmontar y preparar terrenos para el beneficio de esta planta que forma el patrimonio del Erario de esta provincia. Sus cuerpos, debilitados por las impresiones de aquellas dos sucesivas epidemias, se exponían en el campo al influjo deletéreo de la infección. El mes de mayo, tiempo prescrito en la zona tórrida para la preparación de los terrenos agrícolas, abrió en los de las plantaciones de Guaruto la escena más lamentable. A pocas personas perdonó la invasión; se suspendieron los trabajos y los ejercicios ordinarios de la vida, y sucedió el terror, la consternación y la tristeza. El entendimiento más metódico no podía menos que parti-

cipar de la confusión y del desorden que producía este azote en las funciones de la economía animal.

"Yo no podré calcular con exactitud sus destrozos entre estos montones de cadáveres agavillados de que me vi rodeado. Apartaba con horror mis ojos del horrendo espectáculo que me ofrecían los desgraciados heridos de la epidemia; ¡cuántos habían perecido por falta de socorros y a cuántos se les arrancaba con violencia del seno de su familia para robarlos a la muerte! La superstición y la crasa ignorancia había ahuyentado a unos de los asilos de caridad y a otros había sacrificado al sórdido interés de los criminales curanderos.

"La enfermedad principiaba por una laxitud general semejante a la de los hombres fatigados del trabajo, dolor obtuso de cabeza, estreñimiento de vientre, superficie árida que interrumpía la exhalación del sistema cutáneo, inapetencia, sed extraordinaria, dolores vagos en las grandes articulaciones, frialdad en las extremidades, náuseas y vómitos biliosos. Este era el estado ordinario que precedía a los paroxismos de la fiebre intermitente.

"En la acción del frío más o menos prolongada o intensa, hallábamos la terminación de la calentura; por la salud, si el frío era considerable; por el tipo disentería o hidropesía, si la fiebre empezaba con ligeros escalofríos, acompañados de un estupor comatoso.

"En este caso, al segundo día del acontecimiento, se observaba el coma vigil, el color pajizo en la córnea opaca, y al tercer día, mientras el enfermo ejecutaba todos sus movimientos voluntarios, causaba sorpresa verle privado de sus funciones animales.

"El tipo más frecuente y que atacaba a los débiles era cotidiano. En sus intervalos vimos acciones subintrantes y un extraordinario desasosiego.

"Los temperamentos sanguíneos estuvieron sujetos a esta clase de fiebre: los pituitosos, a diarreas prolongadas; los biliosos y jóvenes a la disentería. La hidropesía y el escorbuto acometían a los débiles y ancianos.

"Si se suspendían las acciones de la calentura por los esfuerzos de la naturaleza o auxilios del arte, sufrían frecuentes repeticiones, que el estado de debilidad de los enfermos y sus excesos con la dieta ocasionaban. No podremos seña-

lar días críticos a esta epidemia; la naturaleza oprimida y enervada constitución de estos infelices excluyen el estado de vigor y de regularidad con que suceden los movimientos periódicos de la economía animal.

"Los paroxismos de la fiebre se prolongaban hasta los treinta días; pero cuando de intermitente se hacía continua, terminaba por fiebres lentas, el marasmo, la diarrea colicuativa y la muerte.

"Cuando en el canal alimenticio había materias fermentadas que no podían sacudir sus fibras musculares debilitadas, observamos la disentería gangrenosa pútrida, que era la más frecuente en la práctica.

"Depravado el sistema gástrico y linfático, era común la caquexia a los acometidos. El edema de las extremidades en aquellos en que la fiebre era pertinaz terminaba por la hidropesía general, el hidrotórax, la ascitis y el hidrocele que siempre la acompañaba.

"La epidemia comprendió a todas las edades y sexos. Las mujeres menstruantes, embarazadas y recién paridas fueron atacadas con mayor generalidad y fuerza. Las hemorragias uterinas ocasionaban en ellas el síncope que terminaba por la muerte.

"Fueron víctimas los que usaban con exceso de licores fermentados, y las constituciones sujetas a la debilidad indirecta.

"Los negros, a quienes la densidad de su sistema cutáneo libra de los ardores del sol y de las enfermedades inflamatorias, fueron exceptuados del general estrago.

"Cuando soplaba el viento de la laguna que transmitía sus exhalaciones paludosas y se observaban los meteoros eléctricos como el trueno, el rayo y el relámpago de que cada una de estas colinas es un conductor poderoso, las accesiones de los febricitantes eran más fuertes y más frecuentes sus recaídas.

"Estas sucedían, por lo general, en las semanas paroxísticas que guardan entre sí las mismas relaciones que los días de los accesos; y en ellos eran muy perjudiciales los más ligeros errores en el régimen y se hacía más necesario el uso de los tónicos.

"Las fiebres que venían complicadas con la diátesis biliosa presentaban en su curso éxtasis y obstrucciones en

las vísceras y su duración y fuerza era regulada por una disposición particular del sistema sensitivo.

"Rara vez sucedía la muerte fuera del tiempo de la accesión. Cuando ésta se anticipaba una o dos horas, la calentura terminaba bien presto y viceversa cuando se retardaba. El juicio era difícil si los paroxismos sucedían a una misma hora.

"En el tipo tercianario el pulso era más lento durante el frío que en las cotidianas y dobles; y las pulsaciones se hacían con un cierto orden e igualdad no observada en las otras intermitentes. El producto de la diátesis biliosa hacía pasar las tercianas a cotidianas, y las cotidianas a continuas.

"Las crisis imperfectas de esta fiebre se manifestaban por la apariencia ictérica de los vasos cutáneos y de la córnea opaca."

Después de estudiar la nosología de la enfermedad, en este informe que constituye la mejor pieza sanitaria conocida de la época, prosigue el doctor Gómez en la investigación de las causas de la peste y expone circunstancias relativas al género de vida y de trabajo imperante en esta región de la provincia, tenida como la de mayor riqueza y de mejor porvenir económico.

"La constitución epidémica del año de 804 —escribe— fue el producto de la sequedad excesiva del año 803, al que sucedieron copiosas y continuadas lluvias en los meses de abril y mayo del 804. La actual epidemia se ha originado de un modo análogo a la anterior. El verano del año próximo de 807 fue demasiado intenso: a su extraordinaria sequedad sucedieron en los meses de abril y mayo lluvias copiosas, pero de corta duración, con que se presentó el invierno, y hacia este mismo tiempo la presente constitución más general y dañosa que la primera, por la mayor intensidad de sus causas.

"Los vientos ardientes del Este reinaron en los primeros meses de este año: en el solsticio de verano que forma el invierno entre los trópicos, el calor excesivo ha disminuido en Aragua más de la mitad de los productos de su agricultura.

"Esta continuada y extremada sequedad levantaba de la superficie del gran Lago de Valencia una considerable suma de gas hidrógeno. El gas ácido carbónico se desprendía por

la fermentación de sus orillas abandonadas por la escasez de lluvia cuando la Laguna se retira a su centro, y expone sus riberas al contacto de la atmósfera en aquellas partes en que la codicia o la necesidad las hizo desmontar para hallar en ella la humedad que favorece al cultivo de los terrenos bajos.

"En la cerca del Rey y en sus fundaciones más inmediatas a la Laguna fue en donde se sintieron muy pronto los efectos de estas perniciosas prácticas. Mamoncito, Guaruto, Camburito y la cuarta fundación presentaron el estrago del germen morbífico e innumerables labradores y jornaleros fueron las víctimas que sacrificó el cultivo de las orillas de la Laguna.

"Las aguas de la Laguna han sufrido considerable disminución. Las vertientes de las colinas que forman la ensenada y los ríos Tapatapa, Güey, Maracay, Turmero y Aragua, reparaban por el verano las pérdidas de su evaporación y filtración continuas. Mas los ríos han sido desangrados, y las vertientes empleadas en la vegetación de los terrenos que atraviesan y fecundizan con su riego.

"Todos saben que los vegetales podridos han sido ocasión de fatales epidemias. La fiebre amarilla la derivó en Nueva York de una porción de café fermentada que causó en 1798 tantos estragos en esta ciudad como la peste más cruel de Constantinopla, que, comunicada a Cádiz y a Málaga en 1800 y 801, arrebató más de veinticinco mil personas.

"La planta del añil, que constituye la mayor parte del cultivo de los valles de Aragua, nos presenta los fenómenos de la fermentación. Exprimida su materia feculosa en donde reside esta solicitada tintura, deja en su residuo una materia herbácea azucarada muy dispuesta a su efervescencia. Se hacen grandes montones de estos despojos, y antes de que el fuego los consuma quedan sujetos a la acción del calor y humedad del aire. Despréndese el gas carbónico azotizado, la atmósfera se infesta y su influencia deletérea origina las epidemias y las epizootias.

"De un modo análogo al antecedente, se observa en la cerca del Rey que las plantas que cubren las bolas de tabaco para su cocción, que los labradores llaman camas de bolas, reunidas en grandes porciones presentan los mismos fenómenos en su descomposición.

"Estas causas, aunque permanentes en este territorio desde el establecimiento de estas prácticas, no han presentado sino débilmente hasta ahora sus fatales efectos. Los inviernos eran abundantes, las vertientes copiosas, no eran desangrados los ríos, y el calor conveniente establecía el equilibrio en la constitución salutífera del aire. Había estas y otras fermentaciones vegetales; pero no dañaban al sistema animal porque eran corregidas por la regularidad de las estaciones y por las demás causas físicas y morales que constituyen la salubridad relativa de los pueblos.

"Si observamos el método de vida de los trabajadores, que han sido los heridos de la epidemia con mayor generalidad y fuerza, nos aproximamos al origen del mal.

"Esta clase de gentes asalariadas para el cultivo del tabaco y de las demás producciones agrícolas que forman la riqueza de aquel fértil territorio, se alimentan de pescado de la Laguna, poca carne y mal preparada, legumbres, casabe y otras raíces tan poco nutritivas como dañosas a la digestión.

"Agobiados de un trabajo que no pueden soportar sus fuerzas, se recogen por la noche en un caney a la humedad del sereno, que es tan nocivo en la zona tórrida, o reunidos en gran número en una estrecha y sucia choza cerrada del todo y sujeta al calor de una hoguera constantemente encendida que altera el sistema cutáneo, origen de las enfermedades populares entre los trópicos. Por la noche y en los días consagrados al culto de la Divinidad, esta gente divide su tiempo entre la crápula, el juego y el placer del amor.

"El humor gálico, que le es tan común y análogo al clima, sella y mina su débil organización. Esta se comunica a su descendencia con todos los horrores de la ignorancia y de la superstición que la perpetúa; desprecian los auxilios del arte; y se abandonan a la acción enervada y precaria de su naturaleza, o a las bárbaras aplicaciones del Empirismo.

"Estos mismos heridos de la epidemia lo fueron antes de la escarlatina y del catarro; afecciones precursoras de las presentes calamidades."

No concluye su largo informe el doctor Gómez sin hacer minuciosa cuenta del método curativo empleado, donde figuran el emético antimonial o de bejuquillo; y para man-

tener el vientre laxo, sales neutras o mezcla de Maná con sal de Glaubero. Cuando la calentura era intermitente se propinaba al enfermo una opiata en que entraban la serpentaria de Virginia, la quina y vino en cantidad suficiente; y como tisana común, un cocimiento amargo aromatizado de cardosanto, brusca, flores de saúco y manzanilla y corteza de naranja. Fricciones de sales amoniacales y plantas aromáticas infundidas en licores espirituosos, eran aplicadas en las extremidades inferiores. Al presentarse el estado comatoso aplicaba vejigatorios "que depuran la acción del sensorio atacado". Muy apropiadas para el estado febricente considera el alcohol, el guarapo fuerte, el carato de maíz fermentado, el café y el ponche. El tratamiento variaba en el caso de que la fiebre se hiciese remitente y se usaban las plantas y aperitivos de aquellas que se creían poseedoras de sales nitrosas, como la borraja y la achicoria, de las sales neutras, como el nitro y el crémor de tártaro, y de los ácidos vegetales, como los de naranja, limones, tamarindo, piña y vinagre. Se aplicaban también los calomelanos como eficaces evacuantes. Aconsejados eran los baños domésticos o de río, que "disipando el espasmo del sistema cutáneo y restituyendo al cerebro su resorte y su tono, precavían la repetición de la calentura". En caso de tifus icteroide, se recurría prontamente a los vejigatorios, calomelanos y jalapa. La disentería era atacada con eméticos de ipecacuana, mucílagos y semi-ácidos, y cuando acontecía la putridez, se recurría a los narcóticos, a los tónicos y al alcanfor. La diarrea biliosa se conjuraba con evacuantes subácidos y con mucílagos. Leche de burra y simarruba, la triaca y el diascordio se aplicaban en caso de evacuaciones colicuativas y en la hidropesía se propinaban aguas emetinadas, purgantes salinos, marciales, tónicos y estimulantes, y también los vomitivos y las fricciones aromáticas, así como los "poderosos diuréticos de que abundan estos lugares, como la majuaquilla, mastuercillo, raíz de acederas, de cordoncillo negro y algodoncillo de sabana". No sin lamentarse el estudioso facultativo, en cuyo relato abundan citas de tratadistas y a quien sumó su experiencia el cirujano de Marina, licenciado don José María Sierra, de no haber podido "contar con el poder febrífugo de la quina", pues sólo tuvieron a su alcance la de Santa Fe, distante en su fuerza de la

que "concedió la Naturaleza exclusivamente al Perú en tierras de Loxa".

En más de cuatro mil víctimas es calculado el sombrío balance de la epidemia. "La cerca del Rey, donde trabajaban antes de la peste catorce mil personas, estuvo desierta, cerrados los caminos, las chozas abandonadas, e interrumpido el cultivo del tabaco." Tal es la mortandad, que los cadáveres son llevados en gavilla a la parroquia para el rezo común de las preces de difuntos, apenas concluida la agonía; y no ha faltado ocasión de ser dados por muertos sujetos aún con vida. Después de la sorpresa que hubo de causar a los presentes, se comenta entre risas en todo el pueblo la carrera que el padre Carlos Castro, cura de la iglesia de San José, y su aturdido sacristán, hubieron de emprender cuando, de entre los muertos y con la boca llena de risa, se alzó, después de bien rezado, un mozo de cordel que sufría achaques de epilepsia y había sido amortajado como víctima fulminante de la peste.

Fernández de León, encargado de la obra de defensa de la ciudad, consigue que la Renta de Tabaco "franquee todo el dinero necesario y hace trasladar en carretas a los obreros del campo para prestarles en el pueblo la atención de los facultativos". La gente lo mira con gratitud y con respeto y busca de hacerse grata para figurar en los convites con que suele agasajar a "las personas visibles" del pueblo. Y como es puntual en sus deberes religiosos de misa y hace rezar en su casa diariamente el Rosario, los eclesiásticos le adulan y presentan como hombre cabal, cuya palabra debe ser oída a alas caídas, como de oráculo infalible. Todo gira en torno suyo y los pacientes esclavos que labran con fatiga sus haciendas de caña, de café, de añil y de tabaco lo miran como ungido por los poderes del Altísimo y ante él se arrodillan y persignan, para recibir humildes su generosa bendición de amo y señor.

IX

LA TORMENTA SE AVECINA

MIENTRAS don Antonio se ocupa en Maracay en la ardua empresa de defender la población flagelada por la peste, en Caracas ocurren trascendentales acontecimientos que le son comunicados por medio de los propios que continuamente envía a la capital, con quienes van cartas remitidas por su socio en la firma comercial León y Quintero y por los nobles y mantuanos de su partido.

Los graves problemas que se agitan no sólo atañen a la provincia y su gobierno sino a la propia vida de la Monarquía española. En la Península, como fruto de la torpe política de Godoy, el pueblo, que le apoda *El Choricero,* se amotinó en Aranjuez el 19 de marzo de este año y obligó a Carlos IV a separar al favorito de la reina y a abdicar la corona en su hijo don Fernando, Príncipe de Asturias. Los franceses, que habían llegado a España como aliados, se valen del confuso estado en los ánimos y logran que el nuevo rey se traslade a Bayona, donde Napoleón declara no reconocer por monarca sino a don Carlos y ofrece al *Deseado* la corona de Etruria, a cambio de la renuncia de sus derechos hereditarios. Cae también en la emboscada el pobre Carlos IV y en mayo cede a Bonaparte sus derechos sobre España y sus posesiones de América, y el emperador coloca a su hermano José en el trono de los Reyes Católicos, sin prever que con ello desataba la heroica resistencia que anunciaría el fin de su política de absorción y tiranía en el convulso mundo europeo.

Al llegar a Caracas las primeras noticias de la Península, el Ayuntamiento, contra la opinión del débil y achacoso gobernador y capitán general, don Juan de Casas, que llena la interinaria ocurrida el 9 de octubre pasado por muerte de Guevara y Vasconzelos, se apresura a reconocer como rey a Fernando VII. Así las cosas y con apenas vagos rumores de los hechos, el gobernador de Cumaná, don Juan Manuel de Cajigal, envía a Caracas un correo con varios ejemplares del *Times* de Londres, donde se expone la farsa

de Bayona. El capitán general Casas confía a Andrés Bello, empleado de su despacho, la versión de los papeles ingleses, y comunicado el contenido a sus consejeros, son éstos de opinión que es aquello todo falso y acuerdan el gobernador y sus amigos silenciar por lo pronto los sucesos.

Cuando más sigilan las noticias Casas y sus secuaces, para así estudiar el mejor medio de ganarse al pueblo, llega a La Guaira el bergantín *Serpent* con los pliegos del Consejo de Indias donde se procura el reconocimiento de José Bonaparte como rey de las Españas y el de Murat como lugarteniente general. Suben a la capital el capitán Paul de Lamannon y el teniente de Navío de Courtay y se entrevistan el 15 de julio con el capitán general, a quien Bello sirve de intérprete en esta grave circunstancia que arranca lágrimas a Casas. Pero si la junta de empleados civiles y militares, de eclesiásticos y de algunos principales que ha sido convocada por el capitán general, considera prudente conservar la expectativa, a fin de evitar que los criollos tomen la oportunidad como pretexto de expandir las ideas de independencia que se agitan desde el siglo pasado, la noticia se echa luego a la calle, por haber leído el capitán francés en alta voz en la posada de El Angel, donde se hospeda, el periódico que contiene las noticias de Bayona. Presente está allí el capitán español don Diego Jalón, y al escuchar la lectura que hace el enviado, entabla un agrio debate, al que da fin con improperios contra el grande y el pequeño Bonaparte y con alabanzas y lástimas para el infeliz rey Fernando. Criollos y peninsulares se suman a la causa del Borbón y se lanzan a la calle con gritos de "¡Viva Fernando VII y muera Napoleón con sus franceses!"

Cabeza de los amotinados, entre quienes figuran los Ribas, los Bolívar, los Salias y los Montillas se constituye el capitán retirado don Manuel Matos Monserrate, agricultor de noble familia, que encarna en estos días augurales de libertad la desatada violencia revolucionaria en su más genuina y candorosa expresión. La agitación y la protesta no quedan en la vía pública. La noticia de la entrega a Napoleón de la Corona de España irrumpe en el Ayuntamiento, cuyos miembros diputan una comisión cerca del presidente y capitán general para pedirle la pública jura de Fernando VII. Casas, a quien los sucesos detienen en su

oculto intento de reconocer a *Pepe Botella*, como es apodado José Bonaparte, responde que es preciso aguardar al sosiego de los ánimos. Una y dos veces insisten los cabildantes, a quienes da fuerza para mantenerse en su actitud de repulsa de los franceses la agitada gritería del populacho. Al fin cede el capitán general en hacer el alarde de pública fidelidad que quiere el Municipio. Salen a la calle las autoridades tras el real pendón y el pueblo con furioso frenesí prorrumpe en gritos de "¡Castilla y Caracas por el señor don Fernando VII y toda la descendencia de la Casa de Borbón!"

El pueblo, no satisfecho con haber obligado al presidente y al Acuerdo a sumarse al legítimo querer del Ayuntamiento, se avanza a pedir el castigo de los emisarios de Napoleón, mas el gobernador, en la disyuntiva de malquistarse con los agentes franceses o con las fuerzas populares, hace salir a aquéllos hacia La Guaira, escoltados de soldados españoles vestidos en traje de paisanos, bajo el comando de su hijo el subteniente José Ignacio Casas. Así intenta el presidente, según rezan papeles posteriores de don Esteban Fernández de León, dar "testimonio del singular aprecio, respeto y consideración que le merecían los emisarios y el grande interés que tomaba en librarlos del furor del pueblo". Con el hijo van instrucciones para el comandante del Puerto, encaminadas a la debida protección de los franceses, tanto para su embarco como para la futura travesía del mar, a cuyo efecto se les da por práctico a don Lorenzo Vargas, conocedor del litoral donde tiene que detenerse el *Serpent* para proseguir las distribuciones de los papeles de la Junta.

Quedan, sin embargo, el presidente y el capitán general, la Audiencia, el Ayuntamiento y algunos notables discutiendo el valor jurídico de la renuncia con vistas de los diversos papeles que van llegando del exterior. Pero los hechos no son para resolverse entre casuísticos dictámenes de letrados ni por medio de disputas interesadas de funcionarios que ven el final de su mandato y buscan sumarse a los nuevos señores del imperio. Se juegan intereses de ámbito mayor y la inquietud de los tiempos ha prendido ya su lumbre en espíritus despiertos para la gran lucha que anuncia cambios cataclísmicos en la política de las colonias. Un grupo

fogoso de la alta burguesía criolla promueve juntas donde se discute acaloradamente la situación. Se reúnen donde los Ustáriz y los Ribas y con mayor frecuencia en la casa de campo que los Bolívar tienen a las márgenes del Guaire, por donde llaman La Palmita. La casa es hermosa y bien tenida. Hay copudos cedros, a cuya sombra acogedora el padre Andújar y Andrés Bello dieron lecciones a Simón, y juegos de agua, en fuente pompeyana, ofrecen a la vista espectáculo agradable. Cuando llegan los visitantes, advierten al pronto la cultura de los señores, que han hecho poner un letrero latino en la portada, donde se lee: *Ruris Deliciis Adjecta Commoditas*. So pretexto de fiestas y convites acuden a la cuadra de los Bolívar el marqués del Toro, Tomás y Mariano Montilla, Juan Nepomuceno y José Félix Ribas, Juan Félix, Pedro, Francisco y Feliciano Palacios Blanco, Martín y José Tovar Ponte, Vicente Ibarra, el doctor Vicente Salias, Narciso Blanco, Vicente Tejera y muchos otros, todos bien metidos en su papel de conjurados. Allí se discute la ambigua situación que ha provocado el acta del Ayuntamiento del 18, donde los señores cabildantes describen la jura de Fernando como hecho a que obligó el alboroto y la exaltación de los amotinados y no como expresión de un sentimiento que animase a las autoridades. Los caminos parecen definidos: mantuanos y pueblo apoyan la legitimidad de los Borbones; el partido oficial, con Casas, Arce y Mosquera, se encierra en una dolosa prudencia que muchos interpretan como aceptación de los hechos cumplidos.

Mientras tanto el exaltado capitán Matos Monserrate, acaso en relación con los patriotas que se reúnen en la cuadra del Guaire, agita en forma más abierta la rebelión y habla de la necesidad de matar y de expulsar a los españoles que vienen a enriquecerse con "la sustancia del pueblo". Ya no queda duda de que se prepara un golpe armado y las autoridades proceden a debelarlo. Las noticias corren de boca en boca. Bolívar y los suyos son advertidos por el hijo de Casas del riesgo que constituyen las juntas sigilosas, de las cuales se ha llegado a decir al regente Mosquera y Figueroa que es tanta la licencia que se han dado vivas a la emancipación de América. Creen prudente ambos hermanos no exponerse a la pesquisa de este astuto sabueso y toman el camino de sus fundos de Ara-

gua, a tiempo que el Gobierno el día 26 ordena la inmediata prisión de Matos, Diego Melo, subteniente de Milicias y teniente justicia mayor de Parapara, y don Ignacio Manrique, capitán jubilado de Guardias Volantes de Rentas.

En su residencia de Maracay recibe don Antonio el pormenor de estas noticias y en seguida la del reconocimiento que las autoridades de Caracas, después de cavilar en el intento de hacer práctica la idea de constituir una Junta de Gobierno, han dado su obediencia a la Junta de Sevilla. Numerosas personas le visitan diariamente, muy más ahora cuando la agitación política se ha extendido por todos los pueblos del interior y es él persona en quien concurren visibles dotes de consejo y a quien rodean numerosas voluntades. Van a su casa su amigo íntimo don Luis López Méndez, don Pedro Estebanot, dueño de ricas tierras a inmediaciones de la Laguna; los médicos que han acudido con ocasión de la epidemia, doctores Gómez, Iznardi y Sierra, don José Arcila, don José Cerbera, el padre Sosa, Michelena y muchos más. Con ellos discute don Antonio la grave situación de la Península y las movidas y contradictorias ocurrencias de las autoridades de Caracas. Fernández de León, que es perito en achaques de Derecho público, explica cómo desde que fue desconocida la Junta Suprema de Madrid, que llegó a funcionar bajo la propia presidencia de Murat, se hizo legítima la insurrección de las diferentes localidades y, por consecuencia, habían adquirido fuerza en sentido popular las Juntas que en ellas se formaron para luchar contra el francés. Si aquéllas reconocían superioridad en la Junta de Sevilla podían hacerlo, por el carácter obligante que les daba su origen popular, mas, el Gobierno de Caracas, emanado de una autoridad hoy inexistente, no podía prestar obediencia a la Junta de Sevilla sin que de previo se constituyese un sistema de gobierno que consultase el querer de la provincia, tan autónoma ahora como las regiones peninsulares. Ello mucho más notorio cuando el Ayuntamiento de Caracas, en reunión de 28 de julio, había acordado la formación de la planeada Junta. Y por lo que decía a la prisión de Matos y compañeros, consideraba don Antonio que faltaba al capitán general autoridad para ordenarla.

Al embargo diurno que representa para Fernández de

León la visita a los hospitales de pestosos y a los trabajos lánguidos que se realizan en la cerca del Rey, hoy tan desprovista de braceros, se agrega la atención de este nocturno conventículo que en su casa se ha formado para tratar las candentes cuestiones de la política. Amigos van y vienen de los pueblos vecinos. Alguna vez lo ha visitado don Juan Vicente Bolívar, recluido con Simón en el ingenio de San Mateo. Tovar y los Toro, cuando pasan hacia Guacara y Mariara hacen posada en La Trinidad o en la casa de la Plaza principal, para comunicarle en sigilo sus planes y proyectos. En la capital sigue ardiendo el fuego, le cuentan los amigos, y son frecuentes las reuniones que se celebran en las casas de los Ribas, los Montilla y los Ustáriz. Van y vienen los peones con papeles que atizan el espíritu de la revuelta y él medita lo que más convenga a sus deslimitadas ambiciones de dominio.

En Caracas, pese a la aparente calma, se libra una curiosa batalla diplomática. A más del comisionado del vicealmirante Cokrane, llegado en el *Acasta*, cuando el *Serpent* aún estaba surto en La Guaira, y de Meléndez Bruna, que trajo los pliegos de la Junta de Sevilla, varios otros personajes han venido en estos días. John Robertson y Claiste fueron enviados en agosto por el gobernador inglés de Curazao, con instrucciones de informarse del verdadero estado del país, pues a Inglaterra, que tiene los ojos puestos en Tierra Firme, precisa conocer los movimientos de Venezuela, donde España tiene quince mil soldados sobre las armas. Llegan también consejos de Miranda, que desde Londres mantiene abiertas sus operaciones revolucionarias sobre la América y quien, sabidor de que la revolución sólo pueden hacerla las propias fuerzas institucionales creadas por la Colonia, indica a los criollos poner el mando supremo en manos de los Cabildos y enviar representantes a Inglaterra. De la Península menudean también los informes y las relaciones del curso de los sucesos.

Los agentes de don Antonio le hacen llegar aviso del menor suceso que acaezca o se comente. Pronto tiene otra vía para ampliar sus noticias. El 24 de octubre aparece la *Gaceta de Caracas*, bajo el patrocinio de Casas y del intendente Arce. Se imprime en la vieja imprenta tomada a Miranda en 1806. El pueblo la ha recibido con singular

alborozo y de mano en mano de los vecinos pasan sus números con el pormenor de los sucesos de España. Y aunque el Gobierno la censure previamente, sus noticias sirven para tener mejor orientada a la población. Don Antonio la recibe con marcado interés y la ofrece a sus contertulios como tema para sus constantes prédicas autonómicas. No hay lugar a duda de que urge la constitución de un gobierno local que represente la voluntad del pueblo y eche fuera a estos advenedizos que, estando ya dispuestos en julio a constituirse en Junta, se plegaron, por la oferta de ser dejados en sus cargos, al agente de Sevilla.

Con sigilo ordena don Antonio preparar las mulas para viajar hacia Caracas. Piensa salir de buena madrugada, en compañía del sobrino don Esteban y de dos peones de confianza. Desde abril, cuando empezó la peste, doña Josefa Antonia, con los hijos Antonio, José Manuel y Josefa María, se trasladaron a Caracas para evitar el peligro de contagio. En esta oportunidad no hace alarde de su viaje, y a Caracas llega, con sorpresa aun de la esposa, el jueves 10 de noviembre, ya bien caída la tarde. No faltan, sin embargo, los mirones y ahí mismo en la pura esquina de Gradillas está un criado de los Ribas que lleva a éstos la noticia de haberse apeado don Antonio en su casa de familia. Pronto acuden las visitas so pretexto de dar la bienvenida al buen amigo que hacía seis meses faltaba de la capital, y luego en continente está ardiendo la fragua donde se prende la llama que no lograrán apagar los esfuerzos titánicos de España por retener el gobierno de sus colonias en América.

En la cabeza de don Antonio bullen ideas que una vez puestas a andar serán el comienzo definitivo de la gran revolución a que, desgraciadamente, no sabrá ser fiel, por oír el egoísmo, que es motor de todos sus actos públicos. Los principios que guían sus planes del presente, si bien están tocados de equidad y de justicia, no miran más allá de sus privativos intereses de clase, ni tienen otro norte que el de satisfacer sus desmedidas ambiciones de mando. El cree que ha llegado su hora y pone sobre el azaroso tapete de la fortuna su propio porvenir. Fernández de León entra hoy definitivamente en el campo de la Historia. Esta noche del 10 de noviembre es para él noche solemne. Retiradas las visitas, se retrae a la quietud de su escritorio.

De la credencia, vecina a la mesa de leonadas patas donde esperan el papel y la arenilla, saca viejos infolios. Los lee y medita. Está nervioso don Antonio. Como hace frío y viene de tierra calentana, tiene sobre la cabeza el gorro borlado que labraron con finas labores las manos de la esposa. Se levanta de la silla. Camina en la pequeña habitación. Parpadean las candelas y se acerca a ellas para cortar con las despabiladeras las llorosas pavesas. Abre la ventana que mira hacia la calle. Nadie pasa. Todo es calma y pesada soledad. Vuelve a cerrar el ventanal. Se sienta en muelle poltrona, recoge otra vez los pensamientos y saca de la faltriquera un apunte que escribió hace dos mañanas en su residencia de Maracay. Sí, es tiempo de dar forma a los proyectos que agitan la conciencia pública. Vuelve a la mesa y escribe largo rato. Derrama la salvadera sobre las páginas llenas de sus calculados pensamientos. Los relee con parsimonia. Linea palabras. Agrega frases. Coloca luego en el gran tintero de plata la pluma de ganso como quien pone un arma a descansar. Un arma, sí. Y él la está velando, así como los caballeros la víspera del combate velan la espada y los escudos. Mañana saldrá bien armado a librar la batalla donde él supone que será decidida con su suerte la suerte de la provincia.

Resuelto a todo, don Antonio pone a andar de nuevo la idea de establecer una junta de criollos que unidos con el presidente y capitán general y el Ayuntamiento "convoque de todos los cuerpos de la capital las personas más beneméritas y que compongan dicha junta con igual número de militares, letrados, eclesiásticos, comerciantes y vecinos particulares que cada una de dichas clases nombre entre sí y arreglen esta materia en todas sus partes, hasta dejar la junta en pleno y libre ejercicio de la autoridad que deben ejercer en nombre y representación" del soberano don Fernando VII. Ya está escrito el memorial que ha de dirigirse al viejo Casas y lo comunica al marqués del Toro y a José Félix Ribas. Visita a sus amigos para atraerlos al proyecto. Expone el caso con violencia y ardor revolucionario que no se compadecen con la gravedad que suele dar a su discurso. Va hasta el propio Arce, intendente que en 1803 sustituyó a don Esteban, y le expone en la noche del 13 "las proposiciones más peligrosas y arriesgadas".

El 17 el regente visitador recibe de parte de "un sujeto de la mayor probidad" noticia de las actividades de don Antonio, y el experimentado y tremendo payanés lanza su máquina de espías tras las actividades del grave agitador.

El escrito de Fernández de León termina por no recibir la total aceptación de sus amigos, acaso porque sus términos no cuadren al momento. Pero don Antonio no desfallece y sigue firme en su proyecto, en el cual entra pasajeramente la idea de dar un golpe de cuartel con el asesinato del capitán general, del regente Mosquera y del comandante de Artillería. A altas horas de la noche se realizan reuniones en diversas casas de los nobles y encopetados mantuanos. Hasta al conde de Tovar se le ha visto salir en su lujosa litera para hacer acto de presencia en los grupos sediciosos. Cruzan con frecuencia las calles de la ciudad en parejas que despiertan la atención de los esbirros del capitán general. Ora se reúnen en la mansión de don Antonio; ora en las Carmelitas, donde viven los Tovar; ora en la casa de los Salias o los Ribas. Embozado en gruesa capa se ve atravesar la ciudad bien tarde de la noche al regente Mosquera y Figueroa, citado con sus adictos para recibir las noticias que han podido recoger de las actividades de los conjurados.

Como no ha alcanzado éxito el primer escrito de don Antonio y sigue, sin embargo, tomando cuerpo la idea de pedir la creación de la Junta, se discute una nueva redacción que pueda unir las dispersas voluntades. En la casa de los Ribas se efectúan ahora con imprudente libertad los conventículos. Las autoridades están en extremo alarmadas, pues han visto juntarse hasta más de cien sujetos, cuyas voces se han escuchado en la calle claramente. Prohijan el proyecto el marqués del Toro, el conde de Tovar y sus hijos don Martín y don José. Don Antonio ha sido advertido da la especie de espías que miden sus pisadas y tiene un momento en que duda de sí mismo. Le falta la fuerza revolucionaria que precisa en estos casos. Su compleja personalidad surge titubeante y cavilosa, y como sólo le empuja el propósito de alcanzar un éxito personal y no el noble y desinteresado de servir a una idea de ámbito social, hace una pausa y retrocede espantado cuando se le pide la firma para el nuevo memorial. No es porque haya

sido desechado su proyecto, sino por un cúmulo de reservas que han surgido en las tinieblas de su espíritu. Pero la situación no es de titubeos, muy menos en él que ha venido de los Valles de Aragua a atizar el fuego en quienes de verdad están dispuestos a buscar un mejor tono para el curso de la política. José Félix Ribas se ha comprometido bastante en el proyecto y no admite que el iniciador escurra el bulto cuando se avecina la tempestad. Armado de pistola recrimina a don Antonio por su actitud y le obliga a firmar el documento. Primero suscribe con su título el oidor y ambos apellidos, después reduce la firma a sólo Antonio León. Y no es don Antonio el único que muestra evasiva y estudiada posición. Otros también buscan de romper el compromiso, pero los cabecillas se valen de todas artes para mantener las firmas alcanzadas.

Mientras progresan las actividades de los revolucionarios, mayores son la angustia y el temor de las autoridades. El 21 se recoge en su despacho Mosquera y Figueroa, y armado de bien tajada pluma escribe a la Junta de España sobre la triste constitución en que se halla la ciudad con respecto a la dependencia de la metrópoli, y le dice que es de indispensable necesidad para ver si se puede salvar la provincia del inminente naufragio que la amenaza, que se designe un gobernador dotado de la firmeza y la prudencia de que carece don Juan de Casas, sujeto a quien si cree "lleno de honor y de los mejores deseos", es, por su crecida edad y continuos achaques, inhábil para las gestiones que en estas circunstancias son tan necesarias. Apunta el regente la urgencia de enviar persona experta en el manejo de las armas y capaz, si llega el tiempo, de preservar esta preciosa porción de los dominios de la Corona, empeñada hoy en separarse del concierto de la Monarquía. Con la carta despacha Mosquera y Figueroa varias minutas originales que contestan la gravedad de los sucesos que se avecinan y que a él tienen en la peor de las situaciones que se pueden presentar a un fiel vasallo de Su Majestad.

El Real Acuerdo sesiona en forma permanente y a él concurre el regente este mismo día con las últimas noticias que le han dado sus sabuesos, y ante la gravedad de las circunstancias propone que los ministros, a más del compro-

miso jurado que tienen contraido por la aceptación del cargo, presten nuevo juramento de "guardar el sigilo más inviolable", que les ponga mancomunadamente a cubierto de las amenazas de muerte que se han producido contra cualquier Tribunal o magistrado que intente impedir los designios de los sediciosos.

Pero si los mantuanos agitan con sus planes autonómicos, las autoridades tienen medios para dividir la masa criolla. La complicada armazón social de este período niega uniformidad a la conciencia pública. Los nobles y mantuanos constituyen un grupo profundamente dividido de las demás clases sociales. Ellos tienen sus principales intereses ubicados en zona diferente a las aspiraciones de los pardos y del común del pueblo. Si la guerra no es abierta y el mismo espíritu igualitario que forma el substrato de la psiquis española ha provocado situaciones de equilibrio que descafilan la pugnacidad de las aristas, distintos son los móviles que empujan a los nobles y al estado llano. Quiere éste autonomía y libertad, pero rechaza el imperio absorbente que sobre él pretende el señorío semi-feudal. Si por distintas vías coinciden las diversas clases en procurar la autonomía de la provincia, en cambio es fácil a las autoridades desbaratar cualquier táctica encaminada a robustecer con el apoyo del pueblo las pretensiones del mantuanaje. Para ello tienen argucias los hombres del Gobierno y el semblante de los tiempos es propicio para sembrar dudas y sospechas. Con febril insistencia se dan algunos empleados a regar entre el pueblo la especie de que todo aquel aparato de reuniones que celebran los mantuanos va enderezado a degradar a los pardos con la supresión de sus milicias y a hacer más afrentosa la esclavitud de los negros. Tienen ahora los conjurados lobos a la espalda y al frente el precipicio. Consideran seguro su fracaso, muy más que la *Gaceta* del 17, en edición extraordinaria, ha publicado el acta de instalación de la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino, suscrita en Aranjuez el 25 de septiembre último, la cual, como producto de elección de diputados de las juntas provinciales, ha asumido el gobierno total del Reino, bajo la presidencia de Floridablanca, plebeyo-burócrata, partidario del absolutismo ilustrado que representan Pombal, Federico II y José II. Pero

de otra parte saben que si el pueblo continúa ignorante de la verdad de los proyectos que les animan, habrán de tenerlo, con gran riesgo, en el partido de los gobernantes. Urge realizar el último esfuerzo, y deseosos de vestir con los arreos de la lealtad a sus proyectos, se encaminan el 23 en la mañana el marqués del Toro y don Andrés Ibarra a la posada del regente. Ya el marqués en este plan de duplicidad que caracteriza su conducta, ha enviado a don Juan de Casas la carta en que el "traidor Miranda" atiza la llama de la rebelión y aconseja la formación de la Junta. Mosquera los recibe luciendo en los labios esa sutil sonrisa que lo hace más temible y con la cual sabe ocultar las cavernas llenas de espantos de su espíritu. Los visitantes halagan la vanidad de don Joaquín con finos elogios para su juicio y su prudencia en los negocios públicos, lo que les ha hecho venir en este caso a consultar sobre el borrador de la planeada exposición a las autoridades, que antes han comunicado a Casas, de quien creyeron recibir asentimiento. Lee el regente el sedicioso escrito y al punto les declara que "han tenido un momento desgraciado en pensar en semejante asunto" y se da a descubrir con su artero disimulo la verdadera intención de sus curiosos huéspedes. Háblale el marqués del sano propósito que persiguen en orden a defender los derechos del rey, y redarguye Mosquera que "para ello no es necesario el establecimiento de junta alguna", pues no está Venezuela en condiciones de avocarse a la defensa contra enemigos exteriores, como sucedía en la Península, donde sí ha sido de rigor la constitución de cuerpos que defendiesen los derechos de la Monarquía. Aparentemente convencidos de la argumentación del regente, se despiden Ibarra y el marqués, no sin darle promesa de presentar al Gobierno un escrito que manifieste claramente su actitud en el caso y encaminado, además, a desvanecer en el público cualesquier falsos supuestos que se hubieren formado en relación a la materia. Ambos creen haber engañado a don Joaquín, demasiado listo para desentenderse del asunto por la simulada oferta de los distinguidos visitantes.

Amanece el jueves 24 de noviembre, y don Antonio, que ha oído misa de alba en el Convento de San Jacinto, se dirige con paso señorial hacia las Carmelitas, donde tiene

su residencia el conde de Tovar. Hace el recorrido por la calle que va a la esquina de Arguinzones, pero antes observa, frente al edificio de la Audiencia, cuyo gran portón permanece aún cerrado, a unos curiosos que leen varios papeles pegados durante el sigilo de la noche. Se acerca al pequeño grupo y lee con detenimiento los escritos. Se trata de unos groseros pasquines donde, entre viles amenazas y soeces calumnias, figuran su nombre y el de sus amigos conjurados. No puede contener la indignación que le provocan estos inmundos papeles, y alzando el cabo de su orlado bastón, procede a destruirlos de inmediato. Pero otros han madrugado más que don Antonio y se han dado a la obra de propalar las frases delatoras. Aquellos que supieron la noticia de andar sus nombres en boca de la autoridad y de los grupos adictos al capitán general, buscan por todos medios librarse de la grave responsabilidad de la anónima acusación. Van donde el regente, visitan a don Juan de Casas, hablan con Arce, se sinceran con los oidores de haber dado la firma por sorpresa, mientras otros buscan al propio Ribas para tachar su nombre de la nefanda representación.

El grupo parece herido de muerte en estos críticos momentos. Se huyen unos a otros. Algunos han tomado el camino de los campos vecinos. De los que permanecen en Caracas no faltan quienes se hayan confinado al recato de sus lechos. Cuando en la tarde las campanas de los templos anuncian el *Angelus*, don Antonio no ha logrado dar ni con su socio don Isidoro Quintero, lloroso como una Magdalena ante el riesgo que corre su tranquilo vivir de mercader. El aislamiento en que se siente da en cambio fuerza a don Antonio. ¡Oh soledad, maestra de energía! El inició la empresa, y aunque flaquease en un momento y así se mire su titubeo como ardid preparatorio de posible disculpa para el evento de un fracaso, se siente en estas horas firme y resuelto como nunca. Echa la elegante capa ribeteada de rojo veludillo sobre sus robustos hombros, se calza bien el redondo sombrero, toma por el dorado pomo el bastón de macanilla y atraviesa la plaza principal rumbo de nuevo a la mansión del conde de Tovar.

La casa está muy sola en esta vez. Apenas acompañan al venerable anciano sus hijos don Martín y don José y su

vecino el caviloso marqués del Toro. En espera de que lleguen otros amigos, platican con gravedad y decisión en medio de la amable penumbra de la sala señorial. El conde ocupa muelle butacón y tiene los pies metidos en gruesos pantuflos de velludo. Estos fríos de noviembre le han pronunciado los dolores reumáticos, y para moverse necesita del apoyo de los hijos, diligentes y orgullosos del prestigio del ilustre anciano. El viejo tiene en sus manos el escrito, y bien calzadas las antiparras y ayudado de la candela, que en la plateada palmatoria le acerca uno de los hijos, lo relee con solemne voz tomada del cansancio. Pesan y sopesan las palabras. Nada falta, a no ser las firmas de prominentes mantuanos que han debido suscribirlo. Don Antonio ha pasado al interior para saludar a la familia. ¡Qué lástima no haberse logrado las firmas de Roscio, Sanz y los Bolívar! Llegan luego don Francisco de la Cámara y don Francisco de Paula Navas. El conde y el marqués los reciben con muestras de viva complacencia, y cuando les inquieren por Montilla y por Briceño y por los Ribas, les responden destempladamente que van ellos a borrar sus firmas de la peligrosa manifestación. Les arguyen con lógicas razones los jóvenes Tovar, pero Navas y de la Cámara insisten en sus propósitos abstencionistas. Al punto se incorpora don Antonio, quien, en oyendo el alegato, alza la voz como en sus mejores tiempos y se dirige con imperio a don Martín para decirle que como corte definitivo que concluya el titubeo vaya de inmediato al Real Acuerdo, donde se halla el capitán general, y ponga en sus manos el escrito.

* * *

La Audiencia está reunida bajo la dirección de Casas, cuando llega don Martín con el memorial de los mantuanos, al que el conde, el marqués y don Antonio han agregado, calzada con sus firmas, una nota remisiva. Abierta la plica que contiene ambos documentos, el secretario, con voz que delata la más viva impresión, empieza a leer:

"Señor presidente, gobernador y capitán general:

"La nobilísima ciudad de Caracas fue el primer escollo que halló en la España americana la criminal felonía co-

metida por el emperador de los franceses en la persona de nuestro amado rey y su real familia, contra el honor y libertad de la nación. En el mismo momento que tuvo la primera noticia de estas maldades, manifestó toda su indignación, y este pueblo, ilustre por tantos títulos, no permitió que pasase un instante sin que se hiciese públicamente la proclamación de nuestro soberano. Desde entonces ha observado prolijamente los pasos que ha dado la nación en Europa, sus triunfos, su energía y su opinión para con todas las naciones del mundo, y ha deducido por demostración que todos estos efectos, bajo la protección divina, son debidos al voto general de los pueblos explicados por medio de las juntas que se han formado en los más principales, y con el nombre de supremas en las capitales de las provincias. Sobre estas juntas ha descansado y descansa el noble empeño de la nación por la defensa de la religión, del rey, de la libertad e integridad del Estado, y estas mismas le sostendrán bajo la autoridad de la soberana central, cuya instalación se asegura haberse verificado.

"Las provincias de Venezuela no tienen ni menos lealtad ni menos ardor, valor ni constancia que las de la España europea, y si el ancho mar que las separa impide los esfuerzos de los brazos americanos, deja libre su espíritu y conato a concurrir con todos los medios posibles a la grande obra de la conservación de nuestra santa religión, de la restauración de nuestro amado rey, perpetuidad de la unión inalterable de todos los pueblos españoles e integridad de la monarquía.

"Convencidos nosotros los infrascritos de que la gloria de la nación consiste principalmente en la unión íntima y en adoptar medidas uniformes, como lo asienta la suprema Junta de Sevilla en su manifiesto de 3 de agosto último, tratando de la utilidad de las juntas establecidas y las de su pertenencia, la de Murcia y Valencia en otros papeles; creemos que es de absoluta necesidad se lleve a efecto la resolución del señor presidente, gobernador y capitán general, comunicada al ilustre Ayuntamiento, para la formación de un junta suprema, con subordinación a la soberana del Estado que ejerza en esta ciudad la autoridad suprema, mientras regresa al trono nuestro amado rey Fernando VII.

"No podemos persuadirnos que haya ciudadano alguno,

de honor y sentimientos justos, que no piense del mismo modo que nosotros, y por el contrario estamos seguros de que éste es el voto y deseo general del pueblo. En consideración de todo, deseando que esta importante materia se trate con la prudencia y discreción convenientes, y precaver todo motivo de inquietud y desorden, juzgamos que el medio más conveniente es de elegir y constituir representantes del pueblo que traten personalmente con el señor presidente, gobernador y capitán general de la organización y formación de dicha junta suprema; y en su virtud nombramos y constituimos por tales representantes a los señores conde de Tovar, conde de San Javier, conde de La Granja, marqués del Toro, marqués de Mijares, don Antonio Fernández de León, don José Vicente Galguera y don Fernando Key, y les damos todas las facultades necesarias al efecto para que, unidos con dicho señor capitán general e ilustre Ayuntamiento, convoquen de todos los cuerpos de esta capital las personas que consideren más beneméritas y que compongan dicha junta con igual número de militares, letrados, eclesiásticos, comerciantes y vecinos particulares que cada una de dichas clases nombren entre sí, y arreglen esta materia en todas sus partes, hasta dejarla en pleno y libre ejercicio de la autoridad que debe ejercer en nombre y representación de nuestro augusto soberano señor don Fernando VII, que Dios guarde.

"Caracas, noviembre 22 de 1808.

"*El conde de Tovar.—El conde de San Javier.—Marqués del Toro.—Antonio Fernández de León.—José Joaquín de Argos.—Martín Tovar y Ponte.—José Tovar y Ponte.—Crisóstomo Tovar.—Vicente Blanco.—Miguel Ustáriz.—Manuel Monserrate.—Andrés Ibarra.—Vicente Ibarra.—Jacinto Ibarra.—Santiago Ibarra.—José María Muñoz.—Juan Félix Muñoz.—José María Blanco Uribe.—Pedro Eduardo. Juan Eduardo.—Sebastián de León.—Vicente Hidalgo.—José Ignacio Lecumberri.—José Ignacio Toro.—Narciso Blanco.—Isidoro Quintero.—Pedro Palacios.—José Ignacio Palacios.—Juan Jerez.—Francisco de Paula Navas.—Francisco Cámara.—Antonio Esteves.—Juan de Rivas.—José Félix Ribas.—José Vicente Texera.—Francisco Paúl.—José Ignacio Briceño.—Nicolás Briceño.—Mariano Montilla.—*

Tomás Montilla.—Lorenzo Ponte.—Domingo Galindo.—José Manuel Monasterios.—Agustín Monasterios.—Nicolás Anzola.—Fernando Key Muñoz.—José Vicente Escorihuela.—J. Montegui.—José Vicente Galguera."

Concluida la lectura, el más profundo desagrado se hace visible en el semblante de los presentes, en especial en el regente Mosquera y Figueroa, que el día antes había recibido formal promesa de don Francisco Rodríguez del Toro de desistir de tan desventurado empeño.

Ya se ha puesto en marcha la lumbre de la rebelión, y si bien la cubren los autores con oportuno melampo de adhesión al rey, sus rayos esplendentes sabrán iluminar el ancho campo de la América, donde se presagia el ocaso del vasto imperio que forjó para lustre de la Corona de Castilla el esfuerzo de los conquistadores del siglo XVI, cuyos descendientes vienen ahora a pedir el goce pleno de los frutos sembrados por sus gloriosos genitores.

Como si todo viniese a concierto hecho y apenas salidos del asombro los ministros de la Audiencia, voces distintas comparecen en la sala. Ya empieza a dar un resultado la perfidia de quienes regaron cizaña entre la masa popular. Al impulso cívico se opone ahora el contundente recurso de la fuerza, que llega para hablar en nombre de otros intereses. Los pardos temen el ascenso del mantuanaje a puestos efectivos de gobierno. Se les han hecho presentes, para que engrose la discordia, las diferencias de sus planes económicos y sociales. La autoridad, siempre oportuna en el balance de las fuerzas, así tipifique frente al pueblo la más reaccionaria posición, halaga en éste sus legítimas querellas contra las clases superiores, haciéndose pasar como vigilante de su suerte. Y aunque esto último no lo entiendan los pardos claramente, su fundamental enemiga con la clase que los explota directamente, los lleva a sumarse por lógica reacción a quienes contradicen el poder de los mantuanos. Han llegado los capitanes del Batallón de Pardos, Carlos Sánchez, Juan Antonio Ponte y Francisco Javier de León, y los capitanes de Granaderos de los Valles de Aragua, Pedro Arévalo y Francisco José Colón. Vienen con la más fácil de las consignas que puedan esgrimirse ante un Gobierno. Reclaman por el mantenimiento del orden, palabra mágica

con que se suele ahogar las más legítimas aspiraciones sociales. No están ellos porque se tolere más tiempo ese alboroto promovido en la ciudad por las desmedidas aspiraciones de los nobles, muy más cuando bajo los auspicios del actual régimen "habían disfrutado hasta entonces de la mayor tranquilidad". No es extraña esta actitud de los pardos, a quienes dolorosas razones enraizadas en el ancestro esclavo mantiene un dormido complejo masoquista que los lleva a holgar con el propio peso del Poder y con el colorido de los símbolos en que se encuadra la realeza.

Nada cae mejor al estado de ánimo del Real Acuerdo como esta actitud de los hombres a quienes toca la guarda y el manejo de las armas. Mientras los señorones soberbios, engreídos, petulantes y falsarios quieren que se altere la estructura del Estado, estos fieles e ingenuos representantes del mero pueblo vienen a ofrecer su apoyo al gobierno paternal de Casas y a las prudentes providencias del virtuosísimo regente.

Cerca de Casas, como oficial asesor en su Secretaría, está el joven filósofo Andrés Bello. ¿Qué dirá él, que ama a la Patria con profundo y sutil sentido de poeta? No le atrae la revolución, porque su sino es construir un mundo distinto al que se agita en medio de estas tornadizas pasiones de los hombres. En fino verso ha alabado a Carlos IV y aun al pérfido Godoy, cuando en bajeles de civilización enviaron a América el flúido de la benéfica vacuna. El ha sido fiel al rey en todo aquello que representa sosiego y paz para el desarrollo de la cultura. Como patriota quiere el bien de España y sus provincias, pero ¿traerá beneficios al hombre americano esta lucha sorda a que la malicia de las autoridades lanza a hijos de un mismo suelo que debieran unir sus fuerzas para derrotar al enemigo común de España? ¿Es lógico que la autoridad, a quien compete buscar el equilibrio por la justicia llamada a reinar entre los varios cuerpos sociales, lance a éstos al mutuo odio para mejor mantenerse en el disfrute de los privilegios que da el Poder? ¿Sentirá acaso Venezuela *alegres voces* como él la hace exclamar en su oda al rey carlino? ¿Serán alegres estos tonos contrapuestos con que la Patria expresa su querer en momentos conflictivos? Su mente está encerrada en graves reflexiones. Mira a los suyos, al pueblo, a los mantuanos, a

las autoridades, a los que se dicen ministros de la justicia, abarca el panorama que se gesta en el porvenir para la Patria, y como un relámpago fugaz surge una idea en el fondo de sí mismo: guardar el equilibrio entre estas pasiones desbordadas, hasta que llegue la hora feliz de poder ausentarse de esta *tierra cuyos frutos van a saber a sangre.*

Vigorizado el Real Acuerdo por el apoyo de los militares, procede de inmediato a poner cese a la sediciosa actitud de los solicitantes. Se oye el parecer de los oidores y fiscales y luego al punto se ordena la prisión y confinamiento de los culpables. Al marqués del Toro y al oidor Fernández de León se les intima prisión en sus moradas. José Félix Ribas, Nicolás Anzola, Vicente Tejera, Mariano Montilla, Francisco de Paula Navas, Juan Sojo, Martín y José Tovar, serán detenidos en los cuarteles que designe el presidente, mientras don Pedro Palacios es confinado a Curiepe, Ignacio y Antonio Nicolás Briceño a Ocumare, Francisco Antonio Paúl a Guarenas, Juan Aristeiguieta a Aragüita, Juan Nepomuceno Ribas a Guatire, José María Uribe a las costas de Ocumare, Isidoro Quintero, Domingo Galindo y Narciso Blanco a Puerto Cabello, Antonio Esteves a Tacarigua, Tomás Montilla a Baruta, Vicente Ibarra a Charallave y Francisco de la Cámara a La Guaira. Al conde de Tovar confiere inmunidad lo crecido de sus años y ninguna orden altera su quietud. Tampoco se acuerda la detención de don Antonio Ibarra.

Nadie mejor que Mosquera y Figueroa para ejecutar las detenciones y vestir el prolijo expediente contra los acusados. Con toda la frialdad que caracteriza a este energúmeno son cumplidas las providencias de la Sala Extraordinaria de Justicia, compuesta por él, el gobernador Casas y el oidor Alvarez, y que ha sido constituida en la forma más arbitraria. Con la perversidad inquisitiva que es arma certera de su profesión, procede el regente a practicar el examen de los testigos y la audiencia de los reos. El miedo es mal consejero y comienzan las retracciones y disculpas. En algunos que obraron con lealtad a las ideas del momento, acuden excusas honorables para una prosecución en el empeño de mejorar la situación política. En el fondo de la conjura había disparidad de miras y propósitos. Mientras algunos mantuanos, los de mayor rango, fieles a los dicta-

dos de su clase, perseguían con la autonomía sólo mejorar de oportunidad para sus tendencias oligárquicas, otros, los más jóvenes, fogosos e ilustrados, buscaban la realización de las ideas liberales que en esta hora del mundo embargan los espíritus.

Minucioso es el proceso y en él van deponiendo los acusados las varias razones que les empujaron al torbellino de la rebelión. Muchas de peso para justificar su actitud, otras blandas para granjear el perdón. Del marqués del Toro se dice que era candidato para la capitanía general, de Fernández de León que aspiraba a la intendencia. En López de Quintana, ahora con título de consejero de Indias, se pensó para volverlo a la regencia del Real Acuerdo. Rápida es la sustanciación de la causa. Van y vienen los fiscales a los sitios donde están detenidos los culpables. Concurren testigos y personas citadas como sospechosas. A Miguel José Sanz, que termina en pelearse con los Toro por su enemiga al proyecto de representación, ha sorprendido que don Antonio León se metiese en este embrollo, pues sería él uno de los que "debía experimentar más perjuicios que otros, por su mucho caudal y considerable número de esclavos que tiene". Bien comprende el licenciado con su excelente lógica de jurista, adónde irá por fuerza la revolución, llamada, de cumplirse, a borrar los tremendos privilegios que sirven de sostén a la riqueza de los nobles. El está hecho al silogismo y sabe que no pueden compaginarse las nuevas ideas de libertad con el sistema antiguo que permite a unos pocos detentar para exclusivo provecho los instrumentos de la producción, constituidos no sólo por la tierra, sino por esa masa esclava que dejaría el grillete al amparo de un sistema de justicia. En todo este negocio se mueve un pandemónium de ideas, de intereses, de situaciones que se contradicen del modo más notorio y alarmante.

Llega su turno a don Antonio. El 3 de diciembre se le hace comparecer ante el regente y los fiscales. No se inmuta el altivo señor. Claro que su estado de ánimo no es el mismo que muestra cuando en Maracay se hace rendir homenaje por su corte de aduladores, pero su orgullo es bastante para no bajarse a palabras zalameras y cobardes que le alcancen el perdón. Ni va a declarar tampoco don Antonio la verdad de sus proyectos y opiniones. Si el regente es

hábil para provocar declaraciones, él lo es también para guardarlas. Sin corresponder al saludo de sus jueces, agrio, duro, majestuoso, comienza a dictar su confesión. Esta es fría y está llena de evasivas. No niega que durante el largo espacio que estuvo en Maracay "le hicieron el favor de visitarlo varias personas, y que por lo general rodó la conversación en estas visitas sobre las astucias y detestables procedimientos de los franceses, y la heroica resolución, energía y vigor con que todas las provincias de España, que no estaban sojuzgadas por la suerte se habían dispuesto a sacrificarse en defensa de su majestad y de la libertad de la patria, y sobre los admirables y prodigiosos efectos que había producido dicha resolución bajo la dirección y providencia de las juntas establecidas en cada una de dichas provincias, y que poseído de estos sentimientos y del deseo que deja manifiesto, sin haber consultado ni tratado con persona alguna, amaneció una mañana con el pensamiento de formar el papel en que se pidió la Junta, y estando solo en su cuarto lo extendió de su puño y letra y que luego lo manifestó al marqués del Toro", y que si la situación hubo de cambiar después de conocida la constitución de la Suprema Junta Central, las especies que se propagaron sobre los fines y propósitos de la representación le habían forzado a continuar en su intento primigenio.

Sin hacer cálido alarde de su actitud, don Antonio no flaquea y, en cambio, asume la plena responsabilidad de la iniciativa del movimiento, que tan lamentable fin hubo de alcanzar. El no tiene el arranque ni el empuje del octogenario conde de Tovar, que el día anterior ha hecho llegar al capitán general un extenso memorial en el que insiste sobre la procedencia de la Junta y donde expone razones de patriotismo que coinciden con las que expresa el propio presidente en la circular dirigida el mismo día a las autoridades de la provincia para transcribir la nota del secretario del Consejo de Indias, fechada en 18 de septiembre, sobre la situación de la Península y necesidad de aprontar ayuda para la defensa de la causa de España. El ilustre anciano, prez del patriciado colonial, dice a Casas:

"Señor capitán general:

"El conde de Tovar, con la atención y respeto debidos

a la autoridad de V. S. expongo: que desde el día 24 del próximo pasado noviembre dirigí a V. S. en unión del marqués del Toro, el conde de S. Xavier y el oidor don Antonio Fernández de León una representación que los mismos y la mayoría de los caballeros de esta ciudad hemos elevado en solicitud de que se forme en esta provincia una Junta Gubernativa sometida a la Soberana Central del Estado, la que bajo estos auspicios atienda al régimen, defensa y conservación de estos Pueblos, hasta la deseada restauración de Nuestro amado rey el señor don Fernando VII.

"Hasta esta fecha nada se me ha comunicado por parte de V. S. sobre aquella pretensión, y sólo he visto con sorpresa y admiración que en la misma noche del 24 y a horas en que sólo reina el reposo, mis hijos don José y don Martín, arrancados de sus lechos, fueron conducidos por orden de V. S. en medio de una escolta militar, al Cuartel de San Carlos, donde se hallan arrestados. Entiendo que la misma suerte ha tocado a todos los que firmaron la enunciada representación. Oigo desde el retiro en que descansa mi vejez el ruido de las providencias que se toman contra estos señores, moverse las armas, redoblarse las guardias, llenarse las calles de patrullas, formarse procesos y examinarse los prisioneros bajo todo el aparato de una alta criminalidad. Entre tanto, no hay familia noble que no esté sumergida en el llanto y la desolación y por todas partes se escuchan quejas y clamores.

"Si yo me viese comprendido en la horrible desgracia de mis compañeros, podría tal vez resolverme a creer que la causa de tan escandalosos movimientos ha sido la solicitud de la Junta Gubernativa; pero cuando me veo en plena libertad y que con respecto a mi persona se guarda el más profundo silencio, no puedo consentir esta idea por más que se haya generalmente recibido. Y aun suponiendo que se me hubiese tratado igualmente que a los demás representantes, jamás podría persuadirme que nuestra súplica fuese el motivo de esta consternación universal nueva y original en la provincia de Caracas, y que abre una época bien notable en su historia.

"A la verdad, señor capitán general, si se examina la sustancia y el modo de nuestra gestión nadie podrá encontrar en ella la más ligera sombra de culpa, y por el contra-

rio, todos hallarían en esta solicitud un nuevo testimonio de aquella irrefragable fidelidad, amor y patriotismo con que la nobleza de Caracas ha sabido siempre consagrarse al servicio de sus augustos reyes, y a nuestra Santa Religión. La mostración de estas verdades es la más natural, la más sencilla, y yo no me excusaría de hacerla aquí detalladamente si fuese éste el objeto que me propongo en este papel. Con todo creo podré hacer una exposición incontestable de nuestra justicia sin apartarme del punto a que se dirige ahora esta representación.

"El solicitar una Junta Gubernativa que a nombre de nuestro amado soberano conserve estos Pueblos bajo su apreciable dominación y los defienda contra el usurpador, no es un delito; es, por el contrario, una acción plausible digna del nombre español. Es una empresa ejecutada y universalmente aplaudida en todas las provincias de nuestra Península, a cuyo conocido influjo se deben los progresivos triunfos de las armas españolas contra los franceses y el vigoroso entusiasmo con que espera sacudir el yugo de aquellos tiranos. Es verdad que el fuego de la guerra no ha prendido todavía en nuestro suelo; pero la gran distancia que nos separa de nuestra Metrópoli, ocupada aún en parte por los galos y amenazada de nuevos ejércitos e invasiones del pérfido Napoleón, hacen absolutamente necesaria la creación de la Junta. V. S. mismo, persuadido de esta necesidad, ofició en 27 de julio último al ilustre Ayuntamiento proponiéndole aquel establecimiento como un medio, el más eficaz para nuestra conservación, y yo debo añadir que en aquella fecha estábamos gozando la mayor tranquilidad, y entregados al júbilo por las victorias de nuestras armas, que ya se pregonaban en este continente. Yo no sé qué causas pudieron entorpecer entonces tan laudables intenciones, pero me atrevo a decir que si se hubiesen ejecutado no estaríamos, como estamos ahora, sumergidos en un abismo de inquietudes y recelos, cuyo resultado no es fácil adivinar.

"Hemos pedido la Junta que V. S. había propuesto: nuestras miras han sido, son y serán conservar sobre estos pueblos y defender vigorosamente los *derechos* del señor don Fernando VII y de la Casa de Borbón. Los usurpadores tiene sobre estos mares, y muy cerca de nosotros, colo-

nias bastante poderosas, y no será extraño que intenten invadirnos. En este caso debemos aguardar por momentos la guerra en todo su vigor, y entonces ¿quién podrá dudar de la utilidad de una Junta gubernativa? ¿Esperaremos el mal que ya nos amenaza para buscar el remedio? ¿No sería mejor tenerlo desde ahora prevenido?

"La suerte de las batallas es incierta; ¿podremos bajo este principio indubitable asegurar que la España no puede ser otra vez ocupada por los Tiranos de la Europa?; todos sus hijos deseamos que jamás suceda tan sensible desgracia; esperamos sustraernos a la opresión de nuestros enemigos; pero entre tanto ¿quién puede atreverse a pronosticar un orden estable en la Metrópoli? ¿Quién asegura una correspondencia no interrumpible con sus pueblos de América?

"La Junta Gubernativa establecida desde ahora será una barrera que nos defienda contra cualquier invasión, o, al menos, un testimonio de que pusimos en uso todos los medios posibles para ello; y en el caso feliz de que vuelva al trono de la España nuestro amado soberano, habrá sido un medio el más eficaz para poderle ofrecer entonces íntegros e ilesos estos pueblos que le adoran. Estos son los sentimientos que animan nuestra solicitud: ellos son los que forman el carácter del patriotismo, ellos son el numen tutelar de nuestra fidelidad al soberano de la nación española, y ellos, en fin, vivirán siempre grabados en nuestros corazones por más que la intriga y el torpe interés de cuatro malvados haya querido oscurecerlos.

"Si hablamos del modo con que hicimos nuestra gestión es ocioso empeñarme en probar su regularidad. Acuérdese V. S. que el marqués del Toro y don Andrés de Ibarra pasaron a su casa siete días antes, y le propusieron, verbalmente, nuestros proyectos, que le manifestaron una copia de la representación que al efecto íbamos a elevarle, que V. S. tuvo la bondad de aprobarla y consentirla. ¿Podríamos conducirnos con más discreción en el asunto? Muchas ciudades de la Península han exigido este sistema por medio de tumultos y alborotos. Las circunstancias en que se hallaban aquellos pueblos han hecho disculpables sus excesos. Nosotros, para precaverlos oportunamente si por desgracia la guerra viene a sorprendernos, y los sucesos de la España

toman otro aspecto, ocurrimos a nuestro jefe por las sendas del buen orden, de la tranquilidad y de la armonía, le consultamos la empresa, y conseguimos su beneplácito. Creo, señor capitán general, que nada debo añadir sobre este asunto, como que semejante conducta es la que debía justamente esperarse de nuestro honor y patriotismo; así, pues, ya es tiempo de venir al hecho más interesante que presenta nuestra historia, que ha perturbado el reposo de nuestra Patria y amenaza romper los vínculos de nuestros sistema social. Yo hablo, señor, de esas funestas ideas que cuatro perversos han derramado entre los pardos de esta capital, y aun entre los europeos. Solamente los impostores serían capaces de un atentado tan horrendo; ellos sí, señor, ellos que han podido solamente imaginarlo, podrían sólo tener la osadía de sembrar el fuego de la discordia en este país, ellos que han tratado su ruina y que le precipitan a la nada, ellos solos pudieron concebir el crimen de usurparla a su legítimo señor. La nobleza de Caracas ha dado tan repetidas pruebas de su fidelidad, de su honor y de su patriotismo, que serían superfluos cuantos recuerdos yo intentara en esta ocasión para conservar su buen nombre. V. S. tiene en su poder datos muy recientes por el marqués del Toro que desmienten la impostura de los sediciosos inconsultos (*) y tiene motivos para creer que los demás caballeros respiramos los mismos sentimientos. Pero, desgraciadamente, cuatro hombres infames a cuyos vicios sería funesto el establecimiento de la Junta, han dividido el pueblo en partidos. Ellos han dicho a los europeos que nosotros tratábamos de asesinarlos, y a los pardos que queríamos hacerles nuestros esclavos. ¿Quién no conoce la malicia de esos engaños? ¿Quién no descubre en esta horrorosa intriga el espíritu de una fatal revolución? ¿Qué ciudadano puede dejar de afligirse al contemplar las terribles consecuencias que pueden producir? Los europeos se alarman contra nosotros porque los viles sectarios del egoísmo les dicen que somos sus enemigos. Los pardos aspiraron a destruirnos porque se les ha hecho creer que atentamos contra su libertad: ni los unos, ni los otros tienen más que la de ser excesivamente crédulos, porque a la verdad, si

(*) Se refiere al envío de las cartas de Miranda.

nosotros fuésemos tales cuales nos han pintado esos faccionarios mereceríamos ciertamente ser inmolados al rencor de ambos partidos, a la muerte, al oprobio y a la detestación de todos los hombres. Nada, pues, debe admirarnos en este caso, sino la credulidad de los engañados, que aunque es casi natural en tiempo de fermentación, no por eso deja de ser muy extraña en la ocasión presente, ya por la deformidad de la calumnia y el conocido carácter de los acusados, ya por una infinidad de razones políticas que debieron hacerla absolutamente increíble. ¿Pudiéramos dirigirnos contra las vidas de los europeos los que junto con ellos formamos la porción más preciosa de esta sociedad? ¿Muchos de ellos mismos no han firmado la pretensión de la Junta Gubernativa? ¿Y cómo nos atreveríamos nosotros a destruir la mitad de un cuerpo que forma la base principal de nuestro sistema? Su ruina sería seguida de la nuestra y los pueblos de Venezuela serían sepultados en el abismo de una espantosa anarquía. No, señor, nosotros somos hermanos de los europeos, ellos nos aman como tales, todos somos descendientes de Padres Españoles, en nuestras venas, como en las suyas, corre la sangre de los héroes que conquistaron estas regiones; todos somos hijos y vasallos del señor don Fernando VII y solamente la malicia del egoísmo pudiera haber sembrado entre ellos para con nosotros una desconfianza tan funesta.

"Con respecto a los pardos son tantos los argumentos que hacen imposible aquella proposición cuantas las relaciones que nos unen a ellos: nosotros somos sus protectores en todas sus ocurrencias civiles; nosotros les franqueamos muchas veces el sustento; nos hemos criado y crecido junto con ellos. Nosotros llevamos sus hijos al templo de Dios y ellos en recompensa nos tributan todos aquellos servicios que están en la esfera de sus facultades. ¿Podríamos atentar a la destrucción de unos seres que nos acompañan desde la cuna, y a quienes miramos como hermanos? La religión y la humanidad rechazan una idea tan abominable; pero nada importa ni la religión ni la humanidad en el concepto de los seductores que han promovido estas divisiones. Ellos no podían conciliar sus privados intereses con el establecimiento de la Junta, y han querido sacrificar a ellos la salud de toda la provincia. Me horrorizo, señor capitán ge-

neral, al contemplar el estado de nuestra Patria, y me aflijo en pensar cuál puede ser el resultado de esta fermentación. No encuentro otro remedio para salvarlos del precipio a que quieren arrastrarnos los malvados, sino la providencia y determinación sobre la erección de la Junta Gubernativa. Si antes la pedimos como un sistema útil a nuestra conservación, yo la creo ahora, si no me engaño, necesaria para evitar nuestra ruina.

"Estos son, señor capitán general, los sentimientos que han dado impulso a esta representación: como padre tierno debiera emprender primero la defensa de mis hijos que padecen inocentemente, pero como ciudadano español antepongo a este cuidado el de mi Patria, afligida y consternada. El fuego de la discordia quiere aniquilarla, salvémosla, señor, y después volaré a cumplir los deberes de la naturaleza defendiendo la justa causa de mis hijos.

"He llegado a la edad de ochenta y tres años sin mezclarme jamás en los negocios públicos porque jamás fui testigo de uno tan importante como el presente. Estoy agobiado de enfermedades, y bien presto ya no existiré. Al acercarme al sepulcro, veo mi Patria rodeada de peligros espantosos, el dolor de su desgracia abrevia mi existencia y en medio de mis angustias, hago los últimos esfuerzos para redimirla, pidiendo a V. S. se digne resolver lo que hallare justo sobre la erección de la Junta. Recíbalos V. S. como un testimonio de mi honor, de mi patriotismo, y de mi adhesión al soberano.

El conde de Tovar."

* * *

Pero si ha sido mucha la discreción de don Antonio ante sus jueces, los testigos, en cambio, lo comprometen gravemente y las autoridades empiezan a temer que su presencia en Caracas sea oportunidad de otros disturbios. Y aunque no esté del todo vestido el expediente y falte algún tiempo para que se profiera la condigna sentencia, se piensa en alejarlo de la capital. En ninguna parte puede estar más seguro este hombre revoltoso como en la propia España, donde los jueces le impondrán la dura pena que merece su descabellada conducta. Mar de por medio con América, sus actividades no pondrán en riesgo la paz de estas provincias,

mientras que cerca de los hombres en quien ejerce poderosa influencia, será siempre causa de revueltas. De otra parte, él es reo al que no han arredrado los peligros para declararse convicto de los cargos de sedición y deslealtad hechos por la justicia. En España sabrán examinar mejor el peligro en que a la provincia ha puesto este maníaco de dominio.

No hay tiempo que perder y en seguida se acuerda su envío a Cádiz bajo partida de registro, con la oferta de remitir luego el expediente que en Caracas continúan formando las autoridades. En La Guaira hay nave que saldrá en breve para la Península, pero como no es seguro su aislamiento en las cárceles del puerto, y es preciso separar lo más pronto a don Antonio del teatro de la agitación caraqueña y de todo contacto con posibles revoltosos, el capitán general ordena que sea trasladado de inmediato a uno de los fuertes que guardan el vecino puerto.

Acá está preso don Antonio en esa tarde fresca del 13 de diciembre. Han pasado algunos días mientras termina la carena del barco que lo conducirá a la Madre Patria. El ha estado antes de visita en este Castillo del Gavilán, con cuyo jefe tiene buenas relaciones de amistad. De Caracas ha sido arrancado con violencia por decisión de un tribunal irregular, sin que se le permitiese instruir a los suyos de particulares referentes a sus numerosos negocios. Ahora aprovecha ese tiempo de espera para poner en orden algunos asuntos que quedaron en curso y también para escribir a la familia. La amistad del comandante le franquea recado de escribir, y ahí, frente a la mesa, en silla incómoda, con la pluma de ganso en la misma mano con que escribió el malhadado memorial a las autoridades, redacta una tras otra varias cartas. Apela, es lo primero, ante el Acuerdo del irregular procedimiento de que es víctima, en escrito donde repite sus quejas anteriores. La última carta que hace va dirigida a su amigo don Dionisio Franco, director general de la Renta de Tabaco. Franco le había confiado la celebración de los nuevos contratos con los cultivadores de Aragua, y ahora le informa que en consecuencia de dicha autorización ha hecho anticipos a los labradores de Santa Cruz, Cagua y Turmero hasta por siete mil doscientos pesos, que libró contra el comisionado de las plantaciones de Guaruto.

Ni un detalle olvida don Antonio cuando se trata de defender sus bienes y de resguardar la paz de la familia, que puede ser inquietada, más de lo que lo ha sido, por la ignorancia en que está de sus operaciones comerciales. Deja de escribir y en su memoria suenan nombres que le recuerdan sus días de bienestar: Maracay, Guaruto, Tapatapa, La Trinidad. A su memoria viene el balcón familiar, donde reclinado en las tardes cálidas de Aragua regalaba la vista con el ancho panorama del frondoso valle y con la visión serena del cercano lago de Valencia. Ahora, frente a sus ojos tiene otras aguas. Y mira desde la reja el mar Caribe, proceloso, agitado, salvaje cuando lo animan las tormentas. ¡Qué distintas son sus aguas de las aguas dormidas del lago de Valencia! Como distintos eran sus días de Maracay de estos funestos momentos de tempestad política, que lo arrancan violentamente de la paz beatífica de sus dominios de Aragua.

X

EL MARQUES DE CASA LEON

A las diez de la mañana del 17 de diciembre, cuando empieza a picar la brisa, el "débil y desprovisto" bergantín *San José y Animas* se prepara para zarpar rumbo a Cádiz. Por el agrio camino, en no buena cabalgadura y con segura guardia, es conducido Fernández de León desde el Castillo del Gavilán hasta el despacho del escribano público don José Manuel Sabogal para rendir nueva declaración, ordenada de Caracas, sobre los sucesos de noviembre. Por ante el comandante justicia mayor del puerto, el caballero de la Orden de Alcántara, coronel José Vásquez Téllez, confirma don Antonio su declaración del 3 de diciembre, y de ahí se le permite trasladarse a la Capilla del Carmen, para "disponerse con los auxilios espirituales". De Caracas, acaso, han bajado para mirarlo embarcar doña Josefa y los hijos Antonio y José Manuel. Llora la esposa cuando lo ve conducir en esta deprimente calidad de criminal. Les es permitido saludarse brevemente y mientras la atribulada señora muestra cómo tiene de abatido su espí-

ritu, don Antonio hará alarde de ánimo para ayudarla en tan tristes circunstancias. La entrevista es rápida y luego el campanudo señor, después de ser transportado hasta la nave en la falúa de las rentas, yace en la popa, a tiempo que los suyos regresan a la posada incómoda, aunque no tanto como las duras tablas donde Fernández de León pasará las navidades de este año.

Desde el barco don Antonio contempla la vecina población. Le viene a la memoria el día en que llegó en uno de los galeones de la Compañía Guipuzcoana, allá por los años en que gobernaba Agüero la provincia. Recuerda también aquel viaje precipitado que hizo al puerto en 1797 cuando la Audiencia lo comisionó para hacer preso a don Manuel Gual. Ahora es él el preso y por una causa que se asemeja a la que movió aquellos desórdenes de fines del siglo pasado. Gual, España, Rico. Suenan con nuevo timbre estos nombres en su memoria. ¡Cómo cambian los hombres y las cosas! Entonces él luchaba a favor de las autoridades por conservar el orden imperante. En la actualidad es víctima de la autoridad por pretender alterar la estructura del gobierno. ¿A qué obedece la variación de su conducta?

Reflexiona hondamente y poco a poco se va dando las respuestas. Aquella de entonces fue una revolución que quería trastornarlo todo. El mismo, como oidor de la Audiencia, dio su voto para el acuerdo que proscribió bajo severas penas la circulación del escrito donde se consignaba la perniciosa declaración de los Derechos del Hombre, hecha por la diabólica revolución de Francia. ¡Y había que ver el programa de los sediciosos! Libertad para los esclavos, igualdad de clases, independencia de las provincias: el máximo desorden. El propio obispo fray Juan Antonio de la Madre de Dios Viana, había declarado que aquellas ideas más parecían inspiradas a lumbre del demonio que por arte de los hombres. Tamaños despropósitos tenían que encontrar en él un muro hostil. Nunca se ha explicado cómo el canónigo chileno se atreve a recomendar la lectura de Rousseau, Diderot y Condorcet con que se están envenenando algunos criollos. Las cosas actuales han sido muy distintas. La autoridad del rey había desaparecido por los hechos dolorosos de la infame renuncia impuesta por el usurpador Bonaparte y los pueblos habían recobrado la autonomía para

defender los propios derechos de la unidad española. Y en Caracas ¿qué no había sucedido? Aquel viejo idiota de capitán general, que no quiere al principio la jura de Fernando porque titubea ante la ventaja de reconocer el orden francés, para después, cuando estaba resuelto a constituir la Junta que pedían los notables, venir a aceptar la autoridad de la Junta de Sevilla, porque su enviado le promete dejarlo en el cargo. ¿Será justo acomodarse a un sistema donde el desvergonzado regente sólo intenta ganar méritos para su causa por medio de la intriga más falaz y de las más odiosas persecuciones a los nobles y mantuanos? El cree que ha obrado bien, aunque le sea censurado que haya pensado con alguna libertad. El propiamente no buscaba novedades peligrosas, sino asegurar el orden donde la sociedad pueda proseguir su desarrollo natural. De otra parte, y claro que esto no habrá de propugnarlo ante sus amigos de España, la provincia reclama un régimen de menor sumisión a la Metrópoli. El es nativo de España y ama la real institución; pero, viéndolo bien, su Patria se ha trasladado a Venezuela, donde ha formado su familia y tiene tierras y esclavos que le aseguran bienestar y distinción. ¿Qué quiere hoy de la nativa tierra?...

Ha promediado el día mientras don Antonio examina su vida y sus acciones pasadas. La nave levanta al fin el ancla y entre los gritos de la marinería, con velas abiertas al suave soplo de sotavento, enrumba la proa hacia el Noreste en busca de la inmensidad del mar. Aún se percibe a lo lejos las campanas de San Juan de Dios, que tocan la hora del rezo mariano, y el viajero, con ojos húmedos, se pone de pies y musita la salutación angélica. Doña Josefa, José Manuel, Antonio, Josefa María, la muchacha que ya apunta en lozana juventud, todo lo que llena sus afectos, queda en esta tierra de donde lo aventan los intrusos. Pero a ella volverá para hacer sentir lo que puede un Fernández de León.

Bueno o malo el viaje, para él daría lo mismo. Ni los días cuenta que lleva en el mar, sufriendo, además de las tormentas y crueldad de la estación, la parvedad de las comidas y el aire un sí es o no despectivo con que lo mira el fiero capitán, temeroso de que al llegar a Cádiz se diga por la marinería que ha tenido complacencias para un rebelde. Pero al punto que pone, en marzo de 809, pie en tie-

rra de la nativa Patria, las cosas empiezan a mudar de semblante.

Viene como reo de una causa de Estado, mas en España cuenta con amigos que gozan de influencias en el nuevo orden de cosas. Don Francisco de Saavedra, el antiguo intendente que tanto lo protegió a él y a don Esteban, tiene fuerte privanza para lograr que de inmediato lo saquen del castillo gaditano de Santa Catalina, donde fue recluido a la llegada, y le sea permitido dirigirse a Sevilla bajo fianzas, para la defensa de su causa. Don Esteban está ejerciendo el alto empleo de intendente del Ejército desde abril de 1807, y en él durará hasta que suba en octubre a ocupar cargo de mayor consideración.

Ya en la sede de la Junta Central, don Antonio, con el buen arrimo de don Esteban, que ha dejado a Extremadura para volar en auxilio del hermano, no pierde tiempo para impresionar el ánimo de los centrales y ponderar los atentados cometidos por el feroz regente Mosquera y Figueroa, contra quien los hombres principales de Caracas vienen remitiendo pliegos explicativos de su arbitrario proceder. Ocho veces representa don Antonio para manifestar documentalmente la lealtad de su conducta al pedir la constitución de la Junta, origen del proceso, así como la injusticia de las autoridades. Y si al principio encuentra obstáculos, pronto la lucha cambia, y lejos de vigorizar su defensa, don Antonio enfila toda la batería de sus ardides contra el odiado visitador. Por una burda complacencia del capitán general, ha sido nombrado Mosquera y Figueroa diputado a la Central por la provincia de Venezuela, en virtud de la declaración un tanto revolucionaria que la Junta hizo en 22 de enero de 809, respecto al derecho que tienen los dominios de América, como parte integrante de la Monarquía, para tener "representación nacional e inmediata" cerca del rey. Llega a Cádiz don Joaquín en agosto, y al saberlo, los Leones doblegan sus esfuerzos hasta lograr un mandamiento de la Central que obliga al diputado a permanecer en aquel puerto y a postergar su viaje a Sevilla hasta segunda orden. De acá y de allá van los hermanos en su empeño de obstruir las maquinaciones de Mosquera. Intrigan en la Junta, compran la voluntad de sus empleados y logran al fin que se anule el acta de elección de don Joaquín por no ser oriundo

de Venezuela y ello a pesar de tener un nativo de la Isla Española nada menos que la representación de una provincia de la Península.

Con el fin de perjudicar a Fernández de León, Mosquera no ha enviado desde Caracas por estafeta la causa y la sentencia absolutoria proferida por la Sala Extraordinaria en 4 de mayo de 809. Personalmente trae los papeles, mas noticioso León de esta irregularidad, ocurre a la Central en demanda de que le sea pedido al antiguo regente su envío y el de las piezas en que lo acusaron, junto con Casas, como sospechoso de simpatizar con Napoleón. Hecho esto, el acusado se convierte en vencedor, el juez en perseguido, y quien creyó vencer a don Antonio, se ve obligado a permanecer confinado en su posada de Cádiz y a sufrir larga detención como fruto de las quejas de los caraqueños que habían sido víctimas de sus tropelías.

En Sevilla don Antonio ha topado durante sus visitas a la Central con el médico criollo José Domingo Díaz, quien falta de la provincia desde el comienzo de los sucesos del año 808 y anda ahora en busca de una plaza de médico en Caracas. No es mala la amistad de este magro y mordaz mulato, en cuya lengua se deslíen con rapidez las mejores reputaciones. Don Antonio tiene buena vista y lo atrae al círculo de sus influencias, honrándolo que fuera su convidado a la mesa de su posada. Las piezas que formó Mosquera están al alcance de don Esteban, y para evidenciar la infamia, las ha hecho ver de Díaz, a quien además ofrece ayuda cerca de los centrales para ganar su peligrosa voluntad.

Viaja luego don Antonio por el reino para refrescar viejas memorias. Provisto de bien sellados salvoconductos, que consigue de unas y otras autoridades, se encamina a varios sitios. Claro que su primer visita al llegar a la Villa y Corte es para la iglesia parroquial de San Justo. Madruga a la misa y pronto está frente a la fachada panzuda y a las torres chatas del hermoso templo, donde luce en toda su riqueza el más puro barroco del XVIII y a la cual separa del elegante palacio del arzobispo de Toledo el llamado pasadizo del Panecillo. Ya en su interior, donde se detiene, después de concluidos los oficios, en la admiración de tantos dorados retablos para él nuevos, busca con afectuosa diligen-

cia la lápida que cubre las cenizas de don Lorenzo, sepultado desde el 22 de marzo de 1788, a poco tiempo de regresar de Caracas. Don Antonio reza cerca de la tumba del hermano que le señaló los caminos de América y evoca las primeras veladas de Valle Abajo, donde se abrió para sus ojos el mundo caraqueño. Pasa también a Esparragosa de Lares, la modesta villa de su nacimiento, y allí se deleita en la memoria de los remotos tiempos de su infancia y recibe el agasajo de los nuevos deudos. No conocía a los crecidos sobrinos que mantienen el vigor de la familia. ¡Cómo le suenan gratos estos nombres que en cabeza de los jóvenes reviven el recuerdo de los hermanos, hermanas y tíos desaparecidos: don Juan, don Esteban, doña María de la Cueva, don Lorenzo, don Sebastián y don Antonio! Los hay que siguen carrera de abogado y cursos de Sagradas Escrituras para la vida eclesiástica. Los hijos de María usan apellidos que apenas evocan la distinción familiar del buen cuñado: don Juan José y doña Inés Pérez Luengo, bien puesto y de agradables modales el primero, encantadora chica, de dulce rostro y linda planta la segunda. No faltan las excursiones al Cortijo de Monreal y a la vecina aldea de Galizuela, donde se entretiene contemplando la molienda de la aceituna y el contraste entre las viñas viejas y los verdes majuelos, a la par vestidos de sazonados frutos. Las riberas del próximo Guadiana pueblan su memoria de lejanas imágenes, cuando empezó a soñar bajo los altos chopos que le sirven de bordadura, arrullado por la suave música de los colmenares donde las minúsculas abejas labran la sustancia de la dulzura y de la luz. Buen cristiano, visita con frecuencia la ermita de Nuestra Señora de la Cueva, que tanto ha protegido la familia desde antiguo, muy más ahora después que don Lorenzo y don Esteban supieron hacer una fortuna en la opulenta América.

Casi todo el año 809 pasa don Antonio en los paternos lares. La influencia de don Esteban, ahora en el cargo de contador de las dos Américas, es cada día de mayor precio y con ella crece el prestigio del hermano. Don Antonio tiene debilidad por los honores y las distinciones, que bien conoce lo que influyen en el ánimo del pueblo. El sabe lo que en prestigio lucró con los seis mil pesos gastados para legitimar el uso en la iglesia de Maracay de silla galonada y

muelle cojín de felpudo carmesí. ¿Por qué no intentar ahora en medio de este mar revuelto de la Corte sin monarca, que se le otorgue la distinción que lo eleve sobre el común de los mantuanos de Caracas y que ha solicitado desde 1799? Para ello bien guardadas están en los archivos reales las favorables informaciones de Carbonell cuando la revolución del 97, y si no son suficientes para desvanecer los informes reservados sobre su general conducta pública y privada, en cambio tiene dinero que ablande voluntades y que borre ante los concedentes la mala impresión causada por los papeles. Pone de nuevo manos en la obra y como el fiscal de cámara, don Nicolás María Sierra, lejos de topar con tachas, halla "mérito superabundante para la dispensación de la gracia", luego se suman a su dictamen los demás señores de la Cámara, don José Colón, don Manuel de Lardizábal, conde del Pinar, don Sebastián de Torres y don José Pablo Valiente, y ya en 1.° de noviembre está constituido, previo el vizcondado de Cueva Santa, en noble de Castilla, con título para él y los suyos de marqués de Casa León. Para otorgarlo no sólo se invoca el lustre antiguo de la familia, sino los "distinguidos importantes servicios en beneficio del Estado y de la causa pública", que obligan al rey a "más honrar y sublimar" su persona y casa.

¿Qué dirán ahora sus enemigos de Caracas? ¿Qué pensará el artero regente que lo hizo embarcar semidesnudo, como despreciable criminal, y pidió se le retuviese en España por sujeto indeseable en la provincia? ¿Qué dirán aquellos miserables pardos que propalaron, bajo las insidias de Mosquera, las especies calumniosas que provocaron en última instancia su prisión? El sabe tornar en suave céfiro la feroz tormenta, él conoce los bajíos del alma de los políticos, él es genio tenebroso en el arte del disimulo, dispuesto a seguir cualquier camino cuando se trate de vencer. Puede tranquilo regresar a Caracas, para seguir animando a los amigos en la prosecución de los planes formativos de una Junta que, como la planeada el año de 808, defienda en nombre del pueblo los derechos de Fernando VIL Porque ni en él se han desvanecido las ideas de entonces ni los mantuanos de la lejana Capitanía General han olvidado sus propósitos. En cambio, verán éstos que no hay mayor riesgo en conspirar contra las autoridades locales, y que es

posible, como lo prueba él, embarcarse en un puerto de América bajo partida de registro y regresar luego convertido en noble de España.

XI

"OTRA EPOCA EMPIEZA"

En diciembre de 1809 se embarca don Antonio en Cádiz, vía Puerto Rico, con rumbo definitivo hacia La Guaira, adonde llega el 16 de enero de 1810. La *Gaceta de Caracas*, en su edición del 19, da con profundo asombro del pueblo la noticia de su título de marqués de Casa León. Ya es todo un "gran cacao", como la gente común llama a quienes, a trueque del producto de la almendra, ganan ínfulas de nobles. Durante su larga ausencia han ocurrido cambios notables en la administración de las provincias. Desde el 19 de mayo anterior ejerce la Presidencia y Capitanía General el mariscal de campo don Vicente Emparan, en cuya compañía vino el nuevo intendente don Vicente Basadre. Emparan ha sido recibido con frialdad por los hombres principales, mas las noticias que de su carácter se tenían, por el modo como gobernó antes en Cumaná, se disipan prontamente en mérito de la afabilidad que muestra en sus modales. Trajo don Vicente como inspector general de las milicias al coronel Fernando Rodríguez del Toro, y éste luego le acercó con lo principal de los mantuanos. No son lerdos quienes mantienen la hoguera que Casas intentó apagar el 24 de noviembre de 1808. Bien saben ellos que como mejor se conspira es halagando con obsequios y promesas de amistad a los mandatarios cuya caída se procura. Por ello los Bolívar, los Ribas, los Ustáriz, los Toro, los Tovar y los Montilla siempre andan en los círculos del nuevo gobernante. El ambiente está lleno de protestas y de intrigas. Los partidos toman consistencia cada vez mayor y como vienen de la Península noticias del progreso de los ejércitos franceses, más motivos hay para que se discuta la política del gobernador y se tema la invasión de las provincias de América.

Se ha dejado correr la especie de que Emparan mani-

fiesta que su nombramiento ha sido aprobado por el propio Napoleón, y ello basta para que se le mire con recelo por el partido que propugna la defensa de Fernando y que el 15 de julio del año 808 había, con su rechazo a los franceses, dado impulso a la tendencia autonómica de la provincia. Los Toro han vuelto a sus viejos proyectos, que prometen ahora mejor suerte, cuando el marqués comanda los Granaderos de Aragua y don Fernando visita los puestos militares del interior para "formar la revolución". La experiencia del fracaso de noviembre del 808 ha enseñado a los mantuanos que sin respaldo en los cuerpos armados sus propósitos no llegarán a la victoria. Más que los alegatos de los letrados se hacen escuchar las voces de las carabinas, y si el Gobierno pudo en aquella oportunidad detener el impulso cívico, fue por haber tenido la adhesión de los militares.

Alguien ha escrito a España que se habla de nuevo en Caracas del fracasado proyecto de Junta y se inculpa a Casa León de haber vuelto a animar las ideas que parecieron decaídas. Si el marqués procede ahora con mayor cautela y disimulo, ello no impide para que al propio Emparan lleguen noticias de estas andanzas suyas. Su conducta pública lo exhibe, por el contrario, adicto en extremo a la causa de España, y encargado como está para levantar una contribución en ayuda de los ejércitos peninsulares, ha lanzado una proclama para invitar a los patriotas a suscribirla, a fin de enviar a la Península carne salada, queso, zapatos, quina y zarzaparrilla para el ejército, y madera para trenes de artillería.

En las primeras semanas que siguen a su regreso de la Península ha recibido numerosas visitas de amigos y conocidos, que le expresan en la mejor forma su regocijo por el feliz final de la aventura y por los méritos que, a los muchos que le adornan, viene a agregar el título de Castilla con que ha sido condecorado. En las conversaciones con sus antiguos amigos se impone del verdadero estado de alarma que vive la provincia, y así lo escribe a don Esteban, que en España anda envuelto en el desastre provocado por la caída de Andalucía en poder de los franceses.

"He encontrado —le dice en la carta de 12 de febrero— los ánimos en esta ciudad en una discordia y fermentación

terrible: el gobernador y el intendente, por lo que se advierte, están unidos; pero el primero con la Audiencia y ésta con él en una absoluta desinteligencia y en contestaciones muy pesadas y lo mismo con el Cabildo: el segundo está muy mal con los contadores y con los ministros y desconceptuado y odiado del pueblo, y casi en el mismo caso en cuanto a éstos se halla Emparan.

"Este se ha conducido conmigo hasta ahora con toda atención y aun con demostraciones de aprecio; pero en el estado de descontento y disposición general de los ánimos que advierto, entiendo que el partido prudente es ponerse a distancia del fuego y estoy en la resolución de salir el 15 de este mes para tus haciendas del Tuy, y de allí seguiré a Maracay, donde permaneceré hasta ver en qué para la tempestad que veo formada y muy difícil así de evitar como de prever su resultado si el de los sucesos de ahí fueren tan malos como anuncian especialmente los papeles ingleses que corren aquí libremente, pues aunque sin motivo ni fundamento, a lo que yo entiendo y he podido comprender, se ha difundido por el pueblo y se cree que en el gobernador García (*) y alguno otro hay adhesión al Gobierno francés, y deseosos de que esto sea suyo en el caso que domine a España, y estos habitantes sin distinción de clases les aborrecen y detestan manifestándolo abiertamente y que harán el último sacrificio para resistirlo.

"Los ingleses al mismo tiempo que publican como irremediable que se verifique aquel caso, no se descuidan en preparar los ánimos a su favor. Me aseguran que hay aquí un papel muy seductivo y lisonjero del plan adoptado por el Gobierno inglés con respeto a nuestras Américas y también que han introducido y se han vendido en esta ciudad unas cajitas con ovillos de hilo de algodón en las cuales en lo interior hay una orla que dice: "La Inglaterra ofrece protección, libertad de comercio a las Américas españolas."

Casa León se ha ido a sus haciendas de Maracay, previo aviso a Emparan de que permanecerá por mucho tiempo ausente de la capital. Allá recibe noticias de la marcha de los sucesos por propios que le envían los conjurados y por

(*) Se refiere al coronel Agustín García, inspector de Artillería.

relaciones que le transmite de boca don Fernando Toro.

A últimos de marzo las cosas toman forma y está planeado el golpe que en la noche del 1 al 2 de abril siguiente debe darse con apoyo del Batallón de Granaderos de los Valles de Aragua, acantonado en la Casa de Misericordia, al naciente de la ciudad, mas descubierto el plan por el capitán general, éste, no dándole importancia por considerarlo simple y pasajero acaloramiento de cuatro jóvenes militares, se limita a trasladar a otras plazas a los comprometidos en el negocio. Entre el grupo de conjurados se halla Simón Bolívar, a quien Emparan, que es su amigo, insinúa la conveniencia de ausentarse por algún tiempo para una de sus haciendas de Aragua. Voces preñadas de malicia susurran que ha sido Andrés Bello quien dio aviso al capitán general de estos proyectos. Pero Bello ni tomó parte en ellos ni los supo hasta conocido su fracaso. El es funcionario administrativo a quien repugnan las contumelias de la política. Sirve al país con entusiasmo y desea para él todo progreso, pero estas acciones violentas no placen a su modesto natural de hombre de estudios. Entre los conjurados están sus amigos, ¿cómo faltar a los imperativos de lealtad que son norma de su vida? Contra quien va el golpe es su superior en el despacho de la Capitanía, ¿cómo quieren que se inmiscuya en actos que romperían la línea moral que es orgullo y blasón de su conducta? El equilibrio que se ha impuesto lo aleja de uno y otro bando y le obliga, por propia convicción y sentimientos, a permanecer en sí mismo, viendo con crítico sentido de filósofo el curso que toma la historia de la Patria.

Llamado violentamente por Emparan, regresa Casa León a la capital a la raíz de los sucesos de la Misericordia, y es instado por el capitán general a que persuada a doña María Isabel Ascanio, madre de Tomás Montilla, de que inmediatamente lo aleje de Caracas y lo embarque para España, pues el Gobierno se vería de lo contrario en el penoso caso de "castigar severamente sus excesos". Aunque Emparan tenga aviso de las actividades del marqués, no lo cree aún comprometido en forma que reste autoridad a los informes que le suministra de haberse desvanecido todo el plan en gracia a los últimos manifiestos publicados por el Gobierno. Creído en las palabras de Fernández de León, da por debe-

lados los propósitos sediciosos de los criollos y duerme en la confianza de que todo habrá de salirle a gusto de paladar.

Sin embargo, nada puede detener ya este alud revolucionario que se insinúa como acto de apoyo al rey Fernando. Desde marzo viene Emparan denunciando por bandos las maniobras del "tirano de Europa", pero los patriotas, que asi empiezan a llamarse algunos criollos, no ven en ello sino nuevos ardides del capitán afrancesado y se dan a rostro descubierto a regar entre el pueblo ideas y conceptos tan contrarios a Emparan que en las plazas, en el teatro y otros lugares se profieren fácilmente expresiones donde se manifiesta sin ambages el deseo de un pronto cambiamiento, mientras en puertas y en esquinas son fijados pasquines que indican la repulsa del pueblo para las autoridades, y que los vecinos leen con avidez. Uno de ellos es por demás subversivo y los amigos del Gobierno lo miran como anuncio de algo grave que puede acontecer:

Emparan, Anca y Basadre
tienen el pueblo oprimido;
qué Vicentes tan unidos,
chupan aunque el pueblo ladre.

El primero a nadie ampara,
ni el otro lleva en el anca,
pero hace basa el tercero
recaudando con la tranca.

¡Basta ya de humillaciones!
Para de los tres salir,
debe alzarse la nación
y este yugo sacudir.

En los ánimos acrece la angustia natural que provoca la falta de noticias de España. Alguien comenta, por razones llegadas a Puerto Cabello en el bergantín *Palomo*, los sucesos que han dado al traste con la Suprema Junta Central. El capitán general busca maneras de calmar las comidillas y traer de paz a un pueblo que ya ha resuelto lanzarse a la lucha abierta. De los militares en quienes pudiera confiar, muchos se hallan por demás descontentos en razón del largo tiempo que han perdido en espera de sus legítimos ascensos, hace más de cuatro años solicitados de su Majes-

tad, indiferente, como todos aquellos que creen gozar del prestigio de las posiciones encumbradas y de la rutilante luz de buena estrella, ante la suerte de quienes en última instancia son su verdadero y único sostén.

La conspiración gana cada día mayor ámbito en la ciudad. Los conciliábulos abundan. Cada casa caraqueña es un horno donde se templa el nuevo espíritu. El 18 se rumorea la llegada de don Antonio Villavicencio, conde del Real Agrado, comisionado de la Regencia para informar a las autoridades de los últimos sucesos ocurridos en España, donde la Junta Central, por los avances de José I, se vio precisada en enero pasado a trasladarse a la Isla de León. Reunidos los comprometidos durante la noche en la casa de don Manuel Díaz Casado, determinan aprovechar las solemnidades del día siguiente, Jueves Santo, para formar un nuevo Gobierno en nombre de Fernando VII. El debate es agitado, pues todos los presentes no están de acuerdo en los procedimientos que deben seguirse. Discuten largamente, y ya cuando los gallos empiezan a quebrar albores se trasladan a la casa del doctor José Angel Alamo para mejor rematar los planes (*). Pugnan ácremente los partidos ahí representados. Los conservadores, es decir, quienes aspiran a un cambio sin mayor violencia, cuentan con el apoyo de la mayoría del Ayuntamiento; los radicales, a cuya cabeza están Madariaga, José Félix Ribas, Francisco Espejo, los Montilla, los Briceño, Coto Paúl, Ponte, los Salias, Pereira y otros, prefieren los recursos extremos. En éstos influyen los principios liberales a la moda, en los otros la prepotencia de la oligarquía que ha tomado al Cabildo como segura ciudadela. Frente a ambas corrientes está situado el partido español, ahora un tanto afrancesado, a quien apoyan las fuerzas regresistas del momento, constituidas por el clero, el comercio y la parte del ejército que no han podido traer a sus proyectos los conjurados. El pueblo aún no ha hecho su precisa aparición histórica. Formado por gente acostumbrada a soportar los distingos clasistas, ha llegado a consustanciar con los intereses particulares de los mantuanos los fines de la revolución en cierne y

(*) En el relato de don Esteban Fernández de León se menciona la casa del doctor Vicente Salias.

mira con recelo el avance de ésta. Claro que él, a pesar de la carencia de homogeneidad en sus propósitos, aspira a un cambio que mejore su situación, y en el presente caso está vagamente con quienes buscan la constitución de un régimen que varíe el sistema actual. Por ello cuando Ribas, Montilla y otros más, que han roto de antiguo con los prejuicios de color y no temen mostrarse en comparsa con los pardos, lo invitan en la mañana del 19 a reunirse en la plaza principal, acude presuroso con el presentimiento de que en este día se juega su destino.

El Cabildo ha resuelto reunirse extraordinariamente antes de las ceremonias religiosas y puntualmente acuden sus miembros a la Casa Capitular, bien sabedores de que la fuerza pública apoyará sus decisiones. Pero este Cabildo no es el mismo de los días comunes. A su seno ha incorporado a los doctores Juan Germán Roscio y José Félix Sosa, como diputados del pueblo, y a los doctores José Cortés de Madariaga y José Francisco Ribas, hechos representantes del clero con burla de la propia indicación de la autoridad eclesiástica. Algo habrá de pasar con la presencia de estos cuatro radicales. Justifica Madariaga con sus amigos el retiro momentáneo que se propone hacer y el Ayuntamiento diputa una comisión que diga al capitán general, presidente *ex-officio* del cuerpo, que éste se ha reunido para acompañarle a las ceremonias religiosas. Tal vez Emparan barrunte lo que pueda suceder en esta junta, pues en la noche anterior tuvo aviso de la actitud de los conjurados, mas acepta cortésmente el aviso sin fijarse él ni el oidor Rivero, que lo acompaña, en lo inusitado del procedimiento. Hace en silencio el recorrido de las dos cuadras que separan su posada de la Casa Capitular, donde es recibido con muestras de frialdad. Tranquilamente toma el asiento cabecero, sin advertir la presencia de los nuevos capitulares con que la revolución se ha metido esta mañana en el viejo cuerpo que desde los albores del siglo XVI representa en esta América bárbara el vigor, la pujanza y el espíritu levantisco del genuino pueblo de España, venido sobre las aguas bravías del Atlántico no a herrar esclavos, sino a formar nuevos pueblos que, como este de Caracas, hoy se empinan para las mejores realizaciones de la cultura.

Provocada formalmente la reunión, se traen a debate

las graves condiciones en que se halla el Gobierno español y la delicada situación que amenaza a las provincias de Venezuela. Hay opiniones encontradas que alargan el negocio y el presidente recuerda que es llegada la hora de asistir a las funciones de la Catedral, pasadas las cuales se puede proseguir en el conocimiento de las materias que ocupan la atención del Ayuntamiento y de los papeles llegados de España el día anterior. Salen Emparan y los cabildantes hacia la vecina iglesia. Pero advertidos los conjurados del peligro que constituye la pausa del asunto, con voces de "Al Cabildo", "Al Cabildo", provocan en el pueblo que las repite un tono de revuelta. Entre los conjurados se halla Francisco Salias, joven intrépido que a pasos rápidos atraviesa la plaza hasta dar a poca distancia de la Metropolitana con el capitán general, a quien detiene para pedirle con respeto que vuelva al Ayuntamiento, donde la gravedad de las circunstancias reclama su inmediata presencia. La muchedumbre acude en torno a Emparan y cuando el piquete de la guardia allí tendida intenta defenderlo, la voz altiva de su jefe ordena a la gente permanecer en pie firme. La turba grita. Salias vuelve a conminar el regreso al gobernador, éste se resiste, mas la fuerza decisiva se expresa en la enérgica actitud de un oficial de las Milicias de Aragua, el mismo Arévalo que apoyó a la Audiencia el 24 de noviembre de 1808, quien colocando la mano sobre el hombro del capitán general, hace entender a éste que los conjurados cuentan con el asenso de las milicias. Emparan mide los alcances del ultraje y, rechazando con dignidad el gesto rebelde del militar, regresa sereno y silencioso a la sala del Ayuntamiento.

Ya sabe el capitán general que ha perdido la partida. Tuvo fe en sí mismo y en la lealtad de la tropa y de los oficiales cuando en la noche anterior se le advirtieron los movimientos de los conjurados. Ahora cae en la cuenta de que la confianza es pérfida aliada y que sólo se sostienen aquellos gobernantes que al talento añaden la malicia. Le queda como único recurso vestir la derrota de aparato que, con su vida, salve el propio prestigio de la autoridad de que se halla revestido. Si no es militar de bríos, tiene al menos el talento necesario para dejar con dignidad el mando. En el Cabildo acepta las reconvenciones de los radica-

les y se conforma a la idea de que sea instalada de inmediato una Junta bajo su presidencia, que asuma en nombre del pueblo y de Fernando el gobierno de la provincia. Se va a poner en acta la resolución tomada por la sala, cuando aparece, llamado por Roscio, el canónigo chileno, que así llaman en Caracas al atrabiliario Madariaga. Este ocupa el puesto que le señalan sus amigos y una vez impuesto del curso del negocio, arroja una mirada de desafío sobre el preocupado gobernador y con verbo exaltado arenga a los capitulares. "Da lástima —grita— ver a hombres tenidos hasta ahora por de buen sentido poner la revolución, y lo que es más grave, sus propias vidas a la merced de este hombre —y señala al gobernador—. Si él disimula por un momento, es para vengar después con mejor éxito el ultraje que estáis haciendo a su autoridad; y es locura pensar en contenerle por medio de una Junta que él sabrá derribar y satisfacer todos los caprichos de su altanería. No es digno de caracteres animosos, ni de hombres distinguidos y honorables como vosotros, perder el fruto de un proyecto en que se cifra, no la ambición personal, sino la felicidad de un pueblo." La fiebre del canónigo no se queda en estas frases. Examina la situación de España, rebate las razones con que le interrumpe el gobernador y concluye pidiendo la deposición de Emparan, por ser ése el deseo del pueblo y del clero que representa. El mandatario apela a la instancia popular y, asomándose al balcón que mira hacia la plaza, donde está congregada gruesa muchedumbre, pregunta al pueblo, en un último esfuerzo que salvará ante la Historia su conducta, si está conforme con que continúe gobernándolo. Pero con el gobernante se ha asomado también el inquieto canónigo, que tras de Emparan hace señas a la masa de que tome el voto por la negativa. Voces se alzan en este gran plebiscito a que ha sido convocada la voluntad caraqueña para gritar a una: "No lo queremos", "No lo queremos", "No lo queremos." Sereno, inmutable en su severa dignidad de magistrado, Emparan responde con fúnebre altivez: "Yo tampoco quiero mando."

Y el pueblo, entre quien forman esclavos del señorío, allí enviados por sus amos para dar respaldo con su bulto a lo que piensan los mantuanos, recibe de Emparan la primera lección objetiva de gobierno libre. Nada se le ha dicho

por las autoridades de su derecho a tomar parte en el curso de los negocios públicos. En aquéllas ha venido viendo símbolos contundentes de un poder que deriva de Dios directamente la facultad de dirigirle y oprimirle. Ahora, ante la consulta que le ha hecho el tambaleante capitán general, descubre que entre el Altísimo y los hombres que ejercen el gobierno se halla su fuerza decisoria. Sabe que en lo futuro será su voz quien ha de resolver los problemas fundamentales de la política y empieza a comprender que tanto más legítima serán las instituciones cuanto más clara y firme sea la consulta que se le haga para sancionarlas. Y él, que no ha tenido ningún afecto para este agazapado gobernante, lo mira ahora con lastimoso respeto y ve hasta con un poco de complacencia la manera generosa, noble, propia de caballeros vencedores, con que los hombres del nuevo gobierno se disponen a embarcarlo, rodeado de honores y preeminencias, para otra parte de los dominios de España.

La autoridad está depuesta. El Ayuntamiento, como expresión autonómica de la ciudad, ha asumido el gobierno. Con Emparan desaparece el intendente, se suprime la Audiencia y se dan de baja los jefes militares. Los radicales, dominando la tendencia conservadora de alcaldes y regidores, han colocado sobre el viejo Cabildo la bandera de la revolución que, con disimulada adhesión al rey, prende la llama de un voraz incendio que jamás podrá apagar la contumacia del español.

¿Dónde está el marqués de Casa León cuando ocurren en la Casa Capitular y en la Plaza Mayor estos graves acontecimientos? En medio del tumulto y bien custodiado de cuatro militares se le ha visto entrar en las Casas del Cabildo. Ya han llegado también otros oidores, quienes se dice que giraron órdenes a los cuarteles para ir a la defensa del capitán general. ¿Habrá venido en igual forma Casa León o estaría la guardia sólo destinada a darle seguridad ante el peligro de una reacción confusionista de parte de la muchedumbre? El pueblo comenta todo lo que pasa. Ni un solo detalle pierde de los sucesos de esta espléndida mañana de abril. En su memoria está fijo el recuerdo del día no lejano en que sacaron preso al marqués camino de La Guaira, por haber intentado que se estableciese un gobierno

semejante al que están instalando los capitulares y los diputados del pueblo. Alguien que ha logrado atisbar de cerca las secretas peripecias de la Sala, comenta que el marqués fue conducido a un cuartito reservado donde Roscio y otros redactaban las renuncias de los funcionarios y donde "contra la expresa excepción hecha en la Sala Capitular por los mismos facciosos, se añadió que los oidores cesaban en sus respectivas funciones". ¿Y qué interés puede tener Casa León en que desaparezca el Real Acuerdo del cual es magistrado honorario? Otro cuchichea que el marqués ha sido citado para que entregue el dinero que tiene recogido por encargo de la Junta Central para remitir carnes y zapatos a los ejércitos que en la Península luchan contra el usurpador Bonaparte. No falta quien agregue que Casa León sí está enredado de lleno en estos movimientos y que a su casa se vieron entrar el día anterior a Tomás Montilla, a José Félix Ribas y a algunos más con quienes estuvo en tratos cuando los sucesos de noviembre del 808, pero que ahora disimula más de lo que suele por el resquemor que le dejó la experiencia del anterior fracaso y por no exponer al hermano don Esteban, garante en España de su lealtad.

En este andar de intrigas y comentos con que satisfacen su interés aquellos que no han podido tomar parte activa en los sucesos, salen los nombres de otros individuos de quienes se sabe que formaban parte de los conventículos donde se ha fraguado este hermoso movimiento que ofrece a la ciudad el eufórico espectáculo de ver derribar a un gobernante. Se sabe que los dos Bolívar, Simón y Juan Vicente, andan desde julio del año 808 mezclados en estos movimientos subversivos y nadie puede creer que se hayan ido a sus haciendas, como dicen unos pardos, por amistad con el pobre Emparan, y menos aún que sea cierto que Simón haya rechazado entrar en el movimiento porque no se le dieron seguridades de que se formaría un gobierno a pura base de aristócratas. No escapa de las críticas el veleidoso marqués del Toro, tan bien unido a los círculos de Emparan, y que no está hoy en Caracas, acaso, dicen los murmuradores, por temer que, fallando el golpe, pudiera sufrir las represalias de las autoridades españolas. De todo se habla en este estupendo día que abre a la provincia un nuevo modo

de vivir. El pueblo, con fina intuición, ha adivinado que la librea de lealtad al rey con que aparecen vestidos los revolucionarios, será pronto puesta a un lado y que entonces aparecerá en forma visible el sentimiento de rebeldía que ha inspirado a los dirigentes de este gran acontecimiento cívico, para poder seguir gritando, como lo han hecho en la plaza los pardos Blasco y Moxica: *el pueblo pide, el pueblo quiere, el pueblo manda.*

Los primeros días los dedica la Junta Suprema a planear la organización de los poderes públicos y a arraigar en los diferentes sectores sociales la confianza de que urge para darse de lleno a poner en práctica los ideales renovadores que animan sus designios. El respaldo del pueblo no lo gana sino con medidas que mejoren su régimen de vida y acuerda la inmediata supresión de las alcabalas y del tributo de los indios y la libertad de los facticios vagos que el gobierno anterior destinaba para las obras públicas, con mengua de braceros para las labores del agro.

* * *

Es miércoles 25 de abril y el marqués de Casa León está en la sala señorial de su casa de Gradillas con un pequeño grupo de íntimos que suelen durante la noche ir a jugar al tresillo en su amable compañía. Ahora el marqués no juega como en otros tiempos gruesas sumas, pero conserva la costumbre de andar entre barajas. Los naipes los toman don Antonio, el doctor Vicente Tejera y Juan Germán Roscio, mientras don Isidoro Quintero, el socio de Casa León, don Feliciano Palacios y José Félix Ribas prefieren platicar con la marquesa, a quien acompaña la encantadora Josefa María. Durante el día se ha comentado con general beneplácito en la ciudad la organización que se dio el Gobierno y la adhesión que al nuevo sistema han prestado el Cabildo y ciudad de Valencia. A Ribas, que es demagogo, no le suena bien ese tratamiento estirado de "Alteza" que se ha reservado para sí la Junta. Don Antonio, en cambio, bien pagado de las ínfulas, considera que nada es tan al propio para que la institución reciba todo el homenaje del pueblo. Al marqués también le han extendido un nombramiento. La justicia suprema fue convenido en aquella reunión a que él

asistió el 19 en las Casas del Cabildo, que pasaría a un nuevo cuerpo que vendría a sustituir a la vieja Audiencia. ¡Qué ingratos recuerdos tiene don Antonio de la Audiencia! Si sus nexos con el primer regente le dieron en ella gran valía durante los primeros años, luego aquel furibundo visitador Mosquera y Figueroa se la hizo odiosa hasta el extremo. Nada tipifica para él la arbitrariedad y la injusticia con tanta precisión como aquel cuerpo que permitió su viaje a España bajo partida de registro. Para don Antonio el mayor logro de la revolución ha sido que se la haya eliminado por completo, y sobre estas finas hojuelas la miel de verse en el cargo de presidente del Tribunal de Apelaciones, Alzadas y Recursos que viene a sustituirla y del cual prestó juramento solemne la noche anterior. De haber triunfado el movimiento en el año 808, él hubiera preferido la Intendencia, pero hoy nada le llena tanto como presidir el tribunal que se levanta sobre las ruinas del detestable Acuerdo que lo sometió a dolores y vejámenes.

Acá está en su compañía, embarcando en este momento la malilla de oros, su colega el doctor Tejera, a quien el Gobierno ha dado nombramiento de fiscal en lo Civil y Criminal, y que ha venido, caballero en rucia mula, desde su casa de Angelitos, a festejar con don Antonio y sus amigos el triunfo que constituye para éste verse por cabeza de la justicia. La partida a cada rato la interrumpe el febril parloteo de los presentes. Sólo a este pastoso de don Antonio se le ocurre darse a diversiones de cartas cuando hay tanto tema de que hablar. ¡Qué de cosas han pasado en Caracas en tan pocos días! Quienes están reunidos en esta amable y señorial mansión debieran celebran con júbilo que supere al más cálido entusiasmo de cualesquiera otros patriotas este remate de la empresa a que con tanto ardor se dieron desde mediados de 1808. Don Antonio no desiste de sus cartas, y si bien ha de resignarse a los largos intervalos que promueve Ribas, aún ebrio de la fiebre con que corrió de uno a otro extremo la ciudad el pasado 19, reclama a don Vicente, que ha marcado el triunfo en esta mano, la sobrada atención con que sigue el relato de José Félix. Don Antonio es frío, calculador, impasible, así comparta el fresco entusiasmo de sus huéspedes. De más sería inquirir hasta dónde llega en su espíritu la satisfacción por el triunfo de

las ideas que pusieron término al gobierno de Emparan. ¡Hombre, si él fue quien más duro pagó el calor con que, cuando parecían morir, las puso a andar de nuevo! Pero sobre la alegría y el orgullo de sentirse responsable del nuevo orden de cosas, "donde por las mismas personas, los mismos medios y con el mismo fin, se realiza el plan que se impidió el 24 de noviembre de 1808", se impone su carácter prudente, duro, reservado, que mejor saborea el buen éxito de un cálculo, aun cuando se trate de servir a tiempo el triunfo en el tresillo, que el deleite moral de ver en alza los principios a que las circunstancias le obligaron a adherir.

Discurren las horas. El frío de la noche se cuela por las ventanas entreabiertas. Ya hace largo rato que las campanas de la Metropolitana y las del cercano convento de San Jacinto dieron el toque de ánimas. Doña Josefa Antonia ordena a las criadas que sirvan el chocolate. Viene éste en humeantes jícaras de coco, bien guarnecidas de labradas invenciones de plata y delatando con su fragancia que ha sido cultivada la almendra en el Valle de Choroní, donde el marqués tiene un paño de cacaotales. Sorben voluptuosamente el delicioso brebaje, que, como siempre, Tejera se hace repetir, mientras pondera su exquisita confección, que bien cabría como fórmula magistral en el curioso tratado de Colmenero de Ledesma, y alarga el doctor las alabanzas para las ricas panelitas de San Joaquín con que doña Josefa Antonia ha querido regalarlos.

La tertulia ha terminado. En la sala permanecen la marquesa y Josefa María, empeñada en descabezar el sueño. Va el marqués hasta el zaguán para despedir a los visitantes. Aún permanecen breve tiempo los amigos bajo el dintel de la ancha puerta que coronan las armas nobiliarias de Casa León. Don Isidoro comenta el susto que el 19 tuvo la mujer del oidor don José Gutiérrez, al saber que éste era reducido a prisión, de cuyas resultas se le presentó el aborto que ha puesto en peligro su existencia y en carrera a los doctores para salvarla de la muerte. Todos han echado sobre los hombros los pesados capotes, cuando Tejera, que es poeta, se detiene a hablarles del entusiasmo que ha despertado en su buen amigo Bello el triunfo de las ideas autonomistas. Ni él ni Salinas, también amigo de las musas, lograron sumar a don Andrés al movimiento subversivo. Para el joven filó-

sofo no hay otra pasión sino el estudio y el cumplimiento del deber. Pero ahora ha escrito una canción patriótica que don Vicente lleva en el bolsillo y en que con voz patética apostrofa:

Caraqueños, ¡otra época empieza!

XII

EN PLENA TEMPESTAD

Del Tribunal de Apelaciones se retira el marqués de Casa León por septiembre de este mismo año de 1810. Dice que su salud no es muy buena en estos días y como antes tampoco lo ha sido mucho y él la cuida con especial atención desde la gravedad que en 1789 lo puso a las puertas del sepulcro y le precisó a otorgar carta testamentaria, el Gobierno acepta como hecho natural la motivación de la renuncia. El 22 informa la *Gaceta* esta circunstancia y después de ponderar que "ha desempeñado dignamente tan delicado cargo" y que sólo sus males físicos le obligan a "renunciar el honroso placer de contribuir con sus recomendables cualidades al servicio y estabilidad del nuevo sistema", agrega, sabe Dios por qué, que la Junta Suprema "no tiene motivos de desconfiar de su conducta política", así haya enviado don Antonio en 14 de junio al marqués de las Hormasas, secretario de Estado y del Despacho de Hacienda, 7.360 pares de zapatos para los ejércitos peninsulares. ¡Una candela a Cristo y otra al Diablo es buena táctica para lucrar con la política! Esta Junta es un tanto cándida y para sustituir a don Antonio designa al decano, doctor José Bernabé Díaz, de quien se sabrá luego que se halla metido en una conspiración contra el nuevo orden.

A celar por su salud y después a vigilar la marcha de sus grandes intereses económicos, dedica don Antonio hoy por hoy sus principales atenciones. Los médicos lo frecuentan para seguir el proceso de las dolencias que le aquejan y, cosa curiosa, concurren a su casa, aunque enemigos, dos figuras que con el correr del tiempo representarán la más extrema oposición de las pasiones que llegan a dividir a

Venezuela. José Domingo Díaz y Vicente Salias estudiaron conjuntamente el arte de curar en la Real y Pontificia Universidad bajo la experta dirección de Tamariz y de nuevo anduvieron juntos cuando se estableció el servicio de vacunación, como fruto de la famosa expedición Balmis. Hasta una monografía redactaron los antiguos amigos acerca de los medios preservativos de la infección variolosa en los sepulcros de los virolentos. También estuvieron juntos en las tertulias que en los primeros años del presente siglo promovió la presencia en Caracas del poeta peninsular Arriaza y Superviela, pues ambos cojean de la misma afición por la poética. Coinciden los dos en ser amigos del marqués, aunque los dividan las tendencias políticas del momento. Díaz es hostil al movimiento a que se ha dado con tanto fuego su colega Salias. Hombre de pasiones turbulentas, no mira bien el ascenso de sus viejos amigos en el nuevo orden de cosas de la provincia y en su espíritu toma cuerpo funesto el espantoso complejo de resentimiento que años después lo exhibirá como manera de furia desatada contra los hombres de la revolución, en quienes ceba todo el odio de saberse recogido como fruto de ilícito amorío por una piadosa familia caraqueña, cuyo apellido toma para suplir el que debiera darle su padre el curandero Juancho Castro. Libelista de pluma emponzoñada, Díaz llegará a ser el panegirista de Boves y de Monteverde. Exaltará el crimen. Alabará el degüello de los patriotas. Celebrará las más endemoniadas invenciones del genio maléfico de la guerra. En España estrechó Díaz sus relaciones con Casa León, y como no comulga con las ideas del momento, procura disimular las suyas en espera del tiempo en que pueda dar libertad a las fuentes de su odio contenido. El es también astuto y barruntando que llegará la hora en que el marqués deserte de este festín de libertinaje que amenaza la tranquilidad y la existencia misma de la provincia, le ha dicho al oído todo lo que se fragua para la sublevación que encabezan el doctor José Bernabé Díaz y los González de Linares, de donde acaso resulte la gravedad de los achaques de don Antonio. Fácil es a éste fingir también dolores y aparentar mayor dolencia de la que en realidad mina su organismo. Bien oculto en su artero disimulo, Díaz ha preparado las proclamas, órdenes y avisos que se deben imprimir en el momento pre-

ciso del golpe. Pero como el 1.º de octubre es descubierto el plan y entre los acusados no figura por nada el nombre suyo, se mantiene sin dificultad en el grupo de los amigos del Gobierno y se une en seguida al licenciado Miguel José Sanz, regresado en agosto de su destierro en Puerto Rico, y empiezan a editar por noviembre el *Semanario de Caracas*, donde se exponen tesis tan entusiastas por la causa de la Patria que bien pudieran comprometerlo mañana como sedicioso.

Es hábil don Antonio, y si presta oído grato a los propósitos de Díaz, en cambio con la amistad de Salias mantiene las amarras que le atan a los revolucionarios. Nada le importa que éste le lea los borradores de *La Medicomaquia*, donde desnuda la perversidad de su colega, ni tampoco se inmuta ante el odio que alimenta contra los hombres de España, a quien Salias aborrece hasta el punto de exclamar en el momento de ser fusilado en 1814: "¡Dios Todopoderoso, si allá en el cielo admites a los españoles, renuncio al cielo!" Menos se cuida el marqués de que Díaz ilumine su rostro cetrino con destellos de infernal sonrisa cuando conjura al cielo contra el antiguo compañero de aulas y de inquisiciones sanitarias. El tiene palabra fina y zalamera que a los dos complace por igual, y si a la par no suscriben los reñidos galenos el récipe que ordena alguna pócima tónica para el decaído sistema del empingorotado cliente, coinciden en aconsejar el inmediato traslado de don Antonio al clima templado del Valle, donde tendrá mayor quietud para reparar los pulsos decaídos y dar normalidad al tono de la sangre que le hace perder a veces la razón.

Del Valle se traslada el marqués a la Sabana de Ocumare, donde están las fincas de don Esteban, y de allí pasa a Maracay, visto ya con recelo por los patriotas. Como los grandes señores de la oligarquía territorial, él mira en el fondo sin mayores riesgos este cambio que le permite proseguir lucrando con sus dilatadas propiedades, en medio de un orden que da la impresión de ser "una reunión de niños que jugaban a gobierno". Aunque sea Díaz quien así lo diga con su lengua ponzoñosa, ello no deja de tener sus visos de verdad. Los promotores de la revolución no pensaron provocar una lucha que llegase a enrojecer con sangre hermana el suelo amado de la Patria. Sus primeros pasos están

inspirados en sentimientos de amor y de paz que los lleva a cometer "la sublime debilidad de haber comenzado amando a sus enemigos", y será necesario que la contumacia del partido español, alentado por la torpe política de la Regencia y de su inhábil comisionado Cortabarría, empiece a promover desórdenes en la capital y a asumir terca resistencia en las ciudades del interior, para que quienes invocaron la confraternidad y llamaron a la unión en la hora inicial del movimiento, siembren de nuevo la vieja horca de las retaliaciones, reabran las sombrías bóvedas de antaño y engruesen ejército de más de cuatro mil hombres que guiado por la espada que porta en sus finas y bisoñas manos el marqués del Toro, salga a debelar la altanería de la contumaz ciudad de Coro, con tan mala suerte que el noble capitán sufre descalabro irremediable. Algo toca a don Antonio en estos días, pues las autoridades le piden cuenta de una carta que a él ha sido dirigida por el comisionado de la Regencia, con encargo de que lo ayude en la subordinación de las provincias venezolanas.

Mientras Casa León contrae su actividad de fomento de sus fundos de Tapatapa, en Caracas prosiguen los hombres del Gobierno dando forma a la nueva política de las provincias. Ya fueron delegadas comisiones para invitar a las ciudades del interior a adherir al movimiento de la capital y para Santa Fe, las Antillas, Norteamérica e Inglaterra han salido emisarios con el encargo de imponer a los respectivos Gobiernos de la actitud de Venezuela frente a la Regencia española y a los planes de Bonaparte. Saben los hombres de Caracas que el secreto de la fuerza de América está en mantener la unión que durante tres siglos de Colonia supo formar España, y así hoy sirva de pretexto la dolorosa situación del rey Fernando, inician una política de solidaridad continental con el documento de 27 de abril dirigido a los Ayuntamientos de las antiguas colonias, prólogo de la historia diplomática del país, en el cual se atalaya el porvenir de la "gran comunidad americana", que miras egoístas del futuro buscarán poner al servicio de la industria y del capital de Norteamérica, con ansias de convertirla en factoría de tenebrosos intereses imperialistas.

El gobierno que han aceptado las ciudades, excepto Coro, Maracaibo y Angostura, fieles al sistema de la Regencia, es

apenas de carácter transitorio y urge hallar una forma popular que, concentrando en un cuerpo nacional las funciones políticas de las diversas y autónomas provincias, permita dar rumbo definitivo a la flamante política. Roscio, experto en Derecho Público, se encarga de redactar la alocución que la Junta dirige a los pueblos con el Reglamento que ha de aplicarse en el proceso electoral, y el 2 de noviembre, en contraste con el carácter fúnebre del día e interrumpiendo con alegres voces las graves lecciones de difuntos que en el coro entonan los severos frailes, doscientos treinta electores se reúnen en los amplios y umbrosos claustros del convento de San Francisco para elegir por escrutinio los seis diputados de Caracas que habrán de concurrir al Congreso. Con noviembre concluyen las elecciones en las demás localidades de las provincias adictas al gobierno de abril y pronto Caracas abrigará en su seno el primer Congreso de la unión.

La Historia, aunque sea obra colectiva, parece a veces encarnar en el pensamiento de escasos hombres de privilegio. La Colonia ha visto la lenta formación de un joven inquieto y soñador, que ha estado presente en los momentos en que se ha jugado su suerte, así no haya asumido aún la responsabilidad que el destino le reserva. Simón Bolívar está de regreso de la misión que la Junta Suprema le confió cerca de la Corte de San Jaime. Algunos se burlan de las modas inglesas que ahora viste y de las plumas con que adorna su sombrero; mas con él viene la revolución a tomar un tono más altivo y a echar sobre el terreno de los hechos la suerte del país. Pero Bolívar no regresa solo. El ha llegado el 5 de diciembre en la corbeta inglesa *Zafiro* y pocos días después surge en la rada de La Guaira el bergantín *Avon* donde viene Francisco de Miranda.

Caracas, superando el disgusto de la propia Junta Suprema, recibe como debe al hijo ilustre que ha conquistado tanta gloria para el nombre de la Patria en el vasto teatro de la política europea, y, como debido desagravio, se empeña en hacerle olvidar la ingratitud con que correspondió a sus grandes esfuerzos por acelerar la dicha de la provincias, y lo proclama Padre y Libertador. La presencia de Miranda en la antigua Capitanía General es el aviso más seguro de que la librea de fidelidad a Fernando VII con que los patriotas

han comenzado la revolución, será colgada a la orden de quienes prefieran a la libertad la dependencia y la esclavitud de la Patria. El viejo *girondino no* se compadece con un régimen donde se piense en restaurar las vanas fórmulas del caduco realismo borbónico. Para adornar el busto de la Patria, hasta hoy tocado con diadema de fementida lealtad al rey, él trae el gorro frigio que dará a su perfil la severa alegría de una deidad griega.

En la llamada esquina de Sociedad, se reúnen los jóvenes patriotas del ala radical. Allí tendrá su centro el viejo revolucionario que trae curtido el ánimo en la lucha por los principios de la libertad. Hace más de treinta años que él vigila desde fuera la suerte de la provincia. En sus largas recorridas por los pueblos de Europa ha llevado siempre prendida en el cascabullo de la conciencia la imagen de América y un instante no ha pasado sin que algo ponga en la gran empresa de la libertad del Continente. Cuando sonaron en Francia las voces de la revolución, allá estuvo tremolando en el brazo vigoroso la ensangrentada bandera, sin que haya escapado de la prueba tremenda de los tribunales que investigaron las causas de los desastres militares del 93. La brillantez de su palabra le permitió confundir a jueces implacables que sobre la justicia perseguían el morboso placer de los castigos. Heraldo de la causa del Nuevo Mundo, procura atraer a sus proyectos la voluntad de Europa, y valido de una inmensa red de agentes atiza desde México hasta el Plata el fuego de la esperanza en el ánimo de los criollos. En Venezuela su nombre ha sido maldecido por las autoridades y los mantuanos, quienes llegaron a mirarlo como agente al servicio de la irreligión y de los intereses coloniales de Londres. A precio fue puesta su cabeza y sus retratos se quemaron en rito bárbaro para calmar los manes del antiguo régimen. Estos hombres que encabezan el nuevo orden de cosas suscribieron el año de 1806 larga lista de contribuyentes, entre quienes figuran los condes de Tovar, de La Granja y San Javier, Francisco Espejo, el licenciado Sanz, Vicente Tejera, Javier Ustáriz, Luis López Méndez, los Ribas, los Tovar y Pontes, para ayudar al capitán general en el desbarate de los nefandos planes revolucionarios. Hoy, en cambio, hay esfuerzos señalados para que el gran venezolano no recuerde el desdén con que se le mirase en aquel tiem-

po, sin que ello empezca para que ciertos conservadores lo continúen viendo como un peligro para el propio orden que se intenta consolidar. Pero si estos timoratos, que sólo persiguen robustecer su autoridad como representantes de los antiguos grupos oligárquicos, miran con recelo el arete de revolucionario que hace más inquietante su figura, en cambio, los jóvenes imbuidos en ardientes ideas de libertad siguen sus palabras como si tuviesen el secreto de la Historia y el don de anunciar el porvenir. En la Sociedad Patriótica que, con Bolívar y Ribas, ha echado a andar, tiene tribuna su verbo incendiario. Es preciso crear una nueva conciencia en este pueblo que aún oye juramentos de fidelidad a los reyes españoles. La revolución que hasta hoy se ha hecho no es sino un mero cambio en el orden del vetusto sistema colonial, y lo que han alcanzado los criollos pudo haberlo concedido antes, y quiere concederlo ahora, la política tardía de la Metrópoli, sin que se lo hubieran tomado aquéllos de propia autoridad. El club de los patriotas será universidad de demagogia donde los nuevos hombres, bajo la experta dirección del viejo y desgraciado girondino, ensayan las voces que empujarán la provincia al corazón de la tormenta. Allí se habla al pueblo con libertad y con franqueza y se atacan, y es lo más grave, "las ilusiones del fanatismo, las vaciedades de la nobleza, la auténtica rancidez de hábitos serviles; en fin, los errores y monstruosos vicios contra los derechos y la dignidad de Venezuela".

Los diputados elegidos el año pasado de 1810, a los cuales Miranda logra sumarse por medio de tardía acta ganada en El Pao, han llegado a Caracas en número de treinta, y el 2 de marzo se reúnen en el salón de la Junta Suprema, y con ésta a la cabeza se trasladan solemnes, severos, majestuosos a la Iglesia Metropolitana. De pontificial oficia el recién venido arzobispo don Narciso Coll y Prat. Este es acto definitivo para la vida de la provincia y reclama en estos tiempos de fe religiosa que sean cumplidos los graves y piadosos mandatos de la Iglesia. Apenas calladas las voces imponentes del coro, el prelado, con mitra y gran capa y apoyado en el reluciente cayado pastoral, recibe el solemne juramento de los representantes del pueblo, quienes prometen ante los Santos Evangelios, que tocan con sus manos, conservar y defender los derechos de Fernando VII, sin la

menor relación o influjo de Francia, independientes de toda forma de gobierno de la Península de España y sin otra representación que la que reside en el Congreso General de Venezuela, y oponerse, además, a toda dominación que pretendiere ejercer soberanía en estos países o impedir su absoluta y legítima independencia cuando la confederación de sus provincias lo juzgue conveniente.

Hermoso, magnífico espectáculo que los cuerpos públicos y la ciudad celebran en forma digna del momento. La Junta Suprema comisionó al sargento mayor de Ingenieros, don Manuel Aldao, para erigir un monumento majestuoso que se ha colocado en el ángulo norte del Palacio de Gobierno. Sobre un zócalo de cuatro frentes se levanta un orden de columnas jónicas, estriadas y embebidas en el cuerpo del edificio, sosteniendo una cornisa de primoroso arte, sobre cuyo ático lucen las provincias representadas por estatuas con las manos enlazadas, y en el tímpano una leyenda que dice:

Caracas, Cumaná, Barinas,
Barcelona, Margarita,
Mérida y Truxillo,
juran conservar
eterna alianza.

Bajo el arco del intercolumnio y a la sombra de un árbol, luce una severa matrona, con espada al diestro y pluma en la siniestra, que representa a Venezuela, con la siguiente inscripción:

A la sombra del Arbol de la Libertad,
Venezuela
escribe su Constitución y la defiende.

Quinientos vasos de color rojo, amarillo y verde iluminan los cuatro frentes del templete, en cuyo interior varias orquestas acompañan las canciones patrióticas que interrumpe el pueblo con aclamaciones delirantes. El *Gloria al bravo pueblo*, ya arreglado por Salias y Landaeta, deja oír sus notas ensordecedoras que mueven a lágrimas de ternura y regocijo a la ingenua y exaltada muchedumbre.

En los edificios de los principales cuerpos se han colocado magníficos adornos. Las Casas del Consulado lucen, adosados a su fachada, frisos y pilastras, pintados de rojo, amarillo y negro, que son los colores de la escarapela nacional. Sobre las ventanas se han colocado alegorías de la Agricultura, de las Artes, el Comercio y la Navegación, que son el instituto del Consulado. Encima de la puerta, inscritos en grandes letras, los siguientes versos:

Al Congreso le ofrece el Consulado
Consagrar sus tareas sin mesura,
A las Artes, Comercio, Agricultura,
I Náutica, que están a su cuidado.

Ochocientos vasos de varios colores iluminan el conjunto de la fachada.

En el balcón principal de la sala de sesiones de la Sociedad Patriótica se ha puesto un transparente donde se ve la Fama rodeada de resplandores que anuncia al mundo la instalación del Congreso de Venezuela, representado en la cifra de las provincias confederadas, con emblemas del Comercio, la Agricultura y la Abundancia. Detrás de la Fama, aparece la constelación de Tauro, símbolo del 19 de abril, con el principio de este mote, semioculto por las nubes: *Independ.* A los lados se simulan dos altares de la Justicia y la Constitución. Bajo los balcones laterales se han colocado dos retratos que por sí solos expresan el contenido revolucionario y el propósito de independencia que anima a estos entusiastas patriotas: son ellos José María España y Manuel Gual, cuyo heroico sacrificio por la libertad de la Patria quedó malogrado por las delaciones del 97. Aquí están presentes a la entrada de este cenáculo donde hoy adquieren vida inmortal las ideas que España abonó con su sangre generosa.

En las Casas del Cabildo se exhiben airosos pabellones de damasco carmesí y medallones con alegorías de las Artes, Ciencias, Comercio, Agricultura y Vigilancia, en medio de fanales y lustros de cristal para la iluminación. Sobre las dos puertas están las armas de la ciudad de Caracas y el emblema de la unión fraternal de los pueblos, y simétricamente dispuestos ochocientos vasos de colores que iluminan la fachada.

Las mansiones del presidente y vicepresidente de la Jun-

ta, de la Sociedad del Comercio, Cuartel de Veteranos y muchas más lucen vistosas invenciones de adornos que dan prenda del entusiasmo que ha despertado este gran día de la Patria y por dondequiera se oyen palabras que testimonian el alborozo que hoy embarga los corazones de los antiguos vasallos del rey, a quien con título de majestad viene a sustituir este Congreso donde se resume la soberanía que ayer detentaba la Corona de España.

Con la instalación del poder constituyente, desaparece en sus funciones la Junta Suprema Conservadora de los derechos de Fernando VII, y en lugar suyo se instala un Ejecutivo plural que integran, para turnarse semanalmente en la presidencia, Cristóbal Mendoza, Juan Escalona y Baltazar Padrón.

A pesar del inmenso júbilo que despertó la instalación del cuerpo soberano, éste desenvuelve sus actividades con una lerda quietud que obliga al pueblo a dejar sus barras para seguir los debates de los fogosos jóvenes que en la Sociedad Patriótica parecen interpretar mejor que aquellos que recibieron la unción popular de los votos, la inquietud que anima a todos por ver resueltos los graves problemas del Estado.

En el seno de la Sociedad han insurgido con frescura nuevas las voces que creyeron las autoridades haber acallado en 1797 y en 1808. Ya no se habla por nadie de fidelidad al infeliz monarca hispano, sino de independencia y libertad. La sombra de José María España atraviesa el recinto donde se reúne la asamblea y anima a estos jóvenes ebrios de libertad para que, armados del puñal de Orestes, venguen, como en la tragedia antigua, la sangre en que las autoridades creyeron ahogar el vuelo de sus nobles pensamientos. Allí están Miranda y Bolívar, y Muñoz Tébar, y José Félix Ribas, y Coto Paúl, y Antonio Nicolás Briceño, y Vicente Tejera, y Francisco Espejo. Sus voces son impulsos de tormenta, sus admoniciones hacen temblar a los oyentes, sus amenazas hinchen el ánimo de los agazapados y ponen a hervir el pulso fogoso de los demagogos. Coto Paúl lanza palabras que sobrecogen con el estupor de los grandes cataclismos. "¡Que la anarquía —grita—, con la antorcha de las furias en la mano, nos guíe al Congreso para que su humo embriague a los facciosos del orden, y la sigan por

calles y plazas gritando Libertad!" Su voz áspera adquiere el poder sugestivo de un oráculo que invocase un coro de Erinnias desmelenadas y ululantes. Esto es ya la revolución que se dispone a salir a la calle con sus teas incendiarias para reducir a pavesas el mundo antiguo. Y sale y va al Congreso, donde espíritus meditativos se entretienen en considerar los graves problemas que implica la declaración de independencia y la mayor escisión que ella provocará con las provincias que permanecen fieles a la Regencia. El debate dura varios días. El pueblo se inquieta. La Sociedad no cede en su empeño de dar ímpetu a los diputados, y en su seno Bolívar, que empieza a sentir sobre sus sienes los ardores píticos, prorrumpe ante el reflexivo meditar del Congreso: "Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¿Que los grandes proyectos deben prepararse en calma? ¿Trescientos años de calma no bastan? La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la Nación; pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Que una comisión del seno de este cuerpo lleve al soberano Congreso estos sentimientos."

Bien abonado el árbol, es hora de que sus flores se abran al sol. Llega el 5 de julio y estos patricios venerables que representan la voluntad libre del país, estos sabios e ilustres exponentes de la madurez que ha alcanzado la Colonia, ya han meditado lo debido para tomar la decisión definitiva. En la Capilla de la Real y Pontificia Universidad, donde muchos de ellos han nutrido el espíritu en el regalo de la ciencia, se ha abierto la sesión. Los ánimos están inquietos y caldeados. En los balcones y en las puertas, el pueblo, guiado por los jóvenes de la Sociedad Patriótica, anima el ambiente. El presidente, don Juan Antonio Rodríguez Domínguez, abre el debate y manifiesta que es su parecer que se resuelva cuanto antes la declaración de independencia, pues si en verdad hay algunos obstáculos, éstos sólo se desvanecerían muy tarde, y que, defiriéndola, se aventuraría quizá la suerte del país. Toma Miranda la palabra y apoya con sólidas razones la opinión favorable que al respecto ha transmitido el Poder Ejecutivo. Reclama Cabrera la asistencia o la excusa de los que no están en la sala, y Juan Bermúdez, de Cumaná, habla de la indefen-

sión en que se halla su provincia. Don Felipe Fermín Paúl reclama que se legisle previamente sobre la suerte de los pardos que, "confundiendo la independencia con la licencia, la insubordinación y el libertinaje, pudiesen convertir en daño nuestro los efectos de esta resolución" y no que se remita ello a tiempo posterior a la independencia, según propone el presidente. Apoyan a Paúl los representantes Alamo y Peñalver. En este estado del debate se incorpora el padre Maya, diputado de La Grita, y después de manifestar sus reservas sobre lo prematuro de la declaración, apunta que sus instrucciones no le autorizan a adherirla. Pide la palabra Antonio Nicolás Briceño, diputado con Maya por la provincia de Mérida, y expone que ha cambiado el color de las cosas desde la época en que recibió las instrucciones su colega el diputado. A Cazorla le mueve a dudas el juramento condicional a Fernando VII, pero cree que las circunstancias le obligan a considerar que no debe dilatarse más esta resolución. De su mismo parecer es José María Ramírez, diputado de Aragua, y mejor abastado de luces y con palabra graciosa y convincente, don Fernando de Peñalver, de Valencia, rechaza la tesis abstencionista, y declara con énfasis que las barras aplauden con frenesí, "que para ser libre un pueblo basta que quiera serlo". Le sigue en la palabra Salvador Delgado, de Nirgua, y alega que el juramento que dieron en el acto de la instalación autoriza a declarar la independencia, y que cree llegado el momento de hacerlo. Toma de nuevo la palabra Briceño, de Mérida, y después de exacto y prolijo examen de la materia, manifiesta que está por la independencia y que "ahora más que nunca debe ser la unión, la fraternidad y la moderación nuestra divisa". ¡Oh destino voltizo! ¡Pensar que quien así se expresa en esta hora solemne de la Patria se verá empujado por el huracán de los odios que Monteverde desatará más tarde, a dejar su nombre enmarcado en páginas de sangre y de crueldad! El padre Unda, de Guanare, empieza por declarar que, al contrario de lo que muchos piensan, su estado eclesiástico no le inclina ciegamente a favor de los reyes ni está imbuido en los prejuicios y antiguallas que se quieren oponer a la justicia de la declaración de independencia y que garantiza que la voluntad del pueblo que representa está a favor de la solemne

declaración. Apoyan Peñalver, Alamo y Pagola, y de nuevo se levanta el doctor Paúl y habla de la necesidad de dar al mundo testimonio de que somos dignos del alto rango que vamos a ocupar. Maneiro, de Margarita y Briceño, de Pedraza manifestan que sus electores ansían y apoyan la independencia. Toca el turno al joven diputado de Mijagual. Manuel Palacio Fajardo cuenta apenas veinticuatro años, pero tiene la mente madura por los severos estudios. Se expresa con perspicua elocuencia e insinuante voz. Habla del pasado con reposada reflexión, y arranca hurras frenéticos de las barras cuando exclama con tono austero de filósofo: "Todo cede al impulso de la libertad, y las fuerzas del hombre libre sólo son comparables a su dignidad." Miranda, que ha permanecido sereno ante las intervenciones precedentes, fija por un momento con alegre sonrisa la mirada aprobatoria en este joven de hermosos ojos negros, que parece signado para un gran destino. Sata y Bussy sigue a Palacio en la palabra. Empieza por leer las instrucciones de sus comitentes, y después de disertar con firmeza y fuego patrióticos, declara en nombre de aquéllos la independencia de Venezuela. Habla ahora Juan Germán Roscio, antiguo profesor de Derecho Público en la Universidad Pontificia y uno de quienes más fuego ha metido en este horno revolucionario. Evoca su labor magnífica del 19 de abril, "donde sintió la mano del Altísimo en su ayuda", y pasa a hacer un riguroso examen de las circunstancias políticas y de la invalidez actual de los juramentos a Fernando. "Nuestra dicha —dice— no necesita apoyarse en la desgracia de nadie ni necesitamos ver gemir a otros para entonar los himnos de nuestra libertad e independencia." Sólo halla como objeción para la declaración la parvedad demográfica del país, pero cree en la justicia y necesidad de ella. Cabrera le interrumpe para alegar que en Europa, antes de la revolución, eran reconocidas como estados independientes las repúblicas de Luca y San Marino, y termina exclamando: "Seamos, pues, independientes, pues que queremos y debemos serlo." Toma al punto Miranda la palabra, y en un discurso enérgico desvanece las dudas del doctor Roscio. Examina la posición de diferentes pueblos pequeños de Europa constituidos en naciones independientes, y declara como argumento que

prende mayor fe en el inquieto público, que en Estados Unidos, a la hora de la independencia, y a pesar de ser harto grande el número de sus habitantes, "no había más luces e instrucciones que en la provincia de Caracas". Discurre ahora como diputado el presidente Rodríguez Domínguez. Su palabra es reposada y serena, como corresponde a la alta dignidad de que se halla investido. Habla de la política de América y España. A ratos parece que lo excitara la evocación del cuadro de la injusticia en que se ha mantenido al Nuevo Mundo y cierra el discurso con las siguientes frases: "Nuestras facultades son ilimitadas en todo aquello que propenda a la felicidad de nuestros comitentes: en obsequio, pues, de los que tengo el honor de representar, considero que éste es el momento de declarar nuestra absoluta libertad." Maya, de San Felipe, recoge algunas de sus opiniones en juntas anteriores, y se declara por la independencia con tal que desaparezca el reparo de Roscio y la posibilidad de que emigren las personas afectas a Fernando VII, como emigraron los franceses después de la abolición de la Monarquía. Miranda se levanta y rebate que no fue el pueblo francés el que emigró, sino los miembros de la nobleza quienes se fueron al ver decaídos sus seculares y odiosos privilegios, y que, a su juicio, de Venezuela emigrarían después de la independencia "algunos españoles europeos que, no sufriendo nuestra libertad, se oponen, y siempre se opondrán, a nuestra justa regeneración". Cabrera agrega que si los malos españoles emigrasen serían sustituidos por otros muchos pobladores que vendrían de Europa, Norteamérica y de todos los pueblos del mundo. Opina Cova, de Cumaná, porque se declare la independencia, y Pacheco Briceño, de Trujillo, manifiesta que no puede privar a su provincia de una declaratoria que honra a Venezuela. Lino Clemente ratifica su anterior dictamen a favor de la independencia absoluta. Juan Bermúdez apoya la inmediata declaratoria. Lo mismo hacen en nombre de El Tocuyo el marqués del Toro y los representantes López Méndez y Castro, de Caracas; Toro, de Valencia; Alcalá, de Cumaná; Fernández Peña, de Barinas, y Méndez, de Guasdualito; y después de ligeras intervenciones conectadas con la invalidez del juramento de fidelidad al rey Fernando, el presidente, considerando suficien-

temente tratada la materia, cierra el debate con nervioso toque de campanilla y llama la atención del Congreso sobre lo grave e importante de la declaración que se va a pronunciar.

Los pechos parece que han detenido momentáneamente la respiración. Ni el más leve ruido se percibe en este cenáculo augusto que va a discernir la suerte de los pueblos. Alguien detiene la mirada sobre la mística paloma que exorna la dorada tribuna universitaria e imagina que el Espíritu Santo está descendiendo en esta singular pentecostés de la Libertad, para iluminar la mente de quienes se han constituido en apóstoles de los pueblos oprimidos. Se hace la votación de la manera más rigurosa, y cuando don Juan Antonio Rodríguez Domínguez, viviendo el más grave y hermoso momento de su vida, declara solemnemente la independencia de Venezuela, "¡Viva la Patria!", "¡Viva la Libertad!", "¡Viva la Independencia!", es la respuesta general, "llena de acentos de gozo y alegría", en que prorrumpe el pueblo soberano.

Suenan alegres las campanas de los templos, redoblan los tambores e hinchen los aires las bandas militares. Se congratulan con recíprocos abrazos los nuevos ciudadanos que atraviesan las calles con gritos entusiastas de "Ya tenemos Patria", "Ya tenemos libertad". En las esquinas discurren los oradores para exaltar el valor del nuevo orden conquistado. Se reúne la milicia en la Plaza Mayor, y los colores de España son sustituidos por los de la escarapela nacional. Las turbas, ebrias de triunfo, arrastran los retratos de Fernando, arrancados de los sitios donde recibían el homenaje de sumisión de quienes hoy estrenan conciencia de ciudadanos. Pelotones de negros, mulatos, españoles y americanos, unidos en la confraternidad de la República que empieza, cruzan la ciudad de uno a otro extremo, "mientras los hombres honrados, agregan los apuntes del mulato José Domínguez Díaz, ocultos en sus casas, apenas osaban ver desde las ventanas entreabiertas a los que pasaban por ellas".

Y estos hombres agazapados tras perpetuos y oportunos ventanales, continúan viendo el paso de la República, siempre en pos de un orden ficticio que confunden con sus

intereses personales. Fueron, han sido y continuarán siendo la clase que sabe lucrar con el sacrificio de las masas lanzadas a la calle para la defensa de la libertad y con el esfuerzo heroico de las montoneras desnudas, que, el arma al hombro, han salido a regar sus huesos áridos en los campos de batalla.

Solemnemente se proclama la Independencia el domingo 14 siguiente. Acaso Miranda haya insinuado esta fecha por ser aniversario del día en que el pueblo de París, tomando la Bastilla, dio la fuerza de su nervio a la Revolución de Francia. Pronto, en otro 14 de julio, él cerrará sus ojos a la vida, y acaso entonces recuerde la efusión grandiosa de Caracas en este gran día de libertad. El acontecimiento es anunciado por alegres repiques de todas las campanas de la ciudad. A la Metropolitana concurren el Poder Ejecutivo, el Congreso, los funcionarios públicos, las congregaciones, la tropa, los mantuanos y el pueblo para asistir a la misa solemne que remata con el *Tedéum* de gracias por la dicha de la Patria. Sobre los edificios públicos se iza la nueva enseña republicana, y en la Plaza Mayor, en medio de salvas de artillería, en el mismo sitio en que se alzó el 8 de mayo de 1799 la horca donde José María España pagó su amor a la libertad, sus hijos ruedan la driza que eleva a los aires el pabellón que anuncia el triunfo de las eternas ideas que empujaron los ideales del primer mártir de la Libertad. La ciudad permanece iluminada por tres noches y las tropas y empleados proceden a prestar el juramento de fidelidad prescrito por el Congreso.

Por dondequiera prende el más ingenuo júbilo. El pueblo se siente feliz de haber ganado la gran batalla contra el orden secular de la Colonia. En su entusiasta candor no prevé que el invocar para la Patria las grandes ideas de justicia y libertad, han desatado imprudentemente las furias de la feroz reacción con que las fuerzas antiguas van a defender sus privilegios y a provocar un desacomodo de tales proporciones que hará inútiles los más prolongados, generosos y patrióticos esfuerzos por reconquistar la calma de la sociedad. Bellas son las palabras que en boca de los patriotas anuncian una alba esplendorosa, pero a su conjuro también se levantan las voces que tienen el poder de empu-

jar las tempestades. Niños felices, no alcanzan a percibir que, llevados por la curiosidad de las cosas inciertas, han abierto el odre maligno donde Eolo guarda el secreto de los huracanes.

XIII

EL MARQUES, AGAZAPADO

Cuando estos graves sucesos ocurren en Caracas, no vemos aparecer por ningún lado a Casa León. Su severa mansión permanece por lo común cerrada. De cuando en cuando se ve en ella a alguno de sus hijos, en especial a Antonio, que frecuenta las clases del Seminario. Aquejado de continuos males, don Antonio prefiere la relativa quietud de la vida aldeana y el plácido entretenimiento de las labores de la tierra. Ahora se ocupa en mejorar su ingenio de caña y en estudiar nuevos métodos para el beneficio de los caldos. En La Trinidad recibe las noticias del curso acelerado que los demagogos han dado a la política y cuando el cura canta el *Tedéum* por la declaración de independencia, la severa silla carmesí que tiene colocada cerca del presbiterio, permanece solitaria. Ese día ha hecho saber a las autoridades locales que está más flaca de lo que suele su salud y que prefiere mantenerse de reposo en Tapatapa. Continuará, porque puede pagarlos, haciéndose servir por respetuosos y diligentes criados vestidos de coloreadas libreas, pero el título de marqués con que tanto ha holgado no podrá seguir usándolo. Será en el nuevo orden simplemente el ciudadano Antonio León. Esto no cae bien a su vanidoso natural. El no aspiró cuando el año 808 anduvo en proyectos de juntas, a que el cambio fuera tan radical en el orden de la sociedad. Conceptuó justo que los hombres honrados de la provincia subieran a planos directivos, por donde unido a los condes y marqueses y al grupo poderoso de los Salias, los Ribas, los Ascanios, los Ibarras, los López Méndez, los Matos, los Tejeras, los Briceños, los Monserrates, los Paúles, los Roscios, hizo frente a las arbitrariedades de los emisarios del rey. Bien que en muchos de ellos la juventud los empujase a ideas un poco peligrosas, pero a tanto no

habrían llegado sin el influjo de Miranda, tan dado a celebrar a los negros y mulatos, con esas absurdas ideas igualitarias que se trajo de la impía Francia. El siempre estuvo de acuerdo con la Junta Suprema cuando ésta se opuso a que fuera invitado el viejo girondino.

Por ahora nada le atrae tanto como estos valles ubérrimos donde ha logrado labrar una cuantiosa fortuna. Acompañado de Sebastián, madruga a recorrer los verdes plantíos, en los cuales numerosos esclavos trabajan el cacao, la caña y el añil. El ingenio de La Trinidad es tal vez el mejor dotado de la región. Desde fines del siglo último, cuando el francés Dupont le instaló el trapiche de fuerza hidráulica, ha venido mejorándolo progresivamente y hoy cuenta con magníficos cilindros traídos de Inglaterra, que hacen el asombro de quienes calculan el esfuerzo realizado para subirlos desde el puerto a través de los dilatados y agrios caminos de la montaña. Aquí está su fuerza. Esta tierra próvida, de rica capa vegetal, donde todo se da a maravilla, es el pedestal de su importante prestancia y a ella hay que mirar con preferencia. Si le halagan las palabras adulonas de su corte de servidores, más le complacen las voces resignadas de la peonada, que entona dolientes cantilenas mientras corta las cañas y recoge la opulenta almendra. En la mañana fresca de Aragua él recorre sus vastos fundos. Prefiere a la alegría e ímpetu del alazán, el paso seguro y señorial de la gruesa mula, que tan bien completa la severidad de su talante. Con su sombrero de anchas alas, bien altas las botas, luciendo espuelas de plata labrada y con el látigo en la diestra, luce en estas tierras tal cual es: señor y dueño que ordena a gritos, como desde sitial de preeminencia, a los sumisos esclavos y a los humildes peones libres que con aquéllos comparten el recio trabajo de la tierra. El nació para mandar y para recibir el homenaje de quienes le sirven por miedo o interés.

En el recato de la familia discute el marqués las graves circunstancias de la política y juzgan todos que el mejor temperamento sea mirar de lejos el progreso de estas novedades. El es hábil en las artes del disimulo y bien sabrá mantener oculta su impetuosa personalidad de Casa León tras el modesto hábito de pacífico ciudadano que hoy le obliga a vestir la Constitución de la República. Fácil le será

este doble juego cuando están de su parte la amistad y el aprecio de los hombres del Gobierno y tiene, además, buenas rentas que le aseguran el respeto de la autoridad. Para esto tiene él dos ojos bien abiertos. Con uno guiñará a la revolución, con el otro alertará a los realistas cuando fuere menester. Nada de pasos violentos. Nada de mostrar su desagrado ante el gran trastorno que ha sufrido la provincia y, cuando fuere necesario, sumarse al movimiento, si ello trae provecho a su interés.

Entre tanto, el orden institucional prosigue perfeccionándose. El Congreso discute la Constitución del nuevo Estado. Pronto estará concluida y las que fueron ayer provincias sometidas al capitán general y las nuevas que se formaron al asumir la autonomía después de la revolución de abril —Barcelona, Mérida, y Trujillo— son ahora entidades federales que reconocen como centro de unidad el Gobierno de la capital. Los legisladores no han tenido necesidad de copiar las fórmulas estatistas de la Confederación de antiguas colonias inglesas del Norte. Se han limitado a consultar la estructura histórica de las primitivas provincias que agrupó bajo el comando del capitán general de Caracas la Cédula de 1777. En realidad, la forma federal viene de atrás y si han aparecido como nuevas provincias Barcelona, Mérida y Trujillo, ello lo explican hechos enraizados en el tiempo. Barcelona, desde que la gobernaron como entidad autónoma don Juan de Orpín y don Sancho Fernández de Angulo en el siglo XVII, quedó con el gusto de la autonomía y bastantes querellas ha sostenido con el gobierno de Cumaná; Mérida no se ha resignado a verse gobernada por Maracaibo, muy más que ella y La Grita formaron la primitiva provincia a la que en 1676 se agregó la ciudad del Lago, y Trujillo, sumada desde 1786 al gobierno de Nueva Zamora, cuando se creó la provincia de Barinas, mantiene vivas las rencillas con Maracaibo, sobre la cual, por lo contrario, ha pretendido desde el siglo XVII ejercer atribuciones de capitalidad. Estos procesos que elevan viejas ciudades capitulares a cabeza de las flamantes provincias revolucionarias, tienen raíces henchidas de historia y no constituyen imitación servil de extraños sistemas. No son teorías tomadas de los constitucionalistas americanos lo que explica la forma federal. Los legisladores han consultado el sistema vigente

y la tradición autonómica del viejo gobierno colonial. En verdad Venezuela es una federación desde que Carlos III sometió al supremo gobierno caraqueño las antiguas provincias autónomas de Guayana, Cumaná, Margarita, Maracaibo, Venezuela y Trinidad. Mañana podrá borrarse de la denominación y práctica política el cognomento federal, pero la forma, como aspiración de autonomía de las regiones, quedará por bandera cuyo prestigio abonará la sangre popular.

Pero nada significa la estructura externa del Estado ante la revolución que representa la declaración de las nuevas teorías políticas. Si en casi todos sus aspectos se mantienen los antiguos privilegios económicos, la enumeración de garantías tiende a nivelar los derechos de los ciudadanos y justo es esperar que cuando se den cuenta las masas de que sus votos pueden copar a los grupos que mantienen el privilegio de la fortuna, se adelanten a pedir nuevos derechos con que reducir la influencia de los poderosos. Esto inquieta a los mantuanos, que empiezan a condenar la precipitación de su conducta y buscan contactos con los grupos de Coro, Maracaibo y Angostura, donde sigue impertérrita la bandera fernandina. Ya en Caracas han surgido los brotes sediciosos. Y el mismo 11 de julio, tres días antes de que se jurase la Independencia, gran cantidad de canarios, encabezados por su compatriota Juan Díaz Flores y por el criollo renegado José María Sánchez, se amotinaron en la sabana de El Teque, vivando a Fernando VII y profiriendo mueras a los "traidores, rebeldes y herejes". También en Valencia, resentida por no haber recibido categoría provincial, aparece la contrarrevolución y a debelarla es preciso que salga, tras el fracaso del marqués del Toro, el propio veterano de los campos de Francia, don Francisco de Miranda.

Entre quienes atizan la reacción realista es denunciado Casa León, y el Ejecutivo dispone su arresto preventivo. Sin embargo, sus muchas influencias hacen que en breve se disipen una vez más las sospechas que sobre él caen, y bien metido en su papel de eterno e inescrupuloso simulador, concurre personalmente a la sala del Congreso en la sesión del 6 de septiembre y después de excusar los arbitrarios cargos ante la representación nacional, ofrece a ésta, de la manera más ingenua y espontánea, "sus servicios y facultades".

Para dar mayor libertad de acción a los poderes federales, el Congreso fija a Valencia como Capital de la Unión, donde el 6 de marzo de 1812 reanuda sus sesiones y perfecciona la elección del nuevo triunvirato, constituido ahora por Fernando Toro, Francisco Javier Ustáriz y Francisco Espejo. Y como es complicado el régimen político que subordina al Congreso la acción del Ejecutivo y la situación del país es cada vez de mayor gravedad, el legislativo confiere poderes extraordinarios a los triunviros para que "ejerzan absolutamente la plenitud de facultades a él reservadas".

La situación es cada vez más conflictiva. A la amenaza continua de las sediciones se agrega el general desequilibrio de las finanzas y el grave trastorno que a la agricultura ocasionan las frecuentes levas para llenar los cuadros del ejército. Los fondos públicos y los depósitos particulares han ido desapareciendo y el Congreso ha decretado que se emita, con el respaldo de la renta de tabaco, papel moneda para satisfacer la necesidad del circulante. Al caos de la defensa militar se une ahora el caos de la crisis económica. ¡Cómo es de ingenua esta República, a quien con tanta facilidad engañan los enemigos! Para elaborar la peligrosa ley que rompe la estructura económica del Estado y prepara una catástrofe semejante a la sublevación de las clases inferiores, se ha pedido consejo nada menos que al pérfido contrarrevolucionario José Domingo Díaz, cubierto en su tarea de destructor de la Confederación nada menos que con la amistad y con el aprecio del ilustre Miguel José Sanz. De no haber estado en arresto Casa León en los días de la redacción del imprudente proyecto, cualquiera aseguraría que el bastardo de Juancho Castro tomó consejo para ello con el habilidoso don Antonio.

Los enemigos del nuevo orden no duermen en su afán de acabar con la República. En Coro desembarca, con procedencia de Puerto Rico, el capitán de fragata Domingo Monteverde, quien con cosa de doscientos cincuenta hombres es enviado al interior el 10 de marzo. El 17 se le incorpora en Siquisique el indio Reyes Vargas, que acaba de traicionar a los patriotas, sigue a Carora y por Barquisimeto va a San Carlos.

Si el rápido avance del capitán español sume en pro-

funda tribulación a los republicanos, luego un funesto acontecimiento viene a derramar sobre los espíritus la ceniza de la angustia y el terror del fanatismo. Es Jueves Santo 26 de marzo. Son las cuatro y siete minutos de la tarde. El cielo azul brilla con estupenda claridad. Un calor sofocante, superior al que es propio de este tiempo, reina en la ciudad, a pesar de que ha estado cayendo una minúscula garúa. Violenta agitación de tierra y un espantoso ruido que acelera los corazones, anuncia el fin de la ciudad. Caen las casas, se derrumban los templos, se abre en grietas el piso de las calles. De los escombros salen alaridos horribles y lastimeros. Las madres buscan a los hijos. Debajo de las ruinas aparecen los cadáveres triturados. La hermosa ciudad se ha convertido en una vasta ruina y los que han logrado salvarse corren aterrados para protegerse en las plazas y lugares abiertos. El miedo asume formas mil, entre ellas la de creer que todo esto es castigo que Dios impone por las blasfemias y desacatos de la República. Para ello el clero español se dirige al pueblo en tétricos sermones, sobre los propios escombros, invitándolo al arrepentimiento y penitencia. Un fraile del convento de San Jacinto está arengando en los más patéticos términos a los afligidos circunstantes. Explica que los pecados de quienes han traicionado al Rey Católico son la causa del espantoso desastre. Pero ya Simón Bolívar ha lanzado apóstrofe grandioso: "Si se opone la Naturaleza —exclama— lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca." En cambio, para anular la frase que hace a Dios cómplice del partido español, el patriota Rafael de León, con semblante alegre y risueño que contrasta con el dolor que ha hecho presa de todos los vivientes, felicita a sus amigos porque el terremoto declara patentemente que el Altísimo no quiere que queden en pie ni las casas construidas por los españoles. Así unos y otros fanáticos intentan engañarse dando parte a la Divinidad en sus opuestos negocios. El terremoto se ha extendido al interior de la Confederación y pronto el clero y la reacción realista lo toman de eficaz bandera para desalentar a los patriotas y llevarlos a renegar la jurada libertad. El Gobierno pide a Coll y Prat que explique a los fieles el carácter general del sismo y lejos de escuchar la solicitud de las autoridades, lanza el arzobispo una mal intencionada pastoral cuya publicación im-

piden los poderes públicos y la que provoca rudas represalias de parte de los patriotas.

Monteverde avanza a pasos victoriosos. El pánico del terremoto quiebra las mejores voluntades y los ejércitos del bárbaro canario engrosan fácilmente. Los mantuanos recelan de Miranda. La situación desastrosa de las finanzas y la ruina de la economía rural aumentan el hambre y la pobreza del pueblo. Fracasa la expedición que se ha enviado para reducir a la contumaz Guayana. En ninguna parte hay fe, y dondequiera, en cambio, levantan sus voces los enemigos de la Patria, reforzados por el fanatismo del clero realista. El Ejecutivo piensa que es urgente la creación de un poder supremo que asuma con energía el gobierno de la nave republicana en medio del pavoroso vendaval, y el 23 de abril inviste a Miranda con el pesado y terrible cargo de ejercer la dictadura con título de generalísimo. Francisco Espejo, como cabeza del triunvirato, ha redactado una férrea ley contra los conspiradores y desertores, que produce gran descontento entre quienes desean el rápido licenciamiento de las tropas. El 26 Miranda asume los poderes extraordinarios, y mientras el Ejecutivo se instala en La Victoria, él planta su cuartel general en Maracay.

Buen huésped tiene ahora Casa León en la ciudad donde ejerce pleno señorío. Doscientos hombres montó en este mismo pueblo el año 1806 para enviarlos a la derrota de Miranda, cuando la triste aventura del *Leandra*. Ahora no le queda otro camino que simular una férvida adhesión al generalísimo, en cuyas manos está el destino de los hombres de Venezuela.

Ningún momento mejor para adentrarse en el ánimo ensombrecido del viejo girondino como éste en que lo encuentra el hábil don Antonio. Si Caracas acaba de obsequiarle con sus aplausos, si vio salir entusiastas los batallones a encontrar en Valencia a Monteverde, si tiene de su lado hasta al díscolo Bolívar, que permanecía retraído en sus haciendas de San Mateo; si Gual y Sanz y Tovar y Soublette ponen a diario aceite en la lámpara parpadeante de su esperanza, en cambio, fuerzas extrañas mantienen en lo interior de su espíritu una desolación inenarrable. ¿Podrá llegar al triunfo con estos desorganizados elementos, sin recursos económicos, luchando contra el fanatismo exaltado por el te-

rremoto y contra la intriga feroz que mantiene espías en su propio Estado Mayor, sin suficientes fuerzas para debelar los brotes de la proliferante sedición? Mira en torno suyo y sólo encuentra la más enemiga soledad. Una palabra de aliento y esperanza que le ofrezca este genio tenebroso de la política, la recibe como prenda ingenua de amistad. Es viejo de sesenta y dos años, que ha hecho escuela en medio de las más erizadas intrigas de la política europea. Su habilidad de hace veinte años le permitió confundir las acusaciones de sus enemigos y ganar una sentencia absolutoria de jueces implacables como Montané, Fourcault y Desmadeleines, pero ahora está cansado y ausente de ilusiones. Es presuntuoso y altivo en apariencia. Sus oficiales lo detestan cuando habla con sus edecanes y con los criollos doctos en francés. No ha olvidado sus finos hábitos de comensal en mesas de aristócratas. Pero el fondo de su espíritu se le ha ido haciendo niño y proclive a las tiernas emociones... Insinuante, de palabra grave y zalamera, rodeado de autoridad y de prestigio en estos ricos valles, Casa León se adueña de la voluntad de este hombre nacido para la desgracia. Le franquea con demostraciones de singular aprecio su casa señorial y luego el generalísimo la escoge para sede de las conferencias que celebra con los notables el siguiente 19 de mayo.

Con los representantes del Ejecutivo Federal, los delegados del Ejecutivo Provincial y algunos miembros de la Legislatura, ultima Miranda los toques que perfeccionen el poder discrecional de que ha sido investido. Presentes están Roscio, Francisco Talavera, José Vicente Mercader, Sata y Bussy y Francisco Esteban Ribas. Nada pueden concederle los parlamentarios, puesto que en él ya residen todos los poderes del Estado, y la reunión apenas tiene el carácter de un llamado que el generalísimo hace a sus amigos para compartir con ellos la responsabilidad moral de las tremendas atribuciones que le han sido encomendadas.

En esta conferencia se acuerda entregar a don Antonio Fernández de León, como ha vuelto a firmar este noble agazapado, la Dirección General de las Rentas de la Confederación, donde se espera que su notorio espíritu de organización preste un servicio eminente a la economía de la República. Acepta el cargo don Antonio y emprende viaje

hacia Caracas, con instrucciones en las cuales se dice lo siguiente:

"Entre las varias cosas que se tuvieron presente y determinaron en la conferencia celebrada en vuestra casa y hacienda de La Trinidad de Tapatapa el día 19 del presente, fue una el nombramiento de un individuo de integridad y talento, que con el carácter de director general de las Rentas de la Confederación, las restableciese y organizase. Vos fuisteis designado unánimemente como el más a propósito para este cargo, recomendándoos con particularidad al ciudano Patrullo, y otro cualquiera en quien se hallen las circunstancias de conocimientos económicos y responsabilidad.

"Supuesto, pues, que vais a encargaros de esta importante comisión, no será ocioso insinuaros que uno de vuestros principales objetos es dar crédito, circulación y giro al papel moneda, activar el cuño de la metálica, promover el establecimiento de Bancos, no sólo en la capital de Caracas, sino en las de las demás provincias; arreglar el método de cuenta y razón de los diferentes ramos; y como es necesario que la economía y parsimonia presidan en todo sistema de organización de rentas, deberéis simplificar el nuestro, procurando igualmente que se reduzca el número de agentes que entienden en la recaudación del erario público, muchas de cuyas plazas deberán ser suprimidas, mudadas o provistas de otros por innecesarias o mal provistas.

"Deberá llamar vuestra atención con preferencia la administración y aumento de la renta de tabaco, casi única para cubrir todas las necesidades del Estado. Es preciso que consagréis vuestra vigilancia y tareas a la perfección de este importantísimo ramo, para lo cual deberéis observar los mismos principios que se os acaban de indicar anteriormente, recomendándoos como uno de los sujetos más a propósito para los primeros empleos de la renta al ciudadano Valbuena.

"Otro objeto importantísimo a que debéis también consagrar vuestras meditaciones y tareas es un plan de hacienda, es decir, la recaudación e impuestos, en cuyo último punto se os recomienda que las contribuciones necesarias para las urgencias del Estado sean en lo posible las menos opresivas y onerosas a los pueblos.

"En cualquier duda o embarazo que se os ofrezca, ocurriréis al generalísimo para la determinación, sin dejar de mantener comunicación con los gobiernos de la Unión y de Caracas."

Con Casa León vienen cartas de Miranda para Gual, Sanz y Paúl, a quienes también se confían cargos en la Administración. Así sea ilimitado el poder que ejerce el generalísimo, en la Cámara Provincial de Caracas, donde ha sentado sus reales la anarquía y toman cuerpo las disensiones partidistas, se reciben con críticas y alardes de oposición las determinaciones de Tapatapa.

El 29, don Antonio comunica a Miranda que ya ha sido obedecido su nombramiento, y que se ocupa en arreglar las oficinas, pues "no tiene dónde alojarse ni pieza dónde establecer el despacho". No sucede lo mismo con los nombramientos de Gual, Paúl y Sanz, y al efecto Casa León se dirige al generalísimo en los siguientes términos:

"Caracas, 30 de mayo de 1812.

"Mi general: El resultado de las conferencias entre los poderes de que he hablado a usted en mis anteriores ha sido aprobar la Cámara lo acordado en la entrevista. Hoy se vuelven a reunir los poderes para tratar el nombramiento de los nuevos empleados. Gastarán algún tiempo en conversaciones inútiles y las concluirán prestando la conformidad que nos conviene. Sanz y Gual parece que se excusan a concurrir, y acaso Paúl hará lo mismo; pero entre los otros concurrentes hay algunos que tienen juicio, que conocen nuestros males y la necesidad urgente de un nuevo orden de cosas.

"Dentro de una semana remitiré al comisario 400 pares de zapatos y en toda la semana irán consecutivamente hasta el completo de 1.000, y se continuarán haciendo si me avisa que son necesarios.

"El oficial de milicias del Batallón número 12, Saldarriaga, es inútil para el servicio, por su ninguna instrucción, por su constitución física y por corto de vista. Las circunstancias en que se halla por razón de su familia y de negocios de intereses ajenos exigen que se use con él de alguna indulgencia, y yo me tomo la confianza de rogár-

selo, porque creo que libre del servicio es útil a la causa común, y en él es sólo un bulto.

"Mande usted lo que sea de su agrado a su más atento servidor, q. b. s. m.,

A. F. de León."

Caracas, mayo 31 de 1812.

"Mi general: Por la excusa de Sanz, Gual, Paúl y Carabaño convocaron a los segundos, y reunidos con los del Poder Ejecutivo y Judicial parece que se oponen a que los tres primeros entren al ejercicio de las funciones a que usted los ha destinado. Estas gentes no conocen el estado de perdición en que han puesto al país, o el interés privado los empeña en llevar adelante el desorden. Según he traslucido, informan a usted sobre el particular y he creído conveniente anticiparle este aviso, que otros amigos le darán más circunstanciado.

"Tengo en infusión diferentes proyectos de mejoras sobre el método de las Aduanas de los Puertos, sobre mejoras en la recaudación de Alcabalas que las haga producir más, quitando las trabas que hay en el día para la conducción de los frutos; creo conveniente aumentar el precio del tabaco, restablecer el estanco de naipes, reducir el de la pólvora. Informaré a usted oportunamente sobre cada una de estas cosas y de las más que me vayan ocurriendo.

"Es de usted su más atento servidor, q. b. s. m.,

A. F. de León."

"Caracas, junio 10 de 1812.

"Mi general, amigo y señor: Mis deseos de ser útil a la patria pueden ser infructuosos. La debilidad de mi salud y cabeza que padezco tres años ha, se ha aumentado con el trabajo de estos quince días al extremo de no poder conciliar el sueño un momento las más de las noches y de quedar casi privado de la razón.

"La nulidad en que se hallan nuestras rentas y el desorden de su administración piden meditaciones y combinaciones muy serias y un incesante trabajo, y la experien-

cia de estos días me ha hecho conocer que aun cuando gozase de una salud robusta y mi cabeza tuviese la firmeza que en otro tiempo, no serían bastantes mis fuerzas solas para el desempeño.

"No correspondería ciertamente a la confianza que he merecido de usted y engañaría sus esperanzas y las que el pueblo puede haber formado de la mejora y fomento de nuestras rentas, si no le hiciese una franca manifestación en tiempo y le indicase el medio de precaver vacíos y daños que pueden causar mis achaques contra mi voluntad.

"Por efecto del nuevo orden de cosas queda sin ocupación el ciudadano Felipe Fermín Paúl, que a un entendimiento sólido reúne muchos conocimientos, una salud robusta, constancia en el trabajo y toda mi confianza, y si usted tiene la bondad de nombrarlo por asociado mío, con calidad de suplir mi lugar en todo, creo dará usted un paso conducente a la ejecución de sus ideas relativas a la prosperidad de este país.

"Pongo esta medida a su prudente consideración para que tome el temperamento que le parezca más conforme, y entre tanto tengo el honor de ser su afectísimo servidor y amigo, q. b. s. m.,

A. F. de León."

En el desempeño de su cargo vemos a Fernández de León aparentar toda manera de esfuerzo para satisfacer los deseos y aspiraciones de Miranda. Su correspondencia con el generalísimo es frecuente y está dedicada a informarle de todas las medidas encaminadas a resolver los graves problemas del abastecimiento del ejército y la población. Sus cartas están concebidas en los términos de la mayor adhesión personal y en ella procura significar su empeño por servir a la "causa común". Miranda está confiado en la lealtad de don Antonio, así algunos patriotas se hayan tomado la libertad de recriminar el nombramiento. Patricio Padrón dice a Miranda: "La noticia del nuevo nombramiento a don Antonio de León nos ha sorprendido a todos los patriotas, sin poder trascender la política que haya tenido usted en esta elección, mayormente cuando usted está al cabo de sus ideas y conexiones con todos los magnates godos, como es factor de todos ellos,

y así es que el abatimiento que se les había observado en las facultades que han recaído en usted, con el nombramiento de León se les ve ya con la cabeza levantada, llenos de orgullo, mayormente con los muchos empleos que se han conferido estos días a sólo ellos y un cuñado de Paúl que era el que faltaba por acomodar en esta familia." En cambio, el severo Francisco Espejo tiene en correspondencia con el jefe supremo expresiones de estos alcances: "Este benemérito europeo con quien por acontecimientos pasados había yo cortado toda especie de comunicación ha recibido ahora de mí cuantos testimonios son imaginables de confianza y de afecto; y en cuanto a su comisión, me le he constituido garante de que sus arbitrios y planes serán inmediatamente sancionados del Gobierno, ofreciéndole que se le colocará en el seno de éste en calidad de un adjunto." Y Miguel José Sanz, recto de juicio y de expresión perspicua, no tiene enfado en decir a Miranda: "El ciudadano cuerdan a Cristo cuando llama amigo al traidor que besa placidísimo, es buen amigo, es consecuente y firme y enemigo de que se le trate con artificio, pero es pundonoroso y delicado, siente mucho que se le trate mal. León trabaja con inteligencia y sin sosiego; yo lo considero impuesto de todo; y comienza a organizar y ordenar este libro descuadernado y descuartizado. Luego que comience a poner freno a estos ladrones y vagabundos, comenzarán también los chismes, imposturas y calumnias contra él. Por Dios, general, amigo y dueño, no se deje sorprender en esto ni en nada: váyase con pies de plomo, asegurado de que esta gente tiene una habilidad para desacreditar a los hombres de bien, a los útiles y amantes del orden."

Estos chismes, imposturas y calumnias de que habla Sanz y que no son sino expresión de voces vigilantes que advierten la sinuosa conducta de Fernández de León, dado a todas luces a proteger a los elementos reaccionarios, también han de llegar a oídos suyos, y procurándoles remedio, dirige a Miranda con fecha 6 de julio una carta donde intenta ocultar la verdad de lo que ocurre:

"Mi general: Tal es el estado actual de las cosas y han llegado aquí a tal extremo, que usted no ignorará, que yo temo con razón, a pesar de la amistad que usted me dis-

pensa y de mi deseo de ser útil, sea envuelto en una calumnia que me prive de mi reposo y tranquilidad, y lo que es más, de mi familia, que es todo lo que más me interesa. Me será mucho menos doloroso ir con ella a buscar un asilo en cualquiera otra parte, que el exponerme a los resultados que me anuncian estas novedades; y así, mi estimado amigo, si merezco de usted alguna consideración y si puedo hacer uso de las bondades que usted me dispensa, le estimaré me proporcione un medio de salir de la incertidumbre y penas que me afligen, mandándome un pasaporte para poder transportarme con mi familia adonde nada pueda temer por mi persona y desde donde le daré a usted pruebas siempre del interés y amistad que he tenido y conservaré siempre por usted."

Y el viejo veterano en mil gallardas lides se aleja de cualquier supuesto de malicia, para responder al astuto recaudador que le prodiga adulaciones, con frases que recuerdan a Cristo cuando llama amigo al traidor que besa su mejilla: "Amigo mío: Usted debe despreciar chismes, y convencido como debe estarlo de que usted y yo somos uno, debe vivir tranquilo sobre estos particulares; en cuanto a enviarle su pasaporte, sería esto lo mismo que tomarme yo el mío; y así, ni sueñe usted en semejante proposición."

Cuando esto escribe, Miranda ya está herido de muerte y con él la Repúblbica, por el desastre de Puerto Cabello. Bolívar mismo se ha declarado responsable de la traición de Vinoni, que coloca de nuevo el estandarte real sobre los bastiones de aquella plaza, donde radicaba el más eficaz apoyo para la reconquista de Occidente. El generalísimo, con voz tomada de la angustia, hubo de exclamar que Venezuela estaba herida en el corazón, cuando el 5 de julio y mientras festejaba el aniversario de la República, recibió la carta en que Bolívar le anunciaba su fracaso en el Puerto. Hay angustia mortal en el cuartel republicano. En Caracas se vive una dantesca pesadilla. Al hambre y a la desolación se une el espanto de saber que los negros de Barlovento se han alzado con la voz de "¡Viva el rey!", y vienen sobre la capital con ánimo de degollar a los mantuanos. José Domingo Díaz, corifeo de la causa realista, se apresura a visitar a Fernández de León. Largamente dis-

cuten la situación y después de convenir en que esta funesta hora puede ser la más propicia para retornar al dulce gobierno del rey, acuerdan que don Antonio se traslade al Cuartel de la Victoria, donde se encuentra el generalísimo.

Pronto llega Fernández de León a las tiendas del tambaleante dictador de Venezuela. Allí están reunidos en consejo permanente los doctores Francisco Espejo y Juan Germán Roscio; miembros del Ejecutivo Federal, Francisco Antonio Paúl, ministro de la Corte de Justicia, y José Sata y Bussy, secretario de Guerra. A ellos se suma este falso paladín que viene a ablandar las voluntades patriotas hacia el desastre de la capitulación. Empieza con afectadas palabras y maneras sutilísimas por poner de presente "el entusiasmo con que siempre había deseado y procurado la emancipación de su patria", para terminar, en tono grave y convincente, por probar "ser ya imposible el conseguirla ni sostener la guerra sin exponer las provincias a su última ruina y, por consiguiente, proponía como único remedio el restablecimiento del antiguo gobierno, capitulando con el ejército real bajo las condiciones favorables que hacían esperar los principios liberales que regían en la metrópoli". Para Miranda aparece la capitulación como la sola vía que puede poner a salvo "las personas y propiedades de todos los que aún no habían caído en manos del enemigo", y en orden a obtenerla, diputa emisarios cerca del jefe realista con proposiciones de celebrar un armisticio. Acepta Monteverde, y al día siguiente Aldao y Sata y Bussy entablan negociaciones a nombre de Miranda. Las proposiciones de éstos, por cándidas e impracticables, son desechadas por el capitán español, quien el 17 impone los términos del armisticio, que es la entrega total de la República y el implantamiento en su territorio del régimen establecido por las Cortes del Reino. Consienten en ello los emisarios de Miranda y agregan que habrá amnistía para los venezolanos y extranjeros que hubiesen tomado parte en la revolución, con promesa de otorgar pasaporte a quienes no desearen permanecer en el país, que los prisioneros serían puestos en libertad y a nadie se perseguiría por sus ideas políticas, y que provisionalmente correría el papel moneda para evitar a los pueblos su "última ruina". Monteverde modifica

la propuesta y concede un plazo de cuarenta y ocho horas para que el ejército patriota acepte las condiciones que imponen las fuerzas de su majestad católica.

A las doce del día 22 recibe Miranda la respuesta de Monteverde, datada en Valencia el 20 anterior. Ante los "mil inconvenientes que envuelve y los mil males para ambos partidos" que entraña su ejecución, el generalísimo diputa a Fernández de León, a quien presenta como "sujeto respetable y de conocida pulcritud y luces", para que se traslade al Cuartel General de Monteverde y le haga las observaciones encaminadas a mejorar la capitulación. A las cinco y media de este mismo día el negociador recibe sus poderes y se pone en camino hacia San Joaquín, donde espera encontrar al jefe realista. Al llegar a este pueblo es informado de que Monteverde se embarcó hacia Maracay, y deshace luego el camino para llegar a las seis del 23 a esta última población, donde obtiene noticias de que el mal tiempo de la laguna ha obligado a Monteverde a regresar a San Joaquín. Desde Maracay Fernández de León envía un propio al comandante español con nota en que le comunica su misión y donde le dice que hallándose muy quebrantado lo esperará allí, a menos que Monteverde "le prevenga otra cosa". Al día siguiente están en Maracay el jefe realista y el negociador de los patriotas. Este empieza por expresar a Monteverde que ha aceptado el encargo de Miranda como "pretexto" para venir a "darle todas las noticias que deseaba", según después lo escribirá a la Corte el intruso capitán, y en seguida le propone unas bases donde procura que se reconozca el curso del papel moneda. ¡Hombre, esto sí que interesa a Casa León! Buen financista, espera lucrar en futuras negociaciones a base del crédito del Estado y de las penurias de los tenedores del papel. Para eso es ágil negociante y mira la Patria donde prosperen los negocios. Sus puntos son: 1.° Inmunidad absoluta de bienes y personas en todo el territorio de Venezuela ocupado o no ocupado, conforme a la resolución de las Cortes de 15 de octubre de 1810; 2.° Mantenimiento del papel moneda en curso a fin de no arruinar a sus poseedores; 3.° Amnistía de los desertores; 4.° Protección de la clase "honrada y útil de pardos y morenos"; 5.° Plazo de ocho días para la ratificación y aplicación en el te-

rritorio de Venezuela de todas las disposiciones de las Cortes a favor de los americanos.

El mismo 24 firman Fernández de León y Monteverde la capitulación que pone fin en los siguientes términos a la primera República de Venezuela:

"El comandante general del ejército de su majestad católica, don Domingo de Monteverde, que en su final contestación a las proposiciones que le hicieron José Sata y Bussy y Manuel Aldao, comisionados por el comandante general de las tropas caraqueñas, Francisco de Miranda, acreditó sus sentimientos de humanidad accediendo a los medios conciliatorios para evitar la efusión de sangre y demás calamidades de la guerra, y concedió los artículos razonables que incluyeron dichas proposiciones, principalmente el tercero, que habla de la inmunidad y seguridad absoluta de las personas y bienes que se hallan en el territorio no reconquistado; creyó que no se diese lugar a nuevas conferencias, ni se alterase el término de cuarenta y ocho horas que señaló para que aprobase y ratificase el indicado convenio después que éste llegase al cuartel general de La Victoria; mas por una prudente y equitativa consideración, ha tenido a bien admitir la nueva conferencia a que le ha promovido el nuevo comisionado Antonio León, que le ha pasado nuevas proposiciones, y en consecuencia contesta a ellas por última vez, en la forma siguiente:

"*Primero.*—La inmunidad y seguridad absoluta de personas y bienes debe comprender todo el territorio de Venezuela, sin distinción de ocupado o no ocupado, conforme a las reglas de la sana justicia y a la resolución de las Cortes de España en su decreto de quince de octubre de mil ochocientos diez (*), que ofrece para el caso de los términos de esta capitulación un olvido general de todo lo pasado.

"RESPUESTA.—Negado.

"*Segundo.*—Que el papel moneda debe considerarse como una propiedad de los tenedores de él en el día, que son prin-

(*) En los papeles de Blanco y Aspurúa, en el Miranda de Rojas, en *Memorias de Urquinaona* y en varios otros textos, se dice 1811 por error, que se repitió en la primera edición de este libro.

cipalmente los comerciantes europeos, isleños, americanos y los propietarios, y quedaría la inmunidad de bienes infringida e ilusoria si no abrazase igualmente al papel moneda, cuya circulación bajo de otro signo parece necesaria e indispensable.

"RESPUESTA.—Negada su circulación mientras el Gobierno dispone lo que se debe hacer con él.

"*Tercero.*—La inmunidad debe comprender a los desertores que han pasado al ejército de Caracas.

"RESPUESTA.—Concedido.

"*Cuarto.*—La clase honrada y útil de pardos y morenos libres debe gozar de toda la protección de las leyes, sin nota de degradación y envilecimiento, quedando abolidas cualesquiera disposiciones contrarias en observancia de las justas y benéficas de las Cortes de España.

"RESPUESTA.—Gozará de la inmunidad y seguridad concedida indistintamente en el tercer artículo de la respuesta anterior, tendrá su protección en las leyes y se les considerará conforme a las benéficas intenciones de las Cortes.

"*Quinto.*—Que se extienda el término para la ratificación de la capitulación por ocho días, después de recibidas en el cuartel general de La Victoria las contestaciones de estos capítulos.

"RESPUESTA.—Se concede únicamente el término de doce horas para la aprobación y ratificación de estos convenios, después que lleguen al cuartel general de La Victoria.

"*Sexto.*—Que no servirá de obstáculo lo convenido en esta capitulación para que los habitantes de la provincia de Venezuela disfruten de los reglamentos que se hayan establecido y se establezcan por las Cortes de España con respecto a la generalidad de las Américas.

"RESPUESTA.—Concedido.

"Maracay, julio 24 de 1812.

Antonio Fernández de León.
Domingo de Monteverde."

Para remitir el instrumento al viejo amigo, cuyas manos besaba con afecto en las misivas insinuantes, el marqués agazapado arteramente tras la figura de simulada honestidad del ciudadano Antonio León, le dirige desde su feudo señorial carta que constituye modelo de las infames artes con que el oportunista mantuanaje marca su presencia en los planos dolorosos de nuestra accidentada y peligrosa vida de república:

"Señor general de las tropas de Caracas:

"En el desempeño de la comisión que se me confió, presenté al comandante general de las tropas españolas las proposiciones que creí más benéficas y aceptables. Después de largas conferencias convino en las que incluyo, con que he cumplido el encargo con la mayor honradez.

"En este estado de las cosas y atendiendo a todas las circunstancias, creo debo quedarme para asegurar mi tranquilidad.

"Dios guarde a usted muchos años.

El marqués de Casa León."

XIV

EL PARRICIDA

Casa León aparece hoy de bulto en los planos de la Historia tal como habían venido pintándolo aquellos que bien le conocían desde su compadrazgo con López de Quintana y el marqués del Toro. Ya ha sacrificado con Miranda a la República que fingió servir. Está donde debía haber permanecido desde un principio. Lo que en 1797 no pudo hacer con Gual, lo hace ahora con este viejo cándido que, confiado en la austera palabra de quienes, elogiando generosamente las aparentes virtudes del falso prócer, lo habían hecho poner su suerte y la suerte de la República en sus "manos parricidas de traidor".

Tras la capitulación, que comienza a ejecutarse en San Mateo el día 25 siguiente, viene el desastre total del orden

y de los hombres que habían dado a la República su fe y su entusiasmo juveniles. Deja Miranda sus cuarteles de La Victoria, llega a la capital y "después de expedir todas las órdenes necesarias para la ejecución de lo capitulado y recelando no ser tratado muy bien", sigue precipitadamente a La Guaira cuando sabe que Monteverde está a tres leguas de Caracas. A las siete de la noche del 30 llega a la posada de su amigo Manuel María de las Casas, comandante general del puerto. Con él vienen jefes y oficiales patriotas que intentan seguir al exterior para darse de nuevo a la obra de salvar los penates de la Patria. Gual, que está para embarcarse en comisión hacia los Estados Unidos, vuela a verse con Miranda, quien, mediado el saludo, se adelanta a decirle en francés:

—He entrado, de acuerdo con el Gobierno, en una capitulación honorable con el enemigo.

—Pero ¿capitulación? —pregunta Gual—. ¿Cómo puede usted contar con la fe de los españoles? ¿No se acuerda usted del Cuzco, del infortunado Tupac Amaru, del obispo Moscoso?

—¡Oh! —agrega sonreído el generalísimo—, los españoles están ellos mismos en revolución, y se cuidarán de faltar a los compromisos contraídos. Desde que usted abandonó el Cuartel General yo no recibía sino noticias las más desagradables, desde el alzamiento de los negros, etc. Los realistas parecían decididos a incendiar el país antes de verle independiente, mientras que de nuestra parte no había sino un feroz decaimiento como consecuencia del estupor del terremoto.

Y, siempre en francés, Miranda describe a Gual su plan de seguir a la Nueva Granada, donde espera ser ayudado por Nariño y, con los recursos que se puedan salvar de esta hecatombe, volver a la obra de liberar a Venezuela.

Entre los patriotas reina gran animosidad contra Miranda, motejado de incapacidad para conducir la guerra y de debilidad en proponer el armisticio. Esa misma noche hacen consejo de las Casas, Miguel Peña, Simón Bolívar, Paz del Castillo, José Mires, Manuel Cortés, Tomás Montilla, Rafael Chatillón, Miguel Carabaño, Rafael Castillo, José Landaeta y Juan José Valdés y acuerdan reducir a prisión al generalísimo. Bolívar propone que se le fusile como traidor por haber

capitulado con los españoles. Libra de inmediato instrucciones Monteverde al comandante de la plaza de no dejar salir ninguna embarcación. El felón de las Casas obedece. Miranda es llevado a las bóvedas y allí mira con espanto repetirse en Venezuela las mismas escenas de que sus ojos fueron testigos en Francia. Hombres traídos a la pura reata ve llegar como criminales para ser sepultados junto con él en estas horribles mazmorras, sin que se respete la venerable ancianidad, ni la tierna pubertad, ni la instrucción y generosidad que los distingue. "Bochinche, bochinche", son las proféticas palabras que la traición y el resentimiento de sus amigos arrancan al rendido dictador.

Con Monteverde ha llegado a Caracas el marqués de Casa León, y luego al punto da comienzo a su obra de delator. Con lo que primero intenta acabar es con la honra misma de su "amado" amigo Miranda. No basta que se le haya traicionado y sacrificado, ni es suficiente que sus amigos los patriotas lo entreguen locamente a las autoridades realistas. De él no debe quedar entero ni el recuerdo. Allí está Casa León para rematar su obra criminal. Miranda le ha dado órdenes en su calidad de jefe de la Administración para el pago de ciertas sumas, y Fernández de León desde los valles de Aragua gira libranzas a su favor contra el funcionario Geraldo Patrullo, pero al mismo tiempo ha despachado un propio con instrucciones para Paúl, encargado de la Dirección de Rentas, de que aquéllas no se hagan efectivas. Las sumas serían tomadas de las cajas venezolanas, que gobernaba en última instancia el generalísimo y quien tenía facultad para disponer de los caudales a su antojo. Miranda bien puede trasladar consigo los fondos de la República para seguir en el exterior luchando a favor de la independencia de la Patria. Nada más ha sucedido, pero José Domingo Díaz, con la perversidad que es sustancia de su espíritu, propala que ese dinero es el precio de una venta. Casa León lo confirma con su sinuoso proceder y los mismos patriotas que quieren justificar su ligereza contra el gran vencido, insisten después en la especie miserable. Ordena también el generalísimo que se entreguen veintidós mil pesos al inglés Robertson, socio de la firma Robertson & Belt, y del comercio de Curazao. Tan legítimo es este giro como todos los otros que ha acordado Miranda

a favor de quienes proveían en el exterior las necesidades del ejército y en orden a salvar para la lucha futura los caudales públicos. Pero Casa León está hoy al servicio del fiero Monteverde y procura que Miranda aparezca como reo de apropiación de los fondos del Estado. ¿De qué no es capaz este vil simulador? El 17 de agosto remite información a Juan Vicente Arévalo, en la que dice:

"En consecuencia del oficio de usted, de 13 del corriente, en que pide le pase razón de las cantidades en metálico y plata labrada de que dispuso don Francisco de Miranda, y a favor de qué personas, acompaño copia certificada de las que me han pasado los ministros de las Cajas Reales de esta capital, el intendente de la extinguida Casa de Moneda, y de otros papeles existentes en la Secretaría de esta Dirección.

"Por las notas puestas en el legajo número 1.° encontrará usted que sirviendo yo esta Dirección se remitieron de las Reales Cajas de esta capital a las de La Guaira, el 15 de julio, 10.000 pesos, y que esta cantidad se entregó al comandante militar don Manuel María de las Casas, de lo que existe documento en las Reales Oficinas de esa plaza; y, asimismo, que en 21 del propio mes se enviaron otros cuatro mil con el destino que se indica en las mismas notas, y que éstos se hallan existentes, según lo comprueba la representación del ministro de las Reales Cajas de La Guaira, de 15 de agosto, número 39.

"Por las del legajo número 2.° encontrará usted, igualmente, que sirviendo la misma dirección el doctor don Felipe Fermín Paúl, se entregaron a don Francisco Miranda mil ciento veintiocho pesos en oro en esta ciudad por los ministros de las Reales Cajas de ella, y, además, se remitieron de su orden a las de La Guaira doce mil ochocientos cuarenta y tres existentes en esas Cajas al cargo de su tesorero, y, finalmente, que por virtud de la orden comunicada a los ministros generales de esta ciudad se les previno que reservasen mil quinientos pesos para entregar a doña Dolores Montilla de Delpech, los cuales, aunque éstos no han acompañado comprobantes de esa entrega, tiene entendido esta Dirección que se verificó.

"Por las copias que incluyo, legajo número 3.°, se im-

pondrá usted de que la cantidad de plata labrada de que dispuso fue de seis mil doscientos nueve pesos, y de las personas a quienes se entregaron."

Todos, con Casa León, el tesorero de La Guaira y de las Casas, se unen al partido de Monteverde en el propósito de hacer aparecer al generalísimo como responsable de las sumas sustraídas al "tesoro de Su Majestad" y como reo de la más espantosa traición y venta. Pero la verdad llegará a hacerse con el tiempo y nadie acusará a Miranda de la infamia que el odio y la pasión acumularon sobre su cabeza cansada de mártir de la independencia de la Patria.

En Caracas, Monteverde inicia la más feroz persecución contra los patriotas. A Bolívar, que ha subido disfrazado después de los lamentables sucesos de que fue actor en La Guaira, lo esconde en su morada Casa León y después obtiene, en unión de don Francisco de Iturbe, un pasaporte del comandante español para que abandone a Venezuela. Las bóvedas están llenas de patriotas. Juan Germán Roscio, Cortés de Madariaga, Juan Pablo Ayala, Paz del Castillo, Iznardi, Manuel Ruiz, José Mires y Juan Barona son remitidos presos a la Península. Algunos logran huir para refugiarse en Curazao y de ahí seguir a la Nueva Granada. Entre estos que se salvan figuran Antonio Nicolás Briceño, Vicente Tejera, los Ribas y Francisco de Paula Navas. De nada valen las promesas hechas en las proclamas consecutivas, ni dura la pálida alegría que en el pueblo causan los actos públicos y solemnes. Los espías se han convertido en verdadera facción que persigue "los pasos y las palabras más sencillas de los patriotas". Las delaciones están al orden del día y ya el 12 de agosto "no eran suficientes las prisiones de los patriotas para saciar la sed de venganza de Monteverde y sus secuaces".

Cuando el magnánimo e inmaculado Heredia, regente interino de la Real Audiencia, viene desde Valencia para influir a favor de la justicia en el ánimo sombrío del comandante, y persuadirlo al cumplimiento de la capitulación de Maracay, que Sata y Bussy empezó a ejecutar a nombre de Miranda, encuentra la casa del jefe español "siempre llena y rodeada de gentes de todas clases, sexos y edades, que iban a implorar clemencia por el hijo, el hermano o el ma-

rido presos, y que pasaban en pie cuatro o cinco horas sin lograr audiencia". Allí oye con dolor el piadoso magistrado "nombrar los apellidos más ilustres de la provincia, como que contra ellos se había encarnizado más la persecución de la gente soez que formaba la mayoría del otro partido". Y mira "niñas delicadas, mujeres hermosísimas y matronas respetables solicitando protección hasta del zambo Palomo, un valentón de Valencia, despreciable por sus costumbres, a quien Monteverde había escogido para que siempre lo acompañase". Más fácil que adular a este zambo sería a las damas dirigirse a Fernández de León. Pero éste ha mudado de preferencias. Al olvido ha echado sus amigos de ayer y sólo busca granjearse los favores del tirano.

De algo así no cambia Casa León. Afecto al manejo de los caudales públicos, recibe de Monteverde el 3 de agosto nombramiento de intendente del Ejército y Real Hacienda. Este cargo le obliga a estar más cerca aún del fiero gobernante, en quien ya influye en forma poderosa. ¡Cómo sincerará con razones oscuras que la historia no llega a recoger, sus actos últimos al lado de Miranda! Así como lo explica al crédulo y generoso Heredia, dice al comandante que sirvió la Dirección de Rentas que le confió el generalísimo "bajo la alternativa de aceptarla o salir para el ejército, en cumplimiento de la ley marcial". Bien seguro está de que su correspondencia con Miranda no llegará a conocerla Monteverde y menos las palabras de simulada adhesión a la República con que engañó hasta última hora a los hombres de la revolución. Y ni al regente ni al comisionado Urquinaona dirá nada de sus actividades de 1808 y 1810. En su cargo de intendente, se dedica, dice, a "destruir el desorden confuso en que las contradictorias e indigestas providencias del abolido Gobierno habían puesto las Administraciones de Rentas", y como tal lo vemos hacer presencia en todos los momentos en que aparece en público el Gobierno durante este pavoroso período en que al terror y al fanatismo se unen las más afectadas expresiones de júbilo por el retorno del régimen realista.

Caracas es una ruina moral y material. Pocas casas han quedado sanas a consecuencia del terremoto del 26 de marzo. Escombros materiales que medio cubren las ruinas del

espíritu. El vecindario está disperso. Hay lágrimas de viudas y de esposas abandonadas. Los niños y los ancianos sufren las consecuencias de las privaciones de alimento y del desabrigo ocasionado por el terremoto. En los templos los sacerdotes llaman al pueblo a penitencia, como si él tuviese por sus pecados la culpa del desastre. El arzobispo prescribe ayuno de tres días y convoca a misiones extraordinarias. El 19 de octubre es sacada la imagen de Nuestra Señora del Rosario, antigua patrona de los terremotos, del convento de San Jacinto, para ser trasladada a la capilla de San Pedro. En la tarde empiezan los sermones en la Plaza Mayor. Hablan el capuchino fray Francisco de Caracas y los franciscanos recoletos Francisco Javier Sosa y Rafael Rodríguez. El 24, después de riguroso ayuno, se cantan misas solemnes *pro remissione peccatorum.* Las campanas, con tétricos tañidos, convocan continuamente a rogativas, y día y noche los curas en las parroquias y los frailes en sus conventos reciben la confesión de los atribulados fieles. El arzobispo distribuye la comunión durante varias horas en la mañana del 30 y por la noche traslada la imagen de la Virgen del Rosario y la del Crucificado desde la Catedral a la iglesia de los dominicos. Con las cruces altas se abre la solemne procesión. La encabezan el Ayuntamiento, el comandante general don Domingo Monteverde, el deán y el cabildo, las comunidades religiosas y el resto del clero. Un compacto gentío sigue el desfile. Los curas entonan en alta voz el rezo del rosario y el prelado, que luce larga cauda y lleva en la mano el Crucifijo, se detiene de rato en rato para exclamar con voz patética que corean los concurrentes: "¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia, Señor!" José Domingo Díaz, que ahora dirige la *Gaceta,* no puede callar su entusiasmo ante esta espléndida declaración de fe y de piedad del pueblo que vuelve a su Señor natural. "Espectáculo digno de ángeles" llama a esta tremenda explosión de fanatismo, donde los ángeles están representados por quienes tienen las manos tintas en la sangre de los hermanos y el alma curtida de traiciones y calumnias. Rosario en mano, cabizcaído, golpeándose el pecho en alarde de celo, va en este desfile, donde una falsa piedad se pone al servicio del terror, el pulcro, celoso y noble marqués de Casa León.

A las manifestaciones religiosas suceden los actos de adhesión al rey y a su sistema. Para el 21 de noviembre está anunciada la jura de la Constitución del Reino, sancionada el 19 de marzo por las Cortes generales y extraordinarias reunidas en Cádiz, y la bendición de las banderas del ejército. Esta Constitución es fruto del esfuerzo de aquel magnífico senado que, con alguna representación de América, se había reunido en la Isla de León por septiembre de 1810 para determinar la suerte del imperio español, ahora en quiebra por la intrusión de Napoleón. Carta liberal donde se mezclan las innovaciones francesas con el tradicional espíritu que en España abatieron los Austrias y los Borbones. Como brote de la enjundia levantisca que distinguió al tradicionalismo liberal de la Península, entre sus pautas aparece reconocido el derecho a la insurrección que consagraron antaño los fueros de Sorbrade, y con él, normas que en lo antiguo imponían el derecho de Castilla y otras viejas tradiciones del derecho foral de Aragón, donde era costumbre decir las Cortes al rey en el momento de la jura que juntos los vasallos valían más que él con todos sus privilegios de grandeza. Carta que pudiera reunir con España a sus dominios de América, si las autoridades encargadas de cumplirla no la condenasen al más vil de los olvidos.

Bien de mañana se traslada Monteverde a la capilla del Seminario, a la misma capilla que escuchó las voces inflamadas de los patriotas que declararon el 5 de julio del año pasado la solemne independencia de la Patria. El arzobispo celebra de pontifical el sacrificio de la misa. La capilla de la Metropolitana, acomodada en el estrecho coro del santuario, entona sus mejores voces para dar mayor realce a la función. Terminada la misa, sube a la tribuna sagrada, que preside la imagen del Angélico, el rector del Seminario, doctor Juan Antonio Rojas Queipo, futuro panegirista de José Tomás Boves, quien pronuncia una pesada y larga oración en que elogia el sistema español y alaba hasta el exceso, conforme lo prescribe el Patronato, las eximias virtudes del capitán Monteverde, venido como brazo del Altísimo a regenerar la vida del país. A las once concluyen las ceremonias y el comandante general retorna a sus habitaciones, seguido del Colegio de Abogados, empleados de Hacienda y

numeroso público, para de aquí salir, con "el libro de la Constitución hermosamente adornado y encuadernado de terciopelo carmesí y plata", hacia la Plaza Mayor.

Abre la marcha un destacamento de Caballería. Siguen las bandas del ejército y un grupo de Infantería de Marina. En seguida, las autoridades, el Colegio de Abogados, prelados de las Ordenes religiosas, curas párrocos, dignidades del coro catedralicio, el Consulado y personas distinguidas. Cuatro oficiales van custodiando el libro de la Constitución. De inmediato sigue el comandante Monteverde, con el libro en la mano. ¡Buen soporte para la efectividad de sus mandatos! A la diestra el arzobispo Coll y Prat, al siniestro el brigadier don Manuel Fierro, oficial de alta graduación que va a tomar el juramento, y con éstos el marqués de Casa León, intendente del Ejército y Real Hacienda, y don Pedro Benito y Vidal, oidor de la Audiencia, recién llegado a la ciudad.

El desfile parte de la Plaza de Capuchinos, donde vive Monteverde, y pasando por el Oratorio de San Felipe, enrumba hacia la Plaza. Las casas están adornadas con vistosos cortinajes que contrastan con el lamentable aspecto de las ruinas. En la plaza se han construido arquerías de palmas y al centro un templete de cuatrocientas varas cuadradas, todo cubierto de damasco carmesí y su piso revestido de ricas alfombras. En el fondo se ha colocado la vera efigie de Fernando. Sonetos alusivos, donde exhibe su vuelo de ave casera la musa de José Domingo Díaz y otros poetillas a sueldo del bando realista, se han encuadrado en sitios espectables. Lentamente van subiendo la gradería para ocupar los asientos principales, el comandante Monteverde y el arzobispo, que se colocan debajo del retrato del rey, don Manuel Fierro y el marqués de Casa León. Monteverde se adelanta para dirigir al público la palabra: "Soldados de las Españas —dice, con afectada voz—, vais a oír la Constitución política de la Monarquía española hecha para la felicidad común por las Cortes generales y extraordinarias del Reino. ¡Atended!" La masa lanza pobres gritos de "¡Viva la Constitución!". "¡Viva el rey!", "¡Viva la nación!" y uno de los militares empieza la lectura, que el pueblo oye en pie hasta las cuatro de la tarde. Procede entonces Fierro a tomar, sobre los Evangelios y ante la

imagen del Crucificado, el juramento de Monteverde. Arenga éste al pueblo en estudiadas y rimbombantes frases y los cañones llenan con salvas los espacios.

Este es el cuadro de ordenada sumisión e impuesto júbilo que sustituye la alegría espontánea y juvenil con que el mismo pueblo, un año antes, en esta misma plaza, había saludado el 5 de julio el advenimiento de la República.

En la noche, mientras los señores se banquetean en el Colegio Seminario, el pueblo admira las luminarias y escucha la música con que las bandas marciales llenan las plazas. ¡Luz y música, alardes vanos de que la autoridad se vale para entretener la pueril curiosidad del pueblo, a quien niega y vilipendia en sus derechos!

Fiel cumplimiento de la Constitución ha jurado el déspota. Sin embargo, no lo creen así los magistrados de la Audiencia, llegados en julio último, y quienes temerosos de no poder administrar justicia bajo la sombra del intruso capitán general, han preferido instalar en Valencia el Real Acuerdo, lejos del clima de represalias y torturas que vive la capital de la provincia. Hombres probos que hacen honor a la eterna España de la caballería y de la justicia, constituyen el alto Tribunal, y no están ellos dispuestos a ser viles brazos de las bárbaras crueldades de este monstruo sanguinario que invoca en apoyo de sus actos la propia fuerza de la Divinidad. Por el contrario, sabrán alzar airadas las voces en nombre de la humanidad, cuando les llegue de Caracas "el clamor de más de mil quinientas víctimas conducidas a los calabozos" por la mano de este feroz verdugo que no tendrá vergüenza para escribir a España que desde que entró en la capital y se impuso del carácter de los habitantes, conoció que la indulgencia es un delito y que la tolerancia y el disimulo hacen audaces e insolentes a los hombres criminales, y que, bajo este concepto, deben los venezolanos ser tratados por la ley de la conquista para exterminarlos, como fueron exterminados los aborígenes.

Si la Audiencia no confía en los juramentos de Monteverde, menos creen en su palabra estos atribulados habitantes de Caracas, que miran correr a los sabuesos y saben del dolor de las siniestras cárceles. Es implacable el comandante y busca por todos medios apresar y castigar a los comprometidos en el movimiento independiente. Al

efecto, ha constituido una Junta de Proscripciones, de que forma parte Casa León, para estudiar las causas de los patriotas. Si Fernández de León tuviese sentimientos de piedad, sería prenda de amparo para aquellos que con él formaron los cuadros revolucionarios desde 1808. Pero nadie es peor juez que el cómplice salvado de la persecución de la justicia. Lejos de intervenir en favor de sus amigos de siempre y de sus antiguos compañeros de sedición, es quien mejor sabrá señalarlos a las bárbaras persecuciones de Monteverde. ¿Quién como él conoce el largo proceso que comenzó cuando la francesada del gobernador Casas? En su casa estuvieron, a su fe de caballero confiaron sus secretos, a su pericia de político fueron en busca de consejo, a sus arcas acudieron en demanda de recursos para sufragar los gastos de la conspiración. El bien los distingue en sus íntimos matices y nada le importa que hoy sean sacrificados si ello va a asegurarle la influencia de que goza al lado de Monteverde. Triunfar es el lema de su vida y suyo ha hecho el verso de la *Eneida* donde se expresa la esencia de esta moral acomodaticia que ha guiado sus pasos de político: *Dolus an virtus, quis in hoste requirat?*

Esta noche está el marqués en recatada calma, rodeado del blando silencio de su casa solariega. Dulce ha llegado la hija a pedir la bendición para su sueño. Doña Josefa Antonia también ha venido para traerle la droga que dé tono a sus pulsos decaídos. Ni la bondad de la esposa ni el inocente candor de la muchacha son capaces de poner un rayo de clemencia en el corazón endurecido de este hombre forjado para la maldad y el disimulo. Buen papel tiene sobre la mesa y la pluma de ganso está bien tajada para que salga limpia y fina la escritura. Sombras amigas van llenando la penumbra: Martín Tovar Ponte, Vicente Salias, Tomás Montilla, Juan Escalona, Francisco Espejo, Miguel José Sanz. Son los viejos camaradas, los amigos amados, aquellos con quienes compartió la sal y el vino sobre los blancos manteles de la mesa familiar, los mismos cuya memoria está evocando mientras forma la lista que presentará mañana a Monteverde para ser considerada en las "sesiones infernales" de la Junta de Proscripciones. Da pavor pensar que este hombre tenebroso sea capaz de entregar a sangre helada sus amigos. Leamos, marqués astuto, lo que

has concluido de escribir y que ni siquiera recelas de calzar con esa firma tuya, de rasgos angulosos como tu espíritu, y con ese enredo de rúbrica, donde parece que quedaran ocultos tus peores pensamientos. Leamos, para ver si falta alguno que sea digno de sufrir también el baldón de las mazmorras:

"Sujetos que obraron activamente en el criminal atentado del 19 de abril de 1810, según los sujetos de aquel día y noticias divulgadas posteriormente:

"† Don Martín Tovar Ponte. Don Miguel Palacio, poco entusiasta en los sucesos. † Doctor José Angel Alamo, partidario de la independencia además. † Don José Tomás Santana. † Don Vicente Salias, ídem y de la Sociedad. † Don José María Pelgrón, íd., íd., † Don Carlos Alva, íd., † Doctor don José Francisco Ribas. Don Prudencio Lanz. Raimundo Gallegos, íd., íd. † Don Juan Escalona. † Don Guillermo Pelgrón, íd., íd. † Don Rafael Pereira, íd., íd. † Don Joaquín Liendo, íd., íd. † Don Juan Esteves, íd. † Doctor don Félix Sosa, íd. † Don Narciso Blanco, íd. Don Rafael Lugo. Don Juan José Ribas, poco exaltado por enemigo de la igualdad y de Miranda. Don Luis Ribas, su hermano. Don Ramón Yanes. † Don Silvestre Tovar, exaltado. † Don Francisco Salias, íd., íd., Socio. Don Leandro Palacio. Don Carlos Plaza.

"Sujetos que abrazaron posteriormente el partido de la rebelión, según su conducta pública: † Don Francisco Espejo, Socio. Don José Remigio Martín. Don José Paúl. Doctor don Manuel Miranda. Don Pedro Machado. † Lino Gallardo, Socio. † N. Cabo Roque, íd. Don José María Valbuena, íd. Don José María León. Don Juan Verde. Don José Ventura Santana. † Don José Luis Cabrera. † Don José Antonio Muñoz Tébar, Socio. † Don Luis Santinelli. † Don Rafael Castillo, Socio. † Don Juan Pablo Montilla. † Fray Santiago Salamanca. † Presbítero don Juan José Oliva. Fray Francisco Navarrete, Socio. † Don Carlos Núñez, ídem. Don José María Núñez, íd. † Don Carlos Soublette. † Don N. Obando, íd. † Don Lino Clemente. † Don Rodulfo Basalo. Don Onofre Basalo. Don Ramón García Cá-

diz, Socio. † Don José María Correa, Tuerto. † Don N. Navarrete, íd. † El moreno Ibarra, teniente coronel. † El moreno Camacho, íd. Hilario Cardozo. Don Mauricio Ayala. † Fray Domingo Hernández. Don Vicente Alcántara. Don Tomás Montilla. Don Vicente Ibarra. † Jerónimo Arechederra. † Lucas Amaya. † Don Pedro Piñero. Don Rafael Rocha. † Don Miguel Sanz. Don Francisco Paúl. † El mulato Romana. Don Isidoro Méndez. † Don Juan Antonio Rodríguez Domínguez, partidario acérrimo de la Independencia. Don Nicolás Ascanio, de la Revolución. Doctor don Luis Peraza, íd.

"Sujetos que tomaron partido en la Revolución sin la exaltación que los anteriores:

"Fray Manuel Samaniego. Presbítero don Santiago Zuloaga. Don Carlos Machado. Don Esteban Yañes. Don Pedro Eduardo. † Don Casiano Basadre.

"En mi concepto, todas las personas designadas con la cruz al margen deben estimarse peligrosas a la seguridad pública. Las que no tienen esta señal, no lo son en mi concepto, y puede usarse equidad con ellas, bajo fianzas competentes que sean capaces de desvanecer todo temor.

"Como Miranda es una persona que tendrían los malos para ponerse a la cabeza en cualquiera empresa tumultuaria, juzgo que su permanencia en esta provincia, aun bajo la calidad de preso, es muy perjudicial, y que convendría remitirle, sin pérdida de un momento, a España, adonde igualmente deben remitirse los demás, cuya expulsión se determine, y no a parte alguna de América, en donde, es mi opinión, pueden ser aún más perjudiciales que en este país. En este caso creo que debe procederse breve y sumariamente a sus causas, teniendo por norte de ello a la Constitución publicada. Como en los pueblos de los Valles de Aragua, hasta Valencia inclusive, ha habido un gran semillero de los partidarios de la Revolución, juzgo que con madurez debe hacerse un expurgatorio de los peligrosos, especialmente entre los pardos. Concibo que sería útil circular orden a los justicias de los pueblos para que no admitan a residir en ellos a persona alguna que no sea de su vecindario, a excepción de los que lleven pasaporte de autoridad competente, y que justifique de un modo legítimo los moti-

vos de su detención en ellos. Concibo también que debe ponerse gran vigilancia para que no vuelvan a introducirse en estas provincias los que se han profugado, ni tampoco los que han salido con pasaporte, a menos por lo respectivo a estos que obtengan permiso del Gobierno.—Caracas, 4 de diciembre de 1812.

El marqués de Casa León."

Sí, está completa la lista. Nada tienes que agregar. Podrías ponerte tú. Pero ¿quién pide el suicidio a los traidores y cobardes? Ni al infeliz Miranda, que yace sepultado en las bóvedas de La Guaira, has olvidado en tu celo de realista. ¿Recuerdas cómo lo recibiste en tu rica mansión de la Trinidad de Tapatapa? ¡Qué de zalemas! ¡Qué de palabras halagüeñas susurraste a su oído para ganar la inmensa generosidad de ser su amigo! ¿Recuerdas cuando te escribió, para calmar tus temores simulados, que erais tú y él sólo una persona? Más aún que tu hermano y que tu padre. Tu sosias. Tu otro yo. Y allá lo tienes, cargado de grillos, con menguado y duro pan, sin sitio cómodo donde poder estirar los huesos, sin almohada donde reclinar la cansada cabeza, llena de nobles pensamientos. ¡Y aún lo quieres ver en prisiones más seguras! Estás haciendo justicia en nombre de tus déspotas. ¡No eches en olvido que la Historia tiene, como Dante, su infierno para iluminar la gloria de los parricidas...!

XV

ESTRELLAS ENCONTRADAS

MONTEVERDE al empezar el año de 1813 está inspirado en el mismo espíritu de venganza que le acompaña desde que, desconociendo la autoridad legítima del gobernador Miyares, se introdujo en el gobierno por un golpe de audacia y de fortuna. Ya tiene otorgado por la Regencia título de gobernador y capitán general, con el cual puede presionar sobre la Audiencia en el curso de los procesos contra los llamados infidentes. Pero la Audiencia, haciendo honor a la Justicia e interpretando fielmente la polí-

tica de conciliación de la Metrópoli, no cede ante los arbitrarios propósitos del capitán general y sus secuaces, que han visto hasta una fácil manera de recabar fondos en este sistema bárbaro de hacer justicia. Multiplicadas las "prisiones lucrativas", el Real Acuerdo se halla en aprietos para dar evasión al arduo trabajo de examinar los numerosos expedientes. Las cárceles están llenas de presos. Por dondequiera se alzan las quejas de las víctimas, y a Monteverde, para aligerar las instancias y poner coto a los reclamos, no le queda otro camino sino el de nombrar una junta especial que examine las denuncias en términos sumarios. La junta la constituyen el arzobispo Coll y Prat, el oidor Benito, el doctor Oropeza, el alcalde primero de Caracas, el doctor Antonio Gómez, los eclesiásticos Rojas y Maya y el marqués de Casa León. A esta junta se somete luego una lista de cuatrocientos presos remitida por el comandante de La Guaira.

En la ondulante fisonomía de Casa León surge este nuevo aspecto. De delator que fue en diciembre pasado, pasa ahora a juzgador de la suerte de los detenidos. Juez y parte. Amigo del rey y amigo de los sediciosos. Servidor de la República y corifeo de sus verdugos. Las dobles situaciones son la atmósfera donde mejor respira este curioso personaje. Si él no las busca, el Destino le depara estas alternas posiciones, donde sabe poner en juego los recursos de su extraordinario talento y la fascinación de su agradable natural. Ahora no hay pruebas contra los infelices patriotas encerrados en las pestilentes bóvedas del puerto, y la junta se ve precisada a ordenar su libertad. ¿Qué más quiere el marqués? Ya tiene paño con que fabricarse un hábito de hombre justo y clemente, y acaso a las puertas de su casa no falten esposas e hijas que vayan a protestarle gratitud. Esto lo sabe el público. Lo que pasó en diciembre lo guardan los archivos sigilosos. Y mientras se ignore la verdad, puede decirse que es morigerada su conducta al lado de Monteverde.

Reverso de la ferocidad sin precedente del bárbaro canario, la Audiencia realiza una severa obra expurgatoria, que termina por salvar preciosas vidas de patriotas que de todos los pueblos, desde la heroica Cumaná hasta la ilustrada Mérida, han venido, aherrojados de cadenas, a las cár-

celes mayores. Se libertan los enjuiciados, pero la Audiencia no puede resucitar las víctimas caídas en esta especie de cacería humana con que las autoridades españolas intentan asegurar su dominio en una tierra cuyos hombres juraron ser libres para siempre. Y en la Audiencia hay un hombre que, en medio de esta orgía de sangre y de crueldad, se levanta como expresión neta de la piedad y la justicia. El mismo, en un rapto de justo orgullo, sabrá pintar la fuerza de su consejo: "Todo el furor del partido dominante —dice— tuvo que ceder al tropiezo debilísimo que le oponía la opinión de un solo hombre, a cuyo influjo se atribuía la del tribunal. Yo fui este hombre, y me glorío de ello, como también del odio que aquellos alucinados me juraron por este motivo." Pasaron los años, y en 1827 Andrés Bello, que desde Londres atalaya el panorama del Nuevo Mundo, proclamará que todo americano debe respeto a la memoria ilustre del regente José Francisco Heredia, por los grandes y constantes servicios que hizo a la justicia, de donde derivó los desaires, vilipendios, sinsabores y amarguras que le arrastraron al sepulcro. Es demasiado puro y generoso para que soporten su presencia Monteverde, Boves y Moxó. En este coro atrídico su palabra desentona como la dulce advertencia de un niño que anuncia el precipio a quienes ebrios de odio luchan a su vera.

Venezuela toda viste luto por sus mejores hijos, que sufren el rigor de las prisiones, mientras vagan por los montes, durmiendo con las fieras, de corazón más blando que los hombres, los que quedaron libres y no pudieron tomar los anchos caminos del mar. La bestia de Caracas tiene fieles secuaces en el interior. Por donde pasan Yañes, Zerberis, Antoñanzas, Zuasola, Tiscar y Boves dejan sembrada la desolación y corre la sangre como si la tierra pidiese su riego para una bárbara vendimia.

La Patria es un largo lamento que sólo cesa cuando voces alegres anuncian que Bolívar anda a caballo por las crestas empinadas de la cordillera de Occidente.

En Nueva Granada los patriotas han obtenido auxilios para venir a libertar a Venezuela, sometida a la "ley de la conquista", que Monteverde ha puesto en práctica contra la letra de la Constitución, los consejos de la Regencia y el prudente aviso del Real Acuerdo.

Primero que Bolívar pasa la frontera Antonio Nicolás Briceño, colaborador de Espejo en el tremendo decreto que declaró la guerra sin cuartel cuando empezaron las atrocidades realistas. Ahora viene a hacerla práctica, antes que en Trujillo la proclame Bolívar, como fatal represalia de los desmanes sanguinarios del partido español. Cae Briceño en Barinas, pero será implacable la venganza de su muerte. El destino de Venezuela es nadar en ríos de sangre mientras sus bárbaros opresores no sean echados fuera o no moderen, por una nueva política, las crueldades de la guerra. Una serie de combates victoriosos acercan a Caracas las tropas libertadoras. Los pueblos por donde pasan bendicen sus nombres, los padres ancianos entregan sus hijos menores para que engrosen el número de los vencedores, las mujeres estériles lloran por la imposibilidad de ser madres de futuros héroes. Esta carrera triunfal de Bolívar y de sus hombres pone en alarma al rudo capitán general, que concluye por abandonar a Valencia, donde tiene su Cuartel, para ir a guarecerse en Puerto Cabello, después de la derrota infligida en Taguanes al jefe español Julián Izquierdo.

Si el año anterior el afortunado capitán pudo aprovechar las dolorosas circunstancias que después del terremoto azotaban la República, ahora "huye y se disipa como paja vana al arranque aterrador" de las huestes libertadoras. Y si Miranda no pudo salvar las reliquias de su ejército, Bolívar, en cambio, con el don maravilloso de convertir en triunfos las mismas derrotas, ha sabido formar cuadros rápidos que le conducen en admirable recorrido a poner en peligro el destino de los nuevos déspotas.

En Caracas está de gobernador interino Manuel Fierro, quien el 3 de agosto recibe oficio en que Monteverde le anuncia la pérdida de Valencia y su encierro en el Puerto. Reúne al pronto Fierro una junta extraordinaria, a la que asisten el arzobispo, el intendente, el Cabildo y los oficiales reales y algunos particulares. Examinan la angustiosa situación de la ciudad y concluyen por acordar que se entre en negociaciones con el jefe patriota para lograr una pacificación que salve las personas comprometidas en el régimen.

Casa León aparece de nuevo en la capital. Desde el 29 de diciembre anterior se ha separado de la Intendencia, y

pasa, como de costumbre, el mayor tiempo en Maracay. De allá viene lleno de pavor para embarcarse en un buque que ha fletado ya en La Guaira. Si todos tienen cuentas que rendir a los patriotas, las suyas son de saldo grueso. Con el regente Heredia había estado en continua relación por medio de propios que le llevaban a su residencia de La Trinidad noticia diaria de los movimientos del enemigo. Ya no hay tiempo que perder. Listo tiene el equipaje para la emigración. Sin embargo, sus amigos de Caracas le convencen de que es preciso hacer un último esfuerzo para detener la ruina que se acerca. Fierro dice que él aguardará el resultado de la negociación para realizar todos juntos la marcha a las Antillas. Se deja convencer el hábil don Antonio, y acepta formar parte de la comisión que ha de salir a negociar la capitulación con el jefe victorioso. Van con él el presbítero Marcos de Ribas, don Francisco de Iturbe, el doctor Felipe Fermín Paúl y don Vicente Galguera. La confusión es espantosa, y ante la imposibilidad de gobernar, Fierro mismo abandona la ciudad y deja el mando en las débiles manos de Francisco Antonio Paúl.

Camino de La Victoria, donde está Bolívar, salen Fernández de León y sus compañeros de parlamento. ¡Cuántas veces ha hecho esta misma vía el contumelioso caballero! Las circunstancias del momento lo llevan a evocar aquel viaje precipitado que realizó en julio del año anterior, bien acordado ya con la reacción realista, para ir a convencer a Miranda de la entrega de la República. Esta vez no camina voluntario. Compromisos mayores lo empujan a acercarse a Bolívar para ofrecerle la contrapartida de aquel acto de traición. Viene a entregar al jefe victorioso de la revolución el gobierno que detentan los intrusos. Viene a deshacer lo que ayer hizo. Para eso es el hombre de la contradicción y doble hasta dejarlo de sobra.

Bolívar lo recibe con la generosidad en que sobreabunda su espíritu nobilísimo. Muchas virtudes tiene él, pero sobre todas resalta la de la gratitud, que será característica inseparable de su conducta. Ver a don Antonio y recordar las horas que pasó oculto en su casa de Caracas para huir de la furia de Monteverde, es cosa del instante. Para hacer aún más patético el recuerdo, figura entre los negociadores don Francisco de Iturbe, el noble caballero que lo condujo

a recibir el pasaporte con que el comandante Monteverde le franqueaba la salida al exterior. Discuten los términos de la entrega, y el 4 de agosto está firmada la capitulación que da nueva vida a la República. Está redactada en sobrios términos, que demuestran la moral de las tropas vencedoras. Basta leerla para ver cómo Bolívar entiende la necesidad de aligerar con un poco de piedad la máquina feroz de la guerra.

"Artículo 1.° Deseosos de proporcionar la tranquilidad pública, evitar la dispersión de las familias, la confusión y horror de la guerra y economizar la sangre humana, con arreglo a las instancias de nuestros comitentes, hacemos las propuestas siguientes: que se establezca y plantee en la ciudad de Caracas y demás de Venezuela la Constitución de las Españas y que se elija para llevar las riendas del gobierno la persona que merezca la confianza de todas las clases en general.

Art. 2.° Que haya una reconciliación general, olvidándose todo el pasado respecto de todos los habitantes, sin distinción de origen y clases, de modo que no podrán sufrir detención alguna, ni en sus personas ni en sus bienes, por la adhesión del Gobierno español, con cuya condición y comprometimiento se entregará pacíficamente la ciudad de Caracas y todos los pueblos que comprende la provincia de este nombre, con el Puerto de La Guaira.

"Art. 3.° Que sea libre la emigración de todos los que la pretendan para retirarse con sus intereses donde más les acomode.

"Art. 4.° Que la entrada a la capital de las tropas no haya de verificarse hasta pasados quince días desde la fecha de la ratificación de este convenio, en cuyo intermedio podrán las tropas españolas evacuarla con todo el honor que corresponde a la nación a que pertenecen, siendo del cargo del Gobierno que se establezca el satisfacer su transporte."

CONTESTACIÓN

"Artículo 1.° Que, aunque poseído de los mismos benéficos sentimientos y conceptuando que para ejercerlos es inconducente la propuesta, no difiere a ella, y que a su

llegada a la ciudad de Caracas se establecerá la forma de gobierno que parezca más justa y adaptable.

"Art. 2.° Concedido, y se guardará religiosamente.

"Art. 3.° Concedida, con calidad de que hayan de presentársele dentro de un mes a solicitar el correspondiente pasaporte y dentro de otro realizar su salida, no habiendo embarazo de falta de buques y pudiendo constituir apoderado para la recaudación de sus intereses y conclusión de sus negocios.

Art. 4.° Que no pudiendo detener la marcha de las tropas, pasarán inmediatamente a la capital, luego que reciba la ratificación de este tratado, que deberá hacerse dentro del término preciso de veinticuatro horas, que correrá dentro de la en que le entreguen al Gobierno de Caracas los comisionados, quienes lo ejecutarán en todo el día de mañana; y que los militares españoles se lo ejecutarán comprendido en la emigración concedida, dejando las armas y pertrechos y permitiendo sólo a los oficiales su espada, cuya entrega se efectuará en el cantón de Capuchinos, como también la de las existencias de arcas públicas, archivos y demás correspondientes al Estado, en sus respectivas oficinas, luego que tomen posesión las tropas de la Unión.

"Firmado por duplicado en el pueblo de La Victoria, 4 de agosto de 1813.—*Simón Bolívar, marqués de Casa León, Marcos Ribas, Felipe Fermín Paúl, Francisco de Iturbe, José Vicente Galguera.*"

* * *

Treinta mil ciudadanos honran en Caracas al héroe amado. Vestidas de blanco y coronadas de laurel, muchedumbre de hermosísimas jóvenes toman parte en la apoteosis. Del brioso caballo lo hacen descender las huríes para colocar sobre su frente las alegres guirnaldas de la victoria. A vuelo han sido echadas las campanas de todas las torres, y los cañones anuncian con frecuentes salvas la presencia en la ciudad del bravo capitán que ha quebrantado la soberbia de los verdugos. ¡Salid, rostros queridos, a la luz! Ya no tenéis por qué buscar el recato de las sombras para ocultar vuestros fieles pensamientos de patriotas. Una nueva época empieza para la tierra amada que ayer no más regaron vues-

tras lágrimas. ¡Mirad cómo pasa airosa la bandera de los tres colores! Ella ha estado en los fieros combates en que Urdaneta, y Ribas, y Ricaurte, y Girardot, y D'Eluyar, y Campo Elías y tantos bravos más supieron dar prenda de su fe al servicio de la República. "Que se compare —escriben los papeles nuestros— la entrada a esta capital del héroe patriota con la del estúpido déspota que la dominó." Entonces no se oyeron estos gritos de alegría ni los vivas frenéticos y espontáneos en que prorrumpe el pueblo, ebrio de dicha ante la presencia de sus libertadores. ¡Sólo un grupo miserable de isleños y unos pobres ancianos, salidos como sombras de dolor ante la presión de las autoridades, que abusaron de su flaqueza, dieron la bienvenida a aquel que se presentaba trayendo en la mano, con la espada de la venganza, el ramo de ciprés, augurio de las lágrimas que saltarían al mero enunciado de su nombre maldito!

Bolívar no sólo se preocupa de los vivos. Para él los muertos, cuando han rendido la existencia al servicio de un noble ideal, siguen viviendo vida más intensa. La piedad y el amor para los que cayeron en la lucha es estímulo que levanta el tono de los combatientes. Con él viene el corazón de Girardot, caído cuando en Bárbula colocaba la bandera de la Patria sobre el cerro que inmortalizó su sacrificio. En su anterior entrada, Bolívar dejó en Antímano la reliquia del héroe. Hoy entra en Caracas, en magnífico carro triunfal tirado de briosos caballos enjaezados ricamente. Seis ángeles sostienen el carro, y dentro de él, dos ángeles más, inclinados sobre la urna, la mantienen en sus brazos. Espectáculo digno de ser cantado por Virgilio en el mismo metal con que pidiera ofrendas de lirios para el cadáver de Marcelo. *Manibus datis lilia plenis.* Solemne es la comitiva que acompaña los despojos del héroe. Van el arzobispo con el deán y el Cabildo. Siguen Bolívar y las altas autoridades militares y la representación de la ciudad. Después, los cuerpos del Ejército. Pasan solemnes bajo los arcos triunfales, como si la procesión llevase el rumbo puesto hacia un templo donde una extraña deidad estuviese sonriente en espera del héroe con quien va a compartir la gloria eterna del amor.

Tras de la cauda triunfal de Bolívar entra también en Caracas el marqués de Casa León. El hombre del doble

destino ha sabido hacerse perdonar sus consejos a Monteverde. Bolívar conoce sus dotes de organizador y valora su ascendiente sobre los godos de la capital y del exterior. Un hombre del caudal y del prestigio de Casa León sirve de recomendación a la seriedad de la República. De antiguo son amigos en el común oficio de explotar las tierras de Aragua. Cuando él nació, don Antonio ya era hombre formal que frecuentaba a sus padres en la casa solariega de San Jacinto, y en la niñez aprendió a respetar las dotes de prudencia que le hicieron a la consideración de sus amigos. El sabe que por 1795, cuando hubo necesidad de oír consejos para el resguardo de su patrimonio, su tío don Carlos Palacios acudió al buen juicio y a la influencia de don Antonio, quien estuvo presto a ayudar a sus tutores. Hoy lo cree útil a la administración pública, y le pide que se encargue de la Dirección de las Rentas del Estado. Quedarse con los suyos es para Fernández de León más cómodo que tomar las vías de la emigración, sobre todo cuando no está dispuesto a llevar luto por la falsamente anunciada muerte de Monteverde. ¿Y qué le importa el derrumbamiento del orden antiguo si puede mantener en pie su prestigio de gran señor? Doña Josefa Antonia está emparentada con hombres de la revolución, y ella, con sus grandes cualidades e insinuante natural, sabrá ayudar a que se olviden sus concomitancias con el gobierno derrocado. Y como a su juicio esta autoridad de Bolívar, a pesar de la gran adhesión de los pueblos, puede venirse abajo, buena ocasión tendrá a su lado para influir en favor de sus otros amigos. De no aceptar el cargo, no le sería fácil salvar al primogénito, este indiscreto de José Manuel, a quien las autoridades han impuesto pena capital entre las tantas que caen contra quienes traman la ruina de la República renaciente. y que él obtiene se le convierta en multa de diez mil pesos. Solapado en su misión de poner en marcha las rentas, evitando comprometerse en demasía con el gobierno revolucionario, cuyas órdenes contra los realistas promete, sin embargo, cumplir fielmente, así vayan en demérito de los bienes de su propio socio don Isidoro Quintero, pasa sus días enmascarado bajo el nombre republicano de Antonio de León, que ha vuelto a tomar durante el eclipse de la monarquía, hasta que, nuevamente descaecida la salud, se ve

obligado el 3 de enero de 1814 a hacer dejación del cargo y a tornar a las rústicas faenas en sus opulentas haciendas de Tapatapa, después de haber prestado sus "eficaces servicios" en la obra de fomentar las rentas del país, las cuales habían reducido, según sus propias palabras, "al mayor peligro de perderse, los crueles opresores del suelo colombiano".

Mientras Bolívar, a quien, en espléndida manifestación, el pueblo de Caracas ha otorgado título de Libertador, esté al frente del Gobierno, él habrá de gozar los beneficios de su generosa amistad. Nada tiene que temer. Honrado de sus numerosos servidores, feliz en el seno de su apacible hogar, donde personas de su familia le rinden devota sumisión, visto siempre en Maracay como influyente, procura nuevos bríos para seguir lucrando con los beneficios que le ofrece la circunstancia de saber sus pasos alumbrados por estrellas encontradas.

XVI

UN HOMBRE DE ORDEN

Bolívar, entre los afanes de la guerra que azota a las provincias y en medio de la lucha intestina que promueven las tendencias autonomistas de las regiones, intenta dar forma legal al régimen que ha establecido bajo el patrocinio del Congreso de la Unión Granadina. ¿Qué sistema es este que hoy vive la nación? Oye el consejo prudente de quienes tienen por oficio la función de aplicar los principios del Derecho. Sigue por mejor el plan que le presenta Francisco Javier Ustáriz, no sin escuchar la autorizada opinión de Miguel José Sanz, quien coincide con el antiguo redactor de la Constitución del año de 811 en ver por principal urgencia del momento el robustecimiento de la autoridad del jefe supremo. Nada de poderes separados que puedan aumentar las disyuntivas entre los que juzgan necesario mantener el sistema federal del pacto primitivo y quienes consideran por mejor la centralidad de los poderes. Para guiar esta nave desmantelada se requiere una autoridad omnímoda que evite las disputas. Bolívar no puede

gobernar con carácter distinto al de dictador que le ha dado la suerte de la guerra. Quede la República rezagada en sus instituciones para cuando mejores tiempos aseguren su ejercicio. Ella vivirá la vida precaria que le permite esta fase singular de ver sobre el orden legal un sistema que, afincado en los recursos de la fuerza, procura la paz para que en su seno alcancen los hombres a darse la forma institucional a que no pueden llegar las minoritarias reuniones de patriotas de Caracas. Paréntesis forzado entre los tiempos legales de la Primera República y la futura época en que sea posible mudar las formas que resulten impropias para el gobierno, la Dictadura se establece con toda la violencia que aconseja la necesidad de proseguir la guerra.

Sin la plenitud de los poderes, Bolívar no podría hacer frente a las urgencias de la Patria. A la cabeza de la República, un tanto platónica, que idearon los legisladores de 1811, no puede exhibirse un magistrado que, como él, tiene la clámide manchada por la sangre que ha brotado del propio corazón del pueblo. Los tiempos no permiten el imperio de la clemencia y de la tolerancia a que su corazón siempre es proclive. Sus medidas están signadas por la necesidad de la violencia. El reposo de los filósofos no tiene sitio en medio de esta tempestad aterradora. La guerra a muerte ha sido impuesta por la propia ferocidad del enemigo. Los peligros que en todas partes surgen reclaman medidas que espantan a la Historia. Ningunas granadas pueden estallar con mayor poder exterminador en los campos enemigos como las frías cabezas de los crueles verdugos de la República. Cortarlas es deber patriótico a que Bolívar se presta con la profunda repugnancia que le causa la crueldad. El nació para la libertad y la justicia, pero hoy ha de transitar estos peligrosos desfiladeros para alcanzar la cumbre amplia y gozosa donde puedan reinar a sus anchas las virtudes que hacen posible la convivencia humana.

El no ha desatado esta ferocidad con que se baten los guerreros. Los bárbaros caudillos españoles le obligan a poner en práctica medidas que aterren a los culpables. ¿Hay palabras que puedan detener los ímpetus salvajes de Boves, surgido con sus huestes de esclavos sanguinarios como amenaza de todo orden? Es valiente y feroz este lúgubre asturiano, que, a la cabeza de sus audaces lanceros, va sem-

brando el terror a través del suelo de la Patria. Un modo cierto hay para conocer el rumbo de sus tropas: buscar sobre la tierra requemada por el fuego de la metralla los fríos cadáveres de sus víctimas. Como una peste cruza este feroz capitán de tártaros, que liberta a los esclavos con la consigna de asesinar a cuanto criollo blanco caiga entre sus manos. Bolívar no está tranquilo un solo instante. Jinete en su corcel de guerra, sale a detener el huracán que se extiende en el ámbito doloroso de Venezuela y que empuja al vértigo de la sangre en este infernal desafío de la crueldad. Ni el hábito religioso detiene los instintos salvajes. Alzados en los púlpitos los clérigos realistas atizan la matanza, y son las propias madres quienes ciñen el puñal al cinto de los hijos inocentes para lanzarlos al asesinato vengador.

Pero las benéficas deidades de la República han huido para ceder su sitio a las Euménides. Por dondequiera son rendidas las armas de los patriotas, mientras el feroz asturiano gana el dominio de las aterradas poblaciones. Ya el sanguinario capitán asuela los valles de Aragua, y en Caracas se escuchan las voces espantadas de quienes tiemblan ante el seguro horror de su entrada en la capital. Es preciso emigrar de la ciudad, que fatalmente caerá bajo la implacable barbarie de los verdugos. Bolívar sale rumbo a Oriente con las reliquias del ejército, y tras de él, la población civil, que prefiere la muerte en los caminos a caer en las garras de este nuevo Atila, que sueña a diario con orgías de sangre.

Antes de retirarse, en la noche del 6 de julio, Bolívar reúne una junta de guerra donde se discute la tremenda situación de la capital. Aunque se crea posible defender a Caracas, la determinación es dejarla abandonada; y para que alguien quede en ella que pueda frenar el ímpetu incendiario de Boves, se constituye una junta compuesta por el arzobispo, don Antonio Fernández de León y don Rafael Escorihuela.

Si el marqués se ha visto en situaciones por demás difíciles, ésta que le ofrecen las circunstancias es harto peligrosa. Boves conoce la historia de Casa León, y cuando supo que tras de haber servido con Monteverde no tuvo inconveniente en permanecer al lado de Bolívar, le juró odio im-

placable, con promesa de hacerlo asesinar así se ocultase en el mero Tabernáculo. Pero Casa León tiene dos libros para la nota de sus cuentas. Hasta el presente, Boves sólo conoce lo que de él dicen los godos exaltados, a quienes el pueblo llama "somatenes". Ahora el marqués le dirá al oído, en secreto que nosotros no podemos escuchar, todo lo que ha hecho en beneficio de la causa española mientras servía los intereses republicanos. El es hábil para todo, y le explica con palabras sutiles cómo ese método suyo de vivir al escorzo, cuando ello precisa para ocultar las intenciones, le permitió mantener la fuerza del innegable prestigio que siempre ha puesto al servicio de su rey. El balance es favorable a los intereses realistas, y Boves, ya envuelto en la red del peligroso simulador, resuelve nombrarlo jefe político de la provincia, con funciones, además, de presidente del Tribunal Supremo, que viene a suplir la antigua Audiencia, cuyos miembros, espantados ante la perversidad del nuevo déspota, permanecen en Coro y Puerto Cabello; y cuando en octubre se reabre el legítimo Tribunal, Casa León evade que su autoridad sea reconocida en Caracas, hasta tanto no lo ordene Boves, que por entonces se halla fuera de la capital.

Bien honrado se siente Casa León en el nuevo régimen que lo eleva a expectante situación política. Los tiempos son aún más favorables para el reinado del terror. Desaparecida la amenaza de Bonaparte, el despotismo se ha entronizado de nuevo en la Península, tras la tentativa liberal y reformista de Cádiz. Fernando VII ha dictado su decreto de 4 de mayo por el que se disolvieron las Cortes y se abolió la Constitución. Han triunfado en su empeño conservador las fuerzas oscuras que, al frente del movimiento contrarevolucionario, dan al traste con las pocas conquistas liberales alcanzadas por la Madre Patria. La Inquisición misma reaparece como valla contra los principios del libre examen, implantado por los diputados de Cádiz en la letra de la Constitución. Y a Casa León, que había sonreído complacido cuando se juró la carta fundamental, toca ahora librar órdenes como jefe político para que se entienda que de nuevo impera la voluntad absoluta del monarca. El pregonero anuncia por bandos la noticia, y en los cuarteles del déspota y en el corazón de los que prefieren a la libertad el orden

del terror se oyen voces que vitorean al rey absoluto y que lanzan mueras contra la Constitución derogada. "¡Hermosísimo país para perderlo de vista!", exclaman ante la barbarie imperante los mismos españoles.

Ejecutor político de las órdenes de Boves, a Casa León corresponde cumplir los rigurosos secuestros a que se someten las propiedades de los patriotas. Entre éstas figuran tierras de Bolívar, que son puestas en arriendo para beneficio de las arcas públicas. El 20 de diciembre es subastada una de sus fincas, en acto que preside Casa León. Se trata del arrendamiento de la hacienda de cacao, situada en el valle de Aragüita, jurisdicción del pueblo de Caucagua. El pregonero, Silvestre Ponte, grita a las puertas del Tribunal: "A la almoneda, a la almoneda que se hace del arrendamiento de la Hacienda del traidor Simón Bolívar, situada en Aragüita, con sus esclavos, enseres y utensilios de su servicio y cultivo, al cual ha hecho postura don Manuel Bravo y da doscientos pesos anuales." Jaime Bolet, apoderado del presbítero José Gabriel Sutil, puja la oferta y la mejora en diez pesos. Vuelve a gritar el pregón hasta llegadas las doce, y no apareciendo opositores, Casa León le ordena anunciar que ha sido concedida al presbítero Sutil. "¡Ea, señores! —grita Ponte—, y pues no hay quien adelante esta postura que buena, que buena, que buena pro le haga al referido don Jaime Bolet, el Tribunal acuerda conceder el arrendamiento." Ha cumplido fielmente la justicia Casa León. Ese es su oficio. Nada le duele la fortuna de su amigo. Para eso es frío, impasible, sin entrañas que le hagan sentir afectos que se opongan a sus calculados intereses.

Hasta la llegada a Caracas, el 14 de abril de 1815, del mariscal de campo don Juan Manuel Cajigal, permanece el marqués en su cargo de jefe político. Su estrella decae con la muerte de Boves, ocurrida a fines del año anterior. Entre uno y otro gobernantes se nota favorable diferencia, y por ello Caracas se complace en que Cajigal, a pesar de las bárbaras consignas de la llamada "Acta de Urica", haya ganado a Morales la partida. El gobernador y capitán general ha empezado a oir informes desagradables sobre la conducta del marqués. Hay feroces "somatenes" que le censuran sus servicios con Bolívar, y a la Corte han llegado relaciones del propio Monteverde, indignado porque Casa León

hubiese acompañado al Libertador en la Dirección General de las Rentas del Estado. No se puede impunemente estar en una y otra parte, y por más astucia, y así sea mucho el talento del marqués, ahora habrá de pagar en parte lo ondulante de su conducta.

El 11 de mayo llega Morillo con el encargo de pacificar a Venezuela. Entre las instrucciones que se le dieron trae la de procurar que tanto Casa León como su amigo el marqués del Toro, actualmente en Trinidad, sean alejados de la provincia. A las sospechas que sobre el marqués recaen de parte de quienes han venido atacándole por el doble juego de su política, se han agregado últimamente algunas noticias llevadas a Morillo, según las cuales, mientras él estaba en Margarita, Casa León asistía a ciertas reuniones secretas donde se conspiraba contra el régimen español y se leían cartas enviadas por Bolívar. Sus mismas estrechas relaciones con el regente Heredia, por su bondadoso y justiciero espíritu calificado de sospechoso, y quien después de ser huésped de su mesa pasa a ocupar una casa suya situada en la Plaza de la Artillería, no le hacen mucho mérito.

Fernández de León se sabe mal visto de las autoridades, y en su resguardo procura que le sean confiadas comisiones con que probar su inquebrantable adhesión a la causa de Fernando. Dispuesto a contribuir a la defensa del Gobierno, franquea hasta diez mil pesos para el empréstito forzado de cien mil que ha ordenado levantar el Pacificador. En él le toca fuerte carga, pues a más de la suma contribuida, se le ha designado en la asamblea de Hacendados y Comerciantes convocada por el prior del Consulado el 13 de mayo, para constituir con don Luis Escalona, don Pedro de la Mata, don Fernando González Linares y el Tribunal del Consulado, la Junta que ha de hacer la asignación que se fijará a los contribuyentes. Ello no empece, sin embargo, para que, mal visto como está por las autoridades, se le haga comparecer a la Junta Superior de Secuestros en relación con el cobro de cierta libranza de la casa mercantil León y Quintero con la firma de Robertson & Belt. Le toca ahora a don Antonio enfrentarse a las medidas de Moxó, "cuya avaricia no conocía freno ni su salacidad decoro", y quien está colocado a la cabeza de la Junta de Secuestros. Son disputas que arrancan de relaciones con-

traídas en tiempos de Miranda, y cuando Casa León se ausenta, se notifica a su apoderado la siguiente sentencia:

"Vistos: mediante a que el señor marqués de Casa León, como jefe de la Real Hacienda en 1812, debió haberse informado de las cantidades que a Robertson se adeudasen por cualquiera de las casas de comercio para indemnizar con ellas en parte a la Real Hacienda de la considerable cantidad de 22.000 que aquél extrajo; así por esta negligencia, como atendiendo a las poderosas razones del señor don Domingo Monteverde y de don Jorge Federico Lanz, se declara a conformidad con lo representado por el señor fiscal, que dicho señor marqués debe responder a la Real Hacienda de la cantidad que debe a Robertson la casa de León y Quintero, y por tanto pásese oficio a los señores prior y cónsules para que así los cinco mil pesos del ya dicho señor marqués, y que por orden de esta Junta Superior permanecen en clase de embargo, como todos los demás intereses del mismo, se pasen a esta Tesorería, oficiándose igualmente a don Jorge Federico Lanz para que informe si se ha cobrado la libranza pagadera en Jamaica, que ofreció también Robertson por parte de pago. Así lo decretaron los señores de la Junta Superior y firmaron. *Salvador de Moxó, Joaquín de San Martín, Dr. Francisco Delgado Correa, Pablo de Echezuría, Nicolás Peña, Martín de Baraciarte, José Oropeza. Maestro José de Sistiaga,* relator."

Casa León no descuida ninguna oportunidad para exhibirse como leal vasallo de Fernando, y cuando el 30 de mayo se celebra en Caracas el día del soberano, no sólo asiste luciendo flamante casaca de merino azul, negras medias de seda inglesa, zapatillas de plateada hebilla y la empolvada peluca de marqués, al Tedéum de la Metropolitana y al besamanos que se ejecuta en la persona del capitán general, sino que franquea su suntuosa residencia, decorada y alumbrada con ostentoso lujo, para el magnífico baile que ofrece el Regimiento de Infantería La Unión, empeñoso de probar "que se puede ser feroz en el campo con los enemigos y suave en los estrados con las señoras y amigos". Ni un momento desperdicia el sutilísimo don Antonio para adentrarse en el ánimo férreo de Morillo, de cuyo brazo la mar-

quesa, ataviada de mil galas, cruza los severos salones y los amplios corredores, distribuyendo finas y amables sonrisas entre los militares que forman la cohorte del Pacificador, tan bien pagado de la disciplina y brillantez de este cuerpo del que fue fundador y primer coronel.

Sea que Morillo lo invite o que él se ofrezca a acompañarle con el propósito de obsequiarle de paso en su señorial mansión de Maracay, pronto lo vemos en Valencia al lado del Pacificador. Dondequiera que sea necesario cumplir una misión difícil él acude complacido, para probar su lealtad a la causa de España, mas, así sean muchos sus esfuerzos, Morillo da en la flor de advertir que todo lo hace de mal grado, y concluye por ejecutar las instrucciones que tiene de hacerlo viajar a la Península.

Camino de España se encuentra en Puerto Cabello el 8 de julio de 1815. Buena cantidad de frutos tiene en los almacenes de la Aduana. Aunque sean difíciles los tiempos, él sabe sacar provecho a sus haciendas. Arregla sus negocios, da instrucciones y, antes de tomar la nave, confiere poder general a su señora y a su hijo José Manuel, galardonado con la orden de Carlos III. Mientras viaja por el movido mar Caribe, hace examen de su vida para preparar su defensa ante la Corte.

Profundas reflexiones embárganle la mente. Emparan, Miranda, Monteverde, Bolívar, Boves, Cajigal, Morillo aparecen en su recuerdo en curiosa sucesión. ¿Por qué se duda de su lealtad a la Corona? Si él fuera afecto a los patriotas, no iría con su hoja de servicios a la causa del rey a sincerarse de las imputaciones que le hacen sus enemigos. Bastaríale huir en un falucho y desde Curazao ponerse en contacto con Bolívar. Tampoco es el único que haya jugado al doble partido de acomodarse a las circunstancias del ambiente de la política. Sus amigos los mantuanos han ido con iguales atavíos a las honras del corazón de Girardot y a los funerales de José Tomás Boves y la misma alegre casaca se han puesto para asistir a las ceremonias de jurar la Constitución de Cádiz y al espléndido Tedéum por los triunfos de Bolívar. Ante todo y sobre todo es hombre de orden, que prefiere con sentido filosófico la tranquilidad a la justicia. Y el orden lo representan quienes ejercen el Poder. ¿Por qué se le pide que hubiera abandonado sus ricas pro-

piedades para acompañar a los realistas en la emigración? Si se fueron José Domingo Díaz, el doctor Oropeza, Francisco de Iturbe y tantos y tantos más que temieron la justicia de Bolívar, eran ellos libres de hacerlo, pues no estaban obligados como él a defender grandes intereses territoriales. Su caso es otro. Aférrense a las ideas y sacrifíquense por ellas los que andan buscando méritos con que balancear su carencia de posición. Pero él, que goza grandes haberes y ya tiene asegurado el respaldo de su nombre, ha de sacrificarlo todo por mantenerse en la permanencia del prestigio. Y este bienestar sólo se alcanza bajo la sombra de quienes prestan garantías al orden. Jamás llegará a explicarse cómo Bolívar ha expuesto su inmensa fortuna y el reposo de su vida regalada para darse a la defensa de esta locura de independencia. Su misma hermana María Antonia bastante le ha criticado la inconsecuencia con los intereses de su clase y después de haber costeado fiestas religiosas de acción de gracias por el triunfo de las armas realistas y de haber ocultado y mantenido en su propio hogar a los enemigos de Bolívar, en las Antillas hace ahora alardes de adhesión a la causa del monarca, en busca de pensión de las cajas reales. Será cosa de años y de lecturas venenosas. El tiene el seso más maduro, y si bien le agradaría que tomase cuerpo el propósito de obtener mayores privilegios para las clases dirigentes del país, este desorden y esta ruina en que ha desembocado la imprudente revolución no son para su gusto. Partidario de la independencia absoluta, nunca en verdad lo ha sido, aunque así lo hayan propalado Mosquera y Figueroa y otros enemigos suyos y aunque así lo haya dicho él mismo al infeliz Miranda. Si sirvió con éste y con Bolívar, no tuvo otra mira que defender sus intereses personales, y bastantes servicios hizo entonces a la causa del rey. Además, ellos representaban la autoridad que podía garantizar el orden. Y él es, ante todo y sobre todo, un hombre de orden.

XVII

POR TIERRAS DE ESPAÑA

La nave en que sale para España Casa León toca primero en las costas de Nueva Granada. Morillo ha querido que el marqués ayude a los expedicionarios que se aprestan a la conquista de Cartagena. La plaza está dividida en lo interior por las disputas entre los partidarios de Bolívar y de Castillo. De todo ello se informa el Pacificador cuando llega el 22 a Santa Marta. Don Antonio se queda en este puerto, y desde aquí contribuye al envío de recursos a los sitiadores. Mejor está en este medio, donde sus enemigos lo dejarán en paz. Por octubre aún permanece Casa León en Santa Marta, y el 26 dirige a sus amigos de Caracas carta en que les da noticias del avance de los sucesos.

"Cartagena —dice—, que lleva dos meses y medio del más bien dirigido sitio por mar y tierra, si a estas horas no está rendida, debe hacerlo irremisiblemente de un día a otro. Verificado esto y adelantando Calzada sus operaciones como esperamos, es consiguiente la reducción de todo el Reino, de donde sólo sabemos que no ha hecho el menor movimiento a favor de Cartagena.

"Cartas particulares del ejército sitiador detallan algunas particularidades. Bermúdez, aquel Bermúdez tan conocido en este país por sus nefandas atrocidades, puesto a la cabeza de una facción de satélites dignos de él, ha depuesto del mando a los gobernadores Castillo y Amador, y puéstoles en prisiones. ¡Infeliz Cartagena, al arbitrio de semejantes monstruos!

"Los horrores del hambre, el odio al nuevo tirano, el desengaño de las más absurdas patrañas, la generosidad del sitiador y otras causas semejantes causan en aquella plaza los efectos que son consiguientes. Diariamente se presenta en los puntos avanzados un gran número de habitantes con armas o sin ellas, que son admitidos y tratados de un modo que no esperaban. Ya en el cuartel general están casi todos

los jefes y oficiales de graduación cartagineses, unos cogidos y otros presentados. El 22 se presentaron en el puesto avanzado de La Becerra más de 200 mujeres pidiendo amparo. Se las hizo volver a la plaza, habiéndoseles asegurado que nada debían temer de la ocupación de ella.

"El bloqueo de mar es tan estrecho por los 28 buques de guerra destinados a él, que nada, nada absolutamente, entra ni puede entrar. Se han apresado varios buques cargados de víveres que intentaban introducirlos en la plaza, y declarados por buenas presas.

"Dentro de la bahía se halla encerrada una gran porción, que serán a su tiempo irremisiblemente apresados, entre ellos un corsario francés, que sufre, como los demás, los horrores del hambre. Parece ser el de Brión, tan conocido en esta provincia."

En Madrid, don Antonio halla influyente a don Esteban. Está de consejero de Estado, y nadie mejor que él para asumir ante la opinión española la defensa de su conducta en las cosas de América. Para ello son hábiles los hermanos, y no conformes con utilizar el buen ambiente palaciego, imprimen a la memoria que don Esteban viene preparando desde 1813, donde relatan a su modo los acontecimientos en que tuvo parte Casa León. Claro que en ella se pasa como sobre ascuas a través de su actuación al lado de Miranda, y de la colaboración con Bolívar durante el año 13 no hay recuerdo alguno. ¿Qué dirán ahora de su lealtad al rey aquellos canallas de Caracas que se atrevieron a decir que andaba en enredos con Bolívar? ¡Miserables traidores que desconocen la rectitud de su carácter! No faltan en los informes, ¡cuándo debían faltar!, calumnias y diatribas contra los patriotas. Andrés Bello, que nada debe a los Fernández de León, a no ser que hubiera prestado algún servicio a don Antonio, es exhibido por traidor a los revolucionarios, mientras se pondera hasta el extremo el calor con que el marqués siempre defendió los intereses del rey.

Así sea brillante la defensa, Casa León permanece en el ambiente de la Corte lejos de las intrigas de los hombres que en Venezuela representan la autoridad real. Sus tierras de América están bien servidas y cuidadas. Para ello están el hijo José Manuel y el fiel mayordomo don José Antonio

Bethancourt Medina, que saben administrar La Trinidad, donde, hoy por hoy, se muelen veinte mil pesos al año. A él le llegan oportunamente buenos réditos, y con ellos también malas noticias de la familia.

Don Antonio está pendiente de las murmuraciones de Venezuela. Bien sabe que no son flores lo que riegan los emisarios de España y que entre los mismos amigos del rey hay un mundo de intrigas que quitan fuerza a la obra de pacificación. Habría que comenzar por traer de paz a los mismos magistrados. Si un corsario argentino no hubiera hecho presa de la nave que la conducía a España, habría alcanzado a leer, antes que la publicara la prensa de Buenos Aires, la carta que en enero de 1816 le dirigió el oidor Uzelay para referirle la situación de ánimo que en la Audiencia provocó la disolución del tribunal decretada por Morillo. Tiene finas entendederas este juez y humor le sobra para pintar el cuadro disoluto de las instituciones, que aún se intenta mantener en la provincia.

"Mi amigo —decía el oidor a Casa León—, supongo ya en poder de Vmd. mi anterior que escribí en Caracas por el mes de septiembre, de donde salí empalagado de ver y oir desatinos, proyectos y planes de alta política, con el objeto que apunté a Vmd. de redondear mis cosas; pero apenas llegué al llano cuando empezaron de nuevo a llover nuevas tentativas de los amos de la caña hueca, tratando de incomodar a toda la gente de balandrán. Primera petición: venga el sello, archivo y enseres de la difunta. Segunda: manda el GRAN SULTAN que se reúnan vuestras señorías en la plaza de Puerto Cabello; ¿para qué eso?, eso yo no lo sé: él lo manda, y se ha de hacer lo que él mande, tuerto o derecho. Pero a mí me han silenciado esta orden de la Puerta Otomana hasta la extrema, pues sólo se me ha hecho saber en 28 de diciembre próximo pasado, y a los compañeros, a mediados de octubre. Sin duda temían la contestación que les he dado de que la Audiencia no puede reunirse sin nueva orden del rey, y que es inútil mi comparecencia en aquel punto; yo creo que sus ánimos sean otros, pero me he hecho el sueco para quitar el golpe. Ha llegado el caso hasta notificarme de que me presente en Puerto Cabello a dar razón a aquel comandante de ciertos papeles, sin

designar cuáles, y el señor Moxó firma la orden como si se tratara de un cabo de escuadra. Viendo el tono tan alto que ha tomado esta gente, confundiendo mi moderación con el miedo, que nunca les he tenido, me ha sido preciso representar al ministerio claro: sin que me aterre el hermano mayordomo. Siendo que la premura del tiempo no me dé lugar a incluir a Vmd. una copia; pues mi papel contiene especies que pueden hacer al caso; pero, según creo, no le será dificultoso el conseguirlo en la fuente. Y quizá a la hora de ésta me están preparando el barco para que vaya personalmente a llevársela, en cuyo caso comeremos juntos los nabos de Foncarral y nos daremos muy buenas panzadas de murmuración y procuraremos hacer a *esta canalla* todas las cosquillas posibles. Ellos vienen en el entender que todos los que están en Indias son indios, y ¿qué sabemos si les saldrá el sueño del perro? En fin, yo pienso tolerarles lo preciso para que no me hagan pasar frío, y que en llegando la primavera... a Madrid, por darme un verde y cantar feo.

"Cuídese V. mucho, que, en habiendo salud, lo demás es tolerable, y a nosotros no nos incomodan tanto los viajes como hechos a los trabajos del campo como a los maricas ciudadanos perpetuos. En fin, según veo las cosas, puedo despedirme hasta que nos veamos en esa Corte; pues son muchos los que por distintos fines tienen intereses en hacerme viajar, unos porque no les incomode en la pacífica posesión de hacer cuanto se les antoje, otros porque no me ría y murmure de sus planes de *robar* como antaño, y alguno porque no siga mi empeño de división de bienes de mi suegro, cuya solicitud tengo en planta. Pero, en fin, veremos cómo nos entendemos, pues yo no pienso dejarme engañar de intriguillas indecentes manejadas por cierta masonería que he descubierto por una casualidad, leyendo papeles viejos. Adiós, amigo mío, hasta la vista. Si el señor don Esteban se hallase en compañía de V., puede hacerle presente mis recuerdos y fino afecto que les profesa a ambos.

Ignacio Xavier Uzelay."

¡Cómo caen en el ánimo del exiliado las cartas lacrimosas en que le comunican, primero, la muerte de la marque-

sa; después, la del hijo Antonio, a quien sorprende repentinamente el fin cuando ejercía el Alguacilazgo de la Real Audiencia, y un año más tarde la de Josefita, que en mayo del 18 había contraído matrimonio con don José María Monserrate Ibarra. Ahora sí está llorando como un niño don Antonio. ¡Cómo le muerde la soledad de Madrid, donde ya no vive tampoco don Esteban, muerto a principios de este año fatal de 19! Agobiado de pena, toma la vía de la modesta villa de Esparragosa de Lares. Allá están los deudos que pueden poner un poco de consuelo en su abatido corazón, y allá será abierto el testamento del consejero, que tanto preocupa conocer a los sobrinos.

Don Esteban fue soltero impenitente, y los gruesos caudales que empezó a formar cuando ejerció el Tenientazgo de la Sabana de Ocumare serán distribuidos entre los numerosos sobrinos, tocando, claro está, la mejor parte a don Antonio. La familia está ansiosa de que el grave marqués, que tanto la honra y a quien dio instrucciones de testar el buen hermano, le diga lo que éste dispuso a favor de ella.

Poco interesa a los deudos las cláusulas rituales en que el testador ordena que se le entierre con hábito de San Francisco de Asís, sin insignias que delaten las distinciones que alcanzó en vida. Está bien que don Esteban se preocupe por las doscientas misas para su alma y los seiscientos reales para los pobres que concurrieren al entierro, con que entiende mejorar su balance espiritual, que bien ajustado estaría en concepto de los deudos con la fábrica que ha hecho de una iglesia en la villa de su nacimiento, bajo el título y advocación de Nuestra Señora de los Dolores y San Andrés Apóstol, y la del Hospital del mismo nombre, que ahora dota con capital de un millón doscientos mil reales de vellón, en vales reales y en tierras de pasto y de labor. Buena fortuna había acumulado don Esteban. En poder del marqués, que tiene encargo de albacea, están las largas memorias de las tierras, vales, acreencias y depósitos de frutos que constituyen la hacienda del difunto. Allí figuran gruesas cantidades de añil y de cacao procedentes de Caracas, que se guardan en los almacenes de Cádiz y La Coruña, y la lista de las fincas que tiene en el Valle de Ocumare y la mención del lote situado extramuros de Caracas, por el barrio de San Juan. Los sobrinos son bastantes. Los hay tam-

bien en segundo grado, y a todos deja algo el testador. Veamos la lista que entresaca don Antonio de la larga memoria que constituye el testamento:

Para doña María López Franco.....	45.000 reales.	
Para doña Josefa Fernández de León.	50.000 "	
Para don Juan José Pérez Luengo.	40.000 "	y la mitad de una casa en Esparragosa.
Para doña Irene Pérez Luengo ...	25.000 reales	y la otra mitad de la casa, más una cerca a orillas del Guadiana.
Para don Sebastián López	20.000 reales.	
Para don José Fernández de León...	45.000 "	y un tejar en el sitio de La Calera.
Para doña Josefa López.....	35.000 reales.	
Para doña Catalina López.....	35.000 "	
Para doña María de la Cueva Fernández	25.000 "	
Para don Domingo Pérez Luengo...	20.000 "	
Para don Antonio Fernández de León, sobrino	20.000 "	y la casa suya que habita en Esparragosa.
Para don Lorenzo López	20.000 reales	y 10.000 si llega a casarse.
Para don Antonio López	20.000 reales	y 10.000 si llega a casarse.
Para don Lorenzo Esteban F. de León	20.000 reales.	
Para don Juan José F. de León ...	20.000 "	
Para don Sebastián Lorenzo F. de León	20.000 "	

Deja a los sobrinos que le hacen compañía, don Lorenzo Fernández de León y don Esteban Cabanillas, los muebles de su casa de Madrid. Incluye al sobrino de América, don Sebastián, a quien condona cierta deuda y cede algunos créditos. Disposiciones especiales consigna a favor de los sobrinos que siguen carrera eclesiástica y para dotar de escuela y médico a la villa natal. No olvida la ermita de Nuestra Señora de la Cueva, a la que el hermano don Lorenzo favoreció en su testamento, y a cuyos ermitaños acuerda trescientos reales al año, a fin de que tengan abierta la

capilla "desde salir el sol hasta ponerse", sin permitir jamás en ella "bullas, ni conversaciones, comer o bailar".

Lo que sobre del caudal y las tierras de Ocumare toca al marqués. Con esto don Antonio siente mayor nostalgia por América. Trajo en tela de juicio la conducta y ahora regresará con títulos de nuevas propiedades, que darán mayor valimiento a su persona. A él le sonríe la fortuna en medio de las persecuciones, y todo le sale a pedir de boca. El año de 808 vino bajo partida de registro y regresó con título de Castilla, lo envió después Morillo como desafecto al régimen, y aprovecha su estada en la Corte para arreglar el testamento del hermano. Los tiempos están cambiando, y, aunque tenga noticias de los triunfos de Bolívar y de la República, en breve podrá tomar el barco que lo conduzca a tierra venezolana, donde la nueva política española se propone realizar una pacificación que concilie los intereses en abierta pugna. Su talento es prenda de que sabrá acomodarse a la mudanza de los tiempos.

XVIII

¡POBRE VIEJO!

La revolución liberal de Riego y de Quiroga, que pone en vigencia una vez más la Constitución de Cádiz, está llamada a tener eco bonancible en la política colonial. La suerte también ha sido favorable a las armas independientes, y en Angostura, el pasado año de 19, se instaló por segunda vez el orden legal de la República. Bolívar no está al frente de montoneras desorganizadas. Son divisiones bien aviadas quienes libran las batallas en el ancho territorio de la Patria. Después de triunfar en Venezuela, el ejército libertador ha atravesado los Andes para ir a libertar a la infeliz Bogotá, cubierta de crespones por las crueldades de Morillo. Las normas constitucionales de España influyen en la política que acá siguen los representantes del poder real, y el Pacificador, no viendo ya rebeldes malditos en los hombres que guían la revolución americana, celebra con ellos un armisticio en la ciudad de Trujillo, donde reconoce la existencia jurídica de Colombia. Nada puede contener a la

República en su marcha victoriosa. Maracaibo se suma al orden independiente. Queda reducido el gobierno intruso a la ciudad de Cumaná y a las regiones del centro, donde Caracas aguarda a que Bolívar, dudoso de la pacificación española, triunfe en el campo inmortal de Carabobo para ver abolida esta colonia postiza que mantiene sobre su rebeldía el peso de una coyunda lamentable.

Casa León ha vuelto a Venezuela, y presto gana, con don Miguel Amiama y don José Pacannis, acta de diputado provincial para los años 22 y 23. Pero la suerte le es adversa a estas alturas de la guerra. ¡Cómo hubiera deseado permanecer en España para no ver de cerca el derrumbamiento definitivo del sistema español! Cabizbajo está el marqués en sus haciendas de Tapatapa. ¡Qué hermosos valles! ¡Qué opulentas tierras! Su vida de tantos años está enraizada, como los frondosos samanes que sombrean La Trinidad, en este suelo amado que hoy precisa abandonar y que en breve mirará en la memoria como tierra hostil, cubierta de sal amarga. Sólo queda un sitio seguro a los realistas. A Puerto Cabello ha ido a encerrarse en su derrota el mariscal La Torre, y para allá sale el atribulado don Antonio.

Fieros leones que no se resignan a entregar la presa, en el recinto murado de la plaza aún se defienden, con la fe más recia que las áncoras, estos leales y bravos españoles. Ellos tienen una gloriosa tradición de resistencia y su honor les manda a regar la última gota de sangre en defensa de la bandera de su rey.

Caracas ha visto entrar de nuevo a Bolívar y a su ejército glorioso. Pero la guerra no se para aquí. El caraqueño tiene un compromiso con América, y abandona los paternos lares para continuar la carrera victoriosa que habrá de quebrantar en el Continente la resistencia del enemigo. Al frente de la defensa de Venezuela ha quedado el bravo Páez, que tiene sus tiendas en Valencia para mejor acosar a los realistas. Por enero de 1822 el jefe patriota recibe de La Torre una nota en que le dice:

"Me es de la mayor complacencia manifestar a V. E. que, consecuente la Nación española con los principios de generosidad que ha desplegado desde su feliz transformación, tratando de poner término a la guerra que ha desolado

la gran familia, acabo de recibir instrucciones de la Corte que producirán a Colombia el bien por que ha suspirado, y según las cuales debo dirigir comisionados cerca del excelentísimo señor presidente don Simón Bolívar para entablar y concluir un tratado de paz con ese Gobierno. Pero no pudiendo verificarse sin el salvoconducto correspondiente, espero que a la mayor brevedad posible me lo remita V. E. para los señores marqués de Casa León, jefe superior político de estas provincias, y para el coronel de los ejércitos nacionales don José María Herrera, cuatro criados y sus equipajes.

"Tengo la satisfacción de añadir a V. E. que he recibido órdenes expresas de la Corte para suspender las hostilidades por mi parte, y de hacerlo así entender al Gobierno de Colombia. Como creo que V. E. convendrá en la misma suspensión por la suya, es conveniente que se reúnan en San Esteban dos comisionados por ambas partes, para señalar los límites de nuestras respectivas jurisdicciones y convenir en el modo con que deben entenderse los habitantes de ambos territorios."

Es la última embajada de Casa León. En su cuartel general recibe el jefe patriota la visita de don Antonio. Nunca se habían visto estos dos hombres. Son, sin saberlo, el símbolo eterno de la política de Venezuela. Noble el uno, plebeyo el otro, constituyen el nudo de las tendencias sociales del país. El viejo terrateniente colonial que da la mano, en señal de la continuidad de la Historia, al nuevo señor que construirá su edificio económico sobre las ruinas del antiguo mundo. Más que a tomar seguridades para ir a parlamentar con el Libertador, Casa León ha venido a hacer entrega de su señorío feudal al futuro titular de sus dominios. Un mundo frente a otro mundo. Un sistema frente al sistema que, con distinto rubro, habrá de perpetuarlo. Para el Páez bravío que alzó la lanza en defensa de principios cuyo contenido aún es incapaz de comprender, Casa León representa el poderío del régimen caído, que él se apresta a continuar. Llámense realistas o patriotas, ambos entienden las ventajas del orden como posibilidades de dominio. Para el llanero, éste es el fin de su carrera bélica: mandar y servirse a su antojo del poder. De estorbo le servirán mañana los consejos de los letrados que lo llamen al cumplimiento de las le-

yes, y con el mismo ímpetu con que ha destruido a los españoles, destruirá también las instituciones republicanas. Si los otros, los hombres de las ideas, vienen a sustituir modos de pensar y de vivir, él, con toda la fuerza vegetal de la llanura donde su vida ha discurrido, tipifica la prosecución, bajo nueva librea, de las aspiraciones materiales, comunes a los hombres, por detentar los instrumentos de la producción y los atributos del Poder. Si Casa León aparece como superviviente de la antigua oligarquía territorial de la Colonia, Páez, a pesar de su origen humilde, será cabeza de la nueva oligarquía republicana, que sabrá erigirse en fuerte muro para detener el avance de la propia revolución, en cuyo servicio alcanzó los lauros que lo hacen cabeza del nuevo orden. Ella permitirá que se vista con nobles ideas de libertad la armazón del nuevo Estado; mas en los procesos económicos continuará la misma estructura antigua, sin mostrar enfado en hacerse a las nuevas fórmulas sociales que llevarán a sustituir las antiguas cortesías a la nobilísima marquesa de Casa León por agasajos a la querida del nuevo amo de las tierras de Tapatapa. El encuentro de estos dos personajes representa el acto de entregar el vencido los símbolos de mando al victorioso sucesor. El viejo señor de Maracay ha resignado el señorío en manos del nuevo señor de Venezuela. Un amo por otro amo. Una barbarie sin estilo que reemplaza las formas amañadas del orden colonial. La economía, donde se asienta la libertad política, seguirá lo mismo que antes. Cambiará lo de afuera, pero los hombres serán los mismos en sus actos. Se oirán palabras nuevas, mas los pueblos sufrirán la voracidad de los nuevos gobernantes.

Vuelve don Antonio a encerrarse en Puerto Cabello, sin que lleve a término su misión pacífica ante Bolívar. Desde el 22 de febrero ostenta en propiedad el título de jefe supremo político de Venezuela, que La Torre le confirió cuando la separación del brigadier Correa. Pero sus males lo obligan a separarse rumbo a Curazao. Responsable de su misión, poseído de que es personero del rey en este náufrago imperio del Caribe, envía a la Corte informes del curso de los sucesos. Son ya las últimas voces que van a España de sus autoridades en los antiguos dominios. Más que avisos de política, son trenos de quienes ven acercarse

una procesión de espectros. Pero la tierra llama. El no se resigna a perder sus bienes caídos en el mandamiento de secuestro. Confía en el porvenir y en su influencia con Bolívar. Aquí permanece hasta que se rinda Puerto Cabello.

Es 24 de agosto, y está dirigiendo a la Corte un extenso memorial donde resalta el agobio de su espíritu. ¡Pobre viejo! Si ayer llamaron a venganza tus acciones, hoy reclama tu debilidad la compasión. Te hemos condenado por traidor a la amistad y por tu oportuno y cobarde disimulo. Oiste nuestras recias palabras cuando entregaste a tus amigos. Hoy te ofrecemos frases de piedad y de consuelo. Sosiega tu espíritu, no te entregues a la desesperación. Para todo has sido calmoso y calculador. Tal vez tengas razón en considerar que fue una dolorosa imprudencia haber alentado las ideas autonomistas. ¡Hasta el mismo Bolívar lo ha de pensar así! Pero no olvides tu costumbre de aprovechar el semblante de las cosas. Acaso la pobreza llegue a desbastarte de tus viejas vanidades. Tú, que te enfadaste el 19 de abril por haber tomado en el Ayuntamiento sitio a tu lado un pobre pardo, te ves hoy en la obligación de vivir entre los negros rudos y malolientes de esta Antilla hospitalaria, de quienes ni siquiera entiendes el lenguaje. Ayer se arrodillaban a tu paso los esclavos que laboraban tus haciendas. Hoy te arrodillas, y no en reclinatorio recamado de adornos carmesí, muy junto a estos negros, en la misma dura banca de la humilde capillita adonde vas con tus plegarias a pedir a Dios paz para tu espíritu. Estás solo. De la noble marquesa te resta su perdurable y nostálgico recuerdo. De tus hijos te queda José Manuel, con quien abrir el lacerado corazón. El netezuelo Monserrate está en Caracas con su padre. ¡No llores, viejo! Han mudado los tiempos, así como mudabas tú a tu propio arbitrio. ¡Esa es la vida, don Antonio! Nada es cierto y duradero. Todo pasa. *Sicut navis, quasi nubes, velut umbra.* Tu recuerdo pasará también, sólo que él quedará para la Historia en forma muy distinta a como tú desearas perpetuarte. Y aunque "toda historia puede ser de diferente manera de como es", la tuya acaso no resulte a gusto de paladar para quienes han creído en la benemerencia de tus actos. Cualidades tienes para haber logrado brillo en los anales de la República, pues tus buenos servicios iniciales te dan título para ser tenido como

prócer abortado. Con un poco de firmeza hubieras logrado el honor de las estatuas. ¡Pero de qué valen las estatuas! Cálmate y déjanos leer el memorial. Tus ojos están turbios por las lágrimas. Nosotros llevaremos la palabra:

"En representación de 14 de junio último expuse a V. E. que, por estar gravemente enfermo y no ser posible curarme en la plaza de Puerto Cabello y carecer absolutamente de medios para subsistir, estaba determinado a aprovechar la ocasión de la fragata de Guerra *Constitución* para trasladarme a esta isla, prometiéndome que a beneficio de su buen temperamento, mejores alimentos y de la asistencia y cuido de mis hijos conseguiría restablecerme y ponerme en disposición de regresar a Puerto Cabello o a cualquier otro punto donde más lo exigiere el servicio, si nuestras armas progresaban. En consecuencia, me embarqué en dicha fragata el 16, y el 18 llegué a esta isla, donde permanezco, así porque es muy corto el alivio que he logrado en mis males hasta ahora como porque en el aspecto desgraciado que han tomado las cosas, es inútil mi regreso a Puerto Cabello, adonde únicamente podría ir, como lo reconocerá V. E. de la relación de los acontecimientos que han sobrevenido.

"La fragata de Guerra *Constitución* y corbeta *Ceres* entraron el citado día 18 de junio a proveerse de víveres para seguir inmediatamente a las costas de Maracaibo a virtud de habérselo pedido el general en jefe del ejército de Costa Firme, don Francisco Tomás Morales, al capitán de navío comandante de dichos dos buques, don Angel Laborde. El 4 de julio se hicieron a la vela, y como estos dos buques por su porte, no podían entrar por la barra de Maracaibo, se dirigieron al punto más próximo de los Taques de la provincia de Coro, y desde allí, a consecuencia de las comunicaciones que mediaron entre el comandante de ellos, Laborde, y el general en jefe del Ejército, Morales, pasó el primero a Maracaibo en una embarcación menor, llevando 80 marineros y algunos oficiales de Marina que el general Morales le había pedido para tripular y mandar los buques armados que teníamos en La Laguna, a fin de batir los de los enemigos que se habían introducido en ella, y puesto de acuerdo los dos jefes y tomadas las disposiciones

que estimaron convenientes, se dio la acción el 24 de julio con tan mal éxito para nosotros que de 32 buques entre bergantines, goletas y otras embarcaciones menores, sólo se salvaron tres goletas, y entre heridos y muertos de las tripulaciones y de los soldados que guarnecían los buques, siendo el mayor número de éstos, perdimos más de mil hombres; y a consecuencia de este desgraciado suceso, quedaron los enemigos dueños de La Laguna, y el general Morales con el resto del ejército sin víveres para la subsistencia de él ni para el crecido vecindario, y cortada la introducción así por mar como por tierra.

"El comandante de Marina don Angel Laborde logró salir en la noche del 25 siguiente en una lancha o bote pequeño, y llegar al castillo de la Barra, y transbordando a una embarcación mercante con los oficiales de Marina que habían llevado, y diez marineros que únicamente se salvaron de los 80, se dirigió al puerto de los Taques, donde había dejado la fragata *Constitución* y corbeta *Ceres*, y de allí, con estos dos buques, a esta isla, en cuyo puerto entró el 9 del corriente en la fragata, quedándose a la vista de él la corbeta, la cual, por no haberle podido coger a causa de las corrientes, se hizo mar afuera, y hasta hoy no ha vuelto a aparecer ni se sabe de ella y se juzga habrá ido para Cuba o La Habana.

"A la salida de Maracaibo del comandante de Marina don Angel Laborde, el 25 de julio, quedaba determinado el general Morales a salir por La Laguna con el resto del ejército, que según se dice sería de 1.800 a 2.000 hombres, en tres goletas mercantes, dos flecheras armadas y otras embarcaciones menores que le habían quedado, hacia el territorio de la provincia de Coro para dirigirse después a la de Caracas, donde se prometía aumentar sus tropas y encontrar medios de subsistencia; y, en consecuencia de este plan, despachó al comisario del Ejército don José María Correa para esta isla, a fin de que acopiase y le remitiese víveres a la mayor brevedad a la provincia de Coro. El expresado comisario, que vino en compañía de don Angel Laborde y entró en este puerto el 9 de este mes, despachó el 10 una goleta a la costa de Coro a adquirir noticias de si el general y el ejército habían recalado a aquella provincia, y ésta regresó el 19 sin haber sabido nada del paradero del

general y del ejército; y hallándonos en esta incertidumbre se ha publicado en la *Gaceta* de esta isla una copia de la capitulación que se dice haber hecho el general Morales con el jefe de los disidentes el 3 de agosto, obligándose a entregarle la ciudad de Maracaibo y el castillo de la Barra y haciendo las demás estipulaciones que reconocerá vuestra excelencia de otro papel, el cual, aunque no es un documento auténtico, atendidos los antecedentes, lo tengo por cierto.

"No puedo dar a vuestra excelencia ningún otro detalle de las circunstancias del desgraciado suceso del 24 de julio ni de las que hayan sobrevenido para que el general Morales desistiese de su resolución de pasar por el resto del ejército al territorio de Coro, y celebrar la referida capitulación, porque las especies que corren son muy vagas y aun inverosímiles, y sería muy aventurado formar juicio en virtud de ellas; por lo cual me remito a los informes exactos y documentados que el general del Ejército y comandante de Marina harán por los respectivos Ministerios; pero en el supuesto de que la capitulación sea cierta, como lo creo, habiéndose perdido el ejército del general Morales, en el cual estaban fundadas todas las esperanzas de recuperar las provincias de Venezuela, ningún medio ni recurso queda ni aun para intentarlo.

"Libres ya los enemigos del cuidado de dicho ejército y dueños enteramente de la provincia de Maracaibo, emprenderán ahora con empeño apoderarse de la plaza de Puerto Cabello, que es el único punto que poseemos en toda la Costa Firme. Esta podría sostenerse y se sostendría contra todos los esfuerzos que los enemigos hicieren, si tuviese la competente guarnición víveres para su manutención y el repuesto correspondiente de pertrechos de guerra, especialmente pólvora; pero su guarnición es escasa, pues a lo más que puede alcanzar es a 600 hombres, y de ellos el mayor número de soldados bisoños que no están acostumbrados al fuego; está absolutamente desproveída de víveres y sin arbitrio ni recurso alguno para adquirirlos porque la Hacienda está reducida a una nulidad absoluta; y por lo que tengo entendido, toda la existencia de pólvora serán doscientos cincuenta quintales poco más o menos, que se consumirán en muy poco tiempo en los fuegos de ca-

ñón del castillo y de la fortaleza de la Estacada, que es la principal defensa.

"Con el resto de los cincuenta y siete mil seiscientos sesenta pesos llegados de La Habana el 1 de mayo, que el comisario del Ejército trajo por disposición del general del Ejército con destino a remitirle víveres a Coro, se han acopiado y se remitirán a la plaza de Puerto Cabello en estos días los correspondientes para tres meses, escoltados por la fragata *Constitución*, que está próxima a hacerse a la vela para aquel puerto, y éste debe ser el término perentorio de su existencia, pues aquí no hay medio ni arbitrio alguno para adquirir más provisiones, y de La Habana ninguna noticia ni esperanza fundada hay de que envíe socorro alguno, y aun en el caso de que lo haga será muy difícil la introducción, porque los enemigos destinarán ahora todas sus fuerzas de mar a bloquearla rigurosamente, y en el día son muy superiores, pues tienen cuatro corbetas, otros tantos bergantines y algunas goletas, y, además, un navío de 64 cañones que les ha llegado de Holanda en principios de este mes, y las nuestras consisten únicamente en la corbeta *Ceres* y la fragata *Constitución*, de las cuales la primera debe tenerse por cierto se ha ido para La Habana, y la segunda, según se explica el comandante de Marina don Angel Laborde, seguirá también dentro de muy pocos días para el mismo destino con las corbetas *María Francisca* y *Carabobo* (*), que están en Puerto Cabello, en cuyo caso los enemigos quedan dueños absolutamente del mar, y la plaza habrá de sucumbir irremediablemente consumidos los víveres para tres meses que se le remiten ahora por la absoluta falta de ellos para la manutención de su guarnición y del vecindario.

"Después que en febrero del año 22 me hice cargo del Gobierno Político Superior, he expuesto repetidamente a su majestad por el Ministerio del cargo de vuestra excelencia que nuestras armas no podían progresar y obtener ventajas permanentes si no se dignaba disponer el envío de dinero,

(*) Las corbetas *María Francisca* y *Carabobo* habían sido tomadas a los patriotas en la acción de guerra ocurrida en Borburata el 1.º de mayo entre dichas naves y el bergantín *Independiente*, que logró salvarse, y cuatro buques españoles llegados de La Habana en dicho día.

buques de guerra y de hombres que he propuesto en repetidas representaciones, y que todos los esfuerzos y sacrificios que se hiciesen aquí serían infructuosos, y si se conseguían algunas ventajas precarias e insubsistentes, y aunque con el mayor sentimiento veo que la experiencia ha acreditado mi modo de pensar. Conozco que el Gobierno no se habrá hallado en disposición de enviar los expresados auxilios, pero se penetrará de que cumpliendo con mis deberes le he informado con sinceridad lo que me dictaban mis conocimientos de las fuerzas y recursos de los enemigos y de las nuestras.

"Por un efecto de delicadeza, excelentísimo señor, de alejar toda idea de que trataba de mis intereses privados, me he abstenido hasta ahora de poner en la consideración de su majestad la suerte infeliz del crecido número de españoles europeos y americanos que por su adhesión y lealtad a la Nación y a su majestad dejaron abandonadas sus familias y propiedades en las provincias de Venezuela y emigraron a esta isla y otras de las Antillas y la de Puerto Rico a consecuencia de la desgraciada acción del 24 de junio de 1821 en Carabobo y de la pérdida de Maracaibo y Coro y de la que siguió de la de Cumaná; pero en el día creo de mi obligación hacer presente a su majestad que esta crecida porción de buenos españoles hace dos largos años que están sufriendo en país extraño grandes incomodidades y privaciones, constituidos muchos en la mayor miseria, y los que salvaron algo consumiéndole en su manutención y en los auxilios repetidos con que han sostenido el ejército y la plaza de Puerto Cabello, y en el día los más se encuentran reducidos a una extrema indigencia y miseria, especialmente los propietarios, porque el Gobierno disidente, en virtud de una Ley del titulado Congreso de Guayana y del de Cúcuta, declarando que los españoles que emigrasen de los puntos en donde estaban establecidos al acercarse las tropas colombianas perderían sus bienes, ha confiscado las propiedades de todos los emigrados, y con la pérdida de Maracaibo y del ejército, en que estaban fundadas todas las esperanzas de la recuperación de las provincias de Venezuela, de poder todos estos infelices volver a unirse con sus familias, y entrar al goce de sus bienes, quedan condenados a peregrinar separados de sus familias en países

extraños en la mendicidad y miseria; pues ningún arbitrio ni medio tienen para reclamar sus propiedades del Gobierno disidente, ni aunque lo hagan se las devolverán, no obstante que la tal Ley de los titulados Congresos de Guayana y Cúcuta adolece de una nulidad absoluta, porque aun suponiéndolos legítimos, ninguna autoridad tenían para imponer la pérdida de bienes a individuos que pertenecían a otro Gobierno y estaban establecidos en el Distrito del mando de éste en el cual ni se publicó ni podía publicarse, sin lo cual ni las leyes de los Gobiernos reconocidos y legítimos obligan ni pueden producir efecto alguno, y, por consiguiente, es un despojo injusto e inicuo el que el supuesto Gobierno colombiano ha hecho de las propiedades de los españoles europeos y americanos que emigraron para seguir al que pertenecían, y creo que si su majestad no puede tomar desde luego las disposiciones convenientes para recuperar las provincias de Venezuela y restablecer el Gobierno de la Nación en ellas, es muy justo y debido que se digne emplear medios que estime convenientes para proteger los derechos de sus súbditos emigrados a fin de que se les restituyan sus propiedades y rentas y cuanto se les haya confiscado.

"Sin embargo que me hallo en la mayor indigencia y miseria con mi hijo y su mujer por haber el Gobierno disidente confiscado nuestras cuantiosas haciendas que redituaban al año 50.000 pesos, y por no haber percibido el menor auxilio por razón del sueldo de mi empleo desde que le sirvo, haré todos los esfuerzos posibles para permanecer en esta isla mientras que la plaza de Puerto Cabello se sostenga para cooperar por los medios que estén a mi alcance a su conservación; pero si llega el caso desgraciado de su pérdida me trasladaré inmediatamente a la Isla de Puerto Rico, y allí esperaré que vuestra excelencia se sirva comunicarme, como se lo suplico, las resoluciones que su majestad se digne tomar para la recuperación de las provincias de Venezuela y para proteger los derechos de los infelices españoles que están sufriendo la dura suerte de peregrinar en la indigencia y miseria en países extraños; y al mismo tiempo suplico a vuestra excelencia se sirva hacer presente a su majestad mi triste situación para que se digne mandar al intendente de Puerto Rico que me socorra a cuenta

de mis sueldos vencidos con la cantidad que su majestad tenga a bien, porque sin este expreso mandato debo temer que no lo haga, pues habiendo ocurrido a él desde la plaza de Puerto Cabello, manifestándole la indigencia en que me hallaba, pidiéndole me socorriese con lo previo para mantenerme, se negó a hacerlo, con pretextos frívolos inadaptables al caso.

"Dios guarde a vuestra excelencia muchos años.—Curazao, 24 de agosto de 1823.

"Excelentísimo señor.

El marqués de Casa León."

XIX

EPILOGO

La Ley de Secuestros sancionada por el Congreso en 16 de junio de 1819, y ratificada en 1 de octubre de 1821, a que hace referencia en su carta al secretario de Estado y del Despacho de la Gobernación de Ultramar, el marqués de Casa León, y la cual apenas es respuesta a la Real Orden de 9 de diciembre de 1814, en la que se dispuso la venta de las temporalidades y fincas embargadas de los patriotas, autoriza la confiscación de los bienes de los españoles que emigraren del país. Esta disposición tiene fatalmente que caer sobre las propiedades de Fernández de León, muy más cuando la bondad de las tierras llama a los aspirantes. A don Antonio le son secuestrados haciendas, casas y esclavos por valor que, en relaciones posteriores, ya mediando el interés de los adquirentes y la circunstancia del menosprecio ocasionado por la guerra, se calculó en doscientos ochenta y tres mil cuatrocientos setenta y ocho pesos con treinta y un centavos.

El Libertador no sólo es opuesto al embargo de los bienes del marqués, sino que llega a invitarlo a que desista del realismo y se incorpore en el orden de la República. Nunca olvidó Bolívar la generosidad de don Antonio cuando los sucesos del año 1812, ni las onzas que dejó en su casa cuando la retirada del año 14, y acaso siempre ignore las

delaciones de aquellas épocas terribles. Pero él está lejos de Caracas, y Páez ha puesto sus ojos en las ricas propiedades de Tapatapa. El Centauro de las Pampas, al igual de otros próceres a quienes aconseja un grupo de especuladores, se ha dado a adquirir los haberes de la tropa, en especial los de los llaneros de Apure, por precios de burla. Y así, cuando recibe las tierras de La Trinidad, no habiéndose efectuado el trueque que ofreció a José Laurencio Silva, ocurre para el pago a estos bonos extraños, ya que sus haberes personales han sido previamente bien cobrados. Hay gestiones a favor de Casa León, pero a él le suena extraño el empeño de Bolívar en querer salvar a quien no vaciló en traicionar el movimiento independiente.

Pero si el Libertador no logra hacer nada en favor del viejo amigo, y sabe que sus fincas pasarán a Páez, a Mariño y a Forsyth, insiste en que se dejen a salvo de la mejor manera los derechos del joven Monserrate, nieto del marqués. Largo proceso cursa en los tribunales de la República, y el propio Congreso intervendrá más tarde para reconocer el pago de los derechos del menor, contra quien no puede, de acuerdo con la ley, correr la pena de secuestro.

Desprovisto de sus rentas, pobre, enfermo, envejecido, don Antonio concluye en 1826 sus días en Puerto Rico. Bolívar tiene informes de las privaciones del amigo, y en 10 de julio de 1825, desde el Cuzco, cuando su gloria llena el Continente, dice a la hermana María Antonia:

"Escribe a don Antonio León diciéndole que libre contra ti por la cantidad que recibiste tú y Juanica, por su orden en San Thomas con los intereses desde entonces, o que te escriba a dónde le puedes mandar el dinero. Añádele también que yo no he tenido parte en la confiscación de sus bienes; que yo lo llamé a tiempo y su respuesta fue negativa, respuesta que tuvo en su poder Páez abierta y me la mandó así, pidiéndole al Gobierno la hacienda; que yo le escribí negándosela, y que el vicepresidente, ya encargado del Gobierno, se la mandó entregar. Dile que yo no soy un ingrato; que yo me acuerdo mucho de la noche que me escondió en su casa en tiempo de Monteverde; que no he olvidado el dinero que dio a ustedes ni el que me ofreció a mí, ni las onzas que dejó en mi casa el día

de mi retirada de Caracas. Ofrécele todo lo que yo pueda hacer por él, y que empiece por aceptar mi dinero; que no le mando nada porque no tengo nada, pero que para después podré tener."

Por abril del año 26 doña María Antonia informa al Libertador que ha enviado "dos mil pesos a don Antonio León, el que me encarga te dé las gracias por el recuerdo que has hecho de él y que le han llegado muy a tiempo".

En la isla borinqueña, donde, por recomendaciones de Morillo, ejerce la Intendencia de Ejército y Real Hacienda el pérfido libelista José Domingo Díaz, discurren los últimos años de don Antonio, siempre en contacto con los refugiados venezolanos, que en vano esperan día tras día y año tras año la regia expedición que venga a realizar el milagro de la reconquista de Venezuela. Ellos son hombres de fe y saben esperar contra la misma esperanza. Vive el viejo en compañía de su fiel hijo José Manuel y de la esposa de éste, doña Doloritas Lizarraga, quienes se empeñan en hacer amables las horas finales del ilustre padre, abatido por la enfermedad y la miseria. El poderoso magnate que ejerció singular influencia en los destinos de Venezuela, mira concluir lentamente sus postreros días. Esta tarde, ya los pulsos en extremo decaídos, está reviviendo el rumbo laberíntico de su vida de antaño. Piensa en los buenos tiempos de Aragua; en los días turbulentos del período de Carbonell, aquel viejo decrépito y malévolo que tan bien conoció su genio tenebroso; en la época de sus grandes actividades cívicas cuando la francesada de 1808; en todo aquel largo e inquietante proceso de la revolución, que ayudó a fraguar con sus consejos y que después lo obligó a andar de acá y allá, en uno y otro bando. Está viejo, cansado, solitario, con el cuerpo ya minado de la muerte. Acaso alargue los recuerdos hasta la llegada a Valle Abajo, al abrigo de la apacible mansión de don Lorenzo. Allá, frente al Avila solemne, en algún día de regocijo familiar, estuvo a visitar al maestrescuela, acompañado de la pupila del severo clérigo, doña Josefa Magdaleno. En su recuerdo surge la imagen amada. ¡Josefa Antonia! ¡Cómo le impresionaron sus ojos aquella tarde inolvidable! Y en su memoria el viejo sigue evocando esta dulce

procesión de imágenes. Lejos, mar de por medio y en el propio jardín de la mansión que fue como castillo de su feudo, duerme ella bajo tierra. Y con ella los hijos bien amados, Antonio y Josefa María. Apenas le acompañan José Manuel y la nuera cariñosa. Pero alguien más está junto a su lecho. Y está rezando. Y hay una candela parpadeante al lado suyo. Don Antonio abre los ojos. Estaba soñando. Más fuerza tiene para evocar los muertos que para escuchar este rezo monótono del sacerdote que le acompaña en la agonía:

—*Subvenite Sancti Dei, ocurrite angeli Domini: Suscipientes animan ejus: Offerentes eam in conspectu Altissimi.*

Don Antonio se ha dormido en la muerte. Al fin llegó la hora de guardar una misma posición. Como Fouché, hermano mayor en el arte de variar en pos del medro de la política, se lleva a la tumba, "celoso, sus secretos, para subsistir en la Historia, como un secreto él mismo, todo crepúsculo y tinieblas, hermético, impenetrable".

EL REGENTE HEREDIA O LA PIEDAD HEROICA

No llamo héroes a los que triunfaron por el pensamiento o por la fuerza; llamo héroes sólo a aquellos que fueron grandes por el corazón. Como ha dicho entre ellos uno de los más altos: "No reconozco otro signo de excelsitud que la bondad." Cuando no hay grandeza de carácter no hay grandes hombres, ni siquiera grandes artistas, ni grandes hombres de acción: apenas habrá ídolos exaltados por la multitud vil; pero los años destruyen ídolos y multitud. Sea que un trágico destino haya querido formar sus almas en el yunque del dolor físico y moral, de la enfermedad y de la miseria; o bien que asolara sus vidas y desgarrara sus corazones el espectáculo de los sufrimientos y de las vergüenzas sin nombre que torturaban a sus hermanos, todos comieron el pan cotidiano de la prueba y fueron grandes por la energía, porque lo fueron también por la desgracia.—ROMAIN ROLLAND: *Vidas ejemplares.*

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION

UNA *nueva edición, expurgada de errores que se deslizaron en la primera, sale otra vez de este libro, generosamente recibido por la opinión pública y agraciado, por acuerdo de un Jurado compuesto de valiosos exponentes de nuestras letras, con el Premio Nacional de Literatura correspondiente a 1947 y con la Medalla de Oro acordada por la Academia Venezolana de la Lengua al mejor libro del año. Sobre el escaso mérito de su vestimenta literaria, creemos que Jurado y público vieron en él la oportuna evocación de la actitud ejemplar de un hombre. Heredia, jurista doblado en filósofo, dejó un mensaje de permanentes dimensiones humanas: sobre el rescoldo del encono echó cenizas de piedad, contra las órdenes de venganza tuvo palabras de justicia, para evadir la guerra devastadora aconsejó la reflexión de la concordia. Encarnaron en él, durante un momento trágico de nuestra historia, voces y consignas llamadas a acallar las pugnaces banderías que se niegan a comprender que la Patria tiene un sentido religioso de fraternidad que reclama olvido para las ofensas y magnitud en la generosidad reparadora.*

Nada importa para la excelencia de la ejemplaridad que Heredia hubiera formado en los cuadros conservadores que se empeñaban en la defensa del régimen español, mientras luchaban tesoneramente nuestros Padres por fundar la estribería republicana. Hoy no nos interesa su afección a la monarquía y al antiguo régimen. Es éste problema superado por el tiempo y por la unanimidad de nuestra conciencia republicana. Como político, Heredia pertenece a un mundo muerto. Pero, más allá del político, honrado y consecuente con su estructura tradicional, pervive el hombre que supo asumir una señera actitud filosófica frente a la venganza de los partidos y frente al error de las propias autoridades del régimen que servía.

Pocos quedan hoy por defensores de la Guerra a Muerte, proclamada en hora de "descarrío mental" por los creadores de la República. "Al equipararse éstos en salvajismo

—dice Gil Fortoul— con (los realistas) no hicieron más que retardar el triunfo definitivo de la Independencia." *Descarrío que ofuscó a republicanos y monárquicos, hirió, en cambio, la sensibilidad exquisita de este hombre singular, a quien las autoridades españolas llegaron a motejar de debilidad hacia los hombres de la Independencia, porque invocó para ellos las leyes de la justicia y de la humanidad. Incomprendido por unos y por otros, como todos los que en horas de confusión se sitúan en posición ecuánime, sufrió el menosprecio de las autoridades del régimen que procuraba defender con sus claros y generosos consejos y el baldón tardío de quienes se niegan a comprender la honestidad histórica de su trayectoria de realista.*

Quien vaya a la interpretación del pasado con el propósito de juzgar los hechos a la luz de un criterio simplista, sólo verá en Heredia un personero integral del sistema de la Colonia. Pero la Colonia no es un todo homogéneo que se pueda enjuiciar de manera uniforme, para condenarla o alabarla. Diversas directrices marcan el rumbo sinuoso de aquel largo proceso de gestación colectiva, y después de examinarse con conciencia serena y propósito constructivo las varias y contradictorias fuerzas que animaban lo dinámico de la sociedad colonial, llégase a la conclusión de que "*quienes desde la época de la contienda por la independencia vienen defendiendo la concepción liberal de la vida, no tienen que renegar del pasado hispanoamericano en su conjunto, pues contiene valores capaces de suministrar apoyo y estímulo a esa misma defensa*", *según lo prueba con robustos argumentos el ilustre historiador mexicano don Silvio Zabala en su reciente libro* La filosofía de la Conquista.

Y Heredia es uno de esos valores ejemplares. En el proceso dialéctico de nuestra vida pre-republicana, él representa la voz crítica que se hizo presente, a boca del siglo XVI, en las quejas de Antón de Montesinos contra los depredadores que martirizaban a los indios. Heredia, con su monarquismo y con su indesviable adhesión a los antiguos principios, era paradójicamente, dentro de la Colonia, la propia anti-Colonia, en cuanto aquélla intentaba poner de bulto un concepto de rapacidad y de injusticia que se oponía al fermento de libertad y de dignidad humana que

vivía soterradamente en el alma de los pueblos de América, como expresión de un ímpetu marcado con las huellas indestructibles del genuino tradicionalismo hispánico.

En Heredia aquel fermento sirvió para adobar una serena conciencia de juridicidad dentro de los cuadros antiguos: en los libertadores culminó en grito de rebeldía que los llevó a la ruptura de los nexos con la metrópoli española. Del mismo mundo antiguo venían ambas posiciones, en las cuales el ojo del crítico reposado tropieza con una transposición de términos: para Heredia primero era el orden que la libertad; para Bolívar y demás libertadores primero era la libertad que el orden. Cada uno miraba la Historia conforme a sus reflexiones y sentimientos. Y aunque sea el hipotético un modo sin uso para los historiadores, resultaría curioso imaginar el diálogo de Heredia y de Bolívar en uno de los tristes atardeceres de San Pedro Alejandrino.

Pero nuestro intento no es el juicio sobre la política de los libertadores frente a la tenaz resistencia de los realistas. Un imperativo de patria nos distancia irrevocablemente de la lógica lealtista de los defensores del antiguo régimen. Nuestro propósito didáctico ha estado encaminado a la exaltación de la actitud personal del juez monárquico que pidió clemencia para los enemigos de la monarquía. Para nosotros Heredia adquiere contornos ejemplares cuando se despoja de los sentimientos partidistas y aparece en función de servidor de la humanidad. Sobre los distingos contradictorios que encarnaba la atribución de español o de americano, él vio en la guerra sólo hombres que se destrozaban a la voz del odio y de la salvaje incomprensión.

Sea nuestro agradecimiento para todos aquellos que nos han estimulado con su aplauso, y de modo especial para los compañeros que nos mostraron su regocijo por el triunfo de nuestro libro, que al imprimirse de nuevo exhibe, como timbre honorable, las entusiastas palabras con que saludó su aparición nuestro fraterno amigo el gran escritor y periodista Pedro Sotillo.

M. B.-I.

Caracas agosto de 1948.

INTRODUCCION

La figura de don José Francisco Heredia acaso sea la más amable de cuantas cruzan los caminos de la historia política de Venezuela. Apenas, a boca de la conquista, le hace par la blanca presencia de fray Bartolomé de las Casas, que clama justicia para los indios victimados por inhumanos salteadores.

Sin embargo, el pueblo de Venezuela desconoce el nombre de este generoso amigo suyo, que quiso para él la concordia y la piedad cuando el huracán de la guerra de independencia devastaba a los hombres y aniquilaba la cultura y la riqueza. Aunque Bello, desde su amplia cátedra americana de Londres, había consagrado en 1827 para la inmortalidad de la justicia, la actitud asumida por este hombre singular en medio de los dantescos acontecimientos de la Guerra a Muerte, los viejos historiadores del país, fieles al persistente criterio de venganza en que mojaron la pluma, por nada lo abultan en el relato de los sucesos de aquellos tiempos y ha quedado su figura apenas del conocimiento de profesores y eruditos.

Correspondió al ilustre escritor cubano don Enrique Piñeyro el mérito de haber incorporado en 1895 la admirable figura de Heredia a la historia de América, por medio de la publicación, antecedida de magnífico prólogo biográfico, de las Memorias escritas por el antiguo regente interino de la Audiencia de Caracas. Hubo intentos de parte del hijo, el gran poeta cubano José María Heredia, para publicarlas en Nueva York en 1825, pero el triunfo de la causa independiente en las antiguas colonias españolas y el inmenso prestigio que ya gozaba en el mundo la gloriosa figura del Libertador, detuvieron el ánimo de aquél, así hubiera pensado poner "una introducción que rectifica las miras manifestadas en la obra". Al excelso cantor del Niágara, convertido en Tirteo de la independencia de su isla nativa, escocía la idea de presentar sin examen que en parte lo desvistiera de su axiomático realismo, el recto y generoso pensamiento del defensor de la unidad hispánica. ¿América, ebria de libertad y orgullosa del sacrificio de sus hijos, hubiera puesto oídos en aquel tiempo a las frases de

quien condenaba el nombre de sus propios libertadores? José María respondió con la negativa y los papeles del ilustre regente hubieron de aguardar la erudita diligencia de Piñeyro.

Desde que fueron echadas a la publicidad las Memorias de Heredia, su nombre se hizo clásico como historiador de la contienda fratricida. Apenas tropezó la obra con la crítica airada de don Manuel Sanguily, quien opuso a la interpretación humanista de los hechos planteados por Heredia la interpretación polémica de quien miraba en la guerra de independencia la expresión simple y rotunda de los derechos de América frente a la antigua Metrópoli, aún cabeza del Gobierno cubano. Con lenguaje muy propio de quien siente la ofensa directa e inmediata del régimen colonial, el maestro cubano, olvidado de los compromisos con la ecuanimidad, moteja al memorialista de "estar obcecado y dominado por no sé qué misterioso prurito, o inquina irreprimible, contra los revolucionarios". Para el gran Sanguily no era aceptable la elevada posición crítica en que Heredia se sitúa para juzgar las circunstancias de la contienda. El olvidó que el regente era un filósofo cristiano que miraba la guerra con el horror que a su exquisita sensibilidad causaban los continuos derramamientos de sangre, ora ordenados a distancia por los libertadores, ora consumados por Boves con sus propias feroces manos. Olvidó también el señor Sanguily que así fuera mucha la ecuanimidad de Heredia como historiador, algún sentimiento favorable a sus compañeros de partido debía escapársele en el relato de los sucesos de la guerra. El no era un simple testigo solitario de la contienda, sino un servidor de la causa española. Lo admirable de la relación reside en el vigor con que condena los actos de los jefes realistas, pues cualquiera se explicaría a cortos lances la pronunciada repugnancia que le inspiran las recias medidas de los patriotas. El propio carácter candoroso y confiado del regente lo llevaba a tomar por buena cualquier palabra o disculpa que se le diera, por ejemplo, su juicio sobre Casa León. Esa genial blandura de carácter sirve, en cambio, para mejor estimar la rectitud de su conducta frente a las arbitrariedades del poder ejecutivo. Que el púgil venza, nadie extráñalo; mas, subida admiración reclama la conducta del de-

bilísimo filósofo que intenta detener con la sola fuerza de sus argumentos las contundentes razones de los bárbaros.

La actitud intransigente del celebrado crítico la han compartido algunos historiadores nuestros, a quienes se hace intolerable, desde un errado concepto nacionalista, cualesquier críticas a los actos de los padres de la Patria y quienes, por ende, sólo han visto un enemigo de Bolívar en el insigne regente que sufrió la presencia del dolor causado por los estertores de las víctimas de la guerra sin cuartel.

Mas no de fuera ni de un bando hostil a la República han insurgido las voces condenatorias del sistema usado en la contienda. Juan Vicente González, quien declaró que "Bolívar forma parte esencial del sentimiento de nacionalidad", no tuvo enfado para preguntar, cuando se refiere a los trágicos sucesos de 1814: "¿Por qué razón los contemporáneos no hicieron responsables de las inauditas violencias a Bolívar que las dictaba, a Ribas, comandante militar de la provincia, a Mendoza, su gobernador político?" La Historia, con el reposo de la crítica y la quietud que trae el tiempo, ha proferido su sentencia y ha colocado a los actores en justo puesto. Rufino Blanco Fombona, amante e infatigable divulgador de la gloria inmarcesible de Bolívar, resumió su examen de la feroz contienda en estas frases: "La guerra a muerte, error de orgullo y de crueldad de los agentes realistas; error de orgullo, de crueldad y fanatismo de los dirigentes novomundianos, es la más negra y luminosa página de los anales de América, negra por cuanto el crimen se sombrea, luminosa por cuanto el martirio de los combatientes, en uno y otro bando, irradia resplandores." Estos resplandores que el dolor engendra quemaron, en cambio, el corazón de Heredia. Para él no se trataba sino de una organizada carnicería humana. Su reposado natural y amor a la piedad no le permitían ver en la muerte de los hermanos ninguna manera de claror. De Macbeth apartó siempre la vista para pedir a Próspero los caminos que conducen al dulce coloquio con Ariel.

Pero si en América hubo reserva y prudencia para la severidad con que Heredia juzgó a los libertadores, también en la España del siglo XIX, incomprensiva para los hechos acaecidos en las antiguas colonias, se enjuició erra-

damente la persona del regente. "El don Francisco" lo llama en tono despectivo Cánovas del Castillo en el estudio que consagró el año 1853 a la obra poética del hijo, y ello porque le supone, según criterio ultramontano, dado a la lectura de quienes a fines del siglo XVIII y en los primeros años del XIX "corrompían todos los espíritus activos y sedientos, inclinándolos a la insurrección religiosa y a la revolución política". Si Heredia hubiese hecho jamás alguna manifestación de rebeldía contra algo distinto de la barbarie de Monteverde y de Morillo, tendría razón el adusto inquisidor español, mas motejar de insurrección a quien declaró la obediencia como garantía de libertad y rindió en exceso parias a los viejos sistemas españoles, sobre mostrar la ceguedad del juicio, prueba que la saña peninsular contra el juez americano no fue parte para calmarla el propio silencio del sepulcro. En la muerte, tanto como en la vida, había de cosechar Heredia el fruto contradictorio de su imparcialidad y su justicia.

Para el arreglo de estas páginas, enderezadas a poner a Heredia en diálogo con las nuevas y desorientadas generaciones del atomismo destructor, urgidas de mensajes de paz, de concordia y de tolerancia, hemos preferido al frío recuento de tipo cronológico, con copia de citas y pesados documentos, la presentación viva del drama personal del regente. Sobre la severidad del dato hemos dejado volar la fantasía que le da humano movimiento. En nuestros archivos existe poco material de la época, por cuanto Monteverde se apropió de gran cantidad de papeles de aquel tiempo. Escasas son las noticias halladas al efecto. Como fuente principal hemos tenido las propias Memorias de Heredia y las muy notables de Urquinaona y Pardo, amén del excelente material hallado en los Archivos de Sevilla, que el gran heredista cubano doctor José María Chacón y Calvo publicó bajo el rubro de "Un Juez de Indias. Vida documental de José Francisco Heredia." Nos han servido de ayuda eficacísima el trabajo de fray Cipriano de Utrera sobre el poeta Heredia y la documentadísima obra del malogrado historiador cubano M. García Garofalo Mesa, así como los valiosos trabajos de Gustavo Adolfo García, Emilio Valdés y de la Torre, María Lacosta de Arufe, Emilio Roig de Leuchsenring, Francisco González del Valle, Ni-

colás Rangel y Rafael Esténger, sobre el insigne poeta Heredia.

Porque preciso es declararlo, aparte de los admirables trabajos de Piñeyro y Chacón y Calvo, entusiastas intérpretes del pensamiento del ilustre magistrado, los otros estudios sobre Heredia han sido hechos a manera de prolegómenos para el historial de la vida luminosa del gran cantor del Niágara, y escritor del buen gusto de Rafael Esténger ha dado en la flor de decir que el bondadoso juez, "sin piedad ni ternura", recordaba a Miranda como a "molesto litigante", cuando es proverbial entre los conocedores de la conducta del antiguo regente que para éste fue un tormento continuo no haber podido remediar la suerte desgraciada del precursor.

A pesar de que falten en el Archivo General de la Nación numerosos expedientes de la Audiencia de Caracas, se conservan en cuarenta y tres tomos gran parte de los procesos seguidos contra los patriotas a la caída de la PATRIA BOBA. No están los que se abrieron a Bolívar, Miranda, los Ribas, los Montillas, los Toros, los Ustáriz, pero en los que existen se percibe la voz de la justicia que clamaba en el alto Tribunal contra el despotismo de Monteverde. Vestidos con la casuística foral española, son testimonio de la paradoja política de la época: frente a la venganza que hablaba por boca de los detentadores del Poder público, la justicia y la humanidad que buscó en las fórmulas legales de España razones para imponerse sobre el hecho que las contradecía. Con el de Heredia, aparece en dichas piezas el recto pensamiento de los oidores Benito, Vílchez y Uzelay, y el claro y elegante dictamen del eminentísimo fiscal don José Costa y Gali, honra de la cultura jurídica de la época. De ellos escribió Laureano Vallenilla Lanz, en la oportunidad de publicarse el primer tomo de dichas causas, que es de justicia ofrecer a los ministros del alto Tribunal "todo el respeto y la gratitud que merecen de la posteridad por la rectitud de sus fallos y su constante acatamiento a la equidad y la justicia". Plausible sería que nuestra Facultad de Derecho ampliase sus prácticas de Seminario con el estudio de estos interesantísimos procesos, donde los jóvenes encontrarían junto con la excelencia de los fallos, la brillantez de los alegatos

producidos por los defensores de los temibles reos y pruebas también de la libertad y entereza con que indiciados de la categoría de Miguel José Sanz declararon ante la propia justicia española "que es traidor el que habla mal de su rey, pero que en cuanto a su gobierno, puede ser hasta lealtad advertirle lo mal que proceda o los defectos que tenga".

Nuestro empeño de hoy ha estado dirigido a intentar el retrato que de Heredia nos falta para el homenaje que desde 1944 pedimos a nuestro colega el doctor Héctor Parra Márquez, entonces presidente del Colegio de Abogados, que promoviese en dicha corporación. Donde tiene morada el pensamiento de los profesionales del Derecho debe recordarse permanentemente la figura de quien se opuso a la barbarie con sólo el bastón de marfil que acreditaba su oficio. No ha aparecido, desdichadamente, el lienzo donde entre colores y esmaltes de nobleza hubiera sido retenida la imagen de este gran defensor de las leyes y de los principios de humanidad. Toca, pues, a los escritores pintar los rasgos luminosos de su espíritu y la tragedia espantosa que fue su vida entre hombres armados de sables y cuchillos que vulneraban la justicia y la piedad. ¡Ojalá hubiéramos logrado en parte nuestro empeño y pudiera mirarse entre las sombras de nuestra escritura la luz que ilumina al héroe adolorido!

Caracas, febrero de 1947.

DRAMATIS PERSONAE

José Francisco Heredia, nació en Santo Domingo el 1 de diciembre de 1776. Hijo del capitán Manuel Heredia Serrano y de doña María Francisca Mieses de Guridi. Murió en México el 31 de octubre de 1820.

María Mercedes Heredia, nació en Santo Domingo el 24 de septiembre de 1782. Hija de don Nicolás de Heredia Serrano y de doña María Magdalena Campuzano Fernández. Murió en Matanzas (Cuba), el 15 de febrero de 1855.

José María Heredia, nació en Santiago de Cuba el 31 de diciembre de 1803, y murió en la ciudad de México el 7 de mayo de 1839. Poeta de la libertad de Cuba.

Simón Bolívar, Libertador de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá. Nació en Caracas el 24 de julio de 1783 y murió en Santa Marta (Colombia) el 17 de diciembre de 1830.

Francisco de Miranda, precursor de la Independencia de la América española. Nació en Caracas el 28 de marzo de 1750 y murió en la prisión de La Carraca (Cádiz), el 14 de julio de 1816.

Andrés Bello, maestro de América en el siglo XIX. Nació en Caracas el 29 de noviembre de 1781 y murió en Santiago de Chile el 15 de octubre de 1865.

Domingo Monteverde, nació el 2 de abril de 1772 en La Laguna (Islas Canarias), y murió en España en 1832.

José Tomás Boves, nació en San Isidro el Real (Oviedo) el 18 de septiembre de 1782 y murió en Urica el 5 de diciembre de 1814.

Juan Manuel Cajigal, nació en Cádiz hacia 1760 y murió en Cuba, en el desempeño de la Capitanía General, el 26 de noviembre de 1823.

Pablo Morillo, nació en la Península hacia 1778, comandó tropas de las que se enfrentaron a Napoleón. Murió en Barages (Francia) en 1873.

Fernando Miyares y González, nació en Santiago de Cuba el 27 de enero de 1749, donde murió el 13 de octubre de 1818.

Francisco Rodríguez del Toro, nació en Caracas el 11 de diciembre de 1761 y murió en la misma ciudad el 10 de mayo de 1851.

Salvador de Muro y Salazar, nació en Madrid en 1754 y murió en dicha ciudad el 14 de diciembre de 1813. Fue uno de los más distinguidos gobernadores de Cuba.

Juan Ruiz de Apodaca, nació en Cádiz el 3 de enero de 1754 y murió el 11 de enero de 1835. Ministro de España en Londres cuando la misión de Bolívar en 1810.

EL REGENTE HEREDIA O LA PIEDAD HEROICA

I

TODO UN HOMBRE

> Lo noble en sí es de naturaleza tranquila y parece estar dormido hasta que algún obstáculo lo despierta.
>
> *Goethe a Eckerman.*

Es debido a mala fe o a culpable impericia del capitán? ¿Obedece, acaso, el cambio de rumbo a las fuertes corrientes del paso de la Mona? Esto se preguntan unos a otros los angustiosos pasajeros de *La Flor*, cuando son advertidos, casi a la altura de las costas de Venezuela, que van de arribada hacia el puerto de Maracaibo. ¡Pero si ellos fletaron la nave para ser llevados a Puerto Rico! ¿A qué este torcido itinerario? Si salieron del Ozama majestuoso con el espíritu lleno de angustia e incertidumbre, este trastorno agrega mayores sinsabores a su general desgracia.

La goleta es de escaso porte, pero trae, sin embargo, un crecido pasaje, que a duras penas puede moverse entre los espacios vacíos que dejan la carga y el grueso equipaje. Los viajeros son de notoria calidad. Gente distinguida, perteneciente a las mejores clases sociales de Santo Domingo, que ha salido en busca de hospitalidad en tierra extraña para huir los desmanes del negro Toussaint Louverture, que se acercaba a la capital con sus huestes devastadoras, en el empeño de hacer efectivo el nefasto tratado concluido en Basilea el 22 de julio de 1795, por el cual Carlos IV, bajo el consejo de su pérfido ministro Godoy, quien con él lucró título de Príncipe de la Paz y ganó poéticas loanzas de Quintana y de Forner, cedió a Francia la parte española de la isla de Santo Domingo. Estreme-

cidos de dolor han dejado las nativas playas, donde quedaron los deudos expuestos a las atrocidades de los invasores negros y abandonadas las tierras y las casas que constituyen el soporte de su rancio prestigio de hidalgos, amantes de Dios y del rey, así éste, faltando a su deber de asistir con generosas acciones la lealtad de sus vasallos, los entregue hoy, como carne esclava, a la explotación de los agentes de Bonaparte.

La tragedia que los arranca de los patrios lares ha templado más sus viejos vínculos de amistad. Parece que fueran una sola familia a quien abatiera el mismo dolor y a quien inquietara los mismos problemas por venir. Si el mar está tranquilo y el crepúsculo enciende sus aguas con los más vívidos colores, a ellos nada dice que sea capaz de alegrar los ánimos. En la noche profunda y sin nubes, cuando las estrellas alumbran con sus más primorosos centelleos, apenas es para avivarles el recuerdo del hogar perdido y acrecentar la amarga cuita que les estruja el corazón. ¿Pensaron ellos, acaso cuando gustaban la paz y la alegría en la ciudad primada de las Indias, en verse sobre las aguas salvajes del mar sin otro patrimonio que la inmensa fe en sí mismos y sin más brújula que el ciego afecto a un ingrato monarca que los expone a la miserable condición de peregrinos en extraños parajes?...

Acerquémonos al grupo amable y dolorido que en este amanecer claro y sonriente del 18 de enero de 1801 ocupa en la popa el banco de estribor. Todos llevan el mismo apellido. Cinco damas, de ellas cuatro jóvenes, grave y pensativa la que parece hacer de madre. El caballero que en pie platica es el doctor José Francisco Heredia. Frisa con los veinticinco años, pero su gesto, así sea amable e insinuante, le da aspecto de hombre grave y reflexivo. Sobre él pesa hoy la responsabilidad de prohijar a sus hermanas. El padre, don Manuel de Heredia y Serrano, capitán de Milicias de su majestad, ha dispuesto que él abandone a Santo Domingo para asegurar "la parte de su familia que más peligraba entre aquellos bárbaros" lanzados a la conquista de la sección hispana de la isla. El dejó su cátedra de Prima de Leyes en la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás, y el provechoso ejercicio de su profesión de abogado. Como el padre y como

todos los de su ilustre y rancia estirpe, siente la responsabilidad de su hidalguía y ama la regia institución con ciego afecto. Cristiano a carta cabal, educado bajo la disciplina del Seminario, hecho en sus años mozos al vestido clerical con que lucró las jugosas capellanías instituidas por sus antepasados para asegurar estudios, todo en él es mesura, discreción y suavidad. Si dulces y bondadosas son las tres hermanas, y a ojos de él mucho más la prima, mayor bondad y superada dulzura hay en el trato, un tanto tímido, que distingue sus maneras. Es todo un doctor en ambos Derechos; pero ni las ínfulas de los títulos, ni los privilegios de su rango son parte a disimular el infantil candor que le es genial. Los cinco han tomado ya un parco desayuno mientras contemplan a barlovento las costas lejanas de Venezuela. A todas atiende con fineza el caballero, pero así sea mucha la reserva, cualquiera advertiría cómo se esmera en ser cumplido con María Mercedes, la prima angelical en quien los indiferentes pasajeros sólo miran una hermana más de José Francisco. La tía sabe del tierno amor que se profesan y ha oído con agrado las tímidas confidencias que le ha hecho la muchacha, a quien, sin embargo, detuvo en parte para la resolución definitiva la extraña poquedad de carácter del pretendiente. Este acaso lo sepa o al menos lo intuya con su clara y certera visión de las cosas. No es él en verdad de arrestos que subyuguen el ánimo febril de las damas. María Mercedes parece que en el fondo prefería, a la exquisita gentileza del discreto primo, el ímpetu bravío del joven militar que en Santo Domingo la requebraba y halagaba con promesas de heroicas acciones. Por sus venas acaso corra más inquieta la fogosa sangre de los antiguos conquistadores que a los dos dan lustre de abolengo y por ello se sintió atraída hacia el rudo prestigio de quien era capaz de repetir acciones que emulasen con las de sus mayores venerados.

Mientras los Heredias comentan con angustia la incierta perspectiva de arribar a Maracaibo, donde nadie los aguarda y habrá de serles por demás duro el acomodo, vienen hacia ellos con fresca sonrisa mañanera doña Luisa de Castro y la señora de don Bartolomé Segura, que trae en los brazos a su pequeño niño de cortos meses. Se cruzan amables los saludos y refieren lo duro de la noche pasada en la estrechez del camarote.

—Mañana al fin habremos de llegar —dice doña Luisa— y pondremos, si no fin a nuestra desgracia, al menos término a este molesto viaje. Parece imposible que hayamos podido pasar estos cinco días en medio de tanta incomodidad e igualados en el trato a nuestros propios siervos.

—Es que somos muchos —agrega la señora Segura—. Sólo ustedes —dice dirigiéndose a José Francisco— han embarcado catorce esclavos; los Mosquera son como doce; la familia del teniente Angulo lleva a veinticuatro personas; nosotros somos veintitrés; los Díaz son doce; los Castros son como dieciocho. Para una goleta como *La Flor* es demasiada gente.

—Pero mejor andamos sobre el mar, sufriendo vejaciones, que expuestos a la barbarie de los negros —dice la tía de los Heredias—. Todo es preferible a habernos quedado en el infierno de Santo Domingo. ¡Pobre la gente que habrá de enfrentarse con los desmanes de la tropa! Y lo peor es pensar que esta situación se alargue mucho. ¡Ojalá Manuel pueda vender pronto nuestras tierras y pasarse a Cuba o Puerto Rico o aun venirse a Venezuela! ¡Qué triste es la idea de que no podamos tornar a Santo Domingo! Y todo porque el rey resolvió entregarnos a los franceses. ¡Maldita política y malditas guerras!

—Los trastornos pasarán —agrega José Francisco—, y nuestro católico rey sabrá reivindicar los derechos de la Monarquía. Vivimos una época de tumultos y contradicciones que al fin tendrán sosiego. No es del caso entregarnos a la desesperación, sino hacer fuerza para vencer los contratiempos.

La charla sigue amena, cordial, íntima. Luego van llegando otros amigos y se hace más intenso el parloteo. El doctor Domingo Díaz y Páez, don Francisco Mosquera Cabrera y el teniente Angulo se han sentado de espaldas a la costa. Las esclavas cuidan de los niños que quieren corretear y se acercan a menudo a la borda para mejor mirar el vuelo de las aves marinas. Del fondo del barco vienen las voces oscuras y lúgubres de los esclavos que repiten el estribillo de una canción traída de las selvas africanas...

Buen viento lleva la nave, y el capitán ordena templar las jarcias para que el impulso sea más fuerte. La mañana es hermosa y el aire frío del Norte evita que se sientan los

ardores del sol tropical. La goleta, más que correr, vuela sobre las gruesas olas del golfo de Venezuela.

* * *

Después de mediodía el teniente Angulo se acerca al capitán don Pedro Rivera, que dormita en su pequeño camarote, y le inquieta acerca de la vecindad de tierra.

—Todavía nos falta mucho para llegar a la Barra —dice el áspero marino.

—Hombre, capitán, pero parece que ya nos acercamos a la costa —agrega el teniente.

El capitán se pone en pie y contempla el horizonte. Va luego al cuaderno de bicátora, mira la brújula y después de ordenar un movimiento al timonel, grita a la marinería para que apoquen las velas de trinquete. En realidad se están acercando demasiado a las costas de Paraguaná.

Otros pasajeros advierten la maniobra y preguntan las razones. El capitán se limita a responder que el impetuoso viento de sotavento ha hecho desviar un poco a la goleta. No ha pasado de esto un cuarto de hora cuando la nave se detiene bruscamente. Acaba de encallar en un banco de arena.

Una feroz gritería surge entre los espantados pasajeros.

—¡Dios mío!

—¡Misericordia, Señor!

—¡Sálvanos, Madre Santísima!

—¡Llegó nuestra última hora!

—¡Mis hijos! ¿Dónde están mis hijos?

—¡Luisa!

—¡Domingo!

—¡José Francisco!

—¡María Mercedes!

—¡Bartolomé!

—¡Andrecito!

—¡Manuela!

—¡Sálvanos, Señor!

El capitán da órdenes violentas de aflojar las vergas y bajar el ancla. Su voz autorizada se impone sobre la tremenda algarabía de a bordo.

—Señores —grita—, una desgracia más. Hemos enca-

llado y se ha roto la goleta. Es necesario tener el ánimo sereno.

Al lado del capitán aparece José Francisco Heredia. En medio de la profunda consternación que embarga a todos, él ha sabido dominarse y, compenetrado de la gravedad de los instantes, se empeña en sosegar a los pasajeros.

—Compañeros de desgracia —les dice—, el Señor nos ha querido probar una vez más y debemos bendecirle y esperar de él todo remedio. Con gritos nada lograremos. Calmen las mujeres sus lágrimas y cuiden de los niños. No hay que pensar sino en salvar nuestras vidas y para ello necesitamos tener carácter. El capitán dirigirá el salvamento y nosotros todos como un solo hombre contribuiremos a hacerlo efectivo. ¡Vamos, doctor Díaz y licenciado Mosquera, a ver cómo aquietamos a las damas!

De inmediato Heredia se dirige al capitán para inquirir su pensamiento y éste le dice que es preciso ir a explorar la costa para ordenar el desembarco del pasaje. El único bote que hay es echado al agua y en él bajan el capitán y varios marineros, que enrumban hacia la playa un poco distante. Diríase que el barco ha quedado sin gobierno, pero las circunstancias hacen a los hombres y Heredia se apersona junto con el mestre Nicolás Morice, del tremendo deber de servir de cabeza a esta atribulada multitud de náufragos. Es la primera vez que su destino lo pone frente a frente con la tragedia y mientras los otros flaquean y dudan, él tiene palabras oportunas para aquietar temores e infundir esperanzas. A todos dirige frases persuasivas y consoladoras. Primero va a los suyos. Con sus propias manos enjuga las lágrimas de las hermanas y la tía. Para María Mercedes tiene las palabras más tiernas y confortantes.

—Mientras yo viva, nada habrá de pasarte —dice a la amada trémula.

—Nada hay que temer si tenemos fe en nosotros mismos —repite a hombres sollozantes e inquietos, sin que le falte la frase amorosa para los niños, ni la palabra de piedad para la espantada y numerosa esclavitud.

Con el atardecer regresa el bote del capitán y empieza la dura tarea de trasladar a tierra la gruesa tripulación. En la playa han dejado encendida una fogata que sirve para enrumbar el bote en medio de la apretada oscuridad. Toda la

noche los remeros trabajan en la conducción de los náufragos. Van primero las familias. Las mujeres y los niños son acompañados de algún esclavo fiel. La tarea es dura y larga. Las lágrimas y los lamentos se escuchan sin cesar. De rodillas, rosario en mano, las mujeres elevan al cielo sus plegarias. Los hombres también rezan y examinan su pasado, por si ésta fuere la última noche de su vida. Gran parte de la carga se ha mojado y alguna ha sido echada al agua para aligerar la nave. Todo lo dirige Heredia con una serenidad y veteranía propias de personas acostumbradas a esta suerte de aventuras. En la oscuridad de la noche es mayor la confusión. Las mismas estrellas diríase que han menguado su brillor para hacer más profundas las tinieblas. ¡Si siquiera fuese tiempo de creciente de la luna!

Mientras el capitán ordena las operaciones de bajar el pasaje al bote, José Francisco se ocupa en formar listas y grupos de personas para el embarco próximo. Todo lo hace con precisión y calma que contrastan con la angustia que ha hecho presa de personas de edad y reflexión como el doctor Díaz y el licenciado Cabrera. Al amanecer del 19, la operación de conducir los náufragos a tierra está concluida. En la goleta quedan apenas algunos esclavos que ayudan a salvar parte del equipaje, pues el agua ha ido llenando la bodega y en el manejo de los bultos muchos han caído al mar. Cuando es imposible mantenerse en medio de la gran cantidad de agua que llena la embarcación, el capitán y Heredia toman el botezuelo que los lleva a tierra firme.

Ha terminado la primera etapa del salvamento. En la playa arenosa, sin más abrigo que la fronda de los cujisales salvajes, se halla la inmigración. Si fue terrible el cuadro de la nave encallada, es de mayor espanto la presencia de esta abatida tropa de hombres, mujeres y niños echados en tierra sin saber el rumbo que los lleve a lugar seguro. La soledad de la verde maleza lejana quiebra el uniforme plano de las rojizas y ardientes arenas. Pronto la sed empieza a excitarlos. ¿Dónde hallar un hilo de agua fresca? Por varios lados buscan la huella dulce de algún manantial y es vana toda pesquisa. Han tenido la desgracia de arribar a un paraje en absoluto desprovisto de humedad. Pero es preciso dar con el agua y Heredia toma la iniciativa audaz. Acompañado de un marinero se mete tierra adentro, sin que

lo arredre la posibilidad de tropezar con bestias salvajes o de caer en manos de indios bravios. Tras caminar cosa de dos leguas da con una humilde cabaña de naturales a quienes pide informes sobre alguna cercana fuente y después de grandes trabajos "consiguió llevar a sus compañeros toda el agua que pudo conducir".

El regreso de Heredia con los pellejos rebosantes de agua dulce es bendecido por la atribulada tropa. Su celo y desprendimiento por servir a los compañeros lo convierten en suerte de padre y protector de estas "tristes familias". Desde antes todos le estimaban, pero hoy han trocado en afectuosa admiración el viejo aprecio. Su recato y su mesura no hacían adivinar el inmenso espíritu de piedad y fortaleza que se oculta tras los dulces y tímidos modales. De hoy no será sólo el diserto abogado y el culto historiador a quien se escucha con atención cuando explica fórmulas jurídicas o descubre profundas causas sociales. Ha aparecido en él el hombre en su elevada función de servidor de la Humanidad. A Heredia poco importa la vida y nada valen los sufrimientos cuando se trata de cumplir un acto en beneficio de sus semejantes. Todos lo miran con singular respeto, y María Mercedes, la tierna muchacha que para amarlo plenamente lo puso en paralelo con el arrogante militar que a la par la cortejaba, se siente esclava de este hombre sin miedo y lleno de bondad, cuya alma ha descubierto plenamente en medio del dolor y la tragedia.

II

HEREDIA EN CORO

El infortunio es la escuela de los héroes.

Bolívar.

La noticia del naufragio es llevada a Pueblo Nuevo, donde reside la cabeza del gobierno de Paraguaná, por el subteniente de Milicias, Pedro José de la Guardia, quien inmediatamente la comunica al comandante José García Miralles. Ambos proceden de inmediato a trasladarse a la inhóspita playa de Cardoncito, donde los afligidos do-

minicanos están viviendo sus peores días. Algunos recursos de boca son llevados por las autoridades y con la ayuda de buzos se dan luego a la tarea de salvar algo del equipaje caído en el mar. Concluida la infortunada tarea, la miserable caravana enrumba hacia la capital de la península.

A través de árida y desierta estepa, azotados por los rayos ardientes del sol, con el espíritu bajo el agobio del infortunio, llorosas las madres, atribulados los niños, sudorosos, jadeantes por la dura marcha a pie, la expedición se mueve lentamente. Algunos podrían marchar con prisa y brío, pero todos han de ir juntos, siguiendo el ritmo que marcan los más débiles. Menos mal que los esclavos ayudan a cargar a los niños y a soportar el escaso equipaje que se logró salvar. De cuando en cuando hacen estación para descansar bajo los sombrosos y amarillos cujisales y para que las madres alimenten a los niños lactantes. El camino no tiene el alivio de manantiales que refresquen, ni el de árboles que ofrezcan pomas generosas. Apenas los cardones, como candelabros que iluminan el fúnebre desfile, ofrecen las llamas de sus dulces higos para suplir el agua en medio de la sequedad de los arenales. El comandante Miralles y el teniente de la Guardia van también a pie. Sus mulas las han puesto al servicio de las señoras encinta.

En Pueblo Nuevo son acomodados los náufragos en pobre albergue, "ínterin se restablecen de sus sustos e indigencias", para de aquí seguir a fines de enero a la ciudad de Coro, donde son recibidos generosamente por los vecinos y atendidos en la mejor forma por el comandante don Andrés Boggiero.

Alivio singular para su pobreza y desabrigo presta a los Heredia la circunstancia de contar en la ciudad con prestigiosos y ricos deudos. María Mercedes, la prima y novia de José Francisco, está emparentada por la rama materna con las ilustres familias Arcaya, Chirino Campuzano, Tellería Campuzano y con la esposa del marqués de Torres Casas, don Miguel José de Urbina, en cuyos hogares son alojados y atendidos con delicadas muestras de cariño.

Los Campuzano de Coro descienden justamente del dominicano don Francisco Campuzano Polanco, que casó en 1714 con su lejana parienta doña María Francisca Morillo de Ayala y Fernández de la Colina, a la vez con ascenden-

cia en La Española. De este matrimonio nacieron doña Magdalena, casada con el maestro de Artes don Francisco Dávalos y Chirino, padres del doctor Pedro Manuel Chirino, y don José Campuzano, que casó en Santo Domingo con doña Rosa Fernández de Lara, padres éstos de la madre de María Mercedes, quien, como símbolo de unión de las estirpes y prenda de la afectuosa hospitalidad, mira sobre el severo portón de la casa solariega de sus deudos las mismas armas que de niña contemplaba en la casa de sus abuelos de Santo Domingo, en las cuales, con los viejos emblemas españoles y sobre enhiesto castillo, luce la flor de lis agregada en recuerdo de haber custodiado con singular respeto un Campuzano al rey Francisco I, durante su cautividad de Madrid. A orgullo tiene la familia este adorno extraño y muchas veces frente a él José Francisco comenta cómo si en verdad es dura y odiosa la misión del carcelero, la piedad y el respeto que se tenga hacia el caído la hacen digna de homenaje perdurable.

Junto a la conmiseración que despierta el arribo de los náufragos, surge entre las autoridades y vecinos grave inquietud por los sucesos que relatan. Lo acaecido en Santo Domingo puede reflejarse en estas partes del imperio español y el primer empeño del comandante es obtener detalles para informar al presidente y capitán general don Manuel Guevara y Vasconzelos, muy más si se toma en cuenta que justamente fue en esta región de la provincia donde primero tuvo eco en el siglo pasado la sublevación de los negros antillanos, de donde derivó la creación de la Comandancia Militar que Boggiero desempeña.

Aun sin haber suficientemente descansado los inmigrados, el comandante los hace comparecer a su despacho y allí escucha de sus propios labios la relación de los trágicos sucesos de la isla. Luego llega con mejores datos el doctor Bartolomé Segura, arribado a Maracaibo en pos de la familia, con la cual ha venido a reunirse en Coro. Este explica a Boggiero que "en el mes de mayo del año próximo pasado se alarmó en la ciudad de Guárico un número considerable de negros que reunidos en masa hostigaron al agente Roume para que pidiese la posesión de la parte española cedida a la República francesa por conclusión de paz desde el año de 1795" y no pudiendo "absolutamente

este emisario apaciguar semejante alteración y a fuerza hubo de condescender con los negros para evitar el mayor mal que le amenazaba. En efecto pidió la entrega por un oficio en que manifestó la violencia que se hacía, y a los dos o tres días de recibido se presentó en la capital el general Aygé exigiendo con ardor la entrega de la plaza y demás pueblos a nombre del general en jefe de la República, Toussaint Louverture. Como los vecinos de Santo Domingo penetrasen desde luego las miras de Toussaint, que terminaban sin duda en hacerse independientes, se opusieron a la entrega, representando al capitán general por medio del Ilustre Ayuntamiento, a fin de que se difiriese hasta dar cuenta a S. M. y a la República francesa, pero como Aygé vio malograda su misión trató de excitar y mover seducción en el pueblo, lo que dio motivo a que se le preceptuase su salida dentro de muy pocas horas, que efectivamente verificó, prometiendo su indignación y venganza. Con este hecho diputó el cabildo su comisionado en la Corte y sin perder tiempo marcharon quinientos o más vecinos a guarnecer la frontera del Sur, habiéndose encargado la del Norte a los jefes de la ciudad de Santiago. En esta disposición se mantuvieron ambas partes por más de dos meses, a tiempo que la Colonia parecía dormir al parecer en inacción. Pero como los auxilios faltaron a los que guarnecían la parte del Sur, al mismo tiempo que el tráfico no era muy bueno, como se decía públicamente, abandonaron el cantón y quedó aquel punto enteramente indefenso. El cabildo de Azua, luego que advirtió que no se tomaban las providencias que correspondían para fortificar su pueblo, que era el más inmediato al enemigo y por consiguiente el más expuesto, pidió repetidos auxilios al capitán general, haciendo ver las operaciones y movimientos que advertían aquellos vecinos en los negros enemigos, siendo uno de ellos el acopio de galletas y municiones en la villa de San Juan, lugar más inmediato a las fronteras. A estos avisos se mandaron ocho artilleros para que manejasen cuatro cañoncitos que había en Azua, algún dinero y otras tantas lanzas, y, sin embargo, que continuaban los anuncios a lo último contestaba el capitán general que no le incomodasen, que la isla se hallaba tranquila y sólo Azua llena de temor. Con este motivo cesaron los reclamos y últimamente atacó Toussaint,

y el vecindario que se consideró desarmado se vio en la dura necesidad de entregarse a la primera insinuación, reconociendo las fuerzas enemigas. En este estado ocurrieron los vecinos del de Bani, que sólo dista 10 ó 15 leguas de Azua, al capitán general para que les mandase piedra de chispa y municiones, y no obstante que aquel lance no admitía dilaciones, se retardó su remisión en términos que llegó el socorro tarde, pues ya se había entregado al enemigo, que aprovechaba los instantes de inacción. Entonces se hizo salir el batallón fijo de la plaza, las cinco compañías de milicias, más de quinientos de los urbanos de lanza que habían ocurrido al tiro de cañón, una compañía de negros franceses auxiliares, que reunidos todos a ocho o diez leguas de la ciudad, en una sabana nombrada Ñaga, se puso la guardia avanzada que se componía de la Compañía de Granaderos, doscientos hombres de lanza y los negros auxiliares, y el grueso del ejército se acampó en otra sabana inmediata y cuando menos se esperaba, el enemigo sorprendió el 12 de enero a las ocho de la mañana y después de dos horas de fuego se retiraron ambos ejércitos y desampararon el campo. Concluida la acción, se reunió nuestro ejército al castillo de Jayna, temeroso de ser cortado, sin otra pérdida que la de cinco soldados muertos y muy pocos heridos, siendo el resultado de los negros ciento y más muertos, sin los mutilados y enfermos. Dos días después de la incursión se dio orden a nuestro ejército que no hostilizase al enemigo y últimamente se capituló la plaza con arreglo al tratado de Basilea y habiendo entrado Toussaint y su ejército que era de dos mil doscientos hombres hambrientos y desnudos, se empezaron a quebrantar las capitulaciones y a reinar la barbarie, el desorden, el despotismo, la sensualidad y demás vicios".

De todo informa Boggiero al presidente Guevara y Vasconzelos, a quien pide órdenes para el caso de conmoción interior, pues más de una noticia ha tenido "del regocijo y alegría con que los negros de la sierra habían recibido la de haber sido tomada la Isla de Santo Domingo por el negro Toussaint".

Si bien Heredia y los demás refugiados hallan en Coro acogida digna y generosa, el problema de rehacer su vida transitoria de inmigrantes empieza a preocuparles. Todo

lo han perdido: vestidos, prendas y dinero. Para su dignidad y decoro personal es cosa dura deber a la amistad la sal y el techo. En cambio, se creen con títulos para ser acudidos por las Cajas Reales y al efecto representan ante la Junta Superior de Real Hacienda de la Capitanía, en escrito donde exponen las trágicas circunstancias de su salida de la Isla y la dolorosa situación por que atraviesan, "destituidos de todo socorro y sólo con la esperanza de que las sabias y prontas disposiciones de la Junta disminuyan, en cuanto quepa, las desgracias e infortunios de que se ven confundidos".

El memorial, de redacción de Heredia, lo suscriben con él, don Andrés Angulo, el licenciado Mosquera y Cabrera, el doctor Domingo Díaz y Páez, el doctor Segura, doña Luisa de Castro y doña Manuela Fernández. En él abundan razones de equidad claramente expuestas por la hábil y elegante pluma del joven profesor. "La humanidad, el derecho de gentes, y aun la misma razón natural —escribe—, inclinan, en caso tan apretado, a dar auxilio, consuelo y favor al desvalido, según los preceptos de la buena sociedad; una nación a otra, un pueblo a otro, aunque sean de distinta denominación y creencia, deben recíprocamente ayudarse, y el que padece tiene derecho decidido a ocurrir al que sin quebranto propio puede socorrerlo, asegurado de que no le serán rehusados los auxilios que él mismo a su tiempo está obligado a dar a otro". Para Heredia, el género humano es una fraternidad constituida sobre la permanente presencia de un clamor de socorros mutuos y sobre el indesviable deber de acallarlo por medio de mutuos actos generosos. Si esta razón de orden general justifica lo solicitado, los peticionarios invocan como título inmediato la circunstancia de haber abandonado sus casas y haciendas para seguir la "dichosa dominación" de Su Majestad, cuando ésta ha "cedido su patria a la República francesa por el bien general de la monarquía".

¡Noble y baldía lealtad de que no es acreedor el pobre Carlos IV! Pero ellos la sienten así y así la expresan con ingenua y axiomática sencillez, para pedir "se les asista, con dos o tres reales diarios, según la calidad de las personas, y un tanto mensual para pagar el alojamiento con respecto a las familias", conforme está acordado a los que pasaron a

Cuba y Puerto Rico. A lo solicitado agregan un pliego con el ruego de que se les franquee traslado a San Juan o a La Habana en los buques del corso, a fin de juntarse con el grueso de la emigración dominicana.

Mas a Heredia no satisface el posible auxilio real. El se preparó para las luchas del foro y se siente capaz de producir lo que la familia necesita. Pero ¿qué hacer sin sus diplomas? ¿Cómo probar ante la justicia su legítima calidad de abogado? En el naufragio se perdieron los títulos y comprobantes de sus méritos y condecoraciones literarias. Para rehacerlos ha de acudir a testifical de los amigos que saben los puntos que bien calza y a lo que de sus méritos abone el mariscal de campo don Joaquín García Moreno, última autoridad de La Española, ahora residente en Maracaibo, y con tales papeles acude a la Audiencia de Caracas. El supremo Tribunal acoge con simpatía la súplica y ordena ampliar los recaudos producidos, con la declaración de don Francisco Rondón Sarmiento, antiguo escribano de Cámara de la Audiencia y Chancillería de Santo Domingo, y con el atestado del doctor José María Ramírez, profesor de Heredia en la Universidad de Santo Tomás. Favorablemente resuelta la instancia por Real Provisión de 11 de junio de 1801, José Francisco se da por entero al noble ejercicio de la abogacía, con general contentamiento del vecindario, a quien obliga la carencia de profesores expeditos a ocurrir con frecuencia a los letrados de Maracaibo.

Pasadas las primeras angustias y con las entradas que le asegura su labor profesional, ya que la pensión no llega a pagarse, porque el intendente Esteban Fernández de León opina que los inmigrados deben irse a "donde el rey tenía ordenado se les diese para la pitanza", la vida de Heredia entra en un plano de relativo sosiego que le permite pensar en su inmediato porvenir. Tiene a su cargo una familia, de la que es parte principal María Mercedes. Hacerla definitivamente suya es el máximo anhelo de su vida. ¿Por qué esperar mejores tiempos cuando ambos se quieren y están dispuestos a compartir más estrechamente las privaciones de su modesta existencia? Hasta la dispensa del vínculo trajeron de La Española. La boda se fija luego, y el 2 de agosto de este mismo año es bendecido el matrimonio en la ciudad de Maracaibo, donde pasan

breve temporada al lado de sus amigos los del Monte.

Discreta en extremo es la vida de los recién casados. Don José Francisco dedica al estudio los ratos libres que le deja la profesión. Si Coro no es un centro de cultura como Santo Domingo, él se ingenia para hacerse de buena lectura. Por eso se le ve concurrir con frecuencia al convento franciscano de Nuestra Señora de la Salceda, en cuya librería encuentra obras adecuadas a su depurado gusto. No faltan en la ciudad otras fuentes de ilustración, pues las familias distinguidas se dan el lujo de guardar libros y *Gacetas* españolas. A menudo se reúne con el doctor Pedro Manuel Chirino, primo de María Mercedes y hombre de muchas luces, con quien gusta de conversar sobre los sucesos que embargan la general atención del momento. De él escucha la pormenorizada relación de los sucesos de 1795, cuando los negros de la Sierra se alzaron al eco de los sucesos de La Española y prendieron este fermento de rebeldía que a la chita callando subsiste entre la población parda de la ciudad y sus contornos.

Coro tiene hacia el Sur su barrio bien definido de gente de color, llamado, en recuerdo del origen de los pobladores, Barrio de Guinea. Sus oscuros vecinos mantienen viva la memoria del Africa original y menudamente se entregan a festejos de bailes y canturrias en que al son del monótono tambor entonan lánguidas canciones en su lengua primitiva. A estas diversiones suele asomarse Heredia para matar la monotonía de las cálidas noches corianas. Acompañado de amigos de la primera sociedad y aun de las propias damas de la familia, muchas veces ha recordado en la infeliz barriada la fiesta de los negros de su isla nativa y ha lanzado temerosos augurios de lo que pudieran ser mañana estos "loangos" si llegasen a romper los diques del orden institucional. El ama la justicia y desearía que esta gente infeliz gozase de los beneficios que aconseja la humanidad, pero su juicio penetrante le hace ver lo que podría ocurrir si violentamente asumiera posiciones directivas en la sociedad una clase sin educación ni saboreo de las virtudes públicas.

En el seno del hogar, María Mercedes es como suave y dulce alivio para las constantes fatigas del esposo. Viven pobremente, pendientes de las noticias que vengan de Santo

Domingo, donde el capitán Heredia se esfuerza en la defensa de sus bienes. Las penurias son compensadas por la paz y la dulzura que reina al amor de los más puros sentimientos familiares. El gobierno de la casa lo comparte la joven señora con sus bondadosas cuñadas. A Juana la corteja don Juan Cayetano Carrera Colina, y a Isabel Joaquina, el doctor Juan Antonio Zárraga. Así se sientan de paso, el cariño de los deudos y el respetuoso afecto que han sabido conquistar en la ciudad les coloca en sitio prestante en medio del empingorotado mantuanaje que se oculta en estas grandes y silenciosas casonas, de anchas puertas claveteadas y ventrudos ventanales. Si ellos vienen de linajuda estirpe y alargan su prestigio nobiliario hasta citar entre sus ilustres abuelos al adelantado don Pedro de Heredia, fundador de Cartagena de Indias y de

> ..... sangre noble y digna
> en este tiempo de hoy y en el pasado,
> cinco castillos trae de plata fina
> por armas en su escudo colorado,

según lo canta Castellanos, en Coro se complacen en alternar con viejas familias que se enorgullecen por descender de los recios conquistadores que en 1528 echaron en esta ciudad las bases civiles de la gobernación de Venezuela. Asiento del primer gobierno de la provincia y sede de la Obispalía que hoy reside en Caracas, la ciudad no ha olvidado lo que fue en sus orígenes y acaso conserve, con la actitud resentida de verse rebajada de su antigua función de capitalidad, un marcado empeño por avivar el recuerdo y lustre del apocado prestigio. Aunque sientan la pobreza a que los condena la esterilidad rebelde del terreno, los vecinos saben empinarse sobre los dorados blasones nobiliarios. Si el tiempo y la pobreza dejan sus huellas destructoras en la fachada de las mansiones señoriales, los escudos labrados y el pesado barroco de las fachadas, son testimonios de la raíz hidalga que nutre el abatido orgullo.

Como cristianos viejos, se suman los Heredias al movimiento devoto de la ciudad. El culto es el eje de la vida colonial. Con sus parientes Tellerías, Arcayas, Chirinos y Urbinas toman parte en los festejos de las numerosas cofradías de la ciudad y concurren a los cultos frecuentes

que se realizan en la aún llamada Catedral, así no tenga obispo ni capítulo, y en las ermitas de San Gabriel, San Nicolás y San Clemente. Puntuales en la asistencia a la misa del domingo y días de guardar, no faltan a los rosarios, exposiciones y sermones, y por las noches, cuando la campana da el toque de ánimas, la familia se recoge al rezo del rosario, que en flúido latín encabeza don José Francisco.

Contertulio asiduo del comandante militar, el doctor Heredia aprovecha para informarse de las nuevas que llegan al Gobierno. Su ilustración y lo insinuante de su trato han hecho que se le mire con respeto y que su palabra sea escuchada con interés atento. Nada le preocupa tanto como el curso de los sucesos de Santo Domingo y de la política francesa en la infortunada isla. Para él todo el mal del imperio español viene de Francia, que no sólo lanzó al mundo la semilla funesta de la revolución de las ideas, sino la serie de hipócritas agentes que riegan los propósitos imperialistas de Napoleón. Sería de ver el gesto del doctor Heredia cuando le informan que el presidente Guevara y Vasconzelos está prestando todo género de facilidades a un tal monsieur De Pons, juez de Paz y de Presas en Santo Domingo, a quien el general Chaulatte ha encomendado el espionaje de Venezuela. Cree que la lealtad al monarca español impone el deber de legítima defensa de estos países, y él y los suyos lo están probando con su conducta y sacrificios. Reintegrarse a la nativa patria es su propósito constante, para ayudar a la reconstrucción del orden alterado por la bárbara irrupción de los negros, y cuando recibe carta de su padre, que lo llama a Santo Domingo, obtiene de Boggiero recomendación para el presidente y capitán general a fin de que se le permita el regreso a la isla. Pero junto con el llamado llegan tristes nuevas que le hacen aplazar el viaje. Los colonos sublevados otra vez han obligado a don Manuel a abandonar sus tierras de Santo Domingo y fijar su residencia en Santiago de Cuba con el resto de la familia.

Hasta marzo de 1803 ha de permanecer Heredia en Venezuela. Nuevamente ha solicitado permiso para salir de la provincia, y nuevamente le ba sido concedido. En la Vela de Coro toma pasaje para Cuba en compañía de su

esposa y de algunos criados, y embarca luego en la goleta *San Fernando*. Buen viento lleva la nave y el timón lo guía experto capitán que la sabrá llevar segura a su destino.

Más pobre de lo que vino regresa Heredia en el orden material, y, sin embargo, lleva el alma repleta de tesoros. Consigo va la amada dulce, en quien ha hallado voz unísona la suya. El corazón lo siente más ancho y ocupado. Pero sobre todo, posee la experiencia de sí mismo. Ha sabido enfrentarse al infortunio que forja el carácter de los héroes.

III

PATERNIDAD

> Su instinto conservador, su sentido de lo eterno, han huido de las brutalidades presentes, para refugiarse en el tierno cariño del hijito.
>
> THOMAS MANN: *Penas tempranas.*

En el número 6 de la calle Alta de la Catedral, a poca distancia de la Plaza de Armas, se han instalado en Santiago de Cuba don José Francisco y su joven compañera. Tres ventanas de madera, muy bien labradas a torno, y un hermoso portón claveteado, distinguen el modesto y apacible hogar donde el más tierno amor compensa los angustiosos afanes del abogado.

Ayudado de buenas recomendaciones, logra pronto el doctor Heredia el cargo de juez de Bienes de Difuntos, para cuyo desempeño presta juramento ante el Cabildo santiaguino el día 20 de junio. Una entrada fija asegura la tranquilidad a los esposos, a quienes, junto con la satisfacción y orgullo muy del caso, inquieta la expectativa del primer hijo. Menos mal que están cerca de los padres y que María Mercedes se siente fuerte y alegre para el trance.

¡Qué dulce inquietud la de estos meses corridos con desesperante anhelo! Si siempre ha sido tierno y solícito el esposo, más lo es ahora cuando ve hincharse el ágil talle de la amada con la promesa de un retoño. En los últimos días, que cuentan los esposos con ansioso afán, Heredia

se mantiene en casa todas las noches. Mientras María Mercedes urde, arrimada a los vistosos candeleros, las diminutas piezas para el ajuar del niño, él la acompaña, en la mano el libro con que nutre su espíritu. Ha dejado los gruesos volúmenes recubiertos de piel de becerro, donde consulta las antiguas leyes y también los graves textos de Historia a que es en extremo aficionado. Prefiere ahora la lectura de poetas, no a Horacio ni a Virgilio, donde pulió el gusto, sino poetas españoles que permitan hacer partícipe a la compañera del deleite de las rimas. María Mercedes, cada vez más enamorada del esposo, lo escucha embelesada. Como si adivinase que lleva en sus entrañas la semilla de un gran bardo, a quien precisa nutrir con bellos ritmos e imágenes divinas, ella prepone a toda otra diversión este regalo de mieles que la ofrece el diligente esposo. En escuchándole, siente más rápida volar la aguja y mira cómo se enredan con más gracia los hilos del encaje donde labra estrellas y flores para cubrir al pequeño dios que palpita gozoso en su casto seno.

Corren claros y frescos los días navideños. En la alcoba ha arreglado María Mercedes el altarico con el paso del Nacimiento. Entre pastores están José y María arrodillados junto al pesebre donde se mueve el niño. ¡Nunca había sentido mayor piedad por el misterio divino! Con un desconocido afán de maternidad se acerca trémula a las imágenes donde ve prefigurado su inminente trance. En el otro extremo de la alcoba está la cama de fornidas patas leonadas donde ella se ha echado esta noche en espera del advenimiento. Es 31 de diciembre de 1803. Los dolores se hacen cada vez más intensos y frecuentes. La comadrona entra y sale para dar noticias a don José Francisco, que en la sala espera, en compañía de don Manuel, el anuncio del parto. Un grito nuevo, como de aleluya pascual, se escucha en la cámara del milagro. Felizmente ha nacido el niño. Luego, como si toda la ciudad debiera festejar el alumbramiento, las campanas de los templos son echadas a vuelo para anunciar el año nuevo. Los esposos contemplan al hijo con ojos llenos de ternura. Diríase que nunca hubieran visto a un recién nacido, según es el asombro de sus rostros. Ella ya le tiene nombre: se llamará José, como el esposo, y como ella llevará también el nombre de María.

Cuando madre y niño toman en seguida el sueño, en el espíritu de don José Francisco surge la profunda emoción de contemplar en la alcoba dos altares: el fingido, donde el arte y la fe cristiana representan el misterio de un Dios humanado, y el otro, donde la amada descansa después de haber dado al mundo una criatura que funde sus dos vidas.

Pronto el niño es llevado a la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores para recibir las aguas del Bautismo. El abuelo paterno, orgulloso del pequeño vástago, le sirve de padrino; doña Juana Heredia, hermana de José Francisco, es la madrina. La ceremonia se realiza el 13 de enero y en ella oficia de preste don Tomás de Portes e Infante, como la familia Heredia, emigrado de Santo Domingo, y a quien está reservada la mitra arzobispal de La Española.

Don Manuel no descuida los intereses del hijo, sobre quien hoy pesan mayores responsabilidades, y con fecha 8 de febrero se dirige a la Junta protectora de emigrados, que preside don Salvador de Muro y Salazar, marqués de Someruelos y gobernador y capitán general de Cuba, y de la cual forman parte el intendente interino, don Rafael Gómez Rombaud, don Francisco de Araujo y Parreño, oidor y médico del Real Consulado, y don Carlos Palomino, síndico procurador municipal. En dicha instancia el viejo Heredia, después de exponer los méritos ilustres de la familia y las privaciones que han sufrido por el abandono de la patria dominicana, pide para José Francisco que se le utilice en la primera vacante de los empleos de su carrera. Largos son los trámites de la Corte, y antes de que se le proporcione al doctor Heredia un cargo cónsono con su calidad y señaladas partes, entra a ejercer en 15 de enero de 1805 la Receptoría de Penas de Cámara que le confía el regente de la Audiencia de la isla.

Pero Someruelos ha intuido ya los méritos singulares de don José Francisco y se interesa por elevarlo a cargo donde mejor luzcan su patriotismo y luces, y obtiene su designación para asesor de la Intendencia de la Florida Occidental, que cae en términos de la Gobernación y Presidencia de Cuba. En 31 de enero de 1806 se ausenta con la esposa y el primogénito, vía La Habana, con destino a Panzacola, donde tiene su asiento la Intendencia. Mas a

Heredia persigue una estrella aciaga para las correrías del mar. Cuando el barco hace la rota hacia su nuevo destino, es apresado por corsarios ingleses y conducido a la isla de Jamaica, de donde han de desandar las aguas para buscar en La Habana nueva nave que seguros los conduzca a Panzacola. El regreso no es inmediato y permanece algunos meses en la metrópoli cubana. En los últimos días se afana por ver a Someruelos para ofrecerle personalmente sus respetos, y no lo logra por las muchas ocupaciones que embargan al presidente en esta época inquieta de la política, cuando las autoridades se ven obligadas a tener ojos de Argos ante el peligro de la opinión exaltada por las nuevas ideas y frente a la continua amenaza de invasión de corsarios. Sin embargo, Heredia no hace cuenta de lo que la susceptibilidad pudiera calificar de insistente desaire, y se embarca de nuevo con el espíritu agradecido por la generosidad del gobernante, de quien sabe que ha escrito al intendente de Panzacola "que es una desgracia para sí y para aquel pueblo perder un letrado" de las condiciones del doctor Heredia.

IV

VIDA SOLITARIA EN LA FLORIDA

> La razón pide que socorras a tu amigo y a tu patria.
>
> EPICTETO: *Máximas.*

A Panzacola llegan los viajeros por junio de 1806. La impresión que reciben es por demás ingrata. Nada de comodidades ni de atractivos que hagan la vida llevadera. El sitio le parece a Heredia "tan desagradable y miserable que excede a toda ponderación". En su primera carta a Someruelos le dice: "No hay aquí sino arena y miseria." Pero él está forjado para vencer obstáculos. Si es mucha la desolación del sitio, nunca llega a la angustiosa soledad y al abandono con que tropezó en las playas de Venezuela, y si la vida se le presenta dura por la parvedad de los arbitrios, en Coro casi llegó a la indigencia material.

Sólo le aflige que su salud empiece a descaecer como consecuencia de una pertinaz diarrea que ha contraído apenas llegado a su destino.

Como alivio de estos males, Heredia mira una posibilidad de regresar a Cuba en el obstáculo que el comandante de La Florida ha opuesto para aceptarlo en el cargo de asesor de la Intendencia, mas en breve las cosas mudan de semblante y se le ofrece el oficio de auditor de Guerra, vacante por muerte del letrado que lo desempeñaba. De todo ello da cuenta Heredia a Someruelos, quien aprueba la determinación del comandante y obliga así a don José Francisco a permanecer en este hórrido lugar, cuyo clima lo ha recibido en forma por demás ingrata.

A pesar de la alteración propuesta por el comandante, acaso deseoso de reservar para su servicio las luces del doctor Heredia y de privar de ellas al intendente, don Juan Ventura Morales, éste le mete en el cargo diputado y alcanza real confirmación por Orden de 23 de diciembre de 1807, en la cual se le fijan mil pesos anuales de salario. Acá pasa su tiempo, entre números y consultas, el novel asesor. Todo lo despacha a cabalidad, "con la mayor inteligencia, desinterés, celo y amor al servicio", según lo certifica el intendente, ya convertido en admirador de las "calidades apreciabilísimas" que distinguen al doctor Heredia. Monótona por demás es la vida que éste lleva: durante el día, el rutinario trabajo en la oficina; por la tarde y en la noche, el estudio incansable de sus libros de historia y de derecho, y para aumentar su trabajo, las consultas privadas que le hace el intendente en relación a las dificultades que presentan a cada paso las intrigas políticas que arman las autoridades de los Estados Unidos y los espías acuartelados en Nueva Orleáns.

Y otra labor de mayor estima tiene a su cargo en este tiempo. José María ha empezado a mostrar una despierta y luminosa inteligencia, y aunque es un niño apenas, don José Francisco se ha dado a la grata tarea de enseñarle las primeras letras. Nunca a un maestro ha sido más fácil la enseñanza. Todo lo aprende el inquieto parvulillo. Lo que no le explican, lo pregunta. Lo que a cualquiera de mayor edad sería difícil de entender, él lo capta con agilidad que asombra a sus devotos padres. ¿Y qué pesan

las privaciones e incomodidades del apagado vivir de Panzacola cuando se les opone en el otro platillo de la suerte la dulzura recóndita de este hogar feliz, en que a los tiernos mimos de la esposa se agrega la alegría de ver el crecimiento singular de este inquieto y raro espíritu infantil? Todos los días el niño proporciona una nueva sorpresa a su celoso padre. Ya no sólo son las letras y los números lo que sabe el pequeñín. De corrido lee en los buenos libros que siempre están abiertos en la mesa de trabajo del padre. Y aún más: le preocupa en extremo no entender las obras en extrañas lenguas, a cuya lectura es tan dado don José Francisco. Nada le aviva tanto la curiosidad como el periódico *L'ami des lois*, que se edita en Nueva Orleáns y que lee con marcado interés el diligente padre. Este intenta anchar los conocimientos del curioso infante y halla que tiene facilidad extrema para aprender hasta el latín. ¡Qué grato trabajo se impone el padre con su ejercicio magistral! Al lado de la suya ha instalado la mesa de trabajo de José María, y el chiquitín se da ínfulas de hombre cuando ayuda al padre a tajar las plumas de ganso con destreza de escribano experto. La comunidad que los une sobre libros y papeles hace más fácil a don José Francisco la obra interior de moldear el carácter y el espíritu del niño. Buena arcilla para las manos del consumado artífice. Heredia va grabando en el alma del chico las normas de virtud y de nobleza que son timbre de su hombradía.

Así discurre la vida del doctor Heredia en este apartado rincón del imperio español en Indias. Si confía en la generosidad y ofertas de Someruelos, ellas tardan para convertirse en hechos. Pasan los días en la anhelosa espera, cuando vienen a sumarse a sus corrientes desvelos de asesor las noticias que a mediados de 1808 llegan sobre los sucesos de España.

A fines del año pasado de 807, el favorito de la reina, don Manuel Godoy, celebró con Bonaparte pacto para la repartición de Portugal, con la consiguiente entrada en la Península de las fuerzas imperiales. Estos hechos, exaltando los ánimos, prepararon la célebre jornada de 19 de marzo último, en que el pueblo, deseoso de que fuera concertada la paz con Inglaterra, pidió la renuncia del mal llamado Príncipe de la Paz y obligó a Carlos IV a renun-

ciar la corona a favor del Príncipe de Asturias, a quien rodeaban con sus maquinaciones los políticos deseosos de acabar con la pérfida política del *Choricero*. Las circunstancias del momento fueron aprovechadas por los ejércitos intrusos, y el nuevo rey se vio precisado a trasladarse a Bayona, donde Napolén declaró que sólo reconocía como monarca al abdicante Carlos IV. Obtenida la renuncia de Fernando, a cambio de la prometida corona de Etruria, Bonaparte obliga al rey Carlos a hacerle cesión de sus derechos al trono de España y a los dominios de aquende el Océano, y el voraz emperador coloca en el viejo trono de Carlos I y Felipe II a su hermano José, a la sazón rey de Nápoles. Pero si las legítimas autoridades de España son trasladadas a territorio francés —Carlos IV a Compiegne y Fernando VII a Valençey—, la guerra por la liberación del territorio ha sido declarada por el pueblo. Mientras las clases altas se pliegan al intruso monarca, las masas populares toman las armas y promueven la formación de Juntas que se declaran conservadoras de los derechos de la católica dinastía borbónica.

A América arriban los emisarios napoleónicos en pos del reconocimiento de los bastardos títulos del rey *Pepe Botella*, como llaman los madrileños al improvisado monarca que ultraja la dignidad de la nación. Pero estos apartados dominios ofrecen una leal resistencia a los perversos designios del emperador. La unidad y dicha del imperio español sólo pueden mantenerse alrededor de los símbolos de la realeza tradicional. Así lo entiende Heredia, y cuando en agosto tiene conocimiento del estado alarmante suscitado por las novedades de la Península, se apresura a manifestar a Someruelos que habiendo nacido español como todos sus antepasados y habiendo sacrificado otra vez con sus padres la patria y bienes, de nuevo está dispuesto a perder hasta la vida si fuere necesaria para "que la nación se salve del naufragio que la amenaza en la terrible tormenta", y como se considera inútil en esta apartada región y así sea "uno de sus más despreciables individuos", se ofrece para servir, aun de escribiente, en la secretaría del capitán general.

Sacrificarse por su rey y la nación es sagrado imperativo para Heredia. Una larga tradición de lealtad a la Co-

rona forma el sustrato de su estirpe. En el Trono ve la suprema garantía del orden y el muro roqueño que defienda la religión y las costumbres. La vida ofrece con sincero desprendimiento por la causa del monarca, así se sienta en este día —13 de agosto— más obligado a conservarla. Ayer no más la esposa le ha hecho el regalo de una hija: la pequeña Ignacia desde la cuna diminuta le ofrece una nueva fuente de dulzura para alivio de su existencia atormentada.

Si no llega la oportunidad del sacrificio material, en cambio tiene a la mano un arma eficaz para atacar al enemigo. La gran revuelta que se anuncia es obra de Francia y de la funesta política de Bonaparte. Y si la propaganda francesa, pese al sigilo de las autoridades, es esparcida en letras de molde a través de toda América, buena obra es difundir a la vez todo género de ideas que vayan al descrédito del tirano de Europa. El tiene ágil pluma con la cual puede herir a los enemigos de la religión y de la patria, y sintiéndose instado por la invitación que a los sabios ha hecho la Suprema Junta de Sevilla, en orden a contribuir "con sus producciones a mantener la opinión pública", se dispone a sumar su esfuerzo a la cruzada de los escritores.

En su mesa de trabajo tiene hace algunos días el doctor Heredia una obra que desnuda y ridiculiza la baja política de Napoleón. Se trata de una serie de cartas atribuidas al judío inglés Lewis Goldsmith, en las cuales se pinta la perfidia de los hombres que el XVIII de Brumario del año VIII dieron al traste con la República francesa al disolver el Directorio y preparar, bajo la máscara del Consulado, el advenimiento del imperio napoleónico. Allí se pintan con pronunciadas tintas y entre anécdotas originales y graciosamente referidas, las malas artes de Talleyrand, de Fouché, de Bertier, de Boulay, de Sieges y demás secuaces, y las desmedidas y torticeras acciones del terrible corso. Su autor, en la edición de Londres de 1806, ha titulado el libro: *The secret history of the Court and Cabinet of St. Cloud: in a series of letters from a gentleman at Paris to a nobleman in London, written during the months of August, September and October 1805.* Y como la obra "ha tenido increíble despacho en Inglaterra en pocas se-

manas", ya de ella se ha hecho en Nueva York esta edición que posee Heredia. "Por favor de un amigo —dice el editor angloamericano— he logrado un ejemplar y he emprendido inmediatamente su reimpresión, seguro de que su lectura será muy útil y divertida a toda clase de personas en los Estados Unidos" y, como prenda de veracidad de las noticias que contiene, añade que el autor, según cuentan, tiene "mucha introducción en las Tullerías". "Las armas de la sátira y la burla envueltas en las anécdotas de que se compone dicha obra son tan eficaces como que sin otras logró el horrible Voltaire la espantosa revolución religiosa y moral que lloran los buenos cristianos y que ha sido el origen de los trastornos de esta era", escribe don José Francisco a Someruelos en carta de 16 de septiembre en que le anuncia su propósito de poner en castellano la obra del judío Goldsmith, a fin de que sea publicada tanto en La Habana como en México.

¡Con cuánta claridad y pronunciado vigor explica Heredia su repudio de las ideas filosóficas del enciclopedismo, engendradoras, a su juicio, de la copia de trastornos que amenazan el orden social! Jamás podrá intuir, mientras escribe su versión, que llegará día en que habrá de ser motejado de seguidor de las propias ideas que hoy trata de destruir. El sabe que están los hombres expuestos al error, mas su ingente bondad y la genial rectitud que lo acredita, lo apartan de la idea de que pueda en algún tiempo ser objeto de arbitraria crítica, donde se le haga aparecer como capaz de inclinar más tarde al hijo hacia "la filosofía sensualista y a la falsa historia de Voltaire y de Raynal!"

El 27 de octubre siguiente envía el doctor Heredia siete cuadernos de la traducción a su amigo Someruelos y le informa del progreso de la obra, a la cual piensa poner "por vía de suplemento alguna noticia de los cómplices y víctimas de la Revolución francesa" y en 30 de enero le remite el último cuaderno de la *addenda*, con lo que queda rematado el objeto que se propuso cuando comenzó la traducción, en la que ha invertido dos meses de ímprobo trabajo para llenar los setenta pliegos escritos de su propia mano, en medio de las tribulaciones que ha sufrido y del delicado estado de su salud. El se ha dado a este trabajo para ser-

vir la causa del rey, mas considera justo, y así lo explica a su constante protector, que el pago de la edición por las Cajas Reales sea hecho en forma que quede a su beneficio el ofrecerla "como donativo en las circunstancias actuales", ya que él, por el "miserable estado a que ha reducido a toda su familia la emigración de Santo Domingo", sólo puede sacrificar "el resultado moral y pecuniario de sus sudores y vigilias".

El libro ha sido expurgado por el traductor. Su delicadeza le obliga a suprimir una carta en que se trata muy mal al actual ministro en Baden, por "no ser regular que ahora ni nunca ofendamos a personajes tan respetables, que no son nuestros enemigos". Estas mismas razones lo mueven a no incluir varios otros artículos, "especialmente los que hablan del Sumo Pontífice, para que no haya cosa que pueda ofender los oídos piadosos".

En la imprenta de Arizpe, en la imperial ciudad de México, sale el primer tomo de la traducción, aún no concluido por completo el trabajo. La obra la ha dedicado Heredia a sus "generosos e ilustres compatriotas" los españoles americanos, a quienes dirige una explicación introductoria, en la cual dice que "desde el rincón donde habita" se ha atrevido a mezclar "su voz entre tantas incomparablemente autorizadas y sonoras". Pone a un lado la serenidad y el reposo que son axioma de su conducta, para mostrar el fuego en que arde su alma ante la evocación del "digno hijo del padre de la mentira, la escoria de aquella isla despreciable, de donde los romanos no querían ni aun sacar esclavos; el camaleón sin segundo, que en la revolución francesa ha mudado a cada paso". Si a algún hombre parece que en realidad detesta Heredia es a Bonaparte, y si algunas ideas rechaza con todo el corazón son las que informan "los perversos sistemas de la moderna Filosofía", que, después de ilusionar al mundo con "voces de libertad, representación, seguridad personal", inundaron de sangre a la Francia para venir a desembocar en "un gobierno el más despótico y abominable que ha existido". Como hombre de paz mira en Bonaparte a su contrario. ¿Acaso ha de entusiasmarle la figura de quien ha recorrido la Europa y aun las arenas de Africa sembrando la desolación y la muerte? Ni Alejandro ni César han sido por jamás figuras que

atraigan la devoción de su piadoso espíritu. Cuando ha seguido el curso paralelo de los relatos de Plutarco, ha apartado los ojos de quienes sólo tuvieron por empeño fatigar la tierra con los males de la guerra, para saciar la codicia o sed de mando. A Numa, a Timoleón, a Paulo Emilio ha preferido por el afán de enderezar las leyes y poner la paz entre los hombres. Pero en su repudio a Napoleón no sólo lo mueve su desacuerdo con los sembradores de la muerte y su enemiga contra el sistema político de Francia. Por su boca veraz habla la patria ultrajada por la bota del invasor. Habla la tradición gloriosa de España, atónita ante el rey advenedizo que pretende sentarse en el viejo trono que ilustraron los Alfonsos y Fernandos. Habla el pueblo heroico que ha sabido mostrar en Bailén la presencia del ímpetu rebelde que, a través de los siglos, ha defendido la integridad del territorio nacional. Y porque Heredia es patriota hasta los tuétanos, levanta el tono airado cuando oye gemir a la madre bajo la recia e insolente presión del invasor. El "firmaría la obra con la mayor complacencia", pero, aunque esté dispuesto a morir por la patria, piensa que "el puñal o veneno en las manos alevosas de algún francmasón o iluminado, no es ara digna del sacrificio de un español americano". El sabe que en la vecina Nueva Orleáns y en otros puntos de la Luisiana, así el tirano haya vendido su territorio para lograr dinero con que saciar las fauces de la guerra, viven sujetos que mantienen ciega afección por la figura del verdugo de Europa, a quienes el sectarismo podría armar contra su persona. Prefiere, por ello, callar para los lectores su nombre de traductor. Lo conocen Someruelos y las autoridades de Nueva España y lo sabe su conciencia de patriota (*).

(*) Esta traducción fue publicada en La Habana y México y de ella, según Piñeyro, se hizo reimpresión en Madrid al año siguiente. La carátula de la edición mexicana es: "Historia Secreta de la Corte y Gabinete de St. Cloud. Distribuida en Cartas escritas en París el año de 1805. A un lord de Inglaterra. Reimpresa en Nueva York. Y traducida al Castellano por un Español Americano. Con permiso Superior. México: Imprenta de Arizpe. Año de 1808.—Tomo II: México: Imprenta de Arizpe. Año de 1809." El notable herediano doctor Chacón y Calvo nos expresó en carta no haber logrado ver ningún ejemplar de la traducción. Debemos a la colaboración de nuestro distinguido amigo don Eduardo Arcila Faría copia de la introducción, tomada del raro ejemplar que conserva la Biblioteca Nacional de México.

En el curso de 1809 entra el doctor Heredia, por enfermedad del intendente Morales, a servir interinamente su cargo, del cual se ve obligado a separarse en razón de haber acrecido sus propias y constantes dolencias, por "la repetición de las flujaciones que le han acometido la cabeza y especialmente los oídos" y en razón de que "ha trabajado sin poder ni deber hacerlo". El cuida la salud por ser en el día su único caudal y pender de ella la subsistencia de su familia y de sus ancianos padres; y para hallar consejo que la apuntale y aires que disipen "la melancólica situación en que vive", solicita en abril permiso para trasladarse a La Habana.

Ya en la capital de la Capitanía general instruye detalladamente a Someruelos de una serie de circunstancias del servicio que el intendente le ha pedido hacer del superior conocimiento del presidente. Por su parte, insiste cerca del generoso protector sobre las tristes condiciones de vida que soporta en Panzacola y le pide su traslado a otra plaza de calidad. Pronto está de nuevo en los arenales de La Florida en espera de las promesas del marqués, quien no descuida en recomendar a la Corte los méritos del ilustre servidor.

De su constante afán sale al fin Heredia en enero de 1810. El intendente Morales le sorprende en la fresca tarde del día 20 con un ejemplar de la *Gaceta de Madrid* donde se inserta la Real Orden por la cual se le ha designado, con fecha 15 de octubre último, para ocupar la plaza de oidor vacante en la Audiencia de Caracas por muerte de don Miguel Auriolas. Ya está, pues, vecino el día de dejar este puerto inhóspito donde ha empezado a destruirse su salud. Sonriente aparece ahora su destino. Le espera una ciudad de clima dulce, donde habrá de compensar, con la distinción del alto cargo y el comercio con los cultos hombres de Venezuela, la soledad y la tristeza en que ha vivido tanto tiempo. En la rada está surta la hermosa goleta que lo apartará en breve del ingrato arenal donde sus días han discurrido melancólicamente. Pero la nave tiene un nombre que es símbolo de todo lo que habrá de acontecerle en sus futuros años. *Proserpina* es la reina de los Infiernos. Y a él lo espera en Venezuela el infierno de la guerra fratricida.

V

EL NEGOCIADOR DE LA PAZ

> La victoria digna de la alabanza humana es aquella que consiste en triunfar con el talento, con la razón, con la prudencia, con la sabiduría, con la virtud: con todo eso que es propio del hombre y no de la bestia.
>
> VIVES: *Concordia y discordia.*

YA Heredia, en unión de doña Mercedes y de los pequeños José e Ignacia, está en La Habana. Se han alojado los viajeros en el hogar de don Antonio José Angulo, también emigrante de Santo Domingo y esposo de doña María de los Angeles Heredia, hermana de doña María Mercedes. Se están afanosamente preparando para el viaje a Caracas, donde habrán de llevar un tren de vida cónsono con la importancia del empleo confiado a don José Francisco. Deudos y amigos los festejan y menudean por ello visitas y reuniones. En una de estas oportunidades concurre a la posada del doctor Heredia su amigo el oidor decano de la Audiencia de Puerto Príncipe, don José Antonio Ramos, futuro marqués de Casa Ramos de la Fidelidad, a quien sorprenden los notables adelantos que José María ha alcanzado en el idioma francés. El oidor se hace lenguas del prodigioso talento del muchacho y le obsequia, como tema para sus ejercicios, un lindo ejemplar de las *Fables choiseé* de Jean Pierre Claris de Florian, impreso en la Libraire Económique de París, en 1803, e ilustrado con cinco hermosas planchas según dibujos de Flouest.

Luego, un hecho trascendental viene a opacar las gratas perspectivas de los Heredias. Cuando mejor se hallan en el arreglo de maletas para emprender la travesía de La Guaira, una fatal y confusa noticia llega el 4 de junio por vía de Puerto Rico. Se dice que las autoridades españolas, y con ellas la Real Audiencia, han sido echadas de Caracas por fuerza de un movimiento de los criollos, enderezado

a conservar los derechos de Fernando VII, con prescindencia del Consejo de Regencia.

El marqués de Someruelos tiene desde el año pasado claras y precisas informaciones de las novedades acaecidas en la gobernación de Venezuela desde la época en que vinieron los avisos de los sucesos de Aranjuez. El sabe cómo fue jurada por el Ayuntamiento y pueblo de Caracas la autoridad del rey Fernando, apenas hechas en 15 de julio de 1808 del conocimiento público las noticias llegadas al capitán general Casas acerca de la renuncia de Bayona y cómo los caraqueños hicieron salir a la espantada a los oficiales Lamannon y Courtay, portadores de los pliegos del Consejo de Indias en que se pedía el reconocimiento del rey José y del duque de Berg como lugarteniente general. Precisos datos tiene de la violenta actitud asumida por el presidente y gobernador interino cuando los mantuanos, encabezados por la nobleza, pidieron en 24 de noviembre del mismo año el establecimiento de una Junta semejante a las que en la Península habían asumido la defensa de los legítimos derechos de la Casa de Borbón y del fermento que perdura desde entonces entre el mantuanaje y pueblo de Caracas. Sin embargo, le ha caído de sorpresa la lamentable culminación que el 19 de abril tuvo dicha actitud, llamada a prender el contagio de la sedición en los demás gobiernos de América, si éstos no siguen los pasos marcados por las autoridades de la Isla y dan su plena adhesión a la Regencia.

De inmediato Someruelos procura ponerse en contacto con Heredia y le hace ver la necesidad de no detener el viaje que ya tiene preparado, y como hay peligro de corsarios, le promete solicitar del comandante en jefe de la Marina una nave artillada de su majestad que lo lleve seguro a su destino. Aunque ignore las causas últimas del movimiento de Caracas, conoce, en cambio, "el discernimiento, prudencia y patriotismo" del nuevo oidor, a quien juzga persona capaz de mediar a favor de la obediencia en tan críticas circunstancias, muy más que él tiene vinculaciones de familia en Venezuela.

Largamente instruye el marqués al doctor Heredia sobre la conveniencia de admitir "aquellos temperamentos que dictare la prudencia para salvar lo esencial", que es el sometimiento de los caraqueños a la autoridad del Consejo

de Regencia del Reino y la "saludable alianza y cooperación fraternal de todos los dominios". Piensa el marqués que la admisión de Heredia al desempeño de su cargo de oidor sea prenda de feliz éxito, mas, para el caso probable de que le pueda ser desconocido el carácter de magistrado, le indica dirigirse al nuevo gobierno de Caracas, como emisario suyo, y ofrecer una amnistía en nombre de Fernando VII y del Supremo Gobierno que lo representa en la Península.

En 7 de junio Someruelos amplía estas instrucciones por medio de oficios y le agrega que, sobre el propio pie de representante suyo, puede entrar en negociaciones con los gobiernos de las demás provincias de Venezuela que hayan tomado las mismas vías que el de Caracas. También recibe Heredia las letras del gobernador y capitán general para el Ayuntamiento caraqueño por medio de las cuales se le acredita como delegado y mediador.

El 16 de junio embarca Heredia en la fragata *La Veloz*, del servicio del ministerio español en los Estados Unidos. A bordo van a despedirle con sus mejores votos, el intendente don Juan de Aguilar, don Francisco de Montalvo, futuro virrey de Santa Fe, don Francisco Arango, don José Iturcheta, don Pedro Suárez de Urbina y varios otros amigos interesados en la suerte del oidor y en el buen arreglo de sus proyectos de concordia. Pero Heredia no tiene fortuna para las andanzas marinas y mientras la nave surca las aguas norteñas de La Española, el mal tiempo ocasiona la ruptura del palo de trinquete y obliga al capitán a buscar refugio en la bahía de Samaná. Reparada la goleta y tomado otra vez rumbo, un nuevo temporal a barlovento del cabo Engaño, destruye el palo mayor y pone en grave riesgo la navegación. Si en los otros trances desgraciados ha sabido enfrentarse serenamente a los peligros, en éste su angustia acrece por la mala salud de doña María Mercedes, a quien el mar ha hecho graves las naturales dolencias del estado de gravidez en que se halla, y ahí mismo, en medio de la amenaza de la tormenta, resuelve que de llegar con vida a Santo Domingo seguirá solo a su destino.

A los treinta y ocho días de dejar a La Habana surge en Santo Domingo la maltrecha nave. Pisar de nuevo la ciudad nativa constituye para Heredia motivo de regocijo

singular. Nueve años han corrido largos desde la época infeliz en que hubo de emigrar y cuántas cosas han pasado desde entonces en su patria. Ya ha sido consolidado felizmente el proceso de la reconquista, con la oportuna intervención de las fuerzas de Jorge III de Inglaterra, convertido por el Tratado de Londres en aliado de la resistencia española contra el tirano Bonaparte. El 11 de julio del pasado año la plaza fue entregada a los ejércitos aliados por el general Dubarquier, y bajo la recia autoridad de don Juan Sánchez Ramírez han comenzado a restablecerse los servicios públicos, con reconocimiento de los cuerpos que en la Península han venido representando la autoridad del cautivo monarca. Con Madrigal, Garay, López y demás patricios que entienden en la restauración de los antiguos métodos gubernamentales, se pone en contacto el doctor Heredia, a quien ahora tocan funciones judiciales de importancia señalada, pues habrá de conocer en apelación de las causas civiles, en consulta de las criminales y de los recursos de fuerza en materia eclesiástica, como oidor de la Real Audiencia de Caracas, a cuyo distrito ha sido sometida la isla de Santo Domingo por Real Orden de la Junta Suprema del Reino, fechada en 30 de enero del presente año.

Desde la propia goleta fondeada en el Ozama, Heredia escribe al día siguiente de su llegada a don José Ceballos, comandante político y militar de Coro, pues ha tenido noticias de la manera desairada como el Ayuntamiento de la muy leal y noble ciudad, que ha tomado por consigna de política "no tratar con levantados", recibió a los emisarios de Caracas, aún más: sabe que el gobierno disidente de ésta ha despachado hacia las provincias occidentales un grueso número de tropas al mando del marqués del Toro para someter por la fuerza a los corianos, quienes han mirado la ocasión como propicia para recuperar, por su lealtad a la causa del monarca, los viejos privilegios de capital de la provincia. En su carta dice Heredia al comandante: "Soy americano, lleno de relaciones en esas provincias, y con la mayor complacencia había ya adoptado a Caracas por mi segunda patria, por lo que usted y todos los que la habitan pueden considerar desde luego que me animan los mejores deseos y las más sanas intenciones en las explicaciones que

voy a tener con el gobierno actual", y para terminar le pide que haga llegar al marqués del Toro noticia de su próximo arribo, a fin de que antes de tomar cualquier determinación aguarde su llegada, que será sin demora y pueda así lograr favorable éxito en "la comisión tan cristiana, pacífica y humana" que habrá de "evacuar con todo el candor, ingenuidad y buena fe" correspondientes a su carácter.

Antes de alejarse de los nativos lares, Heredia se ocupa en dejar en buenas manos la dirección intelectual de José María, cuyos progresos estupendos han causado asombro a los deudos y amigos que se han apresurado a llevarles la bienvenida. Justamente está en Santo Domingo el comisionado del Gobierno español, don Francisco Javier Caro, primo hermano de doña Mercedes y quien ha desempeñado nada menos que la Secretaría de la Universidad de Salamanca. Para el borlado salmantino resulta un prodigio singular ver a este chicuelo de siete años que no sólo lee y traduce correctamente el francés, sino que se allega con certeros pasos a la difícil arquitectura de Horacio y de Virgilio. El mismo aconseja al padre afortunado sobre las maneras de lograr una eficiente dirección para el niño extraordinario, capaz ya de emprender el estudio de las Artes, sin posibilidad por entonces, en razón de estarse en los primeros pasos para el restablecimiento del antiguo Seminario. Hasta ahora ha sido don José Francisco el maestro único. Por la "mañana, la explicación del texto de Lucrecio, y por la noche, Humboldt. El padre y los amigos, de sobremesa, dejan, estupefactos, caer el libro. ¿Quién es éste que lo trae todo en sí?" Es la obra admirable del grande hombre, que empieza a mirar entre las desgracias que son sombra de su melancólico existir, cómo la inteligencia de este niño prodigioso se abre a manera de tesoro donde el destino guarda para él las grandes satisfacciones que su mala salud y la perversidad de los hombres se empeñan en que sus labios no regusten.

* * *

En el surgidero de La Vela de Coro se halla *La Veloz* el día 12 de agosto. Ignorante del curso de los sucesos y en espera de lograr precisos datos, permanece a bordo mientras recibe respuesta de las cartas que el propio día de la

llegada ha dirigido a don Fernando Miyares, antiguo gobernador de Maracaibo, hoy elevado a la Presidencia y Capitanía General de Venezuela en sustitución de don Vicente Emparan, depuesto por el movimiento caraqueño de 19 de abril, y al marqués que capitanea las fuerzas de Caracas.

Ceballos, aunque sólo dispone de ciento cincuenta hombres para defender el dilatado territorio de su distrito, ha hecho toda clase de preparativos para resistir el avance de las tropas del marqués. Los corianos si apenas tienen material de guerra para una escaramuza, cuentan con la vecina lealtad de Maracaibo, donde, así haya sido repudiado el movimiento de Caracas, se han hecho algunos cambios en relación al antiguo orden. Si en verdad rehusaron los maracaiberos adherir al ejemplo de Caracas, los hombres del Cabildo han aprovechado el espíritu de mudanza que anima los tiempos para variar la estructura tradicional del municipio y han admitido, para debatir sobre la grave política del momento, al comandante militar de la plaza don Ramón Correa y al capitán retirado Esponda, al diputado consular, a tres representantes de la clerecía y a tres letrados del común. Después de reducir a prisión a los emisarios de Caracas, doctor Vicente Tejera, don Diego Jugo y don Pablo Moreno, resolvieron reconocer al Consejo de Regencia como el único cuerpo con legitimidad para llamarse conservador de los derechos de Fernando VII.

Esta actitud de los Ayuntamientos de Coro y Maracaibo ha sido mirada por los patricios de Caracas como delatora de connivencia con la corriente afrancesada, muy más tomando en cuenta que don José Ceballos fue llevado a la Comandancia de Coro por influencias de Emparan, en quien los políticos de Caracas siempre miraron un solapado agente de Napoleón, y por ello anda en son de guerra por los lados de Carora el bisoño marqués del Toro.

Pronto éste recibe en su cuartel general la comunicación que le ha dirigido desde La Vela el oidor Heredia. Empieza el comisionado por exponer el encargo que le tiene confiado Someruelos en orden a lograr un avenimiento entre quienes con distintas voces se proclaman mantenedores del régimen legítimo de España. Como neta expresión de los sentimientos que le embargan y de las elevadas miras que inspiran su misión, dice Heredia al marqués: "El

buen éxito de tan interesante objeto peligra entre el ruido de las armas, y, además, sería un dolor derramar sangre española, sangre de héroes, sangre de los ilustres venezolanos que fueron los primeros en proclamar a Fernando y el odio a la nación tirana, por diferencias de opinión y por la vindicación de unos agravios que no existen o pueden satisfacerse como entre hermanos, sin violencia, luego que se establezca un centro común de reunión, que ninguno de los distritos de Venezuela puede desconocer. Yo iría sin reparo a verme con V. S. si no considerara que esta demora sería, sin duda, perjudicial a mi comisión que exige la mayor celeridad, y que mi presencia podría causar alguna sensación en ese ejército, fácil de atribuirse a intrigas de que no soy capaz, y en esta virtud solamente espero para seguir mi viaje a La Guaira o Puerto Cabello que V. S. se sirva darme su palabra de honor de que suspenderá toda operación militar contra este distrito, tan digno de memoria en los anales de la provincia, y retirará sus tropas a cierta distancia, hasta que el resultado de mis explicaciones con los señores de la Junta de Gobierno llegue a noticia de V. S. Pero si para ello es indispensable la conferencia, la admitiré francamente en un paraje separado del tumulto de un cuartel, que promedie las distancias y bajo la confianza de un seguro dado por V. S. a ley de caballero."

Con este noble escrito comienza Heredia su humana gestión en Venezuela. En cada una de sus frases se hace presente el elevado tono de su espíritu: horror a la guerra fratricida, propósito indesviable de trabajar para la concordia y repugnancia genial por los tumultos que son esencia última del cuartel. Busca ante todo y sobre todo que estas diferencias que escinden la opinión de los pueblos de Venezuela en su común propósito de hacer efectivos los derechos de Fernando frente a la usurpación napoleónica, se resuelvan por medio de lucha de razones entre los hombres que se dicen personeros de esa misma opinión y no se dejen al desiderátum de la fuerza bruta que representan las bayonetas. Sus palabras en el pórtico de nuestra vida republicana son como el angustioso aviso de quien, con mirada certera, ha avizorado el confuso porvenir de una sociedad que en breve habrá de sentir cómo su permanente destino lo interfieren las arbitrariedades de los hombres de cuartel.

Al mismo tiempo que escribe a Toro, se dirige Heredia al gobernador Miyares, para instruirlo de su misión y de lo que ya lleva realizado en el camino de la concordia, y como ha de dirigirse también a Caracas, solicita su venia para emprender viaje a la capital. Miyares es de temperamento, aunque caballeroso, por demás distinto del de Heredia. Mientras éste tiene fe en la fuerza convincente de las razones y en la natural bondad del hombre, el capitán general, con sentido tal vez más práctico, duda del poder de las armas generosas del negociador. En su criterio, si el marqués del Toro admitiese entrar en tratos con los corianos, no lo haría con ánimo de avocarse a la avenencia, sino llevado del oculto designio de "persuadir a la adhesión del sistema subversivo de Caracas", y aún más: Miyares cree seguro que no sea tratado Heredia con las consideraciones que merece, pues el jefe del Ejército de Caracas, a pesar de que ofrezca las seguridades pedidas por el comisionado, se verá precisado a "faltar a ellas por dar cumplimiento a las órdenes del Gobierno de Caracas, que hasta ahora sólo ha mostrado la ilegitimidad de sus procedimientos". Y por lo que dice a entrar en negociaciones con la Junta caraqueña, le niega abiertamente toda autorización para emprenderlas, pues juzga que jamás llegará a convencerlos y, en cambio, él está en espera de instrucciones precisas de la Corte.

La evasiva y desairada respuesta de Miyares llega a manos de Heredia casi conjuntamente con la respuesta del marqués. Este empieza por exponerle los más vivos sentimientos de fraternidad y de política, en términos elocuentes donde expresa sus deseos porque las desavenencias políticas "terminen pacíficamente, sacrificando los que están a la cabeza de los partidos sus miras particulares a la felicidad y tranquilidad común de los pueblos; porque nadie con más horror que él mira la efusión de sangre humana y los funestos estragos de una guerra intestina entre unos hombres por tantos respectos hermanos, vasallos de un mismo soberano y unidos por vínculos los más sagrados". Pero a continuación avanza a definir las posiciones disidentes: califica la actitud y los propósitos de los corianos enderezados a apoyar la usurpación de un territorio perteneciente a Caracas y su enajenación a favor de una autoridad intrusa

que se ha decidido a favorecerlos, para satisfacer la ambiciosa pretensión de dominar sobre las provincias de Venezuela, que no tienen otro legítimo dueño que el señor don Fernando VII. En Toro apunta la sospecha que promovió entre los patriotas de Caracas la contestación de lord Liverpool al gobernador de Curazao respecto al reconocimiento de la autoridad de la Regencia, con lo cual ha surgido entre ellos la idea de que Inglaterra con tal procedimiento intenta adueñarse del territorio de Venezuela. Su planteamiento está por demás ajustado a la lógica lealtista del momento: Caracas, con su conducta decidida a favor de preservar los derechos de la Corona, es quien camina el camino de la justa razón nacional, mientras Coro, apoyándose en la protección de las autoridades inglesas de Curazao, se ha colocado en posición contraria a los intereses de la patria española. Mas Toro es sincero cuando manifiesta su horror a la guerra fratricida y, para evitarla, se aviene a celebrar el parlamento con Heredia. "Yo tendría —agrega el marqués— el mayor gusto en conocer personalmente a usted y tratarle en conferencia particular acerca de los asuntos y opiniones políticas que forman en el día el objeto de nuestras ocupaciones: y mediante a que pueda proporcionárseme esta satisfacción, si el motivo que el comandante de esa ciudad me apunta en carta particular del 13 del corriente obligase a tomar a usted la resolución de hacer su viaje por tierra, le incluyo el adjunto pasaporte, a fin de que bajo esta salvaguardia y demás seguridades que apetezca transite libremente y sin el menor peligro hasta esta ciudad, desde la cual podría seguir cómodamente a Caracas."

Heredia mide en todo su valor la actitud del marqués del Toro y, siempre a bordo de *La Veloz*, escribe de nuevo al gobernador Miyares para informarle, en primer término, del mal estado de su salud, estropeada en extremo por las peripecias del largo y accidentado viaje de mar, circunstancia que, por otra parte, considera como motivo justificado para decir al jefe de las Fuerzas de Caracas que no podría hacer por tierra el proyectado viaje, e insiste con razones poderosas en convencerle de la necesidad y conveniencia de ir a tratar con la Junta caraqueña. "Es verdad —dice a Miyares— que ellos han adelantado demasiado

para retroceder tan fácilmente, pero por lo mismo vendría muy a tiempo mi presentación en aquella capital con la voz de una comisión forastera para servirles de pretexto a una resolución sana, que seguramente no tomarán si no tienen con qué cubrir su conducta de la nota de veleidad. Cuando esto no se logre, a lo menos es seguro que por semejante medio se abrirá un camino para empezar a comunicar y tratar de buena fe de los medios de una reconciliación con la autoridad legítima, bajo la salvaguardia de jefe tan respetable por su buena opinión y por los recursos de que puede disponer, como lo es el que me ha enviado; medida que nunca será inoportuna ni contradictoria a las instrucciones que pueda enviar el Supremo Gobierno, que dicta la humanidad aun con los enemigos más atroces, y que hoy más que nunca parece necesaria antes de tomar otras, y de llegar al doloroso y peligroso extremo de usar de la fuerza, que es lo que desean nuestros enemigos comunes para vernos despedazar mutuamente. Aun cuando en Caracas hayan detenido a otros empleados y ministros, espero que mi conducta franca y sincera no les daría motivo para hacerlo conmigo, si obran de buena fe, y de lo contrario, soy demasiado inútil para que quieran tomarse el trabajo de guardarme y mantenerme, y así estoy muy distante de temer por mi persona, y más bien espero que la opinión favorable con que se me aguardaba, desde que se supo mi promoción, pueda ser muy útil para el restablecimiento de la tranquilidad, que V. S., yo y todos los buenos españoles deseamos tan sinceramente. Ultimamente, ya la noticia de mi comisión ha corrido por toda la provincia, y habrá llegado sin duda a Caracas, y no sé cómo podría cohonestar mi demora en Coro, o en cualquiera otra parte, sin publicar la orden de V. S. o quedar por un engañador, perdiendo de este modo la opinión con que tanto puedo servir siempre en las actuales circunstancias."

¿Será posible que en medio de las pasiones y diferencias que ofuscan a los espíritus no se haga escuchar la voz serena, justiciera y persuasiva de quien pretende apagar con los consejos de la razón el incendio que amenaza a Venezuela y, con ella, a todos los dominios españoles del Nuevo Mundo? Esto acaso se pregunte en su interior el doctor Heredia, mientras espera la nueva respuesta del gobernador

y capitán general. Sus días no son por nada gratos en la incómoda goleta, donde a las privaciones del caso se agrega el malestar de la enfermedad que, con el calor, amengua sus fuerzas. Pero la fe que tiene en el poder de la razón le hace esperar que Miyares terminará por mudar de temperamento y le autorice para emprender las negociaciones con que espera servir a la urgente obra de pacificar la Capitanía General. Sus cálculos no yerran, y pronto recibe autorización para dar cumplimiento al encargo de Someruelos. Hoy se siente feliz el negociador, así Miyares reduzca sus poderes a las siguientes bases: "Reconocimiento, obediencia y sumisión al Supremo Gobierno de la Regencia por parte de las autoridades de Caracas; restablecimiento del Gobierno y demás autoridades sobre el mismo pie en que estaban antes del 19 de abril próximo pasado, y en cuanto a las incidencias de lo ocurrido en la capital de Caracas y en algunas provincias de Venezuela, se estará a lo que se sirva determinar el referido Supremo Consejo de Regencia". Claro que es ingrato ver cómo Miyares se aparta del amplio espíritu de concordia que aconseja Someruelos al ofrecer en nombre de su majestad una generosa amnistía a los caraqueños, para atenerse en este punto a lo que pueda indicar la Regencia. Si él no conoce personalmente al capitán general, ya sabe, por el contexto de sus comunicaciones y por los informes que le han dado personas de crédito, que dista sobremodo de la amplitud, generosidad y luces del ilustre gobernador de Cuba. Sin embargo, se siente satisfecho de que se le haya autorizado para entablar diálogo fraterno con los patricios de Caracas. Hombre idealista, espera que las razones horaden, como el agua constante, el rudo peñón de la contumaz rebeldía de la capital. El tiene confianza en que su ágil pensamiento le prestará ideas cargadas de convicción para abrir senderos a la concordia, y después de tajar su mejor pluma de ganso, empieza, en medio del suave vaivén de *La Veloz*, su mensaje a la Junta de Caracas.

Hasta ahora Heredia no ha hecho sino tocar a las puertas de la Historia. Lo que lleva por dentro, el inmenso caudal de su ponderado y bien nutrido espíritu, no se ha puesto a flor de testigos. Ese don admirable de antever las circunstancias, que es patrimonio de su temperamento de filósofo,

no se ha revelado en forma rotunda y decidora. Hoy, 1.° de septiembre de 1810, llama en su auxilio a los genios benéficos que han colmado de luces su interior, modesto y recatado, para que le ayuden a expresar las generosas y sublimes ideas que conviertan a la reflexión a los hombres que en Caracas están fraguando las armas para la lucha fratricida. Se siente heraldo de la causa de la concordia humana. Entiende el cristianismo como fuerza conjugante de las voluntades personales para la realización del bien común. Puede que se le tome por errado en lo que dice a las formas transitorias de la política y a la mejor manera de establecerse para el futuro las comunidades americanas. El entiende que la unidad del mundo español de Indias es un imperativo a que llaman con fuerza avasallante la religión, la lengua, las costumbres y los propios intereses de una economía sobre la cual tiene puesta la vista, con desmedro de la vertebración institucional, la voracidad imperialista de los sajones, y sabe, además, que para que aquélla se conserve no hay camino eficaz sino el que arranca del mantenimiento de la centralidad del imperio en torno a la augusta persona del monarca de las Españas. ¿Qué eco tendrán mañana, se pregunta, en el concierto del mundo las voces individuales de Chile, Buenos Aires, México, Guatemala y Caracas? ¿Podrán estas aisladas naciones hacer por sí solas respetar sus derechos frente a la tendencia dominadora y absorbente de las grandes potencias? Y si se mira a Venezuela, cuya forma de confederación política ha gravitado sobre la regia autoridad representada en grado superior por el gobierno de Caracas, estaría también en lo interior expuesta a verse dividida, como empieza a estarlo, si las distintas regiones resolviesen mirar de diverso modo su manera de relacionarse con la autoridad de la metrópoli. Al examen de la cuestión internacional y de la política de dentro, añade Heredia las penetrantes observaciones de orden sociológico que se derivan de la peculiar estructura humana de los habitantes, en un medio donde, a una clase blanca de escaso número, se suma un indisciplinado mestizaje y una rebelde masa de zambos y de esclavos. Rotos violentamente los diques del orden que hasta hoy ha venido encuadrando el desarrollo de la sociedad, caerán los pueblos en un estado absoluto de anarquía, donde se instalará una lucha permanente de cla-

ses y colores, como ya ha sucedido en su patria dominicana, y animados entonces los sectores incultos y serviles por el señuelo de las ideas representativas con que la revolución de Francia ha envenenado al mundo, llegaría muy en breve la hora infeliz en que caigan "las hachas y las antorchas incendiarias en las manos de los verdugos". Aunque el más generoso tono de libertad y de justicia forme el substrato de su conducta social, es él, ante todo y sobre todo, un conservador a quien preocupa el mantenimiento de la tradición política y cultural que representa el antiguo régimen y fundamentalmente, para hoy y para todos los tiempos, un decidido defensor de la jerarquía que garantice la facultad de natural ascenso de los individuos. Quiere la libertad que pueda moverse entre los cauces severos del orden, y teme a la vez el feroz despotismo que, como en la Francia del Terror, y ahora bajo la férula del emperador, yergue la cabeza sobre la propia liquidación de las mejores ideas de regeneración y de justicia.

Cargada la mente de estas graves reflexiones, escribe la admirable exposición en que invita a los caraqueños a reconocer la autoridad de la Regencia. Su voz no es la voz de un enemigo. En él habla el hermano permanente de los hombres, el cristiano sabidor de que Jesús cambió la antigua trayectoria de los hombres con la consigna de amar al enemigo. El no ha venido a "acelerar los malignos influjos" ni a tomar "partido alguno en la discordia". En sus manos no ha traído a la provincia ninguna tea incendiaria, sino "un áncora que pueda salvarla del naufragio que la amenaza". Pero él es también hombre de América, que ha sentido en carne viva la injusticia y los errores de la política de la Metrópoli. ¿Acaso su miseria actual y estos dolores que entorpecen su salud no son fatal consecuencia de la emigración a que lo obligó el acto desleal de haber entregado Carlos IV a Francia su nativa patria? Bien sabe que la Corte no ha mirado hasta hoy con las debidas consideraciones a sus vasallos del Nuevo Mundo. Pero estos males, menores ante la tragedia que amenaza al imperio y a la sociedad, habrán de hallar remedio en la nueva política liberal de la Regencia. "Si la América en general —escribe—, y cada uno de sus distritos en particular, tienen agravios que reparar, reformas que reclamar y arbitrariedades

que precaver, como lo conocen todos y lo ha publicado a la faz del mundo el mismo Consejo de Regencia, se presentaba para ello una oportunidad felicísima en la convocación de sus diputados a Cortes, hecha por aquel Gobierno la primera vez en tres siglos; su número, que debe pasar de cincuenta, y es de seis para solo esta provincia, no es tan corto que quite la esperanza de formar mayoría, o de hacerse oir con dignidad, si, como es de creer, se tiene el mayor cuidado en la elección de los sujetos; y si la atribución de la elección en los Cabildos y la desproporción con el número individual de habitantes no se conforman a los principios modernos del sistema representativo, no por eso dejarán los diputados de ser verdaderos representantes de las Américas y llevar sus intereses y derechos en el corazón para reclamarlos dignamente a la faz del mundo." ¿No han leído ellos, piensa acaso, en la *Gaceta* de 10 de mayo la generosa proclama del Consejo de Regencia, en que se les ha dicho que no son ya lo mismo que antes, seres encorvados bajo un yugo tiránico, tanto más duro cuanto más distante se hallan del centro del Poder, mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia? ¿Puede dudarse de un gobierno que bien entiende de los errores pasados y está dispuesto a corregirlos por medio de una nueva política de moderación y de justicia?

En sobrio y elegante estilo, que compite con el de los mejores publicistas de su tiempo, son expuestas estas razones poderosas. Heredia ha escrito un documento que le da derecho a que las futuras generaciones lo miren como sombrío augur del destino del Nuevo Mundo. En él antevé el cuadro de la independencia con sentido de realidad que jamás podrán desconocer los más fogosos patriotas, y sobre el cual, sin renegar mañana de la soberanía ganada a fatal precio, habrán de meditar los hombres de las Américas. Pero sus razones no van enderezadas a alcanzar una respuesta inmediata. Son apenas el exordio para el diálogo vivo que pretende sostener con los hombres de Caracas, muchos de los cuales "tiene la satisfacción de haber conocido y tratado con bastante cordialidad" durante el viaje ocasional que hizo a la cabecera de la provincia cuando vivió en Coro a boca de este siglo. Al efecto, solicita de la Junta un pasa-

porte que le permita viajar a Caracas "en calidad de enviado forastero" y que, entre tanto, sean suspendidas las operaciones militares.

De la larga exposición envía en la misma fecha un traslado al marqués del Toro y otro al capitán general Mivares. Para Heredia es un tanto consoladora la posición del jefe de las fuerzas de Caracas, hombre, como él, inspirado en ideas de paz y de concordia y quien le insta a celebrar conversaciones, una vez que se reponga de su quebrantada salud, pues, aunque no se atreva a asegurar que el viaje del comisionado "sea un medio oportuno para suspender los horrores de la guerra civil", ya que ignora las posibilidades de llegar a un convenimiento en el modo de pensar, a él le preocupa intensamente la necesidad de hallar una pacífica solución a las desavenencias, que sirva para "evadir y precaver los males que arrastra una guerra intestina, cuyo resultado, por más feliz que fuese, jamás será el más glorioso para el vencedor". En estos conceptos humanitarios y elevados se afinca Heredia para seguir confiando en un arreglo que traiga la paz a la sociedad venezolana. Ya no se siente solo en su anhelo de concordia. En el bando de Caracas hay un sujeto de las cualidades del marqués (¡y cuántos otros, acaso, que él ignore!), en quien reside el pensamiento de que todo triunfo en las luchas fratricidas jamás es motivo de gloria para aquel que alcanza la victoria. Por eso el marqués teme la guerra y retarda el momento de la batalla. Dirán de él que es inexperto. Los hombres de la violencia le motejarán de falta de carácter y murmurarán tal vez que sea un cobarde. Ellos son incapaces de pensar que si algún temor detiene sus ímpetus guerreros, es el justo, humano y elevado que causa la responsabilidad de verter la sangre de los hermanos como argumento que resuelva diferencias de opiniones.

Mas Heredia cree por ahora preciso aguardar la respuesta de la Junta de Caracas, pues no juzga que sea bien visto variar de medios que puedan levantar sospechas, y así lo dice a Toro en carta de 4 de septiembre, no sin hacerle presente el interés que le anima por ir al encuentro de persona de quien se ha formado ya la idea de que posee un "carácter generoso, benéfico y humano". Si no mediara el temor de que este paso pueda perjudicar las negociaciones

entabladas con los hombres de la capital, estaría dispuesto a sacrificar su salud, "cada día más desmejorada".

Heredia alterna su vida de pasajero de *La Veloz*, con pequeñas permanencias en la ciudad de Coro, donde tiene deudos que le estiman y agasajan. Hoy, 12 de octubre, está asomado al balcón de su posada transitoria, cuando toques de clarín vienen a anunciarle la cercanía de un bando. En la esquina se detiene el pregonero, y con las ritualidades señaladas para el caso, da lectura a la orden de la Regencia que dispone el bloqueo de las provincias disidentes. ¡Oh terrible impresión! ¿Conque así es la manera de tratar las ocurrencias surgidas entre hermanos? ¿Adónde habrá de llegarse con esta desgraciada política de recurrir a los procedimientos de la fuerza para enderezar los ánimos indispuestos? El no puede hablar con nadie. Vive en la absoluta soledad de quien sabe que sus pensamientos pacifistas han de ser tomados como testimonios de desafección a la causa del monarca. Para comunicar con alguien sus ideas, ha de desdoblar su mundo interior y entablar el único diálogo que jamás le hará traición. Su conciencia justa y el recuerdo de los hechos pasados son los solos compañeros con quien puede holgadamente desahogar el cúmulo de sentimientos que estrujan su corazón enajenado por el temor de la inminente guerra fratricida.

"Cuando la nación española —piensa en duro silencio— era sabia y poderosa trataba de otro modo las ocurrencias de estos países, a pesar de que no tenían la décima parte de las fuerzas y recursos militares que hoy tienen. Carlos V, cuyo nombre solo hace todavía temblar la tierra, no trató de rebelde a Gonzalo Pizarro, que se había apoderado por la violencia del Gobierno del Perú, expeliendo al virrey Blasco Núñez Vela, y matándolo después en una de las muchas batallas campales que dio contra el estandarte real. Lejos de ello, le escribió la carta tan lisonjera y satisfactoria que refiere Garcilaso, y envió al presidente don Pedro de La Gasca con la revocación de las famosas ordenanzas sobre el tratamiento de los indios, que habían sido la causa de la discordia. El mismo emperador tampoco se desdeñó de dar semejante paso frente al cacique don Enrique, llamado por burla *Enriquillo*, el cual, levantado contra su encomendero en La Española, se había refugiado en las montañas de Bao-

ley. Esa es su norma. Esa es su indesviable conducta de servidor público.

A las ocho de la noche del 20 de octubre un funcionario del Ayuntamiento de Coro pone en sus manos la respuesta de la Junta de Caracas. Viene lacrada y bien sellada con las armas de su majestad. Rompe la plica con emoción, que delata el interés con que ha estado aguardando dicho pliego, y apenas pone sobre él los ojos, un sentimiento de estupor le hace detener la lectura. ¿Conque es de este modo como hombres que hacen continuo alarde de nobleza responden a los negociadores de la paz? Vuelve a leer y a releer el encabezamiento, y no sale de su justo asombro. ¿Que "el oficio de 1.° de septiembre demuestra una total ignorancia"? ¿Y así no más, sin paliativos, sin ninguna introductoria de cortesía? ¿Dónde habrá sido educado este sujeto Roscio que lo firma? Pero Heredia sabe dominar sus impresiones, y después de despabilar la candela a cuya luz está leyendo, prosigue en la tarea de imponerse del pensamiento de los hombres de Caracas. Ahora no sólo se le dice desconocedor de los hechos ocurridos, sino "atacado, aunque levemente, del achaque occidental". ¿Y cuál es esta epidemia que reina en Coro y Maracaibo? Luego se lo explica: la violencia de que han sido objeto los emisarios que vinieron a invitar a estos Ayuntamientos a sumarse a la causa caraqueña. ¿Y por qué los de Caracas lo hacen solidario de estos actos? ¿Acaso les ha dado él su aprobación? ¡Oh inseguro juicio de los pieran los de la capital que él bastante ha meditado sobre hombres arrebatados por el furor de las pasiones! ¡Si su- "este imprudente paso, que pudo y debió evitarse" para no dar ocasión a las tremendas hostilidades empezadas! Ignoran Roscio y los demás miembros de la Junta que él "pensó tratar de persuadir la necesidad de restituir aquellos hombres a sus domicilios", y que si no lo efectuó fue en razón de no hacerse, por su calidad de americano, sospechoso de parcialidad y de "no exponerse a aquel tratamiento por vía de represalias", con lo que hubiera terminado su propósito de llegar a una concordia entre ambos bandos. ¡Si conocieran los exaltados caraqueños cómo estuvieron sus ojos a punto de lágrimas cuando el 12 pasado escuchó la lectura del desgraciado decreto que declaró en estado de bloqueo a las provincias disidentes! Pero él sabe que ser calumniado

por unos y por otros contrincantes es el gaje que cosechan los hombres pacíficos cuando intentan acallar con palabras de conciliación los ánimos indispuestos. Ello le obliga a pasar sobre estas brasas y a tolerar tranquilo el filo de la ironía con que se le anuncia que "nada teme Caracas del contagio" que haya podido contraer en este áspero clima de La Vela y del cual podrá curar con el aire puro de la capital, donde sería muy bien recibido, a pesar de lo injurioso que para la Junta ha sido la solicitud de un pasaporte. Así sea descortés y un sí es o no despreciativo el contexto de la nota, a él se le da un higo el tono en que está escrita, para mirar sólo la aceptación que en ella se presta a su carácter de emisario de concordia. De inmediato solicita del capitán general autorización para seguir a La Guaira. Su ánimo arde en deseos de empezar la pacificación que eche cenizas sobre estas llamas disolventes. No hay que perder tiempo. El fuego lame con voracidad el edificio del imperio. Precisamente acaba de recibir una gaceta angloamericana donde se da cuenta de las revoluciones de Buenos Aires y La Florida occidental. Ya la onda rebelde se ha extendido de un extremo a otro de los vastos dominios de España, y urgen remedios que aplaquen a tiempo la discordia.

Pero la situación general ha cambiado para el propio capitán general. La pacificación de la provincia ha sido encomendada por la Regencia al comisionado don Antonio Ignacio Cortabarría, quien desde Puerto Rico dirige la política española del Caribe, y por efecto de ello, Miyares dice a Heredia que se entienda directamente con dicho funcionario.

Don José Francisco sabe que nada puede hacer en nombre propio ni en nombre de Someruelos, pero tiene todavía una última palabra para los hombres de Caracas. El no se desentiende de su deber sagrado de mediador, y haciendo buenos los términos de la respuesta que se dio a su exposición invitatoria, explica a la Junta los motivos que le obligan a hacer una pausa en el negocio, y al anunciarle su propósito de ir a instruirse mejor con el comisionado regio, le advierte que "el llegarse a derramar sangre española y en hostilidades de hermanos contra hermanos, sería un agüero muy infeliz para la provincia, que sufriría el eterno oprobio de haber dado este mal ejemplo a la América".

"Por ello —agrega— espero no tener el disgusto de que noticia alguna de semejante suceso enfríe el celoso ardor con que he sacrificado mi quietud y sacrificaré hasta mi vida por la tranquilidad y justa felicidad de Venezuela."

Negado el permiso para trasladarse a Caracas, adonde Cortabarría ha enviado un torpe negociador, y noticiado Heredia de que el marqués del Toro está al fin dispuesto a obrar contra la ciudad de Coro, ordena el 3 de noviembre al capitán de *La Veloz* emprender viaje hacia Maracaibo, donde se propone entrar en personal contacto con el gobernador Miyares, y quedar a la espera de las instrucciones del comisionado de la Regencia. El 6 arriba felizmente a Maracaibo, donde es recibido con las mejores pruebas de cortesía por don Fernando y por su esposa, doña Inés Mancebo, dama perteneciente, como el capitán general, a la más distinguida sociedad de Cuba. En Maracaibo, el brigadier Miyares es visto con las mayores simpatías, y entre el común ha ganado nuevos puntos de respeto desde que su primitiva calidad de gobernador de la provincia ha sido superada por su actual rango de presidente y capitán general de Venezuela, así su dominio en el hecho esté reducido, más o menos, a sus primitivos términos. En la casa de los Miyares renueva Heredia su conocimiento con lo más granado de la sociedad marabina. Estrecha relaciones, como es del caso, con los yernos del gobernador: don Ramón Correa y Guevara, comandante de la plaza, casado con doña Ursula, y don José Joaquín Vale, esposo de doña Francisca María. El clima es fuerte como el de Coro, pero tiene la ciudad recursos de ilustración que le hacen más amable la permanencia y un espíritu emprendedor que la mantiene en pie de constante progreso. Leales con exaltación y fervor a la causa de la Regencia, descubre Heredia en sus moradores motivos de antiguos recelos regionales que influyen, como entre los corianos, para avivar el espíritu de hostilidad a las regiones que han abrazado el partido de Caracas. Si en Coro se pretende lucrar con la lealtad en contra de los intereses de Caracas, los maracaiberos aspiran, como lo prueba el memorial enviado a la Corte en octubre último, a que la sede del Obispado de Mérida y su Seminario se establezcan en Maracaibo. Son viejas rivalidades que arrancan del siglo XVII y que han promovido la violenta separación de

las ciudades de Mérida y Trujillo del distrito de la provincia. Estos temas embargan en mucho la atención del público, y, atizando las diferencias y recelos, las autoridades mantienen firme el lealtismo de la ciudad.

Luego llegan noticias a Maracaibo de que el marqués del Toro ha movido su ejército contra Coro, y aún insiste Heredia en que se le autorice para parlamentar con el jefe de las tropas de Caracas. Pero es "tal la ceguedad y el temor de dar el más mínimo paso sin acuerdo con el señor Cortabarría", que Miyares se niega rotundamente a ello. El 28 de noviembre el ejército del marqués se presenta en son de ataque frente a las fortificadas tropas de Ceballos y logra desalojarlas de un reducto, tomarles un cañón de grueso calibre y adentrarse hasta un barrio de la ciudad. Pero el marqués se informa que Miyares ha salido de Maracaibo a cortarle la retirada. Como no es sino un militar bisoño, más hecho a lucir enfundada la espada en los aristocráticos salones que a estas agrias y sangrientas penalidades de la guerra en desiertos terrenos, donde los soldados mueren por la carencia de agua dulce, el marqués levanta el sitio y, luego de encontrarse con Miyares en Sabaneta, se retira en desbandada hacia Carora.

Aunque en Maracaibo los exaltados llegan a proponer que se haga un *escarmiento* con los soldados prisioneros, Heredia no desespera, por cuanto ve la campaña de Coro como una mutua farsa de los ejércitos contendientes. Ha sido en realidad el primer acto de la temida guerra civil; pero, en cambio, ha mostrado el horror que ambos bandos tienen ante el derramamiento de fraterna sangre. Pero toda esperanza de llegarse a una provechosa inteligencia con los hombres de Caracas cede ante la desacertada determinación tomada por el comisionado regio, quien envió a Cumaná y a la capital de las Provincias Unidas al negociador "menos a propósito para semejante encargo". Y lo piensa así, no porque sepa que es él la persona capacitada para el caso, pues con los vínculos que le atan a los venezolanos reúne la favorable circunstancia de estar "admitido ya por la Junta en concepto de enviado y convidado con un pasaporte a pasar a Caracas con el rango de enviado", sino por la manera como procede el agente de la Regencia, quien, falto de sentido político, ha comenzado por hacer alarde de su auto-

ridad "sobre un pueblo que trata de sacudirla", y el cual, lejos de sentise atraído a la conciliación, hallará en tal conducta nueva oportunidad de irritación y de encono.

Heredia ha visto cerrada toda posibilidad de intervenir fructuosamente en la pacificación de Venezuela. No se duele porque se haya negado a su persona la oportunidad de lucrar con un acto que habría distinguido en grado eminente sus servicios. El no es hombre que mida con la vara del interés personal las acciones públicas. Lo siente porque ve el fracaso del gobierno metropolitano en estas provincias, ya al borde de la insurrección separatista. Lleno de estos tristes pensamientos se retrae el 6 de diciembre al modesto cuarto de su posada, y confía al papel ideas y juicios que a nadie osaría expresar por el temor de ser tomado por insurgente.

Empieza por criticar que sea en las Cortes generales donde resida la legítima soberanía pública. Para él la Constitución de una nación no es una mera serie de principios incluidos en el cuerpo de un código. Constitución es estructura, vertebración, unidad, genio, sistema de vida producidos por el propio pueblo en el curso de los siglos. Constitución, más que enunciado teórico hecho por unos hombres, es labor realizada por la Historia en el corazón de las varias sociedades humanas. Sin que se enuncie, existe; sin necesidad de llevarla a declaraciones escritas, es realidad operante en la misma sociedad que la produce. El sistema de España radica en la unidad del régimen monárquico. Debilitar en el imperio el poder real sería como destruir la espina dorsal del edificio. Por eso es monárquico y considera que la soberanía, como poder de guiar y defender a la nación, está depositada en la persona del monarca, a cuya defensa deben concurrir, con la lealtad de sus actos, todos los súbditos que sientan el deber de servir a la defensa nacional. Examina el jurista las peligrosas consecuencias a que expondrá el juramento que presten las autoridades, y elevado en alas de la más pura filosofía jurídica escribe: "Aunque la ley que manda o prohibe alguna cosa no tiene regularmente efecto retroactivo, el reconocimiento o confesión de una verdad política en abstracto, como cosa muy diversa, debe tenerlo, pues la verdad es una y simple en todo tiempo, y aquel acto no es quien le da el ser que antes tenía, al con-

trario de lo que sucede con los actos humanos libres, que hasta la promulgación de la ley no existían en calidad de prohibidos, mandados o sujetos a fórmulas."

Pero si es mucha su erudición y su pericia en cuestiones de derecho, nada valen al lado de las ideas sublimes con que expresa, no sólo la luz de la clara y recta razón, sino la exquisita sensibilidad que posee para entender las grandes verdades y los eternos principios normativos de la justicia humana. Su humanismo no es el humanismo antropocéntrico de los filósofos de la Revolución. El arranca, por el contrario, de un concepto claro y cabal del valor de la persona en el orden de la comunidad que se mueve hacia la conquista de un mundo superior. Viene del inmenso amor que siente hacia los hombres y que le da derecho a llamarse a sí mismo *un amigo de la humanidad.* Es hombre del antiguo régimen, que repugna la efusión demagógica de quienes llaman a la conquista violenta del poder y de los derechos del individuo. Su rescoldo está en los maestros antiguos. Vives y Vitoria han iluminado las razones filosóficas de su espíritu, ya caldeado por la suave lumbre del Sermón de la Montaña. Antes que filósofo y jurista, Heredia es un cristiano para quien el primer manifiesto de justicia social fue predicado por Jesús en las campiñas de Judea. Cristiano que en la edad apostólica habría derramado la sangre por defender la verdad de su fe, hoy está dispuesto a regarla porque se cumplan los principios de equidad y de amor que encierra la doctrina de Cristo. Odia la guerra porque ama con amor cristiano a todos los hombres. Por ello escribe: "La sola razón de dominar no es justo motivo para destruir los pueblos y disminuir cruelmente la especie humana. La guerra siempre es guerra, pues de un modo u otro se derrama sangre, que es lo que deben precaver los padres de los pueblos. ¿Quién ignora que los que se acostumbran al ejercicio natural primitivo jamás vuelven a ser ciudadanos tranquilos y sumisos?"

Pinta luego Heredia cómo el espíritu de simple rivalidad ha llevado a Coro a dar el "funesto ejemplo de lo que puede un corto distrito en defender su opinión contra los esfuerzos de una capital lejana". Pues esto mismo espera a España respecto de Venezuela si insiste en mantener el cerrado criterio de dominarla por la fuerza, lo que sólo lograría con

profuso derramamiento de sangre, y "el derramarla sin más motivo, quizá no lo reputaría justo el resto de América, que está en expectativa de este gran negocio". Y después de decir que su conducta discreta y reservada no le permite exponer en público sus ideas, porque no se tomen como perturbadoras del orden público, concluye su memoria con esta fatídica sentencia: "Estas hermosas regiones, que deberían ser el asilo del hombre y gloria de España, si se observa en ellas una política liberal y humana, serán el teatro de horrores inauditos, y al fin caerán sus escombros en manos extranjeras, si no se desecha el pensamiento de creer igual el tiempo presente a los siglos XVI y XVII. ¡Plegue a Dios que acabe mi existencia antes de ver época tan desgraciada y cuya idea llena de amargura mi corazón y va consumiendo mi máquina!"

Hombre de tradición, representa en este precioso momento la continuidad de un viejo criterio español. El viernes siguiente a la *Octava de Corpus* del año 1536, arrimado a una banca del aula salmantina, donde Vitoria explicaba Teología, el emperador Carlos V asistía a una de las célebres *Relecciones* del gran maestro español del siglo XVI. Y el solemne dominico no ha puesto jamás su doctrina al servicio de la Corona; por el contrario, ataca los derechos del emperador al discutir sus títulos de soberanía sobre las Indias y reduce en su relección *De Potestate Civile* a justos términos el poder del príncipe frente a los derechos de la mayoría. Horno de humana piedad, el convento de San Pablo, de Burgos, donde Vitoria se nutrió para las arduas disciplinas teológicas, ha puesto fino oído y les ha servido de idóneo portavoz a las voces de queja que en América han levantado los dominicos Antón de Montesinos y Bartolomé de las Casas contra las crueldades de los conquistadores. Y el emperador, que conoce la constancia de estas críticas a la obra de las autoridades de ultramar, no desdeña rendir parias a quien está asistido del privilegio de la verdad. Más de doscientas cartas duermen en los archivos españoles con relato de las injusticias y barbaridades cometidas, so capa de servir a la Monarquía, por los hombres que han venido a las Américas, y jamás persona alguna ha sido castigada por hacer tales denuncias. Ese largo proceso de crítica lo concreta Heredia, al exponer su juicio sobre los erro-

res de las autoridades de Indias y sobre los métodos propugnados por los hombres que en la lejana Corte dirigen torpemente la política. El sabe que su fracaso no es suyo, sino de un inhábil sistema de gobernar, y contra él lanza discretamente su tímida voz cargada de verdades. No está Carlos V mirándole escribir, pero la conciencia jurídica de España, el afán crítico de sus hombres de todos los tiempos, parece que han posado en espíritu en la modesta habitación donde Heredia escribe, escribe.

Este es el fruto tardío y sin jugo de la misión que Someruelos le confió. Nada ha conseguido, sino la experiencia de su derrota como negociador y la certidumbre de que el imperio español se desmorona por causa de los hombres llamados a sostenerlo. Y como sabe que el gobernador de Cuba es uno de los que han visto claro el peligro que amenaza a la Monarquía y porque conoce la reserva de su conducta, se toma el trabajo de sacar copia de lo escrito para remitírsela por medio de seguras manos. Nada tiene que hacer en esta tierra infeliz, donde las propias autoridades del rey, lejos de buscar el triunfo de la razón y la virtud, están regando la estopa y el aceite para el gran incedio que se avecina. Pronto la nave en que viaja tiene abiertas las velas para emprender la ruta del retorno, y cuando dice adiós a las playas de Venezuela, las palmeras, como verdes pañuelos de esperanza, le responden con cariño: ¡Hasta luego, doctor Heredia!

VI

DESDE LA VIEJA PATRIA

> ¡Desnuda está la espada..., espada contra Babel, espada contra ti, espada sobre tus hombros, espada sobre pueblo y campos! Desenvainada y desnuda está la espada, sangre quiere beber, desenvainada está, desnuda.
>
> ZWEIG: *Jeremías.*

EL 11 de enero fondea en Santo Domingo el buque que conduce como pasajero particular a don José Francisco. La goleta *La Veloz* ha quedado cumpliendo órdenes del capitán general, y no era tampoco en estas circunstancias el barco apropiado para hacer la remontada; de una parte, por el mal estado en que se encuentra; de la otra, por el peligro de que fuera seguido por los corsarios franceses que infestan el Caribe, para quienes sería "una presa agradable" la persona de quien ha atacado tan insistentemente las instituciones y la política napoleónica.

En su solar nativo el doctor Heredia alcanza un apropiado descanso para su decaída salud y ánimo abatido. Al deleite que le proporcionan los cuidados de doña Mercedes y las tiernas caricias de José María y de Ignacia, agrega el regocijo de tener entre sus brazos amorosos al recién nacido Rafael. ¡Cuán distinto es este ambiente familiar, colmado de atenciones y ternuras, de la atmósfera pesada de Coro y Maracaibo! Aquí reina la paz serena que él deseara ver extendida a través de la compleja sociedad de los hombres. En este mundo abreviado del hogar se inicia para Heredia una vida de resurrección espiritual. En él no hay odios, sino constantes risas; en él nadie difiere, ni disputa, ni piensa en forma de contradicción y de recelo. Doña María Mercedes, como las damas de su calidad, dedica el tiempo al cuido de los hijos, a labores de aguja y a celar por la pequeña huerta donde abren flores diversas sus encendidas corolas, donde los naranjales cuelgan sus doradas pomas y donde la parra exhibe sus oscuros racimos. El estilo de las casonas coloniales ha metido en el interior del hogar un

pedazo de campo, en el cual la Naturaleza ofrece regalos de verdura con que se avitualla la mesa y se adornan de flores los rincones. Don José Francisco ha tomado de nuevo su tarea de maestro de José María. En la mañana y en la noche, el latín y las lecciones de retórica, cuando no alternan con la lectura de la historia sagrada y de narraciones sobre el pasado de la América convulsa. De vez en vez, alguna consulta judicial, y por las tardes, visita a los amigos que, como él, se empeñan en buscar rumbos a la nueva vida española de la Isla. Como a persona de calidad y de consejo, se le busca para discutir materias que atañen al común. En los actos oficiales se le ve ocupar sitio puntero, cual corresponde a su investidura de oidor de la Audiencia territorial. Sus luces van al propio Ayuntamiento, que a menudo lo consulta por medio de su cuñado don José Heredia Campuzano, regidor llano del Cabildo.

Mas ni el sosiego inalterable del hogar ni las distinguidas consideraciones de que es objeto a cada hora calman sus desvelos. El se siente, por humanidad y por el vínculo de su latente función de ministro de la Audiencia, unido al destino de Venezuela, y, aunque no sean menudos los correos, se ingenia para tener noticias de lo que sucede en la lejana provincia disidente de la Regencia. Cuando tomó pasaje en Maracaibo el mes de enero último, supo que había regresado de Londres el joven Simón Bolívar, con la cabeza llena de atormentadas ideas de revolución, y supo también, y esto lo miró por el más grave síntoma, que pocos días después había arribado a La Guaira en un buque inglés nada menos que el furibundo girondino don Francisco de Miranda. Con semejantes hombres en Caracas es de preverse lo que pueda acontecer en la capital de Venezuela.

Pronto le van llegando nuevos avisos de lo que ocurre en la levantada Caracas. El 2 de marzo, en la propia capilla del Colegio Seminario, se reunió el Congreso de las Provincias Unidas para resolver sobre el destino de la Confederación, y en él se designó un gobierno plural que sustituye a la antigua Junta de Gobierno. Empezaron sus miembros por jurar al rey Fernando VII, sobre los Santos Evangelios y en las propias manos del obispo, pero a la par del Congreso se ha instalado una Sociedad, desde la cual los jacobinos de Caracas lanzan voces que terminan por alterar la

reposada reflexión de los graves congresantes. Luego recibe noticias de que ha comenzado a hablarse en el Congreso de independencia absoluta de España. Don José Francisco recibe esta noticia con estupor inenarrable. Si ella se proclama, sería el golpe definitivo a la estructura institucional del imperio español. El no considera madura la provincia para figurar como nación independiente, y sabe que en Caracas hay hombres en quienes han surgido dudas respecto a la oportunidad de este acto trascendente; mas como acostumbra compensar sus sentimientos privativos con el sutil espíritu de justicia que es norma de sus juicios, busca razones explicativas del parecer de los contrarios, y encuentra que la "imprudente hostilidad de la Regencia y la conducta de Cortabarría" han llevado argumentos a la causa separatista. No está descaminado en esto el doctor Heredia. Acaso una amplia política conciliatoria, como la aconsejada por Someruelos, hubiera podido detener a tiempo los vientos del feroz huracán revolucionario, pues las clases dirigentes de Caracas apenas buscaron en los principios una justa oportunidad de obtener la debida participación en el gobierno, hecho odioso para los venezolanos en razón del sistema expoliativo que se esforzaban por mantener los personeros de la Corona. ¿Tuvieron eco, acaso, las tentativas revolucionarias de Gual y España en las postrimerías del siglo último y los propósitos de Miranda en los primeros años del que cursa? ¿No contribuyeron quienes hoy están haciendo la revolución a engrosar con sus donativos la paga de la cabeza de Miranda?... Madura para su propio gobierno sí se halla la provincia, y ello lo prueba esta pléyade de hombres que integran los cuadros del gobierno provincial. Si acierta al anunciar el gran peligro que para el mundo de raíz hispánica constituye la ruptura de la unión que mantiene la Corona y cuyo deber de conservar tuvo la Junta de Caracas el tino y la visión de promover por medio de un sistema nuevo de confraternidad y alianza, no es feliz Heredia al pensar que en lo interior carezcan sus hombres de fuerza capaz para dirigir los negocios públicos. El mismo es la afirmación palmaria de la suficiencia de América para el gobierno propio. De haber nacido en la Península, habría ocupado el puesto directivo reservado a los Jovellanos y Floridablancas. Pero tiene la desgracia de ser hijo de una

infeliz colonia, cuyo rey no ha sentido escrúpulos para sacrificarla a los caprichos de la política de Corte. Y las naciones son los hombres con sus pasiones y apetitos. El podrá en su sencilla discreción superar los complejos que provoca un trato despectivo. Su estructura moral no es flor silvestre en el bosque americano. Su amor al antiguo orden y su devota adhesión a la realeza, le llevan a pensar que sólo en el sistema actual puede mantenerse defenso el Continente, y aún más, la reflexión, que es prenda de su ingenio, le hace sentir ya el silbo del huracán que acabará con los hombres llamados a formar la estructura dirigente de las nuevas naciones para entregar el gobierno de los pueblos a hordas armadas de hachas y flameantes teas. Pero ¿cómo aspira él a que estos hombres deseosos de hacerse presentes, por un lógico imperativo humano, en el campo de la Historia, rijan su apetito por reglas reservadas a los pausados filósofos que han logrado a duro esfuerzo el sentido platónico que franquea a la razón el gobierno de toda manera de pasiones? Y esos humos que andan por el mundo en son de rebelión, ¿podrá alguien disiparlos? Cuando se habla de justicia, de libertad, de representación y tolerancia, ¿puede justificarse el despotismo y la censura que mantiene España sobre la sociedad y el pensamiento de los hombres? ¿Piensa el común de los americanos, como piensa él, "que el camino de la inquietud política es tan resbaladizo que del primer paso, por más indiferente que parezca, se va a parar al precipicio"? Cuando se exalta la igualdad y el derecho humano a una mejor justicia, según lo han hecho los propios políticos de la resistencia peninsular, ¿podrá frenarse el ímpetu de quienes se han visto reducidos a condición de parias?... Si motivos de más tiene el filósofo y el sociólogo para censurar la precipitada conducta de los hombres de Caracas, éstos tienen a favor de la legitimidad de su causa más de una razón emocional que justifica su proceder. Y esto es lo que ha olvidado Heredia: los hombres se guían más por la voluntad que por la inteligencia. Y si en el orden de las teorías don José Francisco se abraza al axioma contrario, él mismo sabe que primero es querer y que más hablan las razones del corazón que los discursos de la mente.

Y Venezuela es un mundo de pasión. Ha decidido hacerse independiente, y nada habrá de detenerla en su trágico

camino. El 5 de julio de 1811 las campanas de los templos y música de clarines y chirimías anuncian que el Congreso resolvió hacer la solemne declaración. Ya Fernando VII no reinará en lo que fue Capitanía General. A la faz de la Historia ha aparecido libre la Confederación de Provincias Unidas de Venezuela. La forman las provincias de Margarita, Caracas, Cumaná, Barinas, Barcelona, Mérida y Trujillo. La ciudad de Valencia ha pretendido ser elevada a categoría provincial, y como no lo acuerda el Congreso, resiste para jurar la independencia, y los realistas aprovechan la coyuntura para insuflar en los pardos el espíritu de revuelta.

Si Coro, Guayana y Maracaibo, situadas en la periferia de las Provincias Unidas, mantienen izada la bandera real y preparan la resistencia al movimiento independiente, Valencia ahora, en el corazón de la patria nueva, sirve de robusto apoyo a la reacción realista. A la guerra exterior con la antigua Madre Patria, se agrega la discordia en el seno mismo de la flamante república. Pero las autoridades están dispuestas a hacerse respetar. Y en Caracas fueron ajusticiados los rebeldes de El Teque, en los propios días de la declaración de independencia. Ahora precisa destruir a los facciosos valencianos, y vuelve a tomar su espada semivirgen el aristócrata marqués del Toro. Como en la campaña de Coro, la pierde el empingorotado republicano, y es el propio Miranda, veterano en los campos de Francia, quien sale a dominar a los revoltosos. Al concluir la campaña con la rendición de la ciudad rebelde, se dejan de contar ochocientos hombres de las filas de Caracas. Un número mayor debe de haber sido la pérdida de las tropas contrarrevolucionarias.

¡Ya van más de mil hombres muertos!, acaso exclame con dolor y angustia el doctor Heredia cuando le llega la noticia de estos hechos espantosos. Mil hombres, y ¿cuántos más devorará la guerra? El sigue paso a paso los movimientos de la República. ¡Y pensar que todo pudo evitarse con seguir el consejo de la prudencia! Su cabeza, dolorida por la persistencia de las fluxiones, no puede con el fuego que este cuadro sangriento lleva a ella. No le afecta ya que España pueda perder la unidad de sus dominios. Le duelen los hombres que caen sin vida en los campos de batalla y el odio inextinguible que abrasa a las poblaciones. Los hom-

bres de uno y otro bando son para él lo mismo, así no fuesen, como en realidad lo son, hermanos en la gran fraternidad de lo español y lo cristiano. Son hombres.

Pero otro males se añaden luego a los naturales desastres de la guerra. El erario, que estaba boyante cuando se inició la subversión, ha venido a menos con pasmosa rapidez, y si a la desazón que causa el desequilibrio económico se agrega la discordia que toma cuerpo con la división de los poderes en el régimen federal adoptado, ya hay para augurar días amargos a la República. El gobierno de la Unión es traladado el 1.° de marzo de 1812 a la ciudad de Valencia, señalada como nueva capital de la Confederación. Así, las autoridades evitarán choques con el gobierno provincial de Caracas. Pero la guerra civil no ha cesado. Si se calmó la revuelta de Valencia, en el Orinoco, en Barcelona y en Barinas hacen constantes correrías los realistas. A las costas de Coro han arribado la fragata *Cornelia* y la corbeta *Príncipe*, bajo el mando del comandante José Rodríguez de Arias, con jefes, armas, vituallas y dinero para emprender la reconquista del territorio rebelde. Ceballos resuelve el reconocimiento de la región del Sur, y después de ligeros encuentros regresa a la sede de su gobierno militar. Con Arias ha llegado el capitán de fragata Domingo Monteverde, "hombre sin talento ni instrucción, pero en extremo petulante, confiado y vano", a quien son entregados cosa de doscientos hombres para salir en apoyo de cierto movimiento que fragua en Siquisique el indio traidor Juan de los Reyes Vargas. Aumentada su fuerza y a pesar de no tener instrucciones para ello, Monteverde sigue a Carora, adonde llega victorioso seis días después.

A Valencia y Caracas son llevadas con voces de angustia las noticias del acelerado avance de las tropas del canario. Si ello causa consternación y duelo, un nuevo suceso se une a las desgracias que amenazan a la naciente república. El Jueves Santo, 26 de marzo, a las cuatro y siete minutos de la tarde, un violento terremoto destruye a Caracas, y con ella, a otras ciudades del interior. Cunde el pánico entre la gente capitalina, y el fanatismo religioso, aliado de la reacción realista, se esfuerza por sacar el mejor partido a este suceso natural. La mano de Dios, dicen los clérigos, ha castigado en forma terrible la impiedad de quienes pro-

fanaron con tumultos hace dos años la solemnidad de este día santo y se dieron después a regar ideas irrespetuosas para el rey y para Dios. Por dondequiera se extiende el miedo. y de él aprovecha Monteverde para lograr el rápido sometimiento de los pueblos. El poder ejecutivo de la República mide la gravedad de los momentos, y desvistiéndose los ropajes del poder discrecional que le ha conferido el Congreso, delega la dictadura en Miranda para que salga a detener al invasor. Pero la estrella de la República está velada por nubes de desgracia. Establece el generalísimo su cuartel en Maracay, y empieza a dictar confusas órdenes para la defensa del territorio, en las cuales se advierte el estado de decadencia del antiguo héroe de Valmy. Ahora Miranda es un viejo sin fe en sí mismo, y menos en estos hombres díscolos y revoltosos que le rodean. Pasaron los tiempos de su grande esplendor, cuando su elocuencia era bastante para salvarlo de la guillotina del Terror. Los mantuanos de Caracas, acuartelados en la Diputación Provincial, han abierto contra él una campaña de descrédito y le han tendido una verdadera red de intrigas. Las tropas que comanda podrían tal vez aplastar al enemigo, pero el pánico y el desconcierto de la población civil han entorpecido la cabeza de los directores de la guerra. Para colmar su angustia, Simón Bolívar, que comandaba la plaza de Puerto Cabello, ha descuidado imprudentemente la vigilancia, y está aquélla ya en poder de los realistas. De dondequiera le llegan noticias desoladoras. Los negros de Curiepe y de Capaya han proclamado a Fernando VII y marchan sobre Caracas con intención de degollar a los mantuanos. ¿No es esto el principio de una guerra de clase que acabará con las fuerzas vivas de la nación? El pueblo, que tiene hambre y teme las efusiones de sangre, prefiere el antiguo sosiego y se entrega en brazos de los soldados del rey. ¿A qué seguir luchando? Hace Miranda consejo con sus inmediatos colaboradores, y resuelve diputar emisarios que vayan a Valencia a negociar una capitulación honrosa que ponga a salvo las personas y propiedades de todos los que aún no han caído en manos del enemigo.

Parte de estos sucesos le han sido noticiados al doctor Heredia por comunicaciones del propio gobernador y capitán general Miyares, quien a tiempo que Monteverde salía

hacia Siquisique, había embarcado rumbo a Puerto Rico, a recibir instrucciones y refuerzos para el sojuzgamiento y gobierno de la Capitanía. Entre las medidas aconsejadas por la Regencia en una de sus "tantas extravagantes y desatinadas providencias", según opina Heredia, figura la instalación en Coro de la Real Audiencia. Al efecto, Mivares embarca en Puerto Rico con los ministros recién nombrados, don José Costa y Gali y don Pedro Benito y Vidal, e indica a don José Francisco que tome la rota de Coro para allí instalar el Tribunal.

A Coro llega luego el doctor Heredia en compañía de la esposa y los tres hijos. Como fiel cumplidor de las instrucciones que llevan el sello de su majestad, ha venido a servir a la justicia y a la causa de la nación, así hubiera preferido mantenerse en su solar dominicano hasta la definitiva pacificación de las provincias. A la par que busca medios de instalarse para no ser durante mucho tiempo estorbo a los deudos en cuya casa ha hecho posada, empieza a tomar noticias de los últimos sucesos de la guerra. El comandante Ceballos le refiere el profundo desagrado con que ha visto cómo Monteverde ha resistido sus órdenes y ha sembrado con ello la semilla de la indisciplina en las armas de su majestad. Como español, él ha celebrado, en cambio, el buen éxito logrado por el ejército de la reconquista y ha mandado que en las iglesias se cante el Tedéum y que en plazas y calles se manifieste en forma digna el regocijo.

A fines de julio es recibida una noticia extraordinaria que el comandante hace anunciar por voz del pregonero y con singular alarde de salvas y repiques de campanas. Las negociaciones que Miranda inició cerca de Monteverde han llegado a un espléndido resultado. El ejército de Caracas se ha rendido, y en breve las banderas del rey Fernando ondearán de nuevo en la capital de la Capitanía. Don José Francisco celebra con íntimo gozo la noticia. "¡Ya viene la paz —dice a doña Mercedes—, ya tendremos de nuevo instalado el orden y el concierto en esta hermosa tierra, testigo de nuestras alegrías primeras!" Su sentido avizor es opacado por el intenso júbilo que hace presa de su corazón al saber que las espadas no seguirán amenazando con su trágica desnudez la suerte de los hombres. Por nada ve el calvario que habrá de remontar su espíritu de fiel amigo de los hombres.

VII

EL ENCUENTRO CON LA BARBARIE

> No quiero odiar. Quiero hacer justicia aun a mis enemigos. En medio de todas las pasiones quiero conservar la claridad de mi mirada para poder comprenderlo todo y perdonarlo todo.
>
> ROMAIN ROLLAND: *Juan Cristóbal.*

Al dormido surgidero de Puerto Cabello está entrando la goleta en que viaja desde Coro el doctor Heredia, a quien el gobernador y capitán general Miyares, recién regresado de Puerto Rico, llamó por oficio del 7 de este mes de agosto para que viniese a reunirse en Valencia con los otros oidores del Acuerdo. Incontinenti llega noticia a bordo de que en el bergantín *Manuel*, que tienen a la vista, pasa para Coro el brigadier Miyares. Esta novedad admira sobremodo al doctor Heredia, y obtiene del capitán que le sea franqueado un bote para acercarse a la nave donde viaja el gobernador. Pronto los dos altos funcionarios están en grave y prolija plática sobre la cubierta del *Manuel*. Profundamente contrariado, don Fernando explica a Heredia que, como consecuencia de la invitación hecha por Miranda a Monteverde, fueron a la tienda de éste en la ciudad de Valencia los comisionados don Manuel Aldao y don José Sata y Bussy para hacer proposiciones. Monteverde impuso en esta primera entrevista la entrega total de la presunta república y el cumplimiento del régimen establecido por las Cortes del Reino; pero los del bando rebelde agregaron que precisaban una amnistía general para los venezolanos y extranjeros que hubiesen tomado parte en la revuelta, con promesa de otorgar pasaporte a quienes no desearen permanecer en el país, libertad para los prisioneros y garantía absoluta de que nadie sería perseguido por las ideas políticas anteriores. Sobre estas bases iniciales y después de cruzarse varios parlamentos, concluyó el último comisionado de Miranda, marqués de Casa León, por firmar

en Maracay el 24 de julio el instrumento de la capitulación, aprobado por Miranda el día siguiente en su cuartel de La Victoria. Para su ejecución inmediata, el jefe de las fuerzas de Caracas designó, antes de tomar el camino de la capital, al teniente coronel Sata y Bussy.

Cuando Casa León recibía sus poderes de parlamentario, el 22 de julio, llegaba a Puerto Cabello el gobernador Miyares, quien ante la satisfactoria noticia de la paz, se dispuso a asumir el mando del territorio conquistado y pidió de inmediato informes del curso de los sucesos al capitán Monteverde, pero éste, ya en San Mateo, le dijo que "no podía duplicar los partes que le había remitido a Puerto Rico, por hallarse concluyendo el convenio de paz que le habían propuesto los caraqueños". Sin embargo, Miyares fue a Valencia y tomó ante el Cabildo posesión de su alto cargo de gobernador y capitán general de las Provincias Unidas de Venezuela. Al informarse Monteverde de estos hechos, comprende que ha terminado el carácter de jefe absoluto que se había arrogado con mengua de la legítima autoridad del comandante Ceballos, y como está dispuesto a alzarse con el mando, ingenia un ardid para apartar al gobernador. Sata y Bussy es apenas el ejecutor del convenio de Maracay. No tiene autoridad ninguna para modificar los términos del convenio sancionado por la autoridad dictatorial de Miranda. Ahora le convence Monteverde de que es preciso incluir una cláusula donde se establezca que el comisionado de Caracas pone por condición del pacto de ejecución que ésta sea llevada a término exclusivamente por Monteverde. Como resultado inmediato del arreglo, el intruso capitán ha ordenado al Ayuntamiento de Valencia que suspenda el reconocimiento de Miyares, y se ha dirigido a éste intimándole "no adelantar ningún paso en el uso de los empleos de gobernador y capitán general y dirigirse a otro paraje de la provincia donde esperar tranquilamente la resulta de los hechos". Por ello está a bordo, rumbo a Coro, el capitán general, en compañía de sus consejeros el brigadier Juan Manuel de Cajigal y el coronel don Francisco Carabaño.

No sale de su asombro el doctor Heredia. ¿Cómo explicar que Monteverde invoque la condición impuesta por un insurgente, que carece de atribuciones dentro del mismo orden que le dio el mandato, para imponer una cláusula de tipo

personal que obligue al jefe de las fuerzas nacionales a desconocer la legítima autoridad del gobernador? Perplejo ante la cruda realidad de los hechos, el oidor exclama:

—Señor, ¡si ésta es una revolución más peligrosa aún que la anterior!

Igual han opinado Miyares y sus consejeros y oficiales. Pero éstos son prudentes, y no locos y ambiciosos como el canario Monteverde. Desean, no mando personal, sino el restablecimiento del gobierno del rey. Si con el apoyo de los leales de Valencia hubieran resistido e impuesto la legítima autoridad, ciertos están de que habrían desatado una nueva guerra civil que todos llorarían inútilmente y que sumergiría una vez más a las provincias "en los mismos horrores, desolaciones y estragos de que por un particular prodigio acaban de salir".

La discreta conducta de los jefes militares es en todo aplaudida por Heredia, no así el criterio que a ellos merece la validez de los tratados. Si bien la intromisión de Sata y Bussy es arbitraria y podría quitar fuerza al pacto de San Mateo, no llega a invalidar la promesa de amnistía. Aun sin conocer el texto de los protocolos, Heredia explica cómo el singular carácter de la revolución de Caracas la aparta de ser considerada al igual de una sedición cualquiera de las muchas que se manifestaron en los tiempos anteriores y que, en consecuencia, el tratamiento de la facción vencida debe apartarse de los caminos que el derecho común señala para castigar a los sediciosos. Pero como Miyares tiene un doble punto de vista para juzgar de los tratados, Heredia cree inútil convencerle por ahora. En el capitán general obra el desconocimiento del agente español que los firmó, por ser un subalterno suyo en rebeldía, y el propósito, acaso calculado por su mismo carácter de americano, de que se le vea dispuesto a castigar a los rebeldes, como ya ha empezado a hacerlo con el establecimiento en Puerto Cabello de una Comisión militar que juzgue a los reos de la revolución.

Ahora mismo, de boca de Miyares y sus compañeros, sabe Heredia cómo Monteverde ha comenzado en Caracas a dar cumplimiento a la amnistía. Al mismo tiempo que ha reducido a prisión a Francisco de Miranda y demás corifeos de la difunta república, se ha dirigido al pueblo con palabras donde le hace los más firmes ofrecimientos de paz.

"Mis promesas —ha dicho— son sagradas, y mi palabra es inviolable. Oiste de mi boca un olvido eterno." En su interior, Heredia piensa que el olvido no es sino para lo ajustado con Miranda. ¿Qué clase de hombre —se pregunta a sí mismo— es este valentón que desconoce la autoridad legítima por medio de astucias y manejos de mala fe y, al mismo tiempo que viola lo pactado ayer, hace promesas en nombre de lo sagrado de su palabra?...

Después de discutir las varias y desagradables circunstancias que obligan a Miyares a trasladarse a Occidente, hablan de la suerte de la Audiencia. Ya han seguido a Valencia el fiscal Costa y Gali y el oidor Benito, y es criterio del gobernador y capitán general que Heredia, a quien toca por más antiguo la Regencia interina, vaya de inmediato a unírseles para efectuar la solemne instalación del Tribunal. Cree él que sea éste el mejor partido, pues a las incomodidades que Caracas sufre después del terremoto, se agrega el mayor afecto al rey que han mostrado los vecinos de Valencia. Sin embargo, Heredia, poco ganoso de instalar el Acuerdo en estas tristes condiciones, arguye que su regular funcionamiento reclama mayor número de oidores, pues se requiere una minoría de tres votos para hacer sentencia. Grave le parece a él reunir la Audiencia cuando no hay legítima autoridad que la presida durante la ausencia de Miyares, ya que Monteverde, que acaso lo pretenda, es un simple intruso en el gobierno. Con estas dudas, mas dispuesto a sostener que se tome a Valencia por plaza del Tribunal, baja Heredia, ya bien entrada la noche, la estrecha escalera de la fragata para tomar el bote que lo conduce de nuevo a la goleta donde viene el equipaje.

Trae el oidor la mente llena de las más extrañas y alambicadas ideas acerca del porvenir que espera a las provincias y a sus hombres. Sobre todo, le angustia ver cómo la revolución de los independientes, que hablaban en nombre de los derechos del pueblo americano para gobernarse por sí propio, ha sido sustituída por una revolución de valentones que, diciéndose defensores de los derechos del rey, han comenzado por desconocer a sus legítimas autoridades. ¿No será este anómalo estado de cosas "funesto preludio y origen" de nuevas desgracias que victimen a la infeliz Venezuela? ¿Qué papel le reserva el Destino en medio de estas

confusas y discordes voces de hombres a quienes ciegan la vanidad, el odio y el apetito de poder?...

Al día siguiente, 16 de agosto, dirige Heredia su primer mensaje a Monteverde. Para domar a la fiera se precisan finos medios de política, y él sabe herir los corazones con palabras que obligan a la moderación. "Aunque no tengo la fortuna de conocer a V. S. personalmente —le dice—, no soy capaz de dudar de la rectitud de sus intenciones." Tomar por fiel y honrado al que viene a robarnos es técnica que por antigua enseña el pueblo. Desarmar al asesino llamándolo piadoso es arbitrio de quienes pretenden ganar la batalla a precio de persuasión. Así empieza el regente de la Audiencia a buscar camino en medio del laberinto espiritual del soldado fortunoso en cuyas manos está la suerte de los pueblos y de cuyas personales condiciones no ha dejado de oir algunas buenas referencias. Luego le habla de las dificultades de instalar el Tribunal y le abulta el hecho de ser a él, como regente interino, a quien corresponde la presidencia del Acuerdo, por falta de quien ejerza legítimamente la primera magistratura política y militar. Ahora, si el comandante está conforme en que no se declare la suspensión y optase por la instalación, el regente está dispuesto a hacerlo, a condición de mirar todo como interino hasta superior resolución de la Corte española. Pero ya sabe Monteverde que sin título legítimo que emane de la Regencia no podrá presidir el Tribunal.

Durante los días que pasa Heredia en Puerto Cabello tiene oportunidad de leer impresas las capitulaciones y de juzgar su valor como instrumento obligatorio para las autoridades españolas. Y junto con su lectura se impone también de la orden girada el 13 de este mes a los tenientes de los pueblos para que prendan y envíen a La Guaira y esta plaza "a cuantos fuesen sospechosos por su conducta en el tiempo de la revolución". ¿Conque así quiere probar el comandante que su palabra es sagrada y que ya han pasado, "lo mismo que las confusas imágenes que restan después de un sueño tumultuario", los acontecimientos anteriores? ¿Cómo es posible poner al arbitrio de unos jueces, que son todos españoles e isleños y que fueron perseguidos por la autoridad revolucionaria, a los sujetos que ejercieron ésta? ¿No es tanto como dar patente de legitimidad a la venganza per-

sonal? Pero de distinto modo piensa el funesto preceptor de la arbitrariedad y la revancha, a quien asesoran en Caracas hombres de la chatura moral de José Domingo Díaz y energúmenos como el doctor José Manuel Oropeza. Si él está aquí con el ánimo dispuesto a servir a la justicia, el otro, en la infeliz capital, está sembrando la semilla de un árbol que no derribarán en los tiempos venideros las clamorosas víctimas de la injusticia y de la arbitrariedad de los futuros discípulos de Monteverde.

Si le han dolido los avisos de la persecución, pronto su angustia crecerá al mirarla realizada. Pasan pocos días y "ve llegar a Puerto Cabello las primeras cuerdas de presos". En su magín no puede combinar que se realicen estos actos al mismo tiempo que circula en cuadernos impresos la capitulación con la amnistía. Mientras cavila confundido, tropieza, al entrar en su posada, con "un europeo, jefe exaltado de partido, que acaba de llegar de Caracas". Incontinenti le pregunta el motivo de las prisiones tumultuarias ordenadas por el comandante Monteverde, que él sólo se explicaría en el caso de haber sido delatada alguna nueva conspiración. Mas su interlocutor, alegre y satisfecho, le responde simplemente:

—Nada ha pasado, doctor Heredia. Se trata solamente "de asegurar a los malos a fin de consolidar la pacificación".

Helado queda el regente al oir tal especie de respuesta. En su interior "contempla perdida sin recurso la provincia, que se lisonjeaba de ver pacificada por efecto de la amnistía". Con el corazón lleno de angustia y empujado por la violencia con que su espíritu rechaza la infamia que las autoridades ponen en práctica, interpela al godo empedernido:

—Pero ¿no ve usted que con estos medios se está sembrando el odio que etenernizará la discordia civil en América? Y lo peor es que el "daño ya está hecho y nadie podrá remediarlo". Sepa usted, mi amigo, que esta fatal imprudencia con que se inicia la pacificación "costará arroyos de sangre" a Venezuela.

A la incómoda habitación de su posada se recoge en seguida el afligido oidor. Siente que el juicio le falla. ¿Qué es esto?, exclama, acaso, cuando se ve solo entre las paredes de su cuarto. ¿Adónde conduce el odio? ¿Dónde está la palabra de los hombres? ¿Qué tienen por co-

razón estos seres pervertidos? Tal vez revise en medio de su confusión el tesoro de las enseñanzas de los hombres, desde aquellos que en el siglo de la Ilustración han tomado la justicia como bandera de violentas reivindicaciones, hasta la mera doctrina de los teólogos y las prístinas palabras de los apóstoles que pregonaron la ley de caridad. Desviara el curso de las ideas, y en pleno mundo pagano oiría a Marco Aurelio que se reprocha un acto de violencia: "Te has olvidado —conversaba el emperador consigo mismo— de aquel parentesco santo que une a cada hombre con el género humano, parentesco no de sangre ni de nacimiento, sino de participación en la inteligencia divina." ¿Entra, acaso, esta especie de hombres en el género humano que invocaba el piadoso filósofo pagano? Hombres ¿y se destruyen entre sí por dar rienda suelta al odio?

Todo esto ha de pensarlo en su espantosa soledad el doctor Heredia el día terrible de su encuentro cara a cara con la barbarie. Hasta que se anuncian las sombras de la tarde, echado en dura cama, permanece en su exaltado soliloquio. Ahora, en busca de aire que refresque su cabeza calenturienta, se acerca al ventanal que se abre hacia la parte del mar. Pero con la presencia consoladora de las anchas y dormidas aguas, aparece la hórrida visión del castillo sombrío donde han sido aherrojadas las víctimas de la venganza goda. Su mente atormentada vuela hasta el interior de las mazmorras y siente en su propia carne el tormento de los que sufren. El dolor lo transfigura en este Tabor que le depara su destino. El mismo se mira preso y cargado de cadenas. Las angustias de las víctimas le pesan como lápida sobre el tierno corazón. Siente que la alegría se aparta a grandes pasos de su vida. Es en verdad una transfiguración. Varón de dolores, de hoy para siempre habrá de soportar en su cabeza atormentada el agudo dolor que le acompañará hasta el trance de la muerte.

* * *

Pocos días después el doctor Heredia atraviesa los empinados montes que separan a Valencia de la costa. En la ciudad es recibido con muestras de aprecio y de cariño.

Su fama de hombre recto y bondadoso ha corrido ya a través de la provincia. Los valencianos, que pidieron a Monteverde la capitalidad de que gozaron durante la efímera república, saben que Miyares ha dispuesto que el Real Acuerdo se instale en su ciudad, hoy, según ellos, en mejores condiciones de como dejó a Caracas el terremoto. Don Pedro Benito y Vidal y el fiscal Costa y Gali se hallan en la ciudad desde los primeros días del mes. Con ellos se pone en inmediato contacto el doctor Heredia. Desde luego encuentra de parte de sus colegas el mejor acogimiento. Si el señor Benito tiene señales de buena escuela, Costa y Gali lo supera en el juicio perspicaz y en la serenidad del razonamiento.

Empiezan los oidores por considerar el punto de la sede y convienen a una en que sea Valencia, como está indicado, el lugar más a propósito. Después, entran a juzgar el orden de cosas establecido por la actitud de Monteverde frente a Miyares, y por el desconocimiento que aquél hizo de la pactada capitulación. Aquí tropieza Heredia con la caprichosa actitud de sus compañeros, en quienes ha debido influir el criterio expresado por el capitán general Miyares acerca de no ser válido el convenio. Con sólidas razones empieza a combatir los argumentos de sus colegas, y como al pronto no logra convencerlos de la validez de los tratados, juzga por conveniente guardar la discusión para mejores días.

En Caracas se ha formado una corriente de opinión cerca de Monteverde para impedir el establecimiento de la Audiencia en la ciudad de Valencia. El comandante, halagado por las razones de los caraqueños, expresa su oposición a que sean cumplidas las órdenes que tienen los oidores. Alegan motivos por su parte los ministros, y Monteverde insta a que Heredia se traslade a Caracas para discutir personalmente la materia.

A pesar del agobio de sus males y del fuerte trastorno que mantiene en la cabeza, el regente se pone en camino hacia la capital. La posada donde llega es por demás incómoda, y por ello acepta sin mayor resistencia la invitación que el marqués de Casa León le ha hecho para pasarse a su morada. A Heredia impresionan gratamente los finos modales y las delicadas atenciones de los Fernández de León. Don Antonio ha medido a cortos lances la

calidad moral y la ingénita bondad de su ilustre huésped, e intenta, con la habilidad y astucia que le son geniales, sumarlo a su partido. Aunque un abismo inmenso separe a estos dos hombres, hay, sin embargo, motivos visibles que los unen en la presente situación. Ambos defienden la causa del rey y ambos viven el mundo intelectual del antiguo régimen. A Heredia, hombre sencillo y bueno, no deja de deslumbrar la fastuosa posición del empingorotado marqués, a quien rinden parias los personeros del nuevo orden.

En la tranquila mansión del noble caballero, recibe Heredia el homenaje de la sociedad mantuana de Caracas, y en la noche, cuando todo es silencio y no se escuchan ni los medrosos alertas de los centinelas que guardan la ciudad, oye de don Antonio, con extrema candidez, la historia de los sacrificios que hubo de hacer por salvarse en medio del vendaval republicano.

—Para mantener la posición que me permitió ayudar a la obra sagrada de la restauración del gobierno de nuestro amado monarca, tuve que aceptar del pérfido Miranda la Dirección General de Rentas de la llamada Confederación; de no haberlo hecho, habría sido enviado al servicio como cualquier pardo —le informa Casa León; y Heredia cree en la fe realista del veleidoso marqués y le juzga por caballero de altas prendas, digno de su amistad y de su aprecio.

Al día siguiente de su arribo, el regente hace a caballo y en compañía de un criado de Casa León el largo recorrido que separa la casa de don Antonio de la posada de Monteverde en la Plaza de Capuchinos. Por dondequiera tropieza con los estragos del terremoto. ¡Sólo un montón de ruinas es la infeliz Caracas! Cuando llega a la mansión del comandante, la encuentra "llena y rodeada de gentes de todas clases, sexos y edades que han venido a implorar clemencia para el hijo, el hermano o el marido presos, y que pasan en pie cuatro o cinco horas sin lograr audiencia".

Mientras espera ser recibido por el dictador, Heredia "oye nombrar los apellidos más ilustres de la provincia, como que contra ellos se ha encarnizado la persecución de la gente soez que forma la mayoría del otro partido".

Allí ve "niños delicados, mujeres hermosísimas y matronas respetables solicitando protección hasta del zambo Palomo, un valentón de Valencia, despreciable por sus costumbres, a quien Monteverde ha escogido para que siempre le acompañe". A Palomo está confiada la guarda de todo lo que se relacione con la persona del comandante. Aun la cocina la vigila, pues Monteverde, presa de "las sospechas y temores que afligen el alma de los tiranos, apenas come, por temor de ser envenenado".

Un oficial se acerca al doctor Heredia y lo conduce a la presencia de Monteverde. Ante la extraña figura del sombrío tirano, el prudente oidor se siente casi espantado. El sabe que aquella reunión es como el encuentro de la luz con las tinieblas. Frente a frente están el odio y la piedad. Si el otro tiene el poder que destruye, él se siente poseedor de la bondad que salva. A Monteverde, bastardo de la suerte, se acerca quien recibió en la cuna el beso risueño de las hadas. Se estrechan las manos que debieran distanciarse. La una hecha a soportar el sable arrasador, la otra diestra en pesar los ápices de la justicia. Heredia es hombre de fina cortesía y empieza por felicitarlo por el éxito de la gloriosa campaña, donde en verdad no triunfó nunca. Después de algunas fútiles frases sobre circunstancias atañederas a sus personas, entran al fondo de la cuestión. Monteverde, con la aspereza de quienes se estrenan en el poder, empieza por justificar las prisiones realizadas hasta hoy, en "términos de creer que sigue el partido más justo". Asombrado de las razones que invoca el comandante, H e r e d i a, valido de las más tenues palabras, le hace ver cómo nadie puede imponer su arbitraria autoridad sin el apoyo de la fuerza y que él "sólo cuenta con los mismos hijos del país, cuyos ánimos está enajenando de la causa del rey", por medios peores que los usados con tan funesto éxito por el Gobierno revolucionario.

—Las prisiones han sido hechas porque los insurgentes no cumplieron los términos de la capitulación que generosamente les concedí en nombre de su majestad— interrumpe con energía el fiero Monteverde.

—Comandante— le arguye con reposado verbo el doctor Heredia—, la mejor prueba de que sí ha sido cabal-

mente cumplida la capitulación la constituye esta conversación que usted y yo estamos celebrando en Caracas. El propio coronel Cerveriz me refirió la manera pacífica cómo las tropas de su majestad entraron en Caracas y en La Guaira.

Monteverde ha hallado quien le diga no y calla ante el patético argumento que le presenta Heredia. Después de un corto silencio intenta defenderse.

—¿Ignora el señor oidor que en algunos de los destacamentos de Miranda no se hizo con la debida puntualidad la entrega de las armas?

—Poco importa, señor. Ello no invalida lo pactado, y sólo puede imputarse a falta de un particular y no de un pueblo. De otra parte, parece que eso tampoco ha sido averiguado lo suficiente y no se ha expuesto al público como sería lo debido. Y aun en el caso de que no se hubiese convenido la capitulación, piense usted que los rebeldes se entregaron a discreción y es la clemencia en estas circunstancias el único medio de consolidar la paz. Si nos damos a perseguir a los enemigos del orden, nos pondríamos en el caso necesario de perseguir permanentemente.

Así responde Heredia.

El diálogo se prolonga en torno a la validez de los tratados, y cuando el oidor, en forma tajante, le pregunta:

—Señor comandante, ¿podría decirme cuál es su pensamiento acerca de los presos? ¿No ha pensado usted que ellos y sus parientes son a manera de fieras agarrochadas contra nosotros?

Monteverde nada responde y varía la plática hacia el tema de la Audiencia.

Heredia le expone las razones que asisten a la idea de que sea en Valencia donde se instale el Tribunal. Monteverde insiste en que el Acuerdo debe funcionar en la capital. Pero Heredia se escuda en la provisionalidad de la medida y alcanza al fin el asenso para el propósito perseguido. Acaso el comandante quiera poner término a la conversación con este extraño visitante que tanto se separa de la camarilla de aduladores que le hacen corte. Toca la campanilla de plata que está sobre la mesa y hace en rígida posición militar acto de presencia un ayudante.

—Entregue al doctor Heredia el Sello Real que guar-

daba don Carlos Machado— grita más que dice al temblo-roso servidor el fiero tirano de Caracas.

Con suave cortesía y promesas de amistad se despiden el regente, que representa la justicia, y el canario, que personifica la barbarie. Al salir el doctor Heredia, sus ojos miran una vez más a las mujeres llorosas que esperan la gracia de ser oídas del duro dictador, y si siente vergüenza de verse en aquel sitio, se lisonjea, en cambio, "con la esperanza de que el restablecimiento de la Audiencia puede variar el estado de las cosas y restituir la opinión perdida si se aprueba y sostiene en lo sucesivo la observancia de la capitulación".

Dos días después camina Heredia hacia Valencia. Lejos de los hombres, en medio de la inmensa verdura de las vegas que cubren los valles de Aragua, escucha las voces de la naturaleza salvaje y gozosa de los trópicos. Donde hay tanta tierra, acaso piense, donde los hombres pueden darse en paz a vivir de su trabajo y a formar la riqueza de la nación, ¿por qué este empeño en dejar los campos desolados? Los torreones de los trapiches no humean porque los jornaleros se tornaron en soldados. La caña y el añil crecen y se pierden porque no hay brazos que los trabajen. Las chozas de los labriegos están reducidas a ceniza, porque las prendieron fuego los soldados. ¿No vendrá algún día quien convierta las bayonetas en estevas que surquen la tierra y siembre en ella frutos para colmar la paz? ¿O será que la Naturaleza, como en un rito infernal, está pidiendo el riego fecundo de la sangre de los hombres?

Camina, camina Heredia en gruesa mula y en compañía de su asistente. En un momento éste se adelanta con la acémila a cuyo lomo viaja el equipaje. En la pequeña caja de cuero, adornada con invenciones de rojizos clavos, lleva el Sello Real, símbolo material del rey y su justicia. Ha ganado, a pesar de todo, una gran batalla. Pronto estará enderezando la ley desde su elevado sitial de regente de la Audiencia. Piensa en la alegría que por el perdón puede venir a estos devastados pueblos, y una infantil sonrisa le ilumina el rostro.

VIII

UN AMIGO DE LA HUMANIDAD

> Todos los hombres viven, no porque se preocupen por sí mismos, sino porque hay amor en el corazón de los hombres.
>
> TOLSTOY: *De qué viven los hombres.*

En medio del general alborozo de la población se instala en Valencia el 3 de octubre siguiente el Supremo Tribunal de la Provincia. Reunidos en la casa señalada para asiento de la justicia, están los miembros del ilustre Ayuntamiento, los eclesiásticos de ambos cleros y una distinguida representación de la ciudad. El doctor Heredia se adelanta a abrir la caja que contiene el Sello Real, y después de manifestar a los presentes que es el mismo que usaba la antigua Audiencia extinguida en abril del año 10, lo coloca con la debida reverencia en una fuente de plata. El escribano procede a leer los reales despachos que acreditan al doctor Heredia como el más antiguo oidor, y, por consecuencia, el llamado a ejercer la regencia interina del Tribunal. Luego se acerca don José Francisco a la mesa cercana al severo dosel, y puesta la mano derecha sobre el misal colocado al pie del Crucifijo, oye la pregunta que le dirige al escribano: "¿Juráis a Dios por la señal de la Cruz y los Santos Evangelios que estáis tocando, ejercer bien, fiel y legalmente el empleo de oidor de la Real Audiencia de Caracas a que habéis sido destinado y defender el misterio de la Purísima Concepción de la Inmaculada Virgen María, Nuestra Señora?" El doctor Heredia sabe lo que es jurar el fiel cumplimiento de su deber de juez en medio de las funestas circunstancias que rodean a la magistratura judicial. Más que una simple promesa de aplicar rectamente la ley, sabe que va a hacer ante Dios el juramento de sacrificar su misma vida para que reine la justicia en este pueblo azotado por la arbitrariedad de un ejecutivo usurpador. En medio de los lobos sanguinarios se siente cordero del nuevo sacrificio. Evoca las mazmorras de Puerto Cabello

y de La Guaira, y creyéndose en presencia de los presos aherrojados de cadenas, repite, acaso, en la memoria los versos de Lope:

> Mirad *(hermano)* si será importante
> la viva sangre que este pecho tiene
> —si mi humilde valor no es de provecho—
>
> que hará por vos oficio de diamante
> labrando en ese hierro que os detiene
> porque es de fuego si es de cera el pecho.

Diamante será él para romper las cadenas de las víctimas. Y porque se cree capaz del sacrificio, vuelta la mirada a la conciencia, pronuncia con voz grave la palabra que lo atará a la causa de la piedad y la justicia: "Juro." Puesto en la silla del solio, toma él ahora la promesa al fiscal Costa y al oidor Benito.

Ya está instalado el Tribunal. Es difícil pintar el gozo universal que ha provocado el restablecimiento de la Audiencia. Para describirlo habría que evocar "el placer que causa el tránsito del mal al bien". El pueblo pacífico, que ayer no más gustó "la paz y la tranquilidad que son inseparables de la vida agricultora", quiere, al amparo de la justicia, convalecer de las profundas heridas de la guerra. Hasta hoy ha visto en el orden de la fuerza el restablecimiento del antiguo régimen, pero sabe que la fuerza por sí sola nada crea. Teme, tanto como a la anarquía, a la autoridad ejecutiva que toma la venzanza y la arbitrariedad por códigos. Con la certera intuición que a veces guíale para la defensa de sus intereses privativos, ya que no por serena reflexión y estudio, comprende que la tranquilidad sólo puede restablecerla el Tribunal que viene a distribuir justicia. El pueblo no conoce de latines ni entiende lo que enseñan y discuten las escuelas, pero supone que la justicia debe ser algo capaz de curar su angustia permanente. Se le ha dicho que los jueces que instalan el Tribunal son hombres rectos, capaces de servirla, y ha abierto su inmenso corazón a la esperanza de que al menos baje una partícula etérea de su espíritu para iluminar la tiniebla de su presente vida.

Con su instalación renueva la Audiencia las actividades

rotas el 19 de abril con el golpe de Caracas. Entonces se la sustituyó por un Tribunal de Apelaciones, Alzadas y Recursos que entró a conocer de las causas a ella señaladas por las Leyes de Indias. No hubo en Venezuela Audiencia sino hasta ya bien avanzada la Colonia. Al principio, los gobiernos de Caracas, Margarita y Cumaná formaron parte del distrito de la Audiencia de Santo Domingo; después, cuando en 1717 se creó el primer Virreinato de Santa Fe, dichas provincias entraron, como las de Mérida, de Maracaibo y Guayana, que desde antiguo pertenecían al Nuevo Reino, a formar parte de la Audiencia virreinal. Disuelto por segunda vez el Virreinato, Caracas fue de nuevo incluida en la jurisdicción dominicana, hasta que en 1786, como consecuencia del juntamiento de todas las provincias que hoy integran la Capitanía bajo la autoridad suprema del gobernador de Caracas, el rey dispuso la creación de esta Audiencia y le señaló por distrito el territorio de la Capitanía. Nada dio como su establecimiento tanta personería a la antigua Colonia, unida así con fisonomía propia e inconfundible al concierto del imperio español.

La Audiencia es la propia persona del rey en el orden de la justicia. En su nombre dicta providencias y sentencia las causas civiles y criminales. La preside *ex-officio* el gobernador y capitán general, nombrado por el rey. El regente, con los oidores y el fiscal, forman el pretorio o cuerpo de consulta. En las presentes condiciones, como Monteverde es autoridad *de facto*, asume Heredia, en su carácter de regente interino, la presidencia del Tribunal. A Heredia no ha escapado la dificultad del trance, y así lo expuso a Monteverde en su primera nota de agosto último. El sabe, por su profundo sentido jurídico, que es harto difícil el funcionamiento de los tribunales naturales, encargados de aplicar las disposiciones legítimas, frente a un poder levantado contra las instituciones. La Audiencia es la expresión de la juridicidad de la nación. Tiene la fuerza legal que deriva de ser intérprete de la voluntad regia. Es la misma constitucionalidad del Reino. En medio del desconcierto del régimen de fuerza, ella es la voz de lo institucional español. Monteverde es el azar del hecho que llegó al Poder. Es la fuerza que pugna contra la vocación legalista a que está hecha la conciencia nacional. En lógica

histórica y jurídica, ambos poderes se excluyen, pero la propia suerte de la nación y los intereses de los hombres de Venezuela reclaman que se ponga a andar esta paradoja. La Ley y la anti-ley enderezadas, por distintas vías, a lograr la pacificación de los pueblos.

Ocho días han corrido de la instalación del supremo Tribunal y aún los oidores discuten sobre la validez de los tratados de Maracay y San Mateo, cuando llega un mensaje "muy enfático y estudiado", donde Monteverde les anuncia que una reunión de negros de los que se habían levantado antes en Curiepe con la voz del rey, excitados ahora por los revolucionarios de Caracas, habían insurgido contra las autoridades de La Guaira. La gravedad de esta amenazadora circunstancia pide, según criterio del comandante, que la Audiencia se traslade a Caracas "para estar en mejor condición de obrar lo que exige materia tan delicada".

¿Imagina acaso Monteverde que somos nosotros "un cajón de muñecos que en cualquier hora puede ponerse sobre una mula y llevarse de una parte a otra?"— pregunta indignado a sus colegas el severo regente.

Benito y Costa y Gali piensan también que sería una imprudencia del Acuerdo instalarse en la capital, donde pueden ser objeto los oidores de espíritu de arbitrariedad dominante entre las personas que forman el círculo que asesora a Monteverde. Mas, a fin de mantener la línea conciliatoria de política que se han impuesto como norma de sus actos, acuerdan que vaya a Caracas el oidor Benito, para que, en calidad de comisionado, obre en aquella instancia y en las causas de los presos de La Guaira, ínterin llega resolución de la Regencia sobre el valor de las capitulaciones.

Como son dos apenas los oidores y habrá de quedar sólo el regente con el fiscal Costa, Heredia designa conjuez de continua asistencia a don Ignacio Javier de Uzelay, abogado vizcaíno con vínculos en la provincia, a quien se confía luego la misión de trasladarse a Puerto Cabello para "desenredar la maraña de ciento noventa y siete presos que se han reunido allí de varias partes de la provincia".

El desmembramiento de la Audiencia impide que se

llegue a solucionar de inmediato el punto muerto de la validez de las capitulaciones, nudo y raíz de la situación de los presos y del estado dificultoso de las controversias con el partido del comandante. El regente teme, por ello, tratarlo con la autoridad militar, y los juicios siguen con ampliación de carcelería y desembargo de algunos bienes. Pero él sostiene con criterio insoslayable que son sagrados aquellos pactos.

—Solamente en Venezuela, por desgracia de ella y de la América— dice arrebatado por la pasión de la justicia—, puede negarse una verdad tan clara y conocida en siglos menos ilustrados que el nuestro y oírse afirmar con mucha seriedad a hombres de quienes pende la suerte de la provincia, que no obligan los tratados hechos con rebeldes y que es un dolo bueno permitido para sujetarlos.

—Mire usted —agrega al doctor Costa—, aquí tiene las Leyes de Partidas. Oiga lo que dicen: "La fe e la verdad que como home promete débela guardar enteramente a todo home de cualquier ley que sea, magüer sea su enemigo." Y como usted respeta la autoridad de los antiguos, escuche lo que Cicerón escribió en el tratado *De officis:* "Si una vez se admite que la fe prometida al infiel es nula, nunca faltarán pretextos a los perjurios."

Cierra los libros el doctor Heredia y prosigue en la amable discusión con su colega, a quien sólo un escrúpulo que arranca de la más recta conciencia, detiene en este caso. El regente bien conoce el honesto pensar y el amor a la justicia que son prenda del doctor Costa. Si se tratara del doctor Oropeza no perdería sus palabras en procurar traerlo a su criterio, pues éste sólo busca dar forma al pensamiento de la cuerda de "somatenes" (*) que rodean a Monteverde. Luego dice:

—Si fuese legítimo y corriente "este principio tan atroz y contrario a la justicia, podrían los monarcas españoles reclamar sus derechos a Portugal y a las provincias unidas del País Bajo, sin embargo de los tratados solemnes en que los renunciaron, alegando que fueron celebrados con rebeldes que se habían levantado contra ellos.

(*) Somatenes fueron llamados en Caracas los godos recalcitrantes y espías del Gobierno.

Aún pendiente la disputa, hubo tregua en Holanda, que se observó exactamente, y también la hizo el rey don Pedro de Aragón con los moriscos sublevados de Valencia en el siglo XIV. Ninguna historia ofrece más ejemplos de semejantes convenios que la nuestra, especialmente en los reinados de don Juan I y II y don Enrique III y IV con pueblos y con grandes. Hasta con esclavos negros levantados hay ejemplos de capitulaciones en América. Recuerde usted, doctor Costa, lo que dice "el inca Garcilaso en su Historia del Perú, de cómo Hurtado de Mendoza, provisto virrey del Perú, comisionó a Pedro de Ursúa para que se diese traza y orden de impedir que los negros cimarrones robasen a mercaderes y comerciantes, de donde surgió el trato que reconoció la libertad de los negros fugitivos, que llegó a ser derecho universal en toda América hasta la real cédula de abril de 1788. Desde 1810 oí en Coro la funesta consigna de los godos, empeñados en sostener el principio de que no debe tratarse con levantados". La intransigencia de entonces provocó la actitud de los rebeldes hacia la independencia, y la intransigencia de hoy nos tiene en los tormentos que vivimos.

Luego, un nuevo embargo viene a ocupar el pensamiento de la Audiencia. La Constitución de la monarquía, promulgada por las Cortes de Cádiz en 12 de mayo último, ha sido publicada en Coro, Cumaná, Guayana y Maracaibo, y a pesar de ello, Monteverde resiste las instancias que el cuerpo le dirige para hacerlo. Al Real Acuerdo resulta por demás dificultoso haber de funcionar con un dúplice aparato formalista según la región donde vayan a cumplirse sus providencias, y sobre todo, espera que al publicarse la nueva ley del Reino, cuya estructura poco agrada al doctor Heredia, venga alguna quietud y paz a los ánimos exaltados y sea mirada por freno a la arbitrariedad de los funcionarios.

Pero de nada valen la promulgación y jura del instrumento constitucional en medio de una sociedad hecha presa del terror. Caracas vive una etapa espantosa de persecuciones y la zozobra de sus habitantes no habrá de calmarla la lectura, con aparato de regimientos, clarines y tambores, de la progresista carta de Cádiz. Justamente cinco días antes del señalado para la proclamación solemne de

la nueva ley, ha corrido en la ciudad la voz de que van a ser pasados a cuchillo sus habitantes "con autoridad y beneplácito del Gobierno". El hecho ha sido provocado por un alarde o paseo que hizo por el pueblo el Cuerpo de Voluntarios Distinguidos de Fernando VII, formado por Monteverde a base de europeos y de canarios que durante la revolución habían mostrado su adhesión a la causa de España y "los cuales querían todos los días degollar a los patriotas". Tal es la alarma ocasionada por el suceso y tal el estado de terror del vecindario, que al día siguiente, 17 de noviembre, el comandante hace pregonar un bando que desmiente la criminal intención supuesta por "los malvados" y amenaza con graves penas a quienes "tengan la osadía de esparcir especies falsas y denigrativas contra el Gobierno y sus providencias y disposiciones". Pero no se queda aquí la desvergüenza de este pedagogo de corrupción política. Con su llamado "bando de buen gobierno" da patente de legitimidad a los espías y delatores, quienes por sus denuncias voluntarias, "además que merecerán la consideración y el aprecio del Gobierno por el servicio que con ello harán al rey y al público, serán recompensados pecuniariamente". Con estas vísperas ya ha conseguido Monteverde "la frialdad que advirtió el día de publicarse la Constitución y la falta de concurrencia a estos actos públicos de alegría" de que se lamenta luego con la Regencia. Pero ¿quién es tan cándido para creer que sus manos manchadas de sangre sean garantía de las promesas de la ley? Buenos pueden ser los códigos, pero reclaman que sus ejecutores estén en actitud constante de guardarlos.

Con la noticia de la jura, recibe la Audiencia el 26 de noviembre el aviso que le da la Regencia de haber nombrado en 8 de octubre último gobernador y capitán general de Venezuela a don Domingo Monteverde. Ha quedado sancionada y premiada por la autoridad suprema la usurpación de julio. Ya sabrán los audaces que el desconocimiento de las leyes es camino apropiado para llegar a las alturas del Poder. A Miyares no se le rebaja de categoría: quedará ahora de gobernador y capitán general, independiente de la jurisdicción de Caracas, en sus viejos términos de Occidente. Sin embargo, los títulos de Monteverde no han sido librados en debida forma, y cuando pide su re-

conocimiento por el Real Acuerdo, se le niega su admisión *de jure* hasta tanto sea reparada la diferencia de los despachos. La difusa explicación legalista que le oponen los oidores no cae bien en el ánimo de quien pide la mayor rapidez para su encumbramiento en el orden legal y "queda desde entonces muy resfriado en el buen afecto" con que venía tratando a los ministros.

Mas la satisfacción del alto cargo, lejos de temperarlo, hace que Monteverde se entregue a una carrera feroz de represalias. A fines de noviembre tiene noticias de que en La Victoria se prepara un movimiento contra las autoridades. En realidad había un fermento de inquietud en aquel pueblo, pero no de tendencia subversiva. Las autoridades, cuando se sitúan en el plano inclinado de la arbitrariedad y la injusticia, pierden el sentido que les permite distinguir las justas quejas de las actitudes tumultuosas y conspirativas. No advirtiendo que obran mal, toman el clamor de los que sufren los ultrajes por intentos sediciosos. Si Monteverde tuviese una clara visión de los hechos, hallaría, al examinar las denuncias, que únicamente se trata del "descontento general nacido de las infracciones y de la altanería de los isleños de Canarias, cuyo soez predominio hacía desear la llegada de los insurgentes de Santa Fe". Pero él tiene la obcecación de perseguir a los sospechosos de desafección a su persona, y el 4 de diciembre convoca una junta de proscripciones que suma nuevos nombres a las listas formadas en agosto. Esta comisión monstruosa, a la cual ha sido invitado el oidor Benito, se da a la obra de calificar a los enemigos del régimen, tomando por sola vía sus antecedentes revolucionarios y el odio y el espíritu de venganza. Sin embargo, algunos de los presentes, entre ellos el nombrado oidor Benito, sosteniendo el partido de la justicia, manifiestan la imprudencia de semejante medida, llamada a irritar a los agraviados, a sus parientes y a los amigos. Pero los más están por seguir la corriente de la revancha que forma el clima político de Caracas. El olvido jurado por Monteverde aparece una vez más objeto de irrisión. Al horror de lo hecho anteriormente, se suma este acto tenebroso en que son desconocidas las leyes que se acaban de jurar.

Las prisiones tumultuarias de la capital levantan un cla-

mor inenarrable, cuyos ecos llegan, no apagados, sino con mayor intensidad, al vigilante corazón de Heredia, quien en seguida alza la voz en nombre de la Audiencia contra el tremendo proceder de Monteverde. Pero las palabras de la justicia se pierden en medio del más espantoso vacío. Una manera nueva, en cambio, ha aparecido para alcanzar la gracia del capitán general. Con acercarse al doctor Antonio Gómez, valido del general, o a cualquier otro de su consejo íntimo, pueden aún ser devueltas del camino de La Guaira las infelices víctimas. Basta para ello ofrecerles una discreta retribución. A estos límites ha llegado la inmoralidad de los hombres que ejercen el Poder.

Al reclamo de Heredia, el capitán general responde con su vieja cantilena: se trata de impedir una nueva revolución. Pero la Audiencia insiste y sólo alcanza por respuesta que será expurgada la lista para someter a la justicia ordinaria únicamente a los que resultaren reos en este curioso tribunal pesquisador que Monteverde ha creado para dar rienda a la venganza.

Para la visita de los presos de Puerto Cabello, el Real Acuerdo ha designado a don José Francisco Velasco, quien a fines de diciembre notifica al regente que el comandante militar niega la excarcelación del doctor Ignacio Briceño, ordenada por el supremo Tribunal, en virtud de tener aquél instrucciones de Monteverde para no dar libertad a ningún preso "aun cuando la Real Audiencia determinase su soltura". Pero los jueces, entre quienes hoy figura el nuevo oidor, don Francisco de Paula Vílchez, están dispuestos a hacer respetar sus legítimos derechos y protestan ante el gobernador por lo arbitrario de la orden. Ellos saben cuál es su deber ante el ultraje inferido a la dignidad del Tribunal. Heredia yergue su integridad de magistrado frente al despotismo de Monteverde. Su voz, que sólo tiene el respaldo de la letra de las leyes, se levanta con tono austero y reposado para oponerse a quien tiene el apoyo de las afiladas bayonetas. El derecho comienza su batalla contra el hecho que intenta profanarlo. ¿De quién será la victoria?...

"Al hacer a vuestra señoría como lo verifico —escribe Heredia al capitán general el 31 de diciembre— el requerimiento prevenido en el auto acordado hoy, no puedo di-

simular a vuestra señoría el imponderable sentimiento que experimenta mi corazón al ver ultrajado el Tribunal Superior de este distrito y al considerar las gravísimas resultas que producirá en la opinión pública este acontecimiento que ya inevitablemente será público por más que la prudencia de los ministros se empeñe en ocultarlo. Sin embargo, el conocimiento personal que tengo del carácter franco, leal y generoso de vuestra señoría me hace esperar que conociendo el extravío que ha padecido su celo en este paso, no tardará en rectificar del modo que lo pide el Tribunal y ya dé su orden en nombre de la ley."

Si se ha de levantar contra la agresión realizada por el capitán general, Heredia no olvida las suaves palabras que lleven a la deseada rectificación de parte del déspota. Al hierro áspero, suave guante que defienda la epidermis. Romper no es tampoco su propósito. Lo guía reflexivamente el solo empeño de hacer respetar al Tribunal. De su parte, el fiscal Costa y Gali ha informado en los autos abiertos para el caso: "Según la Constitución, la potestad de aplicar las leyes en las causas civiles y criminales pertenece exclusivamente a los tribunales, y ni las Cortes ni el rey pueden ejercer en ningún caso funciones judiciales... Y lo que ni las Cortes ni el rey pueden hacer en ningún caso ¿lo podría hacer el señor presidente y capitán general y jefe político interino de estas provincias sin un notorio agravio, sin una visible usurpación de la autoridad del Tribunal, sin un manifiesto quebrantamiento de la Constitución y de las leyes?" A la justa queja del Tribunal, Monteverde responde con la excusa de que el amanuense erró en la redacción del oficio dirigido a la autoridad militar del puerto. No se inclina ante la justicia. Su vanidad lo lleva a descargar sobre otro la culpa del desafuero.

Luego la Audiencia entra a conocer de la grave situación surgida en Cumaná con motivo de haber rehusado el gobernador don Emeterio Ureña, hombre justo y discreto, el cumplimiento del mandamiento de prisión dado por Monteverde contra el coronel Manuel Villapol y contra don José Ramón Landa. Se escudaba Ureña en los términos de la capitulación, "en cuya confianza se había entregado la provincia". Mas Monteverde, que no recordaba sus promesas de amnistía, comisionó al cruel e impetuoso coman-

dante Cerveriz para que ejecutase las prisiones. Llegada a Cumaná esta fiera, que había merecido de los guaireños el remoquete de *Can Cerbero*, procedió sin acuerdo del gobernador a imprisionar al vecindario y a remitirlo a las bóvedas de La Guaira, y Ureña, en lugar de apresar al intruso bárbaro y reducirlo a un calabozo, se limita a dirigir a la Audiencia noticia de los hechos consumados y a declarar la violación de los convenios de Maracay y San Mateo.

Ahora se avoca formalmente el Real Acuerdo a considerar el valor de la capitulación. Hasta la fecha el cuerpo se ha hecho oficialmente ignoradizo de su existencia, pues Heredia, que discutió en septiembre el caso con Monteverde, ha rehuído insistir al respecto por no tener unificado el criterio de la Audiencia y estar en espera de la definitiva resolución de la lejana Corte. Pero los oidores a una han comprendido la necesidad de poner cese al bárbaro sistema implantado por las autoridades militares y han elevado una exposición al secretario de Estado, donde se examina, sin la menor sombra de pasión o de violencia, la política de Monteverde, causante, dice el regente, del "destrozo de este bellísimo país", donde están arraigadas las fuertes "opiniones que no se disipan con suplicios, como lo atestigua la historia del fanatismo político y religioso de todos los siglos". "Suplico a vuestra señoría —concluye el generoso Heredia—, que declarándose protector de estas desgraciadas provincias se digne unir sus votos a los míos, a fin de que se derrame un bálsamo saludable sobre tantas y tan profundas llagas y se evite la aplicación de los cauterios que este cuerpo descarnado no puede sufrir sin aniquilarse. Demasiada sangre ha corrido ya en estas funestas discordias de opiniones y demasiado se habrá complacido nuestro mortal enemigo el tirano de Europa con los destrozos de este Nuevo Mundo, que no ha podido dominar. Vuestra excelencia tendrá la gloria de haber sido en la ocasión un verdadero ministro de Gracia, y yo, en medio del sacrificio que estoy haciendo de mi vida porque no falte el despacho del Tribunal que tantos bienes ha causado y está causando, tendré el consuelo de haber cooperado a una acción tan laudable y digna de la nación española." Y el bálsamo para estas tremendas llagas sólo

vendría con el olvido general, prometido, no sólo por Monteverde en las capitulaciones, sino por el Gobierno de España en su Decreto de 15 de octubre de 1810. Borrar el recuerdo de los delitos y faltas pasados confía el doctor Heredia que sea medio de pacificar a las provincias. El está en lo cierto, pero son tan profundas las heridas abiertas por la estúpida política de Monteverde, que ya la reacción de los patriotas está a punto de incendiar con las teas vengadoras el edificio colonial. Bolívar se prepara en Nueva Granada, y Mariño, y los heroicos patriotas de Oriente meditan los medios de invadir a Venezuela.

De Coro ha hecho Heredia trasladar la familia a su sede oficial de Valencia y, conforme viene haciéndolo desde los tiempos de su estada en Panzacola, alterna sus labores burocráticas con la amable tarea de explicar su lecciones a José María. El muchacho, que apunta en los nueve años, muestra ya prodigiosa preparación literaria y no sólo se complace en la lectura de los buenos poetas que le señala el padre, sino que avanza a ensayar sobre el papel su estupenda vocación poética. En las íntimas veladas, a las cuales suelen concurrir sus colegas de Tribunal y con ellos el viejo amigo de la familia, doctor José María Ramírez, quien ha dejado las ideas separatistas y hoy presta sus prudentes consejos al regente, es instado el prodigioso niño a declamar algunas de las tantas composiciones que guarda en la memoria. Ignacia es otro bálsamo que alivia la constante melancolía de don José Francisco.

Siempre tiene el regente algún achaque físico de que dolerse, mas si son muchas las aflicciones que le traen sus males, mayor es el dolor que le proporciona la angustia continua de escuchar los lamentos y las súplicas de los infelices deudos de las víctimas, algunos de ellos venidos de diversos sitios sólo a exponer la tristeza de su caso. Las cárceles están llenas de numerosas personas distinguidas a quienes él deseara ver en libertad. ¡Cómo le zumban en la cabeza los mensajes enérgicos y violentos que le dirige desde su oscuro calabozo el general Miranda! Este hombre infeliz se entregó bajo la fe de España y ahora reclama de la justicia el cumplimiento de la capitulación. ¿Cómo callar sino por la amnistía las voces inflamadas de este altivo prisionero? El tirano de Caracas ha pensado qui-

tarle por la muerte la palabra, pues si no lo fusiló, como lo ha dicho, cuando fue hecho preso, se debió a carecer entonces de suficientes tropas. ¿Qué hace él para curar del tormento que le proporcionan las quejas de este hombre desgraciado? ¿Tiene acaso fuerza para hacer valer la justicia en medio de un partido victorioso que lo moteja de lenidad para los rebeldes? Quizá sea éste el mayor tropiezo que encuentra en su misión de juez. Los parientes de los perseguidos le reclaman por las injusticias de la autoridad ejecutiva, y los hombres del Gobierno lo atacan y calumnian por su inclinación a mejorar la suerte de los presos, mientras logra arbitrios para concluir las causas. El agradecimiento que le expresan los infelices no es nada ante la insistente calumnia de los exaltados. Aquéllos lo miran con recelo, porque no concluye las causas; éstos lo denuestan porque quiere ajustar su conducta a los dictados de la justicia. Don José Francisco examina en lo interior de su conciencia la contradicción con que tropieza al menor paso que da en el ejercicio de sus funciones. El es severo hasta el extremo cuando trata de juzgar sus propios actos. Quien es miel y seda con los otros, no da cuartel, en cambio, al remordimiento que le ocasiona algo que considere, aun sin serlo, grave falta. En la recatada intimidad del hogar, cuando conversa con la amante y solícita doña María Mercedes, ha llegado a confiarle sus recónditas quejas.

—Quizá yo sea —le dice— el mayor culpable de todo lo que está pasando. La Audiencia, desde el primer momento de su instalación, debió resistir francamente a apoyar la infracción de la capitulación, y en lugar de adoptar tácitamente dudas sobre su valor, ha debido desengañar a Monteverde de su error.

—Pero si tú, José Francisco, lo hiciste cuando hablaste con el general y tú mismo me dijiste que si no insististe fue porque los otros oidores estaban en duda respecto de la propia validez de los tratados. Toca otra vez con la regencia para que todo se remedie —le responde en dulce y persuasivo tono la amorosa compañera.

—Ya será tarde —replica el severo juez—. El mal está ya hecho. Nada detendrá la reacción de los perseguidos.

Pero aunque Heredia crea que es tarde para conjurar

la tormenta que se acerca, hace que el fiscal Costa y Gali, con la elegancia de "su pluma, émula de la de Salustio", forme una extensa pintura del estado de las provincias, en la que se pone de resalto la necesidad de que el Gobierno varíe de conducta para impedir con ello la ruina del orden y el brote de la permanente sedición. El escrito es enviado por órgano del oidor Benito al gobernador y capitán general, con encargo de que en conversaciones privadas procure persuadirlo al seguimiento de lo aconsejado. Monteverde se irrita al pronto ante el preciso y enérgico tono con que la Audiencia avanza a convencerle, mas la razón "llega a labrar en su entendimiento" poco claro y se decide a principios de febrero a dar por libres a todos los presos. Ni la Audiencia ni Benito saben que el pérfido gobernante se guarda los papeles de España que dan indirectamente por aprobadas las capitulaciones y que el paso que intenta como *motu proprio* está inspirado en la conveniencia de quedar bien con el criterio de la Corte. El quiere comportarse como magnánimo y resuelve solemnizar el acto con una fiesta pública de reconciliación. José Domingo Díaz, escritor a sueldo del capitán general y de quien Heredia dice que está poseso del *insanabile vulnus scribendi cacoethis*, es invitado a escribir unos sonetos alusivos a la generosidad de Monteverde. Las iluminaciones están listas y las bandas militares ensayan músicas alegres para el gran alarde que se hará en la ciudad. Pero el partido de Monteverde vigila cualquier flaqueza en que pueda caer el mandatario y lo persuade de que es aquello una renuncia de los únicos medios que pueden ser usados para el gobierno de hombres torpes y rebeldes. Nada valen ni la tácita aprobación de las capitulaciones ni las insistentes solicitudes de la Audiencia. El 11 de febrero un bando anuncia el descubrimiento de una "horrorosa" conspiración contra los hombres del gobierno, y mientras repican las campanas y es entonado el Tedéum en acción de gracias por la oportuna debelación del atentado, son hechos presos, entre otras personas, don José Ventura Santana y don Marcelino Argaín, señalados como cabecillas del movimiento. El capitán general, quebrando el sistema de la justicia, constituye una comisión especial para juzgar a los culpables, y todos los días se anuncia en la ciudad la ejecución del señor Santana.

En esto ha venido a parar el propósito de poner cese a las persecuciones. Toda esperanza de concordia ha sido disipada y la Audiencia, que el 9 último expuso al Ministerio de Estados los atentados cometidos contra la Constitución y las leyes, forma ahora una nueva exposición en la que da cuenta al Gobierno central del último escándalo del gobernador. "Mi entendimiento —escribe Heredia— se halla demasiado enfermo para poder coordinar en el corto espacio que deja la presente ocasión, que pretendo aprovechar para la dirección de este aviso, la descripción de los males que amenaza la continuación del violento estado que tienen los negocios públicos en este desgraciado país. Se quiere establecer un sistema arbitrario que solamente puede sostenerlo la fuerza y no hay otra que la misma que antes defendía la revolución y faltan los medios pecuniarios para sostenerla. La provincia de Santa Marta acaba de ser abandonada por los rebeldes de Cartagena y aquí se quiere apurar la paciencia de los hombres y completar la división hasta entre las autoridades, haciendo despreciable la Audiencia y contribuyendo a que los hombres ilusos que anhelan por la venganza, nos apelliden, como ya lo hacen, los protectores de los insurgentes."

Heredia se siente objeto de los odios de quienes creen perdidas las provincias "si no se reducen a un vasto desierto". Ya ha dirigido súplica de ser trasladado a La Habana, donde vacan tres plazas de oidor. Su vida es horrible en medio de este mundo de bajas intrigas y viles calumnias. "La circunstancia —ha escrito a la Secretaría de Estado— de servir la regencia como decano desde la restauración del Tribunal y el haber nacido en la isla de Santo Domingo, española por antonomasia, y no en la de Lanzarote o en otras más allá del trópico de Cáncer, me hacen el blanco de todos los tiros. El carácter suave que Dios me ha dado, y con el cual me he hecho amable a la mayoría de los habitantes de este pueblo y del resto del país, me constituye digno del ostracismo en el errado sistema de aquellos ilusos." El mismo lo comprende: su carácter suave, por no escribir generoso y noble, le impide un sitio holgado en medio de este bárbaro coro de venganzas. Pero comprende también que su conducta es parte a contener la avalancha de los odios. Notorio es su influjo sobre el Tribunal y por eso sobre él recae la mayor ojeriza del partido perseguidor. Se

le desprecia por su amor a la justicia, se le ultraja porque rinde culto a la piedad. ¡Así andan los tiempos y así andarán hasta que sea arrancado de cuajo el árbol ominoso que ha sembrado Monteverde en el corazón de Venezuela!

La Audiencia eleva por enésima ocasión su voz, ahora contra el bárbaro sistema de los tribunales especiales donde habrán de holgar los furiosos propulsores del régimen de la venganza y delaciones. A la pluma de Costa y Gali se confía el informe para la Secretaría de Estado: "¿No hubiera sido mil veces preferido —pregunta— no haber publicado las leyes, no haber dejado entrever el código santo de las libertades españolas, no haber establecido los tribunales, que quebrantar las unas, hollar las otras y desautorizar los magistrados propuestos por las leyes? Si el juzgar a los hombres por las comisiones militares se hubiera mirado como una invención útil a la política, ¿hubieran dejado los pueblos cultos, los pueblos amantes de su libertad, los que han tratado de simplificar la administración de justicia, de adoptarlas por sistema? ¿Por qué no lo han hecho? ¿Por qué han sido desterradas de todos los códigos dictados por la experiencia y escritos por filósofos? Porque la experiencia de todos los tiempos y todos los países enseña que las comisiones militares han sido siempre o las precursoras o las compañeras del despotismo o de la tiranía."

Pronto llegan confusas noticias a Valencia de que los patriotas que se habían concentrado en el islote de Charachacare están ya en territorio de Cumaná y la Audiencia considera urgente proceder a dar cumplimiento a la amnistía de los tratados. El mismo capitán general anuncia que los pueblos de Oriente se están entregando a los rebeldes y que no hay allá tropa europea capaz de resistirlos. El oficio de Monteverde llega al Acuerdo el día 11 de marzo y el Tribunal resuelve que vaya el propio regente a la capital para tratar con el gobernador acerca de la necesidad de tomar como medida que "impida o retarde la caída trágica que amenaza al gobierno, aplicar el olvido general a todos los procesos que se siguen sobre hechos de la revolución pasada".

En la madrugada siguiente emprende viaje Heredia hacia Caracas y, por la mala suerte de haber estado a punto de morir en el trayecto, llega en retardo a su destino. El primero con quien se ve es el oidor Benito y Vidal, que

acababa de recibir dos órdenes de la Regencia en las que se determina la instancia sobre resarcimiento de perjuicios promovida por Juan Germán Roscio, Juan Pablo Ayala, Juan Paz del Castillo, el canónigo Cortes de Madariaga y el cirujano don Francisco Iznardi, conducidos, casi desnudos, por orden de Monteverde, a las cárceles de la Península. Argumentan ambas órdenes su conclusión en el criterio de que no debe faltarse a lo capitulado y de que debe hacerse efectivo el olvido general decretado el 15 de octubre de 1810.

Llega, aunque tarde, la salvadora medida que puede evitar la ruina del gobierno. Heredia lee los papeles con alegría como desde hace largo tiempo no ha tenido y en seguida se dirige al despacho de Monteverde, quien, apresurado también a la entrevista, comisionó al doctor Juan Antonio Rojas Queipo para que llamase al regente. El capitán general recibe al doctor Heredia de la manera más cordial y le anuncia que está dispuesto a variar de sistema. Nada menos que lo solicitado ha cuanto tiempo por el bondadoso regente. Pero a Monteverde, más que las propias instrucciones de la Regencia, lo mueve el peligro que le anuncian sus secuaces de Oriente. El círculo que le rodea es el mismo de la época de las proscripciones. Aún está a su lado el doctor Antonio Gómez, quien en carta a don Pedro Urquinaona y Pardo, comisionado para la pacificación de Santa Fe, no ha titubeado al escribir estas terribles palabras: "Yo no quiero que el olvido entre por las cabezas, porque éstas, mañana u otro día volverán a las andadas. El indulto al pueblo es de necesidad, pero también lo es limpiar el país de estas cabezas infelices". Por ello todavía al anochecer salen de la capital y de otras ciudades importantes "carros cargados de cadáveres mutilados, hacia los arrabales convertidos de improviso en cementerios". Y por eso mismo Gómez sirve de testigo de la conversación del capitán general y del regente. Mientras Heredia habla, el médico trocado en epidemia interrumpe con ridículos sofismas para defender la tesis de que no ha sido expresamente aprobada la capitulación. El regente ignora el nombre de este descarado pedante que se atreve a terciar en la conversación que sostienen "las dos personas más caracterizadas de la provincia" y formula en la mente la frase con que piensa preguntar a Monteverde quién es el "atrevido que

tiene la osadía de mezclarse en una conversación tan seria". Pero antes de abrir los labios, su rapidez para asociar ideas le hace comprender que no puede ser otro sino el insolente favorito del capitán general, a quien el público acumula la responsabilidad de los errores del Gobierno. Por sobre todo es prudente Heredia y no avanza a exponer la suerte de la negociación. La piel se le ha hecho dura para soportar los ultrajes que a diario le irrogan los godos furibundos y sufre callado este nuevo insulto. Pone el silencio por medio y aplaza para otra oportunidad la prosecución del tema. Luego, Monteverde le muestra la lista de los presos hechos en Margarita por el feroz Pascual Martínez.

—Con esto —dice complacido—, ha quedado la isla tranquila y en disposición de enviar sin riesgo refuerzos a Cumaná.

—En ninguna parte hay mayor tranquilidad que en un desierto o en un cementerio —responde el estupefacto regente—. Recuerde que los muertos vuelven, porque el resentimiento de los amigos y parientes de las víctimas mantiene para lo venidero la presencia de los odios y el recuerdo de las injusticias.

La labor de convencer a Monteverde es cosa dura, así haya dicho esta vez al padre Rojas Queipo que está dispuesto a cambiar de semblante. Pero si sus amigos lo instan a mantener el régimen de terror, Heredia tiene palabras y constancia. El bárbaro canario está obcecado por el peligro de la nueva revolución y cree que debe andarse con cuidado en cosas de rebeldes. A la evasiva del capitán general, el regente opone una razón de carácter imperioso: la amnistía ha de acordarse porque así lo disponen las órdenes reales y el público ya ha leído su texto, publicado en la *Gaceta de Caracas* por instancias del comisionado Urquinaona. Sin embargo, cinco conferencias se ve precisado Heredia a celebrar con Monteverde, y cuando la paciencia empieza a flaquearle, una nueva barbaridad del pérfido gobernante le obliga a superar la fuerza de su persuasión. En La Guaira está la corbeta *Diana*, que vino de escolta de los transportes que condujeron de Cádiz unas compañías a Santa Marta, y Monteverde la mira como ocasión propicia para embarcar ochenta individuos sospechados de patriotas. Tan atroz y desatinado pensamiento lleva mayor congoja al ánimo del

regente, que se da con tenacidad a convencerlo de su error; pero más eficaces que las razones del doctor Heredia han sido los argumentos del capitán, quien, sin esperar la carga doliente, ha levado el ancla y abierto a los vientos benévolos las velas de la nave. Para detener la saña del opresor y la oportunidad de la venganza, conviene Heredia en que la Audiencia examine la lista de facciosos que deben ser extrañados o trasladados de los distintos sitios de la Capitanía. El sabe que con dar tiempo al tiempo se resuelven las más duras circunstancias.

El 30 de marzo, llega al fin Monteverde a autorizar que el Real Acuerdo proceda a ejecutar el mandamiento "de olvido general de todo lo ocurrido en los desgraciados tiempos de la revolución", y así lo firman ambos en una manera de protocolo que es el triunfo de la razón y la piedad sobre la inconsciencia y la venganza.

Durante los días que el regente pasa en la capital, su posada se ve llena de madres, de hijas y de esposas que vienen a implorar alivio para sus deudos. A todas atiende Heredia con la dulzura que es prenda de su carácter y puerta de confianza para los suplicantes. Entre las damas que le procuran figura doña Micaela Sanz de Rodríguez, hija del licenciado Miguel José Sanz, quien sufre carcelería en Puerto Cabello. El doctor Heredia ha oído hablar de las ilustres prendas del preso y en su interior seguramente ha lamentado que esté en el partido contrario y sufriendo hoy privación de libertad. ¡Cómo le hubiera complacido platicar con este Licurgo criollo, cuyo nombre anda en boca aun de sabios extranjeros! Si a todas las visitantes recibe con exquisita diligencia, a la hija de Sanz prodiga singulares atenciones. Esta se queja de la falta de noticias y sobre todo del tratamiento que padece el preso.

—Mire, doctor Heredia, esta carta de mi padre —le dice la noble dama, mientras le muestra un pliego que delata haber sido mil veces abierto y mil veces vuelto a doblar por quienes buscaron en su lectura alivio para la ausencia de la víctima querida.

Heredia toma la carta y lee:

—"Enero 11 de 1813. Micaela: recibí ayer tu esquela del 4 con otra sin fecha que parece anterior; en orden a la comida estoy muy mal, pues aunque Villasante me la man-

daba de tierra, venía tan fría que no podía comerse sin gran peligro de la salud. Estoy sujeto a comer de una bodega que hay en este castillo. Ayer quedó el bodeguero de mandarme de comer conforme convino conmigo y con Villasante, y hoy me he desayunado después de las doce, y eso con comida de los compañeros, pues no me ha mandado ninguna. Varios días me ha sido necesario pasarme con pan, dulce y agua. Estamos precisados a valernos de los mismos oficiales, que aunque quieren servir no puede ser en mucha cosa. Nosotros mismos barremos, fregamos nuestros platos, etcétera.

"No se nos consiente eslabón ni naipe, y para distraernos hemos hecho un tablero en la mesa y las damas son de masa. Por aquí puedes inferir la situación de tu padre Sanz. Escalona, que digas a Toro que prevenga a Joaquín que le mande dinero con que subsistir aquí. Nota: Esta carta, que no contiene sino la pura verdad, no quiso el comandante darle curso y me la devolvió. Una de Rodríguez mandó el comandante que me la rompiera en mi presencia, y así lo ejecutó en la de muchos, rasgándola en cuatro pedazos que me entregó. Cuando no escribo es que no me lo permiten o detiene el comandante las cartas; ellos no quieren que se sepa el trato que se nos da. Es el de amos a esclavos; el de unos enemigos encarnizados.—*Sanz.*—Marzo 19. Mi salud sólo flaquea en los continuos dolores de las piernas. Creo que saldré, si salgo, tullido y ciego. No es posible explicar esto, ni creerlo.

"Cuanto decimos o dijimos de bondad, fue por no enconar a nuestros enemigos; nuestra situación es fatal."

El doctor Heredia se conmueve vivamente. A través de las letras de Sanz ha penetrado hasta el interior de las mazmorras. El apenas estuvo detenido breves días por los corsarios ingleses que lo condujeron a la isla de Jamaica y nada sabe de la vida de las cárceles. Pero tantos y tales lamentos y quejas han mantenido en su corazón un constante sollozo. Menos mal que al fin será proclamada la amnistía. Rápido para consolar a Sanz, no espera el inmediato retorno a la sede de la Audiencia y envía la carta al doctor Vílchez para que proceda a acordar el traslado del ilustre reo a la ciudad de Valencia.

En seguida del convenio con Monteverde, regresa He-

redia a la sede del Acuerdo. Va satisfecho de su misión, porque, junto con haber convenido el déspota en la proclamación de la amnistía, se ha conformado a la idea de que prosiga en Valencia el asiento del Tribunal, venciendo así la oposición tenaz del Ayuntamiento de Caracas que, en 15 de febrero último, representó ante Monteverde con vigorosas razones enderezadas a probar que no en Valencia, sino en la capital de la Capitanía, debiera establecerse el centro de la justicia provincial.

El 7 de abril circula en la ciudad, impreso en los talleres que Juan Gutiérrez tiene en la plaza de Pardos, el acuerdo extraordinario por el cual se dispone el sobreseimiento "en todas las causas de individuos comprendidos en el territorio de la capitulación que hayan sido procesados por hechos anteriores a ella, puramente relativos a la revolución, levantándose al propio tiempo el embargo de bienes de los que tuvieren embargados". Siete artículos contiene el acuerdo, y en ellos se señalan las circunstancias que obligan a negar provisionalmente la gracia de la amnistía a aquellos cuyo caso reclama la continuidad de la detención, "proporcionándoseles entre tanto todos los alivios que sean compatibles con la simple calidad de arresto en que quedan por ahora", hasta que el capitán general resuelva de su destino, que "no pasará de una simple confinación hasta que varíen las circunstancias en que se halla la provincia".

El bando que vocea lo resuelto por la Audiencia tiene eco contradictorio, según el color político de los oyentes. La mayoría ve con profunda satisfacción que se ponga punto final a la injusticia que ha privado de libertad a individos amparados por una promesa de perdón, llevados a las mazmorras sólo por venganza de crueles autoridades. Los godos recalcitrantes juzgan, en cambio, que es una imprudencia lanzar a la vida pública a personas que habrán de seguir maquinando contra la causa española, a pesar del juramento que hagan del rey y de las leyes constitucionales. En el corazón de Heredia, colocado más allá de las banderías y elevado sobre los propios reclamos de la política que sirve, bullen los más puros y elevados sentimientos. En su interior celebra el triunfo, aunque tardío, del derecho y la justicia. Desde que empezó su gestión al

frente de la Audiencia lo ha guiado sólo el pensamiento de comportarse como *un amigo de la humanidad.* Para él nada es tan estúpido como este afán de guerra que anima a hijos de un mismo país, llamados a ser felices cuando se haga entre ellos la concordia. Bien conoce cuán cierta es la sentencia de Vives en el tratado *De concordia et discordia in humano genere:* "Nunca ha habido una guerra tan feliz que el vencedor, si es prudente y recapacita con serenidad sobre el resultado, no deseara que no hubiera existido."

A la luz empiezan a salir las víctimas de Monteverde y de sus áulicos. Macilentos y tristes, con los pies hinchados por los grillos, van llegando a sus hogares o al sitio del confinamiento provisorio los patricios que hicieron la primera república. Ni de un solo hombre ha sido la sangre derramada por mandamiento del Tribunal. Han sufrido prisiones impuestas por la bárbara autoridad ejecutiva, pero la Audiencia ha velado por sus vidas. Juan Escalona, Francisco Javier Uztáriz, José Tomás Santana, Francisco Espejo, Diego Jalón, Vicente Pulido, Manuel Villapol, Simón Luyando, Miguel José Sanz, Antonio Ignacio Rodríguez Picón, Vicente Salías, Luis María Rivas Dávila, Manuel Arráiz y tantos y tantos más que han soportado carcelería en Puerto Cabello, La Guaira, Maracaibo y Angostura. El infeliz Miranda, que ha pedido para la justicia de España el apodo de *fides punica* y en quien las temerosas autoridades miran un posible centro de aglutinación de actividades subversivas, es enviado por los jefes militares al Morro de Puerto Rico cuando el avance de los patriotas de Oriente anuncia el fin de la reconquista, a pesar de ser, como piensa Heredia, "persona pública, sagrada, inviolable y exenta de toda responsabilidad" por sus actos anteriores a la capitulación.

Y el fin ya llega. Monteverde, que ha salido a batirse con Mariño, sufre en Maturín la más espantosa derrota. En el deseo de procesar legalmente a los rebeldes, el gobernador interino don Juan de Tiscar pide a la Audiencia su traslado a la capital, mas sólo se resuelve que el fiscal Costa venga a unirse al oidor Benito para la mejor instructiva de las causas. Las noticias son cada vez más alarmantes. Luego, golpeado por los patriotas y sin que nadie lo aguarde en la capital, el capitán general aparece en Ca-

racas, y, a pesar de ser la noche oscura y tempestuosa, cuatrocientos vecinos "salen a dormir al monte, temerosos de que se estrene con un prendimiento general". La guerra adquiere contornos de terrible fiereza, y para responder a la crueldad y el desafuero de los agentes de Monteverde, Bolívar, que ha invadido por Occidente, declara en Trujillo la guerra sin cuartel.

A principios de julio el capitán general traslada su comando a la ciudad de Valencia para mejor asegurar la resistencia. Estos días tienen para Heredia un colorido apocalíptico. Ya ve encima otra vez el fantasma de la inminente caída del régimen realista, y sobre todo le aterra el espantoso derramamiento de sangre humana. En la ciudad se organizan desesperadamente milicias que vayan a contener el paso de los vencedores. El propio Heredia ha visto la formación de los hombres que salen hacia los campos de batalla. Van a cumplir un triste destino. Matar. Destruir al enemigo colectivo, entre quienes pueden venir los propios hermanos de claustro materno. Es la misión que les señala el diverso apetito de los hombres dirigentes de los partidos. Pero muy otra es la misión específica del fraile sombrío que está arengándolos. *Pax et bonum* predicó Francisco en las doradas campiñas de Espoleto. Este hijo espurio de la Orden aconseja, en cambio, a los soldados *que de siete años arriba no dejen uno vivo*. Así andan las cosas en Venezuela. Así mira la religión el degenerado padre Eusebio de Coronil, que Monteverde usa como capellán y mayordomo. Detritus maloliente de la Misión del Llano, que lejos de vestir el hábito de penitencia debió de haber tomado el camino de Sierra Morena. Aunque sus palabras sean violentamente contradichas por las autoridades eclesiásticas, su eco disolvente queda entre la bárbara soldadesca, llamada a cambiar de banderas, pero firme para el futuro en la misión de destruir los lazos sociales.

Los godos de la ciudad inculpan al doctor Heredia de haber contribuido con su bondad y prácticas blandas a dar apoyo al partido rebelde. "¡Hasta al perverso y sanguinario Francisco Espejo —dicen— le permitió sentarse bajo el solio de la Audiencia!" ¿Habráse visto funcionario más traidor? El teme por su persona y por la de sus compañeros de Tribunal. El 27 de julio pide a Monteverde instruccio-

nes para trasladar la Audiencia a un paraje más seguro, y el capitán general responde que el Tribunal debe permanecer en la ciudad. Sale Monteverde el 31 a incorporarse a las fuerzas de Julián Izquierdo en Tinaquillo, pero encuentra en el camino a los fugitivos de la derrota que los patriotas infligieron en Taguanes al valeroso jefe español. A las diez de la noche se tienen en la ciudad noticias del desastre. Heredia trata de salir inmediatamente hacia Puerto Cabello con los demás miembros del Tribunal, pero lo impide el comandante de la plaza.

El 1 de agosto, al amanecer, se oye el toque de generala por todas las calles de la ciudad. La población canaria y europea, responsable de las persecuciones y crímenes del régimen, trata de huir en cualquier forma. A las diez de la mañana, Heredia va hasta el convento de San Francisco, donde se hospeda Monteverde. Lo encuentra abandonado de sus aduladores y aun de los propios clérigos, ya en camino del Puerto. Lo acompañan solamente dos fieles ayudantes y una insolente guardia de pardos que amenazan al regente con cortarle la cabeza antes que entren en Valencia los patriotas. El manso doctor Heredia "no ha pasado en toda su vida momentos más amargos" como los que invierte en llegar a su casa, situada al otro extremo de la ciudad. Los oidores Vílchez y Uzelay toman de inmediato la vía de Puerto Cabello. El regente queda solo con su familia, "abandonado de todo el mundo", con el pequeño Rafael en estado de extrema gravedad. Ni las ventanas se atreve a abrir por temor de un ultraje de la población desenfrenada. A las cinco de la tarde, cuando ya los patriotas están a la vista de la ciudad, el regente logra salir con la familia y cuatro cajas de papeles, en mulas que le facilita la mujer de un arriero desconocido y con la inmensa pena de dejar en agonía con la muerte al pequeñuelo, cuyo inminente fin sería precipitado de ser puesto en movimiento.

Al pie de la espesa cordillera se encuentra Heredia con el capitán general, cargado de pavor, que va, como él, camino del puerto. Alguna vez debían caminar juntos una misma vía. La estrechez de la ruta obliga al doctor Heredia a dejar atrás las cargas por que no embarguen a la apiñada multitud de hombres y mujeres, ancianos y niños,

que huyen en medio del mayor desconcierto. La deserción iniciada entre la tropa aumenta el pánico y ocasiona la pérdida del equipaje y papeles del regente. En un hilo lleva Heredia el corazón. A la desgracia de la retirada, se agrega la zozobra en que lo ponen los zambos valencianos, que se divierten en hacer disparos al aire, a uno y otro lado. El teme que de ser reconocido le puedan propinar algún disparo "involuntario".

Después de treinta y dos horas de camino llegan los emigrados a Puerto Cabello. Como consuelo para la angustia que lacera su corazón de padre que ha abandonado a un hijo cuya muerte cree segura, Heredia sólo encuentra amenazas tremendas de parte de la facción fanática, que atribuye a su influjo la conducta moderada y justa de la Audiencia, y cuando es acogido por la hospitalidad generosa de don Juan de Tíscar, hay quienes procuran persuadir a éste de que no lo reciba en su hogar, porque puede que lo asesinen junto con el regente. Ya adquirieron, pues, funesto cuerpo las voces diabólicas que se empeñaron en propalar, en medio del viento de los odios, que la palabra bondadosa de este hombre significaba peligro para la seguridad del Gobierno. Pero Heredia tiene, junto con la ternura que da fisonomía a su carácter, el valor suficiente para desafiar los peligros, y luego se le ve en todas partes sin que haya el más leve intento de ultrajarle.

En medio de la espantosa confusión que vive Puerto Cabello, pasa Heredia cinco días terribles. El sexto hace acuerdo con sus compañeros, y se resuelve que cada quien siga el partido que mejor le señale la prudencia. El, aunque tiene casa en Santo Domingo, está resuelto a no abandonar la provincia y toma en débil bote al día siguiente la rota de Coro, adonde llega otra vez, como hace doce años, sin equipaje, sin dinero y sin camino. ¡No! El tiene marcado su camino. Seguirá siendo, como hasta hoy, un amigo de la Humanidad. Con amar a los hombres, tendrá para saciar el hambre de su espíritu.

IX

LA PIEDAD HEROICA

> Mírame abandonado de la Humanidad entera porque no quiero pactar con la injusticia.
>
> *Beethoven a la señora Streicher.*

Han corrido algunos días desde la llegada del regente a la ciudad de Coro. Las autoridades leales han acudido a tomar de sus labios noticia de la caída de Monteverde y de la entrada victoriosa de Bolívar. El pánico reina entre los vecinos, que saben lo desguarnecida que se halla la población. El oidor está cansado después de esta dura y larga jornada en que se ha visto perseguido por la muerte y la calumnia. En el silencio de sí mismo revisa su vida pasada y no se ve culpable de otra falta que haber sido poco severo con quienes aconsejaban la venganza. Como Jeremías, confundido por la contumaz actitud de Sedequías, acaso dirija al Altísimo sus cuitas y trate de inquirir las secretas razones de haber sido escogido él, tan débil, para la dura empresa de domar las furias desmelenadas de los odios. Piensa que de haberse logrado poner freno a los caprichos del tirano, por el imperio de la piedad y la justicia, se habría calmado la borrasca revolucionaria y no se vieran hoy estas provincias expuestas a sufrir las fatales consecuencias de una proclama, como la dictada por Bolívar, donde se dice que es lícito "matar a un hombre con tanta frescura como a un carnero y sin más delito que el haber nacido al otro lado del trópico de Cáncer". Pero el oidor ha hecho otra vez una figura semejante. Su memoria no flaquea y recuerda que al secretario de Estado dijo en cierta nota cómo los godos que rodeaban a Monteverde le hacían blanco de todos sus tiros por no haber nacido en "un punto más allá del trópico de Cáncer".

¿De modo que lo mismo le viene a él la justicia de los unos que la justicia de los otros? Sí, porque es justicia pragmática y adventicia, capricho de pasiones que los hombres visten con los falsos arreos de la legalidad que les per-

mite el uso de la fuerza. La suya es justicia nómica, tocada de la luz de la razón, humana porque es divina, divina porque es igual para todos los hombres. Los otros, enceguecidos por los odios, no alcanzan a mirarlo así. ¿Es culpa suya que estén los demás ciegos? ¿Es acaso un delito en él poder mirar en medio de las tinieblas?...

Don José Francisco está embargado en estas profundas y dolorosas reflexiones, cuando se allega a la poltrona de suela claveteada en que descansa, el espigado José María. Tiene diez años y domina con habilidad consumada el arte métrica. El novel poeta posee como su padre una exquisita sensibilidad y ha sufrido intensamente cuando la injusticia ha hecho blanco en la persona de su ilustre progenitor. Como tiene talento extraordinario, sabe a la par la causa de los dolores que al oidor ha proporcionado su propósito de servir rectamente la justicia. Trae el inquieto muchacho un papel escrito que pasa tímidamente a don José Francisco.

—Papá, aquí tiene su retrato —le dice sonreído.

El doctor Heredia toma solícito el escrito del hijo y lee con atención:

EL FILÓSOFO Y EL BUHO

Por decir sin temor la verdad pura
un filósofo echado de su asilo
de ciudad en ciudad andaba errante
detestado de todos y proscrito.
Un día que sus desgracias lamentaba
un buho vio pasar, que perseguido
iba de muchas aves que gritaban:
"Ese es un gran malvado, es un impío.
Su maldad es preciso castigarla.
quitémosle las plumas así vivo."
Esto decían y todos le picaban.
En vano el pobre pájaro afligido
con muy buenas razones procuraba
de su pésimo intento disuadirlos.
Entonces nuestro sabio, que ya estaba
del infelice buho compadecido,
a la tropa enemiga puso en fuga
y al pájaro nocturno dijo: "Amigo,
¿por qué motivo destrozarte quiere
esa bárbara tropa de enemigos?"
"Nada les hice —el pájaro responde—.
El ver claro de noche es mi delito."

La idea la ha tomado José María de las fábulas de Florián, que en La Habana le regaló el año 10 el doctor Ramos. Este ensayo, iluminado por la presencia inmortal del dolor del padre, marca el inicio de la que habrá de ser su estupenda carrera poética. Si don José Francisco ha estado triste, con el obsequio de José María alcanza consuelo inmenso: el hijo lo comprende y mide la tragedia que rodea su vida. Y aún más: avizora en lontananza, como tardía corona para su vida sacrificada, la gloria que aguarda al numen delicado del muchacho.

Discurre monótona la existencia del regente sin Audiencia, en medio de este pueblo exhausto de hombres y recursos, "por haber consumido cuanto tenía en la resistencia que sostuvo desde el principio" de la sublevación. Su relativa paz es alterada por las noticias que vienen de Caracas, donde Bolívar ha sido recibido como prenda de alegría después del hórrido paréntesis del gobierno de Monteverde. El está pendiente de anotar el curso de los movimientos de la guerra y de observar la forma como se restablece el orden republicano. Mira a uno y otro lado. Mientras sigue el proceso doloroso de la revolución sobre los hitos sangrientos que marcan las batallas, contempla la vida de las instituciones antiguas en los territorios leales a la Corona. En correspondencia continua se mantiene con su amigo el gobernador de Maracaibo, quien soporta una desesperada situación, no sólo por la defensa militar, sino por la penuria económica. El comercio que esta plaza mantenía con Santa Fe está hoy cerrado, y las contribuciones e impuestos elevados tienen sin ningunos recursos pecuniarios a los vecinos; mas, como se necesitan fondos para saciar las fauces de la guerra, Miyares ha hecho acuñar moneda de plata adulterada, con una cuarta parte menos de su ley y otra de cobre que vale tanto como la de plata. En consecuencia, se han dislocado los precios de todo, a punto que los comerciantes se niegan a vender. Nadie trae víveres a la plaza para ser trocados con este irrisorio dinero. El hambre empieza a cundir y a exasperar los ánimos del vecindario. La propia venta de plátanos ha de hacerse con intervención de las bayonetas. Esto dura meses, hasta tanto llega la palabra de Heredia con el consejo de "quitar el valor imaginario de aquella moneda y dejarla como pasta

al libre aprecio de los contratantes". También entiende él las leyes de la economía y sabe por la experiencia de la Historia que el hambre desarma a los gobernantes y da fuerza a las revoluciones.

De Puerto Cabello le vienen nuevas desesperantes. El 4 de octubre las autoridades de Monteverde celebraron una junta de carácter subversivo donde se resolvió que el capitán general, herido en la última salida, abandonase el mando e hiciese entrega de él a don José Miguel Salomón, coronel del regimiento de Granada, ello con mengua de los derechos del brigadier don José Vázquez, residente en Coro. Como entró, salió del mando el astuto y cobarde canario. Al año de haber desconocido la autoridad de Miyares, la suya es desobedecida por sus subalternos. Ojo por ojo, diente por diente, como en la antigua ley, está pagando el feroz tirano su conducta. Pero la enseñanza que de ella han derivado los pueblos la pagarán los hijos de los hijos.

De todas partes llegan sombrías noticias al regente. Bolívar y sus valientes capitanes están derrotando a las huestes españolas. El nuevo Estado de Venezuela adquiere recia estructura dictatorial que permite a Bolívar mantener la unidad de mando. En Caracas se le honra por el pueblo delirante con título de Libertador y Padre de la Patria. Pero Heredia no ve en él sino al hombre violento de la guerra y al revolucionario que se empeña en restablecer las formas libres del gobierno republicano. Y a Heredia la república le huele a Terror y a Directorio. El es monárquico, y si las ideas que profesa tienen un suave tono liberal, les viene de la neta y clara estructura humanista de sus clásicos principios y no del rescoldo de la Enciclopedia. Puede leer a Montesquieu y a Raynal, como pudiera leer a Voltaire y a Diderot, pero no son los humos de Francia lo que da calor a sus principios liberales. Piensa con ideas de justicia porque las ha bebido en las prístinas fuentes de los Evangelios. Acaso de la Francia del antiguo régimen haya recibido algo de la ciega veneración al Trono, que no es enjundia de la rancia tradición española, en la cual, según enseña Jovellanos, tan leído por Heredia, junto al amor, respeto y fidelidad a los reyes, se abulta también la resolución y constancia en la conservación y defensa de los fueros y libertades. Sus ideas religio-

sas, su amor al orden y a la pureza de las costumbres, lo llevan a mirar la monarquía como la espina dorsal del imperio español que hoy resiste el alud napoleónico. Sus anhelos de unidad continental frente al voraz imperialismo de Inglaterra, le obligan también a considerar que el vigor de los dominios de la España de estos mares sólo pueden mantenerlos los lazos que arrancan del dosel real. Y él quiere este orden como prenda de un sistema donde pueda sin violencias ir ganando su diaria victoria la justicia.

Bolívar sueña con la independencia de América y con el implantamiento del sistema republicano. Ya esto basta para separarlos. Y como Napoleón y Monteverde, Bolívar es hombre de guerra y él detesta a quienes fatigan con la muerte la tranquilidad de la familia humana. En último extremo acepta, como Vitoria, la guerra justa que vaya a castigar ofensas y se mantenga dentro de los límites que señalan los sentimientos de humanidad. ¿Podrá él oir con grato oído el nombre de quien ha proclamado la guerra a muerte contra españoles y canarios siquiera sean indiferentes a la contienda fratricida? Nadie tiene derecho a juzgarlo mal porque no alabe al autor del ordenamiento que justifica semejantes medios de pelear. Si sus sentimientos fueran otros, podría mirar en las arengas de Bolívar la huella del genio que las dicta y la rectitud final que mueve sus acciones. Sabe que Bolívar no es un aventurero resentido. Viene, como él, de las más altas clases sociales de la Colonia. Su padre gobernaba como un sátrapa las vegas de San Mateo. Su familia de Caracas ocupaba los mejores rangos. Y lleno de influencias y dinero en el orden colonial, amaneció un día tomado de la idea de la libertad de los dominios españoles. Esto los separa. Mientras Heredia reclama el orden y la obediencia como elementos indispensables para que impere la justicia que hace a los hombres libres, Bolívar invoca la libertad como llama previa que ilumine los caminos justos. Mas el regente conoce el sentido de los mitos y sabe que la libertad es "hija de muchos padres y de muchas deidades borrascosas como su destino". Si ambos se pusieran de acuerdo en el valor de lo que buscan por contrarias vías, llegarían a un equilibrio ecuable. Pero cada uno camina su camino. Bolívar es impetuoso y propenso a dejarse gobernar por el mundo de las pasiones. He-

redia es sereno y tierno y sabe frenar por la razón sus sentimientos inferiores. A su misma pasión por la justicia le pone diques cuando considera más propias para el triunfo las rutas de la moderación y la prudencia. Cuando Heredia mira el cadáver de un hombre sacrificado por otro hombre, llora. Cuando Bolívar tropieza con los despojos sangrientos de un patriota ultimado por los realistas, se encoleriza y desenvaina la espada vengadora. Bolívar conoce el lenguaje con que se invoca a las Euménides. Heredia, en el mundo de la fábula, tiene fino oído para escuchar los lamentos de Antígona.

A fines de diciembre llega a Coro el parte de que Bolívar ha derrotado en Araure la división de Yanes y Ceballos, con pérdidas para los ejércitos realistas que ascienden a quinientas bajas, trescientos heridos, diez cañones y mil fusiles. La población se llena de intenso pánico, pues no hay medios para defenderla ni recursos para emigrar. Los buques surtos en La Vela han quedado reducidos a una goletilla y seis canoas. Por agua o a través de la indefensa serranía puede ser tomada la ciudad. Esta angustia sólo calma cuando inesperadamente regresan por la vía Guayana-Curazao don José Ceballos y los oficiales que le acompañan desde Araure, y con ellos don Juan Manuel de Cajigal, quien a su paso por la isla donde se refugia Monteverde recibe de éste autoridad para gobernar la provincia como oficial de mayor graduación. A Cajigal prolonga luego, aunque con menor categoría, el mando de Venezuela el jefe nombrado para gobernarla en comisión, don Juan Montalvo, virrey de Santa Fe, a cuya jurisdicción se agrega, además, la provincia de Maracaibo, caída en acefalía por separación de Miyares y González.

Mas Heredia está condenado a no tener sosiego en medio de esta trágica tempestad de odios. Si en su espíritu ha tenido eco doloroso la política de retaliación de los patriotas, luego, un grito salvaje surgido de las filas realistas aturde su conciencia. Boves, como una bárbara conciencia telúrica, ha hecho su aparición funesta en los llanos de Venezuela. Está al frente de una masa de esclavos salvajes y famélicos a quienes ha dado la consigna de pasar a cuchillo a los mantuanos. Heredia recuerda que a la Audiencia llegaron en cierta ocasión las primeras noticias

de los procedimientos de este loco y que él mismo hubo de solicitar del capitán general que lo apartase de la villa de Espino, donde se complacía en torturar a los acusados de cierta conspiración fingiendo el aparato de ser ejecutados y tirándolos con fusiles sin balas para gozarse con la angustia de las víctimas. Valiente, intrépido, rápido en los movimientos, obcecado por el mando, diríase que es una figura arrojada de los infiernos sobre la desgraciada sociedad venezolana. Como Ricardo Corazón de León, puede decir que su linaje viene del diablo y al diablo vuelve. *De diabolo venientes et ad diabolum transeuntes.* La fantasía de la época si hubiera querido pintar figura semejante habría necesitado padecer los estertores de la más horrenda pesadilla.

El generoso oidor sabe que los abismos se llaman y que la pasión de hoy se convierte fatalmente en mayor carga de odio con signo contrario al día siguiente. En el Libro del Eclesiástico ha leído la sentencia que memora para explicar la tremenda fatalidad que pesa sobre Venezuela: "No siembres maldades en surcos de injusticia y no tendrás que segarlas multiplicadas."

Si Monteverde explica por su crueldad la revancha de Bolívar, Boves es la contrapartida de la guerra a muerte declarada por los patriotas, y las barbaridades indescriptibles del asturiano provocarán la superación de la venganza de los rebeldes. Cada quien querrá sobrepujar al contrario. Esa es la ley del odio. Destruir. Asesinar. Violar. Robar. Convertir a los pueblos en deslimitado cementerio sin cruces. Las huellas de Boves las marca el recuerdo de sus fechorías. Su impasibilidad para el crimen no tiene precedentes ni en la reflexión que abstiene a Hamlet de asesinar, porque la víctima que ora puede salvar el alma para la vida futura. Boves es más frío que el enajenado del castillo de Elsinor. Después de la batalla de La Puerta ofrece la paz al rendido coronel Jalón, español valiente que acompaña a la república desde sus días abrileños. La gentil-hombradía del bizarro militar llega, sobre la promesa de amistad que le ha sido hecha, hasta aceptar un puesto a la mesa del loco sanguinario. Boves lo atiende y agasaja, pero finalizado el fúnebre banquete, ordena fríamente a uno de sus sicarios que degüelle al confiado huésped.

Este crimen espantoso, que parece un fresco arrancado a hachazos del trágico palacio de los crueles Atridas, ha de ser vengado y junto con él los horribles asesinatos ordenados por Boves en todas partes. Como un rayo llega a Caracas la orden de Bolívar. ¡Que no quede vivo ni uno de los españoles que están en las cárceles de la capital y de La Guaira! Ninguna voz, ni la del austero Cristóbal Mendoza, resiste a las furias vengadoras.

Harto insistió el caudillo de la Libertad, a pesar de los alcances de la trágica proclama, en buscar medios de humanizar la guerra. La resistencia de los realistas explica el vigor de la crueldad. Los degüellos comienzan en seguida. En fila son sacadas las víctimas en medio de los insultos de la soldadesca, deseosa de ver sangre. En La Guaira, grandes piras de leña se levantan para quemar los cuerpos medio vivos. El pueblo, endurecido por la experiencia de los crímenes, se ofrece voluntario para servir en esta labor infernal de matar como bueyes a hombres indefensos.

La noticia del bárbaro asesinato de los ochocientos presos vuela, como en alas de una sanguinaria deidad, a la ciudad de Coro. Heredia tiene ahora "el amargo pesar de ver cumplido el pronóstico que repitió muchas veces a los godos partidarios de la persecución en la época anterior, cuando les decía que con aquella conducta indiscreta estaban afilando los cuchillos que los habían de degollar".

Aunque el regente no alargue la perspicaz mirada hasta distinguir los sentimientos que distancian a los sanguinarios verdugos de Boves de la recia justicia que en último extremo mueve a los patriotas y así "la vergüenza y el dolor le aten la lengua" cada vez que intenta hablar de sucesos que, como éstos, violan los principios de humanidad, sabe de dónde salió la voz inicial de la matanza. Bastante clamó contra las medidas sanguinarias de los tenientes de Monteverde que provocaron las pavorosas represalias de los rebeldes. Su horror a la sangre de las víctimas le hace mirar, en cambio, por semejantes ambos procedimientos destructores. El no sabe que Bolívar al regresar de los combates y ver a una mujer afligida que llora ante sus ojos, "desármase repentinamente, se enternece, y ordena la libertad del que iba a morir". ¿Cuándo hubo ternura entre los verdugos españoles? Pero la sangre trae consigo la ponzoña de la

inmediata venganza. Cajigal dispone el juzgamiento de numerosos prisioneros que se hallan en las cárceles de Coro. Esta orden llena de espanto el espíritu de Heredia, quien escribe al jefe militar y le remite copia de la orden del Ministro de Estado que desaprobó la creación de la comisión especial hecha por Monteverde en febrero del año anterior, para conocer de la supuesta conspiración caraqueña de aquel tiempo. Mas, como el capitán general interino se aparta del prudente consejo del oidor, éste vuelve a escribirle, "ya que el estado de su cabeza no le permite seguir sin embargo y trastorno una conversación de cinco minutos". En su carta insiste sobre los inconvenientes de los juicios y acerca de la dificultad de "tomar un partido sobre la suerte de los hombres y de establecer los principios que han de arreglar el sistema con que deben ser tratados los vecinos en esta desgraciada contienda". Negado Heredia al conocimiento, por irregulares, de los juicios que pretende incoar el capitán general, se desvanece en breve el proyecto de seguirlos; mas luego Cajigal, que ha salido en busca de los patriotas, ordena desde su cuartel de San Carlos al gobernador interino de Coro que, previa identificación personal, pase por las armas a los prisioneros, acordándose para el examen de la lista con el regente Heredia.

¿Se habrá detenido el capitán general a pensar en la calidad de persona que indica por asesor a su suplente? ¿Heredia, el integérrimo juez, podrá ser señalado para tomar parte en la ejecución de unos hombres rendidos por consecuencias de la guerra? La respuesta no se hace esperar y en ella dice Heredia al gobernador interino de Coro: "Como persona particular estoy pronto a servir al capitán general, a usted y a todos cuantos quieran ocuparme, mas como regente interino de la Audiencia y, por mi desgracia, jefe en este país de la magistratura, que en el ejercicio de su poder constitucional solamente depende de las leyes, no puedo proceder de acuerdo con nadie en el cumplimiento de órdenes de otra autoridad." En privado aconseja Heredia al gobernador interino, hombre de sentimientos humanitarios, que dé largas a la formación de las causas mientras él escribe a Cajigal. Luego se cruzan cartas el regente y el capitán general, en las cuales Heredia se eleva a cumbres sublimes. "Por lo mismo que estoy tan penetrado de senti-

miento por la sangre que han derramado aquellos monstruos —le dice en referencia al degüello de La Guaira— deseo que a lo menos en este lance y con estos infelices, sea superior nuestra clemencia, para tener siempre un hecho intergiversable con que probar a los pueblos alucinados que sabemos perdonar." Y en seguida, levantando el tono de su angustia por el horror de la sangre que piensa verterse, le pide con energía la vida de los prisioneros. Pero la energía de Heredia no es de violencia ni amenazas. El poder de sus razones no necesita del recurso de palabras que atropellen y confundan. Su heroísmo es la piedad. Sus mandatos van ocultos en la suave y persuasiva voz de sus sentimientos humanitarios. "Si yo pudiera hacer un viaje —escribe— sólo a echarme a los pies de usted para pedirlo, lo haría, y así figúrese usted que en tal actitud se lo pido."

¡De rodillas está Heredia, de rodillas pidiendo la vida de unos oscuros soldados del partido enemigo! Este es cristiano que no sólo perdona al enemigo, sino que da por él hasta el honor de su propia dignidad! Héroe que agoniza y vence en lo interior de sí mismo. En las escuelas de un mundo de paz debiera ponerse en manos de los niños, como estímulo que eleve los espíritus, las cartas que guardan el diálogo inmortal que este juez sin tacha ha sostenido con los hombres de la violencia, para salvar la vida de anónimos prisioneros. No en balde Heredia las llama *la honra principal de sus escritos*. Con ellas intenta arrebatar de las fauces de la muerte la vida de cuarenta hombres.

¡Oh, juez ilustre y candoroso, hoy será tu sueño profundo y sosegado! Nada te importe si mañana el feroz doctor Oropeza desvía el pensamiento de Cajigal. Con haber logrado calmar la angustia en que vivías ante el anuncio de que sería derramada sangre humana, a mano fría, has ganado para siempre un alto puesto entre los hombres que mayor honra dan en la Historia a las ideas de humanidad y de justicia. Marchitas rodarán las improvisadas coronas que los pueblos alucinados ofrecen a los feroces destructores de hombres. De rodillas, humillado ante la fuerza, para lograr que una partícula de piedad ilumine el cuadro sombrío de la feroz matanza, has ganado tu sitio permanente en el alegre banquete de los benefactores de la Humanidad.

El sabio jurista no se conforma con haber salvado por segunda vez la vida de los infelices prisioneros patriotas. El quiere que la mente de los que guían la guerra sea alumbrada con nociones de equidad, y escribe al capitán general: "Es principio admitido entre todos los criminalistas y sancionado en nuestras leyes municipales, que en los delitos de una multitud debe limitarse el castigo sangriento a las cabezas principales, para evitar la funesta impresión del horror que lo contrario causaría en los ánimos, haciendo por una parte al gobierno odioso y detestable con la nota de crueldad e inhumano, y por la otra, volviendo feroces a los hombres con la continuación de semejante espectáculo." Si así hubieran pensado los cabecillas de ambos bandos, el desierto no amenazaría a este hermoso territorio, condenado a sufrir durante el curso de los años venideros las fatales consecuencias de la poda humana que aconseja el odio. Pero en ambos bandos hay manos diligentes que se encargan de echar leña a las hogueras. Los godos implacables que están refugiados en Curazao, a cuya cabeza se halla nada menos que el furibundo José Domingo Díaz, y los emigrados europeos que residen en Coro y en La Vela, braman contra la justicia del regente y le obligan a vivir con precaución, temeroso de ser asesinado.

Parece que Boves se ha hecho oir de los infiernos y que en su ayuda hayan aparecido las furias ululantes que marcan el paso victorioso de las hordas sin ley. La república que guía Bolívar con mano recia, empieza a tambalear y una nueva victoria de las armas realistas en La Puerta siembra el pavor entre las filas patriotas y obliga al mismo caudillo de la Libertad a tomar la vía de Oriente, seguido de una gruesa emigración que deja en soledad la capital. El horror que infunde el ejército del asturiano, quien viene, según le han informado a Heredia, "robando sin distinción y matando blancos", ha hecho presa de la gente indefensa, que prefiere morir al peso del hambre y del cansancio, entre los bosques sombríos o en las desiertas playas, a vivir entre los nuevos bárbaros.

El gobierno está de nuevo en poder de quienes se dicen agentes de la autoridad real. Boves, como Monteverde, no tiene más títulos que su ansia de poder. Bajo el consejo de Casa León y otros mantuanos oportunistas, organiza los

servicios públicos como mejor le viene a su capricho. Para suplir a la Audiencia crea un Tribunal Supremo, al que se prestan a servir hombres tenidos por honestos en el concierto de la sociedad colonial. La fiera no ha saciado aún su sed de sangre y, apenas entre en la capital, anuncia al arzobispo Coll y Prat que va a pasar a cuchillo todos aquellos habitantes que estén en ánimo de emigrar. Al afligido prelado no le queda otro recurso sino acompañar al monstruoso jefe, simulándole devoción y afecto, para detener el brazo de la venganza.

A Coro llegan presto las noticias de la recuperación de Caracas por las armas del rey y junto con ella arriba a los Taques la goleta correo *Mariana*, cuyo segundo comandante entrega personalmente a Heredia varios pliegos dirigidos a la Audiencia. Viene la orden del nuevo ministro de Gracia y Justicia en que se comunica el decreto de Fernando VII sobre abolición de la Constitución de Cádiz, dictado cuando el monarca tomó la realidad del título. Como Heredia, en su calidad de regente, ha asumido las plenas funciones del Supremo Tribunal y se halla en la línea de batalla el capitán general interino don Juan Manuel de Cajigal, ordena él mismo su publicación y cumplimiento al gobernador de Maracaibo, al comandante de Puerto Cabello y a las autoridades de Caracas. En "el estado de mortal angustia en que se halla su alma" Heredia ve con indiferencia esta novedad, con que se regresa al viejo absolutismo. Sin embargo, "concibe esperanza que pudiera ser favorable a la humanidad en Venezuela", pues mira, "como los enfermos desahuciados que creen hallar la salud mudando de médico", la posibilidad de que el cambio de régimen suavice, por el personal afecto al rey, los ánimos de los jefes que, con sus disidencias, siembran la anarquía y niegan canales a la justicia. Algo en parte se logra con el cambiamiento de sistema, pero como en los tiempos del terror, *sigue siempre la muerte a la orden del día.*

Si han triunfado nuevamente las armas realistas, bien conoce Heredia que la dialéctica interna de los éxitos del mal los condena a su fugaz desaparición. Los hechos de Venezuela prosiguen para él en el mismo pie de gravedad y sólo espera que un milagro pueda salvar la dominación española. Ese milagro sería "un jefe dotado de prudencia y

fortaleza, que sepa acallar los sentimientos, conciliar los ánimos y, en una palabra, hacer respetar la autoridad". Así lo escribe al gobernador y capitán general propietario, don Juan Montalvo, en carta de 20 de octubre de 1814. El juzga posible lo que no vendrá. Ya son tan profundas las heridas y está tan arraigada la discordia, que sólo el triunfo de uno de los dos bandos contendientes puede establecer, con el fatal proceso eliminatorio de intereses, un orden nuevo. La lucha ha sido por demás feroz y al ardiente calor de los odios, las pasiones contrincantes han adquirido acerado temple.

Las espadas melladas de los libertadores están tomando nuevo filo sobre la dura piedra de la desgracia. Bolívar gana los caminos del mar para seguir en tierras libres su prédica fecunda de libertad. Mientras tanto, la imperante barbarie realista continúa implacable en la siniestra tarea de asesinar a Venezuela. Al corazón de Heredia llegan rumores de voces que anuncian la permanencia de la muerte y en la soledad de su retiro de Coro prosigue el silencioso calvario de sus desdichas. Calla, pero el hijo escucha las palabras que la prudencia vela. Lo que hoy no dice el padre, lo expresará mañana el poeta en terribles manifiestos contra la nación española; y en verso puro, al recordar la figura dantesca de Boves, dirá a la faz del mundo:

> que al vencedor la gloria coronando
> jamás al tigre premia, sino al hombre.

Resignado a llevar en la cabeza, junto con el peso de sus graves pensamientos, el ruido y las molestias de sus dolencias físicas, don José Francisco Heredia es el hombre para quien será la gloria de no haber pactado con la injusticia.

X

EL GRAN SACRIFICADO

¿Que te quejas de enemigos?
¿Podrían ser amigos aquellos
para quienes el ser que eres
es, en secreto, un eterno reproche?

Goethe a W. O. Divan.

El 14 de octubre se reúne de nuevo la Real Audiencia, esta vez en la plaza de Puerto Cabello. Pero en ella no está el regente. La preside el oidor don Francisco de Paula Vílchez y con él la integran los nuevos ministros don Ildefonso José de Medina, don Bruno González de la Portilla y don José Antonio Zaldivea. Heredia se ha quedado en su residencia de Coro. Si repugna a su carácter compartir el poder de la provincia con un bárbaro de las hórridas condiciones de Boves, ha oído también el consejo prudente de Vílchez, que le indica mantenerse alejado de las fieras que habitan en Puerto Cabello, a quienes la vecindad de las mazmorras ha endurecido el ánimo para los reclamos de la justicia. Aquí se odia al regente y se le inculpa de haber obrado con debilidad y blandura en el juzgamiento de los crímenes de los patriotas. Aún más, corre entre seres hechos a la venganza y la calumnia, la especie de que Heredia muestra marcada simpatía por la causa independiente.

Desde la torre de su hogareña soledad el juez inmaculado atalaya el curso que sigue la sangrienta historia de Venezuela. Pocos meses después llegan a Coro noticias de los sucesos de Oriente y de la feroz batalla de Urica, donde perece, sin saberse a datos ciertos si ultimado por los rebeldes o por sus propios compañeros, el horrible verdugo, de quien Heredia dice en tono de ironía, que "no hizo sino seguir francamente y con descaro los principios del nuevo derecho de gentes que otros habían enseñado y procurado sostener en este desgraciado país". Fugaz como un relámpago ha pasado Boves. Pocos hombres lograron como él un electrizante predominio sobre las hordas que lo siguie-

ron. Su impulso salvaje le proporcionaba los vocablos precisos para animar los fieros instintos de las masas de zambos y mulatos y echarlas, armadas de cuchillo, sobre la población blanca del país. En este caos espantoso que hoy es Venezuela, él fue el vendaval inconsciente que arrasaba las sillerías del orden de la sociedad. La irreflexión crítica llegará a llamarlo "el primer jefe de la democracia en Venezuela" y escondido tras esta frase infelicísima seguirá destruyendo la propia moral de los pueblos (*). Un sistema de gobierno que tenga como guía a este bárbaro insolente, estará llamado a ser visto con espanto por los hombres que aspiran al progreso metódico y jerárquico de la sociedad venezolana. La democracia no es triunfo de la horda, sino la igualdad para el ascenso de todos los hombres que procuren formarse a sí mismos en la disciplina de las virtudes públicas. Enseñar que Boves expresa la vocación democrática del pueblo venezolano, es condenar la idea de democracia a su máximo fracaso. Si algo tipifica Boves es el poder disolvente de las fuerzas desbordadas y la perversa visión de quienes lanzan las masas a ejercicios demagógicos. Y si, a pesar de su ignorancia, se le sentase en una cátedra, no habría mejor profesor de indisciplina social. En cambio, el derecho a ser tenido como catedrático de crueldad lo comparte, aunque con mejores títulos, con los dirigentes de ambos bandos. No se puede condenar a unos para salvar a los otros. Del léxico de los habitantes de Venezuela ha huido la palabra piedad. Sólo Heredia se ha inclinado a recogerla cuando los demás la mofan y pisotean.

Con la muerte de Boves, constituido por sí y ante sí en jefe de las provincias conquistadas, surge entre sus comilitones el problema de retener la herencia del poder que ejercía el bárbaro. En la llamada "Acta de Urica" acuerdan mantener el sistema bajo la jefatura de Francisco Tomás Morales. Para refrendar su título, este cruel asesino hace decapitar a siete oficiales de su ejército y remite a Caracas las cabezas, a fin de que sean fijadas en parajes públicos,

---

(*) Hemos supuesto que al acuñar Juan Vicente González esta desacertada sentencia, usó peyorativamente el vocablo *democracia* en lugar de *demagogia* En el propio *Regimiento de Príncipes*, de Santo Tomás de Aquino se llama *democracia* al gobierno de la plebe, y *gobierno de policía* al verdadero gobierno democrático.

como ejemplo de lo que puede pasar a quienes se opongan a sus órdenes. Pero en Caracas se ha reconocido la legítima autoridad de Cajigal como gobernador y capitán general interino por ausencia del virrey Montalvo y si no hay refriega entre aquel jefe y el insubordinado Morales, se debe a la llegada a Margarita del general Pablo Morillo al frente del ejército más grande que hasta hoy ha cruzado las aguas del Atlántico. Vienen los vencedores de Napoleón a sojuzgar a los atolondrados rebeldes de América. La Historia dirá si es al despotismo o a la libertad a quien toca la victoria.

Coincidiendo con Morillo, llega a Caracas, en unión del brigadier Ceballos, el doctor Heredia. La familia la ha dejado en Coro, mientras se arregla lo relativo a la sede del Tribunal. Ya descansado de su viaje, se dirige el regente a la austera mansión del marqués de Mijares, donde se hospeda el nuevo jefe del país. Este lo recibe con muestras de mucho obsequio y le invita a quedarse a su mesa, de lo que Heredia se excusa por razón del régimen a que le obliga su delicada salud. Morillo, al despedirse don José Francisco, le pide que lo acompañe en el viaje que piensa hacer a Puerto Cabello para recibirse como capitán general en la Real Audiencia. El pacificador es hombre que sabe de la hipocresía de la etiqueta y luego va, arreado de sus mejores galas militares y fingiéndole amistad, a corresponder la visita que el regente le ha hecho. A Heredia satisface este homenaje que el jefe de las armas rinde al modesto jefe de la justicia y aún más le confunde la insistencia del general Morillo en llevarlo a comer en su aristocrática posada. Acepta gustoso don José Francisco la invitación y encuentra como prueba de la exquisita fineza de los anfitriones que, mientras a los otros comensales se les sirven las blancas arepas de la típica dieta caraqueña, sólo a él se le ha puesto pan de trigo, alimento que, dada su escasez, está reservado a los enfermos de los hospitales. En las siguientes visitas vuelve a hablar Morillo de su proyectado viaje a Puerto Cabello, mas al regente se hace al fin imposible acompañarlo en vista de sus dolencias agravadas.

Don José Francisco no descuida, en medio de los afanes de la política, su deber de maestro y guía del hijo ausente, y en cartas para la esposa le recomienda decir a José María que "estudie todos los días la lección de lógica y lea el

capítulo del Evangelio, de las cartas de los apóstoles y los Salmos, como lo acostumbraba hacer con él todas las tardes; que repase la doctrina una vez a la semana, y el arte poética de Horacio que le hice escribir, y de Virgilio un pedazo todos los días, y los tiempos y reglas del arte, para ponerlo a estudiar Derecho cuando venga aquí". Pero cuando el hijo, deseoso de meterse en nuevos caminos, le pregunta sobre la pertenencia de un tomo de Montesquieu que está en la pequeña librería del regente, encarga a doña Mercedes que lo recoja y no se lo deje leer. Es manjar fuerte para que el hijo lo digiera, y en su lugar le indica proseguir las lecturas de la Biblia.

Hace viaje al fin Morillo a Puerto Cabello y al día siguiente de su llegada comunica al regente interino la orden de suspensión de la Real Audiencia. Viene el general con la consigna de pacificar a Venezuela y lo primero que se le ocurre es acabar con el alto Tribunal, que es garantía del orden y de la justicia. Esto es un rudo golpe para los oidores y para todos los que han confiado en que, ya aquietada la provincia, empezaría el imperio de la ley. Mas no es esto lo único que causa indignación en el austero juez: de manera humillante se ha ordenado a los oidores que permanecen en Puerto Cabello mantenerse en actitud de confinamiento, que casi equivale a una prisión doméstica, y a él se le intima por Salvador Moxó, sustituto y fiel impronta de Morillo, el traslado a Puerto Cabello para seguir la suerte de sus colegas.

Llega a Coro vaga noticia de que el doctor Heredia está preso y embarcado, y la musa aflicta de José María expresa en un soneto la angustia que le embarga:

> Terrible incertidumbre, angustia fiera
> que siempre me tenéis atormentado,
> dejad ya descansar un desgraciado
> que de vosotros compasión espera.
>
> Decidme de una vez si es verdadera
> la triste suerte de mi padre amado,
> de quien todos me dicen que encerrado
> está en fluctuante cárcel de madera.
>
> Si acaso fuere falsa la noticia,
> se quitara de mi alma el cruel recelo
> que en ella tengo fijo a mi pesar.

> Pero si fuere cierta, y no ficticia,
> quiero ver mi desgracia ya sin velo
> para poderme de ella lamentar.

Pero es incierta la noticia y puede luego el hijo trasladarse con la familia al burgo de Maiquetía, donde el doctor Heredia procura mejores aires para su salud. Se le ha intimado, es cierto, la orden de confinarse en Puerto Cabello, pero si él es blando y dulce de carácter, sabe también empinarse en actitud de protesta ante el ultraje. Así esté la Audiencia suspensa en su funcionamiento, él no ha sido privado de las preeminencias personales que le concede el real nombramiento de ministro de su majestad, a quien mandan las leyes del reino que sea considerado por los virreyes como su conjúdice y compañero. Moxó no puede, sin embargo, desacatar las órdenes de Morillo, ya en camino de Santa Marta. Un recurso le queda para vestir de apariencia obediente su conducta: cambia el mandamiento de traslado al Puerto por un franco pasaporte que autoriza el viaje del regente a la isla de Santo Domingo. Mientras éste se realiza, el doctor Heredia permanece sin plazo en el litoral.

La justicia ha sido descuartizada por el arbitrio de Morillo y de Moxó. Se ha creado una Junta de Secuestros con conocimiento para lo judicial y administrativo, un Consejo de Guerra permanente para las causas criminales pendientes y un tribunal para los negocios civiles, sin que nada se determine para el curso de la justicia penal ordinaria, ni para juzgar de los recursos extraordinarios de fuerza ni en lo que se refiere a las suplencias de la Junta Superior de Hacienda, ni en relación a otras varias materias que eran de la competencia del extinguido cuerpo. El vulgo mismo, que nada conoce a ciencia cierta de estas cosas, pero que mira con respeto y confianza el ordenamiento judicial, está asombrado de la extraña novedad que todo esto constituye. Heredia ha llegado al extremo de no salir de su casa para evitar la vergüenza de "ser espectáculo de burla y regocijo interior para los llamados patriotas". Si los anteriores mandatarios sembraron vicios y ultrajaron a la sociedad en plena guerra, la nueva política de pacificación ha venido a acabar con el tribunal que en medio de los venda-

vales de las pasiones, sirvió de testimonio fiel de lo institucional español. Los otros, Monteverde y Boves, se metieron al Poder por la puerta falsa de la traición y la revuelta. Las autoridades de hoy han venido, en cambio, con cédulas del rey, a representar su legítima autoridad en la provincia, y Moxó es nada menos que miembro honorario del Real Colegio de Abogados de Madrid y caballero distinguido con hábitos de Alcántara y San Ildefonso. Y si así proceden éstos, ¿no podrá decirse que se acerca ya el principio del fin? Heredia juzga que sean las arbitrariedades impuestas por Morillo la quinta revolución que sufre Venezuela en el corto espacio de cinco años, pues "la guerra civil bajo las mismas banderas" será el único fruto que habrán de producir las disidencias a que lleva el imperio del nuevo absolutismo.

A Heredia no arredran las injusticias de las autoridades para mantenerse firme en el propósito de servir los intereses de la nación. Mientras suceden estas cosas y a pesar de una salud cada vez desmejorada, consagra los ocios a que le condena la inacción oficial, a la preparación de una obra sobre el sistema de gobierno eclesiástico y civil de las Américas, "que ha sido la admiración de los sabios extranjeros como obra verdaderamente original", pero que el común desconocimiento de sus líneas estructurales conduce a la triste experiencia de los hechos actuales. Ha logrado ya formar el primer tomo y le ha puesto, siguiendo la corriente del uso, un largo título: "Idea del gobierno eclesiástico y civil de la España ultramarina o Indias occidentales, por medio de un extracto ordenado de su legislación particular." Ahora se ocupa en adicionarlo para remitirlo a su deudo don Francisco Javier Caro, que ejerce en la corte oficios de ministro togado en el Supremo Consejo de Indias. A más de este tomo que ya tiene escrito, y en el cual se trata de los descubrimientos y habitantes de estas regiones y del gobierno superior civil y religioso de las provincias, se propone escribir en la segunda parte acerca del gobierno particular de ellas, del régimen municipal de los pueblos y del sistema aplicado a la educación de los indios. Medula del libro es la defensa del viejo sistema institucional del imperio español, desarticulado hoy por las novedades que echaron a rodar los mismos hombres que en la Península

se juntaron para defenderlo de la invasión napoleónica, pues, según lo explica Robertson, en "los imperios de grandes extensiones debe ser simple la forma de gobierno y estar la autoridad soberana libre de todas trabas". El es monárquico tradicionalista y si bien miró la Constitución de Cádiz como norma que pudo aquietar por la generosidad de los principios consagrados, la inquietud de los ánimos durante la confusión creada por la revolución de Monteverde, prefiere las añejas formas, a cuyo amparo se formaron y progresaron los dominios (*).

Pero cuando el juez inactivo en su función de administrar justicia envía el plan de sus estudios a las autoridades peninsulares, ya éstas han recibido un otro documento probatorio de la versación de Heredia en materias de gobierno. La crítica que ha hecho al arbitrario Reglamento de Policía sancionado por las nuevas autoridades, es prenda del recto juicio y del saber jurídico del insigne magistrado. El Reglamento es una innovación singular en el régimen de gobierno español, y en él se copian sistemas desarticulantes tomados de la Policía francesa, y enderezados a "organizar y facilitar la persecución de cierta clase" de pobladores. "Cuando la política, la prudencia, y aún la humanidad y la religión —escribe Heredia—, claman por la conveniencia y necesidad de extinguir hasta el nombre y memoria de las dos facciones que tan encarnizadamente se han despedazado, las ordenanzas 3.ª, 4.ª y 5.ª, título 1.º, prescriben que se hagan las matrículas por clases, y cuenta por distintas las de españoles europeos y americanos." Así habrá de mantenerse por culpa de las autoridades llamadas de pacificación "diferencia tan odiosa y que ha costado arroyos de sangre y de lágrimas, que corren todavía". El examen de la vida y costumbre de los habitantes, confiado seguramente a personas de la facción vencedora, como que es ella quien en estos casos tiene el monopolio de la virtud y de la verdad, bastará para "formar nuevas revoluciones en cada pueblo y será origen de infinitas enemistades, peligrosísimas entre gentes

(*) En la nota biográfica que a la muerte de don José Francisco apareció en el *Semanario Político y Literario*, de México, se cuentan entre los trabajos dejados por el antiguo regente dos volúmenes sobre el Gobierno de la España Ultramarina, por lo que se ve que fue concluida la obra.

ya encarnizadas y medio bárbaras". "Tal vez un dicho casual y mal entendido —agrega Heredia—, un equívoco, o una bufonada proferida en la conversación secreta entre amigos o entre los humos perturbadores de una mesa profusa, decidirán del honor y fortuna de un linaje entero. La venganza, el interés, la envidia y el deseo que tienen las almas serviles de congraciarse con los que mandan son cuatro testigos que se confabulan muy fácilmente y cuyo número basta para prohibir a un hombre la vida." Al pulquérrimo magistrado ha de espantar el horrendo régimen de espionaje y delaciones que sirve de soporte a los nuevos amos del Poder. "El Gobierno armado de suficiente fuerza que se manifiesta tan rodeado de temores, hasta el punto de recurrir a semejantes medios —sigue la exposición—, es un actor que se ve embarazado en su papel, que no ha estudiado, o que no sabe representar..." Ni en la famosa ley sobre los sospechosos, que hizo época en el sanguinario imperio de la horrible Convención francesa, se usó un sistema tan descabellado como este que intentan aplicar los señores del Gobierno para defenderse de supuestos golpes revolucionarios, y en el cual se da, como prenda de que los pueblos " no han de esperar sino el despotismo y la arbitrariedad", carácter de Juzgado militar a los tribunales de Policía. Lo violento y sumario de los juicios que han de seguirse en estos tremendos Juzgados, "sin ejemplo en los anales españoles", reviste de las más temibles arbitrariedades los fallos que profieran y destruye todo derecho ciudadano. No ignora el doctor Heredia, y así lo explica en su admirable informe, que "el uso constante de los pueblos más libres que hayan existido jamás sobre la tierra, hizo creer al mismo Montesquieu, enemigo el más acérrimo de la arbitrariedad, que hay casos en que es preciso echar momentáneamente un velo sobre la libertad política del ciudadano, así como se cubren las estatuas de los dioses"; pero cree, por los estudios que lleva hechos, que jamás se ha autorizado en las leyes españolas el quebrantamiento de las formas esenciales del procedimiento criminal, "conocido y prefijado de antemano con la mayor claridad al fuero del delito". Uno a uno examina el regente los absurdos artículos del monstruoso ordenamiento policíaco, semejante a los "edictos y fórmulas de las terribles proscripciones que refiere Appiano en el libro IV de las

guerras civiles romanas", y cuyo imperio ha sometido la suerte de Venezuela al capricho de quienes, por consejo de la delación y el interés, pueden militarmente imponer sin freno penas que van desde la simple amonestación hasta el último suplicio. Si la Audiencia fue suprimida para dar rienda suelta a la arbitrariedad de las autoridades militares, aquí está Heredia, oculto en el silencio de su cuarto de trabajo, desceñida la toga del magistrado, grabando para la posteridad la palabra aflicta y condenatoria de la Justicia.

Vive ahora don José Francisco, "como un anacoreta", en la tranquila población marítima de Maiquetía. El silencioso y apacible burgo, víctima del pavoroso terremoto del año 12, muestra, según lo dibuja la musa de José María:

> Restos de sus caídos edificios,
> que fueron hermosos y habitados,
> y ahora, ya derribados,
> sirven de madriguera
> al sapo horrible, a la culebra fiera.

Aquí, entre las inmensas ruinas y ponzoñosas alimañas, tropieza el doctor Heredia con una sombra infausta de aquella época terrible de terremotos y asesinatos. Sin mando alguno, mas pretendiendo influir en las nuevas autoridades, arrastra su vida macilenta el antiguo gobernador Monteverde. Cuando el pérfido sátrapa destronado mira al modesto juez, debería pensar que de haber seguido sus consejos prudentes no estarían ni él ni Venezuela en el deplorable estado a que han llegado. Pero la perversidad de Monteverde no es susceptible de ser temperada, ni aun por la desgracia. Enfermo y torcida la boca, pálido y demacrado, sin poder articular correctamente la quijada inferior, con semblante más de máscara que de hombre, el tigre da el zarpazo feroz a la paloma. Sus armas de hoy son la insidia y la calumnia, que derrama en los informes rendidos a Moxó. La Audiencia sigue siendo el objeto de sus odios, y de ella informa, por lo que aconteció en su tiempo, que "desplegó una indulgencia absoluta no menos general que criminal" con los hombres de la independencia, sin haber jamás proferido sentencia condenatoria en ninguna causa seguida a los criminales rebeldes. ¡Eres estúpido hasta dejarlo de sobra, oh miserable enredador! Estás tratando de acabar,

ante las pasajeras autoridades de hoy, con la conducta de la Audiencia. El regüeldo de tu odio sabrán los tiempos convertirlo en suave aroma y serán tus palabras condenatorias el mejor título que ostenten para la posteridad estos hombres calumniados y perseguidos por servir a la Justicia. No se condenó por decisión suya a ningún hombre. ¿Habrá timbre que más ilustre a los jueces que funcionaron en medio de la tempestad de las pasiones? ¡Y a ti, Heredia inmaculado, la república que se alzará en medio de estas ruinas espantosas habrá de agradecerte la vida de sus fundadores y aun el haber puesto bajo el solio del Tribunal, como ministro interino, a Francisco Espejo, víctima egregia de los desmanes de Monteverde! Por eso el viejo gobernador lo llama en sus informes "criminalísimo" y pondera la falta de quienes lo llevaron a ocupar puesto en los Tribunales del rey. No escapa, ¿quién puede escapar de las flechas enherboladas de Monteverde?, el recuerdo del doctor José María Ramírez, antiguo maestro del doctor Heredia en la Universidad dominicana, diputado al Congreso de 1811, que declaró la independencia y quien después abrazó con honradez la causa del monarca, como lo hicieron tantos ciudadanos de la *Patria boba*. Hombre recto y conocedor de los negocios públicos, el doctor Ramírez ejerce la profesión de abogado y defendió a los reos de la revolución en los estrados de la Audiencia. Su intimidad con el regente provoca que se le mire como inspirador de la blandura de los fallos, y aquí está Monteverde cebado en acabarlo ante las autoridades del rey. ¿A qué no llegará el bárbaro que avanza a calificar de hipócrita la conducta del regente?...

Pero los papeles, como los hombres, a veces tuercen los caminos. La serie de informes malévolos que las autoridades levantan contra la Audiencia llegan a manos de los ministros, y como tienen justicieras razones de su parte, usan de ellas para desvirtuar los cargos. Desde el ausente regente propietario, don Cecilio Odoardo, que ha temido por ahora acercarse a Caracas para evitar vilipendios, hasta Level de Goda, que acaba de ser nombrado, son víctimas de los feroces ataques de Moxó. De Heredia informa que está vinculado con los hombres de la revolución y que ha sido huésped del marqués de Casa León, a quien los nuevos dueños del Poder miran como afecto a los intereses de Bolívar, a pesar

de sus complicidades criminales con Boves y Monteverde. Y pues los ministros tienen perfecta conciencia de la rectitud de su conducta, esperan tranquilos la solución definitiva del conflicto planteado por las inconsultas y arbitrarias medidas de los pacificadores.

Desde la playa donde sosiegan sus pulsos excitados, Heredia anima al regente propietario, que reside en Puerto Rico, para que venga a Caracas, pues considera a punto la orden real que los restituya en el ejercicio de sus altas funciones. "Pronto habrá parto —dice don José Francisco al doctor Odoardo—, y precisa estar en condiciones de recibir a la criatura." Sin embargo, el parto es difícil y se pierden varios meses en la expectativa. La que ha dado a luz, en cambio, es doña María Mercedes, madre desde el 10 de diciembre de una nueva niña, a quien dan el nombre de Rafaela. Si mucho alegra al hogar este retoño, mayores son por hoy los apremios del oidor en cuanto mira a cubrir sus compromisos económicos.

Por fin sale el decreto de Fernando VII, fechado en 28 de diciembre, que ordena el restablecimiento del alto Tribunal, mas como no hay precisa en el ánimo de los funcionarios de la Corte, apenas llega a Caracas cuando han corrido algunos meses del año 1816. Van llegando los ausentes ministros. Ya el doctor Odoardo ha tenido el gusto de reunirse con Heredia, y se han dado ambos oidores una buena panzada de murmuraciones a costa de Morillo y de Moxó, sin temor de que la *Policía francesa* se asuste porque ambos sean de esta parte del mundo español. Ni Morillo ni el sustituto Moxó podrían negarse al cumplimiento de las órdenes del rey, y el 25 de mayo están tendidos los regimientos de la Unión y Cazadores de Castilla y un escuadrón de Caballería en toda la carrera, desde la casa donde vive el capitán general interino hasta las moradas del alto Tribunal. Todos los abogados del Real Colegio, con los miembros del Ayuntamiento de la ciudad y grueso número de espectadores, han concurrido a la solemne ceremonia. Bajo el solio ritual están los antiguos oidores Heredia y Vílchez. Se acerca al decano que preside el regente titular, don Cecilio Odoardo, anciano que con su presencia venerable presta mayor respeto a la magistratura. Después de dar el juramento ante el doctor Heredia, recibe de éste el asiento que

le toca como presidente del Tribunal. Tomada la promesa al nuevo oidor don Manuel García y al fiscal don José Maroto, se diputa una comisión compuesta por los antiguos oidores Heredia y Vílchez para que, junto con representantes del Colegio de Abogados y del ilustre Cabildo, vaya a participar al gobernador interino la instalación del Real Acuerdo. Se está vengando el doctor Heredia de las arbitrariedades ejecutivas. Ya sabe Moxó que tiene jueces a quienes mirar la cara y a quienes dar cuenta de sus funestas depredaciones. Si ayer el bárbaro los confinó en nombre de la fuerza de las bayonetas, ahora vienen las antiguas víctimas a conducir a su verdugo ante el Tribunal que lo atará por juramento a los mandatos de la Ley. Llegados a la sala del Acuerdo, el regente recibe la promesa del gobernador interino. Ya éste sabe que frente a sus ímpetus están los representantes de la Justicia para frenarlo. El pueblo que presencia la ceremonia tiene sentido para comprender que las músicas de las bandas militares están festejando, no el triunfo de la fuerza que representan los soldados y los oficiales metidos en vistosos uniformes, sino el sometimiento de los díscolos jefes al suave yugo de las leyes civiles que personifican los oidores.

A su noble misión de administrar justicia ha vuelto Heredia. Su influencia generosa se hace sentir de nuevo, y cuando el bárbaro Moxó ordena que sean azotadas en las calles de Caracas las honorables matronas doña Josefa Antonia Tovar de Buroz y doña Manuela Aristeguieta de Zárraga por haber mostrado alegría con motivo de las victorias de los patriotas, la débil voz del pulcro oidor detiene la mano implacable del verdugo. El Tribunal tiene que habérselas ahora con el desordenado procedimiento, hasta hoy en uso, para los procesos que han cursado en los caprichosos tribunales de Morillo. Aunque no sea regente, su condición de veteranía y las singulares dotes de ilustración y de prudencia lo convierten de hecho en eje y alma del Tribunal.

En su morada de la plaza de Artillería, cerca de la casa donde habitó Humboldt, pasa entre infolios la mejor parte de su tiempo el doctor Heredia. José María asiste a las clases de la canija Universidad de Santa Rosa, cuya población estudiantil fue conducida por José Félix Ribas a los campos de batalla de La Victoria y Vigirima. ¡Cómo se verían de

alegres los anchos claustros si no faltase la nutrida muchachería que se comió la guerra! Hasta acá ha llegado la barbarie desoladora de los odios fratricidas, y, aunque no haya hoy intento de formarlo, mañana, al revisarse el proceso de la cultura, se hará el balance de esta quiebra sufrida por el pensamiento despuntante de la juventud de la provincia.

El Real Acuerdo trabaja sin cesar, y aunque sean cumplidas sus providencias, falta a ellas el símbolo efectivo del poder del rey. En Puerto Cabello había quedado el sello real, imagen del monarca, y en esta clara mañana del 9 de abril de 1817 está entrando solemnemente en la ciudad. Hace veintisiete años que Caracas presenció semejante ceremonia. Para repetirla se han reunido en el despacho del capitán general y presidente *ex-officio* de la Audiencia todos los ministros del alto Tribunal, y con éstos, las corporaciones oficiales, los altos jefes militares y el señorío de la ciudad. Pausadamente suben hasta la plazuela de la Trinidad, donde está guardada, bajo un lucido pabellón, la cajita que contiene los sellos con las armas del monarca. La compañía de granaderos está desplegada a la entrada de la plaza y las bandas de música entonan aires marciales. Centinelas arreados con los vistosos uniformes que lucen las tropas vencedoras de Bonaparte montan guardia cerca del solio. Las ventanas de las pocas casas que han quedado en pie después del terremoto están ataviadas de vistosos cortinajes. Al llegar la comitiva, el canciller coloca la caja veneranda sobre un airoso caballo, ricamente enjaezado, cuyas bridas toman los alcaldes de la ciudad. Al diestro de la bestia, muy cerca del estribo, va el capitán general; al siniestro, el regente de la Audiencia, y todos, bruto y funcionarios, cubiertos de amplio palio, cuyas varas portan los señores del Ayuntamiento.

Salvas de artillería y repiques de campanas anuncian el desfile. La inmensa comitiva se mueve y deshace la carrera en medio del más religioso silencio. Todos tienen la certeza de que están acompañando a la propia majestad real. Al acercarse a la Plaza Mayor, suenan los alegres repiques de la Metropolitana y revientan salvas que duran hasta llegar a la esquina de Sociedad, donde hoy tiene su sede la Audiencia. El canciller coloca sobre una gran banda roja de tisú la caja que contiene los sagrados símbolos y la deposita en el lugar diputado para su custodia. Luego, entre repiques y

más salvas, la comitiva va a la casa del capitán general, donde es servido un abundante y delicado refresco.

Tras del sello real ha caminado silencioso el doctor Heredia. Durante el largo trayecto acaso medite acerca de si todo este ritualismo no tenga un mero valor de farsa, cuando las honras que se dan al signo material del poder regio contradicen la conducta observada por estas mismas autoridades con los hombres encargados de expresar la justicia en nombre del monarca. A él, que tiene empeño de hacer respetada la Ley, se le ha mirado como a hombre peligroso y se le ha reducido, por las propias autoridades que se dicen brazos del rey, a la inanidad de un retiro deprimente. En cambio, a este adminículo de bronce grabado con las armas del monarca se le rinden honores reservados para la propia majestad. ¿A quién engañan? ¿Al rey lejano o al pueblo humilde que se asombra ante los alardes de uniformes, ruidos de pólvora y alborotos de campanas?...

Morillo, así esté acostumbrado a matar en nombre de Fernando, tiene empeño por dar relieves de magnanimidad a la política absolutista de que es pomposo ejecutor en Venezuela. El 20 de septiembre siguiente hace publicar el indulto concedido por el rey con motivo de sus bodas. Batallones de rigurosa formación, ruidos de artillería y campanas echadas a vuelo vuelven a impresionar al pueblo cuando se anuncia el trascendental suceso del perdón. En su regia morada, donde esplende el fausto que reservan los mantuanos para los grandes días, el regidor don Esteban de Ponte ofrece un grandioso baile al mal llamado *Pacificador*, y a la vecina hacienda de La Guía, donde entre cedros, sombríos como su genio, vive Morillo, afluyen las visitas para darle los entusiastas parabienes. El 28 se celebra en la iglesia catedral una solemne función, y el jefe del Ejército encomienda la oración sagrada al doctor Mariano Talavera, examinador sinodal del Obispado de Mérida y catedrático de teología de vísperas en el seminario de Santa Rosa. La capilla está pobre de voces, porque los músicos que mantenían la tradición artística de Caracas callaron su noble ejercicio bajo el cuchillo de los verdugos de Boves. Tiene, en cambio, buen verbo el orador, y a la natural elocuencia del estilo añade énfasis singular cuando se dirige a los patriotas que en Cumaná, Maturín y Guayana se baten fieramente contra

las armas de su majestad. "Hombres alucinados —exclama— a quienes el genio del mal ha arrastrado a las fronteras orientales de Venezuela para hacer una guerra fratricida que deshonra la Humanidad, venid a incorporaros un momento con nosotros: yo os aseguro que depondréis vuestras ideas y se rendirán vuestros corazones."

En su puesto de oidor está sentado muy cerca de los jefes el doctor Heredia. Las palabras de indulto y de concordia suenan con dulce eco en sus oídos, fatigados por las consignas de la muerte. Mas, aunque sea mucha su fe en el poder creador de la bondad, mira que ésta se anuncia cuando de las bardas se ha quitado el último sol de la esperanza. ¿Creerán los rebeldes a Morillo, tornado en portavoz de mandamientos de concordia, cuando ayer no más ultrajó a los ministros de la Justicia? ¿Será garantía de lealtad aquel que entró disfrazado en Santa Fe de Bogotá para no ser reconocido ni de las damas realistas que fueron a saludarlo a la Sabana? Mientras perora el sacerdote, tal vez Heredia se hunda en profundas reflexiones acerca de esta clemencia tardía e incapaz de poner sosiego al infierno de pasiones que desató la guerra a muerte. ¿Serán escuchadas, acaso piense, estas frías palabras del oficialismo por oídos que ensordecieron a los gritos salvajes de las furias ululantes? Allá, cuando se iniciaba la contienda, él advirtió el peligro a los hombres de uno y otro bando, y de haber sido atendido su consejo no se daría el espectáculo que está invocando el orador, mientras llora la suerte de los hermanos que miran desaparecida "con anticipación la juventud que formaba la esperanza de dos generaciones"; que "ven con ojos llorosos las artes sepultadas, los campos asolados y cubiertos de huesos áridos; los ríos, ensangrentados, retrocediendo a su origen, asustados de los cadáveres que se han hacinado en sus corrientes; incendiados los pueblos y arruinados los edificios que fueron otro tiempo monumentos de la magnificencia y del esplendor de Venezuela". Ante este cuadro de desolación y muerte, ¿puede confiarse en el regreso de la tranquilidad si no es por previa liquidación de uno de los bandos? ¿Y será paz humana lo que se levante sobre la ruina de los intereses del partido contrario?...

Desde agosto han llegado noticias a Caracas de que el doctor Heredia ha sido nombrado para una plaza de alcal-

de del crimen en la Audiencia de la ciudad de México. Ya han dado fruto las intrigas alzadas contra la recta justicia del oidor, y hoy se le condena a un cargo que constituye un descenso en su carrera. Sus amigos y compañeros de Tribunal y el nuevo presidente interino, brigadier don Juan Bautista Pardo, quien suple a Moxó, acusado de haberse apropiado los caudales públicos, presionan al doctor Heredia para que retarde la salida, en la esperanza de que pueda haber una rectificación por parte de la Secretaría de Estado. Ellos conocen los méritos de Heredia y saben que el cargo principal que se le hace para separarlo de la provincia es el de que, "poseyendo una capacidad acompañada de dulzura, atrae a sí a todos los que se le asocian y viene a ser el árbitro de la Real Audiencia". Al rey representan los oidores con la apología del antiguo regente, cuyo delito único, fuera de ser justo, consiste en haber promovido la reconciliación entre el poder de España y los vasallos rebeldes de la provincia. Se le degrada por haber buscado la paz. Se le castiga por haber solicitado los medios de mantener la integridad del imperio español. Se le quita su categoría porque es amigo de la justicia. *Ubinam gentium sumus...?*

La modestia de Heredia no se altera por el demérito que constituye su nueva posición, y si aguarda es porque el propio brigadier Pardo se lo impone. Mas los despachos que enderecen el entuerto tardan en llegar, y el oidor sabe, en cambio, que ha habido premura para distribuir ascensos y condecoraciones entre quienes han fatigado a los pueblos con las voces de la guerra. A Monteverde, destructor con su política pérfida y vengativa de la unión pacífica de estas provincias, le ha enviado Fernando VII la cruz de Isabel la Católica. El destino de Heredia lo marcan otros signos, y se resuelve a romper todo lazo que pueda dar a entender que él confía en la justicia de los poderosos.

Tiene ya listas las maletas el honesto juez, y afablemente se ha despedido, en unión de doña María Mercedes, de los numerosos amigos que cuentan en esta sufrida y silenciosa Caracas de 1817. El 1.° de diciembre, víspera del viaje, el regidor don Felipe Fermín Paúl toma la palabra en el seno del Ayuntamiento y propone que siendo mañana la salida de don José Francisco para el nuevo destino que le

ha señalado "la piedad de su majestad" y "siendo notorias las muy distinguidas cualidades que adornan la persona de este señor ministro, no menos que sus útiles tareas por la pacificación de estas provincias y el bien y tranquilidad de sus moradores, le parecía que no estaba de más presentarle en testimonio de la justa gratitud debida a su persona el obsequio de que lo acompañen hasta la Cruz dos de los señores individuos que componen la ilustre corporación". El alférez real, don Feliciano Palacios, apoya la moción del doctor Paúl, mas el Cuerpo, que está en todo de acuerdo con las palabras del proponente, teme que esta singular y debida manifestación quede por antecedente para tener después que rendirla a quien no la merezca. Sin embargo de la prudencia del Ayuntamiento, cuando al día siguiente el pueblo ve salir al regidor Paúl y al alférez real entre la gruesa multitud de amigos que van a despedir hasta el camino de La Guaira al venerable juez, de senectud precoz, los toma por enviados del cabildo, y el propio Heredia y su familia reciben las palabras de los cabildantes como expresión oficial del afecto que supo sembrar el regente en medio de la atribulada sociedad caraqueña.

La fragata angloamericana *Isabel*, en que se embarca en La Guaira con la familia, echa anclas el 7 en la rada de Puerto Cabello. Desde su borda, Heredia contempla las murallas sombrías del castillo donde han sido castigados tantos hombres, y recuerda la funesta impresión que tuvo al ver llegar a este mismo pueblo la primera cuerda de presos hechos por Monteverde en 1812. Después, evoca los días terribles de agosto de 1813, cuando se le amenazó de muerte por no haber unido la suya al coro fatídico de voces que clamaban venganza contra los patriotas. Un tumulto de ideas vienen a su cabeza, y una vez más examina su conciencia. Siete años ha estado su vida enlazada a la suerte de este bello y desgraciado territorio. Vino joven y con energías que le permitían sobreponerse a sus dolencias iniciales. Ahora regresa cargado de dolores y con las huellas de la prematura senectud. Ha sufrido intensamente. Sabe lo que son los hombres. Se ha enfrentado a la traición, a la calumnia y a la violencia. Pero siente que nada ha sido capaz de disminuir su inmenso amor a la justicia y que nada será capaz de desviarlo de los caminos de la piedad. Mientras más feroz

fue el huracán de las pasiones, con mayor fuerza sintió el amor a sus semejantes. Mientras más fuerte soplaban las contradicciones, mejor se supo el lábaro que las resistía. Hoy sale de esta fragua ardiente con las armas en mejor temple, pues las suyas son de metal que no se quiebra bajo los golpes del martillo. Cuando las hachas afiladas de la envidia han intentado derribar el árbol de su espíritu, si le han causado profundas heridas, han quedado, en cambio, perfumadas de bálsamo inefable.

Medita, medita don José Francisco, y cuando el fiero capitán ordena levar el ancla y los marineros templan las cuerdas de las velas, él siente que algo suyo queda en Venezuela, algo que es el solo orgullo de su vida: la angustiosa experiencia de su piedad heroica, la inmensa bondad que los hombres de la violencia miran como reproche de sus actos.

XI

EL SEVERO HISTORIADOR

Quoeque ipse miserrima vidi, et quorum pars magna fui.

VIRGILIO.

El 26 de diciembre llegan Heredia y su familia a la ciudad de La Habana. El viaje ha sido largo y sin ninguno de los tropiezos en que el mar ha sido pródigo con don José Francisco. Las angustias y las lágrimas de otras travesías estuvieron reemplazadas por la alegre fiesta que se hizo a bordo de la fragata, cuando el 18 traspasó la línea del trópico, y de la cual, entre risas, José María lee a los amigos que van a saludarlos la festiva descripción que la recuerda.

Lo primero que echa de menos el doctor Heredia es a su antiguo amigo y protector, el fallecido marqués de Someruelos, cuyo consejo de "saberlo todo, disimular mucho y castigar poco" en vano se empeñó por transmitir a las contumaces autoridades de Caracas. Hoy está en su antiguo puesto de gobernador y capitán general, el general de Artillería don José Cienfuegos y Jovellanos, sobrino del gran

don Gaspar. La isla ya está cosechando en riqueza los frutos de la gruesa aportación que para su economía constituyó la inmigración, con sólidos caudales y experiencia de trabajo, de los dominicanos que dejaron La Española en 1801. En la Universidad de San Jerónimo, donde luego inscribe a José María, hay rumor de grávidas palabras que empujan el proceso de la cultura cubana.

Como la salud descaece cada día y no la apuntala ni la sobriedad, que ha sido imperativo de su vida, don José Francisco solicita licencia para mantenerse durante algún tiempo en La Habana. En la quietud del hogar aprovecha las holgadas vacaciones para recoger el recuerdo de los hechos en que figuró como actor y testigo en Venezuela. Todos los días escribe el antiguo oidor. De turbio a turbio, y así sean constantes sus duelos, está con la pluma de ganso en la mano. José María, que suele interrumpirle con la consulta de sus lecciones o para darle a conocer algunos nuevos versos, le ayuda algunas veces a ordenar los papeles del archivo o le lleva la pluma cuando el padre es tomado por el cansancio o la fatiga. Está don José Francisco escribiendo sus Memorias sobre las revoluciones de Venezuela. Por cabeza de la escritura ha puesto palabras de Virgilio: *Quoeque ipse miserrima vidi, et quorum pars magna fui.* Va a describir las miserias que vio y de las cuales le tocó dura parte. Limpia y de severa elegancia es la prosa del doctor Heredia. Clara, sencilla, sincera como su espíritu es la narración. El escritor no sólo conoce y domina las doradas fuentes de la materna lengua. Su ilustración ha abrevado en la constante lectura de los clásicos latinos, de ellos Horacio el preferido. Por eso el estilo le sale sobrio y fácil, adornado de la claridad de cláusula que caracteriza a los grandes maestros. De cuando en cuando engarza alguna frase latina que dé rotundidad a la sentencia, y para afianzar los juicios hace citas de leyes y de autores antiguos. Su cultura tiene la huella natural del siglo XVIII, pues, a pesar de ser fiel a los viejos principios que enseñan cómo "la obediencia hace libres a los hombres", y, aunque haya evitado a todo trance la infición francesa, no desestima el análisis de Montesquieu ni siente asco inhibitorio por las razones, a veces justas, que se esconden en la lúbrica prosa del abate Raynal. A madame de Stäel la llama el Tácito moderno y llega a celebrar que sus ideas sobre la

peligrosidad de la venganza coincidan con las expuestas por la gran dama de los tiempos del Directorio. Se necesitaría que fuera don José Francisco un fanático impermeable para que se desdeñase por tomar alguna de las flores exquisitas que ha quitado al gran árbol de la justicia el vendaval de la Revolución.

Amigo del rey, escribe sus Memorias para que sirvan de tema de reflexión a los futuros magistrados y políticos, no para sembrar, por la crítica que hace, odio alguno a la regia institución. Quien nunca ha mentido en el comercio con los hombres ha de decir la verdad cuando se pone frente a los tiempos venideros. Si con Monteverde usó de etiqueta para detenerle el brazo armado de la cimitarra, ahora será sincero cuando le disculpa en parte los errores. Y si es franco en todo, también ha de serlo cuando juzga su conducta como regente de la Audiencia. Ninguna vanidad, pero sólo el deseo de escribir palabras ciertas lo mueve cuando dice: "Todo el furor del partido dominante tuvo que ceder al tropiezo debilísimo que le oponía la opinión de un solo hombre, a cuyo influjo se atribuía la del Tribunal. Yo fui ese hombre, y me glorío de ello, como también del odio que aquellos alucinados me juraron por este motivo y por lo que hice después en todas épocas para evitar el derramamiento de sangre." Siquiera sea humilde y reconozca la debilidad de su persona, ello no empece para que se sienta orgulloso de haber servido a la causa de la Humanidad. Otros se sentirán honrados de las ínfulas postizas ganadas a precio de dolor ajeno, para él sólo es motivo de justa gloria haber evitado que corriese la sangre de los hermanos.

Cuando enjuicia a los hombres se levanta sobre el color de los partidos. Si horrible considera la conducta de Boves, Monteverde, Cervériz, Zuazola, Rosete, Morales y Antoñanzas, lo mismo ha de parecerle la de Bolívar, Ribas, Briceño y Arismendi, pues todos por igual han dado rienda suelta a la venganza que conduce los hombres a la muerte. El sabe que matar a un hombre a sangre fría, sin juicio ante las leyes ordinarias que lo acuerden, no es servir a la justicia, sino matar a un hombre. Háganlo unos u otros, es para él permanentemente un crimen. Su delicadeza natural y su adhesión constante a la clemencia lo conducen a mirar con

horror la sangre derramada en luchas fratricidas. Si hasta hoy los hombres ciegos de pasión no han comprendido la justeza de su juicio, mañana las nuevas generaciones que miren los escombros de la sociedad y la ruptura de sus estribos jerárquicos, tendrán para su recuerdo el homenaje del afecto y de la justicia. Eso está haciendo don José Francisco. Nada cosechó, fuera del aprobatorio dictamen de su conciencia, por su leal y nobilísima conducta. Ahora, en estas apretadas líneas, donde las letras se apilan a manera de fecundos granos, está sembrando, como en surcos de perennidad para la conciencia americana, semillas que darán frutos tardíos, pero de jugos multisápidos.

Escribe, escribe don José Francisco. Mas si mucho es su interés por dejar memoria de los hechos en que tuvo parte, apenas llega en el relato hasta referir el arribo de Morillo a Margarita. De las cinco revoluciones que presenció en Venezuela, deja por describir la que capitanearon el *Pacificador* y don Salvador Moxó al destruir de raíz el orden institucional de la justicia. Cinco revoluciones dice, porque si los hombres del 19 de abril de 1810 y los patriotas de 1813 se alzaron al amor de las nuevas ideas de libertad, Monteverde y Boves fueron también rebeldes contra las instituciones, y en nombre de los propios derechos del rey empezaron a preparar los instrumentos que, en manos de Morillo y de Moxó, concluyeron por desviar la aptitud civilista y la sensibilidad jurídica del pueblo venezolano.

Del examen de la conducta de estos feroces gobernantes, acaso Boves resulte con menor carga responsable. Monteverde fue el azar en triunfo. El hombre que ganó la victoria sin haber jamás vencido y que, llevado por los genios de la venganza, rompió su palabra bajo el consejo de la reacción realista. Cobarde para afrontar el peso de sus propios actos, se escudó en la casuística de sus consejeros y en la mala fe de quienes buscaban lucrar con la arbitrariedad de las tremendas medidas. La violencia la escudó con las comisiones especiales a que se prestaban los complacientes áulicos. Boves no cae bajo el dominio de las leyes de la Historia. Su fuerza es la misma que empuja a los fenómenos de la Naturaleza. Como el huracán destruye y como el rayo incendia. Para hacerlo personalmente culpable de sus actos, habría que pedir a Jerjes las reglas de hermenéutica penal

que lo empujaron a ordenar el azote de las olas contrarias a su intento. El ha surgido de los bajos fondos con la inconfundible señal de lo caótico. Asesina, destruye, viola, arrasa por el fuego las poblaciones, ultraja, engaña; más que hombre es una fiera enloquecida. De los actos de su transitorio gobierno son responsables los hombres que, como Tomás Hernández Sanabria y Francisco Rodríguez Tosta, prestaron sus títulos de juristas para vestir la justicia desaforada del caudillo, en un monstruoso Tribunal presidido por el pérfido marqués de Casa León. ¡La aristocracia criolla y los hombres de las leyes dando forma al pensamiento de los bárbaros!

Morillo expresa, no el arranque inconsciente de la fuerza bruta, sino la disciplina sistemática de los cuarteles, que debiera conocer los códigos del honor; y Moxó, a su carácter militar, suma la dignidad de jurista obligado a conocer y respetar las antiguas leyes del reino. Lejos de curar las heridas causadas por los bárbaros que los antecedieron en el gobierno, estos hombres presuntuosos ponen rúbrica funesta a los decretos de aquéllos. En lugar de enderezar la Justicia, pisotean y vilipendian a los jueces. Después de oír a estos preceptores de la arbitrariedad, el pueblo se siente graduado para imitarlos y superarlos durante el curso tormentoso de su historia. Con ellos quedó definitivamente rota la tradición de juridicidad que habían formado las Audiencias. Sin la noción de la Justicia y sin la fe en sus fallos, los pueblos se confían al azar de la fuerza y al prestigio de los hombres necesarios. Los mismos patriotas que alegaron razones de derecho aun para explicar la dictadura de Bolívar en 1813 y que buscaron en Angostura fisonomía jurídica para el estado de cuartel, se verán empujados en las futuras deliberaciones reconstructoras por el clima de ajuricidad y de violencia creado por los agentes regulares del poder público español. Desde la época feroz de la conquista envió España magistrados, sin otras armas que las varas de la Justicia, para calmar las tropelías de los capitanes. La constancia de esta práctica formó durante tres siglos una mística de respeto a los funcionarios judiciales. Tal era el poder de los jueces, que bastaba a los perseguidos tirar de la cuerda que alarmaba la gran campana del zaguán de la Audiencia para quedar bajo la protección de la

Justicia. Manera de recurso extraordinario de amparo, a su solo toque eran detenidas las manos de los verdugos. El mismo Monteverde temió el sonido de la débil voz de los jueces, y su venganza contra los patriotas hubo de tropezar con la protesta de esta férrea lengua admonitoria. Pero cuando Morillo y Moxó cortaron el hilo tradicional de la legalidad y vejaron a los magistrados, quedó destruido para siempre, así se hubiese después reinstalado el Tribunal, el respeto a las togas y a los birretes de los jueces. Una espada tajante en violentas manos será el símbolo de la futura Justicia. Mientras se agrandaron en la perspectiva de la Historia los hombres de ornamento bélico, los jueces pasaron a plano secundario. *Delenda est lex.*

Inconcluso queda el relato con que el antiguo regente gana puesto puntero entre los mejores prosistas de América y sitio señalado en la mesa de los historiadores que saben buscar el equilibrio para el juicio de los hombres. Otros menesteres y el malestar de su salud le niegan tiempo para rematar la relación. De su primera misión pacífica en 1810 poco refiere, y la encomienda a los treinta y un documentos que ha copiado de su archivo y que rubrica con su nombre el 3 de marzo de 1818.

El viaje a México queda resuelto en definitiva. Ninguna esperanza existe de que sea variada la voluntad de los gobernantes de la Península, a quienes se ha pedido el regreso a Caracas del antiguo regente. Todo esfuerzo favorable ha caído en el vacío. Heredia cuenta con la enemiga de Morillo, y éste ha escrito a la Secretaría de Gracia y Justicia que el carácter de don José Francisco es de tal naturaleza "que le conduce hasta el extremo de ser demasiado débil y de no encontrar aplicable la rectitud y justicia de las leyes en ninguna clase de delitos en que hayan incurrido sus paisanos", a lo que acompaña estar "dotado de un espíritu vivo y penetrante" que le facilita "reducir la opinión de sus compañeros". La profunda devoción de Heredia al orden real no le ha dejado ver que esta insolente actitud de Morillo es lo que procura detruir Bolívar, cansado, como deben estarlo los hombres de este lado del Océano, del férreo empeño de las autoridades españolas por mantener en lo bajo los derechos de los americanos. Justamente la generosidad con que Heredia desea ver tratados a los hombres

del Nuevo Mundo es lo que guía los pasos del guerrero afortunado, y contra la injusticia de que es hoy víctima el doctor Heredia, está luchando con feliz estrella en los campos desolados de Venezuela, al frente de heroicos soldados que duermen entre el agua de los grandes ríos sobre sus caballos cansados de guerrear. Si el severo magistrado creyera que los fines justifican los medios y adelantase la mirada hasta escrutar los milagrosos designios de Bolívar, sabría que la justicia de éste se distancia sobremodo de la bárbara conducta de quienes sacrifican el pueblo de América para saciar una ansia desmedida de poder y sabría por qué los pueblos reciben a los ejércitos libertadores como prenda de justicia y de alegría.

XII

CAMINO DE LA MUERTE

Hay que reservar la alegría para el día que muera un hombre que ha vivido bien.

Miguel Angel a Vasari.

El 2 de abril de 1819 embarca el doctor Heredia en La Habana, en el bergantín correo de su majestad *Argos,* rumbo a Veracruz, adonde llega el 9 del mismo mes. Es su último viaje de mar, y tanto los corsarios como los vientos le han dejado atravesar el golfo en plena calma. Ya en junio está la familia Heredia en la fastuosa capital del Virreinato de Nueva España, donde los ojos curiosos de don José Francisco y su acendrado amor a la belleza hallan singular deleite en las complicadas y ricas contorsiones que, gracias a las riquezas e intensa vitalidad de la tierra, ha logrado el barroco en esta prodigiosa porción del imperio español. En el número 9 de la Segunda calle de Monterilla, arrienda una cómoda y sencilla casa que le da fácil acceso a los más céntricos lugares de la populosa capital.

Sin tardanza alguna toma el doctor Heredia posesión de su modesto cargo en la Real Audiencia. Esta de México tiene mayor categoría que el Tribunal caraqueño de que fue re-

gente, y está dividida en varias salas y alcaldías. A don José Francisco le corresponde ser alcalde del cuartel número cinco. El no tiene voz en los acuerdos del Tribunal. Su misión ha descendido a la instructiva de las causas criminales que se promuevan en el circuito de su jurisdicción. Pero él trabaja, pese a su salud, con el mismo entusiasmo con que serviría un empinado cargo de la Corte. El deber es su consigna, y las posiciones ni le arredran ni envanecen nunca, cuando vienen del azar de los hechos o de la caprichosa voluntad de los poderosos. Vinieran de la voluntad propia y de la capacidad para servirlas, y estaría él en el sitio a que lo llaman sus excepcionales cualidades.

Cuidado especial toma Heredia en visitar con la rapidez que lo permite el riguroso ceremonial de la Corte al señor virrey y presidente *ex-officio* del alto Tribunal. Don Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito, tiene su residencia en el hermoso palacio virreinal, cercano de la calle de la Monterilla. Con muestras de distinción recibe el fastuoso gobernante al modesto alcalde. Acaso de Heredia le habló alguna vez el marqués de Someruelos, cuando en 1812 fue a sustituirlo en la Gobernación y Capitanía General de Cuba, y al nombrar los sucesos de Venezuela, en que ha sido actor el nuevo funcionario judicial, seguramente evoque el virrey las enérgicas gestiones que hubo de hacer cerca del ministro Wellesley, en 1810, cuando Bolívar se presentó a la corte de Londres en busca de apoyo para los rebeldes de Caracas. En el rodar de la conversación tal vez hayan comentado estos fieles vasallos de Fernando VII cómo el insurgente Bolívar ha logrado en Angostura del Orinoco, en febrero de este mismo año, restablecer la República de Venezuela. La noticia, claro está, ha tenido fatal repercusión en México, donde, sin embargo, el virrey espera que su política de concordia y de perdón pueda influir favorablemente en el ánimo de los nativos. En el Virreinato se lucha con tesón y bríos por la causa separatista, y el hecho de haber sido dos curas los iniciadores de la jornada revolucionaria ha sumado a los rebeldes el grueso de las masas fanáticas del pueblo. También en la alta sociedad existen deseos de acelerar la separación y hay quien diga que el propio rey Fernando ha escrito al virrey con el consejo de buscar la formación en México de una monarquía independiente que celebre con

la madre patria un pacto indestructible de alianza y de amistad.

Buenos amigos e ilustrada gente encuentra Heredia entre sus compañeros de Tribunal. Con don José Isidro Yáñez, futuro suegro de José María, entabla el nuevo alcalde cordiales relaciones, y con frecuencia se le ve concurrir a la casa que el jefe de la sala del Crimen tiene montada con su familia en el número 9 de la calle de San Andrés. Con el cultísimo abogado don Manuel Cerquera, fiscal de la misma sala, estrecha también Heredia hasta hacerlo uno de sus amigos más adictos.

A la real y pontificia Universidad, regida por el doctor José Rafael Suárez Paredes, ocurre don José Francisco para que ponga matrícula de Leyes al aventajado José María. Ha de acudir de previo a la gracia del virrey para enderezar con ella las alternativas sufridas por el hijo en el curso de sus estudios mayores, y como éstos son de materia de Derecho, en el antiguo profesor de la vieja Universidad de Santo Domingo reaparece toda la elocuencia y agudeza con que enseñaba en su olvidada cátedra de Prima de Leyes para explicar, esta vez con amor y deleite singulares, las fórmulas de la justicia al prodigioso discípulo.

Don José Francisco va decayendo de salud con grande rapidez. El clima extremadamente frío de México nada le presta. El genio se le pone cada vez más triste y la familia se esmera en buscar medios de levantarle el ánimo. A la Academia de Letras, y también a la de Jurisprudencia, suele asistir en busca del deleite de las disertaciones y del comercio con los hombres representativos de la robusta mentalidad mexicana de esta inquieta época. Se acerca al cumplimiento de los cuarenta y tres años, y está la cabeza completamente encanecida. José María lo dirá orgulloso en versos de verdad y de ternura:

> No tus canas fijó del tiempo el vuelo;
> sí noble desventura...
> ¡Contempla ese volcán! ¿Su nieve pura
> no prueba, di, su inmediación al cielo?

Nunca más propicia oportunidad para festejar al prematuro anciano. Ignacia, que apenas cuenta once años, ayuda diligente a doña Mercedes en la confección de los boca-

dillos para el variado refresco que se ofrecerá a los amigos. En la tarde vienen los compañeros de Tribunal a dar cumplidos al correcto juez. Están don Isidro Yáñez, el cabecilla realista don Miguel Batallar, don Rafael Maldonado y don Ignacio Flores Alatorre. Ha venido también la pequeña Jacoba, en quien se detendrá un día el corazón fogoso de José María. Los visitantes alegran con sus risas la continua charla, que Ignacia interrumpe para anunciar que el hermano, a quien don José Francisco "con su toga de juez abrigaba de la fiebre del genio", guarda una sorpresa para el padre. Todos lo adivinan, y se mantienen atentos y silenciosos mientras el poeta, con marcada emoción, recita:

A MI PADRE EN SUS DÍAS

Cuando feliz tu familia
se dispone, caro Padre,
a solemnizar la fiesta
de tus plácidos natales
yo, el primero de tus hijos,
también primero en lo amante,
hoy lo mucho que te debo
con algo quiero pagarte.
¡Oh cuán gozoso repito
que tú de todos los padres
has sido para conmigo
el modelo inimitable!
De mi educación el peso
a cargo tuyo tomaste,
y nunca a manos ajenas
mi tierna infancia fiaste.
Amor a todos los hombres,
temor a Dios me inspiraste,
odio a la atroz tiranía
y a las intrigas infames.
Oye, pues, los tiernos votos
que por ti Fileno hace,
y que de su labio humilde
hasta el Eterno se parten.
Por largos años el cielo
para la dicha te guarde
de la esposa que te adora
y de los hijos amantes
puedas ver a tus bisnietos
poco a poco levantarse,
como los verdes renuevos
en que árbol noble renace,
cuando al impulso del tiempo

la frente sublime abate.
Que en torno tuyo los veas
triscar y regocijarse,
y entre cariño y respeto
inciertos y vacilantes,
halaguen con labio tierno
tu cabeza respetable.
Deja que los opresores
osen faccioso llamarte,
que el odio de los perversos
da a la virtud más realce.
En vano blanco te hicieron
de sus intrigas cobardes
unos reptiles impuros
sedientos de oro y de sangre.
¡Hombres odiosos!... Empero
tu alta virtud depuraste,
cual oro al crisol descubre
sus finísimos quilates.
A mis ojos te engrandecen
esos honrosos pesares,
y si fueras más dichoso
me fueras menos amable.
De la triste Venezuela
oye al pueblo cual te aplaude,
llamándote con ternura
su defensor y su padre.
Vive, pues, en paz dichosa:
jamás la calumnia infame
con hálito pestilente
de tu honor la luz empañe.
Entre tus hijos te vierta
salud, bálsamo suave,
y amor te brinde risueño
las caricias conyugales.

Suenan los aplausos y se dobla la alegría. Don José Francisco, con los ojos a punto de lágrimas, estrecha sobre su corazón al hijo amado y le besa en la mejilla. En el acusado declinar de su vida intuye una vez más cómo la estrella que para él ha sido de pálidas luces, será en el sucesor fanal que brillará esplendente.

¿Cómo recibe el juez austero las noticias llegadas de España acerca de la revolución de Riego y de Quiroga que ha obligado a Fernando VII a jurar la desechada Constitución de Cádiz? ¿Tendrán en él eco favorable estas voces que se aprestan a borrar las extrañas maneras con que el antiguo prisionero se dio a gobernar después de su regreso al

trono? ¿Acaso no ha tenido don José Francisco la dolorosa experiencia del insolente modo cómo los vencedores de Napoleón han procurado la pacificación del Nuevo Mundo? El ha oído hablar de las reuniones celebradas en la respetable mansión del doctor Monteagudo por quienes, si enemigos del absolutismo, miran el retorno de las leyes doceañistas como un peligro para la religión católica. Entre el constitucionalismo, aún no proclamado por Apodaca, quien juzga ser al menos peligroso extender a las posesiones de Ultramar el orden de cosas de la revolución española, y el viejo sistema absolutista, sabe el doctor Heredia que se busca una fórmula donde pueda desembocar el fermento irreducible de los que quieren la independencia. Mantener la vieja tradición conservadora por medio de una estructura autónoma es la solución que propugna el alto clero y los funcionarios de mayor preeminencia, y hay quienes digan que aun el mismo virrey simpatiza con la idea. Rumores le llegan luego de que el coronel realista don Agustín Iturbide será la cabeza del movimiento. A él nada le va en estos nuevos negocios de la política, y tranquilamente espera el semblante que tomen los sucesos. José María, que bien conoce la firmeza de sus principios monárquicos y su adhesión al rey, no teme, en cambio, hacerle partícipe de la intensa alegría que hoy inflama su corazón de patriota "arrebatado al solo nombre de libertad". Prudente supo ser el hijo cuando ocultó al progenitor las composiciones donde desfogó su odio hacia la esclavitud y cuando calló la intensa emoción recibida al oír contar en el zócalo de la catedral de "una cabeza de cura que daba luz de noche en la picota donde el español la había clavado". Hoy le refiere sin ambages sus recónditos secretos y aun cómo se sintió mil veces "arrebatado de un extraño furor" cuando vio gemir la patria "bajo el maldito azote de la tiranía". Encerrado en la severidad de sus principios realistas, don José Francisco no ha advertido que ha sido él mismo manera de lección experimental para abrir los sentidos del primogénito hacia los caminos de la rebeldía. Si calló siempre y nunca de sus labios salieron denuestos para el rey y su sistema, en cambio el hijo, precoz y sensitivo, veía cómo el padre amado era víctima de la incomprensión y del espíritu perverso de los hombres que se decían personeros del poder absoluto del monarca, a quien el juez

servía con lealtad acrisolada. La protesta que en su tiempo contuvo al temor de dañar el propio sistema real, tomará cuerpo en las grandes voces con que el hijo proclamará la revuelta y la venganza contra el régimen español. El antiguo regente lo dijo una vez a Monteverde: "Los muertos vuelven." La sentencia en lo que a él respecta, la cumplirá la musa frenética del hijo, a quien sólo detienen en su ímpetu rebelde las consideraciones que debe al noble padre. Todas las protestas que Heredia silenció y que apenas expuso con filosófico reposo en sus exposiciones y memorias, harán su aparición, como Erinnias vengadoras, en la pluma fulmínea de quien por respeto filial modera sus impulsos. Pero, con el dolor, el padre no ha transmitido al hijo el don vatídico, y sólo a la hora de ver la tremenda realidad de la anarquía republicana, retrocederá espantado José María y sabrá entonces por qué el padre prefirió a la libertad sin diques, susceptible de desembocar en la licencia, el orden que, canalizándola, mantiene la estructura de las sociedades y permite que se abra cauces sosegados la Justicia.

Las postrimerías de don José Francisco se acercan a grandes pasos. En puntillas caminan los atribulados moradores de la modesta casa adonde se ha trasladado la familia Heredia, en la calle de Jesús María. El enfermo ha entrado hace algunos días en agonía con la muerte. Es desesperante ver la angustia que ha hecho presa de doña Mercedes y los suyos. Los médicos que acudieron solícitos al lecho del ilustre enfermo, dando por perdido el caso, han recomendado la administración de los últimos sacramentos de la fe. El doctor Angel María Iglesias, cura de la Profesa, viene con el viático. El grave esquilón ha anunciado a los vecinos que la muerte ronda en el hogar de los amables forasteros, y las señoras han echado sobre la cabeza el tupido rebozo para acompañar la Majestad sacramentada. En el cuarto hay temblor de candelas y fragancias de azucenas de Xochimilco. Por las puertas entreabiertas sale un rumor de rezos y sollozos. Así esté tan cercano a su fin, don José Francisco se muestra entero y con fuerza para seguir el largo ritual de los agonizantes ,y cuando oye la palabra *inimici* de labios del sacerdote, mira hacia el pasado de su vida, y desde Morillo hasta los zambos insolentes que en Valencia ofrecieron cortarle la cabeza, todos aquellos que le ofendieron con el des-

precio y la calumnia, aparecen en su memoria iluminada apenas como tristes víctimas del error que siembran las pasiones. El amor, que ha sido viva llama de su espíritu, ha fundido los ásperos hierros que le opusieron los contrarios. En la inminencia de ver abiertas las velas de la nave que lo conducirá a playas lejanas, apenas le inquieta la suerte de la amada y de los hijos que deja en abandono. De sí mismo se siente, como siempre, satisfecho. En su clámide de juez y de amigo de los hombres no advierte mancha alguna que la haga menos blanca que las alas de los ángeles bajados a recoger el beso depositado en su frente de niño por las hadas que le trajeron los atributos de la ecuanimidad y la pureza. El, como el rey Jocías, *fecit quod placitum erat coram Deo*. Nada tiene que perdonar, nada tiene que temer. Entre las suyas, vigorosas como las de Alcides para estrangular las sierpes de los odios, las manos trémulas de doña Mercedes, testigo fiel de sus dolores, y puesta la incierta mirada en el rostro angelical de Ignacia, don José Francisco sonríe, sonríe, sonríe hasta cerrar los ojos para siempre.

De limosna es sepultado el antiguo regente de Caracas en una modesta cripta de la iglesia de la Profesa. Su entierro es, como su vida, sencillo y pobre. Si se hubiera aliado con los agentes de la violencia habría dejado gruesos haberes a la familia. Pero él supo que los hombres públicos entran mejor a la posteridad sin segunda camisa. En el movimiento de la agitada capital virreinal son pocos los que advierten que falta la sonrisa dulce y acogedora del humilde alcalde del crimen del quinto cuartel. La mayoría de quienes admiraron sus prendas de excepción sólo se imponen de su tránsito el miércoles 22 de noviembre siguiente, cuando anda de mano en mano de lectores el número 20 del *Semanario Político y Literario*, y en él, bajo el sencillo nombre de biografía, reproducidos los grandes rasgos de la vida ejemplar del recién muerto. Como remate de oro a la elegante y justiciera reseña, se insertan en ella los versos con que José María honra la memoria del padre inmaculado:

CARÁCTER DE MI PADRE

Ingeter vitae scelerisque purus.

HORACIO

Candorosa virtud meció su cuna.
Fióle Clío su pincel sagrado;
su espada Themis. Contrastó indignado
al sangriento poder y la fortuna.

Siempre fue libre. De su frente pura
el ceño augusto fatigó al tirano,
cuya cobarde y vengativa mano
vertió en su vida cáliz de amargura.

Humanidad fue su ídolo. Piadoso
lo hallaron el opreso, el desvalido:
fue hijo tierno, patriota esclarecido,
buen amigo, buen padre y buen esposo.

Hombres que de ser libres hacéis gloria,
él adoraba en vuestro altar augusto:
el polvo respetad de un hombre justo,
y una lágrima dad a su memoria.

XIII

CODA

El mundo es del hombre justo.

Vargas a Carujo.

En el modesto apartamiento que sirve de sede a la Legación de Colombia, en el número 9 de Egremont Place, trabaja silenciosamente Andrés Bello, en esta invernal y cruda mañana de Londres. El fuego crepita en la vecina y escasa chimenea. Acaba Bello de escribir, hoy 21 de diciembre de 1826, una breve carta al Libertador Simón Bolívar, presidente de la nueva República de Colombia, en cuyos términos entra el territorio de la antigua Capitanía General de Venezuela, teatro de los espantosos acontecimientos de la guerra a muerte. Son amigos Bolívar y

Bello desde niños, mas se mantienen en escasa correspondencia. Hoy, don Andrés le ha abierto el corazón al amigo distante, en cuyas diestras manos está la suerte de los colombianos. "Carezco de los medios necesarios —le escribe— aun para dar una educación a mis hijos; mi constitución, por otra parte, se debilita; me lleno de arrugas y canas; y veo delante de mí, no digo la pobreza, que ni a mí ni a mi familia nos espantaría, pues ya estamos hechos a tolerarla, sino la mendicidad." Es Bello el decano de los secretarios de Legación en Londres y aspira a un justo ascenso. ¿Será esto, acaso, difícil para el antiguo compañero de juventud que guía los destinos de la lejana patria? El confía en que el generoso amigo haga justicia a sus servicios, y ha escrito con fe y afecto la misiva. Separado de América por el ancho Océano y elevado sobre el común de los hombres en razón de su nobleza de carácter, Bello ignora las intrigas que se tejen en la Secretaría de Estado de Bogotá desde el año 21, cuando don Pedro Gual recomendó que se guardase especial reserva en las comunicaciones con "este individuo", por ser sospechosas sus ideas republicanas. Por esa ignorancia confía en la justicia de Colombia hacia el más grande de sus hombres de letras. Está derramando Bello la salvadera sobre la fina caligrafía, cuando un leve golpe indica la presencia de un visitante. Don Andrés deja la ampolla, y con menudos pasos se dirige a abrir la puerta.

El sencillo vestido, donde la perspicacia de un ojo inquisitivo seguramente dé con un remiendo, denuncia la pobreza del sabio, a quien los irregulares y por demás modestos sueldos del empleo no alcanzan para cubrir las inaplazables urgencias de la familia. Y, sin embargo, ¡qué de riquezas encierra por dentro este hombre de modestos hábitos, cuya sola pasión tan fácilmente sacian los ricos tesoros de cultura que guarda el *British Museum!* No ha tenido, como Prometeo, la audacia de ir a robar al cielo los secretos del fuego sagrado; pero en el radio de las posibilidades humanas todo lo ha inquirido al aliento angustioso de iluminar su espíritu y empujado, a la vez, por el irresistible afán de enseñar a los demás. Es caraqueño, nacido frente al antiguo convento de frailes mercedarios, donde empezó a gustar la miel de las letras. Aunque no fue un rebelde y estuvo, por el contrario, al servicio del rey, la Junta Suprema de Caracas lo escogió,

por su talento y luces, para venir a Londres en compañía de Bolívar y Luis López Méndez, en misión cerca de la corte de San Jaime. Si no ha sufrido los reveses que obligaron a López Méndez a tener casi de arriendo un lugar en *King's Bench*, para abonar con arrestos las deudas contraídas en el servicio de la revolución americana, ha sufrido como aquél penurias durante los largos años que lleva de vivir en Londres. Su tiempo lo ha dedicado a trabajar para la República y a nutrir por medio de profundos estudios su inmensa capacidad de saber. Frisa con los cuarenta y cinco años y es ya el tipo del perfecto humanista, cuyo patrimonio científico rebasa los límites donde se detienen sus contemporáneos de habla española. No hay disciplina que no conozca. Filósofo, jurisconsulto, matemático, cosmógrafo, historiador, botánico, gramático, filólogo, poeta, lingüista, paleógrafo, crítico, todo lo abarca con pasmosa precisión. Aunque mantenga amarras que le unen en el juicio a los maestros antiguos, puede decirse que es hermano de los hombres que crearon la Enciclopedia, en lo que ésta dice amplitud de saber y propósito de análisis. No ha hecho suyo el evangelio de Juan Jacobo, por lo contrario, está firme en la fe que predicaron los iletrados evangelistas del primer siglo. Con Rousseau y Diderot coincide en buscar, por distintos razonamientos, la reivindicación del derecho del hombre a ser respetado en sociedad. Sin ser un ideólogo de la revolución, abrazó el partido de la independencia, por lo que ésta conduce a exaltar el valor humano del mundo de América. Las circunstancias lo apartaron felizmente de la grande hoguera que ha sido el continente nativo, durante estos dieciséis años de continuo guerrear, mas su corazón y su mente han estado vigilantes de la suerte de sus hermanos. De volver a Caracas, sentiría, como lo ha escrito Bolívar a su tío Esteban Palacios, el sueño de Epiménides y "como un duende que viene de la otra vida", observaría "que nada es de lo que fue... todo en escombros, todo en memorias". Por eso sabe que al desolado mundo de las antiguas Indias españolas es necesario crearle un nuevo espíritu, y acá está, como mago sobre las alquitaras, conversando con los genios de la vieja cultura europea en pos de sus secretos. Algo de lo que atesora lo ha enviado ya en recados elocuentes que confía a las letras de imprenta. Primero en la *Biblioteca Ameri-*

cana, revista por él fundada en 1823. Ahora, con don Juan García del Río, dirige el *Repertorio Americano*.

Justamente quien está a la puerta es el señor García del Río. Viene jadeante desde el número 13 de Poland Street, donde se edita la revista, para hablar con su ilustre colaborador sobre el material que ha entrado en prensa para la segunda entrega, y trae en la mano papeles y cartas de distintas procedencias. Cruzados los saludos, se sientan en muelles butacas los amigos. Don Anrés apura el fuego del reverbero y prepara sendas tazas de té para cortar el frío. Conversan luego sobre las dificultades que ocasiona el financiamiento de la empresa.

Al rodar de los temas, Bello recuerda un pequeño tomo de versos que ha llegado por el paquete de Nueva York, y sobre el cual tiene ya escritas unas notas para enviar al editor de *Repertorio*. Se trata de la colección de poesías de José María Heredia, editadas por los libreros Beher & Kahl, de Brooklin, el pasado año de 1825. Don Andrés ha leído el libro con el interés que para él tiene todo lo que viene de América, aumentado en este caso por ser la producción primera de un joven poeta que ha recibido aplausos en ambos mundos. Bello tiene un permanente afán de maestro, y cuando escucha las palmas que se rinden a los jóvenes, las recibe con orgullo, como si fuera copartícipe de la golria celebrada.

—Por las fechas de sus composiciones —dice a García del Río— y las noticias que nos da de sí mismo en una de ellas, parece contar ahora veintitrés años, circunstancia que aumenta muchos grados nuestra admiración a las bellezas de ingenio y estilo de que abunda y que debe hacernos mirar con suma indulgencia los leves defectos que de cuando en cuando advertimos en ellas.

Bello hojea el volumen y da con la poesía *Carácter de mi padre*, que José María escribió a la muerte de su progenitor. La lee, y después de alabar el talento y la virtuosa sensibilidad que denuncia, pregunta a García del Río:

—¿Sabe usted quién fue el padre del poeta? Pues nada menos que don José Francisco Heredia, tan conocido en Venezuela. Este ilustre magistrado perteneció a una de las primeras familias de la isla de Santo Domingo, de donde emigró, según entiendo, al tiempo de la cesión de aquella

isla a Francia para establecerse en la isla de Cuba, donde nació nuestro joven poeta. Elevado a la magistratura, sirvió la regencia de la Real Audiencia de Caracas durante el mando de Monteverde y Boves; y en el desempeño de sus obligaciones no sabemos qué resplandeció más, si el honor y la fidelidad al gobierno cuya causa cometió el yerro de servir; o la integridad y firmeza con que hizo oír, aunque sin fruto, la voz de la ley; o su humanidad para los habitantes de Venezuela, tratados por aquellos tiranos y por sus desalmados satélites con una crueldad, rapacidad e insulto inauditos. El regente Heredia hizo constantes esfuerzos por amansar la furia de una soldadesca brutal que hollaba escandalosamente las leyes y pactos, ya por infundir a los americanos las esperanzas, que él sin duda tenía, de que la nueva Constitución española pusiese fin a un estado de cosas tan horroroso. Desairado, vilipendiado y a fuerza de sinsabores y amarguras arrastrado al sepulcro, no logró otra cosa que dar a los americanos una prueba más de lo ilusorio de aquellas esperanzas. A la memoria de Heredia debe todo americano respeto por su conducta en circunstancias sobremanera difíciles.

Ha sonado en este húmedo recinto de la Legación de Colombia en Inglaterra la primera gran voz de América que pide justicia para el recuerdo del juez inmaculado. Ha hablado el maestro inmortal a quien el Continente mirará como la máxima expresión de la cultura, el mismo que dentro de pocos años fijará las líneas del nuevo derecho de gentes que habrá de expresar la conciencia del destino común del mundo español de Indias, que en Heredia se manifestó como ahinco por mantener la unidad en torno al trono borbónico. Nada valen las calumnias lanzadas por Monteverde y por Morillo cuando, en el empeño de destruir la ley y la sensibilidad jurídica de esos países, tomaron por blanco de sus odios la límpida figura del ilustre regente de Caracas. Como para diferir las competencias entre teólogos y canonistas callan las partes cuando escuchan la terrible frase *Roma locuta est*, así los contendores de la persona del regente habrán ya de sosegar sus diferencias. Todo ha concluido. No hay razones para diferir. ¡Por boca de Bello han hablado los hombres sabios y virtuosos que debieran tener en sus manos la suerte de los pueblos!

EL CABALLO DE LEDESMA

¡Oh tú, sabio encantador!, quien quiera que seas, a quien ha de tocar el ser cronista desta peregrina historia, ruégote que no te olvides de mi buen "Rocinante", compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.

(DON QUIJOTE, a su primera salida.)

PROLOGO DE LA TERCERA EDICION

TERCERA *vez salen estas páginas en forma de libro, para coresponder al generoso interés que algunos espíritus jóvenes han mostrado por el cuerpo de ideas que en ellas se exponen sin ningún propósito personal de ejemplaridad. Alguien, con intento malicioso, llegó a calificarlas de autobiografía negativa, y cierto que no anduvo descaminado en la apreciación. En ellas, con sinceridad que las disculpa, hemos procurado pintar el drama vivido por muchos hombres de nuestra generación y la angustia de quien, de sus propios errores y de su notoria insuficiencia, quiere sacar enseñanzas provechosas para los demás.*

Fue invocado el mito de Alonso Andrea de Ledesma en días nublados para la patria, cuando la amenaza de un ataque alemán a nuestras costas llevó a temblores de agonía aun a espíritus juveniles. Se nos pidieron entonces palabras de prudencia ante el problema de la guerra y creímos del caso, por el contrario, desenterrar un símbolo audaz que tonificara los ánimos titubeantes. Finada la guerra en su primera etapa devastadora, pues su vigencia perdura como amenaza de todos los días, quedaron a salvo e intactos diversos conceptos que pueden enseñarnos en la disyuntiva presente del mundo, y con ellos un llamado a la revisión de nuestros propios valores sociales. La polémica provocada por este aspecto de nuestras escrituras justifica que, con las nuestras, hayamos publicado páginas donde otros escritores exhibieron su angustia por los mismos problemas, así algunos miren su inserción como mera prueba de la vanidad a que tan proclives somos las gentes de letras. Un nuevo capítulo, bajo el nombre de "Pequeño tratado de la presunción", ha sido añadido a la presente edición. En él hemos intentado ampliar el tema desarrollado al hablar de la deuda de las generaciones. Presuntuosamente, con galas de erudición que no poseemos, hemos querido justamente desnudar la tragedia de nuestra presunción colectiva. A nadie intentamos engañar. De lo contrario, bien desengañados de la deficien-

cia que apuntala nuestra cultura personal, hemos querido indicar el sitio del mal, con la misma buena fe y voluntad de servir con que el paciente tomado de infición epidémica indica a los otros el sitio donde pulula el germen pernicioso. Como el baldado por accidente de tránsito que advierte al novel caminante las quiebras de la vía que forzosamente ha de hacer para ganar la deseada meta. También se sirve con la experiencia de los errores.

M. B.-I.

Caracas, 24 de enero de 1948.

PROLOGUILLO TONTO PARA LA SEGUNDA EDICION

Parientes e invitados habían acudido al viejo castillo para celebrar la llegada del señor, por tantos años ausente, y nadie como el viejo criado sentíase tan feliz y tan dueño de la fiesta. La guerra había sido larga, y al final de ella los enemigos lo habían reducido a duro cautiverio, de donde tornaba, si lleno de vigor espiritual, con las notorias huellas del tiempo indomable. Felices estaban los hijos y los nietos, felices estaban las nueras y sobrinos, felices los innumerables amigos. Pero al viejo criado nadie ganaba en la expresión del alborozo. Tal como si él fuera el eje de aquella espléndida expansión de regocijo. El viajero refería sus hazañas heroicas en la guerra, y sus días dolorosos en la cautividad. Y su palabra, mesurada y justa, contrastaba con el inquieto parlotear y el júbilo infantil del añoso criado. Tal fue la alegría y la importancia que cobró en la fiesta el humilde servidor, que hubo invitados curiosos que le rodeaban para participar aquella franca y sencilla complacencia.

—¡Ah, sí! Yo estaba en la torre del castillo. No se le estaba esperando. ¡Señor, si todos lo dábamos por muerto! Cuando veo venir un extraño jinete en lenta mula. Le eché los ojos encima y... ¡Dios lo que vi! Si era él. Si era don Mauro. Después de tantos años. Después de haberlo rezado por difunto. Y me di a gritar. Y también lloré. Y salí al camino a recibirlo. Y le ayudé a apearse y a quitarse las espuelas. ¡Qué grande es el Señor!

El viejo criado había dado la voz del retorno del señor, y ahí lo tenían ustedes, con su alegre simpleza, celebrando aquel regreso como si él mismo hubiera librado la batalla del rescate o resucitado al muerto.

El papel del criado optimista me calza bien en el reencuentro de Ledesma. Me tocó verlo venir y anuncié a quienes no aguardaban su regreso que estaba el señor a las puertas del castillo. Ninguna otra vela me toca en este caso afortunado.

Ledesma ha regresado en una hora de alegría y de es-

peranza de la Patria. Y también en una hora de inquietud y de zozobra ante el peligro que representaron los nuevos piratas de la cultura. Ha llegado como símbolo de nuestro propio deber social, y las modestas escrituras en que di el aviso de su nueva presencia en la República merecieron una acogida que nunca sospechó mi intento primigenio. Ledesma ha sido un feliz motivo para la fecunda polémica con nosotros mismos. Se ha escrito alrededor de este gran símbolo olvidado, y hasta poetas han celebrado su caballo. Hoy, con nuevos temas, salen al público estas hojas, y con lo propio del desmirriado autor van páginas de distinguidos escritores que han sumado sus voces entusiastas al movimiento polémico promovido por el recuerdo iluminado de nuestro héroe más antiguo. Y si alguno juzgare demasiada la vanidad de mi actitud, sirva a disculparla la cándida alegría del criado de mi historia. Y si petulancia vieren mis mismos compañeros en el tono de mis frases, para enseñarme, como buenos médicos, a curar la mía, denme, generosos, el ejemplo de apearse de la suya.

M. B.-I.

Angostura, abril de 1944.

EL CABALLO DE LEDESMA

EL JINETE SOLITARIO

Solo Alonso Andrea de Ledesma, aunque de edad crecida, teniendo a menoscabo de su reputación el volver la espalda al enemigo sin hacer demostración de su valor, aconsejado, más de la temeridad que del esfuerzo, montó a caballo, y con su lanza y adarga salió a encontrar al corsario, que marchando con las banderas tendidas iba avanzando la ciudad, y aunque aficionado el Draque a la bizarría de aquella acción tan honrosa, dio orden expresa a sus soldados para que no lo matasen, sin embargo, ellos, al ver que haciendo piernas al caballo procuraba con repetidos golpes de la lanza acreditar a costa de su vida el aliento que le metió en el empeño, le dispararon algunos arcabuces, de que cayó luego muerto, con lástima y sentimiento aun de los mismos corsarios."

Así, en su procero estilo, describe Oviedo y Baños la muerte solitaria y heroica de aquel Ledesma insigne, que se irguió para ejemplo de defensores de la Patria, cuando en las postrimerías del siglo XVI Amyas Preston, con sus huestes corsarias, entraba en la ciudad para arrasarla sin piedad.

Enjuto, en su añosa contextura que resistió el bravo batallar de la conquista, el indomable hidalgo no miró a la muerte sino a la dignidad de su persona, y volando la pierna, en un último esfuerzo de hombradía, al viejo caballo de que se acompañó en los agrios trajines de las fundaciones, salió, como nuevo cruzado, a enseñar una lección de ámbito perdurable. Ambos a dos habían deambulado por las soleadas llanuras de la Mancha. El era de la poco numerosa, pero sí indestructible, familia de Alonso Quijano. Con las aguas del bautizo había reafirmado el parentesco espiritual con tamaño padrino. El caballo venía de la raza de *Rocinante*, con seguro entronque en el linaje de *Pegaso*. Para tal hombre, tal cabalgadura. El héroe dignifica la bestia hasta hacer con ella la unidad simbólica

del centauro. No se puede pensar en el sacrificio de este iluminado sin que aparezca el recuerdo del sarmentoso corcel, de andar pausero, que apenas puede aguantar el peso de las armas con que iba ataviado el viejo extremeño, a quien no rindieron la copia de años que nevaban su cabeza y su barba caballerosa.

Si Ledesma cimentó larga estirpe en cuyas ramas figura nada menos que el egregio Triunviro Cristóbal Mendoza, su caballo dejó prole que, saltando sobre los ventisqueros de América, supo ganar la ancha punta de nuestras perpetuas armas republicanas. Fue el caballo simbólico de la temeridad homérica, hecho a soportar no a hombres "guapos y audaces", sino a hombres valientes y de carácter; no a hombres con sogas para la cacería de sus semejantes, sino a espíritus dispuestos al permanente sacrificio por la libertad.

Viejo caballo que en la mañana de nuestra vida ha servido para nuestros juegos infantiles: manso y noble con las damas, sumiso como galgo cuando siente la carga leve de una inocente criaturilla. En nuestras casas está, rumiando en silencio el pienso siempre fresco del ideal, sin relinchos que delaten su presencia, pero presto a resistir, en una resurrección milagrosa, el peso de jinetes que hayan lavado el ánimo para la muerte. Sobre su lomo no se asientan caballeros de mohatra. ¡Para éstos están los vientres de los caballos troyanos!

Y el viejo corcel de Ledesma reaparece hoy sobre la faz de nuestra historia con su ímpetu de mantenido frescor. Los nuevos filibusteros —ladrones de espacio y de conciencias— andan entre las aguas de la Patria, amenazando nuestra economía y ultrajando la dignidad de nuestros colores. Como en los viejos tiempos de la piratería colonial, su anuncio ha asustado aun a los *guapos*, y en muchas manos ha corrido ya el frío sudor del rendimiento. La fe ha empezado a flaquear en el ánimo de quienes sólo tienen premura para el hartazgo, y más de un agazapado, más de uno de esos traidores vergonzantes, suerte de Esfialtes de bajo precio en perenne trance de entregar los senderos de la Patria, se han dado a la tarea infamante de esparcir, como salvoconducto para el enemigo, las consignas del miedo pacífico y entreguista.

Bajo los mares, protegidos por la ola pérfida con que doblan el mérito de la traición, andan los nuevos filibusteros. Vienen a destruir nuestra quietud doméstica y a detener el impulso de nuestras fuentes de producción. Realizan, más que una tentativa de invasión bélica, una manera de atemorizar a las masas de convicción quebradiza. Por medio de esta nueva táctica de doblegar antes de la lucha las resistencias morales de los pueblos, pretenden sembrar el pánico y crear una conciencia paralítica, muy capaz de olvidar la propia esencia pseudo-filosófica de las doctrinas que forman el evangelio de los bárbaros. ¡Bárbaros de doble responsabilidad por la cultura que pudiera representar su raza de genios!...

"No tenemos armas suficientes, y nuestras costas desguarnecidas harán fácil la penetración del enemigo. Nuestra actitud ha de ser la quietud indiferente de quien sólo es campo de experimentación de opuestos imperialismos", pregonan los que sirven a los planes del pretenso invasor. Por ahí andan enredados los traidorzuelos que miran sólo a complacer a los alquiladores de conciencias. Es necesario mirar más allá del valor de las cosas. Es necesario discernir entre la explotación de la riqueza material y la asfixia del espíritu. Es necesario pensar en la paz, no como técnica de quietud, sino como sistema de holgura moral. Paz ¿y se niega el derecho a la libertad y el derecho a pedir justicia? ¿Paz bajo los símbolos de Hitler y de Himmler? ¿Y qué paz?...

Para los que flaquean, para quienes dudan del triunfo final de la justicia, para aquellos que parecen anunciados de la muerte de Dios, está la lección de los hombres antiguos. ¡No vendrán los bárbaros! ¡Jamás pisarán el suelo de la Patria, si no es para buscar en ella el sosiego después de la derrota! Mas, si llegaren, ahí está el viejo caballo de Ledesma. Sobre su lomo no es segura la derrota del invasor. Está cansado y apenas puede soportar el peso del temerario jinete. Pero él, pese a la ceguera de que ha sido tomada la pupila vigilante, tiene baquía de los caminos que conducen con éxito a la dignidad de la muerte. ¡Vivir libre o vivir muerto! Porque es vida la muerte cuando se la encuentra en el camino del deber, mientras es muerte la vida cuando, para proseguir sobre la faz semi-histó-

rica de los pueblos esclavizados, se ha renunciado el derecho a la integridad personal.

Con el recuerdo del tardo caballo liberador de nuestro glorioso iluminado, armados como de eficaz medalla que nos libre del peligro del miedo entreguista, dejemos a la eficacia del Gobierno los problemas de nuestra política de fuera y volvamos nuestro rostro y nuestra voluntad a los problemas de lo interior. Miremos hacia la tierra ancha y desolada, de donde nos puede llegar, si lo buscamos, el recado de boca que conjure la amenaza cierta del hambre por venir. Probemos, como los viejos griegos, que hay en realidad una sinonimia moral entre el oficio de agricultor y el arte de la ciudadanía. Junto al aprontamiento de voluntades para engrosar los cuerpos armados que reclame la defensa de la Patria, alistemos un otro ejército, donde tienen sitio hasta los lisiados, para luchar contra la tierra bravía y reseca, clamorosa de riego de humano sudor para vestirse de opulentas cosechas. ¡Y que haya en ella también, junto a los huertos preñados de verdura, verde la hierba para el terco caballo de la final liberación!...

LA PRUDENCIA CULPABLE

Mi buena y generosa amiga: hubiera preferido oír de sus propios labios las palabras escritas, como usted dice, a las volandas, antes de tomar el camino del interior. Pero se las agradezco muy mucho, así me haya dicho, acaso en medio de una de esas inequívocas sonrisas que tanto lucen en sus labios, que hago el idealista y el soñador al proponer el viejo caballo de Ledesma como símbolo de trabajo en este momento de "acción". De "bachiller en nubes" me calificó en cierta oportunidad un mi compañero que se creía autorizado a burlarse de mis espejismos, por la simple y sólida razón de haber él logrado poner su nombre a una fortuna que le amaneció sin trabajo a la puerta de la casa.

Bachiller o doctor en nubes es título que no me desagrada, ni menos el hacer, como usted dice, el idealista en esta hora de inquietud y de zozobra. Sin embargo, el símbolo de

Alonso Andrea de Ledesma es de un profundo realismo y de un alcance por demás moralizador en el plano de los hechos. Ledesma es la imagen del hombre que no teme quedar íngrimo para seguir pensando consigo propio. Del hombre que no vuelve a mirar a su lado en busca de vecinos en quienes afincar la fe de sus conceptos. Es un símbolo muy de cultivarse entre nosotros, donde el mostrenco individualismo sólo ha tenido una función disolvente de dividir y de destruir, mientras las conciencias, acuciadas del lucro y en un afán de llegar al momento de las albricias, se suman en forma de rebaño y sin acuerdo cooperativo tras las consignas que aparecen más cercanas a los gruesos réditos.

La actitud de quien no teme la soledad, o la busca llegado el caso, no desdice, de otra parte, el sentido de cooperación que se requiere para toda obra social. Se sirve al bien común aun por medio de actitudes que en un momento de desgravitación de la conciencia colectiva pudieran tomarse como contrarias al bienestar de la comunidad. Recuerde usted, mi buena amiga, el drama desesperante de que Ibsen se valió para contradecir los ataques que una sorda moral de algodones hizo a *Casa de muñecas* y *Los espectros*. El sufrido médico a quien se califica de "enemigo del pueblo" por declarar el veneno de las aguas, es símbolo de la valía de un hombre que no busca opiniones aledañas para afianzar su línea concencial, así esa posición solitaria lo convierta en blanco de la baldía asechanza.

No tema usted por mí ni por mi nombre cuando oiga que me llaman idealista y constructor de torres de humo. No imagina cuánto las amo y cómo me defiendo en ellas del peligro de las drogas que los buenos facultativos del sentido práctico propinan para la cura cabal de tamaña dolencia. Es enfermedad de las que tienen su razón y su contra en sí mismas. Es mal tan de desearse como las bacterias que, enfermando los jugos de la vid, los adoban para el mosto que en las viejas cubas se tornará en capitosos néctares.

No intento hacerme ante usted una apología que justifique mi manera de pensar, pero de esas historias, a las cuales su indulgencia quiere que me prevenga, tengo más de un cuento. Sí, mi buena amiga. Más de mil y una vez he oído que se me moteja de excesivo idealismo y de una

lerda afición a decir verdades que otros, teniéndolas por bien sabidas, las silencian en obsequio a la prudencia. Al buen callar llaman Sancho. Sí, bien lo sé, pero siempre he creído en la eficacia de la palabra evangélica que aconseja no poner la candela debajo del celemín. ¿Y una verdad callada no se le hace igual a una luz escondida? La verdad es para decirla a los cuatro vientos, así vaya a estrujar malos planes de quienes, sin escrúpulos, madrugaron al éxito de las cosas transitorias. Con usted misma cuántas veces he hablado de la necesidad en que estamos de poner fin a la larga conspiración de prudencia que desde todos los confines amenaza nuestro progreso social. Mire usted cómo buscamos de engañarnos mutuamente con palabras dichas entre dientes en la recatada penumbra de los rincones. Y las medias palabras sólo sirven para expresar pensamientos sin forma ni sentido, pensamientos falsos, máscaras de verdades que quedan en el fondo del espíritu avinagrando los ánimos sociales. ¡Qué hubiera sido de nuestra Patria con un Bolívar prudente, con un Salias dedicado a disimular las palabras! ¡Si hubo independencia y libertad fue por obra de hombres a quienes, desde los ángulos del cálculo y de la parsimonia, se tuvo por cabezas huecas y lenguas sin gobierno!

Piense usted en nuestro chiste cuotidiano, aparente expresión de anchura y buen humor, y verá que es apenas la burbuja reventona de los vinagres ocultos y malignos. Somos, por lo contrario, un pueblo triste que no sabe reír. Un pueblo intoxicado por el disimulo y la negación. Tememos la verdad con un horror semejante al de los niños ingleses que vieron cómo los primeros aviones alemanes destruían sus hogares limpios e inocentes.

Quizá ese hábito del disimulo y esa terca tendencia a miserear la verdad sean la causa más fácil del temor a pensar por sí solos que asusta a muchos; es decir, del temor a asumir una posición que no tenga en un momento dado el respaldo de quienes reparten las bulas del éxito. Por donde yo invoco el símbolo eterno de Alonso Andrea de Ledesma como expresión de una actitud heroica que es necesario asumir en esta hora de crisis de las conciencias. La fe hasta la desesperación pánica. La fe hasta la soledad absoluta. La fe en la fuerza que aún vive bajo tierra sin

apuntar siquiera en la hierba promisoria. La fe que destruya, para el acto salvador, todo el sombrío cortejo de dudas a que nos han acostumbrado nuestros hábitos sociales de vivir a la defensiva, con la conciencia encuevada, puesta en alto una sospecha a modo de antena que recoja y filtre las vibraciones del mundo exterior.

Necesitamos una cruzada contra el silencio. Se ha alabado, y con justicia, la virtud profunda de la meditación. El tesoro de los sabios que callan. Hombres silenciosos fueron Ruysbroco, San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, Novalis y Emerson. A las moradas interiores no se llega, es cierto, sino a través de senderos alfombrados de palabras sin abrirse. Sí, mi grata amiga. Pero se trata en este caso de un silencio activo, lleno de imágenes que no hacen ruido, de un silencio alargado por la gravidez que le transmiten las ideas forcejeantes en las palabras intactas. Silencio de silencios, oro que vale sobre la plata de las frases sonoras. "Mar incoloro del silencio", lo llama Maeterlinck, sobre cuyas ondas flotan, a manera de témpanos, las palabras cargadas de consignas eternas. El nuestro, en cambio, es un callar calculado más que un silencio confundible con la actitud esperanzada de quienes meditan para mejor obrar. Es un silencio de disimulo, un silencio cómplice de la peor de las indiferencias. No se puede callar por prudencia ni en momentos de desarmonía social, cuando la palabra adquiere virtud de temeridad. Menos cuando existe el deber de hablar, cuando el orden político no tiene para la expresión del pensamiento la amenaza de las catástrofes aniquiladoras; entonces es delito todo empeño de achicar las palabras y malévolo todo propósito de destruirles su sustancia expresiva. No tendrán república los ciudadanos que ejercitan las palabras fingidas. Ella quiere voces redondas. Ella pide un hablar cortado y diestro, que huya el disimulo propio de las épocas sombrías, cuando la voz de los amos acalla las voces de las personas que los sufren.

Ese impulso solitario a la verdad y al cumplimiento del deber yo lo he visto expresado en el mito de Andrea de Ledesma. Bien conozco las razones que usted encuentra para que él sea desfigurado y a mí se me tome por admirador de fatuos. Se pensará que hago mal en presentar como ejemplo en esta hora crucial de nuestro destino

cívico la memoria del anciano sin miedo que salió en las postrimerías del siglo XVI, sólo con su lanza y sobre el ruinoso caballo de las olvidadas conquistas, a batir al invasor que se acercaba a la solitaria capital; mejor haría en pedir que se imitara el talento de aquellos que, no desdeñándose de lucrar con el hambre del pueblo y con el frío de los niños sin abrigo y con la angustia de las viudas miserables, amasan fortunas que les permitirán holgar en medio del hambre y la escasez que amenaza a nuestra Patria. Así lo piensan acaso muchos que, por irreflexiva indiferencia, se hacen cómplices de los especuladores y traficantes. Pero usted no piensa de igual modo. Usted sabe que a la hora del sacrificio hay necesidad de romper muchas cosas. Y nosotros debemos desbaratar, para una vendimia de verdad, las empalizadas de silencio construidas con intención permanente por quienes se empeñan en revivir la carátula de la comedia antigua.

Y mire usted: vienen ellos de atrás y en triunfo con los colores de su farsa. Estuvieron presentes al alba de la República. Y el mismo Bolívar, llevado de su magnífica generosidad y de su gratitud sin distingos, los alabó y los absolvió en la persona ondulante del marqués de Casa León. Desde entonces persiguen las penumbras y las puertas entornadas. Y nada menos que José Domingo Díaz fue quien los vio el 5 de julio de 1811, "ocultos en sus casas, osando apenas mirar desde sus ventanas entreabiertas, a los pelotones de hombres de la revolución, que corrían a las plazas" para escuchar la palabra encendida de los animadores de la República, a cuya cabeza se hallaba, estrenando la maravilla de su verbo, el futuro libertador de América. Doctores del disimulo, con un pie en todas las causas, prestos siempre a pactar con quienes garanticen mayores oportunidades a sus ansias de permanencia en el disfrute de los réditos, antes se han hecho sordos a todo patriotismo que pensar en la verdad y la justicia. Vestidos de mil maneras de arreos, han jugado a todos los personalismos con la muelle voluptuosidad de permanencia con que los viejos gatos de la casa miran ausentarse en cada turno a los dueños transitorios entre cuyas piernas se enarcaron adulones. No van a la verdad, que condenan como irrespetuosa al orden social, por cuanto saben que su contacto tendría la virtud

diabólica de repetir la historia del Cojuelo: se levantarían muchas cosas y se verían otras más.

En cambio, nuestra misión presente, nuestra obra de balance moral con el Destino, es promover un viraje en ese tipo de navegación. Que hasta el último pasajero ayude a templar las jarcias para mejor resistir el empuje de los aires en la plena mar y, con rumbo valiente, no temer el momento de navegar a orza, con el rostro fatigado por la aspereza de los vientos contrarios, que curten, con la piel, el ánimo de los navegantes.

Y sin querer he hecho una epístola que pareciera dirigida a convencer a usted de una actitud diversa, cuando bien sé que sus palabras revelan apenas una femenina prudencia y miran, sobre la realidad de las razones, a complacer sentimientos muy justos. Sé que usted participa conmigo el mismo pensamiento, así se deje llevar de la ligera opinión de otros amigos. En el presente caso no debió faltar quien comentara con usted lo impropio de invocar el recuerdo del viejo Ledesma en momentos de angustia nacional. Lirismos, manía de hacer historias, despropósitos de iluso, son palabras que han debido sonar en sus oídos antes de escribirme. Son tantos los que menosprecian las torres de humo, porque nada valen ante los sótanos dorados, sin advertir que sólo por medio de una profunda saturación de idealidad podrá llegarse a una afectiva transformación de nuestro pesado ambiente social. Nada de paradoja. A nuestra realidad la hace intrasformable el mezquino practicismo de una densa mayoría que huye esas torres de humo. La sal que anime los ánimos para estas jornadas de energía es sal de idealismo. Porque nos falta fe, alegría, esperanza, desinterés, espíritu de verdad y de sacrificio social. Todas virtudes. Cualidades que no se adquieren por medio de cálculos aritméticos. Situaciones que se avienen más con el idealista que con el hombre práctico y calculador, incapaz de renunciar a nada. Tenemos oro, mas carecemos de virtudes públicas. Con dinero los hombres podrán hacer un camino, pero no una aurora. Y estamos urgidos de amaneceres. Necesitamos un alba nueva. Un alba que alumbre la fatiga de quienes han llorado a lo largo de la noche sin piedad. ¡Y cómo holgará usted con esos anchos amaneceres llaneros! Imaginará que ya apunta el nuevo

día que todos esperamos. Goce usted, pues, con toda su exquisita sensibilidad, esa grata temporada de vacaciones. No sabe cuánto anhelo la dicha de poder extasiarme ante horizontes que se pierden y se juntan con el cielo, mientras

> en el aire, en la luz, en cuanto vive
> amor su aliento exhala.

Pido para usted todo género de complacencias, y mándeme para servirla con el rendimiento que merece la altitud de su espíritu.

LA DEUDA DE LAS GENERACIONES

Mi querido José Nucete-Sardi: Cree que muy de veras he holgado con la glosa entusiasta que hiciste a mi carta acerca del símbolo eterno de Alonso Andrea de Ledesma. No extrañé tu premura en salir a la jineta tras los pasos del anciano cansado que supo, pese a sus grandes años, erigirse por modelo de caballería para quienes confían en la utilidad de los sacrificios sin vecino provecho. Cervantes, de haber logrado el "salvoconducto" que creyó halladizo en nuestra América bárbara del siglo XVI, hubiera podido escuchar de labios de este Alonso nuestro aventuras y ocurrencias del Manchego que no las conociera el propio maese Nicolás. Porque nuestro Quijote, como el otro, arranca de la misma cepa, es sarmiento de la misma vid fecunda que trae las raíces bien henchidas de la vieja espiritualidad castellana y que toma reciedumbre en la clarísima prosapia de quienes desde los tiempos antiguos han preferido la muerte a una vida de ignominia. En nuestra montaña virgen, cuántas veces hemos tropezado con ese milagro biológico de orquídeas adheridas a la dura roca y que, a pesar de ser sólo alimentadas del húmedo aire selvático, revientan en flores de sin par hermosura. Aire sólo piden, como tales plantas, estos hombres enjutos y audaces; aire, y aire puro, que ventile la conciencia y traiga hasta ella el aliento heroico de la libertad. Viven del aire, como vivió San Pedro de Alcántara, hasta no parecer de puro flacos, según la plástica expresión teresiana, "sino hechos

de raíces de árboles". Poco necesitan para el cuerpo: el espíritu les crece, en cambio, con el alimento que baja de arriba, de las nubes, donde el vulgo los mira en permanente trance de ilusos. No trabajan para engordar, según el siglo, sino para lucrar señorío sobre sí mismos. ¡Y ya tienen dominado el mundo! Figuras simbólicas, mitos magníficos que los pueblos necesitan mirar con frecuencia para volver a la reflexión de lo heroico.

En pocos momentos de nuestra vida, mi querido Nucete-Sardi, hemos estado, como en esta hora angustiada de nuestro presente, tan ungidos de los ejemplos tónicos. Sólo un acto de desvergonzada sinceridad puede mejorar las rutas de nuestro destino social. Necesitamos clamorosamente volar la pierna al viejo caballo de Ledesma y ganar los caminos de la verdad. Los hombres han hecho a caballo nuestra historia, como si el binomio hombre + animal fuera mejor para guiar las conciencias que el mero filósofo caminante a ras de tierra. Pero muchos se han encaramado sobre las bestias sólo para dominar con mayor facilidad a los hombres de a pie y no para llegar más presto al momento de la creación. Nuestro héroe pensó de otro modo: su caballo concreta un ideal solitario y fecundo. Su caballo representa, junto al símbolo municipal de la defensa del pueblo, el símbolo ancho y perenne del hombre que se sacrifica por el honor, por la justicia y por la verdad; el símbolo sin patria, porque vive en la permanencia de todas las patrias, de aquella intención que, lejos de afincar su poder en la unanimidad de los aplausos y en la plenitud de los réditos de ahora, se reserva para vendimiar frutos seruendos, mas de eficacia perdurable, en los tiempos que vendrán.

Andrea de Ledesma, al no huir la muerte, salvó con ella el honor de la ciudad y edificó para el futuro un ejemplo de altiva vigilancia. Los otros huyeron. Eran los prudentes. Los hombres de la palabra calculada y de los gestos discretos. Los hombres que supieron en sus seguras casas rurales la nueva del saqueo y del incendio del poblado. Por largas generaciones estos hombres asustados han venido diciendo su palabra inoperante al anunciarse para la Patria el peligro de la tormenta. Han sido descendientes espirituales de estos tímidos y prevenidos pobladores, quie-

nes en todo momento han puesto su guijarro decisivo en la votación para resolver la suerte de la Patria. Y sus palabras, pesadas como piedras de molino, han hecho intransitables los caminos que conducen a la hora de los amaneceres.

A nosotros nos corresponde remover piedras y estorbos, y contra los vocablos megalíticos hemos de lanzar agudas y cortantes voces que los horaden y destruyan. Nuestra generación tiene una deuda que saldar con el futuro. Detrás de nosotros vienen jóvenes que esperan nuestra voz curtida de experiencia. Sí, debemos decirles a los cuatro vientos y desde todas las cimas: "¡Sed mejores que nosotros, y si aspiráis sinceramente a servir a la Patria, no os conforméis con imitar nuestra insuficiencia!" Porque nuestra tragedia reside en haber llegado sin llegar. En ocupar sitios que reclamaban mayor aportación de cultura y de responsabilidad. Hemos aprovechado, unos más que otros y sin dolo de nuestra parte, las rutas hacederas en un país sin jerarquías y sin sentido responsable. Somos, debemos gritarlo para que lo aprovechen los jóvenes que nos siguen, figuras postizas que fácilmente se deshacen a los fuertes rayos de la crítica. Es la tragedia de una, de dos, de tres generaciones sin gravedad. Es la farsa de un pueblo a quien se enseñó a calcular como de curso las monedas de chocolate. Nuestro deber con el futuro, nuestra obligación con los hombres que han de sustituirnos en los planos representativos de mañana, es enseñarles nuestros defectos, es mostrarles nuestra pobreza, nuestra falla, nuestro propio dolor torturante. Así ellos podrán mejorar y superarnos. Así aprenderán, por nuestra experiencia sin remedio, a llenar los vacíos que nosotros no pudimos salvar.

Nuestra generación debe saldar esa deuda que viene de atrás. Debe liquidar la herencia que recibimos sin beneficio de inventario. Acaso así gocemos mañana la satisfacción de sentirnos sin compromisos. Podríamos hasta conquistar una nueva alegría. Dejaríamos de ser hombres en continuo trance de asechanza. Porque ese es y ha sido nuestro mejor ejercicio social: cuidarnos de los otros para no dejar al descubierto nuestra flaqueza, y, claro, embestirles de primeros. Nuestra táctica social, por esta desviación de actitudes, no ha consistido en buscar, para hacerlas

útiles, las virtudes de los otros; por el contrario, hemos indagado los defectos de los demás a fin de ver la mejor manera de aprovecharlos en beneficio propio. Toda una técnica de política florentina, a que nos ha conducido nuestra pobreza de formación y nuestra carencia de sentido colectivo de responsabilidad.

Sobre el caballo de Ledesma, o a la zaga de él y a la jineta, bien dobladas las rodillas, sobre rocín de dura barba, podemos gritar nuestra verdad, podemos vocear la verdad de una, de dos, de tres generaciones de formación exigua, a quien tocó el angustioso destino de no haber tenido mejores guías. Es el momento de echar por la borda este lastre que dificulta la marcha de nuestra nave. Ante la imposibilidad de reconstruir el pasado y de enmendar en forma definitiva las deficiencias presentes, digamos a quienes esperan de nosotros palabras responsables la verdad de nuestra tragedia. Así sabrán que nuestra cojez no los habilita para imitarla, menos aún para intentar superarla con la absoluta baldadura. Debemos enseñar a las nuevas generaciones, no el inventario de nuestros pocos aciertos, sino las caídas que han hecho imperfecta nuestra obra personal y, consiguientemente, han impedido que ésta aflore con acento redondo en el campo colectivo. Enseñémosles que el sentido social de la Patria no pide la labor aislada de escultores que cincelen figuras por su cuenta para superar al artista del taller vecino, sino una obra metódica y común, animada de un mismo espíritu creador, que tanto lucra con el genio de los unos cuanto con la experiencia que da el fracaso de los otros.

Esa risa sin alegría, esa carcajada continua con que buscamos olvidar nuestra amargura y nuestro recelo, hemos de sustituirla por un acto de meditación serena y profunda acerca de nuestros compromisos con los hombres que nos siguen. Necesitamos, y tú lo has dicho con precisión, botar los envoltorios de los *temores usureros* para lograr construir puentes que absuelvan los abismos donde fracasan, por falta de amalgama, los obreros de un futuro mejor. Y esos puentes han de tener sus bases bien hundidas en la verdad. Necesitamos proclamar ésta sin temor alguno, y, como de lo contrario, hay un afán de verdad, debemos, como tarea inicial, echar a rodar la nuestra. La verdad de nues-

tra tragedia formativa. El dolor de nuestra propia insuficiencia. Lo inconsistente de nuestra capacidad ductora en los planos de la cultura. Es tiempo de no seguir diciendo a quienes creen en la eficacia de nuestra palabra: "¡Oíd con atención, seguid mi ejemplo y tendréis hecho vuestro deber!" La lección, si queremos educar a las generaciones que habrán de seguirnos y evitar en ellas la permanencia de los pseudo-mentores, debe ser muy otra. Necesitamos decirles: "Nos juntaremos aquí para estudiar: vosotros traéis la voluntad de aprender, yo os enseñaré el dolor de mi camino y os daré la experiencia de mi angustia, a fin de que os sirva en vuestra obra personal de abriros mejores sendas. Con saber lo que me falta tendréis buen guión para el trabajo vuestro." Así serviremos a la Patria. Así contribuiremos a saldar la deuda de las generaciones. Así habrá en lo por venir hombres más densos y con antenas más finas. Así sabrán mañana quienes se forman en nuestras universidades que con las togas y las ínfulas no reciben patente de corso para el ejercicio de la mentira, sino insignias llamadas a señalar a los portadores del buen consejo. Bien lo dices tú: "No es cultura la mentira." Y que se sepa bien que no es cultura sólo el emborronar papeles y mascujar mal aprendidos discursos: cultura es un proceso de búsqueda y superación del hombre, que comienza en el embolador que lustra los zapatos y va hasta el obispo que absuelve los pecados.

Y que siga, mi querido Nucete-Sardi, nuestro grato dialogar tras la ruta de Ledesma. El va delante, sobre caballo de baquía en estas agrias sendas. Aun sobre tardos jamelgos podemos darnos a la obra de tomar las huellas que marca su herradura. Que Dios te mantenga en tu fe y en tu esperanza. Ya hablaremos en otra ocasión de la caridad. Esta es hoy también virtud en crisis.

LA VIDA DE LOS HEROES

Mi buena y generosa amiga: ¡Magnífico regalo el de su carta! La esperaba de largos días. ¡Cómo me complace saber que usted vuelve a sentirse niña a compás que su espíritu se hunde en la ancha sabana guariqueña! Me explico sus deseos de correr; también los siento yo cuando imaginativamente viajo por esas anchuras desde la reducida sala de mis libros. Porque se viaja dentro de los cuartos. ¡Y mire que se va lejos!

Vuelve usted a decirme que considera inútil el símbolo de Ledesma en una hora que reclama acción e insiste en creer que muchos tomarán mi intento sólo como simple afán de historias. Sin embargo, y a manera de consuelo para mi fracaso en el propósito de servir a la urgente necesidad de la hora nacional, me dice que apenas la literatura me agradecerá la aportación de un símbolo más. ¿Y qué otra cosa quisiera yo, mi buena amiga? No se trataría tampoco de crear un símbolo nuevo, sino de despolvar un símbolo olvidado, un valor nuestro que se quedó a la zaga en un recodo de la leyenda y al cual, si es cierto que volvieron algunos escritores, no se ha dado hasta el presente el precio que reclama en nuestra simbología patriótica.

Ni podría, de otra parte, pretenderse más. No imaginará usted que me anime la idea de ver salir a nuestra pobre y explotada gente, sobre caballos cansados, a luchar contra los mercaderes de todo orden que hacen cada día más difícil nuestra vida. Así merezcan ellos que se les quiebre un cuento de varas en la espalda, no es tal lo que se busca con Ledesma. Nada de materialidad. Esas varas, en todo caso, quien pudiera quebrarlas sería la autoridad encargada del orden social. Se busca sólo alentar una idea de fe, un sentido de noble desprendimiento, una conciencia capaz de vencer el miedo de las actitudes solitarias. Sobre todo, un designio de ir a la verdad. Un sentimiento de deber y responsabilidad ciudadana. Puede decirse que el mito de Ledesma incorporaría a nuestro ideario común gran porción de las virtudes que nos faltan.

Todo lo que vive en el Quijote lo tenemos a mano en

este buen Alonso nuestro. Sin el ámbito del manchego, el de acá tiene el mérito de haber realizado lo que el otro soñó. Mire usted la diferencia que hay entre ir en alas de la fantasía contra molinos de viento y habérselas solo y ya sin fuerza para la lucha, con ingleses que no volvían grupas a los gritos de "¡Santiago y a ellos!" con que el anciano procuraba entonar sus lentos pulsos. ¡Quijote, y de carne y hueso! Antes de aparecer escrita la historia memorable de Quijano el Bueno, nuestro héroe conocía las andanzas por tierras castellanas de aquel su deudo mayor, cuyo nombre y cuyo espíritu trajo a nuestra Patria para fundar larga estirpe de caballeros libres. Medite en nuestro símbolo y verá cómo, con incorporarlo a nuestra literatura patria, tendríamos una fuente de edificación moral y cívica.

Pero crea usted que de su carta, sobre el interés que toda ella merece, en especial el vivo cuadro que me pinta del rodeo a que madrugó con sus buenos huéspedes, nada me ha interesado tanto como la posdata. Cierto que casi siempre se reserva lo mejor para lo último y en materia epistolar se recalca lo de mayor interés después de bien calzada la firma. Quizá de su parte no haya habido segundas intenciones, mas la noticia de su festinado regreso, a fin de tomarse el tiempo requerido para el arreglo de un traje negro con que asistir a los funerales de Bolívar, me trae al cálamo pensamientos que prosiguen nuestras viejas conversaciones sobre el Padre de la Patria.

No haga usted eso de vestir negros ropajes en la hora de la apoteosis de Bolívar. Eso estuvo bien que lo hiciera doña María Antonieta y sus deudos cuando el año 31 asistían a las misas por el alma del pariente difunto. Para nosotros Bolívar no figura en la lista de "los fieles difuntos". Bolívar no es un difunto. Bolívar es el héroe permanente y ubicuo. Relea usted aquel concepto de Romain Rolland en su obra crítica sobre Beethoven, donde se refiere al *Adagio assai* de la Tercera Sinfonía. El héroe ha muerto después de la *Coda* del Primer Movimiento, "pero en realidad —dice el maestro— nunca estuvo más vivo que ahora. Su espíritu ciérnese sobre el féretro que la Humanidad lleva a hombros". Lo mismo sucede con Bolívar. El está vivo, y si muchos lo miran como muerto, debemos luchar tenazmente contra tal idea. Bolívar murió para aquellos que quisieron hacerse sus albaceas. Y ha

sido, durante los largos cien años de nuestra historia republicana, un muerto cuya fama sirvió para dar lustre a todas nuestras deficiencias. Hemos vivido de la gloria de un gran muerto. De un muerto a medio enterrar que, pese a su grandeza, ha despedido un hálito fúnebre en nuestro propio ambiente cívico. Bolívar debe vivir para que no sea un fardo ataráxico sobre la voluntad venezolana. Y ha de vivir en actos nuevos. En gestos de creación. Yo no creo que podamos cerrar con siete llaves, como se pidió para el Cid, el sepulcro de Bolívar. Por lo contrario, creo que no debemos convenir en la segunda muerte de Bolívar. En esa muerte a que ha sido condenado definitivamente por quienes lucran con la evocación de su memoria, a menudo aplicada a cosas que contrarían sus ideales de Libertador. Ni menos aún debemos aceptar que su obra pueda ser sometida a una exégesis calvinista que detenga la parábola de su pensamiento multiforme y dialéctico.

Nuestra Patria ha venido viviendo de la gloria de sus muertos. Hemos sido un país de necrófagos. Nuestros héroes han servido de adormidera cívica para el pueblo engañado. Se les evocó con pinturas de subida ponderación como para embriagar las mentes retardadas. Se ha invertido el propio sentido de la Patria y lejos de ver en ella un panorama de presente y de futuro se ha vuelto la vista hacia atrás para buscarla en un pasado estático. En la escuela se sustituyó la cultura de las virtudes ciudadanas por la permanencia de un rito fúnebre. Y los delitos contra los vivos se expiaron por medio de homenajes a los muertos. Se sembraron estatuas de Bolívar a lo largo de los caminos de la Patria, mientras los hombres llamados a ser libres, unos soportaban el peso de los grillos y otros mantenían sobre los labios las duras consignas del silencio. Y muchos hasta llegaron a creer en la posibilidad de fabricarse un "familiar" con reliquias del Padre de la Patria.

Para animar nuestra via social debemos animar previamente a nuestros héroes. Debemos verlos como símbolos vivos. Como entidades morales que necesitan nuestra energía y nuestra intención de ahora, a fin de que sigan viviendo. Son ellos quienes reclaman nuestro esfuerzo. Porque somos nosotros su complemento actual. Los sufragios que harán descansar a nuestros héroes son las obras nues-

tras en el campo de la dignidad ciudadana. Nuestra gran ofrenda a su memoria es sentirnos colectivamente dignos del sacrificio que los llevó a la muerte.

Debemos ver a Bolívar no como difunto, sino como el héroe que renace para el triunfo permanente y cuya apoteosis ahoga la misma voz de la muerte. Debemos tenerle cerca para escuchar sus admoniciones y enseñanzas y así medir nuestro deber de hoy en el campo de la dignidad humana.

Los grandes muertos forman el patrimonio espiritual de los pueblos. Son el alma misma de la nación. Pero no quiere decir ello que saberlos grandes sea suficiente para vivir sin esfuerzos nuestra hora actual. Quizá sea ésta una de las causas fundamentales de nuestro atraso cívico. Hemos considerado que los méritos logrados por nuestros mayores nos permiten vivir sin buscar acrecerlos. Hemos sido los herederos ociosos de la Historia. Y hemos considerado que nuestra misión principal como pueblo consiste sólo en pregonar a todos los vientos la gloria de nuestros padres, sin pensar que los mayores contornos de esa gloria sirven para hacer más duro el paralelo con nuestra deficiente obra del momento.

Necesitamos a nuestros antepasados en función viva. No en función de difuntos. Necesitamos su ejemplo permanente y no su fama. La fama de Bolívar muerto no es nada ante el ejemplo creador de Bolívar vivo. De Bolívar caminando. De Bolívar trabajando por la dignidad de América. Por ello ni la espada ni el pensamiento de Bolívar es cosa muerta. Bolívar ni siquiera duerme cuando se trata de la vigencia de su obra. Mas la vigilia de Bolívar reclama, no nuestro deleite de suficiencia ante su gloria, sino la continuidad de nuestro esfuerzo por la Patria. Sirvamos a Bolívar vivo. Al Bolívar eterno, al Bolívar que supo insuflar en nuestra América el espíritu de la libertad y de la dignidad social. Así no sufrirá el dolor de hallar cercados los caminos que él abrió. Porque no debemos olvidarlo: volvieron las cenizas del héroe, mas quedó vigente por muchos años el decreto que lo había expulsado de nuestra Patria. Ausente ha estado su espíritu y sobre los hombros de nuestro pueblo ha gravitado sólo un féretro vacío. Una sombra apenas que ha servido de ropaje para cubrir nuestra deficiencia cívica.

Vista usted de verde, mi buena amiga, para la apoteosis de Bolívar. Tome usted el color de la primavera. El color de la alegría que respiran los vencedores de la muerte. Crea usted que en Santa Marta no murió el Padre de la Patria. Moriría Simón Bolívar Palacios, el hermano de Juan Vicente y de María Antonia. El otro tuvo su tránsito hacia la gloria de los tiempos, donde no hay muertos, donde viven los héroes. Y de verde debe vestir también nuestra Patria, llena del espíritu helénico de la libertad, que hace posible el retorno de los héroes antiguos.

Al regresar usted tendré ya listos los apuntes sobre historia colonial que me demanda para satisfacer la curiosidad de su amiga anticuaria. Mas adelante usted a ella que no crea a pie juntillas en la fraseología de esos señores. El barroco es cosa muy seria. Para entenderlo se requiere algo más que retablos y pilares. Hay que sentirlo a través de las propias instituciones sociales de la Colonia y de los residuos de cultura viva que obran en nosotros, sin que eso empezca para que se pondere el mérito de quienes procuran defender los restos artísticos que lograron salvarse de los negociantes sin conciencia nacional.

Llegue usted en breve y me dará, junto con el placer de saludarla, el muy singular de escuchar de sus labios el relato de esa vida salvaje y tónica que se abulta en su carta, tan bien escrita y tan exquisitamente sentida. Y crea que pido al Señor quiera mantenerla en su guarda y darme a mí salud para estar siempre presto a bien servirla.

LA CRISIS DE LA CARIDAD

Querido José Nucete-Sardi: En nuestra última charla acerca del significado educativo del mito de Alonso Andrea de Ledesma llegamos hasta enunciar el estado de crisis en que se encuentra hoy día la misma caridad. Fue éste el tema que esperamos tratara exhaustivamente en su primera conferencia José Antonio Aguirre, cuando su reciente estada en nuestra capital. Todo el dolor y toda la sinrazón de la guerra la hace arrancar el ilustre presidente vasco de la falta de caridad entre los hombres. Falta de ca-

ridad. Es decir, falta de amor. Falta de amistad, que es la expresión, en función social, del afecto humano.

Hay en realidad una crisis alarmante de caridad. Negarlo sería tanto como negar la luz solar. Pero la vemos y reímos de ella. Nuestra misma carencia de conceptos generales hace que muchos tengan de la caridad una imagen usurera de monedas que caen sobre manos suplicantes. Conocí un caballero —¡cuántos de sus iguales habrás conocido tú!— que, aun dándose el lujo de poseer un cementerio privado para aquellas personas a quienes solía precipitar la despedida de este pícaro mundo, era calificado comúnmente como hombre de "gran caridad", en gracia a la costumbre de distribuir, con su mucha ostentación interesada, exiguos dineros entre familias pobres del poblado. La caridad no ha pasado de eso: repartir algo de lo que sobra de la mesa opulenta, así en ella se haya sacrificado una fortuna que bien pudiera hacer la dicha de un barrio y así se haya olvidado para amasarla el dolor de los hombres que, con su trabajo, ayudaron a quienes la gozan sin medida. ¡Y que hablen los puentes de Caracas!

Pero no se trata de la crisis de esta caridad dadivosa y fungible, no se trata de lo que duela a los tenedores del dinero ponerlo en manos de los hombres hambrientos y necesitados. Porque tampoco es caridad esa profesión elegante de regalar, en busca de aplausos y de fama, abrigos por Navidad a niños cuyos padres han sufrido trescientos días de abandono e indiferencia de aquellos que están encargados de distribuir los beneficios sociales. Caridad es otra cosa. Caridad es algo más que fundar "sopas" para ganar concepto de gente desprendida y filantrópica. Caridad es algo más que ese salvoconducto que, a costa de cortos dineros, procuran lucir ante la sociedad pacata quienes se sienten responsables por actos tenebrosos. Caridad es nada menos que lo contrario del odio. Caridad es amor. Caridad es Cristo frente a Barrabás. La caridad es Dios mismo en función social. La caridad es ese amor que mueve, según Dante, *il sol e l'altre stelle*. Pozo de alegría permanente. Expresión de la Divinidad que gobierna el universo. Ella barre toda tristeza. El soplo suyo es para tornar risueños los rostros de aquellos "ángeles tristes" con quienes dice haber hablado Swedemborg. ¡Amor de caridad!

Para los que creemos en el espíritu, ella es fuerza que anima y enrumba la marcha de la sociedad. Es la virtud antimarxista por excelencia. Es el solo aglutinante social que puede evitar la crisis definitiva de la civilización. No se puede negar, sin craso yerro, que el único muro capaz de detener los aires embravecidos de la catástrofe social sea la caridad, por la simplísima razón de deberse a su ausencia de los presupuestos sociales la copia de injusticias que engendran y justifican el odio de los desafortunados, donde toman aliento los huracanes que hacen crujir los pilares de la sociedad.

Virtud antimarxista que no ejercitan ni piensan ejercitar los profesionales del antimarxismo. En apariencia, una paradoja. Pero hay que ver cómo una gran mayoría de quienes atacan las fórmulas de Marx son esencialmente marxistas equivocados. Ignoran el espíritu como fuerza de creación social y profesan, en cambio, el odio como elemento constructivo. Profesan el odio, así como lo escribo, porque no otra fuerza puede moverlos a servir el orden permanente de la injusticia. Y la injusticia es violencia contra la caridad. Su odio se distingue del odio que anima las revoluciones en que es mudo, reflexivo, de meditado cálculo, frío como el carcelero que remacha los grilletes; mientras el otro es odio de reacción contra el dolor, odio que grita contra la injusticia, odio de la calle. El uno tiene prudencia y lustre, el otro tiene sudor y angustia. Pero ambos son odio.

Quien ama, en cambio, ve en el hombre a su igual, y como a igual lo trata y como a igual le sirve y le protege. Nuestros profesionales del anticomunismo no ven la esencia, no juzgan el balance moral de las doctrinas: poco les importaría la dialéctica materialista si ésta no desembocara, como expresión económica, en fórmulas contra el sistema capitalista que les favorece. ¡Allá los problemas del espíritu! Defienden sólo lo de fuera. Protegen la estructura que les garantiza el disfrute impune de los goces del mundo. Y, como son de una impudicia sin medida, pretenden atacar, aun con las peores de las armas reservadas para las oscuras asechanzas, a quienes pedimos, desde la más honesta de las posiciones sociales, que el orden económico se acerque a los reclamos de la caridad. Es decir, a los reclamos de un sis-

tema fundado en el amor y en la comprensión de los hombres. No en la caridad de las piltrafas. No en la caridad de repartir lo que sobre. Sistemas falsos que sirven a rebajar la propia dignidad de los hombres que reciben los mendrugos. En caridad de comprensión. Caridad de entregar lo que abunda a quienes lo necesitan. Caridad que escucha aquel consejo sapientísimo de Santo Tomás, según el cual no debemos gozar las cosas exteriores sólo como propias, sino como comunes, y estar siempre dispuestos a comunicarlas con quienes las necesiten (*Summa*, II, ii, 66, i). Caridad de vernos en el espíritu de los demás. Caridad que ilumine los caminos de los hombres. Amor activo que Robert Browning expresó con tanta propiedad en sus versos de *Pascua y Navidad*, al decir que mayor sentido de divinidad existirá en el gusano vil que ama su terrón que en un Dios sin amor entre sus mundos.

Sí, mayor divinidad, mayor sentido de plenitud espiritual existe entre quienes comparten su pan y su palabra insuficientes que entre los sordos caballeros de añejo lustre mas de sobrada prosa que, pudiendo servir a manos llenas, regatean y acaparan la justicia y el consejo. Porque la caridad es sentido de solidaridad y afán de distribuir. Distribuir ora cosas materiales, ora palabras útiles. Porque son monedas las palabras cuando se las ha puesto sentido creador. Cuando marcan rumbos. Cuando no destruyen. Y, sobre todo, caridad es respetar el fuero de la personalidad vecina.

Acabo de tropezar con una maestra de escuela, de profunda religiosidad y de empeño indesviable por la salvación de las almas. Ha hecho un cepillo para reunir entre sus alumnos fondos destinados a proteger las misiones entre infieles. Creo que se trata de sostener un colegio en China. Los niños se desviven por lograr monedas para tan piadosa empresa. Y, sin embargo, he escuchado a esta caritativa redentora de almas lejanas cuando llenaba de improperios, capaces de crear el más irreducible de los complejos, a un alumno retardado a quien se dificultaba la comprensión de un problema de aritmética. Y por ahí anda la caridad en crisis. Se busca el gesto que atraiga la admiración irreflexiva y se olvida el deber cercano. Porque la caridad comienza por cumplir lo menudo, lo casi invisible de la vida cotidiana. Ella, como nexo que une a los individuos, es a la sociedad

lo que las cargas eléctricas a los electrones que integran la estructura infinitesimal de la materia. Sin caridad no hay cohesión. Sin caridad prospera la guerra. Justamente es ella lo que Marx olvidó para animar el comunismo que, al final de la lucha de clases, reprimiría la violencia. Es la *dificultad* cuyo remedio Laski apunta como no señalado por el fundador.

Crisis de la caridad es tanto como crisis del espíritu social. Como crisis de nuestra propia cultura cristiana. A causa de ella se abren ancho cauce los sistemas que propugnan la reforma violenta del mundo como un mero problema económico. Ella, la caridad, ha faltado del orden presente, del mundo materialista, epicúreo y lleno de egoísmo que pretenden defender, con principios sin contenido, los marxistas equivocados. Ellos pudieran enterrarse por sí mismos, y nos tendría sin cuidado; ellos podrían ir al suicidio de su sistema y de su clase, y nos vendría hasta bien; mas lo trágico del caso es que ellos se empeñan en arrastrarnos en su fracaso. Aspiran a que sacrifiquemos el porvenir de la cultura en aras de sus intereses caducos. Quieren que el espíritu preste sus fórmulas para defender sus instintos. Buscan dar apariencia cristiana a un orden sin caridad, que es la negación del cristianismo. Y la crisis llega al punto de lograr que se abran sacristías fáciles, donde consiguen imágenes del Crucificado con que fingir intenciones sobre las puertas de sus tiendas farisaicas. Y Cristo, el Cristo de la Caridad inacabable, sube un nuevo calvario para proteger a estos marxistas equivocados. Y de ahí las alianzas y contraalianzas que hacen aparecer a predicadores de la caridad como cómplices del crimen. De ahí que la misma guerra luzca tintes de cruzada y que el pueblo, confundido, rompa los Crucifijos al desbaratar las tiendas que se ponen bajo su guarda.

Y hay crisis de caridad porque hay crisis de espiritualidad. Todo se valora sobre las mesas de los prestamistas. No tienen curso sino los papeles susceptibles de redescuento. Toda una cultura fundamentada en el hecho económico. Cultura cuyo espaldarazo se recibe en los Bancos y en las Bolsas comerciales. Cultura de éxitos grabados en las letras de cambio. Cultura de diagnosis materialista que se empeña en ser confundida con la cultura cristiana. Cristo no tie-

ne nada que hacer con quienes le niegan en el corazón, así carguen su nombre colgado de los labios.

Ledesma no hubiera quebrado una lanza por la permanencia de estos sistemas utilitarios y egoístas. Vio en el pirata, sobre el amenazador de la riqueza, el hereje que pudiera atentar contra la paz y la plenitud espiritual de la cristiandad colonial. Eran profundas y por demás agrias las disidencias entre el inglés y España. En aquel siglo de aspereza religiosa, se entendía debatir, con la finalidad económica de la piratería, un problema de desfiguración de conciencias. Un problema de fe. Un caso moral de vida o muerte eterna. Para Ledesma, Amyas Preston era un disfraz del Anticristo. Era lo que para todos debiera ser Adolfo Hitler. Pero cata cómo nuestros profesionales del anticomunismo sólo miran el problema con sus antiparras económicas, sin parar mientes en la profunda diferencia de las culturas. Por ello, y esto sirve de causa al disimulo culpable, el orden de caridad que anule las prédicas marxistas ha de destruir previa y fundamentalmente el orden viejo de la sociedad, y supone, según el admirable juicio de Maritain, que "un día la gente haya comenzado a apartarse del presente y, en cierto sentido, a desaparecer de él".

Sólo la caridad puede transformar el mundo y preparar la mañanera aparición de la justicia. Y en el fondo de la mañana, sobre la llanura verde y alongada, la figura de nuestro iluminado luciría como un símbolo de la fecundidad de la justicia y de la libertad. Su caballo es capaz, aunque se nos haya dicho en burla, de conducir a fórmulas idóneas para atar las manos que buscan de amasar fortunas con la escasez que nos angustia. De mí, que se rían. Ya estoy curtido para las burlas. Desde la puerta de mi casa veo, sin embargo, el regreso de los entierros.

Que siempre tengas enjaezado tu jamelgo para poder disponer de él con la premura con que sabían hacerlo aquellos vigilantes caballeros que, a fin de ganar tiempo, solían pararlos, bien arreados, en los mismos aposentos donde dormían con sus mujeres.

EL RETORNO DE BOLIVAR

Alonso Andrea de Ledesma que, caballero en el cansado corcel de la conquista y con la sola ayuda de la lanza enmohecida y de la rodela que su brazo ya no puede sostener, sale en defensa de la ciudad contra el pirata que la asalta, se yergue entre los más antiguos héroes que han regado su sangre por mantener la integridad del suelo nacional; y cuando el concepto de la patria total sustituya la fragmentaria noción que de ella nos presentan las historias populares, en el monumento que perpetúe la memoria de sus fundadores, un nítido bajorrelieve habrá de mantener vivo el recuerdo de este héroe solitario. Tal escribíamos por 1933 al estudiar la formación de las capas sociales de la Colonia. En Ledesma vimos la expresión del esfuerzo afirmativo de la patria nueva que echaban a andar en estas tierras anchas del Nuevo Mundo los aventureros españoles. Patria nueva, cuyo espíritu arrancaba de la Península para crecer independiente. Patria que fundiría, para la formación de la nueva nacionalidad, el alma arisca del aborigen y el alma sufrida del negro, llegado a nuestras playas con el grillete al pie y la protesta en el fondo de la callada conciencia, con el alma histórica del peninsular, altanero y dominador. De ahí nuestra tragedia formativa: un pueblo con cultura propia sumado a tribus sin sedimentación histórica y a masas de hombres arrancados, como bestias salvajes, de su lejano marco geográfico. Mas, luchando contra los prejuicios y guiado de no desmentido sentimiento igualitario, el ibero preparó este caos de América, donde vuelve a correr, unificada para una nueva génesis del mundo, la sangre que fue una en las venas de Adán. La sangre de la Humanidad. La sangre del hombre vencedor de las razas. Porque América es el continente llamado a desvirtuar aquel decir de Goethe, según el cual la Humanidad es un concepto vano y el mundo sólo una reunión de hombres. Porque América es el continente donde se salvará el espíritu.

Y nosotros fuimos la voz de América. Un destino oculto preparó en esta colonia sobre la gestación de los más grandes americanos de los siglos XVIII y XIX; Miranda, Bolívar

y Bello. Circunstancias de defensa hicieron que en Venezuela hubiese una organización militar superior a la existente en las otras porciones del imperio ultramarino de España. Y por eso desde aquí se habló más alto y desde aquí se dirigieron las líneas fundamentales de la revolución. Fuimos la voz de América. Hacia Caracas, como hacia una nueva Jerusalén, volvieron las miradas y los oídos los pueblos del hemisferio colombino. Aquí se gestó el gran choque de los tiempos. El pasado de la colonia frente al porvenir de la república. Aquí se escuchó por vez primera el verbo creador de Bolívar. Mas el valle de Caracas era muy poca cosa para aquella voz de fuego. Y se marchó lejos, a medirla con el Tequendama y con el rugido de los volcanes ecuatorianos y con el silbo de los vientos del altiplano andino.

Bolívar se fue, y la colonia, que había reaparecido desde el año 14 hasta el 21, la colonia que había llorado la muerte de Boves y que en *La Guía* celebró a Morillo y con Moxó levantó empréstitos para ahogar la revolución, reaparece con nuevos vestidos para rodear a Páez. El centauro invencible en la llanura ya tiene quien lo dome. En torno suyo, como círculo de hierro llamado a perpetuarse en nuestra vida política, se reúnen los hombres *honrados* que apenas se habían atrevido a ver desde las puertas entreabiertas la marcha de la revolución. Son los hombres del absolutismo fernandino, con las lenguas curtidas de calificar de locos e impostores a los padres de la patria. Y Caracas, la cuna de la libertad, se torna abiertamente en centro contrarrevolucionario. Desde su ciudad natal se empieza a atacar al héroe, en quien se polariza el odio de los que añoran, con sincero afecto y despechados, las juras de Fernando VII. El año 27 Bolívar torna a su solar nativo. Pero ya está sembrada y frutecida la discordia, y es él quien ha de quebrar los principios para buscar en balde el equilibrio de Colombia. No es comprendido en sus propósitos y afanes, y, cuando regresa a Bogotá, donde ahora se guardan los penates de la revolución, ha de encarar con una manera contraria de enemigos. Se le niega en su propio amor a la libertad. Se le calumnia en sus propósitos de salvar la recia unidad política que fue el más grande de sus sueños de creador. Y mientras allá las furias desencadenadas afilan los puñales parricidas, de acá se le echa como a proscrito de

un gran crimen. Es la tragedia del héroe. Es el momento culminante de su gloria. Muere, y su espíritu queda fuera de la patria. Sus ideales desplacen a los directores de la política. Hombres cómodos y rencorosos que no perdonan los sinsabores que les había ocasionado aquella lucha feroz alimentada por Bolívar y, menos aún, las pérdidas sufridas en sus bienes materiales. Hombres dispuestos a retener el poder a todo evento y a quienes sólo calzan bien las ideas que el Libertador expresó como antídoto de la demagogia, cuando imaginó que ésta pudiera hacer presa de Colombia la grande. La triaca amarga que Bolívar indicaba como medio transitorio para curar el mal de la anarquía se quiso ver como el corazón permanente de su filosofía política. Y el hombre de la libertad fue tomado por tutor de tiranos. ¡Y el nombre de quien libertó pueblos se usó como escudo por aquellos que negaron los derechos del pueblo!

Después de cien largos años de exilio, Bolívar reclama su puesto en nuestra patria. No un puesto en el panteón, como difunto venerable; ni sitio en el museo para sus armas e indumento; ni cuadros entallados para su figura inquietante. Ni discursos vanos con que se procura engañar al pueblo y lucir arreos de patriotismo. Tampoco quiere la heroicidad de las estatuas. Pide su sitio en la vida cotidiana. Pide campo donde crezcan sus ideas. Pide horizonte para sus pensamientos deslimitados. Quiere una conciencia fresca en la gente moza. Aspira a que los hombres nuevos sean capaces, como lo fue él, por sobre todo y sobre todos, de volar la pierna al viejo caballo de Ledesma cuando se anuncie la hora de los peligros. Quiere hombres sin miedo a la verdad. Quiere en las nuevas promociones un sentido de inteligencia social que haga posible la realización de sus ideas de libertad y de dignidad humana.

Cuando Alonso Andrea de Ledesma sacrificó su vida en aras de la patria nueva creó la caballería de la libertad, cuyo máximo representante habría de ser Simón Bolívar. Por eso, en estas horas difíciles de la patria, hemos invocado como símbolo de creación el caballo del viejo extremeño. El caballo que conoce los caminos por donde se va a la misma dignidad de la muerte. Ledesma representa todo el sentido de la patria recién formada. De la patria que empezaba a caminar. De la patria urgida de voluntades que la sirvan

sin pensar en la vecina recompensa. Y representa, sobre todo, al hombre sin miedo. Al hombre que se abre camino sin rendir homenaje a la prudencia. Al hombre que sabe romper las consignas culpables del silencio. Al hombre que no teme la soledad de sí mismo. Al hombre que por sí solo es un tratado de agonística.

Sobre el caballo de Ledesma, por cuyas venas corre sangre de *Pegaso*, de *Lampo*, de *Rocinante* y de *Babieca*, se han ganado las grandes jornadas de los pueblos. No sólo tiene mérito el caballo capaz de la victoria entre el ruido de las metrallas, pero también el caballo pausero, a cuyo lomo manso viajan los filósofos. Es el de Ledesma caballo baquiano de los caminos que conducen a la verdad, a la justicia y al desinterés. Tres virtudes que no han hallado verbo que las vuelva a conjugar en nuestra patria.

Honores de mármol pide de la gratitud municipal el viejo iluminado que intentó con su muerte defender a la ciudad de las huestes del pirata. Es el mayor de los optimates que ilustran los anales de Caracas. ¡Y bien que lucirían, a la mera entrada de la urbe, corcel y caballero, como binomio de dignidad y valentía! Mas, sobre el mérito de esta consagración definitiva en la vida del pueblo, el caballo de Ledesma pide con urgencia caballeros que lo monten. Pide nuevas manos que guíen las bridas baldías. Pide hombres de fe en los valores del espíritu a quienes conducir, luciendo sus mejores caballerías, hacia los senderos por donde pueda regresar Bolívar vivo. ¡Bolívar vivo, portador en la diestra de antorcha con que se despabilen nuestro sueño y nuestra inercia!...

Caracas, febrero-noviembre de 1942.

ACERCA DE LA JERARQUIA

Mi distinguida y buena amiga: Buena que la hizo nuestro amigo con tomar el atajo de la demagogia para mal interpretar mis palabras. Acórrame el Señor de que llegue yo a pensar según las ideas de que se me hace partícipe; en cambio, por nada temo que tan ligero

juicio pueda perjudicarme cerca de quienes saben leer y escribir.

Y lo peor es que él ignora las veces que he tajado mi modesta pluma en defensa de la jerarquía. Y la defiendo desde mi claro y preciso puesto de demócrata de nación, no de oportunidad y conveniencia. Sin que esto aluda a que él pueda pertenecer a ese inmenso grupo de políticos que gastan ideas de lujo para el consumo público, pero que, a la hora de la verdad y de la acción, recurren a los principios que celosamente guardan como más avenidos con el rumbo de sus intereses personales.

Nuestro amigo no ha advertido que por jerarquía yo entiendo orden actual en la lógica selección social. Orden de ahora. No orden que venga de atrás. El imagina que, por no ser yo un descamisado, proclamo y defiendo como jerarquía la permanencia de los valores sociales abultados en los cuadros del tiempo. Los árboles genealógicos y la herencia de capital en función de contorno de los hombres en la cinemática social.

Son conceptos diametralmente opuestos. El uno representa lo viejo, lo caduco de la Historia. El otro es lo ágil, el ascenso, la vida de la Historia. La pura lógica del proceso selectivo que crea la sociedad. Nuestro amigo está acostumbrado a la jerga de nuestros viejos métodos de distinguir a los hombres. Para nuestro amigo existen las *buenas familias* y no las *buenas personas*. Existe el hijo de don Pánfilo, como una continuación paterna y no como un nuevo valor social que precisa sopesar individualmente. No niego yo que haya familias donde se cultiven las virtudes con más ahinco y fruto que en algunas otras. Hay familias de hombres piadosos, como las hay de asesinos y contrabandistas. Desde este punto de vista hay familias mejores y peores. Pero nuestro viejo concepto de *buena familia* no mira regularmente el contenido educativo de la tradición familiar, sino el prestigio aparente de un apellido. La tradición familiar ha de existir. Es la propia historia de los pueblos y bien debieran pensar todos los hombres en mejorarla y superarla. Ir a más de lo que fue el padre, es esfuerzo que en pequeño debiéramos hacer todos. Es la particularización del propósito general que debe animar a los pueblos por mejorar. Es la propia marcha de la cultura.

En cambio, el concepto que aflora menudamente es el contrario. Se procede con la conciencia firme de que para nosotros ya capitalizaron los mayores. Y de ahí el fantasma de las *buenas familias*, cuyos miembros actuales no necesitan hacer nada porque poseen un apellido. Y éste camina solo. Es el fantasma de los ociosos y degenerados herederos de los ricos de ayer que, sin aportar ningún esfuerzo para su personal pulimento, pretenden ser punteros en el movimiento social. Esto no es jerarquía, y de serlo, sería una jerarquía antidemocrática. Una jerarquía de la mentira permanente.

Nuestra jerarquía es otra. Donde hay un orden, éste debe exhibirse por medio de la más lógica de las fórmulas. Imagine el galimatías que se formaría en la mente de un niño a quien el maestro empezara a enseñar la numeración según el siguiente proceso: 17, 2, 24, 73, 9. El niño que tropiece de buenas a primeras con semejante serie de valores, posiblemente aprenda a pescar gordas truchas, pero no llegará a saber qué sea aritmética. Ahí ha faltado la jerarquía de los números y del concepto del valor. Esta es la jerarquía que debe transportarse a nuestro orden social. Esta jerarquía debe establecerse en la seriación de los hombres. Es la propia progresión de los méritos, la estimativa del esfuerzo y de la capacidad personal.

Nuestra jerarquía, fundamento del orden democrático, mira la hora presente. Mira el valor redituante del sujeto social. La democracia no es el asalto. La democracia no es lo que hasta ahora entendieron muchos capataces políticos: la posibilidad abierta para el "vivo". Nuestro orden social fue en mucho mirado como carrera de hombres audaces y afortunados. No se vio el significado de las categorías formadas por el natural proceso de la cultura. Se buscó al hombre en función orgánica. En función de guapo, de simpático o de rico. No en función de lo que pudiera servir a la propia sociedad. En nuestra selección política se invirtió la sistemática de valorar las bestias. Estas tienen tanto más valor cuanto menores sean sus mañas. Los políticos se han apreciado en función contraria. Y no es mero juego de palabras. No ha dado muchas vueltas la tierra desde que lo oí decir para explicar la posición elevada de un político: "Tiene muchas mañas." Váyase al diablo la capacidad, ríase

usted de las condiciones que ameritan a un individuo. Eso no pesa en el orden de la selección. Pesa la *maña*, la audacia, la simpatía, el golpe de suerte.

Contra esa falsa técnica de selección, va la jerarquía de los individuos en cuanto valen por sí mismos, cosa que empieza a hacerse sentir en nuestro país. ¿Considera usted la tragedia que implica un desacomodo en que el inferior jerárquico se ríe de la incapacidad del dirigente? Y no es pedir leche a las cabrillas intentar que ese orden lógico, que esa jerarquía vertebral se establezca en todo el ancho campo de las actividades sociales. Mire usted cómo en Venezuela sólo han existido tres fuerzas de peso: el Ejército, la Iglesia y el Capital. El Ejército, en que todo expresa jerarquía. La Iglesia, cuya constitución y disciplina interna son el mayor testimonio de lo que vale la organización. El Capital que, por gravedad y cohesión natural, representa el más compacto frente de valores. Fuera de eso, en Venezuela no hay jerarquías ni cohesión de masas. El individualismo disolvente ha corroído toda fuerza de superación y de defensa. Todo está a la buena de Dios. Todo se rige por la ley del asalto y del postizo mérito. Para general no sirve un teniente. El soldado ha llegado a serlo, pero ha tenido que subir peldaño a peldaño. Sus hombros han saludado todas las estrellas hasta llegar al codiciado sol. Se dolía en época de ascensos un mi amigo militar de que a él, sobrado de años en su grado, no se le hubiera ascendido a la par de otros compañeros. Y yo, para consolarle, no tuve mejor frase que ésta: "Pero, en cambio, no has sufrido la derrota moral de ver que un teniente haya sido ascendido de golpe a coronel." En el orden diario de la estimativa civil nos tropezamos, en cambio, con esos tenientitos improvisados de comandantes. Y vemos a la continua doctores bien graduados que reciben normas de conducta de bachilleres aplazados.

Esto parece que lo olvidara nuestro amigo cuando la dio por censurar mi insistencia acerca de la necesidad de que vayamos a la creación de una conciencia de jerarquía como prenda de estímulo en la vida democrática. Jerarquía que encauce la fuerza multitudinaria y valle las explosiones que ocasiona la injusticia. Jerarquía que exhiba el valor de los hombres en sus justas proporciones y pro-

mueva, en consecuencia, mayor fe y más ancha confianza en el trabajo social.

La juventud hecha a oír dentro de los muros universitarios prédicas en que se la prometen realizaciones fundamentadas en el esfuerzo y la cultura y que, vueltos los ojos al campo de la vida práctica, encuentra un orden en que existe una escala de valores que quebranta el mérito del esfuerzo personal, tiene, por fuerza, que sufrir un trauma en la conciencia. La alegría se le trueca en desconfianza y disimulo. La honradez se le vuelve mala fe. Y, conforme a una técnica natural de vida, se va a la línea del menor esfuerzo. Pasa a la categoría de los irresponsables.

Y si usted quisiera ejemplos con que convencer a nuestro amigo, yo le sugiero el de Páez lavando los pies a Manuelote. Manuelote no ha muerto. Manuelote, en nuestro desacomodo venezolano, sigue humillando a quienes guardan el propio poder de mejorar el orden social. A quienes, como Páez, pueden hacer repúblicas. Manuelote es la audacia, confundida con lo democrático, que se ha creído capaz de dirigir la sociedad. Manuelote, aun vestido a la moderna, es la cabal expresión de la carencia de jerarquía. En un orden más lógico, él debiera lavar los pies a Páez, mientras llega la hora en que cada quién lave los suyos propios. Pero así y todo, mi querida amiga, habrá uno a quien toque el pasajero privilegio de hacerlo de primero. La jerarquía es para fijar, por medio de una disciplina de valores, quién sea el primero en usar el lavatorio.

Para lo que sí está dado y permitido romper la mecánica del orden, es para ir de puntero al sacrificio por la sociedad. Lo heroico en este caso es la excepción. Y que lo diga nuestro viejo Ledesma, cuando animado del deseo de dar ejemplo permanente, salió sobre el sarmentoso caballo de las victorias definitivas, con la risa en "la cara angulosa y cetrina", jugando como "un rayo de sol en una ruina", según lo canta el inolvidable Enrique Soublette.

Y muy de desearse sería que usted cumpliera la promesa de regresar en breve a la capital, donde yo, como siempre, espero la oportunidad de servirla y admirarla.

LAS VIRTUDES DEL OLVIDO

MUY señora mía y bondadosa amiga: Culpa usted a su amiga por el olvido en que cayó cuando estuvo recientemente en la capital. A mí, particularmente, me hubiera sido sobrado grata la historia que usted, recelando del imprevisto camino que suelen tomar los papeles, prefirió encomendarle a la viva voz. Pero si lamento la desmemoria de nuestra amiga, no estoy del todo con usted cuando se queja, en forma casi absoluta, de que sea la facultad de olvidar fatalmente perjudicial a la vida de sociedad.

Tiene y no tiene usted razón en su juicio. Los pueblos debieran tomar mejores lecciones del pasado, pero acaso sin olvidar se haría imposible el convivir humano. Venga la Historia y con la severidad de sus juicios mantenga el ejemplo de las grandes acciones y la permanente condena de los delitos. Pero el olvido de lo cotidiano es como la propia expresión de la tolerancia social. Imagine usted si hubiera fresca memoria para todas las faltas, para todas las rencillas, para todas las caídas, para todas las pequeñas infidencias que los hombre se cometen mutuamente. En este caso el olvido es la expresión de un sentimiento y de una actitud superior de la vida. El olvido es la piedad del tiempo. Sin él la existencia se haría insoportable.

Pero esto no quiere decir que ese olvido prudente sea razón para que algunos concluyan por olvidarse de sí propios. No es justo este otro extremo. Yo hablo del olvido como de una manera de mutuo perdón que se conceden los hombres; en cambio, no creo aceptable que muchos, afincándose en esta propensión misericordiosa de la sociedad, lleguen a posiciones absurdas en su propio modo de juzgar las cosas, ni tampoco entiendo que la vindicta pública haya de olvidar lo inolvidable.

Se ha dicho que los pueblos tienen mala memoria para el bien y para el mal. Ello es cierto. El juicio sobre los hombres públicos en general es un proceso de mala memoria. Recuerde usted lo que se dijo en Venezuela de José Tadeo Monagas el año de 1858 y piense en la forma apoteótica

como el 69 lo recibió la capital. Y sin ir tan lejos. Recuerde lo que fue Caracas contra Gómez en 1928 y la forma como luego celebró, de la más espontánea manera, la farsa aclamacionista del 31. Parece que flaquean todos los resortes del recuerdo ante lo instintivo y orgánico de los hechos de masa. Son problemas difíciles de psicosociología social que no hemos de intentar en estas líneas.

No entro yo, para destruir su tesis absolutista, a aconsejar un olvido permanente. Sin memoria no hay justicia y yo amo la justicia. Miro desde un punto de vista frío la función del olvido como elemento de paz social. Como un gran paraguas de apaciguamiento. En nuestra casa empezamos por olvidar las malas acciones de nuestros hijos y en la escuela el maestro no recuerda hoy la falta cometida ayer por los alumnos. La vigencia en el recuerdo de las malas acciones ajenas haría insoportable la vida. Pero este olvido no significa falta de sanción oportuna, y menos de la sanción interior para nuestros propios yerros de ayer. Se hace difícil generalizar sobre esos problemas donde la moral social y la moral individual aparecen unidas en forma por demás estrecha. Es algo en extremo peligroso confundir la racional tolerancia que promueve la convivencia, con la impunidad del delito que ocasionó un desajuste social.

Yo estoy de acuerdo con usted en muchos casos de los que cita en su larga carta. Si a diario tengo el ejemplo en personas con quienes tropiezo en las esquinas de la ciudad. No imagina usted cómo hube de aconsejar calma a mi lengua cuando escuché hace varios días a un relacionado mío quien, para criticar el principio expropiatorio puesto en práctica por el Gobierno, hacía la más encendida defensa, con argumentos del mayor liberalismo cavernícola, de la intangibilidad del derecho de propiedad, y mientras él hablaba con sobra de argumentos de su escuela, mi memoria iba recordando cómo la fortuna que hoy le da consideración social había sido trasladada sin mayor ruido de las arcas públicas a su cuenta del Banco.

Para estos desmemoriados defensores del orden social, para estos honorables representantes de la buena sociedad y de los viejos principios, no debiera abrirse ninguna manera de manto piadoso. El olvido pasa de acto misericordioso a constituirse en cómplice de grandes delitos. En

aliado franco del asalto social. Aquí sí estoy en un todo con usted. Precisa que se avive la memoria y se sancione a los que desviaron el propio curso de la moral social. Pero ¿no ha pensado usted que en este caso el olvido no surge en función humana de un mero sentido de comprender la propia debilidad del hombre, sino de una asquerosa venta de nuestra misma conciencia? Se olvida al ladrón porque nos regala con el fruto de lo robado; se olvida al asesino porque conviene a nuestros intereses contar con el respeto bárbaro que infunde su presencia. No se trata de olvido. Se trata de culpable estímulo, se trata de desmentir la propia verdad. Este olvido no entra en ningún plan de convivencia. Y yo lo condeno con la misma energía con que usted lo hace. Y sobre este olvido, y es lo más triste, se afincan los pilares de las mejores reputaciones.

La otra fase del olvido que usted contempla es de mero tipo personal. Los hombres que se encumbran olvidan sus viejos nexos. Esto es natural. No lo extrañe usted. Esto es consecuencia del vértigo de la altura, que altera en muchos el puro sentido de la gravedad moral; y a veces no olvidan los que suben, son los que quedan abajo quienes se llenan de pensamientos tristes. Pero no la dé a usted por buscar la raíz de esa tristeza. Son cuestiones de tipo personal que no caen en el radio de la generalización.

Usted teme el olvido como polvo que destruye los grandes valores de la sociedad. Tiene en parte razón, pero hay una justicia muda y perseverante que acaba por desañar las memorias llamadas a dar el buen ejemplo. Con poco polvo podrá usted matar el recuerdo de Julián Castro y de Angel Quintero, pero no hay suficiente polvo para destruir la memoria ejemplar de José María Vargas o de Cecilio Acosta. Otros brillaron más que ellos; en cambio, la parte simbólica de sus vidas se erguirá con relieves permanentes en las páginas de la historia ejemplar. Y vamos a nuestro admirado Ledesma. A nadie le ha ocurrido la idea de desenterrar el nombre de los vecinos de Caracas que pudieron haber aprovechado la presencia del pirata para lucrar con ella de algún modo. Porque, téngalo usted por cierto, ya entonces vivían personas, tan honorables y bien consideradas como las de hoy, que mercaban con los dolores de la Patria y con la miseria y el hambre de los indefensos. Pien-

se que muchos vecinos debieron de acudir con buen bizcocho y abocados vinos para el cansancio y el hambre de los piratas y que era buen negocio entonces, como lo es hoy vender petróleo, proveer de casabe y de cecina las dieciséis velas enemigas llegadas a La Guaira. Y acaso en la noche, a la luz de la candela parpadeante, después de apagadas las llamas que arrasaron la ciudad, estuvieron estos antepasados nuestros contando las buenas monedas con que el inglés pagó su espíritu de lucro. Lo mismo que hoy, mi buena amiga. ¡Vaya que sí! Ahora se dificulta mucho sacar dinero al enemigo, pero, en cambio, se saca de quienes sufren hambre e indefensión social de que ellos son culpables. Es la misma estirpe subterránea de especuladores que de generación en generación cambian de nombre y de librea. Ayer lucraban con modestos peños, hoy gobiernan la Bolsa. Ayer eran oscuros regatones, hoy son banqueros graves. Ayer traficaban con el enemigo, hoy nos arrancan para su medro la misma fe en la vida social.

Pero nuestro cuento no es con los de ahora. Decíamos que nadie recuerda las malas artes de los traidores que entregaron la ciudad y trataron con los hombres de Amyas Preston. No debió de faltar tampoco quienes alabaran, sobre el orden español, el *nuevo orden* que por entonces representaban los corsarios. Téngalo por cierto. Empero nuestro héroe, burlado por quienes le vieron salir como espantajo sobre el viejo y flaco caballo del triunfo permanente, se alza hoy sobre la montaña de polvo del olvido para darnos una clara lección de cumplimiento del deber.

Acaso en breve vea usted publicado el trabajo que me insinúa. Haré ganas para volver a meterme en achaques de crítica literaria y ello sólo por complacer la sugestión de usted.

Crea en el rendido homenaje de mi aprecio y en la necesidad que siento de hablar aunque sea a distancia, con espíritu de la exquisita altitud del suyo. Dios la tenga en su santa guarda y a mí sea servido de darme fuerza y salud para cumplir sus órdenes.

URBANIDAD Y POLITICA

Mi muy bondadosa amiga: Hoy he hecho por usted el más grato recorrido caraqueño. Como en mis tiempos juveniles de hambre literaria, he revisado todas las librerías y aun los puestos de viejo para dar debido cumplimiento a su encargo. Algunos de los libros pedidos van por esta misma vía. Le remito la autobiografía de Zweig y el Tolstoy de Romain Rolland. De Thomas Mann va *Carlota en Weimar*, pero no los *Buddenbrooks*. Este maravilloso libro parece que no ha llegado a Caracas. No he podido ponerme en ninguna pista que me indique de qué amigo pudiera obtenerlo para usted. El que tuve en mi biblioteca lo dejé durante mis viajes en alguna parte, y no he podido reponerlo. Le van también el *Goethe*, de Ludwig, y el *Cántico Espiritual*, de San Juan de la Cruz. Las obras que me pide de los Maritain van todas, y de esto me felicito, porque sé que usted holgará infinito con ellas. Mi librero me habla de un nuevo título de Raisa, pero no he dado con él. El *Deán de Canterbury*, como *Misión en Moscú*, es libro que necesita muchas notas. Tiene grandes verdades, pero con ellas generalizaciones por demás peligrosas. Léalo con más tiento del que usted suele poner en sus cosas. Ya le enviaré unas notas que amigo de ponderado juicio está escribiendo sobre el ya famoso libro del discutido deán. *Las Confidencias de Psiquis*, de Díaz Rodríguez, me las prometió un vendedor de lance para la semana venidera, con la colección de Pérez Bonalde y el *Juan Vicente*, de Picón-Salas.

Por esta parte, creo haber quedado bien con usted. En cambio, no me ha sido posible poner la mano en un ejemplar de la *Urbanidad*, de Carreño. Es un libro que no ha vuelto a imprimirse; mas, como veo por su carta que le urge para explicarla a sus sobrinos, le envío la traducción bogotana del *D'ont* que conservo entre mis libros de muchacho y que bien suple a nuestro ponderado autor. Y no imagina cuánto he agradecido a usted la oportunidad de esta fracasada búsqueda. Ella me ha revelado que ni en las librerías se halla nuestra vieja Urbanidad. ¡Nos falta Urbanidad, señora mía!

Cuentan, y creo que yo lo he repetido en alguna parte, que, comentando Juan Vicente González los acontecimientos del 24 de enero de 1848, declaró que eso de matarse pueblo y representantes era una notoria falta de educación que procuraría remediar desde *El Salvador del Mundo*. Y dejando la política activa, se dio a la tarea de enseñar a la juventud. Acaso no la educó en las buenas maneras, por cuanto nuestro gran polígrafo era en demasía desordenado. Y la falla notada por González continúa, por desgracia, vigente. Entre los problemas fundamentales de nuestro pueblo, y a la par del paludismo y de la anquilostomiasis, debemos hacer figurar la carencia de urbanidad. Los buenos modales y la galantería forman parte, como el uso de la sal, de la propia condición humana.

Se ha entendido, porque así parece pregonarlo la afectada pedantería de algunos tontos, que urbanidad sea la cursilería de los saludadores y los remilgos y gestos afectados de algunos señoritos y viejos *bien*. Mientras de otra parte se pregona que la hombradía consiste en *escupir por el colmillo* y hablar y proceder como hombres guapos y despreocupados. En ser *vivos*. En jugar vara y tirar cabeza. Con sujetos de esta tónica se podrá ir bien acompañado a un zafarrancho, pero no se llegará a hacer una república.

Este problema, considerado al bulto, parece de una suprema tontería. Pero por ahí ha de empezar nuestra propia educación cívica. Imagine usted la capacidad para ejercicios políticos de un ciudadano que al ir a tomar un *bus* atropella a una señora. Ese compatriota, con toda seguridad, al llegar a jefe civil mandará a la cárcel a los periodistas del lugar. Tenga usted la certeza de que el hombre que aprendió a no escarbarse en público los dientes, difícilmente hará un papel malo como funcionario. En cambio, qué de cosas se llevará por delante, inclusive los mismos fondos públicos, quien no haya aprendido a hacer cola en las taquillas. Eso entiendo por cultura social y con ello la diversidad de detalles que hacen que un hombre sea tenido por educado. ¡Qué horror da ir a los Liceos y a las escuelas donde se educa nuestra juventud! Aprenderán allí nuestros muchachos latín y muy buena química, pero no llegarán a ser caballeros. Y el pueblo está urgido, no de latines y mejunjes, sino de una amplia caballerosidad. Sal-

drán doctores de las universidades; mas, como carecen de buenos modales, irán al atropello del pueblo. El uno, como abogado, no advertirá que tomar parte en la adulteración de testamentos o servir de firmón en las lonjas jurídicas, es algo de pésimo gusto. El otro, de médico, olvidará que es de muy mala educación dejar que el enfermo a quien se asiste agonice sin auxilios, mientras él se divierte en el club o toma baños de sol en la vecina playa. Quién será ministro, y como no tiene modales, recibe con gruesas palabras al público, que está obligado a bien servir, si ya no lo ha hecho esperar en balde en la antesala por numerosos días. El hombre que tuvo urbanidad desde el principio, aprenderá a respetar la dignidad de sus semejantes. Aprenderá a ver hombres en las demás criaturas humanas. Y después de estas consideraciones, no me negará usted que suficientes motivos tienen quienes, no habiendo hecho de jóvenes sino alardear de tiradores de cabeza, arremeten a palos, en un día de elecciones, contra los testigos contrarios y se llevan a mejor sitio la urna electoral.

El hombre es animal social. El hombre está hecho para la vida social. Y ¿cómo hará esta vida sin modales y sin reglas de conducta? ¿Sabrá comportarse dignamente ante la gran masa quien no supo hacerlo ante el pequeño conjunto donde empieza a ejercitar sus actividades? ¿Qué puede esperarse de un Congreso adonde vayan mañana universitarios atiborrados de ciencia de afuera y que ayer no más, para impedir a sus contrarios la libre expresión de las ideas, se tiraron las sillas a la cabeza? ¿Qué actitud social tomarán estudiantes que descalifican a los propios compañeros que saludan respetuosamente a los profesores?

La política es la suma de los hábitos sociales. Un pueblo no será políticamente culto si sus componentes no lo son como individuos. Y como nosotros solemos tomar las cosas por las hojas contrarias, hemos dado en la flor de pregonar que para ser demócratas debemos comportarnos como arrieros y que es buena prueba de camaradería social cambiar insultos con el primer patán que nos tropiece en la calle. No nos ocurre pensar que sea obligación de quienes poseen mejores cualidades transmitirlas a los que carecen de ellas. Y por ese lamentable proceso antilógico miramos hoy en

nuestra Caracas algo digno de señalarse. No se han abajado nuestras clases dirigentes hasta la educación de las clases llamadas bajas en razón de su pobreza y su incultura, pero éstas se han vengado a la chita callando. Se han valido de la quinta columna de las cocineras y han plebeyizado los modales de la que, en viejo argot social, se llamó *buena sociedad*. Y hoy no encuentra usted mayor diferencia entre las personas llamadas a ser cultas y las obligadas, por indefesión social, a no serlo. Se ha hecho una democratización al revés. Se ha descabezado la urbanidad. Y por ello he andado las calles de la capital en vana búsqueda de un libro de Carreño. Claro, no se reimprime porque no se usa. Hay crisis de caballerosidad. Hay crisis de virtudes. Y las virtudes políticas son prolongación de esas modestísimas virtudes que crecen al amor del hogar, sobre el limpio mantel, en torno al cual se congrega la familia. El muchacho a quien se enseña a bien tomar el cuchillo y el tenedor para despresar las aves, sabrá mañana ceñir la espada para defender la república y tener en equilibrio la balanza que mide la justicia.

Vaya usted a interpretar el subconsciente de los hombres, y encontrará que el propio Ledesma obró como hombre de buena urbanidad. No era posible que, anunciado el arribo de extraños huéspedes, los moradores de la capital fueran a esconderse todos en sus viviendas rurales. Era necesario salir al encuentro de los visitantes. Y para ello estaban los más educados. Los que mejor sabían manejar lanza y adarga. Y nuestro héroe se adelantó el primero porque a él, en buena ley de urbanidad, tocaba, como a mayor en años, preceder a los patriotas que iban a probar cómo se defiende el suelo y la dignidad de la nación.

Mire usted cómo en nuestro Ledesma se encierran tantos símbolos. Cómo nos sirve hasta de tema para promover en los jóvenes el cultivo de las buenas maneras, garantía cierta de hábitos de república. Claro que los de abajo y los de arriba olvidan estas bagatelas de urbanidad, sin pensar, como lo apunta Carlyle, que "no es fácil de gobernar un pueblo que usa poco jabón y no habla siempre de verdad".

Espero que al leer o releer lo que le tengo enviado me haga el regalo de algunos deleitosos comentarios. Y tal vez

con ellos pueda nuevamente decirme algo de esa historia que usted cree que nunca acabe. Piense que lo inesperado sucede a veces.

Andan flacas las saludes, y toca a usted pedir a Dios porque sea servido de darnos mejores tiempos. Sobrado será decirle que no hay para mí mayor deleite que servirla.

LA AGONIA DEL HEROE

Mi querido don Walter Dupouy: Yo tengo una vieja deuda con usted. He debido escribirle apenas leído su sabroso relato de la vida de nuestro viejo Ledesma. Pero el tiempo interpuso trabajos obligantes que me hicieron postergar hasta hoy, día de difuntos, el cumplimiento de este grato deber. Y acaso la fecha, por contraste, me puso en el recuerdo de quien murió para vivir. Porque, en verdad, la vida de nuestro héroe comienza cuando se adelantó al encuentro de Amyas Preston.

Tiene usted aciertos al revivir lo que debió de haber sido la vida material de Alonso Andrea de Ledesma. Desde la villa nativa usted empieza a imaginar el curso de la mortal existencia del conquistador. Y lo pone a andar a través de las hazañas portentosas de la conquista y en la obra creadora de la Colonia. Tuvo Ledesma el grandor común de los conquistadores del siglo XVI. El conquistador es un arquetipo. Expresa la angustia de un pueblo que se echó a dominar el mundo. Mezcla de cruzado y de argonauta en que se resume la fiera piedad del español. El anhelo de crecer y dominar que fue parte de la psiquis ibérica. Para dar vida a nuestro héroe, usted no ha hecho sino pintar la azañosa inquietud de su tipo. Relatar el proceso donde se diluye, en la comunidad de la acción dominadora, el hecho personal de nuestro héroe glorioso. Hacerlo como polo de un movimiento común.

No se individua por nada en nuestra historia la figura de Ledesma vivo. Durante su larga existencia no le tocó ser cabo de empresas significadas. Estuvo de segundo en las grandes jornadas descubridoras y apenas se le nombra en la lista de fundadores de las ciudades cuyos muros ayudó a fabricar: El Tocuyo, Trujillo, Caracas. No tuvo la prestan-

cia de Rodríguez Suárez, de García de Paredes, de Gutierre de la Peña, de Juan de Villegas, de Alonso Díaz de Moreno, de Alonso Pacheco, de Garci González de Silva. Opaca entre el claror de la hazaña colectiva, la figura de nuestro gran capitán aparece apenas muerto. Es una figura que vive de la muerte. Vive, como su pueblo, de una agonía. Yo me atrevería, si no estuviera tan bien presentado su trabajo evocador, a decir que es algo sobrancero. Como el cuerpo que hoy quisiera dársele al busto clásico de Homero. Me atrevería a decir que nuestro Ledesma, como símbolo magnífico, no necesita el recuento forzado de sus hazañas de vivo.

Ledesma ilumina nuestra historia desde su yacencia de cadáver. Sobre los hombros de los corsarios y entre clarines y tambores a la sordina regresó a Caracas, a su Caracas, el héroe inmortal. Había asombrado con su arrojo al propio enemigo. Y el enemigo no podía, como buen inglés, dejar de honrar el valor temerario del anciano. Nada vale lo que hubiera podido hacer Ledesma en el conjunto anónimo de los forjadores de la nueva nacionalidad. Su obra es su agonía. Su obra no fue para derrotar al corsario de entonces, sino para vencer al corsario que ha amenazado siempre a la república. Al corsario de la indiferencia, del fraude y de la simulación, que se escurre entre hombres sin valor para abrazar la verdad.

Ledesma no es un hombre que haya de mirarse en la fábrica de la ciudad material. Ledesma es el obrero de la ciudad ideal. De la ciudad que hacen los símbolos. De la ciudad que aún se empeñan en contornear los héroes que ayer sacrificaron su vida por darnos independencia y dignidad. Bolívar, Urdaneta y Vargas están aún fraguando los muros de la república. No están ellos muertos como lo entienden los cultivadores de cementerios históricos. Son existencias permanentes. Y Ledesma los compendia a todos. Es el hombre que vivió al morir. El hombre que ganó en un minuto de heroicidad la permanencia de la gloria ejemplar.

Su lección es su agonía. De él poco aprendemos cuando estuvo vivo. Mejores lecciones nos dan sus compañeros de armas. Para constancia en la aventura, está Rodríguez Suárez; para la terquedad en la lucha, está Bravo de Molina; para las grandes jornadas, está Francisco Ruiz. Losada tiene la fortuna de fundar a Caracas. Y Fernández de Serpa

nos deslumbra con la organización de sus milicias. Ledesma es opaco, así como Ramón Barriga, Pedro Serrato y Gonzalo Clavijo, fundadores, a la par de él, de nuestra mariana capital. En cambio, Ledesma se empina y crece para iluminar la Historia, cuando vence su angustia natural de hombre y sale resuelto a ganarse su día sin ocaso de honra. Ledesma es el hombre vencedor de sí mismo. El héroe que domina los reclamos materiales para erguirse por ejemplo de generaciones. Por eso usted mismo, al rotular el relato de la existencia de nuestro glorioso iluminado, no lo llama vida, sino hazaña. Ha podido llamarlo con mayor propiedad agonía o muerte de un héroe. Porque la vida de Ledesma es su muerte. Al morir salvó su alma para la inmortalidad viva de la Historia. No hubiera salido, tomado del espíritu del Quijote, al sacrificio estupendo, y las páginas de la Historia lo mencionarían como número apenas entre los valientes capitanes que conquistaron la tierra y empezaron la forja de la patria nueva.

No desdigo su hermoso esfuerzo literario. Rinde usted con él nueva pleitesía a quien está llamado a dar ancho ejemplo a las generaciones por venir. Ese ejemplo tónico de que tan necesitados estamos para realizar una obra edificante en nuestro medio social. El ejemplo de la audacia imprudente. Porque no lo negará usted, biógrafo cabal de nuestro insigne prócer, que hubo más de un adarme de locura en ponerse solo, cuando ya los años eran por demás crecidos, frente a los fieros piratas. Locura magnífica que ilustra toda la existencia de Alonso Quijano el Bueno y que dio fuerza permanente a la vida gloriosa de Bolívar. Locura que movió los ánimos el 19 de abril y que avivó las voces del 5 de julio. Locura cuerda de que están necesitados los tímidos calculadores que esconden la verdad y apagan las candelas que pudieran señalar los caminos por donde se va hasta los sótanos de los nuevos piratas.

Le felicito por lo bien hilvanado de su trabajo, lleno de deleitosas evocaciones de la época bárbara en que se gestó nuestra patria y por el acierto como dio forma a la vida de Ledesma. Usted ha vestido ricas libreas al caballero; yo, humildemente, me he dado al oficio de cuidar por su caballo.

NO TEMER LA LIBERTAD

Mi muy distinguida y generosa amiga: Viene la gratísima carta de usted en momentos en que arreglo mis originales para una segunda edición de *El caballo de Ledesma*. Ha sido afortunado este librín, y como yo, cuando lo juzgo conveniente, creo en agüeros, tengo por cierto que ha sido la mirada de usted sobre el noble caballo del glorioso conquistador quien ha dado suerte a mi propósito. Usted lo miró, más que para animar su carrera, para prevenirme al peligro de que se me pudiera tomar por mentecato al recomendar a los jóvenes de mi patria la necesidad de volar la pierna al corcel baquiano de las vías fecundas, donde acaso se deje la vida sin lograr la vecina recompensa. Pero usted tomó cariño a mi propósito, y hemos discutido, que es la mejor manera de conocerse las personas, sobre todo lo que contiene el simbolismo de Ledesma. Y usted, vuelta de la sospecha en que cayera al primer momento, me ha ayudado después en el cuido del manso animal, que ahora hace su segunda salida a nuestros campos llenos de molinos de viento y de hábiles yangüeses.

Recuerde cómo desde el principio porfiaba a convencerla que nuestro caballo tendría jinetes. Sabe usted que no soy pesimista y que, si reconozco y denuncio nuestra inmensa deuda social y nuestras grandes fallas de pueblo, cierto estoy también de la presencia animadora de numerosos espíritus que claman por caminos de verdad. Poco creo en los viejos, confío poco en mi generación, pero tengo fe en los conceptos que están tomando cuerpo en nuestro pueblo, capaces muchos de ellos para que se desañen los mismos ancianos. Mire usted cómo se cambia hasta el propio tono de la política gubernamental. Examine las ideas que se han puesto a rodar sobre el azaroso tapete de la discusión pública. Yo tengo fe en que algo bueno puede pasar en nuestro pueblo. Se han llamado ideas nuevas. Se han lanzado consignas capaces de fecundar las conciencias timoratas. Del símil ha hecho uso alguien antes que yo, pero viene al propio el repetirlo. Los antiguos magos tenían poder para invocar los espíritus, pero no para hacerlos callar. Estos ha-

blaban aun contra la voluntad mágica. Y las ideas son espíritus que hablan más de lo previsto por los magos que las invocan. Las ideas, una vez echadas a rodar, hacen la bola de nieve. Crecen, crecen, crecen. Y nosotros estamos frente a ideas nuevas. Los viejos espíritus han sido conjurados. Y Ledesma tiene derecho a hablar en esta cita, y hablará siempre, sin temor a los piratas, porque él es ya un espíritu que ninguna fuerza puede acallar. Porque él tiene el poder de matar a la misma muerte. Y usted se empeñaba al principio en dejar encerrado en los odres del tiempo el espíritu de nuestro maravilloso iluminado.

Y yendo al grano de su hermosa carta, escrita con esa curiosidad tan reposada que distingue su feminísimo espíritu, he de decir que me aborda usted problema de la más complicada sencillez. Sabe usted, tan bien como yo, que soy católico de convicción, que no soy hijo de la Iglesia por figurar en el censo de mi parroquia nativa, sino por una adhesión de convencido. Por ello no puedo ser comunista ni marxista. La dialéctica materialista, que forma el tuétano de la doctrina comunista, no se compadece con la esencia espiritualista del cristianismo. Son líneas perfectamente opuestas. Yo no necesito, frente al comunismo, decir que soy anticomunista. Me basta y sobra con decir que soy cristiano. Frente a una afirmación, otra afirmación de signo contrario. Pero mi cristianismo es un cristianismo que busca en la Iglesia, no su alero acogedor, sino el tabernáculo de adentro. Es un cristianismo de sacramentos. No un cristianismo de sombra y campanario.

Cuando recientemente estuve en mi ciudad natal, visité con alborozo infinito la modestísima iglesia de San Jacinto, que frecuenté de niño. Fui en busca del barroco de su altar colonial y me encontré con algo que antes no había entendido. Su fachada. Corresponde ésta, en su aspecto más simple, al viejo estilo español de la reconquista. La iglesia-fortaleza. La iglesia con arreos de coronela, que podía servir tanto para el culto como para guarecer una compañía de soldados. Y eso que en la humilde iglesia del primoroso burgo trujillano subsiste como recuerdo de una época superada de cultura cristiana, vive en la conciencia de muchos hombres que se dicen cristianos. Miran la Iglesia como fortaleza de calicanto. No como torre de místico marfil ni como áurea

casa de deliquios, sino como lugar murado que pueda defender sus intereses materiales. Y tras la Iglesia se ponen muchos anticomunistas, que no son cristianos, con el solo propósito de defender el viejo orden de explotación capitalista, en cuya liquidación coinciden, variando los métodos, la propia doctrina cristiana y la intención del comunismo. Dirá usted que sea largo e inútil el circunloquio en torno a la iglesia de mi pueblo, pero yo lo veo por demás necesario para fijar puntos de referencia que aclaren mi respuesta.

Se teme el comunismo desde posiciones aún contradictorias. No es enemigo de una sola faz. Tiene las faces de quienes se consideran por él perjudicados. Para nosotros los cristianos representa una filosofía que mira el problema teleológico de la vida de distinta manera a la que nos ilumina la fe. Es problema de raíz y conceptos fundamentales. Es problema de soluciones últimas. No es marxista y cristiano a la vez, así se admitan muchos argumentos y fórmulas del marxismo, por su contenido positivo en la solución del fenómeno social e histórico. El comunismo, desde este punto de vista filosófico, es una doctrina para ser discutida en la Prensa, en la Universidad y en el libro. Pero, a más de esto, el comunismo es un sistema político. El comunismo representa una teoría del Estado fundamentada en el hecho económico. El comunismo, como todo socialismo, propugna cambios externos que van de lleno a la destrucción de los viejos sistemas de explotar el trabajo de los hombres y de gozar los bienes de la Naturaleza. Al anticomunista sistemático le espanta principalmente este aspecto real del comunismo mucho más que sus propios medios y teoría, por cuanto sabe que la prédica de la Revolución la hace fecunda la comprensión negativa del hecho social. Y el hecho social existente, y que él practica, es una negación de la justicia. Si hubiera sobre el campo de la sociedad una siembra de realidades, nada vendrían a mejorar las promesas de la Revolución. Si hubiera una realidad cristiana nada tendría que ofrecer el comunismo. Su programa carecería de intención y finalidad práctica. La Revolución la predica el comunismo, pero la hace el capitalismo. El odio no surge de la simple agitación de los líderes. El odio lo engendra la injusticia reinante en el medio social. Los hombres, pongamos por caso, que viven bajo los puentes de

la ciudad, y que para vengar su indefensión económica odian a los que pasan sobre ellos derrochando fortunas, no han sido llevados a ese extremo por la táctica de los agitadores, sino por el error y la injusticia de las clases que detentan los instrumentos de producción.

Asentados estos hechos, podemos concluir en que ningún peligro representaría la libre propaganda comunista si ésta no hallase el hecho negativo que la hace fecunda. Desde nuestra posición cristiana nada hemos de temer de una doctrina que, en su aspecto teórico, hallará la clara y firme contradicción de los cristianos. No piensan así los que están obligados a realizaciones positivas que implican renuncia de privilegios. Ellos se niegan a que sea libremente propagado el comunismo, no porque éste vaya contra las esencias del espiritualismo cristiano, sino por el deseo de mantenerse en el tranquilo goce de las ventajas que han venido disfrutando al amparo del viejo orden, que aquél ataca.

Para estos anticomunistas interesados, la Iglesia tiene la fachada castrense del templo de San Jacinto. No miran la aguja gótica que señala como grito de angustia taladrante los caminos del cielo. Miran la posibilidad de guarecer sus intereses bastardos tras consignas de espiritualidad, y se hacen con ello a la lerda adhesión de las mismas masas sufridas e inocentes.

Por otra parte, la clandestinidad de la prédica comunista, así sea hoy tan luminosa como el pleno día, trae por resultado la falta de cuadros determinativos para la lucha doctrinaria de los partidos. Y queda a los interesados en la *comunización* de todo esfuerzo de justicia el ancho camino de incluirla a usted, a mí y al propio párroco que predica la caridad con las inacabables listas de camaradas. Se crea con ello una confusión que sirve eficazmente a los designios del propio comunismo, ya redituante del invalorable prestigio de ser fruta de cercado ajeno.

Y hay otra razón más que me mueve a pensar en lo conveniente que es para el desenvolvimiento de la idea democrática la supresión de las vallas legales puestas a la prédica del comunismo. Es una reserva a la libertad de expresión política. Da la impresión de que creyéramos en la posibilidad de que nuestra generación haya recibido un legado perpetuo de quienes dejaron resueltos para siempre

todos los problemas políticos, olvidados de que cada época debe discutir los suyos propios. Es el precedente para una limitación de tipo contrario. Imagine usted que mañana llegue al poder un comunista que resuelva plantar en la Constitución la palabra cristianismo donde dice comunismo. Y ya tendremos perseguidos a hierro y fuego nuestras ideas. A usted tal vez no le parezca que ello sea posible; pero entra en cambio, en el cálculo de probabilidades que es preciso tener presente para formar juicios generales. Y no olvide usted que si aquí hubiere algún día un presidente a quien le picase la tarántula del comunismo, hasta las casas de los más recalcitrantes corifeos teóricos del anticomunismo amanecerían pintadas al rojo vivo.

Las ideas no se matan con el silencio. Las ideas se destruyen cuando, bien expuestas, son sustituidas por ideas mejores. El callarlas las hace, en cambio, más fecundas. Persiga usted en nombre de la autoridad la más erradiza tesis política y verá cómo sus principios adquieren mayor proselitismo. De una parte, la curiosidad que levanta lo prohibido; de la otra, la simpatía que acompaña a las causas perseguidas de manera arbitraria. Porque, créalo usted, por más que se diga que en el hombre es indomable la fiera, hay en el fondo del espíritu humano una propensión natural a reaccionar contra la injusticia. Y todo lo que ataque la libertad del pensamiento es injusto. Pero lo lamentable y difícil de entender, mi excelente amiga, es la manera de juzgar en cada etapa, y según las ideas de los favorecios, el concepto de la libertad. Vea usted en nuestros mismos textos de historia religiosa cómo se juzga diversamente el edicto de Milán y el edicto de Nantes. Y a la hora presente, piense cómo los mismos que celebran las hogueras de la nueva Inquisición española se refocilan con la pretensa libertad que Stalin ha concedido a las iglesias cristianas. Y aquí viene muy bien aquel su estribillo de que la gente gusta de mirar por el postigo que le es más cómodo abrir.

No debemos temer la libertad. Debemos temer a quienes se empeñan en destruirla. Pero no crea usted tampoco que yo considere libertad ese espantoso libertinaje que ha hecho tribuna de nuestra Prensa. Ese horrible comercio de noticias que ha convertido en centros industriales a nuestros periódicos. Y ello es nada menos que legítima expresión del

régimen capitalista en sus más imprevistas desviaciones teratológicas. Todo se explota. Se corrompe todo. Se lucra, no ya con la fuerza física del hombre, sino con su propia fuerza moral. Se le irrespeta hasta en sus fueros más sagrados. Se le envenena, no sólo en los oscuros socavones donde se extraen los minerales para las industrias de la muerte, sino a pleno día, haciéndole tomar como verdad los más amargos brebajes. Eso no es libertad. Y cuando alabo ésta, no me dirá usted que elogio sus deformaciones. Tampoco alabo a los jueces venales cuando pondero la justicia.

No he olvidado su encargo de pedir a Pedro Emilio Coll la página que usted desea. Ya él la prometió. Hubiera visto cómo rio el maestro cuando le leí la apreciación suya sobre *El diente roto*. Y mire que hay gracia en decir, como admirablemente usted dice, que no habría labor más larga y difícil en nuestra Patria que la de remendar los dientes a nuestros grandes hombres. ¡Cómo debió de haber sido fuerte y entera la dentadura de nuestro viejo Ledesma!

Guárdela el Señor, como bien lo deseo y lo claman sus méritos, y déme a mí mejor salud y tiempo vaco para emplearlo en su servicio.

HACIA LA DISCORDIA INTERIOR

Mi querido Carlos Augusto León: ¡Con qué alborozo te he visto jinetear el pausero caballo de nuestro egregio Ledesma y salir a las abras de la literatura para pregonar la necesidad de que saldemos la vieja deuda de las generaciones! Comprenderás también que he quemado mi poquitín de vanidad al ver que para tal caballero tomaste de pretexto un tema de mi cuaderno sobre nuestro viejo prócer capitalino. Ha sido afortunada mi idea de despolvar el símbolo agónico de Alonso Andrea de Ledesma y echar a andar en esta hora mañanera de la república el contenido heroico de tan maravillosa leyenda.

El viejo poblador no se resignó, como los otros, a guardar la vida y la hacienda del peligro del pirata. Arreado de sus pesadas armas, con menos orín y polvo, sin embargo, que nuestros espíritus conformistas de hoy, dejó el hogar

apacible y ganó la vía pública para ir a topar, cara a cara y en lucha desigual, con las huestes del feroz invasor.

Y cara a cara, a plena luz, en los anchos caminos de la acción, debe ser nuestra contienda de hoy contra el enemigo común. Y ese enemigo, bien lo sabemos, no es otro sino la mentira con que hemos apeldañado nuestro ascenso cultural de pueblo. La mentira de una, de dos, de tres generaciones de formación precaria que tomaron la rectoría de nuestra conciencia social. No se trata, como pudiera entenderse, de generaciones literarias. No se trata del problema del modernismo, ni de la razón del vanguardismo, ni del ámbito del surrealismo, menos aún de juzgar el valor y la presencia de la angustia en la literatura de algún novel cultor de la métrica, ni tampoco de calificar el significado de la emoción interna en la obra de los poetas de las más recientes promociones. Esto es literatura, y, con frecuencia, de la más inútil, barata y pedantesca. Se trata de generaciones sociales. De procesos de cultura que arrancan del modesto voceador de periódicos para ir a parar en los señores de tozuda arrogancia y mientes hueras que se han apropiado la dirección de nuestro movimiento de pueblo. Se trata de cultura como afán permanente de realizarse la persona humana. No cultura de erudición. No cultura de corear latines, sino cultura de vencer las etapas inferiores del desarrollo social y sentir el afloramiento de la plenitud entitiva del hombre.

Y tú quieres ir a la lucha. Quieres que se abra una polémica en que, sobre la contradicción de los hombres, aparezca el propósito uniforme de ir a soluciones acertadas. De ir al encuentro de la mentira pirata. La mentida de la escuela, la mentira del liceo, la mentira de la Universidad, la mentira de la academia, la mentira de la política. Todos estamos conformes en la existencia de esas mentiras convencionales, con la misma certidumbre e indiferencia de quienes en un baile de máscaras elogian la belleza de los rostros de artificio bien sabidores de las caras que disimulan. Tú quieres que se abra una polémica heroica, que desnude de tantos falsos valores como llenan de hojarasca nuestro mundo cultural. Alabo y entiendo tu propósito. Que sea pronto la lucha. Que no guardemos descanso ni vigilia para darnos a esa dura tarea de romper la farsa que detiene nuestro progreso social. Hemos vivido de la complicidad del

silencio y del mutualismo de la alabanza vana. Nuestra pseudocultura de adjetivos, donde el poeta, antes de cosechar la primera palma, ya ha escrito su propio panegírico; donde el periodista exalta con vocablos inflados la obra torcida del político o la exigua del escritor, sin medir la responsabilidad de la alabanza ni el peso del compromiso que adquiere al servir un astro falso a la admiración del público.

Pero ¿por dónde empezar esta obra de rectificación universal, esta obra general de volver al limo primitivo, para una nueva creación, tanto ídolo de barro? Para mí este proceso debiera comenzar por un acto propio e individual de quienes ocupamos sitios en los cuadros responsables. Debiera empezar por nosotros mismos. Por reducir el ámbito de nuestra acción a nuestras medidas posibilidades de éxito. Quizá me meta en terreno que tú tiene mejor trillado que yo. Nuestra deficiencia económica hace que no existan líneas justas y precisas en la distribución del trabajo, y cada quien espiga aquí y allá, sin propósito perseverante de realizar una obra determinada que le dé fisonomía en los cuadros sociales. El alud que, a causa de esa desarticulación original, ha sido nuestro proceso de pueblo, mantiene el estado de impreparación y de inseguridad que permite pasar de pulpero a diplomático, de expendedor de sellos postales a técnico de economía, de chófer a perito en suelos y de insignificante bachiller a rector y árbitro de pueblos. Esa falta de método, ese ir de aquí para allá, permite que a la vez se funja de autoridad en arqueología, en lingüística, en numismática, en crítica literaria, en etnología, en Historia y en ciencias sociales, sin haber saludado en serio tales disciplinas. Y no me cuido en decir que por ahí veo pasos míos muy bien marcados, sin que los disculpe la razón de que otros lo hayan hecho peor aún. He visto regentar en nuestra Universidad caraqueña cátedras de Derecho y Medicina a pseudoprofesores que mejor lucieran tras de un banco de carpintería. Y de política no se diga. No se ha mirado a la posibilidad del rendimiento social, sino al azar de las circunstancias, a caprichos que no se explican sobre ninguna razón lógica. Somos un país donde las corazonadas juegan papel importante, acaso por nuestra vecindad a las culturas vegetales. No somos un país lógico, sino un país mágico. Y ello aclara nuestro general desacomodo. Nuestra

carencia de jerarquías culturales. Nuestra inmensa farsa social.

Pero no somos nosotros, los hombres de ahora, los culpables de este falso proceso de la cultura. La deuda viene de atrás. Es el saldo desfavorable dejado por generaciones que pasaron sin cuidar su cuenta con el futuro. Es la deuda de un pueblo que financió su cultura con papeles sin respaldo.

Estoy contigo en la idea de la polémica que determine el sitio de la verdad. Que desvista los valores postizos. Pero con esta labor de crítica externa precisa una prédica intensa a favor de la polémica interior. De la polémica con nosotros mismos. De la discordia con nosotros mismos. Es necesario el examen dialéctico de nuestra conciencia. Acaso se logre poco sobre lo ya existente; mas podemos, en cambio, fundar bases para mejores promociones. Podemos preparar las generaciones que nos reemplazarán mañana. Y para eso hemos de fomentar en ellas un claro y recto sentido de responsabilidad moral.

Hemos hablado del hombre encuevado, del hombre a la defensiva, que sirve de obstáculo a la formación de nuestros cuadros sociales. Y en mi modesto observar he hallado sus raíces en la propia escuela primaria. Nuestros dirigentes de la educación han gastado poco magín en el problema interno de la escuela. O mejor, en el problema de la escuela interior. De la escuela del espíritu. Esa nadie la examina. El inspector apenas apreciará la destreza exterior de los chicos que progresan en la mecánica de la Enseñanza, con beneplácito y ascenso de los profesores. Pero el inspector ignorará, porque no cuida este problema de aspecto insignificante, que el maestro vigila la conducta de sus alumnos por medio del régimen de la delación entre ellos mismos. El maestro empieza así a dividir lo que debiera estar unido. El maestro destruye la solidaridad y la alegría de los niños y abre sentidos imprevistos de malicia al poner a unos frente a otros en la obra de espiarse para granjear con las simpatías del superior. ¿Ha abordado algún inspector de escuelas este tremendo problema social? ¿Se ha pensado en el efecto corrosivo que esta inadvertida práctica escolar tiene en la formación moral de la República? Y junto a este complejo de desconfianza, de permanente sospecha, que crea en

los niños la zozobra de sentirse espiados por los compañeros, el otro, que es de mayor gravedad y de más profundo efecto en la estructuración de la psiquis infantil: saber que se ganan simpatías revelando la conducta de los amigos.

Transporta, con tus precisos instrumentos de ingeniero y de político y con tu fina intuición de artista, este pequeño teorema escolar a los anchos panoramas sociales, y hallarás explicada en mucho la ausencia de confianza y de alegría que ha hecho turbio nuestro problema de pueblo. Allí, en la escuela, que debiera promover la alegría y la solidaridad, empiezan a encuevarse nuestros hombres y a mirar con áspero egoísmo y sobrada indiferencia los problemas colectivos. Y empiezan también a redituar sin retribuir lo que a la sociedad es debido en el orden de la fraternidad y de la cooperación.

Y lo anteriormente dicho sucede a diario en nuestra escuela. En nuestra escuela de la capital y del interior. Y tenemos la génesis de la sospecha, del disimulo, del encono, de la delación en el propio sitio donde debiera educarse y formarse el alma de la juventud. Y allí mismo hallamos otra fuente fecunda de aminoramiento de la alegría y de la fe del niño: la estimativa del trabajo del alumnado. La calificación es el encuentro del joven con la justicia. El maestro debiera enterarse de que al dar una puntuación no sólo determina el grado masivo de adelanto, para que se sepa al bulto el trabajo de sus alumnos, sino que somete a prueba ante ellos mismos la eficacia de la verdad y de la justicia. Problema de salir del paso. Labor intrascendente que no mide la autoridad escolar, pero donde se define la conciencia de la juventud y se forman sus primeros conceptos sociales. Antes que sabio, el alumno debe saber que es justo el maestro. Si no aprende lo suficiente en la escuela, le queda el ancho mundo para autoeducarse. Si de niño, en cambio, cree que la Justicia es un concepto falso, será de grande un menospreciador de la Justicia.

Y si del problema de la escuela saltamos al problema de la Universidad, veremos cómo persiste el proceso desorientador de la conciencia juvenil. ¿Qué fe puede engendrar en el espíritu del estudiante la presencia de profesores descalificados? ¿Qué ejemplo puede proporcionar un catedrático cuya actitud en la lucha social es la propia negación

de los ideales de cultura que debe alimentar el alma universitaria? Seguirá allí la tragedia que viene de abajo: la insinceridad, la desconfianza y la falta de alegría social.

Hasta allá debe ir nuestra voz de alarma en esta crisis de conformismo en que nos tiene el creernos deudores de paga imposible. ¡Si podemos pagar! Libremos letras contra el dolor de nuestra experiencia, y esas letras de largo plazo las harán efectivas los jóvenes que nos sutituyan en el campo de la sociedad. Las harán efectivas con tanto más rédito cuanto mayor sea la sinceridad de nuestras voces. Nuestro deber es denunciar y corregir. Nuestro deber es señalar la experiencia de nuestra angustia y la verdad de nuestra insuficiencia ductora. La verdad de las consignas vacías que recibimos para nuestro viaje con bitácora erradiza. Tengamos el orgullo de nuestra verdad. No hagamos la falsa humildad de los apóstoles que guiaron nuestro pasos. Tengamos, como Ledesma, el orgullo de salir a la plena vía, con nuestras pobres y herrumbradas armas, a librar el combate por la verdad engendradora de la alegría de mañana.

Rumiando en la soledad su pienso inmortal, el caballo de nuestro iluminado espera que alguien guíe sus pasos hacia el campo de los valientes. ¡Cómo relincha cuando siente que algún hombre sin miedo acaricia sus lomos descansados!

ACERCA DEL VOTO DE LA MUJER

Mi buena amiga: ¡Cómo mudan los hombres y las cosas! Ayer me tenía usted en mi gabinete caraqueño, entre mis fieles libros y mis viejos papeles, dado a hacer literatura y a buscar como fuerza espiritual la palabra distante de usted, por entonces entregada a las delicias de la vida campestre, en plena sabana guariqueña. Hoy es usted la que gusta el descanso y la molicie de la capital, y yo, quien me he metido en el corazón de Venezuela, a sentir su profundo palpitar en esta opulenta amplitud de nuestra Guayana.

Ya usted me había ponderado la maravilla de esta región, donde Dios hizo sus últimas creaciones, desde la del

oro, para tentar la fuerza moral de los hombres, hasta la hermosura de quienes hacen sentir que ya el Creador descansó en su afán de buscar la humana expresión de la belleza. Todo lo había ponderado usted, pero hay mucho paño de la realidad a lo pintado. Apenas conozco lo de fuera de la región. Apenas he recibido el gran palpitar de su vida interior, y me siento en un mundo en formación. ¡Ah mi amiga, qué mal se hace allá en pensar que eso sólo sea la Patria! La Patria, en toda su fuerza integrante, está acá, en esta Venezuela dormida que espera su incorporación al gran movimiento de la cultura. No olvide usted que fue en Angostura donde se echó a andar por segunda vez la república. Y sepa usted que hasta tanto este espacio maravilloso, desprovisto de hombres y pleno de riquezas, no se ponga a marchar a todo ritmo, Venezuela no alcanzará la plenitud de su destino económico, y con él, el aseguramiento de su independencia social.

Pero no era éste el tema que quería tratarle desde esta Guayana embrujadora, donde hoy gobierno, acaso con menos prudencia que en su ínsula el viejo Sancho. A pesar de mi bachillería en nubes, me tiene usted sobre la realidad de los hechos, encontrado con las pasiones y los intereses de los hombres, entre el permanente demandar de los necesitados, frente a problemas sociales y económicos que pudieran poner de nuevo loco al doctor Fausto. Me tiene usted de gobernante en aprietos, en busca del caballo de Ledesma, para ver adónde me lleva e intentar de no caer en el viejo pecado venezolano de hacer programas y hablar de virtudes públicas cuando se está en la llanura de la oposición o de la irresponsabilidad funcional, para después proceder, cuando llega la posibilidad de hacer, en forma contraria a lo que ayer se pensó. A usted mandaré memorias de lo poco que pueda hacer donde no hay manos ni horas suficientes para trabajar. Y usted condenará o absolverá mi conducta. La tengo por buen juez de mis actos, y sus consejos me serán de mucha ayuda, más hoy, cuando quiero hacer bajar hasta el ras de esta tierra deshabitada mis permanentes nubes de idealista. No podré hacer mayor cosa, pero esté cierta que no trocaré mis discursos con balances inexactos ni desdiré de mis ideas de que la primera función de la autoridad es levantar el tono moral y espiritual de los pueblos.

Dirá usted que sobran preámbulos para entrar en el corazón de la respuesta de su última carta, primero ida a la capital y llegada a esta ciudad, después de una larga peregrinación, no sobre ruedas de *bus*, sino como a espaldas del más pausero jamelgo que pueda ser. Estoy con usted en todo lo que me dice. Soy feminista, siempre y cuando las mujeres sean mujeres. En lo del voto, la acompaño. Porque no puede posponerse la clara mentalidad de Margot Boulton o de Lucila Palacios a la de un semianalfabeto de La Vega, a quien los buscadores de votos capacitan en seis meses para mal firmar. Pero en lo que dice a la influencia de la mujer, acaso disminuya cuando asuma el comando público. ¡Si las mujeres mandan a través de los hombres! Y tenga usted por idiota graduado a quien, ya banquero o ya político, diga que no es influido por una mujer. Creo que la sociedad en general ganará mucho cuando la actividad social de la mujer sea más notoria y se haga más extensa. Pero insisto en lo de la mujer mujer. Me horroriza la marimacho. Detesto la mujer que busca tomar atributos de hombre. La prefiero, como decían los abuelos, con la pata quebrada y en casa. Puede la mujer, conservando su integridad diferencial y luciendo la plenitud de sus atributos femeninos, incorporarse a la marcha de la cultura. Y justamente lo que se busca es eso. Que la dirección del mundo se asiente sobre los dos caballos de Platón. El hombre no es el individuo. El hombre es el par. Durable o transitorio. Pero donde confluyen dos fuerzas y dos sentidos complementarios. El mundo es la permanencia de un binomio. Ya hecho por la ley, ya hecho por la especie, ya hecho por la afinidad electiva de los espíritus, ya por la admiración subyugante de la belleza, ya por el deleite comunicativo de los pensamientos. Se rompe aquí y nace allá. Destruye y crea. Empuja y detiene. Pero es dual. Y dual es el pensamiento de la sociedad, y dual debe ser la expresión de su contenido conceptual. Pero esa molécula creadora reclama la inalterabilidad de origen de la mujer y del hombre. Que la mujer sea siempre lo que es usted. Belleza y comprensión. Fuerza y candor. Talento abierto a todos los vientos y torre cerrada desde donde su espíritu atisba, con la más fina y amplia mirada, la marcha del mundo.

Sabe usted, no sólo por mi marcada debilidad hacia la

mujer, que soy feminista de los de avanzada. Creo en la superioridad de la mujer y tengo por cierto que nuestro héroe iluminado hubiera cedido con gusto las bridas de su cabalgadura a las suaves manos de una dama. Y yo, palafrenero obediente a los pensamientos de mi señor don Alonso, ayudaría con sobra de gusto a la bella que quisiera poner su fino pie en el estribo para salir a anunciar la nueva era de la verdad, de la justicia y del amor. ¡Que el caballo vaya a la conquista del ideal guiadas las bridas por las firmes y suaves manos de quien no piense en Penthesilea como símbolo de acción, sino en las mujeres de heroico pensamiento y ancho corazón!

Y para servirla a usted nada habré de repetirle. Venga de nuevo a esta Guayana de maravillas, y sobre el ancho río, en uno de los milagrosos amaneceres del Orinoco, podríamos platicar, en amable consorcio con las sirenas que pueblan de belleza este oasis de portentos, acerca de tantos temas como esperan palabras que los iluminen. Y mire que hay sirenas, y escollos, y naufragios.

Caracas, 1943.

Ciudad Bolívar, 1944.

EN DEFENSA DE LEDESMA

Mi noble y bondadosa amiga: He leído con profundo interés las líneas amabilísimas de usted en que me dice que la desolación *ledésmica* con que oyó el discurso del ilustre don Fernando Ortiz en la sesión solemne de la Academia de la Historia. Habla usted, y con razón, de que el fervor americanista del grande escritor cubano echa por tierra el valor simbólico de nuestro héroe como expresión de una conciencia nacional. Y está en lo cierto. De aceptarse la extraña tesis de que "la primera batalla de liberación americana se ganó en el canal de la Mancha al ser hundida la Armada Invencible de Felipe II", se negaría nuestra realidad histórica colonial, raíz de nuestra vida emancipadora, y se declararía que Alonso Andrea de Ledesma, al oponerse al invasor, fue un *traidor* de la Libertad. Con tal

manera de juzgar la lucha entre Inglaterra y España, se desconoce la verdad existencial del mundo español de las Indias. Casi como negarnos nosotros mismos; pues, a pesar de nuestro mestizaje, somos la continuidad de un proceso español que en su hora de plenitud optó la emancipación, heroica y tenazmente ganada por los héroes que dieron forma a la nacionalidad republicana. Aun desde un punto de vista de filosofía universal sería arbitrario sostener que la corte de Saint James sostuviera un criterio de liberación frente a un retraso ideológico español. La Inglaterra anterior a la Revolución del siglo XVII era más oscurantista que la España de Felipe II. Recuerde cómo sus autoridades ordenaban quemar libros como los de Roberto Belarmino, que proclamaban los derechos deliberativos del pueblo, mientras en la Península hasta se apologizaba el regicidio.

Justamente, la destrucción de la Armada Invencible empujó la bárbara carrera de piratería que asoló a nuestro mundo colonial y detuvo el progreso de los establecimientos hispánicos, donde adquiría fuerza la cultura en cuyo nombre nos empinamos más tarde para defender el derecho de nuestra autodeterminación política. Esa tesis de que los piratas fueron portadores de consignas de libertad la podrían defender los mercaderes ingleses que querían para sí el imperio absoluto del Nuevo Mundo, con la misma licitud con que los actuales piratas del industrialismo se empeñan en convertirnos a la esclavitud de sus consignas absolutistas.

Recientemente, en nuestra Prensa diaria y con motivo de una película cinematográfica enderezada a la justificación de los corsarios, escribí acerca de esta arbitraria manera de juzgar la piratería, que a mí se me ocurre semejante a la tesis de un heredero que, por vengarse de cualquier lucro arbitrario de su antiguo tutor, celebrase al ladrón que durante su minoridad vino, con fines de riqueza personal, y no de ayuda para el peculio pupilar, a devastar y reducir sus grandes propiedades. ¿Valdría en lógica estricta el argumento de que era cruel y malo el administrador? Claro que los descendientes y socios del intruso tendrían motivos para exaltar el valor y la audacia del ladrón; pero que esa alabanza la coreen los mismos que recibieron el perjuicio de la destrucción, no lo juzgo ajustado a ninguna manera de razón.

La tesis que encuentra méritos en la acción rapaz de los filibusteros y forbantes del siglo XVII es secuela de la leyenda negra con que el inmortal imperialismo anglosajón quiso legitimar su odio contra el imperialismo español; es decir, contra el imperialismo del pueblo que, dilatándose, nos dio vida y forma social. Porque, niéguese todo y reconózcase el error administrativo de la metrópoli española, jamás podremos cerrarnos a comprender que cuanto mejor y más pacífico hubiera sido el desarrollo material del imperio español, tanto mejor y más eficaz hubiera sido nuestra anterior vida de colonia. ¿Podría sostener alguien que los ingleses, franceses y holandeses vinieron a defender los derechos de soberanía del aborigen? De lo contrario, se empeñaron los pueblos enemigos de España en llenar al Nuevo Mundo con una nueva masa esclava: banderas inglesas trajeron a nuestro suelo, aherrojadas de cadenas, a dolidas masas de negros africanos, y cada territorio que arrancaba Inglaterra a la Corona española era convertido en asiento del mercado negrero.

Busque usted en su meditación otras razones que le den la clave de la sentencia de nuestro ilustre huésped. Sabe usted que en estos temas se enredan razones ideológicas que van hasta la misma raíz de lo religioso y que Cromwell sostenía que a los españoles era preciso matarlos como bestias al servicio de Roma. Algunos aún piensan con semejante criterio. Yo respeto supersticiosamente la libertad de las ideas. Y jamás niego mi admiración a quienes por sus obras la reclaman, aun cuando piensen en oposición conmigo. En el caso de don Fernando Ortiz ya hube de aplaudir, como lo obligan la solidez y el prestigio de su palabra, la elocuencia del discurso, así difiera de este su particular modo de apreciar nuestro pasado español.

En todo estoy con usted cuando dice que Alonso Andrea de Ledesma, con su lanza solitaria, era por sí solo la pujanza de un ímpetu que valía tanto como el empuje de la gran armada vencida en el canal de la Mancha. Y feliz en extremo conceptúo su comentario tan oportuno sobre el valor de nuestro folklore, como expresión de fuerzas subterráneas que en el suelo de nuestra conciencia popular subsisten por testigos de las viejas culturas que se sumaron para la formación de nuestro carácter nacional. Si en verdad

tiene un invalorable precio como dato sociológico, no le hallo fuerza para elevar la educación del pueblo. A no ser que se intente educar con los mismos factores que se procura superar. Ya nosotros hemos trabajado, cuanto nos ha sido posible, en ponderar la potencia de Alonso Andrea de Ledesma como mito que simboliza las virtudes heroicas de un pueblo ayuno de arquetipos. Sería lamentable exaltar a la vez la macana de los bailadores del Tamunangue.

Quedo en espera de sus nuevas letras, y mientras éstas vengan, las suyas que contesto serán en mi mesa de trabajo como prenda de fina espiritualidad y aguda comprensión.

Caracas, 23 de febrero de 1948.

PEQUEÑO TRATADO DE LA PRESUNCION

Así aparezca árido y presuntuoso este breve intento de examinar, desde sus raíces idiomáticas, la idea de la presunción, hemos querido anteceder nuestras reflexiones de tipo psicosociológico, con minucioso y pesado análisis del vocablo, el cual, si en verdad poco enseña a quienes conocen los misterios de la filología, sirve, en cambio, para aclarar en su extrema realidad el concepto simbolizado por la palabra. Como se trata de simple erudición de diccionario, bien podría faltar en nuestro ensayo; mas hemos creído que al seguir el curso de la palabra desde su primitiva figuración latina hasta su presente fijación en lenguas modernas, nuestro propósito didáctico adquiere mayor dramatismo y que a su luz se iluminan mejor los secretos de este pecado, condenado tanto por teólogos y moralistas como por pedagogos y sociólogos.

No sea, pues, óbice para su lectura el tropiezo con palabras y con frases olorosas a viejos y empolvados rincones de biblioteca, que, en saltando sobre su estirada pesadez, ya aparecerá la amarga flor cuya semilla ha sido tan fecunda en nuestro suelo nacional.

En las últimas ediciones de su diccionario, la Academia Española reduce las acepciones de *presunción* y *presumir* a sólo éstas:

"*Presumir* (Del lat. *praesumere*) tr. Sospechar, juzgar o conjeturar una cosa por tener indicios o señales para ello. || int. Vanagloriarse, tener alto concepto de sí mismo.

"*Presunción* (Del lat. *praesumptio, onis*) f. Acción y efecto de presumir. || For. Cosa que por ministerio de la ley se tiene como verdad." (Y luego explica el carácter de la presunción, cuando es de derecho o de ley o sólo de hecho.)

En el diccionario de Autoridades se habían dado las siguientes definiciones:

"*Presumir*, v. a. Sospechar, juzgar o conjeturar alguna cosa por haber tenido indicios o señales para ello. Es del latino *praesumere*. Vale también vanagloriarse, tener dema-

siado concepto y confianza de sí mismo. Lat. *Niminum sibi sumere, vel arrogare. Nimis confidere.*

"*Presunción.* Significa también vanidad, confianza y demasiado concepto que se tiene de sí mismo. Lat. *Arrogantia. Nimia confidentia. Superbia.* Inc. Garcil. *Historia de la Florida,* lib. II, part. I, cap. XXIX: "Este fin tuvo la temeridad y soberbia de Nitachuco, nacida en su ánimo, más feroz que prudente, sobrado de *presunción* y falto de consejo." Jacuite. *Pol.,* pl. 250: "La *presunción* estropea los mejores méritos."

Según Covarrubias, *presumir* vale tener uno de sí gran concepto. *Presumido,* el confiado.

En bajo español de Venezuela, *presumido* se dice a quien usa modales delicados y viste con acicalamiento.

Para Sthepani, en *Thesaurus Linguae Latinae* (edic. de Londres de 1735), *Praesumptio, onis* vale por *ante sumptio,* o *anticipatio.*

Según el *Glosarium ad scriptores Mediae et Infimae Latinitatis,* de Dufresne (edic. de París de 1734) *prae sumptio* significó en latín decadente *actio injusta, invatio, usurpatio;* y *prae sumere,* expresó *ante sibi sumere,* conforme con la etimología que Ernout-Meillet, en su reciente *Dictionaire etymologique de la langue latine,* da a *praesumo,* en su acepción de tomar por anticipado o antes de tiempo, formada de *praesumo,* y éste de *susemo, emo,* tomar y *sus* de *suspicio.*

A *prae sumere* da significado de *ante capere,* según uso de Plinio, el *Lexicon Latinae linguae antibarbarum,* de Janne Frederico Noltenio (edic. de Venecia de 1743), y según Furlanetti en *Totius Latinitatis Lexicon* (edic. de Padua de 1830), *prae sumptio, onis* vale por *actus prae sumendi, ante sumptio, et id quod ante sumitur* y, además, por *confidentia, nimia spes.*

En lengua francesa, además de la acepción forense de uso corriente en nuestro idioma, significa *opinion trop advantageuse de soi même.* Igual acepción le dan los diccionarios portugueses e italianos.

Durante la Edad Media, el inglés adoptó el verbo *to presume,* tomándolo del francés *présumer,* en la primera acepción de *anticipatio* y en la del bajo latín de *invatio, usurpatio.* Tomar una cosa sin derecho, dice Oxford, para esta modalidad obsoleta de la palabra. Mas, queda en dicha len-

gua el valor "de actuar en la suposición de tener derecho".

En categoría teológica, *presunción* vale tanto como creencia falsa acerca de la misericordia de Dios. Junto con la desesperación es pecado contra la esperanza, puesto que significa una esperanza temeraria en la bienaventuranza. Manera de pecado contra el Espíritu Santo, dicen los teólogos. "*Praesumptio est motus quidam appetitivus, quia importat quamdam spem inordinatam. Haber autem se conformiter intellectui falso, sicut et desperatio.*" (Santo Tomás, II-ii, quaets. XXI, art. II). Por ello, San Juan Clímaco, en su *Escala Espiritual* (cap. XXVI), comenta: "Así como son contrarios entre sí las bodas y el mortuorio, así son la presunción y la desesperación." Y más adelante (cap. XXVIII), agrega: "Trabaja por tener muy fijo y muy guardado el ojo interior del ánima contra todo levantamiento y presunción, porque entre todos los hurtos espirituales ninguno hay más peligroso que éste." El padre Granada escribe, *Libro de la oración y meditación* (II parte, cap. VI): "Destas dos tentaciones, la primera es desconfianza, la cual suele desmayar a muchas personas, haciéndoles creer que es imposible llegar a tanta alteza y perfección; y la otra es presunción, la cual, por el contrario, les hace creer que han llegado al cabo, o a lo menos que han aprovechado algo en este camino." Sin que falte, en el orden corriente de la vida, la atribución pecaminosa que el propio Doctor Angélico le da cuando se *trata de acometer o intentar acometer lo que está sobre nuestras fuerzas.* (Ibídem, q. 130.)

Tanto en el orden teológico, como en la primitiva acepción latina, abultada en el *sermo vulgaris* de la Edad Media, la presunción constituye una actitud de tomar con antelación, de invadir derechos ajenos, de usurpar lo que a otros corresponde: *prae-sumo*, tomar por anticipado. En lo que dice a la genuina y recta comprensión de la palabra, adelantarse en el propio juicio sobre sí mismo, con ánimo de jactancia, es sólo lo que deja al vocablo la acepción en uso. Apartado de su valor primitivo y de la acepción procesal de cosa que se tiene por verdad, apenas resta para el vocablo el valor superficial de "afección inmoderada, merced a la cual nos idolatramos y que nos representa a nuestros propios ojos distintos de lo que realmente somos", según en sus *Ensayos* define Miguel de Montaigne. Sin embargo,

un recto estudio del pleno contenido conceptual de la palabra nos lleva a comprobar que la *usurpatio,* la *invatio* y la *actio injusta* de la latinidad decadente permanecen en el cascabullo de la idea que el vocablo encierra. No otra cosa que usurpación de méritos constituye en recto examen la posición de quien se representa ante sus propios ojos con atavíos de facultades de que en realidad carece. El versificador que presume de poeta y el religioso que se cree santo están ya usurpando posiciones que no les corresponden, y, en consecuencia, cometiendo un *actio injusta.*

En otra parte hemos escrito que nuestra gran tragedia cultural de pueblo radica en haber *llegado sin llegar.* Vale decir, en haber usurpado posiciones que no nos correspondían por derecho propio. No ya pecado contra el Espíritu Santo, sino falta plena contra nuestro deber social, contra la sinceridad que nos reclama la propia sociedad de que somos parte. Pueblo de presuntosos, hemos buscado el fácil camino de tomar por anticipado los sitios que reclaman la sistemática de un esfuerzo lento y mejor orientado. Presumir, no en su corriente acepción de vanagloriarse, sino en su soterrada significación de anticipo de la hora, ha sido la tragedia cuotidiana, menuda y persistente que ha vivido nuestra nación a todo lo largo de su dolorosa y accidentada historia. La vía del asalto y de la carrera para llegar más presto a sitios que reclamaban una idoneidad responsable.

El afán desordenado de hacernos valer ha sido nuestro mal en todos los órdenes de las actividades humanas. Un deseo de llegar antes de tiempo, un empeño de tomar los frutos ingrávidos, un tropicalismo desbocado que nos impele a la ruptura de los frenos que pudieran guiar el impulso hacia la racional conquista. Llegar por donde sea y como sea. Torcido o recto el camino, da lo mismo, siempre que conduzca al deseado fin. Generalizada la teoría del éxito profesada por quienes aconsejan hacer dinero honradamente, pero en todo caso hacer dinero, hemos supeditado al hecho desnudo de satisfacer las ambiciones los medios de lograrlo, sin curar en ningún caso de que aquéllos sean honrados y cónsonos con la lógica que asegure su fructífera permanencia. Llegar a la casa por la puerta principal o por la puerta ancilar, es cosa secundaria. Sólo im-

porta llegar, a la luz del día, como llegan los señores, o al amparo de las sombras protectoras del escalamiento.

Olvidados de la lógica de la vida y de la necesidad de madurar las circunstancias, jamás hemos sabido esperar. Llevados por tentaciones que destruyen la armonía del juicio y la rectitud de la reflexión, hemos templado la desesperación con la presunción; del cuadro falseado por un pesimismo de las cosas, hemos pasado a la violenta carrera a que empuja la inmoderada estimativa de las cualidades personales. Como el sembrador que, cegado por la magia de presuntos abonos, ordenase recoger a destiempo la cosecha, nosotros, en nuestra función de cultura, hemos arrancado con criminal anticipación las raíces sin madurar y hemos recolectado bulbos sin savia y flores sin aroma.

Ese espantoso complejo, por todos visto en silencio y pocas veces denunciado, hemos querido tratarlo por medio del examen interno de la palabra que mejor lo califica. Allá y acá se buscan las causas de nuestros males en el campo de la ciencia, de las letras, de la economía y de la política. Para encerrarlas a todas en un conjunto que haga fácil su etiología, hemos mirado a esta palabra, que es pecado y tentación, en cuya raíz semántica parece que se ocultase la *ultima ratio* de nuestra precipitada y confusa vida de relación.

Pueblo que no medita el valor de sus propios recursos ha de caminar los opuestos caminos que conducen ora a la desesperación, ora a la presunción. Al pesimismo que nubla los caminos y que lleva a la actitud decadente que Soren Kierkegaard define como un "no querer ser uno mismo", como renuncia al propio esfuerzo de realizarse en función de equilibrio de voluntad y de posibilidad; o a la euforia malsana provocada por la falsa confianza en los propios recursos, que hace mirar como ya realizado el acto acoplador del esfuerzo con el fin relativo de las apiraciones. Desprovistos como colectividad del sentido de cooperación que haga fácil el esfuerzo común, hemos seguido el curso personalista de nuestros apetitos, con un sentido de suficiencia que nos ha llevado en lo individual a ser los solos jueces de nuestros actos y los dispensadores de nuestra propia honra.

No vienen estos males del ayer cercano; por el con-

trario, tienen sus raíces henchidas de historia. Hay quienes digan que fue precipitada y presuntuosa nuestra propia aventura emancipadora; y el mismo Bolívar, en la culminación de su tragedia, declaró la independencia como el solo bien logrado a costa de la ruina de tres siglos de cultura. Para sostener o rebatir la tesis sobran argumentos en el mundo de la Historia, pero quizá desde entonces se inculcó en nuestro plasma social el afán de hacerlo todo a punta de palabras que suplan la realidad de actos constructivos. Agotados nuestros recursos sociales en la lucha titánica por la construcción de la República, hemos intentado compensar la deficiencia colectiva por medio de una exagerada valorización de nuestras capacidades como individuos, y por un falso sentido de participación retrospectiva en la homérica lucha librada por los fundadores de la nacionalidad. Con la vanagloria por lo que hicieron los mayores, entendemos balancear nuestras carencias colectivas, como si la categoría histórica pudiera argumentar a favor de nuestra deficiente actualidad. El feudalismo anárquico que insurgió con la exaltación de los caudillos, llevó a la disgregación de los grupos que pudieron haber realizado en el campo cívico una obra perseverante de superación y que hubieran podido crear un tono reflexivo para nuestras tareas político-culturales. La perseverancia del individualismo provocó esa mostrenca actitud que lleva a cualquier venezolano a considerar que por la punta de su nariz pasa el meridiano de la nación. Y poseídos de este dogma infalible, sin siquiera aceptar que los contrarios puedan errar honradamente, cada uno de nosotros, de manera peor mientras más cultos, ha presumido posiciones artificiales, que van desde el indiscutible acento del postizo profesor omnisapiente hasta la verba exaltada del líder que cree poseer, como intangible y exclusivo patrimonio, el don de las verdades que salvan la república. De donde resulta el estado lamentable que cruda y magistralmente pinta el insigne Key-Ayala cuando dice: "Gran parte de las desgracias de nuestra vida nacional se deben al empirismo, al desconocimiento de las razones fundamentales que rigen la marcha de las sociedades, de las empresas y de las industrias, en fin, a la ignorancia petulante, vestida de suficiencia." Vale decir, a la presunción que es signo de nuestra conducta so-

cial, a la agresiva "chivatería" en que pretendemos apoyar nuestra petulancia.

Causa y efecto en sí misma, la presunción que se abulta en todo nuestro discurso histórico arranca de posiciones negativas anteriores y provoca, a la vez, nuevas actitudes disvaliosas que precisa examinar en su origen y proyecciones. Por una parte, el individuo encuentra hacederos los caminos por falta de sentido responsable de quienes le antecedieron. Hay a veces, más que *usurpatio*, una pacífica *invatio* en tierras de nadie. ¿Quién no se siente inclinado a ocupar lo que está vacío? Si aquellos, por caso, a quienes corresponde por mayor experiencia el sitial de la crítica, abandonan el deber de hacerla, ¿no resulta explicable que en él aposente quien llevado por instinto vocacional y animado por falsa estimativa de sus recursos se cree capaz de ejercer el delicado y baldío ministerio? Lo que en el orden de la cultura literaria y científica se explica fácilmente como resulta de la huída pesimista de quien pudo hacerlo y del afán correlativo de *prae sumere* por parte de quienes buscan el anticipo figurativo, conviene por igual al terreno de lo económico y lo político. Un pueblo sin arquetipos morales, un país donde no se ha prefigurado la imagen que debe dar forma a nuestro esfuerzo social, invita al asalto de las categorías. Creídos los individuos en el falso mérito de escasos e indisciplinados atributos, se sienten invitados a la conquista de aquello que reclamaría un punto de mayor madurez. Por eso, a veces vemos cómo en la falsa jerarquización de los sujetos ocurre el caso que respecto a los franceses de su tiempo anotaba el canciller Ollivier, cuando dijo que sus compatriotas se "parecían a los monos, que van trepando por los árboles de rama en rama, hasta tocar a la más alta, desde la cual enseñan el trasero".

Correlativo aspecto de la desmedida valorización de sí mismo, la presunción, según anota Montaigne, conduce a la subestimación de los demás. Es como una ley negativa que rigiera el equilibrio de los valores: al usurpar posiciones por medio de la antelación en el goce de algo a que pudiera tenerse derecho mediante el acabamiento de un esfuerzo se desvaloriza y viola el patrimonio ajeno, se mengua indirectamente el valor de las categorías extrañas, se destruye el justo nivel en la escala de la estimativa social.

En términos de clásica educación griega, diríase, con palabras de Jaeger, que aquel que "atenta contra la *areté* ajena pierde, en suma, el sentido mismo de la *areté*" Se desvaloriza a sí mismo en el curso ascendente hacia la conquista de la virtud y del honor que habría de definir su figuración en el proceso selectivo de la sociedad, y rompe, consecuencialmente, el sentimiento de comunidad que es ala y remo para las grandes obras de la cultura. De ahí resulta el estado que para lo nacional tan bien definió Romerogarcía al llamarnos pueblo "de nulidades engreídas y de reputaciones consagradas", y que tinosamente hizo decir a otro que "en Venezuela nadie está en su puesto". Se engríe quien asume la posesión de lo que no le pertenece aún, aquel que se adelanta al ejercicio moral de un derecho, el que *prae-sume* lo que el tiempo le reservaba para horas de madurez legítima.

Y como la presunción de funciones y aptitudes sigue una línea sin continuidad geométrica en el plano de lo social y se rige sólo por la falsa apreciación individual, adviene, por consecuencia, en el ordenamiento colectivo una disparejа y anárquica ubicación de valores que conduce, para la efectividad del progreso, a situaciones donde lo instable hace las veces de canon regulador. En una sociedad fundada sobre bases de presunción, vale decir, sobre supuestos ingrávidos, sobre líneas que carecen de madurez realística, se vive en peligro de que toda creación, por lo abortivo del esfuerzo, carezca de fuerza perviviente. La anticipación que caracteriza a la obra presuntuosa, condena a ésta, fatalmente, a quedar en la zona de lo inacabado y pasajero. Sin energía para arraigar, sin densidad para lograr una ubicación de permanencia, las aparentes conquistas carecen de continuidad y método que les dé fuerza para convertirse en tradición capaz de impulsar en una línea lógica y duradera la marcha del progreso social.

Como en el pecado va implícita la pena, el individuo, cuando asume situaciones que aún no le corresponden, recibe el precio de su culpa, pues al abandonar el sitio donde debió desarrollar provechosamente su función generadora de actos eficaces, desfigura, a la vez, su propia personalidad entitiva. En la audacia de la carrera, no sólo usurpa lo que no es suyo, sino que, con esto, destruye su

mero valor positivo. Se aleja de su propio marco redituante, se deshace de los vínculos que le asegurarían un buen éxito, y desconociéndose a sí mismo, se aventura a obrar como si fuera otra persona en sí, con lo que destruye fatalmente el signo de su jerarquía. Pasa a ser lo que no es, y, en consecuencia, anonada su personalidad. Como el globo que a fuerza de hincharse termina por ser destruido, del mismo modo el presuntuoso se convierte a la postre en simple nulidad figurativa.

Trasplantada al terreno de los hechos la consecuencia que en el orden teológico de la salvación señalan los doctores al pecado de presunción, vemos de manera objetiva que suyas son las causas de que se pierdan en el vacío las mejores intenciones de quienes se dejan llevar por el impulso de la conquista anticipada. No basta llegar, se requiere llegar a tiempo. No sale más temprano el sol porque se madrugue a mirar la aurora. La negación de la confianza, la actitud pesimista de quienes sólo ven los defectos sociales, no justifica, como reacción, una euforia anticipada que conduzca a dar por logrado aquello que precisa de una serena meditación constructiva. Al mismo tiempo que debemos luchar contra los peligrosos complejos que incitan a la desesperación y a las situaciones negativas, estamos obligados a luchar contra el hábito desesperado de la carrera, que condena a llegar con las manos vacías de realidades, esto es, a llegar sin ser nosotros mismos.

Por lo que mira al proceso fundamental de la educación, tanto los padres como los alumnos persiguen un acelerado tránsito que ponga a estos últimos en posesión del título que les abra el camino de un ejercicio profesional. Nada importa que a ese título falte el respaldo de una cultura que eleve a sus poseedores a condiciones de cumplir la función para la cual lo autoriza el certificado o el diploma. Interesa salvar el tiempo más que alcanzar el grado de ilustración que se requiere para asumir responsablemente el carácter que aquéllos confieren. Se trabaja por llegar prontamente a la oficialiad de las carreras que permita superar en función cronológica el período de preparación requerida para el cabal cumplimiento de la empresa a que nos avocamos en la sociedad. La sistematización individual del esfuerzo es sustituida por el afán de obrar. Correr,

más que andar, ha sido consigna colectiva de trabajo, y, como consecuencia de la precipitación en asumir antelativamente lo que debiera llegar al final de una racional sistemática, hemos caído en la obra improvisada de los perseguidores de albricias y de los genios frustrados que pretenden suplir con la suerte o la audacia lo que sólo se alcanza mediante una lenta y progresiva preparación sobre los yunques del estudio y de la autovigilancia responsable.

Mal que viene de atrás, reato a nosotros transmitido por las generaciones que nos precedieron en el proceso formativo de nuestro pueblo y por los propios maestros que han pretendido iluminar nuestros caminos, debemos empeñarnos colectivamente en oponerle enérgico remedio que lo contradiga. En nuestra propia reflexión hemos de hallar los recursos idóneos para lograrlo. Hagamos examen sincero de nosotros mismos, por medio de una introspección que desnude nuestras vidas de los arreos presuntuosos con que hemos venido signando nuestros actos. Ser lo que somos y obrar de conformidad con nuestra verdadera capacidad. Comprender que la eficacia de nuestra obra radica en la constancia de un proceso formativo que asegure el éxito de nuestra acción futura. Más que correr, esperar; más que la aventura de gustar postizos éxitos, limitar nuestra acción al cuadro reducido, pero seguro, donde nuestro esfuerzo sea capaz de crear una obra perdurable; antes de ir a la aventura fácil de tomar lo que aún no nos corresponde en la jerarquía social, descender, conforme al consejo socrático, a lo interior de nosotros mismos para avalorar y conocer nuestras propias fuerzas.

Frenada la falsa estimativa de nosotros mismos y apreciada en términos ecuánimes la capacidad vecina, llegaremos a crear un eficaz sentido de cooperación para la obra colectiva. El rigor que aplicamos en la crítica de los actos de los otros, suplámoslo por mayor exigencia para la obra propia y las puertas que nuestro egoísmo cierra para el comercio con los extraños, abrámoslas para una mayor comunicación que haga posible la fe en el esfuerzo ajeno. Rompamos con valor la inveterada costumbre de fingir recursos de que carecemos. Dejemos de practicar el viejo hábito de exhibirnos como señores de predios que no dominamos, hábito del cual muchas veces es harto difícil desha-

cerse, y en el cual caemos, así se trate de casos como el presente, en que para examinar la esencia de la presunción hemos tenido que ocurrir al censurado expediente de usar recursos que sobrepasan nuestros escasos conocimientos. Algo semejante a la lección del cangrejo senecto que explicaba a los jóvenes cangrejos la manera de caminar en línea recta. Al menos el viejo crustáceo creyó descargar su conciencia de aquello de que en sí mismo no era responsable. Y si presuntuosa resultare la lección, sírvale de justificativo el proloquio terapéutico de *similia similibus curantur*.

MENSAJE SIN DESTINO

ENSAYO SOBRE NUESTRA CRISIS DE PUEBLO

Por hábito de historiador, yo estudio siempre el pasado, pero es para buscar en el pasado el origen del presente y para encontrar en las tradiciones de mi país nuevas energías con que continuar la obra de preparar el porvenir.—GIL FORTOUL, en el Senado de la República.

El primer desarrollo de una conciencia auténtica consistió en edificar una conciencia del pasado.—KAHLER: *Historia Universal del hombre.*

Muchas almas sencillas creyeron durante largo tiempo que la verdadera historia de Francia comenzaba en el año I de la República. Sin embargo, los más inflexibles revolucionarios han renunciado a creerlo, y en la Cámara de Diputados, M. Jaurés ha declarado que "las grandezas de hoy están hechas con los esfuerzos de siglos pasados. Francia no está resumida en un día ni en una época sino en la sucesión de todos sus días, de todas sus épocas, de todos sus crepúsculos y auroras".—LE BON: *La Revolución francesa.*

Lo propio de la Historia está en los acontecimientos mismos, cada cual con su inconfundible fisonomía, en que se reflejan los acontecimientos pasados y se perfilan los del porvenir.—CROCE: *La Historia como hazaña de la libertad.*

P R O L O G O

Este *ensayo vuelve a las cajas de imprenta (como solemos decir quienes empezamos a escribir cuando la imprenta era más arte que industria), para corresponder, por medio de una nueva edición, a la solicitud con que el público lo ha favorecido. Satisfactoriamente para mí ello representa que el cuerpo de ideas sostenidas a través de sus páginas corresponde a una realidad nacional, que interesa por igual a otros venezolanos.*

Escritores preocupados en el examen de nuestros problemas han consignado en las columnas de la Prensa su opinión acerca de los temas que aborda mi Mensaje. *Algunos han llegado a límites de extremosa generosidad y encumbrada honra; otros han mostrado alguna disconformidad con la manera de tratar yo ciertos temas.*

Quiero referirme fundamentalmente a la poca importancia que asigna uno de los críticos a nuestra carencia de continuidad histórica como factor primordial de crisis, para ubicar toda la tragedia presente en solo el problema de la transición de la vieja economía agropecuaria a la nueva economía minera. Jamás me atrevería a desconocer el profundo significado que en nuestro proceso de pueblo tiene la presencia del petróleo como factor económico y social, ni menos desconozco las ventajas de la nueva riqueza. En mi ensayo lo he apuntado claramente, y en él me duelo de que, por carencia de un recto y provechoso sentido histórico de la venezolanidad, hubiéramos preferentemente utilizado los recursos petroleros para satisfacer nuestros bajos instintos orgiásticos, antes que dedicarlos a asegurar la permanencia fecunda de lo venezolano, y ello después de haber olvidado ciertos compromisos con la nación para mirar sólo a la zona de los intereses personales. Cuando radico en lo histórico la causa principal de nuestra crisis de pueblo, no miro únicamente a los valores iluminados de cultura que provienen del pasado. Me refiero a la Historia como sentido

de continuidad y de permanencia creadora. Pongo énfasis al decir que nuestro empeño de olvidar y de improvisar ha sido la causa primordial de que el país no haya logrado la madurez que reclaman los pueblos para sentirse señores de sí mismos. ¿No nos quejamos diariamente de la falta de responsabilidad con que obran quienes asumen cargos directivos sin poseer la idoneidad requerida? Pues justamente ello proviene del desdén con que se miraron los valores antecedentes sobre los cuales se construye el dinamismo defensivo de la tradición. No considero el Pesebre navideño ni el Enano de la Kalenda trujillano como factores de esencialidad para la construcción de un orden social: miro en su derrota por el arbolito de Navidad y por el barbudo San Nicolás, la expresión de un relajamiento de nuestro espíritu y el eco medroso de la conciencia bilingüe que pretende erigirse en signo de nuestros destinos.

Para ir contra el pasado, o para mirarlo sólo al esfumino de una pasión romántica, algunos invocan sentencias cargadas de gravedad, que en otros pueblos han servido para condenar la pesada e infructuoa contemplación de un brillante pretérito. En España, por caso, ¡cuánto gritaron los hombres dirigentes contra la actitud de introversión de su cultura! Allí el problema fue otro. Había allá una superabundancia de historia que impedía en muchos, por imperfecta deglución, tomarla como nutrimento de futuro. Nosotros, en cambio, no hemos buscado en nosotros mismos los legítimos valores que pueden alimentar las ansias naturales de progreso. Cegados por varias novedades, nos hemos echado canales afuera en pos de falsos atributos de cultura, hasta llegar a creer más, pongamos por caso, en las "virtudes" del existencialismo que en la fuerza de nuestros propios valores culturales.

Se me imputa que, llevado por el aire del pesimismo, no presento caminos para la solución de la crisis de nuestro pueblo. Claro que si se buscan programas políticos como remedio, no apunto nada que pueda tomarse por una posible solución. Pero tras lo negativo de los hechos denunciados está lo afirmativo de la virtud contraria, y más

allá de la censura de ciertas actitudes, cualquiera mira el campo recomendable. Con diagnosticar el elemento externo que provoca un estado patológico, ya el médico señala parte del régimen que llevará al paciente al recobramiento de la salud. Tampoco fue mi intención indicar caminos ni menos fingir una posición de taumaturgo frente a las dolencias del país. Modestamente me limité a apuntar lo que yo considero causas de nuestra crisis, sin aspirar a enunciarlas todas, y menos aún proponerles remedio. Tampoco me aventuro a considerar que estoy en lo cierto cuando expongo las conclusiones a que me conduce mi flaca reflexión. Sé que son otros los que, con autoridad de que carezco, pueden presentar las fórmulas reparadoras; mas, como me considero en el deber de participar en la obra de investigar los problemas de la República, resolví prender la escasa luz de mi vela para agregarme, en el sitio que me toca, a la numerosa procesión de quienes, ora a la grita, ora a la voz apagada, se dicen preocupados por la suerte del país. Ya no es sólo el derecho de hablar que legítimamente me asiste como ciudadano, sino una obligación cívica que sobre mí pesa lo que empuja mi discurso.

Siempre he creído necesario contemplar los problemas del país a través de otros ojos, y, en consecuencia, no me guío únicamente por lo que miran los míos. A los demás pido prestada su luz; y el juicio de mis ojos, así sea opaco ante los otros, lo expongo al examen de quienes se sientan animados de una común inquietud patriótica.

Llamo al vino, vino, y a la tierra, tierra, sin pesimismo ni desesperación; sin propósito tampoco de engañar a nadie, digo ingenuamente lo que creo que debo decir, sin mirar vecinas consecuencias ni escuchar el rumor de los temores. Ni busco afanoso los aplausos, ni rehuyo legítimas responsabilidades. Bien sé que los elogios no agregarán un ápice a mi escaso tamaño, ni las voces de la diatriba reducirán más mi medianía. Tampoco esquivo responsabilidades vistiendo vestidos postizos; menos, mucho menos, me empeño en hacer feria con los defectos de los demás. Aunque quedaran visibles en la plaza pública sólo los míos, yo desearía servir

a una cruzada nacional que se encaminase a disimular, para mayor prestigio de la patria común, los posibles errores de mis vecinos, que miro también por míos en el orden de la solidaria fraternidad de la República. Entonces podrá hablarse de concordia y reconciliación cuando los venezolanos, sintiendo por suyos los méritos de los otros venezolanos, consagren a la exaltación de sus valores la energía que dedican a la mutua destrucción, y cuando, sintiendo también por suyos los yerros del vecino, se adelanten, no a pregonarlos complacidos, sino a colaborar modestamente en la condigna enmienda.

Caracas, 15 de septiembre de 1951.

M. B.-I.

MENSAJE SIN DESTINO

ENSAYO SOBRE NUESTRA CRISIS DE PUEBLO

1

ARTURO Uslar Pietri, después de haber profesado brillantemente cátedra de Literatura hispanoamericana, durante casi cinco años, en Columbia University, ha regresado lleno de inquietud creadora a trabajar en el proceso cultural de nuestro país, y acaso animado del propósito de que se le vea ausente de la política, promovió una investigación pública acerca de una presunta crisis literaria en Venezuela. Algunos escritores ya se han adelantado a dar opinión sobre el caso. Yo he juzgado la oportunidad como propicia para responder una pregunta de más largo alcance, que diariamente nos formulamos quienes solemos reflexionar sobre las necesidades y los dolores de la República.

Esto de las "crisis" parece ser tema de permanente actualidad entre nosotros. Mi libro *El Caballo de Ledesma*, publicado en 1942 y que acaso Uslar Pietri haya leído en algunas de sus ediciones, está dedicado al tema de nuestra crisis, y de manera particular a lo que pudiera llamarse "quiebra de la cultura".

El presidente López Contreras, en 1937, habló en forma más lata de una supuesta "crisis de hombres". Esto alarmó a muchos, en especial a ciertos políticos que se tenían a sí mismos como candidatos para los cargos de comando. En aquel tiempo me permití argüir al ilustre ex presidente que la crisis, más que de capacidades en sí, era de sentido de responsabilidad en los funcionarios públicos, muchos de ellos avocados, por falta de examen de sus propios recursos, al ejercicio de funciones en la cuales no les era posible dar rendimiento alguno. Esta crisis sigue vigente, sin que haya visos de que pueda remediarse.

La crisis literaria cuya investigación ha promovido Uslar Pietri, existe de manera visible y audible, pero ella, aunque pudiera explicarse fácilmente, tanto por deficiencia de recursos como por la falta general de ligámenes entre el escritor y el ambiente nacional, no es sino el aspecto más pe-

queño, quizá, de un fenómeno general: en Venezuela, desgraciadamente, hay, sobre todas las crisis, una crisis de pueblo (*).

2

ESTA tentativa de ensayo resultará a la postre, por lo que empiezo a ver, un pesado caso de tautología. ¡Cuántas veces tendré necesidad de escribir la palabra y de exponer el concepto de crisis!

Al asentar que padecemos una "crisis de pueblo", no me refiero al pueblo en ninguno de sus valores corrientes de conjunto étnico, de sector social o económico, o de unidad o modo de ser político. Para el caso, más que el "pueblo político", (en sí bastante informe), nos interesa el pueblo en función histórica. Y justamente no somos "pueblo" en estricta categoría política, por cuanto carecemos del común denominador histórico que nos dé densidad y continuidad de contenido espiritual del mismo modo que poseemos continuidad y unidad de contenido en el orden de la horizontalidad geográfica.

Creo haber escrito en alguna oportunidad que Venezuela, pese a su historia portentosa, resulta desde ciertos ángulos un pueblo anti-histórico, por cuanto nuestra gente no ha logrado asimilar su propia historia en forma tal que pueda hablarse de vivencias nacionales, uniformes y creadoras, que nos ayuden en la obra de incorporar a nuestro acervo fundamental nuevos valores de cultura, cuyos contenidos y formas, por corresponder a grupos históricamente disímiles del nuestro, puedan, por aquella razón, adulterar el genio nacional.

En más de un libro y una revista extranjeros he leído

(*) El tema de la crisis literaria ha sido abordado extensamente en artículos de periódicos y en mesas redondas celebradas en la Asociación de Escritores Venezolanos. Parece que los interesados no se han puesto de acuerdo, y mientras algunos, citando nombres de prestigio en nuestras letras niegan la crisis, otros han llegado a hablar de "literatura de crisis", producto de una reconocida impreparación y de una excesiva presunción. Alguien, muy sutilmente, ha dicho que la crisis proviene de un arbitrario intento de llamar literatura algo que no lo es, tal como si se imputase a una crisis de la Medicina el desacierto de los yerbateros.

elogios entusiásticos para la obra de nuestros historiadores de ayer y de hoy. Yo, así figure en el catálogo de quienes escriben Historia en este país y por más que sienta el orgullo de la atribución, no estoy del todo conforme con tal entusiasmo. Cierto que en el pasado y en el presente se han escrito muchos libros valiosos de Historia —modelos entre ellos las historias de Baralt y Díaz y de Gil Fortoul—; cierto también que los gobiernos, lo mismo el del general Juan Vicente Gómez como el de Rómulo Betancourt, se han preocupado por el problema de la divulgación de nuestros fastos. Mas, en la mayoría de los trabajos de historia nacional se ha dado, con marcadas excepciones, notoria preferecia a una historia de tipo litúrgico y de criterio "calvinista", con cuyo rígido esplendor se ha creído compensar nuestras carencias sociales de pueblo.

José Rafael Pocaterra, mostrando mayor sentido histórico que muchos profesionales de la Historia, ha escrito con tinosa precisión: "Hubo una época y una literatura históricas que asignaron mentalmente el alto comando de las libertades a una clase que venía del privilegio y vivía para el privilegio. Los que hemos etudiado en el libro vivo esa historia no escrita, creemos que aún falta por escribirse, no los anales de los patricios ni de los guerreros, no la época de los jefes insignes y de los subalternos que corrían como perros cerca de las botas de los jefes, sino la historia de los hombres." Esta circunstancia quizá sea una de las causas más pronunciadas de que nuestro pueblo carezca de densidad histórica. Como colectividad siente poco el pueblo la sombra de su esfuerzo sobre los muros del tiempo. Le han enseñado sólo a verse como masa informe que sirve de cauda disciplinada y sufrida a los mílites que hicieron a caballo las grandes jornadas de la guerra. La historia bélica, que hasta hoy ha tenido preferencia en la didaxia, ha sido para el pueblo venezolano como centro de interés permanente, donde ha educado el respeto y la sumisión hacia los hombres de presa. Porque nuestra historia no ha sido los anales de los grupos que formaron las sucesivas generaciones, sino la historia luminosa o falsamente iluminada, de cabecillas que guiaron las masas aguerridas, ora para la libertad, ora para el despotismo. Ha faltado el ensayo que presente la obra del pueblo civil como factor de hechos constructivos, del mismo modo

como, para interpretar el valor conjugante de la nacionalidad, han faltado las historias parciales de las varias regiones que se juntaron para formar la unidad de la Patria.

Quizá la manera de juzgar los hechos históricos y la ausencia de una metodología que conduzca a un cabal y lógico examen del pasado, capaz de dar contrapeso a la peligrosa avenida de trabajos de índole histórica, producidos en razón de "tener la Historia puertas abiertas al gran público", según anota Huizinga, ha contribuido poderosamente a que nuestra colectividad no haya podido asimilar uniformemente, para una función de fisonomía y de carácter, los tesoros poderosos del tiempo y crear la conciencia histórica requerida como elemento de nacionalidad.

Estoy perfectamente de acuerdo con quienes ayer censuraron una medida, en apariencia útil y patriótica, tomada por las autoridades para evitar la circulación de cierta literatura argentina denigrativa del Libertador. Tal prohibición, en realidad, da la impresión de que nosotros estuviésemos imponiendo en asuntos de historia una doctrina "oficial", que no se pudiera discutir. Es decir, con dicha medida asumimos una actitud semejante a la de la "policía histórica" que ejerce Juan Domingo Perón. En cambio, a estas alturas de tiempo, ya debiéramos haber adoptado, espontánea y uniformemente, un "canon" histórico, no de creación oficial o policíaca, sino formado, repito, sobre estructuras ideales, arrancadas, a través de un proceso sedimentario de generaciones, del fondo de nuestros anales. Contra ese "canon" popular, nacional, al cual correspondería, como es lógico, una sensibilidad defensiva, chocaría todo propósito forastero de desfigurar personajes y sucesos de nuestra historia. Como cuerpo provisto de robustas defensas naturales, el organismo social repudiaría por sí solo cualesquiera consejas que se opusieran a "su" verdad histórica, sin necesidad de que se recurra, como fatalmente hubo de recurrirse en el caso citado, a drásticas drogas de gendarmería. Insisto en decir que ya debiéramos poseer un grupo vigoroso y uniforme de valores históricos, logrados como fruto de una comprensión integral —de sentido colectivo— de nuestro pasado nacional. A cambio de ellos, hemos aceptado pasivamente una serie de premisas de tipo sociológico-político, aparentemente fundamentadas en una filosofía pesimista, erigida sobre una supuesta

insuficiencia vocacional del venezolano para ejercicios de república.

Lamentablemente andamos lejos de gozar la recia posición constructiva que nos ponga en posesión de aquellos instrumentos de educación cívica. Se rinde "culto" a los hombres que forjaron la nacionalidad independiente, pero un culto que se da la mano con lo sentimental más que con lo reflexivo. Nuestra misma devoción oficial por el Libertador podría decirse que fuera una prolongación de las fiestas de San Simón, preparadas para agasajar en vida no sólo al héroe magnífico de la libertad, pero también al poderoso dispensador de favores, o una repetición sin sentido de los funerales de 1831. Poco hemos hecho, en cambio, para formar una teoría ejemplar de lo boliviano; como consecuencia de ello el admirable ensayo por medio del cual Santiago Key-Ayala nos presenta la vida estimulante de un Bolívar sin fulgores de arcángel, no ha entrado de lleno en la didaxia de lo bolivariano. También nos valemos del Libertador para cubrir con los resplandores de su gloria lo opaco y menguado de nuestra realidad cívica. Y como es padre de todos, cualquiera se cree con derecho de interpretar sus pensamientos, y aun de ponerlos al servicio de intereses foráneos.

La mayoría de nuestros compatriotas cuando exalta el pensamiento vulcánico del padre de la Patria, sólo mira la oportunidad parcial de las circunstancias políticas. En Colombia, por ejemplo, como en Ecuador y Venezuela, los conservadores glorifican, *pro domo sua,* al Bolívar de la dictadura, mientras los liberales lo motejan de tiranía, sin reflexionar ambos en que aquella etapa del ciclo bolivariano fue apenas una fase del multiforme y dialéctico obrar del héroe (*). En la disputa sobre el tema de la conferencia de

(*) Algunos venezolanos consideran que los conservadores colombianos son más adictos a la persona de Bolívar que los colombianos liberales. Ello es fruto de un juicio simplista: como los conservadores alaban el Bolívar de la Dictadura, motejado por los liberales de desamor a los principios legales, los venezolanos, que entendemos y amamos al Bolívar de todos sus tiempos y sabemos explicar la contradicción aparente de su conducta política, llegamos a desconocer las lógicas reservadas con que enjuician los liberales el proceso final de Colombia, y, de lo contrario, simpatizamos con la posición conservadora que mira en Bolívar un patrón de gobierno de fuerza. Bueno es recordar que el partido conservador histórico de Colombia fue fundado por un antiguo septembrista.

Guayaquil, la mayoría se detiene en el valor del ofrecimiento o de la negativa de unas divisiones auxiliares, sin insistir lo suficiente acerca de que se hubiera fijado, con el retiro de San Martín, el destino republicano de nuestro mundo indohispánico, expuesto a las veleidades monárquicas del Protector, con tan buen abono en la conciencia realista de los peruanos, que hasta hoy se quejan de Bolívar por haberlos convertido a la república democrática.

No desdigo de que ciertos hechos de la vida de Bolívar se eleven a la luminosidad del mito; el pelotazo al birrete del futuro Fernando VII, el juramento en el Monte Sacro, el delirio en el Chimborazo, el salto sobre el Tequendama, así estén en tela de juicio, dan contornos de eficacia creadora a la figura del padre inmortal. Sobre ellos se escribirá siempre con provecho para entender la singular voluntad del grande hombre. ¡Cuánto habría lucrado la república con que se hubiera hecho consigna de trabajo la frase que Bolívar lanzó contra José Domingo Díaz en medio de las ruinas del terremoto de 1812: "Vencer a la Naturaleza". ¡Jamás un forjador de pueblos les dio mandamiento de mayor alcance. Moisés pasó a pie enjuto el mar Rojo porque tenía de su parte los ejércitos de Jehová. Bolívar prometió vencer desde una actitud humana la oposición del universo a sus sueños de libertad. Si los venezolanos hubiéramos tomado como lema de acción la consigna de Bolívar, otro habría sido el destino de nuestro pueblo.

3

Puede decirse que hemos tratado la historia de fuera con preferencia a las "razones" y a los "sentimientos" que movieron a hombres y a hechos. Hemos visto más a la liturgia de las efemérides que al permanente valor funcional de la Historia como categoría creadora de actos nuevos. Hemos dado prioridad a la parte teatral de las circunstancias sobre los propios fines y resultados de éstas. A Miranda, a Bolívar, a Sucre, a Páez, a Vargas consagramos toda nuestra devoción cuando acaecen los ciclos cronológicos de sus vidas. Después de haber exaltado hasta la hipérbole histérica el mérito de sus existencias magníficas, seguimos la vida co-

tidiana como si ninguno de los grandes pensamientos de ellos valiera la pena de ser tomado por empresa para lo común de nuestro quehacer de ciudadanos. A modo tan frívolo de entender el pasado, se suma un hecho fundamental, de raíces profundas, que ha llevado a la misma segmentación de nuestra historia y a la creación, en consecuencia, de zonas antagónicas e irreducibles en nuestros propios anales.

Confundiendo tradición con involución, muchos han querido ir, en aras del progreso, contra los valores antiguos. Primero de estos casos lo constituye cierta manera, hasta ayer muy a la moda, de enjuiciar nuestro pasado de colonia española. Se trata de un criterio retardado, en el cual sobreviven el odio contra España que provocó la guerra de emancipación y el espíritu de crítica de la generación heroica hacia los propios valores que conformaron su vida intelectual. Lejos de que se puedan tomar al pie de la letra las opiniones de Sanz, de Bello y de Vargas como condenación absoluta de la cultura colonial, debieran verse como expresión de un espíritu de progreso, semejante al que hoy nos anima cuando censuramos las deficiencias de nuestra educación. Sin tal crítica, así ella sea dura e injusta, no habría progreso en ninguno de los órdenes sociales. ¡Desgraciado el joven que se limite a alabar servilmente las ideas y las formas que le legaron sus inmediatos antecesores!

El odio que fue necesario exaltar como máquina de guerra durante la lucha ciclópea librada por nuestros padres contra la metrópoli peninsular, subsistió en la conciencia nacional por prenda de "patriotismo" durante mucho tiempo después de compuestas las paces entre la antigua Corte y la flamante República. Olvidados ciertos críticos de que el venezolano, más que continuación del aborigen, es pueblo de trasplante y de confluencia, cuyas raíces fundamentales se hunden en el suelo histórico de España, creyeron que, ganada la independencia política, habían sido echadas del territorio patrio unas autoridades desvinculadas históricamente de lo nacional nuestro, y consideraron, por tanto, de genuina calidad patriótica anchar hasta los propios orígenes de la colectividad el menosprecio indiscriminado contra todas las formas y valores antiguos.

Sin embargo, hubo quienes comprendieron, cuando aún se escuchaban voces dispersas que pregonaban los caducos

derechos de Fernando VII, cómo para la recta comprensión de la República era preciso remontar el tiempo para llegar hasta los prístinos momentos de la venida a nuestras tierras de los primeros pobladores españoles; y así vemos en 1824 a Domingo Navas Espínola, liberal de los de Tomás Lander, dado a reimprimir en Caracas la clásica *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela*, debida a la pluma maestra de José Oviedo y Baños.

Fenómeno no sólo venezolano, sino americano, aquella posición ha servido, con lucro para fuerzas extrañas, como elemento desfigurativo de la historia general del continente indohispano. Silvio Zavala, campeón en México de la corriente contraria, me manifestaba en 1946 que había sido más fácil en Venezuela que en su país abrir el proceso de revaluación del período hispánico de nustra historia, y eso que allá hombres de la calidad de Justo Sierra jamás negaron los valores coloniales.

La diatriba sin examen contra lo formativo español y el repudio de nuestros tres siglos de colonia, han intentado descabezar la historia nacional. César Zumeta, egregio exponente del pensamiento venezolano, acuñó, en momentos de acritud polémica, una frase que sintetiza el error de la escuela formada sobre tal diatriba y sobre tal repudio. En su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia dijo que "entre la República y la Colonia existe un hiato semejante al que separa el Antiguo del Nuevo Testamento".

En cambio, cómo volvemos los ojos hacia la realidad colonial cuando intentamos pruebas del despojo de gran parte de nuestra Guayana, perpetrado por el imperialismo inglés durante nuestro siglo XIX republicano. De allá sí nos vienen entonces, junto con nuestra historia, los títulos de soberanía sobre un territorio conquistado por los hombres que generaron nuestra estirpe de pueblo. Los partidarios de la "pausa" histórica debieran meditar acerca de que la integridad territorial es consecuencia de un proceso de comunidad que deriva del tiempo sus mejores argumentos de conservación y de resistencia.

El *hiato*, para admitirse en función histórica, necesitaría presentarse acompañado de un cataclismo geológico o de un asesinato integral, que hubiese borrado del suelo nacional

todo elemento humano de continuidad. En Historia, lejos de existir acontecimientos que pudieran catalogarse como pasmos o silencios en el devenir social, existen metástasis que explican la presencia de procesos que sufrieron retardo en su evolución natural. En Historia no hay cesura. Su ley es la continuidad.

Si descabezamos nuestra historia, quedaremos reducidos a una corta y accidentada aventura republicana de ciento cuarenta años, que no nos daría derecho a sentirnos pueblo en la plena atribución histórico-social de la palabra. Y si para esos ciento cuarenta años admitimos la procedencia de los varios procesos segmentarios, de caída y ascenso, que determinan los cognomentos partidistas de Federación, Fusionismo, Regeneración, Reivindicación, Legalismo, Restauración, Rehabilitación y Segunda Independencia, habremos de concluir que lejos de ser una Venezuela en categoría histórica, nuestro país es la simple superposición cronológica de procesos tribales que no llegaron a obtener la densidad social requerida para el ascenso a nación. Pequeñas Venezuelas que explicarían nuestra tremenda crisis de pueblo. Sobre esta crisis se justifican todas las demás, y se explica la mentalidad anárquica que a través de todos los gobiernos ha dado una característica de prueba y de novedad al progreso de la nación. Por ello a diario nos dolemos de ver cómo el país no ha podido realizar nada continuo. En los distintos órdenes del progreso no hemos hecho sino sustituir un fracaso por otro fracaso, para lograr, como balance, la certidumbre dolorosa de que nuestra educación, nuestra agricultura, nuestra vitalidad, nuestra riqueza misma, viven una permanente crisis de inseguridad y de desorientación.

4

BUSCAR las raíces históricas de la comunidad es tanto como contribuir al vigor de los valores que pueden conjugar el destino y el sentido nacional. Buen ejemplo de lo que valen como elementos de integración los símbolos antiguos, lo proporciona el famoso film soviético *Iván el Terrible*, que estuvo en nuestras salas de cine hace dos años y que ha reaparecido en los días que cursan.

Stalin, teórico excelente de la nacionalidad, asienta en su ensayo *El marxismo y el problema nacional*, que una nación no es una comunidad racial o tribal, sino una comunidad de hombres, formada *históricamente*, que posee territorio, economía, idioma y psicología que le dan unidad. Por donde en sus planes para el robustecimiento de la unidad del pueblo ruso, entra este sistema, romántico y sentimental, de evocar lo antiguo como medio idóneo de crear vivencias psicológicas que sirvan de pilares para el imperio soviético. Y esta lección nos viene nada menos que del país donde la Revolución ha tenido su solar y su fragua más características, como para callar a quien pretenda motejar de retrógrados a los que exaltamos el valor de lo tradicional.

Nosotros, empero, que apenas aparecíamos como colectividad en formación cuando el nieto de Iván III ya daba forma al futuro y grande imperio zarista, nos empeñamos por romper a cada paso y con el más fútil razonamiento, la continuidad de nuestro pasado nacional. A más del pretenso *hiato* existente entre la época colonial y el período independiente, hemos intentado, según arriba apunté, hacer de nuestra historia de ayer y de nuestra historia de hoy una serie de parcelas aisladas, semiautónomas y desprovistas, en consecuencia, de un centro de gravedad que les dé consistencia para resistir el oleaje de la historia universal. En una Venezuela que arranca del esfuerzo constante —errado o feliz— de diversas generaciones, se ha querido ver porciones diferenciadas por los signos momentáneos de una política o de una moda de circunstancias. Lo que los historiadores y los políticos de ayer y de hoy intentaron o intentan presentar como cesuras derivadas de valores acomodaticios, no pasa de ser obra ligera e interesada, las más de las veces con finalidades demagógicas.

Traer al plano presente los valores antiguos para extraerles su contenido de futuro, no es negarnos a cumplir nuestro destino de la hora: cuando Luis López Méndez, refiriéndose a los Padres de la Independencia, exclamó: "Aquellos hombres hicieron su obra, hagamos nosotros la nuestra", no repudió el pasado como fuerza constructiva, sino el infecundo conformismo de quienes creyeron que ya todo estaba hecho por los antepasados. El sabía que nunca llegará a nada un pueblo que se resigne a mirar con tímido respeto la gloria

que pasó. Sabía él, además, que debe mantenerse intacto el "hilo de oro" que une las generaciones, a fin de hacer posible la superación constante de aquella gloria.

Del éxito y del fracaso antiguos, de la hora grávida de las conquistas cívicas y del momento menguado del retroceso cuartelero, de la crisis de los sistemas y del florecimiento de los grandes esfuerzos constructivos, de la alegría de la plenitud y del dolor de la exhaustez, se ha venido tejiendo la misma e indivisible tela de la nacionalidad. En ella caben, como elementos que interesa examinar para la explicación de nuestra historia, el gesto de Vargas ante la insolencia de Carujo y la actitud ambigua de Monagas frente al Congreso, la mentalidad progresista de Guzmán Blanco y la curva hacia el nuevo caudillismo que reabrió el *legalismo* de Joaquín Crespo, momentos todos de una misma conciencia multánime, que expresan la agonía de un pueblo en busca de caminos.

Los cortos espacios que marca un régimen o un sistema político no cuentan para deshacer la continuidad histórica de una nación. Por lo contrario, ésta es más en sí misma cuanto menos se abulten, por medio de sistemas artificiales, los *modos de ser* provocados por el tiempo y por las diferenciaciones que promueve el movimiento de la cultura. Y tanto más válidos y duraderos serán los frutos de este progreso cuanto más firme sea la estructura de la tradición donde se fundamenten las instituciones creadas por el genio popular, producto a la vez de la sedimentación histórica de los valores espirituales que producen las generaciones.

Como próvida tierra que alimenta la raigambre de los árboles, la tradición es savia que sirve de nutrimento a la existencia de las naciones. De la vida antigua arranca la obra del progreso nuevo. Del ejemplo, pleno o deficiente, de ayer, viene la lección fructífera para la hora presente. Por la tradición hablan los muertos que no quieren morir, los muertos que aún mandan. Porque si es cierto, según apunta Bright, que no se entra a las asambleas políticas invocando el mérito de los antepasados, sino el prestigio actual labrado por nosotros mismos en función de individuos, en el orden de los imperativos sociológicos el mandato de los muertos tiene vigencia irrevocable.

Mas no debe entenderse que la tradición sea una actitud estática y conformista, que convierte a los hombres nuevos en meros y necios contempladores de los valores antiguos. La tradición es la onda creadora que va del ayer al mañana, y sin consultarla, no crecerán para lo por venir las sociedades. Hay quienes la adversan por confundirla a la ligera con el ánimo retrógrado y fanático de ciertos temperamentos conservadores, opuestos al espíritu de modificación progresiva que cada generación está en el deber de realizar en orden al perfeccionamiento del legado transmitido por los antecesores. Pero la tradición, lejos de impedir el avance de dicho espíritu, es el módulo que determina su progreso.

Desdecir de la época colonial para hacer más brillante la epopeya de la emancipación; desconocer los valores del caudillismo conservador para ameritar los avances del ciclo liberal; negar los hechos positivos de la dictadura andina (integración demográfica de la nacionalidad, pago de la deuda exterior, supresión del caudillismo cantonal, creación de la sanidad pública), para que más brillen las conquistas cívicas logradas después de la muerte de Gómez; achicar la Universidad antigua para sólo dar estimación a la Universidad de Ernst y Villavicencio, es manera inadecuada de interpretar y valorar nuestro pasado. Unos y otros períodos son signos de una misma existencia colectiva, influida por el curso del progreso universal. En la investigación y valorización de los hechos históricos, urge buscar no las circunstancias que parece que dividieran la trama de los sucesos, sino las razones que permiten ver los acontecimientos que al bulto se contradicen, como expresiones de la continuidad de la vida de los pueblos.

Pretender fabricarnos una historia a la medida de nuestras preferencias actuales, desdeñando, al efecto, los hechos y los personajes que contradicen nuestras inclinaciones ideológicas, es tanto como ir contra el propio sentido de la nacionalidad. Así como existe una comunidad solidaria en el presente, que obliga a deponer diferencias cuando se trata de la defensa de los intereses comunes, de igual modo, en el orden del pasado, existe una solidaridad moral que nos impone una actitud defensiva frente a lo que ataque los valores nacionales. Por eso, sin conciencia histórica no

hay, como dije antes, sensibilidad para distinguir lo que atente contra los intereses colectivos.

Definir una tradición y velar por su constante progreso es deber de colectividades que aspiran a robustecer su personalidad en los cuadros de la historia universal. Tradición en este caso es fisonomía, tono, genio, carácter que diferencia a los grupos y les da derecho a ser tomados en cuenta como unidades de cultura.

Cada hecho antiguo tiene su oportuna valorización en el presente. Lo viejo se deshumaniza y prosigue como símbolo en lo que tenga de positivo. Del Negro Primero no miramos el analfabetismo y la violencia vegetal: alabamos la expresión de su fe primitiva en la libertad. A Jorge Bello nadie le examina su corriente valor humano para presentarlo como símbolo de la dignidad de la patria, cuando defiende el pueblo de San Carlos del artero ataque alemán. Domingo Antonio Sifontes, desamparado por la justicia de los hombres, revive la raza de los libertadores cuando apresa y castiga a las intrusas autoridades británicas que querían saciar la sed de expansión en nuestro territorio guayanés. No se cierra un pasado con muros tan sórdidos que impidan el eco de las voces antiguas. Y la fuerza de las voces nuevas acrece con el murmullo de las palabras viejas. En Estados Unidos, donde el progreso se ha afincado sobre el suelo de una bien cultivada tradición, las consignas nuevas no han borrado el eco de los mensajes de los grandes contructores de la nacionalidad. No sólo en plazas y avenidas asumen marmórea permanencia Washington, Hamilton y Jefferson; ellos viven vida perenne en el discurso común del hombre americano. La cultura joven no se desdeña en aquel gran país de ceñirse a fórmulas antiguas y de contenido absoluto. Cuando en Columbia University se doctoran los nuevos sabios que bloquean la estructura del átomo, oyen los mismos cantos litúrgicos que fijó para la pompa académica la constitución universitaria colonial.

5

Por común denominador que sirva de signo conjugante al caos humano que se mueve en el continente norteamericano, han sido extraidos los valores de la historia que arranca de la aventura de Cristoph Newport en 1607. No repugnan nuestros "buenos vecinos" del Norte las peripecias del coloniaje, más pobre y de menor empuje que las acciones de los aventureros españoles. En su historia no olvidan, ni toman de ello sonrojo, el arribo a Virginia, por el año 1619, de un "barco procedente de Inglaterra con noventa muchachas casaderas, quienes fueron dadas por esposas a aquellos colonos que pagaron ciento veinte libras por su transporte". Es decir, el relato de los orígenes de una sociedad puritana que se fundaba sobre una trata de blancas realizada del modo más honorable. Pero el norteamericano cree ganar fuerza para la elaboración de nuevos y eficaces valores, no sólo por medio de la asimilación de la historia forjada por los hombres que dieron comienzo a los establecimientos primitivos, sino también por la incorporación de los elementos de cultura de la vieja Inglaterra, de donde aquéllos trajeron una razón y un modo histórico de vivir.

Nosotros, como secuela, según ya apunté, del odio feroz que promovieron las crueldades de Monteverde, Boves, Zuazola, Moxó y Morillo, hemos intentado borrar de nuestros anales la época en que nuestra colectividad fue parte del imperio español, para fijar los soportes de la nacionalidad en los hechos realizados por los grandes patriotas que abatieron la contumacia colonizadora de España. Como resultado de esta arbitraria fijación, nos hemos negado a buscar la razón de nosotros mismos y de nuestra propia lucha emancipadora en circunstancias y supuestos producidos en nuestro subsuelo pre-republicano. Alejados de una lógica viva que persiga en nosotros mismos, es decir, en nuestro propio pasado nacional, la sustancia moral de nuestro ser social, hemos sufrido una ausencia de perfiles determinantes. Como corolario, no hemos llegado a la definición del "pueblo histórico" que se necesita para la fragua de la nacionalidad.

Cerrados a la comprensión de esta tesis, por demás cargada de venezolanidad, hemos buscado símbolos extraños para explicar la misma explosión de nuestro proceso emancipador, y hemos aceptado, a humos de amigos de la Libertad, principios tan extraños como el que sostiene el cubano Fernando Ortiz al proclamar que la guerra por nuestra liberación continental empezó en el canal de la Mancha con la destrucción de la poderosa Armada de Felipe II. Tanto como adelantarnos a negar los valores de nuestra colonia y entrar a la justificación de los piratas que destruyeron los asientos de nuestros antepasados españoles y detuvieron fatalmente la curva del progreso de nuestros pueblos.

Sólo a una mente obcecada por un menosprecio irredento hacia las formas de la política española puede ocurrir la idea de justificar como beneficiosa para nuestro mundo indohispánico la obra vengativa de Inglaterra y la labor asoladora de los piratas. (Se explica el caso de Fernando Ortiz por carecer él, individualmente, de la perspectiva histórica necesaria para juzgar el pasado colonial de su país: su sensibilidad está viva aún para alzarse contra las formas políticas que vivió su juventud.) En cambio, nosotros ya gozamos de una perspectiva de tiempo que nos permite mirar con serenidad y sentido nacional hacia nuestro pasado hispánico.

Destruido, aniquilado y felizmente convertido en un mundo distinto, el antiguo imperio colonial de España subsiste como tema de odio, de menosprecio y de codicia para el sajón. Y cuando este odio extraño se une incautamente con el odio retardado de quienes consideran patriótico mantener la enemiga nacional contra el mundo de las formas coloniales, los nuestros hacen suyos los elementos de los viejos enemigos de España y se cierran a la comprensión de nuestro pasado.

Se alaba la cultura de franceses e ingleses, y se echa a un lado el recuerdo de las barbaridades cometidas por los corsarios que aquéllos armaban para destruir las ciudades hispánicas del nuevo mundo. Para equilibrar los resultados de la conquista —desinterés y desprendimiento del español frente a la timidez y a la lentitud de otras potencias— ningunas más eficaces que las armas de los hombres sin ley que

venían a quemar nuestros asientos y a robar los galeones que conducían a Sevilla el fruto del trabajo minero; era criminal que el indio y el negro trabajasen las minas a favor de España, pero no era criminal vender aquellos negros ni matar a quienes transportaban el fruto de aquel trabajo. Bien estuvo que dicha moral tuviese defensores en la corte de Londres, donde se honraban piratas y negreros. Pero que del lado español y a través de tres siglos de reposo para el raciocinio haya historia nacional que adhiera a tal sistema ético, parece, por demás, descaminado. Aunque así parezca y pese a lo ilógico del caso, muchos han renegado su origen cultural y han maldecido la sangre española corrida por sus venas. Hechos todo oídos para recibir la leyenda del descrédito de España, hallaron en la propia autocrítica de sus hombres fuerza con que arrimarse a las tesis menospreciativas sostenidas por los otros. Olvidaron muchos que mientras Francia, Inglaterra y Holanda galardonaban a los asesinos y ladrones que destruían el imperio español, en el Consejo de Indias se escuchaban y atendían con profundo sentido humanístico las censuras contra el sistema de gobernar los reyes las provincias de América, formuladas por los juristas, los filósofos, los teólogos y aun por los mismos colonizadores españoles.

En la recia tela de su vida institucional labró España el pespunte de su crítica. Tuvo el valor, que es tuétano y esencia de su historia, para proclamar las faltas de sus hombres y tuvo también sentido para irles a la contraria. Pudo errar, pero no buscó hipócritas argumentos puritanos para ocultar los desaciertos de sus capitanes. Pudieron sus hombres haber sido arbitrarios con los indios y haber desoído las pragmáticas que los obligaban a servirlos en las encomiendas. Esas críticas no figuran en la historia de la colonización inglesa en Norteamérica, por cuanto allá no hubo encomiendas, en razón de haber sido sacrificados los indígenas, con quienes, tampoco, el inglés buscó la convivencia. En cambio, los crímenes de los conquistadores españoles palidecen ante las barbaridades cometidas entre sí, en Nueva Inglaterra, por los fanáticos pobladores que transportaban al nuevo mundo los tintes shakesperianos de la historia inglesa. "Toda la Europa —escribe nuestro gran Vargas— se espantó de una intolerancia tan chocante, porque

en ninguna parte se había visto ésta establecida como principio gubernativo de una manera tan formal y tan temible."

6

No dudo del sincero patriotismo de los que juzgan nuestro pasado español a la lumbre de un criterio opuesto al que otros y yo sustentamos y defendemos. Sólo he considerado desprovisto de humor eso de que se asiente que quienes hemos procurado hacer luz en el progreso hispánico de nuestro país, estamos promoviendo un regreso al antiguo sistema colonial. Sería creer demasiado en el poder de la evocación literaria.

Del mismo modo como no acepto la *leyenda negra* forjada a la sombra de la Torre de Londres, rechazo la *leyenda dorada* de quienes alaban la colonización española hasta la esclavitud y la Inquisición (*). Cuando he justificado en

---

(*) Los dos contradictorios tipos de leyenda provocados y mantenidos por la aplicación de conceptos extremistas en el juzgamiento de nuestro pasado colonial, tienen su contrapartida en las leyendas dorada y negra con que se ha pretendido a la vez adulterar la historia del proceso emancipador. Para algunos, Bolívar y nuestros grandes próceres son personajes excusados de toda manera de crítica. Diríase que la reseña de sus vidas, en la pluma entusiasta de algunos historiadores, tiene más intención hagiográfica que móvil de historia. Por el contrario, otros, fieles al criterio colonista de José Domingo Díaz, mantienen la violenta incomprensión de la época de la guerra. (Estos, claro está, no se cosechan fácilmente en suelo venezolano, pero en ciertas porciones de América tienen vigencia y ganan aplauso.) Para evitar los vicios que acarrean una y otra leyendas, ora en lo que dice a la historia de nuestro período hispánico, ora en lo referente a la era de la emancipación, debe procurarse una posición de equilibrio que tanto nos aleje de condenar sin examen la obra de la Colonia, como de vestir arreos de ángeles a los Padres de la República, así como del riesgo de poner alas seráficas a los conquistadores y desnudar toda virtud a los hombres de la Independencia. Para lograr ese equilibrio debemos empezar con convenir en el error inicial que provocaron y continúan provocando las banderías de tipo ideológico. De otra parte, y es ésta materia en extremo sutil y delicada, un hipertrófico sentimiento patriótico lleva a muchos de nuestros historiadores a negar a los otros escritores el derecho de ahondar y hacer luz en la vida de los Padres de la Patria. Argumento peligroso que, terminando en la deificación de los próceres, los aparta, con daño de la ejemplaridad de su humana posición de arquetipos sociales. Según los que

el tiempo la obra de nuestros mayores, es decir, la obra de los peninsulares que generaron nuestras estirpes y fijaron nuestros apellidos, he creído cumplir un deber moral con el mundo de donde vengo. Si mis primeros cuatro apellidos procedieran de Barbados o de Jamaica, tal vez estaría lamentando que mis presuntos abuelos no hubieran logrado el dominio de Tierra Firme. Y si doy mayor estimación a la parte hispánica de mis ancestros que al torrente sanguíneo que me viene de los indios colonizados y de los negros esclavizados, ello obedece a que, además de ser aquélla de importancia superior en el volumen, tiene, como propulsora de cultura, la categoría histórica de que los otros carecen. Como el mío, es el caso individual de la mayoría venezolana.

Jamás me ha movido la idea de servir a una desentonada hispanidad que pudiera adulterar nuestra característica americana. El gran árbol hispánico lo considero idealmente dividido, en razón de la estupenda aventura realizada por el pueblo español, no por la Corona de Castilla, durante el siglo XVI. Desde entonces hubo dos Españas: la de Indias y la peninsular. La primera, formada por las masas populares que pasaron a América, a revivir para el futuro el espíritu de la libertad antigua, abatida en Castilla por los reitres de Carlos I; la otra, condenada por largos años a sufrir la quiebra provocada por el fanatismo de los reyes y por la indolencia de los señores. Segundones e hidalgos arruinados guiaron la obra de las masas que vinieron a buscar aire para el espíritu y *cosa de comer* para el estómago, en nuestra América generosa. Buen ánimo supieron plasmar, para que al correr de tres siglos se produjera la mejor generación de hombres que ha visto nuestro mundo. Si he exaltado lo exaltable que hay en la obra de la Colonia, lo he hecho por cuanto en esa colonia cubierta de tinieblas, estaba forcejeando una Venezuela que labraba con reflexión y con pasión el instrumento de su libertad. Y como juzgo que la historia de una nación es tanto más vigorosa cuanto mayores sean los factores de cultura que ha venido sumando el

---

así piensan, tuvimos una brillante generación de semidioses que engendró una enclenque prole de enanos, incapaces de tomar por ejemplo sus acciones heroicas. (V. mi trabajo *La Leyenda Dorada.)*

pueblo al compás de los siglos, considero que nuestro país surgió a vida histórica cuando los españoles comenzaron la conquista. Sé que algunos se desdeñan de este origen, y prefieren una vida más corta, que parta, con la libertad, del 19 de abril de 1810. Esos, sobre negarse a sí mismos, niegan la fuerza de nuestro pasado, y para corregir su error debieran pensar que los historiadores ingleses, sabedores de lo que es un proceso de colonia, aceptan que "Bretaña surgió por primera vez a la luz de la Historia y se incorporó al mundo civilizado con la ocupación romana". Los australianos, al asumir la soberanía dentro de la comunidad británica, tomaron como día nacional el aniversario de la llegada a la gran isla de los primeros inmigrantes ingleses, y no la fecha de fijación de la *Commonwealth*. Con ello expresaron un propósito de arrancar de las Islas Británicas el origen de su vida de cultura. Esa misma razón me lleva a buscar la raíz de la vida venezolana, no en la selva que habitó el aborigen americano ni en la jungla de donde fue traído el esclavo doliente, ambos conjugados con el español dominador para producir nuestro vivaz y calumniado mestizaje; por lo contrario, he creído preferible deshacer la rota de los navegantes españoles y ver como nuestra, en trance de antepresente, la historia que desde los celtíberos sin data azotó con la fecunda y constante marejada del *mare nostrum* —marco de la más alta cultura humana— los acantilados espirituales del vigoroso imperio que se echó con Colón a la aventura maravillosa de buscar un mundo nuevo (*).

(*) Al ponderar sobre los demás valores el valor hispánico no desdigo de las posibilidades de las otras aportaciones sanguíneas. En el español considero una historia de que carecían nuestros aruacos y caribes y de que eran ignorantes aun los mismos descendientes de la reina de Saba. En la oportunidad de comentar en 1943 el libro *Familias coloniales de Venezuela*, del embajador español José Antonio de Sangronis, escribí: "Nuestro problema étnico tropieza para su explicación con esta valla de linajes "puros" y con el desasosiego que en muchos contemporáneos causa la ascendencia negra. En cambio, si no hubiera este horror a la verdad se vería, con pruebas fehacientes, cómo es incierta y falsa la teoría racista que niega posibilidades de superación a nuestro pueblo por la fuerte aportación africana. Otras serían las conclusiones si quienes conocen el secreto de las genealogías venezolanas pusieran en claro cómo mucha gente alardeante de limpias y empingorotadas estirpes castellanas, acaso han logrado singular brillantez intelectual y predominantes dotes de crea-

7

Para la formación de una conciencia nacional es necesario confiar más en el poder creador de las síntesis que en los frutos aislados y severos del análisis. Si bien necesitamos de éste para hacer luz por medio del examen de los fenómenos sociales, de nada, en cambio, valdrían sus resultados si luego de disociados los términos del problema no se lograse la fuerza constructiva que explique los hechos y determine la causa de que convivan temas y sentimientos que al pronto parecieran contradecirse. Por tal razón, el crítico de Historia, lo mismo que el sociólogo, debe poseer ventanas que le faciliten mirar a más de un rumbo, y tratar, sin repugnancia, como positivos, ciertos valores que parecieran contradecir el mismo progreso social, de igual modo como el fisiólogo estima ciertos tóxicos que contribuyen a la defensa del organismo. Precisa no olvidar que el mundo, como idea y como voluntad, jamás podrá representarse por medio de monumento de un solo estilo, sino como construcción dialéctica donde armonicen las contrarias expresiones del pensamiento y del querer humanos.

Quizá el sentido litúrgico e individualista que se quiso dar a nuestra historia ha impedido que se fijen las grandes estructuras ideales en torno a las cuales pueda moverse espontánea y fecundamente el mundo de la pasión y de la reflexión venezolana. Sin que se logre esa fijación de valores —no como conclusiones estáticas respaldadas o impuestas por academias, sociedades patrióticas o cuerpos policiacos— sino como elaboración común de una *manera* de obrar y de pensar, jamás se dirá que está cuajada para su efectivo progreso nuestra nacionalidad moral, más urgida de

---

ción social, en razón de las sangres mezcladas que corren por sus fementidas venas azules. Algo de profunda significación optimista sería el examen realista de nuestros entronques raciales, algo que serviría a disipar la ceniza de desfallecimiento que arrojan sobre nuestro porvenir los que se empeñan en renegar de nuestro capital humano. Sorprendente y alentador en extremo sería un examen de la aportación negra a la intelectualidad venezolana. Quizá llegue la hora en que la absolución de los prejuicios permita esta clase de indagaciones. (*Bitácora*, cuaderno 3.º, pág. 87. Caracas, mayo de 1943.)

salvaguardias que la propia extensión geográfica confiada a la nominal custodia de los cañones.

Para que haya *país político* en su plenitud funcional, se necesita que, además del valor conformativo de la estructura de derecho público erigida sobre una área geográfico-económica, es decir, que, demás del Estado, exista una serie de formaciones morales, espirituales, que arranquen del suelo histórico e integren las normas que uniforman la vida de la colectividad. La existencia del *pueblo histórico*, que ha conformado el pensamiento y el carácter nacionales, por medio de la asimilación del patrimonio, creado y modificado a la vez por las generaciones, es de previa necesidad para que obre de manera fecunda el *país político*. Se requiere la posesión de un *piso interior* donde descansen las líneas que dan fisonomía continua y resistencia de tiempo a los valores comunes de la nacionalidad, para que se desarrolle sin mayores riesgos la lucha provocada por los diferentes *modos* que promueven los idearios de los partidos políticos. Antes que ser monárquico o republicano, conservador o liberal, todo conjunto social debe ser pueblo en sí mismo.

La crisis de nuestros partidos históricos acaso derive de esta causa. Nuestra política anterior a 1936, había degenerado en política tribal. El viejo cacique que se *comprometía* a sostener a un jefe. Tan caprichosa fue la manera de verse la política, que cuando el general Juan Bautista Araujo, llamado el *León de los Andes*, pactó con Guzmán Blanco, su partido, es decir, el antiguo partido oligarca que desde Trujillo dominaba a la cordillera, se llamó *Partido liberal guzmancista araujista*. Un galimatías sobre el cual se han fundado en nuestro país todos los sistemas personales de gobierno que ha sufrido la República (*).

(*) Los grupos tribales que en su forma semirrural constituyeron los nudos oligárquicos donde radicó el principal apoyo que gozaron lo mismo Guzmán Blanco que Juan Vicente Gómez, han tenido y prosiguen teniendo su correlativa representación en los grupos oligárquicos de la capital (comerciantes, banqueros, abogados y terratenientes) que han venido sucediéndose imperturbables desde Casa León y Patrullo hasta la época presente, si no sobre la vertebración de las mismas familias, ya que lo ha impedido nuestra democracia social, sí validos de la flexibilidad con que el empingorotado grupo de beneficiados se abre para meter en su cinturón de hierro a los nuevos representantes del poder económico. Si borrado de la memo-

Sin embargo, el problema de los partidos ha tomado carácter distinto a contar de la muerte del general Gómez, ya que el país quiere sistemas en lugar de hombres a quienes la fortuna o el azar convierta en dispensadores de honras y favores. Por superada se ha visto la etapa en que los pronunciamientos militares se consideraron curados de su *pecado original por el éxito logrado en la conducción de los destinos públicos.* Filosofía hedonista, grata a los dictadores y a sus áulicos, sobre la cual estribaron nuestros viejos déspotas. Por eso ha habido partidos circunstanciales, para ganar elecciones, como las *Cívicas Bolivarianas;* los ha habido creados desde el propio Poder, para dar continuidad ideológica a un sistema de gobierno, como el Partido Democrático Venezolano; los ha habido como expresión de programas marxistas, como los Partidos Comunistas puros y como el Partido *Acción Democrática;* los ha habido como sistemática de principios liberales, como *Unión Republicana Democrática,* y los ha habido como encauzamiento de una ideología social-cristiana, como el partido *Copey.* Todos ellos han correspondido a un propósito de dar a la lucha política marco distinto al de los viejos métodos de mero personalismo, y al propósito de hacer racional el proceso electoral para conquistar el Poder. El pueblo llegó a creer en ellos y se agrupó en sus filas. Fracasó *Acción Democrática,* cuando precipitadamente, con el apoyo militar, tomó los instrumentos del poder. Mas, a pesar de tal fracaso, existe la conciencia de que son necesarios los partidos como únicos medios para hacer efectiva la consulta popular de donde deriven las instituciones cívicas de la nación. Si están en crisis, como consecuencia del paréntesis *de facto* que atraviesa la República, ello se explica también en parte

---

ria de la gente, al menos los periódicos de la época —testigos que no mancan— deben mantener el recuerdo de la recepción apoteótica que la Banca y el alto comercio tributaron al general Gómez después de las fiestas del centenario de la batalla de Carabobo. "El caudillo de diciembre" parecía en el momento de los homenajes la propia reencarnación del Páez victorioso a quien se rindió el rancio mantuanaje colonial. Uno y otro tuvieron en sus respectivos tiempos el privilegio de distribuir las bulas del perdón y los vales de la victoria, y ninguna otra cosa ha buscado nuestra detestable oligarquía, condenada hoy, como consecuencia de su entreguismo, a lisonjear y servir también los intereses del poder y del capital extranjero.

por nuestra crisis general de pueblo, rémora permanente para que no se haya desarrollado el sentido de la institucionalidad y de la responsabilidad sobre las cuales descansa la vida de los Estados.

Pese a que exista dicha crisis, ella no debe llegar hasta abolir toda fe en los valores populares y convertirnos en apóstatas de la República. De lo contrario, es preciso ir al pueblo y ayudarlo en la solución de sus problemas, de ellos esencial, en el orden de la política, el que se endereza al sincero, honesto, libre e igualitario ejercicio del voto. Antes que asirnos a las tesis pesimistas de quienes niegan al pueblo las posibilidades de superar sus reatos, hagamos nuestra la fe del insigne Vargas, cuando proclamó en la Sociedad Económica de Amigos del País, el año 1833, la siguiente consigna: "Los pueblos todos tienen en sí el poder de elevarse a las más altas ideas, a las acciones más heroicas, al mayor esplendor, según la educación que reciban, las circunstancias en que se encuentren y las influencias bienhechoras de sus gobiernos y de sus leyes. Si el clima y los otros agentes físicos de la localidad modifican el desarrollo primitivo de su gobierno, de su carácter moral y de su legislación, sin embargo, esta influencia puede ser, y siempre ha sido, dominada y corregida por las instituciones y las leyes, quedando, desde entonces, como un matiz que acompaña a un pueblo en sus estados diversos de progreso, grandeza, decadencia, ruina."

* * *

Días atrás un amigo preocupado por los problemas del país, me envió un largo ensayo sobre temas indoamericanos y, en especial, acerca del momento que vive Venezuela; y como me instó a opinar en el caso, yo, glosando una grata conversación con Darío Echandía, por entonces ministro de Gobierno de Colombia, le respondí en los términos siguientes:

"Hubo una época bárbara en la historia de las naciones, durante la cual el poder se discernía a quienes tuviesen mayor destreza en descabezar hombres. La cultura marcó el tránsito a un estadio en que se adoptó como método de gobierno dar el poder a quienes pudieran contar mayor nú-

mero de cabezas a su favor. Para ello era preciso consultar a los hombres, y surgió el sistema electoral, existente en la práctica mucho antes de que Rousseau formulase su famosa teoría del Contrato Social.

"En las monarquías absolutas, el Poder se concretaba en el rey por medio de una fórmula mágica, que estilizó el viejo concepto de los descabezamientos. Ciertos teólogos protestantes fueron muy adictos a la teoría del *derecho divino* de los reyes, y olvidados del pueblo, hacían pasar de Dios al rey, directamente, la función carismática del Poder. Santo Tomás de Aquino, por lo contrario, reconoció en el pueblo el intermediario entre la Omnipotencia y los agentes visibles del Poder. El jesuíta Laínez, en el Concilio de Trento, sostuvo que "la fuente de todo poder reside en la comunidad, quien lo comunica a las autoridades". ¿Y cómo se comunica racionalmente este poder sin la consulta popular? Por ello yo creo en la procedencia del sistema electoral, a pesar de sus imperfecciones. Y aun en algo más: creo en el pueblo de Venezuela, de quien sus dirigentes han aprovechado, a todo lo largo de nuestra historia, la ignorancia y los demás defectos que sobre él pesan, sin que se hayan tomado en cuenta, para beneficiarlo, su natural inteligencia y buenos instintos. Tampoco he creído en las razones pesimistas que muchos invocan para justificar nuestra indisciplina social. Nos han faltado hombres honestos que aprovechen el poder para contribuir al mejoramiento de las masas.

"Respecto a la necesidad de las elecciones, y consiguientemente del juego de los partidos políticos, sólo cambiaré de criterio cuando se me presente otra teoría que explique mejor el origen y el fin racional de los poderes públicos. Mientras tanto seguiré, con Lincoln, en la creencia de que ellos deben emanar del pueblo y ejercerse por el pueblo, para beneficio del pueblo. Es decir, seguiré creyendo en la democracia liberal que forma, así hayan sido tantos nuestros reveses, el verdadero sustrato de nuestro pueblo."

De algunos sé que piensan diversamente. Afincan ellos sus ideas en premisas con antecedentes históricos. Supersticioso del derecho ajeno, respeto la honestidad que debe presumirse como numen de tales conclusiones, hijas, a mi juicio, de fáciles yerros en el proceso de disociar circuns-

tancias tenidas como de rigor sociológico. Creo, en cambio, que la ausencia de partidos políticos ha ocasionado una de las más lamentables crisis en la vida de la nación. Fundados los Gobiernos sobre compromisos personalistas con *los jefes* de turno, ha ocurrido una dispersión de actividades, por el ascenso, violento e inconsulto, de los hombres al ejercicio de la función pública. Sin madurez para la crítica social, los beneficiados en el escogimiento han procurado *asegurarse*, no por el desarrollo de una labor en provecho de la nación o de la mística del partido, sino por medio de actos que mantengan en viva complacencia a los superiores. De aquí el incondicionalismo que ha sido una de las grandes *virtudes* para el medro en nuestra política. Y como lo que se ha tratado es de dar *colocación* a los amigos, se ha mirado al lucro del destino, sin ver lo que gane el Estado. De allí la falta de selección y el descaro con que se hace, pongamos por caso, de un modesto talabartero un empinado funcionario consular. Por ello carece la República de un elenco de funcionarios que se hayan preparado por medio de la fecunda continuidad del servicio. Cada régimen tiene sus *nuevos hombres*, que de llegar a aprender, no serían utilizados por la reacción que provocarán los siguientes beneficiarios del poder, y entonces sucederá que quien se ejercitó, digamos por caso, para servicios penitenciarios tenga que buscar colocación como tractorista. A fuerza de estrenar hombres, la República carece de figuras directoras, pero posee una larga y dolorosa nómina de estadistas frustráneos y una infecunda categoría de *ciudadanos "toeros"*, como los llamó Rafael Seijas (*).

(*) Ciertas inteligencias simplistas dan con frecuencia en la flor de considerar que cuando se recomienda el estudio y el aprovechamiento de los valores tradicionales se aconseja con ello una posición estática capaz de impedir el progreso de las instituciones. Se mira hacia la Historia en pos de lo positivo y creador que ha fabricado el tiempo, y en búsqueda, además, de las causas que invalidan el avance de determinadas actitudes sociales. Muchas de nuestras fallas de pueblo provienen de haberse desechado o de no haberse acabalado ciertos valores positivos del pasado; otras, por el contrario, derivan de habernos conformado definitivamente con situaciones disvaliosas provocadas por hábitos, usos y costumbres que no hemos procurado indagar para la debida superación.

En Venezuela, desde viejos tiempos, ha adquirido plaza una categoría social que arranca del hecho desnudo de gozar el individuo la

8

BASTANTE he repetido que la *fisonomía* popular deriva de la capacidad que tenga la comunidad para asimilar los varios valores fundidos en el disparejo troquel de la Historia; algo distinto de conocer de memoria o de leída los anales antiguos. Asimilar el pasado es tanto como sa-

---

llamada "influencia política". Hoy, aparentemente menos que ayer, así perviva en formas aún más graves, se ha juzgado título de mérito moverse dentro del radio de la esfera gubernamental. (Ser "cacho gordo" en los círculos de la política, según la jerga intuitiva del pueblo.) Los estrados de La Viñeta, de Antímano, de Santa Inés, de Villa Zoila, de Las Delicias y de Miraflores; las antesalas de los Ministerios; las Casas de Gobierno de las provincias; las salas de bandera de las guarniciones militares y aun el círculo exiguo del jefe civil de Parroquia han sido vistos como zonas de privilegio dignas de ser frecuentadas a costa de cualquier sacrificio personal. Caminar hacia el logro de estas franquicias ha sido objetivo común del hombre venezolano, considerado tanto más hábil como político cuanto más fácil le sea lucrar con los beneficios que garantiza una buena amistad con los personeros en turno de la autoridad. La política, enmarcada en los cuadros cerrados de lo personal, no buscó el aire de la calle, donde lucieran las voces de las doctrinas y de los sistemas, sino la artesanía dirigida a influir en los de arriba, para asegurar ayuda al mayor o menor grupo de parásitos que han formado la clientela abigarrada de los traficantes de influencias. Para el buen éxito en esa política barata han sido armas eficaces la palabra insinuante, el gesto zalamero, la actitud obsequiosa, el ademán complaciente, la impudencia festiva, el compadrazgo de provechos, el criterio conformista, la voluntad dócil, la maniobra turbia, la insolencia valentona y la solidaridad en la artería.

La política dejó de verse, en consecuencia, como una actitud moral puesta al servicio del pueblo o como oportunidad de contribuir a la ampliación del radio de la prosperidad general, incluidos, claro que sí, como función concomitante, el propósito de lucimiento personal y la perspectiva de un beneficio honrado en la materialidad de los provechos. La política, desprovista del sentido de solidaridad social y de responsabilidad nacional que debiera distinguirla, ha sido para muchos un sistema encaminado a lograr cada quien su parcela de influencia en el orden de la república. El abogado ha de ser político, porque sabe mejor que nadie cómo un jeme de apoyo mide más que una vara de justicia; el comerciante ha de ser político para evadir impuestos, obtener cupos, lucrar con el contrabando o jugar al estira y encoge de los aranceles; el agricultor ha de ser político para tener garantizada la tranquilidad de la peonada o ver limpios los caminos por donde transitan las recuas o los carros con el fruto de sus tierras.

berse parte de un proceso que viene de atrás y proceder, en consecuencia, con el carácter y la fisonomía que ha surgido como determinante del grupo. No es, según algunos entienden, mirar fijamente como lechuzas hacia las tinieblas del tiempo y obrar *como hubieran obrado los viejos*. Asimilar la Historia es constituirnos en canales anchos y firmes para que toda la fuerza antigua, más la nuestra, puedan tornarse fácilmente en futuro. Tanto como crear nuevos imponderables que den majestad a la nación. Sin la asimila-

---

Cambiados la estructura de la economía y el mismo régimen de la vida nacional, también ha variado el curso de los métodos de influir; pero ha durado, como consecuencia de nuestra peculiar conformación económica, el concepto de que constituye un "ábrete sésamo" el estar "bien con el Gobierno".

El dilatamiento de esa posición solícita de influencias, ha dado tal preponderancia a la fuerza del oficialismo que, a su lumbre diabólica aparece vestido de certidumbre el dicho que en 1877 criticaba Luis López Méndez, y según el cual "nuestro pueblo es de los más fáciles de manejar" Claro que es fácil manejar a un pueblo cuyos hombres más conspicuos están ávidos de enajenar la voluntad a cambio de una cuarta de influencia, así ésta, en numerosos casos, no sirva sino para presumir de "pesados". Pero, como agrega López Méndez, un pueblo no es para que lo manejen, sino para "manejarse por sí propio y no abdicar nunca sus derechos".

La historia de nuestras viejas oligarquías no ha sido sino la historia de una persecución del mando o de su sombra, para beneficio de intereses personales. Hoy ha variado la estructura de los grandes centros económicos, pero ayer, y aun en el presente de la provincia, el juego se hizo en torno al cacique que mueve intereses aldeanos con promesas de inmediatos beneficios. Mientras esa estructura subsista y la relación de intereses se haga a base de influencias para encubrir las leyes o para participar en la distribución de los negocios del Estado, los Gobiernos mantendrán una fuerza capaz de conservarles a su favor el grueso de una aparente opinión. La verdadera opinión, en cambio, no se hará sentir en virtud de tal interferencia, y los mismos hombres llamados a apersonarse de la necesidad de ir a un sistema cónsono con el concepto de la República, seguirán sonriendo y festejando a los "vivos" que saben aprovechar las situaciones.

Este examen podría aplicarse a otros países de América, y aun abultarse en algunos sus conclusiones, pues no estamos nosotros a la zaga de ninguno en materia de moralidad política. Pero no debemos hacer el tonto consolándonos con los males ajenos. Quizá nosotros podríamos, con mayor facilidad que otros, enmendar con éxito nuestros yerros y optar caminos que nos lleven a una política de altura capaz de superar la crisis de categorías que ha colocado sobre todo mérito cívico o cultural el mérito de saber medrar con la voluntad del régulo de turno.

ción racional de la Historia, el pueblo carecerá del tono que le asegure el derecho de ser visto como una nacionalidad integrada. Algo de magia o de religión reclamaron las colectividades antiguas para obtener relieve en la superficie del tiempo. Los caciques se creían con facultades para interpretar los signos. Los reyes dijeron haber recibido de la divinidad la fuerza que los convertía en dispensadores de la justicia. Hoy, según Erich Kahler, sólo queda la tradición como *religión profana* que sustituya la fuerza de aquellos poderes mágicos.

Nosotros, lejos de perseguir fórmulas que nos pongan en el dominio de las fuerzas tradicionales, intentamos destruir de raíz el estilo de vida de la comunidad, cada vez que el azar nos permite influir en el destino social o cultural de nuestro pueblo. Sin mirar los balances favorables y los signos positivos de las épocas anteriores, buscamos hacer la tabla rasa para empezar una nueva construcción. Por ello, de cambio en cambio, de modificación en modificación, de sistema en sistema, de ensayo en ensayo, hemos llegado, en el afán de borrar el pasado, hasta frustrar nuestra genuina fisonomía nacional. La *revolución de octubre* de 1945, afanosa de componer *lo corrompido* anterior, habló hasta de una *segunda independencia.* Lo mismo habían hecho todos los movimientos precedentes cuando tomaron el gobierno. Si leemos los discursos inaugurales de los ejercitantes del Poder, hallaremos que Venezuela ha nacido tantas veces como regímenes personalistas ha soportado. Nuestros gobernantes no han dicho como Luis XV: *Después de mí, el diluvio.* Sin sentirse responsables de lo que siga, como consecuencia histórica de sus actos, han visto el pasado para justificar su ascenso a los nuevos comandos, y entonces, en tono de augures y comparando el escaso puchero de ayer con el opulento banquete de hoy, han declarado: *Antes de mí era el caos.* El discurso de Guzmán Blanco para celebrar en 1874 el aniversario del 27 de abril, pudo haberse pronunciado en cualquier conmemoración acciondemocratista del 18 de octubre. "Yo no me presentaría aquí a recibir las felicitaciones de mis conciudadanos —decía el ilustre americano— si no tuviera la conciencia que he cumplido con mi deber y de que Venezuela unánime está satisfecha de los resultados de la Revolución que me tocó presidir. Este día

debe conmemorarse como de los más gloriosos de la República, porque él ha asegurado la tranquilidad general, no por sólo los cuatro años pasados, sino por diez, por veinte, por cuarenta, y por la eternidad."

Lo mismo que proclamaron Guzmán y Betancourt, lo sintieron o lo mintieron Gómez y Castro, Crespo y los Monagas. Cada uno se creyó a su turno el mago de Venezuela, y preocupados los magos y los brujos de cada momento en variar y mejorar a su modo el rostro de la patria, hemos terminado por sufrir una fatal ausencia de perfiles determinantes. Creo que cualquiera conviene conmigo en que sea ésta la peor de las crisis que sufre nuestro país.

9

José Martí, en su estilo amoroso, describió desde New York, por junio de 1885, uno de los más bellos episodios de tolerancia y comprensión que pueda ofrecer un pueblo civilizado. Se trataba de la fiesta celebrada para honrar a los soldados caídos en defensa de la vencida Confederación; es decir, con anuencia del Gobierno federal, se festejaba la memoria de quienes sostuvieron la bandera de la Secesión. La bandera de la causa que intentó destruir la poderosa unión norteamericana. Semejante la fiesta, con la diferencia de dimensión de los hechos, a la que hubiera podido celebrar durante el gobierno de Castro, en algún sitio de Venezuela, el general Manuel Antonio Matos, para honrar a los que cayeron heroicamente en la Revolución Libertadora.

"La tolerancia en la paz es tan grandiosa como el heroísmo en la guerra. No sienta bien al vencedor encelarse de que se honre la memoria de las virtudes del vencido", empieza por decir Martí; y luego pinta, para dar marco ponderativo a la nobleza de los homenajes, cómo fue de bravía la lucha en que quedaron aniquiladas las fuerzas del Sur, para que sobre su ruina definitiva se alzase el vigoroso edificio de la Unión, y cómo hubo lágrimas de ternura para honrar a Jefferson Davis, anciano y terco jefe de la abatida Confederación.

La guerra de Secesión fue para los Estados Unidos algo

tan duro como la propia guerra de Independencia: basta recordar que la recuperación de los estados del Sur costó un enorme esfuerzo de doce años. Sin embargo, lograda la Unión, que era el propósito del Norte (antiesclavista, más por competencia de mano de obra que por sentimientos de humanidad), se buscó crear nuevos valores que condujeran a mantener la continuidad del pueblo histórico. Y del mismo modo como el país se dispuso a levantar a las márgenes del Potomac el fastuoso monumento a Lincoln (único tal vez que luchó, no por servir a la industria del Norte, sino a la causa de la Humanidad), también las autoridades vencedoras vieron con respeto los homenajes que los sudistas rendían a sus héroes caídos. Había allí la expresión creadora de un sentido de asimilación integral de la Historia. No se miraba, para dibujar el cuadro nacional, a solo un concepto y a sola una tesis. A ésta se la obligaba al deber del reverso, y para la síntesis final —donde gravitan las estructuras morales— se daba cabida a los mejores argumentos de la contradicción. El efecto de esta confusión fecunda de valores, provoca el caso de que quienes no conozcan la historia de Estados Unidos tomen la casa de Roberto Lee, ubicada junto al cementerio heroico de Arlington, como la mansión de uno de los grandes forjadores de la Unión. "En otro país —comenta Martí— hubiera parecido traición lo que aquí se ha visto con calma."

Esta posición del norteamericano responde a una noción que arranca de su manera de ver el mundo en función de síntesis constructivas. Tolerar que los vencidos se unan para honrar a sus capitanes muertos es mostrar respeto al pensamiento y al querer ajenos; querer y pensamiento que en último análisis no son tan ajenos como al pronto pareciera. Si admitimos la solidaridad de la comunidad, hemos de aceptar nuestra relativa participación en los triunfos y en los errores de nuestros compañeros de patria. Como personas podemos de ellos diferir; como individuos, a la par integrantes de una colectividad, somos parcialmente responsables de sus actos. También los derechos y las franquicias políticas nos son garantizados en proporción al grado de posibilidad de que los gocen los demás. Aunque lo olvidemos, la comunidad ejerce secretos imperativos.

Puede decirse que ésta es una manifestación clara del

conllevar necesario para ascender a las grandes creaciones sociales. Nada más lúgubre y pesado que la marcha de una comunidad totalitaria, donde no haya comprensión ni tolerancia para los valores contrarios y para las aspiraciones opuestas, y donde, por lo contrario, se imponga una fuerza que quiera la unanimidad del sufragio de las conciencias. Cristo mismo, según interpreta don Juan Manuel en viejo romance, "nunca mandó que matasen ni apremiasen a ninguno porque tomase la su ley, ca El non quiere servicio forzado, sinon el que se face de buen talante e de grado".

No huelga el repetirlo: para el juego armonioso y fecundo de las vías corrientes que coinciden en formar el fondo cultural de la comunidad es de imperio que ésta comparta ciertos *cánones* que sirvan de sillería donde descansen los grandes y aun opuestos arcos que, sucesivamente, en función de progreso, van creando las generaciones. Sin un sistema de valores que guíe la reflexión y la pasión del pueblo en el proceso de realizar su destino, las iniciativas de los grupos pueden convertirse en factores anárquicos y disociadores, capaces de tornar la psiquis nacional en fragmentos discontinuos, donde pudieran proliferar los chovinismos regionales.

10

Creo con Luis López Méndez "que el nivel general de la inteligencia y aptitudes del pueblo venezolano es, por lo menos, igual que el de la inteligencia de los neocolombianos". Sin embargo, parece que hubiera en Colombia un mayor sentido de asimilación de la Historia y que tuvieran nuestros vecinos mayor comprensión para crear valores nacionales.

La más elocuente lección al respecto me la dieron las numerosas estatuas y bustos que decoran parques, plazas y plazuelas de las distintas ciudades de Colombia. Para el colombiano, el muerto parece deshumanizarse, a fin de que se vea sólo la ejemplaridad de sus grandes hechos. Los vicios y los defectos se van con él a la tumba, como expresión de lo corruptible que perece. A la Historia interesa apenas el valor creador de las vidas. Pueden por ello estar pareados

los difuntos, así sus actos de vivos se hubieran contradicho abiertamente. Y si el muerto no tuviese aún los contornos requeridos para su transformación en figura nacional, el homenaje que le rinden compensa en aplausos la falla del coturno. Tomás Cipriano de Mosquera fue el caudillo de la gran revolución que en Ríonegro hizo de Colombia un tablero movedizo de autonomías. Rafael Núñez, liberal antiguo, desairado más tarde por aquél, fue el artífice, con Miguel Antonio Caro, de la Constitución que en 1886 redujo a Estado unitario la compleja y deshilvanada Federación Colombiana. Uno y otro, Mosquera y Núñez, solemnes en los respectivos vaciados de bronce, guardan las opuestas entradas del Capitolio de Bogotá. Uno y otro se ignoran en su nueva vida de inmortales. Podría decirse que se dan la espalda. Pero ambos están de pies, sobre los severos pedestales donde se expresa el homenaje que les rinde la Patria, en actitud de cuidar la integridad histórica de Colombia. Y como no es éste el único ejemplo de convivencia póstuma de los valores antiguos, en plazas y rincones vemos honradas las figuras más contradictorias: Miguel Antonio Caro, Rafael Uribe Uribe, Benjamín Herrera, Julio Arboleda. Las futuras generaciones seguramente miren, en sitios tal vez vecinos, los bronces de Darío Echandía y de Laureano Gómez.

Como contraste venezolano a esta actitud comprensiva de los colombianos —tanto más laudable cuanto en el sustrato social del país vecino se mueve una barbarie destructiva que supera la nuestra—, en Caracas no se ha podido honrar aún la vigorosa memoria de Guzmán Blanco, disímil y falto de lógica en muchos de sus actos, pero de balance favorable para los intereses del país. No se ha logrado ni trasladar sus cenizas al Panteón Nacional. Expatriado aún por los odios de la política, diríase que duerme su exilio en el cementerio de Passy. Lejos de crear y de completar símbolos, nosotros aplicamos la crítica negativa a nuestros hombres, y más nos place saber que un compatriota ha fracasado que escuchar una palma para sus bien logrados éxitos. Nuestro egoísmo nos lleva a sentir como favorable a nuestra carrera pública el descrédito de los venezolanos de ayer y de hoy. Nos cuesta honrar a los otros. Apenas cuando la política del momento influyó para el homenaje oportunista, fueron erigidas estatuas a Antonio Leocadio Guzmán, a Ezequiel Zamora y

a Juan Crisóstomo Falcón. Los Monagas y Páez, con bronces en Caracas, son mirados no por jefes de partido, sino como padres de la Independencia. Si la demagogia y el oportunismo han reclamado homenajes, se ha procedido, en cambio, a concederlos a toda prisa. Por eso Guzmán Blanco tuvo estatuas en vida, y a Gómez se ofrecieron monumentos, destruidos por las turbas una vez muerto. A Leoncio Martínez le otorgó recientemente el Consejo de Caracas honores ayer negados a Andrés Bello. En 1945 se opusieron los *maestros* a festejar como día suyo el aniversario del grande humanista, al cual antepusieron, como preferible, la fecha reciente de instalación del gremio de profesionales de la enseñanza primaria y secundaria. A don Cristóbal Mendoza, primer ejercitante de nuestra suprema magistratura independiente, se pensó en 1939 erigir una estatua en plaza caraqueña, como signo promisorio de la civilidad que dio forma a la primera República, y tal propósito chocó contra intereses de tipo cantonalista, que cobraba a Mendoza su oriundez serrana (*).

Aun los más distinguidos guerreros y hombres civiles de nuestra vida republicana no han sido vistos en función nacional, sino en trance de servidores de un Gobierno partidista. Soublette y Gual, figuras austeras de la época heroica, sufren la ubicación parcelaria que derivan del papel jugado en la política de partido. Si hay pereza en la justicia, mayor abandono y responsabilidad se abultan cuando se piensa que aquélla no es acto aislado para satisfacer meros compromisos. Honrar a los hombres que por medio de la consumación de actos nobles y creadores o por la aportación de ideas que sirvieron al progreso moral o material del país, forjaron nuestra historia es mantener en vigencia, para

(*) El desdén para honrar a nuestros grandes valores culturales y presentarlos al pueblo como luminosos arquetipos, contrasta con la precipitación puesta en juego para rendir parias a personas aun de méritos comunes, si para el caso se mueven circunstancias de aledaño interés. Con ello se rompe la lógica de las categorías y se hace inválida la justicia. Basta, por ejemplo, ver la facilidad con que se da el nombre de muertos medio sepultos, y aun de gente en su entero pellejo, a establecimientos y centros de enseñanza, mientras duerme en el rincón del olvido la memoria de esclarecidos constructores de la nacionalidad. En todo ello la reflexión creadora queda sustituida por el ímpetu de nuestro tropicalismo sentimental. Hasta en el área de la cultura somos siempre el país de las corazonadas.

la continuidad de la acción, el mérito de las obras y la amplitud de los pensamientos ductores. Es sumar símbolos al patrimonio moral de la nacionalidad.

Aún más: el respeto popular de Colombia hacia sus grandes hombres vivos contrasta también con la delictuosa indiferencia que el hombre venezolano tiene para sus máximas figuras representativas. En Bogotá, aun limpiabotas y pacotilleros ignorantes se inclinan orgullosos al paso del maestro Sanín Cano; valiosos liberales saludan con respeto a Laureano Gómez, y furibundos *chulavitas* se descubren ante Eduardo Santos. En Caracas, recientemente, la insolencia de un chófer de plaza provocó que un idiota agente de la Seguridad Pública condujese al cuartel de Policía, entre palabras soeces, al maestro Key-Ayala. La humanidad física y la dimensión de los méritos de Francisco José Duarte son desconocidos por más del noventa y nueve por ciento de los caraqueños con quienes a diario tropieza el sabio matemático. Esta crisis es más de estudiarse y de ponerle remedio que la crisis literaria que inquieta a nuestro ilustre Uslar Pietri. Acaso aquélla ayude a explicar la otra, si pensamos que al pueblo no se le ha enseñado a estimar el valor de los hombres que velan por su cultura y labran su tradición intelectual. De lo contrario, aquellos sectores clamantes porque se les muestren signos orientadores, ven con sorpresa cómo los hombres llamados a proponer caminos de altura se destrozan entre sí, en alarde enfermizo de exhibir vicios y defectos como el solo sustantivo válido de la sociedad. Diríase que nuestro público padeciera de sarcofagia moral y que, para saciarla, los escritores le ofrecieran cadáveres por alimento literario.

Todo ello sucede en razón de no haber alcanzado la conciencia venezolana las estructuras ideales que le permitan una síntesis capaz de servir, a manera de tabla de valores, para fijar meta a las acciones del pueblo, a causa de ello, dispersas y de menguado fruto. No ha asimilado el país el pro y el contra de los acontecimientos, felices o funestos. que realizaron los hombres antiguos, y por tal razón carece de elementos críticos para sus juicios presentes. En verdad, la Historia no ha realizado entre nosotros su verdadera función de cultura, y el pueblo vive aún en la linde mágica de la liturgia de efemérides.

II

En nuestra vida de pueblo tal vez se haya opuesto a la adopción de una actitud que facilite el proceso de disociar circunstancias para ir a una síntesis de cultura, el mismo espíritu anárquico que se abultó en nuestro medio, como consecuencia de la conquista —y de su mal aprovechamiento a la vez—, de una temprana y generosa conciencia igualitaria.

En ninguna parte del Nuevo Mundo influyeron tanto como en Venezuela los factores externos para modificar al poblador venido de ultramar. Trescientos años de residencia americana fueron suficientes para que el hombre nuevo de extracción hispánica y el propio peninsular postreramente llegado adquiriesen una visión más universalista de la vida y sintieran, como resultado de los cruces sanguíneos, la justeza de los ideales igualitarios.

La mayor repercusión que tuvieron entre nosotros los sucesos de la Francia revolucionaria —no sólo llegados en mensajes teóricos a los hombres ilustrados, sino también hasta las clases bajas, en recados procedentes de los negros de La Española— sirvió para dar nueva expansión de realidad a la conciencia igualitaria que en nuestra pobre colonia había venido quebrantando algunos privilegios de los mantuanos. (En la ciudad de Trujillo, por ejemplo, se dio el caso, a fines del siglo XVIII, de dejar de hacerse en la parroquia la procesión del Santísimo Sacramento por no atreverse a negar el cura las varas del palio a cierta gente de *señalada influencia,* cuyas partidas bautismales estaban inscritas en el libro destinado a *esclavos y gente común.*)

La vocación igualitaria del criollo creció en razón del nivel doloroso y fraternal creado por la guerra a muerte, la cual, junto con la devastadora guerra federal, forjó la democracia social que caracteriza a nuestro país.

Sin embargo, el goce de la igualdad no ha correspondido entre nosotros a sus verdaderos conceptos y alcances. Olvidando muchos que la igualdad se limita a garantizar el derecho de identidad en las oportunidades, se la ha tomado como "facultad para hacer *todo* lo que puede el vecino",

sin parar para ello mientes en que las más de las veces ese *todo* está relacionado con una legítima categoría de cultura. Considerados por sí y ante sí los individuos como fuerzas capaces de guiarse a sí mismos sin oir consejos mayores, se ha producido el estado de autosuficiencia que hace de cada venezolano un candidato capaz de repetir, al recibir una elección para cualquier cosa, discurso semejante al del tonelero de Nuremberg. Y junto con esa autosuficiencia presuntuosa, la anarquía deplorable que, oponiéndose al fecundo trabajo de equipo, provoca esa especie de desagregación de la mente colectiva, de donde han surgido las formas desequilibradas que dieron oportunidad a la intervención del *gendarme* como garantía transitoria de orden.

La caprichosa estimativa de la igualdad ha promovido también la crisis de jerarquía y la crisis de responsabilidad que tanto han contribuido al desajuste de nuestro proceso social. Lo que un diplomático extranjero captó en 1911 para decir que "en Venezuela nadie está en su puesto" ha llegado a tener expresiones jamás previstas. Entre nosotros cualquiera, en razón de la ausencia de categorías, sirve y se presta para todo. La lógica de la Historia, madre de valores, ha sido sustituida por la magia de las corazonadas y por la suficiencia que miente la audacia, unida al conformismo momentáneo. Justamente un país como el nuestro, producto de una colonización popular como la española, debió haber formado una *minoría egregia*, que, de acuerdo con el concepto de Ortega y Gasset, contribuyese a que fuésemos *una nación suficientemente normal*. La formación de esa *minoría egregia* no ha logrado posibilidad ni en nuestra misma Universidad, mero centro de instrucción y de técnica, donde poco se han mirado los verdaderos problemas de la cultura. Y cuando se ha intentado crear y mantener esa minoría rectora ha sido sobre falsos supuestos económicos, que sirvieron y continúan sirviendo de temas para empujar el huracán de las revoluciones. El mismo Bolívar, expresión suprema de la justicia que empieza por la propia casa, pese a haber dado el ejemplo con el sacrificio de lo suyo, hubo de tropezar en el Rosario de Cúcuta contra la contumacia de quienes, para asegurar el disfrute de la riqueza, se opusieron a la libertad de los esclavos. Los señores del privilegio, sin reflexionar en que *no hay derecho contra el derecho*, asen-

taron que liberar a la esclavitud sin resarcir a los dueños era un despojo que no podían legitimar las leyes. Se liberaron, como transacción con el futuro, simplemente los vientres, y prosiguió la injusticia hasta promediado el siglo XIX, para sumar sus voces a nuevos reclamos de los indefensos contra los señores del privilegio. En el propio caos de la guerra federal se escuchaba, torcida por las pasiones, la voz de los derechos vulnerados por la caprichosa *minoría* que gobernaba la tierra y el dinero.

Y ¿por qué no decir que la falsa estimativa de la igualdad, así ésta y la libertad se contradigan en algunos aspectos sociales, ha incitado la curiosa crisis que pareciera explicar el concepto erradizo de que sea posible hacer todo aquello para lo cual no hay inmediata vigilancia o condigno castigo policiaco, aunque la carencia de sanciones provenga de falta de responsabilidad de las mismas autoridades? En el mundo de la Imprenta, pongamos por caso, ¿no se ha llegado a confundir la libertad de pensamiento con la libertad de la injuria y de la procacidad? ¿No hemos visto, acaso, defendida la tesis de que las autoridades judiciales que oyen querellas contra los responsables de delitos de Imprenta, *atentan* contra la libertad de expresión? (*).

(*) En el caso de las garantías políticas juegan papel muy principal argumentos que derivan de factores disvaliosos, con duras raíces henchidas de tiempo. En Venezuela, tierra de Libertadores, no ha prosperado la mística de la libertad, de la seguridad y de la igualdad de responsabilidades, sin las cuales las repúblicas estriban en tinglado de caña. Salvo el paréntesis de gobierno del ilustre presidente Medina Angarita, el pueblo de Venezuela, aun en los dorados tiempos de Vargas, Soublette y Rojas Paúl ha sido, actual o potencialmente, un pueblo preso. De aquí deriva la paradójica expresión de "la venezolana libertad de estar preso" acuñada por Joaquín Gabaldón Márquez. No se ha desarrollado jamás entre nosotros el profundo sentido de las garantías individuales. Menos el sentido de solidaridad que lleve a pensar cómo la arbitrariedad que indiferentemente vemos caer sobre el vecino, puede mañana tocar a nuestra puerta. La discrecionalidad de los procedimientos ejecutivos, desfigurando la mentalidad común, ha servido para que la administración de la propia justicia ordinaria aparezca frecuentemente lastrada de los mismos vicios de insensibilidad, y que los jueces, olvidados de antiguas consignas de equidad, miren al rigor más que a la justicia. "Jueces achacosos" llamó a este género de funcionarios el certero maestro Granada. Si a la verdad vamos, habremos de reconocer que los mismos instrumentos legales han sido

Filósofos y políticos tomaron ayer por bandera de lucha ganar garantías para que el pensamiento se expresase sin trabas de orden religioso, político o filosófico. Tal es el origen de los derechos reconocidos por las constituciones democráticas del mundo al pensamiento escrito. En Venezuela, mientras se regatea el ejercicio de dicha garantía, se concede impunidad a las publicaciones que ejercen la industria de la noticia amarilla y que fomentan la vulgaridad y la insolencia disolvente. Porque jamás podrá considerarse como ejercicio de la libertad de pensamiento describir en las planas de los diarios los más aberrantes y asquerosos delitos, ni pintar, con enfermiza pasión, los pormenores más hórridos de los crímenes. Olvidan quienes así proceden que la libertad reclama método y disciplina para ser fecunda y que la democracia impone normas para el digno juego de los derechos sociales.

La anarquía indisciplinada y la desagregación mental, que son reatos dolorosos de la sociedad venezolana, sumados a la carencia de vertebración moral ocasionada por nuestra imperfecta asimilación de la Historia, explican nuestra crisis de pueblo, causa y efecto de las otras crisis que tratan de investigar los críticos: responsabilidad, jerarquía, urbanidad, literatura, libertad, economía, institucionalismo... (*).

---

parte para esta desfiguración conceptual. Los Códigos de Policía, colidiendo con las normas constitucionales, han reconocido en las autoridades ejecutivas facultad para imponer sin juicio arresto hasta por quince días y la misma Constitución de 1947, tan celebrada en América, a la par que estatuyó el recurso de *Habeas Corpus* introdujo el inciso *Alfaro Ucero* que consagró como método de represiones políticas "la razón de Estado". Por eso, algunos humoristas que en nuestras Universidades han profesado cátedra de Derecho Constitucional, se han llamado a sí mismos profesores de Mitología.

(*) Examinar uno a uno los varios factores incitativos del estado que he llamado "crisis de pueblo" sería tema para rebasar los modestos límites del ensayo que intenté ofrecer al público. Va nuestra crisis desde las más simples y naturales normas de la higiene doméstica hasta las encumbradas esferas institucionales, civiles y castrenses, eclesiásticas y profanas. Cuando apareció la primera edición de este trabajo, se debatía en los estrados universitarios el problema de la crisis de la Universidad. Alguien promovió, después, un examen de la crisis de la Justicia. En el Instituto Pedagógico se ha debatido el caso de la enseñanza en general. El examen de este problema cada vez que es intentado, promueve un caos irreducible, ya que entre nosotros el hecho

12

TRANSPORTADO al orden de nuestra vida de relación exterior el tema de la crisis de los valores históricos, damos con conclusiones en que pocas veces se han detenido los alegres enemigos del calumniado tradicionalismo. Jamás me he atrevido a creer que la nación sea un todo sagrado e intangible, construido detrás de nosotros por el esfuerzo de los muertos, así éstos prosigan influyendo en el devenir social. Considero a la nación como fuerza humana que viene del fondo de la Historia y la cual nosotros debemos empujar hacia el futuro. El hombre en sí, nada más que como individuo, vive en cuanto espera seguir viviendo; pero la conciencia del vivir le viene de la experiencia de haber vivido ya. Esta conciencia se agranda y se dilata cuando se refiere a la colectividad nacional. Puede decirse que el presente de los pueblos es apenas manera de puente o de calzada por donde es conducida la carga de futuro que gravita sobre nosotros como obra y representación de un pasado.

---

de haber pasado por un instituto de enseñanza se considera título suficiente para opinar sobre enseñanza y aun para dirigir la educación.

De nuevo se ha vuelto sobre el tema fundamental del bachillerato, y se discute en torno a una corriente "pragmática" para el nuevo Liceo. Ocioso sería detenernos en una crítica de fondo, cuando basta presentar las meras líneas superficiales del problema, para que se aprecie la falta de sentido con que hemos procedido en el ordenamiento de nuestra educación. Desde el Código de Soublette donde adquirieron cuerpo las ideas de Vargas, hasta los últimos Estatutos, han jugado un papel primordial las simples palabras. Para probar nuestro desdén por la función creadora del tiempo basta ver cómo se han inventado y suprimido estudios y nombres, creyendo cada quien, en su turno, ser el creador de la cultura. En Caracas, la vieja y prestigiosa Escuela Politécnica se desarticuló para ser en parte absorbida por el Colegio Federal de Varones que luego se llamó Liceo de Caracas, hasta recibir por último el egregio nombre de Liceo Andrés Bello, no sin haber corrido riesgo de llamarse Liceo Descartes, cuando se trató de hacer política grata al *Quai d'Orsay*. ¿No sería más respetable el instituto si a su prestigio de hoy uniese el brillo de una lujosa tradición en que aparecieran nombres de profesores y de alumnos que son blasón de la República? Cada ministro, como genio de la hora, ha arremetido contra los signos anteriores y ha echado las bases de una nueva estructura, que luego modifica el subsiguiente. Nuestra Universidad, en la rama de las matemáticas, otorgó sucesivamente títulos de doctor en

Río que viene de atrás, el pueblo, para su expresión fecunda en el área de una nación, reclama símbolos que lo personalicen. Por ello toda colectividad nacional, del mismo modo como tiene escudo y bandera que la representen, necesita signos morales que le den perfil en el orden universal de la cultura. Tales signos sólo pueden formarse con los elementos que forja la Historia a través de una comunidad de gloria y de dolor.

Pues bien, ayer nosotros y los demás países de la América española sufrimos, durante la minoridad colonial, el ataque aleve de las potencias enemigas de la metrópoli. El corsario, como ya he dicho insistentemente, fue el instrumento eficaz de que aquéllas se valieron para destruir los asientos hispánicos y para robar la riqueza labrada por los mineros de España. Hoy, por carecer de un sentido histórico de continuidad, hemos llegado a ponderar el mérito de quienes aniquilaban las ciudades de nuestro mundo indohispánico y nos hemos hecho lerdamente a la tesis de los permanentes enemigos de España. Es decir, hemos sumado a nuestro acervo concencial temas que van directamente contra nuestra razón original de ser como colectividad.

Filosofía, doctor en Ciencias Exactas, ingeniero, doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas, a los graduandos en Ingeniería. Todo se intenta mudar y en una reciente reforma de la Escuela de Derecho, se quiso llamar "Memoria de graduación" a la clásica tesis de grado de nuestra Universidad. Lejos de modificarse la técnica de la tesis, y hacer de ella una verdadera expresión universitaria, se buscó de darle otro nombre. Y eso es progresar. Las escuelas primarias, que estuvieron a principios de siglo divididas en dos grados, llegaron a seis un poco más tarde y se llamaron graduadas completas y graduadas incompletas; más tarde se multiplicaron los mismos grados y con ellos la población y fueron llamadas escuelas concentradas, hasta recibir más tarde la denominación de grupos escolares y escuelas unificadas. Pero como cada ministro ha de dejar como recuerdo de su tránsito un nombre nuevo, ahora ha resultado la "escuela periférica" en los barrios lejanos. Tuvimos, también, un ensayo de escuela rural urbana. (El adjetivo periférico ha pasado al orden asistencial y al orden de los abastos, y tenemos puestos de socorro periféricos y mercados periféricos.) Junto con los nombres de los planteles se mudan los programas, sin esperar a que sea juzgada su idoneidad. Hay una pugna y una emulación, no por servir a la causa de la educación, sino en orden a mostrar cada profesor una técnica más avanzada. A veces resultan los alumnos una manera de conejillos de Indias en que se experimentan nuevas fórmulas psicopedagógicas. Estos procedimientos favorecen a la postre el analfabetismo ilustrado que padece la República.

Mientras el inglés y su descendiente en América permanecen fieles al *canon* histórico de donde derivan su fuerza de pueblo, nosotros, por reacción retardada contra un coloniaje que concluyó hace ciento cuarenta años, adherimos alegremente a las tesis de quienes intentaron destruir los gérmenes formativos de nuestra nacionalidad. Juan José Churión, escritor festivo, llegó a ponderar de la manera más seria el presunto beneficio que *hubiéramos* derivado de que Walter Raleigh ganase la posesión de Venezuela. Casi como ponderar la presunta inexistencia de nuestra actual sociedad hispanoamericana o como gozarnos ante la idea de lo que *hubiéramos* podido ser si a nuestra abuela la hubiera desposado un hombre de mayor significación que nuestro modesto abuelo. En cambio, una puritana de Maryland o de Nebraska regusta todavía las diatribas antiguas contra Felipe II y acepta por buenos los elogios que favorecen a Isabel Tudor o a Oliverio Cromwell. La puritana es fiel a lo suyo, y con ella todos los que integran el mundo de su cultura. Nosotros, empero, continuamos leyendo a Forneron, sin buscar el Felipe II que ofrece la nueva crítica de los Pfandl y los Schneider.

Al aceptar la tesis disolvente que hace surgir a nuestro pueblo de la improvisación de sistemas políticos exóticos a la hora de la independencia, rompemos con ello también la continuidad de valores que pudieron hacer de Iberoamérica una unidad capaz de resistir las influencias de potencias extrañas. Lo que el pirata no obtuvo y lo que ni la propia armada de Knowels logró hacer en su ataque desesperado contra nuestros puertos, lo pudo la disolución crítica que, ampliando su radio, ha hecho del antiguo mundo indohispánico, pese a las Cartas, Conferencias y Congresos panamericanos, o a causa de ellos mismos, un sistema de naciones desarticuladas, egoístas y recelosas las unas de las otras, y en cuyo propio interior se mueven y contradicen fuerzas políticas que desde fuera son animadas arteramente por quienes medran con el mantenimiento de la discordia suicida de nuestros pueblos y repúblicas (*).

(*) Los instrumentos creados por las diversas asambleas y reuniones americanas parecieron contradecir la desarticulación a que se hace referencia en el texto. Hay en realidad un sistema americano, con normas convencionales de la amplitud y consistencia del Pacto de Río

13

En el campo doméstico, la falta de reacción histórica contra los valores extraños que desdicen los signos antiguos sobre los cuales reposa nuestra primitiva razón de ser, reaparece cuando examinamos el nuevo problema de la actual conquista económica. Si buscásemos, para interpretarlas,

---

Janeiro y de la Carta de Bogotá, pero tal unión, lejos de expresar una simbiosis directa entre las naciones, se manifiesta como equilibrio mediatizado a través de la voz y de los intereses de Washington. Es decir, nos hemos unido no para defender lo nuestro, como pensó Bolívar cuando convocó el Congreso de Panamá (de éste originariamente fueron excluidos los Estados Unidos), sino para servir una política que muchas veces, por si no las más, contradice sentidas aspiraciones de los pueblos de abolengo hispánico. Jugando, en razón de la fuerza, con los intereses privativos de cada país americano, el Departamento de Estado ha procurado imponer una uniformidad en el pensamiento político de las naciones novicontinentales. Esto hizo que se recibiera con profunda simpatía la actitud de México, Guatemala y Argentina en el seno de la IV Reunión de Consulta de los Cancilleres americanos; pues al hacer reparos al proyecto de sobrecargar con obligaciones militares, de tipo internacional, a los países iberoamericanos, que nada tienen que hacer en el conflicto coreano, pusieron a salvo el sagrado derecho de disentir de la autorizada opinión de Washington, que asiste, por gravedad de soberanía y de cultura, a nuestro convulso mundo hispanoamericano. (Seguramente en el fondo de otras Cancillerías americanas existió criterio igual al sustentado por los países disidentes, pero los cancilleres hicieron la vista gorda en atención a otros compromisos.)

Hoy se invoca como fuerza de imperio moral para animar la búsqueda de elementos que robustezcan el llamado "sistema americano", la necesidad de luchar asidamente por la defensa de la civilización cristiana de Occidente, en que tan empeñosos se exhiben los magnates norteamericanos. Sin embargo, este problema tiene múltiples y variados aspectos que sería preciso examinar y graduar muy delicadamente, y que acaso aborde en ensayo que actualmente preparo.

Se ha intentado crear una confusión entre los intereses del capitalismo internacional y los altos y sagrados ideales de la civilización cristiana, amenazados por el comunismo ateo. Ambos planos, lejos de coincidir, se contradicen, ya que la idea cristiana se distancia tanto del sistema capitalista como el ateísmo comunista. (Cuando los apóstoles llegaron a la Roma imperial cuyas autoridades y sacerdotes representaban el orden de la riqueza y del poder, buscaron a las masas plebeyas, que habían sido víctimas de aquéllos y habían agitado a la vez "el orden de clases", que pondera Juan Luis Vives en sus *Causas de la decadencia de las Artes*. Washington aspira hoy a la capitalidad profana del mundo occidental.) Tampoco coinciden, empero a la continua

las sombras del pasado, escucharíamos voces aleccionadoras que nos dirían cómo la resistencia antigua contra la bandera invasora la hemos convertido en singular alianza con los invasores nuevos.

Basta ver, para prueba de lo dicho, cómo en el orden de la política económica hemos pasado a la categoría de meros intermediarios de los mismos explotadores de nuestra riqueza. Lo que nos da en oro el petróleo —*estiércol del Diablo*, según el funesto augurio de los guaiqueríes— lo devolvemos

---

se oponen, los intereses privativos de Estados Unidos y los intereses de los países hispanoamericanos. ("El gigantón en medio de enanitos que ríen de cuando en cuando, le quitan las botas y hacen morisquetas", escribía por 1939 Enrique Bernardo Núñez, mientras Gabriela Mistral, con voz tomada del dolor de la trágica profecía, anunciaba: "Estamos perdiendo la América, jalón por jalón, y un día nos despertaremos de nuestra confianza perezosa sabiendo que las palabras *Chile*, *México* y *Nicaragua* ya no son sino nombres geográficos y no políticos, que señalan grados de latitud y de longitud, frutos y maderas diferenciados y una sola colonia no más de New York.")

Distan tanto de la coincidencia los intereses imperialistas de Estados Unidos y los netos, altísimos y eternos ideales cristianos, que no hace mucho tiempo un alto y responsable funcionario del Foreign Service americano me habló de lo beneficioso que resultaría para la paz americana y para detener en el Nuevo Mundo el avance sovietizante, lograr que los partidos comunistas criollos se desvinculasen de Moscú y adquiriesen autonomía nacionalista. Es decir, a juicio de aquél el problema de la lucha contra el comunismo no radica en el comunismo *per se*, sino en que pueda servir de instrumento expansivo a la política del Kremlin.

A los Estados Unidos no importaría, pues, que Hispanoamérica se tornase una serie de repúblicas comunistas titoístas, siempre que le asegurasen éstas la libre explotación de sus riquezas.

Los cristianos que no tengan "fe de barberos, descansadera en ocho reales", según la expresión unamunesca, han de pensar de distinto modo y han de desglosar ambos problemas, para examinarlos en los respectivos planos diferenciales. Parece por ello más lógico no asociar a los fracasos del mundo capitalista y a las soluciones que ofrece la locura dilusional que parece envolver a gran parte de nuestro propio mundo, el porvenir de una doctrina que, por poseer, como posee la Iglesia, la certeza de que contra ella no prevalecerán las puertas del Infierno, se siente vencedora de los tiempos. Ella sabe, con frase de Tertuliano, que será eterno su destino, así viva "destituida de amparo en la tierra peregrina". En el orden positivo, tiene el cristianismo, aunque lo nieguen políticos de las calzas de Laski, fuerza sobrada para seguir empujando los bajeles de la esperanza; así, pues, quienes, por sentirse comprometidos a su defensa, se enrolan sin examen en los cuadros circunstanciales y heterogéneos del anticomunismo de guerra debieran pensar más en la eficacia de confiar el destino de los pueblos, no a

en seguida para pagar los artículos que importamos, a fin de balanzar nuestra deficiente producción agrícola, y para abonar el precio de todo lo que traemos en orden a complacer nuestra disparatada manía de lo superfluo. (Para comprar, por ejemplo, costosos caballos de carrera y las fruslerías que reclama una vida alegre y presuntuosa.)

Nos hacemos la ilusión de ser colectivamente ricos cuando recibimos el jugoso cheque expedido a nuestro favor, mas en seguida, como incautos niños que jugásemos a millonarios, lo endosamos para provecho del propio librador (*).

---

los desiderata de la fuerza y a las manipulaciones del capitalismo internacional, sino a un sistema pacífico que dé en realidad sombraje a la justicia y haga más ancho el radio de la comodidad social. Antes que matar hombres para alcanzar el equilibrio pacífico del mundo, podía dedicar Estados Unidos a la satisfacción de los desheredados alguna parte de los sesenta mil millones de dólares ($ 60.000.000.000,00) que le cuesta anualmente el pie mundial de la guerra. Preferible es que aborte el monstruo, en cuya destrucción puede mañana perecer la sociedad, a seguir alimentándole para que tome más vigor. Y el monstruo es el odio que entre los desafortunados provoca la indiferencia y la avaricia de los detentadores de la riqueza. Una justa política encaminada a sembrar en la sociedad la paz de Cristo, lograría lo que en balde prometen los administradores de las máquinas de guerra.

En Estados Unidos, cuyo bondadoso e ingenuo pueblo no es responsable, sino víctima también, de las combinaciones de los políticos y de los negociantes, hay quienes, ante la presencia de los hijos muertos y de los hermanos inútiles piensan con estos mismos pensamientos, y en fecha reciente un experto escribía: "*The United States is confronted by a powerfull empire of dangerously paranoic character, whom we cannot coerce, and against whose violence we are powerless to defend ourselves.*" "Los Estados Unidos están padeciendo el poderoso influjo de un carácter peligrosamente paranoico, que no podemos dominar y contra cuya violencia nosotros somos impotentes para defendernos por nosotros mismos." ("The Strategy of World War III") por mayor general J. J. C. Fuller y Alexander Mabane, *American Perspective*, volumen IV, 3 Summer, 1951.

(*) Recientemente los distinguidos jurisconsultos Manuel Octavio Romero Sánchez y Juan Penzini Hernández, jamás motejados de ideas extremistas, estamparon, en la oportunidad de intentar una acción civil contra la rama venezolana del consorcio internacional American Tobacco Company, los siguientes conceptos "...Así se extrae y emigra la riqueza del país. Dólares que aquí se multiplican y vuelan a otras tierras, dejando míseros salarios y estelas de decepción y de desánimo ciudadano. Y todo por el ansia de lucro de una compañía, como la Cigarrera Bigott, que nada tiene de nacional, porque su capital, su dirección, sus sistemas, sus gentes y altos empleados son extranjeros. (*Lo mismo podría decirse de otras empresas similares patrocinadas por ilustres*

Nos decimos ricos en divisas, porque así lo anuncian los balances bancarios; pero, lejos de aprovecharlas para fomento de lo permanente venezolano, las invertimos a locas en beneficio de la industria extranjera. Todo un proceso de dependencia económica que nos convierte en factoría de lucro forastero (*).

Cuando éramos una modesta comunidad de agricultores y criadores, y aun cuando fuimos una pobre colonia de España, nuestra urgente y diaria necesidad de comer la satisfacíamos con recursos del propio suelo. Hoy el queso llanero ha sido sustituido por el queso Kraft; la arveja andina, por la judía ecuatoriana; la cecina de Barcelona, por carnes del Plata y de Colombia; el papelón de Lara y de Aragua, por azúcares cubanos; los mangos y cambures de los valles patrios, por peras y manzanas de California; aun el maíz, que nos legó el indígena, viene elaborado por los yanquis. Sin embargo, esta menuda y espantosa realidad de decadencia y desfiguración nacional creemos compensarla con vistosos rascacielos armados con materiales forasteros; con lujo de todo género, a base de productos importados, y hasta con una aparente cultura vestida de postizos. Como los asnos de la fábula no pudieron alumbrar el oscuro poblado, así fuesen cargados de aceite, nosotros soportamos colectivamente la carga de la luz para provecho de otros ojos.

Ausentes de un recto y provechoso sentido de la venezolanidad, estamos disipando en banal festín los tesoros que podrían asegurar nuestra propia independencia, si ellos, en lugar de ser destinados a la feria de la vana alegría con que se endosan para el regreso a mano de los explotadores extra-

---

nombres criollos. B.-I.) Jamás se ha visto ni cotizado en el mercado de valores nacionales una acción de esta poderosa compañía. Como los corsarios antiguos, esta forma de capital arriba al país, y, en las naves del cambio, se lleva los frutos de nuestra mejor riqueza, olorosa a conquista y empapada en el sudor del trabajo estéril del hombre fuerte de nuestros campos."

(*) El costo de factura en 1948 de las importaciones de bebidas alcohólicas y espirituosas, dulce y confituras, perfumería y sedería, fue, respectivamente bolívares 19.361.742, 3.699.050, 7.712.308 y 60.321.591. "En 1938 —dice recientemente *El Heraldo*, de Caracas— importamos en artículos alimenticios treinta y cuatro millones de bolívares; el año pasado —según cálculos provisionales— llegamos a cuatrocientos millones"

ños, se convirtieran, por medio de una acción honesta y responsable de los organismos encargados de la tutela del país, en instrumental que levantase la producción vernácula e hiciera aprovechables un suelo y unos brazos que nada producen por carencia de directrices. (Las que hemos visto poner en práctica, así se hayan presentado como fruto de severos estudios, apenas sirven para probar que a la crisis de la economía se agrega, lamentablemente, la crisis de los economistas.)

En cambio, durante nuestro siglo XVIII, cuando España, a la lumbre de teorías económicas introducidas por los consejeros franceses de Felipe V, desfiguró la vieja provincia venezolana y la convirtió en factoría para beneficio de la Compañía Guipuzcoana, el pueblo, por boca de Juan Francisco de León, se alzó contra un sistema que descuidaba el cultivo y la producción de lo que reclamaban sus necesidades para mirar sólo al acrecentamiento de la agricultura exportable, sometida, al efecto, al rigor de los precios por aquélla impuestos. Tabaco, café, cacao y añil fueron entonces lo que hoy es el petróleo en el juego de la riqueza. Se exportaba mucho; pero se obligaba al pueblo a comprar a altos precios la mercancía extranjera y aun productos cultivables en la tierra. Por ello, la Guipuzcoana nada sembró que pudiera ser traído en el fondo de los llamados *galeones de la ilustración*. Sin embargo, la persistencia en la queja y en la oposición dio al fin la victoria a las tesis defensivas de los criollos. Se derrotó el sistema de la factoría cuando éramos colonia política. Los hombres de la República han abierto y aligerado caminos para el desarrollo de nuevas factorías económicas. Y hoy, donde todo está intervenido, apenas la moneda es libre para que pueda regresar a su lugar de origen (*).

(*) Juzgo que la obra máxima de Rafael Núñez no fue haber dado unidad política a Colombia, sino haber vencido la tesis del libre cambio, que tan buen aliado tuvo en el liberalismo radical de Florentino González. El librecambismo tiene excelentes defensores en los tratadistas ingleses y angloamericanos, por cuanto es favorable a los planes del imperialismo. La lucha de tarifas la aconsejan sólo en países de igual desarrollo industrial. (Hay quienes sostengan que el darwinismo se produjo también para legitimar una desigualdad humana que aligerase de escrúpulos la conciencia de los puritanos complicados en el comercio de esclavos. Podría hoy servir de alijo a la conciencia de los demó-

Nadie niega que hay un hecho fundamental, unido al propio progreso de la civilización universal, en la génesis de la crisis de crecimiento de nuestra riqueza. El petróleo estaba llamado a cambiar la estructura de la economía venezolana. Como ha de ayudarla una racional extracción del hierro. Su explotación era necesaria desde todo punto de vista. El mal estuvo, no en que saltase el aceite, sino en la obnubilación que ocasionó en muchos la perspectiva de una brillante mejora en las posibilidades individuales de vida. Esta circunstancia hizo que se pensara sólo en el interés personal de los hombres que caminaban a millonarios y que se olvidasen los intereses del pueblo. Desprovistos los políticos, los negociantes y los abogados del sentido de responsabilidad colectiva que hace fuerte a las naciones, no cuidaron de defender lo permanente venezolano y abrieron todas las puertas a la penetración exterior. No vieron los capitanes de esta oscura jornada que, junto con la adventicia

---

cratas yanquis que ven con menosprecio a sus conciudadanos negros.) Sin barreras aduaneras, la industria indígena de Nueva Granada había llegado a su anonadamiento. Núñez, al defender el sistema proteccionista, asentó las bases de la próspera industria colombiana. Algunos, aparentemente guiados de una preocupación popular, hablan del beneficio que representa para el pueblo la mercadería barata que viene del exterior, ya que los precios iniciales de éstas permiten competir con los altos precios de la producción indígena. De primera intención pareciera inobjetable este argumento, pero, para un juicio definitivo, se ha de mirar no sólo al interés presente del país, sino al porvenir de su riqueza. Para que enraice y tome fuerza la industria nacional (en ésta no debe incluirse la industria de los semiacabados), se requiere un pequeño y transitorio sacrificio, que bien puede hacer un país de moneda alta y altos salarios, y el cual se convertirá mañana en rebaja de precios que vendrá a compensar aquellos sacrificios, y en una radicación venezolana de capitales y ganancias.

La industria, aun aquella en que se invierte capital extranjero que sea sometido a justas regulaciones distributivas, representa para hoy, o si no para mañana, un valor permanente en categoría nacional. De lo contrario, el gran comercio distribuidor, así esté en manos criollas, obra, en último análisis, como mero agente de la industria extranjera y como enemigo potencial de la riqueza vernácula, cuando, en guerra de precios, impide o detiene la producción de artículos de la tierra. Una buena legislación proteccionista debiera mirar tanto a la materia arancelaria como al régimen de las inversiones extranjeras, en lo que dice a participar éstas en industrias ya explotadas por los criollos, lo mismo que a la monta de las utilidades líquidas que los extranjeros puedan sacar del país.

riqueza que provocaría la marejada de divisas, vendrían los elementos que destruirían nuestra autónoma tradición económica y nuestra fuerza moral de pueblo. Y como si ello fuera poco, se prosiguió en la entrega de lo nuestro hasta conceder al capital extranjero la parte del león en el beneficio del agro y de industrias de mero carácter doméstico (*).

(*) Mi excelente amigo el escritor Alfredo Tarre Murzi, en artículo publicado en *Panorama*, de Maracaibo, para comentar la primera edición de este ensayo y después de obsequiarme generosas frases de cálida amistad, me atribuye, como digo en el prólogo, un criterio pesimista que, según él no me deja estimar las ventajas que para el Estado venezolano han constituido los altos presupuestos fiscales derivados de la explotación aceitera y los cuales han permitido la realización de importantes obras de progreso. Si a ver vamos, los ingresos fiscales no son gracia que aminora la responsabilidad de los entreguistas de nuestra riqueza, sino legítima participación del país en el fruto de sus reservas naturales, y para lograrse lo que hoy se recibe, se ha necesitado la constante revisión que inició en política petrolera el ilustre presidente Medina Angarita el año 1943. Nadie niega la ventaja que la República ha podido derivar de las fuertes sumas que por regalías, impuestos, sueldos, salarios y demás inversiones le ingresan en razón del petróleo. En cambio, nadie se atreve a negar tampoco que la falta de sentido patriótico y la ausencia de espíritu de previsión han hecho de la abundancia venezolana un instrumento de disolución nacional propicio a la apertura de caminos de corrupción y de molicie, que van hasta sitios que obligan al buen callar de Sancho. Gracias a la posibilidad de gastar a mano abierta, se ha tirado el dinero al voleo, hasta ser el país una inmensa mina realenga que privilegiados indígenas y forasteros (éstos con mayor provecho) procuran explotar a sus anchas.

Ya corre por el mundo de la alegría la noticia de que en Puerto España, capital de nuestra antigua provincia trinitaria, se establecerá un gran casino como el de Montecarlo. Claro que sí. Y de ese modo Inglaterra lo que no se puede llevar por las vías toleradas del comercio, se lo llevará por los caminos dudosos del azar. Dentro de poco saldrán nuestros alegres y despreocupados ricos a gastar en el vecindario sus buenos bolívares, pues, como he dicho, donde todo está intervenido, lo único libre es la moneda. Mientras tanto el campo no produce lo necesario, y la vieja pulpería de sabor nacional, donde se compraban cosas del país para el diario sustento del pueblo, está llena de frascos y de enlatados provenientes del exterior. ¡Hasta el pan nos viene prefabricado del Norte! Y en latas ornamentadas de palabras inglesas, nos ofrecen hoy nuestros "buenos vecinos" las humildes caraotas de la dieta popular venezolana, como libelo de vergüenza para nuestra ineptitud nacional. Mejor que estirar en el exterior el pedestal de las estatuas de Bolívar, sería buscar los medios de levantar los instrumentos internos, ora morales, ora materiales, que puedan garantizarnos la autonomía por que Bolívar sacrificó su existencia magnífica.

Denunciar una vez más esta dolorosa realidad no creo que merezca

14

PARA vallar y remediar la desarticulación sucedida con la hipertrofia de la riqueza poco se ha hecho, por si no nada, en orden a defender los valores espirituales que mantengan nuestro perfil de pueblo. La propia lengua, instrumento de lucha y de conservación de la nacionalidad, se desfigura por la fácil y alegre adopción de inútiles palabras extrañas. Los mismos avisos y nombres de casas de comercio dan un aspecto de disolución nacional a las ciudades. Los criollísimos obreros de la explotación petrolera empiezan a hablar una jerga vergonzosa. Y ¿qué decir de la música exótica, traída de las Antillas, con que ha sido sustituida nuestra vieja música romántica y que desaloja nuestros propios aires folklóricos? ¿Qué sino contribuir el vértigo de la mente y a acercar las víctimas a los manaderos de la marihuana pueden hacer rumbas, congas y mambos del peor alarde antirrítmico?... (*).

---

calificativo de pesimismo. Y enlazarla a la política del petróleo, no parece yerro, por cuanto la disolución producida en razón de la hipertrofia de nuestra riqueza, ha sido la causa del estado de conciencia que sirve de raíz a nuestro actual sistema de vida, y el petróleo pudo extender su mancha grasienta a todo lo ancho de los ojos nacionales, porque el país carecía de una vertebración histórica que le permitiese pensar en sí mismo y en el momento, ya llegado, de que nos convirtiéramos en peligrosa fuente de abastecimiento bélico mundial, mientras los millones de barriles de la producción petrolera mantienen al pueblo en condiciones lamentables de atraso.

Y no sólo abrimos nuestras puertas para la invasión extranjera, sino que salimos fuera de nuestro territorio para asociarnos al despilfarro de nuestra moneda. Hace pocas semanas los diarios de la capital ponderaban la iniciativa tomada por la Línea Aeropostal Venezolana en orden a efectuar vuelos que transporten nuestros turistas a Barbados. Es decir, una empresa venezolana fomenta la evasión de nuestras divisas, a cambio de vender unos pasajes que debieran destinarse preferentemente al turismo interior. Bien podría el Estado construir hoteles y carreteras de penetración, que hicieran agradables los viajes a las maravillosas regiones de nuestro litoral y del interior, e intensificar el turismo, que ya ha iniciado hacia Barlovento la misma empresa.

(*) Caracas presenció recientemente un doloroso espectáculo de incultura y de negación de nuestros valores nacionales, cuando un grupo de mozos de nuestra "primera" sociedad destruyó los alto-parlantes que en la plazoleta del Obelisco, en Altamira, difundía música

Pero hemos llegado todavía a más en nuestra inconsciente aventura de destruir la fisonomía de la nación. Todos los años. en los alegres días pascuales, veo con dolor, y lo ven todos los que sienten en venezolano, cómo la destrucción de nuestro acervo popular llega hasta lo menudo que formó nuestro viejo espíritu. Lo antiguo, lo nuestro, lo que daba cierta fisonomía a nuestras costumbres, ha ido desapareciendo al compás de modas importadas. La ola del mercantilismo angloamericano ha llegado a apoderarse de nuestros valores criollos para sustituirlos por símbolos exóticos, ante los cuales se pliegan fácilmente los curiosos y pedantes imitadores de novedades. Y así, la Navidad no es hoy en Venezuela la antigua fiesta de los abuelos criollos. Es la fiesta de los intrusos abuelos yanquis. Durante ella no se desean *Felices Pascuas*, como lo hacían ayer no más nuestros buenos padres; hoy se envían tarjetas con versos en inglés para augurar *Merry Christmas* (*).

Mientras en el Norte se consagra un jueves de cada noviembre como fiesta de *acción de gracias* por el pasado y el presente del formidable y venturoso imperio del Tío Sam, y se come en tal día el pavo y la salsa de arándano, que recuerdan el refrigerio tomado por los *Pilgrims fathers* al echar pie en tierra americana, nosotros desalojamos las costumbres de nuestros mayores para adoptar alegremente las que nos imponen los explotadores forasteros.

---

popular venezolana. Ellos querían *mambos*, *congas* y *rumbas*. Plausiblemente las autoridades han sostenido su propósito de preferir nuestra música.

(*) La producción en serie hace que los dibujos e historietas cómicas, cuyas matrices se preparan en Estados Unidos, resulten en extremo económicos para las empresas editoras de diarios. Esto da cierto carácter de pesada uniformidad a un gran sector de la prensa de América. Algunas tiras, como las de Walt Disney, exhiben una delicada sensibilidad, que hace honor a la cultura del pueblo americano, tanto como las mejores revistas de sus grandes Universidades. Otras, en cambio, parecen dirigidas en los propios muelles de Brooklin, por aventureros con mentalidad de *gangsters* y por mozos de cordel. (Diríase que fueran una avanzada del ejército corruptor que tiene su cuartel general en Hollywood.) No han parado mientes nuestras empresas periodísticas en el riesgo que constituye este mercado de dibujos. Sin embargo, *El Heraldo* se vio recientemente en necesidad de dar excusas al público por haber publicado inadvertidamente una noticia gráfica que iba en descrédito de nuestro decoro histórico.

Si Jorge Washington resucitase en un *Thanksgiving day*, hallaría en cualquier hogar americano abierta la vieja Biblia de los mayores, junto al oloroso *turkey* y a la *cramberry sauce* que de niño saboreó a la mesa de sus austeros abuelos en Virginia. Sin ir al terreno de lo imaginable: al viajero que visita la casa de Washington en *Mount Vernon*, en la fonda vecina, alegres muchachas trajeadas a la moda de doña Martha, le sirven el mismo estilo de jamón con patatas que fue alimento diario del gran presidente. Si Simón Bolívar reapareciese en noche de Navidad en la alegre Caracas donde discurrió su infancia, en el sitio del antiguo pesebre con el paso del Nacimiento, que arreglaba con devota diligencia doña María Concepción, encontraría un exótico *Christmas Tree* cubierto de simulada nieve, y en vez del estoraque, el mastranto, la pascuita y los helechos que daban fragancia campesina a la recámara, hallaría verdes coronas de fingido agrifolio y gajos de muérdago extranjero. En lugar de la hallaca multisápida, que recuerda la conjunción de lo indio y lo español, y del familiar dulce de lechosa, le ofrecerían un suculento pavo, traído del Norte en las cavas del *Santa Paula*. No oiría los villancicos que alegraron su niñez triste; le cantarían, en trueque, una melancólica *carol* aprendida en discos Columbia. Y Bolívar redivivo en su Caracas nutricia pensaría cómo su obra quedó reducida a emanciparnos de España para que a la postre resultase la República atada a un coloniaje donde Amyas Preston tiene mayores derechos que Alonso Andrea de Ledesma. Bolívar tal vez repetiría dolorido, ahora con mayor razón: *Aré en el mar*.

15

Las crisis que he venido pintando se agudizan para nuestro país en razón de otro fenómeno de inmensa trascendencia social.

La situación desolada de la vida europea y el bajo tipo de salario vigente en otras partes de América han volcado sobre nuestra nación una intensa y continua onda inmigratoria.

El carácter de este ensayo no es para abordar ninguna crítica a los defectos que pueda haber en la manera de

recibirse y tratarse a los inmigrantes. Para mí, en el presente caso, no existe sino el problema de una gruesa población extranjera que se suma a nuestras actividades y que generará una prole llamada a ser venezolana por ministerio de la ley.

Jamás he pecado de xenofobia, así haya defendido siempre, aun con violencia, los derechos de la venezolanidad. Considero una necesidad abrir posibilidades a los inmigrantes, del mismo modo que deben darse honorables garantías a los capitales extranjeros. Estos aumentarán la riqueza con que aquéllos nos ayudarán a poblar el desierto. Además, tienen ellos derecho, en medio de la catástrofe de sus patrias de origen, a conseguir nueva patria donde rehacer sus vidas. Pero ¿podrá nuestro pueblo, sin riesgo de sus débiles y tan quebrantados atributos nacionales, asimilar las masas nuevas?

Creo que todo venezolano aspira a que el desarrollo material de la patria no llegue a desfigurar los valores que le dan fisonomía. Si bien sabemos que físicamente seremos simados en el polvo, aspiramos, en cambio, como colectividad, a seguir viviendo en los planos de la Historia. El sentido histórico del hombre no es para mirar únicamente al origen y a la formación de las sociedades, sino para imponer una voluntad de permanencia en el tiempo. El egipcio la extremó hasta lograr la momia como reto a lo perecedero. Pueblo que no aspira a perpetuar sus signos a través de las generaciones futuras es pueblo todavía sin densidad histórica o colectividad ya en decadencia. Pues bien, el sentido histórico de lo venezolano debiera llevarnos, como expresión de dominio interior, a reflexionar acerca de la necesidad de que esa inmensa masa inmigratoria —constituida en parte por núcleos de calidad social y cultural superior a la nuestra— se mezcle y se funda con la masa nacional, no ya por medio de cruces sanguíneos, sino también por su participación en el acrecentamiento de nuestro patrimonio fundamental de pueblo. La posibilidad de este hecho lo prueba el ilustre y fecundo fruto recogido como obra de la incorporación en el siglo pasado de numerosos inmigrantes europeos, cuyos apellidos son hoy decoro de la patria venezolana: Dominici, Carnevali, Braschi, Adriani, Parilli, Paoli, Jahn, Rolh, Berti, Saluzzo, Pietri, Boulton, Spinetti, Chiossone, Pel-

lin, Moller, Pardi, Dagnino, Chalbaud, Montauban, Penzini, Leoni, Sardi, Velutini, Razetti, Pocaterra, Wilson, Pizani, Uslar, Branger, Grisanti, Fabiani, Semidei, Saturno, Licioni, Consalvi, Brandt, Stelling, Biaggini, Barbarito, Paradisi, Provenzali, Burelli, Salvi, Luiciani, Flamerich, etc.

Si el inmigrante, una vez adaptado a nuestro determinismo ecológico, crece y prospera sin realizar la deseada simbiosis espiritual con el criollo, hay el riesgo de que se convierta en quiste, como el alemán de la colonia Tovar. Al extranjero que viene a sumarse a nuestra economía de producción no debemos pedirle únicamente una mejor agricultura o un artesanado de mayor calidad, sino que, sobre esto, se torne en elemento activo de nuestro proceso cultural.

En país cuyo pueblo haya asimilado de manera integral su propia historia, la tarea de absorber valores extraños es por demás hacedera (*). En Venezuela, en cambio, junto con la falta de un verdadero sentido histórico se abulta la ausencia del sentido geográfico, que sirve de apoyo y acicate para dar área firme y dilatada a las realizaciones sociales. El venezolano no tiene la *pasión del paisaje*, que contribuye a que *se viva* en función de luz y de color el poder de la tierra nutricia. El venezolano pudiente conoce mucho mejor el paisaje alpino, la Costa Azul o los lagos canadienses que las llanuras de Guárico, las crestas andinas, las selvas guayanesas o las costas orientales. La mayoría del venezolano capitaliza para viajar, tal vez en busca de una seguridad, permanente o transitoria, que pocas veces le ha sido garantizada plenamente en el país. Alfredo Boulton, con su pasión por la luz y por el color de nuestro suelo, figura entre las gratas excepciones a esta regla de evasión.

Nuestro problema en este caso es de doble radio. Debemos remediar de una parte nuestra crisis constante de unidad, y de la otra, buscar centro de gravedad nacional a las

---

(*) Sería lógico pensar que, con el fin de robustecer los atributos que permitan la asimilación moral de las masas de inmigrantes, se intensificase en nuestros planteles primarios y secundarios el estudio de la historia nacional. Es camino aconsejado por un recto pensar. Sin embargo, he tenido la sorpresa de saber que se trata actualmente de disminuir el programa de Historia en los institutos de secundaria, por considerarla el Ministerio una disciplina poco "formativa".

nuevas masas humanas que se juntan al orden de nuestra actividad demográfica.

Lo apuntado hace ver que no es el del suelo ni el del rendimiento económico en general el problema fundamental del inmigrante. Su caso, más que para ser apreciado en los balances de un libro mayor, es para juzgarse en el espacio social, tanto desde el punto de vista de la crisis de crecimiento provocada en el mundo demográfico —expuesto a padecer fenómenos hipertróficos —como desde el punto de vista de una apreciación de valores subjetivos. Si los nuevos hombres no son asimilados por nuestro medio físico y por el suelo de la tradición nacional, advendrán situaciones fatalmente difíciles. Proliferaría la anarquía a que es tan inclinado nuestro genio doméstico; se constituirían minorías raciales, con grande riesgo para el ejercicio del propio poder público, o prosperaría en grado eminente y con beneficio de factores extraños, la desagregación que niega carácter a nuestra mente nacional.

16

Nunca como al presente necesitó nuestro país de una atención mayor en el examen de sus problemas de pueblo, porque nunca como ahora se hizo tan notoria la crisis de sus valores sustantivos. Tampoco jamás desde la edad heroica nuestro país se había confrontado con mayor número de problemas a la vez.

Uno tras otro se suceden en el examen de circunstancias los hechos de distintos géneros que abultan las varias y conexas crisis que mantienen en paciente inquietud a la nación. Pretender que se resuelvan todas a la vez es cosa necia por imposible; empero, pareciera que reclaman mayor y más fácil atención aquellos hechos que eviten el relajamiento de los valores fundamentales de la nacionalidad y que vayan a la formación de una conciencia de deber frente a las otras —¡inmensas!— manifestaciones de desequilibrio de la vida nacional.

Ya volveremos sobre el tema de los valores históricos; antes quiero detenerme en un hecho que da aspecto de paradoja a la problemática del caso. ¿Cómo unirnos para la

defensa de nuestro *canon* histórico y de nuestros intereses nacionales, cuando pululan las circunstancias que nos conducen a la feroz discordia? He dicho que subestimamos los valores comunes que podrían uniformar nuestro genio de pueblo. Ello es cierto; pero quizá la crisis de la igualdad, la crisis de la presunción, la crisis del egoísmo, la crisis de la libertad nos empujan fatalmente a desconocer ese deber que viene de la Historia y nos llevan artificialmente a la lucha descarnada, cruel, implacable que da apariencia contraria al estricto valor humano del pueblo. Yo no sé si otros lo escuchen, pero desde distintos ángulos sociales percibo un angustioso reclamo de ir, no a la comedia de las palabras, sino a una efectiva concordia, que permita realizar el derecho y dar su sitio a la justicia. (De ti, lector, estoy seguro que has auscultado el palpitar de nuestro pueblo y has tenido la certidumbre de que le duele la tozudez con que sus mejores y más autorizados hijos se resisten a la humilde y fecunda reflexión que les abra las tinieblas de sus yerros.)

Tornando al tema que sirve de fundamental motivo a este diálogo sin interlocutor determinado, diré una vez más que la Historia, tomada como disciplina funcional y no como ejercicio retórico, tiene fuerza para elaborar las grandes estructuras que hacen la unidad concencial del pueblo. Sobre esa unidad de conciencia descansa el *canon* que da fijeza a las naciones y evita la relajación que provocaría en el genio nacional el sucesivo cambio de las condiciones de vida.

Como realidad humana, la Historia, ya lo he dicho, no sólo mira al pasado para desenredar hechos y pulir tradiciones, sino también a la prosecución de los valores de la cultura. Un pueblo es tanto más histórico cuanto mayor vigor y penetración en el espacio y en el tiempo han alcanzado los *cánones* que conforman y dan unidad al genio colectivo. Nosotros, repito una vez más, así poseamos una historia cuajada de hechos portentosos, que otras naciones envidian y aun intentan desfigurar, no la hemos asimilado de manera que sirva como espina dorsal para la estructura del pueblo. Por eso nuestra colectividad carece de resistencias que le permitan luchar contra los factores disvaliosos que se han opuesto, ora por los abusos de la fuerza, ora por los desafueros de los demagogos, y permanentemente por la mala fe de muchos de sus mejores hijos, para que opte una

conducta reflexiva que lo lleve, tanto en el orden interno como en la relación exterior, a una recta concepción de la libertad, de la dignidad y del poder.

Pueblo lleno de excelentes cualidades primarias para la siembra de las más claras virtudes cívicas, el de Venezuela sólo ha reclamado una generosa dirección. Aquí fundamentalmente no se odia; de lo contrario, el hombre venezolano, carente de conciencia colectiva para el delito, ha vivido en trance permanente de olvidar y de servir. Jamás hemos cultivado como método de lucha el crimen político (*), y, a pesar de las arbitrariedades de los Gobiernos personalistas, nunca se ha puesto en acción como sistema de venganza de sangre. Vivaz, noble, confiado, inteligente en grado sumo, resignado siempre, es masa que pide levadura de calidad para que leude el pan de la fraterna fiesta. Pero la levadura necesita una pasión que le sume las virtudes requeridas para hacer crecida la masa y para dar seriedad reflexiva a quienes han querido compensar la desgracia cotidiana con el festivo ejercicio del chiste y de la burla.

Pasión excelsa de libertad echó a nuestro pueblo fuera de casa por más de quince años para dar fisonomía de República a la América española. Entonces creció en heroicidad y desprendimiento, y con tan preciados lauros ganó sitio honorable en el concierto universal de las naciones. Fue nuestra única gran pasión constructiva; mas al regresar a las lindes de la vieja patria, lejos de seguir pensando con ideas universales, olvidó lo dinámico de su historia, olvidó los hechos sublimes de sus varones ilustres y se dio a destruir en la disputa cantonal y caciqueril los signos que debían de haberlo conservado unido para el rédito de su sacrificio. El brillo de la gloria —tan peligrosa como la desgracia— le hizo olvidar la sentencia renaniana, según la cual "la libertad reclama un diario plebiscito". Seguro de haberla ganado para siempre, confió su guarda a los mandones y creyó en la palabra desinteresada de los dirigentes de la cosa pública. Pobre de cultura, sólo prestó oídos a la voz

(*) Este trabajo estaba escrito dos días antes de perpetrarse el tenebroso crimen que puso fin a la vida del presidente Delgado Chalbaud. Lo aislado de este hecho, y la repugnancia con que ha sido visto por los propios enemigos de la víctima, hacen que él no desmejore el concepto que merece nuestro pueblo. (Nota de 1950.)

altanera de los caudillos y gamonales, o a la palabra pérfida e insinuante de los demagogos. Estos exaltaban su fe sencilla en las promesas; los otros lucraban con el complejo masoquista heredado de los abuelos esclavos. Fácil le fue cambiar el culto a Páez por la veneración a Antonio Leocadio Guzmán, y fluctuando entre Guzmanes y Páez de menor cuantía, ha pasado sus mejores años olvidado de sí mismo, de su deber y de su historia.

Jamás pudo prestar oídos a la palabra austera y ductora de los Fermín Toro y los Cecilio Acosta. A Vargas dio espaldas, cuando advirtió que Páez estaba deshaciendo su comedia civilista. De haberlos escuchado, habría advertido que los hombres de la inteligencia le señalaban por norma, junto con los de la libertad, los signos de la justicia y del deber. Pero ni chillaban como los demagogos que le ofrecían el inmediato cambio del orden social, ni lucían sobre el pecho los encendidos alamares de los guerreros, que le aseguraban el hartazgo o el botín como premio de la sumisión. Ello hizo que las palabras llamadas a ser guías para la formación moral de la colectividad quedaran escritas en páginas inolvidables, pero sin haber tenido a tiempo el poder carismático que las hiciera obrar en la conciencia popular.

Aquellos hombres, así aparezcan como sombras inconsistentes en un alegre examen de nuestros anales, también son nuestra historia, y acaso nuestra historia más alta. No fueron menores tampoco que los grandes varones de pueblos poderosos. Sin comparar a Bolívar, genio solitario de la guerra y profeta sin par de la realidad social; ni a Miranda, figura de excepción en el mundo de América y de Europa, yo pondría a dialogar con Jefferson a Juan Germán Roscio, y a Hamilton con Manuel Palacio Fajardo, y seguro estoy de que Franklin habría recibido con solaz la visita de José Vargas.

Junto al prestigio y a la brillantez de los próceres que libraron las batallas de nuestra edad heroica, están estos hombres silenciosos y humildes, próceres también, que en traje civil delinearon nuestras instituciones democráticas. Mucho de lo que ellos pensaron tiene aún vigencia y mucho de lo que enseñaron está aún por ser aprendido. El pueblo, fascinado por la gloria de los héroes, siguió la lección que le dictaban los generales, y terminó por perder la vocación

de resistir. Acaso de haberse ceñido a las normas de los ideólogos hubiera sabido mantener la altivez que permite a los débiles saborear la libertad. Al lado de la tragedia dolorosa de la política, devoradora de voluntades y de virtudes, los hombres del pensamiento puro tejieron su empeño por servir a la República, y Roscio, Palacio Fajardo, Martín Tovar Ponte, Sanz, Vargas, Michelena, Gual, Aranda, Juan de Dios Picón, Domingo Briceño, Espinal, Toro, Acosta, Seijas, López Méndez y Arévalo González dejaron mensajes destinados a tener eco y realidad en el futuro. En el futuro de ellos, que es el presente nuestro. El pueblo no ha podido asimilar sus pensamientos, del mismo modo como no ha asimilado la realidad integral de su pasado. En cambio, si meditase un poco, si lo ayudasen a mirarse en sí mismo, ya que él es historia viva que reclama voces que le faciliten su genuina expresión, nuestro pueblo luciría la severa fisonomía y el duro carácter que le legaron sus genitores.

Ayudar al pueblo es por lo tanto nuestro deber presente. A un pueblo que no está debajo de nosotros, en función de supedáneo para nuestro servicio, sino del cual nosotros somos mínima parte y expresión veraz. Debemos ayudarle, no a que grite, como aconsejan los demagogos, ni a que olvide sus desgracias, como indican los conformistas del pesimismo, sino a que reflexione sobre sí mismo, sobre su deber y su destino.

17

En momentos en que los grandes dirigentes de la política universal se ocupan ansiosamente con el grave problema de la guerra, resulta una romántica paradoja enfocar como tema la crisis de Venezuela. Mas como el idealista, aun contra toda esperanza, debe esperar en el triunfo de los principios, se hace grato elaborar conceptos generosos, así puedan recibir mañana la contradicción de la realidad. Bien comprendo que tener a estas alturas del mundo alguna fe en los ideales desamparados es tanto como realizar estérilmente un heroico sacrificio. Sin embargo, hay necesidad de ejercitar tal confianza y de cumplir tal sacrificio. Al menos para que se vea como una actitud de espiritual rebeldía contra la quiebra de valores que padece la cultura universal.

Cuando se anunció la proximidad del milenario, el hombre de la alta Edad Media estaba saturado de fe y de temor religioso, y para esperar la muerte disciplinó la carne y puso sobre la altiva cabeza la ceniza humillante.

Este nuevo milenario encuentra al hombre en medio de una crisis espantosa de fe. Están rotas todas las tablas de los valores morales; Cristo ha sido sustituido por Mammona; y, de consiguiente, es al nuevo dios a quien se rinde el último sacrificio. El lucro ha quebrantado la lógica de la reflexión, y la política y la guerra se miran como felices oportunidades de pingües ganancias (*).

En julio pasado, mientras el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas discutía los problemas del mundo e invitaba a los pueblos inermes y pacíficos para ir, con las grandes potencias, a castigar la agresión norcoreana, paseaba yo una tarde por los parques newyorkinos de Riverside Drive. Las gentes sencillas allí reunidas mostraban uniformemente en los rostros iluminados la más intensa alegría, frente al espectáculo maravilloso de un excepcional crepúsculo, con cuyos encendidos colores alcanzaba mayor majestad

---

(*) Sorokin, de la Universidad de Harvard, ha hecho un análisis exhaustivo de las causas y proyecciones de las crisis que han quebrantado la actual sociedad universal, mas no ha logrado una solución favorable que pudiera tomarse como camino hacia una actitud de general convalecencia. Para encontrar salida a los problemas de nuestro mundo, sería necesario "que la gente comenzase un día a apartarse del presente, y, en cierto sentido, a buscar el modo de desaparecer de él", según aconseja Maritain. Precisaría, pues, dar espaldas al mundo de mentira en que vivimos. Para reconstruir los valores de cuya quiebra nos quejamos, sería necesario fabricarles una realidad que permitiese enunciarlos sin riesgo de proseguir la abominable comedia de vivir el dúplice sistema que viste con altos signos un proceso social detestable. Si creemos en la justicia, en la igualdad y en la libertad como posibilidades normativas, no cultivemos la injusticia, ni celebremos la desigualdad, ni menos aún sirvamos los planes que buscan la esclavitud del hombre. Si hablamos de una sociedad cristiana, vamos a la realización inmediata de las consignas de fraternidad, de caridad y de justicia que forman la esencia del cristianismo y ayudemos al prójimo a vivir en forma tal que vea en nosotros la expresión realista de un mundo fraternal. Así vendría la paz consentida y buscada por los mismos hombres, y no el armisticio impuesto como equilibrio de las fuerzas voraces de los imperios. Así llegaría la sociedad, por la sinceridad de su propia conducta, a vestir la blusa listada del criminal a los *gangsters* de frac que hoy reclaman sus honores y juegan arbitrariamente con su suerte.

la arquitectura de los rascacielos. Gocé yo también mi parte de crepúsculo; pero pensé con grave tristeza en la guerra inminente y en la bomba funesta que pueda destruir mañana, en un minuto de científica barbarie, aquella soberbia expresión del poder constructivo de la inteligencia humana. Pensé en la inseguridad del destino del hombre y en la locura con que ciertos intereses financieros vocean la guerra como circunstancia favorable para acrecentar sus réditos. ¿Y el mismo hombre —me pregunté— que ha construido este inmenso marco de audaces edificios como para hacer más hermoso el cuadro de luz de las tardes newyorkinas, juega a la muerte y expone a la destrucción todo el esplendor de esta maravillosa cultura de la comodidad? ¿Qué principios normativos guían la reflexión confusa y contradictoria de estos seres ultracivilizados que, después de haber cumplido el máximo esfuerzo de la inteligencia, provocan, en un arranque frankeisteniano, que la cultura regrese a las tinieblas de la barbarie, en lugar de pensar que esa cultura y esa comodidad deben extender el radio de su beneficio humano?...

En medio de esta gran crisis de la civilización universal, sigue, agrandada por aquélla, su curso fatal la crisis de lo privativo venezolano. Mientras contemplamos la nuestra, vemos llegar hasta nosotros el oleaje amenazante de la guerra en gestación. Un deber de hombres nos obliga, sin embargo, a desechar toda actitud milenarista para seguir discurriendo como si la nube cargada de tormenta fuese a pasar sin daño alguno sobre nuestro destino. Debemos pensar en nosotros mismos con fe entusiasta y con empeño de salvación. Acontezca lo que aconteciere, la Historia seguirá su curso y habrá una generación que recordará nuestro dolor. A tantas crisis como azotan a nuestro pueblo no agreguemos la crisis de la desesperación y de la angustia, aunque sea ésta —como dice Kierkegaard— buen instrumento educativo de la posibilidad. Procuremos a todo trance que nuestra agonía no sea para morir, sino para salvar el irrenunciable derecho de nuestro pueblo a la Libertad y a la Justicia.

EXPLICACION

Este modesto ensayo de interpretación de nuestra crisis de pueblo no pretende ofrecer conclusiones categóricas. En él he querido recoger con apariencia de unidad diversos conceptos elaborados durante el curso de algunos años de meditación acerca de nuestros problemas nacionales. Por eso, quienes hayan leído mis anteriores trabajos habrán encontrado en el desarrollo de estas páginas temas ya propuestos en aquéllos a la consideración del público. También existen en archivos gubernamentales memorias en que fueron sometidos al juicio de las autoridades problemas aquí esbozados. Con refundir dichas ideas y entregarlas a la discusión de quienes sientan la misma angustia de lo nacional, he creído ingenuamente cumplir un deber de ciudadano. Acertadas o en yerro, estas reflexiones escritas a la rústica, pues son otros los que tienen el dominio de los temas aquí tratados, sirven al menos para que se piense una vez más en los problemas contemplados.

Abunda el declarar que cuando critico lo nuestro no pretendo situarme en el limbo de una pueril irresponsabilidad. Míos son, más que las virtudes, los pecados venezolanos. Si huelgo cuando me siento partícipe de la gloria tradicional de nuestro pueblo, me siento también culpable en parte de los errores colectivos. Más aún: lo glorioso lo fabricaron otros. En los reatos que impiden la marcha holgada del país tengo acaso alguna parte, ora por silencio, ora por condescendencia, ora por momentáneos intereses. Ya he dicho en otro lugar que reconocerla es saldar en parte nuestra deuda con las generaciones que vigilan nuestro ejemplo. Pecado es confiar en el generoso olvido de los otros para intentar exhibirnos como dispensadores de honras.

Santiago de León de Caracas, en 11 de noviembre de 1950.

INTRODUCCION Y DEFENSA DE NUESTRA HISTORIA

PALABRAS PREVIAS

Al releer algunos de mis trabajos sobre temas históricos, les he hallado cierto carácter que permitiría utilizarlos como introducción para estudios formales de nuestro pasado. Por ello, me he atrevido a darles cuerpo de libro y publicarlos bajo el nombre de «Introducción y defensa de nuestra Historia».

Digo introducción, por cuanto con ellos aporto datos y observaciones que pudieran constituir guiones para un estudio acerca de la Historia de nuestra Historia, y, además, sirven otros para pautar una posición crítica en relación con el sentido alcanzado por la Historia, más como expresión de una conciencia que busca en sí misma el ímpetu y la forma de realizarse en hechos sociales, que como afanoso inventario de guerreros, de filósofos, de artistas, de mercaderes o de santos que persiguen realizar su destino individual.

Otros temas están encaminados a defender nuestra historia como patrimonio moral de la nación. No sólo se enderezan los esfuerzos del historiador a conocer al hombre por el contenido de su historia, sino a pulir las líneas que dan carácter a la sociedad actual, como expresión de un proceso formal.

Vista la historia nacional como la propia fisonomía del pueblo, precisa fijar y resguardar los valores de ella surgentes, del mismo modo como se resguarda el patrimonio geográfico donde descansa la nacionalidad.

A la defensa de este sentido de nuestra historia se encaminan estos flacos ensayos, que, acoplados en libro, expongo a la meditación de los compatriotas que se preocupan por la defensa integral de la República. No los ofrezco como iluminadas enseñanzas que reclamen la absorta y sumisa admiración de los lectores. Son, como digo, guiones apenas, donde se compendia un cuarto de siglo de modesta y constante meditación sobre la problemática del país. Con mis estudios sólo he buscado servir a una más clara y objetiva intuición de la Historia. Como pago de mi esfuerzo, que no es sino ingenua expresión de buena fe, únicamente pido que mi pensamiento sea estimado en la realidad de lo que expresa y en la integridad de lo que expone, sin llevar

a él supuestos que arranquen de una apreciación polémica del lector. En el caso, pongamos de ejemplo, del tradicionismo, no hay derecho para que un honesto lector imagine que yo defiendo la permanencia de hábitos y de usos superados en razón de una ley de progreso, ni esperar, tampoco, que me aferre en la vigencia de formas heredadas de cultura, cuya desvitalización la impone el examen de sus contenidos. (Folk-lore involutivo.)

Sin caer en extremos viciosos, he abogado fervorosamente desde hace muchos años (desde una época en que esto no se miró como un problema nacional), por la necesidad de defender las líneas determinantes de nuestra nación; es decir, los valores sutiles, imponderables que dan fisonomía diferencial a los pueblos. En todos mis trabajos he recalcado el tema de que las naciones se forman por la comunidad de valores geográficos, económicos, históricos y morales. He insistido sobre el precio de los cánones espirituales que dan carácter a los pueblos. Aun después de la gran diáspora, el pueblo hebreo fue una nación de variada sangre y peregrina geografía, pero sostenido sobre vínculos históricos y morales. Mientras más vigorosos sean los nexos que unen el alma del pueblo, más resistente y fácil será su defensa. Cuando, en cambio, las naciones han descuidado el cultivo de sus lazos morales, será más factible su dominio por las fuerzas extrañas. Jamás perecerá íntegramente un pueblo que mire hacia su pasado. Justamente perecen y caen bajo el imperio de nuevas y extrañas fuerzas los pueblos que no tienen conciencia de sí mismos. Función de la Historia es mantener viva la memoria de los valores que sirven de vértebra al edificio social. Su objeto es presentar las formas antiguas como elementos indispensables para el proceso de reelaboración de cultura que corresponde a cada generación. No se puede mejorar lo que no se conoce. No se puede crear cuando se ignora la resistencia de los elementos donde se fundará la nueva obra. Para que la patria sea la tierra feliz de nuestros hijos, debemos verla y amarla como el grato legado de nuestros padres. Cuando el extranjero sin estirpe local hace suyo y lega a sus hijos el suelo de la nueva patria, le lega no sólo un campo para la lucha y para la muerte, sino el patrimonio de Historia a cuyo goce y sig-

nos se ha sumado voluntariamente. Porque el irlandés que muda su mundo a la Nueva Inglaterra se hace nieto moral de los Pilgrim Fathers *y nieto de Washington y de Lincoln, del mismo modo como el griego que arraiga entre nosotros hace suyos los viejos mitos de Ledesma y de Bolívar.*

Algunos lectores, a causa de mi posición en el orden de la americanidad, quizá me tomen por impasible superviviente de la época esperanzada del arielismo. Ello, lejos de serme causa de desdén, me anima a proseguir en el camino, hoy desamparado, que, con Bolívar, marcaron los grandes constructores del pensamiento de la unidad americana: Martí, Hostos, Rodó, Ugarte, Carrión, Gabriela Mistral, Sanín Cano, García Monge. Justamente son las ideas de estos egregios pensadores de la América libre, los mejores soportes para la defensa de la historia nacional de nuestros pueblos latinoamericanos.

M. B.-I.

Caracas, 15 de septiembre de 1952.

INTRODUCCION Y DEFENSA DE NUESTRA HISTORIA

NUESTROS ESTUDIOS HISTORICOS (*)

Historia es la forma espiritual en que una cultura se rinde cuenta de su pasado.

(HUIZINGA: *El concepto de la Historia.)*

HACE algunos años nos decía un historiador ya muerto que las investigaciones históricas en Venezuela habían llegado a tal grado de adelanto que sólo esperaban la perspicacia de un Taine que reconstruyese las leyes e hilos del pasado. Pese al optimismo del sabio compañero, creemos que apenas empezamos la labor de metodizar el estudio de nuestros anales y que falta algún tiempo aún para que pueda en verdad comenzarse una racional labor de reconstrucción de nuestro pasado.

Si ya a mediados del siglo último poseíamos buenas y ricas fuentes documentales y narrativas, no era con mucho el criterio aplicado a los estudios históricos capaz de fijar líneas precisas de orientación para un descombramiento científico que permitiese una construcción con características formales.

Hubo afán de hacer historia durante los años iniciales de la República, mas el numen que guió a los trabajadores estuvo circunscrito a las grandes hazañas de la epopeya emancipadora. Se miró como ley o *fiat* de nuestro proceso de pueblo la lucha por la independencia, y en ésta como causal y guía el pensamiento de los héroes que condujeron la guerra. El aspecto heroico de este período miró a la exaltación providencialista de los hombres, y, recién salidos de la matriz colonial, el discurso histórico hubo de adquirir carácter polémico que defendiese las razones de la independencia. Más que historia crítica se escribió historia política, enderezada a justificar la revolución, y harto especioso sería pedir hoy que los hombres de la nueva Repú-

(*) *Revista de Historia de América.* Dic. 1947. Núm. 24. México.

blica hubiesen tenido para el juicio del pasado la claridad que alumbró en sus últimos años la mente desencantada de Bolívar. El elemento romántico, exaltado por la pasión patriótica, fue el vestido que más gustó a nuestros historiadores del siglo pasado, y con él se adornaron las obras de Yanes, Baralt, Juan Vicente González, Felipe Larrazábal, Marco Antonio Saluzzo, Becerra, Eduardo Blanco, Felipe Tejera, etc. Sin pretenderlo, los historiadores crearon un criterio de exhaustez en nuestras propias posibilidades de pueblo, por cuanto promovieron con el ditirambo de los hombres representativos una actitud de espasmo ante lo heroico. La vivencia histórica se buscó en la belleza de los hechos y en el contorno de los tipos *valientes* que pudieran servir para una especial ejemplificación. Lamartine, Michelet, Quinet y Sismondi fueron tomados como maestros de una historia que buscó, a pesar de los propios postulados de la escuela, el elemento personal del valor y de la audacia como determinativo de lo valioso heroico. Semejante literatura promovió una conciencia *sui generis,* que miró las espuelas de los hombres a caballo como argumento cívico.

Con los estudios de Lisandro Alvarado viró hacia otra posición la inteligencia de la Historia. La escuela positivista, explicada por Ernst y Villavicencio en la Universidad de Caracas, había abierto nuevos rumbos al pensamiento científico, y las doctrinas de Lamarck (discutidas desde los primeros años del siglo XIX en la propia Universidad), las de Darwin, Herder, Buckle, Spencer, Taine, Renán, Rossi y Lebon empezaron a florear en el criterio aplicado a la investigación de nuestro proceso histórico. Al rescoldo de estas nuevas luces se forjó la obra de Gil Fortoul, Pedro Manuel Arcaya, Angel César Rivas y Laureano Vallenilla Lanz, principales entre quienes estudiaron con criterio moderno nuestra historia de pueblo. Unos y otros proyectaron sobre el análisis del pasado la noción en moda, que veía la Historia, más que como disciplina literaria y filosófica, como capítulo de las ciencias físicas y naturales. Al amparo del determinismo y del psicosociologismo se abrieron caminos que en forma indirecta provocaron una revisión realista de los hechos antiguos: el carácter orgánico de lo histórico se impuso sobre la vieja noción de una mera indagativa y de una entusiástica

exposición de circunstancias. Más que al relato se atendió al contenido positivo de los hechos. El eslabón que une el presente con el pasado pidió mayor amplitud de búsqueda y aun para la propia interpretación de la "edad heroica", se buscó el nexo causal que explicase los movimientos sociales. Este proceso concluyó por abrir la etapa que podríamos llamar del "revisionismo colonial".

Se juzgó que ninguna época histórica en lugar alguno puede estudiarse y comprenderse sin el conocimiento previo de las épocas anteriores. Así entre algunos escritores, fieles tanto al romanticismo heroico y al iluminismo del siglo XVIII, como a la disvaliosa polémica de los primeros tiempos, perdurase la idea de que pudiera existir un *hiato* o pausa entre la Colonia y la República, se hizo, sin embargo, campo cierto la tesis realista de que sin el estudio constructivo de nuestro pasado español (pasado nuestro, no de agentes peninsulares), por jamás podría comprenderse el proceso de la república. A pesar de ser por demás meritoria y orientadora la aportación de los nuevos métodos, el carácter de ciertas conclusiones condujo a una apreciación pesimista de nuestra propia vida social. Estudiando el hecho histórico como simple fenómeno de reacciones primitivas y orgánicas, e influidos los investigadores por los principios en uso, que hallaban en fórmulas raciológicas, en complicados axiomas de herencia, en fatales circunloquios telúricos y en la exaltación de los instintos biológicos la razón de ser de aquéllos, produjeron una "conciencia de realidad", que desembocó especialmente en los estudios de Vallenilla Lanz, en toda una filosofía del hecho de fuerza como expresión permanente de lo histórico venezolano. (Aprovechando fórmulas falsas, se ha creado la peligrosa tesis del *gendarmismo* como método de gobernarse la sociedad venezolana.) Sin advertirlo, los autores llegaron, de ensayo en ensayo, sobre la primitiva fórmula del monismo evolucionista, a edificar el hecho de cultura sobre una concepción fisicoantropológica que miró al soma con prescindencia de las valorizaciones psíquicas.

Pero a la labor iniciada por Rivas, Arcaya, Vallenilla Lanz y Gil Fortoul se sumaron la investigación y el discurso de Tulio Febres Cordero, Lino Duarte Level, Caracciolo Parra Pérez, Rufino Blanco-Fombona, Eloy G. Gon-

zález, Carracciolo Parra León, Rafael Domínguez, Nicolás E. Navarro, Vicente Dávila, Luis Alberto Sucre, Héctor García Chuecos y algunos más, quienes, con disperso criterio dualista, buscaron la explicación del proceso histórico colonial en hechos de cultura más que en fórmulas deterministas. Sobre la magnífica aportación historiográfica de Arístides Rojas, pionero de archivos y museos; con la ayuda del material, desordenado y a veces baladí, de Manuel Landaeta Rosales; husmeando en la estupenda colección de Blanco y Azpurúa, tan impropiamente llamada *Documentos para la vida pública del Libertador;* con consulta de los fondos del Archivo General de la Nación y de las copias de Sevilla que enriquecen la biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, los investigadores han tenido a la mano ricos papeles que facilitan la indagación del proceso colonial. Mas la corriente nueva, si bien ha logrado una serie de rectificaciones y ha suscitado una nueva polémica de carácter doctrinario, no ha obtenido aún la sistematización que permita una clara e integral concepción del pasado. Apenas se ha logrado la fijación de hitos firmes para futuros trabajos.

Los factores humanos que se conjugaron para la formación de la sociedad colonial (español, indio y negro), no se han investigado en la medida deseable. Por lo que dice a los elementos etnográficos y etnológicos se ha carecido hasta hoy de una sistemática que preste soluciones armoniosas. Los trabajos de Gaspar Marcano, Ernst, Arístides Rojas, Rafael María Urrecheaga, monseñor Jáuregui, en el siglo pasado, enderezados al estudio *in situ* del hombre aborigen, ayudados eficacísimamente por la aportación de investigadores extranjeros, han tenido continuadores entusiastas en Lisandro Alvarado, Alfredo Jahn, José Ignacio Lares, Tulio Febres Cordero, Julio C. Salas, Elías Toro, Amílcar Fonseca, Pedro Manuel Arcaya, Américo Briceño Valero, Samuel Darío Maldonado, Bartolomé Tavera Acosta, Abelardo Gorrochotegui, Rafael Requena, Luis R. Oramas, Gilberto Antolínez, Walter Dupouy, Juan Liscano, Antonio Requena, Arturo Guevara, Tulio López Ramírez, Julio Febres Cordero G., hermano Nectario María, y especialmente en Miguel Acosta Saignes, a quien corresponde el mérito de haber promovido la creación del Departamento

de Antropología en la Universidad de Caracas, donde habrán de adquirir normas científicas las nuevas investigaciones y donde se dará seguramente una orientación de equipo al trabajo de los estudiosos.

Coadyuvante del progreso de los estudios históricos ha sido la formación de museos y el arreglo de los archivos. A la labor de Ernst y de Arístides Rojas se debió en el siglo pasado la primitiva organización de nuestros museos de Historia Civil y de Historia Natural (*). Mas dichos institutos fueron hasta época muy reciente centros muertos, carentes de la sistematización que les permitiera su indiscutible función didáctica. En cuanto a nuestros archivos, aprovechados sin método por los laboriosos compiladores del siglo último, y así hayan servido a partir de 1912 de excelentes centros de divulgación, no han rendido todo el fruto deseable. La meritísima labor de clasificación y catalogación realizada en el Archivo General de la Nación y la reproducción en su *Boletín* de los índices generales, si en verdad constituyen una rica contribución para el conocimiento de nuestras fuentes históricas, son apenas parte de la obra a que está destinado el Instituto. Junto a la labor de oficina, cumplida en función burocrática, ha faltado la promoción de un espíritu de trabajo en equipo que sistematice la investigación y dé al Archivo el carácter de Centro de Investigaciones Históricas que le reconoce la Ley de 1945, sobre su antigua función de depósito de fondos documentales. En este sentido se intentó en 1941 la formación de un Seminario de Paleografía y de Investigación Archivística, que de haber proseguido hubiera sido parte a caracterizar el trabajo futuro.

La carencia de espíritu de acoplamiento en la labor histórica ha sido una de las causas fundamentales del poco desarrollo de nuestro espíritu investigador. La obra histórica nuestra ha estado representada por el meritísimo esfuerzo señero de los amantes de la Historia. ¿Dónde la escuela que pudieron formar Alvarado, Gil Fortoul, Laureano Vallenilla Lanz? (**). El trabajo de éstos, como el de la ge-

(*) Ver nuestra publicación *Régimen de Archivos y Museos Nacionales*, Tip. Americana, 1946.

(**) De Vallenilla Lanz no queda como escuela sino el desafortunado tema político del "gendarme necesario".

neralidad de los historiadores, se realizó en forma individual, venciendo grandes obstáculos y sin crear el espíritu de grupo llamado a proseguirlo. Para tener discípulos inmediatos se ha necesitado profesar la materia en algún Instituto de secundaria, como en el caso de Eloy G. González. Como obra colectiva de trabajo sólo puede presentarse la labor realizada en el Archivo General de la Nación; mas este trabajo, según ya hemos dicho, sólo puede mirarse como fruto de una consigna burocrática encaminada al arreglo de papeles antiguos. Si mucho representan las publicaciones del Instituto *(Causas de infidencia, Encomiendas, Hojas militares, Diccionario de ilustres próceres, Orígenes de la Hacienda, Indices de secciones, etc.)*, no tienen aún el carácter de indagación y de examen crítico que están pidiendo sus ricos fondos documentales. Para ello ha faltado una sistematización didáctica de los estudios históricos, que permita orientar vocaciones y ordenar el trabajo de los investigadores. Según el plan que se estudia para el desarrollo de las futuras actividades de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad caraqueña, es de esperarse la próxima creación de un Departamento de Historia, donde se puedan emprender estudios científicos y literarios que faciliten la racionalización de una investigación que supere la etapa de los estudios individuales (*).

Justamente hemos llegado a un estado de conciencia que permite revisar con éxito nuestro proceso histórico. Ya ha declinado la época en que se juzgó actitud antipatriótica censurar la personalidad de los héroes de la Independencia y en que se miró como anhelo de retorno servil la justificación *en tiempo* del período colonial. Entre nuestros estudiosos, cualquiera que sea su posición doctrinaria diferencial, han aparecido retoños de urgencia hacia una nueva obra sin prejuicios ni silencios interesados. Pero ella reclama una conciencia de grupo, un concepto previo que lleve a considerar las disciplinas históricas como proceso que pide la cooperación armoniosa de un conjunto de trabajadores.

Si como fruto de trabajo aislado nuestra bibliografía

(*) El Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras cuenta con una cátedra de Introducción a la Historia, una de Historia de América, dos de Historia de Venezuela (Colonia y República), una de Historia de la Literatura Venezolana.

histórica presenta obras de densidad y brillo que prestigian nuestras letras, ¿qué no cosecharía mañana el trabajo en equipo de los nuevos investigadores? A ello debe caminarse con un sentido de realidad y con espíritu de verdadero patriotismo. Urge dar al trabajo histórico un carácter de comunicatividad y de cooperación que lo aleje de la vieja actitud silenciosa que hacía mirar en el estudioso de Historia una especie de mago, guardador de los secretos del tiempo, a quien pareciera mover un candoroso deseo de ganar albricias.

De lo expuesto y en cuanto a su caracterología, la Historia de nuestra Historia podría enmarcarse en los siguientes ciclos:

1.° Ciclo de la conquista y la colonia. Lo representan el acervo de los primeros cronistas de tipo particular (Castellanos, Aguado, Simón, Piedrahita, Oviedo y Baños, etc.), las relaciones de tipo general indiano, los viejos relatos de viajeros, los documentos de los propios conquistadores (Federmann), las relaciones obandinas (1572-1585), las divulgaciones y los estudios etnográficos y lingüísticos de los misioneros, las visitas e informes generales (Martí, Olavarriaga, Iturriaga, etc.).

2.° Ciclo heroico. De carácter literario y polémico, que tomó como centro de interés para el estudio del pasado la lucha de independencia y la exaltación romántica de sus hombres (Yanes, Baralt, J. V. González, Larrazábal, etc.).

3.° Ciclo científico, cuyas realizaciones pudieran encuadrarse así:

a) El estudio del hombre primitivo venezolano (Ernst, Marcano, Rojas, Alvarado, Salas, Jahn, etc.).

b) La historiografía con consulta documental (Rojas, Febres Cordero, etc.).

c) La revisión crítica del proceso anterior a la Independencia y la aplicación de ideas positivistas en la interpretación del hecho histórico venezolano (Alvarado, Angel César Rivas, Pedro Manuel Arcaya, Laureano Vallenilla Lanz, etcétera).

d) La publicación oficial de grandes colecciones documentales (Blanco y Azpurúa, *Anales de Venezuela;* O'Leary, *Cartas del Libertador; Archivo de Miranda, Archivo de Sucre*, etc.).

e) Las tentativas de organización archivística; y

f) El neorrevisionismo contemporáneo (Augusto Mijares, Santiago Key-Ayala, Arturo Uslar Pietri, Ramón Díaz Sánchez, Enrique Bernardo Núñez, Cristóbal L. Mendoza, Mariano Picón-Salas, Jesús Antonio Cova, Luis Beltrán Guerrero, Ambrosio Perera, Eduardo Arcila Farías, Juan Oropesa, Carlos Irazábal, Julio Febres Cordero, Mercedes Fermín, Héctor Parra Márquez, Casto Fulgencio López, Jesús Arocha Moreno, J. A. Armas Chitty, Arellano Moreno, Rondón Márquez, José Nucete Sardi, Luis Acosta Rodríguez, Juan Liscano, Juan Saturno, Rafael Pinzón, Siso Martínez, Pedro José Muñoz, Fernando Carrasquel, Joaquín Gabaldón Márquez, Ismael Puerta Flores, Carlos Felice Cardot, Polanco Martínez, Giménez Landínez, Montaner, etc.).

Aventurado y arbitrario sería pensar que entre el segundo y el tercer ciclo existe una separación ideológica que permita dar por abolido el criterio que inspiró a los historiadores de su tiempo. Aun en la etapa que nos atrevemos a llamar del neorrevisionismo, subsisten escritores de Historia que permanecen fieles a las líneas mentales que inspiraron a los románticos del siglo pasado.

Sin embargo, y así la Academia Nacional de la Historia haya realizado por más de cincuenta años una fecunda labor de divulgación y de enriquecimiento de los instrumentos generales, nuestros estudios históricos, no sólo desde el punto de vista de la eurística, adolecen de retardo en lo que dice a metodología interpretativa. El plano de la historiografía retiene a muchos trabajadores. Se necesita formar un recto concepto historicista que busque para la exposición y la crítica de los hechos la aportación de las nuevas conclusiones filosóficas ensayadas para la explicación de los complejos procesos sociales, en cuyo alumbramiento disputan aquellos que explican al hombre, según decir de Sheller, como "un portador de espíritu" y los que, fieles al monismo materialista, reducen los fenómenos de la cultura a mera culminación de reacciones orgánicas sin espíritu. Para airear este nuevo paso de nuestros estudios históricos, urge variar su propia concepción metódica: junto al investigador, el intérprete que sea capaz de mirar más allá del campo estático de los datos. Volviendo las aguas del tiempo, hacer del historiador lo que los jonios del si-

glo VI expresaron con el vocablo *histor*. El indagador que conoce y explica la verdad. Para llegar a ese momento, precisa invertir una serie de supuestos aún cargados de vigencia. Urge que el historiador venezolano, apartándose definitivamente de la idea de guardador de una gloria mayestática, mire al deber de dar vida, con fines presentes de comprensión social, al mundo de la Historia, no en su mera concepción de disciplina cultural, sino en su profundo y permanente valor de hechos que hablan en la pervivencia de la sociedad. Para interpretar lo actual, es decir, la vida visible del pueblo, necesitamos conocer las reacciones ocurridas en la época que nos vela el tiempo. Como inmenso cuerpo humano para cuya anatomía se le hubiese colocado la mitad en cámara luminosa y la mitad en otra cámara, adonde no podemos penetrar materialmente, la sociedad reclama las voces de quienes en el recinto vedado tienen el secreto de las reacciones que no vemos. Asimismo, para que en la vida de hoy se vea la continuidad imperiosa del remoto ayer, es necesario estudiar con fines de complementación y de balance creador el mundo antecedente. Para llegar a ello, debemos encaminar nuestros mejores esfuerzos hacia una etapa historicista que nos capacite, por medio de mejores instrumentos de investigación y de crítica, para el cabal conocimiento de las leyes de nuestro desenvolvimiento de pueblo. Y hecho el balance de nuestras deficiencias, buscar con optimismo la enmienda de nuestros errores sociales y precaver la deformación de nuestra conciencia nacional.

SUELO Y HOMBRES (*)

CUALQUIER estudio severo de nuestra historia nacional debe comenzar por el examen del área geográfica donde se ha movido nuestra sociedad histórica y por el examen sincero y profundo de los diversos elementos étnicos que se conjugaron para producir el alegre y calumniado mestizaje venezolano.

Lamentablemente, nuestros estudios geográficos carecen

(*) Lectura en el Ateneo de Valencia.

de las condiciones requeridas para que se pueda tener de ellos una síntesis apropiada al logro de una visión de conjunto de nuestro suelo y su función ecológica. Quizá entre los factores que ponen más de bulto la tragedia de nuestra desidia nacional ocupa sitio avanzado la pobreza de nuestros estudios geográficos y estadísticos. Como todo lo hemos hecho a la buena de Dios, que con frecuencia ha resultado ser la mala del Diablo, jamás hemos pensado en comenzar las cosas por sus principios. En 1841, Agustín Codazzi preparó, como complemento de su gran carta y de su atlas estupendo, su *Geografía de Venezuela*, e hizo que el ilustre Rafael María Baralt y don Ramón Díaz escribiesen su magnífica *Historia*. Pensó Codazzi con lógica simplista; primero, el suelo; después, el drama que lo tuvo de escenario. Para abonar el prestigio de la Geografía, pidió al historiador el relato de las hazañas que tuvieron por marco la grande área, cuyas cualidades y condiciones físicas estudió, palmo a palmo, sobre los caminos patrios. Codazzi entendió que suelo y hombres hacen una unidad funcional, cuyo producto es la cultura que recogen analistas y folkloristas y que explican los sociólogos y los filósofos. Sin el estudio del relieve geográfico y de sus condiciones esenciales, no es posible, tampoco, la fijación de normas que hagan provechosas las actividades futuras de la colectividad.

La patria se mete por los ojos. Con el paisaje se recibe la primera lección de Historia. Entender nuestra geografía y escuchar sus voces es tanto como adentrarnos en el maravilloso secreto de nuestra vida social. La cultura, así adquiera los contornos de la Acrópolis griega, mantiene siempre su primitivo signo vegetal. La Geografía es de indispensable conocimiento para la comprensión de la problemática social. El suelo define en parte el destino de los pueblos. Los hace mineros, pastores, agricultores, pescadores o industriales. La ladera y la llanura configuran tipos a quienes diferencia la actitud que toman cuando roturan los sembradíos. El hombre que crece en la llanura y frente al mar acostumbra los ojos a una visión en línea recta. El montañés adquiere el hábito de la variante continua a que lo obligan cimas y abismos. El ribereño, junto con el dominio de las aguas, crea la confianza de que ellas le darán un nutrimiento que ni lo ve nacer ni lo mira en su desarrollo

esperanzado. En cambio, el recolector agrícola sabe que a diario ha de poner la mano en los sembrados. El minero tiene fe ciega en que la tierra le recompensará en un minuto fulgurante todo el tiempo que haya dedicado a soñar la áurea veta o la arena diamantífera. La montaña, el río, la ladera, el lago, la llanura producen tipos que, al diferir en razón de las peculiares condiciones para el trabajo y el enriquecimiento, promueven corrientes diversas en la propia relación social. ¿Qué decir de los hombres que viven y crecen en terrenos resecos, en arenales sin sombra o en hondonadas de rocas? ¿Qué pensar de los que viven en zonas insalubres, pobres de agua y ásperas de vientos?

La obra del hombre frente al suelo consiste en dominar la Geografía y ponerla al servicio de la cultura. "Venceremos la Naturaleza", exclamó Bolívar en uno de los momentos más trágicos de nuestra historia. La frase fue tomada en distinto sentido del que la dio el Libertador, y aun teólogos amigos de su gloria se han puesto en el empeño de desvestirle la intención blasfema con que la propalaron los realistas. "Vencer la Naturaleza" es, en cambio, junto con un acto de fe suprema en las potencias del espíritu, todo un tratado de eficacia política, al cual nosotros culpablemente hemos dado espaldas. Lejos de intentar que nuestro esfuerzo rinda la rebeldía de la Naturaleza, hemos creado una teoría determinista de nuestra historia, la cual busca explicar nuestra sociedad como expresión de causas tan inmutables como la misma corteza terrestre. El fatalismo de esta hermenéutica pesimista ha subido hasta fórmulas que niegan la misma movilidad de la conciencia popular, en su anhelo de anchar el radio de sus derechos inmanentes, luz y norte de toda historia.

"Vencer la Naturaleza", en orden a que sirva cabalmente a los fines de nuestro desarrollo, tampoco lo hemos podido hacer con método los venezolanos, por cuanto, además de haberla descuidado y entregado al extranjero, no la conocemos en toda la amplitud de sus posibilidades creadoras. Escasos y dispersos, nuestros estudios geográficos han carecido del carácter funcional que persiga, por medio del examen del ambiente, las posibilidades de hacer mejor la vida del hombre. Ni siquiera se nos ha ofrecido una geografía alegre que incite nuestro esfuerzo hacia el arraigo de

la tierra. Aun en el orden del esparcimiento y de la distracción que reclama el hombre de los grandes centros urbanos, el venezolano busca horizontes extraños, por cuanto no se le ha enseñado a mirar su propio paisaje. Un interior sin caminos y sin posibilidades de alojamiento no es, en realidad, para invitar a meterse en él.

Los españoles pensaron de diverso modo, y aunque no con el concepto moderno de los valores geográficos, buscaron desde el propio siglo XVI el mayor acopio de datos sobre el suelo de las Indias. Para completar las descripciones, frecuentemente delirantes, que estampaban los primeros cronistas, las autoridades de España giraron instrucciones para fijar de manera uniforme un sistema de redactar la descripción del suelo indiano. Las más antiguas acerca de nuestras regiones fueron formadas en el siglo XVI, a requerimiento de don Juan de Obando, presidente del Real Consejo de Indias. Enredadas y confusas, las memorias y las relaciones de tierras y productos naturales y agrícolas, formadas durante nuestra era hispánica, acusan un propósito de ahondar los secretos del suelo como tema esencial para planificar una política. También lo pensaron así los hombres de la República y, posiblemente a iniciativa de Antonio Leocadio Guzmán, en el primer Gabinete de Páez, el Ministerio de lo Interior solicitó de los gobernadores amplios informes geográficos y estadísticos, muchos de los cuales fueron utilizados más tarde por Codazzi. Comprendió muy bien el sagaz estadista, a quien tocaba orientar las líneas organizativas de la Tercera República, que era preciso proseguir el camino de los geógrafos y de los estadígrafos que buscaron durante la época hispánica describir la tierra y recoger las cifras de la riqueza humana y de la riqueza territorial. Hoy conocemos la excelente labor de don Pedro José Olavarriaga, quien formó en 1721 el censo agropecuario de la primitiva provincia de Venezuela, y también los datos estadísticos del obispo Martí, los de Castro y Araoz y las noticias de Centurión, todas encaminadas a fijar importantes referencias sobre el desarrollo de la población y de su riqueza.

Hombre de amplia visión de gobernante, Guzmán Blanco hizo editar los famosos *Anuarios*, de donde arranca nuestra moderna estadística, valiosa a pesar de su discon-

tinuación y de habérsela hecho muchas veces sin el verdadero sentido de sus fines. En los *Anuarios* guzmancistas, junto con datos histórico-geográficos, se recogieron minuciosos cuadros que hoy sirven para juzgar el estado de nuestra riqueza y de nuestra cultura de entonces. Sabía el Ilustre Americano que el gobierno de una nación no es proceso empírico que puede realizarse sin previo conocimiento de las realidades sociales. Sin un profundo dominio de los problemas históricos, geográficos y sociológicos de una nación, no se podrán modificar alentosamente sus posibilidades constructivas. Por eso, hoy los Institutos geográficos y estadísticos han tomado un desarrollo inmenso en países como el Brasil, digamos, donde sus hombres dirigentes tienen marcado empeño en aposentar una cultura (*).

Entre nosotros se ha trabajado al milagro de las corazonadas y de los falsos aciertos. Hemos hecho nuestro camino público como el vagabundo que toma en los cruces la primera vía. Por ello, presentamos el curioso caso de que a estas alturas haya necesidad de decir a la gente, y a la gente que se llama directora, que es urgente hacer el balance histórico de nuestras posibilidades y que es de imperio ver sobre los cuadros del pasado los propios problemas que quedaron truncos en su resolución. Nada tan doloroso y que explique mejor la razón de nuestra crisis como el espectáculo de un pueblo que quiere olvidarse de sí mismo y que sólo busca en su pasado los mortecinos fulgores de una gloria personalista, donde tuvo antaño relieve nuestra función humana.

Con el del suelo, el del hombre en su valorización antropológica, constituye problema de previa comprensión para quien pretenda explicar el desarrollo histórico de una comunidad. El hombre, tanto por su valor de individuo como por su significado integrador de las entidades sociales (pueblo, religión, ejército, raza), es el verdadero sujeto de la Historia. Sujeto en la actividad de crear hechos, y sujeto en la pasividad de estar incluido en la propia realidad de los procesos colectivos. El área geográfica, con sus múltiples

(*) El incansable trabajador doctor Ricardo Archila, ilustre sanitarista e historiador de nuestra Medicina nacional, publicó en 1949 una valiosa monografía titulada *Orígenes de la estadística vital en Venezuela.*

alternativas y fenómenos, y el hombre, en la diversidad de sus manifestaciones físicas y morales, colectivas o individuales, son los temas donde tienen afinco y toman impulso las realizaciones que son objeto de la Historia. Benedetto Croce definió la Historia como una hazaña de la libertad. También es una hazaña por dominar, para esa misma libertad, los obstáculos de la Naturaleza. Quienes busquen en el pensamiento de Bolívar un sentido creador que todavía pueda ayudarnos en nuestra lucha presente, ya tienen un programa de acción en su estupenda frase "Vencer la Naturaleza". Aún no hemos intentado vencerla en el orden de dominar sus obstáculos y en el camino de aprovechar sus promesas.

Cuando el estudioso de nuestra historia se empeña en buscar la explicación de los hechos cumplidos en nuestro territorio, ha de comenzar, una vez conocida la realidad geográfica donde se enmarcan nuestros pueblos, por indagar el valor de los hombres que llegaron a formar nuestra comunidad social. Bastante se ha hablado de nuestro mestizaje americano, y a él se imputan las grandes fallas que se observan en nuestro proceso de pueblo. A la ligera se ha juzgado el caso, y muchos hombres serios han parado en desesperar de nuestro porvenir, en razón del tan traído y tan mal llevado plasma mestizo. Somos en realidad un pueblo de trasplante y de confluencia. En nuestro territorio se reunieron durante el siglo XVI grupos sociales correspondientes a disímiles culturas que iban a interferirse: el español, mestizo de muchos pueblos y con signos de marcada regionalidad peninsular; el indio, representado por diversas tribus, en condiciones de inmenso atraso; el negro, traído de distintas regiones del Africa esclavizada. Ninguno de los tres grupos poseía homogeneidad de valores étnicos y de hábitos sociales, pues aun el español, que iba a marcar con sus signos precisos y admirables el nuevo orden social, difería entre sí según la oriundez regional de la Península. El andaluz, el catalán, el gallego y el extremeño pusieron sus características diferenciales en los pueblos diversos donde aposentaron. (En Venezuela, por ejemplo, se observó hasta hace relativamente poco tiempo cierta diferencia regional en el régimen de las aguas comuneras; su estudio, a través de los viejos sistemas de policía rural, serviría de hilo para

llegar a los viejos derechos forales peninsulares, trasplantados por los primitivos pobladores.) Pero el español, pese a estas curiosas diferencias, poseía una uniformidad de símbolos que lo colocaba en plano arrogante. El era quien venía a dar la mejor aportación para la mezcla. El era el pueblo con historia que venía a unirse con tribus y grupos sin anales.

Cuando se puso a andar nuestro proceso social, él fue la cabeza. Poseía un histórico señorío de cultura. El indio, dueño antiguo de la tierra, aportaba apenas una modestísima experiencia agrícola. Claro que me refiero al indio nuestro. No al indio de México, Centroamérica y Perú, que mantenían la presencia de una antigua cultura. De los nuestros, algunos tenían sistemas artificiales de riego y labraban con gracia el algodón. La cerámica hallada en Occidente y en Tacarigua sirve para pensar en un pueblo antiguo o en comercio con regiones de avanzada cultura artística. Aunque pudieran tener los timoto-cuicas relaciones con los chibchas del altiplano de Cundinamarca, su nivel cultural era por demás bajo, muy más si se piensa en las culturas, ya decaídas a la hora de la conquista, que los españoles hallaron en México, Centroamérica, Ecuador, Perú y Bolivia.

Pero el indio es factor muy principal para el estudio de nuestro mestizaje y para la comprensión del proceso formativo de los pueblos. Su aportación precisa verla, no sólo como elemento de trabajo en la formación material de la riqueza colonial, sino también en lo que representa para el nuevo sentido que adquirirán en nuestro suelo las fórmulas hispánicas. A su lado el mundo negro reclama, sin embargo, un mayor estudio y una más meditada comprensión. El simplismo con que se nos enseñó nuestro proceso antiguo ha sido parte a que el negro se haya visto como una uniforme masa esclava, dedicada al paciente laboreo de la mina, de la caña de azúcar y del cacao. Se empieza ahora, siguiendo el ejemplo de Nina Rodríguez, Arthur Ramos y Gilberto Freire, en el Brasil, y de Fernando Ortiz, en Cuba, la investigación de nuestras raíces negras, a fin de establecer con la debida precisión los procesos de transculturización ocurridos en nuestro mundo americano. Se ha sabido que en los barcos negreros Inglaterra y Portugal transportaron

a nuestra América tribus enteras que gozaban en el territorio africano un grado apreciable de cultura. Reyes de mayor categoría que nuestros piaches y caciques aruacos y caribes fueron trasladados a nuestro suelo para el laboreo de las minas. El negro Miguel acaso no buscaba en Buria una corona nueva. Posiblemente sus hombros habían sentido el suave y adulador peso de la púrpura en tierras africanas. (Por ligereza hemos llegado, yo mismo caí en ello, a negar la dimensión del rey Miguel y a verlo como mero expediente del español para acrecer sus méritos.) Más que el indio, el negro fue muro de resistencia y de rebeldía contra las autoridades españolas. En papeles de Trujillo, correspondientes al siglo XVII, he leído acerca de expediciones encargadas de reducir las *cimarroneras* alzadas. El *quilombo* apareció por ello como el homenaje de su rebeldía. Mientras en Coro, Maracaibo y Güiria se oye a los negros vocear la revolución a fines del siglo XVIII, el capitán Sevilla anota en sus *Memorias* la sorpresa que le causó ver a los indios de Oriente engrosar entusiastas los pelotones del rey. Y como el español no se desdeñó del ayuntamiento con una y otra razas, luego el torrente sanguíneo mostró un pulso más entero.

Yo, por ejemplo, considero que lo negro no es reato alguno para nuestro progreso, así lo pregonen quienes olvidan graves e innegables compromisos. Creo, de lo contrario, que el negro, ya presente en el plasma del español, constituye una fuerza viva que no aportó el indio, de malicioso y resignado genio. Además, si en verdad los signos que dan dignidad y categoría histórica a nuestra cultura provienen del conquistador español que transportó a las Indias la historia cargada de siglos del viejo mundo, también es cierto que el negro y el indio dieron lo que era suyo, en vicios y virtudes, para la formación de lo que socialmente hoy somos. El sentido igualitario del español promovió la síntesis de sangre que trajo por resultado nuestro mestizaje, raíz y afinco de la democracia social de Hispanoamérica. En cambio, el puritanismo del Norte y el genio clasista del anglosajón provocaron la espantosa paradoja de la desigualdad que consagran y legitiman las leyes norteamericanas. Entre los yanquis, una gota de sangre negra desfigura y negrea la más blanca prosapia; entre nosotros,

una gota de sangre blanca modifica favorablemente las más negras estirpes.

Pueblo con grandes posibilidades de mejoramiento, el nuestro lo habría logrado ya, si se le hubiesen ofrecido medios idóneos para levantar el nivel de su cultura. Pero los dirigentes que han tenido en las manos el gobernalle de la nave, no han pensado en el pueblo sino como mero soporte de sus necesidades y caprichos. Buen pueblo para llamarlo a engrosar las tropas que han derramado su sangre en los campos de batalla donde lucía el ímpetu de los mandones; buen pueblo para llevarlo a recoger la cosecha de cacao, de caña o de café; buen pueblo para que en el pozo petrolero trabaje día y noche en beneficio de las empresas extranjeras. Pero a ese buen pueblo no se le ha educado cívicamente para otra misión que no sea dar su respaldo a las autoridades del momento. Se le mantiene en la alegría de sus formas primitivas, pero no se le indican los caminos de que su grito se convierta en voz deliberante. Ese pueblo con cultura puede, en cambio, superar todos sus reatos y puede volver a realizar la hazaña portentosa que le dio el mayorazgo de la libertad en América. Si no ha reaparecido plenamente en el campo de la Historia, es por la simplísima razón de que no se le ha buscado ni se le ha hecho conocer el sentido de su propia misión de pueblo.

Los eximios patricios civiles, que hicieron la Independencia, necesitando la fuerza del pueblo, fueron a él para predicarle directamente las consignas nuevas. Por ello, en grandes generales concluyeron antiguos universitarios. Prodigioso ejército de letrados, en el cual hasta el licenciado Miguel José Sanz —honra y prez de esta altiva y noble ciudad— tomó una lanza para acabar con Boves. Estos maravillosos creadores de la República compartieron con Juan Pueblo su ración de casabe y de cecina. Ellos se sabían constructores de casa libre para todos, y buscaron a los hombres para predicarles el decoro y la libertad, y para decirles también la manera cívica de ser pueblo.

La Historia sirve para pintarnos el proceso doloroso por medio del cual se desvió el paso cívico, y los dirigentes encargados de iluminar caminos le marcaron rumbos oscuros a la colectividad. Pareció a muchos que era más cómodo buscar un hombre que buscar un pueblo. Y la Historia

se dividió en dos partes: la de quienes quisieron que el Poder lo ejerciese Vargas en nombre de la mayoría, y la de quienes prefirieron seguir a ciegas la voluntad de Páez.

Se dice que de esta división tremenda tienen la culpa nuestra geografía y nuestro pueblo. Se imputan al suelo deficiencias que justificarían la permanencia fatal de determinados vicios sociales: se acumulan al pueblo, por su estructura mestiza y por la aspereza del medio, factores de imposible superación. Pero así no es el cuento. Una centrada meditación acerca de nuestro pasado histórico nos puede llevar a la certeza de que si carece de posibilidades cívicas nuestro pueblo todo se debe a que a ello ha querido inclinarlo la voluntad de quienes —doctores y militares— más lo han visto como medio de beneficio personal que como fin racional de la organización estatal.

Muchos han falseado la propia interpretación de nuestra historia y han erigido crasos errores en normas inmutables. Nuestra historia, como explicación de nuestra propia vida social y como puerta para antever el futuro, clama por voluntades esforzadas que salven su verdad; es decir, la verdad de nuestro propio destino histórico. Dentro se la destruye, fuera se la niega. La verdad de lo que somos reclama el exhaustivo examen de la realidad de lo que fuimos. Pero nuestra historia está enferma de mala intención en su propia raíz estructural. Y porque no sabemos lo que somos, carecemos del canon social que nos permita defendernos de nosotros mismos y de los aventureros extraños que desearían ver en nuestras plazas mayores la estatua del pintoresco Walter Raleigh o la de Walker el esclavista, en lugar de la estatua solemne de Simón Bolívar.

Pareciera que al circunscribir al mestizaje afroindohispánico el soporte humano de nuestra historia, yo estuviese cerrando muros a la universalidad de los procesos integradores de la cultura. Abiertas con la República nuestras puertas a toda inmigración, el país recibió durante el siglo último una magnífica aportación de sangre, distinta de la sangre tradicional de nuestro pueblo. Con ella vinieron ideas y hábitos que luego se fundieron con los hábitos e ideas cargados de solera venezolana. Hoy, dicho proceso, lejos de restringirse, tiene abiertas todas las posibilidades, con promesa de contribuir de buena manera al progreso de

la República. Con la inmigración nos viene la refrescante cultura del mundo. América la necesita. Venezuela la reclama. Con la gracia del injerto, queremos, en cambio, que no se pierda la continuidad histórica de nuestro pueblo. Martí lo dijo con palabras de admirable elocuencia: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas." La función troncal invocada por José Martí la desempeñan la tradición y la historia nacionales. Ellas tienen la misión de configurar, para la nueva realidad social, el alma de los forasteros que vienen a sumarse a nuestra actividad cotidiana. En su rico hontanar duermen los dioses que dan unidad al destino de los pueblos.

Hechas a un lado, en cambio, la tradición y la historia de Venezuela, como fuerza aglutinante de la nueva sociedad, proliferaría en nuestro país el espíritu disolvente que le marcaran los distintos grupos y los varios hábitos importados. Dejaría de ser la Venezuela perpetua, para tornarse en nueva comunidad, donde nuestros nombres y los nombres de nuestros mayores no tendrían razón de ser recordados. Perderíamos hasta el derecho de ser contados como muertos en el orden de la patria futura. El vigor de la Historia, en cambio, va hasta darnos en los tiempos por venir una realidad de creación y de permanencia dentro del área moral de la República.

AMBITO Y RAZON DEL HUMANISMO AMERICANO (*)

No uno, sino mil diversos temas acuden raudos a la mente en la oportunidad de ser memorado el día feliz en que Cristóbal Colón sentó huella en las playas del nuevo mundo americano. En aquel momento concluía una audaz aventura y comenzaba un largo drama. Hoy, cuando en cortas horas rendimos por los aires la inmensidad atlántica, es difícil medir el acento trágico del viaje colombino. Si los portugueses habían realizado ya la ruta de los grandes mares de la India, puede decirse que se habían movido en un plano de mayor realidad y, consiguientemente, de

(*) Lectura en el Ateneo de Caracas el 12-X-51.

menos incertidumbre. Hicieron casi un viaje de reencuentro de rutas presumidas. Colón, en cambio, iba en pos de un misterio y de una hipótesis. Más que un mero objetivo asiático, perseguía una finalidad de descubrimiento universalista. Se salía de la línea de los horizontes comunes para meterse en la tiniebla profunda y salvaje del Océano. Su brújula iba a derivar sobre campos completamente inciertos, en pos del complemento dimensional de la teórica esfera terrestre. El día y la noche eran igualmente misteriosos para los navegantes de las tres carabelas del milagro. La misma luz solar resultaba otra en su nuevo esplendor maravilloso, y cuando la aguja imantada, al variar de campo, dio por resultado un cálculo que no cabía en la normal arrojada por el cuaderno de bitácora, Colón, firme en su gran fe, no quiso mostrar ante sus compañeros ninguna sombra de duda, y achacó a equivocado movimiento de las estrellas y no a falla de su cálculo, la diferencia marcada por la brújula. En medio de aquel caos oceánico era posible pensar que las mismas estrellas erraran. En cambio, Colón, que era el hombre en pos del complemento de su mundo, no podía equivocarse. En aquel momento y en aquel sitio él tenía poder para alterar la geografía y para variar la astronomía y aun para agregar, en razón de sus diálogos con Dios, nuevos escolios a las sentencias teológicas. El era el hombre en la plenitud del goce de sus potencias creadoras. Llevaba entre sus manos el propio destino de la Historia universal, hasta entonces enmarcada en un mundo que, para redondear sus conceptos, tenía que subir o que bajar hacia planos de alucinante fantasía. El iba a transformar una geografía imaginativa que hasta para el examen de los fenómenos atmosféricos hacía cuenta, junto con las tempestades y con los huracanes, de toda una subalterna mitología de pesadilla. Viaja Colón hacia Occidente, y el mascarón de sus naves va rompiendo el secreto de las sombras espantosas, de cuya vigilancia estuvo encargado el feroz Melkarth, perpetuo custodio de las columnas que separaban el *Mare Nostrum* del *Mare Tenebrosum*. (Los fenicios, temerosos de que las sombras oceánicas pudieran oscurecer el milagroso mar interior que servía de asiento a la vieja civilización del hombre, confiaron a su Hércules impávido el gobierno de las tinieblas).

En aquellos momentos el mundo iba con Colón tras la

verdad de su propia dimensión cósmica. La hipótesis de la redondez de la tierra era sometida a prueba de experiencia, gracias a la audacia de un puñado de aventureros que seguían el pensamiento y la voluntad de un heroico visionario del mar. Sus nombres los recogió la Historia para darles parte de la gloria del descubrimiento. Son Juan de la Cosa, los seis Pinzones, los ocho Niños, Rodríguez Bermejo, Rodrigo de Triana, Cristóbal Quintero, Gómez Roscón y muchos hombres más, reclutados entre gente del pueblo, que hacían, junto con la del almirante, una enérgica voluntad de mando. Como en la cosmogonía de Thales de Mileto, el mundo resalía de las aguas: *aqua principium mundi est.* Si ahora el líquido elemento no le transmite vida en un sentido orgánico, le da, en cambio, existencia en lo que dice a su propia categoría de universo. Son en realidad días de retrasada creación, en los cuales las palabras desesperadas que de la *Santa María* pasan a *La Pinta* y a *La Niña*, se confunden, en medio del silencio del mar, con el eco perviviente de las mismas palabras del Verbo creador. Colón, a la cabeza de sus hombres audaces, supera a los más fieros capitanes de todos los tiempos. El cumple un sino, cuya universalidad, si bien no la comprende claramente, la siente como poderoso ímpetu de acción. Más que una aventura marina, Colón realiza una empresa cuyas proporciones carecen de antecedentes en las viejas jornadas históricas. Supera al Macedonio, cuando éste fue a buscar los secretos de la filosofía oriental para producir en Alejandría el espiritualismo neoplatónico. Moisés mismo, para el milagro de su viaje, necesitó que Jehová secara la ruta marina, a fin de ganar la otra ribera del mar Rojo. De la expedición de Alejandro, el mundo antiguo fue a parar a la tumba de los Faraones, donde durmió largos sueños. Al sacar a los israelitas de Egipto, Moisés apenas aseguraba a la fe de Abraham el reducido ámbito de una geografía nacionalista, que aún promueve problemas en el mundo. Con el viaje de Colón el hombre, en cambio, se completaba a sí mismo como agente universal de cultura. La Historia, si pudiera hacer pausas, se habría detenido en aquellos días del viaje para mirar hacia atrás y medir lo que había sido sobre una trunca área geográfica, y lo que habría de ser sobre la geografía integral destinada a su función humana.

Más que examinar la normal dimensión del hombre que sabe poner la férrea mano en el peligroso gobernalle, sobre la cabeza y en el corazón del grande almirante del mar Océano, podemos intuir el secreto de las fuerzas que se conjugaban para hacer de la inteligencia del hombre instrumento verdadero de la Historia universal. Con la aventura colombina, surge un nuevo sentido al humanismo, que se acopla con frescura al humanismo helénico, de nuevo vigente en Europa por el descombramiento y la divulgación de las letras clásicas. Los místicos mensajes que durante la apretada Edad Media habían caldeado la mente risueña de Francisco de Asís y de Joaquín de Fiore, exprimirán también su hondo sentido religioso en los perseguidores de la nueva edad de oro que se busca en las tierras desconocidas. Colón venía a ofrecer al jubiloso hombre europeo un ancho campo geográfico, donde la *República* de Platón se iba a transformar en la *Utopía* de Tomás Moro y donde la *Heliópolis* de Diódoro reviviría en la *Ciudad Sol* de Campanella. Aquel viaje maravilloso de 1492, de cuya primera etapa conmemoramos hoy el feliz término, fue manera de anchuroso delta donde se multiplicaron para una función recreadora las posibilidades del pensamiento antiguo. Un nuevo concepto del mundo y de la vida se abría como elemento capaz de dar otro valor al destino histórico del hombre. Surgía, pues, un humanismo, en el cual el atropocentrismo griego y el teocentrismo de la *Philosophia Christi* que entusiasmaba a Europa, pueden unirse, de manera que la tierra nueva sea un anticipo de la realidad divina del destino del hombre, tal como llegó a intuirlo en los planes de sus fundaciones piadosas para Nueva España, el sutil y noble espíritu de Vasco de Quiroga.

El divagar del pensamiento, que aún más que los propios vientos benévolos hacía bolinear las velas de las naves audaces, perdió su campo de azulosas aguas cuando un hombre, —¿Quién?—¿Rodrigo de Triana?—¿Otro cualquiera?— enunció la voz ansiada del milagro. ¡Tierra! ¡Realidad! ¡Exito! Final de la carrera. El sueño que precede a toda gran realización, deshacía su cortinaje para dar sitio pleno al perseguido fin. Tierra. Realidad. Destino nuevo.

El valor mágico de la aventura oceánica desaparece, como desaparecen los dolores del parto, para que ocupen el

tinglado de la acción los hombres encargados de montar el nuevo drama. En las carabelas de Colón, junto con el propósito mercantil de hallar otra ruta hacia el remoto reino de las especias, viaja oculto y enérgico un empeño de amplitud humana. Marco Polo había iluminado las veladas del Adriático con relatos maravillosos del Oriente, que llevaron al propio ánimo de Colón el propósito de navegar hacia el Oeste en busca del placentero Cathay de los relatos. El hombre mediterráneo sabía de otras áreas de maravillosa cultura y de opulenta riqueza y en sus cartas Toscanelli aseveraba la posibilidad de llegarse a regiones de abundante riqueza. Se hablaba de un *cammino sichurissimo* hacia las tierras del Gran Khan, aunque aquella seguridad no había sido probada por ningún testigo. Pero a su final se esperaba tropezar con las Hespérides, con el Cipango, o con El Dorado, que, como imágenes delirantes, habían servido de permanente fermentario a muchos sueños.

Colón, sin embargo, llegaba a una tierra desierta de cultura, donde apenas lucía la Naturaleza la sonriente opulencia vegetal del Caribe. Su aventura asiática se ha convertido en aventura cósmica. Hombres asustados y desnudos se acercaron al prodigio de las imponentes carabelas. Junto con estas criaturas indefensas, que miraban como dioses a los hombres blancos y fuertes surgidos de las aguas, se acurrucaban silenciosos perros. Entre los hechos que en su diario apunta Colón, deja nota de la falta de ladrido en los sumisos canes antillanos. El los cree mudos, pero no hay tal. El ladrido forma parte de un sistema humano de cultura. El perro como perro tiene la propiedad de aullar. El perro ladra como compañero del hombre. En un mundo sin plena palabra humana, los perros tenían que vivir ausentes de ladrido. El caribe y el aruaco, con quienes Colón tropezaba, no habían enseñado aún al galgo amigo el signo fonético de la domesticidad, por cuanto ellos aún no habían adquirido una forma y un sentido histórico de la existencia. Esa forma y ese sentido les venía en el fondo de las carabelas colombinas. Ya el drama empieza.

Cuando a la alegre Europa renacentista llegó el eco cargado de promesas que anunciaba el descubrimiento de las nuevas tierras, un ímpetu de viaje y de aventura hinchó el ánimo de navegantes y de reyes. Los portugueses no se

conforman ya con una ruta que les aseguraba los ricos mercados de la costa de Malabar, y las carabelas de Alvarez Cabral emproran por los caminos de Occidente, mientras la Corona británica enhiesta su peligrosa bandera en los palos de las embarcaciones de Caboto. Los viejos datos de Aristóteles y Estrabón acerca de perdidos continentes, adquieren una realidad que satisface el empeño ilusionado de caminos. Las nuevas empresas, al lograr éxito, sirven, más que las propias bulas alejandrinas, para dividir el área del Nuevo Mundo. Ya se sabe que de Cádiz, de Lisboa y de Londres, partirán, a más de las dispersas aventuras de franceses, las grandes aventuras que trasplantarán al suelo de las Indias la cultura y los problemas del mundo europeo. Por ello a España, iniciadora de las rutas occidentales, toca empezar, con la energía y con la audacia que es prenda de sus hombres, el nuevo proceso social en las duras tierras de los trópicos donde hoy se erigen nuestros pueblos. Esto hace que nuestra evocación de hoy se concrete a lo particular de los signos que dan ambiente nacional a la empresa universalista del glorioso almirante.

Más que como imperio, España se vuelca como pueblo sobre las tierras Vírgenes de América, justamente en el momento en que los Reyes Católicos consolidan el proceso de la reconquista cristiana de la Península. Con la toma de Granada no sólo se logró la expulsión del agareno, sino también la fuerte centralidad del poder regio. Sobre el suelo de la vieja España se ha venido desarrollando una lucha tremenda en la cual, con los signos de la religiosidad, se confunden diversos modos del obrar político. Elementos antagónicos, cuyo pleno dominio procura la monarquía, han venido representando el pueblo y la nobleza. A todo lo largo de una historia que se distingue por la permanencia de una lucha entre indígenas e invasores, a luego convertidos en señores de la tierra —celtíberos, griegos, fenicios, romanos, judíos, visigodos e islamitas— se pronuncia el esfuerzo tenaz de absorción que representan reyes, príncipes y condes, frente a los intereses de grupos llanos, que pugnan por resistir la fuerza centralizadora de quienes aportan mejores instrumentos de mando. Cuando se busca el hilo de la historia institucional de la Península, damos con que el pueblo rodea a la Corona para defenderse de la rapacidad de la

nobleza feudal. La monarquía que otorgó fueros y franquicias a las ciudades y a las villas, no vino a adquirir sus características despóticas hasta tanto Carlos de Gante, como heredero de la centralidad lograda por Fernando e Isabel, fue contra las comunidades que representaban una supervivencia del viejo poder deliberante.

En este momento de plenitud del poderío nacional, parece que se produjera un regreso hacia el tradicionalismo en la Península, y que en Carlos I renaciese, por su sangre alemana, la vieja concepción de la aristocracia visigótica, enfrentada con el municipalismo de raíz románica, y los cuales, como sistemas uniformes de gobierno y de administración, habían sido quebrantados por la ocupación de los árabes. La larga historia que culmina en la rendición de las torres de Granada, es solamente la continuidad de un esfuerzo por echar fuera a los representantes de una raza extraña que deja, en cambio, con la sangre, la aportación de su genio para el mosaico emocional de la Península. España hasta los Austrias es el mayor esfuerzo de un pueblo por defender la dignidad del hombre y los derechos del común, frente a la garra feudal de los señores, y el cual no cesa en el empeño por declarar su derecho, desde que se vio encerrado en las propias líneas legales que erizan de autoritarismo a la monarquía visigótica. Una curva de perfecto desarrollo ascensional ha recorrido la conciencia democrática de España a partir de aquella declaración del *Fuero Juzgo*, donde se lee, en glosa romanceada, que "el Rey en las cosas que son comunales débelas gobernar con amor de toda la tierra: las que son de cada uno débelas defender omildiosamente, que toda la universalidad de la gente lo hayan por padre, e cada uno lo haya por señor, e así lo amen los grandes, e lo teman los menores en tal manera que ninguno non aya duda del servir, e todos se metan aventura de muerte por su amor" hasta llegar a la estupenda altivez con que las Cortes de Ocaña declaran en 1469 que el rey "no es más que un mero empleado (mercenario) de sus súbditos, pues para eso le pagan una soldada, que su oficio consiste en velar por ellos mientras duermen y que por contrato tácito está obligado a gobernar bien y regirlos en justicia".

Esa enjundia democrática no la derrite el primer fuego del absolutismo. La larga experiencia deliberativa lograda en

concilios, cortes, comunidades, concejos, merindades, germanías, behetrías y mestas, donde tan al propio se expresó el rebelde espíritu nacional que puso en jaque a Roma y que domó al árabe, no podía ser quebrantado por los reitres del rey Carlos, cuya corte advenediza de flamencos y sus consorcios de banqueros alemanes, eran torpes para entender las voces recias con que el pueblo se opone al capricho y al mandonismo de las autoridades.

Carlos I venía a enfrentarse con un país donde de antiguo habían sido proclamadas las libertades y los privilegios del pueblo. Cuando Inglaterra soportaba la violencia de reyes hechos a gobernar a lanzazos, España reunía juntas deliberativas donde el estado llano intervenía libremente. Diferencias de clima, genio que busca su explicación en los propios secretos de la tierra y en la misma manera de mirar al sol, hace que mientras en España se oscurezcan las libertades antiguas, en Inglaterra sean las nuevas más claras y firmes. El tradicionalismo español no fue edificado por déspotas. La verdadera tradición española, la que estamos memorando en este día como aurora de nuestro mundo hispanoamericano, es tradición de libertad e independencia. Nos hemos acostumbrado a mirar sólo la superficie heroica de la historia de España, sin buscar los caminos que nos lleven al secreto de su genio rebelde y a la explicación de dilatarse el imperio de los Austrias, es en razón de que no puede compadecerse con los regímenes de autoridad personalista. Municipio y tiranía son términos excluyentes. En Roma, con el Imperio, se nubla el sistema comunal. En España lo rinde la impetuosidad del rey flamenco.

Memorar la lucha de las Comunidades en el siglo XVI es evocar la más hermosa página del civismo español. Y la traemos a cuento por coincidir con la conquista de América. No entienden los déspotas que una boca que se cierra con la pena capital sigue hablando para mil espíritus libres. Traidores llamaron los verdugos a los heroicos capitanes de la epopeya comunera. Traidores, como todos los déspotas suelen llamar a los hombres dignos que se alzan por la libertad contra los gobernantes que miran el suyo personal como el bien público. Traidores llamaron las autoridades coloniales a Miranda, a Bolívar, a San Martín, a Hidalgo

y a Martí. Desafectos y traidores siguen llamando los políticos de oportunidad a quienes no se suman al coro de los que ciegan con lisonjas la mente de los mandatarios.

Ahí va camino del suplicio el bravo Juan Bravo. El los desmiente a todos, afincado en la autoridad con que la vecina muerte amerita aún más su limpia palabra de apóstol de la dignidad comunal: "¡Traidores, no; mas celosos del bien público y defensores de la libertad del reino!" Hay gente leal en la plaza de la ejecución. Permanecen mudos los labios, mas la protesta, inútil hoy, hierve como germen de fecundas empresas en los corazones estrujados. Los ojos, blancos de asombro, y los oídos, sensibles como antenas finas, están todos abiertos para recoger este cuadro de eternidad homérica. Allí caía, para ganar vida permanente, la vieja España, la España grande, la España polémica y agónica de que nos habla Unamuno, la España perpetua que se salvará contra toda manera de despotismo. Y aquel cuadro, humedecido con las lágrimas enjutas de los testigos derrotados, vino a extenderse sobre los anchurosos caminos de América. Aquel grito de rebeldía, aquel tradicionismo autonómico, halló en nuestro virgen continente campo donde revivir en forma digna. En Villalar triunfó el despotismo, postizo desde entonces en la tradición de España. Mas el tuétano rancio, la solera que mantuvo el espíritu de autonomía y el aire de la rebelde personalidad del español, se echó a la mar en las naos de la conquista para hacer del Nuevo Mundo su solar nuevo (*).

Cuando aquello ocurría en la Península, América ya se había abierto a la ambición de España y de su pueblo. El siglo XVI inició su cuenta con un gran vuelo de velas que regaban la esperanza en medio del temido mar de las tinieblas. Las sombras antiguas habían sido sustituidas por el ofuscante azul de unas aguas propicias a la carrera de todo empeño de creación. El pueblo de España se sintió atraído por una voz poderosa y se echó sobre el mar, en la inconmovible confianza de que ayudaría a levantar su propio nivel histórico. Las expediciones se suceden y enrumban hacia todas las variantes del oeste marino. Los señores se quedan en la paz de los mayorazgos y en el disfrute

(*) Prefacio del I tomo de las Actas del Cabildo de Caracas.

de las sinecuras. Viajan, con los soldados de Flandes y de Italia, hidalgos pobres y gente del común del pueblo. Vienen clérigos ansiosos de místicas siegas. Viajan también físicos y letrados. Quiénes son agricultores y otros artesanos. Cervantes, a pesar de que también quiso venir, habló de criminales y de prófugos de las leyes. En aquellas manos llegaban la espada que destruye y también la balanza de la justicia: con el tesorero, el predicador; con el férreo soldado, la soñadora castellana; con el verdugo, el poeta y el cronista. Viene el hogar nuevo, la familia que será raíz de frondoso árbol. Los indios los acechan desde los bosques cercanos a la desierta playa. Es de noche y el frugal refrigerio reclama el calor de la lumbre. Para evitar el retardo de los frotes del pedernal, un marinero corre a la vecina carabela y de ella trae, cual Prometeo marino, el fuego que arde e ilumina. Ya, como en un rito védico, Agni impera en la nueva tierra y un canto de esperanza colma el corazón de los hombres extraños, hechos al dolor y a la aventura. Y aquel fuego casi sagrado, que caldeará durante siglos el hogar de los colonos y alumbrará las vigilias de la patria nueva, ha venido de España, en el fondo de los barcos, por el camino de los cisnes, como los normandos llamaron al mar (*).

Ha venido en realidad el fuego de una cultura que luchará en nuevo marco geográfico por el espaciamiento de los símbolos antiguos. El Renacimiento, que en el Viejo Mundo buscaba nuevas dimensiones para el hombre, encuentra en América una inocente barbarie, a cuyo roce la severa conciencia que fraguó la Edad Media puede adquirir un temple más en concordancia con la verdadera estructura del hombre. El español vuelve a encontrarse consigo mismo cuando echa la mirada sobre las mil posibilidades constructivas que le ofrece el continente virgen. Mientras ingleses y holandeses salen de sus casas para ventilar los odios domésticos, el español se lanza con la alegría de conformar su destino. El *Quijote*, que supo expresar como nadie el sentido angustioso del alma española, enseña cómo "el camino es siempre mejor que la posada". Por eso los aventureros que vinieron a formar nuestro mundo dejaron a los

(*) "Tapices de Historia Patria."

hermanos peninsulares el disfrute de la paz hogareña para darse a recorrer, vestidos de tiranos, como Lope de Aguirre, o con capa de santos como Martín Tinajero, los caminos ilusionados de El Dorado. Y mientras en la Península se conformó un modo de vivir político que daba robustez al centralismo monárquico, en las Indias renacía, con el Cabildo, el autonomismo municipal que llegó a resistir el imperio de las autoridades ejecutivas. Nuestra primera contienda política tuvo un hermoso carácter cívico. Contra el presunto heredero del gobernador Alfinger se levantó la voz de un Cabildo incipiente, que defendió para los alcaldes el derecho de gobernar. En aquella oportunidad el civilismo del Municipio ganó la partida al mandonismo del ejecutivo. Y como los indianos se empinaron para defender sus derechos, los primeros cedularios estuvieron marcados por un espíritu encaminado a conceder gracias y mercedes a conquistadores y pobladores. En Cédula de 1529, el rey encarecía al obispo de Santo Domingo que fueran cumplidas las capitulaciones y asientos celebrados con "los particulares" que hubieren fundado pueblos. El rey respetaba en tal forma el derecho de quienes a "su costa y minción", como rezan los documentos de la época, fundaban poblaciones de propia iniciativa.

Este dual carácter —el oficial y el privado— se abulta durante el largo proceso que mantiene en agria querella el autoritarismo de los gobernantes, que representan a la Metrópoli, y la justicia que defendían los colonos ya arraigados, en quienes habla la geografía y el mestizaje de América con voces no entendidas por los cortesanos de Madrid. Cuando España extravasó sus fuerzas hacia el Nuevo Mundo, se produjo un fenómeno de reversión, que puso a flor de actualidad los mejores valores históricos del pueblo. El sentido polémico de lo español renacía en América en pos de caminos de justicia. Si hubo crueldad en el proceso de la conquista, también hubo, frente al duro ejecutor del crimen, una voz que clamaba por el reparo. Sin ir al examen de las Cédulas y Ordenanzas que forman el *Corpus Juris* indiano, bastaría perseguir a través del dédalo histórico de la Colonia la recia voz que procura, cuando no puede hablar completo, bajar el tono que transmita a las nuevas generaciones la indeclinable consigna de altivez. Por eso no

se necesita, como lo deja entender el ilustre Altamira, una copia de crímenes y de fallas de las autoridades metropolitanas para explicar y justificar la lucha por la independencia. Esta tenía que producirse por una u otra causa aparente, en razón de que su germen, como conciencia de personalidad, vino con Hernán Cortés, con Núñez de Balboa, con Francisco Pizarro, con Gonzalo Jiménez de Quesada, con Juan Rodríguez Suárez, con Diego de Losada, con Diego García Paredes. No se trató de una rebelión de esclavos justificada por el sadismo de los amos, sino de la emancipación del mozalbete, cuando frisó con la plenitud de su hombradía.

En el examen del proceso de la Colonia, quiénes persiguen el dato que se refiere al desarrollo material de las conquistas y al dilatamiento de los pueblos nuevos, otros miran las contorsiones del barroco en la fachada de los templos y palacios, aquéllos buscan las cifras que concretan el progreso de la agricultura y del comercio, esotros prefieren indagar el desarrollo de la cultura literaria, mientras los más se limitan a ponderar los defectos y las fallas de hombres y sistemas. La unidad de juicio es difícil de ser lograda cuando se trata de saber la verdad de hechos en que tanto contradicen los jueces actuales como contradijeron los actores antiguos. Sin embargo, como elemento que hace resaltar el sentido creador del proceso hispánico, ninguno de mayor fuerza que el reconocimiento unánime de la lucha que se produjo entre criollos y autoridades, entre mestizos y criollos, desde la hora y punto que se formaron las nuevas comunidades. El drama comenzó cuando el propio conquistador, montado en raudo corcel, voceó al aire el derecho con que tomaba posesión de la nueva tierra. Tres siglos duró la Colonia y tres siglos duró la escena, cuyos personajes recibieron de la propia España los coturnos que les dieron dimensiones de gigantes en el cuadro de la Historia Universal. Cuando los padres de la Independencia defendieron la libertad y la autonomía, no fueron contra España, sino contra una España que se había amañado con el absolutismo y de la cual difirieron los americanos desde el momento en que los abuelos antiguos olvidaron el camino del regreso a la madre patria. Lejos de ir contra España como hontanar de nuestra cultura, la salvaron en su des-

tino novicontinental. Los padres de la patria hispanoamericana defendieron el sentido de la España que en estos mares había logrado la democrática fusión de los pueblos indoafrohispánicos, condenados, sin remedio, al coloniaje político de ingleses o de angloamericanos, si no hubieran conquistado para ellos los signos de la república. La propia guerra de Independencia no fue, pues, sino una gran batalla ganada por el viejo hispanismo contra las fuerzas extrañas que empujaban el velamen de los antiguos piratas. Antiguos piratas, siempre nuevos y feroces en el horizonte de la patria americana, cuyas sombras se empeñan en no ver los mercaderes que abastecen las naves del peligro.

Orgullo de peninsulares, el imperio español es obra que más nos pertenece a los nativos de América que a los descendientes de los burócratas que en la Península aprovecharon el oro y la plata, el añil y el cacao de nuestro ubérrimo suelo. Nuestros mayores, es decir, los abuelos de los hispanoamericanos de hoy —españoles, indios y negros— lo forjaron al dolor y a la esperanza. Con él pudo lucrar una corona, que terminó por no saber dirigir el sol que iluminaba sus dominios, y que lo expuso a ser desquite del imperialismo anglosajón si nuestros padres, como he dicho, no hubieran trocado por los de la libertad republicana los viejos símbolos monárquicos. Imperio de repúblicas convulsas y bárbaras, subsiste, a pesar de Belice, de Panamá, de las Guayanas, de Trinidad, de las Malvinas, de Curaçao y de Puerto Rico, como esperanza de permanencia del genio insobornable que lo formó para un futuro de fraterna libertad. Así entienden los hombres libres de América el ámbito y el valor moral del hispanismo. Vemos en España una idea y una cultura colocadas sobre lo adventicio de intereses políticos en turno de éxito. Centro de gravedad de nuestra civilización, miramos los valores de la España eterna con los mismos ojos con que fueron vistos, sobre los de Fenicia, los valores de Grecia como nutrimento eficaz de la cultura mediterránea. Idea tocada de eternidad, nuestro hispanismo descansa en el espíritu de personalidad que distingue y da carácter al insobornable pueblo de Sagunto y de Bailén. Sus valores tienen la intemporalidad mítica de todo lo que dura: el Alcalde de Zalamea, Don Quijote de la Mancha, Ruy Díaz de Vivar, Santiago, el del niveo caballo, que to-

das las noches transita su luminoso camino de estrellas, en espera de ser invocado por quienes tengan el ánimo dispuesto a santificarse en el servicio de la libertad del pueblo. "¡Santiago, y a ellos!", fue grito con el cual se espantó a los piratas que amenazaron la integridad del viejo mundo hispánico. Hoy nuestro grito, para defender nuestra unidad hispanoamericana de la permanente asechanza de los piratas del Norte, debe ser: "¡Bolívar, y a ellos!"

Bajo ese signo de inmortal rebeldía, nos hemos reunido hoy para meditar en la alta misión de nuestra América como continente destinado a testificar el triunfo del hombre en su lucha interminable por la libertad, por la igualdad, por la justicia y por la paz.

LA LEYENDA DORADA (*)

Al empezar a explicaros este curso de Historia Colonial, considero un deber de sinceridad hacia vosotros y hacia mí mismo exponer mi posición personal ante los problemas fundamentales de nuestra Historia, y en especial con relación a cierta graciosa atribución de fomentador de la "leyenda dorada" de la conquista hispánica con que algunos adversarios de mis ideas filosóficas y políticas han pretendido obsequiarme. Demás de esto, considero que en toda cátedra donde se declaren ideas, el profesor ha de comenzar por decir claramente a sus alumnos cuál sea el campo conceptual a que otorgue preferencia.

Dos tesis, a cual más falsas, han pugnado en la explicación del proceso de nuestra vida de colonia española. La que pondera hasta extremos beatíficos la bondad del español, y que ha recibido peyorativamente el nombre de "leyenda dorada", y la que sólo concede boleta para el infierno a los hombres de la conquista. Sobre el furor negativo de esta última se ha alzado la llamada "leyenda negra". Pero ambas "leyendas" tienen a la vez sus variantes. Para la "dorada", hay un sistema que arranca de Ginés de Sepúlveda y concluye en José Domingo Díaz. Según ellos,

(*) Lectura en la cátedra de Historia Colonial de la Universidad Central de Venezuela el 5-10-51.

la Colonia fue de una legitimidad absoluta y de un proceder que sólo la ingratitud podría negar. A completarla se agregó el criterio contemporáneo de los peninsulares que piden estatuas para Boves y niegan las virtudes de nuestros próceres. De otra parte, se crearon dos "leyendas negras", la de fuera, provocada por los enemigos exteriores de España, y la de dentro, en parte alimentada por el mismo espíritu de justicia crítica que distingue al español. La "leyenda negra" actual es un infundio de tendencias forasteras y de incomprensión pseudo-nacionalista.

Hubo entre nosotros un grupo muy distinguido de historiadores que, guiados por un erróneo aunque honesto concepto de la venezolanidad, desdijeron la obra de la colonización española e intentaron presentar el período hispánico de nuestra vida social como un proceso de extorsión, de salvajismo, de esclavitud y de ignorancia. Creyeron que con tal método agrandaban el contorno creador de los padres de la Independencia, considerados como centros de gravedad y focos generadores de la vida histórica de la nación. Según ellos, en realidad, la patria no vendría a ser sino el proceso republicano que arranca de 1810. A la par de estos historiadores, hubo investigadores, entre quienes es preciso colocar en sitio primicerio a Angel César Rivas, a Laureano Vallenilla Lanz y a Pedro Manuel Arcaya, que, aplicando la metodología positivista al estudio de las capas históricas de la nación, encontraron una continuidad que arranca de la propia hora de la llegada a nuestro mundo americano de los pobladores hispanos que engendraron nuestras estirpes sociales y dieron carácter y fisonomía a la sociedad nacional. A esta corriente revisionista se sumaron valiosos historiadores contemporáneos, que reconocieron la necesidad de profundizar el estudio de nuestro pasado hispánico, para poder conocer la verdad de nuestra vida de comunidad. Se comprendió que los pueblos no se hacen de la noche a la mañana, y que el magnífico florecer republicano de 1810 era la culminación de un proceso histórico que venía en lento desarrollo desde muy largos años.

Vosotros habéis tenido la suerte de hallar desbrozado el camino que nos tocó transitar a los viejos estudiantes de Historia. De algunos años a esta parte ha surgido una urgencia por los estudios de Historia nacional, y vosotros,

los alumnos de hoy, contáis con textos algo mejores que los nuestros. Ya se os explica, ampliamente, por ejemplo, lo que fue la dominación española, así ciertos profesores no hayan logrado digerir la posición crítica de algunos escritores.

Si algunos maestros quisieran saber mi posición respecto a la llamada "leyenda dorada", podrían leer y meditar lo que expongo en el prólogo de mi libro *Tapices de historia patria*. Esta obra y *La instrucción en Caracas*, de Caracciolo Parra León, fueron utilizadas como manzanas de discordia por los enemigos de la revaluación hispanística. Aparecieron ellas en pleno debate acerca de la materia colonial y lucharon contra la obcecada negación de quienes no querían ver que, examinando y justificando en el tiempo la labor de los colonizadores españoles, se examina y se justifica la obra de los hombres que generaron nuestra vida cívica. Esos hombres motejados de barbarie, de crueldad y de ignorancia son los mismos hombres que dieron vida a nuestra nación. Manuel Díaz Rodríguez proclamó, en oportunidad solemne, que no sólo los varones de la Independencia, sino también los heroicos conquistadores deben ser vistos como padres de la patria.

El caso, en lo que dice a valores internos, es muy sencillo. Cuando los viejos historiadores enfrentaron a los hombres que hicieron la independencia con los hombres que representaban la soberanía española, creyeron que asistían a una lucha entre dos mundos sociales, cuando lo que se debatía era la suerte de dos sistemas. No era una guerra contra el pasado en función histórica, sino una guerra contra el pasado en función política. La misma guerra que libran los hombres y las sociedades todos los días. Los padres de la patria no eran seres milagrosos aparecidos sobre nuestro suelo al conjuro de voces mágicas, ni tampoco eran la expresión dolorosa de una raza que hubiera callado y soportado la esclavitud de un coloniaje impuesto por extraños conquistadores. Ellos eran, por el contrario, la superación de un pasado de cultura que tenía su punto de partida en los conquistadores y pobladores llegados el siglo XVI. Si se examinan pacientemente las genealogías de los padres de la patria, se encontrará que los abuelos de casi todos ellos remontan a las expediciones de Alfínger, de

Spira, de Fernández de Serpa, de Jiménez de Quesada, de Diego de Ordaz. Bolívar no llegó a Venezuela a la hora de hacerse la Independencia. Sus más remotos antepasados en la aventura venezolana fueron Juan Cuaresma de Melo y Sancho Briceño, regidor perpetuo y alcalde de Coro, respectivamente, en 1528. El apellido lo trajo para injertarlo en estas viejas estirpes venezolanas don Simón de Bolívar, venido como secretario del gobernador don Diego Osorio a fines del siglo XVI. De don Cristóbal Mendoza, primer ejercitante del Poder ejecutivo nacional, fueron los más antiguos abuelos el capitán Juan de Umpiérrez, encomendero en Trujillo por 1571 y Alonso Andrea de Ledesma, fundador de El Tocuyo, Trujillo y Caracas, y símbolo permanente de los valores de la nacionalidad. La sociedad colonial que se empinó para la obra admirable de la República, venía de atrás. Estaba ella latente durante el largo período que se dio en llamar con menosprecio "la tiniebla colonial". Esa sociedad, que a consecuencia de la guerra de emancipación cambió de signos políticos y de métodos gubernamentales, era necesario verla como resultado de un proceso sin pausas, que arrancaba de los propios conquistadores. Angel César Rivas, Vallenilla Lanz y Pedro Manuel Arcaya aportaron valiosos elementos desde el punto de vista de la sociología y de la política. A Caracciolo Parra León, Tulio Febres Cordero, Rafael Domínguez y Héctor García Chuecos, correspondió el mérito de haber ahondado en la investigación de la enseñanza colonial y de haber logrado argumentos *intelectuales* para robustecer la idea que llevó a Gil Fortoul a poner en su debido puesto la oportuna influencia de la Revolución francesa en nuestro proceso separatista. Con Parra León trabajé asiduamente en la obra de reivindicar nuestro pasado hispánico, y como tuvimos la suerte de hablar desde la Universidad y desde la Academia, se nos adjudicaron méritos que corresponden por igual a otros historiadores, empeñosos como nosotros en servir a la verdadera historia de la patria.

Aunque parezca vano al caso y así constituya repetición de lo que relato en el prólogo de mis *Tapices*, os diré cómo el propio discurso de Parra León para incorporarse en la Academia Nacional de la Historia fue objeto de serias objeciones que arrancaban del carácter religioso de la ense-

ñanza colonial, cuya existencia se pone de resalto en aquél. En un medio tan tolerante como el nuestro, aquella actitud causó sorpresa extrema y obligó al propio Gil Fortoul a favorecer la posición de Parra. Llegó a creerse necesario que la Academia de la Historia defendiera las conclusiones del determinismo materialista, que el recipiendario atacaba, y para componer las paces, en medio de aquel artificial campo de Agramante, hubo quien propusiese que no fuera yo, correligionario de Parra, el que respondiese su discurso, sino Alfredo Jahn, ilustre científico de acusadas ideas materialistas. El problema, como se ve, fue debatido en un terreno que rompía los límites de lo histórico, para abarcar el campo de la religión y la política. Se dijo que el discurso de Parra, por su amplitud, no era discurso, y por tanto excedía las normas reglamentarias. Hubo necesidad de buscarle, para justificar la dimensión, antecedentes en los discursos de Descartes y de Bossuet. Y como Parra León daba noticia de que el egregio fray Antonio González de Acuña había impuesto la obligatoriedad de la instrucción primaria en la segunda mitad del siglo XVII, César Zumeta, a quien tocó recibirse como académico después de Parra, creyóse obligado a atacar en su discurso el sistema colonial y volver por los fueros del padre republicano de la instrucción obligatoria, el ilustre Guzmán Blanco. Acuñó entonces nuestro grande hablista la frase que ha servido de fútil banderola a los enemigos de la revaluación de nuestro pasado hispánico: "Entre la Colonia y la República hay un hiato semejante al que separa al Antiguo del Nuevo Testamento." La frase puede impresionar a tontos, pero es de un absurdo doblemente manifiesto.

Dichosamente para el progreso de nuestros estudios históricos esa posición negativa ha perdido espacio. Pueden hoy los historiadores diferir en la apreciación de lo hispánico, pero a ninguno ocurre negar los valores antiguos en aquella forma iconoclasta, y pocos son los que puedan pensar hoy que en 1810 se produjo la ruptura de dos mundos sociales e históricos. Todo lo contrario, están contestes los historiadores, como apunté ya, en reconocer que el proceso emancipador estuvo encaminado a variar el estilo político de una sociedad histórica, cuya fuerza estribaba justamente en las realizaciones logradas durante el imperio

del sistema que se buscaba abolir. Es decir, realizaron nuestros mayores una acción histórica semejante en grado a la del pueblo francés que después del 14 de julio se empeñó en cambiar por los de la República los viejos símbolos monárquicos de la Francia eterna.

Esto lo entendemos hoy claramente, gracias a la perspectiva de tiempo, pero cuando nuestros padres fueron contra el mundo de las formas coloniales, creyeron, como era fatal que sucediese, que iban también contra el mismo mundo histórico que se había formado al amor de los viejos símbolos. Y como el gobierno y la administración de España eran objeto de críticas acerbas, fueron, sin ningún examen, contra todo el orden social de que eran producto y expresión los hombres que forjaron la Independencia.

En aquel evento, nuestros padres tomaron como medios de lucha las armas de los viejos enemigos del imperio español. No sólo les facilitó Inglaterra rifles y pólvora para la aventura de la guerra; también les dio el instrumento intelectual de su odio y su descrédito contra la madre patria. Es decir, nuestros padres se aliaron para atacar a la Metrópoli con los hombres que habían sido los seculares adversarios del pueblo de que éramos parte, y la "leyenda negra" del despotismo y de la ineptitud de España, que habían creado los ingleses, se unió al odio contra la Metrópoli, que había provocado el propio sistema de la Colonia en el ánimo del criollo.

(Aquí pondré parte de lo que digo acerca de los piratas en mis *Tapices de historia patria.* Ello sirve para apuntalar referencias.)

A tiempo que Francisco I se negaba a reconocer la partición del Océano entre España y Portugal, por desconocer la "cláusula del testamento de Adán en la que se me excluye —decía el rey— de la repartición del orbe", ya los barcos franceses infestaban las islas antillanas y la Corona había enviado carabelas que las defendiesen de los "ladrones" gálicos. So color de libertad de comercio, el rey de Francia expidió las primeras patentes de corso y autorizó a los capitanes y armadores para que atacasen a españoles y portugueses. Era como el desquite contra la amenaza que para dicho país representaba el esplendor de España con su vasto imperio ultramarino.

Aquellas naciones que censuraban de los Reyes Católicos la sed de oro y la política que ponían en juego para lucrar con las minas, no paraban mientes en abordar las naves españolas que, lastradas con el fruto del trabajo minero, ponían rumbo a los puertos de la Metrópoli. Calificaban de crimen la explotación del rico mineral en el fondo de la tierra, pero no apropiárselo violentamente cuando estaba ya fundido. "Los países que reprochaban acremente a los españoles su crueldad, su codicia y su abandono de toda actividad útil para hacerse mineros —decía Carlos Pereyra—, empleaban un número mayor de hombres en robar los metales preciosos fundidos y acuñados por España que ésta en extraerlos y beneficiarlos."

Mientras la madre patria, realizando el más generoso plan de colonización que jamás ha puesto un estado civilizado al servicio de naciones bárbaras, destruía por imprevisión sus propios recursos interiores, los colonos de la Nueva Inglaterra limitaban su obra a una tímida expansión que, sin la heroicidad legendaria de los conquistadores españoles, realizó actos de suprema barbarie. Cuando en la América española ya florecían universidades y seminarios, en la del Norte no habían podido establecer un asiento los inmigrantes sajones; y sube de punto la admiración al considerar que el pueblo de San Agustín, en La Florida, fundado por conquistadores españoles en 1565 y el más antiguo de la Unión, antecedió en cuarenta años al establecimiento de la primera colonia inglesa en Virginia. Si España dilató sus dominios a punto de no poder defenderlos, lo hizo por una política contraria: a la lentitud y timidez de la expansión sajona, opuso una audaz y temeraria penetración que en breve tiempo le dio por suyas las más ricas posesiones del Nuevo Mundo.

Para equilibrar las consecuencias de tan distintos planes de conquista y hacer que pasaran a las potencias que obraban lo mismo que Inglaterra —Holanda y Francia— los territorios sometidos a la Corona de Castilla, hubieron aquéllas de valerse de una apropiación indebida, para la cual ningunas eran tan adecuadas como las armas que cobijaba la bandera sin código de piratas y bucaneros: Jamaica, Granada, Tobago, La Tortuga, Curaçao, Aruba, Bonaire, testimonian, entre otros territorios, los resultados de la

nueva política antiespañola. En aquellas guerras sí cabe la definición que de la guerra dio Voltaire: *Dans touts les guerres il ne s'agit que de voler.* ¡Y de qué manera!

El corsario, nueva faz del moro secular, amendrentaba a los colonos, y los unía para la común defensa de los puertos de la patria. Y decimos nuevo moro, porque si aquél amenazó con la luz enfermiza de la Media Luna la totalidad religiosa de la Península, piratas y bucaneros fueron también como brazos en la lucha de Inglaterra contra la catolicidad española. Los hugonotes vengaron en América la religiosidad de España, y defensores de La Rochela saciaron su odio anticatólico en el incendio de templos de Indias. Cromwell y la política a éste sucedánea, habían heredado de los "puritanos de la época isabelina" el tradicional aborrecimiento de España, como baluarte de Roma, según observa Haring, y los capitanes que incendiaban y robaban medraban justicia para sus empresas criminales al amparo de la doctrina corriente en la corte de San Jaime, de que "los españoles como víctimas infelices de Roma, tenían bien merecido que se les robase y matase, si no se dejaban robar". Chesterton, a pesar de enaltecer el carácter pintoresco de los piratas ingleses, termina por llamarlos "la plaga del imperio español en el Nuevo Mundo", rescatadores, según otros, para la Corona Británica, de "la herencia de los Santos".

El odio contra lo español fue arma de guerra al servicio de Inglaterra, preocupada tanto por la expansión del imperio como por el problema religioso que enfrentó a Felipe II con Isabel I. España debía ser desacreditada como reducto de fanáticos, para que así legitimase más fácilmente el odio de la Corona de San Jaime. Y España misma, como veréis, dio las mejores armas para la campaña de su demérito.

El español ha sido esencialmente un país crítico e individualista. Fue también el español el primer pueblo europeo que gustó de libertades personales. De los viejos fueros españoles copió Inglaterra sus primeras Cartas de Derechos. Cuando se nublaba la antigua independencia municipal de España, su pueblo se echaba al mar para la aventura de las Indias. Por eso en América resucitó el Municipio con fuerza ya perdida en la Península. A la conquista vino de todo: nosotros conocemos el nombre de Martín Tinajero y el

nombre de Juan de Carvajal. Hombres con sentimientos de humanidad y hombres con entrañas de bronce. La Corona de España, sin embargo, se sintió desde un principio en el deber de componer la justicia, y cuando comenzaron a llegar noticias a la Corte de las crueldades y de las depredaciones que realizaban los conquistadores, buscó la manera de repararlas. Las acusaciones que el Consejo de Indias recibía contra la dureza de los encomenderos y contra la rapacidad de las autoridades, no eran producidas por personas extrañas a la vida española. Eran juristas, teólogos, frailes, capitanes y paisanos quienes denunciaban y, exageraban muchas veces, los delitos y las faltas de las autoridades. Para encontrarles remedio, en España se habló, se gritó y se escribió en todos los tonos. Los púlpitos de los templos y las cátedras de las Universidades y de los conventos peninsulares fueron tribunas donde tuvieron eco los dolores de los indios esclavizados. Al propio emperador y al Papa mismo negó fray Francisco de Vitoria autoridad para distribuir a su antojo el mundo recientemente descubierto. Apenas se habla en las historias ligeras de las blancas figuras de Antonio de Montesinos y de Bartolomé de las Casas como defensores del derecho de los naturales. Pero como Las Casas y Montesinos hubo miles de misioneros que sirvieron con espíritu cristiano los intereses de los indios, primero, y los intereses de los negros, después, cuando éstos fueron traídos para aliviar el trabajo de los aborígenes. Felipe II, llamado por los británicos el *Demonio del Mediodía*, sancionó Cédulas y Pragmáticas a favor de los indios y de los negros que contrastan con la crueldad de los colonizadores ingleses en Norteamérica, y que son asombro de los profesores modernos de Derecho Social. Mejores y de más precio que las margaritas del mar, consideró aquel *rey sombrío* a los indios que eran ocupados en la explotación de los placeres auríferos, y en su provecho ordenó que no trabajasen más de cinco horas diarias bajo el agua. Muchos españoles, también, para saciar personales venganzas, ponderaron en demasía las crueldades de los encargados de hacer justicia en el Nuevo Mundo. Pero todos fueron bien oídos y leyes se dieron con normas reveladoras de un elevado espíritu de equidad y de justicia.

Si en verdad esta actitud crítica sirve para mostrar di-

ligencia en el camino de enderezar la justicia, muchos la tomaron en su tiempo como verídico elemento acusatorio, que presentaba a los conquistadores españoles como monstruosos bebedores de sangre indiana. Con tales elementos nutrió su odio contra España la *leyenda negra* que le edificaron ingleses y flamencos. Y esa leyenda, torcida en la intención del descrédito y no encaminada al remedio de las presuntas injusticias, la sumaron muchos americanos a la leyenda interna provocada por las propias desavenencias sociales. Un ilustre escritor hispanoamericano asentó en esta misma Universidad que la lucha por nuestra liberación continental había empezado en el canal de La Mancha, con el abatimiento de la Armada *Invencible* de Felipe II por el poderío de Isabel I. Tan arbitraria aseveración es tanto como negarnos nosotros mismos, pues, a pesar de nuestro mestizaje, somos culturalmente la continuidad de un proceso español, que en su hora de plenitud optó la emancipación heroica y tenazmente defendida por nuestros padres. Aun desde un punto de vista de filosofía universal, sería arbitrario sostener que la corte de San Jaime sostuviera un criterio de liberación política frente a un retraso ideológico español. La Inglaterra anterior a la revolución del siglo XVII era más oscurantista que la España de Felipe II. Basta recordar cómo las autoridades inglesas ordenaban quemar libros, como los de Roberto Belarmino, que proclamaban los derechos deliberativos del pueblo, mientras en la Península hasta se apologizaba el regicidio.

Justamente la destrucción de la Armada *Invencible* empujó la bárbara carrera de piratería que asoló a nuestro mundo colonial y detuvo el progreso de los establecimientos hispánicos, donde adquiría fuerzas la cultura en cuyo nombre nos empinamos más tarde para defender el derecho de autodeterminación política. Esas tesis de que los piratas fueron portadores de consignas de libertad, la podrían defender los mercaderes ingleses que querían para sí el imperio absoluto del Nuevo Mundo, con la misma licitud con que los actuales piratas del industrialismo internacional se empeñan en convertirnos a la esclavitud de sus consignas absolutistas.

Insistentemente en el libro y en la prensa he escrito acerca de esta arbitraria manera de juzgar la piratería, la cual

se me ocurre semejante a la tesis de un heredero que, por vengar cualquier lucro arbitrario de su antiguo tutor, celebrase al ladrón que durante su minoridad vino, con fines de riqueza personal y no de ayuda para su peculio, a devastar y reducir las grandes propiedades paternas. ¿Valdría en lógica estricta el argumento de que era cruel y malo el administrador? Claro que los descendientes y socios del intruso tendrían motivos para exaltar el valor y la audacia del ladrón, pero que esa alabanza la coreen los mismos que recibieron el perjuicio de la destrucción, no lo juzgo ajustado a ninguna manera de razón.

La tesis que encuentra méritos en la acción rapaz de los filibusteros y forbantes del siglo XVII, es secuela de la *leyenda negra* con que el inmortal imperialismo anglosajón quiso legitimar su odio contra el imperialismo español, es decir, contra el imperialismo del pueblo que, dilatándose, nos dio vida y forma social. Porque, niéguese todo y reconózcase el error administrativo de la Metrópoli española, jamás podremos cerrarnos a comprender que cuanto mejor y más pacífico hubiera sido el desarrollo material del imperio español, tanto mejor y más eficaz hubiera sido nuestra anterior vida de colonia. ¿Podría sostener alguien que ingleses, franceses y holandeses vinieron a defender los derechos de soberanía del aborigen? De lo contrario, se empeñaron los pueblos enemigos de España en llenar el nuevo mundo con una nueva masa esclava: banderas inglesas trajeron a nuestro suelo, aherrojadas de cadenas, dolidas masas de negros africanos, y cada territorio arrancado por Inglaterra a la Corona española era convertido en asiento del mercado negrero.

Traer al interior de nuestra historia los argumentos que esgrimieron contra España sus enemigos de ayer, lo he considerado una manera precipitada de juzgar nuestro pasado colonial, que pudo, sin embargo, tener apariencia de legitimidad cuando se consideró que la revolución de independencia había dividido dos mundos históricos: el hispánico y el americano. Una reflexión serena nos lleva a considerar, por el contrario, que la sociedad republicana es, desde el punto de vista orgánico y moral, la misma sociedad colonial que cambió y mejoró de signo. Basta recordar que las leyes ordinarias de España estuvieron vigentes en Venezue-

la hasta entrada la segunda mitad del siglo XIX. Y aún más: ese mismo examen nos conduce a aceptar cómo la evolución que produjo el cambio institucional, tuvo sus raíces en los propios valores que había venido creando el medio colonial y no sólo en razones imitativas y en doctrinas extrañas que iluminaran repentinamente la *tenebrosa* mente de nuestros antepasados.

Mi modesta labor de estudioso de la Historia se ha encaminado a defender esta tesis, la cual, repito, no va enderezada a beneficiar a España y su sistema, sino a beneficiar nuestra propia nación y sus valores constructivos.

Cuando procuro hacer luz acerca de la verdad de la historia de nuestro pasado hispánico, creo, sobre servir a la justicia, que sirvo los intereses de una nacionalidad que clama por la mayor robustez de sus estribos. Al explicar y justificar la obra de los españoles que generaron nuestra cultura, explico y justifico la obra de nuestros propios antecesores, pues las estirpes que forman el sustrato social y moral de la patria, arrancan, principalmente, de los hombres que vinieron a establecer durante el siglo XVI, en el vasto territorio, hasta entonces sólo ocupado por los indios, las nuevas comunidades donde se formó el mestizaje que sirve de asiento a la nación venezolana.

Este afán crítico, algunos escritores, errados o de mala fe, han querido confundirlo con una supuesta *leyenda dorada*, cuyo fin fuera presentar el período hispánico, de acuerdo con José Domingo Díaz, como una *edad de oro*, de la cual temerariamente se apartaron nuestros padres. Cuando en 1933 yo escribía acerca del proceso del gobierno colonial, me adelanté a decir: "Muchos creerán que nosotros estamos dispuestos a procurar la canonización de los ciento y tantos personajes a cuyo cargo estuvo el gobierno de las provincias venezolanas hasta 1810, porque a este extremo llegan quienes sólo tienen dos términos para calificar a los hombres. Como hemos dicho que no eran monstruos, supondrán, por inversión, que los tenemos catalogados en las páginas de algún santoral." Mi empeño, alejado de toda manera de *leyendas*, ha sido aumentar cuanto sea posible la perspectiva histórica de la patria. He buscado por medio de mis estudios de Historia nacional, que se la vea ancha y profunda en el tiempo, que se palpe el esfuerzo tenaz que

la formó para el futuro, que sea más histórica, en fin, que sea más patria.

Para amar la patria es preciso amar su historia, y para amarla en su totalidad, es necesario conocer y amar su historia total. Y como no son sólo los intereses presentes lo que une a los pueblos para la común acción constructiva, precisa buscar los valores antiguos que dan continuidad y homogeneidad al proceso social. Sin solera histórica, los pueblos carecerán de la fuerza mágica que hinche los espíritus nuevos y los empuja a realizar su humano destino.

La aversión a lo hispánico trajo, como partida contraria, la aceptación de las tesis antihispánicas de los países que fueron *nuestros* enemigos cuando formábamos parte de la comunidad política española. Producida la independencia, los hombres de Caracas, lo mismo que los hombres de otras porciones del antiguo mundo colonial, miraron a la urgencia de mantener en pie la unidad de intereses que se había formado durante el régimen español. Una pésima política ha impedido, desde 1826, que los países de extracción hispánica mantengan el tipo de relación que les permita la defensa de su tradicional autonomía, ora económica, ora espiritual. Todo lo contrario: nos hemos aliado individual e inconscientemente con los representantes actuales de las viejas culturas antiespañolas, y hemos perdido, no sólo la plenitud de la soberanía política, sino la integridad de nuestra posición moral.

Somos, en último análisis, como una vieja casa de madera a la que imprudentemente, y para mercarlos a precio de vicio, hubiésemos ido cambiando por vistosos clavos de laca los viejos fierros que aseguraban su estructura. Venga el primer amago de ventisca y techos y paredes darán en tierra, como a la tierra irán nuestros esfuerzos de oponernos al empuje de fuerzas extrañas, si no creamos la oposición de una historia que dé unidad y pujanza a nuestros valores fundamentales.

Buscar mayor resistencia para el basamento de la venezolanidad, de aquí el sólo móvil de mis estudios de historia. Creo en la Historia como en una de las fuerzas más efectivas para la formación de los pueblos. No miro los anales antiguos como historia de muertos o como recuento de anécdotas más o menos brillantes. La Historia tiene por función

explicar el ser de la sociedad presente y preparar los caminos del futuro. Mientras más penetrante sea ella en el tiempo, mayor vigor tendrán los valores experimentales que de su examen podamos extraer. Las torres se empinan en relación con lo profundo de las bases.

Nuestra historia no es, como creyeron ciertos demagogos, una aventura castrense que tomase arranque con los fulgores de la guerra de la Independencia. Historia de trasplante y de confluencia, la nuestra es la prosecución del viejo drama español, en un medio geográfico nuevo y virgen, donde coinciden, para formar nuestro alegre y calumniado mestizaje, la aportación del indio, absorto ante los caballos y la pólvora, y la del esclavo negro, traído entre cadenas desde su viejo mundo selvático. Sus símbolos no son, sin embargo, el *tabú* africano ni el *totem* aborigen. Sus símbolos son una transfiguración, con sentido de mayor universalidad, de los símbolos hispánicos. En el orden de las categorías históricas, nosotros aparecimos como evolución del mundo español, del mismo modo que el yanqui apareció como resultado del trasplante inicial del pueblo anglosajón.

Ambas culturas, la inglesa allá y la española acá, sirvieron de grumo a cuyo rededor fueron tomando figura propia los varios valores que, a modo de aluvión, se les fue agregando al compás de los siglos. Por eso, en la historia de los Estados Unidos del Norte la región de la Nueva Inglaterra tiene el carácter privilegiado de centro donde gravitan las vivencias históricas que dan fisonomía al pueblo estadounidense. Por eso mismo, allá se formó una categoría, procera en el orden de la nacionalidad, que busca entronques con los inmigrantes del *Mayflower*. Nosotros, en cambio, igualitarios hasta en el área de los valores históricos, no hacemos diferencia entre los descendientes de recientes inmigraciones europeas y los que proceden de los rancios troncos hispánicos trasplantados en el siglo XVI, como no nos desdeñamos, tampoco, de nuestros abolengos indios y africanos.

Nuestro mundo prerrepublicano, no fue, consiguientemente, como asientan algunos profesores, un mundo a-histórico. En él, por el contrario, se había formado una conciencia de autonomía que forcejeaba por lograr los instru-

mentos de la libertad. Esa conciencia vino con el pueblo que se echó a la mar en las naves de la conquista. Luchó ferozmente durante tres siglos por lograr sus contornos definitivos y pulió, en medio de aquella lucha soterrada, el troquel donde iban a tomar nuevos signos los valores tradicionales.

Los hombres que en el siglo XVI dieron comienzo a aquel drama fueron nuestros abuelos. ¿No es acaso hasta un acto de familiar justicia buscar las razones que expliquen la conducta de dichos hombres, antes que aceptar la rotunda condenación de sus actos?

Se ha hablado, con razón, del tribunal de la Historia. Algunos gobernantes han frenado sus ímpetus al temor de la sentencia que profieran por boca de los historiadores las nuevas generaciones. Entre nosotros, desgraciadamente, nadie ha temido esta clase de sanciones. Ni siquiera sirven de escarmiento las confiscaciones y los saqueos provocados por los violentos tránsitos del mando. Pues bien, en el orden del pasado, el historiador, al constituirse en juez, no debe proceder como esos magistrados achacosos que sólo buscan motivos para condenar al culpado. Todo lo contrario, como si en realidad fuese juez de vivos, el historiador no es sino mero ministro de la justicia, jamás verdugo encargado de condenar sobre arbitrarias pruebas fabricadas por los acusadores. El caso nuestro es doblemente grave: las peores imputaciones sobre las cuales se fundamenta la *leyenda negra* de la conquista de América, son de origen inglés, y la casi totalidad de los reos son nuestros propios abuelos, puesto que esos jueces de quienes se dice que no hicieron jamás justicia, esos encomenderos a quienes se acusa de torturar a los indios, esos capataces denunciados de crueldad en su trato con los negros, esos tesoreros de quienes se habla que enriquecían sin razones justas, fueron los hombres que formaron la trama social de nuestros pueblos. Antes de condenarlos en conjunto, debemos examinar lo que hicieron, a fin de que el garrote de la venganza no destruya arbitrariamente su recuerdo. ¿Que hubo injusticias? Claro que las hubo, y gordas. Nadie, fuera de un obcecado discípulo de Ginés de Sepúlveda, puede negarlo. Pero esas injusticias no somos nosotros quienes ahora las estamos descubriendo. Ellas fueron denunciadas en tiempo, y a muchas se procuró remedio, con un sentido de equidad que es el mayor

timbre de España como nación colonizadora. Ahí están las Leyes de Indias, monumento jurídico que por sí solo salva la intención generosa y civilizadora de nuestra antigua Metrópoli. Buenas leyes, de las cuales muchas no se cumplieron, es cierto, como tampoco hoy se cumplen por los modernos gobernantes las normas justas que fabrican los hombres de la inteligencia.

Sabéis, pues, que *leyenda negra* en el orden de la Historia de nuestro pasado hispánico, es acumular sobre las autoridades y sobre el sistema colonial en general, todo género de crímenes: *leyenda dorada* es, por el contrario, juzgar el sistema colonial como una edad dorada, igual a la que Don Quijote pintaba a los cabreros. Entre una y otra *leyendas* está la Historia que abaja lo empinado de los elogios y borra la tinta de los negros denuestos. Entre el grupo de los que piensan con este criterio medio, me hallaréis siempre a mí, hombre curado de espantos, que nada me sorprende en orden de novedades, porque cuando quieren asustarme con nuevas razones, ya vengo de regreso del campo donde las cosechan.

Sé que se me ha querido motejar, para malos fines, de ardoroso hispanismo, por esta mi apología de la cultura colonial. Algunos, por error, han creído que he defendido la cultura colonial por ser ella y yo católicos. Que yo lo sea, es cosa mía, en que nadie tiene derecho de inmiscuirse; que fuera católica la enseñanza colonial, es cosa de la Historia. No podía ser protestante, siendo católico el imperio español. Pero, sin necesidad de mirar al signo de la religiosidad, hubo una cultura, que en colonias españolas no podía ser distinta de la cultura que se servía en la Península, y que, a pesar de reproducir las reticencias que durante los siglo XVII y XVIII padecía la enseñanza en la Metrópoli, sirvió en América para formar la gloriosa generación de la independencia.

Cuando se profundizó en el estudio de nuestro pasado hispánico, nada fue parte para atacar el criterio revisionista como este sambenito de la catolicidad. Y ahí palpita el corazón de las razones por qué sea a los historiadores de filiación católica a quienes se nos moteje más acremente de sembradores de la *leyenda dorada*. Cuando la revisión la hicieron Rivas, Vallenilla y Arcaya, sin ahondar en los supuestos de la

cultura intelectual, nadie se alarmó de sus conclusiones. Apenas puesto a flor de evidencia el proceso educativo que tomó forma en las manos del obispo Agreda, cuando aún no habían logrado estabilidad las fundaciones, la alarma cundió, a punto de declararse *peligrosa* para la República la difusión de aquellas conclusiones.

Otro factor surgió para asustar a muchos, cuando con fines de política se pretendió convertir el revisionismo de nuestra época hispánica en una manera de quinta columna del neohispanismo, que tiene al actual régimen de España como centro de gravedad de toda hispanidad. Aquí ardió Troya, y con sobra de razones. Hubo hasta necesidad de que cada quien explicase su hispanismo.

Para mí la hispanidad es una idea de ámbito moral que no puede someterse a la antojadiza dirección de una política de alcance casero. España como idea, como cultura, está por encima de los adventicios intereses de los políticos en turno del éxito. La España histórica, España como centro de gravedad de nuestra civilización, es algo que vivirá contra el tiempo, sobre el vaivén de los hombres, más allá de los mezquinos intereses del momento. La hispanidad tiene por ello un sentido de universalidad que rebasa las lindes de toda política de circunstancias. Esa hispanidad, total, intemporal, de donde emana el valor agonístico de nuestro genio, representa para el mundo americano un factor de gravedad semejante al que representó el helenismo para la cultura mediterránea y a lo que constituye la latinidad para la civilización europea que busca por centro las instituciones romanas.

Lamentablemente esa función de nudo y de radio, sobre la cual pudo configurarse un sistema que defendiese los lineamientos autónomos de la cultura hispanoamericana, tropezó durante el siglo XIX, y continúa tropezando en éste, con la cerril incomprensión española para el fenómeno americano, no entendido ni por Menéndez y Pelayo, ayer, y desfigurado hoy en sus máximos valores, por hombres de las anchas entendederas de Salvador de Madariaga. No todos los españoles son Unamunos para calar en el alma mestiza de Bolívar la plena expresión de la angustia que es atributo de la estirpe hispánica. De otra parte (y aquí el peligro se torció en quiebra), la revolución del hispanismo america-

no hubo de encarar con la política sutil, disolvente y suspicaz que en la relación con las repúblicas hispanoamericanas patrocinaron Inglaterra y los Estados Unidos.

Caracas, por medio de su carta a los Cabildos de la América española, de fecha 27 de abril de 1810, dio expresión a la idea de permanencia de la comunidad existente entre las provincias que se separaban del gobierno metropolitano de Madrid. Esa idea estuvo también en los planes confederativos del precursor Miranda y, por último, Bolívar buscó de darle forma por medio del Congreso de Panamá, del cual inicialmente, óigase bien, estuvieron excluidos los Estados Unidos, en cuyos hombres el Libertador sólo miraba *regatones* con quienes, en su romanticismo político, no quería que se pareciesen los colombianos. Aún más: declaró Bolívar que el destino había colocado en el Mundo Nuevo a los Estados Unidos para que, en nombre de la libertad, sirviesen de azote a los demás pueblos. Pero, lamentablemente, la unión, en primer término propugnada por Miranda y Bolívar, ha logrado realizarse a través de un sistema continental colocado al servicio de intereses diametralmente opuestos a los genuinos sentimientos hispanoamericanos difundidos por Bolívar, y que, en consecuencia, no sirve de centro de unión de los verdaderos valores que, conjugados, pudieron mantener la vigencia de nuestras formas peculiares de cultura.

Ni en la vieja matriz peninsular, ni en lugar alguno del nuevo mundo, vidrioso y pugnaz por la fenicia política de Washington, han podido fijarse aún las bases de la estructura que sirva de defensa a los valores diferenciales que dan fisonomía a nuestra cultura. Así como el Cid ganaba batallas después de muerto, ésta es victoria póstuma de la política inglesa de los siglos XVI y XVII, ganada por sus herederos en América a los herederos de España. El relajamiento de los nexos que debieron mantener unido a nuestro viejo mundo hispanoamericano, es fruto directo del criterio auto-negativo provocado en nuestros países por la *leyenda negra*, elevada por los sajones a dogma político, unido al odio natural que surgió en la lucha de emancipación.

Para compensar en parte las tremendas consecuencias que derivaron de la flaccidez con que la voluntad a-histórica de nuestros pueblos se ha plegado a los propósitos del nuevo

filibusterismo económico, urge crear vivencias que den contenido resistente a nuestra conciencia de naciones. Esas vivencias pueden edificarse con buen éxito sobre lo que nos defina con rasgos comunes frente a la bandera de los nuevos corsarios. Ellas, para prosperar, reclaman una asimilación integral de nuestra historia de pueblo, cuajada ayer de netos valores creativos sobre los cuales podemos erigir hoy los nuevos valores anti-colonialistas.

A la integración de esa historia conducen los esfuerzos que algunos estudiosos hemos venido haciendo cuando nos encaramos con la *leyenda negra,* que ánimos extranjeros formaron en mengua de nuestro pasado hispánico. No se crea que ha sido fácil la tarea, pue no han faltado espíritus desapercibidos para la lógica, que llegaron al absurdo de ponderar el probable progreso de *nuestros* territorios, si en lugar de ser colonizados por españoles los hubiese colonizado Francia o Inglaterra. Dígalo así un tercero, por caso un sueco, que se sitúe en plano neutral de consideraciones. Pero, quienes venimos de los hombres que poblaron este mundo aún bárbaro de América, ¿podríamos, sin hundirnos en el absurdo, divagar sobre tales conjeturas? Pues, tal como lo digo, aun con empecinados de esta ralea hemos tenido que luchar quienes nos preocupamos por agrandar los linderos históricos de la patria venezolana y por dar unidad y continuidad resistente al largo proceso de nuestra historia nacional.

Sé que muchos profesores, seguramente poco leídos al respecto, han dicho que la labor de quienes revaloramos la obra de la España vieja, constituye una mengua en el mérito de la República. ¡Si me lo han dicho en mi propia cara! Ese juicio precipitado arranca de la presunta idea de los dos mundos divididos en 1810: el pasado colonial tenebroso y el iluminado presente de la República. Claro que hubo, como sigue habiéndolos, dos mundos morales en pugna, pero lejos de estar divididos por una referencia cronológica, venían coexistiendo durante el proceso hispánico. Desde los albores de la dominación española se puso de resalto el espíritu que podríamos llamar anticolonial. Hubo, junto con la armazón político-administrativa de la Colonia en sí, la armazón espiritual de la anti-Colonia. Antonio de Montesinos y Bartolomé de Las Casas fueron, a principios

del siglo XVI, expresión altísima de la anti-Colonia. El regente José Francisco Heredia, así defendiese la unidad del imperio español, representaba, cuando la Colonia concluía, una conciencia anticolonista que coincidía con Bolívar en desear para nuestro mundo el reino de la justicia. Los separaba, en cambio, la circunstancia de que mientras el Libertador buscaba la libertad como único camino para llegar a aquélla, Heredia invocaba con mayor urgencia, y para igual fin, los cauces del orden y de la paz sociales. Disentían Bolívar y Heredia —por igual culminaciones eminentes de la cultura mestiza de América— en el planteamiento del problema donde estriba el destino de las sociedades, y que ha sido y seguirá siendo fuente de escándalos continuos a todo lo largo de la bárbara historia hispanoamericana: la manera de acoplarse la libertad con el orden. Basta mirar alrededor para ver cómo, en razón de los apetitos desenfrenados de los hombres, sufrimos aún el drama en que no pudieron acordarse aquellos hombres sublimes. Cada día prueban, acá y allá, los presuntos defensores del orden su carencia de capacidad para respetar la libertad, y sin cuidar que es la Justicia el único argumento que lo hace posible, arremeten contra la una y contra la otra, para sólo dar satisfacción a la violencia y al capricho.

Los que se niegan a la revaluación de nuestro pasado hispánico arrancan del supuesto falsismo de que la República surgió como improvisada y candorosa imitación de movimientos políticos extraños, carentes, en consecuencia, de apoyaturas morales, económicas y sociales en el fondo mismo de la tradición colonial. Quienes así piensan, lejos de contribuir a aumentar la fama de los padres de la independencia, la disminuyen abiertamente, pues, en presentándolos como irreflexivos seguidores de novedades extrañas, ponen de lado el largo y callado esfuerzo del mismo pueblo que buscaba aquellas voces egregias para la expresión de sus derechos inmanentes. Olvidan así que la lucha por la Justicia apenas viene a advertirse para el bulto de lo histórico, cuando acuden los hombres al argumento de la franca sedición o a la airada protesta. No quieren convenir en que dicha lucha tuvo vida secreta y dolorosa desde la hora inicial de la conquista, como protesta contra el inhumano encomendero y contra la avaricia del recaudador. No era espesa media

noche la existencia colonial. Yo le encuentro semejanza mayor con una prolongada y medrosa madrugada, durante la cual los hombres esperaron el anuncio de la aurora. Nuestro siglo XVIII es la expresión viva de una agonía de creación. Había lucha, había afán de crecer, había empeño porque brillase la Justicia. Al rey se obedecía, pero se discutían sus órdenes. Cuando sucedió la independencia de las colonias inglesas del Norte y se produjo la explosión liberadora de la Revolución francesa, ya en nuestro mundo colonial existía una conciencia capaz de asumir reflexivamente actitud congruente con los aires del tiempo. La libertad y la justicia no eran temas extraños al propósito de nuestros antepasados. Bastante tenían discutido con las autoridades los letrados. Por defender la autonomía de la provincia había sido condenada la memoria de Juan Francisco de León. Bolívar creció bajo un alero donde ya habían anidado las águilas rebeldes. Un año antes de venir al mundo el futuro Libertador de América, don Juan Vicente Bolívar escribía al díscolo Miranda sobre los problemas de la autonomía provincial. Con hacerlos contraeco de voces extrañas se reduce el tamaño de los padres de la patria. Crecen, por el contrario, cuando se les presenta como conciencias poderosas en que se recogieron las voces antiguas para expresar las adivinaciones de su tiempo.

En esto no hay propósito alguno de echar brillantes capas de oro sobre el mérito de España como nación colonizadora. Esto no es leyenda, ni blanca ni dorada. Esto es Historia con *verdad de vida.* Los que así pensamos sólo perseguimos instrumentos con que anchar y pulir los contornos de la venezolanidad, al mismo tiempo que buscamos mantener, como lumbre que dé calor a las conciencias, el fuego de esa tradición que no se ve, que no se escribe, que no se graba sobre piedras, pero que se siente como marca indeleble para fijar los caracteres y para empujar los ideales constructivos.

Cuanto se ha dicho de malo acerca de la *peligrosidad* de la llamada *leyenda dorada,* de que se me hace abanderado, debe cargarse, en cambio, a la cuenta de la leyenda contraria. No debe olvidarse que ésta fue fraguada inicialmente a las orillas del Támesis, como arma contra los valores hispánicos que nutrieron nuestra cultura. En nombre de esa

leyenda se ha logrado la desagregación de la conciencia de los pueblos hispanoamericanos y se ha hecho, en consecuencia, fácil el arribo de las naves donde viajan los modernos corsarios que buscan convertir nuestras repúblicas independientes en factorías para su lucro.

Como he dicho, no participo con la tesis de quienes sólo encuentran en la obra de España temas para el laude. Nuestra conciencia nacional se formó al rescoldo de ideas de tan acusado tinte rebelde, que los mayores admiradores de España siempre hallarían motivo de crítica en diversos aspectos del régimen colonial. Pero esa conciencia liberal y esa altivez nuestra, que repudia los encendidos contornos dorados, aun cuando se trate de ribetear con ellos la propia vida portentosa de Bolívar, se formó, aunque cause asombro, en pleno período colonial. Sirva de ejemplo: en 1618, el gobernador de La Hoz Berrío, hombre de gran piedad, junto con el Cabildo de Caracas, integrado por elementos de severas prácticas religiosas, pidieron que el obispo Bohórquez fuera a radicarse a la ciudad episcopal de Coro para que dejase en paz a Santiago de León de Caracas, cuyos moradores no hallaban la manera de componerse con el violento prelado. Durante la Colonia se vio en Caracas el espectáculo de que fuera un obispo condenado a resarcir perjuicios causados a clérigos y de que más de un gobernador tomase por habitación obligada la cárcel pública. Hubo grandes injusticias, nadie lo niega; hubo empeño cerrado, de parte de algunas autoridades, en quebrantar el ímpetu de los hombres libres; pero estos reatos coexistían, como ya he dicho, con actitudes contrarias, del mismo modo como han estado presentes, y seguirán presentes en el orden de nuestra historia, los hombres que padecen por la libertad y la justicia, junto con los hombres que sienten placer en el ejercicio arbitrario del poder.

Al ahondar, pues, en el estudio de estos problemas de nuestra historia nacional sólo he buscado presentar los hechos en su verdad contradictoria. A la vieja tesis de un país colonial distinto del país republicano he opuesto la tesis de un país nacional en formación, que luchó heroicamente, con sus propios recursos y contra los recursos de sus propios hombres, por transformar un sistema de minoría en un régimen de mayoría política. La oposición, insisto en

decirlo, no es de fechas, sino de actitudes. Y esa actitud de lucha prosigue y proseguirá siempre, como expresión del espíritu dialéctico de la Historia.

Al comenzar a estudiar en serio nuestra Historia, di con las *tinieblas* coloniales que habían asustado a otros; mas haciendo mío aquel consejo chino que enseña ser más prudente cuando nos encontramos a oscuras encender una vela que maldecir las tinieblas, busqué de prender la modesta candela de mi esfuerzo hasta lograr que se disipara la oscuridad que a otros había movido a la desesperación y a los denuestos.

Buscar en nuestros propios anales respuestas para nuestras incesantes preguntas dista mucho de que se pueda tomar como afán de vestir arreos dorados a la metrópoli española. Repetidas veces he escrito que la aventura de las Indias produjo una escisión en el propio mundo español. Desde el siglo XVI existieron dos Españas. La vieja España, deseosa de más anchos horizontes, vino en el alma de su pueblo en busca de las playas ilímites de nuestra América. Que lo diga el opulento barroco de México, de Lima y de Guatemala. Que lo digan los Cabildos americanos de 1810. Que lo digan las mismas Cortes de Cádiz, donde se dejó oir el acento viril de pueblos que reclamaban el reconocimiento de su personalidad. Acá, aunque lo niegue la tozudez de muchos peninsulares, fue donde culminó la obra portentosa de una España que, nacida para la libertad y la justicia, y al sentir las trabas del absolutismo que contrariaba las viejas franquicias, buscó una nueva geografía para la altivez de sus símbolos, y que al compás de la fuerza despótica, que con los Borbones tomó el poder regio, fue creciendo en rebeldía hasta ganar la independencia.

A la *leyenda negra* no opongo una *leyenda dorada*, como han dicho algunos profesores de secundaria. Una y otra, por inciertas, las repudio. La falsedad que destruye he intentado contrariarla con la verdad que crea, no con la ficción que engaña. Y si feroces críticos, desconociendo mi derecho a ser tenido por historiador y no por leyendista, me incluyen entre los partidarios de la trajinada *leyenda dorada*, culpa es de ellos, y no mía, el hacerme aparecer en sitio que no me corresponde. Tengo, por el contrario, fe en que mi razonado hispanismo sirve de ladrillo para el

edificio de la afirmación venezolana, en cuyo servicio me mantengo, dispuesto a encarar con las asechanzas de tantas conciencias bilingües como amenazan nuestra integridad nacional. Por medio de mi actitud no busco tampoco recompensa que sobrepase la que para su oscuro nombre esperaba Sancho cuando dijo a nuestro señor Don Quijote: "Yo apostaré que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón o tienda de barbero donde no ande la historia de nuestras hazañas." A la zaga de Quijotes de buen porte, a quienes se nombre mañana como defensores del genuino destino de la patria, confío que vaya mi nombre, en el mero puesto de compaña que para el suyo aspiraba el buen Sancho.

Claro y tendido os he hablado de lo que significa el hispanismo como elemento creador de signos que aún pueden dar fisonomía a nuestra América criolla, visiblemente amenazada de ruina por el imperialismo yanqui y por el entreguismo criollo. Sólo me resta advertir que no pretendo que nadie tome como verdad inconcusa la razón de mis palabras. Si no me creyese en lo cierto no profesara tales ideas; mas la certidumbre en que estoy de la bondad de mis asertos, jamás me mueve a desconocer el derecho que otros tengan para pensar a su manera, muy más cuando hombres de irreprochable honestidad difieren de mis conceptos esenciales. Hasta hoy considero el cuerpo de ideas que durante más de veinticinco años he venido sosteniendo en la cátedra, en la tribuna y en el libro como el mejor enderezado a dar vigor a nuestra historia y fuerza defensiva a la nación. Si yo estuviese errado pecaría de buena fe y a razón de un equivocado intento de ser útil a la cultura del país. De ese error saldría, en cambio, si, en orden a destruir el mío, se me mostrase un camino donde fuera más seguro topar con ideas de ámbito con mayor eficacia para la afirmación de la venezolanidad.

Ojalá vosotros podáis mañana enhestar la conciencia en medio de un mundo altivo y libre como para nosotros lo soñaron los grandes patricios formados al amor de la mediana cultura colonial y que en 1810 meditaron el porvenir de la República sin hacer mayor cuenta del porvenir de sus haciendas y sus vidas. Sólo os hago una indicación formal: procurad afincar los juicios futuros sobre el resultado

de la investigación crítica, y no sobre apreciaciones arbitrarias de otros. Se puede diferir en la estimativa de las circunstancias, pero no se puede erigir un sistema sobre hechos falsos. Posible es apartarse, pongamos por caso, del juicio optimista de Caracciolo Parra León, en lo que se refiere al grado de progreso de la enseñanza filosófica que se daba en esta Universidad a fines del siglo XVIII; pero, en cambio, no puede, como aún se hace, seguir invocándose por pruebas de un propósito encaminado a mantener en tinieblas a la Colonia la frase atribuida a Carlos IV, cuando se negó al seminario de Mérida la gracia de grados mayores. Bastante se ha escrito para probar la inexistencia de la Cédula en que se dice fue estampada dicha frase; de lo contrario, se comprobó que a disidencias cantonales nuestras se debió la prudente abstención del monarca español. Sobre hechos como éste no es posible edificar ninguna crítica seria. Con aceptar la verdad rendimos parias a la Justicia, sin favorecer por nada el sistema de los reyes. En este caso, vindicar una verdad que aproveche al infeliz monarca no constituye demérito para la obra de quienes pusieron término con sus hechos heroicos al dominio español en las Indias, así hubieran ponderado los padres de la patria, como instrumento de guerra, los vicios y los defectos de los reyes. Lo inexplicable es pretender escribir historia imparcial con espíritu de guerra. Se escribirán panfletos y diatribas que empujen la oportuna propaganda de la muerte. Jamás llegará a escribirse la Historia con *verdad de vida* que ha de ayudarnos a entender y a superar la honda crisis que nos viene negando capacidad para organizarnos como nación.

SENTIDO Y FUNCION DE LA CIUDAD (*)

EMPINADA honra constituye para mí llevar la palabra de historiador en la noble tierra de Gil Fortoul y de Alvarado. Lejos de atribuirla a méritos de mi persona, y sólo a la generosidad amistosa del gobernador Felice Cardot y del excelentísimo obispo Benítez Fontourvel, reconozco

(*) Lectura inicial del curso de conferencias que antecedió a la celebración del IV Centenario de la ciudad de Barquisimeto (14-3-52).

que se me ha elegido para iniciar estas charlas que antecederán las solemnes oraciones dedicadas a exaltar la egregia memoria de la ciudad en el momento del cuatricentenario, por ostentar yo el honorífico título de cronista oficial de la ciudad mayor de Venezuela. En mí recae, pues, parte del justo homenaje que corresponde a la capital de la República en el proceso conmemorativo de la fundación de la muy noble ciudad de Nueva Segovia de Barquisimeto.

Fiesta de la ciudad, aquí han de oírse las voces de las demás ciudades que integran la sagrada comunidad venezolana. Como no se trata de función recoleta dedicada a exaltar los valores diferenciales de la región, sino de acto, por el contrario, encaminado a medir su esfuerzo de ayer y su esfuerzo de hoy en la obra secular y común de integrar la nacionalidad, se extienden los blancos y largos manteles de la anfictionía para que las demás ciudades tengan puesto en el ágape fraterno donde, con el recuerdo, logran anastásicas fuerzas los antiguos valores formativos de la patria.

Estas fiestas conmemorativas están llamadas a ejercer influencia poderosa en la conformación del espíritu del pueblo. Hace treinta años se las miró como sucesos locales de escasa trascendencia. No hubo despliegue nacional de ninguna especie a la hora en que Cumaná, La Asunción y Coro alcanzaron la misma dignidad de siglos. Cuando El Tocuyo coronó los cuatrocientos años, el país sintió, en cambio, el vetusto prestigio de la ciudad donde estuvieron el primitivo solar de la venezolanidad y el eje de los grandes radios que conformaron la geografía de la nación. Hoy, en realidad, hay mejores ojos para mirar la Historia. Ayer se la tomó como reducida aventura de arrodillados romeros que hicieran camino en pos de alguna ermita donde fuese milagrosa la evocación de cualquier prócer republicano. En cambio, de algunos años a esta parte, el estudio de nuestro pasado ha venido perdiendo el carácter a-histórico que alcanzó bajo la inspiración de quienes miraron la historia patria como un proceso de milagrería y como un rígido *estar* en el seno de una gloria trabajada por los padres de la República. Hubo deseo de ahondar en la roca viva donde estriba el edificio de la nación, y se halló que no es de ayer nuestra vida de pueblo y se supo que los orígenes de la nacionalidad

no arrancan de la hora luminosa de la rebelión de nuestros padres contra el ya caduco sistema colonial. Al hacerse el examen de la realidad social de nuestro país, se halló que uno de los factores que más intensamente ha contribuido a retardar la cuaja de nuestro pueblo ha sido el desdén por su verdadera historia. Cuando el gran Zumeta dijo en fino lenguaje de malabarista que existe un hiato o una pausa entre la Colonia y la República semejante al que separa del Antiguo al Nuevo Testamento, no estaba haciendo en verdad una teoría de nuestra historia, sino una frase que condensa a maravilla el estado de conciencia a-histórica que hasta entonces influía en el estudio de nuestro pasado. Existía, en realidad, un grupo de espíritus que no habían logrado, pese a densos estudios, desvestir sus juicios de mohosos prejuicios antiespañoles y que dieron en la flor de mostrar adhesión a la República y de exhibirse como hombres progresistas por medio de juicios denigrativos del pasado hispánico de nuestra nación. Negados a entender la causación histórica, desconocieron trescientos años de Historia para ponernos a correr con zancos prestados sobre el campo abierto de una República, que tampoco supieron cuidar, y donde fatalmente tenían que caer hombres con piernas postizas, a quienes no se les dio a conocer la robustez de sus genuinos remos.

En el proceso de nuestra historia nacional esto también es Historia. Y aquí, señores, estamos nosotros comprobándolo. Nos hemos reunido para empezar a memorar los cuatrocientos años de Historia que hacen de esta ciudad uno de los más firmes soportes de la nacionalidad venezolana. Aquí la historia antigua tiene valores de resistencia cívica y de patriótico sentido de cooperación: a la epopeya de la Libertad, Barquisimeto ofreció escenario para heroicas acciones; durante la República, ha trabajado la tierra con un ejemplar empeño de suficiencia y se han hecho aquí fortunas que aseguran una economía feliz, y al compás de esta riqueza material ha crecido en el orden de la cultura hasta poder contar por suyos a los Limardo, a los Montesinos, a los Riera Aguinagalde, a los Alvarado, a los Gil Fortoul, a los Macario Yepes, forjados para la gloria en las disciplinas de las Universidades, y a aquellos caballerosos luchadores en nuestras guerras intestinas que, como Jacinto Lara y Aquilino Juárez, no sólo aprovecharon a Minerva para el en-

gaño de Héctor, sino que, escuchando su certero consejo, se dieron también a la obra fecunda de la cultura civil.

Pero no se reúnen los hombres y las mujeres de la tierra para cantar alabanzas al progreso de la cabilla y del cemento ni para formar el inventario de la riqueza material que hace de Barquisimeto una de las más prósperas y adelantadas ciudades de la Unión Venezolana. Ello se hará apenas como corolario feliz del tema principal. Para alabar la obra de los ingenieros modernos habrá que empezar por elogiar la obra de los constructores antiguos. Aquí venimos a festejar la ciudad en su integridad funcional. Para saber lo que vale hemos de empezar por ahondar sus orígenes y por examinar su papel en el proceso que tuvo culminación en la unidad venezolana. En último análisis, estas fiestas, más que destinadas a exaltar con hedonista complacencia el mérito de la jornada hasta hoy cumplida, tienen carácter de reencuentro con nosotros mismos, justamente a la hora en que auras hostiles provocan movimientos evanescentes en la conciencia de nuestro pueblo. Anteo, para recobrar fuerzas, tenía que poner sobre el suelo nativo el heroico talón. Los pueblos, para conservarse en el goce de sus fuerzas creadoras, han de mantener los pies de la conciencia bien hundidos en la realidad de sí mismos. Y la realidad de los pueblos es el balance de su historia, la cual deben mirar, no en pos de la alegre ejemplaridad, sino como dimensión que pone los signos diferenciales y unitivos de las generaciones que la llenan y que con nosotros habrán de prolongarse por testimonio de un esfuerzo colectivo.

Hagamos a un lado el polvo de los años y busquemos el tiempo en que el sitio de la ciudad era desierto. Es el año de gracia de 1552. Estamos a mitad del siglo de las grandes fundaciones. En la primitiva Venezuela, delimitada en sus costas cuando se la concedió en gobierno a los alemanes, existen sólo dos ciudades: Santa Ana de Coro y la Purísima Concepción de El Tocuyo. Para hacer el camino del mar han fundado un puerto en La Borburata. En Macarapana, al Oriente, y desvinculada esta región del gobierno venezolano, no se ha perfecionado aún un sistema de categoría. Cumaná es apenas lánguido pueblo, de chozas miserables, que espera los prestigiosos jinetes de Fernández de Serpa. En la maravillosa isla de Margarita prosigue el go-

bierno familiar concedido a Marcelo Villalobos, y que de doña Aldonsa Manrique, su hija, pasará sin ningún esfuerzo a las manos del nieto Sarmiento de Villandrando. La antigua ranchería de Maracaibo, con vida civil hasta 1535, está deshabitada desde que Federman trasladó a Río de Hacha sus vecinos. La región de los cuicas ha sido recorrida ya en son de descubrimiento y de dominio por Diego Ruiz Vallejo y Juan de Villegas. Justamente es Juan de Villegas quien comanda la gente española que en este hermoso y dilatado valle está echando las bases de la Nueva Segovia de Barquisimeto.

Hidalgo de antiguo solar castellano, está hecho desde niño a mirar anchas vegas, y su experiencia en las Indias lo ha convertido en férreo domador de selvas. En este momento se encarna en él un intrincado pretérito. Juan de Villegas lleva la palabra en el diálogo que mantiene el hombre viejo con la tierra nueva. Está investido, junto con su dignidad de capitán, de carácter de sacerdote y de letrado. Juan de Villegas y sus valientes compañeros son una Historia cuajada de siglos que viene a cambiar de data en un trozo de Geografía, tan vieja como la geografía del mundo antiguo, pero que ha mantenido con la barbarie vegetal la frescura de la virginidad. Este es un suelo de hombres sin historia que empiezan a sentir las pisadas de una historia cargada de tiempo. No son ellos filósofos, ni eruditos, aunque bien pudieran viajar entre estos rudos mílites becados arrepentidos de Salamanca o discretos filósofos que temieron enredos con la Inquisición. Con los simples letrados de San Casiano bien puede confundirse un avisado lector de Erasmo, del mismo modo como vimos entre la gente de Alfínger un santo de la dulce simpatía de Martín Tinajero. No son en su conjunto famélicos y rudos aventureros. Gran parte conoce los caminos de la victoria en Flandes y en Italia. En cambio, todos son veteranos de las mil sendas por donde se va a la busca inútil de El Dorado. Algunos tienen servicios eminentes en la fundación de otras ciudades. La mayor parte son restos de las expediciones de Alfínger y de Spira. Otros han corrido aventuras y han tenido gobierno en Margarita, en Cubagua y en Macarapana. Largo sería enumerarlos. Pero hay uno cuyo recuerdo es de imperio en ese caso. Entre los principales capitanes figura Diego de

Losada. Está aprendiendo a fundar pueblos para fundar mañana un pueblo mayor. A él tocará en suerte conducir a los bravos conquistadores que aseguraron los cimientos de Santiago de León, en el dulce valle de los fieros caracas. Toda esta historia es un proceso común. Cuando Villegas funda la Nueva Segovia, sus tenientes sueñan la hora de ser ellos cabeza de fundaciones futuras. Losada es valiente y audaz. Ya Villegas lo ha ungido con la alcaldía de la nueva ciudad. Será él, pues, quien tenga la primera voz en el proceso civil que se inicia. Sin embargo, esta designación no satisface sus deseos de hacer historia. Mientras se funda la ciudad él seguramente piense en la ciudad que dará permanencia a su nombre en la historia de Venezuela. Caracas ya vive como un delirio en la imaginación calenturienta de Diego de Losada. Más allá de los horizontes, entre el incendio maravilloso de los crepúsculos que singularizan al valle de las Damas, Losada mira los techos rojos de la ciudad que le granjeará la inmortalidad. Cuando Villegas, caballero en raudo corcel, voceaba de uno a otro extremo de la presunta ciudad a quienes pretendieran argumentar contra los derechos del rey, ahí representados en su brazo de valiente, Diego de Losada se miraba caballero en el níveo corcel de Santiago, a la hora venidera de cumplir los mismos ritos, con que ganaría título para codearse con los caballeros santiaguinos de su lejana ciudad nativa.

Se ha fundado la ciudad. ¿Dónde? ¿Cuándo? Ha podido ser en distintos sitios y en insegura fecha. Una vez cumplidas las formalidades rituales de retar los supuestos contradictores del derecho regio y de mudar piedras y de cortar hierbas, como símbolo de dominio, el fundador, ya sembrada la cruz que da signo a la jornada, marca lindes a la plaza Mayor, divide en solares el perímetro urbano y señala sitio para la iglesia y las Casas del Cabildo. Todo lo hace en nombre del rey, de quien emana el derecho y quien retiene la soberanía. En medio del desierto salvaje, con la ciudad aparece un sitio en donde asientan las instituciones nuevas. La ciudad no es sólo remanso y pausa en el caminar perpetuo de los conquistadores. La ciudad es algo más. El campamento azaroso donde impera la ley de los violentos es sustituido por la sala capitular, donde el alcalde, desceñidas las armas, hace justicia apoyado en el débil bastón de la magis-

tratura. Eso es la ciudad. Se la funda para hacer en ella pacífica vida de justicia. La ciudad sin justicia no es sino el campamento cargado de zozobra. Quienes la gobiernan se llaman alcaldes o justicias. La justicia ideal se hace masculina y recia en los justicias hombres, que la administran en nombre de las leyes. Cada ciudad es un nuevo jalón en el proceso de dar fisonomía a la virgen tierra y de dar razón humana a la aventura conquistadora. Hasta en el orden de los vocablos los grandes valores que hacen a las repúblicas derivan de la ciudad. Ciudadano es el sujeto de derechos políticos; ciudadanía, el concepto integral de dichos derechos; cívico, lo que se distingue de la violencia, que quedó superada en el nuevo sistema de vida comunal; civil, el orden que se fundamenta en el suave imperio de las leyes. En la ciudad antigua, de griegos y romanos, la ciudadanía era derecho reservado a las clases del privilegio. En la ciudad colonial la ciudadanía estaba restringida y el común del pueblo sólo beneficiaba de la paz del convivir. El proceso de la República es vivo e inconcluso testimonio de la lucha porque la ciudadanía convenga a todos los hombres y mujeres que forman la ciudad.

Los hombres valientes y audaces que se echaron sobre las aguas oceánicas a la aventura de las Indias han venido a algo más que a saltear indios y rescatar perlas. Han venido a hacer ciudades. Traen ellos entre las manos fornidas un mensaje de cultura, y esa cultura, para distenderse en la nueva área geográfica, reclama sitios de apoyo. Por eso los pueblos que fundan los conquistadores tienen el signo de un proceso de calidad. Empiezan, claro que sí, por toldas pajizas que poco difieren de los bohíos del aborigen. Pero bajo esta modestísima techumbre anidan formas con rango de institucionalidad. Al fundarse la ciudad se ha creado una entidad que supera la realidad de los edificios. Si los vecinos resuelven trasladarse a otro sitio propicio, se va con ellos la ciudad en su dimensión moral y jurídica, más que como masa migratoria de hombres y como hacinamiento de propiedades movedizas. Sobre los hombres, ella camina como un símbolo y como una esperanza. Nadie la ve, pero todos la sienten, al igual de los israelitas cuando llevaban puestos los ojos en la nube que guiaba sus pasos hacia la tierra prometida. La ciudad por sí misma tiene vida en el

área de las realidades inmateriales. Aquí, allá, más allá, la ciudad mantiene el sello de un derecho y el signo de un espíritu que la hacen sagrada. En el sistema de griegos y romanos tuvo dioses propios, cuyo culto no era posible compartir con los extraños. A nuestra ciudad le da carácter religioso la tradición que le formaron las generaciones pasadas, y la cual deben cuidar y perfeccionar las generaciones presentes.

Unidad política, unidad administrativa, unidad económica, la ciudad colonial las posee como las raíces del árbol de la futura nacionalidad. En su fundación se han cumplido las fórmulas de un sacramentario que la da vida en el orden del derecho y la constituye primera estructura para el proceso de la integración del gobierno general. Tiene ella, junto con la autonomía de lo doméstico, carácter de célula en el conjunto tegumental de la futura nación. Se diferencia de las demás ciudades, mas como todas sienten sobre sí la superestructura del gobierno provincial y de la lejana Audiencia, se sabe comprometida en un engranaje que disuelve en parte el aislamiento cantonal. Cuando la Nueva Valencia o la Paz de Trujillo se ven amenazadas del corsario, Nueva Segovia les envía la ayuda de sus mejores capitanes y el socorro de su vino, su cecina y su bizcocho. En cambio, cuando el gobernador y el capitán general la quiere imponer un teniente que represente su autoridad centralizadora, se alza ante el rey en defensa de mayor ámbito para sus mandatarios locales.

El conquistador español del siglo XVI, así aparezca cubierto con cota de bárbara violencia, poseía sensibilidad para los temas del derecho. El propio proceso de la conquista fue debatido en las universidades, en los consejos y en los conventos de España como problemática que interesaba a la justicia universal. Grandes teólogos, con Francisco de Vitoria a la cabeza, intervinieron en larga disputa, de donde surgieron las bases del Derecho internacional moderno. Las Cédulas y las Reales Provisiones eran para los conquistadores fuentes de Derecho estricto. Las ciudades justamente surgían para que tuviese asiento ese Derecho. El Municipio, sin tener el carácter popular que distingue al Municipio moderno, era el fermentario de la institucionalidad futura. Allí empezaba la nueva vida de relación civil. Más allá de la ciudad y de su ejido quedaba la indiada, que sería sometida

al nuevo sistema de civilización. La Encomienda apacentará al bravo aborigen y lo llevará a la vida de Doctrina, donde tendrán más tarde abreviada repetición rural los sistemas de gobierno de la ciudad. Brazos del Municipio, los pueblos nuevos llevarán al campo los medios protectores de las leyes.

Injusticias, atropellos y violencias se ponen a flor de realidad cuando es examinado el proceso de la conquista y la colonia. Violencias, atropellos e injusticias se abultan en toda historia, en mayor grado que los frutos de la justicia y la concordia. La Historia reclama perspectiva para sus juicios y adecuación del ojo crítico al plano temporal de los sucesos. Contradictorio y vario, el mundo de las formas coloniales impone reposo para su enjuiciamiento y búsqueda serena de la aguja que configuraba el cañamazo de los sucesos. Se la puede hallar en los ricos archivos de la metrópoli, pero más cerca la tenemos en la vida de nuestros Municipios. En los Cabildos, donde adquiere fisonomía el derecho de las ciudades, se daba vida a instituciones políticas enmarcadas en las posibilidades del tiempo y definidas por las líneas conceptuales de la propia filosofía de la sociedad. Las nuestras venían de la España del siglo XVI. Desatino sería pretender topar en aquel confuso tiempo con instituciones sigloventistas. Vinieron de la Península los viejos *Fueros* y las solemnes *Partidas*. España daba al Nuevo Mundo su derecho viejo. Claro que la corona y los conquistadores buscaban la materialidad de los proventos, pero con la búsqueda de fortuna había empeño de crear también un mundo de derecho. Se quería el oro y las perlas de América; pero a ésta se ofrecían los lineamientos de una cultura, cuyos más recios afincos son las leyes. Alguno de estos conquistadores pudo haber saludado en la Península carrera de Leyes. Pero quien sí debe estar provisto de algunos libros es el padre Toribio Ruiz. En su pequeña y andariega librería, junto con los Testamentos y el Misal, deben de andar las *Siete partidas*. Cuando los alcaldes comienzan a impartir justicia es casi seguro que los instruya con letras del *Rey Sabio:* "Cumplidas deben ser las leyes, e muy cuidadas, e catadas, de guisa que sean con razón, e sobre cosas que puedan ser segund natura." En medio de la rudeza de la nueva vida, la ley es *sancta sanctorum* donde buscan amparo los perseguidos. A

las leyes del reino, con vigencia general en las Indias, se agregaron después las leyes que el rey fue creando para los flamantes dominios. No eran tan arbitrarias que el propio monarca mandaba a sus virreyes, presidentes y justicias que acatasen y no cumpliesen aquellas Cédulas en las cuales se abultasen vicios o se previese de su lectura que habían sido arrancadas con malicia a la autoridad real. Acatar y no cumplir fue la orden del rey cuando la obediencia no había tomado el áspero carácter de ciega sumisión que entre nosotros le sumaron al vocablo más tarde los violentos. Metidas, pues, en los respetuosos linderos del obedecer sin cumplir, las autoridades coloniales discutieron al monarca sus órdenes y lograron muchas veces la enmienda de sus fines. Por ello, cuando se estudian las Leyes de Indias a la luz de la razón histórica y no de la pasión política, aparecen como uno de los más excelsos monumentos de la legislación universal. Esas leyes sancionadas para América expresan, en verdad, una conciencia jurídica que enaltece el tradicionalismo hispánico.

Ciudad también se llamaron los Cabildos o Ayuntamientos. Eran en verdad el rostro institucional del pueblo. Sus funcionarios se mudaban con el año, excepto los que ejercían cargos caídos en la autorizada venalidad de los oficios. Se hacía, es cierto, la elección por el propio Cabildo y entre miembros de la clase alta. Esta clase la constituían los descendientes de los fundadores y primeros pobladores, que se fueron lentamente haciendo señores de la tierra. Era un gobierno que históricamente correspondía al gobierno de la nobleza de la tierra. Pero estos terratenientes, que ejercían con el dominio del suelo el poder municipal, representaban a su modo, en aquel momento de nuestra evolución histórica, la voluntad autonómica de las generaciones que se sintieron con mayor arraigo en la tierra nueva que en el viejo solar de los mayores. Con ellos fraguaba en el Cabildo una conciencia diferencial que terminó por desconocer la autoridad del lejano monarca.

La prepotencia de clase la cubrieron los personeros de la ciudad con la propia letra de la ley regia. Y hasta tanto ellos no se echaron a la calle con los pendones y las mazas que representaban el institucionalismo no hubo revolución. El cuadro glorioso de José María España, sacrificado en

1799 por haber enarbolado el estandarte de la Libertad, y la voz tremebunda de Miranda, que llamaba desde el mar a la lucha por la independencia, quedaron sin eco de realidad mientras la ciudad, en nombre de la soberanía antigua, no voceó los derechos de la nación a gobernarse por sí misma. Tal fue la conformación legalista lograda por la conciencia del pueblo que iba a estrenar indumentaria de República, que necesitaron los directores del movimiento revolucionario meter las voces de la insurrección en la propia caracola del institucionalismo, contra cuyas formas se abría la gran lucha para la nueva vida. Por ello, el absolutismo del gendarme tiene menos solera histórica que la vocación legalista, entorpecida por el interés de los gobernantes. La legalidad concretada en Peñalver es más vieja, como Historia, que la arbitrariedad que grita en labios de Páez.

Ese largo proceso comenzó cuando los fundadores cimentaron las ciudades. Han podido fundar fortalezas, donde alcaides sin leyes mantuviesen un régimen que sirviera de seguro a las expediciones encargadas de explotar la riqueza de los naturales. Pero con la conquista se inició en nuestras tierras un proceso que trasladaba a estos términos las raíces de la antigua cultura europea. Venían hombres con estirpe histórica a producir nuevas generaciones, llamadas a modificar, por las varias interferencias de los distintos procesos de cultura, la propia concepción de la vida humana.

La ciudad fue el coronamiento cultural de la gran aventura de los conquistadores. Fieros y audaces, los compañeros de Hortal, de Sedeño y de Ordaz. Su recuerdo queda en nuestros anales sin otro asidero funcional que el mérito de haber corrido tierras y de haber desguazado ríos. La Naturaleza apenas mantiene entre sus luces prodigiosas la memoria de estos hombres valientes, cuya historia se hundió en el misterio de la espesa y milagrosa selva o en el misterio de los profundos ríos. Los que fundaron ciudades permanecen, en cambio, como artífices iniciales de la cultura nueva. Ellos crecerán al compás del perímetro de las poblaciones. Juan de Villegas y sus afortunados compañeros se hacen más altos a medida que el pueblo por ellos comenzado toma contornos de gran ciudad. Y si aumentan de tamaño, en proporción al esfuerzo con que la ciudad absorbe y funda

el viejo ejido donde pastaba el primitivo ganado doméstico, más crecen en razón del valor de los hombres que constituyen las individualidades luminosas con que logran su clímax de esplendor las generaciones que hacen la trama de su historia.

Pequeña es la lista de los fundadores. Entre ellos figura el fundador de mi ciudad natal de Trujillo y el fundador de mi apellido en tierras de Venezuela. A mí me complace imaginar el diálogo de Diego García de Paredes y de Sancho Briceño, mientras Juan de Villegas ordenaba la nueva fundación. Se volverán a hallar juntos en Trujillo, cuando el primero satisface su anhelo de ser padre de un pueblo. Don Sancho estará otra vez en Nueva Segovia, cuando las otras ciudades —Coro, El Tocuyo, Nueva Valencia, Trujillo del Collado— envían a esta ciudad sus personeros para acordarse en varios puntos que era urgente someter al rey. Las ciudades visten con su mandato al viejo Briceño, quien al regresar de la Corte, entre otras de valor para la vida de la provincia, trae una Cédula que configura un régimen especial para los Cabildos venezolanos. Lo que de propia iniciativa habían discutido los alcaldes con los tenientes generales de los gobernadores muertos tenía ahora fuerza de ley. Serán los alcaldes quienes gobernarán las ciudades con título accidental de gobernadores. Con aquella Cédula quedaba robustecido el imperio de las ciudades y se daba figura a la nueva jerarquía, que echaba fuerza en el orden estructural de la provincia. La ciudad crecía con ella, y con la ciudad crecían los valores de la nueva patria.

Como premio del esfuerzo conquistador se entregaron encomiendas a los capitanes. El indio trabajaría para el encomendero. Este se encargaría de educarlo y prepararlo para la nueva vida civil. El principio no era en sí malo. La práctica resultó viciada muchas veces. Más tarde los fundadores, a más de sus solares y de las tierras aledañas que les han sido concedidas para los nuevos cultivos, adquieren vastas tierras por el llamado sistema de composición. Estas tierras estarán en breve cubiertas de ricas siembras o de gordos ganados. Expondrá a la herrumbre las bélicas armas, cuando toma el conquistador la azada y el barretón para trabajar con el indio y con el negro esclavo la humífera tierra. Mas cuando ésta dé gruesas cosechas se convertirá en

señor de verdad y comprará hasta títulos de nobleza para satisfacer la vanidad. Pero jamás olvidará la tierra donde se está labrando también una cultura. Con la riqueza que crean mejora la ciudad, porque de la abundancia de las trojes se beneficia el poblado. Están estos hombres echando las bases económicas de la independencia de la República. Si España hubiera podido cortar a los colonos las fuentes de aprovisionamiento no hubiera habido libertad. Pero los pueblos antiguos se bastaban a sí mismos. Las ciudades viejas tenían reglado y seguro el nutrimento. Las ciudades de hoy tienen que comprar fuera de casa sus vituallas. Por ello nuestra libertad está en extrañas manos.

Hoy, como en un deseo de reencontrarnos con nuestro propio destino, evocamos afanosamente la vida y la conducta de nuestros antepasados. Vosotros conoceréis los hilos que os llevan hasta entroncar vuestros linajes actuales con los padres antiguos. Muchos tendréis lazos que no llegan, por pósteros, hasta las familias primitivas; pero, aun en este caso, todos os sentís unidos en la comunidad de una familia cuyos abuelos físicos o morales son los fundadores que acompañaron a Juan de Villegas a echar las bases de esta ciudad afortunada. Yo, que vengo de fuera, coincido en sentirme con vosotros descendiente de los padres fundadores de Nueva Segovia. Evocarlos es evocar la raíz de la patria y sentir el rescoldo del fuego con que se han templado las grandes voluntades de la República. Algunos, por necia estima de los valores genealógicos, han puesto en burla la investigación de estos procesos; otros, en cambio, pretendiendo hacer historia demagógica, han llegado a negar la fuerza de los signos antiguos. Olvidan estos últimos que en Estados Unidos, país de intrincadas razas y de famosas prácticas democráticas, todo patriota se siente espiritualmente vinculado con los *padres peregrinos*, que trajeron de Inglaterra, junto con sus pecados y sus vicios, los penates de la nueva nacionalidad. Para nosotros los correspondientes símbolos de la cultura vinieron en las duras manos de los hombres que fundaron nuestras ciudades. Lograron en ella más tarde ocupar honroso rango los descendientes del antiguo esclavo y del vencido aborigen, y éstos supieron agregar también nuevas dimensiones al proceso formativo del pueblo, pero quedando el sentido humano y cultural del

español como lo más valioso que se enterró en el *mundus* sagrado de la ciudad antigua.

Buena cura para la crisis de valores que amenaza la integridad nacional es este volver sobre nosotros mismos por medio de la reconsideración y revaluación del pasado. Delicada labor que reclama hábitos de moralista y de psicólogo, precisa remirar nuestro proceso histórico con sentido de realidad, que evite el peligro de ver con ojos desapropiados los hechos antiguos y de concluir como si se hubieran efectuado en otro plano de posibles. Seguro estoy de que un examen juicioso, sereno y esperanzado de nuestra vida histórica librará a las futuras generaciones del espantoso pecado presente que está empujando a nuestro pueblo a desertar de sí mismo. Lo que en el orden del individuo sólo puede efectuarse por medio de la gracia divina, en el orden de los pueblos puede realizarse fácilmente en el área de los valores de la cultura. Porque aparezcan borrados los símbolos que dan precio a las monedas no es de imperio echarlas a un lado como pasta vil para mero comercio. Revalorarlos es labor difícil; mas en los troqueles de la Historia existen eficaces medios para imprimir con nueva fuerza los signos que mantengan su vigencia circulante. Urge no olvidar que para seguir firmes el camino del progreso nacional debemos examinar nuestro destino y nuestro deber de pueblo. Debemos defender la integridad de los valores que nos dan personería en los cuadros generales de la cultura. Ser venezolanos no es ser alegres vendedores de hierro y de petróleo. Ser venezolanos implica un rango histórico de calidad irrenunciable. Después de tres siglos de fragua de la voluntad y de la idea nos declaramos con derecho a ser libres en el orden de los pueblos. No satisfechos con el espacio de nuestras viejas fronteras coloniales salimos a los largos caminos de América en ayuda de los otros hermanos, que deseaban, como nosotros, romper el vínculo metropolitano. Hicimos un pacto con la Historia cuando le pedimos sus retortas de maga para cambiar el propio destino de un continente. Nuestra consigna fue luchar contra toda manera de colonialismo. Cuando la ciudad sintió la plenitud de sus fuerzas quiso ser por sí misma, sin extrañas tutelas, guardiana de su libertad. Era el árbol coposo que expresaba la voluntad de dominio del viejo conquistador. Los antiguos colonos, acatando y no

cumpliendo las Cédulas del rey, se sabían creadores de la República. El respeto y la crítica fue su técnica defensiva ante la injustica de los mayores. Honremos su memoria. Honremos sus ciudades...

EL SENTIDO DE LA TRADICION (*)

Se me ha otorgado, sin título alguno que lo justifique, el privilegio de hacer uso de la palabra en esta serie de eruditas charlas, promovidas con motivo de la exposición de porcelanas y de objetos suntuarios de los siglos XVIII y XIX, que tan acertadamente ha organizado la directiva de la Asociación de Escritores Venezolanos. Si fuese crítico de arte trataría, como pueden tratarlos Juan Röhl, Edoardo Crema, Picón-Salas, Carlos Moller y Enrique Planchart, los temas delicados y sutiles que sugieren esas lindas piezas, expresivas del buen gusto y del rico poder de invención de nuestros antepasados. Apenas soy un fervoroso estudiante de nuestra historia civil, y la ocasión de ver congregada tan distinguida concurrencia en torno a las hermosas piezas aquí expuestas me lleva de la mano a pensar en un tema insistentemente tratado por mí en mis modestos ensayos de historia patria.

Que nuestra Asociación haya tomado la iniciativa de exhibir en su sala lienzos, cerámicas y objetos que en pasados siglos sirvieron de adorno en nuestras viejas mansiones, corresponde a un tono de refinamiento artístico y de rebusca del tiempo pasado que viene tomando nuestra cultura doméstica. Ello no es obra de un día, pues de algunos años a esta parte se ha despertado cierto sentimentalismo colonial entre las clases cultas del país, y caso corriente es encontrar hoy opulentas mansiones que lucen con orgullo ricos mobiliarios del setecientos. A primera vista, dichas casas, con sus faroles antañones y sus vistosos artesonados, amén de odres y botijos centenarios y de graciosas hornacinas, dan la impresión de que mantuviesen, con la pátina del tiempo, las huellas de las graves pisadas de los viejos hidalgos que generaron la feliz estirpe. Pero si indagásemos la historia del

(*) Lectura en la Casa del Escritor (15-9-51).

costoso moblaje, encontraríamos frecuentemente que los floreros han sido recogidos, acá y allá, de manos de humildes viejecitas que los utilizaron como cosa de poco valor durante muchos años; que los botijos y los odres estuvieron en las cocinas de humildes lavanderas, y los retablos, en el miserable dormitorio de unas ancianas manumisas, a quienes fueron donados por sus antiguos amos. Esto en cuanto a los adornos de legítima procedencia colonial, pues la mayor parte de ellos han sido labrados, al igual de las casas, por manos de artífices contemporáneos.

Junto con esta devoción por los objetos antiguos ha aparecido otra, aún más curiosa y de verdadera inutilidad para la vida práctica, cuando con ella no se busca explicar nuestro fenómeno sociológico: la de las genealogías que intentan regresar a España. Puede decirse que hay un afán por hallar entronques con la cultura condenada, y que muchos se sienten felices por descender de algún hidalguillo colonial, así aparezca lleno de apremios en los juicios residenciales.

Pero todo esto, a pesar de ser sólo una simple manifestación sentimental en que incurren hasta los mismos coloniófobos, viene a adquirir indirectamente un verdadero valor en la interpretación de nuestro fenómeno histórico. El odre que estuvo oculto en la casa de la lavandera es pieza que bien merece un capítulo en la historia de nuestro proceso social. Es como la historia misma de un período que clama por el descombramiento de sus fórmulas constructivas. A simple vista un odre utilizado en los menesteres domésticos de los señores de la Colonia no debiera tomarse en cuenta cuando se trata de investigar la razón vital de nuestro pueblo; pero sucede a veces que objetos de valor verdaderamente insignificante adquieren el sello diferencial de una cultura y sirven para orientar las pesquisas que se instauren en pos de hechos cuya existencia intentamos conocer a cabalidad. ¿Cómo fue a dar al callado tugurio que esconde su miseria bajo la fronda de los samanes del Catuche el hermoso recipiente ventrudo, que acaso perteneció a la rica mansión de los condes de La Granja?... A mí me ocurre pensar en el momento en que el nuevo señor decretó su eliminación para sustituirlo por una pieza en armonía con el progreso republicano, del mismo modo como había arrumbado, para

reemplazarlo por una cómoda-armario del Imperio, el hermoso bargueño donde los abuelos mantuvieron con religiosa devoción las ejecutorias de hidalguía. Pero el odre, como la cultura en general, hubo de mantenerse intacto, aunque menospreciado, en el fondo mismo del pueblo: por ser el más modesto y aprovechable de los enseres coloniales bajó hasta las capas inferiores de la misma sociedad que lo desechaba, y siendo útil a la humilde maritornes, con ella permaneció hasta que una revaluación de la pasada moda lo llevó, entre frases laudatorias, a la rica mansión de los señores actuales.

Son hechos en general inconscientes, pero que suministran una aplastante evidencia al historiador. El capricho que mueve a nuestros contemporáneos a buscar como adornos preferentes para sus opulentos salones los objetos decorativos de la Colonia no pasa, claro que no, de constituir un mero indicio de *savoir vivre*, como diría cualquier elegante a la moderna; pero a mí me acontece ver en dicho capricho la manifestación de un retorno espontáneo hacia los símbolos de nuestra verdadera historia. Por lo menos hay un deseo ostensible de buscar algo suntuoso entre las formas que sepultó la tolvanera reaccionaria, y algo que, aunque menospreciado por las generaciones que nos son anteriores, es nuestro, o quizá lo único nuestro, como expresión histórica de un sentido artístico y como testimonio del propio temperamento creador del español. Vigoroso y áspero, éste supo dejar, como huella de leonina garra, su vigor y su aspereza en la ruda talla de los muebles que decoraron las mansiones de los ricos señores que en la Colonia se mantuvieron fieles a la tradición de rigidez y altanería de los hambrientos hidalgos peninsulares. Aunque en realidad lo importante no sea poseer vestigios hispánicos, sino ser vestigios de España, al modo como interesa a Francia e Inglaterra, según decir de Chesterton, ser restos de Roma, más que poseer ruinas romanas.

El moblaje colonial y las pinturas que exornaron salas y dormitorios de aquella época corrieron la misma suerte de la cultura general. Ante la invasión de las modas sucesivas fueron postergados y pasaron a llevar vida en la conciencia de la multitud indiferente. Y así como el capricho de algunos caballeros actuales busca las huellas vigorosas que sobrevivieron al desahucio de las viejas costumbres, y mientras

los linajistas inquieren, por medio de pesadas investigaciones, sus orígenes hidalgos, la Historia persigue también, por otros rumbos, la revaluación de las formas pasadas, a fin de explicar integralmente nuestra vitalidad social, peligrante de ser desindividualizada por una crítica de falsos trazos (*).

Para esta revaluación, cuyo fin no es quedarse en la simple contemplación de los contornos de nuestro barroco, sino ahondar en los hechos que expliquen los caminos del arte en el área americana, precisa ir à lo nuestro de verdad, a fin de sentir el calor de la tradición que se enreda en porcelanas, hornacinas y retablos. Muchos se desdeñan porque se les llame tradicionistas. Yo, en cambio, tengo a orgullo que se me moteje de tal, y con clara responsabilidad de lo que ello representa os hablaré esta tarde de la tradición como sentido creador y como fuerza defensiva de los pueblos.

Se ha hecho tan mal uso de esas palabras, que para la apreciación corriente han perdido parte de su fuerza simbólica. Hase querido presentar como opuesto al progreso todo valor que proceda de una antigua actitud cultural, y en el orden material de las naciones se ha mirado como expresión de adelanto echar a un lado lo que construyeron los antiguos para sustituirlo por invenciones nuevas. Tumbar, pongamos de ejemplo, las casas del Museo Colonial y del Colegio Chaves para que no quede *torcida* la futura avenida de Andrés Bello. ¡Cómo penará el alma del maestro inmortal al imponerse que la *rectitud* de la avenida que recordará su nombre obliga la mutilación de algo donde tiene su último refugio la herencia artística de la vieja Caracas! Arte nuestro que, si no tiene la riqueza y la opulencia del arte colonial de México y de Lima, es parte de nuestra historia, como son de abuelos nuestros los modestos óleos pintados por mano esclava, y que, pese a ello, tienen derecho de permanencia en nuestras salas, igual al que tendrían si fueran obra del insigne Goya.

A fin, pues, de que parezca derecho lo nuevo, se tuercen los valores artísticos y se destruyen los edificios que mantienen el recuerdo de nuestras épocas anteriores. Y esto no es nada. La historia de nuestro país es la historia de un largo

(*) Tapices de Historia Patria.

proceso de demolición. Bolívar mismo hubo de declarar que habíamos ganado la independencia a costa de arruinar tres siglos de cultura. Esto espantará a muchos maestros de escuela empecinados en negar que hubo un proceso de cultura durante las mal llamadas *tinieblas* coloniales. Por el momento sólo quiero referirme al orden de lo material; es decir, al afán de sustituir la arquitectura antigua y los estilos viejos por casas *a la moda*. Claro que hay necesidad de estar con la moda en lo que ésta tenga de valioso y progresista. (Hay también modas abominables: el mambo, los chicles, la pintura abstracta y la literatura existencialista, pongamos por caso.) El espíritu del hombre impone las innovaciones como señal de vida. El mundo, en su marcha continua, va creando símbolos nuevos como expresión de su propia existencia. De hombres y pueblos que se estanquen y no produzcan nuevos valores puede decirse que ya han cerrado el ciclo de su vida. A transformarlos precisaría en estos casos que viniesen otros factores etnogenéticos. Pero los valores recientes que producen las colectividades son tanto más firmes y durables cuanto mayor sea la fuerza de los viejos símbolos que en ellos se transfiguran y con los cuales se hace el cotejo de su mérito en el balance de la cultura.

En nuestro país ha existido permanentemente un afán de hacer tabla rasa con los elementos antiguos. Hasta los viejos cementerios privados han sido, con muertos y todo, objeto de comercio. Se ha pensado irreflexivamente que todo debe ceder ante la excelencia y la ventaja de lo nuevo, sin meditar que muchas cosas antiguas tienen derecho cabal de permanecer al lado del fasto de última hora. Nuestro desacomodo social, la violencia de los tránsitos políticos, el ascenso sorpresivo de fuerzas bárbaras a la rectoría de los pueblos, el prurito de no concluir los procesos que inició el sistema o la generación anterior, son factores que explican el poco escrúpulo que se ha tenido para arrasar con el pasado. (Cuando el año 1870 entraron en Trujillo las fuerzas de Venancio Pulgar, fue su ocupación predilecta destruir los viejos escudos de armas que adornaban los portones antiguos, y, para hacer tacos de pólvora, nada les pareció mejor que los expedientes del viejo Colegio Nacional.) Se ha pensado que destruir es lo mismo que hacer algo, como si lo existente fuese un estorbo para la marcha de la sociedad.

A quienes así piensan, los terremotos y los vendavales deben resultarles verdaderos fastos históricos.

Cada uno de nosotros en nuestro propio pueblo tiene el ejemplo de lo que ha sido el empeño de sustituir lo viejo por endebles artificios modernos. En una reciente evocación que dediqué a mi ciudad natal pinto cómo en Trujillo se constituyeron *Juntas de progreso* para borrar las huellas de la vida antigua. Altares de rica talla fueron reemplazados por nichos de pesada mampostería, e imágenes que mantenían el recuerdo de tres siglos de unciosa devoción popular fueron sustituidas por modernos santos de pasta iluminada. Una hermosa piedra labrada, que servía de fundamento a la sillería de una popularísima esquina y en la cual los trujillanos asentaron, para hacer tertulia por más de dos siglos, fue rebajada a cincel, de orden de un magistrado que quería *igualar* las aceras.

De nuestra ilustre capital, ¿qué no puede decirse? Hubo empeño en destruirlo todo. A nada se le halló mérito. No se respetaron ni templos ni sepulcros. Y porque nuestras edificaciones carecían de la riqueza de las de México, Lima, Guatemala y Quito era preciso echarlas abajo. Todo se miró por feo y nada se quiso conservar. Hubo hasta una ordenanza que prohibió los aleros que daban tipicidad a la vieja *ciudad de los techos rojos* de Pérez Bonalde. Y cuando la urbe pudo estirarse hacia todos los vientos para la edificación y el planeamiento de la gran metrópoli, lejos de haberse pensado en un ensanche a la moderna, con grandes parques y anchas avenidas donde lucieran los nuevos y elegantes edificios, se creyó mejor destruir la vieja ciudad, con sus graciosas casas, sus anchos aleros y su rica tradición, para convertirla en una serie de cajones de cemento sin arte y sin espíritu.

En estos días ha estado a flor de discusión la idea de demoler las hermosas casas de Llaguno, últimas joyas coloniales supervivientes de nuestra furia demoledora, y para responder al periodista que me visitó en mi despacho de cronista oficial de la ciudad le dije, más o menos, lo siguiente: "Aún no he pensado lo suficiente respecto al caso que usted me presenta, pues estoy entregado a elaborar la respuesta que habré de proferir cuando se me pida opinión acerca de la demolición de la catedral y de San Francisco."

El periodista, mirándome con blancos ojos de espanto, me preguntó angustiado: "¿Y eso va a ser?" "Claro que será —le respondí en el acto—, pues al paso que vamos nos llegarán a estorbar las mismas cenizas de Bolívar."

Sí, mis queridos amigos, nos llegará a estorbar el Bolívar de verdad, el Bolívar de la función creadora y defensiva. El otro, el que se concuerda preferentemente en plural, tiene más que hacer con el cemento nuevo que con las rojas y enmohecidas tejas de la Caracas vieja. Vamos por un declive de irresponsabilidad que hace prever dónde caeremos si no se crea a tiempo una enérgica vivencia que nos detenga y que nos salve. Hay que hacerle por ello una conciencia afirmativa al pueblo. Hay que crearle signos y luces que unan e iluminen las voluntades de los hombres. Esa función salvadora la cumplen fácilmente los valores espirituales que ha venido configurando la tradición. "Si no existiesen esos valores espirituales frente a los materiales —ha escrito recientemente Picón-Salas—, lo mejor sería alquilarse a las compañías inversionistas, que nos administrarían tan bien como a Tulsa, Oklahoma. Tendríamos las mejores estaciones de gasolina de Suramérica."

Tradición no es, como entienden muchos, un concepto estático que lleva a mirar ciegamente hacia valores y sistemas pretéritos. Tradición es, por el contrario, comunicación, movimiento, discurso. En lenguaje forense, el vocablo mantiene su antiguo y amplio sentido de entrega de lo que se debe. Tradición como transmisión de los valores formados por los antepasados. Legado de cultura que el tiempo nos transfiere para que, después de pulido y mejorado por nosotros, lo traspasemos a las futuras generaciones. Más allá de las manifestaciones objetivas que la personalizan en su aspecto documental, se elevan, ágiles, sutiles, inaprehensibles, los imponderables que dan fisonomía y forman el genio de los pueblos. No se les puede observar, ni menos aún se les puede catalogar como valores reales. Son, en último análisis, algo que ni se escribe, ni se graba, ni se mira; pero que se siente de mil maneras como signo indeleble de la sustancia social. Son el modo de ver, de hablar, de reir, de gritar, de llorar y de soñar que distingue y configura, como si fuese una dimensión hartmanntiana, el propio ser de las familias y de los pueblos. Diríase que constituyen la conciencia que

trasluce en el drama de la Historia. En aquellos valores se recogen y subliman los demás valores, reales y sensibles, que forman el andamiaje general de la cultura. Entenderlos y captarlos es tanto como entender y captar el propio secreto de las sociedades, por donde su intuición constituye el toque divino que convierte en magos a los intérpretes del pueblo.

Cuando las naciones pisotean y desfiguran el legado de los tiempos deshacen su estructura concencial y aniquilan su vocación cívica. En su empeño de buscarle puntales al inmenso y heterogéneo mundo soviético, los dirigentes bolcheviques han vuelto hacia la tradición, que parecía rota en la época de Lenin. Recientemente el académico Grekov publicó un primoroso ensayo sobre *La cultura de la Rusia de Kiev*, en el cual escribe: "El interés hacia el pasado, la necesidad de enlazar el presente con el pasado, demuestran un estado determinante de cultura, la conciencia de pertenecer a una entidad étnica y política." No es, pues, como ya apunté en otro ensayo con cita semejante, una expresión de conservatismo ni un índice de relajamiento senil la defensa de los valores elaborados por la Historia. ¡Lo hacen los propios padres de la revolución comunista! De lo contrario, los pueblos que han probado mayor vitalidad tienen mostrado, a la vez, un ardoroso empeño de mirar hacia atrás en pos de una clara explicación de sí mismos. Del propio modo como el hombre sabe que vive en cuanto tiene memoria de su ser anterior, asimismo las naciones se proyectan para el futuro sobre el fondo de la tradición, ya que difícilmente un pueblo que carezca de la conciencia de sí propio uniformará sus conceptos en torno al grupo de valores que deben servir de norma a sus actividades venideras.

En noches pasadas gusté en nuestro desnarizado Teatro Municipal la deliciosa comedia *La llave del desván*, del gran Casona. En el primer acto se trata de vender la rica y antigua casa donde la familia ha vivido varias generaciones; pero cuando los *nuevos ricos* que intentan adquirirla oyen las historias de aparecidos que, con el fin de amedrentarlos y hacerlos desistir, refiere la vieja ama de llaves, la operación se frustra y la casa se salva de pasar a manos de dueños que seguramente no hubieran sabido valorar y cuidar el rico moblaje, las pinturas primorosas y la suntuosa vajilla acumulados, con amor y gusto, por los cultos antepasados. Hu-

yeron los advenedizos compradores a sola la evocación del nombre de los viejos señores que habitaban en espanto la egregia mansión.

He aquí, señores, un símil magnífico del poder de la tradición. Ella es como voces de muertos que asustan a los intrusos y salvan la integridad de los dominios nacionales. Nosotros, por no poseer una tradición vigorosa, carecemos de la fuerza mágica que pueda poner en espantada a los filibusteros que vienen destruyendo, con ayuda doméstica, el vigor económico, el vigor político y el vigor moral de la patria venezolana.

Como no hemos cultivado nuestra verdadera tradición de pueblo, las puertas de la nación y sus propios caminos para la vida interior han quedado desguarnecidos de recursos que impidan la entrega de nuestros valores sustantivos, a la par que carecemos de luces que guíen nuestro proceso cívico. Redujimos nuestra historia a una supersticiosa liturgia en honra de los padres de la patria, y llegamos a creer que la mejor manera de servir sus grandes consignas era elevándolos a la hipérbole del laude y sacándolos fuera del país en la ataraxia decorativa de las estatuas. Un fútil patriotismo nos ha llevado a imaginar que desde Roma, desde París, desde Nueva York, la espada de los Bolívares en bronce puede defender nuestra integridad de nación. Mientras tanto, las vías de entrada que perseguían desde antaño los piratas del industrialismo fueron abiertas a toda manera de provechos. A veces los propios nombres heroicos de nuestra historia han servido de salvoconducto a los agentes forasteros.

Como no hemos logrado nuestra integridad histórica, no hemos adquirido tampoco la resistencia cívica que sirva de eco a las voces de nuestros muertos. De lo contrario, a la continua los hemos sustituido por sus enemigos antiguos. Si se convocara a los espíritus para un Cabildo abierto donde se fuesen a tratar problemas atinentes a la suerte de Caracas, la voz de Alonso Andrea de Ledesma sería apagada por el tartamudo discurso de Amyas Preston, hoy con privilegios más anchos en la solución de nuestras cosas que los sucesores morales del viejo iluminado. Y Amyas Preston, seguramente, daría su voto por el desmantelamiento de todo lo que huela a cultura tradicional.

Si hubiese tradición no sucedieran estos hechos. Una Caracas, y con Caracas, Venezuela, que hubiera cuidado y mejorado su patrimonio histórico, no estaría expuesta, como están expuestas capital y nación, a que sus normas espirituales sean rendidas al primer viento de intereses foráneos. Si se hubiese defendido nuestra modesta tradición arquitectónica, hoy, al lado de la ancha y opulenta Caracas nueva, tendríamos la Caracas antigua, cuya pátina serviría de elemento conformativo para la nueva alma que surgirá al empuje vigoroso de las futuras generaciones. Muy por el contrario, corremos el riesgo de que a vuelta de no muchos años nuestras tradiciones, costumbres y usos sean sustituidos completamente por los usos, costumbres y tradiciones de las numerosas familias que vienen, unas a tomar la mejor parte de nuestras riquezas, otras a luchar tesoneramente contra la barbarie del desierto, y a las cuales nada ofrecemos como elemento de unificación social.

Todo lo cambia el aire artificioso de las modas. Si se ha de cantar, son olvidadas nuestras viejas canciones para repetir un gangoso *blue*, aprendido en los discos Víctor. Si se ha de fumar, se prefieren los cigarrillos importados. Nuestros buenos abuelos, como llegamos a hacerlo también nosotros, se refrescaban con horchatas, guarapo de piña y jarabes de confección doméstica. Hoy nuestros propios hombres de campo toman *Green Spot* y *Grappete* como viva expresión de progreso. (A quienes sonrían ante esta cita de mostrador, conviéneles saber que cuando un ilustre venezolano, hecho a nuestros brebajes importados, pidió en Buenos Aires una *Coca-cola*, el mozo le advirtió que ellos no eran agentes de distribución del imperialismo yanqui. En esto los argentinos ofrecen a San Martín un culto noble, que nosotros negamos a Bolívar, a quien creemos servir con sólo defenderle en el papel de las arbitrariedades y desatinos de Madariaga.)

Parece mentira, pero en la populosa Nueva York se siente aún la presencia de los valores evocativos de los viejos holandeses que fundaron a Nueva Amsterdan. En los rincones de las iglesias reformadas duran las reservas mentales que trajeron en 1626 los seguidores de Calvino. En Londres los grandes dignatarios se tocan con las pelucas y se arrean con los vistosos trajes de la época medieval. Y Londres y Nueva

York, como capitales del progreso contemporáneo, van a la cabeza de las invenciones materiales y a la cabeza de las nuevas ideas del mundo. La fuerza que aún hace invencible a Inglaterra tiene sus raíces hundidas en el suelo profundo de la tradición. Nosotros, en cambio, en tierra sin humus y sin riego sembramos todos los días un árbol nuevo, que al primer sol se agosta.

Dejemos a un lado, con sinceridad, la hojarasca y la mentira. Olvidemos la demagogia a que tan aficionados somos como políticos. Abramos, en cambio, los ojos y veremos cómo somos apenas un ancho campo de explotación de intereses extraños y, lo que es peor, según lo dijo el secretario americano del Interior, en su reciente discurso en la Convención Petrolera, somos el mayor proveedor de recursos para el mantenimiento de una guerra, que la hace y la sostiene *el estiércol del demonio.* (Así llamaban nuestros guaiqueríes al petróleo de Cubagua.) Se construyen en nuestra ciudad, a ritmo acelerado, palacios para cine, palacios para Bancos, colectivos para forasteros. Se inauguran cada semana nuevos *clubs* nocturnos. Se importan caballos de carrera, vedettes y boxeadores. Se introduce también cocaína, opio y marihuana. En las principales esquinas se vocean revistas que incitan al crimen e invitan al burdel. Signos todos de una sociedad decadente y fenicia, que vive al azar de la ganancia y a la husma del efímero deleite, al igual de quienes, por sentirse vecinos a la ruina o a la muerte, entregan todas las resistencias morales para gozar el vértigo del último minuto de sensualidad.

Para salvarnos nos queda, sin embargo, el recurso fácil y formidable de salvar la conciencia de nuestra historia de pueblo. A quienes miden el valor de las naciones haciendo sólo cuenta de los ladrillos, los rieles y el cemento parecerán inoperantes las fórmulas abstractas que proponen los hombres del pensamiento puro. Ellos jamás han meditado en el valor moral de la Historia como aliada y consejera de la política. Jamás ellos han preguntado con Ranke si "podrán gobernar bien un Estado, cumplir bien con su misión de gobernantes, quienes, presa de los prejuicios que ciertas opiniones tentadoras imponen a su espíritu, tienden a considerar como anticuado y ya inaplicable todo lo anterior, lo desprecian y tratan de dejarlo a un lado por inútil, se colocan

de espalda ante las formas y las leyes consagradas por la tradición para dejarse llevar solamente de lo nuevo, y tratan, en una palabra, de transformar un estado que no conocen". Esos no han tenido tampoco la respuesta salvadora que logró el padre de la historiografía moderna: "Tales gobernantes más bien son aptos para demoler que para construir."

Con la pica que reduce a escombros los viejos edificios y con la laxitud moral que autoriza la ruptura de los valores antiguos, se destruye igualmente la tradición que da carácter, tono, fisonomía, expresión y perspectiva al alma de los pueblos. No se trata, como en mofa dicen algunos capitanes del pseudo-progreso, de defender telarañas, moho y polilla antiguos. La basura no es tradición. A la basura, como a tal, se la barre. En cambio, hay necesidad de qué sean respetadas las puertas, los zaguanes, los aleros, los altares, las calles, las piedras donde aún permanece enredado el espíritu de los hombres antiguos. Al lado de la civilización y del progreso que piden ancho espacio, deben quedar las antiguallas que dan fisonomía a las ciudades, del mismo modo como la poesía y los cantos populares tienen legítimo derecho a ser conservados junto con los cantos de los grandes poetas, como expresión fisonómica del pueblo. En la lucha que plantea la modernidad del tránsito frente a la ciudad que insiste en mantener sus antiguas líneas personales, precisa no sacrificar inútilmente los viejos valores arquitectónicos donde se recuestan los siglos.

Dieciséis años pasan velozmente. Dentro de poco, pues, estaremos conmemorando la fundación de Santiago de León de Caracas en la oportunidad de celebrar su cuarto centenario. Y esos cuatro siglos de historia, ¿sobre qué muros materiales mostrarán el discurso de sus obras? De la ciudad antigua no quedará nada. Manchas, retazos apenas, en medio de una gran ciudad, que más testimoniará el invasor progreso del petróleo que la resistencia de un pueblo de vigorosa historia. Por entonces no existirá seguramente el palacio de los antiguos obispos, próximo a ser convertido en edificio colectivo para oficinas de negocio; no existirá tampoco ninguna de las casas donde funcionó la Real Audiencia; la cuadra de la Palmita, donde Bolívar soñó la libertad de América, vivirá apenas en memorias; Ramón

Díaz Sánchez, por más experto evocador que sea, no podrá dibujar ya el sitio donde, hasta vencerla, agonizó con la muerte Antonio Leocadio Guzmán; menos podrá indicar el lugar de la casa que el 14 de agosto de 1869 sirvió de teatro donde surgió el odio implacable del Ilustre Americano para el mantuaje caraqueño. Ni los ricos herederos del grande hombre respetaron el sitio donde pudo formarse el museo que recordara su prestigio. Los viejos recuerdos caraqueños habrán desparecido por 1967, y los cicerones que acompañan a las misiones invitadas para los festejos, si no podrán, en verdad, mostrarles algo que lleve los recuerdos hacia los tiempos de la colonia y la conquista hispánica, señalarán, en cambio, los fastuosos palacios de la Embajada americana, de la Creole, de la Shell y de la Iron Mines.

Para salvar, señores, la perdurabilidad de la tradición que nos dé fisonomía entre los peligrosos resplandores de la nueva cultura petrolera, debemos realizar una obra extraordinaria de reparación cívica. Al cemento y al hierro que se aúnan para afirmar los suntuosos edificios de la ciudad nueva, hemos de agregarle los símbolos diferenciales de nuestra personalidad nacional. Si Caracas se va con el terrón antiguo y con la roja tela que cantó el poeta, defendamos la Caracas perpetua, que habrá de salvarse en la tradición de sus hechos y en la vigencia de su espíritu. Salvaremos a Caracas, y con Caracas a Venezuela, si mantenemos enhiesta nuestra personalidad de pueblo.

Este proceso es vario y complicado. Nada representan, cierto es, viejas piedras patinadas de tiempo si no existe una conciencia fraguada al amor de los signos diferenciales de la nacionalidad. La piedra se hace, sin embargo, más resistente y asegura la perennidad de su propio sitio, gracias a la voluntad enérgica del pueblo que haya sabido resistir el ventalle de cedros venenosos. La permanencia de lo antiguo vale como expresión de una voluntad moral, más que como factor de evocaciones creadoras. Si en verdad se produce una especie de simbiosis entre la piedra y el espíritu, lo que éste gane en fortaleza queda superado por la luminosa aptitud resistente que la voluntad de los hombres sepa transmitir a la piedra fría. Las ciudades son los hombres, y éstos, para la función cívica, arrancaron de la Historia su

potencia formativa. "Engrandecerás las ciudades —dice Epicteto—, no elevando el tejado de sus viviendas, sino el alma de sus habitantes." Lo material sirve en esta función espiritual y telúrica apenas como testimonio y como evocación del poder de los espíritus. Diríase que los espantos y los fantasmas que colaboran, como voces del tiempo, en la defensa de los pueblos, reclaman la permanencia de propicias penumbras y de discretos e inmóviles rincones.

Pero tampoco hay que creer, como confiadamente piensan algunos, que las consignas antiguas y la fuerza de las voces viejas obran por sí solas. Muy por el contrario, ellas reclaman, para su eficacia reparadora, que sean invocadas por enérgicas conciencias actuales. Los pueblos no pueden vivir en una contemplación estática de su pasado. Los pueblos necesitan dar movimiento, en la gran cuba del tiempo, a los mostos exprimidos por las generaciones anteriores y agregarles los caldos de la reciente vendimia. El valor de la tradición radica en servir de solera aglutinante que dé cuerpo fisonómico a los vinos del pueblo y no en un obrar como categoría solitaria que tuviese en sí misma virtudes de creación.

Nosotros nos hemos cuidado bien poco de defender los viejos signos de la tradición. Lejos de velar por su permanencia y por su arraigo, hemos abierto los espíritus a todo viento de novedades, y del mismo modo, pongamos por caso, como fue demolida la elegante mansión de los condes de San Javier, para construir sobre sus ruinas el desairado y asfixiante palacete del Ministerio de Educación, asimismo hemos destruido en la zona del espíritu ciertos valores que hubieran podido ayudarnos en la defensa de nuestro patrimonio moral de pueblo.

Para que las naciones puedan construir algo digno y durable necesitan tener conciencia de sí mismas. Esa conciencia tiene diversos modos de recogerse y de expresarse, pero ninguno más leve, sutil y vigoroso que la tradición. Yo diría que ésta es como el fino alambre y las menudas bisagras con que los anatomistas mantienen la unidad de los esqueletos. Sin el ayuntamiento y el equilibrio de valores que la tradición produce, ocurre una dispersión en los propios conceptos de la nacionalidad. Por eso, cuando se trata de estrangular la conciencia de los pueblos, nada es tan

eficaz como el debilitamiento de los hábitos, usos y costumbres que arrancan de sistemas tradicionales e implantar en lugar suyo costumbres, usos y hábitos que correspondan a otras áreas culturales.

La historia de Aladino ofrece un ejemplo magnífico de cómo obran quienes buscan apoderarse del secreto de nuestros tesoros. El proceso de los treinta años de la Venezuela petrolera no ha sido sino la tinosa ejecución del mismo método usado por el astuto mago que buscaba la lámpara maravillosa. "¡Lámparas nuevas! ¡Se cambian lámparas nuevas por lámparas viejas!", ha sido el grito constante de los mercaderes que tomaron en nuestra historia el sitio de los antiguos profesores de civismo. Como la esclava incauta, nosotros hemos cambiado valores fundamentales de la República por el lustre aparente de una vida de fingido progreso colectivo. Sucia y vieja, la lámpara poseía el secreto de abocarnos con los magos. Guardaba ella la fina clave para invocar las fuerzas antiguas con que se derrota la asechanza de los piratas.

No es que yo prefiera, como se me ha dicho en crítica, la modesta Venezuela de la agricultura y del ganado a la nueva y rica Venezuela del recio progreso mecánico. Eso, más que amor a la tradición, indicaría menosprecio de las leyes universales del progreso. Yo, sin abjurar de la riqueza colectiva, me limito a contrastar la fuerza de voz de nuestros hombres de antes con la respetuosa e insinuante modulación que ensayan hoy en el diálogo internacional los encargados de defender los legítimos derechos del país. Creo que ningún venezolano de verdad deje de evocar con nostalgia la libertad en que se desenvolvió nuestra propia barbarie antigua. Para domeñar ésta, nadie pensó que fuese necesario destruir la vertebración de la nacionalidad. Ni siquiera para domeñarla, pues apenas se han conseguido férreos instrumentos que garantizan la resignada quietud, a cuya sombra se diversifican y aprovechan los ímpetus y las pasiones subalternas.

Carácter, fisonomía, tono, impulso, perspectiva representa para los pueblos una bien formada y defendida tradición. No es, como entienden ciertos espíritus ligeros, un estar resignados y satisfechos por la obra que acabaron nuestros mayores. Las realizaciones de éstos se valoran como

factores sociales en cuanto posean fuerza para movernos a la prosecución de actos ejemplares. Es decir, en cuanto sean factores valentísimos en el orden creador de la sociedad. Una estimativa errónea ha hecho que nosotros diéramos vitalidad operante a situaciones desprovistas de significado cívico, que fueron tomadas, en fuerza de una lógica absurda, como expresión de una típica actitud venezolana. Como tradición política ha valido más el ejemplo de los hombres de presa que la actitud de los creadores de pensamientos. Por ello José Vargas, Juan de Dios Picón, Fermín Toro, Cecilio Acosta, Eusebio Baptista no han tenido eco en nuestro mundo político. Del mismo modo, en la relación exterior se ha visto como posición mejor aquella que reduce el esfuerzo al límite restricto de la comodidad y del provecho. La mayoría ha preferido, contra el consejo de Leopardi, la cobardía a la desgracia, por donde se nos llama pueblo alegre y feliz.

Como acabo de decir, no forma parte del sentido de la tradición el aceptar todo lo que venga del pasado y obrar de acuerdo con el sistema que se desprenda de la imitación de los hechos cumplidos por nuestros antecesores. Esto es tanto como cultivar un espíritu negado a todo progreso. Para que la tradición mantenga su fuerza creadora, es necesario que sufra una prudente reelaboración que la quintaesencie para la ejemplaridad. El acto disvalioso, así se repita a través de épocas diversas, no debe mirarse en función ejemplar, sino como indicativo de la permanencia de un proceso que es necesario superar. Al hombre de estado y al sociólogo toca vigilar en estos casos la razón de su insistencia y solicitar los caminos del remedio. La tradición, como buen legado, se recibe a beneficio de inventario. Lo que nuestros antepasados hicieron en contradicción con las normas universales de la moral y de la justicia, debemos explicarlo en sus causas, como hecho cumplido, pero no erigirlo en canon social ni aceptarlo por norma de vida. Lo que produjeron los antiguos procesos de trasculturización, es necesario mirarlo en sus varios aspectos, para dejar como meros documentos de museo las formas herederas que hayan caído en caducidad, y para extraer, en cambio, de muchas de ellas los valores capaces de nueva vigencia educativa. Haddon, al definir el folklore como estudio de las su-

pervivencias de las viejas culturas, ya indicó el camino científico que debe seguirse para el aprovechamiento de los "patrimonios estratificados", pues sería absurdo intentar, por una ciega devoción a los valores tradicionales, el mantenimiento, en función educadora, de expresiones sin contenido espiritual y moral.

A nosotros, como escritores, como poetas, como artistas nos corresponde también la función de señalar el precio creador de los valores tradicionales, porque somos voces del mismo pueblo de ayer y del mismo pueblo de hoy, necesitado hoy y mañana de ánimos vigilantes, capaces de detener la intención servil que pretenda cambiar por una nueva la vieja y enmohecida lámpara maravillosa que iluminó los antiguos senderos de la Historia, y la cual espera la mano experta que nuevamente active la presencia de los espíritus benévolos.

LA HISTORIA COMO ELEMENTO DE CREACION (*)

Hay muchos que desesperan de nuestro país, muchos que niegan las posibilidades de natural y progresiva transformación de nuestro pueblo. Criterio fatalista que sirve para mantenernos en un estado de lamentable postración. He oído ponderar, claro que no diré a quién, la misma ineficacia de la escuela como elemento de posible mejoramiento del pueblo, y lo que es más: con asombro he escuchado decir a persona de las llamadas de "autoridad", que procurar una mejor nutrición y un mejor crecimiento en nuestro pueblo es tanto como buscar que aumente la fuerza que empleará para su propia destrucción. Contra estos absurdos criterios negativistas es necesario levantar voces, pero también es necesario, a la vez, señalar puntos de apoyo donde fijar la palanca que mueva nuestro progreso. Y los puntos y las palancas sobran. Quizá lo que ha faltado sea voluntad que mueva los brazos. Hay puntos de apoyo en el presente y hay puntos de apoyo en el pasa-

(*) Lección inaugural de la cátedra de Historia de Venezuela en el Instituto Libre de Cultura Popular (9-10-42).

do. Esta Cátedra que iniciamos corresponde a uno de estos afincaderos.

En un gran maestro del pensamiento francés contemporáneo acabo de leer este concepto: "Así como debe esperarse mucho de los hijos que aman a sus padres, no es posible desesperar de un pueblo y de un siglo que ama su historia." El concepto es cabal. La Historia es la memoria de nuestros padres. Ningún pueblo, en una hora dada de su evolución, puede considerarse como eslabón suelto o como comienzo de un proceso social. Venimos todos de atrás. Antes estuvimos en el pasado. Y para buscar y amar a nuestros mayores debemos buscar y amar la historia que ellos hicieron.

En Venezuela, justamente, hay una marcada devoción por el pasado. Venezuela quiere su historia. Venezuela parece buscarse a sí misma en el valor de las acciones de quienes forjaron la patria. Ya esto es un buen punto de apoyo para la palanca de su progreso moral.

No existe un venezolano a quien no emocionen las hazañas de Bolívar, de Páez o de Urdaneta. No existe un venezolano a quien no infunda cariño la memoria del *Negro Primero* y que no sienta vibrar su espíritu ante la evocación dolorosa de José María España caminando taciturno hacia el patíbulo. La emoción surge fácil, ya se recuerde a Guaicaipuro, ya se piense en Alonso Andrea de Ledesma, ya se memore la entereza rebelde de Juan Francisco de León. Somos, nadie habrá de negarlo, un pueblo de marcada vocación para la Historia. Mas, corrientemente, vamos hacia la Historia en busca del placer y de la emoción del relato y del prestigio que creemos lucrar con las acciones gloriosas de nuestros antepasados. "Somos de la tierra que dio a Bolívar", es título que muchos creen suficiente para presentarse a la consideración del mundo. Más o menos lo mismo de quienes se crean mejores que otros dizque por descender de un conde o de un marqués, sin pensar que bien pueden ser ellos unos degenerados sifilíticos o unos pobres diablos víctimas del alcoholismo.

Ese peligro tiene la Historia cuando, como la nuestra, está llena de relatos que lindan con la leyenda. Se siente el calor de la epopeya, se vibra ante los vítores que saludan

a los héroes y se llega a creer que con esa gloria pasada basta para vivir el presente. Que Bolívar sea el más grande personaje de América nadie lo niega, pero de eso a pensar que hoy nosotros podamos conformarnos con tal recuerdo y sentarnos a esperar que se nos tenga, por tan ilustre y límpido abolengo, como el primer pueblo de América, hay una distancia que muchos no comprenden, hay un abismo en que muchos pierden pies y cabeza.

Sí, y nadie nos lo puede arrebatar, tenemos un pasado glorioso. ¡Y hay que ver las proporciones de tal gloria! ¡Nada menos que fueron hombres nuestros quienes hicieron la libertad de Suramérica! Y hay que pensar bien: hicieron la libertad, que es algo muy distinto de la gloria ficticia de quienes conquistaron pueblos. Pero ello es para que nos sintamos, más que ufanos y vanidosos, obligados a vivir de acuerdo con los ideales de aquellos hombres que lograron gloria para sí y para nuestra historia. No es para que nos echemos a dormir como hacen los ociosos herederos. Estos podrán darse a toda manera de vicios, bien sabedores de que las rentas que no trabajaron les han de servir para mantenerse. Los pueblos no pueden, en cambio, vivir su hora presente a cuenta de su pasado, por más glorioso y fecundo que sea éste. Sería tanto como pedir a los muertos que nos sirvan el alimento. Los pueblos se afincan en el pasado para extraer valores que sumar al momento actual. La Historia se debe ver como una mina que es necesario explotar. Es decir, trabajar. No es entierro, no es la botija llena de onzas de oro que solía aparecer en nuestras viejas casas de la Colonia y que de la noche a la mañana enriqueció a muchos. No. Nada de eso. Nada de mesa puesta y bien servida para comer a toda mandíbula. Es, en cambio, la mina que necesitamos trabajar, la mina que reclama sudor y brazos. Nosotros hemos desviado el valor de la Historia y hemos llegado a creer posible que se viva de ella sin sumarle nada. Y por eso anda Bolívar metido en todo. Mejor dicho, por eso hemos metido a Bolívar como complemento de todo.

En mi ciudad de Trujillo y en los años de mi niñez (de entonces acá ha llovido un poco), aprendí a recitar el corrido infantil del *Real y medio*, en la siguiente forma:

Cuando Bolívar murió,
real y medio me dejó,
compré una pava,
compré un pavito,
y el real y medio
quedó enterito.

Yo he encontrado un valor documental muy expresivo a esta variante trujillana del popular corrido, u ovillejo, como diría un profesor de Literatura con toda la barba. Nosotros, todos, grandes y chicos, hemos tenido y tenemos la sensación de que Bolívar nos dejó real y medio, con que podemos comprar pavas, pavitos y todo lo que se nos ocurra, en la seguridad, o al menos con la esperanza, de que nos quede siempre "enterito", sin pensar que a ese real y medio debemos agregar algo, algo apenas, para tener el *bolívar* completo. Debemos sudar un poco para hacer nuestro cívico *bolívar*; de lo contrario, no tendremos sino real y medio que se va, que se acaba, que no alcanza para empezar a trabajar con éxito en el campo de la dignidad humana. Parece que en realidad muchos se han conformado con el real y medio de la herencia de Bolívar, mientras otros han rebajado al mismo Bolívar a sólo un valor de real y medio para hacer negocios. Real y medio para comprar cualquier cosa. Una pava o una conciencia.

Yo sí creo que Bolívar nos dejó real y medio. Nos dejó una moneda incompleta, para que nosotros le agreguemos nuestro esfuerzo, nuestro presente, nuestro trabajo personal y perenne. Ese será el Bolívar entero, el Bolívar que camine apoyado en nuestra energía de ahora, de todos los días, de ayer y de mañana. No el Bolívar acostado, ni aun el Bolívar sentado en sillas muelles. El Bolívar caminante y guiador lo explicará para vosotros, con intuición de poeta y acento de patriota, mi colega de cátedra el escritor Antonio Arráiz; yo sólo evoco aquí su nombre para presentaros ejemplos de historia desnaturalizada, por medio de la imagen de un Bolívar fallo de valor, de un Bolívar que, para actuar en presente, pide el pulso de nuestra sangre fresca y generosa.

Porque el complemento del personaje histórico, es decir, lo que el pasado reclama para seguir obrando con éxito en el campo social, es la aportación de trabajo de las nue-

vas generaciones. Nunca llegará a nada un pueblo que se resigne a sólo admirar la gloria que pasó. De lo contrario, esa gloria de ayer, para que no descienda a la categoría de empolvada corona de museo, debe recibir el flujo constante del esfuerzo joven de la patria. Cada generación está en el deber de ganar su propio derecho de libertad. Cada generación está en el deber de renovar el esfuerzo que los mayores realizaron por la grandeza de la patria. Para ello es requerido dar a la Historia un sentido de balance con el tiempo.

Nos hemos acostumbrado a estudiar la Historia según el método con que el pulpero avaro cuenta sus monedas y billetes cada mañana. "¡Todo está completo!", exclamará gozoso, después de bien sobar la plata y los papeles, para disipar la duda de que hubiera podido ser robado durante la noche. Lo mismo hacen quienes al explicar los hechos del pasado no se cuidan sino de formar listas de próceres y de batallas para detenerse en cada caso a ponderar el mérito de las acciones, a fin de provocar en los contemporáneos un sentido de suficiencia que diga: "¡Qué grande es la obra de nuestros padres! ¡No tenemos nada por hacer!" El proceso es muy otro; debemos hacer los cálculos del buen mayordomo de hacienda que recuenta la cosecha, la juzga en su mero valor y compara lo que ella debe ser en relación a la calidad de la tierra y sus abonos, al trabajo invertido en su cultivo y a la ganancia justa. No dirá que hizo buen negocio porque recoja algunos frutos que llevar a la plaza; para decirlo, verá primero si éstos están en la debida relación con el trabajo, con el curso de las lluvias y con la potencialidad de la tierra.

En sus actividades sociales el hombre tiene urgencia de realizar este mismo balance del mayordomo. Y para ello está la Historia, que es como el Libro Mayor de los pueblos. Debemos estudiarla para saber lo que estamos obligados a hacer. Del recuento del pasado llegamos a la conclusión de lo que nos falta en la hora presente, porque nunca nos sobra nada sobre lo hecho por nuestros antecesores. Hay que saberlo bien y no olvidarlo: siempre se trata de un balance desfavorable. ¡Y desgraciada la generación que imagine que tiene sus cuentas arregladas con el tiempo! ¡Todos los días aumenta nuestra obligación de servir y de

mejorar! Y hecho el balance, sabremos el rumbo que debemos marcar a la línea de nuestro proceso social. ¡Por aquí!

Desde este punto de vista los estudios históricos adquieren un significado cuyo alcance es por demás fácil de comprender. La Historia viene a darnos la respuesta de nuestra propia existencia y nos explica el ritmo de nuestra vida presente. Sin conocer los hechos pasados, no podemos valorar nuestro propio momento. Por ello, más que disciplina científica y literaria, la Historia es una disciplina moral. Señala el tono de nuestra vida actual.

A los venezolanos nos han acostumbrado a vivir de la gloria vana de nuestro pasado y poco hemos hecho para acrecentarla y justificarla en la hora presente, debido en gran parte a que hemos estudiado sus hechos sin buscar en ellos esa función permanente de dar tono a nuestra conducta. Hemos preferido el enervante momentáneo de la apoteosis, y el examen de la realidad lo hemos suplantado por el ruido de los aplausos. Con que se alabe a Bolívar, todo está hecho, así los que entonen la alabanza nos estén robando la dignidad nacional.

Nuestro progreso social pide otra cosa. Sobre todo pide verdad. Se requiere un examen humilde y honrado de nuestra vida y de nuestro deber frente a nosotros mismos; y para lograrlo nos precisa hacer nuestro inventario, a fin de saber, sobre el propio proceso contradictorio de la Historia, cuáles sean las proporciones de nuestro déficit con el tiempo. Esto es tanto como conocer la calidad de la tierra y el mérito de la semilla. Sin ello, el mayordomo no tendrá certidumbre de los frutos que pueda recoger.

Este deber de examen cívico no sólo atañe a los grupos encargados de encauzar el proceso de la cultura, sino a todo el conjunto social. Cada quien en su puesto debe cumplir su deber. Cada quien tiene la obligación de conocer y de examinar su propio destino.

Al crearse estas Cátedras, llamadas a orientar libremente la cultura obrera, se pensó, y con razón, en ésta de Historia Nacional, y nada he creído más al propio que intentar un examen somero y realístico de nuestro pasado, para ver de lograr una serie de conclusiones que nos indiquen algunas

posibilidades para el presente y nos den la razón de muchas cosas que por sí solas no se explican.

De esta manera lograremos colocarnos en nuestro propio sitio y saber con precisión el porqué de nuestra presencia como pueblo. Y ya esto es algo en nuestro proceso cultural. Mejor dicho, es su piedra fundamental.

En algún trabajo histórico escribí que a nuestro pueblo se ha explicado su misma existencia republicana como si se tratara de revelar un proceso de brujería. Porque no otra cosa que brujos serían los hombres que de la noche a la mañana lograron hacer un pueblo sobre una masa de esclavos, y los otros que, a su debido turno, han "salvado" de sus continuas caídas al país, víctima del "brujo" anterior. Esa afición a la magia sirvió para levantar los pedestales de los "hombres providenciales" que rigieron en otra hora los destinos de la República, y, en consecuencia, para explicar el profundo abismo que existió entre la voluntad de los "brujos" que mandaron el país y la voluntad del pueblo desprovisto de expresión en su vida pública.

A todos se les dijo lo mismo, con sentido hasta ingenuo y con la emoción de quien cumple un deber inpretermitible. Recién instalada la dictadura caudillesca del general Juan Vicente Gómez, por diciembre de 1914, en una Orden general del Estado Mayor del Ejército, se disponía una Misa para agradecer "al Altísimo—y son palabras de aquel documento— por haber conservado fuerte y enérgico al hombre providencial que de la más honrosa humildad llegó triunfador a la más alta posición militar de la República". Ese mismo voto se hizo por Castro, y por Crespo, y por Guzmán, y por Falcón, y por Monagas, y por Páez; y, lo más triste, se hizo también por Boves y por Monteverde. Ha sido el voto del pueblo que mira la Providencia en el brazo del señor en turno, cuando no tiene conciencia de que ese hombre gobierne en nombre suyo. Con ese voto el pueblo ha querido llenar el abismo que le ha separado del autócrata. Cree en la función providencial de los hombres que mandan, porque no cree en sí mismo. Como no puede explicar la función pública partiendo de un acto suyo, mira en el hombre que la ejerce la expresión de un poder extraño, y confunde entonces la fuerza bruta del "jefe" que la

representa con la propia Providencia Divina. Y el pueblo venezolano no ha creído en sí mismo porque se le han dado explicaciones mágicas de su proceso histórico, y se ha sentido, en consecuencia, insuficiente para discernir su deber. Muchos sociólogos y muchos políticos han tenido por ello afán en buscar un hombre que mande y no en hacer un pueblo que se mande por sí mismo.

Por eso he dicho que la explicación formal y lógica del pasado tanto interesa a los encargados de dirigir el proceso de la cultura cuanto al trabajador modesto que busca de incorporarse en forma activa y permanente al movimiento determinante de aquélla. La Historia forma parte de la educación cívica del pueblo. La Historia explica al ciudadano, y por el examen del pasado le marca el ritmo seguidero, no como ombligo permanente que lo pegue a una tradición, sino como voz que le anime y le empuje para hacer cada vez mejor y más brillante la historia de la patria. Para hacer que nuestros hijos lucren con una tradición más brillante.

Esto en cuanto al valor del hecho político; es decir, del hecho culminante en el proceso de la cultura; porque en los planos subalternos, o sea en el orden de las actividades que conducen indeterminadamente al cumplimiento del destino humano, la Historia da la clave y la razón de circunstancias que hoy mismo están pidiendo soluciones. Por el examen de nuestro pasado conocemos el proceso formativo de nuestra población, de nuestra riqueza, de nuestra educación, de nuestra milicia, de nuestra misma indiferencia social. Sin su estudio carecemos de mapas que nos ayuden a fijar los rumbos espirituales que hemos de seguir en nuestra marcha hacia el futuro. Seríamos como barco loco sobre aguas desconocidas.

Nuestra labor en este pequeño curso será explicar nuestro pasado fuera de todo elemento de "brujería". Vamos a estudiar hechos de verdad. Hechos que nos sirvan para mejor cumplir nuestro deber presente, y con ello buscaremos que la Historia, lejos de achicar nuestra estatura y de mantenernos en una parálisis de suficiencia, nos ayude a crecer y a caminar, más en nuestro caso, cuando tenemos ejemplos en el pasado que obligan a asumir una actitud em-

pinada y vigorosa que sirva de marco mismo a nuestros grandes personajes históricos.

★

Una noche de luna en la ciudad costarricense de Alajuela me hallaba sentado frente al monumento de Juan Santamaría. Santamaría es el héroe nacional de Costa Rica. Cuando la guerra de 1856 contra los filibusteros, este oscuro soldado se ofreció para quemar el Mesón de Guerra. donde los enemigos guardaban sus provisiones de pólvora. Antorcha en mano, el humilde y valiente hijo del pueblo inmoló su vida, como otro Ricaurte, y preparó con su sacrificio el memorable triunfo sobre los esclavistas de Walker. Héroe modesto, sencillo, en quien el pueblo de Costa Rica ha visto su mejor símbolo de hidalguía y en cuya memoria se piensa crear hasta una Orden Nacional. El bronce de Santamaría me llevó al recuerdo de nuestros héroes. Y pensé en nuestro Bolívar, no sólo de proporciones continentales, sino de proyección cierta en la historia de la cultura humana. ¡Qué grande me resultó el Libertador frente al oscuro hijo de Alajuela! Pero de inmediato una nueva idea vino a mi mente con otro paralelo: el pueblo de Costa Rica, de pies y en posición de ciudadanía integral, está acostumbrado a mirar su héroe con la satisfacción de ser fiel a los principios de dignidad que movieron su sacrificio; Juan Santamaría, a pesar de ser casi un niño en la devoción del costarricense, recibe el homenaje de un pueblo íntegro y sin mancilla cívica; en cambio, nosotros, compatriotas del primer ciudadano de América, estuvimos de rodillas ante los hombres presentes, achicados y medrosos, durante los mejores años de nuestra historia.

Amigos trabajadores:

Hay el propósito de que ese achicamiento desaparezca definitivamente de nuestra patria. Para lograrlo es necesario levantar nuestro ánimo cívico por medio de una amplia y permanente jornada de cultura. Empeñoso en ello, el Go-

bierno actual quiere que se espacíe en toda forma el ámbito de la educación, y ha creado, para servir a vuestro mejoramiento, esta Universidad Obrera. El bien sabe dónde están las palancas y dónde los puntos de apoyo, y tiene lo que se necesita para realizar la obra deseada de progreso. Tiene voluntad de crear. Tiene propósito de superarse continuamente. Sobre todo, quiere que el venezolano no se sienta menor que ninguno de sus hermanos de América; de lo contrario, aspira a que llegue a ser en el presente tan grande cuanto fue en el pasado. Y procura que en esa obra de engrandecimiento nacional vosotros los obreros sepáis que, cumpliendo vuestro deber, sois un factor de Historia tan eficiente como los hombres que dirigen las grandes empresas civiles y militares. Ya hube de decirlo en la oportunidad de ser inaugurado este Instituto: las palabras de fuego de Bolívar hubieran quedado en el vacío sin las montoneras que soportaban los fusiles y las lanzas: los ejércitos habrían perecido de hambre sin el pan que recogía de la tierra el labrador paciente y sin la carne de los ganados apacentados por sufridos pastores: los caballos mismos no hubieran hecho las grandes jornadas heroicas sin las herraduras forjadas en la fragua por el herrero vigoroso. Nuestro proceso de independencia sirve para ejemplificar la solidaridad en el trabajo y enseña cómo el oro que se trocaba con fusiles y explosivos no valía tanto como el brazo que tomaba el arma para la lucha. La Historia sirve así para alentar y vigorizar la propia conciencia obrera y para abrirle nuevos sentidos que le amplíen el propio concepto de su función social.

ALEGRIA DE LA TIERRA

(PEQUEÑA APOLOGIA DE NUESTRA AGRICULTURA ANTIGUA)

Mía es la voz antigua de la tierra.

León Felipe.

PROLOGO GALEATO

ALGUNOS *amigos me han pedido la reproducción en cuerpo de libro de los diversos artículos que he dedicado en la Prensa diaria a comentar, desde un punto de vista histórico, la crisis de nuestra producción agrícola. Estos artículos, así estén desprovisto de la gravedad con que los economistas y los políticos suelen tratar tales temas, conquistaron entusiastas lectores, que ya desearan para sus sesudos estudios muchos agrónomos y muchos doctores en Economía. La razón resulta asaz sencilla cuando se piensa que he tratado de manera frívola un grave problema nacional. Y la frivolidad resulta muchas veces más grave que un tratado de geometría euclidiana, cuando con ella se aborda un tema solemne. Sobre todo, en un país donde se ha dado en la flor de mirar todas las cosas a través del prisma multicolor de la burla y de la fiesta. Toda la suerte de mis escritos periodísticos deriva de haber presentado la antigua abundancia agrícola como telón de fondo para el drama de nuestra culpable escasez presente. Lo demás queda a la sensibilidad del buen lector.*

No había razón para olvidar la tierra, como aconteció al hombre venezolano, cuando vio sus arcas hinchadas de la moneda petrolera. Entonces debió afirmarse más en sí mismo, en su suelo, en su realidad nacional. Pero perdimos la cabeza y olvidamos que el pan nuestro de cada día sólo está asegurado cuando lo recogemos de la tierra con nuestras propias manos colectivas.

Cada economía marca un carácter a la sociedad. Nosotros pasamos de la agrícola a la minera con tanta violencia, que se resistieron las propias fibras morales de la nacionalidad. Desde la Colonia veníamos sufriendo mudanzas en las fuentes de enriquecimiento, pero siempre en el orden de los frutos del suelo. A la economía del cacao, del tabaco, de los cueros y del sebo antiguos, se sumaron progresivamente el añil, el café, el algodón, la caña, la madera, etc., sin que hubiese crisis como la producida desde 1922, al aparecer el generoso petróleo.

Fue mucho el dinero que vino de fuera, pero inmediatamente ocurrió el proceso del retorno. De esto no se hizo a

tiempo cata y cala. Apenas en años recientes hemos advertido cómo hacemos el juego del presunto rico que endosa al mismo librador el jugoso cheque con que paga deudas de nueva urgencia. Nosotros no hemos hecho sino devolver a los países del capitalismo industrial el dinero que nos pagan por nuestro aceite. Y ello en razón de que no aprovechamos oportunamente la marejada de los millones para buscar de hacer con ellos más fecundas las fuentes de nuestra producción doméstica.

Olvidamos lo pequeño, lo urgente, lo ordinario de cada día. Olvidamos la tierra. Estas notas mías no constituyen sino una débil campanada entre las tantas como suenan en las torres prevenidas del patriotismo: son apenas recados, memorias, recuerdos de la alegría que mana de nuestra dulce patria. Son como notas recogidas del cuaderno de viaje donde el hombre viejo de Venezuela dejó el aviso de su experiencia agradecida. Como el cuaderno de bitácora marca al navegante de hoy el rumbo que siguió ayer el timonel, he querido recoger en esta bitácora terrestre las notas del viaje antiguo del hombre venezolano que trabajó con amor y fruto la pródiga tierra nacional.

Hombre de la ciudad, preferentemente dedicado a oficios de escritorio y biblioteca, por desgracia no he cultivado otra tierra que la de mi corazón y de mi espíritu. Ello no empece para que sienta el imperativo indeclinable de la conciencia agrícola que define e ilumina nuestra Historia. En el orden de los valores nacionales podemos repetir con orgullo la misma frase que Cristo aplicó a su Padre: Pater meus agricola est. *También nosotros podemos decir: "Nuestro padre Bolívar fue agricultor." Y lo fueron los valientes capitanes españoles que echaron las bases de las nuevas nacionalidades hispánicas del Nuevo Mundo. Y lo fueron la mayoría de los constructores civiles de la República y la mayoría de los viejos caudillos que, a las leyes, prefirieron su recia voluntad como método de gobierno. Y lo son los hombres sencillos, sufridos y alegres que aún luchan, bravía y tesoneramente, por ganar la independencia económica del país.*

Este libro hubiera podido ser mucho más extenso. Quedan por tratar diversos temas agrícolas y se dejan en silencio viciados procedimientos que perjudican los intereses del hombre del campo. (La introducción de moscabados de Cuba,

con perjuicio de los papeloneros criollos; la importación sin condiciones de frutos que produce el país; el régimen de compra de café por el Banco Agrícola y Pecuario; los permisos caprichosos dentro del convenio para la entrada de la harina; la importación por particulares de artículos, como la leche en polvo, que debieran ser monopolio del Estado, para su venta a más bajos precios.) Toda esta política de cupos, precios y aduanas podría haber sido tratada en este libro; mas mi empeño se redujo sólo a presentar la suficiencia antigua como fondo de contraste para el abandono en que han caído nuestras actividades rurales. Con alabar los frutos de la tierra, he querido alabar al sufrido, alegre y bondadoso hombre que la trabaja. Mi empeño ha sido simpletamente pintar el drama sombrío de nuestro suelo sin alegría, en espera de que algún día reverdezca en él la plenitud de la esperanza creadora.

Cuando arreglaba estas páginas, para de nuevo meterlas en la imprenta, tuve oportunidad de escuchar a Conny Méndez en su magnífico merengue "La transformación". Se ha distinguido esta fina y admirable artista por su nobilísima pasión de venezolanidad. Las canciones de Conny Méndez son verdaderos mensajes de amor a Venezuela. Generosamente, la artista ha accedido a que formen parte de este libro la letra y la pauta de la pieza musical que resume el vuelco de una economía que olvidó la tierra nutricia. Supla, pues, la expresiva música el espíritu de fiesta que falta a mis palabras, y tenga así verdadera alegría el ánima alerta que realice idealmente, con la ayuda de estas notas, el viaje antiguo del hombre que trabajó con fruto el suelo patrio.

M. B.-I.

Caracas, 19 de abril de 1952.

LA TRANSFORMACION

(Conny Méndez.)

COMPADRE, ¿qué está pasando en la tierrita en que nací,
que ya nadie chupa caña ni se oye vender maní?...
Y si es hasta el cigarrillo, hay que fumárselo en
Y no sabemos si andamos al derecho o al revés [inglés...
pues las calles se han vuelto un tablero de ajedrez.

¿Qué pasó con las arepas, las *caráutas* y el café?
¿Qué pasa con la *comía,* que *toa* la tienen que *traé?*
Se fueron los conuqueros *pa* los campos petroleros,
los peones son albañiles, los gañanes carpinteros.
Podríamos *comé* petróleo, pero va *pa'l* extranjero.

El merengue y el valse murieron por el son,
y ahora se toma *güisqui* en vez de ron.
Hoy hablamos inglés, italiano y portugués,
y hasta la pulpería es hoy *Delicatés.*

Compadre, ¿qué está pasando en la tierra del papelón,
que en cada cañaveral hay una urbanización?
En cada siembra *e* café ahora hay un *cabaré,*
los chivos se murieron, las totumas se pudrieron,
pero lo que sí es de ley, es jugar al *cincuiséi.*

De lo poco que resiste a la actual transformación,
son los postes de teléfono, en su misma posición;
Los cables son pura tiña, en rica vegetación;
por eso es que rara vez se logra una conexión.
Ahorita van a *servi* para escapar un chaparrón.

¿Te acuerdas de aquellos "truenos" en lechuza al boti-
Las niñas en la ventana esperando al patiquín. [quín?
Ahora es la *fuentesoda,* con merengada de leche Klim.
El *cañón* se volvió *picó,* el *cuatrico* se perdió,
y cuando el tráfico lo permita, ya la fiesta se acabó.

ALEGRIA DE LA TIERRA

CAFE

UN amigo conocedor de mi afición al buen café, me ha obsequiado un frasco de "Coffee and Chicory Essence", fabricado por Paterson and Sons, en Glasgow, Escocia. "Con una cucharada dulcera en una taza de agua caliente —me dijo— puedes preparar rápidamente un excelente café." Hice la prueba, y me resultó aquello un brebaje con el mismo sabor brómico del desagradable Sedobrol. Sin embargo, parece que está a la moda en algunas mesas elegantes este infame bebedizo, que si en verdad no es café ni cosa que se le parezca, tiene al menos para los tontos el mérito preclaro de proceder de una ilustre ciudad británica.

Pero si no pude darme el gusto de saborear la deleitosa esencia

> que en los festines
> la fiebre insana templará a Lieo

para evocar la *Silva* en que el maestro inmortal exaltó las excelencias de nuestra ubérrima zona, tuve, en cambio, un magnífico centro de interés para componer lugar que diese buena área a una meditación sobre nuestra insana vida económica.

Este café de Escocia, a la par de otros tipos de café elaborado que nos traen de los Estados Unidos, pone de resalto nuestra falta de sentido patriótico y nuestra notoria carencia de interés por defender la economía vernácula. "En Venezuela —dicen— no hay suficiente "café" o, por mirarse el fruto más como agricultura exportable que como producto para el consumo doméstico, se le envía al exterior para trocarlo con bagatelas. (Cuando ejercía la Embajada de la República en Colombia, recibí carta de un amigo caraqueño interesado en torrefacción de café, a quien le ocurrió la idea de importar grano colombiano.) Lo cierto es que nuestro café, o el café tostado que se nos vende en Caracas, es ac-

tualmente caro y malo, y hay quienes digan que su producción, a los actuales salarios rurales, es antieconómica. No lo dudo, si se toman en cuenta los rudimentarios sistemas empleados en la siembra, poda y beneficio del cafeto.

Cuando fui ministro en Costa Rica, clásico país de la convivencia y de la caficultura, propuse al Gobierno un plan de cooperativas para el beneficio húmedo del grano, elaborado por mí bajo el consejo de un experto cafetalero *tico*. El Gobierno no lo tomó en cuenta, y se limitó a "regalar" no sé cuántas trilladoras de mano a los agricultores, con lo que nada mejoró la industria. El subsidio del café, tan necesario para compensar los efectos del cambio internacional, ha servido muchas veces para beneficio de los intermediarios más que de protección al dueño de las matas, y salvo un intento de José Rafael Berti, no sé que se hayan buscado arbitrios para compensar la carencia de braceros por medio de una producción intensiva en áreas más reducidas y, consiguientemente, más fáciles de ser trabajadas. Las cooperativas de beneficio, bajo la intervención de organismos donde estén representados los terratenientes, pueden conducir a la obtención de tipos uniformes en calidad, a menores costos de trabajo. Porque esto es lo que falta a nuestro café: tipos de deshidratación uniforme, que lo hagan apreciado de los tostadores extranjeros.

Si nos diéramos cuenta de la bondad de nuestro café, llegaríamos a producir un grano capaz de competir con los tipos de la "Torre de Pisa", que es la marca del mejor café de Tres Ríos, en Costa Rica. Porque nuestro café, con un aroma que lo iguala a los mejores cafés de Guatemala y El Salvador, tiene cuerpo y acidez que superan el de Costa Rica y Manizales de Colombia. El café costarricense, si en verdad recibe un óptimo tratamiento, tiene sobre el nuestro, además, el favor de una leyenda que lo hace ser considerado en la propia *city* londinense como de mayor categoría sobre los demás de América. Es decir, supo hacerse a tiempo sus ejecutorias de hidalguía. Pero el nuestro es, o era, mejor. Pude comprobarlo en cierta oportunidad que el presidente de Costa Rica, don León Cortés, comía a la mesa de mi Legación en San José. A la hora del café, se lo hizo repetir hasta por segunda vez, y dirigiéndose muy complacido a su ministro de Salubridad, mi excelente amigo Toño Peña Cha-

varría, le dijo: "Con razón todos reconocen que no hay café como el nuestro. Este está admirable." Entonces yo, muy orgulloso, me atreví a decirle: "Presidente, me apena decir a su excelencia que el café que tomó es de Venezuela, y, para más señas, de la hacienda de mi mujer."

Pude haber faltado a la etiqueta diplomática cuando corté al presidente el regusto de sus alabanzas para el café *tico*, pero para un diplomático preocupado por las cosas de su país, no hay mayor satisfacción que poner de resalto las riquezas y recursos de la Patria.

El orgullo y la satisfacción que experimenté hace trece años se me ha convertido hoy en frío de vergüenza al tener en mis manos la *coffee and chicory essence* destilada en Glasgow (Escocia). La he visto no sólo como expresión de un ridículo *snobismo* que está destruyendo nuestras más profundas fibras nacionales, sino como el epílogo sombrío de una cultura. Para mí el alargado frasco contentivo de la amarga mixtura con que se intenta cafetizar el agua caliente, es perspicuo testimonio de la derrota infligida a nuestra agricultura por la peligrosa torre de petróleo. Claro que éste da mejores réditos y, bien administrado, serviría para hacer feliz al pueblo, pero desgraciadamente sus ganancias han estado condicionadas a la pérdida de valores irreparables, que una vez trocados con dinero, desaparecen como factores de nacionalidad. La libertad y la confianza de derivar de nuestro propio suelo el diario nutrimento, no las compensan los jugosos cheques que de inmediato endosamos para adquirir en mercados extranjeros aquello que una recta política económica puede y debe hacer que se produzca en la nación. Nada explica que hoy hayamos de importar brebajes que simulen el gusto de la almendra sabea. A diez años de distancia, más o menos, del día feliz en que entre un *adagio* de Mozart y un *largo* de Haydn, fue sorbida en el risueño valle de Caracas la primera taza de café destilada con la rica tostadura de las rojas bellotas de los cafetales de Mohedano y de Blandín, la industria y el interés de nuestros mayores ya exportaban en 1789, por el puerto de La Guaira, doscientas cincuenta y seis mil trescientas libras del grano, con destino a las colonias extranjeras. Tal vez un saco de ese buen café pudo llegar entonces a Glasgow (Escocia), y algún alegre caballero, en brumosa tarde, dejó de tocar la gaita familiar para em-

briagarse con todo el aroma del nuestro valle deleitoso, que iba quintaesenciado en el verde grano donde asentó por más de un siglo nuestra riqueza nacional. Hoy, los descendientes del alegre caballero escocés, corresponden nuestro obsequio de antaño con un brebaje que si no da gusto a labio alguno, sirve, en cambio, para engrosar las ganancias de los mercaderes sin reflexión.

UNA TAZA DE CAFE

ARÍSTIDES Rojas dejó escrito el recuerdo de la primera taza de café destilada con bellotas caraqueñas. Aquello ocurrió en nuestro delicioso valle alrededor de 1785, cuando fructificaron los arbustos plantados en sus haciendas de Chaco, por el padre Mohedano y por don Bartolomé Blandín. Buenos tiempos corrían para la provincia. Había bastante dinero y festivo espíritu. Gobernaba a Venezuela el brigadier don Manuel González Torres de Navarra, hombre culto y muy dado a la alegría. Célebre el recuerdo de este gobernador por su iniciativa a favor del teatro profano, que había sido abolido en razón de la férrea disciplina impuesta por el duro y piadoso obispo Díez Madroñero. A este ilustre prelado debió asustar el recibimiento que se le hizo en Caracas. No era el obispo para avenirse con el espíritu permanentemente festivo de los caraqueños. Aquellos bailes que vio ensayar en honor suyo en la Plaza Mayor, el día de la llegada, en especial la deshonestísima "contradanza del diablo", debieron haberle puesto de punta los cabellos, y aún con pelo la corona, y a poco luego resolvió modificar de raíz la disoluta vida caraqueña. Nada de bailes. Nada de fiestas. Penitencia y oración, en cambio, como remedio para la salvación del alma.

Todas las calles recibieron nombres de santos. En las esquinas se colocaron nichos con imágenes alumbradas en la noche, algunas de las cuales perduran como recuerdo de la Caracas que se va. Y en los zaguanes se expuso, sobre el segundo portón, la imagen del patrono de la familia. Nosotros todos vimos aún anchos zaguanes de la época colonial,

en cuyo piso se mezclaban ladrillos, piedras menudas y huesos. Todavía en algunos, así se hayan reducido a meros pasadizos, perdura la costumbre de exhibir un retablo piadoso. (No os riáis, pero en el zaguán de una casa nueva, habitada por unos criollísimos amigos, de muy buen nombre religioso, vi sustituido el viejo santo por un bonito cuadro que luce el conocido verso inglés: *Home, sweet home*).

Puso, pues, el señor Díez Madroñero a solo rezar a los caraqueños. La ciudad, si en verdad hubo de dar una respetable impresión piadosa, con sus continuos Rosarios nocturnos y sus frecuentes procesiones, debía de ofrecer vida un poco triste. A Díez Madroñero sucedió el Obispo Mariano Martí, con más mundo que su antecesor, y, consiguientemente, decayó el espíritu de austera piedad, que había hecho de Caracas un convento. Torres de Navarra no tuvo oposición en su empeño de fomentar la alegría, y restauró el antiguo carnaval, que el Obispo Díez Madroñero había prohibido por medio de severas pastorales. Las cosas ahora son distintas: bailes y comedias mantienen en punto de regocijo el espíritu de Caracas. Como he dicho, había buena plata, y la paz de Europa era propicia al comercio criollo, que se libertaba de los guipuzcoanos. Caracas empezaba a recibir nuevos alientos culturales. Desde 1771 estaba abierto el Convento de San Felipe de Neri, en la esquina donde hoy se conmueven las bases de la hermosa Basílica de Santa Teresa y Santa Ana. Prepósito del Convento era su fundador el Padre Sojo. Allí iba a tener uno de sus grandes puntos de apoyo nuestra tradición musical, que ya en la Catedral contaba con el genio creador de los Carreños. En la Catedral, sin embargo, la música miraba a sólo el coro. Entre los neristas había reuniones dedicadas al cultivo de la música profana. Pero en la deliciosa Caracas agrícola de fines del siglo XVIII, la música tenía que buscar, como propicio acompañamiento, el rumor de la fronda y el murmurio de las tiernas aguas que bajaban del Avila. Antes de hacerse música de salón fue la nuestra música bucólica. Mozart y Haydn fueron ensayados en *Blandín* y *La Floresta*, al amor generoso del padre Mohedano, de los Blandines y del padre Sojo. Allá nació nuestra música y allá crecieron los primeros arbustos caraqueños de café, plantados por la mano progresista del futuro obispo de Guayana, quien no adivinó que su nombre

eclesiástico daría entre nosotros genealogía cristiana al arbusto que entró en el mundo europeo con el prestigio de las bendiciones de los fieles de Alá. Considerado como típica bebida de musulmanes, llegó, sin embargo, a probarla Clemente VIII, quien entusiasmado de su aroma resolvió bautizarla en burla de Satanás.

Se tomó la primera taza de café, nutrida del suelo caraqueño, entre las románticas melodías del cuarteto de Juan Manuel Olivares, Francisco Velázquez y los Carreños. Nacen y crecen juntos café y música, al compás de la patria, que ya siente cómo se hinchen sus músculos para la gran batalla de la libertad.

La tradición del café se ensalza, para el bulto de la Historia, con la estupenda tradición de nuestra música. Todos saben cómo no es cierto que fuera el padre Mohedano quien introdujese el cultivo del café en nuestro país. El padre Gumilla, en su maravilloso *Orinoco Ilustrado*, asienta que él sembró con sus propias manos las primeras semillas en las Misiones del Sur, por 1730. (De estas semillas deben derivar los cafetales salvajes que sombrean las selvas de la Paragua guayanesa.) Lo inexplicable del caso es que traído desde París a Martinica en 1720, no hubiera el café llegado a Caracas antes que a otras regiones del país, donde fue cultivado con primacía a nuestra capital. En Nirgua y la Cordillera debió empezar a recogerse antes de 1770; y seguramente en Maracaibo o en Puerto Cabello, por marzo de 1779, tomó la fragata *San Vicente Mártir*, de la Compañía Guipuzcoana, las primeras doscientas cinco libras de café venezolano que aparecen registradas en el Puerto de Pasajes, en Guipúzcoa, pues de contrabando ya lo habían llevado a Europa los holandeses un poco antes.

Los años iniciales del café en nuestro valle caraqueño no los conocemos con la precisión con que sabemos el curso de la música y de las ideas revolucionarias, pero su cultivo despertó el mismo entusiasmo que había promovido en nuestra refinada sociedad el sublime arte. Las estadísticas de aduanas dan cantidades superiores al cacao y añil cuando finaba el siglo. La Historia demuestra una constante correlación de fuerzas que, por distintos caminos, van a un mismo fin. El café aparece en nuestro país coincidiendo con la revolución comunera y con el propio nacimiento de la ve-

nezolanidad integral. Si el primer café que llegó a Pasajes el año 1779 fue embarcado en Maracaibo, salió, pues, de la flamante Venezuela que gobernaba Unzaga y Amezaga, y no del virreinato de Santa Fe. Y con el café apareció la música. El mestizo café va a ser el fruto republicano por excelencia. A su lado el cacao representa el fastuoso poderío colonial. Es el cacao símbolo de una América vencida. Constituye la fuerza de una pesada economía de dominio sobre el aborigen, que permitió al criollo llano comprar títulos que lo igualasen al noble peninsular. En cambio, el café es ágil, enhiesto y mestizo. Será el fruto que balanceará la economía de la República. Tiene, además, sobre el cacao la virtud de poder ser almacenado durante largo tiempo y de dominar así los riesgos que impone con frecuencia la intranquilidad política en la nueva república. Es fuerte de aguante como el hombre venezolano.

En el orden general, el café es la tierra y el trabajo que se convierten en unidad de cambio para el juego de la riqueza. La música es la voz de los espíritus que callan y buscan signos universales de expresión. Protegida por la burguesía y por el clero criollo, tomó posesión del alma popular. El coro nerista estuvo luego formado por hombres de la clase baja. Cuando en 1795 se siente en Caracas el aire de la inminente revuelta, el mulato Juan Bautista Olivares, hermano de Juan Manuel, es maestro de capilla de San Felipe. Se le acusa de tener "ascendiente o superioridad sobre los de su clase" y de usar "cuatro especies mal combinadas que tiene en el cerebro". También es díscolo, mulato, músico y nerista Antonio Lauro. Y díscolos son todos estos músicos de fines de siglo y de principio del XIX. Por ello, apenas comenzada la Revolución, Salias encuentra al voltear la esquina quien le ponga música vibrante al *Gloria al bravo pueblo*, y por eso mismo, Boves se complace en hacer degollar a cuanto músico tenga prisionero. Los músicos cargaban el mensaje de la libertad, como el café guardaba el secreto donde descansaría la República.

El escaso café que dio la rica tostadura celebrada orquestalmente en *Blandín* y *La Floresta*, pasaba en 1808, año definitivo para nuestra Revolución, de la cantidad anual de diez mil quintales, que daban a sus dueños un magnífico rendimiento de cuarenta mil pesos, así fuera rudimentario

y pobre su cultivo y, en especial, deficiente el regadío de las vegas de nuestro valle incomparable. En aquel año, el Real Consulado se ocupaba con grande interés en mejorar el cultivo del café y a su costa fue publicada una curiosa *Memoria de los abonos, cultivo y beneficios que necesitan los diversos valles de la provincia de Caracas para la plantación del café.* Es muy significativo e interesante pensar que hubiera sido esta publicación el primer folleto impreso en Caracas. Así lo cree el maestro Key-Ayala, autoridad en achaques bibliográficos. Lo cierto es que de la primera edición de esta memoria no se conoce ejemplar alguno. En 1833, reconstituida la República, alguien habló de ella, seguramente en la Sociedad Económica de Amigos del País. Husmeando rutas, se llegó a poner mano en una copia que remitió desde Coro el doctor José María Tellería. La reprodujo en su ilustre imprenta Tomás Antero, y su edición fue costeada por los hombres más notables del momento: Fermín Toro, Tomás Lander, Angel Quintero, Domingo Briceño y Briceño, Francisco Javier Yanes, Manuel Felipe Tovar, Rafael María Baralt, Santos Michelena. ¡Qué nombres!...

Lograda la paz, era preciso fomentar la riqueza que había sido destruida por la guerra. Desde Londres lo había proclamado Bello:

> Allí también deberes
> hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
> heridas de la guerra: el fértil suelo,
> áspero ahora y bravo,
> al desacostumbrado yugo torne
> del arte humano y le tribute esclavo.

Peñalver, cuando tornó en 1823 a su hacienda valenciana de Los Aguacates, había escrito a Santander: "En Venezuela todos los agricultores están arruinados por la guerra." Bolívar mismo se ocupó en el problema del café, y, mal conocedor de la causa de la decadencia del cultivo. llegó a aconsejar que "fuese sustituido por otro". El ignoraba que, junto con la falta de braceros que hurtaban los batallones, sobraban los usureros que, a punta de intereses, mantenían sin ánimo al agricultor.

Poco divulgadas aún, las causas de nuestras luchas políticas del siglo último tienen raíces profundas en la carencia

de justicia en la relación mantenida entre los tenedores del dinero y los dueños de la tierra. Ese desequilibrio lo aprovechó a la continua el cacique antiguo. Pero este capítulo, que en mucho tiene que hacer con el pie forzado que me dio Eduardo Arroyo Alvarez, no habría tiempo de tratarlo en esta charla.

Mi presencia en el Hogar Americano, cuando se inician estas tertulias literarias, tiene otra explicación: recientemente escribí en mi columna de *El Nacional* una nota acerca de la importación que estamos haciendo de polvo y de esencia de café. En mi nota no dije nada nuevo, puesto que con una impavidez desesperante vemos a diario cosas peores, que sirven de testimonio de la ruina que amenaza a nuestra Patria. Hablé yo entonces del café, y se pensó que pudiera trasladar el tema para este "café literario" del Hogar Americano. Buena la idea, a ella me sumé con entusiasmo, pues si en verdad el arbusto sabeo está de capa caída, y a nadie preocupa que se acabe en Venezuela mientras el petróleo pueda suministrar el dinero con que lo adquirimos en otras partes, las tazas que de él destilemos nos sirven para animar estas lúcidas tertulias, donde los venezolanos de distintas ideas y de diversas categorías económicas podemos dialogar. Ya desempeñará nuestro café en ruina una nobilísima misión. Nos pondrá a hablar. Cosa necesaria en un país semimudo, donde los hombres se reúnen para hacer *golf*, jugar al dominó, armar una "canasta" o tomar *whisky*. Para todo nos reunimos, menos para dialogar. Y suele suceder que cuando nos disponemos a cruzar ideas, si es que las cruzamos, terminamos regañando, en razón de nuestra carencia de tolerancia y comprensión. Bien vengan tertulias en torno al humeante y agónico café nacional. Su fragancia puede decirnos muchas cosas. Puede darnos el secreto de cómo, junto al progreso y al empuje que representa la torre de petróleo, es posible que extienda su digna verdura, salpicada de nívea flor, el altivo arbusto que dio savia económica a la vieja República, en que alternaron la dignidad ilustre de Fermín Toro y la dignidad primitiva de Cipriano Castro, no corrompido aún por la eterna desvergüenza del político capitalino.

Sirva, pues, el café de estímulo para platicar acerca de tantas cosas que nos son comunes y a veces placenteras. El hablar descansa el ánimo. "Penas comunicadas remedio

suelen tener", dice el viejo proverbio. Y todos nosotros tenemos nuestras grandes y nuestras pequeñas penas, la mayor parte comunes, en razón de la comunidad del gentilicio. Hablemos en torno a nuestra taza de café, con la misma esperanza con que hablaron en 1785 los visitantes del padre Mohedano; con la misma esperanza y con la misma fe con que en 1811 platicaban en la Sociedad Patriótica, seguramente en torno a sendas tazas de café, Miranda, Bolívar, Francisco Espejo, José Félix Ribas, Juan Escalona, Martín Tovar Ponte; y con la misma esperanza angustiada con que, entre grillos y barrotes, preparaban su miserable *guayoyo* Joaquina Sánchez y Luisa Cáceres de Arismendi, patronas de las mujeres que saben luchar por el decoro y la libertad. Tomemos como símbolo de nuestro valor vernáculo, el aromoso café; tomémoslo hasta con un valor de rito sagrado. Si en el simbolismo realístico de Anteo, éste, para ganar nueva fuerza, necesita pisar la tierra nutricia, pensemos que al regustar el licor de nuestro criollísimo fruto, estamos comulgando con la tierra de nuestros padres, estamos respirando el aire que en nuestros campos acarició las rojas bellotas, estamos iluminando nuestro espíritu con los mismos fecundos rayos solares que quedaron aprisionados entre las níveas estrellas en flor de los cafetos...

CACAO

TRATARON los cabildantes de Caracas, en junta de 9 de octubre de 1604, acerca de la conveniencia de que Pedro de Fonseca Betancourt llevase "poder complido y bastante" para tratar con el Consejo de Indias y con los jueces de la Casa de Contratación sobre la necesidad de que pudiesen venir sueltos, si no en flota, los dos navíos cuyo viaje anual, a solicitud del procurador Sancho Briceño, había autorizado Su Majestad en favor de esta provincia, y los cuales se tardaban en llegar. Pedro de Fonseca Betancourt era yerno del viejo capitán poblador don Sebastián Díaz de Alfaro, conquistador y fundador de Santiago de León de Caracas, y quien había "fabricado en la costa desta ciudad un

nabío pequeño, con mucho costo, el cual enbía a los reynos de España con frutos desta provincia". La nave se llamaba *Nuestra Señora de Candelaria.* Era como se lee, escasa de porte y estaba destinada a la navegación de altura entre Venezuela y Europa. Criolla era la nave y criollo el ímpetu que la empujaba a dominar los mares.

Llevaba, pues, la barca de Díaz de Alfaro frutos del país a la Península. ¿Qué productos de la tierra interesaban al comercio de ultramar por aquel tiempo? A más del oro y de las perlas, que se enviaban mediante permisos especiales, tenían buen precio los cueros de vaca y los cordobanes, el tabaco y el cacao. Estos artículos constituían los renglones exportables que empezaban a formar nuestra riqueza.

El cacao había ganado ya en las Cortes europeas puesto de privilegio, y las grandes damas mantenían disputas acerca del mejor modo de confeccionarlo, si cocido en olla hasta el desgrase, o bien mezclado en la jícara, donde hervía el agua azucarada. En aquel tiempo no había recibido los honores de la estampa el *Curioso tratado de la naturaleza y calidad del chocolate,* que en Madrid publicó más tarde don Antonio Colmenero de Ledesma. Pero cada soldado y cada clérigo regresados de las Indias eran vistos como magos graduados en el secreto de la almendra olímpica y teológica, mientras otros consultaban los *Problemas del doctor Cárdenas,* publicados en México el año 1591, donde se examinan las virtudes y los riesgos del milagroso fruto, por aquel galeno calificado de "mantenimiento admirable de bueno".

Iba, pues, cargado de cacao de nuestra costa el *Nuestra Señora de Candelaria.* Salido en octubre, seguramente por diciembre fueron descargados en Sevilla los sacos contentivos del maravilloso regalo con que América aumentó el tono placentero de la Europa renacentista. Junto con los villancicos navideños, monjas alegres cantarían frente al Niño Jesús la expresiva octavilla

> Chocooolate de Caracas,
> chocooolate de mi vidaaa.

Como el barco era pequeño, las fanegas no serían muchas, pero sí de excelente calidad, como legítimo producto de la tierra que llegó a producir, y aún produce, el mejor

cacao del mundo. ¡Y que alguien se atreva a negar al de Chuao este noble y excepcional título! Brillat-Savarin escribió en su *Fisiología del Gusto:* "Se está de acuerdo en que los árboles que dan el mejor fruto son los que crecen sobre las orillas del lago de Maracaibo, en los valles de Caracas y en la rica provincia de Soconusco". Tal fue el papel que jugó el cacao en nuestra economía colonial, que la palabra llegó a extender su sentido hasta servir para denominar a la misma nobleza criolla. "Grandes cacaos" se llamó a los ricos propietarios que, con el producto de la almendra, adquirieron títulos de Castilla. La hidalguía creada por Carlos I y Felipe II para los heroicos pobladores y sus descendientes, fue superada por la "nobleza del cacao". (Hoy la dignidad de descender de los próceres que hicieron la República la sustituye la holgura que produce una buena cuenta de Banco, ganada con base de petróleo o por saber trasladar a la personal los dineros de la cuenta de la nación.) Aún en el día "echársela de gran cacao", significa en Venezuela lucir falsas ínfulas. Más noble que el tabaco, que el añil, que la caña y que el café, que sucesivamente marcaron el tipo dominante de nuestra economía agrícola, el cacao recibió de Linneo nombre de "bebida de dioses". *Theobroma cacao.*

Cuando don Pedro de Olavarriaga, por comisión del virrey de Santa Fe, visitó a Venezuela en 1721, formó una extensa memoria sobre cultivos, y ella fue parte a que se abrieran las fauces de los cortesanos que fundaron en seguida la Compañía Guipuzcoana. Buen producto de exportación, los vascos intensificaron su cultivo, y en 1799, cuando el comercio se hacía libremente, de La Guaira fueron embarcados para colonias extranjeras veintinueve mil quinientas ochenta fanegas de cacao, despachadas en cuatro fragatas, once bergantines, dos balandras y cuarenta y cinco goletas que habían visitado aquel año nuestro puerto principal.

Estos son cuentos antiguos, pero que sirven de testimonio de la iniciativa y del trabajo de nuestros mayores. Cuentos un tanto románticos que dan, en cambio, buenos ejemplos. El viejo Sebastián Díaz de Alfaro, armando en su primitivo astillero de La Guaira, el modesto navío *Nuestra Señora de Candelaria,* concreta un símbolo admirable de pujante creación. Aquellos eran hombres empeñados en formar una patria. En 1604 Sebastián Díaz de Alfaro soñaba

con una gran Caracas, donde, seguros y dignos, pudieran descansar y soñar sus descendientes. De entonces a la fecha, Santiago de León ha crecido intensamente, enormemente. Jamás pensó el esforzado poblador que la ciudad llegara a traspasar los linderos de su molino de Chacao, donde se ayudaba a moler las seis mil fanegas de harina, que por entonces consumía anualmente la capital. (Es decir, entonces Venezuela producía lo que necesitaba para comer.) Menos pudo pensar que llegase a suceder en su Caracas, bonachona y apacible, llena entonces de la rica almendra teobrómica y bien abastecida de gordas vacas de ordeño, la escena que a diario contemplamos en nuestros bares y refresquerías. Ayer la vi por enésima vez. Junto a la mesa donde sorbía mi criollísima taza de café, un mozo sirvió a dos lindas muchachas, de ojos y piel delatores de nuestro alegre mestizaje, una mezcla de cacao y leche, derramada de una lata que decía: *Milk and cocoa de luxe*. No sé de qué sitio del Norte nos envían nuestros *buenos vecinos* este brebaje, que es uno de los tantos enlatados, cuyas leyendas extranjeras son manera de libelos infamatorios contra nuestra incapacidad y nuestro entreguismo. A mi memoria vino entonces el recuerdo triste de Sebastián Díaz de Alfaro, y lo imaginé cuando, en unión del yerno, calafateaba su nave, nuestra nave antigua. No sé por qué pensé que si la Historia pertenece a Dios, en el presente mete la mano el Diablo. Pensé otras cosas enfadosas, y terminé avergonzado de llevar un apellido de la misma procedencia castellana que honró don Sebastián Díaz de Alfaro.

CAMBURE

"No hay sermón sin San Agustín", es frase derivada de las frecuentes citas que del gran obispo de Hipona suelen hacer los oradores sagrados. Con ellas dan lustre de oro a la más pobre palabra. Tampoco se puede hablar ni se debe jamás escribir de nuestra agricultura sin volver sobre los temas ya tratados con maestría sin igual por don Andrés Bello. Algunos han llegado a negar derecho al

Príncipe de las Letras Americanas de que se le mire como uno de nuestros más representativos poetas en el orden de lo nacional. Es decir, en el orden de la expresión de los valoles que tipifican lo "nacional" nuestro. Yo creo que Bello es el primero y el más antiguo de nuestros grandes poetas nacionales. Su poesía expresa lo nuestro con un sentido de profundidad verdaderamente vatídica. Aún más, Venezuela, como valor consubstanciado con el propio espíritu del poeta, sirvió a Bello de numen distante. Desde la brumosa Londres gustó a sus anchas de nuestro luminoso paisaje. En las tardes sin luz de la *city*, él se sentía abrumado en lo interior por el sol quemante del trópico. Era el poeta que sabía evocar. El Poeta.

Pudiera tenerse como el mejor de Venezuela aquel poeta que llegue a las más altas cumbres de la creación ecuménica. Pero para ser considerado "poeta nacional" es requerido que exprese un nexo profundo con el alma del país y con su vario paisaje. (Andrés Eloy Blanco, por ejemplo.) Es también "nacional" el poeta cuyas poesías hayan sido adaptadas por la voz y por la memoria del pueblo. (Ezequiel Bujanda y Andrés Mata, pongamos por caso.) Todo el contenido creador de nuestro paisaje lo elevó Bello a altitudes de sublime espiritualidad. Renovador de la poesía didascálica, tomó la natulareza tropical como idónea tribuna. Fue el poeta que supo evocar. Fue el Poeta.

Pie obligado para todo tema que se relacione con la exuberancia de nuestra zona tropical, en Bello hallamos la más acabada pintura del guineo, plátano, banano o cambure (*), que para el caso es la misma *Musa*.

> Y para ti el banano
> desmaya el peso de su dulce carga:
> el banano, primero
> de cuantos concedió bellos presentes
> Providencia a las gentes
> del ecuador feliz con mano larga.
> No ya de humanas artes obligado
> el premio rinde opimo,
> no es a la podadera, no al arado
> deudor de su racimo;

(*) *Cambur* o *cambure* son voces con que nuestro pueblo designa esta musácea. Yo aprendí en Occidente a llamarla cambure.

escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava;
crece veloz, y cuando exhausto acaba,
adulta prole en torno le sucede.

En el ámbito sonoro de estos pocos versos, el maestro inmortal pintó la generosidad de la planta y pintó lo parvo del esfuerzo que pide su cultivo. El tópico lo recibió como espléndido regalo de manos del fraile dominico Tomás de Berlanga, quien, desde Canarias, lo llevó a Santo Domingo en 1516. Lo recibió con la risa luminosa de sus soles y luego hizo más grato el fruto, en gracia de su fuerza fecundante. Dio el banano o cambure alimento al esclavo. Pan sin nobleza, se le sirvió fuera de manteles. Y así como ayudó a mantener la fuerza física del antiguo siervo, ha dado, también, su amistad al hombre sin tierra que, con la venia del amo, puede arrimar unos "hijos" a la vera de la acequia cantarina. Planta opulenta que da generoso pan a la peonada, y cuando seca, ofrece pleitas para tejer la humilde estera donde descansa el fatigado labrador. Donde crece no hay hambre. En mirándola, el hombre puede olvidar las preocupaciones del trabajo y vivir sin hilar, como los lirios del Evangelio. Depons le da por ello la gracia de mantener el hartazgo que afamaba en Europa al pan de las Indias.

Todo lo del banano es útil: la hoja, que entre sus muchos usos tiene el de sazonar la hallaca multisápida; la concha que sirve para abonar la tierra y alimentar cerdos; la cepa y la cáscara, aprovechadas como excelente forraje y aun como materia textil; en fin: el fruto, diverso y vario en gustos y colores, ora aprovechado como pan, ora como recado de olla, ora como finísima golosina, digna de cardenalicias mesas.

Nada pide para su cultivo. Es fruto ubérrimo que devuelve el ciento por uno. Se parece a esos Bancos donde, con poca moneda inicial, se concluye haciendo reparto de fabulosos dividendos. Entre nosotros, así ocurra que para pagar hoy un plátano haya de recortarse el diario, la agricultura del banano y su distribución en las ciudades han sido vistas con indiferencia. Actualmente, el general José Rafael Gabaldón estudia un plan de distribución de bananos que puede abaratar la dieta del pueblo. Si Gabaldón no fuera un romántico empedernido e incurable, se asociaría con algún

gringo e hincharía de plata. Pero Gabaldón es persona decente, que prefiere el hambre a la claudicación.

En los climas donde no se le cultiva, el banano tiene precio y aprecio. En Estados Unidos, Canadá, Inglaterra y Escandinavia es fruta de primera calidad, cuidado si de mayor estima que las manzanas y las peras. Esto ha hecho del comercio internacional del banano uno de los más pingües negocios. A la par del café, se le ha llamado "oro verde". Vaccaro Brothers, la Cuyamal Fruit Company, la Atlantic Fruit Company, la United Fruit Company, han jugado un papel predominante en las finanzas del Caribe. Estos *trusts*, hoy reducidos al poderoso pulpo de la United Fruit, han sido los brujos malévolos de la política de Centroamérica.

Hay el "imperio del banano", como existen el "imperio del petróleo" y el "imperio del hierro". *El Imperio del Banano* es el título del libro publicado en 1935 por Ch. D. Kepner, Jr. y J. H. Soothill, traducido al castellano en 1949. En él se desnuda la sutil, rastrera y corruptora política de los monopolizadores del banano en la hoya del Caribe. Centroamérica, especialmente, ha sido teatro del feroz gangsterismo de los bananeros, en quienes parece que supersiviese el linaje esclavista de Walker. Cuando Sam Samurray, presidente de la Cuyamal, se vio desairado por el licenciado Estrada Cabrera, en relación con unas concesiones de tierras para siembra del banano a las márgenes del río Motagua, se pasó a Tegucigalpa, y obtuvo, bajo títulos hondureños, derechos de explotación sobre las tierras anteriormente solicitadas en Guatemala. De allí derivó una guerra entre ambos países. Toda la historia centroamericana de fines del pasado y todo este siglo está orientada por los intereses bananeros. Con la plata del banano se han comprado fusiles, machetes, senadores, diputados, jueces, coroneles y cabos. (El actual Gobierno guatelmalteco ha apoyado a los obreros contra la voracidad del pulpo frutero, y ya el Departamento de Estado lo calificó de comunista.)

Estudiar el secreto del monopolio es harto complicado. Entran en juego mil factores, de ellos el principal el del transporte, tanto terrestre como marítimo. El Gobierno les hace concesiones que ponen en sus manos la suerte de los sembradores. En un contrato costarricense figuró la siguiente

estipulación: "Todos los plantíos de bananos y las propiedades bananeras pertenecientes a cualquier otra persona o compañías o empresas quedarán incluidos bajo los anteriores términos." Si la United Fruit necesitaba quebrantar el derecho de propiedad garantizado por la Constitución costarricense, allí estaban los complacientes diputados y los alegres abogados de que tanto ha hablado el maestro García Monge.

Dos veces ha fracasado la United Fruit Company en sus intentos de meterse en Venezuela. Cuando se asume una responsabilidad (y es bastante la de oponerse al imperialismo), se puede faltar a la modestia. En las dos oportunidades que fracasaron los propósitos de la Frutera yo puse mi pequeña ayuda obstruccionista. Por ello, cuando fui ministro en Costa Rica era el único diplomático a quien mister Chittenden, gerente de la United en San José, dejaba siempre de invitar a sus continuos y suntuosos festines.

Plátano, banano, cambure. Variedades de la misma *Musa*. Todas fáciles de crecer y fáciles también para enriquecer a sus explotadores y distribuidores. Por ello, entre nosotros el vocablo cambure ha adquirido un valor nuevo. Todos, plátano, banano y cambure, parecen ser la negación de la antigua sentencia griega que enseña cómo, "antes del triunfo, los dioses pusieron el sudor". El cambure es la negación del sudor. Sin ningún esfuerzo se le logra. Es sinónimo de regalo, de facilidad, de sinecura. Hoy se da al cargo burocrático en general el nombre de "cambure". Ello obedece a un proceso de extensión sufrido por el primitivo valor metafórico de la palabra. Se llamó inicialmente "cambure" al cargo sin trabajo, a la canonjía, a la gabela. En su original connotación no entraba la noción de esfuerzo sino la noción de ocio. Cuando el burocratismo creció desmesuradamente con fines de demagogia y de proselitismo político, la mayoría de los viejos cargos de gestión se multiplicaron, como los hijos del banano, y se convirtieron en verdaderos "cambures". El Presupuesto Público se llamó desde entonces la "fronda musácea". A su abrigo el hombre venezolano se tendió indolente para acumular sin trabajo. Y como la dotación de los cargos creció a manera de columna de mercurio en tarde de agosto, el "no hacer" se convirtió en "hacer". Con

"buscarse un buen cambure" el problema estuvo resuelto (*).

He aquí la gran consigna de trabajo de un país que clama por el esfuerzo tenaz de todos sus hijos. Un país que debiera convertir en días las noches para trabajar por su destino. Y la mata de cambure, del mismo modo como esteriliza el suelo, ha esterilizado y desviado la voluntad cívica del venezolano. Al amor del sombroso cambure nos hemos echado a dormir. Toda otra carrera fue sobrepujada por la carrera de "asegurar el cambure". Aquí, allá, fácilmente o a cualquier costo, el venezolano ha de tener un "cambure". Cambure de presupuesto o cambure de comisión. Por ello, mientras se abandona el suelo, mientras todo escasea, el bananal del Gobierno crece sin medida. Al cambure de la Administración pública "escasa industria bástale", como del banano generoso dice el maestro. Con él crecen todas las posibilidades de gastar. El hace fácil el camino de la abacería, donde el sueldo se convierte en agricultura enlatada, procedente de Estados Unidos. El "cambure" es una de las fórmulas diabólicas de que los socios de los reyes del petróleo se valen para que el oro regrese a su lugar de origen. Lejos de convertirse en sueldos y despilfarros el dinero que nos da nuestro petróleo, debió convertirse en instrumentos de permanente riqueza nacional. Lejos de haberlo regado como sustancia esterilizadora sobre nuestro antes humífero suelo, debimos propender a obras que hicieran duradero nuestro progreso. Hoy, si falta pan y falta carne, los altos sueldos y los salarios estirados permiten adquirir potes extranjeros.

Inútil fue mi esfuerzo por detener la entrada en Venezuela de la United Fruit Company. El imperialismo parece invencible. Para eso están los finos negociantes que saben llevarse no los verdes cambures, sino los verdes cheques que compramos con el dinero que nos da nuestro petróleo, para pagar el pan nuestro de cada día.

(*) Persona de autoridad me dice que fue primera en aparecer, en el orden político, la frase "cortar el cambure", como sinónimo de estar mal con el Gobierno, en razón de que se dejaba de cortar los bananales domésticos a quienes tuviesen influencia, cuando Samuel Darío Maldonado, como director de Sanidad, consideró dichas plantas peligrosos depósitos de zancudos.

PAPAS

Con donoso y deleitable estilo, que hace adivinar un buen *gourmet,* describe el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer cronista del Nuevo Mundo, el más estimado bastimento de los indios. "Una batata curada no es inferior en el gusto a gentiles mazapanes." "Se comen cocidas o asadas, en potages, en conservas, e de cualquier forma son buena fructa, e se pueden presentar a la Cesárea Majestad por muy preciado manjar." Antes, mucho antes de 1535, año de la edición de la primera parte de la estupenda *Historia General y Natural de las Indias,* escrita por el insigne cronista, de quien derivamos título los modestos cronistas de hoy, la patata había sido llevada a España. El mismo lo dice: "Las he llevado desde aquesta cibdad de Sancto Domingo hasta a cibdad de Avila, y aunque no llegaron tales, como de acá salieron, fueron avidas por muy singular e buena fructa, e se tuvieron en mucho." De estas primeras patatas aclimatadas en el suelo de Avila, debieron derivar aquellas por las que Santa Teresa de Jesús, apartada del parecer de Oviedo, mostraba "harto mala gana de comer", según escribía a la priora de Sevilla en 26 de enero de 1577.

Sin embargo, Inglaterra quiso para sí el mérito de introducir el tubérculo en Europa, y los cronistas ingleses dijeron que Hawking la llevó en 1565. (En la época del gobernador Bernaldes, llamado *Ojo de Plata,* visitó aquel famoso corsario el puerto de Borburata y amenazó con quemar el poblado si no se le permitía vender a los vecinos parte de los negros esclavos que traía al efecto. Este "caballero" es el fundador de la trata de negros como sistema de riqueza de Inglaterra. Por ello, y en vista de sus "nobles y civilizadoras hazañas", Isabel I le dio carta de hidalguía y le autorizó escudo, en uno de cuyos cuarteles podía colocar un negro encadenado.) Otros historiadores dicen que Walter Raleigh llevó la batata desde Virginia a Londres, mientras hay quienes aseguran que primero en llevar la papa fue el

pirata Drake, quien dizque la embarcó en el Pacífico, donde parece que sólo tuviera tiempo de robar e incendiar. Quizá sea uno de estos "ilustres" piratas el introductor de la papa o de la patata en las islas británicas, y probablemente pasara con su leyenda desde allí a Alemania, ya que en Offendburg, en el Baden, se ha consagrado un monumento en honor del Drake, que dice: "Sir Francis Drake introdujo la patata en Europa el año de 1580." Ya entonces tenían los españoles más de medio siglo de conocer la deliciosa raíz, llevada de Andalucía a Italia por los padres Carmelitas Descalzos. Pero estos anglosajones todo lo bueno que le puedan arrebatar se lo quitan a España. Hasta que se diga que nuestros castizos y viejos bajeles llevaron a Europa la primicia del eminente tubérculo, que hoy hace el regalo de ricas y de pobres mesas.

Con el nombre taino de *batata*, sostenido entre dos ilustres palabras latinas, entró la dulce raíz a la literatura del Viejo Mundo, en las graves páginas de Pedro Mártir de Angleria. La lengua vieja se iba también a enriquecer con los vírgenes vocablos de las Indias. Cuando Alderete publicó en 1606 su tratado *Del origen y principio de la lengua castellana o romance que oi se usa en España*, dejó escrito: "Algunos tomaron (nombre) de los antiguos, que acá tenían, como nosotros de las Indias llamando a su trigo maíz y a las raíces que de allí vinieron no vistas, ni conocidas antes en Europa, dezimos patatas."

Pero esto del nombre tiene sus secretos lingüísticos: recogen los primeros en venir a Indias la *batata*, o sea nuestra papa dulce o camote *(Ipomea purpurea)*; posteriormente dieron con la papa corriente *(Solanum tuberosum)*; y por cruce de vocablos surgió la voz *patata*, que usan los españoles y la voz *potato* de los ingleses. Nosotros hemos dejado para la dulce los nombres de patata y batata, los ingleses dieron en denominarla *sweet-potato*. En el Táchira se llama a la papa con el nombre que Jiménez de Quesada le dio, cuando al tropezar con ella en tierra chibcha la bautizó de *turma*. Aquellos indios la llamaban *yoma*. También se la dijo *creadilla de tierra*. Los timoto-cuicas la llamaron *güis* y *kué*. Los ayamanes, *bí*. En Mucuchíes aún se cultiva una variedad llamada *ruba*. La etimología de la papa en su aventura a través del mundo, hay necesidad de estudiarla, como su pro-

pia historia, a base de cruces. En un cuadro semántico, papa y patata tendrían la relación de estirpe de las *Convalvuláceas* y de las *Solanáceas*, dentro del orden de las *Tubifloras*. Pero para aquellos que quieran conocer los pelos y las señales de uno y otro tubérculo, está abierto el camino en un buen tratado de Botánica, y para quienes quieran saborear la curiosa historia de los vocablos, está abierta de par en par la puerta labrada del primoroso librito que el ilustre Pedro Henríquez Ureña escribió sobre la razón de algunos indigenismos.

Se metieron papa y batata en España, y a poco hubo necesidad en Madrid de fijarles precio como a artículo regalado. Posiblemente, pocas gentes podían pagar seis reales y más por libra de patatas, cuando Tirso, en *El amor y la amistad* (III, 5), refiere "que a un lacayo siempre dan" treinta reales de sueldo. La épica hambre española debió mirarlas como manjar de dioses. Manera de trufas sagradas para el regalo sibarítico. Tan deseadas, acaso, como nuestra pobre gente desea hoy un modesto, casto y sabroso huevo de gallina. "¿A qué saben los huevos?", preguntaba en días pasados un gracioso tertuliano de la Ceiba de San Francisco. Casi tema para una Silva fúnebre sería el viaje al Norte de nuestras viejas gallinas en el pico airoso del águila yanqui. Pero no entremos aún en estos caminos.

Si en Inglaterra prosperaron las *potatoes*, a punto de producir no sólo maravillosas variedades, sino de adquirir dignidad religiosa con las *Quaker's style potatoes;* en Francia en cambio, hubo una feroz resistencia para su admisión como pan suplementario. Los heroicos esfuerzos del ilustre botánico Antonio Agustín Parmentier tuvieron necesidad del apoyo manual de Luis XV. Para animar al pueblo, el rey, con sus sacras manos, sembró en Versalles, a ojos de la multitud, la generosa poma. Luis XVI, que usaba su flor en la *boutonière* para acrecerla en dignidad, prosiguió ayudando a Parmentier en su política de la *pomme de terre*, como se ilustró en francés el americano nombre de la papa. Una buena pensión recibió el tenaz botánico por su aportación al enriquecimiento de la dieta del pueblo que iba a hacer la gran Revolución. La Convención, obnubilada como suelen presentarse en la Historia todos los políticos que toman la venganza como instrumento de regeneración social, despojó a Parmentier del premio que merecidamente habíale conce-

dido el Trono. Su nombre, en cambio, ha quedado en los sacramentarios de cocina. La *pomme de terre à la Parmentier* es buen contorno para un *filet Mignon*. Su devoción hacia la papa llevó a Parmentier a idear una cuchilla para hacer las rebanadas más fáciles de saltear. Este modesto instrumento fue visto por el doctor Guillotin, a quien dolía, y con razón, el modo cruel como el verdugo separaba del tronco la cabeza de los condenados a muerte. De allí salió la famosa y piadosa guillotina, que dejó sin sitio para la corona al bueno de Luis XVI.

El prestigio europeo de la papa fue tal, que la guerra sostenida por Federico el Grande con su hermano el príncipe Henrique, por la sucesión de Baviera, se conoce en la Historia con el nombre comercial y culinario de Guerra de las Papas. Cualquiera pensaría en una guerra entre comadres en pleno mercado de vituallas.

Oro de verdad, Europa ha sabido utilizar la papa hasta como fuente de producción alcohólica. Holanda, en especial, ha llegado a ser país que, con Estados Unidos y Canadá, compite el prestigio de producir la mejor papa del mundo, ¡Holanda, que ha tenido que robar tierra al mar y darle artificialmente fuerza nutrimental! Los expertos soviéticos, después de inútiles experiencias, lograron aclimatar la papa en el Polo Norte. Hasta el gran lama del Tibet se da el lujo de comer papas fritas.

Nosotros tuvimos desde la época de los indios nuestras buenas papas y nuestras ilustres batatas. "Sus rubias pomas la patata educa", canta don Andrés en su *Silva* maravillosa. En 1841 escribía el gran Codazzi: "Si se compara el producto que da esta planta en las provincias de Mérida y Trujillo (en Mérida estaba incluido el Táchira), con las de Barquisimeto, Carabobo y Caracas, y se toma un término medio, se puede asegurar que una fanegada produce veinticuatro mil libras de papas, que es el doble de lo que dan en Francia, y ese terreno suministraría durante un año el pan a cerca de cuarenta y cuatro personas, a razón de cinco libras diarias, y le vendría costando medio real al día o veinticinco pesos al año, lo que daría un producto anual de mil pesos al cosechero, habiendo dos cosechas al año. En una fanegada hay ciento dieciséis mil seiscientas plantas que dan, por término medio, cuatro y media libras cada una, y en un año dos co-

sechas. Supongamos que un décimo de la población se sirva de esta raíz como pan, a fin de poder comparar más fácilmente el consumo que se hace de ellas en el país, en clase de verdura, y tendríamos ciento cinco millones ciento veintiocho mil libras, que darían un valor de dos millones, ciento setenta y cuatro mil doscientos ochenta y dos pesos. Este producto se conseguiría en un espacio de dos mil ciento cuarenta y ocho fanegadas, a las cuales se pueden agregar por diferencia de terreno, etc., ochocientos cincuenta y dos; resultarían cinco mil fanegadas empleadas en este cultivo, y ciertamente el cálculo no es exagerado si se considera el consumo que se hace en el país." Sáquense nuevos cálculos, súmese la posibilidad de abonos y mejores sistemas actuales, agréguesele a todo un jerónimo de patriotismo, y tendríamos papas.

Pero, no. Nosotros preferimos la papa importada. Quizá para muchos resulte mejor negocio adquirirla del vendedor extranjero. Comprar vituallas en la bodega de enfrente, no lo ha hecho jamás la mujer del bodeguero. Es conocida, en cambio, la costumbre de ciertos dueños de botillería y aun de ciertos maridos, de salir a emborracharse en el mostrador o en la alcoba vecina. Esto tiene sus razones en los terribles enemigos del alma que nos enseña Ripalda. Lo otro, lo que debiera ser imposible, lo hacemos nosotros. Tenemos la tierra y tenemos los brazos, y no sembramos la papa, porque ello representa trabajo. Preferimos que nos la "pelen" fuera. Para eso hay buen dinero dentro con que pagarla. Ayer no más daba noticia la Prensa diaria que un comerciante de La Guaira había tenido una bonita utilidad de sesenta mil bolívares en sólo un embarque de papa que recibió de Nueva York. Otro periódico ha publicado que, como en Nueva York ha habido una huelga portuaria, y nosotros dependemos de la distribución neoyorquina, tenemos que pagar la escasez de papas. ¡Loados sean Caco y Mercurio! Sin embargo, en fecha muy reciente hubo una buena cosecha de papas en Trujillo, pero al llegar los camiones a Barquisimeto, hubieron de regresarse, porque la plaza estaba abarrotada a causa de una abundosa importación de papa americana hecha por una firma de Puerto Cabello. A cualquiera ocurre pensar que el permiso para importar productos de la tierra debiera consultar nuestras cosechas.

Ya lo he apuntado en relación con la muerte de nuestro

trigo. La preponderancia que en Venezuela han llegado a tener los comerciantes sobre los agricultores, ha provocado el hecho inverso de que sean los intereses comerciales quienes marquen rumbos a la economía del país. Somos, en realidad, una República de grandes pulperos. Demás de esto, el comercio, así esté en manos criollas, representa la extensión distribuidora de la industria internacional. El comerciante muchas veces se convierte en mero agente del capital extranjero y en enemigo de la producción vernácula. Por eso se amparan los comerciantes en las altas, sutiles y complicadas manipulaciones del capitalismo internacional. Si las papas extranjeras estuviesen sometidas a tarifas prohibitivas, aquí se sembrarían más papas y no ocurriría el desaliento en que deben hallarse hoy los cultivadores de papa trujillanos. Pero la protección a lo nuestro está subordinada al margen que nos permitan los intereses de los petroleros. Hace poco se publicó en uno de nuestros diarios una tesis bastante curiosa respecto al futuro Tratado Comercial que se discute con Estados Unidos. No debe intentarse la protección de nuestra industria, dice un conocido abogado petrolero, porque, relativamente, no se lograrían buenos aforos en los puertos americanos para nuestro oro negro, y se aprovecharían las "empresas independientes" para atacar nuestro petróleo. Si se busca la razón de este argumento, salta el mascarón de proa con que nos asustan los intereses del industrialismo internacional. Todo ha de quedar lo mismo. Para que los yanquis sigan extrayendo tranquilos nuestro petróleo, que por hoy necesitan más que nosotros, debemos sacrificar el porvenir de lo nuestro. Los "independientes" y algo más peligroso tienen a su orden los intereses del Norte para asustar a nuestra timorata gente. ¡Por tanto, resulta aconsejable que, para proseguir gozando la "buena amistad" que generosamente nos profesan, debemos continuar recibiendo papas del Norte, maíz del Norte, harina del Norte, pollos del Norte, huevos del Norte y vainas del Norte!

No creyeron jamás los regidores de Trujillo que en 1578 daban relación de la ciudad al Consejo de Indias, que en su modesta escritura iban a consignar, para que lo entendiéramos nosotros, un amargo vaticinio: "Hiere en el asiento del pueblo muy de lleno el Norte." Se referían ellos a los vientos. Hoy tiene el concepto la solemnidad de una parábola. Así

es, lamentablemente. Hieren muy de lleno en el asiento del pueblo, de todos nuestros pueblos, los aires que vienen del Norte.

MAIZ

La situación geográfica de Venezuela permitió que a la hora de la conquista española aposentaran ya sobre su suelo las principales agriculturas aborígenes: la papa, procedente del Perú; la yuca, del Brasil, y el maíz con *habitat* en México o la América Central. Fundamentalmente este último cultivo se había difundido a través del territorio nacional. Ya nuestras tribus, pues, habían adquirido el sedentarismo correlativo con el laboreo del suelo. Eran nuestros indios señores de las tres principales fuentes de alimentación del antiguo hombre americano. Tenían nuestros indios asegurado su sustento con base en la arepa y el casabe. Las papas se cultivaban en la Cordillera. Habían venido del altiplano chibcha. Variaba el nombre del maíz según la diversidad de las tribus.

> Y para ti el maíz, jefe altanero
> de la espigada tribu, hincha su grano.

Canta el maestro inmortal cuando quiere que nuestros hombres, cansados de guerrear, vayan a la paz fecunda del trabajo del campo. "Jefe altanero de la espigada tribu", no sólo lo es el maíz en su mundo botánico, sino en un sentido humano. A él pertenece el gobierno de la familia indiana. En torno a su cultivo, como alrededor de un dios agreste, se movía la sociedad incipiente. Dios lo era en el sentido providente de la creación. Y tuvo templos. Y se le dio figura semihumana. Sirvió para el trueque antiguo con la sal, con la hamaca, con el curare, con el pescado, con la flecha. En sus tan calumniadas octavas, Juan de Castellanos habla de la actividad mercantil de los indios de Maracaibo, quienes

> celebraban ferias y mercado
> a trueco de la sal y del pescado,

que venían a buscar los indios de tierra adentro, y los cuales traían

> ...maíz y otras cosas semejantes,
> a rescatar con estos pescadores.

Deliciosas noticias nos dan todos los cronistas antiguos acerca del cultivo y del beneficio del maíz por los indígenas. De ellas transcribiré la concisa pintura de López de Gómara, hecha en un estilo directo y realista, como de la propia Santa Teresa: "Es, en fin, el maíz cosa muy buena y que no la dejarán los indios por el trigo, según tengo entendido. Las causas que dan son grandes, y son éstas: que están hechos a ese pan, y se hallan bien con él; que les sirve el maíz de pan y vino, que multiplica más que trigo; que se cría con menos peligro que trigo, así, de agua y sol como de aves y bestias; que se hace más sin trabajo, pues un hombre solo siembra y coge más maíz que un hombre y dos bestias trigo". Quizá esto último no lo hubiera escrito la Santa de Avila. Esta suma heterogénea de dos bestias y un hombre como unidades de trabajo, no se le hubiera ocurrido a la doctora de *Las Moradas*. Ella habría preferido poner a trabajar a un hombre junto con dos ángeles, como en la leyenda de San Isidro.

Como nuestros indios no tenían altas formas culturales que imponer a los conquistadores, les impusieron su dieta. Claro que el español no se adaptó fácilmente al pan de los vencidos. Frente al maíz altanero, plantó la espiga de trigo, símbolo de la civilización dominadora. Luego, las colinas y los valles se vieron dorados por la espiga preclara que servía de nutrimento a la vieja cultura del Mediterráneo. Caracas estaba a boca del siglo XVII rodeada de trigales y cubierto su valle de molinos. Cuando en 1585 informaba el gobernador Pimentel al Consejo de Indias, escribía: "el trigo y cebada se coge agora poco porque se comienza a sembrar". De Mérida y Trujillo se enviaba a la fecha, por el puerto de Maracaibo, harina y galleta para Santo Domingo y Cartagena. Pedro José de Olavarriaga escribió que Trujillo producía por 1721 todo el trigo que consumía la provincia antigua de Venezuela. Mas la Guipuzcoana descuidó su cultivo, por no interesarle para la exportación.

Pero si prosperó la rubia espiga, a su lado, con seño-

río indestructible, perduró la alegre caña del maizal. Cuando Francisco Camacho, uno de los fundadores de Trujillo, llamaba a la familia que había quedado en España, decíale, para alentarla al viaje, que había acá "mucha cosa de comer". Esa mucha cosa estaba representada en primer término por la arepa y por el bollo indígena. Por la tostadura del cariaco. Por la chicha fermentada, en la que el español vio un sustituto de los vinos riojanos. En fin, por el pan nuestro de cada día, que se presentaba fácil a la épica hambre española.

Según Spinden, el signo vegetal de la cultura americana es el maíz. Con el arroz de China y con el trigo de Europa, Noráfrica y el Cercano y Medio Oriente, goza del privilegio de cubrir una de las más vastas zonas alimenticias del mundo. Signo de una cultura y, consiguientemente, afinco de un abastecimiento autónomo, el maíz determinaba, para el porvenir de los pueblos americanos, la soberanía del pan. Nuestros indios aruacos, caribes, timoto-cuicas, banibas, guaraúnos, girajaras, tenían el gobierno de su alimento. Quienes no lo sembraban poseían, en cambio, la sal, el veneno y la pesca, para hacer el trueque con los labradores. Recibieron un nuevo estilo de pan, pero, en cambio, dieron al vencedor el suyo propio. Nuestro criollo se crió, no a dos carrillos, sino a dos panes: tuvo el trigo del conquistador y mantuvo el maíz, la yuca y la papa del indio rendido.

La historia del trigo reclama otras razones para explicarse. Razones de tierra y razones de comercio. Era buen negocio, desde los días de la Guipuzcoana, traerlo de fuera, y se fue abandonando el cultivo. Entre nosotros el comercio siempre ha dominado a la industria. El maíz, en cambio, siguió siendo pan de aguante. Lo consumía el pueblo y consumíanlo las bestias de carga. Quizá fue ésta la intuición que llevó a López de Gómara a sumar para un producto infernal, indios y bestias. El maíz es el alimento fundamental de quienes han creado la riqueza. El pueblo, que ha trabajado siempre como un animal. Las bestias de carga que le han ayudado con una paciencia casi humana. Más nobles que la máquina, los animales ayudaron al peón. El maquinismo deja sin trabajo al hombre o lo convierte en mera rueda de su complicada invención.

El español jamás pensó desahuciar el maíz como cultivo

útil. Todo lo contrario, el criollo estilizó sus usos. El viejo budare de barro se tornó en budare de hierro, colado en Toledo o en Inglaterra. El pan primitivo que, envuelto en la propia hoja de la mazorca, se cocía al rescoldo de la lumbre, se convirtió en la fina confección culinaria que distingue la cocina del Caribe. La hallaca (*) o tamal corresponde en el arte de comer a lo que el barroco representa en el arte de construir. La hallaca es la más perfecta expresión del barroquismo culinario de la Colonia. Es la conjunción sibarítica del maíz de América con las finas carnes y los saporíficos aliños venidos de Europa: pasas, alcaparras, aceitunas, almendras, aceites, carne de vaca, carne de puerco, etcétera. En Nicaragua parece que la lingüística mantuviese el doble origen de esta deliciosa vianda: *acatamal*, como se la llama, es palabra compuesta de *aca*, carne, y *tamal*, el primitivo pastel de maíz y de ají. En Guatemala, los viejos colonos que dieron mil contornos al barroco que hizo de la Antigua una de las más suntuosas ciudades del Nuevo Mundo, llegaron hasta aderezarla con crema de chocolate. La hallaca, que pudiera considerarse como la apoteosis colonial del maíz indígena, es el plato de la América fiel al maíz. Representa la generosidad de la cultura que se nutrió en el ámbito fecundo de la Colonia. El pan arcaico que se ofreció de molde para recibir los mil sabores de la mesa europea. El maíz en la suprema expresión de su fuerza de nutrimento y de goloso deleite. (Quizá sería un delito no recordar como excelente y deliciosa manera de gustar el maíz, las sabrosas *cachapas*, y, en especial, las que saben preparar, como manjar de dioses, la cocineras de Guayana.)

El cultivo del maíz, hecho más fácil al consejo del arado y con la ayuda del férreo barretón, ha sufrido una grande merma y un notable abandono durante los años que corren. Si en verdad se solicita la arepa para la dieta diaria, todos sus otros derivados han sido puestos de lado. Las señoras encuentran laboriosa la elaboración de la vieja y nutritiva mazamorra, y a ésta prefieren la avena, que viene del Norte *ready to eat*. El pueblo ya no toma la sabrosa *chicha*. Es bebida quizá un poco vulgar. Hay tantas cosas nuevas que to-

(*) La Academia trae hayaca. A quien se la anuncien con ye, no la come, así la palabra pudiera derivar de la indígena *ayata*.

mar; por ejemplo, los jugos enlatados que se importan de Norteamérica.

En 1930 preguntaba yo a un agricultor de provincia acerca del estado económico de su región, y me habló de la crisis del malojo. Al hacerme explicar el caso, entendí que hacía referencia al abandono de los sembradíos de maíz, en razón de haber sido abolido el transporte por medio de recuas y usarse en su lugar el camión de gasolina. "Es la lucha entre el malojo y el petróleo", me afirmaba con rústica y admirable precisión el amigo. ¡Sí, señor! Era el bulto, en simbolismo rural, de la ofensiva abierta contra la vieja economía agropecuaria. El agricultor empezó a venir a menos. Comenzó a fallar el viejo y generoso maíz que nos legó el indio triste y resignado. Ya la tierra no lo da con la fecundidad antigua. El petróleo la ha esterilizado para las disciplinas agrícolas. El mechurrio mata al rastrojo. Y hubo entonces necesidad de importarlo. Se trajeron de fuera grandes cantidades de maíz porque aquí no se cultivó en forma racional. El pueblo vio irse a las nubes el precio del grano. La arepa de nuetra tradicional dieta empezó a reducir tamaño. Se convirtió en una manera de botón para indumentaria de payaso. También hubo, como es lógico, acaparadores de maíz. Apareció hasta un mercado negro de maíz. Se vio, en cambio, mucho comerciante enriquecido por los altos precios a que se llevó el antiguo grano nacional.

La gente en general ha visto con indiferencia este problema. Si el maíz se acaba, se comerá otra cosa o se traerá de otra parte. Lo que interesa es que el petróleo nos dé la moneda para pagar lo que tengamos necesidad de importar. Es tan fácil traerlo todo del Norte. En lindas cajas nos viene un excelente pan horneado en Nueva York. También vienen cajas de cartón con virutas de maíz, aprestigiadas por el nombre de *Corn Flakes*. Traen también detestables trociscos de arepa horneada, que nuestra gente "bien" saborea con deleite para hacer boca a los cocteles. Nosotros estamos para eso. Es elegante en el mundo internacional tener dinero suficiente con que comprar lo que se necesite, cueste lo que cueste. Además, así mantendremos la buena amistad de los vendedores poderosos.

Pero al lado de esta alegre e inconsciente actitud general, se vive el dolor de saber que la regocijada confianza

puede trocarse en nuestra ruina definitiva. Signos a diario los topamos para pensar en el final de nuestro festivo drama. Acabo de tropezar con uno que jamás pudieron pensar nuestros buenos y confiados abuelos. El domingo último fui invitado a un campestre sancocho de gallina. Yo estaba cerca de la olla del sacramento, cuando vi que la señora de la casa abría unas pequeñas cajas de cartón envueltas en papel impermeable, de las cuales sacaba mazorcas de maíz para echar en la hirviente marmita. Acuciado por la curiosidad, madre de sabios y madrastra de tontos, pedí que me mostrase las cajas. ¡Dios, lo que vi! Mazorcas heladas, mazorcas traídas en las cavas de los barcos del Norte, bajo el nombre de *Frozen corn on cob*. ¡Mazorcas heladas!... No hablé nada, porque se me heló la sangre. No sé si de tristeza o de rabia. En cambio, la señora habló hasta por los codos para ponderar las excelencias de este rico, dulce, maravilloso maíz en mazorca que estamos importando del Norte. "¡Es divino!", decía la dama, con regusto de maritornes en día de fiesta.

GANADO

Por 1546 vivía en Cubagua el capitán Francisco Ruiz, cuando recibió pliegos de Santo Domingo con orden de trasladarse a Macarapana, para encabezar una expedición que abriese camino hacia el Nuevo Reino, a donde era preciso llevar una punta del ganado que ya se multiplicaba en Tierra Firme. "Desguazando ríos desbordados", como se lee en la probanza, cumplió su duro encargo el valiente castellano, a quien acompañaban cuarenta hombres de caballería y buena masa de negros. Esta expedición debió haber desarrollado un arco de gran amplitud y sobrado riesgo a través de las llanuras venezolanas, para concluir con el dominio de la áspera cordillera de los Andes granadinos.

El hacer caminos era oficio diario de los conquistadores. Fracasada su tentativa de dominar a los indios de la región cuica, Diego Ruiz Vallejo y Juan de Villegas, retornaron a El Tocuyo el año 1547, donde, para tener ocupación fructuosa,

Determinaron, pues, de hacer saca
a tierra de longuísima distancia,
viendo que cabra, oveja, yegua, vaca,
sería de grandísima ganancia.
Si por los llanos, hacia Guayamaca,
cortando por aquella circunstancia
se pudiese hallar algún entrada
a este nuevo reino de Granada.

Luego Vallejo, como bien cursado,
con soldados que trajo de buen tino,
y no pequeña copia de ganado,
procuró descubrir aquel camino;
y fue tan venturoso y acertado
que con gran brevedad al reino vino:
vendieron principal y multiplicos
y a sus moradas se volvieron ricos.

Y aunque pareció vender barato,
según suele quien usa mercancía,
algunos perseveran en el trato
y enriquecen con esta granjería;
y desde entonces se estampó contrato
de que gozamos todos este día.
Y dura y durará la compra y venta
que por aquel camino se frecuenta.

A la fría Tunja, donde escribía sus *Elegías* el beneficiado Juan de Castellanos, llegaba, pues, a fines del siglo XVI, el ganado que los españoles habían radicado en nuestro suelo nacional. No sólo bastaba para el consumo del criollo de acá, pero también para hacer trato con las provincias del Nuevo Reino de Granada.

En las capitulaciones para nuevos gobiernos, el rey ordenaba que se trajesen vacas, ovejas, puercos, ya que el indio apenas comía venado, báquira, iguana y lapa, y en el litoral, pescado fresco o conservado en sal. "Agora mas se le han acrecentado con nuestra venida vaca e carnero. Esto comen los Indios", escribían en 1579 los regidores de Nueva Segovia. Se había igualado nuestro aborigen al hombre europeo del siglo XIII. "La carne era de los mismos animales que consumimos hoy día: buey, vaca, cordero, cerdo", escribe un historiador contemporáneo, cuando pinta la vida material del hombre del medioevo europeo. Los dos mundos se habían equiparado en materia alimenticia. Ya era dueño

nuestro indígena de una nueva fuente de proteínas, que avivarían su energía y darían mayor capacidad a su resistencia.

Con la vaca y el buey, vino el caballo. El indígena miró míticos valores en el ímpetu de las cabalgaduras. Luego les tomó confianza y robó caballos del poblador, para probar la suerte de la carrera sobre pies extraños. El llanero ya es tipo mestizo. Es el hombre que conoce las quiebras del suelo y que sobre él cabalga en pos de la aventura. Potros, caballos, novillos, vacas, carneros y mautes llenan la anchura venezolana. De los puertos salen embarques de cecina, cueros, cordobanes y jamones, que van a Santo Domingo y Cartagena. No había doblado su cabo el siglo XVI y de Mérida y Trujillo se enviaban jamones para aquellas ciudades. Y al hacer los alcaldes de Nueva Zamora, en 1579, la descripción de la región, declaran que "se da en esta tierra el ganado vacuno, porque se cría muy grueso, y las novillas de a dos años vienen en esta tierra paridas, y es tan buena tierra para ganado, que ha acaecido en esta tierra matar toro andando con atajo de vacas, y sacarle más de siete arrobas de sebo y grosura".

Con el tabaco, el cacao, el café y el añil, ambos ganados constituían a principios del siglo XIX la fuente principal de riqueza de Venezuela. Cuando comenzó la guerra de Independencia, según cálculos de Codazzi, había en nuestro país 4.800.000 cabezas de ganado vacuno; 430.000 caballos y 270.000 mulas. Por eso la suerte de la libertad estuvo en manos de quienes dominaran los Llanos, Guayana resistió el empuje de la Revolución hasta tanto el indomable Piar rindió las Misiones del Caroní. El triunfo no radicó en acallar la prédica de los capuchinos realistas, sino en quitarles las ricas fuentes de aprovisionamiento que constituían los gordos ganados de las maravillosas y ricas sabanas de Guasipati. Cuando Bolívar entró en Angostura, a la par que se ocupó en organizar la Segunda República, ordenó las grandes salazones para la campaña de los Llanos y de la Nueva Granada. La carne fue racionada, pues se necesitaba cecina, cecina, cecina, como nerviosamente decía Bolívar. La gente angostureña tuvo que recurrir al escaso peje del río o a la dieta frugal. Al propio Libertador, para moverlo a ceder en la rigidez de sus ordenanzas bélicas, cantaron unas lavan-

deras del riachuelo de La Logia, sitio cercano a la quinta donde se hospedaba el Padre de la Patria, la siguiente coplilla:

La cabeza me duele
y el cu...erpo me arde,
por comer merecure
en lugar de carne.

Bolívar celebró el espíritu festivo de las lavanderas, y ordenó que se les diese carne fresca.

Cuando la carne cecinada fue suficiente y los rifles venidos de Inglaterra aseguraron una superioridad sobre el enemigo, Bolívar remontó el Orinoco y fue a concluir en Boyacá su parábola de victorias. Los hombres que portaban el estandarte de la Libertad cargaban como bastimento carne de los mismos ganados venezolanos que el beneficiado Castellanos vio llegar a Tunja, cansados y desmirriados, a fines del siglo XVI. Había prosperado la cría. Con ella se había creado una riqueza y una conciencia de nacionalidad, cuyo primer supedáneo era la independencia económica. La guerra no podía hacerla un pueblo sin carne ni pan propios. La cría había servido de instrumento a los fieros soldados de la libertad.

En 1949 fui como representante diplomático de Venezuela a Bogotá. Desde el avión, cuando llegaba, admiré la opulenta cosecha vacuna que puebla la deliciosa sabana santafereña. Aquello da impresión de abundancia y de riqueza. Luego, a mi oficina acudieron los negociantes de ganado que solicitaban licencias para traer cabezas a Venezuela. Más tarde, el Gobierno me ordenó obtener permiso para adquirir dos mil vacas de vientre para fortalecer nuestra decadente ganadería. Me tocaba, pues, vivir el reverso de la abundancia antigua. Ya en Venezuela no había ganado. En años anteriores, aún cercanos, exportábamos tasajo para el Japón y enlatados de carne para Panamá, Centroamérica y las Antillas. Años atrás se enviaron novillos a Cuba. Algunos vivos les "metieron" a los compradores vacas por machos. Los negociantes hacían la vista gorda y se dejaban engañar de nuestros "vivos". Aquellas vacas parieron y dieron fuerza a la ganadería cubana.

¿Dónde está nuestro ganado? Un viejo llanero me decía en días pasados: "Hay fundaciones de las que sólo queda

el sitio y el tablero." Unos dicen que hay suficientes reses y que no debe permitirse la entrada de ganado forastero. Otros asientan que no hay ganado en sentido racional y que debe racionarse la carne. Cristo dijo: "Por el fruto conozco el árbol." El fruto principal de una buena ganadería es la leche. Y nosotros estamos tomando leche importada. Claro que es higiénica y fácil de manipular la leche en pote. Y también da buenas ganancias a los importadores. Según el criterio de los abogados petroleros, su libre importación debe mantenerse en beneficio de la industria aceitera. Si se la cohibe, pueden venirnos represalias. Cualquiera, en cambio, pensaría que es patriótico fomentar la lechería nacional. Otros, más prácticos, creen que es más cómodo tener nuestras vacas en las praderas yanquis. Por lo menos allá, dicen, no les da aftosa. (Ya sirve para algo la peste.)

Si no hay leche, tampoco hay suficiente carne para la dieta del pueblo. Somos el país de la paradoja. La nación que en América tiene *per cápita* el más alto presupuesto público ocupa el último lugar como consumidor de carne: kilo y medio mensual por cabeza. Por eso se nos dificulta a todos saborear con frecuencia un buen *chateaubriand*. Para comerlo, hay necesidad de sacrificar el salario de varios días o esperar que un amigo nos invite al París o al Vert Galant. A mis amigos les recomiendo, sin embargo, un sistema cómodo para gustar buena carne. Aviven la imaginación y lean cualquier libro con buenas recetas de asados. Lo demás es obra del espíritu. Y no hay que olvidar que la carne es uno de los grandes enemigos del alma. Nosotros caminamos a la espiritualidad absoluta. Mientras menos carne tengamos, nuestro ayuno adquirirá perfiles de Cuaresma. Si a lo mejor pudiéramos salvar el alma para la vida eterna. Pareciera que eso buscasen los yanquis cuando nos invitan a rezar sus mismas preces y a comer esos magníficos pavos que traen en las cavas generosas de la Grace Line. No hay como tener amigos diligentes y serviciales. ¡Que vivan los gringos!...

ALGODON

Los alcaldes de la Nueva Zamora de Maracaibo, cuando a instancias del gobernador don Juan de Pimentel, describieron en 1579 la ciudad y sus términos, dejaron anotado que podía sacarse de la Laguna, hacia puertos extraños, "mucha ropa de algodón". Claro que no se trataba de ropa hecha, como esa que hoy nos viene de Estados Unidos, sino simplemente de lienzos y tejidos, conforme a la primera acepción que reconoce al vocablo el Diccionario de la Lengua Castellana. ¿Cómo labraban sus tejidos los indios dedicados a esa labor? Pues, seguramente, en los mismos rústicos telares que hasta hoy usan algunas tribus del Sur.

Siguiendo la husma en los informes de la época, hallamos que los alcaldes de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo anotaban, en relación coetánea a la de sus colegas marabinos: "No se vive de ninguna granjería sino de sembrar un poco de algodón y hacer algunos lienzos, algunas mantas y hamacas." Al declarar los alcaldes de El Tocuyo la suerte de granjerías de los vecinos, decían: "...el tracto y contractación principal de la tierra es... algodón que se hace hilar i hilado se hace lienzo con que se tracta y contrata y sostienen los vecinos." Hace también referencia el gobernador Pimentel, en su relación de Santiago de León, al trueque de lienzos de algodón que se mantenía con los vecinos de Margarita. Por donde se evidencia que antes del arribo de nuestro abuelo hispánico ya el indio había visto cómo

> el algodón despliega al aura leve
> las rosas de oro y el vellón de nieve,

según el verso magistral del viejo Bello.

Parece que la región donde mejor prosperaba la industria del tejido fuese la de El Tocuyo y la Paz de Trujillo. Dice Aguado que los moradores de El Tocuyo tenían noticia de los indios cuicas, en razón de que "algunas veces enviaban algunos criados suyos con rescates a que comprasen

hilo de algodón". Interesaba a los vecinos de El Tocuyo el algodón de los cuicas para alimento de la industria de telares que había propulsado el gobernador Pérez de Tolosa. Yo logré ver en mi infancia trujillana, que lamentablemente me ofrece ya ricas perspectivas de tiempo, una burda jerga, coloreada de azul, llamada *Tocuyo*. Tal fue la fama y precio de estas telas, que fray Pedro Simón dice que llegaron con su nombre local hasta los reinos de Quito y del Perú.

Cualquiera dirá que en el orden regional cultivo yo el chovinismo, por las frecuentes citas que hago de Trujillo; mas sucede que en materia agrícola mi región nativa es retazo completo de tierra, con páramos, valles, mesas, llanuras y costas, donde se producen desde el trigo y los duraznos de altura hasta el cacao enamorado de los litorales. De otra parte, es cosa excusada que yo sepa algo más de historia local de Trujillo que, pongamos por caso, de San José del Unare, población del Guárico, para mí célebre y grata apenas por ser cuna del incomparable Pedro Sotillo.

Hallaron, pues, los españoles algodón en América, así se haya escrito recientemente entre nosotros que fue introducido por los colonos europeos. En su segunda carta a Carlos V, Hernán Cortés refiere cómo Moctezuma le había ofrecido unos tejidos de algodón de gran belleza, tanto por el color como por el arte de labor. Juan de Castellanos, al referir la paz que los españoles entrados en la provincia de los cuicas celebraron con el cacique Boconó, nos dice:

> La cual a nuestras gentes peregrinas
> hizo guardar Vallejo muy de veras;
> allí le presentaron mantellinas
> o mantas de algodón algo groseras.

Y al describir el templo de la diosa Icaque, situado en alrededores de la actual ciudad de Escuque, dejó escrito el mismo cronista que

> Descubren de los ídolos los senos
> hechos de hilo, no sin sutileza.

lo cual confirman los alcaldes de Trujillo, el decir en 1578, que sus ídolos "eran hechos de hilo de algodón".

Tan abundante llegó a ser en aquella región la recolecta del algodón que al otorgar carta testamentaria por 1685, el capitán don Andrés Sanz de Gaviria consignó una cláusula en los siguientes términos: "Item, declaro que es mi boluntad que a cada una de las indias de mi encomienda se le den media arrova de algodón por vía de restitución de lo que puedo serles en cargo de lo que me ubieren hilado y ci con la dicha media arrova de algodón no satisfago enteramente Ruego y encargo al Padre doctrinero que oi es que aviendoles satisfecho la dicha media arrova de algodón les pida en mi nombre que por amor de Dios me perdonen lo mas que les estubiere deviendo."

Que averigüe Vargas quién introdujo el algodón en nuestro mundo de América durante la época precolombina, puesto que su *habitat* es la India asiática, de cuyos pobladores dejó escrito Herodoto que lo tejían con lucimiento, aunque un tipo de *Gossypium* parece oriundo del Nuevo Mundo. En España, Francia, Italia, Inglaterra se le designa con nombres derivados del árabe *goton*. Algodón vale por *al-goton*. Los indios de mi tierra lo llamaban *chachó*.

Torcer el algodón, así no fuera para tejer lienzos, constituyó durante la Colonia y durante la República una pingüe industria. Con él se fabricaban hamacas, cordones, capelladas y pabilo. El pabilo era el alma de la luz. Ni la cera, ni el sebo, ni el aceite alumbraban sino en gracia de la mecha, donde era recogido el fuego del pedernal. Mientras no hubo alumbrado eléctrico, el comercio de pabilo fue de grandes dimensiones de lucro. Don José María Rojas, padre del famoso don Arístides y del escritor José María, era llamado en Caracas "Rey del Pabilo", en razón al gran negocio que tenía de este renglón algodonero. Por eso, cuando al insigne autor de las *Leyendas Históricas* informaron que su hermano había comprado un marquesado pontificio, respondió, rápido y burlón: "Siempre tonteando el pobre José María. ¡Cómo va a hacerse marqués, cuando nosotros somos "príncipes del Pabilo!".

Junto con el pabilo para las candelas del alumbrado y de los templos, se tejió la hilaza para la capellada de las alpargatas, ora de fique, ora de suela. Gran industria, que ha dado alimento a numerosos hogares venezolanos, la de tejer capelladas para la fábrica de *valencianas*. (Así se llama-

ron en Occidente las alpargatas de suela y capellada tejida, que originariamente eran llevadas de la ciudad de Valencia.) Las niñas pobres recibían su maquilla o telar del industrial, junto con los hilos de diversos colores, y en el recatado silencio del hogar ganaban con altiva modestia el sustento de la familia. También los hombres trabajaban en sus domicilios en la obra de montar capelladas y taloneras. Mis manos de muchacho se endurecieron en este oficio, cuando me fue necesario ganar lo que la madre generosa no podía proporcionarme.

El gran desarrollo de la agricultura algodonera en nuestro país coincidió con la invención de los telares automáticos (1776). De 1782 en adelante las siembras tomaron cuerpo en todo el país. En 1795 se exportaron cincuenta y siete mil setecientas noventa y cinco libras para países extranjeros por sólo el puerto de La Guaira. Cuando Depons visitó a Venezuela encontró en Aragua simples molinos de madera para el desmote e hilado, mientras en Cariaco se utilizaban molinos metálicos. Por 1840 se expedían al exterior alrededor de treinta mil quintales. Ocurrida la guerra de Secesión en Estados Unidos, quedó libre la antigua mano esclava, y con el alza de los salarios subió el costo del algodón. Esto hizo valorizar la agricultura algodonera en general. Sin embargo, de 1876 a 1881 hubo un notable descenso en nuestra producción de algodón a causa de diversos problemas interiores. En lo sucesivo, la siembra del fruto se intensifica en razón del desarrollo de nuestra industria textil.

Por entonces el viejo Domingo Antonio Olavarría había organizado en Valencia una compañía anónima, de mucho más aliento que la rudimentaria empresa establecida en Macarao el año de 1858 por los señores Juan y Gabriel Machado. Aquí empieza en serio nuestra industria textil, que hoy, en pleno desarrollo, lucha con la competencia de los hilados extranjeros. Ante una superabundante producción de fibra en 1951 (cuatro millones de kilos, cuando nuestros telares despachan sólo tres), los algodoneros y los tejedores acudieron con éxito a los organismos oficiales, quienes han tomado la buena medida de subir los aforos de los hilados extranjeros y de impedir la importación de ropa hecha, actitud lógicamente proteccionista que debiera extenderse a muchos otros renglones, y con la cual podría remediarse en parte

las fatales consecuencias de la "tonta curiosidad", denunciada por Julio Salas como "desgracia propia de pueblos semi-civilizados". El ilustre sociólogo decía: "Creemos inocente y aun laudable enviar nuestro dinero fuera del país en cambio de artefactos exóticos, muchos de ellos no de primera necesidad que, con su introducción a Venezuela crean una ficticia falta que nos hace seguir dando anualmente nuestro oro patrio. Está aún en nuestro cerebro, a este respecto, el infantil criterio con que hace cuatrocientos años los indios de Margarita entregaban a Niño y a Guerra sartas de magníficas perlas a cambio de cascabeles, abalorios y espejitos." Esto escribía en Ejido de Mérida, por 1905, el celebrado autor de *Tierra Firme*. Jamás pensó el eminente compatriota que llegaría a importarse de todo en Venezuela. Hasta rubios huérfanos que vienen a dar compañía artificial a hogares horros, donde los niños venezolanos no tienen acogida. Claro. Son niños de la tierra y entre nosotros sólo tiene aprecio lo importado.

Tabaco y algodón pueden decirse que son los frutos aborígenes que han tenido un progresivo desarrollo en nuestra economía, pues el cacao, con todo y ser un producto de precio más o menos firme y de ser el nuestro el mejor del mundo, no se produce en la cantidad debida. Claro que algodón y tabaco han tenido y tienen sus poderosos enemigos en las telas y en los cigarrillos importados, y años ha habido en que del exterior se ha traído para alimentar nuestros telares la nívea fibra. También el maíz sagrado y la venerada papa se ven sustituidos por productos extranjeros. Aun la propia yuca compite con un almidón forastero, que gana estima con su nombre gringo.

Los que saben de hilados, hablan de que los nuestros son caros, porque son anticuados los telares y la producción invierte mucha mano. Entonces ¿por qué no se mejoran las máquinas?... Donde todo se cambia, donde todo se muda, donde todo se moderniza, lo único que se conserva es aquello que desmejora la economía nacional.

TRIGO

Del trigo precisaría, más que una historia, una meseniana. Para verlo dorar aún en nuestra tierra patria, es obligado escalar las altas montañas andinas, en cuyas empinadas faldas y mesetas, y así esté de cada caída, permanecen enhiestas las finas espadas de las espigas. Frente al altivo maizal el español plantó el arrogante trigo. Eran los mejores símbolos botánicos de las culturas que se fundirían en el nuevo y ancho mundo de las Indias. La bárbara y vegetal del aborigen, ya olvidada hasta de su "helénico" esplendor, y la vieja cultura europea, llena en aquellos momentos de todo el fresco vigor renacentista.

Se inventan distintos caminos al trigo para su entrada en el Nuevo Mundo. Se le hace viajar a América en las finas manos de una dama y en las duras manos de un negro. La dama lo traería a Sudamérica. El negro a la América del Norte. Si se tratase, pues, de fijar prosapias, el nuestro tendría pergaminos de femenina nobleza. El del Norte, cuya harina hoy comemos en Venezuela, tendría de emblema, como el esclavista Hawkins, un negro encadenado.

El nuestro entró con los propios conquistadores. En las Relaciones obandinas, que en nuestra historia llevan data de 1578 al 85, se habla generosamente de trigo. Y aún más: se hace referencia a la exportación de sus productos. "Han salido ya navíos cargados de harina y bizcocho", escribían los alcaldes de Maracaibo, Párraga y Argüelles. El valle de Caracas estaba ya cubierto de trigo y vestido de molinos a fines del siglo XVI. Mérida hasta el siglo XVIII se mantuvo rodeada de trigales. Las vegas de la Otra Banda, llenas hoy de café y de caña, se vieron antaño doradas por la espléndida espiga. Los valles de Aragua retuvieron el trigo, lo mismo que El Tocuyo y Quíbor, hasta mediado el siglo XIX.

Aunque Codazzi dé como razón del abandono del trigo la circunstancia de que el agricultor prefería las fáciles siembras de café, de algodón, de plátano y de maíz, creo que hay necesidad de hacer cuenta de otros factores. Junto con el

cansancio y la erosión de las tierras y el enflaquecimiento de la semilla, yo pongo a la Compañía Guipuzcoana como contribuyente a la agonía del trigo. Ramón Díaz Sánchez me hace el honor de enfrentar esta tesis mía a la que han sostenido, con Arístides Rojas a la cabeza, brillantes economistas venezolanos. Insinúo yo que la Guipuzcoana no creó nuestra riqueza agrícola. Para saber lo que era nuestra agricultura anterior a los vascos, basta leer el memorial de don Pedro José de Olavarriaga que se guarda en la Academia Nacional de la Historia. Este documento no lo conoció Rojas. Olavarriaga vino por 1721, cuando el proceso de Portales y Meneses, y aprovechó de levantar una memoria sobre nuestra agricultura. Justamente esta memoria sirvió para abrir las fauces en la Corte. Constituida la Compañía, vino el propio Olavarriaga por primer factor. Los guipuzcoanos lucraron con los frutos exportables, que eran cacao, tabaco y cueros. Con alguna tardanza aprovecharon el café y el añil. El aguardiente de caña lo vieron como enemigo de los vinos de la Península. Del trigo les interesaba su importación de España. Por ello no cuidaron su permanencia como agricultura de primera línea. Fundamentalmente los guipuzcoanos eran embarcadores y comerciantes. A éstos les interesa el tráfico y no el origen de los productos. Para ellos el negocio es vender siempre.

Cuando la República empezó a convalecer de los males de la guerra de Independencia, el trigo estaba limitado a la Cordillera, un poco a Lara y un menos a los valles de Aragua (Humboldt, a principios del siglo XIX, visitó los trigales de La Victoria y calculó una posibilidad de rendimiento que dobla la de las tierras del Norte). Pero entonces era un buen negocio importarlo de Estados Unidos, y los barcos del Norte empezaron a hacer lo mismo que la Compañía Guipuzcoana había hecho durante el siglo anterior. La *Red D Line*, hoy transformada en la *Grace Line*, tuvo el monopolio de los pasajeros y de la harina.

En la región de la Cordillera ha habido un empeño hasta estos días por conservar las siembras de trigo. No hace muchos años Carlos Gonzalo Salas puso a un lado los libros de Derecho y se dedicó a predicar sobre el trigo. Pero también a los Andes se lleva el trigo del Norte. Tanto como haber llevado búhos a la antigua Atenas.

Esto tal vez no lo pensaron los hombres antiguos. Ni los del pasado siglo, que se interesaron en perfeccionar la industria harinera. Primero entre todos los trenes modernos para moler el trigo que se instalaron en la Cordillera, fue el Molino de los Andes, montado en Trujillo por don Luis Parilli, alrededor de 1880. En la famosa Exposición de Mérida, de 1888, obtuvieron las harinas de este molino el primer premio. Yo vi funcionar en toda su plenitud esta molienda, que abastecía a Trujillo de afrecho, harina de segunda y harina de flor, igual a la harina que se trae del Norte. Más tarde vi sus ruedas, poleas y cedazos cubiertos de polvo y telaraña. Un poco después vi sólo las paredes del viejo molino. Hoy apenas queda el sitio. Cuando fui recientemente a Trujillo, me detuve ante el lugar del viejo molino. Hablé con un trujillano amigo acerca de su ruina. Este trujillano ya se ha conformado con estas cosas. "Qué te parece, el trigo no era bueno", me dio como respuesta. El no sabe estas cosas viejas que yo me sé, y por ello ignora que fray Pedro Simón dejó escrito que en ninguna parte de las Indias comió mejor pan que el pan elaborado con la harina de Trujillo.

Se muele un poco de trigo en nuestros yermos páramos, y en Mucuchíes y en Mucurubá y en algunos páramos del Táchira y Trujillo, agonizan en pie, como los árboles de Casona, los viejos molinos que dieron prestigio y riqueza a la región.

Por 1906 y con carácter de monopolio, se instalaron en Maiquetía modernos molinos para beneficiar el trigo extranjero, introducido al granel. (Recientemente un señor Atayde propuso igual empresa.) A la caída del general Castro aquellos molinos fueron abandonados, y los interesados en la introducción directa de la harina, lograron el absurdo de que trigo y harina fueran metidos en el mismo aforo aduanero. Lo racional hubiera sido mantener las moliendas de trigos importados, mientras no se produjese trigo criollo. El mismo proceso de desmantelamiento del molino trujillano sufrieron estos molinos del litoral.

Aquellos molinos, los más grandes montados en el país, despertaron un fervoroso entusiasmo en el país. Al respecto escribía Francisco de Paula Alamo: "Terrenos adecuados nos sobran, y si nos atenemos en la práctica a lo que la ob-

servación científica nos enseña, volverá a ser el trigo producto venezolano." Poco tiempo falta para que se cumpla medio siglo del voto esperanzado de Alamo. Por ningún lado aparecen los rubios trigales que pudieran dar alimento a nuevos molinos. La harina nos viene del Norte. Blanca, limpia harina, que suple nuestra carencia de iniciativa. También vienen de Nueva York el pan ya fabricado y las tortas y los ponqués semifabricados. Nuestra vieja harina prieta, llena de principios vitamínicos, no la come el pueblo. También, para suplirla, los yanquis nos envían cajas de *Bran*. Es fácil recibir todo listo del exterior.

Venezuela no produce trigo. La dignidad nacional de la espiga apenas tiene defensores en los sanos campesinos de la cordillera andina. Queda allá como un símbolo de fecundidad y como una dorada bandera de esperanza. No son iguales todos los tiempos. Si no aquel trigo, viejo y cansado, nuevas semillas podrán derramarse sobre nuestras tierras. La voluntad lo suple todo, y en los laboratorios se acondicionan hoy semillas para los distintos climas.

Pero los hombres de la montaña viven con su trigo un orgullo religioso. Cuando se arrodillan en sus templos ante el Señor Sacramentado, saben que fue trigo suyo, cultivado por sus manos, el que se transustanció en Pan de Divinidad. Y cuando vuelcan toda su agricultura para adornar los arcos en la fiesta del Corpus Christi, sienten cómo la tierra se hace espiritual, divina, a fin de aumentar con dones vegetales la fuerza de su plegaria...

EL PAVO

Los españoles llamaron pavo a esta egregia gallinácea por su parecido con el pavo real, ya domesticado en Europa a la hora del descubrimiento de América. Los ingleses lo denominaron *Turkey* (Turquía), por su semejanza con la gallina de Guinea, llamada en Europa gallina de Turquía, en razón de habérsela creído oriunda de este país. No sé cómo llamaban en su lengua al pavo los indios de Norteamérica. En México se le designa *guajolote;* en Costa-

rrica, *chompipe;* en el Perú, *pisco.* En los Estados de la Cordillera andina se le da este nombre, también usado en Colombia, donde, por derivación lingüística centroamericana, se le llama, además, *chumbique.* Los franceses lo denominaron *dindon,* y también *coq d'Inde,* por su origen americano, de donde deriva a la vez el nombre de *Perú* que le dan los portugueses. También lo llamaron en París, *jesuita* o *gallo de los jesuitas,* por haber sido éstos sus introductores en la Ile de France.

En Francia el pavo logró su apoteosis culinaria cuando se le aderezó con trufas. Las trufas tienen en el orden gastronómico un sentido gótico. Cerca de las viejas ojivas del medioevo francés tenía que aparecer por vez primera el pavo trufado. "Es la más grande, y si no la más fina, al menos la más sabrosa de nuestras aves domésticas", dice el maravilloso Brillat-Savarin, quien, con profundo sentido de juez, la declara uno de los mejores regalos de América al Viejo Mundo. En tal precio tuvo a nuestro pavo el ilustre *gourmet* y magistrado francés, que guardaba gratitud a la Compañía de Jesús por haber dejado libertad, en medio del rigor ignaciano, a aquellos mundanos hijos que en las huertas de Bourges cuidaron los primeros pavos llegados de las Indias. Tal es el sosiego y la alegría que pone en el espíritu un *Dindon truffé,* que un viejo recetario francés apunta esta frase, atribuida a una monja carmelita recién salida del ayuno cuaresmal: *Manger du dindon, et aprés la mort.*

En sentido figurado, pavo vale por engreído y vanidoso. Pero esta connotación le viene a la palabra por el pavo asiático, de cola multicolor. El nuestro, si en verdad tiene sus veleidades de grandeza, parece que es animal prudente, a quien bien cuadra el papel que le asigna Florián en su fábula del Mono y la Linterna mágica. Olvidado nuestro artista de limpiar la linterna, los pobres brutos no veían nada de lo que el mono quería mostrarles. Entonces el pavo, con graves y medidas palabras, dijo al empresario: "Yo veo alguna cosa, pero no sé por qué causa no distingo muy bien." En la corte de los animales el pavo tiene asegurada una alta posición palaciega, por si no fija una cartera ministerial. Buen arte es echar sobre espaldas y conciencia propias los defectos de los poderosos. Quienes así obran son llamados hábiles y finos políticos.

A la hora en que los jesuitas suministraron a la cocina francesa este *pièce de resistance*, ya los yanquis tenían el pavo en el orden de las cosas rituales. En la vida social estadounidense el pavo tiene un puesto tan elevado como la constitución de Filadelfia o como el discurso de Lincoln en Gettysburg. Es el animal que une la conciencia cívica, dividida durante las elecciones por el elefante y el burro de los partidos tradicionales.

Cuando viví en el sur de Estados Unidos, por los años 23 y 24, tuve la oportunidad de ser introducido en un hogar americano que celebraba el *Turkey Day*, o el "Día de Acción de Gracias". Hermosa, conmovedora tradición que explica la fuerza del gran pueblo norteamericano. Recuerdan en tal día nuestros "buenos vecinos" el refrigerio a la base de pavo y salsa de arándano que tomaron los "padres peregrinos", que llegaban de Inglaterra perseguidos por la Iglesia oficial anglicana. Unidos, peregrinos y puritanos, terminaron, ya libres de la persecución antigua, por tomar las prácticas intolerantes del puritano calvinismo. Su fuerza, como creadores de un sentido de nacionalidad nueva, se expandió por todas las provincias del Norte. Con el puritanismo se distendió el hábito de comer pavo aderezado con salsa de arándano el cuarto jueves del mes de noviembre. El ágape primitivo era una "acción de gracias" por la salvación de los perseguidos. Después, fue hacimiento de gracias por el bienestar del pueblo norteamericano. La lectura sagrada se ha hecho de acuerdo con la confesión de cada hogar. Los judíos se dirigen a Jehová. Los islamitas a Mahoma o a Alá. Los cristianos a la Trinidad, a Cristo o al Padre Eterno, según el rito o secta. Todos coinciden en orar y dar gracias al Señor por la dicha del pueblo norteamericano. Tanto como fiesta de familia, es fiesta cívico-religiosa.

La constancia en esta hermosa práctica indica la fuerza que en el gran país del progreso y de la industria mantiene la tradición. El yanqui es tradicionista y sabe imponer sus costumbres al forastero, y sabe, también, adoptar y respetar las costumbres de las grandes masas humanas que afluyen del exterior a acrecentar la fuerza de la nación.

Dignos de aplauso son los yanquis por su "Día del Pavo". En cambio, me parece espantosa la idea de difundir a todo

el Nuevo Mundo dicha conmemoración. Dar gracias a Dios por los favores que concede a nuestros pueblos, es justo que lo hagamos quienes tenemos fe y practicamos una religión. Pero tomar como día común el viejo día de los puritanos yanquis, me resulta algo inconcebible y aun contradictorio. No parece justo que mientras el conquistador dé gracias a Dios por el buen éxito de la conquista, el conquistado se alegre también por la misma causa. Esto podrán hacerlo marido y mujer en el caso de que se quieran bien después de la luna de miel.

¡Manes de Alonso Andrea de Ledesma! Justamente Amyas Preston, el pirata que vino a quemar a Caracas, era de la misma familia religiosa de los que perseguían o de los que huían de Inglaterra en razón de las luchas provocadas por el cisma de Enrique VIII. Procedía el pirata de aquellos grupos de protestantes que, al saborear la gustosa rabadilla del pavo, celebraban con violentas burlas la suerte de haberles caído en el plato la "nariz del Papa".

Nosotros en nuestro calendario hispánico, tenemos otros días que pueden derivar de lo patriótico o de lo religioso. Ayer dimos importancia fundamental al 12 de octubre. Es el día de nuestra cultura hispanoamericana. También es día de todo el hemisferio. Los yanquis lo llaman *Columbus Day*. No les gusta como día continental, porque es un día español. El primer mensaje europeo que recibió la barbarie americana fue transmitido en la lengua del Quijote, de Santa Teresa y de Ruy Díaz de Vivar. Si se trata de algo que recuerde nuestro origen común, ahí está, pues, el 12 de octubre. Día del encuentro del europeo con el indio americano. Eso sí nos es común a los que hablamos y sentimos en castellano y no en inglés. Si se trata de escoger un día que evoque la libertad americana, ahí está el 9 de diciembre, aniversario de Ayacucho.

Que se queden los yanquis con su pavo novembrino. Y que se les convierta en salud. Para nosotros, en dicha oportunidad, no sería alimento benéfico. Preferimos la lapa o el morrocoy indígena y, sobre todo, la gustosa hallaca colonial. La hallaca, sobre todo, que para la región del Caribe es la mejor expresión culinaria de nuestro mestizaje. El maíz de la masa y el plátano de la hoja, dando consistencia a las finas carnes y regalados condimentos de Europa. Con ella

ritualmente celebramos la Navidad de Jesús y la natividad de lo mestizo, donde reside la fuerza determinante del pueblo hispanoamericano.

Ahora, si se quiere un día común para la comunidad católica del Nuevo Mundo, ¿por qué se ha de escoger un antiguo día puritano y no un día católico? ¿No es, acaso, patrona de América la criolla Santa Rosa de Santa María de Lima?

Demás de esto, aún no somos una colonia total de Estados Unidos. Todavía tenemos un pellejo y unos huesos enhiestos que pueden ganar la batalla de la dignidad nacional. Si los vivos fallan, llamaremos a los muertos. Ellos, como en la comedia de Casona, pueden espantar a los intrusos. Y para que los muertos nos ayuden, miremos con fuerza viva hacia los valores de la tierra. Hacia los valores que forjó nuestra tradición y hacia los valores materiales que, por abandono de conciencia, se nos están yendo de las manos. Si en el orden material todo lo hemos venido recibiendo de los muelles neoyorquinos, no dejemos que en el orden moral seamos también colonia yanqui. Con sembrar papas, maíz y trigo, podemos recuperar mañana la independencia del pan.

Si entregamos los valores del espíritu a la dirección interesada de los "buenos vecinos", seremos esclavos perpetuos. Los romanos dominaron en lo político y en lo material a los griegos. Estos, no sólo defendieron la integridad de su cultura, sino que, además, la impusieron a sus vencedores.

Defendamos, junto con la autoctonía de la tierra que sintió la veloz carrera de los potros de la victoria, las genuinas líneas de nuestro espíritu, expuesto a la total disolución que persigue la lenta conquista encomendada a *Selecciones*, *Visión* y demás papeles yanquis que, en nuestra propia lengua, se encaminan a cambiar el alma de nuestro pueblo en crisis.

No dejemos que nuevas preces del *Common Prayer* caigan sobre el cadáver de Alonso Andrea de Ledesma. Defendamos su vida de fantasma consagrado a vigilar nuestro territorio moral. ¡Que sea el guardián perpetuo que nos prevenga a las desgracias!...

LA HUERTA

Junto con la agricultura que servía de pie para la alimentación general (maíz, yuca, papas y batatas), el indio cultivó raíces, tubérculos y frutos que daban variedad a su dieta (ocumo, guajes, lairenes, auyamas, arracacha o apio de la tierra, etc.). Luego, sembró, con el trigo y el arroz que introdujo el español como alimentos principales, las verduras y las hortalizas venidas de España para adorno y regalo de la mesa de los colonos.

A más del conuco rural, estos cultivos hallaron buena tierra en la propia ciudad. Caracas misma tuvo, hasta años no muy distantes, grandes solares donde, junto con el jardín, verdeaba la huerta generosa. En pueblos del interior ésta duró más, y aún permanece con todo esplendor y larguenza en lugares como Carache, Boconó, Guárico, Los Teques, Ejido, Ocumare del Túy.

No es necesario remontar a la Colonia para mirar una de estas ubérrimas huertas. Basta entrar en las casas de ciertas poblaciones del interior. Y para llegar con entera confianza a alguna parte, tomemos una fecha con solera de años. Digamos 1905. En este año yo vivía en Trujillo, y a fuer de muchacho, me metía en las casas ajenas. A las personas grandes era cosa más difícil. Haga usted el viaje. Llega al zaguán, donde seguramente ha dado con una de esas lápidas de mármol, colocadas a boca de siglo sobre los dinteles, que lucen una cruz y la leyenda *Christus vivit.* Saluda usted a la viejecita alegre que sale a abrir la puerta. Sombrero en mano le da los "Buenos días". Entonces ella, con filosófica desconfianza, le responde con un "A la tarde veremos". Sí, señor. Sólo a la tarde, cuando de las bardas se haya ido el sol, se podrá saber si ha sido bueno el día. ¡Qué de cosas saben estas viejecitas! ¿Y a cuenta de qué va usted a visitar tan de mañana la casa vecina? No hay servicio público de aseo, ni inspección sanitaria de ninguna clase que justifique esta visita inopinada al interior de una casa. En tiempos de guerra se acostumbraba entrar en cual-

quier parte, como Juan a su casa, para echar mano a la bestia de silla del señor. Cosa de bestias solamente. Las autoridades respetaban los hogares. Muchas veces, por seguir ocultando a los maridos perseguidos por la política, las señoras se vieron en el mismo trance de doña Joaquina Sánchez. (Esta visita de hoy de nuestro vecino es para buscar una gallina que voló la pared divisoria. Con los ojos de este buscador de gallinas miremos el mundo recatado, apacible y sencillo de esta casa de familia.)

Primero da usted con el jardín. Toda casa tiene un pequeño jardín a la entrada. Usted encontrará en él algunas matas de rosa. En estos años las más frecuentes son la rosa de cristal, la rosa guayaba, la rosa cien hojas, la rosa duquesa. ¡Cuándo han de faltar una o dos matas de jazmín de malabar! Ni hay tampoco jardín alguno que carezca de un enredo de jazmín real. Con él perfuma la abuela sus untos. En la noche, confundido con el aroma de la mata de reseda, sale a la calle la fragancia del jazmín. (También, en la noche se pone a la ventana, tras la celosía, la muchacha enamorada, que espera ver pasar por la otra acera al tímido galán.) En el jardín también hay fucsias, margaritas, cuarentadías y siemprevivas. En viejas tinajas lucen hojas de Corazón de Jesús y de Corazón de María. En tiestos, también, son cultivados el geranio de olor, la albahaca, la aroma y el romero. En el suelo rastrean las violetas y la madreselva.

La gallina está en el solar. El solar de estas viejas casas es casi un latifundio. En ellos usted encuentra árboles frutales: naranjos, mangos, caujaros, aguacates, guayabos, papayas, mamones. No falta jamás una mata de algodón, de donde se saca la fibra para la mecha de la lámpara y la mota para los usos domésticos; ni faltan, tampoco, la mata de limón y algún naranjo, que hoy están cubiertos de azahares. Hay también una mata de onoto. (En otras partes se le llama achiote o bija, y también caituco.) En Trujillo, el pueblo carga de achiote la comida. Hoy se sabe que el achiote es una admirable fuente de vitaminas. El gran solar donde nuestro vecino busca la gallina, tiene divisiones y cercados. Hacia un lado encuentra usted la huerta. En el otro está el patio de las gallinas y de los patos. Cuando usted está entrando, uno o dos pavos pasean llenos de vanidad poética el abanico de sus colas. Al final hiede la pocilga, donde

se engordan tres o cuatro cerdos, que son la alcancía de la familia. En la huerta se consigue, a veces, hasta yuca y maíz. Pero lo socorrido son las hierbas y las verduras que España metió en América desde comienzos del siglo XVI. Allí están las berenjenas, que según Oviedo y Valdés, encontraron a "su propósito esta tierra como a los negros la Guinea"; el apio de Castilla o cédano, que hoy se trae de Nueva York en las cavas de los *Santas;* culantro y berros; lechugas, traídas hoy en hielo desde las huertas norteamericanas; rábanos, que se dan en América mejor que en España, "más gruesos que un brazo de hombre, y muy tiernos, y de mucho sabor", dice haberlos visto el padre Acosta; perejil, repollo y coles; nabos y zanahorias; hierbabuena, manzanilla, acelgas, pepinos, ajíes, tomates en sus trojes de carrizo. (En la tierra que lo permita, usted encontrará en la huerta familiar verdes manzanas, fragantes duraznos y hermosas parras.) En las bardas de este solar trujillano, junto con la siembra de vidrios de botella, para evitar el paso de algún ladronzuelo, verá usted las opulentas cebollas reventadas de violáceas parásitas, que dan más color a las luces mortecinas de la tarde.

Tenían, pues, nuestros viejos pueblos la huerta en el corazón de las propias casas de familia. Todo un mundo, espiritual y económico, vivía entre las paredes de estas casas silenciosas. Su producto, como siempre sobrepasaba las necesidades hogareñas, era fuente de entradas. Se le vendía al menudeo por las calles o en la vecina pulpería. Solía haber también en la casa vacas de ordeño, a las cuales se les daba nombres cariñosos. *Flor del Campo, Golondrina* y *Princesa* se llamaban las vacas de mi casa. Para que no dañasen lo sembrado, dormían amarradas. En la mañana, la señora ordeñaba en la ancha totuma, y de la leche que sobraba hacía cuajadas, que se vendían con las lechugas y los nabos. En estas casas amables de antaño había, pues, las "tres cosas que mantienen muy bien al mundo: el fino chorro de leche que sale de la ubre de la vaca y cae en el balde; la delgada hoja del grano sobre el suelo, la hebra delicada de una mujer hacendosa".

En la vieja Caracas, nostálgica de fragancia y de niebla, la antigua huerta, junto con el alegre jardín, terminaron hace mucho. Las nuevas quintas tienen lindos frutales y lu-

cen primorosas flores. Escasos son los rincones donde se cultivan rábanos y lechugas. La huerta salió extramuros de la ciudad en pos de la amplitud requerida por el gran vientre del pueblo. Hoy la cultivan con preferencia chinos y portugueses, buenos conocedores del secreto de la tierra y del secreto de la paciencia que se necesita para vigilar verduras y hortalizas.

Pero esta huerta aledaña no es suficiente para lo que reclaman las ciudades en incesante crecimiento. Claro que hay buenas tierras y robustos brazos que pudieran ponerlas en punto de producir. Pero hay una solución más fácil. Traer del Norte lo que nos falta. El déficit de verduras y hortalizas nos lo suplen hoy los exportadores de Nueva York. Al natural, en cámaras de hielo, traen el apio de Castilla, las lechugas, las acelgas, los repollos. Todo lo demás viene en latas. Prácticamente resulta cómodo que otros trabajen la tierra para nosotros y que nos lleguen las cosas a nuestra mesa libres de angustias y de carreras. Eso es cosa digna de pueblos ricos. Así damos también oportunidad a los magnates yanquis para que sean mayores sus ganancias. La solidaridad panamericana, pregonada en Conferencias y Congresos, impone estas actitudes. Los buenos políticos han de dar lo más que puedan para la solidaridad que reclaman los yanquis.

Nuestra República, con todo su hierro y su petróleo y con todo su progreso, resulta, en último análisis, una república sin huertas. La huerta antigua, donde el señor y el liberto, el hombre llano y el dócil siervo recogieron el recado de boca para la olla cotidiana, ha reducido sus proporciones a medida que la ciudad ha aumentado. Desde un punto de vista resulta informe el cuerpo de la República. Mientras le ha crecido el estómago, se le han reducido las manos con que debiera llevarse los alimentos a la boca. Hoy está a merced de quienes se presten a conducirle hasta los labios la temblorosa cuchara.

Faltó a nuestro pueblo la humildad antigua y se ve hoy confundido por el esplendor nuevo. "Cuando Dios quiere probar a alguien, le deja ciego o le enciende todas las luces." Las nuestras están prendidas *a giorno*. El venezolano, por ausentarse de la realidad constructiva de la crítica, ha llegado a admitir como buenos los elogios que le prodigan

voces extranjeras, sin advertir, como agudamente anota Chesterton para los ingleses, que dichos elogios, lejos de ser prueba de nuestros méritos, son, por el contrario, prueba de la meritoria habilidad de quienes quieren engañarnos. Si la lisonja mata a los hombres que la escuchan, entierra a los pueblos que se dejan llevar por ella, En cambio, precisa un poco de humildad en el espíritu y en las manos. La tierra, como el jabón criollo que lleva su nombre, nos limpiaría de muchas culpas. Elevemos a nuestro campesino y agrandemos, con su elevación, nuestra huerta nacional. Demos al hombre rural la oportunidad de que realice su alta misión creadora. ¡Que no sea la "rama seca" del gran árbol de la República! A él corresponde el crecer y el verdecer para que sean mayor el sombraje y la alegría de la nación. La alegría de la República necesita el verde mensaje de los campos floridos.

NEVERAS

Entre los artefactos que hacen fácil y placentera la vida moderna ha de colocarse en primer término la nevera. Ella nos da permanentemente el hielo y ella sirve para mantener en perfectas condiciones de higiene los alimentos. Cuando fui senador en 1945 estudié la posibilidad de una ley que entregase al Estado la exclusividad de importar neveras y cocinas, a fin de hacer su distribución por medio del Banco Agrícola y Pecuario, en condiciones que permitiesen a los pobres adquirirlas con las debidas facilidades. Siempre he pensado que distribuir cocinillas de querosene es defender nuestras zonas arbóreas. Un país como el nuestro, donde se produce combustible mineral a discreción, no debiera sacrificar un solo árbol para fines de cocción doméstica. Abaratar las cocinas eléctricas, de gas y de querosene, es defender nuestro patrimonio vegetal. Distribuir neveras es asegurar la higiene del pueblo. Ambas cosas entran en las obligaciones primordiales de un Estado.

A pesar de la eminente función de comodidad y de ayuda de la salud encomendada a las neveras, éstas se han convertido más bien en aliadas de las fuerzas que vienen des-

truyendo nuestra autonomía económica. Admirable función la de la nevera que guarda los sueros y las vacunas susceptibles de descomponerse a una regular temperatura ambiente. (En Trujillo, hace cuarenta años, las vacunas eran conservadas por los farmacéuticos en La Laguneta, camino de San Lázaro, donde la temperatura natural era propicia. Cuando el médico propinaba alguna, se enviaba un propio cerca del campesino que las guardaba, y como éste normalmente era analfabeto, se le pedían las drogas por medio de números.) Hoy, en el más modesto pueblecito de la montaña o de la llanura hay una buena nevera.

Pero lejos de estar esta buena nevera llena de sueros, vacunas, leche fresca, guarapo criollo, carne de la vecina carnicería, verduras y hortalizas de la cercana huerta, está repleta de cosas importadas. Jugos de todas marcas, frutas, carnes, embutidos, hortaliza, quesos, huevos, helados. Helados. Sí, señor. Helados del Norte. Helados he visto en las neveras de muchas abacerías caraqueñas. Helados neoyorquinos, traídos en las providentes cavas de los *Santas*. ¡Hasta aquí hemos llegado! Jamás se pensó que nuestra modesta industria del sorbete tuviese que rendirse ante los helados extranjeros. Precisa pensar un momento con serenidad y reflexión patriótica acerca de lo que significa este tipo de importación. Para eso están las neveras.

Alguien me decía muy campante que son mejores las lechugas, los tomates y el cédano traídos del Norte. Yo creo que si cédano y lechugas importados son más hermosos que los cultivados en la tierra, se debe a falta de abonos y de cuido. ¿Por qué no estimular entonces los cultivos criollos? ¿Por qué no se hacen exposiciones de lechugas, repollos, rábanos y demás hortalizas, en lugar de tanta exposición de cuadros abstractos, cubistas o impresionistas? ¿Por qué no se ofrecen premios municipales y nacionales a las verduras y a las hortalizas, del mismo modo como se premia la pintura, la música, la literatura? El tomate, pongamos por caso, a ¿cuénta de qué ha de venir del exterior? ¿No hay suficiente tomate en Venezuela y no produce nuestra industria excelentes jugos y conservas de tomates? En Venezuela hay tomates hasta para agasajar a tanto orador malo como frecuentemente se escuchan por esos caminos de Dios, en trance de hacer promesas de redención política.

¿De dónde fue llevado a Europa el tomate indiano? El sitio no importa. El nombre que en Francia y en Italia recibió sirve para indicar el aprecio que de él hicieron los europeos. *Pomme d'amour* y *Pomidoro*. Los españoles dulcificaron las consonantes aztecas de *Tomatl*. En Venezuela se da el tomate en cualquier parte donde se le cuide, y los jugos que de él se fabrican son superiores a los extranjeros. ¿Por qué han de estar entonces las neveras de los abastos llenas de enlatados de tomate forastero y de frascos de tomate del Norte?

Las neveras y las grandes cavas industriales sirven también para guardar flores. Esto podría ayudar al abaratamiento de los trabajos de floristería, pues la materia prima logra con el frío mayor conservación. Industrias de primer orden, la jardinería y la floristería son fuentes de enriquecimiento, aromoso y poético.

> Para ser jardinera,
> concienzuda y artista,
> hay que tener erudición poética,

podría decir, imitando a Martínez Sierra, la tejedora de rosas. Galipán, Baruta, San Antonio, El Hatillo, Los Chorros, vuelcan sobre Caracas la nota, mañanera y fragante, de los azuceneros. La historia de los jardines caraqueños la esbozó Ernst a fines del siglo pasado. Hasta el general Páez figura en ella con su importación de rosas. Mantuvo el Centauro, a lo largo de su maravillosa vida, un doble sentido humano para todas sus acciones. Páez, pese a lo rudo de su vida de soldado, fue un romántico. Cuando buscó ribetes civiles para su vida de guerrero, recitó versos y representó comedias. Como genuino llanero cantaba corridos y pautaba música. En nuestro mundo botánico, su memoria la sostienen la "rosa Páez" y la "hierba Páez". La rosa, para alegrar los espíritus; la paja, para enriquecer el forraje de los ganados que sostenían la riqueza nacional.

En años pasados se trajeron de Holanda, para labores de floristería, hermosas varas de gladiolas. Hoy los bulbos se han aclimatado admirablemente y nuestras huertas aledañas producen las flores que consume la ciudad. En cambio, nosotros hemos exportado orquídeas. Ha sido un buen

negocio despojar de las milagrosas cebollas los árboles umbrosos de nuestra selva. Todas las orquídeas que han podido embarcarse para Estados Unidos han salido de nuestros puertos. Lo mismo ha ocurrido en Colombia y en Centroamérica. Nuestros negociantes de orquídeas creían hacer un buen negocio cuando exportaban las cebollas sin flor. Los bosques de Trujillo, de Lara y de Portuguesa fueron recorridos por agentes de negociantes de Caracas, que pagaban a precio de hambre las matas que se remitían a Nueva York. Todavía duraba la fama de nuestras orquídeas de Occidente. Las de Trujillo fueron alabadas en subido estilo por José Luis de Cisneros, en su curiosa descripción de la antigua provincia de Venezuela. "Críase en tal parage, encuadernada entre las peñas de su Cumbre, o en los Troncos de los palos, una especie de Cebolla, que por el un estremo echa rayces, con que se agarra; y por el otro produce algunas hojas verdes, y gruesas, y en el pimpollo una vara, de donde sale un botón, que estando en disposición de abrir, ba con gran pausa desquadernando sus ojas, hasta quedar enteramente abierta, manifestando perfectamente la figura de Mariposa, matizada de amarillo, encarnado, y tal qual rasgo morado; tiene Cabeza, con ojos, y toda su perfección: Tiene alas, cola y dos chiflez, que le nacen en la Cabeza, con tal perfección, que sin admitir género de duda, se conoce claro que es Mariposa." Tema que llamó la atención de los extranjeros, nuestras primorosas orquídeas. Hubiera sido un excelente negocio el arreglo de grandes orquidarios que permitiesen una venta regulada de flores para Estados Unidos y Europa. Pero nosotros solemos en estos casos matar la gallina de los huevos de oro. Y vendimos las matas.

Cuando ejercía el cargo de embajador en Bogotá encontré cierto día de visita unas lindas parásitas en la mesa del embajador de Estados Unidos. La conversación, al caer sobre el primor de las flores, fue dando hasta el magnífico orquidario del presidente Ospina Pérez, en los aledaños de Medellín. El embajador es hombre sencillo y, a veces, poco cauto. No lo dijo con malicia alguna, pero al referirme yo al precio de la orquídea como renglón exportable de estos países, me dijo sonriendo: "Ya eso no será negocio para ustedes. En Kentucky hemos sembrado mayor número de orquídeas que las que puede haber en los bosques de Centro y Suramé-

rica." Claro. Nosotros habíamos cometido el error de exportar las cebollas.

Cualquiera se conformaría con que éste de las orquídeas fuera el único error cometido por nuestros desprevenidos comerciantes. Dentro de pocos años nuestra orquídeas se habrán agotado, y en las neveras de las floristerías se venderán lindas flores traídas de Kentucky. Nada mejor para lucir en talleres caraqueños de flores que usan nombres en inglés. Alguno he visto que se llama *Rosemarie's* o *Carmen's Flowers Shop*. ¡Qué chopos somos los venezolanos!

LA MUERTE DE LOS KATEYES

Al regresar a mi casa uno de estos días de espantoso calor decembrino (ahora todo está cambiado), di con una señora bomba colocada en mi propia mesa de trabajo. Sí, señor. Una bomba con toda la barba. Claro que no se trataba de una bomba fabricada con diabólicos ingredientes, capaces de acabar con mi modesta humanidad. Nadie tendría interés en eliminar a un sujeto inofensivo. Tampoco la había colocado en mi mesa ninguna mano enemiga. De lo contrario, procedía de amistoso origen. Pero de que era bomba no había un jerónimo de duda. No estalló entre mis manos, pero me hizo saltar de asombro. Quince onzas de contenido cargaba la pequeña lata y la encontré llena de tajadas de mango almibarado en Cuba. ¿Diga alguien si no es algo espantoso tropezar de buenas a primeras, en su propio escritorio, con un enlatado de mango, fabricado por las industrias Ferro, de Pinar del Río? Casi, o más que un libelo contra nuestro relajamiento nacional.

Explicable hasta cierto punto es que de Cuba nos vengan *vedettes* y tocadores de *mambo;* al fin de cuentas servirían para probar sofísticamente que hay un balance favorable para nuestra moral en la reducida producción de tan pecaminosos artefactos. ¿Pero que nos traigan mangos en lata? "No te molestes —me dice el amigo con quien comento el caso—, si ya hace algunos años que traemos como rico manjar los cascos de guayaba." Jamás podré explicarme esta

importación de dulces cubanos, a no ser que vengan a través de Nueva York o Nueva Orleáns, como mercadería protegida por las amañadas franquicias que se conceden a los artículos americanos a la sombra del Tratado Comercial que rige nuestras relaciones con el gran país del Norte. De lo contrario, ya deberían existir aforos enérgicos que protegiesen la dignidad cívica de nuestros mangos y guayabas.

¿O es que también se acabaron nuestros dulces, generosos y viejos mangos? Por las huellas materiales no llego a creerlo, puesto que a menudo uno tropieza con resbaladizas *conchas*, que hacen suponer su permanencia en el mundo venezolano. Hasta hace algunos años las vegas del Este eran verdes plantíos de mangos. "Una copa de oporto, al ruido de las aguas, bajo la sombra de los mangos", pensaba Juan Vicente González, que era la mejor fuente de inspiración y de sosiego. El ensanche de la moderna Caracas ha sacrificado lógicamente la fronda de ricos mangales. Antes, quien sintiese hambre, ya podía irse a Los Dos Caminos y hartarse gratis hasta reventar. Los propietarios e inquilinos de quintas de Los Chorros pagaban a quienes limpiaban de la deliciosa fruta los árboles y el suelo. Con ello se evitaba la fermentación que atraía a los mosquitos.

El mango era la fruta del pueblo. El mango no tenía precio. Los carretilleros llenaban de voces nuestras calles pregonando "er mango de hilacha y er de bocao también". El mango era la suprema expresión de generosidad del valle de Caracas. El mango y el cambure, con el agua generosa de cualquier acequia cantarina, hacían el almuerzo sin precio hasta de estudiantes pobres.

Toda Venezuela es tierra de mangos. Hasta en Guayana, donde escasean los cultivos, el mango abunda. También Venezuela es tierra de piñas y naranjas, y del exterior nos traen *oranje juice* y *pineapple juice*. Mucha gente, con toda seguridad, encuentra más subidos sabores a la fruta ofrecida bajo nombre extranjero. Nadie duda que en el relajamiento actual una naranjada tiene menos categoría que una *orangeade*.

De España nos vinieron las naranjas, las limas y los limones, y encontraron tan buenos nuestros climas, que divierte la pintura de un naranjal con que nos regala el padre José de Acosta en su *Historia Natural y Moral de las Indias*, con-

cluida en 1590: "Hay ya en algunas partes montañas y bosques de naranjales, lo cual, haciéndome maravilla, pregunté en una isla ¿quién había llenado los campos de tanto naranjo? Respondiéronme que acaso se había hecho porque, cayendo algunas naranjas y pudriéndose la fruta, habían brotado de su simiente y de la de estos y otros que llevaban las aguas a diversas partes, se venían a hacer aquellos bosques espesos: parecióme buena razón. Dicen ser esta la fruta que generalmente se haya dado mejor en las Indias, porque en ninguna parte he estado de ellas, donde no haya naranjas, por ser todas las Indias tierra caliente y húmeda, que es lo que quiere aquel árbol." Y la abundancia de naranjas sigue, aunque sin provecho para nuestra economía. Entre Guacara y Valencia, donde crecen y doran las dulces naranjas de San Diego, pasan de millones, así como escribo, pasan de decenas de millones las naranjas que no se aprovechan. Y eso que hay buena carretera y segura vía férrea. ¿Qué sucede? De una parte, carencia de un racional sistema de distribución, que ofrezca en las ciudades a buen precio la deliciosa fruta; de otra, que al comerciante importador resulta buena ganancia la distribución de manzanas, duraznos y peras del Norte. Si hubiera un sistema defensivo de nuestra economía, se buscaría la manera de distribuir una naranja barata que expulsase las frutas extranjeras.

De la piña, no se diga. Fruta de aguante, no se la cultiva y distribuye de manera que pueda competir con los enlatados de los yanquis. Desde Oriente hasta Occidente, Venezuela es tierra de piñas, y de piñas buenas. A Bolívar, después de una sorpresa, le recordaban sus amigos de armas las dulces piñas de La Esmeralda. Estas tienen buena historia. Bolívar, al regustarlas en la mente, tuvo en Casacoima la intuición de su gloria. Pensó, tal vez, que una piña, en la figuración de personas y de pueblos vigorosamente unidos, era buen símbolo para nuestro destino. Las de Pie de Sabana, en Trujillo, que compiten en almíbares con las de Cumaná, tienen también leyenda. Cuando los andariegos fundadores de la "ciudad portátil" estuvieron acampados en la larga mesa de Carvajal, suplían la carencia de agua con el grato regalo de los salvajes piñales de los indios.

De nobleza aborigen, la piña fue admiración del español. "Esta es una de las más hermosas frutas que yo he visto

en todo lo que del mundo he andado", escribe Fernández de Oviedo y Valdés. Para el cronista, ni la famosa huerta andariega de Ludovico Sforza, quien se hacía llevar en carretas hasta la propia mesa los árboles cargados de frutos, lució una de mayor precio que nuestra indígena piña, elevada por Bello a la dignidad del verso, cuando dice a nuestra zona:

> Para tus hijos la procera palma,
> su vario feudo cría
> y el ananás sazona su ambrosía.

Sazonada ambrosía, se la ha hecho a un lado, para dar preferencia a la artificial sazón de los bebistrajos extranjeros que se ofrecen por refresco al pueblo. De fácil y resistente cultivo, no se ha estudiado, como en el caso de la naranja, su productiva distribución en los grandes núcleos de consumo. Cuando alguien pide piña, la cocinera, ya sumada a la red de distribución de la industria extranjera, sale a la calle y compra en la esquina una piña *libby's* venida de Estados Unidos.

Así como en la agonía del paganismo se oyeron voces que anunciaban la ida de los viejos dioses, ahora también en la agonía de nuestra producción vernácula se oyen voces que anuncian la muerte de los viejos dioses de la tierra. Hace más de veinte años tuve de rústicos labios este aviso sombrío. No lo entendí entonces, pero la realidad me ha iluminado *a posteriori* la mirada.

En 1927 hablaba yo en Trujillo con un indio de Bujay o de La Cristalina. (Solemos llamar indios a los mestizos que habitan las cumbres andinas.) Era la época en que se abría la carretera que va de la capital a la ciudad de Boconó. El desarrollo de la vía andaba por Tierra Morada. El indio se me acercó tímido y corto. (Era yo entonces encargado del Ejecutivo del Estado y visitaba las obras en construcción.) Lo animé a que hablase, y cuando me refería a que ellos deberían estar muy alegres por el avance del camino, me dijo, con palabras que no entendí: "Andá, mi don, este año ya no tendremos ni la papita ni el maicito." Para explicar la causa, me agregó: "Los automóviles espantan a los *Kateyes*." Yo, completamente en Babia, le pedí que me tradujese todo aquello, y supe lo que entonces no entendí en todo su espan-

toso simbolismo. Los *Kateyes* eran los dioses protectores de la agricultura aborigen. En su relación al Consejo de Indias dijeron en 1578 los regidores de Trujillo: "Tenían muchos ídolos hechos a forma de un muchacho sin cabeza ni brazos, unos más pequeños que otros; había uno que era del maíz, otro de las turmas." (Papas.) El indio y su descendiente cristiano siguieron creyendo en aquellos viejos dioses. Y junto con la fe supersticiosa en los *Kateyes,* creyeron también en otros genios agrestes, como los *Mamúes* enanos, que cuidaban las sementeras boconesas.

El simbolismo surgente de la creencia del confiado montañés miraba a la realidad de la errónea y antinacional política del petróleo. Si los antiguos dioses rurales, apagada su vida de silencio por los símbolos de la cultura hispánica, hubieran sido sustituidos por nuevos dioses protectores del agro, nada habría pasado, puesto que al hinchar en moneda la nación, los medios propios de mejorar el sustento del pueblo debieron también acrecentar. No había razón para la pugna artificial entre riqueza petrolera y riqueza agrícola; ambas riquezas nuestras. Tampoco la minería y la alta industria destruyeron el sentido agrícola del yanqui. La razón de la crisis estuvo en que los dueños del dinero internacional necesitaban cambiarnos nuestras divisas por artículos que venían a arruinar los valores de la economía vernácula. Doce años después de mi charla con el indio de La Cristalina, yo desayunaba en Boconó, antiguo emporio de Trujillo, con *Corn Flakes* y queso *Kraft.* Tengo la seguridad de que en un próximo viaje a mi tierra nativa, me servirán un plato de las arvejas americanas que hoy importa el comercio de Maracaibo para balancear la falta del fruto.

Los *kateyes* y los *mamúes* que cuidaban nuestra vieja agricultura murieron encandilados por la fuerte luz de los automóviles. Tenía razón el indio. Bajemos un poco las luces para no apagar otros valores mayores.

CELULOIDE Y "5 Y 6"

A quienes reclamamos la necesidad de intensificar ardorosamente el cultivo de la tierra venezolana, a fin de propender a abastecer nuestras necesidades alimenticias, se nos responde desabridamente: "¡Qué le vamos a hacer, si no hay brazos!" Esa idea del pueblo mútilo para los saludables y fecundos ejercicios del campo ha corrido buena suerte, y la mayoría de la gente se ha resignado heroicamente a hacer la vida de los inválidos. Con una resignación y una humildad dignas de mejores momentos, hemos convenido en que todo lo nuestro, inclusive nuestra Historia y nuestro destino de pueblo, lo aprovechen los "vecinos" que piadosamente trabajan para darnos de comer.

Nazaria, la cocinera que pobló de consejas y de apólogos mi lejana infancia, refería, con esa palabra sabia que madura junto al fuego amoroso, cómo años atrás se había realizado en el pueblo el entierro de un hombre vivo. Claro que yo creía que el caso había ocurrido en mi pueblo y hasta me asustaba la idea de que pudiera repetirse. La historia es común en América. Es del pleno siglo XVI español. El sujeto del cuento, refería la vivaz maritornes, contrató cuatro hombres y las andas de la parroquia, para que fuesen a darle sepultura en razón de que no tenía cosa de comer. La gente se asomaba a los portales, ante la noticia del raro caso. "Bueno, y ¿por qué lo entierran?" "Porque no tiene que comer", respondía uno de los enterradores. "Pobrecito, yo le regalo un almud de maíz." A la voz sonora y alegre de regalo, el "muerto" sacaba la cabeza para preguntar: "¿Pilado o sin pilar?" "Sin pilar", agregaba el oferente. "Pues que siga el entierro", ordenaba el muerto de pereza.

Como el sujeto de la historia, nuestro pueblo no trabaja porque tiene mal dirigida su pereza. Si el candidato a muerto hubiese tenido blanca con que pagar la pilada del maíz, lo habría recibido; y si hubiera tenido un tío que lo proveyese de dinero a cuenta de fastuosas ganancias logradas en las haciendas del perezoso, lo hubiera comprado en el alegre

vecindario. Pero el pobre no tenía ni viejos tíos ni nada que se le pareciera.

Nosotros, en cambio, sí tenemos "tío". Y tenemos también pueblo con brazos y salud. Nuestras calles ciudadanas están llenas de estos compatriotas, y aun de inmigrantes de igual medra, a quienes se permite cultivar la altiva y noble pereza. Nuestras aceras se mantienen repletas de robustas criaturas que dedican su mejor tiempo a vender billetes de loterías y baratijas de mil suertes. Ahora, por la vecindad de las Pascuas, especialmente están dedicados a vender muñecos de celuloide y bombas de caucho. Toda esa industria de lo pequeño que produce el Japón explotado por los yanquis, la distribuyen millares de hombres sanos, robustos, vivaces, que podrían dedicar sus energías creadoras a levantar nuestra riqueza nacional, si hubiera manera y voluntad de racionalizar y dirigir su trabajo o su pereza. Porque esta pereza, o mejor dicho, este tomar la línea del menor esfuerzo, tiene vinculaciones muy estrechas con otros factores en que pudiera mediar la autoridad.

El comercio del juguete y de la bisutería representa un canal de salida que deben conocer muy bien nuestros atareados hacendistas. Sin embargo, y de acuerdo con la autorizada opinión de algunos técnicos en altas operaciones financieras, a estas vías de desagüe no se las puede poner compuertas, por cuanto provocarían en la relación contractual con Estados Unidos que se castigase con impuestos arancelarios muy fuertes a nuestro petróleo.

En Colombia, país que tiene un claro sentido de la responsabilidad económica, no se importan juguetes. El colombiano ha desarrollado esta industria, a punto de que en tiempo de Navidad constituye un hermoso espectáculo visitar las Ferias del Juguete en distintas avenidas bogotanas.

Y esas prohibiciones o defensas económicas las mantuvo Colombia en plena vigencia de un tratado con Estados Unidos igual al que rige nuestras relaciones comerciales con el poderoso país del Norte. Y no sólo reguló la entrada de la juguetería, que en fin de cuentas es cosa de juego, sino que llegó a regular la importación de automóviles. Parece que los ejecutores entre nosotros del Tratado de marras no hayan puesto la vista en el margen de posibilidades que hace legítimas en el área convencional las restricciones que defiendan

nuestra incipiente industria y evite, con poner coto al libertinaje de las importaciones, la dolorosa emigración de capital que debiera dedicarse a obras que aseguren nuestro porvenir: diques, riego, ferrocarriles, canales, muelles, escuelas, escuelas, escuelas...

Es común el concepto de que nuestra condición de país petrolero no puede ser otra sino la de esponja que absorba la pequeña y la grande industria americana. Todos los automóviles que se fabrican en Detroit tienen asegurado un comprador en Venezuela. Para eso somos ricos. ¡Hombre, a quién se le ocurre pensar que un caballero de postín o una niña "bien" puede rodar en carro del año pasado! ¡Cómo va alguien a imaginar que un buen funcionario pueda pasarla sin un carro de último modelo (*). También todo muñequito que arme el Japón esclavo para satisfacer los pedidos americanos, tiene un resignado y perezoso venezolano que lo distribuya. Da grima ver las manos anchas, robustas y rudas donde bailan estos muñequitos de goma, trapo o celuloide. La imaginación llega a pensar en una moral de celuloide que se acoplase con el pueblo que realiza estos oficios. El celuloide es liviano y fungible. Su trato frecuente debe promover, en grandes y en niños, una sensación de inconsistencia, de liviandad absoluta. Pero quienes venden los muñecos los reciben de los mayoristas del celuloide. También pasa por las Aduanas el celuloide. Y pasan los globos de goma que dan color de feria los domingos a las sombrosas avenidas del Parque de los Caobos.

Globos, viento, celuloide, vanidad. Buenos adornos para el féretro del hombre que se mandó enterrar vivo porque carecía de cosa que comer. A nosotros no nos ha llegado aún la hora de contratar las fúnebres andas. Bastante dinero nos entrega el "tío" para pagar con él el maíz que no queremos pilar y la papa que no queremos pelar. ¡Quién va a trabajar la tierra cuando todo nos viene limpio del Norte! Y para aquellos que debieran trabajar la tierra y engrosar los pelotones de obreros que den vida a nues-

(*) La Prensa acaba de informar que durante 1951 se importaron 13.317 automóviles, valorados en $.d. 21.600.000. pero se importaron apenas 1.288 tractores, con un valor de $.d. 3.600.000. Es decir, Venezuela compró para la fiesta, mientras otros países buscaron elementos de trabajo y de riqueza. Después, ¡que nos ensarte el Diablo!

tra raquítica industria, están, como fuente de entradas, los juguetes de celuloide, que se venden sin trabajo. Para los otros, para los que tienen mayores ansias de fortuna y que aspiran amanecer sin trabajo alguno con buena plata en la bolsa, está ese magnífico, noble y generoso amparo de los hombres virtuosos y de recia fe en el destino. El "5 y 6". A base de celuloide y de "5 y 6" se puede hacer una magnífica interpretación de nuestro destino social. Azar y viento. "Con un poco de suerte, que lo demás sea agua", decía un viejo de mi tierra. Estamos. Azar, viento y agua. Cualquier bruja se fabrica con estos ingredientes una luminosa tempestad.

AÑIL

El añil lo llevo en la memoria no tanto por haber visto, cuando era muchacho, las bolas de azulillo en las viejas pulperías de mi tierra, cuanto por unirlo al gratísimo recuerdo de don Carlos Salazar. Gran señor este canciller guatemalteco. Claro que ser gran señor y gran canciller son actitudes que obligadamente no se complementan, a pesar de que el señorío pareciera ingrediente necesario a todo canciller. Don Carlos Salazar era un gran señor antes de ser un gran canciller. En cierta oportunidad escribí al embajador Alfonso Carrillo: "Justificaría un viaje a Guatemala el privilegio de la amistad de don Carlos Salazar." Don Carlos fue canciller de Ubico, siendo *cachureco*, es decir, conservador, y, por consiguiente, enemigo político del presidente. Pero Ubico sabía que nadie mejor que don Carlos Salazar podía defender la dignidad internacional de la simpática república chapina. Había defendido ya sus intereses frente a los intereses de la United Fruit Company "enchufados" en la Cancillería de Tegucigalpa, y estaba defendiendo desde la Cancillería la soberanía irrecusable de Guatemala sobre la provincia de Belice, detentada aún por el vasto imperio de la joven reina Isabel II.

Recién llegado yo a Guatemala, don Carlos me hizo el honor de invitarme a conocer a la Antigua. Ningún guía me-

jor que el ilustre canciller para visitar las ruinas de la que pudo ser tercera capital de nuestra América hispánica. Cuando nos detuvimos en el delicioso hostal de San Rafael Las Hortensias, don Carlos comenzó el curioso relato de *Los cadáveres azules* que, impreso en mal papel, compré después en una venta de la Antigua como material turístico. *Los cadáveres azules* ya contienen en su propio enunciado preciosos elementos para avivar la más dormida imaginación. La historia es larga y no viene al caso. Se trata de los cadáveres de dos comerciantes asesinados y escondidos en sendos tinacos de fermentar añil.

Estos cadáveres azules me hicieron desde entonces asociar el añil a una leyenda mortuoria. Y el añil, cuya industria nos vino de Guatemala a fines del siglo XVII, posee figura de muerto en el recuento de nuestra vieja agricultura.

Tuvieron el azul por color fúnebre los antiguos egipcios. El azul de nuestro añil serviría para representar la parte muerta de nuestro proceso agrícola. El añil es la más grande y poderosa de nuestras viejas agriculturas de exportación que dejó definitivamente de existir. Junto con la cochinilla, que dio precio a la tuna y al cardón, fue sustituido por los colorantes artificiales.

Tarde se aprovechó en Venezuela el añil *(Indigoffera tinctoria)*. A don Antonio Ardive y al sacerdote don Pablo Orrendaín se debió en 1777 la primera explotación formal de índigo en La Victoria. Pero fue en Tapatapa, en las feraces tierras del marqués de Casa León, donde estuvieron los mejores cultivos y los más acabados beneficios. En los grandes tanques de La Trinidad quebraba sus luces la "tinta generosa" que emulaba, según Bello, con "la lumbre del zafiro".

Pronto el añil se propagó como fuente de riqueza a lo ancho del territorio de la Capitanía General, y en 1798 su exportación dio un total de un millón doscientos mil pesos fuertes. Tal fue la fama de nuestro añil, que se le consideró superior al celebrado añil guatemalteco. Para Venezuela fue el añil, en su momento de esplendor, eje de su economía. A fines del siglo XIX aún se exportaban algunos zurrones de índigo. Creo que a Trujillo lo llevaban de El Tocuyo, cuando era yo muchacho.

El añil, el cacao, el tabaco, la caña, el ganado, el café,

formaron la riqueza que a fines del siglo XVIII dio fuerzas e ínfulas al criollo. Junto con el espíritu levantisco que echó raíces en la América bárbara del siglo XVI, y que fue evolucionando hasta crear una vigorosa conciencia autonómica, es necesario tomar en cuenta, cuando se buscan los orígenes de la República, el mundo de las formas económicas, deseosas de nuevos modos de expresión. Cuando empezaron a correr por nuestra América las nuevas ideas de libertad y de igualdad, que estaban transformando la conciencia filosófica y social del Viejo Mundo, el criollo tenía lograda una fuerza de resistencia y un ímpetu de avance, con supedáneo en la riqueza territorial. Los nobles y los hidalgos criollos, y aun personas del orden llano, gozaban a fines del siglo XVIII de una conciencia autosuficiente, que tomaba fuerza en la abundosa agricultura. Nuestro mundo antiguo fue mundo agrícola. Bello, desde Londres, junto con exaltar las formas de la libertad recién ganada, exaltó los oficios del campo.

> ¿Por qué ilusión funesta
> aquellos que fortuna hizo señores
> de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
> al cuidado abandonan
> y a la fe mercenaria
> las patrias heredades,
> y en el ciego tumulto se aprisionan
> de míseras ciudades,
> do la ambición proterva
> sopla la llama de civiles bandos,
> o al patriotismo la desidia enerva;
> do el lujo las costumbres atosiga,
> y combaten los vicios
> la incauta edad en poderosa liga?

Bello, como todos los hombres de su tiempo, tenía conciencia rural. No entendía el grande humanista que hubiese virtud cívica ahí donde faltara el amor al trabajo del campo. Como los griegos, él sabía que agricultor y ciudadano tienen una sinonimia moral.

Nuestros oligarcas de principios del siglo XIX buscaron que las formas del Estado coincidieran con sus propios intereses, que confundían con los intereses de la tierra. Al lado de ellos ya prosperaban los ideólogos de la Independencia y de la Libertad. Bolívar formaba en la categoría de los mantuanos ideólogos. Casa León era mantuano sin ideas.

Lograda la República, quedan en pie las antiguas clases. La primera oligarquía republicana se suma los descontentos de la guerra. Ideólogos y mantuanos sin ideas siguen luchando en distinta forma y con distintos nombres. A Bolívar mismo, que era ideólogo y mantuano, se lo dividen en la feria de los valores. Unos lo tomamos por símbolo de la lucha permanente en pos de la Libertad. Otros lo quieren sentado en trance de abuelo regañón, con la espada dispuesta a defender cualquiera manera de orden. Unos lo tomamos por ideólogo. Otros lo toman por mantuano.

Ideólogos y mantuanos han seguido, además, el curso de la economía venezolana. Los "grandes cacaos" los produjo la rica almendra antigua. Los "nuevos cacaos" los engendra la industria del aceite y sus derivativos políticos. Para los ideólogos queda el añil. El "cadáver azul" de las teorías y de las esperanzas frustradas ante la realidad de los hechos. En cambio, el añil muerto y rezado como valor agrícola, surge por símbolo de algo que no muere. Una franja azul con un arco de estrellas es lo que diferencia nuestra bandera libre de República de la vieja bandera roja y gualda de Colonia. Todo puede perecer en el orden de los hechos. Pero la altivez que salva la dignidad de la República, vivirá mientras haya ideólogos que prefieran buscar en el azul del cielo el titilar de las estrellas que los mantuanos y su corte buscan en el dormido remanso de las ciénagas.

RESPONSO A LA VIEJA PULPERIA NACIONAL

DESDE que leí en los deliciosos almanaques caraqueños de don Arístides Rojas la etimología que éste da a la voz "pulpería", la tuve por muy en su puesto. En ella me afiancé definitivamente cuando mi ilustre amigo el profesor Angel Rosenblat me facilitó su ficha de estudio, que termina, como escribe don Arístides, por decir que *Pulpería*, corrupción de la palabra *Pulquería*, se origina de la voz mexicana *Pulque*, que significa vino sacado de la penca del *Agave* (cocuy, cocuiza, etc.). Alderete recogía por 1606 el vocablo como indigenismo que expresa tienda de regatones.

Sin embargo, don Julio Calcaño lo hace derivar de la voz *Pulpo*, dizque por venderse carne de pulpo en las primitivas tiendas de Indias, en las cuales, por el contrario, a la primitiva venta de *Pulque*, agregaron los incipientes abaceros pan, leña, cacharros, víveres, etc. Nos parece forzada la etimología del ilustre autor de *El castellano en Venezuela*, seguida por el Diccionario de la Real Academia. (Este nunca se ha esforzado por buscar buen origen a las palabras.) En las pulperías, si hubo pulpo alguna vez, fue el propio pulpero. El jesuíta Larramendi hace la voz *pulpero* correspondiente a la vascuence *pulperoa*, mas en esto de etimologías hay que tener muy en cuenta que los lingüistas vascos a toda palabra de dudoso origen le propinan un ilustre linaje éuskaro.

La antigua pulpería que en historia caraqueña aparece como tema de remate el año 1595 y cuyos precios eran vigilados por el Municipio, fue el centro de la vida modesta, apacible e independiente de nuestros pueblos, y objeto de imposiciones fiscales desde los tiempos de nuestra dependencia española. Al llegar de vacaciones a mi nativa ciudad de Trujillo, he buscado la vieja pulpería donde ayudé a comprar, cuando muchacho, el diario mantenimiento de la familia. Claro que jamás pensé dar con las mismas pulperías de mi manzana familiar. Estas empezaban en la esquina de El Sol, con la bien abastecida de Jaime Barreto; más al centro, hacia El Matacho, quedaban las pulperías de Mario Arandia y de Juan Mariano Fernández; doblando hacia La Barranca, estaban las pulperías, de productos más cercanos a la huerta, de Bernabé Cos, Julián Isaacura y Miguel Ruza. En todas yo tenía "frutas". (Las "frutas" era el sistema de acumular las "ñapas", por medio de granos de arvejas guardados en frascos que servían de caja de ahorros, y los cuales se monetizaban convencionalmente.)

Las pulperías de Trujillo, semejantes a las viejas pulperías y bodegas de toda Venezuela, vendían al menudeo los artículos de la diaria dieta del pueblo. Acompáñeme el lector a penetrar en uno de estos viejos expendios de víveres y vituallas, y seguramente encontrará con qué levantar en la imaginación un buen almuerzo. Saludamos al pulpero con sencillas palabras, y mientras nos vende cualquier cosa, le echamos un vistazo a la tienda. En el rincón de la derecha da usted, con toda seguridad, con los atados de "pescado

blanco". Estamos en 1908. El "pescado blanco" viene de Pocó, de La Dificultad, de La Ceiba, de Moporo. Es industria del tiempo de los indios. Castellanos habla del trueque que los indígenas del Lago hacían con los aborígenes de tierra adentro: maíz e hilados, con sal y peje. La base de la dieta del peón trujillano fue la curbina del Lago, conservada al sol y a la sal. Así el pueblo, sin necesidad de caer en los peligrosos alfabetos de la industria vitamínica, tomaba su buena ración de rayos solares al natural. (Hoy la técnica purifica los alimentos: arroz, harina, azúcar, etc. El dietista encuentra que, por carecer de vitaminas, ocasionan el beriberi, entre otros males, y entonces los laboratorios compensan lo que la perfección de la industria ha destruido. En el proceso de desvitaminizar los alimentos para después vitaminizar, por medio de un nuevo proceso capitalista, a los desmejorados enfermos, está la mejor síntesis del destino del hombre de la edad imperialista de la cultura.) Bueno. En el otro rincón exterior de la pulpería tenía usted los atados de "carne seca", como en Trujillo se llama la cecina o tasajo. La traían de Pampán, en cuyos vecinos pastizales repastaban las reses de Monay. Con la "carne seca" se vendía el "salón de chivo", procedente de las llanuras de Carora. El pueblo prefería estas carnes a la fresca del matadero. También eran más baratas. Como el "pescado blanco", las carnes de salazón son ricas en principios vitamínicos, por su larga seca a los rayos solares.

Tenía usted en las pulperías de Trujillo, y en sitio de excelencia, junto al venerable maíz indígena, el gran cajón de las arvejas que dan tipicidad a nuestra dieta regional. Cuando se preguntaba si eran blandas, y en verdad no correspondían a una calidad superior, el pulpero se limitaba a decir: "regular", a lo que el comprador despondía: "regular son duras", extraña concordancia generalizada a otros casos, que, escuchada de labios de algún trujillano, hubo de alarmar al profesor Rosenblat. Eran las de Trujillo (las de la Mesa de Esnujaque y el Páramo de Misisí), las mejores arvejas de Venezuela. Así lo reconocían los propios habitantes de los otros dos Estados de la Cordillera. El general Gómez, aficionado como buen tachirense a la rica arveja, prefería en su mesa de Maracay las arvejas trujillanas. Hoy, en Trujillo se come arvejas de Estados Unidos. Así como lo escribo.

Arvejas yanquis se dan por alimento al peón trujillano. Muchos se sienten felices con este progreso. Dicen que la nuestra se echó a perder a causa de haber llevado alguien a nuestros páramos semilla de no sé qué demonios, la cual produjo el azote de la "candelilla". Nadie ha procurado desterrar esta plaga, que a lo mejor la ignoran los servicios de Fitopatología de nuestro laborioso Ministerio de Agricultura y Cría. ¿Se pensó alguna vez en semejante barbaridad?

Maíz, arvejas, caraotas, frijoles, arroz, café, papas, cebollas, llenaban los otros cajones de la venta. En las bodegas de menor calidad se expendían cambures, naranjas, apios, yucas, auyamas, plátanos. Todos cosechados en la tierra. Hoy se trae maíz de las Antillas, arroz del Ecuador, papas y lechugas de Estados Unidos, cebollas del Canadá, frijoles de Santo Domingo. Junto con los granos se vendían el papelón y el azúcar. Esta no era bastante blanca, pues los ingenios de Carache y de Valera no la producían muy pura, como tampoco era muy limpia la harina de Santiago, de la Cristalina, del Páramo de las Rosas, que a su lado se expendía. "Las Haciendas de sus Moradores son Trapiches de Caña, de que labran mucha azúcar blanca, y prieta... se coge mucho trigo", decía de Trujillo, por 1764, José Luis de Cisneros en su *Descripción exacta de la Provincia de Benezuela*, y en su informe de 1721, Pedro José de Olavarriaga, más tarde primer factor de la Guipuzcoana, anotaba que Trujillo proveía el trigo que consumía la antigua provincia de Venezuela. Hoy, en Trujillo, no hay harina, porque, prefiriéndose la del Norte, que "crece" más, por ser pobre de gluten, fueron decayendo los viejos molinos, que daban la harina negra para nuestra sustanciosa acemita. (Hoy el pan negro viene en latas desde los hornos de Nueva York.) Yo vi el molino de don Luis Parilli, entre Las Araujas y San Jacinto. Fue el primer molino moderno montado en la Cordillera y en la exposición andina de 1888, con motivo del centenario de Rangel, merecieron sus harinas la máxima distinción. (Hoy se daría premio a los jugos *Yukery*.)

También había en la vieja pulpería trujillana la vidriera para la acemita y para el blanco bizcocho. Junto a la vidriera lucía el barril de guarapo, aderezado con conchas de piña. La gente del pueblo y los muchachos tomábamos guarapo y acemita como reconfortante puntal de media tarde.

(Yo pedí guarapo en una pulpería de Trujillo y me ofrecieron Coca-Cola.) Usted encontraba también los frascos con huevos, bolas de cacao, el chimó y el azulillo. Todo, todo producido en la tierra. (Los huevos de hoy los traen de Nueva York.) Junto con la vela de esperma, fabricada en Maracaibo con productos importados, a usted le vendían, para la iluminación de la casa pobre, velas de sebo y aceite de coco elaborados en la tierra. De Mérida traían las cargas de confites y los dulces abrillantados. De Boconó y de Carache, y aun de El Tocuyo, los bocadillos y la mantecada. De la Calle Arriba, de la Otra Banda, de Las Araujas, de Hoyo Caliente, eran la manteca de cerdo y los gustosos chicharrones y chorizos. De Pampán y de Carora venían los magníficos quesos duros, mientras de los páramos vecinos bajaban los quesitos blandos, las cuajadas y la mantequilla olorosa a frailejón. ¡Qué iba usted a conseguir cigarrillos Camel o Chesterfield! De Caracas venía el Fama de Cuba, y de Capadare los olorosos puros. En San Jacinto se fabricaba el "niño envuelto", preferido por el hombre del pueblo.

Había enlatados de fuera, claro que sí, y había también vinos, aceites, pasas, aceitunas, alcaparras, especias y licores que la tierra no daba. La gente de posibles tomaba brandy; la mediana, ron de La Ceiba; el pueblo ingería aguardiente claro, aromatizado con el magnífico anís de Burbusay. Todavía, aun sin anís, se le llama "anisao".

La pulpería de hace cuarenta años testimoniaba una autarquía alimenticia. Era el reflejo de una Venezuela que no se moría de hambre en el caso de una guerra internacional. Lo sustancial de ella era criollo, en la misma medida en que lo fue durante nuestra dependencia política de España. Era todavía la pulpería tradicional, donde mercaron su diario sustento los hombres que hicieron la guerra de emancipación. En las pulperías de Trujillo era costumbre colocar retratos heroicos. Se miraba en ellas oleografías que representaban el Congreso de 1811, cuando se firmaba la independencia. Había retratos de Bolívar, de Sucre y de Miranda. En algunas lucía su gran barba florida el "León de la Cordillera", general Juan Bautista Araujo. Aquellos cuadros estaban bien en el sitio modesto donde se daba prenda de una efectiva independencia nacional.

Yo busqué en Trujillo la vieja pulpería de mi infancia, en espera de que no hubiera sucumbido por completo como ha sucumbido la pulpería de Caracas. Tenía una esperanza contenida de que la montaña, más conservadora que la costa, hubiese defendido los derechos de la tierra nutricia. No la hallé en Trujillo, donde, como en Caracas, encontré huevos importados, leche Klim, jugos enlatados, lechugas del Norte, alimentos Heinz y toda la flora yanqui transportada en cajas. Entonces la busqué en los pueblos y en los caminos. Montaña arriba, hacia La Sabaneta de San Lázaro, esperé topar con la vieja pulpería rural, toda sabor a tierra alegre. Solazando la mirada en el opulento paisaje lleno de gloria de los montes policromos, mi corazón se anchaba de esperanza. ¿Dónde se verán más amables y más diversos verdes que en esta hermosa vía de montaña, por la cual mi espíritu corría en un vano deseo de lograr una verdadera "vacación de humanidad"? Emprendí el camino lleno de fe en la tierra de mis padres. Cuarenta largos años hacía que no gozaba aquellos dulcísimos paisajes. Cuando pasé por ahí en 1910 hice posada donde Nicanora. ¡Qué buenos quesos! ¡Qué rica leche! ¡Qué adobos y qué carnes! ¡Qué aromoso café! Claro que Nicanora ya no existe. En el lugar de la vieja casa de paja, rodeada de hortensias y neblina, hay una casa de cinc, donde se me dijo que podía almorzar. Yo bajé del auto lleno de ilusiones nativistas. Pasé al interior, y ¡madre, lo que vi! Una sinfonola eléctrica, una gran nevera y una serie de enlatados yanquis. Vaya usted a pedir una totuma de guarapo de piña allí donde se dan las mejores piñas de la tierra. Eso no se usa ya. Alguien dijo que el guarapo de papelón no es higiénico. Ahora se venden los bebistrajos extranjeros que se llaman Bidú, Coca-Cola, Grapette, Pepsi-Cola y el Diablo que los recuerde todos. Pida usted unos chicharrones, unos chorizos o una modesta arepa con cuajada y le ofrecerán jamoncillo de Chicago, queso Kraft y galletas de soda. Atrévase a pedir un hervido de gallina y le darán una detestable Sopa Continental de pollo y fideos. Sí, señor. Todas las casas, todas las humildes chozas de los caminos de mi antigua heroica provincia, le anuncian a usted Bidú y Sopa Continental. ¡Ah!, y pensar que por aquí mismo, cuando Numa Quevedo inauguró como presidente de Trujillo este hermoso ramal carretero,

el optimista de Luis Ignacio Bastidas, a quien Dios debe haber premiado su confianza en la lealtad de nuestro pueblo a su destino, declaró, con engolada voz, "que era Trujillo la despensa de Maracaibo". Claro que debiera serlo, pero las ratas destruyeron todas las provisiones y están exhaustos los viejos graneros. Las ratas han socavado, en verdad, los valores materiales y los valores morales que daban fisonomía nacional a nuestro pueblo. Las ratas.

Cambrone resultó un amable niño de pecho ante el grosor de mis palabras. Las dije como para enriquecer el *caló* de los réprobos. No hay derecho a que uno se tropiece en las recatadas vías que enlazan estos remotos y sanos pueblos del interior, con testimonios tan elocuentes y vergonzosos de la ruina creciente de nuestra nacionalidad.

Rufino Blanco-Fombona, en la justa exaltación de sus argumentos para levantar a Bolívar sobre la fama estirada de San Martín, dijo que la de éste tenía su mejor soporte en las pirámides de trigo que produce la Argentina. Cierto que existe notoria relación entre la interesada propaganda que financian los argentinos y la gloria desmedida de su héroe. Pero el argentino debe sentir liviana la conciencia cívica frente a la gloria antigua de su Historia. La grande nación del sur ha sabido mantener la independencia que le ayudó a conquistar el héroe de Maipú y Chacabuco. Nosotros, en cambio, pese a nuestro exaltado e interesado bolivarianismo y al pueril afán puesto porque los extranjeros se sumen a nuestra vacía laudatoria bolivariana, no hemos sabido defender el derecho que tiene Bolívar a seguir prestigiando con su efigie la vieja y humilde pulpería, que hasta ayer dio fe de que habíamos ganado una independencia. Su derecho paternal se ha reducido a que pongan funerarias coronas a sus estatuas y sepulcro y a que saquemos sangre a la palma de nuestras manos, cuando algún "vivo" del Norte se muestre por admirador de su gloria, aunque cobre su admiración con la entrega de un jirón de nuestra dignidad cívica. Una efigie del Libertador entre cajas de avena Quaker, quesos Kraft, conservas Heinz, leche Klim, mazorcas heladas, pollos congelados, chicharrones neoyorquinos, es baldón con que nunca soñó el Padre de la Patria. ¡Que completen su obra los que entregaron los caminos de nuestra independencia interior y que pongan la efigie de Bolívar de

cara a la pared. En tal forma la gente del pueblo cree que los santos hacen milagros.

Pidamos al Padre de la Patria el milagro de que reviva la vergüenza antigua. Pidámosle que nos deje comprender que no es independiente el pueblo que se ve obligado a recibir su diaria ración de un pueblo fuerte, poderoso y absorbente. Pidámosle que nos ilumine la conciencia en el trance de buscarle en moneda para pagar el precio de nuestra esclavitud. Pidámosle que nos deje ver cómo nuestros bolívares, abundosos en los sótanos de los Bancos, sólo sirven para mantener la alegría que disfraza nuestra desgracia nacional. Jamás pensó el Libertador, que sacrificó todo por asegurar nuestra Independencia —todo, hasta su propia honra de repúblico—, que llegaría a ser burla y sarcasmo su retrato en la tienda donde el pueblo compra el diario mantenimiento.

Trujillo, diciembre de 1951.

GUAICAIPURO

Con agilidad y agudeza, Jesús Antonio Cova ha comentado recientemente, en nota volandera, la consagración del "Día de Guaicaipuro" en el vecino Estado Miranda. Dice que, en lugar de la recordación del cacique bravío, debió de señalarse como tema para el día de la región el aniversario de Cecilio Acosta o de Manuel Díaz Rodríguez.

La apreciación resulta vestida de lógica y justicia. Ha debido pensarse un poco más en los valores de cultura que representan los nombres propuestos. El valiente aborigen, pese a la tenacidad con que defendió su antiguo señorío, no llena los moldes de la heroicidad. El héroe requiere una concreción de cultura social para afianzarse. La defensa de un bohío podrá constituir un alarde de temeridad y de resistencia orgánica, pero nunca elevará al defensor a la dignidad heroica. Porque el héroe, para serlo en la acepción integral de la palabra, debe obedecer en sus actos a un mandato situado más allá de las fuerzas instintivas: su marco es el desinterés y no la ferocidad. Guaicaipuro dista de Bolívar

cuanto dista la sub-historia de la Historia. Personaje subalterno, lo acreció en sus relatos el español, a fin de dar mayor ámbito a su bravura y mayor mérito a la hazaña conquistadora. Pero Guaicaipuro, así represente la dignidad del aborigen vencido, carece, fuera de su bárbara resistencia, de cualidades susceptibles de ser propuestas a la meditación de un pueblo que se quiera educar para la vida cívica.

En cambio, Cecilio Acosta es paradigma de virtudes que se deben ofrecer al pueblo para la imitación integral. Hombre-guía, sobre cuyo recuerdo debiera volver continuamente la atención colectiva. Andrés Bello, Juan de Dios Picón, José Vargas, Fermín Toro, Eloy Paredes, Cecilio Acosta, Eusebio Baptista, Manuel María Carrasquero, Luis López Méndez, Rafael Arévalo González, son figuras que reclaman la oportunidad de que se remuevan sus ideas.

Sin embargo, y a pesar de mi conformidad con la preferencia de Cecilio Acosta como centro de interés para el día del Estado Miranda, he visto con simpatía la evocación del viejo cacique de los caracas. Y lo he visto con simpatía, porque si en verdad carece de contenido integral para la obra educativa, representa una fuerza de la tierra. Diríase que nosotros necesitamos nacionalmente un reencuentro con la tierra venezolana. Con arreos heroicos la defendió en nombre de la nueva cultura el viejo Alonso Andrea de Ledesma. Sobre la anonimia antigua edificó el poblador español un pueblo con nombre que, empujado por el tono altivo de sus pulsos, acometió contra la Metrópoli para ganar el derecho de definir sus propios símbolos. El esfuerzo que luchó por hacer la Patria libre tuvo de numen y de brazo al genio de Bolívar. La universalidad de los valores que se resumen en el mito Bolívar y en el mito Ledesma parece que se elevasen sobre el propio ras de la tierra en su sentido y en su función telúrica. Montan ellos el caballo de nieve de Santiago, y el pueblo los mira más como milagros épicos que como instrumentos capaces de la obra inmediata y humilde sobre la desnuda realidad nacional.

Guaicaipuro es más de la tierra. Podría decirse que es más tierra. Los otros son más espíritu. Está Guaicaipuro más cercano a la cultura vegetal que dominó el español. Buscándolo, podemos llegar fácilmente a un reencuentro con los valores del suelo nutricio. Demás de esto, al festejarlo, ren-

dimos homenaje a uno de los troncos de nuestra genealogía colectiva. En este sentido sí logra, a pesar de la validez indiscutible de la opinión del avisado crítico, sentido realista la memoración del indómito cacique.

Una revaluación del aborigen nos podría ayudar para acercarnos a los valores determinantes de la tierra. El indio, más que el español y que el criollo, está pegado al primer plano de nuestro paisaje. Quizá la ausencia de perspectiva histórica con que se nos presenta en el relato antiguo, lo haga aparecer superpuesto al fondo arbóreo del paisaje. Más vegetal, se le puede tomar como signo propicio de nuestra autoctonía botánica. En la campaña que hoy libramos para defender nuestra producción vernácula con base en el pan que nos puede dar nuestra propia tierra, la flecha y la macana de Guaicaipuro poseen un valor de que carecen otras armas. Y del mismo modo como en el drama angustioso de Malaparte lo que se trata es de la mera defensa del "pellejo", nosotros tratamos, en forma similar, de salvar la dignidad de la tierra nutricia como "pellejo" de la nacionalidad. A todo lo que son capaces de hacer Andrea de Ledesma, Juan Francisco de León, José María España, Bolívar, Andrés Bello, Fermín Toro, como símbolos de alto civismo, preciso es sumar lo que puedan realizar Guaicaipuro y el Negro Miguel, también simbólicas raíces del gran árbol del pueblo, cuya defensa es desvelo de quienes sienten que Venezuela es un mensaje de permanencia en el orden de los valores americanos.

Guaicaipuro y el Negro Miguel pueden ayudarnos a defender "con las uñas" la dignidad creadora de la tierra. A ellos tal vez no les avergüence la huella de la tierra en las uñas, que otros dedican a más rápidas industrias, por donde logran mostrarlas blancas y pulidas.

CAÑA DE AZUCAR

El vocablo azúcar lo tomó el castellano del árabe *zucar*, derivado a su vez del persa *xacar*, y éste del sánscrito *sarkara*. La última edición del Diccionario de la Academia trae nuestra palabra como derivada del vocablo *azuccar*, mas nos hemos remitido para la fonética a los datos de Alderete, quien consultó al célebre vocabulista fray Pedro de Alcalá, del Orden de San Jerónimo, ido a Granada a recoger a lo vivo las palabras castellanas enlazadas con las voces de quienes acababan de perder el señoría en la Península. Parece, pues, que los árabes españoles dijeron *zucar*. Los ingleses tomaron su palabra *sugar* del viejo francés *sucre*, *sukere*, derivado a la vez del latín medieval *succarum*, entroncado en los vocablos árabe, persa y sánscrito ya transcritos.

Con toda esa noble genealogía lingüística vino la caña de azúcar a nuestro hemisferio occidental por el año de gracia de 1515. Los españoles la trajeron de Canarias, adonde, según algunos, llegó de Africa del Norte, que la veía cultivar desde el siglo VII. El arcipreste de Hita la alaba cuando dice: "Açucar dulce é blanca yaze en vil cañavera." ¿Dónde la conoció Juan Ruiz?... Pero América iba a ser el mundo del azúcar. Brillat-Salvarin escribió en su admirable *Fisiología del Gusto:* "Ha sido en las colonias del Nuevo Mundo donde el azúcar ha tenido realmente nacimiento; la caña ha sido importada hace dos siglos y su cultivo prospera. Se ha intentado utilizar el jugo dulce que fluye, y de tentativa en tentativa se ha llegado a extraer sucesivamente el guarapo, el jarabe, el azúcar bruta, la melaza y el azúcar refinada en diferentes grados."

En 1578 los alcaldes de El Tocuyo informaban "que el tracto y contractación principal de esta tierra es... caña y algún azúcar". Quizá sean los trapiches tocuyanos de los más antiguos del país, aunque debieron ser corianos los primeros de Occidente. A ciencia cierta no sabemos cuándo se trajo a Tierra firme la

caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales.

¿Vino con Alfínger? ¿La trajo Ocampo o Castellón? ¿La había introducido Ampíes en la costa coriana? Por datos que suministra Juan de Castellanos, sabemos que en Curazao tuvieron Ampíes y su yerno Lázaro Bejarano

un ingenio, que es gran heredamiento.

A la isla de los Gigantes se redujo, con gobierno para dos vidas, el viejo Martínez de Ampíes, cuando Coro o Venezuela fue entregada por Factoría a los alemanes. Pudieron, pues, padre y yerno, haber emprendido el cultivo de la caña de azúcar durante el breve tiempo que permanecieron en Tierra Firme. Hombre de buenas letras, don Lázaro hacía justa compañía al bondadoso Ampíes. "Su musa digna fue de nombre entero", escribe el beneficiado de Tunja. De hacerse cierta su estada en Coro, podría decirse que con Lázaro Bejarano llegaba a nuestra tierra un espíritu lleno de la fresca amplitud renacentista, en cuyo equipaje pudo venir, junto con la supuesta *Sacharum officinale*, un ejemplar del *Enchiridion*, de Desiderio Erasmo, de quien el generoso conquistador recibió suaves y enérgicas armas para defender a los indios de las fechas aristotélicas de Ginés de Sepúlveda. ¿Pasó por Venezuela Bejarano? Difícil asegurarlo, pero es grato imaginar el diálogo del gran Manaure, convertido en el cristiano y bonachón don Martín, con este sutil viajero que representa el nuevo espíritu erasmiano del Renacimiento.

Pero si por 1540 había ingenios en Curazao, debe aceptarse que ya en Tierra Firme estaban sembrando bases para el humeante torreón de los trapiches, donde es molida y beneficiada la rica caña, dicha criolla con el tiempo, no sólo en razón de su largo arraigo en nuestra tierra, sino para diferenciarla de la llamada "caña de solera", comenzada a cultivar por 1772 en los alrededores de Puerto Cabello. (Después se han ensayado diversos tipos de caña hasta llegar a la P. O. y la M. L.)

Al aparecer el ingenio, la vida del colono tuvo un sentido nuevo. Junto con el trigo, y con mayor fuerza que éste, cam-

bió la caña de azúcar la geografía vegetal de nuestra Patria. Al indio se sumó para el laboreo de la caña, la ruda y fuerte mano del negro. Al rey se pidieron licencias para introducir "piezas" de esclavos, en razón de las necesidades de las minas y de los cañamelares. El propio indio aprendió luego a hacer moldes para el vaciado de las mieles. Cuando el gobernador Pores y Toledo visitó los indios de Mamo, escribió: "Los indios hacen hormas de barro para azúcar, grandes y pequeñas, donde se echa el melado." El negro era más resistente. Por ello nuestra primera cultura de la caña está vinculada al trabajo esclavo.

"La cultura de la caña aristrocratizó al blanco en señor y degradó al indio y principalmente al negro, primero en esclavo, después en paria. Aristocratizó la casa de cal y canto en casa-grande y degradó la choza en "mucambo". Valorizó el cañaveral y despreció el conuco", escribe, en relación con el Brasil, el ilustre Gilberto Freire. Tal vez pudiera tener la misma dimensión económica dicho concepto si lo trasladamos al pasado de nuestro país. La casa del dueño de cañas tuvo y ha tenido un sentido mayor de feudo que la casa del dueño de vegas de tabaco, de añil o de café. En los primeros años la caña era cultivo esclavo. Por eso fue más duro el régimen de la peonada. El rejo del capataz empezó a provocar la huída del negro y la formación de "cimarronadas" y "quilombos". Una buena historia agrícola de Venezuela debiera ahondar no sólo en lo botánico y productivo del proceso, sino en lo social de su especulación. ¡Cómo se iluminarían las páginas de nuestra historia política si saltaran a los tipos de imprenta los nombres de honorables terratenientes que sostuvieron a Páez, a los Monagas, a Guzmán, a Crespo, a Castro, a Gómez, a trueque de que hicieran caso omiso de las cárceles y cepos a que era reducida, al igual de los antiguos esclavos, la peonada libre, y porque no se tomase cuenta de las "fichas" que anulaban los míseros salarios!

Venezuela se fue cubriendo lentamente de verdes y altivas cañas, entre cuya espesura el rojizo torreón echaba al aire las grises espirales que delatan la molienda. Más que renglones exportables, sus productos sólo abastecían al consumo doméstico. Depons consideraba por 1804 nula la exportación del azúcar. Nosotros hemos visto estadísticas origi-

nales del puerto de La Guaira que en uno de los años finales del siglo XVIII acusan la salida de trece mil libras de azúcar y que al año siguiente señalan cincuenta y cinco atados. El consumo era esencialmente doméstico. Nuestros antepasados, como buenos descendientes de españoles, tomaban azúcar en exceso (Pereda refiere la historia de una heredera de indiano que reventó de tomar azucarillos con agua de azahar). Los boticarios, toda pócima la disfrazaban con jarabe. A quien le faltaba algo esencial, se le decía que estaba "como boticario sin azúcar". Conservas, confituras, tortas, pastas, cremas, refrescos, manjares, mermeladas, escarchados, pedían azúcar. El chocolate y el café tenían el azúcar como complemento. Un papelón se daba de avío a los peones que iban a ganar los páramos.

Hemos llegado al papelón y bueno es referirnos a los nombres de nuestra agradable azúcar negra, que tanta variedad ha logrado en América. La meladura aún con melaza, viene a ser nuestra azúcar negra. En los Andes y gran parte del interior se la vacía en hormas rectangulares, de mayor o menor grosor. Se la llama *panela*, *dulce* o *papelón*. Este último lo describe el Diccionario como "meladura ya cuajada en una horma cónica". Posiblemente de la forma cónica que tuvo la meladura cuajada en la región del centro, vino el nombre de *papelón*, hoy extendido a toda manera de meladura cuajada. La Academia la aceptó en la forma restringida en que la definió don Julio Calcaño. Este dice que tomó tal nombre por haber sido de papel las primeras hormas. No parece que el papel sirviese de molde sino para pequeñas confecciones caseras de donde se extendiese el nombre a la pieza grande. En Colombia se llama *dulce* o *panela*. En Costa Rica, *dulce* y tiene forma de cono truncado y también de marquetas. En Perú, *chancaca*. (Se me informa que nuestros piaroas del Amazonas le dan este mismo nombre). Más cercano a los propios laboratorios de la Naturaleza que el azúcar refinada, el papelón, el dulce o la panela tiene una fuerza nutritiva que lo hace uno de los más poderosos alimentos populares. Con la propia bestia que monta en los agrios caminos donde se forman nuestros hombres, comparte su ración de panela el sufrido venezolano.

Junto con los usos apuntados, los productos de la caña

de azúcar sirvieron para engrosar los alambiques y las guaraperías, que constituyeron rentas apreciables durante la Colonia. "Cierto licor —dice el contador mayor don José de Limonta—, compuesto del azúcar en bruto, o miel de caña y otros ingredientes, que puestos a fermentar producen una bebida a manera de cerveza, aunque más dulce y grosera, se conoce en estas provincias con el nombre de guarapo, y su estanco produce una renta considerable concedida en Caracas al Hospital de San Lázaro...; en las otras es de corta entidad, y pertenece a la masa común de la Real Hacienda, excepto en la de Maracaibo en que está también concedida al Hospital de Santa Ana." El origen de esta renta estaba en Cédula que el rey otorgó el 17 de enero de 1759, cuando se notó que lo producido por el permiso de galleras no era suficiente al mantenimiento del Hospital.

Era, pues, el guarapo la cerveza del pueblo colonial. (Si todavía se bebiese guarapo en forma comercial, ya tendríamos al capital holandés haciendo de las suyas.) Bebida nutritiva, como producto directo del papelón, ayudaba eficazmente a balancear la dieta popular. Con acemita y guarapo almorzaba frecuentemente un peón en apuros. El papelón se dice que es rico en calcio y sales de hierro y en no sé qué vitaminas. El guarapo hervido suple el biberón de leche de vaca en los hogares pobres. Se le dejaba fermentar, y llegaba el guarapo a emborrachar. Esto lo vigilaban las autoridades. Sin embargo, algunas hacían la vista gorda y recibían su "comisión". Cuando su visita de 1782 a la población de Maracay, informaron al obispo Martí que el teniente gobernador era "untado" con trescientos pesos al año para que dejase subir la flema de los caldos.

La extracción del aguardiente de caña estuvo sometida a las restricciones que imponían los cosecheros de viñas de Andalucía y los dueños de navíos y factores guipuzcoanos, interesados en el comercio ultramarino de vinos. Por Cédulas de 30 de septiembre de 1714 y 15 de junio de 1720 se prohibió para México y Perú la venta de aguardiente de caña, por perjudicial a la salud pública y a los derivados de la vid. Esta prohibición se extendió a nuestras provincias por Cédulas posteriores. El intendente don Francisco de Saavedra, por 1783, y ya desaparecida la Guipuzcoana, representó en orden a que se autorizase la saca y venta de aguar-

diente de caña, "por ser único uso a que se podía aplicar el melado y purga que destilan los azúcares", y aun las mieles de los nuevos plantíos de la caña dulce. Esta gestión fue fructuosa y el intendente anunció luego a poco que Su Majestad autorizaba la destilación de aguardientes, con un impuesto de dos por ciento sobre cada barril de veintiséis frascos. Posteriormente se permitió completar con aguardiente de caña los cargamentos de algodón, café y añil que se despachaban para puertos extranjeros.

Del mismo modo como durante cien años luchó en Europa contra la remolacha, en América también hubo de luchar la caña indígena con la vid hispánica. Ganó la pelea con el competidor extraño y ganó nombre en la glosa del pueblo. Caña por ella misma se llamó su aguardiente, y no por el fino vaso andaluz donde se bebe cualquier manera de vino. Caña como valor de su genuino espíritu. *Cañandonga* se la llama en argot de botillería. (Esta caña tiene una larga historia de honras diluídas y de vidas fracasadas. Bien sabido es que la única parte del hombre que no se conserva en alcohol es la conciencia.) Apenas tiene precio social como fuente de imposiciones fiscales. Sobre el impuesto de aguardiente se fundamentó durante mucho tiempo la renta pública. Fue también materia de remate, con que se satisfacía la necesidad de dinero de los caciques regionales y se daba oportunidad de enriquecerse a la familia y a los amigos del amo de turno. ¡Cuánta estirada "gente de orden" afinca sus ínfulas y su aparente vestalismo sobre el fruto de olvidados remates de aguardiente, ganados con vergonzosa sumisión al amo de turno!... Impuestos aduaneros e impuestos de aguardiente fueron principales entradas del Erario. Hoy son la renta petrolera y la tributación directa quienes sostienen las arcas públicas. El petróleo, que empezó a producir racionalmente desde que el ilustre presidente Medina Angarita retó las iras yanquis y reformó los ruinosos contratos antiguos. La tributación directa, desde que el mismo magistrado desafió la oligarquía capitalista y obligó a los ricos a pagar impuesto sobre las ganancias excesivas, es decir, sobre lo ajeno, pues bien visto las ventajas desmedidas pertenecen a otros. "El que gasta lo superfluo gasta lo que no es suyo", dice un padre de la Iglesia. En razón de ser de poco interés la imposición sobre alcoholes, se comenta que el Go-

bierno piensa en serio, con salvedad de los buenos rones, en una laudable política de restricción general de aguardientes ordinarios.

Nuestro país, pese a la extensión de sus cañamelares, sufre a menudo crisis de azúcar y se la trae de fuera. Hubo época en que se la exportaba a Inglaterra para que los dueños de centrales mantuvieran sus precios altos en el país. A veces hay crisis de brazos para la zafra y se les contrata en otros países. Se quiere hoy abandonar el fácil y viejo trapiche de dulce o papelón para montar el moderno ingenio azucarero. Se piden créditos, se hacen consorcios, se fomentan ligas. Claro. El ingenio azucarero es una alta expresión capitalista. Rinde más, aunque el azúcar nutra menos. Lo que el capitalismo busca son las ganancias y no saludes. El trapiche es la forma individual de trabajo del campesino modesto, para quien no hay créditos. Todos, los mismos cañeros, pregonan la necesidad de acabar con los trapiches y formar las grandes centrales de azúcar. Un médico abastado de erudición en Nutrología, me decía en noches pasadas: "Lo que debiera acabarse es el azúcar. El papelón tiene los principios alimenticios de la melaza." El azúcar es hermoso y delicado para la mesa, pero el papelón tiene la fuerza que nutre. El azúcar es el niño "bien" que se engoma el cabello. El papelón es el muchacho que sabe colear toros y esguazar ríos. También puede decirse que el azúcar es la niña limpia para el lucimiento de la casa. Hay, por ello, necesidad de conservarla y de colocarla bien. Con ella se hace lo delicado que regala. Con el otro se mantiene el aguante de la familia.

Nobles, generosos, papelón y azúcar han ayudado a la economía nacional, no sólo en especulaciones de agricultura y de comercio, sino en el orden menudo de la economía hogareña. ¡Cuántas familias crecieron gracias a la generosa paila de dulce, trabajada en el sufrido y modesto recato del hogar! Granjerías llegaron a llamarse en nuestro mundo antiguo los dulces, pastas, confites, cocadas, besitos, suspiros, coquitos, melcochas, azucarillos, que hacían las familias para la venta al menudeo en calles y bodegas. Si yo usara escudo de nobleza, le agregaría a los campos ocupados por el águila explayada de los Briceño y por el jabalí de los Iragorry, un nuevo cuartel, en cuyo centro luciera, con mayor

honra y dignidad que aquellos animales, una altiva caña de azúcar, en memoria del sufrido y noble trabajo que mi buena madre consagró a las granjerías con que, viuda, pudo levantar y educar a sus hijos.

ARROZ Y TORDOS

Hace cien años nuestra ricicultura era tan incipiente como en el propio siglo XVI. Los españoles cultivaron arroz apenas preparados los nuevos regadíos. Las albuferas valencianas les servían de magnífica experiencia. Los alcaldes de El Tocuyo, por 1758, junto con el trigo, la mostaza, la parra, la cebada y los garbanzos, señalaban el arroz como una de las nuevas semillas que se daban en la región.

Se juntaban, pues, en nuestro mundo venezolano, las fuentes principales de alimentación del hombre: trigo, maíz, yuca, papas y arroz. El trigo da fisonomía a la cultura europea y mediterránea; el arroz, a la cultura afroasiática; el maíz, la yuca y la papa constituían la base alimenticia del aborigen de América.

Entró por distintas vías el arroz a la cocina europea. El Asia del sudeste es su *habitat*. En la vieja lengua védica se le llamó *urihi*. La palabra pasó al griego transformada en el vocablo *oriza*, y al árabe convertida en *arroz*. De la voz griega salieron el italiano *rizo*, el francés *riz* y el inglés *rice*. Ricicultura es palabra de formación francesa, aun no adoptada oficialmente por nuestra lengua. Sin tomar en cuenta los infinitos y fantásticos usos chinos del arroz, cuyos dioses, a la par de ellos, son ricífagos, en Europa tiene el níveo grano múltiples aplicaciones culinarias. Pero ninguna alcanza la dignidad social de la *paella*. La paella es algo más que el "arroz y gallo muerto" con que se indica en la Península la abundancia de la fiesta. La *paella* no es un plato romántico, como lo califica Julio Camba, sino un plato donde los valores dialécticos logran su más acabada síntesis. La *paella* reúne todos los reinos de la naturaleza. Desde la gallina de torpe vuelo hasta los crustáceos y los mariscos.

Es un plato republicano, igualitario, conjugante. ¡Lástima que los españoles, pese a ser maestros en la *paella* con arroz, no hayan logrado una buena sartén a cuyo alrededor pudieran hacer la convivencia de su gran pueblo! En Venezuela, el arroz sirve para aderezar uno de los más simpáticos y modestos platos nacionales: el *pabellón*. Arroz, carne frita y caraotas negras hacen la delicia del hombre del pueblo venezolano. Lamentablemente no tengo a la mano la receta del *Pilaf* que usan los iraníes. Parece que es el plato favorito del gran Mossadeq, hoy cabeza en el Irán de la campaña por la independencia económica del país. Nosotros necesitamos *Pilaf*, a diario y a pasto.

En nuestro país, el trigo se ensayó, prosperó, se exportó harina, decayó su cultivo, y hoy importamos hasta pan prefabricado en Estados Unidos. El maíz y la yuca, que debieran abastecer nuestra necesidad nacional de pan, siguen siendo bien vistos en mesas de ricos y de pobres. El maíz, sin embargo, ha llegado a faltar. El maíz, que por sí solo podría ser el sustento venezolano. El arroz, siempre apreciado, apenas empieza a ser cultivado intensamente. Durante la Colonia, su producción no alcanzó grandes proporciones. El colono no lo tuvo por alimento esencial. Cuando el trigo escaseó, la Compañía Guipuzcoana trajo harina. En las listas de importación de la Compañía no he visto, en cambio, el arroz. El pueblo no sintió por él la misma urgencia del pan de trigo. Hace cincuenta años, el arroz era aún cultivo complementario, como el garbanzo y las lentejas. Se le consumía, pero sin el imperio que ha logrado en las últimas décadas. Junto con el criollo, se vendía el importado. Se prefería más bien exportar un poco del nuestro. En 1884 se vendió arroz a las Antillas por valor de ocho mil bolívares. No se sabía entonces que esa blancura absoluta del arroz conduce al beriberi. En el fondo de todo nuestro organismo social podría diagnosticarse un beriberi generalizado, cuyas peores consecuencias se observan en el área de las conciencias. Un pitiyanqui es una voluntad sin vitaminas nacionales. Es decir, un sujeto sin las vitaminas de la moralidad cívica.

Duro cultivo, el imperio del arroz ha aprovechado la mano esclava de las colonias asiáticas, donde es casi alimento único. En las márgenes del Mississippi fue, con la

caña de azúcar y con el algodón, la gran fuente de riqueza de los esclavistas del Sur. En los fangales del gran río, los negros sudaban la gota gorda para enriquecer a los soberbios e irreducibles magnates de la Confederación. A una nieta de esclavistas de Kentucky oí llamar "mono imbécil" al gran Lincoln, cuando vio su retrato en mi librería. Hoy, para mejorar el trabajo de los negros, se ha mecanizado el laboreo general del arroz, siempre necesitado del rudo trabajo del hombre. Posiblemente muchos cineastas descuidaron recientemente observar la técnica de la siembra y recolección del arroz en Italia, reproducida en la película *Rizo amaro*, por concentrar la pupila en la contemplación de las formas heroicas de Silvana Mangano.

El arroz es áspero en su cultivo. Tal vez por ello el venezolano antiguo no cuidó mucho de intensificarlo. Se resignó al poco arroz criollo cultivado en diversas regiones de irrigación fácil, y buscó el buen arroz de Siam y de Birmania, posteriormente desplazado por el arroz del Norte y del Ecuador.

Pero si el arroz todavía no ha llegado a la esencialidad asiática, ha logrado un intenso consumo durante los últimos años. Ya hoy es difícil comer sin algo de arroz. Por donde se ha sembrado bastante grano, aunque no lo suficiente para desalojar el arroz de fuera. De riego artificial existen grandes fundos arroceros, con famosas usinas para desgrane, pulimento y ensilaje. De riego natural, están las bocas milagrosas del Orinoco, donde se puede cultivar todo el arroz deseable.

El arroz tiene sus enemigos, como todos los cultivos. Enemigos en la ciudad y enemigos en el aire. Entre los primeros están los comerciantes que introducen arroz de otros países y defienden los bajos aranceles. En alguna parte he escrito que cierto comercio, así esté hecho por nacionales, obra como agente del capital extranjero, a cuyo servicio se enriquecen. Los otros enemigos del arroz son los tordos. Como se trata de un enemigo de nuestra agricultura, he tenido que ensayar lecturas de Ornitología. ¡Hasta por el aire andan los enemigos de nuestra riqueza! El tordo, tan conocido en nuestra jerga diaria por su arriesgado y peligroso salto, tiene una función benéfica y una función maligna en nuestro campo. Es pájaro de *camouflage*. Lo toma

a veces el agricultor por el pacífico *garrapatero*, y lo deja pasearse caballero en vacas y mansos bueyes. Mas sucede que esta especie generosa *(Holoquiscalus lugubris)*, se confunde fácilmente con la especie enemiga de los *Molothrus bonaerensis*. El pobre agricultor carece de tiempo para averiguar si el pájaro tiene amarillo o pardo el ojo, y toma el uno por el otro. Tampoco va el afanado campesino a informarse si hace nido o si pone los huevos en nido ajeno. Cuando menos piensa, el tordo está en el arrozal. Un arrozal con tordos es como El Tocuyo con sus dos terremotos de tierra y de máquinas. Codazzi los definió como "pequeños pájaros que van en grandes bandadas, devastando los campos de arroz; su color es de un negro cambiante que refleja todos los visos del acero bruñido".

Andan los tordos malignos en grandes bandadas. La gente dio en decir que venían de Colombia. Durante la Colonia se decía que volaban desde el Reino adentro, como eran llamadas Cundinamarca y Tunja. También se dijo que los zamuros, que todos los años, por noviembre, van a "cambiar pico" en la Teta de Niquitao, son oriundos de Nueva Granada. Yo los vi atravesar majestuosamente los límpidos cielos de Panamá, Costa Rica y Guatemala. Las aves vuelan tanto como la imaginación de los hombres. O como la mala fama. De Colombia se ha dicho que vienen las grandes migraciones de tordos. Sin embargo, mejores conocedores del rumbo de las aves, me dicen que, a través de Centroamérica, bajan de Estados Unidos. De ser esto cierto, resultarían los lúgubres tordos el símbolo viviente y alado de la lucha del Norte contra la agricultura del Sur. El mercantilismo yanqui, secundado por los pitiyanquis de acá, sería manera de tordos voraces que destruyen la dorada alegría de nuestra tierra.

Para ahuyentar los tordos, los agricultores empinan los espantapájaros. Como los Judas de Sábado Santo, son éstos muñecos fingidos que espantan a las aves. Se hacen con ropa en flecos. Nosotros en realidad no tendríamos necesidad nacional de los espantapájaros. Un país de "pájaros bravos", debiera usar su bravura para cosas útiles. Una de ellas, defender la nacionalidad.

En el famoso film yanqui *Tales of Manhattan* ("Seis destinos"), que pasó en 1943 como meteoro por nuestras salas

de cine, el hermoso y pulido frac que hace de personaje central en los varios dramas que componen la pieza, termina por servir de espantapájaros. Sirvió hasta para encubrir a un ladrón de atraco. Su única misión útil y pacífica consistió en espantar los gorriones que interrumpían la meditación de un anciano solitario. Si tanto frac elegante, destinado a ocultar momentáneamente inconfesables historias, fuese entregado como espantapájaros a los hombres sufridos y honestos que trabajan nuestra tierra, otro sería nuestro destino de República...

TABACO

El tabaco *(Nicotiana tabacum)*, tiene nombre que no era originariamente suyo. El indio, según refiere el cronista mayor de las Indias, Fernández de Oviedo y Valdés, llamó tabaco a "unos palillos huecos del tamaño de un xeme o menos, de la groseza del dedo menor de la mano y estos cañutos tenían dos cañones respondientes a uno, y todo en una pieza... Y los dos ponían en las ventanas de las narices y el otro en el humo e hierba que estaba ardiendo o quemándose... Los indios que no alcanzaban aquellos palillos tomaban aquel humo con unos cálamos o cañuelas de carrizos, e aquel instrumento con que toman el humo, e a las cañuelas que es dicho llaman los indios *tabaco*." Nombre, pues, trasladado del instrumento al humo, a la hoja y a la planta. (También al primitivo cacao de la Cordillera llamaron los españoles *chorote*, por el nombre de la vasija en que los indios lo preparaban.)

Con indios aspiradores de humo tropezaron los españoles, y con otros que lo sorbían en pipas semejantes a la pipa de roble que hace parte de la personalidad de Rómulo Betancourt y de José Stalin. De estas pipas unas eran labradas en piedra, otras fabricadas de barro. Algunos lo tomaban chupando el humo directamente de hojas enrolladas, como los puros de hoy. Acostados en hamacas, lo sorbían de grandes hachos humeantes los indios vistos por la gente de Colón en la isla de San Salvador. Mascaban otros la rama

curada. Sorbían algunos polvillos como el rapé del siglo XVIII. Por último, comían otros el *chimó*, jalea espesa y amelcochada, producida por la cocción de las hojas.

Oviedo y Valdés le anota al humo virtud de calmar los dolores de las bubas, que ya habían tomado los españoles, y el padre Acosta dice que el tabaco es una "yerba de que esta gente usa para amortiguar la carne y no sentir el trabajo". Cualquiera llega a pensar que el padre se refiere a la coca y no al tabaco.

Lo cierto es que al remitir Colón las primeras muestras de tabaco a España, se produjo en el Viejo Mundo una de banderías, como si se hubiera tratado de una nueva concepción de la vida. Quiénes le daban escaleras de honores, quiénes le imputaban diabólicos efectos. Pedro López de León, en su *Práctica y teoría de las apostemas*, publicada en Sevilla el año 1618, dice qe el tabaco "abrasa las partes interiores" y que él ha visto en algunos cadáveres a los que ha practicado anatomía de orden de la justicia, "el hígado hecho ceniza y las telas del cerebro, negras como hollín de chimenea, que, lavándolas, salía el agua como tinta". Del infeliz Carlos II se dijo que había sido embrujado por el tabaco depositado en el escritorio de la reina María Luisa. En Italia hubo tales prejuicios contra el uso del tabaco, que aun en verso se le desacreditó, a tiempo que Urbano VIII lo prohibía en los Estados Pontificios.

Bacco, tabacco e venere
riduocono l'uomo in cenere,

lo que en prosa castellana vale por "el vino, el amor y el tabaco, hacen del hombre un trapo". Todo ello a pesar de haber sido hojas y polvo de tabaco patrocinados en buena hora por los eminentísimos cardenales Santa Cruz y Torna Buona, por donde llegó a llamársele "hierba de Santa Croce".

Sin embargo, reyes y embajadores, letrados y alquimistas, clérigos y cómicos, poetas y cortesanos se entregaron con fervor al uso del tabaco, ya en humo, ya en polvos. Contra los que denigraron la hoja, el profesor de Medicina de la Universidad de Salamanca, doctor Cristóbal de Haro, sacó a luz en 1645 una entusiasta apología del tabaco, en la cual se declara que "usando de él no se siente soledad". Con el

doctor Haro participa opinión nuestro inolvidable Bello, quien muestra devoción por el puro, al recordar a la América renaciente de la guerra que es suya la hoja

> que, cuando de suave
> humo en espiras vaporosas huye
> solazará el fastidio al ocio inerte.

Corrió el cuento de que a Francia lo llevó en 1560 Juan Nicot, cuando era embajador en Portugal, pero parece más ajustado a verdad que lo introdujera el fraile franciscano Andrés Thévet, quien acompañó como limosnero al caballero de Malta Durand de Villagagnon, cuando éste vino a las Antillas en son de buscarle inconvenientes a la obra colonizadora de España. El fraile lo llevó a Francia, pero Nicot le dio nombre. El buen fraile no tenía las entradas del embajador, quien lo puso en propias manos de María de Médicis, en donde le vino a la planta el nombre de "hierba de la reina", que eclipsó por algún tiempo el nombre de "hierba del embajador", con que fue conocida en sus primeros tiempos de Corte. Pero este último nombre tiene un segundo sentido funcional. El puro y el cigarrillo son los mejores aliados de un prudente diplomático. A una pregunta indiscreta, se enciende un pitillo para dar tiempo a la respuesta. Cerca de Gil Borges me quejaba yo de la falta de instrucciones sobre política de nuestro país cuando comenzaba la Segunda Guerra. Para pintar mis apuros de diplomático, le escribí en cierta oportunidad: "La cancillería me está obligando a triplicar la ración de cigarrillos."

Dio Nicot nombre científico a la hoja. De su apellido viene la *Nicotiana tabacum* de Linneo. Pero el fraile Thévet le cobró el honor. No se dejaba robar fácilmente este buen franciscano. Ni tampoco era para quedarse a la callada cuando se trataba de una injusticia. De "quídam" trató a Nicot, por haber dado su nombre a la hoja, diez años después de haberla introducido él en Francia. Mas al fraile nada valdrá la primicia de su hoja. Ronsard le consagró una oda por el don del tabaco. Claro que como honor es preferible figurar en la antología de un gran poeta que en la lista mecánica de las plantas. Pero el franciscano estaba de tuerce. Alguien informó al poeta que era otro el viajero introductor

de la famosa hoja, y en próxima edición la oda apareció dedicada a un tal Belon.

Como elementos que abrieron al Viejo Mundo nuevas fuentes de placeres sibaríticos, ocupan primeros sitios el chocolate y el tabaco. Completaron en realidad el prestigio de nobles rincones. Un prior hubo de sentirse con más autoridad cuando prendía un puro después de sorbida una jícara de humeante chocolate. Humo y humo, vanidad de las cosas del mundo, sueño pasajero que deja el deleite. ¡Qué de cosas sueña el hombre mientras chupa el aromoso cigarro! "Fumar es un placer, genial, sensual...", dice la letra de un viejo tango. Por eso la Inquisición tuvo que hacer con él, y los moralistas aconsejaron su abstinencia. Mas su uso terminó por imponerse definitivamente en el mundo europeo. Los mismos clérigos, a la puerta de los templos, terminaron por exhibirse con un cigarrillo en la boca, antes de oficiar la Misa. En el siglo XVIII el tabaco era un negocio universal. Por 1806, don José de Limonta, contador mayor del Tribunal de Cuentas de Caracas, escribía. "Todos convienen que antes del descubrimiento del Nuevo Mundo no se conocía el tabaco; pero desde esta memorable época se ha hecho tan apreciable en las otras tres partes del Universo, por su uso, su tráfico y por las grandes rentas que produce, que quizá no habrá otro género o efectos que puedan competirle en alguna de esas circunstancias."

Pero el tabaco, a más del deleite que llevó al Viejo Mundo, aumentó las causas de la piratería y del contrabando. No otra cosa buscaron los holandeses cuando metían sus naves corsarias en aguas del Orinoco o cuando rondaban nuestras costas marítimas. Entre nosotros, hasta la Guipuzcoana, y aun después, las mayores exportaciones de tabaco se hicieron clandestinamente. Su resguardo, como renta del rey, vino a llevarse a efecto en 1779, cuando el intendente José de Avalos, el recio organizador de nuestra Renta Pública, procedió a ejecutar la Cédula real de 22 de junio de 1777. Hasta entonces el tabaco era de libre plantación y comercio de los vecinos, mas, acrecido su cultivo, con beneficio del contrabando, y cada vez mayores las ansias de las arcas reales, Carlos III ordenó gravarlo, como ya estaba gravado en México y Perú. Creyó más conveniente Avalos que los

cosecheros pagasen un tributo personal antes que estancar el cultivo de la rama. Al efecto, distribuyó entre varias poblaciones una contribución que montaba a 195.080 pesos. Pero los cabildantes de Caracas, encabezados por el presuntuoso conde de San Javier, vieron en el impuesto una especie de capitación que los igualaba al común del pueblo, y se alzaron indignados contra medida que, a su juicio, los convertía en simples pecheros. El intendente oyó las razones y esperó que se reuniese en la capital un Congreso de Municipios, en el cual se resolvió como mejor estancar la venta y el cultivo de la planta, para cuya siembra y resguardo se fijaron los siguientes distritos: Tapatapa y Guaruto en los valles de Aragua; Orituco en Calabozo; Barinas y La Grita en la provincia de Maracaibo; Cumanacoa y Tapire en la Nueva Andalucía, y Upata en la provincia de Guayana.

En 1781 el químico español Pedro Verástegui instruyó a los cultivadores de Occidente en la mejor manera de utilizar el *urao* de Lagunillas, y *urao*, *mo* y *chimó* entraron también en el sistema de estanco. "El comer *chimó* es un vicio como el mascar tabaco", y como hoy mascar el *chicle*, que los yanquis hacen de nuestro *pendare* indígena (*). Hubo época en Venezuela de gran consumo de *chimó*. Lo usaban los señores y la gente humilde, las mozas y las viejas. "Un hombre de nuestra cordillera, muy notable por su gran sabiduría, pues, además de las humanas letras conocía las divinas, refiere Gonzalo Picón Febres en su rarísimo *Libro raro*, asistía como diputado a no sé cuál de los Congresos que hubo durante la presidencia del general José Gregorio Monagas. Comía *chimó* por la una parte, y por la otra ignoraba en absoluto la existencia de las escupideras. Un día, en una de las primeras sesiones de la Cámara, determinó muy campante meterse en la boca una comida, y comenzó a escupir en el petate. Advirtiólo el portero de la Cámara y le puso la escupidera hacia la parte que estaba empuercando aquella cosa negra que él no sabía qué fuese. El diputado se volteó y se puso a escupir del otro lado. Tornó el portero a hacer

(*) La sarrapia, el pendare y el balatá, más que agricultura, son productos naturales de nuestra opulenta selva del Sur. La primera se intentó cultivar domésticamente antes de la crisis de los precios.

lo mismo, y aquel diálogo mudo se repitió hasta cuatro veces. A la quinta, el diputado no pudo contenerse y exclamó lleno de ira:

—¡O me quita usted la taza o se la escupo!

—Pero, doctor, si para eso justamente es que se usa.

—¡Pues vaya usted a contárselo a su abuela! Las tazas no se usan sino para servir el caldo en las comidas. Y mire, amigo, se la lleva usted ligero, o le rompo con ella la cabeza."

Fuente principal de entradas fiscales, la administración de las cercas reales, como eran llamados los sembradíos de tabaco, fueron oportunidad de pingües proventos. Tal fue el desarrollo de su cultivo, que en 1797 se exportaron para colonias extranjeras, de sólo el puerto de La Guaira, ciento sesenta y seis mil libras. Con sus productos acrecentó su inmensa fortuna el famoso marqués de Casa León. Y el grueso de las rentas producidas por el estanco ayudó unas veces a los realistas, otras veces a los patriotas para el mantenimiento de la guerra. Hasta 1832 duró en la República el sistema de estanco como tributación fiscal.

Cultivó siempre Venezuela sus azulosas vegas de tabaco, principales entre ellas las muy ricas y afamadas de Barinas. En Alemania, y como homenaje a la excelencia de la hoja barinesa, se llama Barinas al tabaco.

"Barinas es conocida en los mercados europeos —escribía Depons por 1806— desde hace mucho, tiempo gracias a su tabaco." Y aunque adelante el viajero a reconocer la superioridad sobre el barinés del tabaco de Cumaná, anota que en Hamburgo y Amsterdam se mejora en un veinte o un veinticinco por ciento el tabaco de Barinas. Por 1840, anota Codazzi, era el de esta provincia el único tabaco que se extraía de Venezuela. El resto se destinaba al consumo interior. Base principal de su riqueza, Barinas creció tanto al influjo bonancible de su tabaco, que se la dio autonomía provincial en 1786, y más tarde se la quiso dotar de obispo propio. Para elogiar la buena calidad del tabaco de Guanare, Cisneros lo compara con el de Barinas, y dice: "Es de gran permanencia y muy semejante al de la ciudad de Barinas, del sitio de Cochinilla y Mesas de Moromuy, que estiman tanto los holandeses."

En el año citado por nuestro primer geógrafo, el valor

de la exportación del tabaco era de treinta y ocho mil bolívares. Pero, a pesar de la ruina que se imputa a la Guerra Federal, se exportó tabaco en 1883 por valor de trescientos cuarenta mil bolívares.

Desde *chimó* hasta los fragantes puros de Capadare y los Guácharos insuperables de Oriente, el pueblo venezolano consumió su tabaco. Envirado (*), en rama, *mó*, cigarrillo de picadura suelta, cigarrillo engargolado a máquina, "niño envuelto", picadura en hebra, rapé, puros, etc. En cualquier forma lo fumó o lo mascó, y con su cultivo y con su industria aumentó la riqueza nacional. Veintiocho fábricas de cigarrillos tenía Caracas en 1883, y en el resto del país, según datos incompletos que he logrado, había cosa de cincuenta, donde se labraba la hoja venezolana, para el consumo venezolano y para beneficio del capital venezolano.

¿Que por cuáles razones me remito al año de 1883? Pues por una muy contundente, a fuer de patriótica. En aquel año, Venezuela, agradecida y orgullosa, ofreció una espléndida apoteosis a Bolívar con motivo del centenario de su nacimiento. Hubo parabólicos elogios e histéricas manifestaciones de bolivarianismo. Tantas como las que hoy vemos. Pero, en cambio, en aquel año de gracia de bolivarianos, con Guzmán Blanco a la cabeza, eran hombres de palabras y de hechos. El bolivarianismo de hoy consiste en hablar de Bolívar, en discurrir de Bolívar, en escribir de Bolívar, en erigir monumentos a Bolívar. El bolivarianismo hablado y escrito de 1883 tenía de vigoroso respaldo una realidad económica. Venezuela producía más de lo que consumía y consumía lo que producía la libre y dulce tierra venezolana. Véase una estadística de aduanas y se encontrará que en aquel año exportamos por valor de bolívares 83.305.000, incluidos más de mil cuatrocientos cerdos, quinientos pavos y setenta gallinas. (Hoy todo esto nos viene del Norte.) En aquel mismo año, la importación llegó a bolívares 56.265.665. No pongo las cifras de lo que actualmente estamos importando para comer y vestir, porque no sufran más sonrojo de vergüenza los que sienten a Venezuela con realidad de angustia y viven en lo interior de sí mismos la estéril agonía de

(*) Así dice y escribe nuestro pueblo. *Ambir* es la forma admitida por la Academia.

sentirse traicionados por la fuerza fraterna de los pitiyanquis. Había, pues, en 1883 testimonio elocuente de que nos manteníamos fieles a la independencia ganada por el bravo pueblo que siguió la inspiración creadora de Bolívar.

Pero nuestra cuenta del momento es con el tabaco y no con los bolivarianos. Cualquiera al bulto diría que nos falta tabaco, pero no es cierto. Sí hay tabaco, aunque no sea para enriquecer a los venezolanos. Nuestro tabaco, como todas nuestras cosas, es para hacer más ricos a los gringos. Conste que a Manuel Octavio Romero Sánchez y a Juan Penzini Hernández nadie los tiene por peligrosos "enemigos del orden". No, señor. Son autorizados juristas de ideas conservadoras, que simpatizan con la defensa que los yanquis dicen que están haciendo de la "civilización occidental", y que llegan a extremos de tan mal gusto como dirigir elogios al mismo señor Truman. Pues, con todo y eso, nuestros compatriotas citados no han perdido la fibra nacional, y recientemente han desnudado los horrores de la explotación de nuestro suelo tabacalero por la Cigarrera Bigott y por la llamada Venezolana de Tabaco, vinculadas al pulpo internacional de la American Tobacco Company. (Una especie de United Fruit Company, con sus mismos sistemas de expoliar a los cosecheros a cuenta de créditos, pagaderos en especie, "que los técnicos de la empresa tienen la misión absoluta de clasificar" y de imponer el precio, como con el banano hacen las Fruteras. Curioso que no hayan usado con estos tabacaleros protestantes el mismo argumento que la United Fruit esgrime en estos días contra el Gobierno guatemalteco que protege a los cortadores de bananos. ¡Cuidado con defender en esa forma nuestra riqueza! Aunque sean conservadores los abogados, el Departamento de Estado puede darles el mote de comunistas) (*).

Nuestras setenta y más fábricas antiguas de cigarrillos y tabacos han desaparecido, para ser absorbidas por los funestos tentáculos del capitalismo monopolista. Nuestros amigos

(*) Se me informa por persona bien ilustrada que el único vínculo que tiene la Tabacalera Venezolana con capital extranjero lo representa la participación que en ella tiene la firma Beco-Alcoa. Sin embargo, este vínculo parece ser bastante fuerte y fuera de Venezuela he tenido ocasión de comprobar la inclusión de la firma en la órbita de la American Tobacco.

nos pintan "una Compañía norteamericana amasando millones que brotan del seno de la tierra y del vicio nacionales y unos agricultores famélicos que aran la tierra para cosechar miserias y deudas. A la luz de los nuevos métodos de la política continental, este sistema de explotación debe desaparecer por antiamericano, y desde el punto de vista de los principios científicos sería infame que no se detengan las leyes venezolanas a reparar tanta onerosa y negra injusticia".

Quizá no estemos de acuerdo en que el cuadro pintado por los distinguidos juristas citados contravenga el actual sistema de política continental, pues no tiene otro propósito el capital yanqui que la influye sino poner a trabajar al peón latino-americano en beneficio de sus réditos. Lo demás no es sino gelatina para la publicidad.

Mas la suerte de nuestro tabaco no para en esto. Junto a la explotación de la industria por el capital extranjero o semi-extranjero, está la explotación directa de los fumadores por el mismo capital. Hay que ver cómo se fuma en Venezuela cigarrillo americano, ¡y a qué precios! Hasta los mismos peones que trabajan para el industrial gringo, fuman cigarrillos Camel, Chesterfield y Philips Morris. Y cuando se ha tratado de mejorar nuestra relación comercial con el yanqui, los propios agentes de los cigarrillos extranjeros se han adelantado a tomar la personería económica de la República y a llamar "comunistas" a los defensores de la industria criolla.

No hay razón alguna para que en Venezuela no se hayan tomado medidas contra la introducción abusiva del cigarrillo norteamericano, mucho más cuando los fumadores de rubio pueden lograr magníficos tipos entre los que produce la industria semi-nacional. Parece que el llamado industrial criollo no tuviese interés en defenderse del importador, por cuanto pertenecen todos a la misma familia internacional encargada de expoliar nuestro suelo en una u otra forma. Todo queda, pues, entre hermanos ocupados en el mismo oficio y que frecuentemente aparecen tirándose de las greñas. "Así se extrae y emigra la riqueza del país. Dólares que aquí se multiplican y vuelan a otras tierras, dejando míseros salarios y estela de decepción y desánimo ciudadano", escriben Romero y Penzini. Así emigra y se convierte en humo todo lo nuestro. Humo, humo, humo. Todo se va a las nubes,

camino de las estrellas. Al pueblo se echa humo en los ojos para que crea los cuentos de brujas con que es explotada y aprovechada su beatífica paciencia, y para la hora de una centrada vigilia, se le recomienda leer *La Historia del Tabaco...*

YUCA

"Comida para contra la gula", dice el jesuita José de Acosta que llamaban los de su comunidad de La Española al pan de casabe. Y agrega: "Es necesario humedecer el cazavi para comerlo, porque es áspero y raspa; humedécese con agua o caldo fácilmente, y para sopas es bueno, porque empapa mucho, y así hacen capirotadas de ello." Aspero y bueno "para contra la gula", el casabe ha sido, como la yuca, de donde viene, el más leal, modesto y aprovechado recado de boca del pueblo venezolano. Que se acabó el antiguo trigo, que escasearon las papas, que faltó el arroz, que subió el maíz, se escucha en hogares y mercados. En las poblaciones que lo comen nunca faltan las buenas tortas de casabe. Cuando la langosta destruye los maizales, queda la yuca. Cuando la cosecha de papas se pierde, la yuca perdura. Hay venezolanos que no saben comer casabe. Yo me sentí integralmente nacional cuando pude estimar por igual los diversos panes que consume el pueblo.

La yuca es para nuestro pueblo un grande amigo. El español la encontró en el conuco indígena, junto con la enhiesta caña del maíz. Para nuestros indios, procedentes de la selva amazónica, la yuca y sus derivados, corresponden al "complexo de mandioca" de los Tupi-Guaraní, que Arthur Ramos enfrenta al "complexo do milho" de los indios del Centro y Norte de América. (Yuca-Maíz, como distintivos de la cultura agraria de las grandes masas pobladoras del Nuevo Mundo.)

Cuando el español llegó al territorio que hoy es Venezuela tropezó con indios que poseían los tres principales productos utilizados como base alimenticia: maíz, papas y yuca. *(Manihot dulcis y Manihot utilissima.)* El primero, o sea el maíz, pasó a competir con el trigo importado; la yuca

quedó más en el ámbito rural. Sin embargo, fue desde el principio aprovechada como fuente de nutrimento general. "Es un pan muy sano, y suple por el Vizcocho", escribía en 1764 del casabe José Luis de Cisneros.

Generosa planta, la yuca fue compañera inseparable del indio. En ella tuvo el aborigen fuente para varios fines. "Pan para sustentar la vida: licores de dulce e agro, que les sirve de miel e vinagre: potage que se puede comer, e se hallan bien con él los indios: leña para el fuego, de las ramas de esa planta cuando faltasen otras, e veneno e ponzoña tan potente e mala", escribió Fernández de Oviedo en su maravillosa *Historia General y Natural de las Indias*. Desde las tierras calentanas de los litorales hasta alturas vecinas a los dos mil metros, prospera la yuca, que, al igual del banano, no pide auxilio al riego ni a la podadera. Planta de aguante, ha sido el sufridor del admirable, paciente y generoso pueblo venezolano.

Como recado de olla se la utiliza para nuestro típico sancocho. Un sancocho sin yuca, así lo acompañen las mejores raíces, es sancocho fallo. Como "cosa de pan", según dicen en el Táchira, compite en la mesa con la arepa y con el plátano; como golosina de buen precio, los buñuelos de yuca dan tipicidad a la cena navideña de muchas regiones venezolanas. (Hoy, desgraciadamente, la pedantería y el mercantilismo están sustituyendo nuestros buñuelos y nuestro dulce de lechosa por unos ponqués cargados de esencias que traen de Estados Unidos para la Navidad.)

Cuando se le ha quitado la fécula, utilizada como harina y como almidón, se hace con ella el casabe, que es pan complementario en la alimentación de nuestro pueblo. En los mercados de las principales poblaciones del Centro, del Oriente y del Sur de Venezuela, la torta de casabe tiene despacho como artículo de primer orden. Sobre el blanco mantel compite con el aristocrático pan de trigo. La diabetes de un buen obispo ha provocado la estilización del casabe. Para quitar todo gluten al prelado, se le recomendó casabe. Sus hermanas dieron en fabricar una maravillosa torta que, saltando de los manteles episcopales, salió a las casas amigas. A poco el casabe estilizado llegó a ser fino bocadillo en las grandes fiestas de sociedad. Ha logrado el honor de ser servido en bandejas de plata.

Cuando los valores nacionales se disuelven, la yuca logra sitio de excelencia. Humildemente vivió en los campos como agricultura de segundo orden. A nadie enriqueció jamás su venta ni la venta de sus magníficos productos. De hacer casabe y almidón han vivido muchas familias rurales. Ni se le ha monopolizado ni se le ha acaparado por logreros. Recolectar casabe fue misión principalísima de los preocupados intendentes de la guerra heroica. Con cecina, panelón y casabe mantuvieron sus fuerzas homéricas los soldados que nos dieron independencia. Más que al trigo, más que al maíz, la libertad debe a la yuca. Si nosotros llegásemos algún día a elegir un refrigerio para nuestra Pascua patriótica, tendríamos que celebrarlo a gusto de cecina, panelón y casabe. Ni indio, ni español, sería mestizo como nuestra sangre, como nuestra conciencia, como nuestro mundo.

Guaicaipuro, el Negro Miguel, Andrea de Ledesma, Juan Francisco de León, Simón Bolívar reforzaron sus energías con el blanco pan de la yuca. Pan resistente, el único que jamás nos ha traicionado, reclama nuestra devoción y nuestro elogio. Para honra de quien tanto nos ha servido y para alivio de nuestra carencia de otros panes, debiéramos elevar el *mañoco* a la dignidad que quiso dársele cuando, durante la Segunda Guerra, se ordenó que le fuese agregado a la harina de trigo en la elaboración de pan. "Harina del país" lo llamaron los portugueses del Brasil para distinguirlo de la "harina del Reino", como era nombrada la de trigo.

"Dura el cazavi mucho tiempo, y así lo llevan en lugar de viscocho para navegantes", agrega el padre Acosta. Fuerte, sí, como la propia presencia del pueblo. Dura, no sólo para navegantes, sino como expresión de una economía que ha resistido todo abandono. La yuca es el mejor símbolo de nuestra paciencia y de nuestra fuerza resistente. La yuca, que ha sido dadivosa y leal en todo momento de nuestra historia.

Como testimonio de nuestro propio reencuentro debemos mirar hacia estos valores agrícolas que sirvieron de nutrimento a nuestro pueblo antiguo. ¿Por qué no se realiza una campaña dirigida a intensificar el consumo del pan de nuestra tierra?... Nuestro casabe, nuestro mañoco, nuestro plátano, nuestra arepa, ¿no serán suficientes para reducir a lo estrictamente necesario la introducción de harinas ex-

tranjeras? Siempre hemos caído en la ridícula preferencia por las cosas *Made in U. S. A.* o *Made in England.* Del Norte están viniendo, para deleite de incautos, *Orange pie* y cosas por el estilo. Una señora me acaba de informar que están trayendo arepas de Estados Unidos. Lo malo no es que las traigan sino que las dejen entrar. Pero nosotros, no sólo las dejamos entrar, sino que las compramos. ¡Cómo desechamos lo nuestro! ¿Puede alguna torta reseca venida del Norte, competir con la deliciosa *Naiboa*, con que nos regala el casabe, cuando se le adereza con queso y jarabe de papelón?

Claro. Tú, imbécil pitiyanqui, no la comes, porque es plato de la tierra. Tú necesitas algo que te aristocratice. Algo que diga cómo eres persona "bien". Tú podrías comer la *Naiboa* si te la sirvieran en el Waldorf Astoria. "¡La cátedra!", "Estos gringos sí saben comer", sería entonces tu lela expresión de descubridor de los valores que menosprecias en tu propia patria. De espaldas a lo nuestro, con los ojos puestos en los caminos por donde se fuga la responsabilidad, no advertimos cómo los otros hacen caída y mesa limpia con las cartas de nuestros más altos valores nacionales. Volvamos humildemente sobre nosotros mismos, y en lo nuestro, en nuestra tradición, en nuestra Historia, en nuestro suelo agradecido, hallaremos la claridad que nos permita ver el verdadero rumbo de nuestro pueblo. Afinquemos nuestra voz sobre los valores de la vieja libertad garantizada por la autonomía de nuestro pan. No olvidemos que la palabra insolente de Drew Pearson tiene voluntades que la empujan y hacen coro. Empieza el desvergonzado columnista por asentar una verdad: "La economía de dichos países (Venezuela entre ellos) depende, casi por completo, de los Estados Unidos." Esto nadie lo niega. El más sufrido nacionalista ha de reconocer esta desgracia, como el leproso sus úlceras pésimas. Lo demás es la consecuencia: perdida la autonomía económica, los pueblos acaban por perder también su autodeterminación política. Por eso, sin mayores escrúpulos, el infame vocero del Tío Sam insinúa la entrega de nuestra soberanía de república. Claro que Drew Pearson no está a sueldo ni es agente del Departamento de Estado. Pero es la voz del Tío Vivo. Carrussel y Tío Vivo valen lo mismo. Y el Tío Sam es el "tío" vivo.

TIERRA OCUPADA

Cuando el Departamento de Estado creyó necesario a los intereses de Estados Unidos intervenir en la política de Nicaragua y de la República Dominicana envió sus lindas y poderosas naves a las playas desguarnecidas de ambos países. La América hispana siguió con devoción ejemplar el calvario de Las Segovias, donde Sandino se convirtió en símbolo feroz de la resistencia contra el grosero invasor. Sandino no era un santo. Sandino fue una fuerza puesta al servicio de la América libre. La invasión se hacía entonces por medio del *big stick* con que el viejo cazador de tigres africanos quiso dominar la altivez de la América española.

Los medios han mejorado en los últimos años, y hoy para la ocupación no es necesario hacer uso de marinos ni de lindas naves de guerra. La ocupación se hace lentamente, suavemente, alegremente. No es preciso exponer el propio pellejo ni asustar a los indígenas. Todo lo contrario. Los indígenas se sienten profundamente complacidos. "No hay como los jugos americanos", decía en estos días cerca de mí una fatua señora de la aristocracia caraqueña. "Eso de que a una no le quede ni el olor del verdín en la mano es una gran cosa." Esta señora es una legítima pitiyanqui al servicio inconsciente de la invasión extranjera. Y lo que se diga de los enlatados puede y debe decirse de los demás artículos importados. Son los marinos de la nueva ocupación, a quienes los alegres pitiyanquis abren festivamente los caminos de la nación.

Acabo de recorrer el inmenso valle de Quíbor y El Tocuyo. Hay sembrado un poco de sisal, que lejos de trabajarse en su totalidad, se exporta en su mayor parte como materia prima, con mengua de la industria nacional. La tierra está reseca y sedienta. También está sedienta la hermosa ciudad de Barquisimeto. Si esa tierra tuviese riego, allí crecería hasta el árbol del Bien y del Mal. Basta mirar las copas luminosas de los robles y de los araguaneyes que acusan la

vecindad subterránea de las venas de agua, para pensar en el milagro que allí harían, si no unos embalses, al menos unos molinos de viento o unas bombas movidas con petróleo. Eso sería sembrar el petróleo para que naciese pan comestible. Pues en aquellos ardientes y desolados caminos se encuentra el pasajero a cada paso con los marinos de la ocupación. "Fume Camel", "Tome Coca-Cola", "El Chesterfield es mejor", "Sopa Continental de pollo y fideos", "Beba Bidú", "Consuma Avena Quaker", "Coma Queso Kraft". Se olvidan quienes plantan estos avisos que al hacerlo arruinan la soberanía económica del país. Digo mal. Quienes lo plantan no saben lo que hacen. Hay mayores de edad que pueden hablar por sí propios. Aquéllos obran inadvertidamente, como el recluta que dispara inconsciente contra su hermano. Los culpables son los pitiyanquis, que hacen el juego a los invasores. El pueblo que consume estas cosas es empujado a ello por sólo la propaganda y la moda. La publicidad al servicio irrestricto del extranjero es como la tienda de los Esfialtes. Ahora se le hace propaganda al camión amarillo de la Coca-Cola, como al Mensajero de la Buena Vecindad. Estamos. (En Francia e Italia se llama "cocacolos" a los pitiyanquis.) A fin de que esa "buena vecindad" prospere es necesario destruir todos los valores sencillos, ingenuos, amables que se conjugan para dar resistencia realista a las líneas morales de nuestra tradición nacional.

En Barquisimeto, tierra rodeada de ingenios y de trapiches, busqué un vaso de guarapo. Al fin de algunas vueltas, un chófer fue conmigo a la única guarapería que hay en la ciudad. Una sola venta de guarapo existe en la capital opulenta de la caña de azúcar. En cambio, la ciudad ofrece el espectáculo desagradable de que se vean por todas partes los llamativos avisos de las bebidas extranjeras. Cuando yo rodaba por las calles de Barquisimeto pensaba si tiene algo que hacer la superficie comercial de esta gran urbe con la urbe antigua, donde la República tiene guardados tantos valores de entereza y de cultura.

A fuer de imaginativo fabriqué mil cuadros argumentados en los funestos avisos que despersonifican las ciudades de Venezuela. ¿No se habrán dado cuenta las autoridades de que estos vistosos avisos son en realidad como banderas que anuncian el triunfo del enemigo? Para recibir a Boves, los

colonialistas de 1814 ocultaban el tricolor mirandino y vestían la ciudad con las banderas que simbolizaban la soberanía fernandina. Era el más elocuente testimonio de adhesión al régimen victorioso. Los anuncios de mercaderías yanquis son el testimonio de nuestra inconsciente renuncia a la soberanía nacional.

Pero estos diligentes marineritos que libran tierra adentro la batalla de la ocupación tienen sus magníficos cuarteles en las capitales. En Caracas y Maracaibo, pongamos por caso, existen esas maravillosas tiendas que se llaman Sears Roebuck. Son pedazos de Broadway y Brooklin trasladados a nuestro patrio suelo. Parecidos a estos establecimientos debieron haber sido los depósitos de la Compañía Guipuzcoana, contra los cuales se levantó en nombre de la Patria Juan Francisco de León. Estos grandes almacenes indican la plenitud de señorío de los yanquis en nuestro suelo. Cuando uno piensa en la Embajada Americana, dominando a la ciudad desde la sagrada eminencia de un repliegue del Avila; en los grandes palacios de la Creole; en los super-almacenes de Sears; en las primorosas exhibiciones de automóviles y en los mercados del señor Rockefeller, se siente como si le estuviesen aplicando Seconal-sódico. La conciencia se deshace y no sabe uno qué capítulo de la Historia está viviendo. Pues bien, cuando se inauguran estos grandes teatros del mercantilismo yanqui hay derroche de regocijo criollo, y hasta el obispo, arreado de capa pluvial y brillante mitra, los bendice como si se tratase de bendecir un manadero de agua clara.

Vigorosamente guarnecidas y vigiladas por el ojo militar pueden estar nuestras costas. Ello no obsta para que los marinos de la ocupación sigan entrando. Y sigan siendo alabados por los pitiyanquis. Su derrota y expulsión es problema de conciencia y problema de realidad. Necesitamos una vigilante actitud que nos permita detener el paso a estos festivos intrusos. Cerrar una fila de conciencias que ni se abran a los halagos fáciles ni se dejen rendir a los cantos de sirena. De otra parte, mirar hacia una tierra que pierde, por el abandono, su alegría salvadora. Lo que nos da su entraña opulenta, convertirlo en riego, en máquinas y abonos que hagan cuajar y multiplicar las diversas cosechas con que abastezcan las industrias y mercados. Nuestro petró-

leo y nuestro hierro, retornarlos a la tierra en ferrocarriles, en diques, en tractores, en molinos que aumenten la verdura de un suelo que pierde, por la sed y el abandono, la alegría antigua. La antigua alegría de las tierras cultivadas por hombres libres, que sabían vivir la digna pobreza con que aseguraba el derecho a morir como ricos e independientes...

MI INFANCIA Y MI PUEBLO

(EVOCACION DE TRUJILLO)

La patria de cada hombre era la parte de suelo que su religión doméstica o nacional había santificado, la tierra donde reposaban los huesos de los antepasados y que estaba ocupada por sus ánimas. La patria chica era el recinto familiar, con su tumba y su hogar. La patria grande era la ciudad, con su pritáneo y sus héroes, con su recinto sagrado y su territorio marcado por la religión. "Tierra sagrada de la patria", decían los griegos. *Foustel de Coulanges. La Cité Antique.*

Es el asiento un valle pequeño, entre sierras muy altas y tan angosto que hay poco más de lo que ocupa el pueblo. Y pasa junto a él un río pequeño que corre derecho al Sur, y encima del pueblo, en una quebrada pequeña, nace una fuente de agua muy buena que riega todo el pueblo. Hiere en el asiento del pueblo muy de lleno el Norte. Es pueblo muy sano, así para los españoles como para los naturales, aunque el sereno de la prima es malo. *Relación de los Alcaldes y Regidores de 1578.*

Le 15 (de septiembre de 1678) le padre a Soacre (Asuaje) curé de la grande Esglyse criolle de la ville et fort homme de bien vint parler avec moy et moffrir quatre mille pieces de huict pour le rechapt de la ville avec mille Pacquets de farine, je luy laissé la ville a vingt cinq milles, je Brule sette pauvre vill Puchel quy avoit coust plus de huict cent mille Escus apres avoir coupe les Esglises d'avec les maysons, et fait porter les Crucifix, nostre dame et les Images dans la paroisse et le mesme jour je partis. *Relación de Grammont al Conde d'Estrées.*

...pues fenecidos los disturbios que tanto los molestaron, se ha mantenido aquella república hasta los tiempos presentes con tan general sosiego entre sus vecinos, que sólo por cumplimiento necesita de justicia; pues en igual conformidad unos con otros, ni saben lo que es litigio ni conocen la discordia; y deben tal beneficio al benigno influjo del cielo, que basta saber que uno ha nacido en Trujillo para que en la común estimación sea reputado por de afable natural, de noble trato y de una intención sana y sin malicia. *José de Oviedo y Baños. Historia de Venezuela.*

...puede decirse que cada trujillano paga el debido tributo a la prosperidad pública. *Depons. Viajes.*

MI INFANCIA Y MI PUEBLO

CARTA PRIMERA

Mi muy amable y generosa amiga: Se dibujó en su rostro una linda sonrisa, medio sarcástica y medio maliciosa, cuando anoche me oyó decir que había nacido yo en "la tierra de María Santísima".

Ni el amigo que ocasionó la respuesta ni usted misma hicieron comentario que hubiese provocado oportunamente el tema que llenará esta carta. Mas la idea del sarcasmo o de la malicia que pudo animar su sonrisa me ha puesto hoy a pensar que debo explicar a usted, generosa amiga de todos los tiempos, la razón de la frase que puede haberla movido a juicios inciertos.

Cuando los trujillanos llamamos "tierra de María Santísima" a nuestra región nativa, más que por recordar el mariano y pacífico patrocinio original, o por imitar a los alegres sevillanos, lo hacemos movidos del deseo de testimoniar en forma sencilla el arraigado afecto para nuestro lugar de origen. Cuando muchacho vine a Caracas, la aprendí de labios de ingenuos y recios varones de mi provincia, que querían expresar con ella el inmoble cariño al lejano y maravilloso pedazo de tierra donde habían nacido. El afecto a mi región no me llevará jamás a desconocer el derecho, pongamos por caso, que tiene nuestro amigo para también llamar a Coro "tierra de María Santísima", ni menos el que Pastor Oropeza ejerce cuando, para sentirse más venezolano, va a tomar fuerzas en su Carora nutricia. Tanto como yo deben ellos de amar y de respetar la porción de territorio nacional donde adquirieron el indeclinable y sagrado derecho a ser llamados venezolanos. Sarmiento, argentino por excelencia, fue sanjuanino hasta los tuétanos. Bolívar, en el apogeo de su gloria, pensaba con ternura en su Caracas nativa.

Esto del regionalismo es problema demasiado traído y demasiado mal llevado en Venezuela. Yo lo he abordado en distintas ocasiones y bajo diversos aspectos, y sin ser un cegado regionalista, todo lo contrario, un cabal nacionalista, creo que jamás sentirá el neto valor y la responsabilidad

plena de lo nacional, quien no sienta vigorosamente los vínculos amorosos que lo unen a la tierra nativa. Ni crecerá cuanto es debido la gran patria, si al deseado crecimiento no precede un esfuerzo por levantar, en función acoplada y conjugante, los valores de las patrias chicas. Todo es mera cuestión de proporciones.

Al buscarme a mí mismo en función de venezolanidad, tropiezo con Trujillo y con su historia. Con la misma Caracas, honra y prez de la Venezuela integral, me encuentro, como trujillano, siglos antes de haber nacido. Mi pueblo es nombrado en los textos de historia nacional cuando se describe la jornada fundadora que se confió a Diego de Losada, a quien acompañaron en su afortunada empresa veteranos conquistadores que residían en la ciudad de Trujillo, entre ellos nada menos que Alonso Andrea de Ledesma. La larga y fecunda historia que me da título para saberme venezolano se desarrolla en el estrecho valle donde los peninsulares clavaron, para la permanencia del esfuerzo, la tienda de beduinos que fue mi ciudad durante más de diez años. "Ciudad portátil" la llamó Oviedo y Baños.

Sabe usted por el ya largo conocimiento que de mí tiene cuánta es mi pasión por Venezuela. Recuerda el entusiasmo con que en cierta oportunidad le comenté cómo mi admirado amigo Luis de Oteyza me había dicho que se abstuvo de recomendar libros míos para una biblioteca venezolana que se traduciría al francés, por estar mis obras exclusivamente destinadas a temas nacionales, de ninguna utilidad para lectores extraños. Nada me ha llenado de mayor orgullo que se descalifique mi obra por ser considerada excesivamente venezolana. Intencionadamente, toda mi modesta labor literaria se ha dirigido a ahondar en la entraña fecunda de la patria venezolana. Y esa patria la ganaron para mí los abuelos que desde el siglo XVI fijaron su residencia en la ciudad de Trujillo. Ellos salieron después a defenderla del pirata que amenazaba su integridad, y ellos lucharon más tarde por hacerla independiente de España. Por gravedad histórica me corresponde luchar hoy contra la bandera de los piratas nuevos y contra los criollos que sirven a la nueva piratería.

Cuando cito mis abuelos no crea tampoco usted que estoy haciendo necio alarde de hidalguía. Mis abuelos eran gente llana, como los abolengos de la mayoría de los venezolanos.

No fueron grandes "cacaos" y algunos llegaron a ser vistos de menos, porque llevaban sangre esclava en las venas; otros, en cambio, lucieron pergaminos y blasones. Mi abuela materna, la única que conocí, ordenó que blasones y doradas letras fueran echados al fuego abrasador. Buena republicana, no entendía otra nobleza sino la virtud, y tuvo el premio de haber contado por hijas a matronas de verdad. Una de ellas fue mi madre.

Aquí permitirá usted que me empine en cumbre de subido orgullo. Tomo del gran Cecilio Acosta ejemplo de ingenuidad, para decir que no hubo en el mundo mujer como mi madre. ¡Y era ella de Trujillo! Cuando la pienso, he de verla siempre unida al panorama de mi tierra nativa. Y porque amo desmedidamente el recuerdo de mi madre he de amar con pasión semejante el lugar donde ella me dio a luz y donde me nutrió para la vida.

Tenía yo algo más de once años y era el mayor de cinco hermanos cuando se nos murió el padre. Y mi padre (¡qué gran señor era mi padre!) tal vez no hubiera hecho por sus hijos sacrificios mayores que los realizados por nuestra bondadosa madre. ¡Con qué orgullo la recuerdo cuando dejaba el lecho, antes de amanecido, para empezar el rudo trabajo de donde granjeaba los medios de sustentar a la familia; Quizá alguna vez hablé a usted de la justiniana pobreza, como decimos en Trujillo, en que discurrió mi infancia, y de los medios de que mi madre se valió para que nuestra modesta posición entre compañeros ricos no llegase a crearnos complejos de inferioridad. Jamás se dejó abatir por las necesidades a que tuvo que dar frente. Como hizo de padre, fue dura y recia para encaminar a los hijos, sin que dureza y reciedumbre llegasen a mermar por nada la infinita ternura que era esencia de su espíritu.

Los años más felices de mi vida los pasé en Trujillo, al lado de mi madre. Ella me hizo amar la vida y me enseñó a buscar como finalidad de las acciones humanas algo más que la satisfacción de un lucro material. Todo ese idealismo de que usted y muchos amigos me motejan, lo debo a que mi madre me enseñó a soñar desde muy niño. Como soy de muy buena memoria, recuerdo que ella me explicaba el lento vuelo de las nubes. Más tarde, nos habló de que el hombre vale por sus actos y no por la monta de sus bienes. Me

vio en cierta oportunidad triste, porque mi vestido estaba viejo y mis compañeros de colegio, como eran días de Pascuas, estrenaban traje. Ella disimuló mi tristeza e hizo caer la conversación sobre lo poco que valían los vestidos cuando los estudiantes no alcanzaban buenas calificaciones en los exámenes. "Tu traje viejo —me agregó— se me hace nuevo y brillante cuando recuerdo que figuras entre los primeros de tu clase."

Pertenecía mi madre a familia que ocupaba los primeros rangos en mi región nativa. Pero ella creyó más en el mérito de la acciones que en el valor circunstancial de los apellidos y de las posiciones sociales. Nos enseñó, por consecuencia, a ser llanos y a buscar en la conducta el mejor título de las amistades. Pero sobre todo, ella nos quiso formar para el mundo de las letras. No escatimó esfuerzo porque sus hijos estudiásemos. Hasta de maestra hizo, y cuando memorizar entraba en los métodos pedagógicos, ella dejaba sus quehaceres para "tomarnos" las lecciones, aun cuando se tratase de materias que no entendía.

La historia de mi madre, que es parte sustancial de la historia de mi vida, está unida placentariamente con Trujillo. Para conocerme a mí mismo he buscado, pues, el hilo materno que me enlaza moralmente con el pasado de mi pueblo. Para saber quién soy y para saber lo que es la gran patria venezolana, tuve que empezar por buscarme a mí y por buscar mis raíces venezolanas en el suelo y en la historia de Trujillo.

¿Ve usted, mi buena amiga, cómo no procede de censurables orígenes la frase ingenua que comento? Tengo razones de sobra para llamar a Trujillo "la tierra de María Santísima". Nací en ella por haber sido hijo de mi madre y para que hoy, lejos de sus montes y de sus ríos y viajera ella por mundos siderales, comparta con usted el orgullo y la fiesta de ser venezolanos.

En Trujillo comencé a vivir una vida de doble historia. La que va con los años corridos desde mi nacimiento y la que hacia atrás me lleva hasta los tiempos felices y duros en que llegaron, con la ciudad, los hombres que trajeron de España los símbolos de nuestra cultura. Esta historia es larga y fecunda.

Sabe usted, porque así lo dicen los viejos historiadores,

que mi pueblo fue hasta el año en que lo incendió el pirata Grammont, ciudad que discutió con Caracas la primacía en la provincia de Venezuela. Rico semillero de la Patria, allí se formaron eminentes varones de la nacionalidad, inclusive el primer gran criollo venezolano. Me refiero a Juan Pacheco Maldonado, hijo del fundador Alonso Pacheco, venido a luz el año de 1578. No es malo hablar de estos hombres, y por ende usted disculpará que alargue estas líneas con los datos que tenemos de su vida y de sus hazañas.

Dieciocho años contaba cuando salió como sargento mayor de cierta tropa destinada al castigo de los indios jirajaras, que se habían levantado en las bocas del río Motatán, y que, penetrando por los llanos del Cenizo y de Monay, llegaron a incendiar establecimientos que los criollos tenían en esta ubérrima región, hoy vuelta a su saludable fecundidad antigua, gracias a la eminente labor sanitaria del gran trujillano Arnoldo Gabaldón, modelo de ciudadanos y de rectos hombres. Años después, y cuando apenas contaba veintidós, recibió una de las varas de alcalde de la ciudad, y como ocurriera durante su ejercicio la muerte del gobernador y capitán general don Gonzalo de Piña Ludueña, le tocó asumir tal carácter en la ciudad de Trujillo. Recuerda usted que con motivo de las desavenencias ocurridas a la muerte de Alfínger, de Pérez de Tolosa y de Villacinda, los criollos empujados por el recio espíritu de autonomía que distinguió sus actos, diputaron ante la Corte a don Sancho Briceño, con el encargo de lograr confirmación del derecho de suplencia, que, de propia autoridad, habían ya ejercido los Cabildos al ocurrir la muerte del gobernador. Ganada la Cédula en 8 de diciembre de 1560 venía a ejecutarse por vez primera en la ocasión del fallecimiento de Piña Ludueña y con esto a disgregarse transitoriamente el poder que residía en las reales autoridades de Caracas, para que los alcaldes de Maracaibo, Trujillo, Carora, El Tocuyo, Nueva Segovia, Nueva Valencia, Ganaguanare y San Sebastián de los Reyes, ciudades capitulares de primer orden que integraban la vieja Venezuela, ejercitasen en su respectivo distrito la suprema autoridad, por medio de los alcaldes-gobernadores.

En 1606 el gobernador Sancho Alquiza designó a Pacheco Maldonado su teniente en Trujillo y Maracaibo, y con tal título salió al sometimiento de los indios toas, aliles, parau-

tes, quiriquires y zaparas, que por catorce años estaban levantados contra las autoridades, en mengua y con riesgo del comercio y de la tranquilidad del Lago. Más de doscientos españoles y criollos habían perecido a manos de los rebeldes, inculpados de haber incendiado cosa de sesenta fragatas que hacían el tráfico entre Santo Domingo, Santa Marta y Cartagena con Pamplona, Mérida y Maracaibo. La peligrosa empresa concluyó con el apresamiento y ahorcadura del cacique Nigale, antiguo criado del capitán Alonso Pacheco, y con la total pacificación de las costas y ríos navegables. Las Audiencias de Santa Fe y de Santo Domingo, el gobernador de Venezuela y los cabildos de Trujillo, Mérida, Tunja, Nueva Zamora y Cartagena elevaron memoriales al rey para que se premiasen con hábito militar, gruesa renta y alto mando los servicios de Pacheco Maldonado. De "bueno, limpio y recto" lo calificó el juez que le tomó residencia en 1619, al terminar su cargo de gobernador de los Musos y Tolimas, en el Nuevo Reino de Granada, donde, entre otras cosas provechosas al servicio de la república, organizó la explotación de las minas de esmeraldas. Luego, al crear el rey la Gobernación y Capitanía General de Mérida, con el territorio del antiguo Corregimiento y con el de la Gobernación de La Grita, le fue aquélla encomendada por ocho años. Vuelto a Trujillo, asentó casa en la ciudad y a ella fueron caballeros de calidad a buscar la mano de las hijas, mientras los hombres estudiaban en Salamanca y desposaban a hijas de virreyes. El marqués de Marianela, gobernador de Venezuela por los años de 1623, y más tarde de Murcia, Lorca y Cartagena del Levante, casó con doña María del Aguila; el gobernador de Cartagena, don Francisco de la Torre Barreda, contrajo matrimonio con doña Juana, quien tuvo nuevas nupcias con don Manuel Felipe de Tovar; doña Josefa, casó con el acaudalado mayorazgo Francisco Cornieles Briceño.

Primero, pues, entre los nativos de Venezuela que llegaron por su esfuerzo a la dignidad magistraticia de una provincia, fue este recio criollo que marca la plenitud del segundo tiempo en el proceso formativo de la colonia (*). Ya

(*) Primero que ganó por sí propio una Gobernación, pues Villandrando tuvo la de Margarita en razón de herencia.

he escrito que nadie como Alonso Andrea de Ledesma tipifica la voluntad de asiento de las masas humanas que se trasplantaban a nuestra América. Como los otros conquistadores, estuvo en el largo recorrido de la tierra, cuya paz precisaba resguardar, y más tarde asistió a la fundación de las ciudades. Fijado ya camino a la vida civil, recibió tierras para los nuevos cultivos e indios que le ayudasen a su trabajo. Por último, salió en trance de Quijote a defender los privilegios de la nueva patria, cuando el pirata vino a saciar la sed de rapiña con el trabajo de los colonos de España.

Pacheco Maldonado es otra cosa. América siente ya el arraigo del trasplante español. No es el invasor que lucha contra el señor aborigen, sino el nuevo indígena que vence al indígena viejo. El mundo de la barbarie que se va, frente al mundo de la nueva cultura que ha enraizado en las Indias. Es señor de tierras que le legaron los mayores: su padre fue fundador; su abuelo materno, Francisco Graterolo, también lo fue. Sirve al rey, pero se sabe caudillo de estos términos. En las sabanas de Monay, por 1927, duraban aún las ruinas de su casa de campo. Allí seguramente fueron a visitarlo los aspirantes a la mano de las hijas. Posiblemente en aquella verde y deliciosa llanura nació Antonio Tovar Bañes, el nieto, a quien su tío, el obispo fray Mauro, bautizó en la iglesia de Trujillo. En 1640 se le nombraba aún, con orgullo de los curas que asentaban partidas bautismales, "el gobernador Juan Pacheco Maldonado". Era un título perpetuo que honraba a la ciudad. Pasarán los años, y el biznieto Antonio Pacheco, con las rentas heredadas de la familia materna, cuyo apellido toma, comprará el condado de San Javier. Por él, las armas de los Pachecos de Trujillo, dos calderas con sierpes, fueron de las últimas en lucir sobre un portal de casa caraqueña. Yo las vi en la vieja casona destruida para edificar el palacete, desairado y sin aire, donde hoy funciona el Ministerio de Educación.

Mire usted cómo mi pueblo nutrió desde la alta colonia el rancio señorío de Caracas. Después le dará a los Mendozas, encabezados por el severo don Cristóbal, primer ejercitante de la suprema magistratura republicana; a los Montillas, a los Pimenteles, a los viejos Briceños, que ilustran prestigiosas estirpes capitalinas. Y si vamos al mundo de lo religioso, Pedro de Graterol, provisor en 1595, fue el primer

criollo que asumió el gobieno eclesiástico en la sede vacante ocurrida por muerte del señor Palomino. (Era nativo de Trujillo y tío del gobernador Pacheco Maldonado.) Y si fue valiosa la aportación colonial, más numerosa y de igual calidad es la que ha ofrecido para la obra de la República.

Gente de lustre, sobrada de fortuna y de muchas influencias, fue la que se formó en Trujillo durante el primer siglo de colonia. No olvide que Lucas Mexía de Vilches, alcalde de Trujillo en 1571 y 1578, casó con una hija de don Sancho Briceño y que de ellos procede la rama de Francisco Marín de Narváez, abuelo de los Bolívar. Las tierras del Cenizo, más célebres por el dinero en ellas hoy enterrado que por las veces que han ido a los tribunales, eran parte del famoso mayorazgo de Cornieles, el más grande que hubo en Venezuela, y aún de excepcionales proporciones en las Indias. Tan ricos fueron estos señores, que se cuenta en Trujillo cómo paseando a la tarde de un día de fiestas mayores, por la planicie del Este, que mira al río Castán, el mayorazgo y su señora fueron perseguidos por un toro desgaritado de la plaza mayor, y que en el trance de verse con la sola escapatoria del precipicio, prometieron una crecida suma para concluir la fábrica de la iglesia y convento dominico de Nuestra Señora de la Candelaria. Y agrega la leyenda que fue tal la munificencia de los salvados por el milagro, que a su muerte los frailes los sepultaron en el sótano del templo, sentados en sillas de oro, guardando el subterráneo que unía a los hijos de Santo Domingo con los recoletos franciscanos del convento de San Antonio de Padua, situado al otro extremo de la ciudad.

Yo conocí las ruinas de la Candelaria, donde aún se decía misa a mediados del siglo pasado, y presencié con ojos abismados de curiosidad, la vana búsqueda del fantástico subterráneo. También alcancé a conocer a principios de este siglo, los vestigios de la iglesa de San Francisco, cuyo techo fue descargado después de los fuertes temblores de 1894. Vi los altares dorados y las imágenes talladas que se guardaban, parte en casas privadas y parte en la vieja sacristía del convento.

El convento franciscano, conforme a la antigua legislación colombiana, fue aplicado, lo mismo que los bienes del mayorazgo, para sede y rentas del Colegio de Varones. (Su

capital, por el año de 1870, pasaba de cien mil venezolanos. Cuadruplicado, como mínimum, sería hoy cosa de dos millones de bolívares.) Cuando empecé en 1908 mi educación secundaria, asistí a las aulas venerables de aquella antigua y prestigiosa casa académica. Pero en 1913, el general Juan Vicente Gómez buscó los medios de quebrantar la rebelde autonomía de los partidos de Trujillo, y, simulada una alteración del orden local, dentro de la gran simulación que rompía el "hilo constitucional", fue enviada tropa de línea (como dice Gustavo Herrera) a que *pacificase* el Estado. Un batallón hizo asiento en el edificio del Colegio, desde entonces andariego en casas de alquiler. El civilizador Guzmán Blanco lo despojó de sus rentas. La tropa rehabilitadora lo dejó sin casa. En 1934, con ocasión del centenario del lánguido Instituto, publiqué una reseña histórica, con el fin de lograr que le fuese devuelto el edificio por el benemérito gobernante que "tantos servicios había prestado a la cultura de Trujillo". Tan eficaz fue el procedimiento, que el general Eleazar López Contreras, a la sazón ministro de la Guerra, recibió órdenes del general Gómez para proceder al traslado del batallón, pues en el trabajo por mí escrito, mal comentado por algunos trujillanos, tuvo tema eficaz el doctor Enrique Urdaneta Carrillo con que ganar la voluntad del general Gómez a favor del viejo Colegio. Sin embargo, nada se hizo entonces, y la tropa siguió ocupando, con desagrado de los trujillanos, el edificio destinado a centro de cultura, hasta que el ilustre presidente Medina Angarita dispuso moderno cuartel para acantonar las tropas, y la demolición del edificio viejo del convento. Pero como el Colegio está de tuerce, según dicen en estos casos los costarricenses, la nueva construcción, por cierto bastante pobre, se destinó a una concentración de escuelas y el viejo y prestigioso Instituto sigue a merced de que le alquilen un local.

Fallaría la memoria del Colegio si entre las brumas del recuerdo no apareciese la figura venerable del ilustre sabio don Rafael María Urrecheaga, blasón de la antigua cultura de mi pueblo. Yo lo conocí cuando asistí como escolar al antiguo claustro franciscano. Por estar baldado, lo llevaban en silla de ruedas para que dictase la cátedra de griego. De su figura no tengo otra memoria sino la bola de nieve que formaban sus largos cabellos y su barba hebraica. De él

queda también apenas un vagaroso recuerdo. Su obra no tuvo quien la cuidara. Ninguno de los prohombres del Trujillo de entonces se preocupó por la conservación de sus manuscritos y de su famosa biblioteca. Yo vi vender en cestas, como en Trujillo se vende el amasijo, los volúmenes de su librería. A mi padre oí lamentarse de la pobreza que le impedía adquirir tan buenos libros. Entre las pocas colecciones que pudo comprar, figuraban las obras de Jovellanos, que leí en mi juventud. Al margen tenían notas que ampliaban o enmendaban conceptos. Creo que de Urrecheaga apenas se han salvado los catálogos de la lengua timoto-cuicas que envió a Arístides Rojas (después utilizados por Alfredo Jahn) y unas traducciones del alemán, que se conservan en la Sección Rojas de la Academia de la Historia. En el Ministerio de Fomento debe de estar la descripción de un invento suyo para aprovechar como fuerza motriz el oleaje marino. Hasta la edad avanzada de su muerte, creo que por 1907, la cabeza de Urrecheaga era la biblioteca de Trujillo. Lo que no se sabía, así fuese de Teología, de Astronomía, de Leyes, de Historia, de Lenguas, de Botánica, de Artes, quedaba resuelto con preguntarlo a don Rafael. Y abísmese usted, mi noble amiga, don Rafael no salió nunca de Trujillo. Fue el autodidacto perfecto.

Sin pensarlo, me pasé de la leyenda del mayorazgo a la tragedia que más duele a los trujillanos, especialmente a quienes tuvimos ocasión de asistir a clases en el viejo recinto conventual.

A usted referí en cierta ocasión mi paso por la escuela de primeras letras del viejo don Eugenio Salas Ochoa, a donde concurrí cuando frisaba con los cinco años. Aquella escuelita funcionaba al lado de la casa de la "guerra a muerte", donde en feliz hora mi amigo eminente el doctor Numa Quevedo, secundado por Luis Beltrán Guerrero, de excepcional vocación y singular voluntad para ejercicios de cultura, fundó el Ateneo de Trujillo.

El recuerdo amable de doña Ana, la esposa de don Eugenio, que me enseñó el alfabeto, lo evoqué ante la gente vieja de mi pueblo, cuando el año de 1947 fui a Trujillo, para ser recibido en aquel Instituto.

¿Y por qué no disgregar aquí? La vida ha sido generosa conmigo, y la fortuna me ha suplido, para la complacencia,

lo que no hubiera alcanzado por mis modestos méritos; pero, créalo usted, pocas satisfacciones me han llegado al tuétano como la experimentada cuando el Ateneo me recibió en calidad de miembro de honor. No fueron los elogios desmedidos, que me hicieron pensar en la generosidad de las alabanzas fúnebres; fue el pueblo de Trujillo, el pueblo mío, que se juntó para expresarme la ingenuidad de un cariño inmerecido; era mi pueblo, donde estaban conjugados, para la expresión fraterna, pobres y ricos, amigos y enemigos políticos; era mi pueblo, que me daba la fe de su fuerza en momentos en que mi estrella de hombre público estaba cubierta por hostiles nubecillas. Supe, aún más entonces, por qué es sagrado el suelo en que se nace. Sentí también cómo hay afectos que enlazan inquebrantablemente nuestro destino al paisaje físico y al paisaje moral donde se formó nuestro carácter y nutrió la vida de nuestro espíritu.

¡Cuando pasaba de niño por la puerta de la casa misteriosa, donde se decía que de noche se quejaban los espantos, no intuí por nada que ahí mismo, al correr del tiempo, viviría noche tan clara como aquella otra en que, para mi daño, me hirieron, casi en la misma cuadra, unos inolvidables luminosos ojos negros!

Ante aquella vieja casa pasé muchas veces, cuando mi escuela estuvo provisionalmente en el nombrado edificio del Colegio, en razón de haber tomado su local una pequeña guarnición llegada a la capital, posiblemente con motivo de la persecución contra el general Rafael Montilla. Pero esta escuela no era ya la de los viejos Ochoas, sino la antigua escuela del maestro Portillo y Valera, que, cambiando de nombre, como han cambiado de nombre, sin mejorar, todas las cosas en Venezuela, había llegado a ostentar el de Escuela Castro, en homenaje adulatorio al general Cipriano Castro, "restaurador de la patria".

Vea e intuya usted, mi noble amiga, la tragedia de mi generación y de tantas otras generaciones venezolanas. ¡Felices los jóvenes que se han levantado en medio de la relativa independencia y altivez de estos últimos años! Compare usted estos que refiero con los recientes dorados tiempos de Isaías Medina, cuando la juventud respiró sin miedo un aire de absoluta libertad. Ahora sí que cada quien es dueño y responsable de su propio destino. En aquellos almanaques,

nuestro texto de educación cívica fue la continua alabanza del *Cabito*. Creo que en lugar del escudo nacional, estaba entronizada la efigie del Invicto. Los sábados, después que la muchachería había cantado el *Gloria al bravo pueblo*, adornábamos el retrato de Castro con flores recogidas en el pequeño jardín escolar. Este nuestro primer encuentro con la lisonja política. Pero ahí mismo, en la modesta escuela, servida por dos sencillos y sufridos profesores, Rafael María Altuve y Rafael Quevedo Urbina, tuvimos mis compañeros y yo otros encuentros con la realidad de la política criolla. Frente a nuestro plantel tenía su casa de habitaciones el jefe civil del Distrito, dueño de un perro feroz que atendía al bárbaro nombre de *Solimán*. Y no sabría decir a usted las veces que, espantados, tuvimos los muchachos que ir a refugiarnos a la vieja iglesia Matriz o en el zaguán de la casa de don Juan Guerra, para huir los dientes de la bestia, cuyo encierro no era posible que lograsen nuestros maestros, en razón de los privilegios y franquicias que disfrutaba el bruto como perteneciente a la casta gobernante. Aprendimos también en la escuela, para que después lo comprobase con creces la caprichosa selección de los funcionarios públicos, que nada valen los méritos ante el poder de las influencias y el peso de la sangre. Por ser condiscípulos nuestros los hijos de las autoridades locales, supimos que para aquéllos el Gobierno tenía premios, así fuesen a la cola de la clase. Pero con este aprendizaje disvalioso, que apenas sirve como tardía reflexión para ver cuál fue el ambiente en que se formó nuestra conciencia infantil, tuve en la vieja escuela de Trujillo una fecunda lección, que bastante me ha servido durante el discurso de mi modesta vida pública.

No había en mi pueblo enseñanza privada y la escuela estaba abierta a los distintos sectores sociales. Los niños de zapatos se sentaban junto con los de alpargatas y junto con los de "pata en el suelo". A la par de los hijos de los señores ricos de la ciudad, tomaban puesto algunos muchachos que venían de los campos vecinos, con la camisa de liencillo marcada con las manchas de plátano que distinguen a nuestros peones rurales. Aquella era en verdad escuela de democracia, y como semejantes al de la capital eran, y en su mayoría siguen siendo, los planteles educativos del Estado, acaso los trujillanos sean por ellos los venezolanos que exhiben

mayor sentido de sencillez igualitaria, consecuencia, además, de un hecho positivo que favorece a la región: en Trujillo es donde está mejor dividida la propiedad rural, y, por consiguiente, donde menos se abultan los reatos que derivan de la injusta distribución de la riqueza.

Pacífico y sencillo discurría el hilo de la vida trujillana durante mis felices e inolvidables años de escuela. Eran pocos los sucesos que en el año alteraban la monótona quietud ciudadana. Algún encuentro de encumbrado político; la visita, cada cuatro o seis años, del señor obispo; el ocasional anuncio de unas "maromas" o la llegada, por Corpus y San Juan, de algún torero de la legua. La vida principal del pueblo seguía el curso del añalejo, y para todos, en especial para los niños, el año comenzaba con el mes de diciembre.

Claros y frescos, con mañanera visita de neblina, bajada de la cercana cordillera, los días pascuales daban un peculiarísimo aspecto a la ciudad. Por el 20 empezaban a llegar de los campos las cargas de musgo y de estoraque, los haces de helechos y las aromosas pascuitas, con que eran adornados los pesebres con el paso del Nacimiento. Las fiestas comenzaban en la tarde del día 24, con la procesión de San José y de la Virgen, que venían de la Otra Banda a esperar el trance del alumbramiento en la iglesia Matriz. Por entonces no había capilla en el "Bravo Pueblo", como se nombraba aquel barrio, en la Colonia llamada de los Catalanes, y hoy convertido en Municipio Santa Rosa. De una casa privada salían las imágenes, y acompañadas de villancicos y cohetes, hacían el recorrido hasta la iglesia. El pueblo cantaba:

A Belén pastores,
vamos a Belén,
porque va a nacer
Jesús, nuestro bien.

Esta noche es Nochebuena
noche pa' no dormir:
la Virgen está muy gorda
y esta noche va a parir.

Por la noche era la típica fiesta del "Enano de la Kalenda". ¿De dónde vino esta costumbre? Yo no sabría explicarlo. En la lánguida y monótona música de las zambom-

bas y de los cincos, que acompañan a los pedidores del aguinaldo, se perciben reminiscencias negroides:

Déme mi aguinaldo,
mi señor doctor:
aunque yo soy negro
merezco el favor.

Si me dan hallacas
me las dan calientes,
porque hallacas frías
enferman la gente.

No sé si Juan Liscano, Olivares Figueroa o Isaac Pardo hayan descrito este baile, como ya lo han hecho con los "chochos" de San Benito. El chiste del enano consiste en simular con el movimiento del vientre, donde van pintados los ojos y la boca, un grotesco rostro, pues la cabeza y los brazos, con parte del tórax, van ocultos en una manera de cono invertido, cuya base la constituye un cesto de arnear colocado sobre la cabeza, y envuelto todo en espesa tela negra. A la altura de la cintura, unas fingidas manos hacen más ridícula la mojiganga. El enano bailaba al son del cinco y los furrucos, acompañado de coplas y aguinaldos. Lo hacía en las esquinas, en la mitad de la calle y aun en las mansiones particulares. En la semioscuridad del Trujillo de faroles de aceite, aquella invención tenía la gracia de que hoy carecería a la luz de las bujías eléctricas. Cada grupo era de sólo un enano, pero al mismo tiempo cruzaban la ciudad los enanos que venían de las Araujas, de Hoyo Caliente, del Cerrito, de la Otra Banda, del Calvarito y de la Quebrada de los Cedros.

Satisfechos los muchachos con la alegría de la farsa y con el ruido festivo de las recámaras y de los triquitraques, esperábamos con impaciencia la hora en que "nacía" el Niño Dios, para después de los rezos y de los villancicos, saborear a la mesa la hallaca multisápida, los buñuelos de yuca y el dulce de manjar blanco, que tipifican la cena navideña de Trujillo.

El día de Navidad estaba destinado a la larga visita de pesebres. Eran en mi tiempo los más señalados el de Trina y Rosarito Añez, que tenía una graciosa representación de cuadros de la Historia Sagrada; y el de la tía Edelmira, en

la calle de la Candelaria; el de las Casas, el del padre Carrillo, el de doña Eustoquia Perozo, el de doña María Benicia, el de Petra Rodrígez, el de las Rosales de La Cantarrana, el de las Almarzas, el de las Araujos de la Cruz Verde, el de don Lucas Montani, el de las Cegarras, el de las Pannacci, el de las Coronados. Nos reuníamos en caravana los muchachos para la visita conjunta, y ésta, lejos de limitarse a contemplar el fingimiento de cerros, pueblos, ríos y lagunas, se extendía hasta aceptar el obsequio de chicha o de carato, de manjar o de buñuelos, que ofrecían las casas amigas (¡pero si todas eran amigas!), con el natural interrogatorio acerca de la salud de las familias respectivas.

Si alegres eran la Nochebuena y los siguientes días pascuales, el Año Nuevo no llegaba al ancho regocijo de aquéllos. En cambio, especialmente para los muchachos, el Día de Reyes era objeto de intensa expectativa, ya que en él amanecían los zapatos colmados de los regalos que durante la noche habían traído los generosos Magos.

En mi modesta infancia de niño provinciano no hubo "arbolitos de Navidad", menos aún exóticos Santos Nicolases de blancas barbas. Respiramos los muchachos de mi generación, allá en la tranquila cordillera nutricia, el aire de la vieja Venezuela, agrícola y pastoril, que no hacía presumir la vecindad de una nueva Venezuela, de la cual serían arrancados de cuajo los símbolos que diferenciaban la genuina nacionalidad. El pesebre, los Reyes y el "enano de la kalenda" correspondían a una tradición enraizada en el suelo fecundo de una historia nutrida por nuestra independencia. Las generaciones que habían creado la patria, formaron, también, esas sencillas y gratas costumbres, hoy expulsadas por la ridícula imitación de usos extraños que nos imponen, con aplauso de ilustres esfialtes de prestigiosos nombres, los nuevos conquistadores de suelo y de conciencias. ¿No ha sentido, mi noble amiga, cierto escozor de vergüenza nacional cuando ha llegado a sus manos alguna tarjeta de Navidad, con versos en inglés, a usted dirigida por amigos del interior, ignorantes de qué digan las tarjetas? De mí sé decirle que las Navidades han llegado a ser el tiempo en que gasto peor humor, pues al compás de ellas veo cómo se nos deshace Venezuela, pese al patriotismo que pregonan los presuntuosos encargados de guardar los tesoros de la naciona-

lidad. En la época de mi niñez duraban tanto en el suelo de la conciencia nacional los antiguos valores formativos, que recuerdo un juego, a base de dos bandos, uno que vitoreaba al rey de España, otro que vitoreaba al rey de Francia. El bando de los franceses fatalmente tenía que ser derrotado. En mi madurez, evocando vagamente aquel tipo de infantil divertimiento, he dado en pensar que acaso se recordaba con él la desgraciada invasión de Trujillo el año de 1678 por los filibusteros franceses de Francisco Esteban Grammont.

Pasados los Reyes, venía la gran fiesta del Niño Perdido. En la noche del 14 de enero salían a la calle, entre candelas y villancicos, los buscadores del Niño. San José, representado por joven de talares galas y fingidas barbas, llevaba de la brida la tarda pollina montada por la cándida niña que hacía de María. A las ventanas se asomaban las damas, y la procesión de pastores se paraba para cantar los villancicos de la pregunta:

Oiga, doña Juana,
diga la verdad:
si usted tiene el Niño
tenga la bondá.

Aquí no está el Niño,
sigamos buscando:
vamos donde Julia,
que lo está esperando.

San José y la Virgen
no tienen consuelo:
se les fue el Niño
que bajó del cielo.

Llegados a la casa donde se sabía que estaba el Niño, se celebraba el hallazgo con cantos, refrescos y bailes.

Y cuando terminaban los eventos del Niño Perdido, ya la gente estaba preparada para los grandes festejos patronales. La ciudad, como de todos es sabido, después de haber deambulado por distintos puntos de la provincia de los cuicas, asentó el año 1568 en el estrecho valle de Mucas. Diego García de Paredes la fundó, cerca de Escuque, en 1557, con el nombre de Nueva Trujillo; Francisco Ruiz la repobló con el de Miravel; luego se la llamó Trujillo del Collado, Truji-

llo de Salamanca, Trujillo de Medellín, hasta tomar el nombre final de Nuestra Señora de la Paz, en honor de la Virgen María, invocada bajo tan promisorio patrocinio. Desde los días de la Colonia fue fiesta principal de la ciudad y a ella acudían teniente, cabildo y regimiento, presididos del real pendón y de los graves maceros, vestidos de largas hopalandas. En un principio hubo dos fiestas: la religiosa y popular y la ofrecida por el Ayuntamiento. Cuando yo era niño, pese a la decadencia en que había caído, la fiesta se celebraba con alguna pompa. Quedaba aún un vago recuerdo de la Cofradía de la Paz, fundada el año de 1584, y a la cual se debió el esplendor antiguo con que el 24 de enero se festejaba a la Patrona. Aún en mi tiempo se corrían toros y se quemaban lujosos arbolitos de fuego. Cómo recuerdo el alegre recorrido que hacía por las calles, la víspera del 24, la vieja Banda Vásquez, para repartir, entre recámaras y cohetes, la laudatoria a la Virgen, confiada a algún versificador de la ciudad e impresa en la modesta tipografía de Aparicio Lugo. En la mañana del 24, la misma Banda, en el antiguo altosano de la iglesia, iniciaba los festejos con marchas ligeras. Iban llegando las señoras, muy bien metidas en las viejas sayas, olorosas a cedro y a vainilla. Los señores se vestían la levita traslapada y el sombrero de copa y sacaban a lucir los ricos bastones de pomo de oro con vistosos monogramas. Los mozos mayores se reunían en la acera de la plaza, para ver entrar a las muchachas; los pequeños éramos llevados por la gente grande de la casa y más que a todos nos alegraba oir las sordas campanas diciendo:

La arepa y el caldo
se están calentando
pa' el padre Carrillo
que está trabajando.

(Grave y monótono era el golpe de las viejas campanas coloniales; desentonó al oído de señora forastera, influyente en la política, y vino la sustitución por modernos bronces fundidos en Puerto Cabello. Sucedió esto en 1923 y *El Heraldo*, de Caracas, publicó entonces mi primera protesta por la destrucción del Trujillo tradicional.)

Era costumbre entonces alfombrar el piso de la iglesia con hojas de oloroso laurel, que los campesinos devotos traían

de la montaña cercana, y cuya fragancia, unida a la del litúrgico incienso, provocaba hasta desmayos en las damas de trincado corsé.

Misa de tres padres, asperges, tercia y sermón. Era el lujo máximo de la liturgia. La imagen de la Patrona era bajada del nicho del altar y colocada en el gran trono, en que se la sacaba a la calle para la solemne procesión. En mi época de niño ya el Gobierno no asistía con la solemnidad antigua. Los presidentes apenas iban al templo a recibir la llave del Monumento en Jueves Santo o cuando mandaban cantar un Tedéum el 23 de mayo o el 19 de diciembre. La fiesta patronal la presidía la Sociedad de la Paz. Cuando yo era muchacho el estandarte lo portaban Adolfo Rosales o Miguel Rusa. Los hombres mayores se sentaban en sillas o bancas que abrían calle, en la parte alta, que se llamaba "Cabildo". La abuela nos decía: "Los niños, cuando van a la iglesia, no deben sentarse en el cabildo, que es para los señores." (Aquella denominación quedaba como recuerdo de los privilegios de los antiguos regidores.) Al terminar la misa, la Sociedad de la Paz, vestidos de negro sus componentes y con el estandarte a la cabeza, era acompañada de los músicos y del pueblo hasta la residencia del presidente, donde se servía un apropiado refresco. (Antiguamente este obsequio lo pagaban las rentas de la Cofradía, hasta que lo prohibió el obispo Martí.)

Hemos entrado en la iglesia, señora mía, y me parece una falta de respeto salir de ella sin hacer antes un pequeño recuento de su historia y una rápida descripción de sus altares. Debo advertir también a usted que para mí esta iglesia tiene un valor que no lo iguala el de Nuestra Señora de París o el propio de la catedral de San Pedro en Roma. Sí, señora, porque a esta iglesia de Nuestra Señora de la Paz fui llevado de la mano para recibir en su bautisterio el óleo de cristiano. (Fui caminando, porque el agua me había sido "echada por necesidad" en mi propia casa.) Y a esa iglesia habían ido mis padres a recibir la bendición para sus nupcias. Y habían ido también mis abuelos por más de tres siglos. En aquella iglesia, como en el propio corazón de la ciudad, tiene sus raíces mi mundo.

El obispo Martí nada dice de la fecha en que fue concluida la fábrica del templo, pero ella aparece visible en la

parte exterior del presbiterio. Todas las tardes la refrescan los trujillanos que van a contemplar la ciudad desde la relativa eminencia de la Alameda Rivas. Creo que dice: Año de 1662. Se concluyó con fuerte ayuda suministrada por el obispo fray Alonso Briceño. Inmediatamente después de fundada la ciudad y de distribuidos los solares, comenzó la edificación de la iglesia, con título de Santiago Apóstol, hoy olvidado. En las partidas bautismales del siglo XVII yo he leído: "Estando en la santa iglesia parroquial de el señor Santiago Apóstol." También se llamaba por entonces de "Nuestra Señora de la Paz". Subsistió este nombre por coincidir con el de la propia ciudad. En su fábrica se utilizaron como pilares cuerpos uniformes de grandes cedros, cortados en el puro valle de Mucas, donde había asentado la población. Frente al templo, yo vi uno de estos venerables señores de la selva primitiva que fue Trujillo. Algún gobernante civilizado lo mandó a cortar. Estas hermosas columnas descansan sobre bases de piedra labrada, que al presente son testimonio de la laboriosidad de los primitivos constructores trujillanos, amigos de edificar sobre bases de sillería.

Tiene la iglesia tres naves, de ellas más larga la central, por concluir en el altar mayor, que antaño fue de rica madera labrada y dorada al fuego, y que hoy es de pesada mampostería, de pésimo arte. Era yo muy niño cuando una lamentable iniciativa de progreso, patrocinada por lo más granado de la ciudad, encomendó al maestro de obra Lucas Simón Montani la construcción de este horrible altar de ladrillos y mezcla, pintado de blanco, con simuladas estrías marmóreas. A quienes crean que el mal gusto tiene límites, les convendría visitar la iglesia de mi pueblo; y si, además, llegasen a conocer el antiguo altar desalojado para entronizar este adefesio de argamasa, dirían que bien merecido hemos tenido los trujillanos ciertas cosas de que irreflexivamente nos quejamos, culpándolas a quienes nada tienen que hacer con nuestras propias determinaciones.

Seguramente me excusará usted que no me alargue en la triste historia de este altar, cuando lea lo que en seguida le escribo. Del lado de la Epístola, y al final de la respectiva nave, estaba el altar de Santa Lucía y San Roque. Lo conocí pintado de antiguo, con colores de mal gusto, que dejaban, sin embargo, admirar la habilidad del tallista primitivo; mas,

recientemente, cuando era yo hombre hecho y derecho, y hasta con mando en Trujillo, por más veras, una nueva cofradía de progreso, contra la cual nada pude hacer, llegó a sustituirlo por un espantoso altar de estilo pseudo-gótico, fabricado, pásmese usted, a base de hojalata. He de decirle, sin embargo, que la primitiva pintura de este altar, ganaba en gusto a la actual pintura de las paredes de la iglesia, echada por 1910 y en camino actualmente de ser sustituida por un sencillo y agradable colorido. Ojalá los restauradores de la vieja sencillez tuviesen la buena idea de restituir a su antiguo sitio el venerable púlpito colonial que fue trocado por un brillante púlpito de mármol, sin mérito de ninguna especie.

Bueno, y no es que trate ahora de exculpar a mis paisanos, bastante acreedores de varas y prisiones por estos crímenes contra el arte y la tradición. Semejantes a éstos han ocurrido delitos de la misma materia en toda Venezuela, incluso en nuestra ilustre Caracas, ellos en los templos, ellos en palacios oficiales. Si muchos de estos crímenes pesan sobre la corona de algunos curas de misa y olla y aun sobre obispos de luciente mitra, la responsabilidad es, en cambio, colectiva, por cuanto deriva del prurito necio de quienes han dado en la flor de mirar lo antiguo como desprovisto de mérito y han tomado el camino de celebrar rabiosamente las cosas a la moda. Esto de los altares y retablos es espejo de lo que ha sido nuestra irreflexión nacional para salvar los perfiles del país. Del mismo modo como se ha creído ingenuamente servir al progreso sustituyendo una hermosa talla del siglo XVI español por una moderna figura de pasta iluminada, asimismo se han desalojado viejas costumbres que correspondían a un estilo de vida elaborado por nuestros antepasados, para adoptar en su lugar ridículas invenciones de la hora, o hábitos justificados por solera de tiempo en otros climas y países. Piense usted, mi noble amiga, en la cara de asombro y de burla que pondría un joven lechuguino de estos tiempos si se le invitase a ensayar un vals o una vieja polka. En cambio, se sienten felices bailando entre morisquetas de mal gusto y dengues ridículos, uno de esos abominables *mambos* que el vulgar de Pérez Prado, a ciencia y paciencia de las autoridades, ha venido a "enseñar" a nuestra gente "bien", y con lo cual se lleva miles de bolí-

vares que debieran destinarse a mejor paga para nuestras criollísimas orquestas.

Me salí de la iglesia de Trujillo sin terminar la visita de los altares, y como estábamos en el testero de la nave de la Epístola, bajamos a la capilla de San Pedro, donde aún queda, sentada en su silla gestatoria, la vieja imagen del apóstol, que veneraba desde 1629 la cofradía de su nombre; la sigue la antigua capilla de San Francisco Javier, hoy consagrada a Jesús Crucificado. Bajando más, damos con la puerta que iba al antiguo cementerio, y más abajo, cerca de la puerta de entrada, la vieja capilla del bautisterio, con su gran pila de piedra labrada. En la nave del Evangelio, y en la parte superior, está el altar de Nuestra Señora de los Dolores, que tuvo cofradía en el siglo XVIII; después, la capilla dedicada hoy al Santísimo Sacramento y a la Señora de las Mercedes, antiguamente titulada a Nuestra Señora de la Paz, cuando debió ocupar sitio principal en el altar mayor la imagen del apóstol Santiago. Seguía el altar de las Benditas Animas y, por último, la capilla de Santa Rosa de Lima, hoy dedicada a María Inmaculada.

No sé cuándo fue reservado el Santísimo Sacramento en su actual capilla cerrada, pues primitivamente se guardaba en el altar exterior de Nuestra Señora de los Dolores. Acaso este transferimiento tenga relación con una curiosa profanación que lamentablemente tuvo lugar cuando era cura el padre Miguel Ignacio Urdaneta. Cuenta la tradición que en el sitio de Mocoy había ganado fama de milagroso un viejo nicho que representaba a la Trinidad, y que pertenecía a cierta devota y sencilla familia. A La Plazuela era traída la imagen una vez al año, para celebrarle gran fiesta. El resto del tiempo era objeto de continuas visitas de los devotos, quienes llevaban "milagros" de plata, velas y dinero. Junto con el honor de los milagros, el "misterio" de Mocoy pasó a ser un pingüe negocio para los propietarios del famoso nicho. No sé por qué se suscitó entre la agraciada familia una disputa, y hecha dos bandos, ambos porfiaban por la tenencia del "misterio". El pleito paró en que el padre Miguel ordenase salomónicamente que la imagen fuera traída a la iglesia de Trujillo, para ahí recibir culto y dádivas. Un sector de la familia se trasladó a vivir en las inmediaciones del pueblo de San Lázaro, y persistiendo en el deseo

de tener consigo el "misterio", resolvió llevarse a juro el nicho, y validos algunos de las sombras de la noche penetraron en la iglesia y cargaron con la veneranda y deseada imagen. Mas la alegría del botín se trocó en espanto, cuando descubrieron con las claras del día que lo que se habían llevado de la iglesia era nada menos que el Sagrario con las formas consagradas. Medio locos por el sacrilegio, hincaron las rodillas ante los sagrados despojos, mientras uno de ellos fue a San Lázaro a confesar al cura el atropello. Horas después, las gentes acompañaban con luces al sacerdote para el traslado al templo, con la debida liturgia, del Señor Sacramentado.

Pregunto ahora: ¿sería para evitar otro posible sacrilegio que el padre Urdaneta trasladó el Sagrario a la capilla de las Mercedes, espantado de que por tercera vez pudiera ser de nuevo profanado el Sacramento? Y digo tercera vez, por cuanto aún no he referido a usted otro lance en que fue irrespetada en Trujillo la Eucaristía, esta vez por un sacerdote con todas las de ley. Pasó cuando las fuerzas de Venancio Pulgar, idas a castigar la resistencia de los Araujos para abrazar el guzmancismo, tomaron a hierro y fuego la ciudad de Trujillo. Servíales de capellán un sacerdote de apellido Román, quien resolvió cantar un *Tedéum* por el triunfo de Venancio. (Esto del *Tedéum* para festejos de política corresponde a una costumbre que viene muy de atrás y que deja bastante mal parado el verdadero concepto de la caridad y de la paz cristiana. El Cardenal Cisneros lo entonó en Orán sobre una montaña de cadáveres de moros; el pirata Grammont lo hizo cantar cuando tomó la barra de Maracaibo, y ahora he leído que un jesuita norteamericano se apresta a cantarlo cuando el señor Truman ordene que le sea arrojada a los chinos la primera ración de atómicas.) Pero sigamos con nuestro amigo el capellán de la tropa de Venancio. Hizo aquél buscar al padre Urdaneta, y se le dijo que andaba de bautizos y matrimonios por los campos; intentó ponerse al habla con el sacristán, y le informaron que era tonto y se había escondido al escuchar los primeros tiros; fuese donde una beata a quien el cura dizque daba a guardar la gran llave de oro del Jueves Santo, y la beata se negó a recibirlo, porque venía con gente "lagartija". Indignado el sacerdote, a quien sus alegres compañeros de armas ha-

bían convidado con algunas copas de aguardiente, hizo abrir la puerta de la iglesia y ordenó que la tropa se formase para adorar al Sacramento, mientras se cantaba el *Tedéum laudamus:* y puñal en mano se acercó al altar, forzó la cerradura y se dio a gritar: "En Trujillo hasta el Santísimo es "poncho" y hay que hacerle entender que las cosas están cambiando!".

Ni de este ni del otro sacrilegio doy fe de que haya sucedido. Oí en Trujillo estos relatos, y como me los contaron se los cuento, con las reservas y las excusas del caso. Apenas aseguro que el vicario Urdaneta dio con sus huesos en la cárcel por no conformarse con Venancio.

Me refería la abuela que hubo un tiempo en que la parte central de la iglesia lucía las lápidas de las personas del viejo "señorío", cuyos restos habían sido trasladados al sagrado recinto. Llegó la onda del progreso y se creyó de mejor gusto uniformar el piso y sustituir lápidas fúnebres y la primitiva piedra labrada de las losas comunes, por pulidas baldosas de mármol. Algunas de las lápidas fueron hacinadas en el interior de las capillas y otras echadas fuera, como cosa inútil. No se asuste usted de lo que voy a referirle. Una de esas lápidas, que era de metal, fue rodando hasta llegar en 1915 ó 16 a la herrería de Clodomiro Rodríguez, quien lejos de fundirla, la mostró a don Ezequiel Urdaneta Maya, el cual, advertido de su precio, estudió con los doctores Inocente Quevedo y Amílcar Fonseca la inscripción latina que exhibía. Se trataba del bronce que había cubierto la sepultura donde se enterraron, al nivel del altar mayor, los despojos del obispo fray Alonso Briceño, muerto en Trujillo en 1668. Hoy dicha lápida se conserva en el Museo Arquidiocesano de Mérida. No recuerdo la inscripción que acompañaba al escudo, que estaba constituido por el águila explayada y las aspas de San Andrés, de las armas de los Briceños, cimadas por el capelo episcopal.

Fuera de los viejos fundadores, cuyas cenizas deben de estar sepultas en la iglesia, las del obispo Briceño son las de la figura más prestante allí enterrada. Murió este prelado, como he dicho, el año de 1668, después de haber gobernado la Diócesis de Caracas y Venezuela desde la ciudad de Trujillo, sin jamás haber venido a la capital, donde estaba la catedral. Algunos explicaron este hecho singular por

la complacencia de ser Trujillo el solar de los Briceños de Venezuela y pertenecer fray Alonso a la rama chilena del apellido. Para mí el caso deriva de otra circunstancia.

De su silla de Nicaragua fue trasladado el obispo para sustituir al tremebundo fray Mauro de Tovar, quien además de haber reñido con el gobierno civil de Caracas, había establecido profunda discordia entre la Mitra y la Orden de San Francisco, a que pertenecía el nuevo obispo. Acaso impuesto en Maracaibo, donde desembarcó y tomó posesión del Obispado, de estas desfavorables vísperas, prefirió quedarse de asiento en Trujillo, donde había convento de su religión y se disfrutaban clima, comodidades y riquezas de que no gozaban otras ciudades del interior. Desde allí gobernó, pues, su Diócesis el curioso obispo, quien dividía el tiempo vaco entre el ejercicio de la caza y el cultivo de la filosofía escotista, en que fue eximio maestro. Fue el primer prelado que estudió el proceso de la aparición de la Virgen de Coromoto y quien se adelantó a autorizar su culto. Después de su fallecimiento hubo ocurrencias en Trujillo que vale la pena de recordar.

Muerto intestado, la Iglesia de Caracas entraba en el goce de los espolios, pero antes de entregar la gruesa fortuna del prelado, un sobrino suyo, el clérigo fray Diego Briceño, y algunos vecinos de Trujillo, hicieron perdidiza gran parte de los bienes. Pero contra los hábiles aprovechadores, el vicario capitular tenía el arma irresistible de la excomunión, y un "domingo sombrío", tanto como el de Ladislao Javor, los feligreses dejaron espantados la iglesia, después de oir las maldiciones siguientes:

"Huérfanos se vean y sus mujeres viudas." "Amén", agregaba tembloroso el Sacristán.

"El sol se les oscurezca de día y la luna de noche." "Amén."

"Mendigando anden de puerta en puerta y no hallen quien bien les haga." "Amén."

"Mueran las ánimas de dichos excomulgados y desciendan al infierno con los apóstatas y traidores." "Amén."

Claro que con tan pavorosos argumentos tenían que flaquear las más recias voluntades de los ocultadores, quienes, según un relato de Amílcar Fonseca, recurrieron a ingenioso ardid para quedarse con algo de la buena plata del

obispo. Y fue decir al procurador ido de Caracas que, ante el peligro de la llegada a Trujillo del enemigo francés que andaba quemando los pueblos del fondo del Lago, habían ofrecido una misa y una vela a Santa Ursula y a cada una de sus once mil compañeras, a fin de que L'Olonais no llegase a Trujillo. Mas el diputado del cabildo caraqueño en esto de artimañas podía dar la cangreja a los pobres trujillanos, y después de haber estudiado el grave caso en la rica librería del convento de San Antonio, concluyó en probar a los deudores de la promesa que apenas con diecisiete pesos de a ocho se cancelaba la sagrada deuda, pues lo de las once mil vírgenes que acompañaban a la famosa mártir era un simple error, derivado de llamarse Undecimilia una de las diez compañeras de Santa Ursula, y haber leído algún hagiógrafo optimista *undecim mille* como número global de vírgenes. Conformados a la fuerza con razón de tanto peso, los de Trujillo no creyeron más en vírgenes y vieron con tristeza suma salir al clérigo con sus recuas bien cargadas de los bienes y alhajas del obispo difunto.

Algo tengo que decir a usted del obispo siguiente, fray Antonio González de Acuña, dominico de Lima, muerto también en Trujillo y sepultado en la capilla del convento de las Reginas, la cual quedaba justamente en la esquina de la gran casa que es hoy de la honorable viuda de don Juan José Carrillo Guerra. Pues cuando don Sinforiano González, a fines del siglo pasado, reconstruyó la casa, dieron los peones con los restos del ilustre obispo, cuya presencia marca era en la historia de la cultura venezolana, por haber fundado el Seminario de Caracas. Pero los peones nada sabían de obispo ni de cultura, y después de haber juntado sus huesos o el polvo que pudo ser hallado, con los otros restos allí simados y una vez enviado todo al carnero del cementerio de la Otra Banda, fueron al cura con el báculo, de donde se pudo saber que había sido exhumado el cuerpo de un obispo.

Ya hemos hablado bastante de la iglesia Matriz, podemos seguir camino para visitar la iglesia de la Chiquinquirá, hoy parroquia, y antiguamente sólo ermita del Hospital que ordenó construir el año de 1681 el obispo González de Acuña, por haber sido arruinada la edificación que en el sitio de Las Piedras, levantó con igual fin el maestro Francisco Alba-

rrán Saavedra. En siglos anteriores, hubiéramos tenido que detenernos en el santuario levantado en el callejón de los Mendozas o del Tutilimundi, en honra del Crucificado, y del cual no queda vestigio ni memoria. Pero antes de alejarnos de la Matriz, echemos una mirada a su torre, que muchos creen de construcción colonial, pero que apenas fue edificada a fines del siglo XIX. La pátina que luce la conquistó peleando como las viejas "iglesias-generalas" de la reconquista española, donde tanto se consagraba el cuerpo de Cristo, como se dirigía, desde su torre guarnecida, la lucha contra los moros. Sin embargo, hay una pequeña diferencia. Allá la matanza tenía un sofístico justificativo, por ser lucha entre cristianos e infieles; acá la contienda de septiembre de 1899 fue de fieles trujillanos, divididos por feudales apetencias. Y aunque usted no lo crea, en aquella guerrita yo perdí todo mi ajuar. Imagine que los sitiadores de Trujillo resolvieron meterse en mi casa como si fuera la de ellos. Durante el día, mis padres soportaron los huéspedes. Ya por la tarde, cuando ardía la torre, un generoso amigo vino a trasladarnos a lugar seguro, y ninguno con mayores privilegios que el honorabilísimo hogar del doctor Diego Bustillos, a quien la unanimidad trujillana rendía gratitud por los eminentes servicios prestados a la región, desde la primera gran epidemia de vómito negro. Durante la noche, la tropa se pilló lo que había en la modesta casa de mis padres y se llevó, como valioso botín, mis camisas y mis bragas. De modo, pues, que aun antes de tener uso de razón, ni siquiera el buen uso de las piernas, ya supe lo que son las guerras civiles y las venganzas a que se presta nuestra famosa política. En este caso debo decir a usted que a mi padre se cobraba una antigua querella que con mi abuelo mantenía el padre de uno de los sitiadores. Corridos los años y hecha la paz entre las familias, yo conocí en Caracas al sitiador de mi casa, y en uso de la cordial amistad que llegó a unirnos, recordábamos aquellos martes lejanos en que mis camisas perdí.

Largo va lo escrito con motivo de haberme referido a las festividades patronales, que todavía durante mi infancia preocupaban a la gente de Trujillo y ponían sello de entusiasmo en medio del discurso monótono de la vida de la ciudad pacífica. Y como de recuerdos festivos se trata, algo diré a usted, siempre interesada en nuestros valores folklóri-

cos, acerca de la "Fiesta de Locos", que en mi pueblo se celebraba el día de la Candelaria. En algunos otros sitios del Estado "los locos" comenzaban a exhibirse desde los propios días navideños; de Trujillo sé decirle que hasta tomaron el nombre de "locos de la Candelaria", por ser su aparición el 2 de febrero, cuando la Iglesia Católica, en la festividad de la Purificación de Nuestra Señora, bendice las candelas de la buena muerte. Se me dice que en años lejanos tales disfraces bailaban en el propio altosano de la iglesia; yo apenas los vi trenzar sus cintas, como el *sebucán* del Centro y de Oriente de la República, en calles y despoblado. Supongo que estos "locos" sean una supervivencia degenerativa de la *Festum Fatuorum* (Fiesta de los Locos), que en la alta Edad Media formó parte de la liturgia pagana, adherida, como residuo de las fiestas gentiles, al rito de Navidad y de Epifanía. En aquélla el subdiácono, para indicar la alegría por la venida de Cristo, se cubría con la luciente mitra del obispo, y en ciertos lugares se llegaba a designar un *Papam Fatuorum* (Papa de los Locos), reclutado entre los ministriles y los taberneros, para significar con ello que Cristo había venido a exaltar a los simples y a los desheredados. ¡Cuántos desearían hoy que este paso de locura llegara a tener arraigo en las formas modernas de gobernarse la llamada sociedad cristiana!

No sé si aún salgan por febrero estos sencillos disfraces en mi pueblo. Tal vez haya desaparecido dicha costumbre, a la cual se agregó desde 1914 la muy formal del Carnaval. En mis tiempos de niño, estaba éste reducido a un simple juego con cáscaras de huevo, contentivas de "Agua Florida" o de "Agua Kananga", y sólo había, como digo, los "locos de la Candelaria" y los disfraces infantiles del Día de Reyes. Apenas como recuerdo ya muy lejano se nos hablaba del viejo Carnaval de fines del siglo XIX, en los cuales el "tuerto" Víctor González, que gobernaba la ciudad, salía, acompañado de gendarmes, a pintar de negro de humo a las mismas señoras de copete. "Cuando el atrevido intentó acercárseme —me decía una de estas viejas—, lo tomé de las barbas y me quedé con ellas."

Más tranquilos, sin embargo, que los de mi infancia debieron de ser estos buenos y lejanos tiempos del Carnaval de hollín y de "agua piche". Si en realidad perduraba du-

rante mi niñez el aislamiento urbano, es de imaginar el insularismo familiar de mediados del siglo último. A pesar de ser en extremo reducido el perímetro de la ciudad, las personas habían crecido tan introvertidamente en su soledad individual, que cada casa era un mundo independiente. Jardín y huerto, con flores y variados árboles frutales, hacían del interior de las viejas casas de Trujillo sitio holgado, donde discurría, sin necesidad de echarse a la calle, la vida de la gente. Cada casa era un mundo cerrado en que se cuidaba el prestigio de una estirpe, y mientras más fuese la pobreza de la familia, mayor era la clausura del recinto. Duraba la altivez española que sabía encararse con el hambre. De una recia matrona que ocultaba su miseria en la soledad del hogar, se contaba el caso de haberle dejado caer en el jardín, un gavilán que pasaba, la suculenta presa de un pollo gordo. "¡Milagro del Señor!", exclamó la anciana, y cerró aún más la puerta, para mejor defender, con la ayuda de Dios, su miseria y su hidalguía. (Un fenómeno curioso hace que la actitud introvertida del trujillano en su propia tierra, se torne en extraversión cuando mira a problemas cuyo centro de gravedad reside en otro sitio.) En aquel tiempo se sabía a veces de la grave enfermedad de un vecino por el esquilón que anunciaba el inminente paso del Viático. Las propias familias se comunicaban apenas por medio de las noticias que les llevaban los criados. Me refería mi madre que en cierta ocasión advirtieron ella y mis tías gran movimiento en la casa que daba frente a la nuestra y que habitaban parientes de mi abuela. Pasó ésta la calle para informarse del grave suceso que había provocado apertura de puertas y ventanas y movimiento de criadas perfeccionando el aseo, y se la dijo, con gran sencillez y alegría, que esperaban al hermano Pedro, quien llevaba quince años de no venir a la ciudad. Y, sorpréndase usted, el hermano Pedro residía en el Páramo de Las Rosas, a cuatro horas de Trujillo.

Ciudad en extremo sedentaria, supe de señoras cuya sombra dejó de ser sentida durante muchos años por las piedras de las calles. A cuántas de ellas apenas las conoció el pueblo por verlas de tarde asomadas a la rejilla de la ventana o puestas al alto balcón. De allí la vieja costumbre trujillana de la visita formal, con tiempo anunciada y religiosamente respondida. Caminar dos o tres cuadras era empre-

sa que reclamaba cierto sentido heroico. Recuerdo que mi madre y mis tías, vecinas de la Calle Abajo, después de madurarlo muy bien, resolvieron juntarse para ir a la Calle Arriba, con el fin de conocer la Caja del Acueducto y de pagar cierta promesa al Cristo de la Salud. El día de aquel viaje, de apenas ocho cuadras, jamás lo olvidaré. Tenía entonces cosa de cinco años y era la primera vez que subía más allá de la esquina de "La Rochela", cerca de la cual se me decía, para más madrugarme a la curiosidad, que estaban el "corazón del diablo" y la "pata del toro de la otra vida". (Estos eran el bautizo de la fantasía popular para una concreción rojiza, en forma de corazón, incrustrada en una gran piedra basáltica, que se hallaba en la Quebrada de los Cedros, a la altura del Puente Machado; la otra, la huella pétrea de una enorme pata de dinosaurio, de la época terciaria, que se encontraba en el mismo sitio. Entiendo que ambas piedras fueron destruidas o tomadas para base de una construcción.) Iba, pues, con la sensación de audacia que debe animar a los marineros que se aventuran en aguas desconocidas. Vimos la caja de distribución y, doblando la esquina del "Padre Torres", pasamos a conocer el sitio donde se represaban las aguas, para ser llevadas a la caja de abajo. Uno de mis tíos, gran amigo de Castro, durante los tiempos en que éste y Gómez fueron oficiales de los Araujos, comentaba el grande beneficio que el *Cabito* había hecho a Trujillo, pues hasta entonces la única agua que corría por la ciudad era la escasa que llevaba la vieja acequia que el obispo González de Acuña ordenó sacar de la Quebrada de los Cedros arriba, para conducirla al monasterio de las dominicas, atravesando el interior de las casas que forman el ala norte de la ciudad. Creo que aún existe este primitivo acueducto.

Después de admirar la gran masa de agua que borbotaba en la recién inaugurada Caja, entramos en la modesta ermita de la Chiquinquirá, donde se veneraba el llamado Cristo de la Salud. Dicha imagen estuvo primitivamente en la capilla del Calvario, situada en el lugar donde hoy está la plaza Briceño. Se decía que había resistido el fuego del pirata Grammont, el cual apenas le había dejado humosas huellas. La ciudad la veneraba, no tanto por su valor histórico, cuanto por los numerosos milagros atribuidos a su intervención.

Era en realidad un lujo de talla, que hacía recordar a los imagineros españoles del siglo XVI. La expresión agónica del rostro me infundió siempre, aun cuando estuve hombre, un profundo respeto y una ingenua piedad. Tenía aquel Cristo lo que Miguel de Santiago hubo de buscar en el propio gesto de muerte del modelo lanceado por sus manos de artista. Quizá era aquella, más que el primoroso San Francisco que hoy se guarda en la iglesia Matriz, la joya más preciada que Trujillo conservaba de sus tesoros coloniales. Sin embargo, un curita semiloco resolvió por 1920 entregar la imagen a un pintor de brocha gorda, a quien le pareció mejor sustituir la pátina del fuego por brillante sapolín marfil. No sé si todavía haga milagros el sufrido Crucificado, continuamente expuesto a que se le desfigure, de acuerdo con las malas ideas de muchos clérigos.

Larga va esta carta, noble amiga mía. La comencé con un propósito y mire que me he enredado en un cuento que a pocos interesa. Sin pensar, me metí a referirle recuerdos de mi infancia y noticias de la vida histórica de Trujillo. Ojalá no se haya usted aburrido lo suficiente en la lectura de estas cordiales intimidades, en que usted sabrá ver un reflejo del afecto que me vincula con mi ciudad nativa. Usted rió, a sorpresa o a malicia, cuando yo dije que había nacido en "la tierra de María Santísima". Y para probarle que esta expresión no corresponde a un necio chovinismo, sino a un legítimo e ingenuo cariño hacia la región donde tomó mi vida su primer nutrimento, di suelta a mi tosca pluma y aquí me tiene dispuesto a ponerle punto a esta misiva, no tan final como usted deseara, pues habré de fastidiarla con nuevos recuerdos. Con mejor tinta y con pluma de mejores puntos, habría podido darme a la reconstrución cabal de Trujillo, que en 1920 me insinuó Julio Sardi. Visitó en aquel año mi ciudad natal este grande escritor, tan poco advertido por el mundo venezolano, y al regresar a Mérida, donde yo concluía estudios de Derecho, me ponderó la impresión que le había ocasionado mi pueblo. "Salve usted algún día para la literatura el sabor del viejo Trujillo." Sería tema para poetas de fácil comercio con las musas, que yo me he creído pobre de recursos para expresar ese maravilloso mundo de nostalgia que vive en los labrados ventanales, en los toscos nichos, en la recia sillería y en los portones de pulida

piedra, que dan vetusto aspecto a mi ciudad, más aún para ser voz de las voces opacas y humildes, que en los rincones de las claras, viejas y soledosas casas, perfumadas de albahaca y de tomillo, hablan por labios de primorosas ancianas que, a nuestras atropelladas preguntas responde, entre sonreídas y resignadas: "¡Anda, qué se le va a hacer! Aquel de entonces sí era Trujillo de veras. La culpa la tiene el tiempo, que todo lo cambia, hasta el modo de la voz." Sin embargo, el tiempo ha variado muy poco el alma hermética de la apacible ciudad, que se esconde, para sobrevivir, en el espíritu de estas dulces, amables y asombradas viejecitas.

¡Cómo siento que la pintura del curita loco me haya borrado la ingenua fe en el milagroso Cristo de la Salud! El me habría podido ayudar a salir bien de este trance de epistolero.

CARTA SEGUNDA

Mi noble y generosa amiga: No debe de haber concluido usted la lectura de mi carta anterior sobre cosas de Trujillo, y ya estoy en la tarea de proseguir la singular conversación, por medio de la cual condeno a usted a imponerse de circunstancias secundarias de la vida de mi pueblo y a conocer pormenores de una infancia como la mía, desprovista de toda manera de destellos. Pero comprendo que usted sabe medir el valor de estos sentimientos evocadores y sabe apreciar, además, que con expresarlos, rindo un debido homenaje a la tierra nutricia donde empieza para cada ciudadano el área generosa y ancha de la Patria. No intento evocar aquí ningún valor divisionista. Cuando pienso en mi tierra natal y me doy a exaltar sus elementos histórico-geográficos, por nada me separo de la idea de que allí reside, para mi concepción personal, la primera piedra del edificio de la gran patria venezolana. ¿No juzga usted que si los venezolanos de cada pueblo se dan a pulir y a engrandecer, para una futura labor de conjunto, el valor del respectivo bloque sillar con que se saben constructores de la nación, ésta resultará de mayor proporciones y de más claro lucimiento? Quedarse, en cambio, cada quien en el re-

ducto estrecho y egoísta de lo regional o convertir a sus signos el valor de lo nacional, es como servir a la obra de desintegración de la nacionalidad. Yo sé decirle que me siento profundamente venezolano por saberme trujillano en la integridad creadora de la atribución.

Por responder una pregunta que usted no llegó a formular me he metido en el recuerdo grato y vagaroso de mi lejana infancia. Sobre el papel he venido recorriendo de nuevo el inmenso periplo de mis primeras aventuras trujillanas, cuyo radio crecía para mí en razón del apuntado sedentarismo de la gente de Trujillo. Como antes dije, las distancias y el tiempo aumentaban en razón del aislamiento y de la poca movilidad con que se desarrollaba la vida trujillana. Oí decir a gente de edad que las personas viejas de su tiempo terminaban por recluirse baldadas en las camas, donde las viejecitas concluían su existencia hilando pacientemente el copo de algodón. (Acaso usted no sepa que la costumbre de tejer y de hilar la heredaron nuestras mujeres de las propias indias cuicas, expertas en la confección de mantas. El algodón de Trujillo alimentó fundamentalmente los telares que estableció Pérez de Tolosa en El Tocuyo, y a tal punto llegó la industria del tejido en mi provincia, que José Luis de Cisneros dice que "las Lanas labran con destreza, haciendo diferentes tejidos, y en especial unas alfombras de gran primor y permanencia. Las monjas trabajan diferentes tejidos de pita, que estiman mucho".)

Cuando andaba por los cinco años, mis padres habitaban de alquiler una de las casas, la más modesta, de las cuatro en que se dividió el convento de las Reginas. Sentado a la ventana que daba a la calle yo veía con curiosidad los luminosos girasoles que llenaban la descuidada plaza Bolívar. Quizá entonces empezaba la gran siembra de árboles mayores, que a los escolares de la Escuela Castro, esquinera con la plaza, nos ofrecieron regalo de mangos, mamones, naranjas y cerezas, entre la fronda amable de los cambomboros y de las guaduas. (La historia de aquella aventura botánica, de que fue cabeza el progresista don Juancho Briceño, la he escuchado de labios del gran trujillano Manuel Briceño Ravello, auténtica honra de mi tierra.) Si desde mi ventana infantil echaba hacia el Este la mirada, tropezaba con los cerros de Vichú, La Caldera, Tierra Morada, La Peña del Loro

y Timirisis, cuyas masas arbóreas me hacían concebir una idea confusa de soledad y de lejanía. Imaginaba qué en aquella lontananza podría cumplirse el amargo deseo contenido en la canción que permanentemente escuchaba a la cocinera de la casa:

> Me voy de esta tierra, distante,
> a buscar mi perdido sosiego,
> donde nadie sepa que muero
> y donde nadie llore por mí.

Nazaria, la hacendosa cocinera, junto con Nonó, la buena y diligente cuidadora de mis primeros años, viven inmersas en la brumosa memoria de aquella casa inolvidable, donde aún quedaban vestigios de la época conventual. Al fondo, sin que fuera para nada utilizado, abría su gran boca llena de sombras, el horno donde las monjas cocían el famoso "Pan de Tunja", que fue regalo en la mesa de los ricos. Y como para dar un tinte de vida al muerto recuerdo del convento, todos los meses venía a recibir de mi padre, agente de pagos del Gobierno, su modesta pensión de exclaustrada, la anciana monja sor Florentina Castellanos, que con los ojos arrasados de lágrimas, refería la plácida vida de oración que llevó entre aquellos muros.

Pero con el de Nonó y el de Nazaria perdura el recuerdo familiar y simbólico de la vieja cocina de topias, cuyo fuego, así existieran ya los fósforos, era a veces tomado del primitivo pedernal, que aún por entonces sabían manejar las cocineras de Trujillo. En torno al fuego sagrado se constituyeron originariamente las familias y las ciudades. El hogar era el sitio donde vivían los dioses protectores de la familia. Lares y penates tomaban fuerza del propio alimento con que se mantenía la llama benévola. En nuestro viejo hogar el fuego era permanente, como en la liturgia misteriosa de griegos y romanos. Apenas se le apagaba el Viernes Santo, para sacarlo de nuevo, entre alegres repiques, el Sábado de Gloria. (De mi abuelo agonizante se recuerda haber ordenado a los hijos echar agua a las brasas del fogón, por que no hubiese la comilona acostumbrada en los velorios.) Nazaria en la noche cubría de buena ceniza las brasas ardientes para que amaneciera rescoldo con que levantar fácilmente el fuego mañanero. *Flammas ejus lucifer matuti-*

nus inveniat, como en la liturgia pascual. ("Hállelo encendido el lucero de la mañana".) Era la mejor, la leña de jumangue. Su dulce recina daba, al cocerlas sobre brasas, mejor gusto a las carnes. La de chofó no dejaba brasas, sino pura ceniza. La de say era fuerte para el fuego.

Este tema de la cocina y de las topias parece tonto e intrascendente recordarlo, pero la memoria de los viejos cimientos, donde se cocinaba con leña o con carbón, está vinculado a una Venezuela que se fue. La Venezuela agrícola y sencilla que, en medio de la pobreza, fue dueña de su libertad y de su autodeterminación internacional. En aquellas épocas, Fermín Toro, egregio canciller de la República, podía decir al más pintado de los agentes diplomáticos extranjeros que el Gobierno venezolano no estaba dispuesto a tolerar intervención de parte de ninguna potencia, como lo dijo de severo modo a los representantes de Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Brasil, España y los Países Bajos. Hoy se ha bajado un poco el tono de las voces y el fuego arde sin rito. Se lo hace con pasar el encendedor de la corriente eléctrica o al abrir la llave del gas *shell*. Hay también cocinillas de querosene y de gasolina, que con frecuencia provocan incendios en los hogares pobres. La antigua cultura que arrancaba del iluminado Prometeo ha sido sustituida por una cultura enraizada en el petróleo. Una cultura sin espíritu, con que se ha roto la antiquísima tradición del fuego sagrado, que sirvió de origen a muchas religiones. La llama de la vieja hoguera fue vista por los ojos absortos del hombre primitivo como la propia forma de un dios poderoso. Nuestros indios guaiqueríes tuvieron a su vez la visión del petróleo como la de estiércol del Diablo. *Stercus demoni*, dice Fernández de Oviedo en su *Historia de las Indias*. Exactamente, un valor adivinatario que nos vino, sin haberlo sabido aprovechar, del sub-mundo aborigen. Por eso, toda su política entreguista emana un mal olor social.

Para mí nada quedaba tan lejos como el mundo vegetal que se presentaba a mis ojos por corona de las serranías. Enclaustrado dentro del muro de colinas y de sierras que rodean el vallecito de Mucas, mis ojos, más que mis propios sentimientos, reclamaban amplitud de horizontes. Alguna vez había ido en unión de mi padre y de mis hermanos hasta el cerrito de Musabá, donde estaba clavada una de las cuatro

grandes cruces que, desde la entrada del siglo XX, protegían a la población, y desde allí el horizonte se me había dilatado un poco más. Aquella modesta eminencia me había ofrecido la visión placentera del río Castán y de las vegas de las Araujas.

Viajar, no ya sobre las nubes tornadizas, que mi madre me había enseñado a interpretar, cuando en las tardes íbamos al anchuroso huerto de la casa, para arrancar de las subidas bardas las encendidas orquídeas, que aún duraban como recuerdo de las monjas. Allí nos quedábamos sentados, sobre las grandes piedras del solar, mi madre y yo; entregados, ella a referirme historias cargadas de morales intenciones; yo, a divertirme con el lindo turpial que, amoroso, seguía la gran cauda de su blanca bata almidonada. Viajar a través de caminos nuevos era mi infantil anhelo. Apenas conocía, fuera de las largas y empinadas calles de Trujillo, la vía de la Otra Banda y de la Mesa de Triana, transitada cuando iba al Vergel y a la casa vieja que tenía la abuela en el Pazguate. Fueron aquí mis primeras aventuras bucólicas, cuando me daba a correr entre los cafetales de nívea flor y bajo los bucares de ensangrentadas copas, o mientras descansaba al pie de los altos guamos y de los estirados zapotales para mejor escuchar el dulce canto de gonzalicos y arrendajos. Me divertía también desgranando las hermosas mazorcas arrancadas del lánguido cacaotal. Aquello me parecía un mundo nuevo y distante del mundo cuotidiano de Trujillo, así la hacienda quedase a la mera orilla del poblado. Usted, que conoce el Trujillo moderno, acaso piense que mi exaltada fantasía me lleva a fabular mazorcas de cacao donde jamás las hubo, pero aún las había en aquellos buenos tiempos, como supervivencia de una agricultura que fue totalmente desalojada por el café, cuando este grano adquirió fantásticos precios a fines del pasado siglo. ¡Malaya aquella edad agrícola de suficiencia y dignidad!

El gran viaje por tierra fue luego y para bien cerca. Yo, en cambio, multiplicaba a mi manera la distancia y pensaba que el sitio estaba más lejano. Ya andaba por los ocho años y mis padres resolvieron trasladar por salud la familia al vecino pueblo de San Jacinto. Era viaje casi formal, que me quitó el sueño hasta el día de la partida. Claro que yo había hecho ya el recorrido de la vía, pero iba a hacerla ahora con

el propósito de ser habitante de otro pueblo. Me alejaba transitoriamente de El Matacho, donde estaba firmemente arraigado el hogar, y al regreso, tendría alguna novedad que referir a los amigos. Seguro estoy de haber ido donde los primos y donde Diego, donde Francisco, donde Rafaelito, donde Mimío y donde Alirio para despedirme de ellos formalmente.

Viajar muy lejos en verdad sí lo había hecho. Era ya buen amigo, como a usted cuento, de las nubes, y, además, en las claras, tranquilas y frescas noches de Trujillo mi padre me había enseñado a viajar por las estrellas. Era él, como el viejo tío Juan Pablo Bustillos, muy dado al estudio del firmamento, y tenía buenos atlas y gruesos textos que leía con pasión y con afecto singulares. Cuando los doctores Alfredo Jahn y Santiago Aguerrevere visitaron mi pueblo con la Comisión del Mapa, él iba todas las noches a su tertulia y gozaba la visión del cielo a través del pequeño telescopio que aquéllos llevaban. De noche, mi padre me explicaba las constelaciones y me enseñaba la diferencia entre las estrellas parpadeantes y los dormidos luceros. Aprendí a distinguir muchas constelaciones por su nombre y fácil me era diferenciar a Casiopea de las dos Osas, y a precisar el rojizo cintilar de Aldebarán entre el conjunto del Toro. Mi padre sentía placer en preguntarme el nombre de los astros y las variantes de la Vía Láctea, delante de las personas mayores. Tal era su gusto y el que en mí había hecho nacer por la indagación del firmamento, que en los exámenes de 1908, últimos que rendí en su presencia, me obsequió la *Astronomía Popular*, de Camilo Flammarión, cuyo segundo epígrafe, puesto por el traductor español, lo copié para encabezar el primer artículo periodístico que publiqué en 1911: "El mundo marcha, quien se detenga será aplastado y el mundo continuará marchando." Es de Balmes, filósofo cristiano que conocía el imperio del progreso.

Vuelvo a la tierra para tomar en firme el camino de San Jacinto. Diré a usted que si la visión panorámica del Trujillo interior es bastante pobre, en cambio las vegas que bordean el río Castán y los suaves declives del Vichú y de La Caldera, tienen un encanto singular. Así el río se ponga loco de vez en cuando y destruya cercas y sembrados, por lo regular es de escasas y mansas aguas. Modesto es este río fami-

liar, como lo es la ciudad y lo son sus moradores. Su música es para ser oída de cerca, como la buena música de cámara. Nada de grandes sinfonías, salvo en las desacostumbradas y terribles crecidas. Nada de borbotar airado. Es río agrícola, cuya función fundamental la constituye el riego de las vegas circundantes. (Antes de haber acueducto en la ciudad fueron también sus pozas manera de balneario de los trujillanos.) Cuando se camina hacia San Jacinto, uno lleva la contraria del río, que corre hacia el Norte, en busca del Mocoy, primero; del Jiménez, más abajo; para echar sus aguas sobre el Motatán, el río señor de la provincia. (En 1578, los abuelos que describieron su curso en el informe sobre la ciudad, erraron el rumbo y dijeron que corría al Sur.) Antes de llegar a San Jacinto se cruza el Castán, ahora sobre buena puente, en mi tiempo de niño sobre rústicas varas.

San Jacinto fue antiguo pueblo de doctrina de los indios bujayes, que ya por 1633 tenía abiertos libros bautismales. Está fundado en plena falda de la montaña que se empina para ganar las altas cumbres de Bujay y de La Cristalina. A fines del siglo XIX se construyeron muy buenas y anchas casas de tejas, donde las familias de Trujillo solían ir a cambiar de temperamento. Originalmente estuvo rodeado de sementeras de trigo y de frutos menores. "Mucho y muy buen trigo, de que se hace el mejor pan que yo he visto en estas Indias", escribió fray Pedro Simón en sus *Noticias Historiales*. Cuando yo lo conocí, sus sembradíos estaban destinados a caña de azúcar, café, tabaco y frutos para recado de olla.

Jamás olvidaré la impresión que me causaron los extensos cañamerales florecidos que se abrían a la salida del pueblo, por el camino del Río Arriba. Me pareció que sobre la verde masa de las cañas hubiera descendido un cúmulo de gris neblina, suavemente movida al compás de débil brisa. A la otra banda de las cañas y como incrustadas en la propia falda de los cerros, recuerdo dos modestas casas, que jamás se han desdibujado de mi memoria: la una, en simples palancas, de un dormitorio interior apenas; en el suelo, las desnudas topias donde ardía el crepitante fuego que alimentaba la parva marmita; fuera de la horconeadura, el gran horno humeante, donde Ña Nicolasita Peña cocía las fragantes acemitas y las sabrosas roscas de su escasa industria. Sola vivía la vieja, porque la muchacha que la acompa-

ñaba se había ido para Trujillo a vivir con un policía. No le quedaba por compañía sino el viejo perro *Fierabrás*. Cuando con el hermano yo salía de camino, dados febrilmente a la aventura de descubrir árboles nuevos o nuevos recodos en el río, nos acercábamos a la pintoresca casa de la viejecita, quien, mientras le comprábamos sendas acemitas de a cobre, nos refería cuentos de brujas y de espantos, que en la noche nos tenían largo rato sin conciliar el sueño. Más vecina del pueblo quedaba la casa de Emiliano el Patón. Era de palmas y bahareque encalado, y toda ella estaba cubierta de un hermoso enredo de parcha granadina, que le daba gratísimo aspecto con sus campánulas violáceas. Para mí fue algo de extraordinario interés descubrir la casa de Emiliano, triste mendigo que arrastraba unos enormes pies, deformados por la elefantiasis arábiga, y a quien, miércoles y sábados, yo veía en Trujillo recogiendo su habitual limosna.

Llegóme a ser San Jacinto una revelación de dolor, de misterio y de rústica y saludable simpleza. Cuando de hombre leí pinturas de antiguos cuadros medievales, evoqué el reducido paisaje del modesto y grato burgo trujillano, donde había tropezado con singulares figuras humanas, jamás borradas de mi memoria. Quizá entre ellas sea principal la de Ño Ricardo Carrillo. Vivía este viejo en el sombrío campanario de la primitiva iglesia del pueblo, cuyas ruinas aún se mantenían al lado de la nueva iglesia de tapias y tejas, comenzada a fines del siglo XVIII. Fue aquélla de techumbre de maporas, cubierta de palmas, y de un solo cañón, y tenía tres altares: el mayor, el del Santísimo y el del santo titular. "En paraje inmediato a esta iglesia —escribía el obispo Martí el año 1777—, y de muy buenas proporciones, está comenzada una nueva fábrica, la cual al tiempo de la Visita tenía ya hechos todos los Cimientos, y levantadas las Paredes hasta una Vara con bastante fortaleza." Alguien me llevó hasta el viejo, y ya me quedé por su diario contertulio durante la permanencia en el poblado. Brujo o santo, así apareció ante mi absorta mirada infantil el anciano misterioso, que había hecho de aquellas ruinas su casa y su mundo. Blanca y luenga barba bajábale hasta mitad del pecho y sobre los hombros le caía undosa y nívea cabellera. Su oficio era tejer esteras de plátano y espuertas de bejuco, cuando no pasaba las interminables, por repetidas, cuentas de un gran rosario de

madera. Dormía sobre duro jergón, frente a severo Crucifijo, a cuyos pies ardían permanentemente dos candelas. En tosco nicho, al lado del jergón, vigilaba, con sus ojos vacíos, una tétrica calavera. De cuando en cuando el silencio de la torre era quebrantado por el vuelo de pesados murciélagos. A esta distancia de tiempo, yo no puedo reconstruir casi nada del diálogo sostenido de niño con el curioso anciano, menos aún recordar el motivo que lo llevó a buscar refugio digno de un poeta maldito. Como el personaje de Corbiére,

> El viento de su torre
> le hizo olvidar la prisa con que el olvido corre.

Contradictoria emoción de miedo y de curiosidad, como la de Leonardo de Vinci ante la gruta misteriosa, me producía el anciano. Pero su bondad y su hondo sentido religioso terminaron por dominarme. Recuerdo que le acompañaba a rezar y que en cierta ocasión me dijo: "En las iglesias caídas, a donde ya nadie viene a orar, está Dios entero."

Distinta de la cariñosa sensación que terminaba por provocar Ño Ricardo, era la que muy cerca incitaba la repugnante visión de un hombre leproso, que más que ser vivo parecía un muerto mal enterrado. Se sobrevivía a sí mismo este infeliz, en abierta casa inconclusa, de techumbre de tejas, sobre recios pilares de madera. Nos estaba prohibido a los muchachos transitar por la calle donde quedaba esta manera de degredo para el solitario, pero la curiosidad, y cierto sentido de compasión, me llevaban a infringir la orden paterna. De lo sobrado de la casa yo tomaba una ración que compartía con Ño Ricardo y con esta doliente figura de apestado. Claro que nunca me aventuré a dirigirle la palabra. Se me decía que el aliento del leproso era como miasma que cargaba la infección. (Hasta los doctores creían entonces en miasmas.) Me limitaba, pues, a poner el mendrugo sobre el cimiento que separaba, en lugar de paredes, la casa de la calle, ya que el lugar tenía más aspecto de jaula para guardar un animal raro que de habitáculo de un ser humano. "Dios se lo pague", murmuraba el enfermo, y yo apretaba el paso para no fijar mucho la vista en su leonino rostro.

San Jacinto era, como usted ve, un pequeño y lindo pue-

blo, enterrado en la fresca quietud de la montaña, donde pululaban curiosos tipos humanos, la mayoría de ellos ataviados del repugnante bocio, hoy, con la higiene de las aguas, totalmente desaparecido. Con los de San Jacinto y de Trujillo, podría hacerse una extraña galería de personajes para una "corte de milagros". Algo curiosos en el área de la patología social y del tema pictórico. Una procesión de personajes encabezada por Mano Merejo, Villarreal, Juan Chimbangle, Jipijipi, Ramón el Poncho, Lucía Inquieta, La Tonta Espíritu, Manuel el Muerto, Cojelacalle, La Tunchica, La Siete Frentes, La Tres Plátanos, Rafael Sáez, Manofey, Juanota, La Lagartija y Bojote de Ceniza, sería para dar trabajo a los Marañones.

De San Jacinto no quiero dejar en el olvido la memoria misteriosa de Ño Juan Suárez, adusto encargado de la pequeña hacienda de un pariente nuestro. El viejo era tal vez misántropo, y para evitar la frecuencia de las visitas, que solían regresar bien provistas de los dorados mangos y de las almibaradas naranjas, había cebado una enorme tragavenados, que, junto con un perro bravo, eran sus únicos acompañantes. A la vera de la hacienda de Ño Juan se pasaba con el temor de tropezar con la famosa serpiente o de que saliese a perseguir al transeúnte el robusto can. En las mismas calles, el viejo ponía en polvorosa a los muchachos, pues se decía que en los bolsillos del liquiliqui siempre llevaba una o dos serpientes.

A la entrada del pueblo, y en la estrecha vega del camino de Borón, quedaban los tupidos y espejeantes tabacales, de azulosas flores, que eran cultivados, los primeros, por don Pedro Mancera; los segundos, por don Acisclo Briceño. En aquel tiempo en San Jacinto se torcían amorosos puros y se engargolaba cigarrillo de muy buena calidad. Algún aprecio se haría en Caracas del tabaco de Trujillo, pues era regalo que se enviaba a los caraqueños una caja de nuestros buenos cigarros. En grandes frascos de vidrio y en cajetillas hechas con papel florete, se expendían al menudeo o por cantidades fijas, los cigarrillos sanjacinteros, con notorio perjuicio de los "Fama de Cuba" que se llevaban de la capital. Nunca más he vuelto a ver un tipo de cigarrillo llamado Niño Envuelto que se fabricaba en San Jacinto. Era un cigarrillo corriente que se reenvolvía en hoja de tabaco.

San Jacinto, para el muchacho de Trujillo, era el puente entre el campo y la ciudad. La Plazuela, en el camino opuesto, era el puente entre el pueblo monótono y la agitación que se abría camino en pos del ferrocarril y de la vela lacustre. Mientras en este último burgo se veía el movimiento de las recuas que llevaban a Motatán, con destino a Maracaibo y Europa, el café de Trujillo y de Boconó, y que traían los fardos de telas, los huacales de loza y las cajas de vinos y enlatados, en San Jacinto se percibía el silencio de la paz agrícola. Allí coincidían la vida fresca y sencilla que buscaba expresión ciudadana y la vida, acuciada de urgencias, que solicitaba hundirse, como las propias raíces de los árboles, en la tierra nutricia. La cultura se tornaba fecundamente vegetal al ponerse en contacto con el aire de la montaña y con la palabra tosca y asombrada del hombre de la selva. Así como camino de La Plazuela se abre el ala de la paganía, que, con Mercurio, busca las novedades del progreso y de la alegría, Trujillo extiende el ala de la piedad y del recogimiento hacia el pueblo que mejor lo enlaza con los perdurables signos de la naturaleza. También en aquellos buenos tiempos de mi infancia era el pueblo preferido para "correr" los Santos. Debe existir costumbre semejante en otros pueblos de Venezuela. En Trujillo consistía en salirse de la ciudad en los días de San Juan, de San Pedro y de Santa Rosa. San Jacinto era el lugar preferido para esta clase de "huidas", en que las familias se juntaban para ganar el campo y alegrar el tiempo entre canciones y danzas, después de un suculento almuerzo rústico, rociado de "amorcito" y de "sangría". El primero, mistela a base de esencia de rosas; la otra, vino tinto, con azúcar, limón y agua.

He dicho a usted cosas amables e intrascendentes de San Jacinto. Le diré ahora algo muy serio. Allí tropecé de quien a quien con la injusticia. Y va también de cuento: Al llegar un lunes a la escuelita donde seguía el aprendizaje de las primeras letras, el maestro, iracundo, me apostrofó y me injurió, haciéndome responsable de un feo irrespeto, del cual no tenía la menor noticia de que hubiera sido cometido. Se me condenó, sin oírseme, a estar una hora de rodillas a la puerta de la escuela, con una piedra en cada mano. Confuso obedecí, pero luego mi temperamento reaccionó violentamente y arrojando sobre el maestro ambas piedras, corrí

a mi casa, que quedaba al lado de la escuela. Referí a mi madre lo sucedido, y ella, iluminada de ese claro sentido adivinatorio que caracteriza a las madres, comprendió mi inocencia y midió la injusticia del caso, y cuando el maestro vino a reclamar por mi conducta, ella le respondió severa: "El niño no volverá a la escuela. Usted, en lugar de educarlo, le perjudica sus sentimientos." Para que yo no perdiera el tiempo de estudio, esa misma noche resolvieron mis padres el regreso a Trujillo.

Con el de San Jacinto se junta en mi memoria el luminoso y amable recuerdo de *La Edad de Oro,* de Martí, llegada entonces a mis manos de niño en la reedición italiana de Gonzalo de Quesada. Si tenía vocación para soñar, en las páginas amorosas del poeta-libertador mis sueños lograron empinadas escaleras para subirse a las nubes de la fantasía y anchas puertas para entrar en contacto con los grandes valores de la cultura. Homero y Beethoven aparecieron ante mis ojos como nuevos dioses. Llegado a la madurez, he leído y releído aquellas páginas admirables y he venido a la conclusión de que Martí me hizo mucho mal con su desparramada bondad. Me empujó a esperar "una vida de mucha dicha y claridad, donde no haya odio ni ruido, ni noche ni día, sino un gusto de vivir queriéndose todos como hermanos". Si en mis manos hubiera caído entonces una glosa de Hobbes que me interpretase a tiempo la simbólica presencia de los perros feroces de la autoridad frente a la puerta modesta de mi escuela, habría sufrido menos en mi comercio con el prójimo.

De regreso a la capital nos detuvimos, como deber de familia, en la quinta El Molino, de que era propietario mi noble y generoso tío Juan José Márquez, cuya memoria aún se celebra como la de uno de los hombres de mayor caridad que hayan favorecido a la comunidad trujillana.

Para moler el trigo que se cultivaba en cercanías de la ciudad, don Luis Parilli, industrioso y progresista hijo de Italia, que dejó prestigiosa descendencia en la ciudad, trajo de Europa el primer tren mecánico de beneficiar harina que hubo en Trujillo, por si no en toda la Cordillera. Don Luis, en éste y otros audaces negocios, tuvo gruesas pérdidas y molino y finca dieron con un nuevo dueño. Junto con la molienda harinera, funcionaban ahora un gran tren de desti-

lación de caña, un horno de panadería y un ordeño de leche. Los paños de tierra que circundaban la casa de habitación, fueron sembrados de variada suerte de flores y hortaliza, a punto de que la finca se hizo digna del nombre de Miraflores, con que la rebautizaron los nuevos propietarios. Hoy de todo aquello no queda ni el recuerdo de la acequia que surtía el agua para mover la turbina del molino. Rodrigo Caro tendría, en cambio, largo tema para tristes cantos. Pero si en aquellos lejanos tiempos don Adolfo Ernst hubiera visitado a Trujillo, habría hallado material para rato en la visita de los jardines, donde mil variadas rosas, crisantemos, dalias, fucsias, geranios, nardos y jazmines mantenían el aire lleno de aromas más deliciosas que las gustadas por Salomón en el jardín cerrado de la Sulamita.

Y si a dónde voy con mi historia me pregunto yo mismo, ¿qué no se preguntará usted, mi noble amiga? Pero mi historia no es historia ni siquiera tentación de crónica. Apenas estoy repasando recuerdos sin orden ni importancia, que hoy han saltado a la pluma hasta embadurnar el papel, y con cuya evocación frecuente pongo luces de mañana en las sombras de mi vida. A otra persona que no fuera usted, tal vez no escribiría estas cosas, para las cuales, sin embargo, hallo disculpa en que no son de tanta intimidad ni tan personales como las querellas de que los poetas enamorados nos hacen partícipes en sus madrigales y baladas. Cierto, por otra parte estoy, de que algún romántico trujillano habrá de agradecerme estos recuerdos y también que lo prefiera en la exaltación de preteridos valores de la tierra, que interesan a él tanto como a mí.

Comencé por justificar la frase con que quise expresar el profundo afecto que me anima hacia mi región nativa, y tiéneme usted en el relato de pequeñeces de mi infancia y en la evocación de viejos hechos ocurridos en Trujillo. Lo autobiográfico se me ha unido a lo narrativo del pueblo, sin que aparezca de mi parte heroicidad alguna, fuera de haber devuelto al maestro de San Jacinto las piedras con que quiso humillarme. Este hecho me comprometía a otros actos de resistencia que lamentablemente no he llevado a cabo. La vida me puso en el mismo plano de conformidad y de resignación cívica que ha borrado un poco la imagen al "bravo pueblo" venezolano.

Y como quiero dejar estas notas en las lindes de la infancia, déjeme decir a usted cuándo tuvo ésta término en mi espíritu.

Iba ya para los nueve años y al salir una mañana con mi padre al portal de nuestra casa de El Matacho, se acercó un vecino para comunicar que alguna desgracia estaba ocurriendo en la casa de uno de los tíos. Mi padre tomó el sombrero y caminó a informarse. Yo fui tras él. La casa estaba llena de gente extraña y desde fuera se oían gritos y lamentos. Yo penetré asustado y confuso. En una cama, colocada al entrar del primer aposento, estaba muerto el tío. Un síncope cardíaco lo acabó en segundos. Yo sabía que la gente se moría y había llorado cuando vi pasar, precedidos por la banda que tocaba música fúnebre, los féretros del padre Altuve y de don Máximo Briceño. Pero ahora estaba frente al cadáver de una persona que yo quería y con quien había hablado la noche anterior. Estaba, pues, frente a la desnuda realidad de la muerte. Si hubiera tenido menos pavor, yo habría podido ese día tocar con mis manos el cuerpo de un difunto. Antes de que corriese un año de este suceso, estuve al lado del cadáver sangrante del primo, asesinado precisamente a ojos de la madre, de quien era el único sostén. No sé si me espantaron más la sangre derramada o los lastimeros acentos de la tía. Pasados pocos meses, un domingo de diciembre, en plena alegría navideña, vi muerto al otro tío. Aquello me hacía comprender que la muerte se viene sola, sin que se la llame ni se la esté esperando. Ya había, pues, en la familia dos casas tristes, donde dos viudas lloraban y rezaban sin cesar, y otra más, donde una madre herida rumiaba en absoluta soledad, junto con el dolor por la pérdida del hijo, el odio sin merma contra el inhumano matador. Pasó otro año, llegaron nuevamente los alegres días pascuales, y en la mañana de Navidad la madre nos puso a los niños corbatas negras para esperar al padre que regresaba de Valera, donde había ocurrido la muerte del abuelo. Pero con la muerte del recio y bondadoso viejo, coincidió un cambio de vida, y mi padre pudo ver cumplidos sus deseos de radicarse en ciudad donde hubiera mayores facilidades para la educación de los niños. Pronto estuvimos instalados en Maracaibo. No había llegado aún a los doce años y una tarde espantosa, mientras estaba arrodillado

a la cabecera de su lecho de enfermo, yo vi morir a mi padre. Lo vi muerto, y sentí que algo más se me había muerto con él. De esa hora en adelante fui un niño triste, a quien faltaba el sabio guía que me enseñó a viajar por el mundo lejano de las estrellas. También éstas se me habían apagado, junto con la fe y con la alegría. Meses después regresaba a mi tierra nativa. Iba vestido de negro y vivía en un hogar donde, lejos de escucharse la risa, tenían cabal retablo todos los duelos.

Con acabarse mi infancia, acabaré para usted el pesado recuento de mis impresiones de niño. Además, no podría continuar la escritura, porque estoy llorando.

CARTA TERCERA

Mi noble y generosa amiga: No imagina cómo estoy de reconocido con usted por sus gratas letras. Ellas han venido a descargarme de un escrúpulo que mantenía en relación con el contenido de mis cartas anteriores. Su respuesta casi me anima para proseguir ampliamente la evocación del pasado trujillano, pero esto lo reservaré para una obra seria en que pueda realizar la sugestión de Julio Sardi y exponer a la vez, con profundidad y espacio, la aportación de Trujillo a la obra formativa de la república. Porque, como apunté en mi carta anterior, el trujillano está caracterizado por una manera de extraversión telúrica. Mire nuestra historia y vea cómo los hombres de Trujillo han estado a todo momento en "otra parte" al servicio de los intereses de la comunidad nacional.

No ha sido el trujillano hombre recoleto, pegado con ombligo de bejuco a la montaña nutricia. Cuando sale de sus lindes nativas, bien enterrado lo deja, como signo de religiosa unión con la tierra natal, para darse a la vida nacional, sin otro afán que los intereses indiferenciables de la Patria. ¡Líbrenos el Señor Todopoderoso de la tragedia que significa aposentarse en la capital con estos primitivos bejucos! Vea usted, mi noble amiga, la intrincada selva en que

se convierten, cuando prosiguen creciendo bajo el sol meridiano de la capitalidad. Y no cierre los ojos, porque haría el caso infantil de los avestruces.

Proverbial, en cambio, es la frase atribuida al doctor José Gregorio Hernández, cuando alguien le dio excusas por haber en su presencia hablado mal de los andinos. "Pierda cuidado, que yo me dejé de eso", fue la respuesta del sabio. Pero lo que él había dejado era la arisca susceptibilidad ante la crítica que se hacía a una política para la cual se buscaban interesadamente, por uno y otro bando, tintes exclusivistas. El sabía que la llamada política andina, en lo que tuviera de disvalioso o de positivo, era política venezolana, en la cual debían figurar como responsables tanto los andinos nacidos en la Cordillera, como los "andinos" nacidos en Santa María de Ipire o en el golfo de Cariaco. Y en lo que dijera a grupos con pretensiones a una hegemonía antinacional, él se sabía venezolano en la amplitud conjugante del vocablo.

Sin quererlo, ha venido a los gavilanes de la pluma el grato nombre del sabio filántropo que parece caminar a la dignidad de los altares cristianos. Para colorear el cuadro de la Patria, mi pueblo ha contribuido en forma singular. Se necesitó atizar el odio de la guerra, a fin de ganar la independencia, y Antonio Nicolás Briceño, haciendo honor al remoquete de "Diablo", derivado de una farsa del Seminario, se armó de tea incendiaria e iluminó con fulgores dantescos el cuadro de la guerra a muerte. Y para hacer honor a la contradicción que da a Trujillo tanto el privilegio trágico de ser solar declarativo de la guerra a muerte, como el de que en sus aleros hubiese anidado la paloma de la paz, también en sus términos nació el hombre blanco y generoso, a quien Caracas lloró por padre y a quien la fe exalta hoy a los honores del santuario. Hernández es quizá el más grande de los trujillanos que han abandonado el Estado para darse al servicio de la cultura en otras regiones de la república. No entraré a enumerar otros que están vivos en el recuerdo de las ciudades y regiones que recibieron el beneficio de su esfuerzo, como Caracciolo Parra, José Domingo Hernández Bello y Antonio Justo Silva, en Mérida; monseñor Jáuregui Moreno, el padre Justo Pastor Arias, Francisco Baptista y el doctor Abel Montilla, en Táchira; Gabriel

Matheus, en Maturín; Félix R. Páez y Jesús Mendoza Briceño, en Ciudad Bolívar. Prolijo sería enlistar a los trujillanos que han contribuido al progreso moral de la gran patria venezolana, prolijo e inútil, por cuanto su obra está ya sobrado reconocida y exaltada. Se diría, en cambio, contra mi mismo propósito, que con ello me pongo al servicio de un chovinismo antinacional, y que recabo para Trujillo valores ya refundidos y vaciados en el troquel uniforme de la venezolanidad integral. ¡Acórrame el Señor de caer en este paso lamentable! Esos ilustres trujillanos que he mentado son tanto más altos cuanto menos resalta en ellos, con tintes divisionistas, el gentilicio regional. Venezolanos son en el mérito de su obra, porque al servir a las varias regiones donde les cupo desarrollar el bien y la cultura, servían la gran Patria que absuelve el particularismo que pueda alzarse entre las lindes provinciales.

Lo que sí tiene intención saludable es evocarlos con orgullo, para que sus nombres sirvan de timbre al solar donde comenzaron sus vidas fecundas, y para que sean, a la vez, como benéfico estímulo que promueva la imitación entre quienes se sientan más obligados por la gracia del inmediato paisaje.

Si en verdad pudo escribirse, como escribió Inocente Quevedo, ilustre varón de nuestras letras trujillanas, que al golpear con el pomo de su espada victoriosa las puertas de bronce del Capitolio Nacional, Cipriano Castro hacía sentir que Caracas no era Venezuela, ello no debe tomarse como compromiso con un cerril regionalismo. Cuando Quevedo escribía en Trujillo aquella frase, vaticinadora del triunfo del *Cabito*, lo hizo por saberse hijo de un pueblo de Venezuela y no por su oriundez cordillerana. Hubo, además, hasta el 99, y nadie lo niega, una prepotencia de la capital con visible perjuicio para las provincias. Y el antiguo Estado Los Andes, como otros Estados de la Unión, fue oprimido y explotado por hombres del Centro, que se trajeron de allá hasta nuestra humífera tierra, para abono de los jardines de sus casas caraqueñas. Pero bajada aquella prepotencia y nivelados los sistemas de gobierno, debemos hoy buscar solamente la exaltación conjugante de lo nacional. Justamente el valor perdurable de la revolución del 99 fue haber abierto el nuevo ardoroso crisol donde se refundieron, para la uni-

dad, los ariscos valores de la Patria. Hoy las provincias nada tienen que reclamar por sí solas. Yo no creo que la amplitud del destino de Venezuela pueda medirse con la vara de las regiones o con el almud del pulpero de aldea. Aldea y provincia son apenas valores sillares sobre los cuales se levanta el gran edificio de la patria venezolana.

En pago de su bondad para librarme de escrúpulos, yo pondré fin a estas cartas dedicadas a evocar la vida de mi pueblo. Nadie creerá que estoy haciendo un tratado de historia de Trujillo. Si he puesto algo de su vida y si he pintado algunos recuerdos de mi infancia, todo falta en ellas por escribirse. De mí mismo, si tuviese afanes autobiográficos, ni siquiera le he dicho dónde nací, aunque con recordar el sitio hubiera tenido oportunidad de volver sobre la historia de las Reginas y de hablarle de los méritos del alférez Feliciano Cegarra de Guzmán, cuyas armas, labradas en piedra, lucen frente a la casita humilde donde abrí los ojos a la vida. Nada de eso hace falta en un recuento de cosas y valores de Trujillo; en cambio, quedaría trunca la evocación de la ciudad si no apareciese la imagen magra y falleciente del nonagenario monseñor Estanislao Carrillo, cura de Trujillo por más de sesenta años. El bendijo ayer las bodas de nuestros padres, derramó el agua lustral sobre nuestras cabezas infantiles, nos dio por vez primera el Pan Eucarístico, amortajó a nuestros abuelos y ha bautizado a nuestros hijos y nietos. Cinco generaciones de gente trujillana han tenido a su lado, en vida y muerte, la figura dulce y bondadosa de quien subió hasta ser la mejor expresión del alma tradicional de Trujillo. Testimonio austero de caridad, ha llegado a la pobreza del justo, después de haber distribuido entre los menesterosos los bienes heredados de sus mayores. A todos ha pedido, no para la pompa vana y transitoria del templo, sino para acudir miserias que conoce él solo. Cuando yo era niño, lo veía salir el Sábado de Gloria, de sobrepelliz y estola blanca, seguido de un monaguillo, con acetre e hisopo. Entraba en todas las casas. Las bendecía y dejaba palabras de cariño para los grandes y para los pequeños. Y de ellas se llevaba, en una gran cesta que portaba un fámulo, el obsequio de pan para sus enfermos del Hospital de la Chiquinquirá y para las familias cuyas necesidades él se tenía bien calladas.

Al terminar, debo dejar una vez más testimonio de mi alabanza para la equívoca sonrisa de sus labios que me impulsó a dejar correr hasta la pluma el grato recuerdo de mi pueblo.

CARTA FINAL

Mi querido Manuel Briceño Ravello: Difícil pintar la holgura espiritual con que regresé a casa, después de haber hablado contigo acerca de mi propósito de consagrar a nuestro Trujillo un emocionado y filial recuerdo. Cuando tú me hablaste de que en las húmedas piedras de la Quebrada de los Cedros se arraigan tus mejores recuerdos trujillanos, pensé de inmediato en el grupo bogotano de poetas "piedracelistas", de que fue guía y maestro mi grande amigo Eduardo Carranza. En Santa Fe, piedra y cielo; en tu recuerdo, agua y piedra. El agua que varía en cada momento de su vertiginosa diuturnidad; la piedra que permanece una, así la arrastren las aguas atrevidas.

Ningunos símbolos mejores que el del agua y el de la piedra para expresar la constancia de nuestro afecto al lar nativo. Ni mudamos, como no mudan las piedras; ni nos negamos a sumar la modestia de nuestros valores morales a la corriente crecedera del progreso de la patria venezolana.

Luis Valera Hurtado te gana en el procerato de los trujillanos caraqueños. En cambio, yo veo en ti el vínculo que me une de mejor manera, en el comercio de la amistad, con nuestro viejo Trujillo. Cuando vine, ya espigado, a Caracas, me di a buscar a Valera Hurtado como al representante en la capital de las letras vernáculas; a ti, que aún seguías la Facultad de Leyes, te busqué como al estudiante mayor, que me había obsequiado, cuando yo andaba aún por el alfabeto, un método Bournuf para el aprendizaje de lengua inglesa.

En mi memoria tenía grabado tu recuerdo de hombre ya hecho y derecho, cuando yo aún era niño a quien mi primo, el pundonoroso y noble militar retirado, coronel José María Márquez Iragorry, llevaba de la mano a la escuela de primeras letras. Tú reías entonces de mi sombrero de velludo

rojo, que antes de ser mío había cubierto, en alarde de partidarismo, la cabeza altiva e insustituida, para desgracia del Estado, del doctor Leopoldo Baptista. (Tampoco ha sido reemplazada la egregia figura de Rafael González Pacheco.) En cambio, yo correspondía a la burla que tú hacías de mi sombrero con el ansia de poseer el librito amarillo en que estudiabas extrañas lenguas.

Han pasado los años y hoy luzco canas que huyen tu vigorosa e indomable cabeza. Pero si ambos concurriésemos a dar examen de lengua inglesa, no seríamos agraciados con premios. A esta altura de tiempo, seguimos siendo físicos venezolanos (como se dice en Trujillo), que damos buen precio de afección a los resabios cantonales donde halla sillería el edificio de la patria.

La deficiencia en inglés la suplimos con el cálido afecto que nos pone a vibrar ante los valores permanentes de la venezolanidad. Bien sabemos que entonces Bolívar tendrá pedestal de conciencias leales a sus propósitos y no estatuas que lo rigidicen para la función de libertar y defender la patria, cuando los hombres prefieran la sencillez criolla al sucio alarde de riqueza lograda con la claudicación de lo nacional y con la hipoteca de la libertad.

Y si te hago con esta explicación cómplice en parte de mi romántico trujillanismo, es para que, sintiéndote solidario de esta evocación cordial, me defiendas de quienes puedan seguir motejándome de ilusivo idealismo y de sinceridad imprudente.

¡Tan flacas están las saludes que defender los valores permanentes de la venezolanidad ha llegado a constituir peligro y demérito! Y abundan casos en que para gozar privilegios, se sustituya la genuina y prestigiosa fe de bautismo venezolana por compromisos suscritos en el Rockefeller Center o en cualquier Banco de Wall Street. Pareciera que en lugar de haber crecido en nuestra historia la estirpe que arranca de Alonso Andrea de Ledesma, se hubieran multiplicado y hubieran subido a los altos comandos los descendientes de aquellos criollos traidores que se aprestaron a avituallar de cazabe y buena cecina las naves corsarias de Amyas Preston. Por eso Ledesma es mero símbolo para conversar los ilusos. El prestonismo es, en cambio, robusto sistema que da buenos réditos. Siempre el pirata pagó bien a

quienes le abrieron las puertas de las ciudades. El "enemigo" fue mejor cliente para el comercio clandestino. Hoy sucede que la clandestinidad se hace a la luz del día y con aprobación de los llamados mejores representantes del orden social.

Hoy, los vendedores de la Patria se cuentan entre la llamada gente "decente". Los que defendemos la nación hemos pasado a la categoría de "agitadores peligrosos".

Guárdete el Señor para honra de la tierra y para buen ejemplo de venezolanos.

Tuyo amigo,

M. B.-I.

FRANCISCANISMO Y PSEUDO FRANCISCANISMO

FRANCISCANISMO Y PSEUDO FRANCISCANISMO(*)

Señores:

INSTALÓSE esta Academia y acabáronse sus primeras actividades en uno de los viejos claustros restaurados del convento que con título de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, fundaron los beneméritos Padres Franciscanos en esta muy noble ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas. Miraba el claustro al ancho huerto donde después se levantó el edificio que sirve de sede a nuestra Biblioteca Nacional. Al socaire de los muros que la piedad de los hijos de Serafín de Umbría había levantado con perseverante amor, bien podía iniciar este Instituto su fecunda y callada labor de pulir y fomentar nuestra hermosa lengua. Paciente y callada, como la de los antiguos frailes, era la obra que tomaba cuerpo en senado donde las letras de San Buenaventura, Escoto y Lulio habían florecido por más de dos centurias en honra y lustre de la vieja ciudad colonial; y aunque ahí mismo, frente a frente, había establecido su laboratorio de estudio y de enseñanza el fundador entre nosotros del naturalismo científico, mayor era la fuerza que enlazaba el instituto con las raíces dormidas del extinguido claustro, que la racha empírica alentada por las lecciones del famoso sabio.

Esta fuerza que puso desde prístina hora, en mayor cercanía las tendencias de la Academia con la obra de disciplina filosófica y literaria realizada por la antigua comunidad, que no con las teorías aposentadas en el frontero laboratorio, permite que yo, humilde admirador de la obra gigantesca del fundador de aquellos frailes olvidados, pretenda sustentar ante vosotros, en la ocasión presente, y para

(*) Discurso en la Academia Venezolana, correspondiente de la Real Academia Española.

cumplir un deber reglamentario, tesis de manifiesta tendencia franciscana.

San Francisco de Asís no sólo pertenece a las severas naves de los templos católicos, donde por siempre se le honra; su figura cabe y debe estar como en casa propia, junto con las de Homero, Virgilio, Cervantes y Shakespeare en estos recintos académicos, donde al igual que al prestigio de la lengua como elemento plástico de expresión, se atiende al examen de las causas profundas que generan y orientan la belleza artística. Más allá de la forma, el pensamiento del poeta —hombre de lo bello, según expresión de Emerson— aparece radiante u opaco, ora dando claridad a la construcción literaria, ora minorando el propio valor del ornamento, de suyo espléndido. No es la obra poética escueta acomodación de mosaicos bizantinos; a través de la forma, emana con fuerza intensa, vario y multiforme, definidor, en fin, de la personalidad creadora, el soplo de vivificante inspiración. Cuál sea ésta, cuáles los títulos que la legitimen en la vida del pensamiento, cosas son que ocupan la investigación del crítico, con interés mayor que el reclamado por la mecánica del arte.

En la historia de la cultura de Occidente, San Francisco de Asís marca ortivo momento de renovación espiritual. La escultura, la pintura, la arquitectura, el arte poética, adquieren con San Francisco tanta fuerza de idealización, tanta pujanza creadora, que apenas tienen precedente en la transformación integral operada por la aparición del Cristianismo. En medio de la rudeza y a través de las espesas tinieblas que nos velan el cuadro interior de la Edad Media, el Santo de Asís esplende como alborada de amor que porfía por extender sobre la tierra aridecida los suaves destellos del ya casi olvidado mensaje evangélico.

La relajación de las costumbres; el ronco rugir de la pasión feudal; el alto y el bajo clero manchados en gran parte de los vicios de aquella sociedad recién salida de bárbara matriz; la lucha entre el Pontificado y el Imperio; el celo de las ciudades, que armaba unas contra otras; el odio de señores y de siervos; el temor de la invasión del turco; la herejía, en fin, que allá y acá abría sus infernales fauces contribuían con potencia incontenible a mantener un estado social que fundaba en la fuerza material su única esperanza

de estabilidad. Los mismos caminos señalados para sostener la integridad de la Fe estaban erizados de armas fratricidas que, en medio de la descomposición accidental de la sociedad, contribuían a convertir en campo de universal lucha el ancho territorio de Europa; la voz de Pedro el Ermitaño, repetida con mayor vigor por labios de San Bernardo, armaba a los cristianos para la liberación del Santo Sepulcro, predicando la guerra como medio eficaz para anchar el Reinado del Espíritu. Fenómeno de proporciones en extremo dilatadas, no toca al objeto que nos ocupa hacer el examen de las Cruzadas, y sólo queremos apuntar, como hito al cual habremos de volver en nuestra ruta, que la idea de la posesión de Cristo, aunque materializada en la del sepulcro donde durmió tres días su cuerpo glorioso, era presupuesto común de aquella época de luchas.

El hombre de la Edad Media no perdió nunca, a pesar de la desapacible vida diaria, y aunque viese de cerca como la negación de su eficacia, el anhelo por la conquista de supremas posiciones ideales. Mientras el bárbaro se acomodó para la mejor realización de sus planes de estabilidad social en gobiernos de formas varias, y ensayó sistemas de diferentes modalidades políticas, la Iglesia fue por caminos aún no del todo abiertos para la marcha de los ejércitos, vigorosa y triunfante, adelantando los límites del nuevo imperio. Cuando los bárbaros destruyeron el águila soberbia de los césares romanos, los obispos colocaron en los nuevos escudos victoriosos la paloma evangélica, y sobre la general estructura de los estados feudales, se cernió como símbolo de superior aspiración constructiva el mensaje de la paz celestial.

Vecinos a los castillos almenados, los monasterios alzaban hacia el cielo la pesadumbre de sus torres y daban abrigo, en el silencio de los claustros, a corrientes de renovación espiritual, que, unidas a perseverante labor de humanas letras, guardaban, a la par de la Fe, los tesoros de la cultura antigua. Monasterios y castillos trazan sobre el anchuroso campo de Occidente los sitios determinantes del movimiento político-cultural de la Alta Edad Media; el ideal religioso que se acoge al silencio de las casas de oración, y el anhelo guerrero que cifra en lucha perseverante y en invasión continua el único programa de vida práctica.

En aquella edad de héroes, la Historia no trabaja repo-

sada crónica y encomienda el relato de las grandes acciones a la canción de gesta, entonada al principio por los guerreros mismos, y desenvuelta más tarde por los andariegos trovadores. Al correr de la trova, la fantasía se alzó sobre el hecho coetáneo, y la imaginación, penetrando el ancho campo de la leyenda, holló sus ricas avenidas como terreno firme. Los reyes normandos, con la Caballería de la Tabla Redonda, realizan el ideal de la época; la gesta se hace una con el espíritu medieval; el Caballero, más que producto de una institución, encarna universal tendencia: es la aspiración, no ya de empresas por sola la conquista de torres y de almenas, sino por la realización de un reino ideal de justicia, reclamado con potente verbo por el dolor de luchas desiguales y por ingénito deseo de sepultar la barbarie antigua. "Yo juro sostener el derecho de los débiles", dice el Caballero, y Lohengrin aparece sobre las ondas arrastrado por el suave empuje de blanco cisne, para salvar a Elsa, calumniada de fratricidio. A Parsival, niño que interroga sobre la naturaleza de Dios, respóndele la madre: "Es lo más hermoso y espléndido del mundo", y el fogoso infante ruega se le admita entre los caballeros que parten a la conquista del Santo Graal.

Nada tan de admirar como esta corte del magnífico Arthur, que, junto a caballería profana —avanzada de señores feudales— realiza el ideal de estotra caballería, que sin detenerse a poner manos en puentes y fosos, pasa, la vista fija en la estrella distante, a conquistar la blanca paloma que aletea sobre el misterioso Vaso de la Cena.

Aspera, como carbón que nutre fúlgido diamante, la Edad Media prepara el surgimiento del espíritu caballeresco. Juglares y trovadores lo esparcen a través de las distancias: junto a la canción guerrera, entonan, acompañados de débiles instrumentos, plantos de amor, y las cortes de gaya ciencia constituyen academias donde los pueblos promueven el gusto literario. Flor de mundana espiritualidad, despiertan éstas el surgimiento de formas líricas en los idiomas balbucientes, y a su ejercicio acuden, para honrar méritos de fementida dama, al par que a otros torneos, los más cumplidos caballeros. La gesta heroica, trabajaba con los duros elementos de lenguas bárbaras, cede ante el alado fluir de rondas y cantilenas; los dialectos nuevos adquieren plasti-

cidad y formas dúctiles que afinan la canción y elévanla para la definitiva concreción poética.

Epoca de caballería, tiempo de trovadores y juglares, momento de apasionada lucha contra herejes en Europa y Ultramar, batalla continua en el suelo de Italia entre sostenedores del imperio, el Pontificado, los Feudos y los Comunes, ésta en que abre la conciencia a públicas actividades el hijo de Miser Pedro Bernardone. En las cortes de amor adiestra el numen fecundo y ensaya con acierto el cultivo de festiva trova; ante la lucha continua siente la enervación del espíritu bélico, y deseoso de triunfos, se engancha como escudero de alto señor, para subir a la dignidad que distingue y enaltece. Enardecido por el ejemplo del siglo, desprecia la tradición familiar de mercader de paños y busca en vanas justas y en recia lucha de mílites, títulos ilustres. Pero cuando mejor se halla entre holgados vestidos que atraen la atención de la ciudad y listas para la vela están las armas con que ha de llegar a ser armado caballero, reclamo del Altísimo lo detiene en la mundana marcha, e indícale que Caballero lo quiere y trovador también, mas no de humanas alejandrías ni para cantar vanidades que pasan, sino para servir a Cristo y ser juglar de Dios: *nos sumus joculatores Domini...*

Dramático y hermoso como pocos aquel proceso en que el joven amigo de festines y entonador de endechas, termina por desasirse de todos los lazos que lo atan a mundanales intereses, hasta quedar, después de la patética escena en el obispado de Asís, sin otros vestidos que la fresca carne virginal; y aún más, su encuentro con los ladrones, a quienes declara, lleno de alegría hasta entonces no sentida, que es Heraldo del gran Rey.

Caballero de Cristo, juglar de Dios: San Francisco exprime las aspiraciones de su siglo y realiza, prefiriéndoles en mérito, la vida de los héroes de la leyenda medieval. La Tabla Redonda y el espíritu del palmero, armado de cruz y espada al grito de Pedro el Ermitaño, toman carne en la fina complexión del asisiano y se juntan para la conquista del Santo Graal y del Sepulcro, pero por caminos que olvidaron los antiguos caballeros y aun la propia erudición de San Bernardo: ni en la leyenda del gran ciclo bretón ni en el programa de las Cruzadas, estaban señalados los itinerarios que debía seguir el Caballero de Cristo para que éste reinase

sobre todos los imperios. Urgía, no fuerza de lanzas y de espadas ni auxilio de aguerridas huestes; bastaba cambiar el hombre interior por la penitencia y la predicación, para que la gracia divina, aposentándose en el alma de pecadores y de herejes, diera a éstos la alegría de la plenitud espiritual. Y San Francisco, Heraldo del gran Rey y Caballero de Cristo, predica a las masas el programa redentor. Nueva cruzada se anuncia desde el dorado valle espoletano, las gentes acuden a escuchar al hombre de Dios, hecho lengua de maravillas, y al poder de su verbo, preñado de unción divina, convalecen en Cristo grandes amadores de la tierra, que "ni obraban ya, ni pensaban conforme a la moral y al dogma del evangelio", según decir de anónimo predicador (1). Cual la trascendencia de la obra franciscana, cual su vigorosa fuerza inspiradora, intentamos exponer en la presente ocasión, cuando a ello no presten garantía de novedad ni prenda de elocuencia lo flaco de nuestro ingenio y el desgarbo de nuestra pluma sin quilates.

Señores:

Para valuar la significación de la obra del Santo es necesario convertir los ojos a la época que sirve de marco inmediato a su vida pública, y menester de todo punto no olvidar lo que los siglos XII y XIII fueron para la evolución de la cultura de Occidente. Diversas maneras de factores, ellos de naturaleza espiritual, ellos de origen económico y político, se acomunaban para mantener en la conciencia popular un estado de agitación y de inquietud que pedía contradicción de remedios soberanos. De los primeros sobresale, con colores terroríficos, la amenaza de la herejía, que transportaba al seno de la cristiana Europa, peligro aún mayor que el de las huestes de la Media Luna. Valdenses y albigenses riegan acá y allá, no sólo semilla de desconocimiento de la jerarquía eclesiástica y de negación de la dignidad sacerdotal, pero también la propia desfiguración del Dogma. Las masas populares, en quienes ha realizado profundo cambio el paso de la esclavitud a estado de servidumbre, levantan al amparo de la lisonja herética, estandartes de reivindicaciones económicas. Vagueante ensueño de libertad y de paz colma los espíritus, presa en redes de indefinidos deseos. El joaquinismo, acaso la más seductora

de las herejías de la época, anuncia la vecindad de etapa presidida por el Espíritu Santo, en la cual habría de realizarse la economía de la libertad y de la embriaguez espiritual. De todas partes brotan señales anunciadoras de que la dolorosa gestación que para el mundo occidental fueron los siglos medios corridos hasta entonces, se tornará en grito de aleluya pascual, y que al *taedium vitae* sucederá regocijo de prolongada infancia del espíritu. Las palabras de Joaquín de Fiore ululan en lo hondo de la psiquis popular: "El verdadero monje sólo una cosa retendrá por suya: la lira de su canto y de su esperanza"; mas en vano los herejes, adulados por tan seductores anuncios, intentan realizar el ardiente deseo que bulle en el ánima colectiva, y sólo contribuyen, por lo desemejable de las voces, a acrecentar el dolor de la impasible expectativa. "Era el fin de una larga y áspera noche, escribe Chesterton, de una noche en vela, visitada, empero, por las estrellas. Aquella figura estaba en pie, con las manos en alto, como en tantas estatuas y pinturas; en torno suyo había un bullicio de pájaros cantando, y a su espalda se abría la aurora"... San Francisco aparece con su sayal doliente en los blandos declives del Subasio. Profunda y maravillosa visión del problema social y religioso, le hace comprender, cuando su corazón recibe la divina aldabada, que son la paz y el amor del Crucificado, los solos remedios capaces de curar la dolencia de los pueblos, y predica con voz heroica y potente, como de Heraldo y Caballero de poderoso Señor, la nueva cruzada, que en sí no es sino la misma que trece siglos antes anunciaron, pobres y humildes, los pescadores de Galilea.

La prédica franciscana fue largo acto de renunciamiento, cumplido con perfecta alegría, de todos los medios que conducen a la afirmación del hombre exterior. Para el medio en que obró, sus procedimientos resultaban la consumación de extraña paradoja. Anuncia la paz y la alegría, y asienta que las puertas que conducen a ellas, sólo las franquea, como llave eficaz, la penitencia; para domar las masas famélicas, deseosas de ver convertidas en pan las duras piedras, no ofrece halago de hartura próxima, sino la debilidad de los ayunos; para contradecir las aspiraciones de desmedido dominio, no promete ni presa ni saco, empero propone el Apólogo del Muerto, germen de la ascética ignaciana: "To-

mad un cadáver —dice— y ponedle donde os plazca; veréis que no resiste, no murmura de su posición, no reclama que le dejen en paz. Si lo colocáis en el solio, no mira arriba, sino abajo; si lo vestís de púrpura, empalidece doblemente su rostro. Ese es el verdadero obediente, que no se encrespa porque le mueven, ni se engríe de las honras". Para destruir la rivalidad de los partidos que diezmaban pueblos, enseña los caminos del verdadero amor; para confundir a los herejes, respeta, él primero, al más humilde sacerdote del altar; para anonadar el orgullo y la vanidad de quienes en nombre del libre arbitrio proclamaban el derecho común de examinar los Dogmas, pondera el supremo valor de la evangélica simpleza.

Sus discursos, más que palabras conmovedoras y estudiadas, fueron evangelio de obras, serie de hechos que realizaron ante el pueblo oyente la posibilidad del gran ensueño de paz; y acaso para aniquilar las herejías reinantes, más valieron sus enseñanzas prácticas que la prédica escolástica de sapientes cruzados, porque mayor elocuencia cobra y más aliento adquiere el maestro que verifica con peligro de vida la exactitud de la experiencia, que el catedrático que expone deslumbrantes razonamientos.

Larga penitencia habían sido para el mundo occidental los siglos medios discurridos hasta entonces; penitencia que regó fría ceniza sobre la cabeza diademada de reyes y de príncipes, penitencia que ocultó en monasterios y eremitorios el dolor y el anhelo de los renunciadores de la carne. También Francisco anuncia como los monjes del milenario, mas sin trenos, sino con dulce voz de maitines, la urgencia de la disciplina salvadora, pero no en el silencio de claustros ni en medio de soledad anacorética: de la penitencia hace arma eficaz de renovación social y quiérela por tanto en el seno de los hombres que transitan la vida diaria; y con ejemplos admirables y parábolas de subido ingenio, demuestra que divorcio no hay entre el vivir que enseña el Evangelio y la existencia cuotidiana del pueblo que labora, piensa y lucha.

La misión franciscana era primordialmente de renovación popular, y para hablar a las masas, hace de su fraternidad el más humilde de los Ordenes. Llama menores los hermanos con quien comparte cíngulo y sayal, y de él dice, en

lengua del siglo, que es idiota y simple; y tanto se postra y de tal manera humilla la voluntad, que llega a ser para sus conciudadanos y para quienes por primera vez le ven, viva ocasión de escándalo.

Pero en el fondo del alma de Francisco hierve desmesurada y potente de dar risueño aspecto a la aniquiladora disciplina, la fuerza irresistible del divino amor. Todo ardimiento y toda potencia, de sus palabras fluye, cual miel embrujadora, el encanto que atrae y encadena. Tanto ha logrado alzar su espíritu en la divina contemplación, que para él no hay otro pensamiento sino la Divina Esencia, ni más dulce golosina para sus labios como repetir a media voz el nombre del Altísimo; y, así, con la vista interior en los sublimes atributos, va por ciudades y por campos proclamando las maravillas del Criador. Juglar de Dios, concentra su misión evangélica en alabar su nombre y las criaturas que testimonian su grandeza.

La crítica racionalista, empeñada en manchar las aguas vivas donde abreva el espíritu, ha querido herir la figura albísima de Francisco de Asís. *Alter Christus* que en vida sintió sobre la carne deleznable el dolor de las llagas divinas, recibe como el Maestro, pero también para salir de ellas victorioso, las pruebas de la insensata filosofía del siglo. Amó profundamente el Santo de Asís las obras de Naturaleza; amólas de tal modo y con fuerza tanta, que para él alondras, fuego, árboles y sol fueron hermanos en la universal fraternidad de la criatura; el gusano despreciable y la minúscula hormiguilla no permanecieron indiferentes a su sed de amor, y hermanos los llamó y curó de su miseria. Mas ningún camino tan espacioso como el de este amor indefinible, para que por él se aventurase la crítica demoledora, y tras conclusiones caprichosas, lo proclamase a todos los vientos, poeta de evidente factura panteísta.

Sakiamuni medieval, San Francisco, al disfavor de esta crítica malsana, sustentada por Renán, Bongi, Gebart, France y otros, ha presidido una corriente de literatura pseudomística que, si falsa de suyo, ha tenido empero hartos seguidores. Dos apoyos, para prosperar, ha alcanzado esta pésima tendencia; la incomprensión racionalista y la influencia del eclecticismo francés.

Amó Francisco la Naturaleza con hondo sentido místico,

con deleite inenarrable, y poeta de soberbia inspiración, cantó sus alabanzas, con las cuales, no a sus obras, sino al Criador universal, tan al propio en ellas retratado, ofreció tributo de admiración rendida. "En todo lo que era bello él contemplaba la belleza suprema; él perseguía al Amado en todas partes, gracias a las huellas suyas que encontraba en la Naturaleza. Cada criatura érale una como escala para llegar a la posesión de Aquel que es infinitamente deseable", dice San Buenaventura. Olvidan, u olvidadizos se hacen quienes califican de panteísta al Varón de Asís, que en esta contemplación de las obras de Naturaleza reside un principio de perfección espiritual para subir a la unión mística con Dios, y que loándolas y amándolas, como producto de las manos creadoras, rinde el hombre debida adoración al Soberano Señor que en ellas imprimió, cual celoso artífice, señales de su grandeza y su dominio; porque, como enseña San Juan de la Cruz, "esta consideración de las criaturas es la primera por orden en este camino espiritual para ir conociendo a Dios, considerando su grandeza y excelencia por ellas" (2). Y si Francisco amó las criaturas bajo este sentido místico, que es el inspirador de *Frate Sole*, con doctrina que en sólo cinco versos del Cántico Espiritual, resumió el Extático, también las amó, con simple intuición de poeta, por símbolo de la Omnipotencia y, en la sed de buscar a Cristo, como emblemas de su vida. "La universalidad del lenguaje simbólico, que nos enseña el origen divino de este uso superior de las cosas, de donde resulta que el mundo es un templo cuyos muros están cubiertos de emblemas, de imágenes y de preceptos de la Divinidad, nos hace comprender que no hay ningún hecho natural que no encierre el total sentido de la naturaleza", explica Emerson (3); aún con mayor elocuencia se halla desenvuelta esta doctrina en las enseñanzas platónicas, según las cuales del mismo modo que la "inteligencia necesita puntos de apoyo y se eleva de verdad en verdad hasta la verdad suprema, el amor también se eleva de belleza en belleza hasta el principio absoluto de donde toda belleza emana" (4).

Cifras que expresan el poder del Omnipotente, seres y cosas fueron para el pobre de Asís, elementos materiales donde se detenía el vuelo de su amor, a objetos de cobrar, por la contemplación de su divino origen, aliento para la marcha

ascendente que lo llevaba al foco de la Suma Belleza; amor, que no abastado en la imagen interior del Amado, se expande, fluente y jocundo, hacia todo lo que lleve impreso signo de divina procedencia, pues como sea "de Dios toda criatura infiérese que el hombre está obligado a amar a todas las criaturas, porque son de Dios, y en cuanto son de Dios", según explica de la Teología del Doctor Iluminado el señor Menéndez y Pelayo (5); y como de manera fácil canta el anónimo romancero:

> Y a la par de ellas el Santo
> siente gozo y siente amor.
> Y su variedad admira,
> su llaneza, su atención.
> Grata ocasión a su espíritu
> de alzarse hasta el Criador.

Y junto a esta consideración mística y simbólica de la Naturaleza, también en los débiles animales halló el hombre de Dios grato motivo para ejercer más anchamente la piedad y la ternura supremas que llenaban los abismos de su alma enamorada, ya que "no es mentir nuestra prosapia ni rebajar el nivel de la inteligencia interesarse por las criaturas que nacen y crecen conforme a leyes extrañas a la vida espiritual" (6).

¿Corresponde a semejante operación y a tan afinada piedad el menguado epíteto de panteísta con que son calificados de algunos críticos? ¿Desaparece, acaso, en la mística franciscana el concepto individual de espíritu, para hundirse en el fondo indefinido del gran Atman, según entiende y enseña la teogonía panteísta?...

Sucedánea del inmenso amor que inflamaba el corazón seráfico del Santo, la alegría irradió en torno suyo cual aureola del gran mensaje de que era portavoz y ejecutor. Alegre como buen caballero, según mandaban los preceptos de las antiguas Caballerías, cruzó urbanos sitios y apacibles prados cantando alabanzas al gran Rey y pregonando la hermosura de la Dama Pobreza, a quien en ley también de caballeros, había elegido por señora de sus pensamientos. Himno interminable de amor, como dictado de Dios mismo; aleluya triunfal, cual si siempre tuviera de presente horizontes pascuales; alabanza incontenida para todo aquello que reve-

lase el secreto poder del Eterno fue la vida de Francisco; júbilo que crecía tanto más acosábanle persecuciones y angustias, según lo enseñó por medio de la admirable parábola de la Perfecta Alegría, y a cuyo influjo, levantado sobre renunciamiento y penitencia, el mensaje renovador penetró, triunfante, hasta espíritus esclavos de la *tristitia rerum*. Cantando pasó por la vida, y cantando inspiradas estrofas a la Hermana Muerte cerró los ojos mortales a la contemplación de las criaturas...

Característico del apostolado franciscano fue este intenso sentido de júbilo que el Fundador comunicó a los primeros frailes, trovadores como él de las glorias del eterno; júbilo no vano, pero que en cambio fortalecía sus raíces en hondas y fecundas contemplaciones del orden del mundo y del destino superior de las almas; alegría que arraiga en el pleno concepto de inmortalidad que distingue la obra meditativa de la Edad Media, y que, alzada sobre la curva oscilante de los intereses históricos, erguía su fuerza creadora por la ascensión suprema. Mérito especial del evangelio de Francisco fue la democratización de este concepto de afianzamiento del "yo". La contra-reforma del siglo XII, más que a corregir monstruosas desviaciones en la exposición del Dogma se dirigió a hablar a las masas populares a fin de que creciese en ellas la noción de la tangibilidad del Reino de Dios. Las herejías que infestaban la época, debajo del color maniqueo y gnóstico, de antiguo conocido en el seno de la Iglesia, se manifestaron, no sólo como reacción directa contra la ortodoxia teológica, sino como incentivo de revolución social para las masas que, al ocaso del feudalismo, surgían, contagiadas del movimiento intelectual del tiempo, a planos de actividad política. El carácter popular del movimiento urgió imperativamente que se contrarrestase en el fondo mismo de las masas la ponzoña revolucionaria, y hasta ellas descendió, como hemos visto, con armas poderosas, el nuevo caballero. Aquel hombre de verbo simple y pobre erudición llevaba en la diestra, para calmar la inquietud del pueblo, verde rama de olivo, y en los labios, ardiente promesa de amor que, merced a la intensa alegría que doquier sembraba, desvaneció con pasmosa rapidez la negra pesadumbre alimentada por odios mortales.

Sin letras humanas, pues cuando reconociese el valor de

éstas fiaba más en la divina inspiración, el pobre de Asís cumplió el programa de la nueva Caballería. Armas exteriores fueron en su jocunda andanza, el verso puro y la canción de amor. De joven, mientras aspiraba a humanas honras, cultivó ligera trova y dulces sonidos arrancó a blandos instrumentos; cuando en San Damián oyó la voz del Altísimo, y cuando en San Nicolás, al entender el Evangelio de San Matías, cambió por burdo saco y dura soga el indumento, lejos de dejar con las demás adulaciones del pasado la pasión del poeta, afinó la nota de su canto y más ligero fue el vuelo de los versos, pues el alma se inspiraba, ora en "suavísimos afectos, no inventados por arte, sino nacidos del ímpetu interior y gusto del espíritu, que es la verdadera y natural elocuencia que el arte pretende imitar" (7).

Exquisita sensibilidad, a la que aunaba la nobleza del motivo inspirador, abastecieron al hombre de Asís para que sus trovas levantasen el espíritu de las masas populares; como buen trovador y caballero entonó en francés las primeras alabanzas al Criador; pero fue la humilde lengua maternal, sin antecedentes literarios, la que utilizó para sus mejores cantos. La crítica franciscanista considera sólo de legítima procedencia el Cántico de las Criaturas o "Himno de la Creación", según sugiere Sabatier, con el cual Francisco adquiere carácter de padre de la lírica italiana, así fuera retocado de fray Pacífico y aunque recuerde entonación davídica. Altísimo poeta, y de radiante inspiración, el Poverello aparece en las estrofas de *Frate Sole* sobre empinada cumbre de méritos estéticos y de profundísima elocuencia mística. Abundan estudios acerca del famoso canto y contienden los críticos sobre cuál la intención del trovador, dónde la originalidad, quién los poetas que imitó; mas olvidan muchos que se aplican a franciscana exégesis, que grave error cometen cuando pretenden juzgar la suprema intención del poema separándola del pensamiento central del enamorado trovador. Llegado era el crepúsculo de su existencia penitente, el sol y las estrellas huían de su mirada; la prematura ceguedad, secuela de abundantes lágrimas de amor por la pasión de Cristo, lo alejaba de la plácida contemplación de las criaturas, y el alma entonces, más clara en medio de la noche de los ojos, se sintió estremecida de profundísimo amor hacia el Soberano Señor de tierra y

cielo, y acompañado de impautada melopeya entonó el canto admirable:

Altissimu onnipotente bon Signore
tue so le laude la gloria el honore et onne benedictione.
Ad te solo altissimo se konfanno
et nullu homo ene dignu te mentovare.
Laudato si mi Signore cum tucte le tue creature
spetialmente messor lo frate sole
lo quale iorno et allumini noi per loi.
Et ellu e bellu e radiante cum grande splendore
de te altissimo porta significatione.
Laudato si mi Signore per sora luna e le stelle
in celu lai formate clarite et pretiose et belle.
Laudato si mi Signore per frate vento et per aere et nubilo et sereno
per lo quale a le tue creature dai sustentamento. [et one tempo
Laudato si mi Signore per sor aqua
la quale e molto utile et humile et pretiosa et casta.
Laudato si mi Signore per frate focu
per lo quale ennallumini la nocte
ed ello e bello et iucundo et robusto et forte.
Laudato si mi Signore per sora nostra matre terra
la quale ne sustenta et governa et produce diversi fructi concoloriti
[fiori et herba.

La inspiración cósmica que forma el elemento sustancial de la alabanza, brota refulgente de versos y palabras para denunciar el supremo arrobo del divino cantor y la fina y sutilísima espiritualización de sus místicos anhelos. Es como el testamento lírico del gran padre quien, por medio de los frailes, ofrécelo a los hombres, a trueque de verdadera penitencia. Los juglares de Dios lo repetirán a través de las largas distancias que recorran; de puerta en puerta, ellas humildes, ellas opulentas, como los otros de castillo en castillo, irán entonando la divina canción; ni sueldos ni lisonja pedirán en cambio; un corazón contrito y un alma penitente sólo reclamarán en recompensa.

El podestá de Asís y el obispo de la ciudad están de riña; sábelo Francisco, agrega nueva estancia al canto y ordena a

uno de los frailes que convoque a quienes disiden y entone ante ellos la canción de la paz:

Laudato si mi Signore per quelli ke perdonano per lo tuo amore.
Et sostengo infirmitate et tribulatione
Beati quelli kel sosteranno in pace
Ka da te Altissimo sirano incoronati.

Y más tarde, cuando el mezquino cuerpo, lacerado por la continuidad de la penitencia y por el dolor de los estigmas, siente la cercanía de la partida, un último esfuerzo lírico hace el trovador de Dios, y riente, como quien camina a deseadas bodas, prorrumpe en la final alabanza:

Laudato si mi Signore per sora nostra morte corporale
Da la quale nullu homo vivente poskappare
Guai acquelli ke morrano ne le peccata mortali
Beati quelli ke troverane le tu sactissime voluntati.
Ka la morte secunda nol farra male.
Laudate et benedicete mi Signore et rengratiate
Et serviateli cum grande humilitate (8).

Aquella vida sobrehumana que poseyó el secreto de la perfecta alegría e hizo del canto y de la trova elementos eficientes para llamar al pueblo a penitencia y oración, si en el orden de la gracia fue capaz de realizar la transmutación de las almas, en el campo de la objetividad estética también fue soberana para señalar nuevos rumbos al espíritu. Además del mérito que representa el delicado uso del dialecto popular, la inspiración franciscana descubrió las sendas de aquel fecundísimo movimiento lírico que, después de dar nuevo sello a la personalidad de Guillermo de Licinio, el "cortesano doctor de cantores", y de levantar el numen de poetas, como Tomás Celano, Jacopone de Todi, Hugo de Panciera, San Buenaventura y Giacomino, se dilató de sutil manera en las páginas paradisíacas de las *Florecillas*, donde el alma se sacia con el soberano deleite de relatos evocadores de nueva infancia del mundo. Y cuando el impulso lírico hubo cobrado pujanza y universalidad y la idea que alimentaba el vuelo poético sintió estrechos los moldes de odas y de antífonas, enrumbó hacia más anchos senderos y alentó al mismo Dante para la construcción del máximo poema, donde fraternizan las tendencias dirigentes del período medieval;

el realismo social y la mística idealidad cristiana que en su enteca persona, como en maravilloso microcosmos, consustanció el Santo de Asís.

"Homero cantó el valor de los griegos junto a los muros de troya —dice el cardenal Alimenda, citado por Fachinetti—, pero no fue uno de ellos, no fue un Agamenón, ni un Ulises, ni un Aquiles. Cantó Virgilio al fugitivo Eneas, pero ninguna relación tuvo con el héroe. Cantó Tasso la liberación del Santo Sepulcro, pero no perteneció a los Cruzados que lo libertaron. Cantó Milton el *Paraíso perdido*, pero no vio mucho menos con los ojos aquellas flores del Edén, tan bellas antes y bañadas luego con lágrimas del hombre. Klopstock, poetizando la *Mesíada* no se identifica con el Mesías. En cambio, Francisco, más bien que cantar da vida él mismo a su canto: es protagonista de su poema. Es personal poesía, gran poema viviente del siglo XIII... Poeta de Dios, poeta de la Naturaleza, poeta de la Iglesia, poeta de la Patria." (9).

Legítima piedad y desbordado amor no los sustentan débiles formas de sensibilidad; reclaman, por basamento indestructible, poderosa reacción que ahonde el humano sustrato: crisálida que va a iniciar el vuelo, pide la disciplina del capullo y el dolor de la realidad que teje fina urdimbre. San Francisco apuró en el interior del espíritu ambos esfuerzos, conjugando las opuestas líneas del pensamiento de la época, pero transportadas a plano de superior valorización. Realismo e idealismo, paramentos de la ópera dantesca fueron nervio y sangre del diario vivir del Santo, y la lucha realizada para la plena armonía espiritual constituye la fase más intensa de su vida heroica. Negación de deseos y sometimiento del ánima a ajena voluntad, con resignada alegría ante todo lo que turbe la paz material, fueron los humanos caminos que traficó el Varón imponderable en su subida a la alta cumbre donde la mirada se dilató, universal y perfecta, y el corazón se hizo hoguera de divinas llamas.

* * *

Ninguno como Francisco más cercano a la realidad y nadie más distanciado del influjo de bajas cosas; humano hasta el extremo y divinizado aún con singulares huellas, su

vida es la armonía perfecta del imitador de Jesucristo, que, *meglio in gloria del ciel se canttarebbe,* como dice el Dante. Esfuerzos de humana lid y amplia visión del medio ambiente sitúan a nuestro héroe en tangible nivel, que le permite proyectar sombra sobre la ruda realidad histórica, no sólo porque abrió nuevos caminos para el dilatamiento del reinado del Evangelio, haciendo que el esfuerzo de las Cruzadas se cambiase de aguerrida lucha en obra de predicación y sacrificio entre fieles pertinaces, sino también por la acción de pacificador y defensor de comunidades, que en su patria le da gallardía de héroe cívico.

Gran jornada gana el hombre medieval. Distintas maneras de corrientes se conjuntan, ya para anunciar ideales de nueva política, ya para fijar definitivas líneas al pensar. Es el alba del Renacimiento. La Teología, las Artes, el Derecho, trabajan en apretado silencio para lanzar al mundo fórmulas comprensivas. Los obreros de la piedra, al igual de los filósofos y de los teólogos, afinan el mismo orden constructivo, y la aguja gótica y el arco ojival, triunfantes de la pesada línea románica y de la desairada comba bizantina, se alzan como agudo grito de aleluya en sed incontenible de alcanzar los cielos. Grito, sí, pues en esta hora de resurrección del espíritu, cuando la Teología se yergue para la altísima construcción tomista y los ideales político-religiosos se enlazan en la obra gigantesca del florentino, aún las piedras reciben la acción transformadora de la onda mística que ilumina al mundo. En los nichos y en las vidrieras de los templos, lo mismo que en sacristías y refectorios, ponen plácida nota frescos y dibujos donde palpita la nueva inspiración, que Cimabue y Giotto son los primeros en seguir; rostros que denuncian alegría de divinos desposorios y vuelo de ángeles que traen a los mortales la certidumbre de futura vida mejor pueblan los unos y los otros; y, entre ellos, desnudos los pies, ceñida la cuerda penitente, pobre y desflocada la estameña, el iluminado del monte Alverna...

Señores:

La inspiración franciscana, como fuente que eleva el alma a la divina alabanza por medio de la serena contemplación de la belleza universal, además de abrir caminos al lirismo latino y vulgar de la italiana patria, cruzó los mares y

atravesó los continentes entre el salterio de los frailes peregrinos. De callar habremos la intensa labor que los menores realizan en Hungría, Alemania, Francia e Inglaterra y aun allende fronteras europeas, para nombrar de paso sólo a España, nuestra vieja Madre Patria, generadora de nuestra cultura, de quien heredamos rica lengua y el invalorable tesoro de la única fe que salva.

Debe la Península a la familia franciscana el estro elevado y la honda meditación de aquel soberano trovador que en morisma tierra alcanzó ejemplar martirio. Raimundo Lulio, fruto primigenio del franciscanismo español, que a la sutilidad filosófica unió fecundo numen, siguió en su mística el pensamiento edificante de Francisco; poeta de acendrado amor a lo divino, levantó los ojos a la dulce contemplación de Cristo Crucificado, y poniendo a conversar el alma amante con el esquivo Amado, que huye y aparece cuando aquélla más se queja y más llagada está, dejó como flor de sutilísima aroma franciscana y escala de perfección mística, en nada inferior a la del Clímaco, el diálogo del Amigo y del Amado, donde halla raíces el propio vuelo de San Juan de la Cruz. ¿Y San Pedro de Alcántara, y fray Juan de los Angeles, y fray Antonio de Montesinos, y fray Diego de Murillo, y los tantos cien escritores místicos que buscaron aliento en la doctrina franciscana?... Ello sería de no acabar; tampoco pretende semejante cosa nuestro esfuerzo, y baste, para abultar lo gigantesco de tal obra, la palabra elocuente de don Ceferino Palencia y Alvarez Tubau, quien, cierto de la profundidad de la materia, declara que sería "intento pueril pretender llegar a una totalidad concordante en tema tan complejo y vasto, al encontrarse mediatizado por los reducidos límites de una disertación: las condiciones de ocasión y tiempo no son bastantes para recoger la labor realizada por los poetas y prosistas franciscanos españoles, en la que por entronques, referencias, inspiraciones y similitudes se halla diluída y resulta la porción más clara y pura de la mística de nuestra patria, y por ello quien debidamente la exponga y analice, habrá de ser equilibrado como crítico, justo como historiador, profundo en su sentido psicológico, depurado en el gusto literario, diáfano en la exposición filosófica, sutil para trabar teorías, conciso en su cualidad narrativa y, por último, poseer arrebatado amor a lo divino para

penetrar en lo encendido y cálido de la savia que se nutre, pues como afirma nuestro fray Luis de Granada, "la ciencia de lo místico, no se queda sólo en el entendimiento como la que se logra en las escuelas, sino que comunica su virtud a la voluntad, regalándola y moviéndola, alcanzando todos los rincones y senos de nuestra alma (10).

Señores:

Del ligero recuento de la vida del Santo y del somero examen de sus ideales despréndese cuál sea el carácter de la verdadera concepción franciscana: candor, ternura, simplicidad, optimismo, amor a lo divino, y como raíz vigorosa que transporta savia fecunda para la vitalidad del ramaje florecido, profundo anhelo de subir a Dios. Sin embargo, pensadores y poetas leemos a diario, que, sin detenerse en el espíritu diamantino que se trasluce en las *Florecillas*, *Los tres socios* y el *Especulum*, en las leyendas de Celano y San Buenaventura, y en tantas otras copiosísimas fuentes franciscanas, pretenden interpretar desde un punto de vista simplemente poético y de continuo errado, el pensamiento maravilloso del penitente de Asís. Miran apenas el elemento estético que decora la vida del Santo; de la leyenda toman aquel pasaje donde mejor lucen los valores plásticos y, sin comprender el carácter esencial del soberano amor en que su alma se derritió, llegan a dar al hombre angélico absurdas cualidades. En muchos se justificaría esta transmutación de valores por deseo de enfermosear los literarios atavíos; en otros, a la inversa, predomina preconcebida tendencia adulterante.

Al hablar de las relaciones de Francisco y la Naturaleza, advertimos la parte que en deslustrar al Santo han tomado tanto los planes del racionalismo, como el sistema pseudomístico que propugna el eclecticismo francés. La influencia de tales críticas despoja a San Francisco de "la integridad de su pensamiento y de su corazón", y quienes le presentan, por su acendrado amor a la pobreza, como eje de reacción comunista; quiénes, con Sabatier, como antecesor de Lutero y de Calvino; quiénes le llaman loco; quiénes soñador de quimeras. Vigorosos escritores y diestros críticos han cumplido la altísima encomienda de confundir el avieso propósito que se oculta tras aparente esfuerzo de honradez histó-

rica, y recabado han para la firme y eucrática personalidad del Santo, sus inequívocas cualidades de fidelísimo imitador de Cristo y de granítico sostén del sacerdocio y del Papado. Mas al calor de aquel torcido examen, crece y cobra fuerza, con pululante vitalidad parasitaria, una escuela, o más bien moda de escritores que, rastreando los pasos del pseudo-misticismo de Cousin, excogita la figura de Francisco como tema fecundo para una literatura donde su pensamiento y su acción aparecen afigurados, por sí no negados.

La serena inspiración que componiendo lugar para que el alma penetrase los caminos de la mística contemplación, se detuvo en el cuadro maravilloso de la Naturaleza, como opulento medio para avivar sentimientos de divino afecto, quieren trocarla los seguidores de la nueva tendencia en sensual discurso donde, al amparo del nombre mágico del Poverello, se exaltan inclinaciones de la más ambigua y heterogénea índole. Negado el único y verdadero sentido de la Mística como escala de perfección que eleva el alma a la unión con la Suprema Esencia, ha sido suplantado por un ideal, si así pudiera nombrarse semejante aberración, de epidérmica sutileza. Toda forma y todo pensamiento que exalta la mente, mintiendo arrobos y deliquios y gustos, donde obra el estímulo de la imaginación y los sentidos, han recibido denominación de misticismo, y como tal son admitidos por cándidos espíritus. Grotesco contubernio de lo sensual y de lo santo, que lejos de prestar alas para la realización del ideal estético inclina a fangos pestilentes, y cuyo simulacro de belleza recuerda el titilar de las estrellas entre el agua dormida de charcas putrefactas: malsano empeño de unir lo divino con lo bajo, tanto más peligroso por cuando "cien veces más aborrecibles que todas las figuras de Caines y Manfredos rebelados contra el cielo son las devotas imágenes en que se siente la risa volteriana del escultor" (11).

Al lado de esta corriente pseudo-mística, otra de simple propósito narrativo, abreva también en la hagiografía franciscana; pero, al hacerlo, aunque no caiga en los desmanes de aquélla, descoyunta la personalidad del Santo, en forma tal que apenas presenta de su vida y de sus obras pálidos remedos.

Contraeremos nuestra atención para el examen de tales modalidades literarias a sólo dos poetas de afamado nombre

en las letras hispanoamericanas, tenidos por las más puras representaciones del franciscanismo en nuestra joven literatura, y a la producción de algunos escritores patrios, poetas y críticos, en quienes apuntan a la ligera brotes franciscanos.

Rubén Darío, cuya sensibilidad tanto se distanciaba de la verdadera inspiración franciscana, logró hacer célebre entre leyentes y escritores modernistas, más que los versos a fray Mamerto Esquiú, de blanda delicadeza, *Los motivos del lobo*, y con ellos arrancó, para pasmo y confusión de críticos, aplauso entusiasta a fraile francisco de las entendederas del reverendo Samuel Eijan, quien no vacila en llamarle "enamorado del Serafín de Asís". Intentó Darío hacer paráfrasis lírica de aquel delicado capítulo de *I Fioretti*, que "no se puede leer con los ojos enjutos", según dice el padre Legísima, y en el cual se cuenta cómo San Francisco libró a la ciudad de Eugubbio de un lobo feroz.

Algunos intérpretes franciscanistas quieren ver en dicha historia, más que hecho real, realizado en virtud del soberano poder que el amor daba a su verbo taumaturgo, símbolo sólo de la potencia del evangelio de paz de que fue heraldo el Santo, y cual dice, con Ozanan, que Francisco, como el Orfeo de la Edad Media, domó hombres y bestias, figurados en la leyenda de la fiera; cual, que apenas recuerda la prédica eficacísima hecha por el Santo a unos ladrones, con fuerza tanta, que de criminales los llevó a vestir la áspera hopa penitente; y cual sostiene, con Joergensen, que "no es sino la representación leyendaria de la paz concluida entre una pequeña República italiana y uno de aquellos fieros castellanos, crueles como fieras que, como el caballero Werner de Ursling, hubieran podido llevar esta leyenda en su escudo: "Enemigo de Dios, de la piedad y de la misericordia."

Realidad o símbolo, el relato de las *Florecillas* declara el sumo poder de la palabra de Francisco, y sobre tal poder, el concepto de perdurabilidad de la obra del genio creador; empero, el poeta que buscó en la vida del Santo motivo para el arranque de su estro pagó, no ya con deslaidar el contenido de la leyenda, sino, además, con negar de plano la eficacia de la prédica, el aliento que a su numen prestó la historia franciscana. Sobremanera mezquina es la conclusión a que llega este discípulo de Hobbes que, en piel de

lobo, se atreve a menospreciar, so color de franciscana alabanza, el máximo pensamiento de Francisco, y aún más, a negar el mismo poder del ideal constructor.

Nada tan opuesto al verdadero franciscanismo como este poema de Darío; nada que desdiga con mayor intención lo que en el tiempo y en el espacio puede el verbo creador, como este canto exaltante de la ferocidad. Credo universal en los destinos superiores del espíritu y en la fuerza imperecedera de la palabra que anuncia el porvenir, el griego mismo cantó en la leyenda órfica, invocada por Ozanan en su acertado paralelo, la perdurabilidad de la voz engendradora de ideales nuevos; y así cuenta cómo, cuando el mágico poeta desapareció aniquilado por las fuerzas báquicas, si bien la Naturaleza tornó a su estado primitivo,

...il tempietto in pie'resto, com'era
Sorto dal canto! E in un tramonto fosco
Sfuggendo un uomo a un'orrida bufera
Via per il bosco:
Qui riparò qui se gettò sgomento,
E qui pregò, che gli stemprase Iddio
Il duro cuore in qualche sentimento
Piu dolce e pio! (12).

Amado Nervo no se detiene en solos propósitos narrativos. Educado al calor de la literatura pseudo-mística de la época y con marcada tendencia a las disciplinas del Yoga, transporta hasta la fresca e individualista inspiración franciscana los conceptos de su ideario religioso. La Hermana Agua, "cúspide del franciscanismo literario americano", según decir del propio padre Eijan, a quien acaso guíe para tan desmedida apreciación, el deseo de presentar mayor número de seguidores del espíritu seráfico, no contiene nada que recuerde el impulso lírico que llevó a Francisco a llamarla *multo utile, et humile et pretiosa, et casta.* El *Cántico de las criaturas* carece de elementos que puedan originar una interpretación panteísta, cual Nervo califica su poema. En las alabanzas franciscanas aparecen individualizadas las criaturas como motivos de gratitud para el Criador, de quien son huellas, y no como voces de un gran todo que se transforma, cuyo contingente pudiera el poeta solicitar para la divina loanza. El trueco se anuncia en el epígrafe que, como dictado por el espíritu de Francisco, precede al poema: *Hermana*

Agua, alabemos al Señor. La misma idea de Dios, cuyos vestigios no ve el poeta, y centro al cual convergen las alabanzas que al alma enamorada arranca la contemplación de las criaturas, se halla transpuesta hasta la negación en el poema nervano. ¿Habrá arranque místico en quien exclama:

"¡Dios! Dios siempre en tus labios está como en un templo, Dios, siempre Dios..., en cambio yo nunca lo contemplo,
¿por qué si Dios existe no deja ver sus huellas?"

Hasta en sus últimos versos, aun cuando fuese Kempis su diario compañero, perdura esta duda de la Omnipotencia en el pensamiento del poeta azteca. Baste leer el prólogo de *La amada inmóvil* para poder afirmar que pocos espíritus como el de Nervo estaban tan alejados de la verdadera ciencia mística. Pero ya que "inveteradas ideas espiritualistas, desde su infancia anclaron en el alma", y como su lirismo no huyó temas religiosos, motivo tiene la crítica ligera —yo caí en ella—, para incluirle entre los cultores de la poesía mística.

Nuestra antología nacional está escueta de elementos místicos, y si bien es cierto que la mayoría de nuestros clásicos cultivaron temas de honda meditación filosófica, apenas cuando abordan la consideración del Eterno una que otra estrofa parece indicadora de que el alma estuviese animada de divinos anhelos. Estos ligeros aletazos son perceptibles con alguna frecuencia en las poesías de José Ramón Yépez e Ildefonso Vásquez, pero sin que alcancen carácter místico. Lo mismo puede decirse de Baralt, de García de Quevedo, de Toro, Juan Vicente González, escritor y poeta de fuerte raigambre cristiana, se descamina en el estudio sobre *La Imitación de Cristo* al hablar de los alcances de la mística, y la misma ignorancia que demuestra sobre el verdadero autor del libro, hace que desconozca la influencia de San Francisco en el pensamiento del gran doctor ascético que lo escribió.

Como si hubiera buscado fuerza para su estro en el rico vergel del Siglo de Oro, José Antonio Calcaño ofrece en *La siega* una de las raras poesías de nuestro parnaso que denuncian místicas galas; y a él debe referirse aquel hermoso concepto del señor Menéndez y Pelayo, según el cual era "suave poeta místico..., tan digno de loa por la elegante

sencillez de sus versos, como por la pureza de vida espiritual que en ellos se manifiesta" (13). La precisión del juicio del autor de la *Antología de poetas Hispanoamericanos* compruébala el prenombrado soneto:

A DIOS

Tú eres el dueño, el mundo es tu plantío;
Tú eres quien siembra, el hombre es tu simiente;
lo que quieras, lo soy humildemente
florecido rosal o espino umbrío.

Pódame a tu placer, ¡oh Señor mío!
Míname en mi raíz, hiere mi frente.
No me riegue la nube ni la fuente.
Dáme por primavera el seco estío.

Mas cuando el campo a la cizaña vea
de tu segur caer el filo agudo
y en haces ya para su fin postrero,

El día de tu siega, haz Tú que sea
un grano yo, siquiera el más menudo,
del trigo que se guarde en tu granero (14).

En nuestra moderna literatura, poetas abundan, y críticos también, ora creyentes, ora racionalistas, que abordan temas piadosos y pretenden vestir vestido místico a sus obras; mas de éstos la mayor parte se deja llevar de la corriente que, tomando fuerza en el sistema cousiniano, tuerce el valor de la mística. Sitio especial ocupa entre ellos el poeta Carlos Borges. Suma de lo sensual y lo piadoso, que para relevarla de extraña crítica él mismo califica, la obra de este ágil y aquilatado versificador se ofrece a la más extraña interpretación. En su espíritu atormentado ha querido hermanar elevaciones que recuerdan la ascensión sutil del Extático, y sensaciones enfermizas, como destiladas en los filtros diabólicos de *Las flores del mal.* "¿Nos extrañará esta mezcla de lo profano y de lo santo? No es insólito que las mujeres guarden cartas de amores entre las páginas del devocionario o sagradas reliquias bajo las sedas tibias del corsé tentador. Uno de los misterios psicológicos que más conturba es la unión del misticismo y la sensualidad en almas selectas", afirma el poeta, con genio tocado de Anatole France, en el prólogo que escribió para obra tan desprovista de sabor místico como *Jaculatorias*, de Vicente Dávila; y de seguido nos

revela que en aquella soberana poesía de la *Noche oscura del alma*, donde se derritió de amor el espíritu de San Juan de la Cruz, él ha sentido, junto a la fragancia del incienso, el mal olor de la mandrágora. Y acaso ninguno como Carlos Borges, si hubiera acallado la pasión por la sensual literatura, merecería con más títulos el calificativo integral de místico poeta.

Si tanta pobreza de elementos místicos hallamos en nuestro parnaso, fuerza es que falte marcada dirección franciscanista; pero como el tema tenga soberano atractivo, ya que fue la vida de Francisco verdaderamente un idilio, según galana frase del P. Martín de Barcelona, poetas y escritores han bebido en las fuentes seráficas, sin cuidar los más por la debida integridad, ora del pensamiento, ora del carácter especial de la poesía franciscana. Inspiración que reúne atributos de sencillez, elevación, ternura, fervor místico, comprensión de los ideales del santo, apenas luce, y no con energía y sello cierto, en el poema de Juan Bautista Calcaño Sánchez titulado *San Francisco en la selva*, del cual son estas delicadas estrofas.

Hermana Luz, tan pálida en el cirio,
en el nimbo del santo ascua de oro,
roja lengua en las brasas del martirio.

Tú que en las tiorbas del celeste coro
deshojas rosas, y en los astros riegas
con tu áureo polvo el cántico sonoro.

Tú que fulgente de blancura llegas
al lirio humilde y al vellón de armiño;
y el capullo incendiándolo, despliegas.

Y al recordar los ángeles, del niño
doras los blondos rizos, que en la albura
del seno esparce el maternal cariño.

Dale a mi alma divinal blancura,
dame las rosas del amor divino.
Haz mi palabra fulgurante y pura (15).

La poetisa Mercedes Guevara de Pérez Freites no deja de ser feliz en su poesía titulada *La tentación de San Francisco*, de simple carácter narrativo, y la cual remata con los siguientes cuartetos:

Y allí llora, y allí gime, y en su lúgubre gemido
pide al Dios de los que sufren invisible protección;
y al quedar allí postrado, desangrándose, rendido,
canta su alma la derrota de la oscura Tentación.

Cuando el alba en el espacio con su fina mano breve
derramó los mil joyeles de facetas milagrosas,
entre zarzas y entre abrojos, sobre el manto de la nieve,
florecieron purpurinas, muchas rosas,
muchas rosas... (16).

Ligero sabor franciscano tiene el soneto *Fioretti*, de Humberto de Tejera, que dice:

La fuente virginal de mi ternura
inundando los seres y las cosas
una promesa fraternal murmura
junto a todas las vidas dolorosas.

La gran belleza mística y futura
presiente entre las pobres horrorosas,
y mi solemne bendición augura,
a las espigas porvenir de rosas.

Heridas tengo como el árbol flores,
porque mis carnes a menudo engarzo
del erial en los cardos pensadores.

Pero infalible mi dolor ensalma
este júbilo humilde con que esparzo
el tibor prodigioso de mi alma (17).

Sin que posea carácter místico, ni en él se advierta ninguna de las características de la inspiración seráfica, J. T. Arreaza Calatrava, en el soneto *Violencia Franciscana*, expresa el poder del pensamiento de Francisco como eficaz para sembrar la paz y torcer el rumbo de las mismas espadas fratricidas. Más de hidalgo que de piadoso tiene el numen del poeta, intérprete de la vigorosa religiosidad del autor de la *Política de Dios:*

Al salir de un mesón, la noche entrada,
mi señor don Francisco de Quevedo,
dos truanes con cínico denuedo
le provocan a lid desaforada.

Tartamudos los pies, docta la espada,
plántase y corta salmantino enredo,
poniendo en fuga al que persigue el miedo,
dando al otro la prez de una estocada.

Pero el Santo aparece, que en fiel galgo
trocó al lobo de Gubbio, y tierno, dice:
"En paz el arma deja, hermano hidalgo."

Y él, inflamado en místicos anhelos:
"Hermano, si tu amor me la bendice,
ésta abrirá las puertas de los cielos" (18).

Eduardo Carreño ha sido acertado en sus imitaciones de poesía franciscana, e imitaciones decimos, por cuanto el poeta que tan blanda ternura revela en estos versos, es escéptico de espíritu, y el aspecto que acabesce su numen al intentar temas piadosos sólo revela lo dócil de su apreciable pluma. Debemos dudar de que sea místico aquel "amor profundo" de que se queja, con el mismo derecho con que la cita de Anatole France antepuesta a *Florecita* permite sospechar de las fuentes donde el poeta abreva.

Florestas de la Umbría;
humildes arroyuelos,
cuyas márgenes bordan
los lirios entreabiertos;
aves que modularon
dulcísimos arpegios,
como alados mensajes
a la paz de los cielos;
cerulescentes ondas
del lago Trascimeno,
cuyos limpios cristales
apenas riza el viento.
Vosotras que miraste
un día al "Poverello"
con el semblante mustio
por hondo sufrimiento,
la estameña rasgada
y una herida en el pecho,
que era purpúrea rosa
de un santo amor intenso,
que Dios puso en su alma
para gloria y consuelo.
Florestas de la Umbría,
arroyos vocingleros;
canciones de los pájaros
y lirios entreabiertos:
prestadme vuestra sombra
y el dulce ritmo vuestro,
pues como el buen Francisco
de amor profundo muero (19).

El poeta Elías Sánchez Rubio dejó más de una composición inspiradas en motivos franciscanos. *Como el Santo de Asís* delata el paso, entre nieblas vaporosas, de la sombra del Seráfico:

Buen Francisco de Asís, humilde hermano
de todos los humildes, que tuviste
siempre pronta la dádiva en la mano
y un consuelo en los labios para el triste.

Yo sentí, como tú, cariño santo
por todas las pequeñas criaturas
de Dios y sorprendí el oculto encanto
que existe hasta en las cosas más impuras.

Y fuera mi vivir menos vacío,
mi corazón más límpido y más sano,
si pudiese en la paz de algún bohío
cultivar con mis brazos mi plantío,
mullir la tierra, cosechar el grano.

Coger del gajo las maduras pomas;
partir a nado los profundos caños;
jardear, en las tardes por las lomas,
bajo un vuelo sonoro de palomas,
el blanco pelotón de mis rebaños.

Y entre fragancias y visiones bellas,
ágil el cuerpo, en beatitud el alma,
dormirme al fin, sin ansias ni querellas,
bajo el amplio dosel del cielo en calma,
al vago resplandor de las estrellas (20).

En los sonetos *Dulzura Franciscana*, escritos con tan defectuosa métrica como la de los anteriores versos, el poeta pone en labios del Santo palabras piadosas y eficaces, como no lo son las que, trocadas en lágrimas de desolación ante el discurso del lobo feroz, enmudecen en el poema de Darío. Humilde y noble, en el terceto final, Francisco aconseja a la fiera que disputa:

"Sobre las cosas ásperas e impuras,
tendamos, como un velo, las dulzuras
de nuestro propio corazón, hermano" (21).

Empero el poeta cae en el pesimismo negador, en el último de los sonetos *¡Oh, Nietzsche!*, cuyos tercetos dicen:

¡Ya no hay lobos sin dientes, buen Francisco!
Provoca, en los que pasan, el mordisco
quien lleva el corazón sobre las manos.

Ay de aquél de quien dicen: ¡Es un justo!
A tal justo infeliz, sólo por gusto,
le roerán en vida los gusanos (22).

El arranque místico que caracteriza la verdadera inspiración franciscana y que, optimista y poderoso, fluye del estro de los primeros poetas seráficos, y por manera especial de aquellas divinas poesías *In fuoco* y *Amor de caritate*, atribuidas, por la nobleza y el arrobo, al propio Santo, no es patrimonio de los poetas que en nuestro predio nacional han pulsado franciscana lira. La misma poesía de Calcaño Sánchez, pesia la sencillez, elevación y ternura que denuncia, carece de vigor franciscano; y si tal decimos de ésta, de las otras, habremos de declarar que apenas delatan noble deseo imitativo de franciscanismo y loable propósito de exponer en forma lírica, cualidades y hechos propios de la historia del Santo. La elevada intención que las inspira, acaso dé derecho a algunas para adherir al frondoso ramaje del franciscanismo americano, lo que no acontece con las tentativas de otros vates que se han acercado a la fuente del excelso cantor de Umbría con la rudeza de burdos alfareros que trafiquen en cristales primorosos. Entre tales poetas no podemos negar delantero puesto al autor de *Sones y canciones*, cuyo decadente soneto *La Tentación de San Francisco*, es modelo de pseudo-franciscanismo:

San Francisco de Asís, el buen hermano
del blanco invierno y del otoño gris
y de la primavera y el verano,
del cardo hiriente y de la flor de lis,

del cordero infantil, del lobo anciano,
del extranjero y del natal país,
del Todo, polimorfo y soberano,
Francisco, el Santo fraternal de Asís.

Objeto fue de la sutil malicia
del Diablo astuto: mieles de caricia
vio sonreirle en labios de mujer.

Y dijo el Santo de ternuras preso:
"Sé bendito en amor, hermano Beso;
déjame en paz, hermano Lucifer" (23).

Nunca fuera deslinajada la seráfica intención del Poverello como en la lira de Arvelo Larriva; pocas poesías como ésta demuestran la torcida manera de contemplar al Santo; en ninguna otra ha podido presentársele tan loco y mentecato. Ni llegó San Francisco a bendecir besos lujuriosos ni a nombrar hermano a Satanás. Misterio de acendrado amor a lo divino, él entendió la universal fraternidad como amplio cauce que transportara la potentísima corriente que se alimentaba en el horno de su espíritu, y mal podía el Seráfico compartir aquel fraterno afecto con el vil engañador de las almas, a cuyo embeleco los hijos de Dios truecan con viento los tesoros eternos, y quien estaba condenado, según relatan las *Florecillas*, a huir la vista de Francisco. Extraña, sí, que crítico mesurado como don Julio Calcaño, echando a un lado el valor de la mística, hubiera dicho de ella que "expresa con gracia encantadora la bondad y la ternura de aquel asceta divino, ligado por un misticismo angélico a Dios y a la Creación" (24).

Héctor Cuenca, poeta modernista con marcada inclinación a las modalidades que distinguen a buena parte de la juventud de América, busca de guía a nuestro Santo para viaje subterráneo, donde el panteísmo es el solo elemento inspirador. Llámase *La siembra* su poema, y de él transcribimos algunos versos para que se vea cómo el nombre de Seráfico es invocado de rótulo para una corriente que dista mucho de encuadrar en la perfecta inspiración franciscana, y la cual es secuela del desairado intento de presentar a Francisco como encarnación en los siglos medio de Guthama Sidharta:

¡Me sentiré Francisco cuando
esté en tu corteza,
madre Naturaleza!

Me sentiré Francisco y seré el buen hermano
de la oscura simiente y el oscuro gusano.

Será festín mi cuerpo. Un gremio subterráneo
gozará del tesoro contenido en mi cráneo.

Mi corazón fraterno: manjar y golosina,
se irá desmenuzando al filo del gusano,
y mis doscientos huesos, mordidos por la ruina,
darán sus cales fértiles al árbol soberano.

Apoteosis de la arcilla,
amor unánime y total.
Semilla
del laboratorio universal.

A través de la tierra vendrá a darme su amor
la voz caritativa de Francisco de Asís.
¡Junto aquel terrón gris
la palabra del Santo será como un fulgor!

Y cuando mi reposo se haga más profundo
sentir que algo va rasgando la corteza:
la tierra se irá abriendo con un dedo fecundo
y una mano crispada irá entrando en mi huesa.

Perfecta de sigilos, aquella mano oscura,
de dedos alargados y verdugos,
llegará hasta el banquete de mi carne madura
comerá de mi cuerpo, beberá de mis jugos.

Y hundida ya en mi carne, creyéndome dormido,
querrá cerrar su puño buscador y goloso.
Y yo sabré que alguien quiere robar mi pulpa,
pero ningún vecino oirá mi alarido,
porque hermano de todos seguiré mi reposo
sin castigar la culpa.

Y suavizado todo de un amor fraternal
endulzaré de arrullos el hueco de la voz
para decir en leve tono sentimental
a aquella mano larga de los dedos ariscos:
"Buena hermana raíz, sea todo por Dios,
que aquí bajo la tierra todos somos Franciscos" (25).

Por alcahuete de enamorados es traído el divino soñador de la Porciúncula de allá para acá, a objeto de que su nombre melifluo haga más tenue el semitono de los requiebros y sean más lastimeras las quejas de erótica ternura; y con el suyo invocan los poetas el recuerdo suave y vigoroso de la hermana Clara, "noble presa arrancada al mundo por el Caballero de Cristo para entregarla a su Señor", no libre de la maldiciente terquedad racionalista. Y sobre esta tendencia baja, en cuyo examen de propósito no queremos detenernos, también hay otra que, en nombre de la caridad y de la exquisitez franciscana, trajina con el Santo para poner malsano humor en los escritos, como buen ejemplo da Francisco Pimentel en *Soneto Franciscano*.

De este ligero examen de lo que ha sido por lo general entre nuestros poetas la concepción franciscana, advertido que además de los ejemplos citados existen muchas otras poesías de calidad pseudo-franciscanistas, queremos pasar, aunque brevemente, a hacer algunas consideraciones sobre el arte de juzgar nuestros críticos al Poverello de Asís. Sea de ellos el primero, por el lustre del nombre y por el alcance de la crítica, Manuel Díaz Rodríguez, quien en *Camino de Perfección* intentó elocuente ensayo a costa del Santo. Y es sobre manera grato a nuestro intento ceder la palabra a crítico tan alejado de la ortodoxia como Jesús Semprún, cuyo es el juicio que de seguido trasladamos: "Solamente conseguirá (Díaz Rodríguez) hacer pasar como una ingeniosa paradoja el intento de confundir el legítimo orgullo con la legítima vanidad y mostrar como prototipo de orgullo consciente la modestia divina de Francisco de Asís. Entre nosotros, de algún tiempo a esta parte, es cosa a la moda y hasta elegante, citar a cada paso, interpretando arbitraria, cuando no irreverentemente, la vida y las palabras del dulce amigo de todos los seres." (26).

Barruntarían cualesquiera que se detuviesen en esta acertada apreciación de Semprún que el crítico tuviera formal concepto del valor del Santo y de la mística. Tan arbitrariamente como el autor de *Peregrina,* nuestro antecesor juzgó al Varón iluminado, y a párrafo seguido no titubea en sospechar que San Francisco "hubiera llegado, en lo más firme y sincero de su corazón, a nombrar al maligno "hermano Satanás" como en el soneto de Arvelo Larriva"; y suya hace la teoría del misticismo que, siguiendo el consejo harto sospechoso de Wilde, propugna Díaz Rodríguez en "El ensayo del modernismo" que forma la tercera parte de *Camino de Perfección;* misticismo a lo francés, "irreligioso y ateo", que cabe tanto en la sensualidad como en la castidad, en el odio como en el amor, en la negación como en la duda; misticismo de Amiel, Anatole France, Amado Nervo y Bernard Shaw; misticismo que es la perfecta negación de la verdadera mística; misticismo antimístico que, aplicado a la vida de nuestro Santo, sólo da fantásticas apreciaciones antifranciscanas, y que llevado al examen de cualquier personaje permitiría catalogarlo, como otra poesía de Arvelo Larriva, con aptitudes

Para capitán de bandidos
o para fraile franciscano (27).

y aun hacer legítima la intencionada antinomía de Zumeta: "Nada recuerda tanto el rostro emaciado de un asceta como la demacración de la faz de un libertino" (28).

Vallenilla Lanz, con la más sana intención apologética, no se libra de caer en la frecuente adulteración del Santo en que incurren los que de él escriben sin perquirir el pensamiento seráfico a través de las abundosas fuentes, guiándose, más que por deseo de erudición, de sencillo amor por su fulgurante figura. Y si los otros alteran en parte el pensamiento de Francisco, nuestro admirado escritor aniquila la mayor de sus virtudes como santo de la Iglesia, al decir que "en su doctrina se concilian todos los credos religiosos" (29). Enciclopedia de creyentes, vestíbulo de logias, tal han querido hacer del Santo de Asís los críticos racionalistas: éste pretende ver en él un tránsfuga de las filas de Pedro Valdo; estotro, un famélico fraticelli; esotro, un antecesor de la revancha roja que asuela la estepa rusa y amenaza de ruina la civilización occidental. Pues acontece que seguidores de distintas confesiones religiosas, y aun los mismos hombres que se dicen ateos, reconociendo *a priori* la perfecta hermosura del penitente enamorado, quieren acercarlo al plano de su personal creencia, y al efecto desfigúranle según las distintas maneras de cada cual, tímidos de abrazar o declarar la enseñanza que el Santo predicó como necesaria para empinarse en la escala de espiritual perfección que lo condujo a la cumbre donde su humanidad adquirió clarores de divino ilapso.

Diego Carbonell, en *Bocetos de Honor, de Dolor y de Crítica* (30), aborda, entre elogios y alabanzas de aparente gusto franciscanista, la explicación positiva del milagro umbro del siglo XIII; y encerrado en las enseñanzas de la escuela psicopatológica, diagnostica retrospectivamente, según los métodos de Binet-Sanglé, un estado enfermizo como fuente de la perfecta alegría franciscana; empero, de la tuberculosis que presume el crítico cura el Santo con mayor presteza que de las enfermedades de idiotez, psicopatía, histerismo, etcétera, que a su modo han diagnosticado Ritz, René, Portiogliotti y Tomassia, para demostrar que su pensamiento y

su alegría paradisíacos, lejos de ser fruto de insania o de otro estado morboso, tuvieron como origen la soberana armonía que su inteligencia obtuvo en lucha diaria contra los oscuros sentimientos que moran en la subconsciencia humana. Luminosa y enérgica, la conciencia de Francisco, al elevarse al éxtasis místico, iluminó los secretos de su corazón y borró de él todo apetito que le trajese siquiera recuerdos de tristeza, "mal de Babilonia", según su figurada parla. De fiesta el rostro, cuando llorase tiernas lágrimas de amor, retrataba la profunda alegría del alma amartelada, conforme al proverbio sabio: *Cor gaudens exhilarant faciem.*

Luis Correa, con ocasión del séptimo centenario de la muerte del Santo, y al revivir la memoria del poeta Juan Bautista Calcaño Sánchez, acierta en el tema que nos ocupa cuando escribe que "el Seráfico no ha esparcido su miel silvestre en la literatura venezolana", y que "sólo a las inteligencias sanas corresponde la explicación del símbolo arquitectural que es la vida de San Francisco"; mas sin ahondar el apreciable crítico y distinguido colega nuestro en la Academia Nacional de la Historia, en el valor real de la mente franciscana, ha creído, guiado de aparente emotividad estética, que la "imagen fugitiva pasa sonriendo", cuando a la verdad lleva antifaz que vela la sonrisa, en el ensayo de Díaz Rodríguez; y que se asoma, "como al borde una fuente encantada", en el soneto de Arvelo Larriva. A fuer de poeta, cualidad de que jamás se despoja el amable crítico, Correa, viendo en Francisco "un divino constructor de quimeras", olvidó que no hay inspiración seráfica cuando, demás de la suavidad de la vestimenta, el cantor o estilista no retrata con sinceridad las virtudes que fueron ornato inseparable del sutil espíritu del poeta de Asís (31).

Agustín Aveledo Urbaneja, en *La Hora de las Fraternizaciones Franciscanas*, quiere desnudar al Santo de su cualidad de cumbre del pensamiento cristiano, al suponer con fuerza motora su recuerdo para la realización del imperio de la mansedumbre universal, en un "vasto orden laico", es decir, desprovisto de la conciencia religiosa que caracteriza al taumaturgo (32).

Dudosa es la alianza que Enrique Bernardo Núñez pretende hacer entre el Santo y ciertos filósofos modernos, cuyos nombres calla; y aún más, la invocación de su figura

sonriente entre "las masas que se agitan en el umbral de nueva edad y que pide su poeta para anunciarla" (33). Si el ensayista hubiese determinado el carácter de estas masas que se agitan, sabríamos al cierto qué valor pretende adjudicar a San Francisco, pues posible sea que lo confunda con los confalonieros del pseudo evangelio de Tólstoi.

Burla burlando, con el donaire que sella las producciones de su festiva pluma, Juan José Churión somete el pensamiento del Santo a la mayor de las pruebas, cual es pasar airoso entre alabanzas irónicas y falsas. "¿Pero quién va a imitar lo sencillo, lo cándido, lo sincero? Resultaría cursi", dice como quien a nadie ofende, el ágil cronista (34). Pero San Francisco, que gustaba de la sana risa, y maestro en epítetos, que supo llamar Oveja al fraile León, para indicar que más tenía de aquélla que de éste, y hermano Mosca al novicio que retenía en su corazón secreto apego por las cosas de la tierra, acaso sonría del ambiguo humor con que se teje su leyenda, y sienta halago en que aún burlen sus ideales. ¿No oyó, indiferente, a las turbas que motejábanle de fatuidad?...

Si el franciscanismo, pues, no ha tenido efectivos representantes en las letras nacionales, aunque de origen seráfico fuera la monja Josefa María Paz del Castillo, cuyas rimas abren nuestras colecciones poéticas, en cambio el pseudofranciscanismo, o franciscanismo de contrabando, como tan certeramente lo llama el excelentísimo señor Goicochea, llena centenares de composiciones de nuestro parnaso. Fuera de la labor apologética realizada por religiosos que ponderan su virtud, sólo encontramos del Santo falsos calcos encuadrados en marco de aparente piedad: fementido empeño que, lejos de contribuir a la glorificación del Poverello y a la expansión de sus altísimos pensamientos en orden a mejorar la economía social y la pureza del motivo inspirador, lo quebrantan minorándoles; pero reverso de la obra pura, exalta por el contraste de la sombra el mérito de la singular doctrina, y doble motivo crea para que se estudie e investigue el genuino pensamiento franciscano. Para advertir el valor del uno del engaño que mueve al otro, y calificar en términos ecuables el contenido de la obra literaria, necesario es no perder de vista el sincero alcance de la doctrina predicada por el santo de Umbría, "uno de los precursores del

renacimiento italiano y mundial, merced a la concepción esencialmente poética y artística que formó de la religión, al amor que profesó a la naturaleza y a su espíritu de simplicidad, candor y sano optimismo, inspirador de una verdadera falange de artistas que en decurso de los siglos se esfuerzan por reproducir sus rasgos seráficos" (35).

¿Y a qué este empeño de franciscano estudio?; acaso pregunten quienes sufran el contagio de la racha materialista que recorre el mundo. Para ellos, como para muchos, tal vez sea paradoja la exaltación del Santo cuando el régimen de la máquina se impone sobre la estructura de las sociedades modernas y los abanderados de la nueva civilización pretenden reducir las fórmulas sociales a simples prácticas basadas en la fuerza humana como factor de hechos materiales. Cierto que el hombre moderno ha querido simplificar, para lograr sus aspiraciones más de presto, el mismo contenido genesíaco; y desconoce su destino, niega las razones de la Historia, rompe largo pasado espiritual; cierto que una cultura que todo lo ha creado en nombre de la más alta idealidad, pretenden suplantarla por normas caprichosas, capaces sólo de satisfacer las necesidades de la bestia; y que como en tiempos apocalípticos, fuerzas de tierra y mar reclaman sus contados días de triunfo, y alzan, no la voz, pues carecen de unidad, pero sí mil frémitos de horror. Porque ya no es un "piloto ciego", como diría Papini, quien señala dirección al gobernalle; algo más trágico acontece en la desolada mar: los hombres que velan de los faros solitarios han perdido noción de los colores y en la soledad de las noches sin rumbo confunden el orden de las luces... Encallan las naves, y despedazadas para siempre sobre las rocas ásperas quedan las blancas velas que empujaban destinos mil. ¿Pero, en medio de las aguas, no habrá voz propicia que ordene calma a la borrasca y prevenga a los peligros? Tal pregunta el hombre que contempla la vecindad de la tormenta, y algo no muerto en el fondo de su ser recuérdale que el imperio de la paz sólo se impone por medio de individuas y cristianas fórmulas de paz. *Pax et bonum* fue el grito que lanzó sobre la sociedad del siglo XIII el Heraldo de Cristo, y al fuerte sortilegio de su anuncio cedieron las querellas; paz y bien reclaman los pueblos modernos, y "San Francisco de Asís torna a la tierra y cumple su misión de sublime paci-

ficador". Buscar sus huellas a través del examen de la fecundísima literatura franciscana es como amanecer al alba de un día de paz y de esperanza...

Señores:

La significación de San Francisco de Asís como foco inicial de intenso movimiento de renovación que, sobrepasando los límites de la prédica, trazó rumbos a la estética, legitima que me haya atrevido a desarrollar como discurso de recepción en esta docta Academia este ligero esbozo de interpretación franciscanista, comienzo apenas de una serie de estudios sobre el penitente de Espoleto; pero otros motivos existen, y de marcado carácter nacional, que también justifican se haga en este Instituto la exaltación de la obra franciscana. América nació a la luz de la civilización universal por el certero rumbo que marcó a la nave capitana un marino que ceñía el humilde cordón de la Tercera Orden de San Francisco, y frailes suyos, portadores de la Cruz de Cristo, recorrieron las selvas sombrías y las llanuras desoladas en pos del indio ignaro que, recibidas las aguas del bautismo e instruido en nuestra lengua —a la que da reglas la pluma de un Terciario—, se sumó para futuras actividades cívicas al grueso de los pueblos cultos. Conventos de frailes disciplinados en la Regla seráfica tuvieron por encomienda grata el cultivo de las letras durante el fecundo espacio que fuimos provincia del vasto imperio ultramarino de España, y fruto suyo fue, amén del esfuerzo dominicano, aquel rico florecimiento de cultura que antecedió a la vida de nuestra gloriosa Universidad; y como si un secreto designio quisiera unir por siempre nuestras letras al recuerdo de franciscana empresa, los claustros de las extinguidas comunidades sirven hoy de sede a muchos de nuestros centros de enseñanza, y de sus rentas, a ellos aplicadas, derivaron la autonomía de que hicieron gala hasta avanzado el siglo XIX; francisco fue el humilde maestro que inició a Simón Bolívar en disciplinas numéricas y echó semilla de cálculo en su mente, semilla que ora fructifica en los soberbios planes que hiciéronle invencible en la batalla, ora en el trazado de las grandes líneas que definen la geografía política del Nuevo Mundo; esta misma Academia se instaló al abrigo de muros levantados por la seráfica pobreza; y si carta, en fin, se hiciera para indicar el

origen personal de nuestros pueblos, sobre centenares de ellos lucirían, indicando franciscana procedencia, el brazo del Crucificado y el brazo del Serafín de Asís...

(1) Sermón predicado durante la época colonial en honor de San Francisco y Santo Domingo en la iglesia Matriz de la ciudad de Trujillo. Ms. del autor.

(2) San Juan de la Cruz: *Cántico Espiritual.* Declaración de la IV Canción.

(3) Emerson: *Los Veinte Ensayos. La España Moderna.* Edit., página 285.

(4) Fouillée: *La Filosofía de Platón.* Tomo II, pág. 100.

(5) Menéndez y Pelayo: *Historia de las Ideas Estéticas en España.* Editorial Hernando. Tomo II, pág. 205.

(6) Manuel Fombona Palacio: *Discurso con motivo de la inauguración de la Sociedad Protectora de Animales.* Obras, pág. 93.

(7) Fray Luis de Granada: *Introducción a la Escala Espiritual de San Juan Clímaco.* Obras. Edición de 1800, pág. 299.

(8) Lo tomamos de transcripción del Ms. 338 de la Biblioteca Comunal de Asís, publicada y comentada por don Francesco Remotti, en texto adquirido personalmente en nuestra visita a Asís (1954).

(9) Fachinetti: *San Francisco en la Historia, en el Arte y en la Leyenda.* Tomo II, pág. 245.

(10) Curso de conferencias acerca de la personalidad de San Francisco de Asís. Edit. Ibero-Africana-Americana. Madrid, 1927.

(11) Menéndez y Pelayo: *Estudios de Crítica Literaria.* De la poesía mística. Madrid, 1927. Pág. 77.

(12) Edoardo Crema: *La Morte di Orfeo.*

(13) Menéndez y Pelayo: *Antología de Poetas Hispano-Americanos.* Tomo II, pág. CXXXVII.

(14) Julio Calcaño: *Parnaso Venezolano.* Página 339.

(15) Juan B. Calcaño Sánchez: *San Francisco en la selva.*

(16) *Versos.* Página 39.

(17) *La Revista.* Caracas. Núm. 139, 1918.

(18) *El Heraldo.* Caracas. Núm. 1.345.

(19) *El Cojo Ilustrado.* Núm. 529.

(20) Elías Sánchez Rubio: *Mis Siete Pecados. Mis Siete Virtudes.*

(21) *Ibidem.*

(22) *Ibidem.*

(23) Arvelo Larriva: *Sones y Canciones.* Caracas, 1908.

(24) *El Cojo Ilustrado.* Núm. 435.

(25) Héctor Cuenca: *El Surco Vivo.* Pág. 94.

(26) Jesús Semprún: *Camino de Perfección El Cojo Ilustrado.* Número 457.

(27) *Pax. El Cojo Ilustrado.* Núm. 457.

(28) *Rictus. El Cojo Ilustrado.* Núm. 457.

(29) Conferencia en el teatro Municipal con motivo del VII Centenario de la muerte de San Francisco. En la prensa del día.

(30) Diego Carbonell: *Bocetos de Honor, de Dolor y de Crítica. Elite.* Caracas. Núm. 56.

(31) Luis Correa: *San Francisco en la Selva. Elite.* Núm. 56.
(32) *El Heraldo. Caracas.* Núm. 1.345.
(33) Enrique B. Núñez: *El Poverello.* Loc. cit.
(34) *Billiken.* Caracas. Núm. 48.
(35) Fachinetti: *Op. cit.*

FUENTES FRANCISCANAS

Thomas de Celano: *Vita Prima* y *Vita Secunda.* Versión francesa de M. Fayot. París. Libraire Saint François, 1922.

San Buenaventura: *Leyenda Mayor.* Versión francesa de M. J. Fayot. L'Art Catholique, París.

Leyenda Trium Sociorum. Versión española de fray Domingo de Paris. París. Librería de Rosa y Bouret, 1865.

I Fioretti. Edición con prefacio de Luigi Luzatti. Instituto Editoriale italiano. Milano. Edición española con ilustraciones de Segrelles.

Ozanan: *Les Poetes Franciscaines en Italie au treizieme siècle.* París, 1872.

Johannes Joergensen: *San Francisco de Asís.* Versión francesa de Theodor de Wyzewa y versión española de *La Lectura.*

R. P. Cutherbert: *Vie de Saint François d'Assise.* Adopté de L'anglaise par L'abbé R. Brousse et Alfred de Curzon, 1925.

Sabatier: *Vie de Saint François d'Assise.* Edición definitiva. París, 1931.

G. K. Chesterton: *Vida de San Francisco de Asís.* Versión española de M. Manent. Editorial Poliglota. Barcelona.

Victorino Fachinetti: *San Francisco de Asís en la Historia, en la Leyenda y en el Arte.* Versión del P. Samuel Eijan. 1925.

Emilia Pardo Bazán: *San Francisco de Asís.* París. Garnier Hermanos.

Maurice Beaufreton: *Saint François de Assise.* París. 11.ª edición.

Luis de Sarazola: *San Francisco de Asís.* Madrid. Espasa Calpe. 1929.

P Samuel Eijan: *Franciscanismo ibero-americano.* 1927.
Curso de conferencias acerca de la personalidad de San Francisco de Asís, organizadas por el Colegio de Doctores de Madrid. Editorial Ibero-Africano-Americana. 1927.

MARTÍN DE BARCELONA: *Fuentes de San Francisco y Santa Clara.* Editorial Poliglota. Barcelona, 1921.

P. L. CHARANCÉ: *Vida de San Francisco de Asís.* Traducción de Josefa de Ipiña. Barcelona. Gustavo Gili, editor, 1925.

BOUNAITE: *Francesco D'Assissi.* A. F. Formigigni. Roma.

SPARACIO: *Conference Francescane.* Palermo, 1927.

P. HILARIO DE LUCERNA: *Los ideales de San Francisco de Asís.* Versión del alemán por Policarpio de Iraizos. Pamplona. Imprenta de los PP. Capuchinos. 1926.

EL RETORNO DE BELLO

EL RETORNO DE BELLO(*)

Señores:

Este afortunado momento de llevar la voz de las Ciencias y de las Letras de la Patria para exaltar la gloriosa figura de Andrés Bello, ya hubieran deseado vivirlo ayer nuestros mayores hombres de pensamiento. Llegaron ellos a la sima niveladora de la muerte sin avizorar la hora feliz de esta justísima apoteosis. Aquí debiera haber estado, aún prefiriéndose al verbo sibilino y majestuoso de Fermín Toro, y si no en el mismo sitio, por cuanto el templo sagrado no habíanlo convertido aún en profano teatro, Juan Vicente González con sus más audaces y exactas imágenes para la exaltación de Bello. Pero a nuestro grande escritor correspondió vivir ásperos tiempos de lucha y de tormenta, en los cuales su palabra, enderezada a romper sordos oídos, tuvo necesidad de recalentarse en el horno ardiente donde hurtaron fuego para sus terribles anuncios, los grandes profetas que entrevieron, con ojos claridecidos por las lágrimas, la ruina de Israel. Profeta sin futuro, fue la suya voz que compendiaba a Ezequiel y a Jeremías, tremebundos y llorosos, cuando fuera abrasada su pasión para cantar una Patria grande y libre, en cuyos muros festivos en vano procuró descifrar la frase que admonitara a los alegres Baltasares. Después de Juan Vicente González, a nadie con título más cuajado de derechos que a Cecilio Acosta correspondía al haberse adelantado a saludar a Bello en el momento de su simbólico retorno. Con la musa nemerosa de Virgilio, a cuyo amor tuvo robusto crecimiento la juventud poética de Bello, había aprendido a soplar la dulce caña del amartelado Tirsis, unido al cual tejió rústicas coronas para adornar la cabeza de los dioses agrestes; en sus la-

(*) Discurso en el teatro Municipal, el día de Andrés Bello, de 1951.

bios, siempre niños, hubiera sonado a milagro el latín docto de Salustio, en que le habría dirigido la encendida y tímida palabra, para iniciar el diálogo tantos años deseado con el maestro inmortal. Orador no fue Arístides Rojas, pero conocía mejor que nadie las voces de la sonora epopeya del Avila y el secreto del diálogo que Bello mantuvo desde niño hasta la hora de partirse de Caracas con el Monte Sagrado; por él hubieran hablado la tradición fecunda de la ciudad enternecida y la familiar fragancia de sus campiñas en flor, para dar testimonio a quien llegaba, del afecto caluroso con que recibíalo el suelo maternal. Nombro estos excelsos representantes de nuestras letras en el pasado siglo, por haberse adelantado ellos a quebrar lanzas por la honra y por la fama del sabio, cuando mezquina calumnia y opaca incompresión se arrastraron cual sierpes ponzoñosas en intento de herir al inmaculado Bello. En el curso de los tiempos tienen, junto con Valentín Espinal, José María de Rojas, Cristóbal L. Mendoza, Rafael Seijas, Felipe Tejera, Julio Calcaño, Blanco Fombona, Caracciolo Parra León, Julio Planchart y Roberto Picón Lares, por sólo mentar muertos, bien ganado el procerato antiguo de la lealtad hacia la memoria de nuestro más grande varón de pensamiento. Hace veinte años, en el sitio donde mi pequeñez intelectual ofrece a Bello el apagado homenaje del contraste, nos habría deleitado el suave acento del ilustre Luis Correa, fervoroso animador del nuevo sentimiento de devoción bellista que culmina en esta hora espléndida, en la cual la República siente un esperanzado renacer de alas, cuando ofrece a su mayor hombre de letras el homenaje de un culto excepcional.

Tendría yo, pues, señores, que pedir a los maestros antiguos el tono y el sentido de sus voces para intentar ante vosotros la evocación de Bello. El difícil cometido con que me han honrado las distintas Academias aquí presentes, disminuye, sin embargo, de responsabilidad al hacer cuenta de que evocar en esta hora la memoria de Bello, no es cierto el caso de mi empeño, puesto que vosotros lleváis cada uno grabada esta noche feliz, en el fondo de la propia conciencia, la imagen luminosa del eterno Patriarca de nuestra cultura. Mi palabra sólo tiene, pues, por ello, la gratísima misión de tocar apenas los hilos sutilísimos que enlazan y unifican vuestros sentimientos para la placentera y fecunda contemplación,

a fin de hallar sobre las mil fases del pensamiento bellista, los más hacederos consejos que puedan ayudarnos en nuestro azaroso y grave destino de pueblo.

Señores:

Abastado de buena cultura y cuando frisaba con los treinta años, a don Andrés Bello, ya en el goce de una reputación que sobrepasaba a la edad, la Junta Patriótica le designó por asesor de Bolívar y de López Méndez, para la misión confiada en 1810 a estos insignes patriotas cerca del gabinete inglés. Hubo una época en la cual se negó que nuestra vieja, calumniada y sufrida Universidad de Santa Rosa hubiera sido capaz de ofrecer medios suficientes para la estupenda formación de nuestro grande humanista. Jamás pensaron los detractores de la cultura colonial que en negando a la Universidad una influencia determinante en la formación del Bello caraqueño, ampliaban, por el contrario, el radio exterior de idoneidad del medio, puesto que la presunta autodidaxia del sabio presupondría un ambiente de ilustración general, capaz de facilitar la forja de un espíritu del temple y de las dimensiones de Bello. No intento recontar la vida mortal del maestro inmortal. Si recuerdo su viaje al Viejo Mundo, lo hago para explicar el cambio de tinglado en el drama de su vida. Si no defendió él las unidades dramáticas como elemento literario, buscó entender los procesos pasados, para explicar los fulgores o la penumbra del presente.

Un pensamiento de servicio a la Patria lo llevó a Inglaterra y le sirvió de ancha puerta para adentrarse en el conocimiento del viejo mundo europeo. Grato es, señores, imaginar la fría noche otoñal en que se despidieron Miranda, Bolívar y Bello en el surgidero del Támesis. Ya está viejo Miranda, y se le mira, por la nieve que esmalta su frente, como el más recio pie del trébede donde una diosa fáustica hace arder los ingredientes que variarán la faz de un hemisferio. Caracas produjo los tres a distancia de treinta y tres años y en el espacio de un reducido cuadrilátero. Son el fruto activo, vivaz y maravilloso de un mundo ya maduro que va a transformar sus símbolos. Los tres se han juntado en Londres. Bolívar ha venido en pos de ayuda para la independencia de la Patria. Y la mejor

ayuda no son los amañados fusiles ni las peligrosas naves que pueda ofrecer Inglaterra. De mayor eficacia es la revolución que habla por los labios vatídicos de este gran criollo que luce estrellas de general ganadas en la defensa de la Francia revolucionaria. Los tres, como sombras misteriosas entre la tupida niebla de los muelles, hablan un raro lenguaje en que alternan las palabras más claras y los más pesados vocablos. El ímpetu y la reflexión, la libertad y el orden hacen turno en los labios de los magos. Miranda y Bolívar, el verbo que crea en la zona del espíritu, suman la potencia que se realiza en actos materiales. Bello, en cambio, es el contemplativo. Cristo le hubiera dicho, como dijo a la extática María, que era la suya la mejor parte. Pero de esa aparente inactiva contemplación de Bello saldrán las consignas que darán luz a los hombres de la acción. Entre las rojas luces que previenen a los peligros en la noche apretada de la ría, se hunden a corto espacio las naves que buscan el mar. En una sola no cabían los dos atlantes. Miranda embarca en el *Avon*. Bolívar toma pasaje en el *Zaphire*. El hombre de las ideas se mantiene en tierra. Por hoy, han trocado sus destinos. Bello se ha quedado sin sueños, en medio de una realidad desconocida y hostil. Ilusiones, proyectos, delirios, ensueños, todo lo han traído a América los dos iluminados. El se mantendrá meditando en medio de la fría aspereza de un mundo aún sin conquistar.

Luego sufre Bello, con la República, sus vaivenes y caídas. Mas, a compás que la política de Venezuela se torna más difícil y el hambre y el desabrigo hacen presa de su vida, él mide mejor la trascendencia de su destino. Hijo del dolor y de la miseria, Bello se trueca de acero, y mientras los políticos y los guerreros cumplen la misión de alterar la geografía y los hábitos del nuevo mundo, él se da a la tarea superior de buscar las luces que habrán de iluminar a los pueblos renovados. No tiene, como Prometeo, la audacia de ir a robar al cielo el secreto del fuego sagrado, pero en el radio de las posibilidades humanas todo lo inquiere al aliento angustioso de alumbrar aún más su espíritu y empujado, a la vez, por el irresistible afán de enseñar a los demás. Así sea parva la mesa y el abrigo corto, todos los días, mañana y tarde, y sin que por ello desatienda las funciones diplomáticas que comparte con el sufrido López Méndez, encamina

los graves pasos hacia el *British Museum*. Aquí están sus retortas y alquitaras de mago. Pobreza y angustia nada son ante su heroico empeño de agrandar la parábola de sus conocimientos. Pronto no existen límites para su saber. Filósofo, jurisconsulto, matemático, cosmógrafo, químico, historiador, botánico, gramático, filósofo, poeta, lingüista, paleógrafo, crítico, todo lo abarca con pasmosa precisión. Aunque mantenga recias amarras que lo unen en el juicio y el sentido con los maestros antiguos, puede decirse que es hermano de los hombres que crearon la Enciclopedia, en lo que ésta dice amplitud de saber y propósito de análisis. No ha hecho suyo el evangelio de Juan Jacobo; por el contrario, está firme en la fe milagrosa que predicaron los iletrados y humildes evangelistas del primer siglo. Con Rousseau y Diderot coincide en buscar, por medio de distintos raciocinios, la reivindicación del derecho del hombre a ser respetado en sociedad. Sin participar la ideología disolvente de la revolución, abrazó el partido de la independencia, por cuanto ésta conduce a exaltar el valor humano del mundo de América. Las circunstancias, felices para él y para las nuevas repúblicas, lo han apartado de la grande hoguera en que se convirtió el continente nativo, mas su corazón y su mente han estado vigilantes de la suerte de sus hermanos. Así don Pedro Gual haya prevenido al gobierno de Bogotá acerca de un presunto monarquismo en Bello, él cree al pueblo capaz de mejorar sus instituciones sin mirar a la divina voluntad de los monarcas, como lo ha declarado la Santa Alianza. El sabe que en el mundo de las antiguas Indias españolas se está realizando una transformación de rumbos y sistemas que reclaman un nuevo pulimento en su estructura. Precisa crear un espíritu a la América renaciente, y por eso se ha dado a conversar con los genios de la vieja cultura europea.

Primero funda la Biblioteca Americana; más tarde, el Repertorio Americano. Si ayer fue Miranda el solicitado por el reclamo de los colonos llegados a Londres al empuje de la idea de libertad, ahora es Bello el centro forzado de la América que peregrina en pos de sus derechos. A los que le visitan, da consejos; a los compatriotas distantes, dirige recados en las hojas periodísticas. Su misión es enseñar, y está enseñando siempre. Su cátedra se halla en Londres,

pero los papeles hacen efectiva a través de la América separada de España la rectoría de su palabra. Como los dioses homéricos, él habla en verso, para mejor excitar la atención y la memoria de los hombres. Acá se mueve un mundo necesitado de videntes que le señalen los nuevos caminos. Bello siente sobre sí la responsabilidad de un destino cósmico. Cuando alboreaba el Renacimiento, Colón se echó al mar con el mensaje que dirigía la Europa culta a la barbarie americana. El no es Colón, pero conoce el secreto de los navegantes que descubren nuevas dimensiones al espíritu. Sabe también que más rápida que las velas de las naves, la palabra impresa es vehículo que transporta edificios verbales. Misterioso su numen, como de fiel discípulo del gran Virgilio, altera el ciclo del poeta de Mantua, y hace que las *Geórgicas* sean preferidas por la *Eneida*, porque de Eneida americana puede calificarse el fragmentario canto consagrado por el poeta a exaltar la madre América, en tono tan sublime y elevado que le da carácter de verdadero manifiesto de intelectual independencia. El patriota se creyó comprometido a cantar la epopeya de la libertad, y cuando entonó la voz del canto no limitó al drama del suelo nativo el empeño de su musa, empero miró la lucha que desde el Plata hasta México mantuvieron los heroicos y abnegados soldados que luchaban por ganar la libertad proclamada por los hombres de la reflexión civil. El vio sobre lo particular del suelo natal lo universal de los valores que hacían de las antiguas provincias disgregadas del concierto hispánico una robusta unidad, llamada a permanecer firme y enhiesta en la defensa de su común destino, frente a la creciente amenaza de otros pueblos, de otros credos y de otras lenguas.

Pero Bello sabía que no es misión permanente del hombre culto exaltar bélicos símbolos. Si él lo hizo, cuando trató de agraciar la pléyade de héroes que luchaban por la libertad, no por ello dejó de pensar que los soldados sólo prosperan donde haya labradores que mantengan la riqueza de la Patria. Más que poeta de templada lira, se sintió vate en el sentido apolíneo de la creación y el magisterio. Evoca, con la fuerza creadora de un dios, el milagro luminoso de la zona tórrida. De sus ojos delirantes ha desaparecido toda la bruma de Londres. El paisaje está lleno de luz y de verdura, que él copia como consumado paisajista. Si Virgilio escribió las

Geórgicas para llamar al pueblo romano a las nobles tareas del agro, devastado por la planta destructora de las legiones, Bello, empujado por su definida conciencia agrícola de venezolano, entonó su *Silva* maravillosa, para animar a los hombres, acostumbrados a la guerra y ahora en camino del ocio y del regalo a que incita el triunfo, a que trocasen con la pacífica esteva el arma fratricida.

> Ciudadano el soldado,
> deponga de la guerra la librea:
> el ramo de victoria
> colgado al ara de la patria sea,
> y sólo adorne al mérito la gloria.

Invocaba Bello la secreta sinonimia cívica que los griegos adivinaron entre las funciones del ciudadano y la misión del labrador, y pidió a las jóvenes naciones que, lejos de exaltar la gloria del guerrero, honrasen la oculta vida del modesto hombre de campo, seguro de paz y de riqueza de los pueblos. A la alabanza magistral del agro, la *Silva* suma la filosófica reflexión de quien sabe que sólo los benévolos caminos de la convivencia hacen posible el bienestar perseguido por el hombre en sociedad. Una pedagogía de errados fines la ha mantenido un poco al margen de las disciplinas docentes. Se la exhibe apenas como fina flor de la poesía bellista. Quizá otra fuera, señores, nuestra suerte de república, si lejos de preferir como valor formativo de sentimientos patrióticos la exaltación de la epopeya bélica, hubiésemos consagrado mayores esfuerzos a la comprensión del gran mensaje de trabajo y de civismo que encierra la *Silva* de Andrés Bello.

Agotadas están, señores, las razones que explican el viaje del Maestro a la afortunada república de Chile. Para aquellos que indagan todavía las causas que movieron al sabio a no tornar a los "sitios encantados que amó de niño", sobran oportunas las respuestas. Mas aquí estamos para cantar las glorias de la Patria y no para revivir hondas heridas ni para exhibir mezquinas pasiones. Mojada la pluma en hirviente y roja tinta, así la pesadumbre contristase su ánimo, Juan Vicente González, venezolano libre de toda excepción, escribió razones poderosas, cuando llegó a Caracas noticia de la muerte del sabio: "Hace tiempo que habría descansado de la

vida el gran poeta; señalado con dedo mofador y objeto de sacrílega risa, el generoso anciano habría mendigado como Homero; habría sido proscrito como Dante; como Tasso, hubiera sido preso por loco; como Camoens, habría perecido de hambre en hospital oscuro. Salvóse el Néstor de las letras de la gloria del martirio."

No regresó a sus nativos lares el caraqueño ilustre. En cambio, por junio de 1829 pisaba los muelles de Valparaíso, envuelto en la raída y vieja capa con que se había mal defendido de la húmeda frialdad de Londres. Con él vienen la mujer y los hijos, que hacen bulto, y en el fondo de sí mismo, sin que lo adivinen los sucios y cansados estibadores, la más clara y fornida conciencia del nuevo mundo hispánico, en la que verán los políticos de la violencia, según magistral frase de Caro, "una amenaza para la indígena barbarie americana". Nueva es la tierra en su latitud geográfica, nuevo el metal de su voz con que le saludan los que hacen el calor de la amistad; pero él siente, en cambio, que este pedazo de tierra donde clavará su tienda, donde crecerán sus hijos y donde él será simado a la hora de la muerte, es apenas porción, diferenciada por la política, de la grande América, por él voceada como hogar común de los hombres recién libertados de la Metrópoli española. Si en su misión intemporal y ecuménica de creador de cultura viene a servir a Chile, servirá también a Venezuela como parte integrante de la nueva patria americana.

Tres años corridos de su arribo al Sur, y el sabio ilustre tiene concluida su obra fundamental en lo que podría llamarse proceso formativo de la nueva juridicidad americana. Bello no concibe las naciones que han surgido de la ruina del antiguo mundo hispánico, sin lo que él tan certeramente llama "la superstición del derecho". No entiende tampoco que puedan adelantar si no se frena por medio de conceptos de orden y de justicia a la nueva sociedad que va a consolidar en el convulso mundo de las antiguas Indias españolas. Considera que la tendencia de la civilización moderna pone de resalto un movimiento progresivo hacia la perfección del sistema social, que radica en "el orden asociado con la libertad". Allí habrá bienestar, piensa el sabio, donde la ley esté "felizmente amalgamada con las garantías de la liber-

tad individual", es decir, donde el ciudadano se sienta libremente vinculado a las normas de la autoridad. Los tratadistas más famosos de derecho político, si bien pueden hacer estructuras teóricas que afamen sus escuelas, jamás podrán llegar a expresar con mayor sentido de verdad la esencia de la vida republicana. Ese justo equilibrio de fuerzas que desea para los hombres en función de componentes de la sociedad lo quiere también para las naciones, como marcos férreos donde se mueven particulares y diferenciados grupos humanos. Piedra sillar de nuestro sistema americano, Bello escribió en el frontispicio de sus "Principios de Derecho de Gentes": "Mi ambición quedaría satisfecha si a pesar de sus defectos, que estoy muy lejos de disimularme, fuese de alguna utilidad a la juventud de los nuevos estados americanos en el cultivo de una ciencia que si antes pudo desentenderse impunemente, es ahora de la más alta importancia para la defensa y vindicación de nuestros derechos". Escribía él, no para sólo sus discípulos de la cátedra santiaguina, empero para todos los hombres que en América sentían urgencia de instrumentos con que acabalar la fábrica de su integridad y su derecho.

Cuando todavía no se habían apagado los primeros aplausos por el estupendo "Derecho de Gentes", Bello comienza a revisar la legislación privada de Chile, que tiene, como la de otros países de América, por centro medular las viejas *Partidas* alfonsinas. Espíritu integralmente nuevo, sabe que la república no se compadece con el enrevesado sistema de las leyes españolas, que sobrenadan, con carácter obligatorio, a pesar del hundimiento del imperio colonial. El no es hombre que ha pensado jamás en conquistas ni en túnicas imperiales. Sin embargo, está realizando una obra que lo llevará a ocupar la misma dignidad que para su nombre recabó Napoleón, cuando puso el suyo al Código Civil que redactaron los más grandes juristas de Francia. Junto con la napoleónica, habrá, pues, otra fuente de legislación civil, donde las nuevas repúblicas del continente americano podrán tomar su ordenamiento. Para ello está el Código de Bello. Con él nuestro sabio gana título egregio entre los más ilustres juristas del Nuevo Mundo.

Bello, señores, miraba hacia adentro y hacia afuera en el orden del progreso de las naciones. En las reformas del

derecho privado chileno buscó hacer expeditivos los caminos de la justicia entre los hombres; en su labor de internacionalista procuró facilitar los caminos de la comprensión de los Estados, pero sin dejarse llevar de vanos espejismos de tratadistas. Antes que todo, Bello miraba a la realidad de los hechos, y si bien creía en la existencia de una comunidad hispanoamericana, en cambio, con el buen sentido realista que aprendió de los filósofos escoceses, dudaba del valor práctico de las declaraciones y de los compromisos multilaterales, cuando no hubiese sujetos responsables que hicieran buena la letra de los pactos. "La política internacional de los nuevos estados —declaró— será estéril si en el seno de cada uno de ellos no aparecen instituciones racionales, progresivas, civilizadoras." Aconsejaba Bello, con abundosa lógica, que primero remediasen los pueblos sus deficiencias internas y después se juntasen para buscar el concierto internacional. "Tengamos juicio, tengamos orden, hagamos una democracia inteligente y activa, prosperemos y nuestro ejemplo cundirá. Si por el contrario seguimos dando al mundo el escándalo de las aspiraciones ambiciosas de las revueltas, si se nos oye balbucir teorías mientras carecemos de comercio, de artes, de rentas, de escuelas primarias, en suma, si se nos ve estacionarios, cuando no retrógrados en el terreno de la civilización y de la prosperidad industrial, como sucede en la mayoría de nuestras repúblicas, los razonamientos, las homilías de todos los congresos del mundo, no nos ganarán un solo prosélito, desacreditaríamos las propias instituciones republicanas." "Tengamos juicio, tengamos orden", aconsejaba Bello a los hombres y a las naciones de América cuando promediaba el siglo XIX. Cien años cuenta de proferido y vigente está el consejo del Maestro para nuestros alegres y desprevenidos países de la hora presente.

Buscó Bello la ley de los mundos siderales, y como fruto de su búsqueda escribió un tratado de Cosmografía; indagó los principios normativos de las ideas, y escribió la Filosofía del Entendimiento; quiso saber los misterios de la Naturaleza, y estudió la Química, la Física y la Botánica; aspiró a conocer los secretos de la vida mortal del hombre, y saludó las disciplinas médicas; trató de hallar razón a las acciones y a las reacciones de las fuerzas políticas, y pidió sus secretos a la Historia, dignificada por los maestros que

le acuerdan preeminencia en el orden de las ciencias morales; quiso dominar la lengua como instrumento de relación humana, y buscó en la Gramática sus leyes y el valor de las palabras en la difícil crítica filológica de los grandes monumentos de la literatura castellana. Donde quiera que oteó, tropezó con la huella de un principio inconfundible, que hizo centro de su pensamiento de filósofo. El Orden. Bello fue el Maestro del orden, el filósofo de la parsimonia, el mago de la lógica. Jamás creyó que pudieran los hombres gobernarse a sí mismos ni los pueblos avanzar a la creación de grandes estructuras internas o de sistemas internacionales, si antes no habían puesto orden en sus ideas particulares y en sus sistemas nacionales.

Filósofo del orden, tampoco lo entendió como argumento impuesto por voluntades ilegítimas. Su bondad y su dulzura no se hubieran desdeñado de adornar, al igual de Beethoven, con el busto severo de Bruto republicano su mesa de trabajo. Para él la adusta fecundidad del orden pedía la alegre amalgama de la libertad. El uno y la otra son prenda eficaz de un alba de justicia. Aun cuando trató de definir su fe literaria, en el momento de reinstalar con librea democrática la vieja Universidad de San Felipe, dijo, en su carácter de rector, que norma suya era "la libertad en todo". Libertad para consentir el orden, como en la más recta teoría democrática fue, pues, el numen permanente del gran Maestro, motejado de retrógrado sostenedor de arcaicas formas y desusados métodos.

El equilibrio entre la libertad que pide anchos senderos y el orden que impone moderación al ímpetu que pueda cercenar vecinos derechos, brilla en sus ideas aun cuando se encara con el problema de la Gramática. El vio en la lengua vínculo robusto, propio para mantener entre los países hispanoamericanos la unidad de cultura y de creencias que les servían de soporte secular. Necesario era conservarlo en toda su vigorosa vitalidad, por medio de principios que lo defendieran de espúreas influencias. Movido al propio tiempo por el nuevo espíritu de libertad, procuró liberar la lengua del rigorismo latino a que la sujetó Nebrija. Y así, mientras corrige y da flexión a las normas antiguas, abre la lengua a la variedad que ofrece América, donde, con autóctonas voces, conviven vocablos de rancio linaje catellano,

traídos por los pobladores del siglo XVI, y de los cuales no hace memoria el pueblo español, diferenciado, por obra de los siglos, de las masas criollas que dan tipicidad al mundo americano.

Desde el año 1829 hasta el aciago 1865, don Andrés Bello hizo de Chile su generosa segunda patria. La noble y afortunada nación sudeña le entregó su Universidad, le confió la asesoría de sus relaciones internacionales, le pidió la redacción de sus códigos y lo llevó a un sillón de su Senado. Treinta y cuatro años de moverse en medio de un mundo encrespado de pasiones, sin jamás, aun cuando fue a la ardiente polémica periodística, perder el platónico equilibrio de las potencias, le convirtieron en centro de la colectiva admiración. Rodeado del respeto de Chile y de la entusiasta solicitud de un continente que, por ver en él al más cabal de sus arquitectos, le confiaba la solución de sus disputas, en medio del tierno afecto de una larga familia, y agasajado por la más preciada amistad, discurrieron los últimos años del dulce sabio.

> Por su vista
> veían sus discípulos: su boca
> habla por América...

Así dijo en noble verso Juan Montalvo, cuando cantó al poeta rendido al peso de la muerte.

Conciliada en su ánimo con la ciencia la fe de sus mayores, fue siempre fiel a las prácticas religiosas. Iba a misa, confesaba con un fraile dominico y entonaba el *Angelus* cuando la campana vecina le recordaba la vieja Fe de nuestra catedral y lo ponía a vivir en aquel culto ambiente caraqueño de antes de 1810, que nostálgicamente evocaba cuando arribó a Santiago en 1829. Lejos de su mundo juvenil, su afecto por Caracas se mantuvo incólume. "Yo me transporto en mi imaginación a Caracas —escribía al hermano Carlos—, os hablo, os abrazo, vuelvo luego en mí, me encuentro a millones de leguas del Catuche, del Guaire y del Anauco. Todas estas imágenes fantásticas se disipan como el humo, y mis ojos se llenan de lágrimas." Por Caracas está llorando Bello. Todo en él son memorias, porque si bien es cierto que Chile lo ha amado en grado extremo y le ha ofrecido los más subi-

dos honores, también es cierto, como él lo dice en claro verso, que

> Naturaleza da una madre sola
> y da una sola patria...

Señores:

Lejos de la Patria, proscrito por la voz de viles impostores, para quienes, en cambio, pidió perdón en la *Oración por Todos*, el Maestro inmortal estuvo sin vigencia en el pueblo de Venezuela. Con tierno y cristiano acento recomienda a la piadosa hija que pida a Dios

> por el que en vil libelo
> destroza una fama pura,
> y en la aleve mordedura
> escupe asquerosa hiel.

José Domingo Díaz ya tiene una gota de agua que refresque su ardoroso purgatorio, y con él la tienen todos aquellos que repitieron la infame acusación de deslealtad con que se intentó manchar su inmaculada clámide de patriota. En cambio, selectos espíritus, en quienes perduraba la huella de la vieja Universidad humanista o se pronunciaba nostalgia por su falta, siguieron siempre sus pasos y su gloria: los unos, cuando estaba aún en el mundo de los vivos; los otros, cuando ya holgaba en las suaves praderas de la gloria. Si bien es cierto que la Venezuela pensante jamás olvidó a Bello, también lo es que de un cuarto de siglo a los días que corren, se ha venido pronunciando en la República un vivo y entusiasta movimiento bellista, que culmina con la apoteótica Semana que hemos consagrado a la evocación de su amable memoria. Esta reunión, patrocinada por los Poderes Públicos, podría calificarse, con palabras del propio sabio, como "un homenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual" de que él fue máxima expresión. Estamos diciendo que no son las manos de los alarifes que estiran el tamaño de las casas y adornan las plazas y avenidas, quienes levantan el nivel de los pueblos: con Epicteto estamos proclamando, en cambio, que es a los hombres de la inteligencia pura a quienes toca dar iluminación a la cultura por donde aparecen elevadas las naciones.

Bello ha vuelto definitivamente a su pobre casita de la esquina de la Merced. Viene a recorrer con los pasos del sabio los sitios amados donde feliz vivió de niño. Bello, en realidad, parece estar de nuevo entre nosotros. Está en Caracas. Está en el corazón de Venezuela. Podría decirse que busca segura cátedra donde comenzar libremente su enseñanza constructiva. Mas, pregunto ahora, con palabras de abierta sinceridad venezolana: ¿Qué vamos a hacer nosotros con nuestro Bello, retornado al seno de la Patria, con su carga luminosa de ciencia, de virtudes y de gloria? Labor estéril y falsa sería pensar tomarlo cual recamada túnica para vestir nuestras carencias de pueblo; peor aún servirnos de él, como pecaminosamente nos servimos del nombre venerable de Bolívar, para exportar gloria pretérita y recabar con ella interesados e inútiles aplausos, que hagan la cortina de ruido para ensordecer nuestros lamentos colectivos. Flacas encuentra el sabio aquellas robustas saludes antiguas que empujaron a los colonos de España para la lucha heroica de donde, mútilos y alegres, regresaron tocados con el frigio emblema de la libertad. Los pulsos están decaídos y la rica medula que nutrió nuestra generosa tradición ha sufrido relajamientos lamentables. ¡Que no se vea el sabio en medio de un mundo poblado de fantasmas! ¡Que no crea perdidas las raíces del pueblo, porque nuestra gente dialogue a la continua en otras lenguas distintas de la lengua sagrada que avivó los sueños de nuestros mayores! Aquí, señores, el primer deber de nosotros cuando invocamos la memoria de nuestra más grande inteligencia creadora.

Veo, sin embargo, que ya empieza Bello la labor conjugante que reclama Venezuela de sus hombres de pensamientos. Demás del movimiento nacional que representa esta Semana inolvidable, él ha venido a reunir nuestro Instituto Venezolano. ¡Cuántos anhelaron vivir este momento de ver juntas, como unidad de cultura, nuestras diversas Academias! Bello hoy, como ayer Bolívar, lo ha logrado sin esfuerzo alguno. Del gajo de laurel que coloquemos al pie del monumento ideal del Maestro, tomemos una hoja perfumada de gloria, para honrar la memoria del insigne Maestro Gil Fortoul, que en vano abogó por la fundación del Instituto!...

Señores:

Quienes cruzan la plaza de Abril, en la alegre y laboriosa barriada de San Juan, contemplan una fea estatua, que representa al sabio en actitud, más que sedente, paralítica. Frente a él, Ezequiel Zamora blande la heroica espada con que comandó las tropas federales que reivindicaban para el pueblo un estilo de vida más cercano a la dignidad republicana. Nadie ha escuchado el diálogo que puedan sostener las estatuas. Cada quien intuye a su manera las posibles palabras de los bronces. Yo no sé si lo haya dicho Bello. Acaso lo piense en su ataráxico silencio. Pero, ante la altanera y presuntuosa postura del valiente caudillo, se llega a concluir que tampoco ganó nada el pueblo confiado a la fuerza aniquiladora de su brazo. Lo que no pudo él mílite Zamora, ¿no lo podrá, en cambio, la generosa cultura que mana de la sabia palabra del Maestro? Esa filosofía noble, serena y creadora; ese sacrificado amor al trabajo; ese supersticioso respeto al derecho y a la ley; esa bondad sin mancilla y sin fronteras que forman el sustrato de la grande obra y de la vida ejemplar del sabio ¿no podrían tener vigencia en nuestro mundo y ayudarnos en nuestro camino hacia la realización de la República?... Todo es posible a la inteligencia iluminada. Ofrezcamos a Bello la arcilla de nuestros espíritus para que moldee con ella cabales figuras de hombres...

LA TRAGEDIA DE PEÑALVER

LA TRAGEDIA DE PEÑALVER

En este modesto ensayo he procurado fijar, a través del examen de la eminente personalidad de don Fernando de Peñalver, las circunstancias iniciales que anunciaron la ruptura de la unidad de Colombia la grande. Otros las han estudiado con más éxito en el campo general de la Historia, ora por medio del análisis de la impetuosa personalidad del general Páez, ora a través de la política del general Santander. He preferido seguir el desarrollo de los sucesos tomando como punto de referencia la tragedia de Peñalver, hombre prudente que representa la actitud dialéctica de quien, si bien ama los principios, piensa, a la vez, que los hechos tienen una filosofía de la cual no es fácil ausentarse.

He procurado también ser fiel al método que he aplicado en otros estudios de hechos y personajes de la historia de mi Patria: el dato frío, he procurado presentarlo con la emoción del momento, a fin de que se sientan un poco el ambiente y las circunstancias que rodearon a los actores, pues creo que el ensayo histórico reclama que el autor se adentre en el ánimo de los personajes para comprender la razón de sus reacciones psíquicas.

Pocas figuras como la de Peñalver representan la angustiosa trayectoria del pensamiento político venezolano. Más que cualquiera otra nación de América, Venezuela muestra una intensa saturación de conceptos contradictorios. La paz colonial —en suyo seno ya se habían hecho sentir gérmenes fecundos de una dialéctica que era fiel expresión del anhelo de progreso social latente en los varios sectores de la comunidad— fue sustituida por una etapa en que afloraron con lo caótico de toda creación los más encontradizos sistemas. Mientras en otras regiones de América perduró incólume la estructura social pre-republicana, en Venezuela se

hizo presente desde temprano un movimiento muy diverso. La vieja sociedad oligárquica luchaba ferozmente con el nuevo concepto igualitario de la vida.

Cuando presidía la República el gallardo general Soublette solía éste pasearse a la tarde por las calles caraqueñas en unión del representante diplomático de la Gran Bretaña, coronel Belford Histon Wilson, el leal edecán de Bolívar, y coincidían en topar con un negro guapetón que atinaba a preferirlos en la acera. Ante la insistente actitud del irrespetuoso transeúnte, Soublette, requerido por Wilson, le reclamó si acaso ignoraba que él era el presidente de la República. Y el negro, muy en las suyas, hubo de responderle: "Sí, lo sé, pero aquí toítos *somos iguales", a lo que el demócrata Soublette, poniéndose a tono con la filosofía política de su interlocutor, se limitó a decirle: "Bueno, entonces, y en obsequio de esa igualdad, una vez tomas tú la acera y otra yo." Esa conciencia igualitaria creó a la vez una igualdad anárquica de aspiraciones, difíciles de ser contenidas dentro del marco de un sistema legal desprovisto del soporte de una cultura popular, capaz de hacer comprender a los hombres que la democracia no es libertad para hacer lo que se quiere, sino actitud reflexiva que obliga a querer hacer lo que se debe.*

Cuando las pasiones insurgieron con toda su potencia, en medio de una sociedad aún bajo signos vegetales, se pusieron frente a frente ambas tendencias. El "querer" y el "deber" buscaron su expresión idónea: Páez fue la fuerza de lo primero, Peñalver representó la reflexión de lo segundo. Eran voces de una misma sociedad que se buscaba a sí misma para realizarse. De esa lucha resultaron modificadas las mismas instituciones planeadas por los ideólogos de la libertad y de la independencia. Hoy, en cambio, nos cuesta trabajo mirar la razón que tanto asistía a los unos como a los otros, ya que el error fundamental de muchos críticos estriba en querer que los hechos antiguos se hubieran resuelto de acuerdo con su presente punto de vista personal.

M. B.-I.

Bogotá, febrero de 1950.

I

El austero repúblico.—El Cincinato de Los Aguacates.—Camino de "La Cosiata".

Yo veo a usted como el representante de nuestra venerable vejez; como al amigo y compañero de nuestros padres y progenitores; me parece oír la voz de un anciano que conoce el pasado y prevé el futuro; que dice la verdad, sin temor de su amargura, sin deseo de lisonjear y sin miedo de desagradar. Continúe usted, mi querido Peñalver, con ese estilo verídico, que tanto importa a los conductores de pueblos", decía en carta del Cuzco, el 11 de julio de 1825, a don Fernando de Peñalver el Libertador Bolívar. La alabanza es justa y bien intencionada. Se trata con ella de enaltecer los altos merecimientos y las virtudes republicanas del gobernador de la flamante provincia de Carabobo. Bolívar está tan íntimamente unido por la amistad a don Fernando, que éste le da el tú en el trato íntimo, mientras los mismos compañeros del Padre de la Patria se estiran hasta llamarlo excelencia en las menudas conversaciones. Y no es tan viejo como lo hace aparecer la ponderación elogiosa de Bolívar. Frisa con los sesenta años el íntegro servidor de la República, mas el don de consejo, la austera conducta, la rectitud de los juicios, la cultura que le adorna, han hecho de él prematuramente un Néstor venerable, de quien solicitan luces en el momento de las dificultades los constructores de la nueva patria.

Desde 1823, después de haber puesto orden a los caudales del fisco en el cargo de director general de Rentas del Departamento y de haber rehusado la Intendencia de Venezuela, ha tornado a radicarse, con su hija Mariquita, apenas

de seis años, y de su sobrino Martín, de cosa de dieciséis, en la ciudad de Valencia. En la paz nueva de su menguado hogar, pobre de voces y de afectos, el noble patricio ha memorado las agitadas circunstancias de su vida: desde la época en que vino de Píritu, a instalarse en estos valles en unión del hermano Pedro, cuya cultura sorprendió al barón de Humboldt, hasta sus últimas actividades caraqueñas, pasando por el recuerdo de los esfuerzos primigenios que realizó para sumar a Valencia a la causa revolucionaria de Caracas; por sus grandes momentos en el primer Congreso de la Patria; por sus peripecias de desterrado en la isla de Trinidad; por su actuación brillante al lado de Bolívar, para dar vida en Angostura a la segunda República de Venezuela, de donde arrancó esta maravillosa Colombia que es asombro de los políticos del Viejo Mundo; por su misión a Londres, donde solazó el espíritu en amenas pláticas con Bello, y por sus brillantes debates en el Congreso de Cúcuta, cuando se dieron líneas formales a la nueva República de Colombia. Ahora, la mayor parte del tiempo la consagra a apuntalar la descaecida salud y a mejorar los cultivos de su hacienda de Los Aguacates, a cuyos aires generosos mejor convalece de sus males.

A requerimiento de su amigo y fervoroso admirador el general Francisco de Paula Santander, que ejerce la vicepresidencia de Colombia, ha aceptado el cargo de gobernador, y si bien comprende que "todo el mundo lo estima y está contento con su administración", lamenta tener en semiabandono las labores agrícolas, iniciadas desde su avecindamiento en el distrito a fines del pasado siglo. Ausente de sus tierras desde el terrible año 14, encontró la hacienda casi perdida, pero ya ha logrado plantar en ella hasta mil matas de café, con "cuyo producto espera pasar una vejez cómoda y tranquila", a no ser que los acontecimientos de la política rompan su esperanza. Si en verdad el café ha caído mucho de precio, pues sólo pagan a diez o doce pesos la carga, en general la industria rudimentaria y el comercio se fomentan con gran entusiasmo. De nuevo se está formando la riqueza que devoró la guerra, y el añil y el cacao obtienen buenos precios en el mercado. Los pueblos quieren paz y garantías para convalecer de los innúmeros trastornos de la lucha sangrienta que devastó a la provincia, y a la cabeza de ésta un

hombre de la rectitud y luces de Peñalver es prenda de sosiego colectivo. Político realista, deja de lado el afán de las teorías y cierra oídos a la intriga de quienes sólo miran el gobierno como fácil oportunidad de medro, para mirar con ojo previsor a la reconstrucción de la riqueza pública. "En Venezuela —dice Santander— todos los agricultores están arruinados por la guerra, la libertad de los esclavos, los censos y otras cosas; todos bendecirán al bienhechor que les proporcionase el dinero que necesitan para replantar sus posesiones incultas por falta de medios con que hacerlas fructíferas otra vez." Deja en silencio "las otras cosas" que han contribuido a la ruina de la agricultura, pero él bien las conoce: en carta a Bolívar, por noviembre de 1821, le había hablado de las fatales consecuencias de los secuestros y confiscaciones efectuados por los españoles, acrecidas por las que derivaron de la ejecución de iguales medidas retaliativas impuestas por los Congresos de Angostura y de Cúcuta.

Pero por más que se empeñe en llevar a la administración, en promover la riqueza general y en hacer brillar la justicia, no faltan ataques calumniosos que alteren su quietud. Porque un reo de asesinato cometido en el distrito de Barquisimeto ha huído de la prisión, el revoltoso de Antonio Leocadio Guzmán les ha propinado a él y a su asesor Muñoz Tébar, una serie de injurias desde las columnas de *El Argos*, que si bien tropezaron con la repulsa universal de los lectores, lo obligaron a salir a la palestra periodística, no tanto para deshacer las invectivas y castigar a Guzmán, cuanto para censurar los abusos a que conduce un mal régimen de prensa, garantía ésta, "la primera y más preciosa de la libertad, convertida aquí y toda Colombia en puñales para darle muerte". El no baja al terreno de lo personal. Su defensa la encuadra en líneas acordes con la austeridad y sencillez de sus costumbres. Para golpear al calumniador están otros que, como el coronel de Lima, usan los argumentos del machete. Por eso Guzmán exhibe ahora las cicatrices ocasionadas por la tunda que le aplicó el ofendido militar.

En este agitado año de 1826 las cosas no andan bien en Venezuela, aunque tampoco han sido buenas en los años últimamente corridos. Caracas desde 1821 es un infierno de intrigas. Y Peñalver las conoce muy bien. El sabe, como lo

ha dicho a Bolívar en 1825, que "los caraqueños con nada están contentos". Al entrar en la capital la bandera colombiana, después del triunfo de Carabobo, Caracas estaba constituida por una sociedad más colonial que republicana. La lengua la tenían curtida sus hombres de jurar fidelidad a Fernando VII. Las autoridades, en consecuencia, hubieron de luchar con una serie de intereses facciosos que era preciso descabezar desde un principio. La revolución triunfante tenía que aniquilar las fuerzas enemigas, constituidas en primer término por los españoles adheridos fanáticamente al fernandismo. Cuando el general Carlos Soublette empezó a cumplir la orden de expulsión de los españoles enemigos de la República, Peñalver la aplaudió por considerarla "de primera necesidad y de mucha importancia la exactitud de su ejecución". La medida era en verdad dura y rompía un tanto las leyes de la concordia humana, pero la imponía la guerra aún sin concluir: Puerto Cabello estaba en poder de La Torre, y los valles circundantes de Caracas se hallaban infestados de guerrilleros realistas. Sin embargo, los hombres de la capital hicieron una terca oposición y se convirtieron algunos patriotas en protectores de los españoles expulsos, entre ellos nada menos que el propio sustituto de Soublette en la Intendencia, el marqués del Toro, "cuya extrema bondad, edad algo avanzada y gusto por tener muchos amigos", lo llevan a condescender con los intereses de la vieja oligarquía territorial, encabezada por "los grandes cacaos", de que él es conspicuo exponente. A la par que se robustecen los godos, se ha venido formando una corriente de extremado tinte liberal, que ataca la propia Constitución, el nombre de Bolívar y la integridad de Colombia. Sin mirar los peligros de la permanente amenaza de España, que tiene en lo interior adictos prudentes y vigilantes, y buenos ejércitos en Cuba y Puerto Rico, los políticos han emprendido desde las columnas de la prensa una obra constante de disociación de las fuerzas sociales. Primero en *El Venezolano*, después en *El Constitucional*, en *El Cometa* y demás hojas de Caracas, Tomás Lander, Domingo Briceño y Briceño, Antonio Leocadio Guzmán, Martín Tovar Ponte, Pedro Pablo Díaz, Domingo Navas Espínola, Núñez de Cáceres, Espinal y otros más riegan ideas encaminadas a promover un cambio en la propia estructura de Colombia. Se habla de Fe-

deración que venga a aminorar la autoridad representada por los gobernantes que residen en la antigua Santa Fe y a levantar a Caracas de su decaída condición política. Se buscan nombres venezolanos para sustituir a Santander. El coronel Francisco Carabaño, con su experiencia en política española, anda enredado en estos líos y las ambiciones de Mariño suman motivos de recelo al aire de tormenta que se respira en Caracas. El doctor Cristóbal Mendoza, patriota antiguo y austero, ha escrito que "vale más ser alguacil en otra parte que Magistrado aquí". No advierten quienes atacan la integridad del Estado colombiano, que la gran República creada por Bolívar es por hoy necesaria máquina política para la consolidación de la independencia, y para lo futuro, de ser superados los reatos determinados por la variedad estructural de las diversas regiones, edificio poderoso, capaz de resistir el peligro del imperialismo angloamericano, que ya anda enredado en la obra de dividir a las repúblicas de raigambre hispana para mejor imponer sus desorbitadas influencias. El espíritu de facción no oculta sus propósitos, y cuando lo ha creído conveniente, con Mariño a la cabeza, ha susurrado lisonjas a Páez para pintarle su derecho a presidir la gran República.

Páez aún oculta sus impetuosas aspiraciones de mando y se muestra fiel a las leyes de Colombia; pero, sin quererlo él mismo, ha caído en la red de los facciosos. De aquí a ser faccioso no hay sino un breve paso. Por noviembre de 1824 nombró para secretario suyo al coronel Carabaño. Satisfecho con las pruebas de lealtad que le ha pedido, Páez espera que el novel secretario "combatirá y logrará al fin destruir la facción que con máscara de libertad quiere reducir la Constitución y leyes a un modelo de antojos punibles que son destinados exclusivamente a destruirlo todo y plantar su propio deseo", según ingenuamente dice el comandante general de Venezuela al vicepresidente Santander. Un año después, ya tomado de las ideas que ayer combatía, el propio Páez externará al mismo Santander su enemiga contra los magistrados y hombres de leyes, que él compendia en la genérica atribución de la palabra abogado. "Morillo le dijo a usted una verdad en Santa Marta sobre que le había hecho un favor a la República en matar a los abogados; pero nosotros tenemos que acusarnos del pecado de haber dejado im-

perfecta la obra de Morillo no habiendo hecho otro tanto con los que cayeron por nuestro lado."

Esta urdimbre de intrigas y de contradicciones forma la atmósfera de Caracas cuando comienza el funesto año de 1826. A decir verdad, son pocos los que saben a ciencia cierta lo que quieren y persiguen en medio del dédalo confuso de la política. Tanta vaguedad hay en todo, que se ha aplicado la cómica expresión de "La Cosiata" a lo que cabe en la incertidumbre del momento. A Páez, símbolo de la gran fuerza orgánica de Venezuela y caudillo afortunado que posee recursos para dominar los impulsos anárquicos, se le adula y se le teme. Del mismo modo como están dispuestos los políticos a ganárselo por la lisonja, están también a la husma de cualquier circunstancia que lo pierda. Y ésta no tarda en llegar. El 6 de enero el comandante general resuelve hacer efectivas las prevenciones tomadas el 29 de diciembre pasado para organizar las milicias de conformidad con un reciente decreto del Gobierno. "El pueblo —escribe el intendente general Juan Escalona— aunque había visto que las reuniones precedentes habían sido infructuosas, no por eso dejó de cumplir en algún modo con la prevención que se le había hecho: cuando se encontraban reunidos como ochocientos hombres, S. E. el comandante general, sin atender a esto, a las reuniones inútiles que habían precedido, y a que siendo días de Pascua la mayor parte del vecindario se encontraba en los campos, dio órdenes a los batallones Anzoátegui y Apure para que salieran en guerrillas por la ciudad a recoger cuantos hombres encontraran por las calles, sin distinción de personas ni de edad, con prevención, según estoy informado, de hacer fuego a los que huyeran, y registrar las casas que fuera preciso. Cuando se me participó esta medida tan escandalosa como contraria al espíritu de nuestras instituciones, ya andaban las guerrillas por la ciudad. Penetrado de la violencia que ella envolvía, y a que su tendencia era precisamente exasperar a los ciudadanos y turbar la tranquilidad de la República, exigí verbalmente, como se había hecho su participación, que la suspendiera, en el concepto de que tomaría las providencias más eficaces para que la milicia se organizara. En efecto, se suspendió, aunque puedo asegurar que después de consumada la obra, como que fui testigo presencial del modo con que las parti-

das conducían a los primeros ciudadanos, confundidos con los esclavos, con los que encontraban en las tabernas y con los ancianos. No contento el general Páez con insultar de este modo al pueblo, vertió contra él a su presencia en San Francisco las expresiones más duras, como estoy informado por personas respetables, hasta tocar al peligrosísimo extremo de amenazar que destruiría una de nuestras más preciosas garantías, cual es la libertad de la imprenta, si ésta se ocupaba de denunciar lo ocurrido con motivo de la milicia."

Este hecho, desgraciado por la violencia y el desafuero con que se ejecutó, provoca la natural repulsa del público y de los funcionarios. El intendente informa de él a Bogotá, y la Municipalidad, en nombre del ofendido pueblo de Caracas, formula acusación el 16 de enero por ante la Cámara de Representantes. Santander considera "sin importancia" los sucesos, pues tiene de ellos otra versión que le ha enviado el propio general Páez, y así lo informa a los señores de la Cámara, mas éstos no son del mismo parecer del Ejecutivo y formulan ante el Senado acusación contra el comandante general de Venezuela.

Cuando Peñalver sabe en Valencia que ha sido admitida en el Congreso la querella contra el general Páez, si bien lo lamenta, huelga a la vez con la noticia de que Santander ha escrito a Páez para decirle que tomará el mayor interés en cortar el asunto. "Sería lo más prudente y acertado", escribe el íntegro republicano al Libertador con fecha 7 de abril. El considera que el general Páez "ha marchado de muy buena fe con el Gobierno, que obedece y respeta sus órdenes y leyes y que el gusto del mando se le ha ido adormeciendo con la ocupación que le dan las empresas de establecimientos de hatos, haciendas de añil y otros negocios". "La tranquilidad que ha disfrutado Venezuela desde que la ocuparon nuestras armas —agrega Peñalver— se ha debido al general Páez." Pero la meditación realística que se hace el gobernador de Carabobo no es el numen que inspira a los políticos del Senado de Colombia, quienes, sin reflexionar sobre el peligro de su conducta y guiados por la sola luz de los principios quebrantados, resuelven suspender de su empleo al general Páez y lo emplazan a presentarse en Bogotá para el curso del proceso. En vista de ello, Santander con-

fía imprudentemente la Comandancia General de Venezuela al general Juan Escalona y designa al benemérito Cristóbal Mendoza para llenar la vacante ocurrida en la Intendencia. En época de menor peligro sería digno de elogio este escogimiento de Escalona: con él se vindica la honra de un gran patriota escarnecido por el general Páez, pero en estos graves momentos, más que justicia al viejo prócer, es tanto como sumar una nueva provocación al temperamento impetuoso y soberbio del depuesto comandante, representante de la fuerza de un callado querer colectivo que busca nuevas formas para satisfacer sus aspiraciones de nacionalidad independiente.

A fines de abril se halla en Valencia el general Páez. Dice que está dispuesto a trasladarse a Bogotá y que se ocupa en arreglar algunos negocios particulares. Pero en Valencia está también Miguel Peña, enemigo de Santander y de Colombia, y a quien se ha hecho responsable de un feo negocio con los dineros públicos. En el curso de la vida de Venezuela el fogoso abogado aparece por segunda vez para marcar su suerte en forma definitiva. Como no perdonó a Miranda la pena impuesta a su padre en la campaña de Valencia, y a pesar de haberle aquél abrumado de favores posteriormente, hizo preso en La Guaira al Precursor y lo entregó a las autoridades realistas; como detesta a Santander por la suspensión a que lo condenó el Senado y por el reclamo de los gruesos fondos apropiados bajo una supuesta operación de cambio de moneda, susurra palabras que enervan el ánimo de Páez. Pero Peña es sutil y sabe armar la tramoya para el drama en que será abatida la fuerza de las instituciones. En público hace el defensor de la Constitución. A Páez, en cambio, dice que el papel que lo destituye es por sí solo una revolución. En los conventículos políticos atiza la llama que va a incendiar el edificio de la República. Para comprometer al pueblo humilde, sumiso y perpetuo soporte, hoy y mañana, de demagogos y farsantes, esparce la especie de que el Gobierno de Bogotá ha "declarado la persecución del general Páez y la suya por el solo motivo de ser pardos y no ser indiferentes a la suerte de sus semejantes". El ambicioso Francisco Carabaño, que ocupa la Jefatura del Estado Mayor, es buen aliado para esta laya de negocios. Están unidas la perfidia que amaña

los principios y la perfidia que afila, para el asesinato de las instituciones, la hoja de las bayonetas. Tan confusas son las pasiones, que la misma María Antonia, revoltosa hermana de Bolívar, aconseja a Páez que resista las órdenes de Bogotá. Sobre las arenas de la lucha, destrozado y convertido en yerto cadáver, quedará el cuerpo augusto de la ley.

II

En plena Cosiata.—La quiebra de la legalidad.—La ley del bochinche.—Sacrificio de Peñalver.

En busca de quietud y clima para su quebrantada salud, don Fernando de Peñalver ha venido a pasar algunos días a su finca de Los Aguacates. Mejor está entre los rústicos y sencillos peones, que en medio de la agitada sociedad de los políticos. Mas el alivio que aspira conseguir con la mudanza de aires lo detienen los afanes del Gobierno. EL 25 de abril un propio le trae oficio del jefe del Estado Mayor, en el cual se le representa el pésimo estado en que se halla la tropa y la consiguiente necesidad de arbitrar fondos para atender a su mantenimiento. El caso es urgente y desde el propio lecho donde se halla postrado por la fiebre, dirige oficio al jefe político del Circuito, "para que, convocando a los comerciantes y vecinos propietarios, les interese a prestar algunas cantidades con que socorrer a las tropas". Pero dos días después recibe el aviso de que el Senado de la República ha admitido la querella contra el general Páez y de que ha ordenado a éste hacer entrega del mando. Ante la gravedad de la noticia, don Fernando, así sea menguada su salud, hace enjaezar la vieja mula y regresa rápidamente a la sede de su gobierno, por creer necesaria en ella su presencia.

Apenas llegado a la capital de la provincia, se informa el gobernador que el jefe político, sustituto suyo en la autoridad provincial, había reunido en la mañana del propio día a los señores del Ayuntamiento para considerar el caso del empréstito. Con el jefe político, don José Jacinto Mujica, concurrieron los alcaldes don Carlos Pérez y don Francisco Gadea, los regidores don Pedro García, don Ra-

fael Vidoza, don Pedro Castillo y don José Antonio Villanueva y el síndico municipal don José María Sierra. Abierta la suscripción voluntaria, se designó a los cabildantes Vidoza y García para continuar recogiéndola entre los vecinos de la ciudad y al señor Villanueva para hacer lo mismo entre los campesinos. Pero como el asunto se relaciona con el bienestar de la tropa, fácil fue hacer que la conversación rodase hacia el tema del día: la separación del general Páez del mando del Ejército y la consternación que este hecho ha llevado a los cuarteles. Todo este grupo de hombres es paecista y juzgan y declaran que el general "vale él solo por un ejército", hasta proponer que en caso de ser atributo del Municipio determinar acerca de tan grave negocio, se avocasen a dictar alguna medida que evite el cumplimiento de la orden del Senado.

Claro que la respuesta negativa estaba al alcance de cualesquiera de los presentes, así no fuesen peritos en leyes, mas resolvieron, ya tomados como están por el espíritu de facción, hacer comparecer en la Sala Capitular a los abogados y hombres de letras de la ciudad. Pronto hicieron acto de presencia los doctores José Antonio Borjas, Jerónimo Windixvojel y Miguel Peña, y luego a luego se compusieron en acordar que la Municipalidad expresase a su excelencia el general Páez la pena profunda que para todo el vecindario constituye el hecho doloroso de su separación del Departamento de Venezuela.

Cuando don Fernando se informa de lo ocurrido, desaprueba la actitud de los capitulares metidos en materia extraña a su competencia y no sin angustia se impone de que la ciudad se halla en estado de grande inquietud y alarma. Visita a Páez y encuentra a éste en el mejor ánimo de someterse a las leyes de la nación, con lo que huelga grandemente. Pero Carabaño, Peña y demás cómplices están dispuestos a evitar la separación de Páez. Para vestir la farsa es preciso que el general aparezca empujado por fuerzas extrañas a su voluntad, y aunque el Cabildo sea adicto a Páez, urge a la vez presionarlo por medio de hechos que den apariencia de necesidad a los actos que se fraguan. Páez en realidad cuenta con grandes afectos entre el pueblo, y a Peña, Carabaño, Sistiaga, Escuté y demás conjurados es fácil hacer elevar representaciones cerca del Ayuntamiento para

que éste tome la voz de la ciudad. Una nueva reunión es convocada por el jefe político en la mañana del día 29, y en ella sirve Peña de asesor con menos escrúpulos que la vez pasada. Concurre Peñalver en su carácter de gobernador, y después de haber expuesto la ilegalidad de la reunión, logra con grande energía su disolución. Pero los facciosos van a más: ellos pueden movilizar desórdenes que hagan subir el tono de la alarma y con tal fin organizan partidas que aterren a los vecinos. Se difunden falsas noticias. Se piensa en el propio asesinato del gobernador, para soliviantar el sentimiento público. Pero Páez no quiere que se llegue a tanto y cuando se le informa que están listos los puñales que darán muerte al venerable patricio, se opone enérgicamente al bárbaro proyecto y en su lugar tres humildes jornaleros son asesinados por orden de Escuté.

En la noche del 29, mientras los conjurados preparan los ánimos para el desorden y meditan el propio sacrificio del gobernador, éste, con serenidad que llega a los límites del candor, juzga la situación del momento y escribe a Santander sus reflexiones. En su carta califica de imprudente la conducta de los hombres del Senado, quienes parece que estuviesen ignorantes de "que este Departamento tiene al frente a Puerto Rico y en su suelo un volcán que humea continuamente y que si hasta ahora no ha hecho su explosión se debe a que manda en él el general Páez". Después le informa que el depuesto comandante "merece el elogio de los buenos patriotas porque se ha sometido a la ley con mucha sinceridad y moderación". Pese a sus años de experiencia, don Fernando no ha sabido ver en la laberíntica conciencia del caudillo. Es demasiado honrado y ama tan intensamente los conceptos del honor, que no ha dudado de la ingenuidad de las palabras de Páez. Ha visto y ha acallado con su energía de repúblico los tumultos populares, pero no ha advertido que los hilos que mueven la farsa tienen su centro de partida en el propio Estado Mayor y en el pérfido Peña, que aconseja al general y guarda sus secretos. Tranquilo de sí mismo, por haber escrito la verdad al jefe del Ejecutivo de la Unión, y juzgando apagados los disturbios callejeros, cierra la plica y entrega al sueño su espíritu confiado y abatido.

* * *

En la mañana del 30, la ciudad despierta en medio de angustia que parece provocada por un toque de generala. A las puertas del Ayuntamiento han sido traídos, para excitar la vindicta popular, los cadáveres sangrientos de los tres hombres asesinados la noche anterior por los lados del Palotal. Se habla de que fue robada la Alcabala de Mucuruparo y de que una banda de salteadores armados hacen de las suyas en términos de Güere. Todos estos hechos, meditados y dirigidos por los facciosos, han elevado a su máximo la desesperación del vecindario. El jefe político declara la necesidad de tomar enérgicas medidas que detengan el fingido vendaval de los desórdenes, y convoca extraordinariamente a una reunión de Cabildo. Comparecen en la Sala Capitular, junto con el señor Mújica, los alcaldes Calvo y Gadea, los regidores García, Vidoza, Juan José Barrios, Francisco Sandoval, Ignacio Rodríguez Castillo y Villanueva y el síndico Sierra. Largamente discuten sobre las presuntas causas del desorden, y hallando todos a una que éstas tienen su origen en el descontento que ha ocasionado la separación del general Páez, resuelven "conseguir por cualquier medio" la reposición de su excelencia en el mando. Ante la gravedad de la determinación, y con el apoyo de las barras, acrecidas por la intromisión de militares vestidos de paisanos, acuerdan que una comisión se traslade a la casa del gobernador y le informe de "las circunstancias peligrosas en que se encuentra la seguridad pública", y, comminándolo a tomar las medidas del caso, lo haga "responsable de los males que vengan".

Como víctima conducida al altar del sacrificio, don Fernando sale de su casa solariega, en medio de los comisionados que han ido a invitarle a la trágica reunión del Ayuntamiento. Imponente es la figura del prócer: su estatura, que sobrepasa la de los acompañantes, contribuye a hacerlo, como en realidad es, figura principal del grupo. Brillan aún más sus ojos claros y penetrantes. En su rostro enjuto se ha pronunciado, por la tensión del momento, la rigidez de las líneas. Su palabra suave y deleitosa ha dado la callada por respuesta a las fútiles palabras que le dirigen sus acompañantes, con quienes ya discutió suficientemente, en el mismo tono con que ayer disolvió los grupos sediciosos, sobre la ilegalidad de los propósitos del Cabildo. Silencioso y lleno de terribles

presagios, el venerable repúblico, apoyado en su bastón de marfil, se hace paso entre la gruesa multitud agolpada en los alrededores del Ayuntamiento. Apenas una ingenua y leve sonrisa apunta en sus labios finos cuando la muchedumbre le saluda respetuosa. Luego está en puesto primicerio entre los atolondrados cabildantes y oye de éstos las razones que les obligan a buscar la reposición del general Páez en su cargo de comandante general de Venezuela. De fuera vienen voces confusas de la multitud que pide y vitorea al general en jefe. Los ediles ya tienen preparada una declaración favorable a que sea proclamada la permanencia del destituido comandante al frente del cargo. Cuando la hoja pasa a manos del gobernador, éste yergue toda su autoridad y después de manifestar su religiosa adhesión a la letra de la ley que impide tan inconsulta actitud, rompe el papel, coloca sobre la mesa el bastón, símbolo del mando, y puesto en pie exclama con voz solemne:

—¡Sesenta años he vivido con honor, no quiero vivir sin él, haced de mí lo que queráis!

La enérgica actitud del gobernador es respondida por un estentóreo "¡viva el general Páez!", coreado por la nutrida muchedumbre, que en número de dos mil personas rodea y llena el recinto capitular. La ley va perdiendo su partida. Las voces confusas de la masa ya se imponen sobre la palabra serena y justa de quien representa la diginidad de las instituciones. Solo, en diálogo con su conciencia, está el ilustre magistrado, que en un último esfuerzo por hacer valer su autoridad, ordena al coronel Carabaño "que haga cumplir sus deberes a los militares que estaban en el edificio y se mostraban favorables al movimiento". La orden es impartida, mas populacho y militares, unidos para el asesinato de las leyes, se encaminan a la casa del general Páez y conducen a éste en hombros a la sala donde se juega la suerte de la República.

Entre vítores frenéticos y nutridos aplausos, Páez es colocado a la par de Peñalver. En este último trance de la vida legal de la República, el Destino ha puesto al lado de quien destruye el poder de las leyes a la primera y más grande víctima del atropello. Los exaltados informan al general del unánime deseo del pueblo porque él siga al frente de la autoridad militar, para que no sufra alteración el orden pú-

blico. Páez se muestra obediente al presunto querer popular y declara que reasumirá el ya resignado mando, tal como se lo ruegan. Salen los comisionados del Ayuntamiento para comunicar al jefe del Estado Mayor la resolución de los cabildantes, y en seguida, como en bien estudiada farsa, está la tropa reunida frente a la casa del Municipio para saludar al repuesto jefe.

Páez está reconocido. Peñalver calla. Es preciso, sin embargo, mantener por ahora la apariencia de las instituciones y los alzados manifiestan al gobernador su propósito de no variar el semblante de las cosas. Le hacen ver que "el pueblo le ama y tiene confianza en el acierto, madurez e integridad con que se ha conducido en todo el tiempo de su administración política", y le instan formalmente a que permanezca al frente de su cargo. El bastón que señala el poder civil de que se halla revestido descansa sobre la mesa. El no quiere seguir gobernando. Mas el pueblo expresa su deseo de que no se separe el magistrado que tanto bien ha hecho a la República, y creyendo que con su sacrificio servirá a la tranquilidad pública y al recobramiento de la integridad colombiana, Peñalver se resigna a proseguir al frente de la gobernación de la provincia.

¿Qué ha pasado en el ánimo del íntegro repúblico? ¿Qué nube oscureció su mente o qué luz la iluminó en este grave momento de la existencia de Colombia? El es amigo de Páez y ha creído honradamente en la necesidad de su presencia al frente de las tropas del Departamento, pero también se ha mostrado por amigo de las leyes y se ha opuesto enérgicamente hasta hace breves minutos a los que conjuraban contra el imperio de la institucionalidad. ¿Por qué se ha dejado arrastrar del espíritu tumultuario? Pensar que lo ha movido el miedo sería explicación fútil, cuando bien ha probado el prócer eminente sus dotes de carácter y su espíritu de sacrificio. Decir que lo han llevado a la conformidad las acendradas manifestaciones de aprecio del populacho, sería reconocer que su virtud es frágil como para quebrantarla la vanidad de un aplauso callejero. El mismo sabe que "jamás ha tenido más valor, más serenidad ni más firmeza" y que ha hecho todo lo que le "inspiró el honor y el deseo de conservar la reputación".

Pero Peñalver es en esta hora aciaga el símbolo agorero

de una Patria condenada a vivir del sacrificio de las más puras virtudes de sus hombres. En su fatal determinación no lo mueve el medro, porque es rico; ni la vanidad, porque es humilde; menos el miedo, porque es valiente y se ha enfrentado a la contradicción de los facciosos. Ha hecho el sacrificio de su prestigio civil de Magistrado, porque su buena fe y su inmenso sentido de responsabilidad le han llevado a pensar que, entregada como está la suerte de la República al arbitrio del cuartel, precisa un hombre que atempere al dictador que se levanta y le prevenga a los peligros de la violencia como método de gobierno. Ha visto con mirada rapacísima la futura realidad política de Venezuela: motín de tropas y gritos destemplados y confusos de un populacho presa de los demagogos. Comprende, por su grande experiencia, que no debe dejarse la privanza sobre las autoridades militares a revoltosos resentidos como Miguel Peña ni a hombres sin escrúpulos como Francisco Carabaño. De resistir, hubiera sido estéril su actitud, pues el pueblo no entiende el valor de los principios y sólo sigue a quienes le muestran laureles victoriosos, así hayan sido segados a costa de la propia salud social. Sobre la rebeldía inútil, en medio de una masa envenenada por la prédica de los simuladores de la ley, asume la actitud resignada de quienes comprenden que el hecho tiene una amarga filosofía que es necesario respetar. Puede que en lo adelante queden inválidas las instituciones principistas, mas la prudencia del consejo acaso sea útil a los hombres que están dispuestos a hacer de la suya voluntad de los demás. De esta ruina de hoy tal vez pueda levantarse mañana la República, y para el tiempo que reine la anarquía, bueno es que permanezca en pie algo que sea cobijo para la justicia de los infieles. Y él es el hombre justo y recto que puede servir de amparo en el desierto de la inconstitucionalidad. En lo lejano él ve aún, como esperanza salvadora, una luz que puede restaurar la integridad de la República. Bolívar se ha llenado de gloria en el sur del continente y a él escribe luego: "No dilates un momento en volver al país en que viste por primera vez la luz. El clama por ti y tú debes preferirlo a todos los otros, pues que de él recibiste el ser y el impulso que te ha elevado sobre todos los héroes." Cuando escribe el 12 de mayo esta

carta al amigo distante, el inmenso dolor que le penetra acaso deje rodar una lágrima ardiente sobre la límpida hoja de papel...

III

También Mendoza.—En plena sedición.—La fe en Bolívar.— El evadido del Infierno.

TRAS el sedicioso pronunciamiento de Valencia viene la escandalosa adhesión de Caracas. Ya ha hecho su aparición precisa "la cosa" informe que se venía moviendo en los ánimos desde años pasados. Y como la paradoja será el destino de este pueblo infortunado y confundido por los propios fulgores de su gloria, la misma corporación municipal que acusó a Páez y desencadenó el proceso de la suspensión, se reúne en Cabildo abierto el 6 de mayo siguiente para sumarse "a los principios y causas proclamados por la municipalidad y pueblo de Valencia", y para reconocer al general Páez como autoridad suprema del departamento. Los facciosos de ayer han ido a Valencia y a Maracay para felicitar a Páez y a Mariño, facciosos hoy, y al cuerpo municipal de donde arrancó la voz del atropello de las instituciones.

El comandante suspenso por la razón de la ley no ha tenido enfado para declarar al intendente don Cristóbal Mendoza, que se ve "manchado" por la fuerza de las circunstancias que lo han llevado a la rebeldía, y el propio Mendoza, como Peñalver, flor de la República y paradigma de virtudes públicas, presta el 29 de mayo juramento de fidelidad ante el general Páez, constituido, en nueva reunión de la municipalidad valenciana, jefe civil y militar de Venezuela, y con Mendoza, las autoridades judiciales, las dignidades eclesiásticas, el jefe político, los alcaldes, el clero. La obra está consumada por lo que dice a Venezuela. Fuerzas confusas que arrancan de la Historia han tomado las voces de los inconformes y el ímpetu de los rebeldes, para acelerar la división de la gran unidad colombiana, que para los venezolanos es una nave cuyo mascarón de proa es el rostro de Santander; mientras para los granadinos inconformes, es el rostro

autoritario del más fiero de los llaneros venezolanos. Guiado por tales voces, el marqués del Toro, desde su apacible retiro de Anauco, dirige sus reflexiones a Bolívar, para intentar una explicación de la unánime conducta a que han sido forzados los pueblos del Departamento. "No creas nunca —dice— que el pronunciamiento de las municipalidades de Valencia, Caracas y otros pueblos es una consecuencia inmediata de la orden que mandó a separar a Páez del mando; esto viene del sistema general y muy particularmente de la política doble con que Santander, por odio o por temor, ha manejado siempre este Departamento... Venezuela es una masa informe, compuesta de partes heterogéneas, y posee dentro de sí misma todos los elementos necesarios para su anonadamiento. Sin leyes fijas, sin numerario, sin hombres de capacidad y enteramente abandonada a su propia suerte, se acerca ya a las puertas del caos." Y Santander, ante todo, es el blanco de los odios caraqueños, porque, sobre sus peculiaridades personales, representa, en ausencia de Bolívar, la centralidad de un sistema de gobierno que, desde el año 21, vienen atacando los celosos y tornadizos políticos de Caracas, y la cual, por parecerles desdorosa para la ciudad cuna de la emancipación buscan ellos —liberales a la par de godos españolizantes— destruir por cualquier pretexto que esté a mano, según lo ha explicado al propio Santander, en carta de 30 de marzo último, al general Pedro Briceño Méndez. En el fondo, todo viene de la errónea tesis antifederalista sostenida por Bolívar desde 1812 y de la pugna visible que existe en Bogotá entre los jefes granadinos y los jefes venezolanos.

En Apure es dueño y señor el general Páez, y sobre el influjo que goza entre las gentes humildes y aguerridas de los llanos, finca el poder que lo empuja a enseñorearse de Venezuela y a desconocer las leyes de Colombia. En el Departamento de Zulia, el austero Urdaneta condena enérgicamente la actitud de Páez, y del Oriente viene, como contraste con lo que han dicho los letrados de Caracas, nada menos que la rugiente voz de Bermúdez, para declarar que "cuando se falta a la ley, y se rompe el vínculo de la obediencia para sostener a un funcionario público que según el orden judicial ha sido separado de su destino, se comete un atentado

cuya magnitud se aumenta a proporción de los medios que se empleen para ello".

Para sumar a su partido la opinión general, Páez se declara sin plan cierto y hace ver que los deseos populares serán consultados en la convención general que habrá de resolver sobre la forma de gobierno. Y como el Libertador está en la mente de la mayoría, invoca su nombre por promesa de alianza y a él dirige una comisión que le inste a su pronta venida, ya que los pueblos aspiran a que sea él quien indique las reformas que reclama la estructura y la vida del Estado. Con el nombre de Bolívar en la boca engaña a unos y a otros, mientras con sus consejeros medita los medios de imponer su omnímoda autoridad.

A fines de julio se consolida la obra sediciosa. Los diputados de los pueblos de los Departamentos de Apure y Venezuela se reúnen en Asamblea deliberante en la ciudad de Valencia. Como primeras figuras allí están Miguel Peña, alma y guía de los facciosos, y Martín Tovar Ponte y Tomás Lander, númenes de la corriente liberal y exaltados líderes del antibolivarismo. Para dar fuerza a sus actos rebeldes, desconocen la legitimidad de la Constitución de Cúcuta, por no haber sido consultado para su sanción el voto libre de los pueblos, y declaran la necesidad de que se reúna una Convención que restituya a los ciudadanos sus derechos cercenados. Pero en todo el alegato se observa la profunda animadversión que los mueve contra Santander y el gobierno de Bogotá.

Luego, Peñalver recibe respuesta del gobierno de la Unión a la nota en que explicó los acontecimientos del 30 de abril. Restrepo, que es secretario de lo Interior, elogia la actitud primera del gobernador, cuando se negó al reconocimiento de Páez y ordenó al jefe del Estado Mayor que hiciera desocupar la sala a los militares presentes; pero, le dice, "no hizo bien de ninguna manera en circular a los jueces políticos de los distritos el acta de 30 de abril y mucho menos en pedir a las otras Municipalidades su adhesión a un acto inconstitucional", y con desaprobarle la actitud, le ordena buscar los medios de que sean rectificados los hechos.

¿Rectificar lo hecho? Acaso nadie mejor que Peñalver comprenda la gravedad y los desastres que se han derivado

de la conducta inconsulta y sediciosa de los munícipes de Valencia. Si él mismo, junto con la República, ha sido la primera víctima de estos funestos sucesos. El sabe, tanto como el ilustre secretario de lo Interior, "que nunca la adhesión de cuantas Municipalidades sean imaginables podrá legalizar y legitimar" los hechos desastrosos que han echado por tierra las instituciones, por cuya existencia se desveló en Angostura y en el Rosario de Cúcuta. De Páez le satisface saber que, si bien ha roto con el gobierno de Bogotá, mantiene respeto y consideración por Bolívar, de quien espera que sabrá poner orden en tan desgraciadas circunstancias. Pese a su carácter y virtudes públicas, él ha sido también débil paja en el torbellino revolucionario. Cuando admitió proseguir en el ejercicio del cargo de gobernador constitucional de la provincia de Carabobo, acaso vio en ello una feliz circunstancia que podía aminorar los fatales resultados que derivan de la insurgencia militar, aún vestida de aparato cívico. No midió el pulcro magistrado que constitucionalidad y rebelión son extremos que se repudian y destruyen mutua y fatalmente. ¿Qué vale la voz de quien se dice representante de las instituciones legales, en medio de un orden que, desconociendo y rompiendo las leyes, ha elevado a función de centro emanador de derecho la voluntad de los que gozan el apoyo de las armas? Su clámide incorrupta de autoridad legítima, la cambió, sin querer, por postizos arreos que lo igualan en apariencia a las autoridades *de facto*. El mismo, esclavo religioso de las leyes, ha pasado al bando de los sediciosos, pues al resignarse a compartir una autoridad que le viene del orden constitucional con la que asumen, por el tumulto, los nuevos señores del gobierno, siquiera sean permanentemente firmes sus principios y así obedezca a leyes profundas que se explican por la armonía de los contrarios y por el deseo de salvar la rota integridad colombiana, muda para el público su carácter constitucional por la incómoda investidura de los alzados. Si juzgó que podía atemperar a Páez y servir a la causa de la justicia pública y de la integridad nacional, olvidó que Páez buscaría otros brazos en que echarse. Para eso está Peña al lado del general, como mentor y Secretario. En vano ha procurado convencer al jefe supremo de la sincera amistad de Bolívar a fin de "disipar los recelos que Peña y Carabaño le infun-

den, persuadiéndole que no le disimulará la rebelión y que debe esperar la misma suerte de Piar". En vano también ha puesto todos sus esfuerzos en la vía de combatir las malas ideas de los funestos directores que han hecho presa de la confusa y presuntuosa conciencia del general. Volver atrás a estas alturas, según lo ha insinuado el gabinete, sería tanto como esperar que tornasen a su madre los ríos o que el sol alumbrase a la media noche.

O'Leary ha venido de Bogotá con semejante encargo de parte de Santander, a quien el Libertador ha dicho desde Lima que no debe juzgarse a Páez por los hechos de Caracas, y el cual, en unión con los secretarios de Estado —entre ellos dos venezolanos: Revenga y Soublette— ofrece medios discretos al general alzado para restituirse al orden de la constitucionalidad. Aquéllos han advertido la gravedad que representa para Colombia la actitud sediciosa que inconsultamente han provocado en Venezuela, y se avocan, con sentido patriótico y venciendo la repugnancia de la rectificación, a buscar un tardío arreglo con Páez, del cual pueda derivar la tranquilidad de la Unión, amenazada, también, por el espíritu de reformas que ha aflorado en los Departamentos del Sur. Mas, cuando el comisionado llega a Valencia, encuentra que Páez se halla en Apure robusteciendo su autoridad en el propio campo de sus grandes proezas por la libertad.

En Valencia O'Leary visita a Peñalver y oye de sus labios la descripción de los tremendos sucesos. A pocas personas puede hablar don Fernando con la libertad que hoy usa en sus conversaciones con el fiel amigo de Bolívar, de quien recibe una afectuosa y expresiva carta. Cuando la escribió, el Libertador apenas conocía los primeros pasos del negocio de Páez y por eso nada le expresa en relación con los sucesos del 30 de abril. Pero en ella viene el proyecto de Constitución para Bolivia y el discurso que la expone, donde están contenidos los sentimientos políticos del grande hombre. El nudo y el eje de la Carta Fundamental es la institución de la presidencia vitalicia, que ya Peñalver defendió en los Congresos de Angostura y Cúcuta, hasta el punto de atraer sobre sí "la maledicencia de muchos ultraliberales que lo creyeron partidario de la monarquía que nunca ha entrado en sus principios". El cree en la necesidad de un ejecutivo fuerte que sea capaz de sostener el orden, y

nada más a propósito para robustecerlo como su concreción en una cabeza inamovible que prevenga a las continuas tormentas eleccionarias. Y cuando se piensa que será el propio Bolívar quien asumirá el supremo poder, mayores garantías promete la institución. Por ello Peñalver confía en que la influencia del Libertador cortará de raíz esta funesta situación que vive Venezuela, y suspira por el próximo retorno que le anuncia en la misiva.

Mientras Páez se halla en los Llanos, los bolivarianos de Caracas preparan una contra-revolución, y acordados al efecto con el comandante del Batallón "Apure", coronel Felipe Macero, disponen reducir a prisión a los corifeos civiles del separatismo. Impuesto Mariño del plan, ordena a Macero que venga a unírsele a Maracay, lo que trae como resultado la salida del "Apure" y de su jefe hacia el Oriente, en busca del constitucionalista Bermúdez. Este hecho tiene una profunda repercusión en el espíritu de Peñalver. Si por algo aceptó la menguada situación de proseguir al frente del gobierno de Carabobo, fue por servir al sosiego público. Pensó entonces que de cumplirse la promesa hecha por los sediciosos en orden a evitar mudanzas, bien podría llegarse a una fórmula que transigiese las desavenencias y trajera de nuevo la tranquilidad a la inquieta sociedad venezolana. Pero ha llegado la situación a tal estado que hace inminente la temida guerra civil. El mismo vive en constante zozobra y ve a cada paso comprometida su propia vida. Jamás ha pensado, por saberse hombres de bien, en servir a la traición, pero los colaboradores de Páez lo miran con recelo y no se resignan a soportar la franqueza con que les habla siempre. Más que unido a la causa de la sedición, se siente atado en conciencia al gobierno que lo constituyó originariamente magistrado. Sobre sus secundarios compromisos con la persona de Páez, siente el calor de los nexos que por temperamento y reflexión lo unen a las autoridades de Bogotá; pero es tal la vigilancia puesta sobre su persona y sus papeles, que se le hace imposible dar informes, ni particulares ni oficiales, acerca del curso funesto de la revolución. En medio de este teatro de pasiones encrespadas, de conciliábulos sombríos, de violadas promesas, de infidencias permanentes, rodeado de una tropa disgustada por la miseria y a merced de un sistema que anula la autoridad civil, por haberse declarado

fuerza activa y pasiva a las milicias e introducido un confuso orden de juicios que dispone que las autoridades civiles den su ascenso a cuanto ordenen los militares, él es como una sombra venida de otro mundo. Ejemplo vivo de la contradicción que ha de regir el sino de la Patria, siente en sí mismo el fatal desdoblamiento de quienes intentan calmar las pasiones por medio de la difusión de ideas de paz y de concordia, mientras sirven un régimen que se afianza en la división y la violencia. Desgarrado tiene el espíritu por tanta miseria como ve a su lado. Sólo una fe lo continúa alumbrando: la solución que venga de la rápida presencia de Bolívar. Hacia él es preciso ir lo más pronto para persuadirlo a su regreso.

Fácil le es convencer a Carabaño de la necesidad de su partida en busca de Bolívar. Carabaño, como hombre de aventuras, está dispuesto a tener abierta una puerta falsa para cualquier evento. Ahora, después de haberla fomentado, dice que es opuesto al curso de la revolución separatista y que contribuirá a la defensa del orden. Por ello mira como aval ante Bolívar la palabra austera de Peñalver. El 3 de septiembre confía el jefe del Estado Mayor comisión reservada al coronel José Austria para que, en compañía de Peñalver, salga al encuentro del Libertador, a quien escribe una rápida misiva que confía a la mano y ampliación de aquél. Pronto andan por los caminos de Occidente en precipitada marcha los viajeros. Ambos temen que les persigan los agentes de Peña, para hacerlos retroceder. Austria es joven y puede hacer con prisa el viaje, en cambio, don Fernando está en los sesenta y un años y lleno de achaques que piden descanso y sólo permiten la contemplación por menester. Cuando traspasan al fin la frontera que divide los Departamentos de Zulia y Venezuela y pisan regocijados tierra trujillana, don Fernando se siente un evadido del Infierno.

IV

En la paz de Trujillo.—Páez sin careta.—La espada imprudente.—La quiebra de Colombia.

El 15 de septiembre don Fernando de Peñalver se halla en la ciudad de Trujillo, cuyo distrito, a pesar de haber sido desde los remotos orígenes coloniales parte integrante de la primitiva provincia de Venezuela, ha sido incorporada, con descontento de sus moradores, al Departamento de Zulia. En Maracaibo ejerce la comandancia departamental el íntegro general Rafael Urdaneta, leal a Colombia y a sus instituciones. Acá se considera seguro el evadido magistrado. Ha vuelto a respirar el aire sosegado de las leyes y aunque se sienta enfermo y estropeado a causa del violento viaje, se sobrepone a los achaques y empieza a informar a Bolívar y al gobierno de la Unión.

A la fecha en que escribe, Bolívar está en Guayaquil, rumbo a Bogotá, y es para él la primera carta que dicta al tardo amanuense que ha logrado para el caso. Son las nueve de la noche y urge despachar la correspondencia a la mano de Austria, que seguirá de madrugada para la capital de la Unión. En su carta, que no es lo suficientemente larga, a causa del agobio de sus males, da a Bolívar información franca y sincera sobre las circunstancias de Venezuela. "No sé qué decirte, dicta al escribiente, sobre lo que se debe hacer en Venezuela por tu parte y del Gobierno, porque sobre todo se me presentan graves acontecimientos. Por una parte veo que si se transa y corta el negocio con los revolucionarios dejándolos tranquilos en posesión de sus empleos y poder, cuando quieran harán otra revolución y otras novedades, y a causa de su impunidad jamás el gobierno tendrá estabilidad ni firmeza, y por la otra considero que si se les quiere reducir a la obediencia por la fuerza, las consecuencias serán funestas para el país, que comenzaba a restablecerse de su ruina maravillosamente, y la guerra civil no hay duda que lo destruirá para siempre. Me parece que con mucha facilidad podrían ocupar los soldados del Gobierno des-

de el Tocuyo hasta Caracas, pero en los Llanos tú sabes lo que son, lo difícil que es en ellos hacer la guerra y el influjo y poder del general Páez sobre ellos, y los pocos recursos que ofrece Venezuela para alimentar un ejército mucho tiempo y lo que nos expondría a que los españoles se aprovechasen de nuestra discordia para invadirnos." Como no puede extenderse en pormenores respecto a todos los sucesos ocurridos desde abril, dicta al amanuense un índice de materias cuya explanación la hará a la viva voz el coronel Austria. Luego escribe a Santander y a la Secretaría de lo Interior, reservando siempre a Austria el encargo de dar amplitud a los informes. Una invocación hace a la amistad que le procesa el vicepresidente: que no se le llame a Bogotá, porque un viaje tan largo puede destruirlo.

Lleno de angustias por lo que acontece en Venezuela y luchando con la pertinacia de sus males, pasa Peñalver los últimos meses del año 26 en el benéfico clima de Trujillo. La primera autoridad local, don José Ignacio González, se desvive por agasajarlo y con él cuanto vale en la pacífica ciudad. En medio de las innúmeras atenciones que le prodigan las gentes trujillanas, espera don Fernando a Bolívar y va sabiendo los últimos acontecimientos que ocurren en Venezuela. Por octubre vuelve a dirigirse al Libertador y le recalca que Páez debe ser tratado con mucha suavidad por él y por el gobierno, pues si se intenta aplicarle el rigor de las leyes, y no los suaves medios de la política, pueden resultar las más funestas circunstancias. Sin embargo, él cree que de tantos males acaso venga el favor de restablecer un gobierno más cónsono con nuestros elementos sociales, que evite las frecuentes elecciones por la adopción, si no de la Constitución boliviana, al menos de su ejecutivo vitalicio.

De Páez recibe luego Peñalver una carta amistosa en que lo insta, como a elemento de prudencia, para que retorne a Venezuela, que necesita sus servicios; mas, el evadido de los odios prefiere la tranquilidad de Trujillo mientras en el Departamento insurrecto "subsista la anarquía y el desorden que allí aflige a todos los hombres de bien".

Nuevas cartas llegadas a la ciudad traen graves noticias. "Páez se ha quitado la máscara", exclama tardíamente el candoroso Peñalver. Lástima grande que el 29 de abril, cuando el íntegro repúblico escribió a Santander palabras en

honra de la conducta del dormido insurgente, no hubiera podido advertir todo lo que se agitaba en el espíritu impetuoso del héroe de Mucuritas y Vuelvan Caras, convertido al día siguiente en destructor de la unidad civil en la Venezuela republicana!... Las escandalosas asambleas caraqueñas de octubre y noviembre, que presentaron al Libertador, por su proyecto de Constitución para Bolivia, como el primer conculcador de las libertades públicas, y la contrarrevolución de Puerto Cabello del 21 de noviembre, que proclamó a Bolívar "supremo mediador" del orden nacional, han dado un nuevo y más grave colorido a los sucesos. "Colombia está perdida" será de hoy en adelante voz que correrá entre las gentes que siguen el curso doloroso de los escandalosos sucesos y que, pasados los años, subsistirá entre los moradores de la región como expresiva anunciación de la ruina de las instituciones y costumbres. La guerra civil está a punto de aparecer con sus desmelenadas deidades, clamorosas de fraterna sangre. Para evitar que el primer rugido se diga que lo provocaron las fuerzas del gobierno, Peñalver aconseja a Ferguson que no marche hacia Barquisimeto con su columna, como lo tiene ordenado desde Cúcuta el Libertador, pues cualquier paso imprudente puede empujar a Páez al camino de la desesperación.

Con dolor se impone don Fernando de que Bolívar no pasará por Trujillo, y como se siente enfermo para otra marcha precipitada, no se aventura a ir a ver al amigo glorioso en la ciudad de Maracaibo. Así lo escribe al Libertador en la noche del 16 de diciembre, rendido en el lecho por la fiebre de fortísima congestión hepática, que supone fruto de los disgustos padecidos en esta maldita revolución.

Ya el drama parece tocar con su fin. Parece, decimos, porque nuevos actos, iguales en sus orígenes y propósitos, mantendrán la obra de los tristes autores montada por largo tiempo en Venezuela. Pero por ahora los personajes harán momentáneo mutis y la caída, entre aplausos, del telón de boca, hace creer que el teatro se cierra para emprender los hombres fecundos ejercicios de república.

Desde Coro ha escrito Bolívar a Páez una larga carta, "modelo a un tiempo de severidad y de reproche". "No pretenda usted, le dice en patético estilo, deshonrar a Caracas, haciéndola aparecer como el padrón de la infamia y el lu-

dibrio, de la ingratitud misma. ¡Qué no me deben todos en Venezuela! ¿Hasta usted mismo no me debe la existencia?... Crea usted, general, que a la sombra del misterio no trabaja sino el crimen." Y después de recriminarle la conducta, las palabras insinuantes: "Querido general, conmigo será usted todo, todo, todo. Yo no quiero nada para mí; así usted lo será todo, sin que sea a costa de mi gloria, de una gloria que se ha fundado sobre el deber y el bien..."

Luego, en Puerto Cabello, el 1.° de enero de 1827, lanza un decreto de amnistía general, en el cual se declara que nadie será juzgado por sus actos con motivo del movimiento reformista y que el general Páez seguirá ejerciendo la autoridad Civil y Militar, con título de Jefe Superior de Venezuela.

La prudencia aconsejada por Peñalver no llegaba a tanto; si recomendó política para el trato con los insurrectos, declaró el grave riesgo que constituiría dejarlos en el goce de sus cargos en el poder. Después, los abrazos en Valencia y la entrada apoteósica en la capital del Departamento. La Municipalidad de Caracas, la misma Municipalidad convertida aver en cuartel de los veleidosos políticos que empujaron a Páez a desconocer la gloria de Bolívar, ofrece el 13 siguiente un espléndido almuerzo al Libertador. En medio del grande entusiasmo que reina entre los presentes, Páez toma la palabra y, con énfasis de victorioso, dice: "El Libertador ha colmado la medida de sus beneficios, de mi gloria y hasta la de su poder: ya no puede darme más: me ha dado la espada con que ha libertado un mundo."

Le ha dado, sí, el Libertador su espada, en gesto de imprudente generosidad, deseoso como está de calmar, por la magnitud del obsequio, los ímpetus del león amenazante, sin advertir que en el cofre dorado en que la trajo, genios maléficos han guardado los puñales con que los conjurados destrozaron las leyes el 30 de abril, para que nuevos conjurados, en la fría Bogotá, busquen con ellos el corazón, todo anchura, de quien, por mantener en vano, porque Colombia ya está muerta, la unión que precava la obra de la libertad, ha quebrantado en apariencia su gloria de repúblico. Cuando Bolívar se desciñe el instrumento de sus triunfos, sólo piensa someter a Páez al dulce yugo de la obediencia, para salvar la unidad de la gran nación colombiana, sin temer por nada

que la causa de América, atónita ayer ante los prodigios de esa misma espada, le pregunte, confundida de la razón de los hechos y por boca de uno de sus más grandes poetas, Heredia, el Tirteo de la libertad de Cuba:

> Truena un rebelde, ¿y ocioso
> el trueno vengador yace en tu mano?
> ¿Y ciñes a un faccioso
> tu espada en galardón...? A error tan triste
> permite a mi dolor que corra un velo...

Pero el lírico Heredia, llamado más tarde a abismarse y retractarse de su fervor revolucionario ante la hidra de la discordia republicana, y los románticos políticos del radicalismo santafereño, han sido incapaces de medir que en esta hora difícil de la existencia de Colombia, es más urgente robustecer la unidad de la República, aún expuesta a la reconquista española, que dar rienda suelta al principismo de la Revolución y al ansia de los caudillos cantonales. Cuando Bolívar, para aquietar a Páez, hace el sacrificio de las normas instrumentales de la República y expone momentáneamente su gloria de puntero de la Revolución de América, piensa con fijeza y claridad en la independencia del Continente más que en la inmediata realización de los principios que deben orientar la política doméstica de Colombia. Mientras los ideólogos juzgan los hechos canales adentro de la República, él ve con genial pupila el porvenir de la América frente al concierto universal de las naciones libres. El no ha absuelto a Páez de su rebeldía, menos lo ha premiado por su ataque a las leyes de Colombia. Apenas ha buscado que la fiereza del llanero, capaz de ser polo de la voluntad venezolana, prosiga en su antigua función de supedáneo de la unidad colombiana. El bien sabe que los generales constitucionales Urdaneta y Bermúdez, defensores en sus Departamentos de las leyes de la República, no poseen la fuerza necesaria para interpretar, como Páez, la voluntad general de Venezuela. Y como quiere que Venezuela prosiga firme en la unidad de la gran república, prefiere al discurso disolvente de los leguleyos, la realidad que mantenga la textura de la unión. Su fe en Colombia no le deja ver, en cambio, que los sucesos de Valencia tenían sus raíces henchidas de razones sociológicas y humanas, que harán nugatorio todo esfuerzo por mantener

la deseada integridad de Colombia. Se necesitarán pruebas más duras para que en enero de 1830 escriba a Rafael Urdaneta lo siguiente: "El Congreso debe dividir a Colombia con calma y justicia. Ninguna oposición debemos poner a Venezuela, porque nadie quiere hacer este sacrificio en favor de una unión política que combate interiormente con las antipatías. La Nueva Granada no nos quiere, y Venezuela no quiere obedecer a Bogotá; estamos a manos; de aquí se deduce que debemos realizar lo que desean los caudillos de estos pueblos."

A su gobernación regresa luego Peñalver. Se han olvidado los viejos quebrantos y la vida empieza a discurrir tranquila bajo los signos promisorios de Bolívar y Páez unidos por la amistad y por la gloria. Los partidos han bajado un tanto el tono desemejable de sus voces, pues se espera que las futuras reformas ofrecidas por el Libertador, conforme al voto de los pueblos, cristalicen en instituciones capaces de satisfacer la voluntad general y de promover el progreso de la república.

Páez, el 11 de febrero, agasaja en Las Cocuizas con un gran convite a todos los oficiales que ayer lo acompañaron en los trances de la sedición. A él asiste el grave Peñalver. El jefe superior de Venezuela acoge con cariño y con respeto al viejo prócer, y luego, en prolija plática, le deja comprender que "ha abierto perfectamente los ojos" y que mide hoy la gravedad de los negocios en que lo metieron los facciosos. Páez ha medido la imprudencia de su conducta, con la misma sinceridad que le inspirará para escribir en 1873 que el recuerdo de estos hechos lo llenan "todavía de amargura y arrepentimiento", y con la cual más tarde dirá a don Santiago Pérez, que en Nueva York le recriminará por no haber recogido la gloria de la absolución del Senado colombiano: "En aquellos años yo embestía." Y como a la par de Páez, los militares, tomados del humo de las copas, brindan entusiastas por la gloria del Libertador y por el sometimiento del rebelde a la suprema autoridad, don Fernando ha holgado ingenuamente como el amigo más devoto de Bolívar.

Pero en Las Cocuizas, en medio del alegre festín de los engalonados oficiales que rodean y sostienen a Páez, Peñalver concreta el mismo símbolo agorero que en él advertimos cuando se resignó a proseguir el 30 de abril al frente de la

Gobernación de Carabobo. De hoy en adelante su estrella será opaca y si se le hace dejar la amable quietud de "Los Aguacates" para ir al gabinete de los gobernantes, no será con el fin de que dirija en primer puesto la cosa pública, sino para que preste en segundo plano el consejo de su grande experiencia. Con él ha hecho crisis el sistema político y la vida de la nación, que se vieron como el mejor y más preciado fruto de la independencia. Es en verdad, la primera conciencia recta y decorosa que se inclina ante el peso de la realidad y de la intriga de los audaces y es, también, la reflexión serena que sabe buscar cauces a los hechos en medio del conflicto de los principios, cuando los arrebatos del tumulto, la opresión de las espadas y la farsa de los demagogos, arreados de ideales fementidos, juegan con la suerte de la Patria. Pero tan grande es su virtud y tan cierta la sinceridad de sus actos, que subsistirá, después de prueba tan tremenda, como ejemplo de pureza en medio de la sombra de los Carabaños, los Peñas y los Guzmanes, que por muchos años influirán en la suerte de la República, ora promoviendo por la fuerza el tránsito de los gobiernos, ora simulando, con el fuego de la prédica revolucionaria, virtudes cívicas enderezadas a engañar y a burlar los pueblos, para medrar con los atributos del Poder.

V

El ocaso de Peñalver.—De nuevo Colombia.—El León de Payara.—Muerte del Patricio.—El equilibrio de una vida.

Ahora es el año de 1837. En Valencia y en su casa solariega de la calle Constitución, pasa los últimos días de su vida el venerable patricio. Acaso él haya influido en el bautizo de la vía, o tal vez escogió la casa en este sitio para sentirse simbólicamente bajo el imperio de la ley fundamental de la República, por la cual ha luchado con denuedo y sacrificio desde 1811. Su salud achacosa no le permite servir a la nación en funciones públicas. Al constituirse por tercera vez la República de Venezuela, ya rotos definitivamente los lazos con Nueva Granada y Ecuador, él la asistió con desinterés, desde 1830 hasta 1834, como miem-

bro del Consejo de Estado. Se siente el noble anciano muy cerca de la tumba, y pasa la mayor parte del día en el silencio de la alcoba, impregnada del olor de las drogas que le propina su médico, el licenciado Pedro Guillén. Todo lo tiene arreglado para que no haya disidencias después de su deceso. Los bienes los ha distribuido entre su hija única y sus sobrinos Martín, José, Juan Serafín y José Francisco Peñalver. A los fieles esclavos les ha concedido la libertad.

Acá, a su retiro hogareño, vienen unas tras otras las noticias de los últimos sucesos de la política nacional. Primero, la llegada el 11 de marzo del general Carlos Soublette, llamado de su misión en España para concluir el período presidencial trunco por la obligada renuncia del doctor José Vargas. A él le complace que asuma el poder supremo quien es capaz, por su habilidad en el comercio con los hombres y por sus cualidades de moderación y de prudencia, de poner calma en la inquieta sociedad venezolana. Después, voces confusas le traen noticia de que las furias de la guerra civil han desatado nuevamente sus trágicas melenas, y que en La Urbana, el coronel José Francisco Farfán ha proclamado la reconstitución de la antigua Colombia de Bolívar. El Congreso, a la sazón reunido, autoriza poner en pie de guerra un ejército de dos mil hombres para someter al alzado cabecilla y ante el auge que en Guayana y Apure va cobrando la revolución, sale luego el propio general Páez a someter a los rebeldes.

Con Páez va como jefe del Estado Mayor el coronel José Austria, el mismo que lo acompañó en su fuga de 1826, cuando para huir del desorden introducido en la República por los hombres de "La Cosiata", fue a Trujillo, a fin de comunicarse libremente con Bolívar y con el gobierno de Bogotá. En su mente ya cansada van reapareciendo, con el vigor que le prestan las vecinas postrimerías, los hechos antiguos en que tomó parte y que tantas angustias le hicieron sufrir, cuando creyó su deber cubrir transitoriamente las estatuas de las deidades tutelares de la revolución, para mirar fundamentalmente a las razones que fueran capaces de salvar la vida de Colombia como unidad promisoria de la independencia política de estos países. El año de 26 él pensó que sería fácil, por medios prudentes, llevar a Páez a la rectificación de su violencia. El vio a buena lumbre que, sobre el prestigio de

las teorías constitucionales, estaban los intereses de la unión colombiana, y aconsejó a Bolívar la moderación de su conducta frente al rebelde general, en quien las fuerzas populares veían su más genuina expresión orgánica. Ahora, cuando sabe que Páez ha sumado a su prestigio de defensor de un amañado civilismo, el título glorioso de *León de Payara*, piensa que su influencia será cada vez mayor en el campo de la política venezolana, y ya lo ve de nuevo camino del solio presidencial.

Con el fracaso de Vargas, Peñalver comprendió que urgen muchos años de cultura y reflexión para que se imponga el hombre civil capaz de amalgamar, por la idoneidad, por la virtud y por el carácter, la opinión pública que contrapese el prestigio de los hombres de la guerra. Páez, a su ambición de mando, une el poder carismático que le transmite el hecho innegable de su fuerza, en medio de un pueblo que se convirtió en fragua y matriz de la lucha ciclópea por la independencia americana y que es presa, en razón de la conciencia igualitaria que le es característica, de la más anárquica aspiración de mando de parte de sus caudillos.

Sociólogos y políticos buscarán mañana razones pesimistas para explicar este aspecto de la vida venezolana. Se hablará apenas de taras sociales, de irreducible mestizaje, de desolación telúrica y de vicios ancestrales, sin llevar, en cambio, a primer plano la razón que deriva del desequilibrio que existe entre el goce universal de una concepción igualitaria y la incipiente cultura del pueblo que debe gozarla. La falta de correlación entre las aspiraciones provocadas por el concepto de poder o de "gana", que arraiga en el valor, apenas confuso y conceptual, de las ideas igualitarias, y la noción culta de la capacidad para ejercer las funciones que derivan de la misma igualdad, conduce, por gravedad lógica, a un estado de anarquía y disolución, cuyo remedio transitorio sólo lo logra la imposición de los más fuertes. Por ello, el caudillo apareció entre nosotros como necesidad para remediar un mal que, lejos de tener sus causas en factores disvaliosos, arrancaba del ejercicio inconsulto e inmoderado de una virtud social.

Pero antes de morir, el noble anciano está destinado a presenciar cómo la gloria del centauro llanero se afinca aún más en el desbarate de un movimiento que enarbola la ban-

dera de la reconstitución de la vieja Colombia de Bolívar, por cuyo mantenimiento él luchó en vano el año de 26. Y cuando don Santos Michelena —el mismo Michelena que en 1833 había negociado en Bogotá con don Lino de Pombo la definitiva liquidación de la gran república, y quien ahora ejerce la Secretaría de Guerra y Marina— ofrece a Páez alabanzas por su triunfo en nombre de la República, ya don Fernando de Peñalver duerme el sueño sin fin en la estrecha caja mortuoria, que ha sido transportada sobre hombros amigos a la iglesia Matriz de Valencia, para recibir, el 8 de mayo, las pompas sagradas de la religión.

La capilla está a cargo del maestro Antonio Colón, de la familia de aquel Pedro Nolasco Colón que, con Landaeta y Cayetano Carreño, dirigió las bandas que en 1811 festejaron la aparición de la República de Venezuela. Y mientras en el templo valenciano se alzan, para recordar la vanidad de las glorias del mundo y el rigor de la divina justicia, los trenos terribles del *Dies Irae*, durante los funerales del patricio ejemplar, en Caracas músicas alegres celebran la nueva gran victoria del fortunoso Páez.

Un sino extraño parece que hubiera mantenido unidas la gloria refulgente del caudillo y la gloria silenciosa y sufrida del gran ciudadano que tanto luchó por dar forma a la República. Los dos parecen seres contrarios, llamados a excluirse en el campo de la realidad social. Son, en cambio, viva expresión de la dialéctica de la Historia: el flujo y el reflujo del mar: el hecho y el principio que buscan el momento de la coincidencia para la ansiada armonía de la sociedad. Y si eso son uno frente a otro Páez y Peñalver en el campo general de la política, el repúblico insigne, cuyos consejos buscaron Bolívar y Santander, constituye en sí mismo raro ejemplo de equilibrio personal. Fue el hombre que se negó a sí mismo para buscar los medios de domeñar la violencia que pudiera poner en peligro la vida de la Patria y de sus instituciones republicanas. El hombre que, ante la pesada realidad de los hechos, hizo suya la sentencia spinoziana: *neque detestari, sed intelligere.* No maldecir, sino comprender.

LAS FURIAS DESATADAS

(1858-1862)

LAS FURIAS DESATADAS (*)

(1858-1862)

I

¡Adelante, Juan! Aquí puedes pasar seguras las horas necesarias para arreglar sin riesgo tu salida al exterior —son las palabras con que doña Dolores da la bienvenida al futuro mariscal, mientras sonreída abre los brazos para saludarle familiarmente.

Después de varios días de inquietud en distintas residencias caraqueñas, Falcón acaba de trasponer los umbrales de la vieja casona de la viuda del general Rafael Urdaneta. El ambiente es pobre, porque el ilustre veterano de la guerra de independencia sólo dejó a los suyos como patrimonio la gloria de su nombre. Doña Dolores ha trabajado con sus finas manos para ganar el sustento de la larga familia, al cual no alcanza la pensión, que le mantiene la República. Pero si no quedan en la casa huellas de riqueza material acumulada por el gran patriota, su espíritu parece que flotara en el aura familiar, donde la viuda mantiene incólume el fuego sagrado del amor a la Patria. Esta mansión austera, a más de templo donde brillan las virtudes de la gran dama, es como ciudadela amurallada donde se conservan religiosamente sagrados penates salvados de un naufragio.

Historia viva, a ella acuden solícitos patriotas anhelantes de escuchar el relato de los hechos gloriosos que presenció durante su lejana juventud de Bogotá. Recia, en medio de su ternura delicada, a menudo relata aquellas tremendas escenas cuando el pacificador Morillo, después de recibir los cuarenta mil pesos del perdón, que ella misma ayudó a recaudar, hizo fusilar a su padre, el doctor Ignacio Vargas, en la plaza mayor de Santa Fe, sin que guardara miramiento

(*) Introducción a "Vida y Papeles de Urdaneta el joven".

alguno al cadáver del abuelo, don Martín París, fallecido la víspera en un oscuro calabozo y llevado al sitio público del tormento para cumplir sobre los yertos despojos la sentencia de fusilamiento. Los amigos de Bolívar han nutrido al calor de su palabra los sentimientos de amor al héroe portentoso y con dolor redivivo han gustado el amargor de aquellos días finales de Colombia, cuando el hombre de América alcanzó su calvario de redentor. De labios de ella escuchó alguna vez Juan Vicente González, "con el corazón hecho lava", la triste historia del 8 de mayo de 1830, cuando la chusma de Bogotá, azuzada por la miseria de altos políticos, despidió a Bolívar que viajaba hacia la gloria de la muerte, con aquellas palabras que aún espanta el repetirlas: "¡Longaniza, Longaniza, que te vaya bien con tal de que no vuelvas, Longaniza!"

Esa misma historia está narrando doña Dolores esta noche a los amigos de Monagas, dolidos de ver cómo Julián Castro trata a su antiguo superior:

—Los hombres son ingratos y en política la consecuencia no sirve para hacer méritos. Y lo digo yo, que sufrí con orgullo la lealtad de mi marido para el general Bolívar, y que a diario inculco a mis hijos preferir la muerte a la traición. Pero los compadezco a ustedes que están metidos en los andurriales de la política. En Venezuela ésta es dura y sucia y los hombres buscan la satisfacción de sus intereses antes que el beneficio del país.

Esto decía la noble dama cuando Level de Goda tocó impetuosamente la puerta para anunciar la llegada de Falcón, a quien desde la tarde aguarda un pequeño grupo de amigos, seguros de que los agentes del Gobierno respetarán el hogar de la honorable dama. Aquí están en animada plática Jesús María Aristeiguieta, José Gabriel Ochoa y el comandante Rafael Urdaneta. Ya está prendido el fuego del movimiento llamado a echar por tierra los planes de la camarilla oligarca que se ha apoderado del débil e indeciso pensamiento de Julián Castro. Bajo ningún techo pueden hallar mejor abrigo las ideas de libertad y de justicia que bullen en la mente de la nueva revolución, llamada a envolver al país en devastadora lucha social, que se insinúa en la flor de los hechos como protesta de lealtad hacia el presidente Monagas, derrocado por un movimiento que, lejos de asumir el amplio radio

que caracteriza las revoluciones, se ha venido a reducir a la actitud reaccionaria y vengativa de los grupos oligárquicos.

—Deben obrar con suficiente cautela para que el Gobierno no logre interceptar el viaje de Juan— les dice doña Dolores, después de ordenar a la mulatica del servicio que sirva el chocolate y los alfajores de las monjas Concepcionistas, el más sabroso bocado caraqueño de este tiempo.

—Todo lo tenemos ya arreglado —declara el joven Urdaneta—. Ya me he comunicado con Carlos Engelke, quien espera una embarcación de Bonaire que arribará por Catia la Mar. Levraud me ha facilitado medios seguros para que nuestros propios puedan burlar la vigilancia de Nicomedes Zuloaga.

—Eso es algo que me molesta en este asunto y ya te lo dije —interrumpe Falcón— cuando nos reunimos por primera vez en la casa de Carlos Ferrero. Recuerda que el licenciado Conde, el doctor Ariza, el doctor Ruiz, Agustín Rivero y el propio Zamora son de mi misma opinión. Yo insisto en que nuestras actividades revolucionarias no tengan nada que hacer con la Legación de Francia.

—Descuídate, Juan. Levraud no obra en este caso como agente francés. Es sólo un amigo más. Bien conoces los vínculos personales que a él me unen. Si ha ayudado al general Monagas lo ha hecho no sólo desde su posición de amigo personal, sino movido de sentimientos de humanidad. No estamos vendiendo ni comprometiendo la Patria. Estamos atacando un Gobierno capaz de venderla. Un Gobierno que nos desacreditará en Europa y que pactará con los tenedores de bonos y con los comerciantes que especulan a sus anchas para seguir explotando al pueblo. Fíjate bien. Los hombres que ejercen el poder y se dicen personeros del Estado en nombre de una soberanía que jamás han consultado, sí pueden en concepto general valerse de la colaboración extranjera para acallar las voces ciudadanas. No tengas escrúpulos en aceptar el generoso favor de nuestro amigo Levraud. Te apoyas en él para salvar el país, una vez más al borde de sucumbir bajo los godos. No hago mía la absurda filosofía del éxito como capaz de legitimar toda acción política. La repudio por inmoral. Pero si un gobierno por el hecho de estar constituido cree legítimo apoyarse en un poder extranjero para estrangular una revolución popular, también pue-

de, y con más títulos, lucrar una revolución popular con el apoyo que ofrezca un simpatizante poder extranjero. ¿Qué fueron a hacer en 1810 Bolívar y Andrés Bello a Londres y Orea a Washington? ¿Qué fue a hacer Manuel Palacio a París en 1812? Fueron a solicitar ayuda para una revolución. ¡Piensa que del apoyo que recibamos no resultará ningún demérito para nuestro movimiento, pues no estamos ofreciendo enajenar la dignidad de Venezuela. Nosotros no tenemos pacto con la Francia ni con la Inglaterra. El pacto lo harán los que manejan la deuda y son los oligarcas quienes para mantenerse en el disfrute de la República podrían negociar con un país extraño la propia venta del suelo nacional. Nosotros, sin compromisos desdorosos, buscamos el triunfo de una revolución que venga a completar la obra que interrumpieron los godos de 1826 y 1830. Debemos ser fieles a la voluntad de nuestros mayores.

—Tus palabras, Rafaelito, por el fuego que les pones, parecen encaminadas a convencer a quienes no estuviesen de acuerdo con la revolución. Eres el mismo muchacho fogoso que discutía con el propio Raldiris en nuestro colegio de Coro. Te has puesto más impetuoso que Level. Yo lo que quiero evitar es que se diga que la legación de Francia nos apoya en un movimiento a favor del general Monagas. Nada grave tiene que aceptemos la ayuda de Levraud, pero sin dar pie para que los godos nos presenten como empeñados en la restauración del régimen anterior. Yo no estuve por la traición del depuesto presidente, pero aspiro a que, dado el golpe y abierto un nuevo ciclo para el país, se mire nuestra causa como un proceso encaminado a hacer efectiva la justicia. Algo más que intereses personales mueve nuestros proyectos de hoy. No estoy, como no lo están ustedes, por la desbordada violencia de Zamora, quien ha sido víctima de los godos y quiere vengarse de injurias personales que felizmente no hemos recibido nosotros. El acaso esté más cerca de las injusticias de que ha sido objeto nuestra masa. En la última conversación que tuve con él lo hallé por demás excitado, quizá a causa del incidente con Michelena y de los insultos en la plaza de San Francisco. Ezequiel es implacable en sus odios. Parece un volcán que camina. En cambio, yo no soy, ustedes y Venezuela lo saben, un militar de cuartel que hace la guerra por oficio; como tal la guerra me inspira

horror y menosprecio al que la hace. Pero la guerra vendrá y desgraciadamente será larga.

Doña Dolores, quien preside este decisivo conciliábulo con la majestad de su precoz senectud, pronunciada más aún por el dolor que ha traído a su espíritu la reciente muerte de su hijo Rodolfo, alterna con pausada voz en el curso de la conversación.

—La guerra, dicen ustedes, será larga, y una vez más sufriremos las madres venezolanas. Veo que no hay conciliación posible entre ustedes y el Gobierno. Ochoa me refirió la entrevista de Juan con el general Castro. Una vez más le hablaste —dirigiéndose a Falcón— con la lealtad y hombría de bien que te son reconocidas de tus propios enemigos. Pero la guerra me asusta a pesar de haber vivido en ella mi juventud. Después de tantos sacrificios ¿qué nos queda? Mayor suma de odios, mayor pobreza, más ilusiones truncas. Ustedes son jóvenes y tienen razón para desear el mejoramiento de la Patria, pero deben considerar el saldo de angustias que deja la guerra. Si hubiera una fórmula, si fuera posible aquietar los ánimos. Es mejor tratar con un Gobierno, aunque poco nos agrade, que lanzarse a buscar suerte en los campos de batalla. El peor de los Gobiernos es mejor que la ruina del país.

—La fórmula la habría— interrumpe Aristeiguieta— si los oligarcas desistieran en sus propósitos de encerrar a Castro en el círculo de sus intereses creados. Pero Castro es un pobre diablo a quien más complacen los halagos del círculo mantuano que los buenos consejos de los liberales que le sirven con lealtad. Y usted sabe, Misia Dolores, que los godos son hábiles palaciegos. Recuerde cómo engatusaron al mismo Páez, llamado por su formación social a ser el jefe de los liberales de Venezuela.

—Los oligarcas, si estuvieran en ánimo de conciliación, hubieran atendido al llamado que les hizo el general Monagas al asumir el poder cuando la segunda presidencia. Pero los godos no merman— exclama con voz campante el joven Level de Goda—. Si queremos salvar al país, es preciso borrarlos hasta del mapa.

—Y ni aún así —agrega el comandante Urdaneta—. El país debe aprovechar esta oportunidad para dar un viraje en su propia organización interna. Ya hemos escogido como

bandera la idea federal, pero eso no basta. Eso es simple cuestión de vestido. En la independencia lucharon nuestros padres por la libertad y la dignidad humanas. Pero aquella revolución se detuvo en su marcha progresiva. Es necesario proseguirla en toda su idealidad. Las nuevas generaciones deben gozar de una patria más bondadosa, madre y no madrastra de sus hijos, donde los derechos sean respetados y la justicia se imponga sobre los dictados de la fuerza y las componendas de los poderosos. No necesitamos de la forma federal tanto como necesitamos de una justicia mejor. La Federación, como tema que gusta a los pueblos, no servirá para expandir nuestras ideas de regeneración nacional. La idea federal tiene arrastre y a ella debemos asirnos para la victoria de nuestro credo antioligarca. Yo le he dicho a Juan: nuestro movimiento debe mirar más a los conceptos generales que a la vieja táctica de suplantar unos hombres por otros. Debemos hacer una política que nos aleje de los vicios de los militares y de sus camarillas de doctores oportunistas. En Venezuela si la mandonería de los guerreros ha hecho grandes males, mayores ha recibido el país de los letrados sumisos que se prestan a vestir con arreos de legalidad las aspiraciones de los otros. Sólo la revolución salvará de sus lacras el cuerpo enfermo de la Patria. Busquemos un orden nuevo de honestidad ciudadana. ¡Hasta cuándo nuestro crédito sirve para enriquecer particulares, mientras las deudas detienen el progreso de los pueblos! ¡Hasta cuándo sigue esa casta de hombres que se llaman honorables aprovechándose de los negocios y de los monopolios! ¡Hasta la harina es privilegio de unos extranjeros!

La conversación ha continuado exaltada y violenta como de individuos dominados por una ciega ansia de luchar. Toda ella no es sino una larga variación de una misma frase temática: el anhelo que los anima por una Venezuela que, ayer como hoy, todos piensan mejorar por medio del triunfo de sus ideas exclusivistas. Level de Goda, a pesar de ser el más joven, se expresa con rotundidad que linda con lo arbitrario, no sin olvidar su frenética adhesión al general Monagas; Aristeiguieta, de reposado juicio y firme voluntad, reclama la precisión en todo; Ochoa, de generoso espíritu y ancha comprensión, se muestra como el más apegado a los conceptos; Falcón, vacilante y bueno, pone siempre de resalto su espí-

ritu magnánimo y su general repugnancia por los estériles sacrificios; Urdaneta sobresale por su espíritu rebelde y sus posiciones en extremo audaces. La revolución lo ha tomado por completo y parece olvidado de las fuerzas que se juegan en el tapete de la política del momento. Su esperanza lo lleva a desconocer la realidad que se mueve a través de esta lucha que agita el panorama nacional y cree que con principios enunciados con ardor se pueda transformar la mente endurecida de los hombres.

Noche fría de la vieja Caracas, cuando el Avila constante bajaba sus cortinas de niebla sobre la silenciosa ciudad para darle aspecto de mayor quietud. Silenciosa noche en que se ultima la evasión del joven militar que acaudillará la más dura y sangrienta revolución que recuerdan, después de la independencia, los anales de la República.

Aristeiguieta, Level y Ochoa se han despedido con cautela. Doña Dolores lleva a Falcón a la modesta pieza donde dormirá al abrigo de los espías del gobernador Zuloaga. Después, acompaña a Rafael al dormitorio y le habla a solas de sus angustias y temores. Ella está orgullosa del primogénito, en quien advierte el curso de su sangre heroica y de la sangre altiva de su padre sin mancilla. Ella lo quiere así, enérgico, resuelto, con ideas que se levanten sobre el nivel de quienes miran la política sólo como oportunidad de medro. Pero, ¡ha sufrido tanto! ¡Qué de lagrimas derramó ante el cadáver sacrificado de su padre! ¡Qué de duelos fue su vida de esposa! ¡Cómo sufrió aquella trágica noche del 25 de septiembre, cuando creyó asesinado con el Libertador al general Urdaneta! Su vida ha sido larga batalla entre el dolor y la miseria. Ahora se irá Rafael, no hoy, pero mañana, cuando lo llame la revolución. ¿Y si la guerra ha de devorarlo? Todas sus esperanzas las cifra en el porvenir de este hijo amado, a quien el destino dotó de bellas cualidades.

—Dios te bendiga —le dice con todo el corazón, mientras el hijo besa sus cabellos encanecidos. Cuando se separan, con el blanco pañuelo enjuga las lágrimas que hacen turbia su pupila.

Al día siguiente, Urdaneta y Level de Goda dan los últimos pasos para la evasión del general Falcón. En el mayor secreto han hablado con un viejo cochero que se ofrece para conducir al caudillo al vecino puerto. El general, a pesar de

su calma natural, está un poco inquieto mientras habla en el ancho corredor con doña Dolores, Luciano, Amenodoro y Octaviano. En la calle hay un gran silencio. Son las ocho de la noche cuando se detiene el coche entre las esquinas de Salas y Caja de Agua. El auriga desciende rápidamente y camina hacia la casa con estudiada naturalidad. Pronto salen dos hombres: grueso y resuelto el uno, de regular y borrosa estampa el otro. Mientras reconocemos el postillón en el que toma asiento como pasajero, el de mejor porte sube al pescante, se arma del látigo y arrea los caballos con energía. Cuando pasan por las Carmelitas, advierten la presencia en una de las esquinas de varios polizontes que miran al descuido. Poco les habría dado fijarse con atención en el cochero. Jamás hubieran reconocido al general Juan Crisóstomo Falcón que ensaya la manera de guiar los fogosos caballos que lo llevarán al Rincón de Maiquetía, para tomar la embarcación que Engelke tiene lista en Catia para el viaje a la isla de Bonaire.

Coincidiendo con la fuga de Falcón, toma también el camino del exterior el general Ezequiel Zamora. Así burlan la orden de prisión dada contra ellos por el Gobierno de Castro. Van a preparar la revolución, mientras en Caracas se forman grupos que canalicen las fuerzas liberales desafectas al Gobierno de marzo.

Las autoridades están al tanto de las actividades sediciosas y proceden en 7 de junio a decretar la expulsión del territorio nacional de quienes aparecen como principales corifeos del movimiento, incluyendo en la orden a los ya ausentes Falcón y Zamora. La lista es la siguiente: general Ramón Soto, coroneles Wenceslao Casado y Carmelo Gil, comandante Amador Armas, Antonio Leocadio Guzmán, R. Anzola Tovar, doctor Joaquín Herrera, doctor José Manuel García, doctor Pío Ceballos, R. Suárez, Diego A. Alcalá, Jesús María Aristeiguieta, José S. Jiménez, Pedro Conde y V. Valiente.

El 5 de julio se reúne en Valencia, bajo la presidencia del ilustre patricio Fermín Toro, la Convención Nacional. Hombres importantes y de notorio lustre forman esta asamblea memorable, donde los liberales se sienten reducidos a una representación escasa que no corresponde con la fuerza natural del partido. La Convención ha sido convocada para dar forma al movimiento revolucionario de marzo, "directo,

espontáneo, formidable, irresistible" contra "el edificio que había levantado la barbarie triunfante", según dice en su discurso inaugural el presidente Toro. El país está en verdad pidiendo una transformación definitiva y bien pudiera hacerla este augusto cenáculo, si en él no se abultase la fuerza del elemento conservador, que se adelanta a invitar al general Páez, asilado en Nueva York, para que regrese a la República, donde se le espera como probable sustituto de Castro en la jefatura del Gobierno.

En el seno de la Convención es acremente discutido el protocolo Urrutia, por el cual, se convino en que, abandonando Monagas la Legación de Francia, fuera trasladado a una prisión particular de donde saldría para el exterior. Pero el Gobierno retarda la ejecución del compromiso y el Cuerpo Diplomático exige su cabal cumplimiento. Buques ingleses y franceses han conminado desde La Guaira la ejecución del Protocolo y el Ejecutivo, con digna entereza, ha rechazado el procedimiento con que se amenaza a una nación independiente. En la asamblea el negocio es presentado como compromiso contraído a favor de Monagas y no como pacto internacional y se acuerda que el Gobierno cumpla la promesa hecha al ex-presidente cuando los buques extranjeros hayan abandonado nuestras aguas.

Los revolucionarios aprovechan el apoyo que les ofrece el estado confuso de los ánimos y la manifiesta parcialidad de los agentes extranjeros, ya dispuestos a pedir sus pasaportes como resultado de la altiva actitud del Gobierno. Level de Goda es enviado por el comité revolucionario de Caracas a invitar a Falcón, que se halla en Aruba, para que venga a tomar la dirección de los acontecimientos. No con la debida celeridad se presenta el caudillo en la rada de La Guaira el 22 de agosto, donde el señor Dunlop, capitán de uno de los buques ingleses que ha efectuado el bloqueo, le refiere que el movimiento había sido precipitado en Caracas el día 16 pasado, sin aguardar su arribo y que había concluido con el episodio de "La Galipanada", donde fueron hechos presos gran cantidad de los comprometidos.

Como consecuencia del fracaso de la intentona, el Gobierno resuelve el 18 de septiembre expulsar a un grupo de liberales mezclados en ella. Se nombra al doctor Rafael Agostini, doctor Félix María Alfonso, general Luzón, doctor

Jesús María Blanco, Antonio Guzmán Blanco, Luis Level de Goda, Emilio Santodomingo, Juan Mirabal, Juan C. Huertado, José María Jiménez, José Hermoso, Felipe Esteves, José del Rosario González, Gerardo, Julio y Pedro Monagas, Francisco J. Oriach y al comandante Rafael Urdaneta.

Entre los que logran evadir la orden de extrañamiento figura el joven Urdaneta. De acá y de allá, oculto en una y otra parte, puede mantenerse en la capital como elemento de enlace entre los liberales resueltos a luchar abiertamente contra la política indecisa y sinuosa de Julián Castro.

La Convención, después de oír el verbo grandilocuente de Toro, Rendón, Morales Marcano, Valentín Espinal, Eloy Paredes, Ricardo Labastida, Gual y tantos otros eximios oradores como allí estuvieron, termina por sancionar la nueva Carta política de la Nación. Bastante discutieron el candente tema de la Federación que mina el espíritu de los liberales. Razones políticas e históricas fueron invocadas antes de obtener el grupo conservador el rechazo de la forma federal, compensada por una mayor autonomía del Municipio.

Entienden muchos que es cuestión de meras frases esta disputa sobre federalismo y centralismo. Olvidan que la estructura federal de la primera República no fue copia servil de las formas constitucionalistas de Norteamérica, sino resultado lógico de la organización política que tuvieron las provincias durante el régimen español. En 1811 habían acudido a Caracas a dar vida a la República las ciudades coloniales que eran cabeza de viejas provincias autónomas. Las nuevas entidades surgidas de los pronunciamientos del año 10 traían su existencia henchida de tiempo: Barcelona había sido durante el siglo XVII asiento de la extinguida Gobernación de los Cumanogotos y Palenques; Mérida fue la primera piedra de la Capitanía de Maracaibo; Trujillo había luchado durante más de dos siglos por ganar carácter autónomo frente a la absorbente política económica de la Nueva Zamora. Las siete provincias que proclamaron la independencia no fueron obra de artificio momentáneo, sino expresión del encontrado proceso de integración y autonomía que definió la Cédula de 1777. Si la guerra de emancipación hizo desaparecer en parte el viejo ímpetu de los localismos, éstos vivían en la conciencia social, y establecida la tercera República y al impulso de los nuevos caudillos victo-

riosos, se produjo la desintegración de las grandes provincias y la presencia de nuevas entidades que correspondían a las ansias prevalentes de las ciudades y a los propósitos feudales de los nuevos señores. No ha sido Antonio Leocadio Guzmán el inventor de la divisa. Y si la anunció como consigna revolucionaria, fue en razón de saber que en el propio pueblo tenía alcance para la agitación y que tras ella podían ponerse a andar muchas otras ideas de momentoso éxito. Piensan los otros, con algo de razón, que la forma centro-federal vigente mantiene un racional equilibrio entre las justas aspiraciones autonomistas de las varias localidades y el primordial interés de que la acción directora nacional goce de la unidad requerida para dar fuerza a la República, sin riesgo de que lo cantonal impida la armonía del conjunto. Por donde han mirado los centralistas a dar mayor vigor al Municipio como célula de la administración y de la economía, mientras se mantiene en toda su fuerza el poder político de la Unión, capaz de ser disuelta en un perfecto régimen federal, que utilizarían los caudillos para asentar el mandonismo.

En materia de derechos individuales la nueva Constitución acoge para el sufragio la tesis jusnaturalista del voto universal frente al concepto restricto de las teorías racionalistas que mantienen las Constituciones anteriores, pero deja en vigor la pena de muerte y la prisión por deudas, que tanto satisface a quienes tienen interés en mantener medios legales que robustezcan la armazón económica contra la cual han venido luchando los ideólogos de la libertad, inclusive aquellos que, como Toro, forman en los cuadros conservadores.

En su alocución del 31 de diciembre, Gual, presidente de la Convención, explica: "Las formas esenciales del gobierno democrático sobresalen en relieve, y se ostentan con pureza en la división, deslinde e independencia de los poderes, en el sufragio universal y directo para la elección de los principales funcionarios y en las supremas atribuciones del poder municipal, ensanche que conducirá por corta y segura senda a la completa federación si tal, andando el tiempo y discutido el principio, fuese la voluntad de la nación, árbitro siempre de su suerte, y artífice de sus instituciones."

El 4 de enero de 1859 es electo el Gobierno interino de la República, mientras el pueblo, por medio de las elecciones

se suma la incorporación a la ciudadanía de las masas de libertos que la ley de Monagas sacó de la oscuridad de la esclavitud sin haber pensado en el problema de la libertad económica, se explica la confusa y angustiada situación que vive la República, cuyos cuadros populares se mantienen en constante estado de efervescencia donde el motín, la asonada y el asesinato están a la orden del día.

Causas por demás complejas, pero que en último examen derivan su mejor justificación de las profundas diferencias económicas, concurren a explicar el fenómeno social venezolano. El mismo Páez, expresión genuina del pueblo, sale en defensa del orden aparente de la sociedad. El no comprende que el mantuanaje le dispensa de su calidad de cuna siempre que se sume y sirva a la unidad económica que se empeña en perpetuar; y con ingenuas palabras explica a Irisarri por marzo de 1849 que las luchas no pueden existir sino en un medio "donde haya una verdadera desigualdad entre los ciudadanos fundada en los accidentes del nacimiento y del color", y si en Venezuela, como fruto del abrazo fraternal de la guerra emancipadora, se han disuelto los antiguos distingos de nacimiento, entienda él que en realidad haya un sistema perfectamente de igualdad, sin bajarse a mirar el abismo extraordinario que separa las clases dirigentes de las masas famélicas que pueblan el territorio nacional y sin medir el deprimido ánimo de un pueblo atado a una tierra que da frutos para sólo holganza y complacencia de los señores que de antiguo la tienen titulada.

La revolución no la vocean los de abajo, porque no suelen surgir espontáneamente del pueblo los grandes dirigentes que buscan su transformación. Hombres salidos de los marcos superiores toman la iniciativa, tal como mantuanos favorecidos por el régimen español habían iniciado el proceso emancipador. Pero la masa popular tiene fino oído para escuchar estas voces que, poniéndose a tono con sus sentimientos de justicia, la llaman al desquite con promesas de "reparto de tierras y supresión de contribuciones". La guerra será a muerte y el incendio voraz se extenderá de un extremo a otro de la patria, aunque así no lo entienda el grupo conservador que procura sumar completamente a su causa la voluntad tambaleante del presidente Castro.

Sin aguardar al proceso eleccionario decretado por la

Convención, Coro se pronuncia por la Federación en 20 de febrero de 1859. Los liberales que fomentan la resistencia a la política oficial han entendido que nada bueno puede esperarse de un movimiento que ha llamado a Páez y que ha privado de sus bienes y grados militares al general Monagas. Acaso intuyan que el orden que trata de erigirse no caminará jamás hacia la consolidación del país y que la justicia de la revolución se ha convertido en venganza de partidos. Esa justicia transitoria, que no es sino retaliación contra el caído, quieren sustituirla por un movimiento que transforme con la estructura del Estado las propias bases sociales de la nación venezolana. Y allá está en Coro Ezequiel Zamora tremolando la bandera a cuyo rededor se agruparán las masas ilusas que creen llegada la hora de su liberación definitiva, ignorantes de que esta lucha feroz que se avecina servirá de escabel para la más férrea e insincera autocracia hasta ahora vista en Venezuela.

La política de Caracas se mueve en un dédalo de dificultades provocadas por el carácter endeble de Julián Castro, en el fondo simpatizante con los revolucionarios, y por el lazo asfixiante que le tienden los conservadores. En medio de la serie de incertidumbres que rodean su autoridad, resuelve el presidente el 7 de junio separarse, so pretexto de enfermedad, y llama a sustituirle al vicepresidente don Manuel Felipe de Tovar. Foma éste un gabinete de carácter eminentemente conservador con Pedro José Rojas en lo Interior, Manuel Cadenas Delgado en Hacienda y Juan José Mendoza en Relaciones Exteriores y procede a crear una junta de Guerra bajo la presidencia del general Páez y con la aportación de Soublette, Castelli, José Félix Blanco y el general Austria. No escapa a Castro y al círculo de liberales adictos a su política que en esta organización juegan las maquinaciones de Rojas, empeñado en poner la República en las manos del viejo caudillo oligarca, e inopinadamente, cuando el 13 está reunido el vicepresidente con sus secretarios, aparece en la sala el general Castro y manifiesta a Tovar que ya han cesado las causas que le habían obligado a separarse de la presidencia y que en ese propio momento asumiría de nuevo el mando de la República.

Aranda, Rendón, Laurencio Silva y el doctor Echeandía componen el gabinete liberal con que Castro sustituye el

Gobierno oligarquizante que intentó formar el señor Tovar. En su Secretaría de lo Interior el licenciado Aranda atrae la enemiga del grupo conservador, cuyo máximo representante en la palestra de la prensa es nada menos que Juan Vicente González.

Detengámonos un momento para mirar esta figura turbulenta que lleva a la política la fogosa pasión de su espíritu romántico y el caudal estupendo de su inmensa cultura. Hombre apasionado, que sabe pasar de las ternuras de la más fina piedad a los ímpetus tetánicos del odio, Juan Vicente ha prendido en *El Heraldo* la hoguera que anima a los contendores oligarcas. Si Dante, movido de pasiones personales, creó su Infierno para arrojar en él a sus enemigos y saciar con llamas sempiternas su espíritu de venganza, Juan Vicente tiene a la mano los campos de la Historia, de donde trae las figuras más siniestras para el paralelo vengador. Como el florentino, cuyos versos traduce con esmero, es implacable y proclive a la calumnia. Su pluma tiene el fuego de la tempestad; su pensamiento abarca la parábola del más atrevido ingenio; su corazón, propenso a las lágrimas, sabe caldearse como lava cuando el huracán de las pasiones sopla en su tienda y le empuja al combate despiadado. Si en la cátedra se esfuerza por enseñar los caminos de la certeza a los alumnos, en la contienda pública olvida los compromisos del profesor y se lanza por los bajíos de la difamación y de la injuria. En el santuario signa la frente con la ceniza penitente y abre los labios a la plegaria enternecida. Es hombre de fe, que menosprecia la vanidad y aquieta los pulsos en la severa meditación kempiana. Pero frente a sus enemigos olvida hasta el agua del bautismo para lanzarse a la oscuridad de los más ardientes dicterios. El lo dirá en sus últimos años: "Sin intereses personales, sin ambición nunca, sirviendo muchas veces ambiciones e intereses ajenos, creyendo que servía a la patria." En estos trágicos días de 1859 él cree que sirve a Venezuela, prendida en su corazón como un amor de novia, y se ha lanzado a la lucha del lado de sus amigos los conservadores, con ciega fe que lo constituye genuina representación de su partido. Para ello tiene en la mano los rayos de la tragedia: el furor de las Erinnias y las imprecaciones de Macbeth destilan de su cálamo incendiario cuando se trata de aniquilar a los hombres

que disienten de su manera de pensar. Quedan para otros los caminos de la tolerancia y la concordia. Para él sólo están abiertas las vías que conducen al aniquilamiento del enemigo y prestos los apóstrofes que enciendan el aliento de quienes van a combatir las hordas de la revolución. Sus palabras recuerdan a Tirteo animando a los jóvenes de Esparta para el sacrificio en los campos de batalla. "Morir —escribe— al ruido alegre de las trompetas, en la embriaguez del combate, entre los cantos que la victoria entona, es mil veces más dulce que esa muerte dolorosa y lenta que aguarda a todos en el lecho de enfermo."

Ahora, en la edición de *El Heraldo* de 20 de julio, exhibe a Aranda, prez de la República, con los peores colores que inventar puede la malicia y lo compara a Veleyo en pos de la gloria de la obediencia, y ello porque el licenciado representa para la facción conservadora que rodea al señor Tovar, un antemural en sus propósitos de frenar la voluntad de Castro, inclinado a favorecer la tendencia de los liberales.

Con el viraje dado el 20 de junio, Castro se exhibe en una posición conciliatoria con los grupos revolucionarios y a ellos envía comisionados encargados de procurar una pacificación general. Entre los delegados sale hacia Coro el señor Esteban Aranda, hijo del ministro, con encargo, además, de comunicar a Falcón, que permanece en Curazao, los propósitos del nuevo Gobierno.

La situación de Caracas es cada día de mayor confusión. En el ánimo oficial continúa pronunciándose la tendencia de acercarse a la política de los revolucionarios, mientras se alejan cada vez más de la influencia presidencial aquellos que representan los intereses oligarcas. El 4 de julio regresa Páez a los Estados Unidos y deja a sus adeptos y a los llamados civilistas de Tovar en condiciones de profundo abatimiento. El 30 Castro ha reunido en su casa a un grupo de personajes prominentes y luego en continente se habla en la calle de que se había tratado de la proclamación por el propio Gobierno de la forma federal. En la ciudad circula la proclama en que el jefe del Estado anuncia la cercanía de cambios con consulta de la mayoría soberana. "No os precipitéis, aconseja el presidente, no desoigáis la voz de un Gobierno que os habla con franqueza. Un día más y están coronadas vuestras esperanzas." Llega en medio de una espan-

tosa expectativa el 31. Castro ha juntado en su casa un grupo mayor que el invitado el día anterior. Han concurrido cerca de sesenta ciudadanos, entre ellos con Urdaneta, los principales corifeos del federalismo. Aranda toma la palabra y dice que el fin de la reunión es solicitar de los presentes la más eficaz colaboración con el Gobierno para ver de salir del estado conflictivo que vive la República. Pero entre los presentes hay voces que advierten la inconstitucionalidad de la consulta que se propone hacer el partido oficial, pues ello representaría la abdicación del poder legítimo que representa el presidente, para asumir el carácter de revolucionario. La Junta se disuelve y Castro prosigue en su idea de abrazar la Federación.

En la noche se reúnen algunos oligarcas encabezados por Nicomedes Zuloaga y tratan con el comandante de la plaza, Manuel Vicente de las Casas, acerca de los graves sucesos que se acercan. Los jefes y oficiales de los batallones "Convención" y "5 de marzo" piden al comandante que encabece él mismo el movimiento que, desconociendo a Castro, proclame a la mañana siguiente el credo federal y a su jefe el general Falcón, que el 24 pasado había desembarcado en Palmasola para seguir a unirse con Zamora. Acepta de las Casas y a las ocho de la mañana del día siguiente es detenido por su propia guardia el presidente Castro y proclamado solemnemente el sistema federal.

Regresan las tropas a sus cuarteles y ya constituido de las Casas en jefe del movimiento, oye consejos de Urrutia, Echeandía, Rendón, Bruzual y algunos más del conventículo federal para juntar una asamblea de ciudadanos que preste carácter popular a los sucesos. La reunión es convocada para la una de la tarde en la plaza de San Francisco. En ella se elige un Gobierno provisorio para la provincia de Caracas, que queda constituido así: Doctor José Manuel Rivero, Estanislao Rendón, doctor José Manuel García, licenciado Juan de Dios Morales y Juan Crisóstomo Hurtado. José Laurencio Silva es nombrado jefe de las Armas y en la tarde se inviste al comandante Rafael Urdaneta con el carácter de secretario de Guerra. El Gobierno se instala esa misma noche en la casa de don Tomás Muñoz y Ayala, sita entre las esquinas de La Palma y San Pablo, de donde su nombre de Gobierno de San Pablo.

Al comandante de las Casas, que se había prestado a la prisión de Castro y al proclamamiento de la Federación, no cae bien que se le haya olvidado a la hora de organizar el régimen provisorio y cuando al amanecer del 2 de agosto recibe una nota del comandante Urdaneta en que le ordena poner las fuerzas bajo el comando del general Laurencio Silva, no se digna responderla.

Mientras tanto los oligarcas han preparado la reacción. Tienen a su favor la constitucionalidad y se dan a recoger firmas para pedir que sea reconocido el Gobierno en cabeza de Tovar o del designado Gual. Casas, que se ha metido en este negocio sin haber consultado con sus propias ideas, no halla dificultad alguna en seguir partido contrario al que ayer lo movió para traicionar a Castro. Aunque lo niegue, él tiene ambición de mando y la manera pueril como los federales de San Pablo postergaron su autoridad, le impulsa ahora a deshacer los efectos del pronunciamiento federal. Se suma al contra-movimiento que capitanea Francisco Michelena y Rojas y en ausencia de Tovar instruye a Gual de los sucesos. El designado gana hacia la Casa de Gobierno y al pasar por el cuartel de San Mauricio es vitoriada la Constitución y sale una compañía para escoltarlo hasta la residencia oficial. En la sala del Ejecutivo Gual encuentra al presidente Castro, que ha sido conducido por una compañía del "Convención". Castro se pasea nerviosamente de un extremo a otro del salón.

—Bien, doctor. ¿Qué es esto? ¿Quién gobierna aquí? —pregunta al designado el presidente depuesto.

—Esto es una revolución —responde con tranquilidad y aplomo el señor Gual.

Los dos magistrados platican largamente sobre los sucesos que los han puesto frente a frente. Revolución y constitucionalidad son conceptos que confunden a Castro, cuando oye a Gual declarar que precisa mantener la legalidad para que no cunda la sedición.

—Si se declara la Constitución, yo soy el presidente constitucional —arguye.

Entonces Cadenas Delgado se adelanta para definirle su condición actual:

—Se proclama la Constitución, usted es el presidente, pero usted está preso.

La situación no es, sin embargo, clara para la juridicidad que reclama Gual, poco avenido a sustituir al magistrado que ha sido depuesto por un golpe de cuartel. Pero los hechos están consumados y Castro es conducido por uno de sus edecanes a la pieza que le ha sido destinada por prisión en el propio palacio de Gobierno. En el trayecto el antiguo ayudante llama traidor al presidente y éste en gesto altivo le responde:

—¿Traidor yo? No, mi amigo. Traidores fueron los que conmigo cenaron y a la mañana siguiente me declararon preso.

No piensa Julián Castro que la traición de sus amigos de hoy es la contrapartida de la que él jugó en marzo de 1858 al presidente José Tadeo Monagas y que la altivez puesta en rechazar las palabras infamatorias, debió haberla tenido antes, para no faltar a los compromisos que le ligaban con el antiguo jefe y ponerse al servicio de los planes de Tovar y Fermín Toro. Ojo por ojo, diente por diente, está pagando sus culpas el pobre cabecilla de la revolución de marzo.

Despojado de su autoridad, luego se aviene por reconvenciones de Soublette a deponerla formalmente. Nula en esencia la renuncia por haber sido truncada por la fuerza, Gual la da por buena y asume las funciones presidenciales mientras llega el vicepresidente Tovar. "El arca santa de la legalidad se ha salvado", dice a los venezolanos el Designado en su proclama de este día.

El Gobierno está en manos de los godos, pero en San Pablo los hombres de la Federación tienen instalado el suyo. Gran parte del pueblo los acompaña y ha levantado en la plazoleta barricadas. Pronto aparecen en la colina del Calvario trescientos hombres procedentes de La Guaira que, al mando del general Aguado, vienen a fortalecer la revolución, y contra los cuales el comandante de las Casas destaca sus efectivos. Ante la resistencia que encuentra en la capital, Aguado resuelve regresar al puerto y los de San Pablo se rinden cuando Vallenilla y Rubin atacan con la artillería. A las tres de la tarde todo está concluido y los federales se dan a buscar seguridad para sus personas.

Los espectadores miran los sucesos como expresión bastarda de esta política cruel, carente de principios, impulsada

por el ansia de mandar que está agotando las esperanzas de los buenos hijos de la patria. Sesenta muertos, numerosos heridos, ciento cincuenta prisioneros y la palabra "sampablera" para enriquecer el léxico con que los venezolanos definen los embrollos, tumultos y asonadas, es el saldo de esta jornada contradictoria que ofrece el lamentable cuadro de dos Gobiernos surgidos coetáneamente de la deliberación de unos mismos cuerpos militares, que en el espacio de un día han decidido a su ciego arbitrio sobre la suerte de la República, y cuya equívoca conducta intenta explicar en *El Heraldo* Juan Vicente González diciendo que fue el de "Federación" grito provisorio dado mientras se oía "la opinión pública y pasaba el momento de mayor peligro". En una orgía de traición debía concluir el régimen ondulante, desleal y oportunista de quien sólo tuvo decisión para faltar a sus deberes militares.

Urdaneta se pone a buen recaudo mientras se hacen las prisiones. Siempre en contacto con su amigo Leoncio Levraud, encargado de negocios de Francia, obtiene de éste un pasaporte falso que le permite trasladarse a La Guaira para unirse a las fuerzas de Aguado. Va camino del puerto el comandante. Le acompaña el secretario de la Legación. Pero la ruta está llena de espías y el coche en que viajan es detenido por el comandante Garrido. Se examinan los papeles. Urdaneta esquiva la mirada del agente del Gobierno y habla sólo en francés al secretario. Las barbas y la peluca que cambian su apariencia no son suficientes para engañar la autoridad, y aunque el pasaporte, lo haya convertido en Luis Dumas, antiguo criado de Levraud, pone sobre él la mano el comandante Garrido y lo devuelve a la capital, donde es encerrado en La Rotunda.

El 17 de diciembre, y bajo la impresión del espléndido triunfo de los federales en Santa Inés, dirige el ministro Morales Marcano una nota a la Corte Superior del tercer distrito en la que pide el traslado de los reos de conspiración detenidos en Caracas y La Guaira a un lugar seguro y distante del teatro de la guerra, donde no sean una amenaza para la paz pública, ya que desde los antros donde moran ocultos "bajo el ropaje del sufrimiento prosiguen en el empeño de mantener viva y voraz la hoguera que han encendido en Venezuela". El 20 acuerda la Corte el traslado a Maracaibo

del general Laurencio Silva, el doctor Wenceslao Urrutia, el doctor Pío Ceballos, Carlos Plaza y otros más entre quienes se cuenta el comandante Urdaneta.

Bien custodiados y apresados son conducidos los revolucionarios a La Guaira, donde esperan los buques de guerra *Exhibición* y *Venezuela* y el vaporcito *Unión*. Ya ha sido trasladado a éste último el comandante Urdaneta, a quien las autoridades enviaron hace algún tiempo a las Bóvedas del puerto. En la madrugada del 22 oyen los presos el alerta del centinela y una voz ronca que dice: "Cabo de guardia, bote a bordo con oficial y prisioneros." Asoman como pueden la cabeza y ven llegar a los compañeros de Caracas, encabezados por el ilustre veterano de la independencia general Silva. El espectáculo del barco es por demás desagradable. Hombres enflaquecidos por la larga prisión, con los rostros macilentos por la falta de aire y sol en que han vivido, los pies cargados de grilletes, echados sobre los baúles y capoteras en que guardan sus prendas de vestir. Pronto aparecen en la rada veloces botes que se acercan a los barcos. Son los deudos de las víctimas, a quienes se ha permitido venir a despedirlos. Son las madres aflictas y las tiernas esposas que vienen a decir adiós a aquellos que se embarcan como reos de nefando crimen. Doña Dolores ha bajado de Caracas en Unión de Merceditas de la Plaza, la joven esposa de Urdaneta. La egregia matrona tiene una larga veteranía de sufrimientos. ¡Qué no ha visto ella en el curso doloroso de su vida! Su corazón está profundamente herido, mas en esta hora mortal hace esfuerzos inauditos para dar vigor al hijo y a la nuera. ¡Cómo se miran los esposos! ¡Qué de palabras callan para no hacer más lúgubre este trance infeliz, donde las risas del amor se ven marchitas por las cenizas de la angustia y donde el recuerdo de los tiernos hijos hace más tristes los vocablos! Cuando se abrazan para la despedida, todos temen que sea ésta la última ocasión de estar juntos que el destino les depara. Pronto regresan en triste procesión hacia la playa los botes que conducen a las familias, mientras los presos que ven a los lejos los pañuelos dolientes del adiós, cierran los ojos para detener las lágrimas que hacen turbia la mirada y juran mantenerse firmes en espera de la hora en que sea plantada en la cima del Avila la bandera de las siete estrellas.

A las 11 y 30 minutos del 22 la campana de a bordo anuncia el momento de la partida. Fondean el 23 en Punta de Macoya para abastecerse de leña la embarcación. A las 2 de la tarde se incorporan al vaporcito los buques de vela en que vienen los demás presos y después de haber pasado la noche de Navidad en pleno golfo de Maracaibo, echan ancla el 25 en el inhóspito islote de Bajo Seco. Seis días permanecen encerrados en los barcos los revolucionarios, pues las autoridades de Maracaibo se resisten a que sigan a esta ciudad. El 1.° de enero de 1860 llega el coronel Armas con la orden de que sean dejados en el solitario lugar, que apenas mide cosa de nueve cuadras de largo por dos de ancho y donde pululan los animales ponzoñosos. Allí los reclusos, al débil abrigo de los manglares y con el auxilio de ásperas esteras, improvisan sus miserables habitaciones. De acá y de allá van y vienen en busca del árbol donde habrán de guarecerse, y repartidos en grupos de ocho, diez o doce pasan la primera noche como si vivieran una dantesca pesadilla. Un viento fortísimo y constante levanta los médanos de arena como si fueran a sepultarlos vivos, mientras las olas rugientes por el huracán anuncian que el islote está a punto de ser tragado por las aguas. Apenas la clara luz de la luna mitiga los horrores, al permitir que se miren unos a otros para sentirse menos solos.

No falta quien lleve entre los presos el apunte de estas terribles horas de dolor y que pensando a su manera en el austero presidente Tovar, escriba con tinta de odio y de venganza: "Tened entendido, digno hijo de la raza goda, que vuestro nombre quedará para eterna maldición y servirá de texto en las escuelas para que nuestro hijos conozcan semejante fiera y sepan que vos habéis sido únicamente el ángel malo que con su infernal fuego ha abrasado e incendiado la Patria de tantos sacrificios, ¡la Patria de Bolívar!, y mañana, cuando la muerte haya dado fin a vuestra vida criminal, os recordaremos en nuestras oraciones, recomendándoos a Satán, único ángel que ha podido inspirar el odio hacia los hombres que no piensan como vos."

Un día más y llegan planchas de madera para construir un caney y herramientas para perforar un pozo de donde abastecerse de agua dulce. Pero el líquido surge tan salobre como el agua del mar, y así han de beberlo, quiéranlo o no,

los deportados. La comida está a la altura del agua: galleta podrida, un plátano para tres personas, cuatro onzas de arroz y una libra de carne para ocho, una panela de dulce para dieciséis. Si no fuera posible traer a precio de oro algunos víveres de Maracaibo, pronto el sol ardiente alumbraría los áridos huesos de estos malos hijos de la Patria, a quienes el Gobierno oligarca pretende purificar por medio de esta piadosa cuaresma y de estas duras disciplinas penitenciales. No es bárbara la genealogía de la crueldad. Si hombres fríos e incultos la imponen a través de nuestra Historia, también la patrocinan los hombres de la civilización y el abolengo.

Sin embargo, el gobernador Serrano, enemigo de estos desafueros, termina por enviar unas cargas de palma para que los presos construyan habitaciones menos expuestas al fragor de la intemperie. Pronto se levantan unas maneras de trojes donde los reclusos duermen como en plena selva los salvajes. No falta, a pesar de todo, espíritu para improvisar instrumentos musicales, y con una guitarra, una flauta y peines envueltos en papel acompañan las voces angustiadas con que entonan canciones alusivas a la guerra. El 26 son conducidos a Maracaibo el doctor Urrutia, el doctor Ceballos, Carlos Plaza, Level de Goda, Jacinto Burguillos, Rengifo y algunos más, unos a casas particulares, otros al Hospital de Caridad. El comandante Urdaneta permanece hasta el 17 de febrero, fecha en que se le traslada también a Maracaibo, donde vigilado por la autoridad, puede dedicarse a la práctica de algunas operaciones mercantiles con que proveer a la subsistencia.

La semi libertad que gozan los reclusos en Maracaibo es ensombrecida por las noticias que reciben de la muerte del valiente general Zamora y de la derrota posterior sufrida por los revolucionarios en la batalla de Coplé, con la consiguiente partida de Falcón hacia la Nueva Granada.

El curso de la guerra hace fortificar al Gobierno, puesto por las recientes elecciones en manos de Tovar como presidente y de Gual como vicepresidente. Pero ni la derrota ni el indulto que ofrecen los constitucionalistas detiene el ímpetu que ya ha tomado la revolución. Los jefes están en las Antillas en busca de pertrechos, pero los guerrilleros mantienen la inquietud en todo el territorio nacional. Si el año anterior fue dura la situación del país, ahora lo es en grado

extremo. Ya no son las masas solas quienes se dan al vandalismo: los propios oficiales de uno y otro bando se dedican al crimen y al desafuero de las poblaciones. Menudean los contactos y las escaramuzas, que llevan la desolación a los hogares y exacerban los ánimos de los combatientes. El robo y el pillaje han adquirido patente de legitimidad. Los asesinatos se producen diariamente. Al Gobierno se hace doblemente difícil la pacificación, ya que sus dirigentes se hallan divididos en dos bandos: los civilistas que rodean al presidente y los que, encabezados por Pedro José Rojas, se proponen entregar el Gobierno al general Páez, quien desde marzo de 1861 ha regresado a Venezuela para asumir en abril la jefatura del ejército y anunciar una equívoca política de concordia nacional.

Ante las dificultades que por dondequiera surgen, renuncia Tovar la presidencia y entra a ejercerla el vicepresidente Gual, quien lleva a la secretaría de lo Interior al designado Angel Quintero y vuelve a poner el ejército en manos de Páez, que en mayo, por dificultades con Tovar, se había separado del comando de las armas. Cada vez se hace más aguda la lucha entre civilistas y dictatoriales. Gual declara en estado de asamblea a las provincias, con excepción de aquellas donde es menester el fuego de la guerra. Páez maquina por su lado. Gual muda de Gabinetes. Nada es ya posible de hacer para que se mantenga en pie el orden de la legalidad. Y el 29 de agosto el coronel José Echezurría arresta al vicepresidente y es proclamado Páez jefe civil y militar de la República.

Por septiembre de 1860, Urdaneta, que ha logrado unirse a Falcón y con título de general expedido el 4 de abril en Guasdualito, se halla en Curazao con los revolucionarios que preparan una nueva entrada en el territorio nacional. El caudillo ha comisionado a Ramón de la Plaza para que trate con el presidente de Haití en relación a la ayuda ofrecida personalmente por Geffrard al jefe de la revolución, pero de la Plaza encuentra obstaculizado el camino por las maquinaciones que ha preparado el cónsul venezolano en la isla de Santomas, empeñado en pintar cerca de las autoridades insulares como una horda de vándalos a los hombres de la revolución. Para desmentir las falsas imputaciones, Falcón destaca a Urdaneta con pliegos para Geffrard donde se pinta

la realidad dolorosa que vive Venezuela, pero ni esta misión ni el propio viaje que a la isla realiza el jefe revolucionario, fueron parte a obtener la ayuda solicitada. No quedan inactivos los federales del exterior. Van de acá para allá. Escriben cartas. Atizan la contienda. Destacan emisarios. Llenan las columnas de los periódicos, pero no son propicios los aires hasta julio de 1861, cuando en tierra firme el general Falcón anuncia a sus correligionarios desde Aguaclara, su nueva presencia en el campo inmediato de la guerra.

Pronto la República ofrece el espectáculo curioso de dos sistemas sin asidero constitucional: Falcón que se dice jefe de la Federación por la voluntad informe de las masas populares y Páez que ejerce la dictadura por un golpe de fuerza y con el apoyo de las clases que representan los viejos intereses oligárquicos. Nada de Constitución, nada de leyes, nada de ese respeto a la casuística a que son tan apegados los oligarcas. Desde Páez hasta Julián Castro había permanecido incólume, a pesar de la deposición de Vargas y de los sucesos del 24 de enero de 1848, el hilo de la constitucionalidad. En Valencia, consultada para la Convención la voluntad popular, había surgido un orden nuevo de juridicidad, que si bien resquebrajado por el modo como fue arrancada la renuncia a Castro, se mantuvo con apariencia legal hasta que Echezurría redujo a prisión al señor Gual. Hoy la República vive un caos institucional, como apenas lo había vivido en tiempos de Monteverde y José Tomás Boves, constituidos por sí y ante sí en personeros del rey. No hay más teoría que la legitimada por la fuerza. Pero ésta se halla dividida, como dividida está la conciencia nacional. Los valores antiguos, el mundo de las formas oligárquicas, la representación del viejo orden conservador que mantiene aún vigente la estructura colonial, están en manos de Páez, anciano y engañado, del mismo Páez que ayer constituyó, cuando estaba aún cerca del pueblo, el ariete de la revolución contra el régimen absorbente de los mantuanos coloniales. El curso de la Historia, al arrancarlo de su plano original, lo ha traído a ser símbolo caduco del mismo orden que se había opuesto al progreso de la revolución de independencia, cuya máxima expresión fue él en las pampas desiertas y bravías. Al lado de Falcón figura, con hombres que sirvieron a la oligarquía de los Monagas, una juventud empeñosa en transformar la

sociedad y en dar vigencia a las ideas renovadoras que informan la plataforma liberal. Igualdades nuevas que levanten las clases oprimidas, absolución de las trabas que ha dejado la legislación colonial, mayor respeto y seguridad para la vida humana, supresión de la prisión por deudas, garantía por el Estado para quienes no pueden trabajar. Un mundo que resiste al impulso transformador de las ideas frente a un mundo que se anuncia en las promesas de libertad y seguridad económica de la revolución. Sobre el ancho campo de la República, en lucha que alcanza contornos de barbarie, donde el fuego destruye los poblados, el saqueo es ley de los ejércitos y el robo y el asesinato accidentes casi naturales, se despedaza con asombro de los pocos hombres reflexivos la sociedad venezolana. Los ingenuos que siguen las ideas liberales, piensan con candor que después de la noche tremenda de la guerra vendrá el alba esplendorosa donde brille la justicia. No intuyen ellos que tras el triunfo de las ideas, aparecerán, como siempre, los intereses absorbentes de una nueva clase que, sobre las bases del sistema que creen destruir, mantendrá en vigor la opresión, el lucro y la injusticia de antaño. Pero mientras esa dolorosa realidad, que gestará cuando surja la autocracia guzmancista, permanezca en el campo de lo imprevisto, los liberales miran su bandera como símbolo de un propósito de dilatar las posibilidades humanas frente al restricto método que defienden los oligarcas; y el pueblo que ha sufrido la pesadumbre antigua, huelga, como siempre, con la esperanza de ver ancharse el radio de sus derechos naturales.

Páez ha iniciado una política de atracción hacia los revolucionarios. Desembarca los bienes de Falcón y excarcela aquellos presos que ofrecen adherir a la Dictadura, mientras reduce a prisión a quienes defienden el orden de la legalidad. Por octubre envía una comisión cerca del jefe federal para proponerle una pacificación. Salen el doctor Antonio Parejo, el presbítero Miguel Antonio Baralt, el licenciado Francisco Conde y el comandante Manuel Antonio Páez a entenderse con Falcón en su cuartel de Churuguara. Al llegar los comisionados al cuartel del jefe oligarca, coronel Facundo Canero, en San Luis, éste destaca dos propios que vayan a invitar al jefe revolucionario, quien, a su vez, da comisión al general Urdaneta, a Jacinto Regino Pacheco y a

Amoroso García para concertar el convenio de parlamento, que a los ojos perspicaces de Guzmán Blanco, secretario del jefe federal, se insinúa como una tentativa de capitulación. El 8 de noviembre ambas comisiones ajustan en Agualarga el siguiente tratado:

"Artículo primero. El ciudadano general Falcón, pasará a tener una entrevista con S. E. el general Páez en el Tinaquillo o cualquier otro punto entre San Carlos y Valencia que S. E. estime más conveniente, de acuerdo con el general Falcón. Al efecto, el ciudadano general Falcón se pondrá en marcha a la mayor brevedad acompañado del presbítero señor doctor Miguel A. Baralt, uno de los comisionados por el Gobierno, procurando hallarse en la ciudad de Araure el 25 de los corrientes, o antes si fuere posible.

"Art. 2.º Para que el ciudadano general Falcón sepa oportunamente la resolución de S. E. el general Páez, le enviará éste una posta avisándole el día, la hora y el lugar en que haya de tener efecto la entrevista, no debiendo haber en él, ni en sus inmediaciones, fuerza alguna de ninguno de los beligerantes, a cuyo efecto se harán retirar a otros puntos las que por allí existan; pero S. E. el general Páez podrá asistir acompañado de su Estado Mayor y aun de una pequeña fuerza que estime conveniente, avisándolo al ciudadano general Falcón al indicarle el lugar de la entrevista, para que haga o no uso de las mismas precauciones.

"Art. 3.º Continuarán como han estado últimamente suspensas las hostilidades entre las fuerzas del Gobierno y las federales existentes en las provincias de Coro y Barquisimeto, y se suspenderán, igualmente, entre ambas fuerzas en todos los demás puntos de la República, a cuyo efecto se librarán, a la mayor brevedad posible, las órdenes correspondientes por el jefe supremo de la República y por el ciudadano general en jefe del Ejército federal a sus fuerzas respectivas, para que se abstengan de todo acto de hostilidad, movimiento u operación militar, permaneciendo a la defensiva hasta que se libren órdenes en contrario, previas las formalidades que se indicarán en el artículo 5.º por llegar el caso no esperado de haber de romperse las hostilidades; encargándose a los que reciban las órdenes sobre suspensión de éstas que avisen el recibo de ellas a los jefes de las fuerzas con-

trarias más inmediatas, excitándolos a la reciprocidad, mientras les llegan órdenes semejantes de sus respectivos jefes, a fin de que cualquier retardo involuntario en el particular no dé lugar a nuevas desgracias.

"Art. 4.° Los jefes, manden las fuerzas del Gobierno o las federales, que se encuentren inmediatos, procurarán conservarse en perfecta armonía, y cualquiera dificultad que se presente, la allanarán entre sí o por medio del jefe superior más próximo, a fin de evitar un rompimiento.

"Art. 5.° Si de la entrevista entre el jefe supremo de la República y el ciudadano general en jefe del Ejército federal no se obtuviere, por desgracia, un feliz resultado que dé término a la guerra, o si por cualquier incidente, que no es de preverse, no tuviere lugar dicha entrevista, y hubieren de romperse las hostilidades, esto no podrá tener lugar sino después que el ciudadano general Falcón haya regresado a su cuartel general en esta provincia, acompañado con toda seguridad por dos ciudadanos responsables nombrados por S. E. el jefe supremo, y luego que verificado el regreso de aquél a su cuartel general, cualquiera de las partes beligerantes notifique a la otra que va a romper las hostilidades, transcurridos que sean diez días después de la notificación.

"Art. 6.° El coronel Facundo Camero, comandante de Armas de la provincia de Coro y jefe de operaciones de las de Coro y Barquisimeto, seguirá ocupando con las fuerzas de su mando en esta provincia de Coro los puntos de Cumarebo, San Luis, Sabaneta y Casicure y los demás de dicha provincia que hoy ocupa y que quedan a retaguardia, y las fuerzas federales de que dispone el ciudadano general Falcón en esta misma provincia de Coro, se escalonarán desde Costa-arriba hasta Urumaco. Agualarga, noviembre 8 de 1861. J. C. Falcón.—F. Camero.—Francisco Conde.—A. Parejo.—Manuel A. Páez.—Pbro. Miguel Antonio Baralt."

Para acompañar a Páez desde Caracas hasta Valencia, Falcón ha comisionado al general Rafael Urdaneta, jefe del Estado Mayor del Ejército Federal. Urdaneta es recibido con señalada distinción por el general Páez. En los círculos conservadores reina gran entusiasmo, no tanto por la perspectiva de la paz cuanto porque en ellos se piensa que las

conferencias traerán el sometimiento de Falcón a la autoridad del jefe de la Dictadura. Para agasajar al general Páez organiza el doctor Julián Viso una fiesta de campo el 25 de noviembre, a la cual es convidado el general Urdaneta. Los conservadores prodigan a éste toda clase de atenciones y aun buscan de halagarlo para inclinar su voluntad a los planes del caudillo conservador. Urdaneta sabe dónde está, y aunque su misión sea de paz, ello no le impide, de lo contrario, es su deber, imponerse del estado de ánimo de la población y de la actitud de sus correligionarios, alarmados ante la idea de un avenimiento que conduzca a la renuncia de los planes revolucionarios. En sus conversaciones con los federales obtiene datos de los recursos con que éstos cuentan y de la hostilidad que en la capital reina contra el Gobierno del general Páez.

El 28 parte el jefe supremo por la vía de La Guaira hacia Puerto Cabello acompañado de los secretarios de Estado, del licenciado José Santiago Rodríguez y del general Domingo Hernández. Con él viaja también nuestro amigo el general Urdaneta. Van en el vapor *Venezuela*, que a remolque conduce las goletas *Tovar* y *Carabobo*, donde viajan el Estado Mayor y la columna *Maturín* que sirve de guardia personal al Dictador. El 29 arriban a Puerto Cabello, donde la población, enemiga del régimen *de facto*, recibe con frialdad la comitiva. Los amigos de Páez se aprestan a festejarlo y en uno de los salones del piso bajo de la casa del señor José María Pérez Marcano, es ofrecido un suntuoso banquete al jefe del Gobierno. Terminados los brindis, Páez se pone de pies y habla con entusiasmo de las conferencias que va a celebrar con el general Falcón. Este Páez de ahora no es el Páez rústico de 1821. Habla con soltura y propiedad. Sus maneras son las maneras de un gran señor. Sus palabras tienen el brillo que le presta el pulimento adquirido en su trato con los hombres de mayor cultura y en el estudio a que ha dedicado sus fecundos ocios. ¡Si él ya ha cambiado el antiguo tinglado de las pampas, donde fulguró su lanza invencible, por el tablado urbano, donde llega a representar personajes de farándula! Quiere ahora impresionar al auditorio y en un arranque teatral exclama: "Sí, ciudadanos: abominemos la guerra, matemos al monstruo de las revoluciones, y procuremos que en estas conferencias de Carabobo,

donde hace cuarenta años se selló la independencia de Colombia, quede también sellada la paz de Venezuela, para que no se vuelva a derramar sangre hermana."

Para dar mayor énfasis a sus palabras, el anciano gobernante descarga el puño con fuerza sobre la mesa, y —¡oh, presagio terrible!—, de lo alto desciende un chorro de sangre que baña la mano del Dictador, quien, sorprendido, la levanta y salpica a los vecinos, entre quienes se halla el general Urdaneta. Se invoca la paz y es sangre lo que acude en silencio para responder a las voces clamantes de los hombres. No son lenguas de fuego quienes vienen a iluminar a los guerreros en el momento de preparar los ánimos para negociar la paz; es la propia sangre, y sangre del pueblo, lo que se derrama sobre los blancos manteles del ágape cordial. ¿De dónde ha bajado este licor trágico, propio de ser servido en banquetes donde Agamenón se sienta con los verdugos de Ifigenia? Se busca la causa del suceso y alguien explica que, pisando en la parte alta sobre cascos de botellas, un criado ha sufrido abundante hemorragia que destila por las ensambladuras del entablado. ¿Podrán estos hombres con las manos signadas por la sangre, firmar el pacto que ponga fin a la contienda? ¿Será augurio de concordia esta lluvia extraña que rubrica la palabra del Dictador?

En medio de entusiasta aclamación entran el general Páez y su comitiva en la ciudad de Valencia el sábado 30 a las 6 de la tarde. En todos los espíritus bulle la alegría por la vecindad de la concordia y el pueblo frenético, siempre dispuesto a agasajar a los hombres que simbolizan el Poder, lo saluda con hurras entusiastas y riega flores a su paso como si se tratara de festejar a un vencedor. El pueblo, y sobre todo este pueblo de Valencia, quiere a Páez como símbolo vivo de la antigua heroicidad que puso a la espantada la contumacia del poderío español. Su misma senectud pronuncia los relieves de leyenda en que se enmarca su existencia cargada de la gloria singular. No es a los ojos del público el caudillo de la guerra civil, sino el Padre de la Patria, el Centauro nevado por los años, que viene al encuentro de los hombres nuevos que le disputan el derecho de mandar a la República.

Pronto llega Guzmán Blanco a concertar con el jefe del Gobierno los trámites de la entrevista y regresa luego a unir-

se con el jefe de la revolución. Pocos días después y vencidas las primeras dificultades surgidas con motivo de la fijación de las tropas de ambos bandos, Falcón acampa en Tinaquillo. Al amanecer del 8 de diciembre el Gobierno se encamina a Carabobo. Van con el general Páez el licenciado Rodríguez, el general Hernández, el doctor Pedro José Estoquera, el licenciado Conde, el padre Baralt, el doctor Canuto García, el doctor Manuel Porras, el doctor Miguel A. González, Carlos Pérez Calvo, Jesús María Guevara, Francisco Sandoval, Antonio Lovera y muchos otros. Con el dictador va también el general Rafael Urdaneta, personero de Falcón cerca del gobierno oligarca. Media hora después de alojado Páez en la casa señalada al efecto, se presenta el jefe de la Federación. Ambos caudillos se ven por primera vez. A Falcón impresiona la venerable ancianidad de quien ayudó a cimentar en este mismo campo glorioso la independencia de Venezuela. Páez en la llanura inmortal no es ya el jefe de una facción empeñada en retener los privilegios del Poder. Como si la tierra le diese anteica fuerza, aparece ante los ojos del joven conductor de los ejércitos federales como el héroe sin interés que había quebrantado en este mismo sitio la pujanza de los soldados de España. Se abrazan ambos jefes y después de breves palabras de cortesía, se encierran durante media hora en una habitación donde, solos, empiezan a negociar la paz de ambos ejércitos, que es la paz de la sociedad venezolana, dividida por los odios y las aspiraciones encontradas de sus hijos. Al comparecer de nuevo ante la comitiva, los dos se muestran satisfechos del resultado de la primera conversación. Trata Falcón con Pedro José Rojas y le expresa su propósito de ir a una franca conciliación con el Gobierno de Caracas. Antes de sentarse al almuerzo que está dispuesto en la propia casa donde se aloja el general Páez, Falcón manifiesta deseos de trasladarse a la casita vecina en que se hospeda y ordena a Urdaneta y a Guzmán Blanco que vayan en su compañía. Los hombres del Gobierno no miran con buenos ojos la conferencia que tendrá el caudillo federal con sus leales colaboradores, pero sobre todo recelan de Urdaneta, que ha auscultado la realidad de Caracas y evitará que Falcón caiga en la red que le preparan los dictatorialistas.

Buena palabra para vestir equívocos propósitos ésta que

tienen a flor de labios los personeros de la oligarquía. ¡Paz! ¿Quién no se siente inclinado a deponer posiciones privativas sobre el altar de esta deidad benéfica? ¿Es poca, acaso la angustia que ha vivido Venezuela desde los días turbulentos de 1858? ¿A dónde iran estas furias desatadas que asuelan de uno a otro extremo el territorio nacional? Falcón no gusta de la guerra y está dispuesto a hacer máximos esfuerzos por poner fin al huracán que azota los hogares de la patria, pero ese fin no debe ser el término del movimiento revolucionario de que es cabeza y centro. Equilibrio de los contrarios es la posición justa que ha de traer una pausa en la lucha fratricida y no entrega de la revolución en manos de la autoridad gubernamental. Las condiciones en que está Caracas y las noticias que allá se tienen acerca de los contingentes de ambos bandos, no son para aconsejar una capitulación que dé, con alguna honra, oportunidad a los federales para separarse del teatro de la guerra. Esto lo ha comprobado Urdaneta cuando en la capital trató con los hombres que integran el comité revolucionario. Y lo que es peor, esto lo saben Pedro José Rojas y la camarilla de Páez, que ahora temen los informes que el jefe del Estado Mayor pueda transmitir al caudillo federal. Urdaneta quiere la paz. Es hombre culto que prefiere los ejercicios de la vida civil a este maremágnum de la revolución y el exterminio. Su hogar lo llama con la voz tierna de los hijos, con las caricias de la amante esposa y con el afecto de la madre venerable. No es él de los que quieren la guerra para saciar instintos criminales o para escalar peldaños en la consideración social. Tiene títulos, y así lo declara más tarde Pedro José Rojas, "para sentarse entre los hombres más notables de su patria". Pero ante todo y sobre todo es hombre leal a los ideales de su causa y no va a convenir en que por una inútil bondad de Falcón se sacrifique la victoria ya cercana de los ejércitos revolucionarios a las demandas de un Gobierno carente de legalidad y dispuesto a todo evento a defender la vigencia de una política vieja y desacreditada. Lo que han hablado Falcón, Urdaneta y Guzmán Blanco apenas lo intuímos por el curso de las subsiguientes conversaciones de los negociadores, pero sí estamos ciertos de que en esta rápida plática de los jefes federales se convino en que jamás depusiese el jefe de la revolución su condición de quedar

como general en jefe de los Ejércitos Federales mientras el Gobierno, presidido por Páez y con secretarios de ambos bandos, llame al pueblo a resolver por medio de sufragio la forma de gobierno. Si algo se puede anotar a la cuenta de Urdaneta es su defensa de los derechos de la revolución, sacrificada acaso a las pretensiones del partido dictatorialista sin su empeño y visión del momento.

Terminado el almuerzo se reanudan las conversaciones con los secretarios de Estado. Todos hacen protestas de paz, todos manifiestan estar dispuestos a sacrificarlo todo por la dicha de la Patria. Se habla de elecciones, se admite que no haya Gobierno plural, mas al llegar al carácter con que ha de subsistir el caudillo federal se esquivan las respuestas formales y el propio Rojas, alter ego de Páez, llega a declarar que Falcón tendría en los nuevos cuadros del Gobierno de pacificación un cargo militar, pero que ello "sería obra de la voluntad del jefe supremo". Sobre estas bases las conferencias de paz no serían sino una rendición incondicional a los deseos del cenáculo oligarca o, como tan bien lo expresara después en *El Independiente* el secretario de lo Interior, "la adhesión de Falcón al Gobierno de S. E.". ¡Pero si a esto no ha venido el caudillo federal! ¿De dónde ha tomado pie la facción gubernamental para pretender que la invitación a concertar la paz implique la sumisión de Falcón al régimen de la Dictadura? No sólo se juega en ello el prestigio personal del jefe federal, sino la suerte de una causa que ha echado raíces en media Venezuela.

A nada se llega en esta reunión del mediodía y acuerdan los negociadores que en la noche, a las siete, se reúnan una vez más Falcón y el general Páez.

Cuando esperan los oligarcas la presencia del jefe federal, éste envía recado para anunciar que, sintiéndose indispuesto, prefiere posponer para la mañana del siguiente día la prosecución de la conferencia.

Al amanecer del 9, Pedro José Rojas se adelanta a platicar con Falcón a fin de preparar el ánimo del caudillo para la subsiguiente conversación formal que habrá de celebrarse a las nueve de la mañana. Rojas encuentra al jefe de la revolución en actitud que le hace entender la confianza en que descansa de un rápido triunfo de los federales, a lo que agrega estar informado del general descrédito del Gobierno.

A las nueve se reúnen Páez y Falcón y éste presenta en forma clara sus puntos de vista, contenidos en el siguiente escrito:

"1.° El general Páez, con su carácter de jefe supremo, organizará el Gabinete de modo que las dos revoluciones se vean francamente representadas en la Administración General de los intereses públicos.

"2.° Este Gabinete procurará equilibrar los intereses de las dos revoluciones, inspirar plena confianza a los hombres de una y otra, y tan luego como lo permitan las circunstancias procederá a organizar el tren que debe preceder a las elecciones, que han de ser tan libres como las reclaman los pueblos.

"3.° La Asamblea constituyente fijará el sistema de Gobierno que en definitiva quiera la mayoría.

"4.° El general Falcón, con su carácter de jefe de los Ejércitos federales, dictará todas las providencias que conduzcan a los altos y patrióticos objetos de este convenio, a fin de que se realice, cuanto antes, el arreglo definitivo que deje a la República en plena paz y en posesión de su sagrada soberanía para lo cual situará su cuartel general en la ciudad de Coro.

"5.° El general Páez y el general Falcón tratarán privadamente de aquello que se refiere a la designación de hombres, pues son ellos los que pueden juzgar de quienes les inspiran o no confianza."

Los términos son por demás honorables, pero Rojas, olvidado de que Páez no preside un Gobierno legítimo, sino una revolución que logró derrocar en Caracas el orden constitucional y apersonarse de la representación pública de la nación, considera que estas bases conducen a la posibilidad de un Estado frente a otro Estado. La situación de Falcón no puede ser otra. Si acepta una dependencia militar que derive de la autoridad de Páez sería tanto como adherir a su sistema personal de gobierno, con lo que ocurriría solamente que la Dictadura ganase un general más con que luchar la revolución, que quedaría en pie frente al Gobierno oligarca, y nada lucraría la paz de la República con el desprestigio del caudillo federal. Rodríguez, Conde, Estoquera, García y Porras combaten la posición de Falcón, y como nada se

logra en definitiva, acuerdan proseguir las conferencias al día siguiente en la ciudad de Valencia. Páez regresa esa misma tarde a la capital de la provincia, y Falcón promete seguirle al día siguiente.

Pero en la noche Falcón recibe por conducto del comandante José León Romero unos pliegos del general José González en que se le anuncia que el coronel Camero ha manifestado su propósito de romper las hostilidades. Se abstiene en consecuencia, el caudillo federal de concurrir al nuevo parlamento y comisiona a los generales Urdaneta y Guzmán Blanco para que vayan a Valencia a entenderse con el jefe de la oligarquía. Entre las cartas que éstos llevan va una de Falcón para el licenciado Rodríguez. En ella dice el jefe de la revolución: "Ya usted ve, respetado amigo, que no se quiere la paz; yo siempre sigo pidiéndola con insistencia, con humildad, y continuaré en esta línea hasta el fin." Los comisionados de Falcón ponen en manos del general Páez el siguiente documento:

"Ciudadano general José A. Páez.

"Mi estimado general:

"Son las 10 de la noche. Acabo de recibir la comunicación y la carta adjunta, que el comandante José León Romero me ha traído desde la Sierra de Coro, en nueve días, avisándome el general José González, jefe de operaciones de aquel territorio, que el coronel Camero le había notificado que iba a romper las hostilidades. No alcanzo el género de razones que haya determinado este proceder, cuando el artículo 4.° de la convención de Agualarga establece que cualquier dificultad la allanarían los jefes entre sí, o por medio del superior más inmediato.

"Además, general, como verá usted por el artículo 3.°, el coronel Camero no está en su derecho al pretender el pase a Barquisimeto de tropa armada. El prohibe todo acto de hostilidad, movimiento u operación militar durante la tregua, y no creo que aquel jefe deduzca que por consentirle yo que pasara él, si lo tenía a bien, hasta con su Estado Mayor, quedaba autorizado para atravesar nuestra línea con parte de las fuerzas que, según el convenio, deben mantenerse acantonadas en los lugares de Coro fijados expresamente allí.

Pero, en todo caso, si tiene dudas, ¿por qué no ocurre al jefe superior más inmediato?

"Esta es una seria complicación que puede venir a ser inminente. Tengo que proceder a prevenir sus consecuencias, no vayan a romperse las hostilidades antes de tiempo, y sin arreglo preliminar con los comisionados de usted. Temo, por otra parte, que la noticia del rompimiento de Coro precipite el de Barquisimeto, y quizá el de la parte de Portuguesa, y debo esperar aquí la próxima comunicación del general González, la cual, si me trajera el parte de haberse consumado, o estarse consumando aquella desgracia, me obligará a volar a mis campamentos para hacer frente, o procurar dirigir sucesos tan imprevistos para mí, y estoy seguro que para usted también. No puedo exponerme a que por estar yo en Valencia, se reencienda la guerra sin mi dirección; esto no convendría a la patria, ni a usted, ni por supuesto a mí."

A esta carta el general Páez responde en los términos siguientes:

"Señor general Juan C. Falcón.—Carabobo.

"Mi querido general y amigo:

"Los señores generales Guzmán y Urdaneta me han entregado su estimable carta de anoche. Siento vivamente lo ocurrido en Coro entre el coronel Camero y el jefe de las fuerzas de usted, y siento más aún la importancia que usted da a este suceso puramente local, y que lejos de ser motivo para suspender nuestras conferencias, es una razón más para apresurarnos a sellar un arreglo definitivo que liberte a Venezuela de las desgracias que puedan venirle por la imprudencia o temeridad de algunos. Si este suceso lo alejase de estos lugares, pronto tendría usted el pesar de saber que la república le culpaba de haberse negado a hacer un último esfuerzo en favor de la paz que forma hoy el delirio y la esperanza de todos.

"Por otra parte, mi querido general, tengo la satisfacción de anunciarle que el temor de usted no llegará a convertirse en realidad. Fuera de la confianza que me inspira el coronel Camero, a quien creo incapaz de romper las hostilidades echando sobre sí una inmensa responsabilidad, tengo

constancia oficial y particular de todo lo ocurrido, y aseguro a usted que si bien es cierto que envió al coronel Michín con una fuerza de Barquisimeto, éste regresó a Coro para impedir un rompimiento y Camero invitó al señor González a venir a San Luis para allanar entre ambos la dificultad. Para el día 4, hasta cuya fecha tengo noticias de la provincia de Coro, todo estaba en paz, y no había temores de que se perturbase el orden; ya usted ve, pues, que aunque en la nota pasada por Camero pueda haber alguna frase que se traduzca por una amenaza, él no la llevaría a cabo, ni ha tenido esto consecuencia alguna, lo cual aseguro a usted por las cartas que tengo del día 4.

"Desde que emprendí la política que nos ha acercado hasta estrecharnos afectuosamente las manos, he tropezado con dificultades de todo género y algunas de carácter tan grave y más que la que se asoma en Coro; por el momento puedo citar a usted los sucesos de Aragua, y más recientemente aún notas que ha visto el señor Guzmán del gobernador de Coro y del Jefe de Cumarebo, en que me participan que el jefe federal que ocupa Costa-arriba ha introducido públicamente armas y pertrechos después del convenio preliminar; lo mismo que haber sido interceptado un correo el día 7, a poca distancia de Carabobo y quitándosele las valijas, etc., etc.; pero yo llamo a esto telas de araña que no tienen fuerza alguna para detenerme en el camino que emprendí con tanto fervor, y que no abandonaré sino con dolor y sólo por cumplir los deberes que he aceptado.

"Suspendí por un momento esta carta para oír al oficial que trajo las correspondencias: él me asegura que no hay ni remotamente temor alguno de rompimiento, que hasta su salida, que fue el 5 a las 12 de la noche, todo marchaba bien, y que el coronel Camero había desistido del viaje de Michín, enviando en su lugar al señor Lara, sin fuerzas, a cumplir la comisión. Así, pues, mi amigo, insisto en que venga a Valencia."

Convencido Páez de que Falcón no irá a Valencia, le escribe el 11 en los siguientes términos:

"Mi querido general y amigo: Anoche escribí a usted mi carta, y nada le dije en ella respecto al ultimátum que usted me envió en la suya.

"Preocupado por una parte en el suceso de Coro, que me esforcé en situar en su verdadero punto de vista, y esperanzado por otra parte en que le vería hoy aquí, me pareció mejor no hablar de lo que había de ser objeto de conferencia.

"Los señores Guzmán y Urdaneta instan, no obstante, por una contestación sobre la materia, y he juzgado que es mejor que los señores doctor Porras y Jesús María Guevara vayan a su campamento con aquellos señores, y que todos juntos discutan las bases del convenio que debamos ajustar. Me decido a este paso porque le veo a usted poco inclinado a venir a Valencia. Intereso a usted mucho porque haga en obsequio de la paz cuantos esfuerzos estén a su alcance; no olvide que la posteridad juzga sin prevención a los hombres públicos, y los coloca en el puesto que han sabido conquistarse.

"Si desgraciadamente no pudiere usted entenderse con los señores Porras y Guevara, ellos estipularán con usted lo que deba practicarse hasta llegar al rompimiento de hostilidades; todo de acuerdo con el artículo 5.° del convenio de Agualarga. Ellos llevan instrucciones para este evento desgraciado.

"Si ésta fuere la última vez que tenga el gusto de escribirle amistosamente, porque mis deberes me impongan el silencio, quiero aprovecharla para asegurarle mi estimación personal. Lamentaré siempre que se pierda esta ocasión solemne de unirnos para trabajar juntos en la felicidad de la Patria.

"Su amigo sincero,

José A. Páez."

En Tocuyito encuentran a Falcón los señores Porras y Guevara. Esa misma noche tratan con él e insisten en la fórmula inflexible de Pedro José Rojas: pleno reconocimiento por parte de Falcón de la autoridad de Páez y admisión de un cargo militar dependiente del Dictador. Desnudando los hechos, buceando en los propósitos de Rojas, esta fórmula se reduce a dar un paso más en el camino de someter la República a la voluntad del primer ministro, porque todo este aparato de Dictadura, donde aparece la ilustre figura de Páez al frente de un movimiento que desdice abiertamente los

hábitos a que le habían acostumbrado sus viejos mentores del civilismo, no es sino el melampo con que el ambicioso Rojas cubre la luz de sus intentos. El quiere ser el primero en la República. Páez es un simple accidente que utiliza para afincar sus ansias de poder. La misma paz es hoy pretexto para aniquilar la fuerza de la revolución y el prestigio de su caudillo, y poder así obrar abiertamente en su anhelo de ser en realidad la cabeza del Gobierno. Urdaneta y Guzmán Blanco han descubierto desde el principio el juego que se trama y con sus oportunos consejos mantienen firme la voluntad del jefe federal. Ellos saben que Rojas teme más que a la guerra una paz honrosa para las armas federales, a cuyo amparo la nación decida de su suerte libremente. El mismo Rojas, sin advertir el valor profundo de la declaración, lo escribirá después en *El Independiente*. "La paz llegó a infundirnos —dice— más miedo que la guerra, bajo auspicios tan desventajosos." ¿Desventajosos para quién? ¿Habla acaso la República, cuyos sagrados intereses invocan los oligarcas? La fórmula de Falcón acerca, en cambio, la posibilidad de una asamblea que resuelva en el campo de la concordia la suerte del país. No. Hablan los intereses de Rojas, sus aspiraciones desmedidas de mando, su empeño en imponer el criterio que más favorezca sus planes de dominio.

Al amanecer del 12 están de regreso en el cuartel del general Páez los comisionados que la noche anterior han discutido con Falcón.

—Prepárese usted para la guerra—anuncia Porras al secretario Rojas—, y hágala el Gobierno con todo el vigor de que sea capaz.

Sin embargo, Falcón no ha renunciado a sus deseos de llegar a un avenimiento que a lo menos regularice la contienda, y enviar a Valencia a Guzmán Blanco para que trate de nuevo con el jefe supremo, en cuya morada se celebra la última reunión. Expone el comisionado federal los propósitos y la situación de ánimo del caudillo revolucionario, pero los hombres del Gobierno responden con el más hostil silencio a sus proposiciones. "Nosotros contestamos a todo con el silencio", dirá más tarde Rojas. Ridículo es en su concepto tratar de paz a estas alturas, porque ellos no piensan en concordia alguna desde que saben que Falcón no está dispuesto a capitular. Ellos no quieren nada que sea

distinto de la entrega incondicional del caudillo federal, cuyas proposiciones quedan en los archivos de Páez, sin que les enfrente, por parte de quienes en la prensa procuran hacer recaer sobre aquél la responsabilidad del fracaso, ningunas contra-proposiciones honorables. Por eso, mientras los hombres de la Dictadura asisten en silencio a esta "póstuma conversación", en la Secretaría del jefe supremo se está girando la circular en que se avisa a la República que la lucha proseguirá con todo su implacable fragor.

Pedro José Rojas, retornado a Caracas, se afanará en presentar el fracaso de las conferencias como fruto de un empeño terco del caudillo federal y de una desleal actitud del general Urdaneta. Este ha empezado también a defenderse de las viles imputaciones en que se intenta presentarlo como traidor a la palabra empeñada, en razón de haber sido leal a la causa a que ha dado su entusiasmo y su vigor juveniles. ¿Podía Urdaneta impulsar a Falcón para que adhiriese a los planes de Rojas? ¿No estuvieron los jefes liberales dispuestos a aceptar un arreglo que pusiera término por medio de una consulta popular a este espantoso estado de barbarie que vive la República? ¿No permaneció aún Falcón hasta fines de diciembre en espera de nuevas proposiciones del Gobierno? No son ellos culpables de que los amigos de Páez, sin respeto al prestigio del viejo Centauro, lo lancen al abismo donde su enorme figura se confunde con las sombras del más doloroso fracaso político. El mismo revisará mañana su vida, y al describirla para la posteridad, echará al olvido esta época sombría, cierto de que su carrera pública debió de haber terminado cuando empuñó en 1848 la espada gloriosa para defender las instituciones civiles de la nación.

Falcón y sus hombres estaban dispuestos a avenirse a un régimen transitorio, donde, mantenido el honor del jefe liberal, figurase como cabeza de la República el anciano patriarca de la independencia, cuyas glorias de antaño brillaron una vez más ante los ojos de los jefes liberales, cuando el héroe de Carabobo, sobre la propia pampa gloriosa, evocó la inmortal batalla. Seis meses después, en documento público, el jefe federal dirá al general Páez, que ha ordenado la erección de patíbulos para sacrificar a los federales: "Por notoriedad se sabe que para evitar la sangre me presté en

las conferencias de Carabobo a todo lo que no envolvía una traición a mi causa. Y es del dominio público que desde diciembre propuse a usted un tratado de regularización de la guerra y que luego le pedí que aceptase el canje de prisioneros." Pero aquel Páez inmenso de la independencia ha venido al antiguo teatro de su gloria para proclamar que es inútil todo esfuerzo por encauzar la República hacia los senderos de la paz si no se pliegan a su mando absoluto los contrarios, y allí mismo, donde ayer aseguró la libertad de Venezuela, invita a la prosecución de una contienda, en que usará el despótico derecho de "aterrar a la sociedad so pretexto de salvarla". El no es ya sino una débil brizna heroica al servicio de bastardas pasiones. Si se examina su conciencia, allá en el mero cascabullo se advierte la baldía nobleza del héroe que sacrifica un glorioso pasado ante la falsa idea de estar sirviendo a la nación. No es a ésta a quien sirve el anciano dictador. Su nombre ha sido tomado como símbolo de unión para revestir ambiguos intereses. Ahora, con el fracaso de la anhelada paz, se sacrifica la más pura gloria que sobrevive como recuerdo del ciclo homérico de la Patria.

Fracasadas las conferencias, el general Falcón encomienda a Urdaneta el cargo de general en jefe de los ejércitos del centro. Su misión principal es dar unidad a la lucha de guerrillas que se realiza en las provincias de Caracas, Aragua, Carabobo y Guárico. Nadie mejor que Urdaneta para poner método a esta guerra, carente de un jefe de prestigio que someta la acción dispersa de los guerrilleros y traiga a las filas federales los elementos desafectos. Es militar de antigua graduación, inteligente y de ancha cultura, que ha sabido hacerse querer de la generalidad de quienes le conocen. Desde su Cuartel General de Carbonate y después de nombrar al general José Leiciega para jefe del Estado Mayor, dirige en 21 de diciembre su primera proclama al ejército de su mando. Es sobria, altiva y entusiasta esta arenga, donde recuerda la gloria del padre, cuyo nombre revive en la historia nacional. En ella dice:

"Soldados: El ciudadano general en jefe de los Ejércitos de la Federación me ha honrado con el elevado puesto de jefe de operaciones de los Estados del Centro. Al aceptar

un cargo tan superior a mis escasos conocimientos he contado con vuestro patriotismo y lealtad, nunca desmentidos, con vuestra decisión a sustentar la libertad y con vuestro valor probado ya en mil gloriosos combates.

"Soldados: Me encuentro ya entre vosotros resuelto a compartir vuestros peligros, a dirigir vuestros esfuerzos y a acompañaros hasta exhalar el último aliento que de vida me quede en la gloriosa y noble lucha contra el tirano de nuestra Patria.

"Soldados: Me siento orgulloso de teneros bajo mis órdenes. Los jóvenes generales que os mandan os conducirán en breve a la victoria; a su lado, en el puesto de más peligro encontraréis a vuestro jefe, animado por el ardor patriótico que le legara el veterano de Colombia, a quien debe su existencia.

"Viva la Federación.

"Viva el general Juan C. Falcón."

Responsable de su gran misión, Urdaneta busca medios de atraerse al general Cristóbal Medina y al coronel Benjamín Fonseca y no pudiendo lograrlo por las vías pacíficas, lo hace por la fuerza. En los primeros días de marzo de 1862 concentra unas partidas por los lados del Carmen de Cura y Camatagua, y con hombres en número de cuatrocientos toma esta última población y planea marcha sobre Barbacoas, para seguir a los cantones orientales de Guárico. Amenazado el día 7 por Unceín, sale el 8 hacia Orituco, e impuesto de que ha sido tomada por los oligarcas esta plaza, se encamina por Carmen de Cura a Barbacoas, defendida apenas por ciento veinte hombres de Unceín. Entran los federales victoriosos en Barbacoas el 10 de marzo y en momentos en que Urdaneta toma posesión de la plaza, le notifican que se acerca una fuerza del Gobierno, la mayor parte de caballería. Son tropas de Unceín, y Urdaneta, mal a caballo y con sólo cuatro compañeros, sale imprudentemente a inspeccionar al enemigo y avanza más de lo necesario. El quiere hacer buenas sus palabras de estar en los puestos de mayor peligro. La gente gubernamental, bien conocedora del terreno, al advertir la soledad de los federales, hace un movimiento que corta a Urdaneta toda retirada en el sitio llamado la Cruz

de la Palma. Intenta el jefe retroceder, mas ya es vana toda salvación. Lo alancea un soldado de Unceín, contra quien inútilmente descarga la pistola y sobre la pampa solitaria cae sin vida. Logran salvar las suyas, a pesar de estar herido, su ayudante el coronel Agustín Egui, e internándose en la selva, el doctor Feliciano Acevedo.

Fuera de los oligarcas no hay otros testigos de la muerte. Voces se corren de que había orden de Caracas para perseguir y asesinar en cualquier forma al joven militar. Sea ello cierto, nada fuera de llamarse unánimemente crimen alevoso el final del jefe federal, permite creer que el propio Páez haya dictado la sentencia de muerte a mansalva del joven militar. Falcón, desde su cuartel de Llano-colorado y en la oportunidad de protestar ante Páez por el fusilamiento de Herrera y de Paredes, escribirá dolido: "Urdaneta, inteligente general, digno por su patriotismo, valor y educación, no menos que por el nombre que tan honrosamente llevaba, de una saña menos implacable, le cupo la suerte más cruel en medio de los feroces oligarcas, y también murió asesinado al cabo de una acción, después de haberse cubierto de gloria."

A la iniquidad del crimen se agrega el cinismo del despojo: "Los asesinos se repartieron las vestiduras del muerto, dice Egui, y con descaro insultante fueron a ostentarlas como trofeo de victoria, y la espada sin mancha del héroe pasó a las manos sangrientas de un bandido, y sobre sus inmundas carnes se puso la túnica del apóstol." "El Dictador —agrega el testigo—, aplaudió esta profanación de lo más sagrado y en báquico festín celebró el horrendo sacrificio; como Satán, gozándose en la caída del primer hombre, así, ebrio de alegría, se durmió acariciando su eterna dictadura."

Dos piadosas mujeres, cuyo nombre guarda la Historia, se acercan al campo del suplicio y recogen el cadáver abandonado por los odios fratricidas. Son la señora Lorenza Sánchez de Hernández y su joven hija Ramona. Desnudos de sus vestidos militares, cubiertos sólo de su sangre generosa, yacen en tierra los despojos hechos sagrados por la muerte. Si la guerra ha sido el ulular de un coro bárbaro de Erinnias, ahora aparece guiando los pasos de estas mujeres bondadosas, la sombra benéfica de Antígona, para enseñar

que en medio de esta embriaguez de muerte y de crueldad, hay seres nacidos no "para el odio mutuo sino para el mutuo amor".

Pedro José Rojas, en *El Independiente*, procura frenar el júbilo que la caída de Urdaneta ha traído a los hombres del Gobierno, pero no intuyen los oligarcas que esta muerte será vengada y echado al suelo el parapeto de la Dictadura, y que no está distante el día en que Caracas rinda justa apoteosis a los restos del egregio militar, estupenda promesa de la Patria, frustrada por los enconos de la guerra.

El 26 de agosto de 1864 la histórica iglesia de San Francisco, donde la Patria se ha citado antes para honrar a sus fundadores, ve colmadas las naves por patriotas y amigos que rinden digno homenaje al muerto ilustre, cuyos restos son conducidos con el aparato máximo diputado para estas solemnes ceremonias, en medio de la tropa con armas a la funerala, banderas plegadas y tambores a la sordina. Entre los severos adornos que decoran el templo, brilla la musa de Juan Vicente González, ayer enemigo de la revolución y víctima después de la Dictadura. Su pluma ha ayudado al orador sagrado para el brillante panegírico, y en verso puro ha labrado la ofrenda propia, donde, con el dolor de los amigos, pinta el duelo de la patria por las ferocidades de la guerra fratricida, y graba la promesa a que por siempre deben sentirse atados los hombres que aspiran a la grandeza y dicha de este suelo.

Harto agitó el furor los corazones,
harto en la lid brillaron los aceros,
harto, ¡ay! la Patria devastamos fieros,
alzando sobre ruinas los pendones.

Avergonzado de los triunfos crueles,
espántanos la sangre que vertimos;
somos hermanos, fratricidas fuimos,
rompamos en las sienes los laureles.

¡Urna sagrada que amorosa encierras
las cenizas del héroe que lloramos!
Escucha nuestra voz: *¡Juramos*
eterno encono a las civiles guerras!

APUNTES PARA UN RETRATO DE PEDRO-EMILIO COLL

APUNTES PARA UN RETRATO DE PEDRO-EMILIO COLL

> Sólo el que ha experimentado eventos claros y oscuros, la guerra y la paz, el ascenso y el descenso, sólo ése ha vivido la verdad.—Zweig. *El Mundo de Ayer.*

Cuando la muerte, en forma súbita, puso fin a la vida ilustre de Pedro-Emilio Coll, se ocupaba el Maestro en arreglar el sumario o prólogo que debía anteceder a la selección de sus escritos para la Biblioteca Venezolana de Cultura Popular. Con visible desgana venía el eximio escritor pergeñando los párrafos del esperado proemio, cuya conclusión inquietaba a Elisa Elvira Zuloaga, activa y exquisita Directora de Cultura en el Ministerio de Educación Nacional. Pedro-Emilio hacía y deshacía párrafos, mudaba de propósito en lo que pensaba decir de sí mismo y de su obra; cambiaba de opinión respecto al "examen de conciencia" que una vez más intentó hacer público en la portada de la selección. Como tuve el privilegio de ser su compañero durante varios años en las diarias labores de la Academia de la Historia —él en su escritorio de la Biblioteca, yo en la mesa de la Secretaría— pude seguir el proceso de sus afanes. Un día, nervioso y desencantado, llegó a declararme: "Nada diré de lo que pensaba decir. Al público poco interesa la tragedia de los espíritus."

A la hora de la muerte quedaron en su escritorio párrafos repetidos e inconexos de la introducción en que trabajaba, y la bondad de la noble viuda del egregio escritor, doña Paulita Borges de Coll, me ha permitido la honra de haber recogido y haber dado forma a las páginas inconclusas. Nunca, durante mi ya largo oficio de leer manuscritos extraños, puse mayor devoción ni sentí mayor cariño como al darme a la triste y a la vez grata tarea de enlazar y

descifrar las cláusulas sencillas, elegantes y serenas de Pedro-Emilio Coll, escritas en la más enmarañada caligrafía que darse pueda. Sentí al hacerlo el mismo afecto que hubiera puesto en el arreglo de escritos de mi padre. Justamente es de hijos el lugar que a los hombres de mi generación corresponde en orden a los escritores de la época de Coll. Cuando en la ya lejana juventud empecé a manchar con mis incipientes pensamientos la albura del papel, Pedro-Emilio Coll ya ocupaba sitio prestante en el mundo de las letras venezolanas, y fue la suya la figura que más atrajo mi admiración y mi cariño. Como espaldarazo que daba ley a mis débiles armas, recibí lleno de orgullo en 1921 la carta que me dirigió desde Madrid para avisarme el recibo de mi primera publicación en cuerpo de libro. Al calificativo de Maestro que le daba en la dedicatoria respondió con el mismo rechazo que de él hizo hasta la víspera de su muerte: "Repito a usted lo que a otros jóvenes he dicho: ¿De quiénes puedo ser "Maestro", qué enseñanzas puede haber en mi obra tan limitada y fragmentaria?" Y ahí mismo, en aquellas cortas líneas consignaba, como aviso que mi conciencia juvenil no supo captar, la profunda tragedia que signó su espíritu: "En el largo tiempo que tengo lejos de la Patria, veo con el alma llena de esperanzas una generación que trae a nuestras letras nacionales elevados pensamientos y sentimientos que parecen mejor disciplinados que los de la decadente generación a que pertenezco, que tanto ha sufrido, sobre todo, por la bancarrota de los ideales."

Pero la bancarrota a que alude el atormentado crítico no pesa como exclusiva responsabilidad sobre los escritores de su tiempo. La quiebra espantosa de las ideas que animaron ímpetus de creación, fue producto de un largo estado de conciencia nacional que aún, pese a esfuerzos y promesas reiterados, no ha logrado la hora de la convalecencia. Del fondo de la Historia se levantan las fuerzas contradictorias que han negado a los hombres de pensamiento la posibilidad práctica de ajustar sus actos a las normas ideales de la cultura. Signos entrelazados y diversos prepararon a lo largo de la vida de la República el peligroso clima de indiferenciación de funciones y apetitos que ha negado claridad a la propia comprensión del pasado. Falta de uno y de muchos, no sería honrado argüir de culpadas a determinadas circuns-

tancias. Así lo entendió Pedro-Emilio Coll. No buscó para sí, en actitud egoísta, señera cumbre inmaculada desde la cual pudiera rehuir su parcela de compromiso con los vicios del ambiente. Guiado, en cambio, por la sinceridad que fue numen de su pensamiento, comprendió que el "íntimo y sentimental egoísmo descarga sobre el prójimo las propias imperfecciones" y, a través de "una profunda introspección y un valioso examen de sí mismo", descubrió que a todos nos toca responsabilidad en la pervivencia de los grandes males que atosigan el plasma social; mas, carente por sí solo de fuerza para modificar el medio y desprovisto de consignas eficientes que conjugasen las vecinas y similares conciencias, vivió en su mundo interior el drama de quien lucha contra las corrientes de impetuoso río y se ve arrastrado, sintiéndose él mismo parte de ese río, por la fuerza ingobernable de las aguas.

La profunda tragedia del escritor, apuntada en las líneas en que Pedro-Emilio Coll inició la comunicación amistosa con que me favoreció en todo momento, era el tema que quería desarrollar en el prólogo de la selección. Pero si no la describió con la maestría y el amplio espacio de su propósito inicial, quedó, en cambio, pintada en notas diversas de sus magistrales escrituras, que me propongo agregar a las líneas truncas que se transcriben.

Bajo rúbrica que pudo ser "Sumario" o "Indice, del índice", y por epígrafe el nombre de la obra del enfermizo Marcel Proust, *A la recherche du temps perdu*, Pedro-Emilio, en párrafos varias veces modificados, comenzaba así su prólogo:

"Al empezar esta rápida visita al pasado y a manera de prólogo o índice de materias que contiene esta antología de viejas páginas, debo confesar al que me leyese que si escritor es aquel que a ello se dedica, con preferencia a otras actividades, no lo soy en absoluto, sino un lector algo inquieto y curioso de antiguallas y novedades, lo que no es muy modesto, pues si escribir requiere especiales facultades, a mi juicio leer con atención y comprender el ajeno pensamiento no es tan fácil ni común como en apariencia pareciera. Así, mis tres libros publicados vienen a ser glosas de lecturas al margen de la vida cotidiana; tales *Palabras*,

El Castillo de Elsinor y *La Escondida Senda*, sin contar algunos recuerdos y notículas dispersos en periódicos nacionales y extranjeros.

"En 1896, por su cuenta, editó mi buen padre, en su taller tipográfico, y con el nombre de *Palabras*, páginas casi todas insertadas en la revista *Cosmópolis*, ya fenecida, y que, con la presunción juvenil de mi edad, a la sazón de veinticuatro años (1), amparé bajo un diálogo shakesperiano, alusivo el título del libro y este soliloquio que el fraterno Jules Laforge pone en boca del Hamlet de sus admirables *Moralidades Leyendarias:*

"¡Ah, qué solo estoy! Y en verdad la época no es culpable de ello. Tengo cinco sentidos que me atan a la vida; pero este sexto sentido, este sentido de lo Infinito... Soy joven todavía, pero ¡la Libertad! Sí, me marcharé de aquí y viviré anónimo entre gentes honradas y me casaré para siempre, lo cual será la más hamlética de mis ideas. Pero hoy es preciso obrar, es necesario objetivarse... Adelante, por sobre las tumbas, como la Naturaleza."

"Y ahora, en el ocaso de mi existencia, me sorprende que ese soliloquio coincida singularmente con mi situación espiritual y circunstancias personales de aquella época de mi juventud.

"Seguían a esas invocaciones, en desordenado conjunto, un ingenuo Examen de Conciencia, en el que medía la responsabilidad que pudiera caber al novel escritor ante los lectores que suponía le prestarían cuidado. Luego, impresiones sobre Tarascón, con sus danzas provenzales al son de pífanos y tamboriles, sus vecinos de grandes mostachos, gestos y exageraciones, su imaginación meridional semejante a la de nosotros y su ilustre hijo Tartarín, gracioso símbolo de nuestra infinita necedad. Más extensamente comentaba *Los Hermanos Zemganno*, deliciosa novela de lindas amazonas tan leves sobre las ancas del dócil caballo, de perros sabios, acróbatas y payasos, a quienes admiré y envidié desde mi remota infancia, bajo los toldos de lona de los circos ambulantes, impregnados de olor de serrín y de las humeantes candilejas. En páginas sucesivas apunté algunas críticas sobre Educación, que disgustaron a algunos catedráticos, tracé siluetas de compañeros de mi generación y de algunos autores extranjeros, entre ellas la de Bourget, que con sus *En-*

sayos de Psicología Contemporánea nos iniciaba en el conocimiento de aspecto del alma moderna y quien, honrándome en extremo, de París me escribió sorprendido de que un desconocido y en tan lejano país, supiera de su obra intelectual. Reproduce aquel poco denso volumen croquis, fantasías, y sensaciones muy finiseculares, como el breve diálogo "El Colibrí", entre un pseudo literato y su cándida mujer, la sensación de un crepúsculo de la Caracas de antaño, con sus calles empedradas e iluminadas por el sol poniente, sus carrozas descubiertas para el paseo vespertino, sus lentos tranvías, su parvadas de rápidas bicicletas y sus muchachas románticas tras los balaustres de las ventanas abiertas. Por fin, notas y cartas acerca de la efímera revista *Cosmópolis,* fundada en la primavera de 1894 y sus propósitos primordiales de estimular y fomentar las letras patrias, de enterarnos del movimiento de ideas de más allá de nuestras fronteras y mares y de estrechar relaciones con los de nuestros mismos ideales o edad en las naciones americanas que federaba el pabellón lírico de Rubén Darío (2).

"Circuló gratuitamente *Palabras* entre amigos, maestros y compañeros en letras, en medio de un público distraído por la política, mientras que no faltaba quien me animase a cultivar mi naciente vocación, ni un crítico, algo académico, me reprochara mis faltas gramaticales y, lo que era más penoso, el irrespeto que me atribuía a Nuestro Señor Don Quijote, a quien, por cierto, siempre veneré y a quien, según su inmortal biógrafo, perturbaron su razón el poco dormir y mucho leer, mientras otros se embrutecen por mucho dormir y poco leer.

"Años más tarde aún quedaban algunos empolvados ejemplares en librerías de lance, todavía con mis efusivas dedicatorias.

"Entre tanto es de justicia reconocer, según en otra ocasión lo expresara, que los mayores que nosotros y ya famosos en nuestros centros intelectuales, por lo regular fueron indulgentes con los que adoptábamos posiciones de reformadores y de insumisos a las reglas tradicionales, y sin embargo, asumíamos actitud de hijos abandonados o carentes de una superior dirección. La ocurrencia parece repetirse en cada generación, como la periodicidad de una puesta de sol y su renacimiento en la aurora.

"De otra parte, formábase un núcleo de camaradas, calificado de oligárquico, cuando en verdad era francamente hospitalario. También señalé un fenómeno, que debe ser natural por su evidente constancia, cual es el de que los grupos humanos, sin exceptuar los políticos, principian integrándose por afinidades electivas y a la larga se desintegran cuando sus elementos comienzan a diferenciarse, las distintas vocaciones, ambiciones y aun caracteres despiertan y cual de un árbol van desprendiéndose los frutos demasiado maduros o con signos de descomposición, pero tal vez sembrando nuevos gérmenes en la tierra donde caen. Y no escapó nuestro cenáculo literario a este proceso evolutivo. Por lo demás, pretendíamos ser espíritus libres pero dejando de serlo por completo a medida que no lejos nos tendían sus tentáculos, con que se nutre de jugos vitales "el más frío de los monstruos", según increpaba el solitario iconoclasta al Estado omnipotente...

"Por su cuenta también publicó en 1901 la Empresa de El Cojo Ilustrado, y sin mayor provento para el generoso editor, mi segunda obra, como la primera, con signos hamléticos e intitulada *El Castilo de Elsinor*, justificado por el imaginario viaje de *El sueño de una noche de lluvia*, como imaginario era *El sueño de una noche de verano*, iluminado por la visión de Ernesto Renán, con el traje que, ahora por obesidad, le venía algo estrecho y que usó en el seminario de San Sulpicio. Sus *Recuerdos de Infancia y Juventud* me deleitaron con emoción incomparable. En sueños, pues, me ví en una enorme selva poblada de rumores, cuando el autor de los *Diálogos Filosóficos*, reflejos de sus dudas, me preguntó: "¿Qué haces aquí?", y yo confuso respondí: "Nada, maestro; sólo meditaba en el insondable misterio de la Vida y de la Muerte." Sonrió el anciano y luego de recordarme el apólogo del león hambriento que devoró al cordero, advirtió, con suave voz, que no es en la naturaleza donde debemos buscar la justicia y la bondad sino en otro mundo para nosotros desconocido. Y añadió, con acento más profesoral, que la observación aislada de los hechos, sin fines de coordinación, puede conducir a la anarquía mental y social, que la indagación de las causas suaviza las asperezas de los efectos y que las apariencias a nuestra vista no son sino la epidermis del Espíritu. Después de disertar largamente acerca

de las contradicciones de los hombres, sin excluir a los más sabios, le atemorizaba el anuncio de un nuevo profeta que se llamaba Zarathustra y predicaba el evangelio de los fuertes y, débil él mismo, el exterminio de los débiles. Amedrentado desperté. Por fortuna todo había sido un sueño, en la noche tibia y estrellada.

"De aquellos sueños, que no eran sino juegos de la imaginación, merecía más el calificativo de cuento el de *Opoponax*, crisis erótica de un joven obsesionado, y a la vez relación de ocurrencias de camaradas literarios, un poco afrancesados, bien que con matices de nuestro carácter nacional, como de parecido modo aparecen en las *Viejas Epístolas* cruzadas entre dos compatriotas de igual edad, el uno en Caracas y el otro en París, éste inconforme de que no podamos realizar muchas ilusiones a riesgo de perderlas, tal como acontecía al llegar a Lutecia y conocer su realidad, no obstante sus bellos parajes y mujeres. A su amigo caraqueño refería su encuentro con condiscípulos y ahora estudiantes en la Sorbona, la Academia de Medicina o en talleres de pintores y que a la larga fueron famosos en nuestros anales científicos y artísticos. Con ellos compartía su nostalgia, formando planes y proyectos descomunales para la patria lejana, con la distancia creciendo la utopía y como si nos bastara extender la mano para enderezar nuestros entuertos nacionales.

"No falta en esta colección *El Diente Roto* con su Juan Peña, hermano de Alves Pacheco, que apagó el de mi humorada, cuando años después fue inmortalizado en una de las maravillosas epístolas de Fradique Mendes.

"Entre las *Notas de Estética*, que se reproducen hoy, me parece que no ha perdido por completo actualidad la que resume opiniones de mis crónicas en el *Mercure de France* y que varía su título de *Decadentismo y Americanismo* por el de *Revolución y Evolución Literaria*, menos anacrónico que el anterior.

"En Madrid, el año de 1927, de mi propio y escaso peculio, tuve la vanidad y el capricho de publicar *La Escondida Senda*, pero mal administrador como soy, corrió este breviario profano la misma suerte de mis obras anteriores, con uno que otro elogio que agradezco, y la cual ahora solicitan sin hallarla en el mercado de los libros, donde no pudieron venderse a su hora, algunos curiosos y amables lectores.

"En Madrid también, años antes, sin intervención de mi parte, editó la Biblioteca Andrés Bello, en un solo tomo mis dos primeros libros, y, además, varias páginas volanderas. Mas, con perdón del ya fenecido y admirado propulsor de dicha Biblioteca, compañero mundano, no recomiendo esa edición por los errores de imprenta que contiene en casi todas sus páginas, haciendo a veces casi imposible su lectura. Y ya se sabe que esa clase de disparates tipográficos, añadidos a los de nuestra inteligencia, son el castigo de los escritores" (3).

Como glosa a las secciones que integran la Antología, intentó Pedro-Emilio hacer un breve comentario también de las páginas seleccionadas, pero sólo aparecen los siguientes apuntes:

"En la sección que intitulo "Estampas Fin de Siglo" acumulo algunas fantasías de ese tiempo muerto, como *Opoponax*, *Viejas Epístolas*, *El Colibrí* y otros inventados episodios de gentes de mi parroquia caraqueña, y por último, la famosa ocurrencia de *La Delpinada*, que por cierto la generalidad de nuestros historiadores y narradores no han solido tener en cuenta, bien que a mi entender lo merecía más que otros hechos famosos. Como de esa época incluyo, bien que podría no ser natural *El Diente Roto*, con su silencioso Juan Peña, hermano del estupendo Alves Pacheco, que apagó al de mi humorada, cuando años después éste fue inmortalizado por Fradique Mendes en una de sus cartas maravillosas.

"No se requiere ser lector zahorí para comprender, como dejo anotado, que son imaginarios los cuentos que bajo este título se reproducen. Los tres de *Las Divinas Personas* juegos son de la fantasía al margen del Viejo y Nuevo Testamento, sin pretensiones de exégesis religiosa y que si de irrespetuosos pueden tildarse, en todo caso lo serían tan ingenuamente como el pobre curita de campo que al pretender abrir la puerta del sagrario que guardaba las sagradas especies, como la llave no cedía, exclamó impaciente: "¡Qué diablo habrá aquí oculto!..."

Apenas los párrafos transcritos pude lograr de mi esfuerzo por dar forma a los apuntes del maestro. Ellos, como queda dicho, están escritos en letra por demás enrevesada, de diverso modo, en repetidas cuartillas que indican un lento proceso de elaboración. La escritura a veces toma caracte-

res de taquigrafía personal, que me ha obligado a adivinar el sentido de algunas palabras. De haber seguido en el examen de los temas que incluyó en la Antología, hubiera relatado la historia o aventura del fáustico *Homunculus*, cuyos originales envió con César Zumeta y Manuel Díaz Rodríguez a Leopoldo Lugones, y del cual, después de su extravío, apenas conservó el fragmento que aparece en la presente selección. Pero, junto con estas páginas, hallé los borradores de un interrogatorio que el año pasado de 1946 le fue sometido con fines periodísticos, y quien rehuyó responder a las continuas indagaciones de amigos y de reporteros, formuló respuestas que sirven para dar mayor ámbito personal a las presentes notas.

"Creo —responde al cuestionario del periodista— que en realidad no existe entre nosotros la "carrera" literaria, como hasta ahora tampoco la administrativa. Esporádicamente y con excepciones somos escritores o funcionarios públicos, con más o menos éxito. Por lo demás, según decir del humorista, en el fondo de la mayoría de nuestros compatriotas, cuando no dormita un dictador, está en germen un novelista, un historiador, un crítico. Por mi parte, me parece que mi afición a las letras despertó oyendo las conversaciones de los doctos varones que se reunían en el taller tipográfico de mi buen padre. Enemigo del *Ilustre*, me encantaba oírles hablar mal del Gobierno."

De haberse detenido Pedro-Emilio en sus informes para el curioso interrogante, le habría dicho que en la imprenta del viejo Coll, levantando tipos y limpiando chibaletes, fue su primer contacto con las letras, y que en el desempeño de su oficio de mensajero, tuvo el más raro encuentro con la Historia de Venezuela. Enviado por su padre a llevar unas pruebas a la casa de Manuel Tomás Lander, la criada le indicó pasar hasta la sala. Sentado frente a polvoso escritorio, bien calzadas las gafas y severamente vestido de negro, un rígido y extraño caballero guarda profundo silencio. A él se acerca alegre Pedro-Emilio.

"—Señor, aquí están las pruebas que le manda mi padre."

El caballero no responde ni intenta siquiera recibir los papeles que le ofrece el muchacho desprevenido. Ante la extraña actitud del señor, Pedro-Emilio le mira fijamente al rostro y, en medio del mayor espanto, advierte que está ha-

blando con un muerto. Tomás Lander, el inquieto adalid del liberalismo, había sido embalsamado, en rito singular, y mantenido en posición de escribir durante cuarenta años en la sala principal de su casa solariega. Materializado fantasma de otro tiempo, representa en la quietud hogareña la tragedia del pensamiento venezolano. Es el cuerpo sin alma de los sistemas en cuyo nombre se ha venido formando la trama de la política y se han expresado los ideales revolucionarios que dan carta de legitimidad popular a los nuevos Gobiernos. En el alba de sus años, Pedro-Emilio ha tropezado con uno de los más curiosos símbolos de nuestra historia política. Figuras sin espíritu, visiones corporizadas, sin objetivación práctica, ahí los programas y los ideales que simularon banderas para orientar el curso de nuestra vida política. El ya ha hablado con una de esas entelequias engañadoras. Para lograr respuestas, seguirá platicando con fantasmas. En el mundo subjetivo que será su mundo, aparecerán nuevos espectros. Hamlet, Renán, Montaigne, Fausto, Segismundo, serán constantes contertulios en la caverna de sus sueños: Pedro-Emilio niño se ha puesto en comunicación con la paradoja.

"Luego —sigue hablando al periodista— a través de los años y de duras experiencias, a veces me acojo al paradójico aforismo de uno de nuestros más famosos panfletarios, de que el mayor castigo que tienen los malos Gobiernos es que todo el mundo los crea peores de lo que son. Con el respeto que conservo a aquellos señores de levita y sombrero de copa, confieso que comparto mi admiración por ellos con la simpatía que me inspiraban los acróbatas de circo y sin que entonces supiera lo que afirma el autor de *Los Hermanos Zemganno*, de que lo que hacen los acróbatas con su elástico cuerpo lo realizan con su estilo algunos escritores. Mas ello es que, ya adolescente, mi primer artículo fue un elogio de la *Fiesta Internacional del Trabajo*, que acababa de establecerse en otros países, y según la comprendía como manifestación de la soñada Fraternidad Universal, hoy más lejos que nunca, en esta era de la bomba atómica (4).

"Aunque sin mayor contradicción o método, estudié en el colegio de la Paz, donde, por cierto, su director, el buen viejo Villegas (5), no lograba imponerla por completo a su revoltoso alumnado, como difícil lo es también en otros

ámbitos de la república. En nuestra Universidad Central fui ave de paso y así no alcancé el diploma de bachiller ni menos el de doctor, bien que algunas benévolas personas me dan el título sin haberlo conseguido.

"De mis profesores recuerdo, especialmente, al doctor Morales Marcano (6), quien inútilmente se empeñaba en hacernos comprender en su cátedra de Filosofía la importancia de la Lógica como ciencia o arte de pensar y proceder con claridad y acierto, aun en los diarios afanes, y siquiera consultando el texto elemental de Balmes, rector del criterio.

"Fueron mis compañeros de generación aquellos con quienes tenía afinidades de gusto, pero entre ellos, y sería ingratitud silenciarlo, debo a mi amigo Rafael Cabrera Melo, de tan precoz ilustración, el despertar de mi curiosidad intelectual, por la lectura del Renán de los *Recuerdos de Infancia y Juventud*, del Bourget de los *Ensayos de Psicología Contemporánea*, del France de *El Estuche de Nácar* y hasta del Rubén Darío de *Azul*, y su pléyade. Fundada *Cosmópolis* concurría Cabrera a nuestras líricas tertulias junto con Urbaneja Achepohl y Pedro César Dominici, conmigo directores de la efímera revista, y Eloy G. González, Díaz Rodríguez, Key-Ayala, Gabriel e Isaías Muñoz, Blanco Fombona, Andrés Mata, Luis Churión, Torres Abandero, Angel César Rivas y muchos otros que la memoria del corazón no olvida, de la capital y las provincias, pues nuestra casa estuvo abierta a los cuatro vientos de la inteligencia de la patria. Y así se prolongó nuestra cordial camaradería hasta que la vida nos dispersó, en diversas actividades y vocaciones; pero entonces y ahora pensando que si la juventud repitiera lo que sus predecesores edificaron, probaría, de ese modo, la inutilidad de su venida al mundo.

"Me parece que los tres libros que he publicado, por el camino de inconexas impresiones y glosas, se dirigen a conciliar algunos de mis antagonismos y contradicciones espirituales. Por lo demás, al tomar la pluma hice un "Examen de Conciencia" para medir, con su poquito de fatuidad, la influencia que pudiera ejercer sobre los lectores desprevenidos. Bajo el signo de la tolerancia puse aquellos tres libros; tolerancia que no nace espontáneamente sino en pugna contra nuestras pasiones elementales y nuestra insoportable manía de querer tener siempre razón."

Contradicho en su propio interior, alterada la paz de su discurso por la "discordia de las voces", Pedro-Emilio se asió desde su inquieta adolescencia, como a bruñido escudo, de las fecundas consignas de la tolerancia. No entendió la vida como uniformidad inalterable de destinos. Miró al valor de lo diverso que se acopla para la realización armónica del conjunto social. Entendió la sociedad como suma de aspiraciones divergentes que logran cauce de sosiego en medio de un mundo tolerante y comprensivo. Lo que vivió en sí mismo, el equilibrio que logró en lucha con la interior tragedia que signó su existencia, lo quiso como fórmula universal que absolviera la pugnaz discordia de los elementos sociales. Por eso se le ha mirado como maestro de comprensión y tolerancia.

"En 1897, prosiguen sus declaraciones, bajo esta situación sentimental, hice mi primer viaje a Europa como cónsul en Inglaterra. De tránsito por París, fui fundador y redactor de la sección de "Letras Latino-americanas" en el *Mercure de France*. Reinaba a la sazón la fiebre simbolista y allí conocí a escritores franceses cuya fama comenzaba a extenderse por nuestra América, influyendo en sus movimientos literarios. Allí Mme. Rachilde, esposa del hospitalario director de la famosa revista, muy burguesa en su hogar y diabólica en sus novelas (dualidad frecuente en algunas escritoras), nos obsequiaba con copas de jerez y delicadas golosinas. En esa época me honró con su amistad Maurice Barrés, considerado Príncipe de la Juventud, hasta que perdió corona y prestigio a medida que exaltaba su nacionalismo integral. Desde Inglaterra continué colaborando en *El Cojo Ilustrado*, en el que publiqué la imaginaria historia del pobre Juan Peña, de *El Diente Roto*, antes de que el magnífico Eça de Queiroz (7) hiciera inmortal a su estupendo Pacheco. Y fue largos años más tarde, cuando en Madrid también me honraron con su amistad don Benito Pérez Galdós, don Miguel de Unamuno, Valle-Inclán, Díaz Canedo, mi excelente camarada Gómez de la Serna, los grandes pintores Romero de Torres y Solana y tantos otros no menos admirados por mí y que si no menciono es para no alardear demasiado de mis relaciones literarias y artísticas."

Para finalizar sus rápidas respuestas a la inquisitiva periodística, Pedro-Emilio, como lo llamábamos a la par de

sus compañeros de generación y quienes habíamos crecido bajo el signo del más respetuoso cariño para su persona, expresa su personal concepto sobre el modernismo.

"Entendí el Modernismo, dice, y no igualmente otros de mis compañeros, como observación e intuición de lo contemporáneo, de lo bello, de lo trágico y de lo cómico cotidiano, de lo más próximo a nuestra sensibilidad y así como lo más sincero en la expresión de nuestras emociones."

Y cuando aflora la pregunta acerca del escritor nacional por quien sentía mayor admiración, declara por tal a Juan Vicente González, y agrega:

"Bien que no es su vigor o rigor lo que más admiro en él, sino, cuando poniendo a un lado sus furibundas pasiones políticas, canta la belleza y tristeza de las tardes caraqueñas, la dulzura de amar y de sufrir en sus melodiosas *Mesenianas*. Ya en otra ocasión declaré que de los maestros que interpretan los sueños humanos, deténgome en los sitios de reposadas meditaciones y gracias ligeras; que oigo las conversaciones y meditaciones de mi hermano Hamlet y me aparto de sus estocadas; que Montaigne me deleita de manera indecible; que a los músculos de las portentosas creaciones de Miguel Angel, como para detener la bóveda del cielo, prefiero la sonrisa enigmática que Leonardo trazó de una divina pincelada, en los labios de su Gioconda." Hubiera seguido inquiriendo el periodista sobre sus preferencias de poetas, y le habría confesado la admiración y culto que rendía al recuerdo de Leopoldo Torres Abandero, a quien miraba como uno de los escritores más dignos y bondadosos de la Venezuela de este siglo.

De haberse adentrado en el terreno de la política, el periodista habría quizá escuchado la extraña declaración que solía hacer en círculo de amigos: "Soy anarquista." Y lo era, no en el sentido de la lucha destructora, sino en función de rebeldía contra las formas opresoras y asfixiantes del Estado. Porque, quien hizo de su vida una invariable lección de tolerancia y convivencia, quien miró "el símbolo de la Cruz como aspiración al Infinito en su línea vertical y a la humanidad en su línea horizontal", quien durante sus últimos años, con Kempis en la mano, consagró largas horas del día a la meditación de las verdades de la Fe, mantuvo, en cambio, en lo interior de sí mismo la tragedia de la re-

sistencia contra un hostil mundo de falsas y estranguladoras categorías.

Para nosotros, sobre el intenso valor del sensitivo que supo trabajar el metal de la palabra para el mundo inmensurable de la belleza y sobre el hombre que se dio a la relación social con un sentido amplio, fresco y generoso de servir, en la íntima personalidad de Pedro-Emilio Coll se abultó la tragedia de la contradicción de su independencia interior con las fórmulas opresoras de la realidad circundante. Con precisas palabras pintó él mismo la disyuntiva de su generación: "Pretendíamos ser espíritus libres, pero dejando de serlo por completo a medida que no lejos nos tendía sus tentáculos, con que se nutre de jugos vitales "el más frío de los monstruos", según increpa el solitario iconoclasta al Estado Omnipotente." La protesta contra la máquina infernal que acogotaba su libertad, lo llevó a mirar en las fórmulas acráticas de Bakunine la sola bandera digna de flamear en la torre almenada de un espíritu libre. En quien sentía con sensibilidad de desollado, hubo de tener honda repercusión el cuadro desolador del medio social que se oponía a la realización de sus sueños. Aquel que prefirió a todo heroismo la dulzura de los crepúsculos y la paz de las sonrisas, hubo de apurar en su interior la lucha contra los signos que impedían el cumplimiento de su destino de libertad, de belleza y de bondad, con la misma energía con que en sus años mozos sumó las débiles suyas a las manos iconoclastas que hicieron rodar por el suelo las estatuas de Guzmán Blanco.

No es la de Pedro-Emilio Coll vida para ser juzgada a la ligera desde un solo ángulo crítico. Más que al maestro de la literatura, más que al ágil constructor de perdurables edificios de belleza, la pesquisa de su futuro biógrafo debiera encaminarse a ahondar el drama subjetivo que lo llevó, para lo cotidiano, a poner la carátula de Aristófanes sobre el rostro emaciado de quien musitaba épodos de Esquilo. Hombre de fina y acusada naturaleza introspectiva, poseyó, como dice en *Examen de Conciencia,* "la facultad de duplicarse, de verse vivir como si tuviera adentro un ojo implacable y feroz que alumbrara y auscultura su vida interior y que juzgara todas sus acciones". La práctica constante de esta ascesis profana, mantuvo en Pedro-Emilio una actitud de

agonía consigo mismo, cuya indagación acaso sea la fase de mayor interés en el estudio de la vida constantemente renovada del escritor. El mismo, en el prólogo de *Confidencias de Psiquis*, de Manuel Díaz Rodríguez, pintó el telón de boca del íntimo escenario. "Cada uno lleva dentro de sí —dice— un mundo en donde en secreto se libran batallas, y hay mezquindades en lucha y carcajadas y lágrimas y heroismos desconocidos."

De la gran tragedia espiritual del insigne escritor, quedan en sus obras huellas de nítida certeza y, sobre todo, el testimonio de una búsqueda que por demás la simboliza. Hamlet fue su guía juvenil para soñar. En la profunda contradicción que se esconde en cada húmedo rincón del *Castillo de Elsinor*, halló elementos para la cábala introspectiva. Pero la suya no era tampoco situación recoleta y excepcional. En su exquisito mundo hiperestesiado apenas tomó forma más definida la trágica realidad del pensador y del artista que ve cerradas las posibilidades para el cumplimiento de un gran destino. Ha sido ayer y es hoy el drama del intelectual venezolano, a quien circunstancias de época han obligado a moverse en terrenos de singular aspereza. Si en Juan Vicente González la quiebra llegó hasta las propias raíces de la personalidad, en Pedro-Emilio adquirió un aspecto amable y ligero de repulsa, que supo hallar soluciones para convertir en sarcástica sonrisa la amargura de los elementos. Lejos de haber vertido en sus deliciosas escrituras el zumo del áloe y la retama, logró pericia para destilar los amargos jugos en las alquitaras del espíritu, hasta trocarlos en brebajes que incitaban a la plenitud espiritual.

La lección de Pedro-Emilio Coll se aparta del efectivo valor de su obra escrita para hallar expresión en los meandros secretos de un espíritu que tomó la alegría y el afán de la belleza como antídotos para curar las heridas que deja a diario la punzante aguja con que ha venido tejiéndose el bajo lizo de nuestra historia de pueblo. En medio de una sociedad de pacotilla, donde los valores dirigentes se han vaciado en troqueles de falsía, él encontró por medio de la tolerancia y del cultivo de lo Bello, el equilibrio que le hizo fácil el gobierno de su mundo interior. Por ello y como ejemplo que tonifica el ánimo para la lucha, de él nos queda el recuerdo de una vida siempre dispuesta a sembrar la alegría

en medio de las punzantes guijas y la presencia de una voluntad abierta al ejercicio de la más amplia generosidad.

Debe la cultura a Pedro-Emilio Coll una fórmula exquisita y difícil de lograrse si no es por medio de una arriesgada lucha contra los módulos ambientales. El arte de convertir el esceptismo social en fina ironía que, lejos de hacer más tupidas las tinieblas del espíritu, las descorra para la sonrisa tolerante. Quien luchó como púgil en las arenas de la interior tragedia, tuvo por premio de su esfuerzo esta fina y delicada flor. Sencillo, modesto, negado a la vana gloria y al afán de palmas, fue, sin embargo, cabeza y centro del grupo a donde concurriera. El lema verlaineano de "sinceridad y seguir al pie de la letra la impresión del momento", le dio el secreto de la invariable frescura espiritual. Sin alardes de maestro, sin colorido de héroe, adornado de una singular gracia de las gentes, atraía por la franqueza la atención de los circunstantes. Locuaz sin afectación, donde estaba Pedro-Emilio era él quien dirigía la charla y era su propia persona el sujeto de las aventuras. Pero jamás en los relatos referidos aparecieron sus actos coronados por el éxito. Pedro-Emilio perdía todos los lances y su ágil narración sólo servía para poner en evidencia el fracaso de sus artes. ¿Deseo de mover la risa amable o estudiado recurso para cubrir la efectiva hazaña de sus méritos? De él mismo escuché la anécdota que me dio la clave de sus historias. Leía a sus ministros el general Carlos Soublette una carta de Fermín Toro en la que relataba sus buenos éxitos en la Corte de Madrid, y los oyentes guardaron el mayor silencio ante los cálidos conceptos y honrosos comentarios del jefe del Estado. Mas, cuando Soublette les comunicó en seguida otra carta donde Toro se lamentaba por la desgraciada circunstancia de haber pisado la larga cola de la reina, en una solemne función de Palacio, todos a una hubieron de hacerse lenguas para ponderar la impericia de don Fermín en achaques de sociedad. Vuelto a la Patria el insigne negociador, los secretarios de Estado le hicieron presente la pena por el incidente de la cola regia. Extrañado de la historia, Toro preguntó a Soublette de donde había recibido tan fantástica información, y entre risas el presidente le declaró: "Yo inventé el lance con el fin de que le perdonasen sus triunfos." Para defenderse del agresivo egoísmo de los hom-

bres, Pedro-Emilio recurrió permanentemente al arbitrio de exhibir sus actos exteriores como sombreados de impericia, con lo cual fabricaba capa inmunizante que lo pusiera a cubierto de la envidia social. De familiar vocación para la burla y la ironía y frustrado hombre de tablas en su primera juventud, nada más fácil que este ejercicio sano y agradable con que supo atraer mayores simpatías y pudo hacerse una cota risueña que lo guardase de las flechas enherboladas de nuestros motilones de alto mundo.

El análisis del mundo interior de Pedro-Emilio explica los motivos de su parva labor literaria. Porque a pesar de haber vivido una dilatada existencia, su obra escrita lo encuadra en el mundo de nuestros grandes inacabados. Sufrió, por las razones dichas, la dolorosa e infecunda interferencia que para nuestros mejores escritores han constituido las formas de la política venezolana. En medio como el nuestro, donde la libertad no ha sido sino breve paréntesis de excepción en una larga avenida de violencias y donde se ha carecido hasta el presente de una sistemática que permita la racional y redituante distribución del trabajo, Pedro-Emilio Coll, pobre de origen, hubo de encallar, enmurado en consignas de silencio, dentro de los cuadros burocráticos de la administración pública. Por su idoneidad de funcionario llegó a desempeñar una cartera ministerial y a ejercer conspicua representación en el Parlamento nacional. Y como político fue al igual de los hombres de su jerarquía intelectual víctima de la desoladora reserva de tener que actuar sin la libertad que reclamaban sus personales convicciones. Su drama fue el drama que ha signado y continúa signando a nuestros más altos hombres de pensamiento del cercano y del remoto ayer y que las nuevas generaciones deben procurar que no continúe siendo el azote de nuestra íntima vida de pueblo, a fin de que jamás se repita, al alejarse de la Patria los privilegios de la inteligencia, frase semejante a la estampada por Juan Vicente González cuando quiso justificar el viaje a Chile de don Andrés Bello: "¡Se ha salvado el Néstor de las letras americanas!" Dura y desconcertante sentencia que pone de resalto el carácter de cruel madrastra que ha asumido Venezuela para sus mejores hijos.

Nadie mejor que el egregio maestro desaparecido supo describir, en la intimidad de sus revelaciones, la angustia

permanente de este trance nacional. En su propia vida y en su propia obra sintió el trauma desconcertante de la falta de orientación, de la carencia de sinceridad y de la negación de la justicia que ha sido el fondo sombrío de nuestro cuadro histórico. De nada han valido, ayer y hoy, ideales y promesas, como si el contacto con los símbolos del Poder destruyese por magia infernal el broquel de las más rectas intenciones. Quien aconsejó prudencia y clamó desde las arenas cívicas y aún desde las propias ergástulas, por sistemas de justicia, al ascender a posiciones que ofrecen la posibilidad de hacer efectivas las antiguas voces admonitorias, contrahace los sistemas combatidos. La vieja solidaridad de las ideas es sustituida por desavenencia que haga fácil el éxito personalista. La amistad pospuesta, los ideales rotos, la sinceridad sustituida por la apostasía oportunista, la rectitud supeditada al miedo. ¿Dónde la causa, dónde el morbo que genera esta fácil trasmutación de actitudes? ¿Acaso el egoísmo o la codicia? ¿La vanidad, quizá, el temor o la soberbia? Mal general, reside en todos y en cada uno de nosotros, con la lamentable circunstancia de que sólo lo censuramos cuando lo vemos practicar por quienes nos son hostiles y nos impiden tomar parte en el provecho sin freno de la cosa pública.

En un clima de mayor evolución política, en medio de una sociedad civil mejor apuntalada, Pedro-Emilio Coll habría logrado la estupenda corpulencia a que le daban derecho su agudo ingenio, su acertado don de crítica, su inquieta sensibilidad y la maestría para vestir con arreos de sublimadas artes el pensamiento y la palabra.

Al pensar que la labor dispersa en el periódico y la lección que pudo expresarse sólo en la voz viva del magnífico conversador, hubieran adquirido fornidos contornos realistas de no haber mediado las lamentables condiciones del tiempo y del medio en que figuró, debemos hacer colectivamente el propósito de borrar de nuestras prácticas sociales los vicios que han detenido el vuelo de nuestra cultura. Urge una aguzada revisión de nuestros males históricos. Precisa un despertar mañanero hacia caminos que permitan un más ancho y cómodo acoplamiento de sistemas y valores. La República pide sitio holgado para la labor sin reticencias de sus hombres de pensamiento. La nación reclama para el numen dirigente de sus pensadores, posiciones donde pueda

despuntar el vuelo creador y no plazas cercadas por bayonetas, donde el grito medroso de los centinelas espante y ponga en fuga a los genios benéficos de la cultura.

Tales condiciones de incómodo trabajo redundan en mérito para la obra de quienes, como Pedro-Emilio Coll, superaron en sí mismos la tragedia de luchar contra el propio destino social. Su doloroso y constante esfuerzo de elevación, su insoslayable empeño por vencer los avatares que lo rodeaban, dan quilates más altos a su obra y prestan más claros relieves al hombre que supo salvar su inquebrantable condición de superioridad. Al hombre, sí, porque, sobre el artista y el filósofo, sobre el escritor y el crítico, Pedro-Emilio Coll irguió con ática frescura su generoso contorno humano. Hombre antes que todo, cultivó como en ancho prado de verdura las virtudes de la más pura bondad. Generoso, sencillo, humilde, sintió con humanos ardores derramado afecto para todo aquel que buscó su trato. Si parecía huraño y alguien pudo tomarlo como minado de la misantropía, ello era mero aspecto de su tímido acratismo y deseo de soledad interior, pero no repulsa de la relación social, en la cual fue, en cambio, maestro en el difícil arte de deleitar al contertulio.

Animado del heracliano sentido de la constante renovación, Pedro-Emilio Coll venció la anquilosis que el tiempo provoca en el pensamiento de los hombres. Con las antiguas siempre abiertas a la varia contemplación del mundo, al borrarse el último turbio de la noche, una nueva ventana aparecía en la torre enhiesta de su espíritu. Si la nieve puso sobre su cabeza nimbo de ancianidad, permaneció, en cambio, interiormente en el disfrute de una inalterable mocedad. Fácil a la comprensión de las reacciones juveniles, se le vio durante los últimos años rodeado, cual amable Próspero, por los jóvenes de las más recientes promociones literarias, a quienes con la generosa palabra del estímulo, comunicaba el tesoro de sus enseñanzas y experiencias.

Poseedor de una clara y racional conciencia igualitaria, miró en el pueblo la gran fuerza vital de las naciones y no se desdeñó de acercársele en forma cordial y acogedora. Su fe en el poder rehabilitador de la educación le daba estribos para alzarse sobre "la negra pesadumbre" que embarga los espíritus al pensar que "puedan tener razón los sabios que

aseguran que a causa de la zona que habitamos y de la sangre que circula en nuestras venas, estamos irremediablemente condenados a ocupar inferior escala en la vasta humanidad". Sin negar la aspereza del complejo étnico, tuvo conciencia definida de que a través de una racional y alegre canalización de la cultura, podría llegarse a modelar en la conciencia del pueblo un determinante superativo que fuese capaz de compensar la disvaliosa presencia de los resentimientos ancestrales. Más de una vez se le miró pareado, para la obra de cultura, con modestos personeros de los sectores decaídos de la sociedad, y como gaje de su vecindad al pueblo, recordaba frecuentemente el ataque soez de que él y su honorabilísima familia fueron objeto por haberse juntado con humildes obreros de color para el homenaje que los escritores rindieron a Juan Antonio Pérez Bonalde, en la oportunidad del traslado a Caracas, desde La Guaira, el año 1903, de los restos del insigne cantor de la *Vuelta a la Patria*. A su hogar le llegó en forma sigilosa la carta que otras manos hicieron firmar a un tal Jesús Ibarra Silva, como protesta contra la alusión hecha por Pedro-Emilio al desdén con que personas de calidad miraron los propósitos enaltecedores de la junta constituida para honrar al altísimo poeta. En *El Pregonero* del 7 de octubre de aquel año hizo el propio Coll insertar la carta infamatoria y cuarenta años después la recordaba y exhibía como trofeo singular de la jornada y como expresión de la repulsa que algunos señorones tuvieron siempre para los hombres de letras. No sé a punto cierto si llegó a darla a la prensa en la ocasión del centenario del torturado poeta de *Flor*, mas, desde entonces conservo la copia que me hizo conocer y que bien cabe en estas líneas:

"Señor P. E. Coll.

"Muy señor mío: Usted no tiene edad, ni posición social, ni monetaria, ni autoridad alguna para insultar a esta desgraciada sociedad.

"Si usted no pudo reunir más de $ 80, fue porque usted no tiene personalidad ni relaciones; pues aquí para cualquier cosa se reúne dinero: si a los dos años dudaron del empleo del dinero, es muy natural, pues era tiempo suficiente para no esperar, y las dudas no le hacen a usted ningún favor. Pretender usted que el país puede salvarse con esa le-

gión de literatejos que le acompañan, es una teoría muy propia de usted. Los países se salvan trabajando, inventando y produciendo como los Estados Unidos: no haciendo malos versos. Si su papá con una canilla inútil no trabajara, su familia, inclusive usted, se habrían muerto de hambre. Usted cometió una grave falta de respeto, apostrofando a la sociedad que atendía a honrar la memoria de un muerto y usted les dijo: "Vienen ahora porque hay música mala de Magdaleno y flores; pero no pudieron contribuir con dinero." ¡Ah! señor Coll, qué necio es usted, qué vano y qué pedante. ¿Es usted agricultor, agrónomo, matemático, médico, veterinario, artista, algo tiene usted, algo que lo estereotipe ante la sociedad y el mundo por algo? No. Usted no es más que un muchacho presuntuoso, hueco, lleno de estúpida vanidad y sin ilustración alguna. Además, las Sociedades no se interesan cuando se le ocurre al primer necio. Pérez Bonalde, es un poeta, como muchos de los nuestros; no es mejor que Pardo, Lozano, Yepes, Hernández, Bermúdez Avila, etc., etc.; ¿hay en las bibliotecas alguna obra de P. B.? ¿Fundó algo?, ¡siquiera una familia, dejó, siquiera discípulos! y ¿por qué a usted y a cuatro negros más se les antoja traer al pobre muerto, nada menos que al palacio Legislativo? ¡Oh! hipérbole de nuestra raza: ¡cuándo tendremos juicio! Ni al pobre muerto respetó usted para rebuznar aquella filípica como *introitus* de un acto tan serio. Corríjase, niño.

"Soy su atento,

Jesús Ibarra Silva."

Esta curiosa flor para la antología del denuesto y del ultraje pinta al propio el estado de conciencia contra el cual hubo de luchar la promoción literaria de que era Pedro-Emilio Coll máximo exponente. Por boca de Ibarra Silva se expresaba un sector social que ha considerado siempre inútil el trabajo de los hombres de pensamiento y que apenas ha tenido por provechoso el esfuerzo humano que se encamina a la consecución de valores amonedables, ora en el campo de la industria, ora en los fondos tortuosos de la política. Formados en el crepúsculo esplendente del siglo de la esperanza, Pedro-Emilio y sus compañeros buscaron con el homenaje a Pérez Bonalde la fijación de un hito que

rectificara el error social que obligó al gran poeta a ausentarse de su Patria. Con la corona de laurel para quien abominó la dictadura, los promotores de la glorificación quisieron castigar el espíritu de rencor y de envidia con que han sido constantemente saludados los caballeros del ensueño. No asistieron, con el óbolo obligado, los personeros de las llamadas "fuerzas vivas" de la sociedad. Para honrar al poeta errante no hubo diligencia por parte de quienes podían aportar los medios de realizarlo. Mas el desaire de los poderosos estuvo sustituido por la intuitiva devoción de humildes trabajadores, cuya presencia en el homenaje fue motivo para "que algunos espectadores del fúnebre cortejo consideraran que con dicha manifestación popular provocaban una lucha de clases y una revolución social".

En el cementerio, después de colocados los restos del insigne vate en el surco maternal de la nativa tierra, Pedro-Emilio, con voz emocionada, se dirigió a la concurrencia de poetas: "Retornemos ahora, díjoles, con la mano fraternal en la mano del que abrió con el filo de su arado el generoso corazón de la tierra, del que al golpe del martillo llenó de encendidas chispas la oscuridad de su herrería, del que con bucles de cedro perfumó su garlopa de carpintero. Son los buenos camaradas, puesto que el trabajo y la belleza son los mantenedores del mundo y cuyo corazón sentimos palpitar cuando al lado nuestro sostuvieron en sus hombros la caja de cenizas, sobre la funeraria tarima, florecida por suaves manos de mujer."

Años después, al evocar Pedro-Emilio este ingrato lance, olvidaba la amargura del momento y buscaba de explicarlo "por el ambiente todavía provinciano de la Caracas de antaño, con sus organillos callejeros, sus piñatas en los arrabales, sus muchachas románticas, sus guerras civiles e inciviles, sus tranvías de caballo, sus frenéticos carnavales, sus paseos a la luz de la luna..."

Bajo el signo conjugante de la belleza y del trabajo miró nuestro gran catedrático de alegría el destino del mundo. No uso el engañador lenguaje de los demagogos para llamar a los obreros a la revuelta y a la ruptura de la jerarquía, que es prenda de progreso y de justicia. Pensó que las fórmulas de mejorarlo estaban en las manos generosas de quienes pudieran iluminarle la conciencia al suave golpe de palabras

edificantes, y desde su cátedra sencilla de escritor le dirigió recados de belleza y de bondad. Guiados por el numen amable de Tolstoy, quiso para el pueblo la realidad de las promesas de justicia formuladas por el Jesús de bondad y de perdón que "está en la mina con el trabajador, en el calabozo con el presidiario, junto al lecho de la prostituta arrepentida, del niño sin madre". No del Cristo protector de los reyes y de la violencia, que invocan los hipócritas, sino del "Cristo puro y consolador, cuyas parábolas, cuyo Sermón de la Montaña, cuyas incomparables palabras minan los soportes de la sociedad moderna y bordan en el horizonte, en el fulgor de una Aurora nueva, los arabescos de la Ciudad Futura, de la Humanidad redimida."

Desde los días de su inquieta adolescencia, la voz profética del viejo Hugo de *Los Miserables* había insuflado en su espíritu el "soplo trágico" de la miseria humana, y el "contacto con aquella Humanidad doliente y corrompida le cambió por completo el concepto que tenía de la vida del hombre". Animado de un vivo afán de libre examen y de renovación, se asió a las ideas de justicia social y a los postulados de belleza que pugnaban contra las características sombrías de un mundo en trance de superación. En lucha constante con el negro pesimismo de una época "llena de vacilaciones, dudas y desfallecimientos, buscó fundar su estructura interior sobre frescos conceptos que vigorizasen la fe en el progreso y en el valor perfectible del ente humano. En una mano la bandera de lo Bello, en la otra el estandarte de lo Justo, caminó los caminos de su mundo de ensueños.

Por ello, en la aurora del nuevo siglo, Pedro-Emilio, pleno de juventud corporal, miraba con ojos de esperanza hacia el futuro del hombre. Tenía fe en la superación moral del género humano y confiaba en las consignas humanistas remozadas por la nueva concepción de la belleza y la justicia. Los continuos descubrimientos de la técnica y de las industrias parecían encaminados a dar mayor holgura a la vida material y a marcar un ritmo de regocijo en las relaciones de la sociedad. Se sentía un aire tónico que presagiaba fecundas conquistas en el orden de la economía y de la política y un mayor ámbito para el mundo superior de los espíritus. Acaso soñara con los idealistas de su tiempo en la vecindad de un nuevo Renacimiento, donde se pudieran repe-

tir hazañas semejantes a la de Alfonso V de Aragón que compone paces con Cosme de Médici a cambio de unos manuscritos de Tito Livio. De Europa llegaba la voz de nuevos movimientos de plenitud y hacia Europa miraba con esperanza y en trance de huir la aspereza nacional, el fino espíritu del artista y la meditación angustiada del filósofo.

Nada le importaba que en el servicio público se rompiese para él la jerarquía de posiciones y se le ofrecieran cargos que muchas veces constituyeron un descenso en el orden administrativo. ¿Cuándo ha habido entre nosotros una sistemática que promueva los legítimos ascensos? En un país donde el asalto en sus diversas formas ha sido manera normal de conquistar alturas y donde no ha existido por jamás balance fiel para medir los méritos, casi se hace lógico no tomar el bastón por el dorado pomo, sino por la sucia contera destinada a apartar los horruras de la vía. Pedro-Emilio, en cambio, se sentía cabeza del servicio a que asistiera, y la oportunidad de alejarse en cualquier modo del bajo mundo de la política doméstica, la miraba como prenda de feliz evasión. Desde los días iniciales de su vida literaria sabía cómo al intelectual se antepone, en los cuadros de lo político, el mérito de circunstancias. La lección la tomó no sólo de la realidad venezolana, sino de sistemas semejantes usados en otros países. En los amables coloquios con José-Asunción Silva, huésped ilustre de Caracas durante la época activa de *Cosmópolis*, el maravilloso poeta de los *Nocturnos*, en medio de la intimidad que compartió con Pedro-Emilio, le "confiaba sus penas de subalterno diplomático, los absurdos caprichos a que le sometía un superior, desde luego en rango decorativo, que ni remotamente sospechaba que el nombre de su secretario perduraría por siglos en las letras americanas, mientras que el suyo pronto sería olvidado en el polvo de la Cancillería". Nada le impedía adivinar la inminente realidad que habría de poner también para siempre su nombre entre los más preclaros como guarda el panteón de nuestras glorias, mientras los de aquellos que intentaron en vano deprimirlo pasan a la sub-historia de nuestras desgracias públicas. Pero preciso es recordar que a Pedro-Emilio no le arredraba el vaivén de las posiciones sociales. Por mejores tuvo siempre los sitios secundarios. "Como hombre y como aficionado a las cosas de arte y de literatura, mis

gustos son simples y acaso primitivos. Soy en verdad un arbusto, no ya muy joven, que aspira a perdurar en la *aurea medocritas*", escribió en cierta ocasión para corresponder al tono zumbón con que Vargas Vila, al preguntar por su paradero, lo calificó de joven arbusto. Alejado del trajín de nuestro mundo político, así hubiera de tropezar en las propias Cortes europeas con los perversos personeros de aquélla, Pedro-Emilio rehacía su vida torturada y contradicha, por medio del comercio con los grandes escritores de España y de Francia. Bibliotecas, teatros, jardines, catedrales y museos le suministraban pan para calmar el hambre inmortal de belleza que agitaba su espíritu.

Hombre de América y de Europa, las redacciones de periódicos, las viejas librerías y las peñas literarias de Madrid y de París lo miraron como contertulio familiar. En el Café de Pombo y en el Gato Negro de la Villa y Corte del Oso y del Madroño, alternó con las más altas figuras de la intelectualidad española, primero entre ellas el magnífico don Miguel de Unamuno. Y cuando en 1922 hizo viaje hacia la Patria, el angustiado catedrático de Salamanca le envió su severo retrato con la siguiente dedicatoria: "A Pedro-Emilio Coll, para que al irse de esta mi España se lleve en su noble alma lacerada la fragancia de un español y un amigo que con un abrazo le despide diciéndole: Hasta más ver. ¿Cuándo? ¿Dónde? Hay que esperar siempre." Aludía don Miguel en la expresiva dedicatoria al hecho insólito de haber sido acusado Pedro-Emilio ante las autoridades españolas, por un representante diplomático de Venezuela, de imaginarias conspiraciones contra la monarquía, ello por haber asistido Coll, junto con Manuel Díaz Rodríguez, a una conferencia de Unamuno en el Ateneo de Madrid.

De su última fuga lo hicieron regresar a la Patria el desastre español de 1936 y la hecatombre europea de 1939. Entre llamas devastadoras y aturdida la cabeza por el ruido de los mortíferos cañones, dejó por siempre a la vieja Europa, ya en rápido camino hacia la cueva de Cro-Magnon. Enfermo, tanto por la grave y profunda dolencia que puso en riesgo su vida en aquellos días, cuanto por el dolor de la quiebra de la cultura occidental, regresó a Caracas, a su Caracas, Pedro-Emilio, para recluirse en el suave y consolador ambiente del Palacio de las Academias. No era el suyo tem-

peramento para la disciplina de estos centros. Sin embargo, la Venezolana de la Lengua le contó entre sus miembros más conspicuos desde 1911, cuando sustituyó en ella al egregio repúblico Jesús Muñoz Tébar. En la Nacional de la Historia se avino a ingresar el año 1934, a la muerte del laborioso investigador don José Eustaquio Machado, y por reiterada y unánime solicitud del Instituto, deseoso del digno ornato de su nombre. Pese a su repudio por el estilo tradicionalista de estas corporaciones, al amparo de los severos pinos y bajo las góticas y armoniosas arcadas del jardín académico, discurrieron acaso los mejores y más quietos años de su vida. Quien no se sintió jamás historiador y desdeñó el fatigoso empeño de las cronologías y de los viejos documentos, llegó a ser como la propia alma del Instituto. Símbolo de la cultura que busca posada entre apacibles y callados muros, Pedro-Emilio representó en él la tradición de espiritualidad de la vieja capital. A su escritorio silencioso acudían los jóvenes en pos del regalo de su animada charla y en busca de consejo para el mejor acabamiento de los planes literarios. En torno suyo, los colegas y escritores de todas las edades procuraban el deleite de su charla perspicua y el regusto agridulce de los burlescos e irónicos relatos. Y ahí mismo, junto a los solemnes pinos y cerca del espejo de aguas que copia las lejanas nubes, le llegó un día la noticia que mayor desolación puso en su espíritu. La bomba atómica, en breves segundos, había destruido, so pretexto de liquidar la guerra, a doscientos mil japoneses. Ya no existía derecho alguno para esperar contra ninguna esperanza. Todos los sueños antiguos, todos aquellos remotos ideales del amanecer del siglo XX, habían quedado destruidos para siempre. El mundo renegaba la cultura y la sociedad no ofrecía promesas de ser regenerada por el gobierno de las ideas humanitarias. Un nuevo choque, mayor que la tragedia interior que había hecho presa de su espíritu ante la contradicción de las formas, tomó asiento en su espíritu agitado y nervioso. Hamlet apareció de nuevo en las palabras de Jules Laforge: *En avant, sur les tombes.* El mundo se entregaba a las fuerzas caóticas que el hombre había llegado a disciplinar para su propia destrucción. "¡La inteligencia se suicida!", fue la exclamación que escuché de sus labios el día que los periódicos dieron la noticia del monstruoso asesinato perpetrado

por las fuerzas americanas entre los súbditos del declinante imperio del Sol Naciente. Y estrujado por la quiebra de la cultura, en medio de un mundo en tinieblas que niega el poder dirigente de las ideas de humanidad y excitada su fibra sensoria por la vecina voz del odio y de la subversión de los valores sociales, fue más intensa la meditación solitaria de su espíritu. En su interior sin estridencias, acaso invocase con nostalgia y desencanto sus fervientes palabras de fin de siglo, cuando al medir el panorama de los gravísimos problemas sociales, económicos, religiosos y científicos que entonces reclamaban rápida solución, escribió con fe y con esperanza: "Consuela, sin embargo, el pensar que después de tanto desvelo y tanto batallar, se impondrán las ideas más fuertes, es decir, aquellas que llevan en sí más gérmenes de verdad, que una era de paz y de fraternidad vendrá después de esta de agitación y desacuerdo." Lejos de ver realizados sus votos juveniles, miraba por más fuertes las ideas contrarias, y sentía con mayor angustia "la nostalgia de las queridas mentiras" de otro tiempo. En lugar de la apoteosis de la paz, escuchaba el grito ululante de la venganza y contemplaba cómo las organizaciones nuevas buscaban aparatos sofísticos para explicar la necesidad de dar vigencia a los postulados de un mundo inhumano y salvaje. Vuelta la memoria hacia sus viejas lecturas, recordó que en la casa de Shakespeare había visto, durante su estada en Inglaterra, como obras favoritas del creador de Hamlet, raros ejemplares de las Vidas de Plutarco, de los Ensayos de Montaigne y de *The Anatomy of melancholy* de Robert Burton. En balde busca ahora fórmulas para acallar sus inquietudes en el utópico digesto que el joven Demócrito de Lindely escribió *in order to escape melancholy*. Todo era vano en el camino de un renacimiento de su fe en los hombres. Nada tenía que hacer en medio de una sociedad que juega a la locura. El voto de Unamuno de que "hay que esperar siempre", sonaba a sus oídos con el mismo eco de "palabras, palabras" del alucinado de Elsinor. Su espíritu magnífico, antes erizado de preguntas, ya sólo tenía oídos para la gran respuesta que el silencio guarda. Encerrado en la sala de su casa, cada mañana abría el *Contemptus mundi*, del viejo Kempis, en pos de un nuevo peldaño para la escala de su ascensión piadosa. Sin ruido alguno, sencillo en la hora del gran trance,

como lo fue en todo momento de su larga y agitada existencia, en la tarde del 20 de marzo de 1947 se durmió para el sueño revelador de la última verdad. Y al tomar la galera sombría que lo llevaba a las ignotas playas, se halló, según la consigna de Machado,

ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Muerto el Maestro, su figura ha adquirido precisos contornos ejemplares, y en las páginas suyas, que sin prever la inminencia del deceso, jamás intuyó que salieran antecedidas de algún elogio, el pueblo, a quien está destinada por el M. E. N. la Antología de sus escritos, podrá gustar, junto con el aliento de un alma sitibunda de belleza, sus magistrales "glosas de lecturas, ya de libros, ya de los jeroglíficos y enigmas que la vida teje en la trama confusa de los días", según él mismo definió su labor literaria. Sabrán así quienes no hayan previamente leído su densa y limitada obra de escritor, porqué se le miró como figura singular en los cuadros de la cultura nacional y por qué sobre el de Juan Montalvo, Jesús Semprún prefería el estilo de Pedro-Emilio Coll, en razón de "la transparencia, la elegancia desnuda y sin artificio, y principalmente por aquella resonancia recóndita, que no reside por cierto en la mayor o menor habilidad con que esté compuesta la frase, sino en la armonía y justeza con que adapta el íntimo pensamiento del escritor a la forma con que lo expone, en la concordancia total y expresiva, como en plenitud melodiosa adáptase el agua del océano a los recodos y acantilados de la orilla".

¡Y bien que cuadra el símbolo oceánico, no ya al estilo, sino al propio pensamiento de Pedro-Emilio Coll! Abreviada inmensidad de aguas y tormentas en cuenco de serenas y modestas apariencias, tal la obra y la vida del grande escritor, cuyas huellas difícilmente borrarán los tiempos... (8).

(1) ITINERARIO BIOGRAFICO:

1872.—Nace en Caracas el 12 de julio del matrimonio de don Pedro Coll Otero y doña Emilia Núñez Márquez, en casa situada donde hoy están los jardines del Club Venezuela. (Por el padre, estaba emparentado con el gran poeta Jacinto Gutiérrez Coll,

y por la línea materna, con el ilustre humanista colombiano doctor Rafael Núñez.)

1892.—Publica en el periódico *Pueblo* su primer artículo, "Historia del teatro".

1894 (1.º de mayo).—Pone en circulación, junto con Pedro César Dominici y Luis Urbaneja Achelpohl, la revista *Cosmópolis*.

1896.—Edita a *Palabras*.

1897 (5 de abril).—Contrae matrimonio con la señorita Paulita Borges Delgado.

1897.—Primer viaje a Europa como cónsul en Southampton (Inglaterra).

1899 (julio).—Regresa a Caracas.

1900.—Director en el Ministerio de Fomento.

1901.—Publica *El Castillo de Elsinor*.

1911 (26 de marzo).—Se recibe como individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua.

1912 (23 de abril).—Asume el Ministerio de Fomento en su carácter de director de Correos y Telégrafos.

1913 (3 de enero).—Es nombrado en propiedad de Ministro de Fomento.

1914 (19 de abril).—Le es reiterado el nombramiento de ministro.

1915.—Es nombrado cónsul general en Francia y luego secretario de la Legación en Madrid, donde ejerció largo tiempo funciones de jefe de misión.

1920.—Delegado a la Unión Postal Universal.

1923.—Regresa a Caracas y ejerce el cargo de fiscal de Bancos.

1924-26.—Senador por el Estado Anzoátegui y, como tal, presidente del Congreso Nacional en las Sesiones de 1926.

1927.—Tercer viaje a Europa como inspector de Consulados.

1927.—Publica en Madrid *La escondida senda*.

1929.—Publica en Sevilla sus *Lecturas y glosas de escritores venezolanos*.

1933.—Regresa a Caracas.

1934 (28 de enero).—Se recibe como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia.

1935 (agosto).—Cuarto viaje a Europa.

1936.—Es nombrado consejero en Washington y no llega a ejercer el cargo.

1939.—Regresa a Caracas.

1941.—Entra a ejercer el cargo de bibliotecario de la Academia Nacional de la Historia.

1947 (20 de marzo).—Muere en Caracas, a las 2 1/2 p. m., en la casa número 126, de Puente Victoria a Ño Pastor.

(2) *Cosmópolis* apareció el 1.º de mayo de 1894 con carácter de quincenario. Sus directores: Pedro César Dominici, Pedro-Emilio Coll y Luis Manuel Urbaneja Achelpohl. Administrador: Luis Pereira Solís. Talleres: Imprenta Bolívar. Su último número, el 12, apareció en julio de 1895. Pedro Grases, en 1944, publicó un interesante estudio con motivo del cincuentario de esta publicación. Cfr.: *En el*

Cincuentenario de Cosmópolis. Selección de artículos doctrinales. Compilación y prólogo de Pedro Grases. Edic. del Instituto Pedagógico Nacional. Caracas, 1944.

(3) Guión bibliográfico:

Palabras: Caracas, Imprenta Bolívar. 1896.—155 (2) p. 21 cm. *El Castillo de Elsinor.* Caracas. Tip. Herrera Irigoyen & C.ª, 1901. 129. p. 1 hh 19 1/2 cm. Contenido: "El sueño de una noche de lluvia". "El sueño de una noche de verano". "Opoponax". "El diente roto". "Viejas Epístolas". "Decadentismo y americanismo". "Hojas de un diario".

Discurso leído en la Academia Venezolana correspondiente de la Real Española, en la recepción pública del señor don Pedro-Emilio Coll el día 26 de marzo de 1911.—Caracas, Imprenta Bolívar, 1911, 34, p. 22 1/2 cm.

Ensayo sobre Ramón Campos. San José de Costa Rica. Establecimiento tipográfico Alsina, 1913 (Colección Ariel), núm. 26.

El Castillo de Elsinor, Palabras. Madrid, Editorial América. 1916, 388 p., 19 cm. (Biblioteca Andrés Bello).

Literaturitis, Crónicas de antaño. Rev. *La Lectura,* núm. 2. 16 × 23 centímetros, 28 p. Tip. Vargas. Caracas, 1925.

Las Divinas Personas (Cuentos).—Rev. *Hoy Sábado,* tomo I, núm. 5, 11 × 20 centímetros, 28 p. Tip. Vargas, Caracas, 1925. En la revista neoyorquina *Inter-América* apareció una traducción al inglés de estos cuentos.

Discurso pronunciado por el presidente de la Cámara del Senado en la sesión de clausura el 17 de julio de 1926. Caracas. Litografía del Comercio. 16 p., 25 cm.

La Escondida Senda. ("Años de aprendizaje de Simón Bolívar". "Visita de Leonardo de Vinci". "El Anti-Rousseau español". "Las divinas personas". "El paso errante...") Madrid. Talleres Espasa-Calpe S. A. 1927. 140 p... 1 h. 18 1/2 cm.

Lectura y glosa de escritores venezolanos (Casino Municipal de la Exposición de Sevilla el día 26 de octubre de 1929 con motivo de la semana de Venezuela.) Sevilla. Imp. Carmona, 1929, 27, 1 p., 21 cm. Contenido: "Andrés Bello". "Simón Bolívar". "Juan Vicente González". "Rafael María Baralt". "Cecilio Acosta". "Fermín Toro". "Jesús María Sistiaga".

Discurso leído en la Recepción del señor don Pedro-Emilio Coll como individuo de número de la Academia Nacional de la Historia. 28 de enero de 1934. 16 × 18 cm. 31 p. Edit. Elite. Tip. Vargas. Caracas, 1934.

Didácticas. Selección con prólogo del autor, que Pedro-Emilio Coll había preparado para una editorial de Caracas y la cual reproduce el Boletín de la Academia Nacional de la Historia en su número 117.

Manuel Díaz Rodríguez. *Confidencias de Psiquis.* Caracas. Tip. El Cojo, 1896. XXII, 134 p., 20 cm. Prólogo de Pedro-Emilio Coll.

Discursos en la recepción del Dr, Santiago Key-Ayala en la Academia Venezolana de la Lengua. Respuesta de Pedro-Emilio Coll. Imp. Bolívar. Caracas, 1914.

Mario Briceño Iragorry. *Lecturas Venezolanas.* Caracas, 1926. Edit. Sur-América. Contiene: "El diente roto", de Pedro Emilio Coll, el cual fue traducido al inglés en colecciones populares americanas.

Rufino Blanco Fombona. *Dos años y medio de inquietud.* Caracas. Tip. Impresores Unidos. 1942. 302 p., 14 × 19 cm. (Prólogo de Pedro-Emilio Coll.) Este estudio puede considerarse como el último trabajo de aliento de P. E. C.

Miguel Angel Mosqueda. *El Padre Borges o la Vida de un Romántico.* Edit. Grafolit. Caracas, 1946. (Prólogo de Pedro-Emilio Coll.)

Para un formal conocimiento de la obra de P. E. C. precisa consultar las revistas siguientes: *Cosmópolis, El Cojo Ilustrado, Alborada, Cultura Venezolana, Revista Nacional de Cultura* y, en general, la Prensa de Caracas. También deben consultarse sus notas del *Mercure de France.* En sus primeras crónicas de *El Cojo Ilustrado* usó el pseudónimo de Juan de Caracas, que ante reclamo de don Julio Calcaño, sustituyó por el de A. R. Lequín. Algunas veces se escondía tras el pseudónimo de Amer Picón.

(4) Recordó mal P. E. C. al decir que fue éste su primer artículo, pues en 1892 había publicado unas notas sobre Historia del Teatro. *Vide Supra.*

(5) Dr. Guillermo Tell Villegas.

(6) Dr. Jesús María Morales Marcano.

(7) Por demás insistía P. E. C. sobre este tema, ya que hubo quien se atrevió a decir que Juan Peña no era sino un calco del Pacheco queiroziano.

(8) Estos apuntes se escribieron como prólogo a la colección "El Paso Errante" que publicó la Biblioteca Popular del M. E. N.

TRAYECTORIA Y TRANSITO DE CARACCIOLO PARRA

TRAYECTORIA Y TRANSITO DE CARACCIOLO PARRA

(1901-1939)

> Me sentí satisfecho de oir decir a usted que ni la vanidad y presunción, tan corrientes entre escritores, ponían niebla en mi sentimiento amistoso.
>
> Y así me pasaba con Caracciolo: envidié, hasta donde no es pecado la envidia, la cultura y los merecimientos del amigo, pero fui celoso en pregonar su gloria como algo que quise por propio. *Carta a monseñor Pellín*. Guatemala, 10 de marzo de 1939.

Y pensarlo hace un año! Apenas faltan pocos días para que se cumpla el aniversario de la muerte de Caracciolo Parra. A Guatemala, donde residía entonces, me llegó la noticia como un verdadero hachazo. Con él perdía, recordando la frase de Plinio el Joven, "al testigo de mi vida". Fue para mí amigo como pocos. Nos unió una estrecha vinculación de afectos y de ideas, una fraternal camaradería que tuvo arrimo inicial en la antoñana Universidad de Mérida, que creció en los anchos claustros de la Universidad de Caracas, que tuvo la misma mirada inquisitiva sobre los viejos papeles de nuestros Archivos coloniales, que se acabaló en el estudio de los mismos problemas sociales y que se hizo leve para subir la escala de la común meditación religiosa.

Cuando nuestra Academia de la Historia vistió sus mejores galas para recibirle en su seno, Vicente Lecuna, director entonces, me dio encargo de saludarle en nombre del Instituto, para ello haciendo sólo mérito de nuestra fraterna amistad. A su muerte, el Colegio de Abogados de Caracas dispuso colocar su retrato en la galería de nuestros grandes jurisconsultos desaparecidos, y pensó en mí, estan-

do ausente, para un elogio que hubieran aceptado de grado egregios miembros suyos. Al elegírseme, se quiso honrar la amistad, se pensó que sería mi voz atribulada quien con mayor tinte de cariño podría evocar la figura prestigiosa del joven sabio cuya vida acababa de segar la ciega muerte.

Va para un año desde la fecha dolorosa en que una voz, incierta y transida de espanto, dio la noticia de que se había quedado rígida la mano que fue sabia y milagrosa para revivir los anales de nuestra cultura y cerrados los labios que sólo tuvieron palabras para enseñar buenos caminos a los hombres.

¿Hemos valorado en su tremenda realidad la muerte de Caracciolo Parra? Numerosos Centros científicos y literarios, de que era miembro, hablaron a América de la pérdida que con ella sufría nuestra Cultura. El Gobierno rindió a sus despojos honores máximos. Abrióse para la vela del cadáver el gran salón de la Cancillería, y el presidente y sus ministros encabezaron un cortejo sin precedentes en nuestros anales sociales. Iban en él, unidos por el dolor, los estudiantes a quienes separaba el calor de las disputas doctrinarias, y a cuyos hombros el maestro yacente, de paso hacia la tumba, hizo el último recorrido por los viejos claustros universitarios. Nuestra Prensa tuvo en su elogio frases elocuentes, y aun periódicos hostiles a su pensamiento calificaron su desaparición de "duelo nacional". Unánime la pena y conforme el juicio de nuestro público, *Fantoches,* que le hubiera combatido vivo, se alzó para elogiarlo muerto. Ya en él no se veía al hombre que representaba una idea capaz de despertar en otros una actitud pugnaz, sino el pensador y el erudito y el patriota y el gran caballero que hizo de su vida una línea recta y un muro. "Su muerte tradujo una impresión ilímite —referíame en carta Numa Quevedo—, conmovió a todos los sectores; ante su cadáver se descubrieron reverentes los venezolanos de todos los climas y todas las ideologías; fue un homenaje inmenso el que se le rindió; cayó cubierto de gloria." Venezuela se puso en pie para ofrecerle tributo digno de sus méritos, y nuestro pueblo nos dio una fresca lección de esperanza y de fe. No lo vio bien hasta la hora en que se fue para siempre; pero su mirada penetrante, pese a las lágrimas que pudieran hacerla turbia, comprendió que con aquella

muerte quedaba roto el arco de un gran destino. Nuestro pueblo probó, una vez más, que tiene de verdad el don de intuir y que en la hora precisa sabe levantarse para los actos definitivos. Porque, así los nieguen quienes se empeñan en acumular defectos sobre sus espaldas poderosas, nuestro pueblo sabe escuchar siempre las grandes consignas y sabe cumplir siempre los grandes deberes.

Arrogante se le vio cruzar entre las multitudes que parecían indiferentes a su paso. Pero de haberlos buscado, cualquiera habría tropezado con la opaca mirada de la anciana y con los tímidos ojos del niño mal vestido, que recordaban haberle visto llegar, en forma anónima y con la larga limosna en sus manos sin pecado, hasta sus miserables tugurios suburbanos. No gritó en la plaza pública ni embadurnó el papel oportunista para defender los derechos del pueblo. Huyó la demagogia con que nuestros impenitentes pseudo-próceres han buscado escalas a fin de llegar al Poder, que después sirvieron a cabalidad *pro domo sua.* Trabajó en silencio, como la hormiga, para la causa de la justicia. Sin ruido, sin ir en pos de voluntades ni de aplausos, fundamos una agrupación, de tinte católico, por supuesto, que quería preparar un núcleo de hombres capaces de representar y defender los ideales cristianos en la hora, prevista por todos, en que, concluida la dictadura, habría de surgir una verdadera lucha social. La asociación fracasó por pequeñeces que la piedad ordena olvidar, pero en las pocas actas que de ella quedan y que yo conservo, consta que la ponencia inicial de Caracciolo Parra fue: "¿Cuál es en justicia el tipo de salario mínimo de un obrero en Caracas?" Era necesario encauzar una acción realística que, partiendo de los llamados Centros de Acción Católica y de las propias clases dirigentes, evitase que en nuestro medio, a causa de egoísmo y de abandono, se diese, como fatalmente se dio, lo que Pío XI hubo de llamar "el gran escándalo del siglo XIX": los obreros amparándose bajo consignas sin contenido cristiano para la defensa de sus legítimos derechos.

Se le motejó de aristócrata y de hombre de oligarquías, porque nunca expuso para el reclamo oportunista el inventario de sus virtudes. Se le creyó del lado de los reaccionarios, porque lo callado de su acción le prestaba aspecto

de esquivez intencionada. Por medio de largas cartas, llenas de sinceridad y de afecto, discutíamos en 1936 y 1937 las líneas del proceso social que se desarrollaba en Venezuela. Disentíamos en algunos conceptos que, sin tocar la fe y la doctrina evangélica, nos llevaban a disparejas conclusiones. Era hombre de fría reflexión y juzgaba peligrosa la violencia de mis "idealismos". Además, él estaba metido en la fragua ideológica que fue Caracas durante aquellos años; yo, en cambio, respiraba el aire manso del ambiente costarricense. En alguna de mis cartas apuntaba el erradizo camino seguido por el sector amorfo que se abrogó entre nosotros el cognomento de "derechas", ("otras derechas", las llamó después con burla y gracia Rafael Caldera), y al punto, con marcada indignación, me respondió: "¿De dónde has sacado esa enorme paparrucha, hoy tan corriente, de derechas venezolanas?... ¡Si aquí no hay tales derechas ni cosa que se les parezca! A lo sumo unos tantos individuos que pueden llamarse racionalmente derechistas y dar la explicación de por qué lo son; y ellos están, por lo regular, apartados de todo género de ruido."

"Sabes —me escribía por diciembre de 1937, y hoy lo digo con palabras de Menéndez y Pelayo— que soy católico, apostólico y romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia en cualquier forma que se presente, sin rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso, lo cual equivale a decir que, con un convencimiento firme y apegado a la realidad de las cosas, sostengo la doctrina social de la Iglesia. No sólo la estampada en las Encíclicas de los últimos Papas, divulgadas en todo género de términos por exposiciones tan inconvenientes como faltas de originalidad, sino la sostenida desde los días clásicos por la excelsa pluma del Angélico y por la amable dulzura del Seráfico, ante la cual toda la moderna jerga de reivindicaciones y escándalos marxistas palidece y aun resulta "cavernícola". Recordarás que en nuestras largas conversaciones de otrora, manifesté con entusiasmo en varias oportunidades el deseo de escribir un libro que pusiera ante nuestros ojos actuales lo que pensó sobre la propiedad y sobre el derecho social la filosofía escolástica, con que muchos de los originales y atrevidos pensadores habrían de quedar en

pañales. Si es que aún tienen pañales y no hubieron de echarlos a lavar... Ni habrás olvidado que siempre enseñé en mi debatida cátedra de Principios que el capitalismo actual es hijo del siglo XVIII, y recordarás lo que del siglo XVIII escribí cuando aún me ocupaba en incorporarme a la Academia de la Historia... Cualquiera que, sin discernimiento de personas y circunstancias, leyera tus párrafos, me imaginaría capitalista como el que más y católico como el que menos, y nada más absurdo: aquí sólo tienen un mantenedor de la reforma social múltiple, la que se adapte a los medios y a la época dentro de la vasta ideología del cristianismo."

Porque él, con simpleza evangélica, conceptuó que sólo podían formar en un sector que fuera digno de llevar el distintivo de "derechas" —digno de estar, en su concepto cristiano, a la "derecha" del Padre— aquellos que dieran pan al hambriento, agua al sediento, vestido al desnudo y cálido abrigo al peregrino. Para las relaciones sociales creyó que sólo sea fuerza aglutinante la caridad de Cristo, el amor irrestricto de los hombres, la solidaridad que resulta de ver en cada ser humano un compañero y no un siervo que haga el trabajo que a otros lleve complacencias y holguras. Cristiano rancio, capaz de haber sobrellevado con deleite el silencio de las catacumbas, no se avenía a la contumelia de prestar su nombre para que encubriera a quienes, después de haber atacado con hechos positivos los ideales del cristianismo, buscaron, como las cigüeñas perseguidas y sólo para oportunidades de política, el alero piadoso de los templos. La caridad ordena el perdón, un recto sentido social promueve la convivencia, pero ninguna ética aconseja servir de escabel a los contrarios.

No era su criterio sobre las "izquierdas" ni asustadizo ni englobante de cualquier posición de política social. Porque conocía a fondo la dialéctica materialista y el carácter contrarrevolucionario del marxismo, sabía distinguir la neta actitud de los hombres. Al respecto me escribía: "A pesar de ser el izquierdismo una idea de comprensión realmente negativa, y, por consiguiente, relativamente fácil de alcanzar, el izquierdismo como facción política organizada en Venezuela es cosa que está muy por ver... Natural que las izquierdas distan menos de la realidad, por eso de la

comprensión negativa, pero ¿cuántos son los convencidos, los convencidos de verdad, de semejante ideología? Si entre nosotros hubiera "derechas" e "izquierdas" como en algunas partes de Europa, habría lucha por las ideas, convencimiento de algo ideal, sacrificios de orden superior, verdaderos partidos... Y todo eso, con perdón, está a mil leguas de distancia. Lo único que hay, fuera de muchas tendencias interesadas, soberanamente personalistas, es el prurito de querer usar para nosotros la terminología europea."

★

Marcó sin banderías oportunistas rumbos firmes para ganar el ancho campo de la justicia. Desde su cátedra de la Universidad —cátedra que él hizo— enseñó con criterio respetuoso los Principios de Derecho. Explicó su escuela —la del Nuevo Derecho Natural—, pero con ella explicó también los sistemas adversos y enseñó la difícil metodología de la materia. De sus alumnos, todos no siguieron, claro, el núcleo central de sus ideas, pero todos, en cambio, aprendieron la ciencia ardua de la investigación jurídica. Enseñó a aprender. Fue maestro hasta en esto. Y así se ha dado el caso, que bastante lo honra, de haber sido reemplazado por discípulo que, sin seguir las huellas centrales de su enseñanza, aprendió Derecho, tanto como para enseñarlo después, y con otras líneas, bajo su experto guión profesoral. Ningún mentís mejor contra quienes quisieron calificarlo de mecánico repetidor de desusados sistemas escolásticos. Tan claras y libres fueron sus enseñanzas jurídicas, que no faltó quienes le señalaran ante las autoridades del viejo régimen como alentador de principios contrarios a la mentalidad ejecutiva. Y hasta había razón. Pocos como él explicaron en nuestra Universidad con mayor precisión los derechos de la personalidad humana y la noción exacta de la soberanía pública, y ello sin haber de recurrir ni a Hobbes ni a Rousseau, sino a la vieja esencia cristiana del derecho público, que predicaron Tomás de Aquino y Vitoria y Bañes y Laínez y el perseguido de ingleses y franceses, Roberto Belarmino, a quien pudieran eregir por patrono los defensores de la democracia y de la autodeterminación popular. ¡No podía preparar para una actitud de

rebaño quien sabía mirar en el fondo del ente humano una conciencia tocada de lo divino!

Por ello en su cátedra enseñó a distinguir los inmanentes derechos de la personalidad de los derechos del individuo como cédula de una sociedad de artificial origen. Explicó que el individualismo, mosto de demagogias, desemboca en el abultamiento del Poder, que convida a las tiranías con que huelgan "los violentos contra el prójimo"; mientras el ejercicio racional de los derechos de la personalidad humana —fin del Estado—, al buscar por módulo lo justo, hace necesaria y fuerte la Autoridad, creadora del bienestar social. De aquél viene el "acto de fuerza", propenso a destruir. De la otra viene la ley, enderezada a defender la comunidad y las personas.

Desde el año 30 hasta su muerte, Caracciolo Parra profesó Principios Generales del Derecho en la Universidad de Caracas. Era una cátedra sin antecedentes, pues roto había quedado el nexo que pudiera unirla a la época brillante en que con el nombre de Filosofía del Derecho estuvo a cargo de nuestro gran filósofo y jurista Esteban Gil Borges, cuyas lecciones escuchó con fruto cierto y aliento enorme Caracciolo Parra. En ella puso toda su voluntad y todo su cariño de estudioso. Enfermo ya, minada su salud del morbo fatal que se escurrió a la pesquisa médica, y al referirme por octubre de 1938 el resultado de los últimos exámenes clínicos y la angustia de los tratamientos ensayados, concluía diciéndome, con resignada alegría de trabajador que vence la fatiga: "Los ratos de clase (no lo creerás) son los mejores: sigo siendo el mismo profesor de Principios Generales del Derecho, gritón y expresivo, que conociste cuando me oías retazos de clases desde las puertas."

Jurado severo en los exámenes, no quebró la justicia para favorecer a quienes siguieran sus ideas. Entre otros tantos, el hecho siguiente lo contesta. Daba la prueba oral para ganar matrícula de Derecho Público Eclesiástico (que enseñaba a la par de los Principios del Derecho), uno de los más resaltantes líderes de la juventud izquierdista universitaria (*). A la suerte salió un tema sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El examinando discurrió vi-

(*) Jóvito Villalba.

brante de elocuencia y afincado en copia de argumentos contra los principios de Parra. Valeroso, y con dialéctica apropiada, sostuvo su tesis, hasta llamar la atención de los alumnos, acudidos a presenciar aquel torneo entre el maestro y el compañero que tipificaba la reacción contra su ideario. Hechas las calificaciones, se dio al estudiante la máxima puntuación reglamentaria, y al ser interrogado Parra sobre el caso, respondió, con la serenidad de quien ha cumplido un natural deber: "Como jurado no vengo a calificar ideas sino a juzgar capacidades."

★

Fue un fervoroso animador de los estudios de nuestra época colonial, y entró en ellos con buenas armas que le defendieron del terror que a los asustadizos causaban sus "tinieblas". En esa labor, que era de tala para construir después, ya habían dado pasos largos Angel César Rivas, Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz. Estos vieron lo realístico del caso y apuntaron el hecho de que nuestra independencia no llegó de fuera, sino por lo contrario, fue un proceso de explosión de fuerzas interiores. Pero faltaba en la causación explicada por aquellos maestros un elemento que apenas se mentaba con acento tímido: la madurez de una cultura propia de la Colonia. Aquí radica el mérito de la obra de Caracciolo Parra. Con una laboriosidad pasmosa buscó los elementos que comprobaron este aserto. Y tras una benedictina indagación de datos y sobrancero de lógicas conclusiones, echó a la luz de la crítica sus obras fundamentales: *La instrucción en Caracas* (1567-1725) y *Filosofía Universitaria Venezolana* (1785-1811), las que podrían mostrar como legítimo trofeo, y a manera de explicit, la sentencia horaciana: "Si tenéis en vuestras manos algo mejor, mostrádnoslo, y si no, someteos."

A dichas obras hizo referencia, para controvertir algunas conclusiones y no sin pagar antes tributo de respeto al eminente desaparecido, el joven escritor Julián Padrón, en meditado ensayo que publicó nuestra *Revista Nacional de Cultura.* Colaborador de Parra en su labor hispanista, juzgué deber mío dirigir a Padrón larga carta que pusiera

en claro la verdadera intención de nuestros pensamientos. El propio Padrón y Mariano Picón-Salas, director de la revista, quisieron que yo autorizara la inserción en ella de mi carta, de la cual hoy entresaco aquellos párrafos donde considero fijados tanto la posición del pensamiento hispanista del compañero insustituible, como el propio ambiente nacional que rodeaba el debatido problema histórico.

"Desgraciadamente —escribía yo a Padrón—, la historia de las ideas, más que la crítica de los hechos, suele sufrir la influencia retrospectiva del presente. La crítica de nuestro pasado colonial (pasado "nuestro", no pasado peninsular) soportó por muy largo tiempo en nuestra América la influencia de la propia lucha independiente. Eso era lógico que sucediera. En momentos de guerra, al enemigo se acumula toda manera de errores. Con España aquello se juzgó hasta un "deber" patriótico. Venida la calma para la revisión sincera de los hechos, surgió una corriente de revaluación de la obra española, y se halló que muchos asertos apriorísticos tenían que ceder ante la revelación de la verdad que aparecía del descombramiento acabado por la crítica. En lo que dice a Cultura, es hoy aceptado generalmente que la organización colonial se ajustó a los reclamos del tiempo. Hubo una labor educativa uniforme, con los vicios de la época, como fatalmente debía ser, pero que desembocó en una realidad innegable: en 1810, año inicial de la revolución, existía una generación que se había disciplinado en las aulas coloniales. (Esto destruye la tesis del milagro de los autodidactas.) Esta generación fue fruto de la enseñanza que entonces se servía, pesia los defectos que le señala el licenciado Sanz, en las Universidades y Cátedras conventuales de América. No es cierto que la bondad de dicha enseñanza se debiera a que fuese católica, como tampoco es cierta la tesis contraria, sostenida por muchos y que usted no acepta, de que fuera mala por ser católica. Nos hallamos frente a un hecho: hubo una sistematización cultural que en colonias españolas no pudo ser entonces sino católica. De este hecho pasamos fatalmente a otro: los padres de la Independencia estaban saturados de esa cultura. Queda una tesis de fondo, que ha sido entre nuestros intelectuales una verdadera manzana de discordia: ¿era propicia o no la tradición española como

clima para ideas de autonomía y libertad política? Cuando se considera como esencia de lo español el fanatismo y la ignorancia. claro que la respuesta ha de ser negativa; pero la tradición española no es eso; de lo contrario, la verdadera tradición española es de autodeterminación y libertad. Esa tradición vino a América en forma orgánica y anidó en los Cabildos coloniales, que tanto en Venezuela como en Guatemala empezaron por contradecir los mandatos reales. (En Coro, el caso de Santillana y el posterior testamento de Villacinda, hacen par con la actitud del Cabildo de Almolonga, que erige a doña Beatriz de la Cueva por gobernadora y casi adelantada, a la muerte de Alvarado.) A la característica pasional se unía, además, una circunstancia intelectual: la escuela jurídica española era tradicionalmente opuesta al derecho divino de los reyes (tesis anglo-francesa que, combatida en España, vino, durante la gobernación de los reyes borbónicos, a injertarse artificialmente en la neta tradición que arranca de los viejos concilios visigóticos). Cuando nuestros padres dijeron que al pueblo tocaba el ejercicio de la soberanía que a Fernando VII era imposible ejercer, no discurrieron en francés, sino en viejo español, aunque coincidan las formas declarativas con la prédica revolucionaria. Esa doctrina de la soberanía, bien lo sabe usted, era enseñada desde tiempos ya largos por los teólogos católicos (eso en cambio no lo supieron o no quisieron saberlo muchos de nuestras generaciones pasadas), y esa doctrina, no condenada, sino fomentada, por la escuela española, hablaba en nuestros padres, maridada al eco permanente de aquellas voces recias y altivas que Carlos V, con su violencia germánica, quiso acallar en las gargantas de los comuneros de Castilla, que si en verdad fueron derrotados en la Península, supieron insuflar en nuestra América todo el empuje de su arisca naturaleza. Por ello es respetable el Municipio como institución política americana. En el Ayuntamiento colonial tuvo segura ciudadela la esencia de la rebeldía española, y entre nosotros se apagó la República mientras dichos cuerpos sufrieron la *capitis deminutio maxima* a que fueron sometidos por la autocracia de nuestras dictaduras seriales. Otro elemento que empujó a las provincias hacia la independencia fue el desarrollo de las formas eco-

nómicas. En sus consideraciones sobre la Guipuzcoana, Augusto Mijares, con esa tinosidad que le es propia, enfoca lo que representó para el empuje autodeterminativo el avance de nuestra burguesía criolla, como clase que aspiraba a tornarse en "Estado". Y van tres causas para impulsar el movimiento de independencia: dos orgánicas (tradición latente de soberanía política y formas económicas que buscaban mayor radio de expansión y mejor oportunidad de consolidación), y una intelectual (cultura intelectual propia). A estos principios causales se agregaron dos más, de carácter externo: la independencia de Norteamérica (donde no había, según Miranda, a la hora de la emancipación, el grado de cultura que existía en Caracas), y el fuego rebelde que atizó en las conciencias la Revolución francesa, confundidos ambos en la obra formidable de la propaganda mirandina. (Duarte Level y Gil Fortoul colocan en su justo sitio las proposiciones de estas influencias.)

"No se puede negar, mi querido colega, el valor de la cultura colonial (cultura de sedimentación) como elemento propio en el encauzamiento de la independencia de América. No creo yo que se pueda desechar esta corriente porque de ella resulte algún mérito para la doctrina católica que informaba la enseñanza colonial. No se trata de actualizar una lucha de doctrinas, sino de esclarecer una verdad. Cuando el liberalismo a la moda en 1830 se dio entre nosotros a la labor de negar todo lo que no fuera obra suya, bien estuvo entre sus planes de obstrucción a lo que representase una fuerza tradicionalista, por cuanto se creyó con ello romper vallas que se oponían al deseado progreso de las instituciones. Hoy el caso es otro. Católica o no católica, hubo una cultura que dio su fruto, y el fruto fue bueno. El fruto fue nada menos que la Independencia. Hubo una cultura que marchó, un esfuerzo que permitió a la crisálida romper su urdimbre. No hubo hiato, ni abismo, ni salto. Hubo una continuidad sin solución, porque suelen las revoluciones ser el climax de un proceso sedimentario. Y curioso el caso nuestro: nuestro clero fue mayoritariamente adicto a la causa separatista. Lasso de la Vega, que en sus primeros años fue realista, prestó invalorables servicios a la pacificación, y monseñor Méndez pudo mostrar, con el cayado pastoral, la lanza llanera que tuvo en el Yagual.

Desde el punto de vista de la independencia, no hubo justificación para que se atacase la doctrina católica. Distinto el caso de Guatemala: cuando Morazán lanzó fuera al arzobispo Cassaus y Torres, tuvo razón para ello, pues su ilustrísima animaba en toda forma, junto con el alto clero, las intenciones del partido servil, clamoroso por la dominación española. En Venezuela no hubo oposición entre catolicidad e independencia. En cambio, existen muchos historiadores y críticos que niegan la cultura colonial por su neto tinte católico. Yo sé que usted no está en esta posición unilateral. Su claro talento y su amor a la verdad le obligan a tener abiertas todas las ventanas del espíritu. Pertenece usted a esa juventud que en nuestra Patria ya se anuncia desnuda de toda intolerancia, juventud que aspira a crear sin destruir lo que es justo que viva en el tiempo, juventud respetuosa de la libertad ajena, a que tanto se han negado, plagiando a los inquisidores, muchos de los representantes de lo que allá se dio en llamar liberalismo. Porque, mi querido Padrón, el liberalismo ha tenido entre nosotros formidables "jesuitas" de sotana al rojo vivo. Yo no conozco nada más intolerable que un viejo liberal venezolano del 70. Por eso han venido a parar, en razón de un absurdo proceso involutivo, en la mera caverna donde se guarecen a la hora actual todos aquellos que se aferran en negar el mínimum de libertad que corresponde a los ciudadanos en razón de ser hombres. Sabe usted por sus estudios y experiencia personal que la República, con tanto devaneo opuesto a la Colonia por ciertos historiadores y políticos nuestros, no ha sido para muchos sino un mito aprovechable para lucrar con tesis oportunistas. En nombre de bellas ideas y de principios liberales, que usted y yo estamos obligados a respetar y a propugnar, se dirigieron desde la llanura de la oposión, con voces de tormenta apocalíptica, contra los tiranos que injuriaban la dignidad de la patria. Después, esos pseudo Jeremías de la libertad, llegados a la cima del poder, olvidaron el tono rebelde de mejores tiempos y se convirtieron en mentores dóciles del dictador de turno. Apostataron de la hora en que, como yunques, hubieron de soportar el peso cotidiano del rudo martillo, y al ver la posibilidad de cambiar de destino, hicieron frente con los hombres que dirigían los martilla-

zos, con la clase o círculo perpetuo que ha hecho profesión de la intolerancia y la injusticia.

"Esa tendencia de política menuda ha querido dar oportunidad beligerante a la revaluación de la cultura española en Venezuela, labor a la cual han contribuido no sólo historiadores católicos como Parra y Febres Cordero, sino historiadores de ideas no religiosas como Rivas, Vallenilla Lanz, Arcaya, Parra Pérez, Rafael Domínguez, García Chuecos y otros. Se ha llamado tesis peligrosa sostener que no fue apretada noche de ignominia la Colonia. Tampoco se ha sostenido por nadie que fuera un dorado mediodía de gloria. ¿Que las leyes de Indias pasaron el Atlántico para ser violadas? ¡Palabras! Muchas se cumplieron. En cambio, nuestra legislación republicana no ha necesitado mejorarse el pie de imprenta para hallar violadores. Han nacido leyes, muchas hechas y contrahechas por los enemigos de la revaluación colonial, signadas de estupro. No se necesita ninguno de los dos extremos, a la par desechables como todos los extremismos. Ni alabar lo bueno que hubo en la obra colonial significa deseos de volver a ella, ni censurar los malos hechos realizados en la República quiere decir reniego de su forma y desamor a sus principios admirables. No creo que en Historia haya verdades peligrosas. Habrá peligrosas utilizaciones de tesis históricas. Por lo que dice a anchar los horizontes de la patria, integrándole la era colonial, no he supuesto en ello ningún peligro; en cambio, sí un fundamento de derechos. Vea lo que hoy vale la Historia para robustecer la tesis autonómica de los viejos Ayuntamientos, tan amenazada por ciertas tendencias surgidas en la República. Parece una paradoja: la más pura institución republicana tiene enredadas sus fuertes raíces en las piedras sillares de la Colonia. El león y la salutación mariana del escudo de Caracas no representan ni monarquismo ni clericalismo: representan, en cambio, enjundia democrática."

Las reflexiones que anteceden son buena parte para juzgar la calidad del ataque de que fueron objeto los medulosos trabajos de Parra. Son apenas eco de una lucha sorda, insistente, antojadiza, que se abrió contra él. Se habló, aun por personas de fina mentalidad y anchas entendederas, de la "peligrosidad" doctrinaria de la tesis exal-

tante de nuestra cultura colonial. Lo que no debió ser visto sino como un honesto esfuerzo en pro de nuestros estudios históricos, fue tomado, en época de general marasmo disquisitivo, como ocasión para fomentar banderías que, bajo color de lucha de ideas, trillaron aun los propios caminos de la política. Pero no es ésta la hora de revivir agonizantes rescoldos, y ya la muerte, con su amargo peso de dolor, ha llamado a meditar sin intereses de grupo y de divisas sobre la obra fecunda del malogrado historiador de nuestra colonia. Allí está su labor. Sus estudios críticos sobre la visita del obispo Martí, sobre el padre Alonso Zamora, Juan de Castellanos, Oviedo y Baños, fray Pedro de Aguado y Caulín y sus investigaciones en los Archivos de la Universidad de Caracas, son, a la par de monumentos que sabrán mantener a su memoria una lámpara perpetua de admiración, fuentes preciosas en las cuales se verán precisados de abrevar quienes intenten conocer los secretos de nuestro pasado.

★

A Caracciolo Parra se le llamó fanático por cuanto entendió la fe en una forma plenaria. Caracciolo Parra fue siempre el hombre en acto. No descoyuntó su pensamiento de la acción. Antes que él, había pasado por la Universidad de Caracas un gran católico, a quien el pueblo, con su maravilloso poder comprensivo, ha llevado, adelantándose a las exigentes formalidades eclesiásticas, hasta los humildes altares. El doctor José Gregorio Hernández dejó halo perdurable de su paso por las aulas universitarias, donde explicó, el primero, Bacteriología e Histología Normal. Un día la Academia de Medicina resolvió vestir arreos teológicos y proferir sentencias dogmáticas. Se pidió para una estupenda declaración de principios el parecer de los académicos acerca de la legitimidad de la doctrina de la descendencia. El doctor Hernández se limitó a responder: "Hay dos doctrinas que explican el origen del hombre. La creacionista y la evolucionista. Yo soy creacionista." Aquella era la posición de un hombre de adentro, de un hombre cuya serenidad no se sentía alterada por los errores de los otros y que buscaba sólo afinar las líneas purísimas

de su torre interior. Con discutir no creyó hacer un servicio a su fe. Le bastaba sentir siempre fatigadas las manos de practicar el bien. Si a Caracciolo Parra, en el terreno jurídico, y aún en el teológico, en que además fue maestro, se le hubiese pedido una declaración semejante, habría escrito, con las manos también fatigadas de servir, un tratado que legitimara las raíces de su creencia. No para imponerla, sino para que se supiese por qué pensaba así. Y de faltarle razones, hubiera exclamado con el apotegma de Tertuliano: *Credo quia absurdum.* Porque Caracciolo Parra era un hombre de adentro y de afuera.

Esta modalidad de Parra representaba, hasta cierto punto, un aspecto nada común entre nuestros hombre de pensamiento. No hago una aseveración absolutista, por cuanto siempre hemos tenido en el laicato robustas mentalidades dispuestas a defender la integridad de los principios. Pero ha pasado con nuestro pensamiento católico, y también con los ideales revolucionarios, lo que sucede con los vestidos de moda: se usan a determinadas horas. ¡Cuántas veces en nuestros Parlamentos, escritores que hoy son tomados como representativos del pensamiento católico de su tiempo, estuvieron aun de parte del cisma religioso cuando se trató de no contradecir al dictador en turno! Dejaron la Cámara, arrepentidos o no de la conducta del momento, y siguieron mostrándose impasibles como buenos fieles. También desde el campo de la oposición de los Gobiernos se han proclamado ideales de mejoramiento y de honestidad pública, pero en llegándose a las altas posiciones donde pudieran ser servidos tales propósitos, se les olvida y se reniega de ellos. De esa madera de hombre no estaba construida la recia personalidad de Caracciolo Parra. Parecía, de lo contrario, que el pensamiento en él no se detuviese nunca para considerar la necesidad de cumplir un deber. Era una actitud resuelta desde antes. Era una consigna en marcha. Obraba como ágil trabajador que hubiese recibido en sueños el programa laborable del nuevo día. Con abrir el sol, sabía su deber.

Cuando se desató en 1929 un ataque desprovisto de juridicidad y de apariencia legal contra los intereses de la Iglesia, Parra estuvo listo para servir la causa lesionada. Estuvo listo y alerta, marcando acento de combate en

las propias autoridades eclesiásticas. Se expulsó violentamente a un obispo, sin que se cumplieran los trámites del juicio que prescriben las leyes de la República, y movidos los sucesos por secretas razones de política menuda. Era urgente que la Iglesia asumiera una actitud conforme con su dignidad institucional y con el propio atentado que se cometía contra la majestad de las leyes civiles de la nación. Firme, tanto como pudieron estarlo Méndez y Arias y Bosset y Guevara y Lira, el arzobispo de Caracas se negó en un principio a ir hasta el viejo caudillo que dirigía la política de la República para pedir una rectificación de los hechos. "Me corresponde sólo protestar ante el público y hacer mi equipaje para seguir al extrañado." Momento feliz en la vida de Caracciolo Parra fue aquel en que oímos de labios del manso pastor, de quien la calumnia extraña y la falta de piedad han hecho un "varón de dolores", esa declaración digna de grandes obispos. Caracciolo Parra le amaba desde niño y, desafiando arteras suspicacias, le defendió con calor hasta la hora de la muerte. La talla del defensor previene los espíritus a la confianza de la justicia. Y a su lado estuvo entonces, enérgico, con la aportación de sus profundos conocimientos jurídicos. Otro curso, distinto del señalado por el arzobispo y sus consejeros y que aquél aceptó por razones poderosas, hubieron de tomar las negociaciones. Pero vigilante y celoso del prestigio de la Iglesia, Caracciolo Parra no descuidó momento alguno para mantener viva la llama de la protesta, viva en el esquema que escribimos de aquella célebre carta en que el Episcopado públicamente desautorizó la propia palabra narrativa del presidente de la República. Días de lucha, tremendos momentos en que se temió una verdadera crisis social, alentada aun por elementos no católicos que comprendían la juridicidad de la posición eclesiástica. Hubo un momento en que los amigos de la Iglesia creímos en peligro la misma libertad personal, y en que se vio inminente la expulsión del propio Episcopado. Caracciolo Parra no soslayó en su actitud de animador de la conducta que pusiera en alto la ultrajada dignidad de la Iglesia, y, en cambio, contemplaba la perspectiva de la cárcel o del exilio con la naturalidad con que a fin de año el estudiante espera las vacaciones de tabla.

Aun con el temor de recargar estas líneas de datos que carecen de atingencia con la personalidad de nuestro gran muerto, un deber de justicia, grato al espíritu de quien la sirvió siempre, me impulsa a comentar un hecho que de muchos permanece ignorado en Venezuela. El *statu quo* que permitió en 1931 un arreglo pacífico del conflicto, fue obra de Rubén González. Carácter enérgico y apasionado, no midió la peligrosidad de la expulsión sin juicio del obispo. Pero tras su apasionamiento genial, González poseía en grado extremo grandes virtudes de patriota. Creyó servir a la misma Iglesia con la ejecución de medidas tendentes a evitar la entrada irrestricta de clero extranjero y a hacer respetar ciertas leyes de la República, y desencadenó con ello una tempestad, más que por las propias medidas, por la ausencia de procedimientos legítimos en su aplicación. Cuando la lucha llegó a su climax, González dio cuenta al Jefe del País de la actitud, por el Gobierno calificada de levantisca, del Episcopado Nacional. Y Gómez con lógica unilateral y creído de que el clero fraguaba una revolución, se limitó a responder: "Allá ustedes con sus papeles. Hagan lo que crean conveniente, que yo tengo mi ejército listo." Y el patriota dominó al violento. Rubén González midió la trascendencia dolorosa de una lucha que podía ensangrentar el suelo de la Patria, y en el siguiente Gabinete propuso, con mengua de su personal prestigio político y con la derrota de sus ideas, hacer a un lado la cuestión religiosa.

Lucha estéril para la República, angustiosa para la Iglesia, que de no haber tomado una actitud defensiva de sus derechos se hubiera convertido en cómplice por quietud del atentado procedimental que se aplicó a un obispo suyo, ciudadano venezolano, arrojado de la patria en peores condiciones que los extranjeros indeseables, sin apenas permitírsele decir adiós a sus ancianos padres. Y si Caracciolo Parra estuvo sin titubeos al lado de la Iglesia y sus pastores en aquellos momentos de conflicto, no lo hizo en razón de ciego sectarismo. Sus argumentos tenían asidero en la ley civil, en la letra violada de la Carta Fundamental y en los preceptos del Patronato que la República sostiene como ley legítima. El propio Gobierno tuvo pudor en reproducir, con los demás documentos del caso, el alegato

legal que le dirigieron las autoridades eclesiásticas para probar lo arbitrario de la expulsión del obispo de Valencia. Periodista laico, que mordía el pan de la pobreza, como Leopoldo Landaeta, se negó por decoro a tomar la defensa del Gobierno. Servir la justicia, y más en causa propia, como es la de la Iglesia para los católicos, no es ser fanático, sino ser un hombre honrado.

Años más tarde a Caracciolo Parra se presentó un memorándum encaminado a pedir al Gobierno Nacional que no fuera atendida la solicitud que un sector izquierdista le dirigía en orden a que se expulsara a la Compañía de Jesús, de acuerdo con un viejo decreto del régimen de los Monagas, tachado al efecto de arbitrario. Y Caracciolo Parra, amigo como el que más de la Compañía, al punto respondió: "Mal puedo suscribir un documento en que se pide al presidente de la República que no cumpla un decreto en razón de calificarse éste de arbitrario. Sería propugnar la anarquía administrativa. Estoy, en cambio, a las órdenes de ustedes para dirigir al presidente un memorial probatorio de que dicho decreto dejó de tener fuerza ejecutiva, por sólo haber sido reglamentario de una ley que fue oportunamente derogada y que, si posteriormente tuvo coacción legal a su favor, obedeció a haber estado durante algunos años incluido como excepción de las garantías individuales que enumera la Constitución de la República."

Clara lección aquella que sirve para exhibirle como hombre recto, buscador para sus actos públicos, no del apoyo de los sentimientos personales, sino de la robusta armazón de las leyes, sostén de las repúblicas. Allí estaba de resalto el austero varón que supo conquistar para su vida, enmarcada aún en las lindes de la juventud, un respeto del que pocas veces disfrutan las mismas personas mayores. A la autoridad de su palabra, cargada de claras razones y de densos juicios, unió, en feliz consorcio, el sereno dominio que le prestaban su rectitud y clareza de conducta. Porque Caracciolo Parra fue un muro donde se quebraba irremediablemente el oleaje de las pasiones. "Ponía el divino Platón —decíame en carta— la verdadera armonía en el ágil dominio de la razón sobre la sensibilidad y sobre el apetito." El supo cumplir la consigna del filósofo, y como tal cumplidor, y aunque no lo creyeran quienes le veían

defender con torrente de razones sus principios y su fe, pudo decir de sí mismo: "Soy de temperamento completamente desapasionado." Poseyó el equilibrio que los escolásticos designaron *coincidentia opossitorum.*

Su vida discurrió en medio de un riguroso inventario moral. Y si fue severo como juez de extraños, más lo fue, hasta la férrea intransigencia, en lo que se refería a sí mismo. Tenía balanza fina para pesar los ápices. Perdonaba una injusticia, olvidaba la mano que intentara herirle, no tomaba cuenta de quienes quisieran hacerle daño. Vivió en perenne trance de perdón. En cambio, consigo mismo fue de una severidad que no aceptaba componendas. Puede disentirse de su manera de pensar, pero no de su manera de obrar. Los mismos que discutieron sus ideas le rendían pleitesía por el modo de defenderlas. Los mismos que temieron la fuerza avasalladora de su talento, estaban prestos a reconocer su formidable poder constructivo. Nació signado por el Destino para labrar una estatua ejemplar y tomó como materia viva su propia personalidad. Miguel Angel no habría construido nunca una figura humana de líneas más logradas. En medio de la gran quiebra de una generación que parece haber perdido su sistema de valores, es recomendable la imitación de su existencia.

★

Por sobre todas sus singulares virtudes, estaba en Caracciolo Parra la virtud del constructor. Fue hombre de una actividad prodigiosa. Trabajaba siempre. Nunca dio descanso ni al brazo ni al cerebro. Fundó una empresa editorial y de ella salieron libros que son prez de nuestra bibliografía. Ediciones esmeradas que él mismo corregía y cuyas largas galeradas, vistiendo la blusa del trabajador, impuso con sus propias manos, a la par de los obreros. Entre la Universidad, cuya vicerrectoría ejerció durante ocho años, y la empresa editorial, discurrió su tiempo entregado a una recia labor de cultura. "Me hace falta el diario ruido de las máquinas", decíame en una de las raras ocasiones en que permaneció más de un día sin ir a ella. En sus cartas evocaba el recuerdo de las horas de trabajo: "Me ha complacido mucho la lectura, casi simultánea, de tus tres últimas

cartas. Me pareció estar en aquel sucio recibo de la imprenta, echado sobre el clásico escritorio de corregir pruebas. Tú, el mismo: vehemente crítico, dado a idealidades y teorías."

Editaba libros propios y editaba libros de otros. Sin su esfuerzo formidable, la *Visita* del obispo Martí sería aún fuente secreta donde entraran a saco apenas unos cuantos; las *Elegías*, de Castellanos, el férreo vate de nuestra conquista, seguirían sin lectores en el rigor de las apretadas columnas de la Biblioteca Rivadeneira, más propia para hacer ciegos que eruditos, según buen decir de Caro; aquella reedición de Oviedo y Baños, de todas la mejor hecha, completada con las crónicas de Caulín y Aguado, que dan una visión integral de las regiones que después conjugaron la gran patria venezolana, fue acaso una de las mejores aportaciones suyas a la divulgación de la historia colonial. ¡Qué maravilla de juicio acerca de nuestro gran clásico! Entraba en sus propósitos de editor la publicación del *Cedulario de Caracas*, monumento donde inédita se guarda, junto con la historia civil y militar de nuestra ilustre capital, la raigambre de aquel derecho municipal, vale decir popular, que permitió a nuestros padres poner definitivas lindes al Gobierno de Emparan y de España. Para regalo de eruditos, planeaba la reedición de Flores de Ocariz, a menudo consultado por los afanosos de las genealogías, en que también fue experto, no guiado por vano interés de manidos prestigios heráldicos, sino deseoso de ahondar las raíces de nuestro plasma social. Bien entendía él, según me fue dado escribir en alguna parte, que "no es nuevo en la República el poco precio en que el venezolano ha sabido tener las diferenciaciones que arrancan de proceder los individuos, ora de frondosos árboles cuyas semillas germinaron al ventalle de las praderas castellanas, ora de árboles crecidos al soplo abrasador de las selvas africanas, ora de humildes arbustos cultivados en la cumbre donde la indiada rebelde fundó la ciudadela que defendiera su indómito señorío". Entraba a los archivos y mientras otros gastaban días y días en la difícil interpretación de las complicadas escrituras curialescas, él en breves horas regresaba a su mesa de labor con copiosos apuntes para construir las citas eruditas de que están sobrecargados sus libros admirables. Pasó por la Dirección de la Biblioteca

Nacional y en pocas semanas conocía los ricos fondos que arrancan de las viejas librerías de los obispos y de los conventos coloniales. Se recibió en la decaída Academia Venezolana de la Lengua y luego hubo en ella biblioteca abierta y revista nítida y jugosa, que él mismo dirigía y editaba. Enseñaba Derecho en la Universidad, explicaba Filosofía en el Liceo y, como si fuera poco este trabajo, dedicaba una hora diaria, sin remuneración alguna, a enseñar Cultura Cívica y Psicología y Metodología Pedagógica a un grupo de muchachas que en el Colegio de Santa Rosa de Lima seguían curso para el Magisterio. Daba su tiempo a esta obra de sembrador, porque entendía que con ello estaba sirviendo a la República y que al formar maestras, cooperaba a la forja de futuros espíritus. Bien sabía que educar es tanto como engendrar moralmente a través de las generaciones venideras.

★

Su acervo literario arrancaba de las viejas y siempre frescas fuentes castellanas. Conocía por menudo nuestros grandes clásicos. De ahí su estilo de elegancia sobria y expresión rotunda. Acaso frío, pero con la impecable majestad de un añejo sillón español, resaltado de áspera talla, cuyo destino fuera dar manso reposo a los altos de un andante caballero. En quien vistió su vida de un hábito severo que le hacía ajeno a toda diversión de tiempo, fue muy seguidero placer la lectura y el examen minucioso de los maestros que fijaron el propio genio de la lengua. Gustaba con deleite de Granada y de Quevedo: de Quevedo el de las obras serias, el del Tratado de la Trinidad y la vida de Santo Tomás de Villanueva; Quevedo festivo se le caía de las manos. La arrebatadora elocuencia de Granada y el íntimo acento que promueve Fray Luis de León, fueron manjares multisápidos para sus horas de festín. Lope y Calderón no faltaron nunca en su mesa de trabajo. A ellos acudía frecuentemente en busca de la destacada fecundidad poética, y con qué placer goloso leía y releía, admirando al poeta y al filósofo y al teólogo y aún al fino caballero que ella acusa, la descripción que Lope hace en *Pastores de Belén* del parto de la Virgen: Su natural adusto se aniñaba hasta querer entrar de furto en aquella cámara secreta donde el dolor

humano desapareció a la lumbre de la alegría divina. La naturaleza de su espíritu y los varios climas de su cultura, le hacían tener por maestro sin igual a aquél su hermano mayor en saberes, el formidable don Marcelino Menéndez y Pelayo, cumbre para él del pensamiento de España, y a quien de vivir más años pudo haber sustituido para honra de nuestra América. Le bastó apenas una docena de años de labor fecunda para que de él pudiera decirse con palabras del Sabio: "Con lo poco que vivió llenó la carrera de una larga vida." El era de la clara estirpe de los Bellos y los Caros. Clara y única estirpe que debiera dividir a los hombres. Pero sobre todas sus preferencias, por encima de la *Guía de Pecadores* y de los propios *Nonmbres de Cristo*, más allá de todos sus relamidos gustos literarios, estaban los padres de la Mística carmelitana: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. El hombre de la lógica y la eurística, el razonador de examen minucioso y recio, el calculado constructor de fornidas tesis jurídicas, abría las alas al vigilante poeta que se ocultaba tras su poco sensible natural y daba por entero el espíritu a las tentativas lucubraciones de la mística. *Las Moradas* y *La noche oscura del alma* eran como recatados jardines donde su espíritu gustaba las más exquisitas complacencias. Vinos añejos, guardados en odres primorosos por manos de ángeles, le embriagaban hasta el olvido del sentido. Indiferente al espectáculo del mar y de los campos, no detenía la mirada en las formas sensibles de la naturaleza. Para hallar soberanos deleites, pedía prestada al Extático su escala invisible y por ella, en místico arrobo, trepaba hasta las cumbres de espantosa soledad donde el hombre, con el alma desnuda de otra cosa, se encuentra en comunión con Dios. Minúscula y fragante flor lograda en estos viajes interiores, es aquel primoroso ensayo suyo sobre la Poesía Mística, perdidizo para la ficha bibliográfica entre los grandes volúmenes que contienen su perdurable labor literaria.

★

Hombre de fe, Caracciolo Parra tuvo poca para los meandros de la política, "dama, en su concepto, no sólo ciega, sino loca y desmemoriada". De los hombres y de las agrupaciones que juegan al sube y baja de la fortuna pública,

siempre pensó con criterio realístico y pesimista: "En todo el mundo, me decía en una carta, veces más, veces menos, las ideas, los partidos, etc., suelen ser parapetos de las personas y aún de los intereses." No creyó nunca que Vargas representara un pensamiento inasequible a nuestra cultura. Hubiera considerado delictivo justificar a Carujo. Pero con ironía poco usada en su modo de expresarse, me escribía en respuesta a cierto temor mío de que pudiera levantarse entre nosotros la sombra del insolente sargentón: "Aquí no hay tales gigantes ni malandrines capaces de resucitar a Carujo. Y es porque Carujo no ha muerto. Al que enterraron fue a Vargas." La fría reflexión sobre las cosas le llevaba a gustar "el plano de segundo orden", donde mejor se sirven los intereses de la República. "Las posiciones políticas, me escribía, mientras más altas son a ojos del mundo palaciego, son peores y más ligero acaban con nosotros. Por ello no hay como la paz." Pero este plano sin brillo aparencial le sirvió para desarrollar una obra fecunda, que hoy todos cuantos la conocen, admiran y aplauden.

Llamado al Ministerio de Relaciones Exteriores, primero a servir la Sección de Relaciones Interamericanas y después la Dirección de Política, prestó una colaboración por demás brillante al eminente jefe de nuestro Servicio Exterior. "Cuando tengas oportunidad de hojear un poco la Memoria de Relaciones Exteriores, me escribía en 1937, verás la parte que mi Oficina de Relaciones Interamericanas ha tenido en el trabajo anual de la Cancillería. Lee a ratos la serie de estudios que se dieron a manera de instrucciones a los delegados de la Conferencia de Buenos Aires, y verás si me he tenido que meter en honduras de las que nunca se presentaron ante mis ojos. Afortunadamente que trabajo a las órdenes del primer especialista americano en estos "achaques". Bajo la sin par dirección de Gil Borges, la densa cultura jurídica de Parra creció hasta el dominio de las cuestiones americanas. Trabajó en ellas con una veteranidad sorprendente, en quien no tenía previa especialización del Derecho aplicado a las relaciones de los pueblos. A su cotidiana labor de mesa, agregó luego la de profesor de Derecho Internacional Americano en la Escuela de Diplomacia que funciona en nuestra Cancillería y la muy delicada de Miembro de la Comisión Venezolana de Codificación del Derecho Interna-

cional Americano. Dos tomos de más de quinientas páginas, me informó en su última carta, contenían las laboriosas instrucciones que nuestra Delegación llevó en 1938 a la siguiente Conferencia Interamericana celebrada en Lima. A ella fue, ya minado de la muerte, como representante de la República. "Daba gusto ver trabajar a los delegados de su país, quienes todo lo llevaban ya resuelto", me decía mi colega Alfonso Carrillo, ministro de Guatemala en Costa Rica y Panamá, delegado a aquellas históricas reuniones. Fue a Lima, pero Caracciolo Parra ya no era un hombre de este mundo. La muerte había puesto en su rostro el tinte de los cadáveres. Cuando en nombre de nuestra Delegación hablaba al pie de la estatua de Bolívar, justamente el día del aniversario de la muerte del Padre de la Patria, al ver su palidez mortal, semejaba, según expresión de un delegado extranjero, que fuera él mismo quien ofrendaba la flor de su estupenda juventud ante el altar del héroe. "Pocos hombres me ha sido dado conocer de mayor altitud espiritual y de más callada sabiduría que nuestro amigo", me decía recientemente Julio Tobar Donoso, ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador.

★

Lima fue su último escenario. La ciudad que mantiene aún viva la presencia de la formidable labor colonizadora de España, ofreció a su mirada admirativa una abreviada visión de la antigua patria castellana, que tanto anheló conocer en su aspecto material. De allá regresó para no volver a asumir su recia actitud de trabajador. La muerte, que cargaba en el rostro, se declaró señora de la que en él parecía naturaleza privilegiada. A la eternidad azul del cielo empezaban a acercarle las alas de la rápida nave que domina los espacios.

Por Panamá pasó gravemente enfermo. Y deseoso de escuchar la palabra de los sabios, consultó algunos médicos. Su palidez de entonces resaltaba aún más entre el marco de una leve barba, que hacía evocar el rostro de un castellano penitente del siglo XVI. Los doctores, sin anunciarle el fin cercano, recomendáronle seguir hasta Caracas, para que recibiese la muerte rodeado de los suyos. De luego, y tras breves y no alarmantes días de asistencia hospitalaria, se-

reno, como quien hizo de su vida una filosófica preparación para morir, pidió por última vez los auxilios de la fe, que había sido la interior sustancia de su vida. Ayudado de la claridad mental que sólo le dejó con el último suspiro, debió repetir sus pensamientos de otras horas: "En el Sacramento, al par que el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, recibimos su Alma, fuente de todo idealismo bien dirigido, y su Divinidad, raíz y fin de todas las cosas. El Alma de Jesucristo, que es una, con su Cuerpo, única Verdad, único Camino, única Vida." Iluminaba su rostro, ya trasfigurado, la parpadeante candela de los agonizantes. Miró con ojos de despedida eterna y resignada a la llorosa compañera y a los tiernos hijos, mientras con la larga mano moribunda hacía la señal de la cruz sobre sus labios, que en breve callarían por siempre. Reclinado a la entreabierta puerta, y sin ocultar las lágrimas, el viejo fraile español, diligente y bueno, compañero suyo en las largas investigaciones históricas y en las profundas lecturas tomistas, aquél a quien él, para aludir su candor, llamaba "la paloma vieja", Mesanza el dominico, recitaba en silencio los Salmos Penitenciales. El tiempo se iba a pasos quedos de su lecho mortuorio. Un leve minuto cargado de eternidad, y de su juventud quedaba apenas un cadáver. Manos cariñosas y trémulas le amortajaron con piadosa veneración. "Sentí respeto —me escribió Pulido Villafañe, amigo suyo de todos los tiempos— cuando ayudé a colocar su cuerpo, aún sin enfriar, en el ataúd que nos lo llevó a la tierra. Su bondad integral no podía convivir entre quienes flacamente se le comparaban. No sé por qué dejamos de antever su destino, faltando una vez más a la lógica."

Pero aquel día, y ya rígida la mano maestra y mudo el labio bullente de inéditas lecciones y cerrados los ojos que el estudio no venció y lejos ya su espíritu noble y bondadoso, Venezuela supo que había dado un hijo para la gloria de los tiempos. Como si la Patria, para verle en plena talla, hubiese necesitado que su figura, ausente de todo espacio, se alzara transfigurada por el tránsito final.

Tel qu'en Lui-même enfin l'Eternité le change.

Panamá, enero de 1940.

PREPARATORIO PARA LAS POMPAS DE BOLIVAR

PREPARATORIO PARA LAS POMPAS DE BOLIVAR

La Guaira, mañana del 20 de junio de 1842. Un aire bonancible hinche las velas de la barca francesa *Hermine,* que desde el 16 espera vientos propicios para enrumbar la proa hacia la vieja Europa. Son las diez en el reloj de a bordo y el capitán Bignon, con su áspera voz de lobo marino, ordena levar la vieja ancla que conoce los secretos de tantas radas. A bordo de la barca van dieciocho pasajeros. Casi todos han bajado de la capital y, si bien hicieron sobre finas bestias la antigua vía del puerto, con preferencia a la carretera recién abierta, han tenido, en cambio, momentos de verdadera angustia a través del descuidado camino, acaso hoy en peores condiciones de las que Humboldt hallara cuando lo anduvo a principios del siglo. De los viajeros nos son conocidos varios. Va Guillermo Michelena, el que será egregio cirujano, de vida inquieta y tormentosa, cuya ciencia ejercerá con igual lustre en Caracas, en Nueva York, en La Habana y en París. Viaja Rafael Urdaneta Vargas, Rafael Guillermo como lo llaman sus compañeros de la Academia Militar; es el hijo mayor del ilustre veterano de Colombia, a la sazón en Guayana, encargado de pacificar los ánimos exaltados por el asesinato de Heres. Tiene Urdaneta diecinueve años y va a seguir estudios en la capital de Francia, adonde ha sido llamado por su deudo don Pepe París. Va Alejandro Benítz, quien vino del Viejo Mundo el año pasado de 1841, con el fin de estudiar, en unión de Codazzi, la posibilidad de organizar una colonia de alemanes en las tierras del señor de Tovar. Acaso sea el pasajero a quien hayan fastidiado más estos cuatro días de espera en el inhóspito puerto, donde los viajeros se han visto obligados a sufrir las estrecheces de la posada de Vallarino y a soportar estos calores de junio, dignos de una marmita de Papin. Con monsieur Granére y

monsieur Borderie acaso comente, en forma nada favorable y al amparo de las extrañas lenguas que poseen, lo sucio del puerto y la vulgaridad de los estibadores. Sobre todo estos muelles que piden no remiendos, sino una cabal sustitución, viejos de más de cien años, cuyas fundaciones fueron echadas por la Compañía Guipuzcoana para mejor aprovisionar aquellas primeras naves, con nombres de letanías, la *San Ignacio*, la *Jesús y María*, la *San Joaquín*, que vinieron a cargar el cacao de nuestros ricos terratenientes coloniales. Ha tomado la nave, en compañía de su gentil esposa, doña Dorotea Iver, el apreciable señor Mauri, jefe de activa casa de comercio de La Guaira. Don Juan José se dirige a París, y acaso vaya a su nativa España. El tiene buenas relaciones con gente empingorotada de la Corte y aspira a ser nombrado Cónsul de su patria en este puerto que denigran Benítz, Granére y Borderie, pero donde ya él dejó raíces perdurables. Viaja también, y es pasajero a quien seguimos, nuestro viejo amigo el Coronel Agustín Codazzi, quien lleva a Francia misión por demás grata.

El 41 estuvo el Coronel en París, con el Capitán Rafael María Baralt, el historiador Ramón Díaz y el dibujante Carmelo Fernández, en la empresa de editar el Atlas monumental de Venezuela y, aunque fracasó económicamente en aquella obra civilizadora, ahora lleva otra, también de positivo alcance cultural. Va con Benítz a organizar una expedición de alemanes de la Selva Negra que vengan a colonizar feraces tierras de la Cordillera de la Costa, y el Gobierno, que sabe del buen gusto y eficacia de Codazzi, le ha dado, además, un encargo de placentera ejecución.

La República ha dispuesto desagraviar la memoria de Bolívar, a quien antes de su muerte habían echado de Venezuela los políticos ingratos y ofuscados, por cuyos labios vociferaban aún los godos de Fernando VII. En su carta testamentaria, el Libertador, elevado una vez más sobre las humanas pasiones, dispuso que sus restos reposaran para siempre en tierra caraqueña, frente al monte milagroso que nutrió de esperanza su juventud alborozada. A Roma legó César el total de su fortuna. El había buscado, con la gloria del mando, el sabor de las riquezas. Bolívar, en cambio, sacrificó la suya para servir la causa de la libertad y, cuando quiere pagar a su ciudad natal lo que a ella debe por

la cuna que prestó a su vida, sólo tiene disponible sus despojos mortales. Es necesario ahora recibir el legado del Padre de la Patria con pompa digna de los antiguos Emperadores. No en balde su figura en la historia supera las de Alejandro y Napoleón. Y se comisiona a Codazzi para que envíe de París los objetos destinados a que luzca con óptimo rumbo y majestad la ceremonia de la entrada de Bolívar muerto a la ciudad que lo maldijo vivo.

Cinco días antes, el doctor Angel Quintero, que ejerce la Secretaría de lo Interior, había comunicado a Codazzi la orden contra el Tesoro por los cinco mil pesos que, taxativamente, deben invertirse en la compra y arreglo de los encargos, cuya lista tiene ahora en la mano el viajero. El Coronel está a solas en su estrecho camarote, dedicado al arreglo de los numerosos papeles. Es larga la lista que contiene la resolución del Ejecutivo. Codazzi la lee de nuevo:

1.225 varas cuadradas de terciopelo de algodón para cubrir las columnas y colgar los arcos de la iglesia de San Francisco.
448 varas cuadradas de gasa negra para colgar dieciséis palcos.
104 varas de terciopelo de algodón para rodapié de los mismos.
112 varas de franja para adornos de las colgaduras.
240 varas de galón plateado para los pasamanos de los palcos.
64 borlas plateadas para los mismos. La perspectiva de un templete semicircular.
50 varas de terciopelo de algodón para colgarlos.
50 varas de franja para adornos.
10 lámparas doradas.
3 grandes lámparas sepulcrales.
1 tapete negro guarnecido de franjas plateadas.
5 estatuas doradas del tamaño natural.
1 urna dorada.
1 velo de gasa morada con abejas doradas.
1 gran arco triunfal pintado en tela.
24 pilastras con lámparas sepulcrales.
24 columnas con trofeos de armas.
200 banderas con lanzas.
1 carro con trofeos y alegorías para recibir y conducir las cenizas del Libertador.

El viaje es, sobre angustioso, largo. El 8 de julio fondea la nave en Terranova, donde, a pesar de ser tiempo de verano, casi se emparaman entre dos bancos de hielo. De aquí enrumban francamente a Francia, a cuyas playas llegan el 1.° de agosto, después de sufrir vientos tormentosos en el

Golfo de Gascuña, donde el tiempo perdido los puso en trance de pedir a una linda balandra inglesa auxilio de boca para seguir el viaje. Al divisar tierra, Urdaneta, amante de la Historia, dice a Codazzi: "Coronel: si un primero de agosto Colón descubrió a Venezuela, en fecha igual yo descubro a Francia." Y mientras descienden de la barca, ríen los viajeros de la festiva ocurrencia del novel navegante. En Paulliac cambian de nave y, subiendo el Sena, surgen en París el día 2 a las diez de la mañana.

Esa misma tarde el Coronel, que tiene baquía de la metrópoli famosa, sale en busca de Cagigal, quien según sus últimas noticias vive en el número 6 del Petit Bourbon. La portera, una vieja alsaciana que probablemente acaba de regañar con la patrona, ni siquiera le informa las señas de la nueva habitación del compatriota ilustre; mas, como es domingo y la gente está en los boulevares, atina a topar con Berthelot quien, después de los más efusivos saludos, le dice que Cagigal vive ahora en el número 11 del Boulevard des Capucines. Hacia allí dirige con premura sus pasos el viajero, y suerte que tiene de encontrar a nuestro sabio, así lo halle presa de uno de los frecuentes delirios de grandeza que atormentan al gran matemático.

Cagigal, que planea una fantástica aventura, olvida al pronto la cita dada a su nueva amiga, la maravillosa Casandra, muchacha que, cansada de los engolados mocetones del boulevard, prefiere dar su amor a este raro y feo suramericano, que gasta lujosa vajilla con marcas de oro y mantelerías traídas de la China, y en cuya cabeza arden los más extravagantes proyectos. Salen los amigos y bajo los tilos de las Tullerías se dan a hablar de la lejana Patria y hablan también de la mejor forma de realizar la comisión que a Codazzi ha dado Venezuela. El lunes siguiente se reúnen para ir juntos a la casa Séchan Despleihin & Dieterle, pintores y decoradores de la Academia Real de Música, del Ministerio del Interior y de la Villa de París, quizá la mejor casa para el objeto. Mas, Codazzi no es de los que se atienen a segundas manos y así sea exigua la cantidad que le han adjudicado para remunerar su trabajo personal (trescientos pesos que ya ha pedido a Soublette que haga llegar hasta su familia en Valencia), ara a París en pos de economías para el Estado. Su diligencia y artes logran que el presupues-

to primitivo de los decoradores, que ascienden a veinticinco mil seiscientos veintitrés francos, sea reducido a dieciocho mil cuatrocientos noventa y tres, lo que no empece para que se gaste, en orden al mayor decoro de la comisión, más de los cinco mil pesos de la tasa del Gobierno.

Por los primeros días de septiembre los encargos ya están casi concluidos. Los venezolanos residentes en París visitan a menudo los talleres de Séchan. Entre ellos, claro está, figura de primero el insigne Cagigal, a quien nadie supera en el consejo. El Padre Alegría, llegado el 8 en busca de misioneros que prosigan la obra de evangelización de los indígenas que detuvo la guerra de Independencia, ya ha hechos varias visitas al taller de los artistas, donde ha encontrado y platicado largo con ellos, a los Generales Juan Pablo Montilla y Juan Pablo Ayala y al Ministro Fortique, quien vino de Londres, en viaje para Holanda, adonde lo lleva la búsqueda de documentos que aseguren nuestros derechos en la cuestión de Barima. Van también los Michelenas y tantos venezolanos más que residen en París, todos interesados en el progreso de las obras para el homenaje al Padre de la Patria. También, y aunque español, ha ido a admirar las obras de Séchan el señor Mauri. Ya él siente el palpitar de la Patria adoptiva, y, buen comerciante, ha tenido la idea de enviar a Caracas una litografía de Bolívar y negocia al efecto con los litógrafos e impresores Formentiere y Cía. la impresión de una lámina, en ricos colores, con un retrato del tipo de Gil, que ha sido hecho por el pintor Maurín. Nada raro tiene que se presente, junto con los venezolanos y granadinos, el propio Florentino González, el del 25 de septiembre, entregado ahora a labores comerciales, y con él, su esposa, doña Bernardina Ibáñez, tan buena amiga de Bolívar y quien, con su arrobadora y permanente belleza, aún se distingue entre las mil hermosas que llenan los minutos parisinos. Va también a ver los arreglos de catafalco y carro el doctor Manuel María Mosquera, Ministro de la Nueva Granada, gemelo con el Arzobispo y hermano de don Tomás, quien "en la encarnizada y funesta lucha entre Bolívar y Santander se decidió con furor por el primero". Varias veces ha estado en la casa de Séchan el doctor Mosquera, y con él su distinguida esposa, doña María Josefa Pombo O'Donell, a quienes acompaña siempre el joven Urdaneta, ufano porque

sabe que el ilustre veterano que ya dio gloria suficiente al apellido va a ser designado para mandar la tropa que hará los honores a Bolívar cuando regrese a su ciudad natal en este mismo carro que en París se arregla. Junto con Codazzi vive Urdaneta, en el modesto y limpio piso del número 16 de la Rue du Helder, y esta comunidad de relaciones hace que esté al tanto del progreso de las obras del Coronel.

Quiere Urdaneta ganar albricias con la nueva de lo hecho, y como sabe que nadie en Caracas tiene tanto interés como su padre en la glorificación del Libertador, se apresura a escribirle, en 10 de septiembre, lo siguiente:

"Del 1 al 5 del mes entrante saldrá de Burdeos un buque para La Guaira, y en él irán los encargos que hizo el Gobierno a Codazzi para la función de honores al Libertador; va un arco de triunfo pintado en tela, y el cual colocarán en el puente de la Trinidad; de un costado y otro tiene grupos alegóricos y los nombres de todas las batallas y en la parte interior, los nombres de todos los generales; va también un catafalco para colocarse en la iglesia: en la parte del frente están pintadas las cinco Repúblicas en diferentes posiciones, todas tristes y llorosas por la muerte de su Libertador; en los otros costados hay también varias pinturas relativas al asunto; también va el carro en que deben conducir los restos desde el puerto hasta la iglesia; los caparazones para los caballos; un velo negro con estrellas plateadas para el caballo de batalla; todos los adornos necesarios para la iglesia; banderas, escudos de armas, lámparas de cartón que parecen de plata, candelabros, etcétera. Todas cosas falsas, pero que harán mucha apariencia.

Codazzi ha hecho demasiado, pues no le dieron sino cinco mil pesos para todo esto. A mí me parece que el Gobierno ha estado muy mezquino en esto, pues con otros cinco mil pesos que hubieran querido gastar se habría hecho una cosa algo digna del objeto a que se dirige, pero allá hará mucha bulla lo que se manda de aquí, que, ciertamente, es mucho para los pocos reales que han dado, y después de la función saldrá un artículo en la *Gaceta* diciendo que todos los bordados del género negro que se manda para adornar la iglesia eran de oro, que las lámparas eran de plata, que

las estrellas y lágrimas que hay en el terciopelo con que va cubierta la urna, también son de plata, y así harán creer, o creerán ellos, que han hecho un recibimiento magnífico; pero yo repito que todo esto me parece muy mezquino. Por supuesto, que esto sólo a usted se lo digo, porque creo yo romperán esta carta, pues si llegan a saber en palacio que yo les critico sus preparativos para la función son capaces de quitarme los sesenta. En fin, yo creo que la fiesta va a hacer mucha bulla en Caracas, porque por allá nunca han visto una cosa igual y porque lo que va de aquí hará una ilusión perfecta, pero no me parece nada digna del héroe a quien se dedica.

Codazzi está haciendo litografiar por su cuenta la vista del arco del triunfo, la del carro y la del interior de la iglesia y la de una parte del convoy fúnebre; aquí hemos calculado poco más o menos el orden que seguirá la procesión, así es que en la litografía del convoy hemos hecho poner el caballo de batalla, los tres comisionados, el carro fúnebre, otro carro en que irán trece niñas representando las trece provincias y regando flores, varios piquetes de milicianos (que por cierto que se han reído mucho aquí al ver el uniforme de nuestra milicia), otro piquete de alumnos de la Academia con Meneses mandándolos y muchos grupos de gente a pie y a caballo. Esto no es más que una pequeña parte del convoy porque lo demás no se puede ver porque la plancha es pequeña."

Urdaneta tiene razón para desear que fuera mejor todo esto que Codazzi está haciendo preparar. Se trata de honrar al Padre de la Patria. Se trata del recibimiento que Caracas ha de hacer a unas reliquias casi sagradas. Se trata, en fin, de reparar en parte el delito de 1830. Nada es suficiente para satisfacer los sentimientos de un patriota, menos para dejar complacidos los del hijo de Urdaneta. Apenas nueve años tenía él cuando fue echado su padre de la Nueva Granada por su adhesión a Bolívar y a Colombia, y, como no pudieron entrar tampoco en Venezuela, donde eran mal mirados los amigos del Padre de la Patria, hubieron de vivir en Curazao la dura vida del proscrito, y allí, en la isla estéril, sin amigos ni recursos, haciendo peines, ayudó el niño a sostener la larga y desamparada familia. Quien en Bogotá había montado a horcajadas sobre las piernas de Bolívar y

quien había sufrido por su causa el ostracismo a los cortos años de la infancia, sentía como algo suyo la glorificación del héroe. Mas, en una segunda carta al General Urdaneta, fechada en 28 de septiembre, rectifica su primera impresión y dice: "Confieso que después que he visto todo concluido me ha parecido mucho mejor de lo que pensaba y dije a U. U. en mi anterior y todo el mundo se ha admirado aquí de que con tan pocos reales se haya hecho una cosa semejante. En el *Journal des Debats* ha salido un artículo en que se habla de esto."

En el paquebot que trae la carta de Urdaneta, viaja de regreso al país el Padre Alegría, a quien Codazzi encomienda la nota oficial que se transcribe y, con ella, los dibujos que ha hecho del interior de la Iglesia de San Francisco, del arco de triunfo y del convoy. Los dibujos han sido arreglados imaginativamente, bajo la dirección de Codazzi, con posible ayuda de Cagigal, por F. Lehnert, en los talleres de Thierry Frères, donde el año anterior se hicieron los del Atlas y los de la Historia de Baralt y Díaz. Los dibujos, a pesar de ser como una guía para la apoteosis de diciembre, llegarán con el tiempo a mirarse como relatos gráficos de los sucesos y, sin que nada haya tenido que hacer con ellos Carmelo Fernández, en las "Memorias" de éste se harán figurar como obra suya, en razón, acaso, de haberle encomendado el Gobierno los dibujos del embarco de los restos en Santa Marta y de haber hecho con ocasión de los actos apoteósicos, croquis y diseños cuya mayoría ignoramos dónde están.

Es largo el memorial de Codazzi para el Gobierno. Más que una relación de los trabajos hechos, es como el programa de la gran jornada cívica de diciembre. Tal importancia da el Coronel a su misiva, que no le arredran los doce folios, en menuda letra, que ha gastado en ella, y la vuelve a escribir de su propia mano, para enviar por otra vía la duplicata.

En la Secretaría de lo Interior es recibido el mensaje con fervoroso júbilo. El Secretario Quintero lo pasa al Oficial Mayor para que lo lea en voz alta, pues a él le cuesta un poco entender esta letra tan revesada de Codazzi y, acaso, algo le moleste el mal labrado castellano del Coronel. Y empieza lleno de curiosidad el señor Acevedo:

"París, 18 de setiembre 1842.—Rue Helder, 16.

Señor Secretario del Interior y Justicia.

Señor:

Recibí el oficio de V. S. del 15 de junio hace 12 días y para contestarlo aprovecho de la ocasión del señor Dr. Alegría que regresa al país, el cual le remitirá un ejemplar de la vista del interior de la Iglesia, del arco de triunfo y del convoy.

Por ellos verá V. S. que he hecho todo lo posible para que la función sea digna de la Nación Venezolana y haga honor a su esclarecido Presidente.

He suprimido varias cosas de la primera idea formada en Caracas y he aumentado otras. Me he servido de buenas telas negras en lugar de pana, pero también las he enriquecido con bordados estampados en plata y en oro de un efecto serio y lujoso al mismo tiempo. Lo que le puedo asegurar es que por la muerte del duque d'Orleans la Iglesia no estaba tapizada con la elegancia de la nuestra y también con menor ornato y costó 200 mil francos: para que se convenza de eso, le envío una vista del interior de la Iglesia en que se hizo la función para que pueda compararlo.

Aunque he hecho todo lo posible para que las cosas todas estén compuestas de un modo fácil para su colocación; sin embargo tantos son los detalles, que temía que hubiesen dado que hacer, sobre todo el Carro y el Catafalco, a causa de que están en piezas para facilitar el transporte en nuestros malos caminos. He pues pensado enviarle un buen carpintero, inteligente y curioso, que ha visto y desmontado todo, el cual desea establecerse en el pays; y la contrata es así. Está obligado a montar y adornar el carro, levantar el arco de triunfo, tapizar la Iglesia, armar el Catafalco, formar allí las gradas de éste y componer un carro para las niñas que deben representar las 13 provincias regando flores delante del Carro de Bolívar. Por donde he convenido 600 francos y el dinero que le doy aquí para su viaje será pagado por él y se le descontará de la cantidad expresada, bien entendido que el Gobierno le dará los materiales y los obreros necesarios para ayudarle en la obra que durará cuando más 15 días con 2 ó 4 personas. Los materiales serán las tablas para las gradas, otras para el Carro de las Niñas,

una correctiva de las que hay en Caracas, un avantren y además las maderas para el arco del triunfo.

He hecho hacer los caparazones para 6 caballos, el velo para el caballo de batalla, los plumeros de los mismos, unas guirnaldas para las niñas, sus banderas doradas, unas flores para adorno de los camisones blancos y unas bandas de gasa morada que llevarán terciadas.

La India que va adelante del carro figurando l'America libre será una Niña que tendrá una Bandera con este mote que le remitiré juntamente, unas plumas y un carcass con su arco. Por último el adorno negro con bordados de plata que debe cubrir el carro de las niñas lo he hecho hacer también, procurando no omitir nada de lo que pueda influir en el lucimiento de la función; pero aún no sé de positivo el costo porque hay cosas imposibles a calcular de antemano, como la cantidad de cajas, su peso, el importe del transporte, &, &; sin embargo yo creo estar en los límites y si hubiera pasado de un millar de francos será lo sumo. Esto sería nada tratándose de una cosa que aquí fue estimada en 80 mil francos y que solo a fuerza de trabajo llegué a poner la concurrencia y se redujo a 26 mil. Hice más, encargué a un negociante la compra de las telas y pana y conseguí hacer lo demás por 16.000 francos, de manera que por todo aquí creo que será de 20.000 menos los retratos y me quedarán para los gastos de transporte, embalaje, &, f. 2.400 (ilegible).

Los retratos los hace un pintor célebre llamado Guerín a 1.500 f. cada uno pero aún no sé el costo de los tres marcos porque se deben hacer 5 moldes para las armas de 5 Repúblicas.

Se han suprimido las estatuas de cartón porque no había tiempo para hacerlas, a causa de que se debían formar los moldes a propósito para cada una y estos solamente requerían casi un mes, además que su costo era muy superior a causa de los mismos moldes.

También he suprimido los candelabros de las calles porque habrían servido de estorbo y su costo era grande: estos podrán ser reemplazados por los arcos de verdura que pueden construir los habitantes con palmas, banderas, &, &.

Todo el esqueleto de madera del Carro y del Catafalco sería mejor hacerlo conducir con bueyes sobre una zorra hasta Caracas para menor gasto.

Ya todo está concluído y embalándose; pasado mañana no habrá nada aquí y todo estará para los carros (ilegible) en marcha para Burdeos en donde llegará a fines del corriente.

El buque saldrá el 3 del entrante de manera que estará a tiempo en la Guaira.

He tomado informes también acerca del modo de conducir la función y es con arreglo a ellos que están estampadas las láminas y me atrevo hacer las indicaziones sobre la materia.

El rey recibió a Napoleón en la Iglesia de los Inválidos en donde estaba toda la Corte, el Cuerpo Diplomático, el Instituto y altos funcionarios. El Maire de París fue a recibirlo en el Arco del Triunfo: e bien el señor Gobernador con el consejo municipal llenará esa función y se situará después detrás del Carro. Los marinos que lo han traído a La Guaira estarán al lado de este carro y también los alumnos que le han servido de escolta. Delante del carro irá el sacerdote que fue en busca de las cenizas con un pequeño acompañamiento. (El Cura que fue a buscar a Napoleón iba con dos clérigos en un coche).

Delante de los clérigos marchará el carro de las 13 provincias que regarán flores por donde debe pasar el conboy y delante de ellas estarán a caballo los tres comisionados precedidos por el caballo de batalla, que debe ser blanco con su silla y cubierto con un gran velo con estrellas de plata que yo envío. A los cuatros costados del carro se necesitan 4 Jenerales a caballo llevando los cordones. Un piquete de caballería con clarines podría romper la marcha. y venir en seguida todos los jóvenes de los colegios y de la Universidad, ¿qué mejor acompañamiento se le puede dar al Libertador que las verdaderas esperanzas de la patria? Un piquete de tropa podría interponerse entre cada colegio, si lo hubiera: los jóvenes podrían llevar por pelotones banderas a inscripciones análogas a la función. Una música debe preceder al caballo de batalla, y atrás de ella, un piquete de la Academia.

Detrás del Concejo Municipal pueden tomar lugar las principales personas que, vestidas de luto, desean acompañar el Carro, y con preferencia todos los antiguos militares, con uniforme o sin él, oficiales o tropa, indistintamen-

te; después seguirá un piquete de caballería y toda la infantería posible con algunas piezas de campaña, si las hay, y cierra la marcha otro piquete de Caballería.

Un gran número de milicia debe ser tendido en alas por la calle y a medida que el convoy haya pasado se reúnen en pelotones y desfilan progresivamente atrás de la infantería.

El carro está dispuesto de modo que por detrás hay una abertura para introducir el féretro tan luego como llegue de La Guaira: queda cubierta la puertecita con un hermoso trofeo dorado y grandes banderas: así que llegue frente a la Iglesia se saca el féretro y puesto en una pariguela viene llevado por los marinos, seguidos siempre del Concejo Municipal y de las 13 provincias que habrán descendido del Carro. Estas podrían tomar asiento al rededor del catafalco.

Los comisionados precederán al féretro y avanzándose al Presidente (que estará en medio de los Representantes de las dos Repúblicas hermanas, acompañado de sus Ministros, Consejeros, Cuerpo Diplomático y altos funcionarios) darán cuenta de su misión, mientras que el Arzobispo hará aquellas ceremonias de costumbre.

El féretro se pondrá debajo del catafalco por una abertura practicada por detrás y entonces los marinos saldrán a tomar lugar cerca de la entrada del templo.

El clero todo, la Universidad y empleados pueden ocupar las partes laterales y después los antiguos militares y los Jóvenes estudiantes completan la comitiva de la Nave del medio.

En las dos de los costados estarán las personas que de antemano hubiesen tomado lugar por una papeleta tanto por abajo como por arriba en las tribunas, y sin eso sucedería una confusión en mi concepto irremediable.

Lo que desde aquí veo mal, es esa bendita pared de S. Francisco que no hace nada, y debería echarse abajo porque de lo contrario quedará muy mal la parada de las niñas, los caballos de los comisionados, y el Carro mismo de Bolívar.

Si de antemano no ponen guardias buenas en las calles para dejar libre de gente en lo posible un grande espacio cerca de la Iglesia, será tanto el golpe de gente que

querrá ver, que entraría primero el pueblo en masa antes que las personas que deben estar, y entonces faltaría aquella dignidad que se requiere en la función.

Se me dispensará esta larga disgresión y no me se atribuirá a otra cosa sino al deseo que tengo que la función sea lucida y haga honor a nuestro Gobierno.

Me figuro por supuesto que se dejará después por muchos días abierto el templo para que cada cual pueda ir a examinarlo a su gusto, porque le puedo asegurar desde ahora, que en Caracas nunca se habrá visto un aparato de la Iglesia semejante.

Lo concerniente al carro podría depositarse en la Iglesia de la Trinidad o en el viejo que está allí cerca. No sé si el carro podrá armarse dentro de aquel Iglesia o Cuartel porque es muy grande como lo verán en la perspectiva. El arco debe armarse unos días antes. La Iglesia también necesita varios días para ser bien dispuesta. El joven que va es inteligente, solo hay la dificultad de que no hable español, pero en Caracas no faltan obreros franceses de carpintería que le puedan ayudar, y estoy cierto que el Gobierno estará contento del precio módico que he contratado, así que vea lo que hay que hacer y lo compare con lo que gastó para amueblar su casa en que, reside en la actualidad.

Me se había olvidado decirles que sobre las gradas delanteras del catafalco se debería poner sobre una almohada de terciopelo la espada, el sombrero de Bolívar y las dos banderas de Pizarro.

Le será muy fácil mandar hacer la almohada que no he mandado por un olvido, y ya todo está embalado y el tiempo urge, sin embargo si puedo haré un esfuerzo para enviarle una.

Con la más alta consideración y respeto soy de V. S.
Atento servidor,

A. Codazzi."

★

Alrededor del 18 de noviembre llega a La Guaira, con buen viento, la nave *L'Aristide*. En ella han sido embarcados, en Burdeos, el 4 de octubre pasado, los treinta y

dos bultos que contienen los objetos encargados a Codazzi. Vienen consignados a Simón G. Gásperi, del comercio del puerto, quien se apresura a comunicar al Gobierno el feliz arribo de las deseadas prendas. En dicha nave ha llegado también el obrero, que Codazzi contrató en París para armar coche, catafalco y arco. Se llama Eduardo Leger, y se le ha dado el encargo de abrir en la propia Guaira aquellas piezas que sea difícil traer enteras a Caracas. Los bultos se remitirán a la casa del general Arismendi, donde estuvo el Colegio de la Paz.

Codazzi es por demás cuidadoso, y ha ordenado a los decoradores de París que envíen una relación explícita del contenido de las piezas. Con ella vienen dibujos de las cosas más importantes, para facilitar el arreglo definitivo. Leger tiene un tanto en francés de dicha relación, que ahora mira con atención para saber cuáles sean los bultos que necesariamente han de fraccionarse en La Guaira. Sudoroso, más molesto por falta de quien bien lo entienda que por lo ardiente del calor, quiere explicar a sus ayudantes lo que contiene cada bulto, y va diciéndolo al intérprete que le ha facilitado Gásperi (*).

También ha enviado Gásperi la cuenta de gastos de mar, aduana y acarreo de los treinta y dos bultos venidos bajo las señas gloriosas de S. B. Son como el propio equipaje del Padre de la Patria. Ya él, como hombre, no reclama nada, apenas un sitio en la tierra, que, por suya, cree más leve. Y vaya en honra del Gobierno y de la serenidad administrativa de estos primeros años de República. El 2 de enero de 1843, la Secretaría de lo Interior ordena a la de Hacienda el pago a la Aduana de los mil setecientos sesenta y cuatro pesos ochenta y seis centavos a que alcanzó el aforo de los bultos dichos. ¡Ni el hecho de tratarse de objetos destinados al homenaje que la Nación consagra a su Libertador es parte para darles libre tránsito por la contaduría de las aduanas!

Mas si Codazzi salió rápido en el arreglo de los adornos cuya consecución se encomendara a su pericia, no así

(*) En el trabajo original se reprodujeron las láminas, diseños y descripciones enviados por Codazzi. Su edición no llegó a circular debidamente en 1942. Tan pocos fueron los ejemplares que distribuyó la empresa editora, que esta descripción está casi inédita.

el artista a quien se dio el encargo de pintar los tres retratos del Libertador destinados, uno, al Ejecutivo, y los otros dos, a las Cámaras Legislativas. Y el pintor es de los buenos. De no serlo, Cagigal, que es artista del color, no lo hubiera recomendado a Codazzi. Se trata de Paulino Guerín, a quien extraños méritos adornan. Un salto, ¡y qué salto!, había dado para pasar de su originaria profesión de cerrajero a esta luminosa de pintor. El tránsito lo efectuó en el taller del barón Gerard, donde le fue encomendado el modesto oficio de aparejador de lienzos. Pero, mientras borrajeaba fondos y hacía cosas insignificantes, preparaba en secreto la composición que le abrió los caminos del éxito. *Caín después de la muerte de Abel* fue para París el anuncio de que contaba con un nuevo gran pintor. El retrato es su fuerte, y que lo diga su gran óleo de Lamennais. Fiel a las consignas de sus maestros Gerard y Vicent, no olvida las huellas del gran David, y en sus retratos más se acerca a la Historia que a la novela.

Pero no es cosa hacedera pintar a Bolívar, así se tengan a la mano varios retratos del héroe y así se hayan leído descripciones múltiples de su figura inquietante. Se ha puesto al habla con el pintor más de una persona de las que conocieron al Libertador, pero el artista no atina con las líneas que compendien la fisonomía de quien siempre estuvo de frente al infortunio y a la gloria. Un destino feliz ha hecho que llegue en estos días a París el coronel Belford Hinton Wilson, el edecán de quien Bolívar escribió que "algunas veces me parece tener en él un hijo". Por largo tiempo el coronel Wilson fue encargado de Negocios de su gran país cerca del Gobierno del Perú. Y ahora está en París, "recién casado con una inglesita muy chiquita y flaquita, pero muy rica", según Urdaneta, en espera de seguir viaje a Venezuela, a donde se le envía con igual rango diplomático. Cagigal, que es Secretario de nuestra Legación en Londres, ha sido informado a tiempo de la llegada del ilustre amigo de Bolívar, y se apresura a buscarle en el elegante Hotel Maurice, frente a los jardines de las Tullerías, donde se ha apeado el viajero, mas ya encuentra a Codazzi y a Urdaneta platicando con el antiguo edecán del Padre de la Patria.

—¡Si me sé de memoria a Bolívar! *Ever in my memory!* —exclama Wilson al ser informado de las dificultades del pintor.

No en balde el Libertador había enviado a su padre, el magnífico sir Robert Wilson, uno de los famosos originales de Gil, y le había dicho, además, que era retrato suyo "hecho en Lima con la más grande exactitud y semejanza". Al regresar a Londres, después de muerto Bolívar, en cuya agonía estuvo presente, el coronel halló el retrato en la casa solariega, en sitio digno, que correspondía a la severa expresión de gracias de sir Robert: "El retrato de V. E. está en casa. Es el paladium de mi hogar." De él se hicieron copias en Londres, pero la mejor de todas la lleva en la memoria el coronel, quien al día siguiente ya ha dado con Guerín en su estudio de la rue Mont Thabor. Y allí se instala Wilson hasta hacer que el artista logre la imagen deseada del visionario. Y el retrato resulta por eso casi un Gil, con un fondo exuberante de montañas, en lugar del fondo frío de pared que luce el otro. Ahora Urdaneta puede escribir feliz a su ilustre padre: "Wilson lo ha sacado de dudas (al pintor), y hará una cosa muy buena, pues es uno de los más hábiles artistas de París, y muchos cuadros suyos forman en los palacios del Louvre, del Luxemburgo y de Versalles."

El retrato tiene dignidad heroica, y ante él está seguro Wilson de que Bolívar no se hallaría parecido con Olava, el viejo de la Mesa. Guerín, fiel a su escuela, se ha ceñido a los datos de la Historia, y transfiere a la fisonomía de Bolívar toda la luz y todo el fuego de una expresión singularmente penetrante y llena de vida. Bien informado por Wilson de la muerte del héroe, intenta señalar los síntomas externos de la consunción que doblegó su vida, y no descuida, al trazar las piernas, poner en su anatomía la huella que imprimen las permanentes jornadas a caballo. Es un Bolívar de verdad. ¡Es un Bolívar!

Los retratos, de un precio por demás moderado, (mil quinientos francos cada uno), no llegan a Caracas en la oportunidad de la apoteosis del 42; han de esperar el siguiente año.

★

Ahora es un día caluroso de mayo. Cuesta arriba, jadeante, camina el mestizo Matías Torrero, dueño del arreo que carga cinco de las siete cajas, llegadas hace varios días a la consignación de Gásperi en la barca *Clemencia*. Ahí vienen los retratos de Bolívar con sus grandes marcos. A lo mejor, el arriero ni sabe lo que traen las bestias. Si las cajas no fueran tan grandes y de tan poco peso, creería, tratándose de bultos para el Gobierno, que contienen armas para reforzar alguna guarnición. El es del bajo pueblo y sabe que en el pueblo se agitan fuerzas a las que los "hombres de arriba" siempre tienen miedo. Su indiferencia le hace ignorar que las tardas acémilas que gobierna conducen a Caracas tres grandes retratos del mejor amigo de los hombres.

A Bolívar también le son indiferentes muchas cosas, e igual le resultan estos ardores de Torrequemada que la brisa acogedora de Las Vueltas, por que suspira el arriero. Ayer entró en Caracas sobre los hombros de los hombres. Ahora llega sobre los lomos de las bestias. Casi la misma cosa cuando el espíritu deja de iluminar las conciencias y de gobernar las naciones.

★

Cien años han pasado ya. Bolívar descansa en tierra propia. A la par, le hacen compañía los fieles amigos y los rabiosos enemigos. A todos ha igualado la muerte. Coronas por cientos se han depositado sobre su huesa: ellas, de flores traídas de los campos; ellas, de fingidas artes. Oraciones y panegíricos entusiastas han interrumpido un silencio que debiera ser sagrado. Se han deshojado las flores y han sonado a hueco las palabras, mientras sobre el bronce de las ofrendas ha dormido el polvo indiferente. Sus retratos han presidido durante un siglo las deliberaciones de los Congresos y las determinaciones del Ejecutivo. Desde ellos ha visto impasible, en medio del rigor de las líneas pictóricas, cómo se han negado y se han violado sus idales de Libertador y de repúblico. Acaso recuerde con frecuencia, ahora en una misma imagen, los hombres que soportaron sus cenizas y la recua que aguantó el peso

de los retratos, y, desde la aparente quietud a que parece reducida su figura, anhele con fervor, hermano de la fe de Pativilca, la hora feliz en que salgan a recibir su genio proscrito, espíritus alegres y de patriótico sentido en quienes pueda permanentemente grabar su imagen de artífice de la dignidad social. ¡Los tiempos son propicios!

Diciembre de 1942.

APOLOGIA DE LA CIUDAD PACIFICA

APOLOGIA DE LA CIUDAD PACIFICA(*)

ANTES de buscar palabras que justifiquen mi presencia en este sitio, quiero inclinarme reverente, como en una liturgia arcaica, sobre la tierra generosa de mis padres —"terra patrum"— cuya savia nutricia alentó el esfuerzo antiguo para la obra duradera de formar la tradición que constituye el lazo amable y acoplador de nuestras actividades en la común encomienda de realizar nuestro destino social.

Y al evocar la Patria, ensalzaré el recuerdo del alero familiar, a cuya sombra surge de ella el prístino sentido. Campo estrecho en un principio, de radio que no se alarga más allá de las furtivas excursiones infantiles, su centro es el dulce hogar, donde hallaron abrigo los sueños inocentes y corrieron plácidas las vigilias de los primeros años. Nunca alcanzará virtud creadora ni crecerá cuanto es debido en nuestro espíritu la noción de la Patria total, capaz de abarcar en su seno los destinos de mil diversos pueblos, si no profundiza su raigambre en la robusta individualidad de la Patria local, en el afecto inconmovible al pueblo, al barrio, a la calleja, a la casa, en fin, donde corrieron los tiempos sin igual de nuestra infancia.

Ahí están el hogar y los seres bondadosos que cuidaron nuestra endeble edad; ahí viven en perenne existencia de recuerdos nuestros pensamientos iniciales, la frescura del abril lozano, el encanto de la mañana espléndida, de promesa inacabable para las pupilas entreabiertas al maravilloso panorama de la vida; ahí la madre tierna y bondadosa; ahí el padre fuerte y solícito; ahí la abuela, coronadas de blanca espuma las hundidas sienes; ahí el viejo jardín y el ancho huerto, el cielo límpido, el sol que creíamos pa-

(*) Discurso en el Ateneo de Trujillo, 1947.

trimonio exclusivo del pueblo nuestro, la luna y las estrellas, que ignorábamos fueran contempladas a la misma hora en que dirigíamos a ellas la mirada tímida, por otros niños y por otros hombres distantes de nosotros. ¡Oh, maravillosa visión del hogar primero! ¡Oh, encanto del pueblo en que nacimos!

Pero pasan los años y discurre nuestra vida en viaje fugaz, con la ligereza de naves empujadas de suave viento sobre anchurosas aguas; pasan los años, y en nuestra cabeza el tiempo va dejando la huella aleve de su curso veloz; pasan los años, y las ilusiones se deshacen como cambiante espuma y en la copa que alegre sorbimos en la dorada juventud apenas si queda el dulciagrio sabor de los recuerdos.

Desde el Avila solemne, a cuyas faldas prodigiosas la suerte me llevó a plantar mi tienda, pensaba yo en Trujillo, en mi Trujillo, y recreaba la mirada interior en los panoramas bellos de la infancia. Evocaba la visión desesperada de sus cerros; oía la mansa corriente del río familiar; refrescaba la imaginación con la suave brisa de sus floridos campos; gustaba a lo ideal la música de los pájaros cuyo vuelo seguí de niño; viajaba en la mente a horcajadas sobre densa nube, como lo hacía en mis años idos; memoraba las consejas populares que escuché de las humildes criadas junto al fuego crepitante de la cocina de bastas topias, y el más intenso deleite embriagó mi espíritu de soñador. La vaguedad de la ilusión por la fuerza del deseo parecióme al instante cosa real y me vi en las acogedoras y empinadas calles de este pueblo. Pero, ¡oh trueque de la imagen! ¡Oh destino voltario!... El andar tornóse incierto, el recuerdo adquirió súbito langor y la esperanza de revivir el ayer risueño se cambió en lacerante desengaño. Como aletear de tenebrosas alas, la realidad salió a mi encuentro y vime solo en medio de las rutas familiares. ¿Dónde el hogar y dónde el huerto y el jardín que dieron festivo marco a mis inocentes aventuras? Otros señores viven hoy en él felices y sus soleados corredores y paredes blancas no me dirán ya nada de mi niñez festiva. El padre fuerte y la amorosa madre duermen su último sueño bajo la pesadumbre de otra tierra; la abuela de nevada cabeza dejó ya de sonreír y la tía que fue como otra abuela, y la tía que fue como otra madre, y los tíos todos

ganaron el camino del camposanto, para esperar bajo los lánguidos cipreses la voz del ángel que les despertará a nueva vida. Los hermanos están luchando en lejanas tierras, y de los deudos y amigos de la infancia pocos son los que se mantienen en la ciudad vetusta.

La aurora que en mis sueños daba tibia luz a los recuerdos apagó su resplandor y sentí que hundíanse mis pisadas cual si fuera un peregrino maldito a quien estuviese prohibido ofrecer el fuego y la sal del hospedaje. Miré a las cumbres de los cercanos montes y memoré con espanto el verso de Virgilio: "El aquilón ha despojado a los bosques de verdor." ¡Ni vida parecióme divisar en lontananza!

Despierto de mis sueños, pensé que sería así de duro mi regreso a los nativos lares, y tristemente convencido de aquella realidad desesperante, años después torné a Trujillo y pude sentir cómo aquellos dulces afectos que forman las delicias del hogar y de la infancia, si bien no los hallaba en parte alguna, tenían, en cambio, sustituto en la ancha amistad de quienes me abrieron cordiales brazos para alegrar mi retorno al pueblo grato donde se forjaron los basamentos de mi vida. Palpé entonces la hidalguía de los amigos y la generosidad de la pujante juventud que lucha hoy por el decoro de esta tierra, y aquí mismo, en esta noble mansión de luces, recibí el homenaje con que se estimulaba mi afición a las disciplinas literarias. Y como si hubiera sido poco el obsequio que me hizo sentir el perdurable calor hogareño de estos lares, un nuevo acto de vuestra deslimitada bondad me hace hoy Miembro Honorario de esta casa del pensamiento trujillano y me recibe en su seno con galas que abruman mi escasez de méritos.

Pocos años, señores, han corrido desde la creación de este Instituto; y, sin embargo, ya tiene ganada solera de mérito en el movimiento de la cultura nacional. Feliz fue la idea de establecerlo que movió a mi amigo ilustre el doctor Numa Quevedo, durante su gestión presidencial en este Estado, y más aún darle por sede estos muros de venerable antigüedad, que durante más de un siglo han guardado para Trujijlo el peligroso prestigio de haber suscrito entre ellos el genio de Bolívar la terrífica proclama de guerra sin cuartel. En la elección de esta casa para asiento del Ateneo se cumplió el hermoso designio de borrar

de nuestra ciudad el timbre que la exhibe en el cuadro de la Historia nacional como solar de un duro sistema de retaliación, para hacer, en cambio, de ella centro que ilumina los caminos del progreso y que llama a las disciplinas fecundas de la paz. Más que desvanecer la memoria de un accidente doloroso, se ha logrado así volver a la vieja y olvidada tradición pacífica de nuestra ciudad gloriosa.

Porque Trujillo a todo lo largo de su hermosa historia representa un angustioso afán de paz. Si por una de esas raras paradojas que suscitan el curso de los acontecimientos sociales, aquí fue proclamada por el Libertador la guerra a muerte que tiñó las vestes juveniles de la República, aquél fue suceso adventicio y circunstancial que no crea símbolo costante para marcar nuestra vocación histórica, y antes que volver sobre su significado, debemos convertir la mirada al examen de otros hechos que sirven para justificar el aserto de que es la búsqueda de la paz el emblema que distingue a nuestros anales. A Trujillo he permanecido unido, pese a mi larga ausencia de su suelo, por el cultivo de la Historia, y en gracia a esa afición permitidme que os lleve a discurrir por los campos reveladores del recuerdo.

Es el siglo XVI. España se ha lanzado a la recia e insuperada empresa de extender el imperio de su cultura en las tierras vírgenes del Nuevo Mundo. Ya han sido fundadas en la Gobernación y Capitanía General de Venezuela las ciudades de Coro, El Tocuyo, Nueva Segovia y Valencia del Rey. Hacia Occidente, donde demoran los mansos e industriosos cuicas, han salido expedicionarios para fundar una ciudad. Diego García de Paredes echa los fundamentos jurídicos de la Nueva Trujillo. Abandona luego, en busca de más gente, los términos de su gobierno, y Francisco Ruiz es enviado a proseguir la fundación. Del Nuevo Reino de Granada han partido a la vez expediciones que enrumban en sentido contrario. Juan Rodríguez Suárez funda la ciudad de Mérida; mas la carencia de poderes para hacerlo mueve a la Audiencia de Santa Fe a desconocer lo hecho y a enviar a Juan Maldonado para el castigo del intrépido fundador. Rodríguez Suárez es remitido bajo custodia a Bogotá y Maldonado avanza la conquista hacia el Oriente. Llega a la región de los cuicas, donde encuen-

tra a Ruiz como personero de las autoridades de Venezuela. Ambos conquistadores desconocen mutuamente la legitimidad de sus títulos. Fieros y tercos, no ceden ante las razones que presentan los prudentes, y se disponen a resolver por las armas lo que no puede enderezar el consejo de la paz. Se citan para el combate a campo abierto. Forman parapetos de batalla, y cuando bien dispuestos están los arcabuces para la lucha fratricida, lluvia copiosísima, quitándole a la pólvora su temple, impide la contienda. Iluminados de un pensamiento superior, toman el propio Cielo por imperio de concordia, y resueltos a deponer toda disputa, fijan como hermanos los términos de sus gobiernos y se parte al Nuevo Reino Maldonado, con promesas de sólida amistad.

¿No es, acaso, signo que marca en sus albores el destino pacífico de la ciudad la intempestiva intervención del Cielo que aplaca los ánimos guerreros? ¿No aparece como estrella que señala rumbos a su historia el milagro de la paz en la mera natividad del ambulante pueblo? Mas, si respetuosos del augurio depusieron a su aviso los ánimos ariscos para la política de fuera, en cambio, los intereses de la tierra, donde ya había echado raíces de disputas el reparto de solares y encomiendas, llevaron a los trujillanos a porfiar durante diez años en la búsqueda de sitio adecuado para fijar la población. La ciudad, como tolda de beduínos, empezó a peregrinar de un extremo a otro de la ubérrima provincia. Van apareciendo Mirabel, Trujillo del Collado, Trujillo de Cuicas, Trujillo de Medellín, Trujillo de Salamanca, según la oriundez de las autoridades que prohíjan los traslados. En ningún sitio se hallan cómodos los pobladores. Allá lo impide la distancia de las antiguas encomiendas, acullá las constantes tempestades, acá las hormigas venenosas. Peregrina la tienda de los conquistadores de uno a otro término de la provincia y dejan por doquiera los valientes capitanes vestigios venerables de su esfuerzo, como si precisara, para la estabilidad conjugante de la nueva fundación, que sus raíces históricas se hundiesen en toda la extensión del suelo regional, y así hoy puedan decir Escuque y Valera y Boconó que en sus contornos actuales aposentó transitoriamente el pueblo donde se mantienen y confunden los hilos de la tradi-

ción que da unidad inquebrantable a los destinos de la región. Llegan al fin los expedicionarios a este valle estrecho, donde bajo sombrosos cedros encuentran pobres bohíos que cobijan a pacíficos indios, de luengas y canas cabelleras. La longevidad de los habitantes hace intuir a la gente española lo benigno de los aires y lo delgado de las aguas, y resueltos a asentar aquí la fundación, invocan el patrocinio de María, bajo la generosa advocación de Señora de la Paz, que agregan, como distingo promisorio, al nombre primitivo del poblado. Bajo estos claros signos discurre apacible la vida de Trujillo, "con tan general sosiego y unión entre los vecinos, que sólo por cumplimiento necesitan justicia, pues ni saben lo que es litigio ni conocen la discordia", según el elegante decir de Oviedo y Baños.

El sentido de comunidad y el don de componer las paces que distingue a los moradores de la ciudad colonial, afloran en las postrimerías del siglo XVIII, cuando la onda revolucionaria de los Comuneros amenaza incendiar a la provincia con la voz de reclamos surgidos en el Nuevo Reino de Granada. Alarmados ante el riesgo de regar fraterna sangre, en Esnujaque son movidos los agentes del Gobierno y personeros de la revolución a celebrar capitulaciones que ponen cabo al incendio rebelde, sin intuir que más tarde reaparecería con toda la intensidad de una creación para hacer de los pueblos tutelados por España naciones con dignidad de autónomo gobierno.

Sin embargo, aquella hermosa tradición de paz y tolerancia parece borrarse ante el fuego que ilumina con tintes infernales los años dolorosos de la guerra a muerte. Trujillo pasa a ser el Sinaí de un decálogo de horror. La tremenda proclama invocóse como hecho que distingue en los anales bélicos de América la presencia de la vieja ciudad. Aquí Bolívar, con la autoridad de su genio, hizo legítima la matanza cruel que ahogara en sangre a la sociedad venezolana. Pero aquí también, como secreta reparación que la Historia guardaba para honra de Trujillo en los anales de la concordia universal, fueron firmados los armisticios que, después de la revolución liberal de Riego y de Quiroga, vinieron a poner un tinte de clemencia a la contienda devastadora. Si en Trujillo se había proclamado la necesidad implacable de destruir al enemigo,

en Trujillo se conciertan normas que dan sentido de humanidad a la guerra, y en tierra trujillana se abrazan, para el olvido de los odios, Bolívar, que representa la pujanza democrática de América, y Morillo, que personifica, así hubiera sido agente de un régimen despótico, la nobleza legendaria de la antigua metrópoli española. Y es aquí mismo, años más tarde, donde se compone la alianza del Estado colombiano y de la Iglesia católica. Lasso de la Vega, insigne pastor de la grey emeritense, se adelanta extramuros del poblado para recibir con la pompa reservada a los monarcas al Libertador de Venezuela. Cubiertos de lujoso palio, Bolívar y el obispo se encaminan a la Iglesia parroquial, donde voces henchidas de piedad cristiana y de patriótico alborozo entonan el himno litúrgico ante la Majestad Sacramentada. El capitán de la libertad de América y sus recios compañeros doblan la rodilla ante el dorado altar donde preside con recamados atavíos la Patrona de la Paz, y luego el ilustre prelado se dirige a Roma en pos de una concordia entre la suprema autoridad de la Iglesia y la más alta jerarquía de la flamante República de Colombia.

Y así, señores, la sombra que pudo echar de modo transitorio sobre la ciudad pacífica la siniestra proclama dictada en esta casa, quedaba sin efecto ante estos actos solemnes de humanidad y comprensión. Trujillo volvía a ser centro del afán piadoso que en sus horas iniciales puso en labios de sus alcaldes la ingenua excusa de que sólo sabían los moradores leer el Ave María, y ello para negarse a fijar los ojos sobre el mandamiento de entregar a la justicia del nuevo Reino la persona de Juan Rodríguez Suárez, acogido a la generosa hospitalidad de sus amigos trujillanos, para evadir la persecución de sus enemigos de Santa Fe. Hasta allá llegaban la lealtad y la nobleza de nuestros primeros pobladores castellanos: ningún enfado tuvieron en presumir de iletrados cuando trataron de abroquelar el asilo sagrado con que protegían a quien era víctima de las pasiones desatadas de sus émulos. Si ayer abrieron la mente para la comprensión de la concordia fraternal entre vecinos pueblos, ahora cierran los términos urbanos a la intromisión de quienes pretenden hacer efectivas en suelo venezolano venganzas de extrañas autoridades. Contra

el odio que destruye, la concordia que dirime las disputas y la piedad que acoge y cubre a quienes huyen la injusticia de enceguecidos gobernantes. No nació, pues, aquí la guerra a muerte, ya proclamada en el corazón violento de ambos contendores. Nacieron, en cambio, instituciones que hacen digna la vida de los hombres. El arreglo pacífico de las sucesiones territoriales, la consagración del asilo para los perseguidos por los odios, la humanización de las contiendas fratricidas, tienen, por el contrario, que mirar a los anales de Trujillo cuando buscan su genealogía venezolana.

Reducto de paz, cuando las voces ululantes de la guerra civil nuevamente amenazan destruir a la sociedad venezolana, que se debate entre el reclamo de las clases populares y la resistencia de los núcleos oligárquicos, Trujillo abre sus términos al asilo de quienes emigran desde las regiones devastadas y, ya victoriosas las fuerzas federales, depone con sentido de unidad nacionalista y de comprensión de su destino pacífico de comunidad agrícola, la resistencia a las banderas amarillas de la revolución. El instinto componedor de paces, que es tuétano de su historia, libró así a nuestro Estado de que los ejércitos vencedores de la Federación lo hubieran sometido a fuego y sangre, con mengua y aniquilamiento de su capital humano y de la riqueza prodigiosa de su suelo.

Si esa, señores, es la genuina y rancia tradición de esta ciudad y no la postiza de quienes han querido dar prez a la región con demostraciones de enconados odios, ¿por qué invocar como timbre histórico el hecho de haber sido en ella, y en esta misma casa que nos une para las disciplinas de la Cultura, donde se proclamó la guerra sin cuartel como sistema que aniquilase a los enemigos de la República? Cuando se apologizó la excelencia de la fuerza sobre las virtudes pacíficas de la convivencia, bien estuvo que se exhibiera como mérito aquella circunstancia dolorosa. Pero no son la guerra y la discordia el destino de los pueblos. Un fin contrario buscan los hombres para el cumplimiento de su deber social y un afán de superar los residuos instintivos es la consigna que define la obra de quienes se esfuerzan por ganar la batalla a los constructores de la muerte.

Sobre los valores de pujanza viril, ayer representados

por quienes defendieron sobre los campos de la guerra los derechos de la independencia de la patria y más tarde la legítima autonomía de la región, se alzan hoy los valores permanentes de una cultura urgida de símbolos que coloquen más allá de los primitivos intereses diferenciales —creados por las banderías y los partidos— los grandes intereses llamados a unir en un plano superior los ánimos en pasajero antagonismo. Y los hombres de Trujillo han erigido, justamente en el propio sitio que le dio carácter de abolengo de la devastación, el emblema que define por mejor su presencia en el cuadro armonioso de la patria. De esta casa, donde ayer pudieron holgar duros ejercitantes de tinosa cetrería, han sido echados los voraces halcones guerreros, para que a la sombra de sus muros anide la lechuza silenciosa de Minerva. Donde se evocó, por presencia histórica, el mérito de la fuerza aniquiladora, se elevan voces que marcan rumbos capaces de llevarnos a la conquista de un orden en el cual sea la inteligencia quien dicte normas para el racional convivio. Sobre los guerreros sin miedo, en cuyas manos estuvo la bandera que condujo las masas al combate destructor, Trujillo quiere alzar los valores de la Cultura que ayer guiaron a sus hijos más ilustres. Para eso aquí memora la pujante juventud trujillana, con preferencia a otras vidas que son decoro y ejemplo de la altivez del Estado, como Cruz Carrillo, Andrés Linares, Miguel Cegarra, Juan Bautista Araujo, Emigdio González, Leopoldo Baptista y Rafael González Pacheco, los nombres de Cristóbal Mendoza, Juan Llavaneras, Ricardo Labastida, Domingo Briceño y Briceño, Francisco de Paula Vázquez, Francisco Bocaranda, Ramón Briceño, Francisco de Paula Martínez, Mateo Troconis, Manuel María Carrasquero, Rafael María Urrecheaga, José Domingo Hernández Bello, Diego Bustillos, Juan Bautista Carrillo Guerra, Caracciolo Parra, José Manuel Jáuregui Moreno, José Abel Montilla, Gabriel Matheus, Francisco Baptista, Justo Pastor Arias, Rafael García González, Julio Helvecio Sánchez, Rafael Rangel, José Gregorio Hernández, Inocente de Jesús Quevedo, Angel Carnevali Monreal, Rafael Colina Montilla, Enrique Urdaneta Maya, Blas Ignacio Chuecos, Carlos León, Alfredo Baptista Quevedo, José Domingo Tejera, Luis Martínez Salas, Amílcar Fonseca, Enrique María

Barrios, Jesús Briceño Casas, Rafael Terán, Antonio José Pacheco, Antonio Justo Silva y tantos y tantos más, ya simados en el polvo, que forman el patriciado intelectual de nuestra región. Sus huellas luminosas y la obra de muchos de ellos que no llegó a cristalizar en forma perdurable, por dolorosas circunstancias del ambiente, las siguen con prudente diligencia los jóvenes entusiastas que se esfuerzan en la hora actual por revivir la tradición de las ciencias y las letras y que buscan, por medio de su cultivo, anchar el radio de la cultura trujillana.

Mientras el humilde obrero de la tierra surca su entraña maternal para que anide en ella la semilla promisora de la riqueza, y mientras en el taller el operario de la industria da nuevo valor a los frutos del trabajo, corresponde a los hombres de pensamiento regar en el suelo de la conciencia social gérmenes que fructifiquen en ópima cosecha de virtudes cívicas. En sus manos está la suerte de una sociedad que clama por palabras capaces de quebrantar las propias leyes del egoísmo destructor y de elevar los espíritus a un nivel que les permita realizarse en función de paz y libertad.

Para esa obra de racional convivencia, los hombres de Trujillo están en el deber de mirar hacia los hechos singulares que guarda la tradición de la ciudad y, deponiendo lo transitorio que pudiera dar esperanza superficial a la relación social, volver, por medio del ejercicio de las pacíficas virtudes cívicas, al clima fecundo de comprensión y de tolerancia que en su procero estilo alabó el historiador Oviedo y Baños. En el hontanar del tiempo están los símbolos que dan mayor realce a nuestra vida de comunidad. Apocada por el vuelo de las águilas rapaces, la paloma de la paz tiene su nido silencioso en el árbol inconmovible de la tradición trujillana. Buscar que su tímido aleteo halle rumbos de confianza en nuestro cielo es imperativo a cuyo cumplimiento nos llaman las voces admonitorias del pasado. Sea, pues, empeño nuestro abrir claros caminos en el corazón valiente y sufrido del pueblo, a fin de que llegue un momento de justa y comprensiva inteligencia en que la armonía de nuestras vidas haga que se desdibujen del campo glorioso de nuestras armas regionales los sables fratricidas que recuerdan el heroísmo de Niquitao y el rayo que memora la funesta proclama

de guerra a muerte, y luzcan, en cambio, con señera y ejemplar categoría, las manos contrarias que se estrechan como signo de la extinción de antiguos odios y como prenda de paz inacabable.

Señores:

Al lado de este edificio, hace cuarenta y cinco años, tenía su escuelita de primeras letras la honorable matrona doña Ana Tirado de Salas Ochoa. A ella concurría yo diariamente para aprender el alfabeto. Mis oídos de niño oyeron entonces con medroso eco el nombre con que el pueblo distinguía a esta casa. Mi conciencia infantil no podía discernir el contenido de aquella atribución extraña. "La casa de la guerra a muerte" era algo misterioso y lúgubre que me sugería ruido de espadas y procesión de espectros. Muchas veces pensé que en su interior se oyeran gritos de muerte y ayes lastimeros. Y mientras mi ignorancia se iba iluminando por medio de la alegre danza de las letras que se unían, como partículas de luz, para abrirme la comprensión de las palabras, mis sentimientos informes tropezaban con la tragedia que parecía encerrada en lo interior de este recinto. La muerte y la guerra, como jinetes de un espantoso Apocalipsis, asustaban mi confundida imaginación de principiante; pero al correr del tiempo encuentro, alborozado, que la casa tenebrosa y la modesta sala donde la dulce anciana enseñaba a sus discípulos, han eliminado la terrosa pared que antaño las distanciaba, y la mansión que llevó temores a mi infancia inconsciente es hoy el aula de doña Ana, donde se enseñan letras que alumbran la conciencia popular. La banca modesta de la escuela ha ganado su victoria. Los jinetes sombríos han huído al conjuro de palabras cargadas de fuerza creadora. Ya no se oyen choques de sables ni gritos angustiosos. Los fantasmas antiguos han cedido el sitio a los genios benévolos de la Cultura. Jano ha perdido su rostro terrible para llamar a la concordia con palabras que memoran el consejo del prudente Embajador que dijo a Carlos I de España cómo "la paz se ha de buscar, pues la guerra se viene". Y es aquí, bajo la disciplina que promueven estos centros, de donde arrancan los caminos de la comprensión que hace posible la comunidad, cuando, después de una profunda reflexión de lo humano, llegan los hombres a entender que de todas las

hazañas en que venzan sólo tienen carácter de perennidad aquellas que han sido movidas por la fuerza inmortal del espíritu.

Fragua para templar las armas que aseguren la victoria de la justicia y del derecho, aquí se limpian las conciencias de todo reato que rebaje la propia dignidad del vivir. Aquí se aprende cómo es el odio herrumbre que destruye y anonada las fuerzas sociales y cómo la sociedad reclama para su vida de relación que los hombres sepan respetar la dignidad que es patrimonio entitivo de la persona. Contra las confusas voces que en la calle invocan soflamas destructoras, aquí han de decirse permanentemente palabras serenas y claras que conviertan la discordia de las pasiones en reflexivo ejercicio dialéctico, capaz de promover la enmienda de los yerros y de encender luces que franqueen el ascenso de nosotros mismos en función de creadores de hechos llamados a levantar el propio nivel de la Historia. Empresa harto fácil para nosotros los trujillanos, cuando por sillería moral de la ciudad pacífica pusieron sus fundadores el ejemplo de la concordia de sus actos y la lección de su resistencia a que se cumpliese en ella la venganza forastera.

Señores ateneístas y generosos amigos:

Aceptad el testimonio de mi profundo agradecimiento por este acto que recibo como máximo galardón en mi vida de modesto cultor de letras. La voz de Trujillo que, justamente en momento en que mis actividades están sólo consagradas al estudio y asusentes del relieve transitorio que presta la política, me llama para ofrecerme este agasajo, la oigo como estímulo que me obliga a buscar méritos con que poder mañana justificar la confianza generosamente puesta en mi voluntad de trabajador.

¡Señores!

TEMAS DISPERSOS

PALABRAS DE RESIGNACION Y DE ENTUSIASMO

SOL MERIDIANO.—Frente a nosotros el sol caldeaba sin piedad la inmisericordia de una cercana y abrupta peña rojiza. Arida, dolorosa, quebrada por huellas profundas de antiguas corrientes fluviales, la altiva masa serrana presentábase como símbolo de la inclemencia torturante de un destino en que la fatalidad hubiese arrojado el soplo de su esencia proteica; mas el sol, al bañarla con sus ardientes rayos meridianos, hacía aparecer las escarpaduras rugosas de la peña plenas de una subyugante belleza humana, belleza acaso de un alma profundamente superior, de un espíritu que hubiese lavado la impureza cotidiana en el agua amargosa de dolores multiformes y que viera, con serenidad de filósofo y de resignado, agostarse todas sus energías y sus dulzuras y sus sueños todos.

Lejos, más allá de la cresta erizada de la peña simbólica, la montaña fecunda aparecía como un esfuerzo de la tierra que anhelase alcanzar el fondo de los cielos remotos. Hermosa, con la hermosura intocada de su fecundidad selvática, presentábase a nuestros ojos como una gigantesca masa de verdura, sagrada en el misterio de la tierra donde los hombres no han saciado aún su hambre de exploración y donde acaso quede encerrado, a pesar del avance de los siglos, un eco de la palabra generadora de Dios. Pero aquella primera impresión de soledad y de abandono cayó presto al contemplar en plena selva, entre la grave solemnidad frailesca de largos árboles seculares, algo como un angosto camino, uniforme y recto. Subía de la llanura que ocultaba a nuestros ojos la peña erodada, y siguiendo el dolor de un esfuerzo, iba como arrastrándose hasta el filo que parecía hundirse en el azul lejano. Aquello era la labor larga y solitaria del hombre de la llanura y expresaba, en medio de la verde lontananza arbórea, la vehe-

mencia de un deseo torturante de subir. Acaso un día el hombre que vivió en la blanda tierra de los valles sintió tedio de tanta uniformidad y quiso conocer el arcano de la selva que se alzaba ante sus ojos torpes y anhelantes; y subió sobre piedras ásperas, haciendo sonar el diente de su hacha en los maderos intocados y regando con la sangre de sus pies firmes el camino que ganaba a precio de sudores y de angustias. Tal vez un día los de abajo notaron que el hombre no bajó más, tuvieron miedo de subir en su busca, queriendo que con sus carnes no se banquetearan las fieras del bosque, y los huesos del voluntario acaso reciban hoy, como premio a su heráclida entereza, el beso del sol filtrado hasta ellos por entre el espacio que él limpiara de árboles; y esta huella, uniforme y simple, que corona en su ascensión la montaña virgen, habla, con la clara lengua de los maestros, del abnegado peregrinar de un hombre de voluntad que quiso cambiar el monótono panorama de la llanura por el misterio de lo único desconocido que creyó existía para sus ojos ignorantes y hambrientos, y sobre la tierra rastreada por su planta pide bendición de eternidad el recuerdo silenciado de quien, con ansias de alzarse y perpetuarse, dio para siempre espaldas a las suaves delicias de una vida uniforme y anónima.

Y nuestra vía sigue, cambiante, ondulante, coronando alturas entre ásperos riscos. A cada mirada nueva cambia el paisaje: ya es la espiga oreceada, que miente lagos de leyenda al ser movida por la fuerza del viento; después, la desolación de serranías estériles, donde grandes piedras regadas con uniformidad inexplicable, hacen crear la mentirosa idea de ser salvajes habitantes de siglos pretéritos, que, al conjuro de un encanto, libráronse del hierro de la conquista destructora y que desde su inmutabilidad actual atalayan a los nuevos señores de sus perdidos dominios. Así va el camino en medio de una paz y de un silencio que hacen olvidar los pueblos cercanos y las ciudades próximas. Es un silencio de seres y de almas: nada canta, nada llora, nada ríe, a no ser el río, que mientras más subimos se hace más pequeño. Es símbolo de vidas este río sonoro, que mengua a cada paso que damos hacia arriba. Con qué estrépito suena y alborota abajo; parece desafiar las ásperas rocas que se abren a su paso: voz de

ejército que triunfa, voz de hombres llenos de vanidades y de orgullos, voz de pueblos potentes que absorben pueblecillos pobres. Es locura de espumas en hermosas cataratas, sinfonías mayores que hacen enmudecer los seres que junto a él vienen peregrinando en solicitud de nuevos cielos. Todo lo arrastra: hombres y puentes, brutos y peñas; señor de selvas y de llanos, él sólo deja oír el estruendo de su voz; pero ¡cómo va siendo pobre esta voz del río a medida que subimos en la historia de su vida cristalina! Cada vez más pequeño y más humilde, ya su música no es sonar de orquesta, sino uniforme voz de flauta monorrítmica; poca agua, poca voz y poco lecho, ya no es río, sino hilo cantarino allá en la cumbre; su voz es voz de niño enfermo y vanidades de cuando cruzara la llanura, ahora son pura humildad de un chorro de agua fresca que salta entre piedras poderosas. Y como él los hombres y los pueblos. Triste pequeñez en sus orígenes, aumentan con valores que le vienen en la ruta y se le agregan, y con el correr del tiempo se hacen de campanas bullangueras que engañan su miseria; crecen, se hacen grandes, aturden a la Historia; pero, si como hicimos con el río, subimos en el tiempo hasta su cuna, encontramos también que, sobre la humildad de piedras y pañales primitivos, no son sino pequeñas vanidades crecederas.

PARÁBOLAS SIMPLES.—En la oscuridad de la alcoba llora el niño, mientras pesadamente se arrastra en busca de la madre... Impotente porque no sabe caminar, ciego porque la luz hase apagado e ignorante porque su comprensión aún no existe y desconoce el camino que pudiera llevarlo a la pieza contigua. Llora y clama en su impreciso vocabulario, y nadie le oye; su voz aún no pasa las fronteras de la sombra; duélese en su angustia; su fatigar es para él como luchar de cíclopes: dos pasos que anduvo sobre sus trémulas rodillas de rosa son una infinidad de leguas; su pena es angustia de tragedia. Nadie le oye desde fuera, mientras su dolor llena la negrura de las sombras; pero la madre, sin oírle, llega diligente en busca suya y le alarga la mano pródiga entre las espesas tinieblas de la alcoba. El niño ríe y gózase. Lágrimas y angustias se han tornado en música pascual. ¡Cómo es triunfo su sonrisa y cómo quiere expresar en la torpeza de su lengua el entusiasmo!

Filosofía de aquella vida en pañales dijera ser sus lloros angustiosos motivo de la oportuna aparición materna. El ignora, en su pequeñez, que su anhelo hubiérase colmado sin sus gritos, sin su andar y sin su espera. Y cuanto sufrió este niño diligente en busca de la dicha acariciante de la madre han dejado de sufrirlo otros pequeñines como él, que no se angustian. Son apacibles y quietos en su soledad, resignados en su silencio, callan el hambre, y lejos de fatigas, buscan leticias en el sueño y duermen; y al despertar, la penumbra está alumbrada por los ojos de la madre, que vela junto a ellos y les guarda golosina de besos.

No es triunfo del esfuerzo en unos ni premio al esperar en otros. Es filosofía simple de la hora oportuna. Nada se adelanta y nada tarda, todo viene a su tiempo: germina la semilla, nace el árbol, caen las hojas y llega el fruto, y la labor sólo está en regar la tierra cuando el sol la seca, limpiar el árbol cuando marañas de espinas quieren agostarlo, probar los frutos cuando la sazón los ha hecho grávidos de jugos, poniendo alegría en la lucha y gozo de resignado en la espera de lo que ha de venir.

Niños grandes son también los hombres en la tiniebla de la vida. Ambulan por senderos tortuosos que abonan con su esfuerzo, llaman, gritan, desespéranse, e ignoran hacia dónde va el camino, dónde está la luz y a quiénes claman. Otros, como los niños resignados, duermen con paciencia en espera de ver al nacimiento del alba los dulces ojos de la suerte saludándoles con guiños de embeleso; pero la suerte a veces es señora diligente y sólo mira de pasada a quienes duermen. Así, retrato de la vida parece la parábola de los niños: unos se angustian demasiado, mientras los demás esperan sin acción, y cuando alcanzan lo que quieren, creen su esfuerzo o su esperar coronados, sin pensar que eso venía para ellos. Madre de hijos diligentes y madre de resignados siempre llega a tiempo, y ésta ha sido quien salvó de caer en concepto de inutilidad el llorar de los unos y el dulce sueño de los otros. Pero llega el día en que nuestra madre la Vida no nos busca, y entonces nuestros gritos o el descanso de la espera nada valen, y la parábola de los niños cede su puesto a la disciplinada vitalidad del árbol: la lucha resignada y la espera

diligente de quien sembró semillas para el futuro: que el deseo de regar la tierra no torne en podre el germen y que la sombra de las primeras hojas no sea ocasión para sueño tan largo que permita a los sarmientos atrofiar la planta; y cuando el árbol fructificó en doradas mieles, no esperar frutos distintos de las semillas primitivas. Sea oportuno el sembrador en sus faenas y en sus ocios, y amoldados sus deseos a la oportunidad de la estación, no sufrirá lloros de tristeza. En la disciplina de los árboles está su lección de vida, cuando en orfandad irremediable se lanzó a la lucha diaria sobre el confuso erial del mundo.

La escuela del Quijote.—Don Quijote vive en el campo. En el cortijo silenciado tiene hoy su palacio de gran señor el viejo hidalgo de la Triste Figura. A medida que la civilación fué apoderándose de los pueblos, encontró a los cortesanos dignos de desprecio: el hombre civilizado de las grandes urbes le fue motivo de lástima; esos pobres hombres, realidad viva del verso de Plauto: *homo hominis lupus;* esos pobres hombres desprovistos de espíritu, convertidos en esclavos de sus instintos; pequeños, envilecidos, cobardes. Ninguno le pareció digno de competir consigo; corazones mezquinos, manos criminales, no son para luchar con la nobleza suya. Y ¿dónde el pan sano, amasado con levadura de honra, propio para ser llevado a sus labios?

Y el de la Mancha "menospreció la corte y alabó la aldea", como lo hiciera fray Antonio de Guevara; pero como más tarde la aldea obtuvo categoría de ciudad, y con ella perdió el suave encanto de su quietud desesperanzada, de su espiritualidad de sitio abandonado, de su inacción de pobre vivienda de gentes resignadas, el manchego se alejó de ella también, y en silencio guió sus pasos hacia la virginidad frondosa de los campos. En ellos pasa hoy su vida, e ignorado del siglo surca con el labrador la tierra fértil, cuyo único abono son el agua y el sol.

Y con el Quijote retornan al cortijo todos los espíritus malhallados en el mecánico vaivén urbano. Mientras la vida diaria destruye incansablemente el valor espiritual de los hombres, éstos miran hacia el silencio no profanado de la selva. Cabe la misericordia de su rusticidad, el alma se

simplifica y se desnuda todas la vanas complicaciones que diérale el progreso de hierro de los pueblos; ese progreso que destruye todo lo que no se aviene con su sed de movimiento, con su agitación, con su inquietud; ese progreso que odia todo valor no susceptible de ponerse en una caja de ahorros o de ser representado por billetes de Banco. Entre los valores cotizables de este progreso no está el valor del espíritu, que, descendiendo, ha pasado a ser un pobre esclavo de la mecánica, frágil cosa que poco vale, digno de tomarse en cuenta sólo por la curiosidad que dan las monedas viejas. Pero en la pobreza del cortijo el espíritu se agiganta, crece hasta el infinito al vivir en contacto con la Naturaleza. En la quieta soledad de los campos y de los pueblos estancados, vecinos a las selvas más que a las populosas urbes, pueblos apacibles que tienen franco camino a la montaña, el espíritu parece que trabaja con fuerza propia. El pensamiento, como minúscula abeja de una colmena primorosa, labora callando, en callada humildad, que encuentra oro de mieles aun en las flores más inodoras. La vida espiritual es hermana de la pobreza y del silencio, y pobreza y silencio son destruídos por la ola poderosa del progreso, de este actual progreso de hierro, de máquinas gigantes, de valores incalculables. Don Quijote piensa con Epicteto que es mejor amueblar el alma con la liberalidad y la justicia que llenar la casa con suntuosos objetos por vano amor al lujo, y como el lujo de la casa contraría el del ánima, él se ha venido a estos sitios en que no hay más muebles que los necesarios para dormir y descansar, pero en los cuales el espíritu halla lugares deliciosos donde pasarse libremente en su sed de perfeccionamiento y de justicia; y cuanto la vanidad pierde en estos retiros solitarios, gánalo la vida interior, que se hace cada vez más pura y más intensa. Y el progreso material se trueca en progreso de espiritualidad. No es ya la pobre criatura humana, inmutable en su tamaño, cobijándose bajo altas torres de granito, viviendo en casas de pisos incontables, sino la torre diamantina del espíritu, cada vez más alta, dando valor a la persona. En medio del progreso material de los pueblos, el hombre se achica ante las soberbias obras de sus manos, y en la soledad de las

villas muertas y de los campos vírgenes, la vida humana es pequeña ante la majestad del espíritu que se encumbra por obra y gracia de su poder oculto.

En el tumulto de las grandes ciudades, viciadas y llenas de inquietud, el hombre carece de medios para conocerse a sí mismo; el vecino con quien lucha ocupa para su conocimiento el sitio que debiera llenar su personalidad interior, esa personalidad raras veces encontrada y a la cual hace referencia la inscripción délfica. Labor inútil en medio del agitado movimiento de ciudades atónitas ante el ruido de su incesante progresar, duras por la lucha diaria que amengua el valor propio de los hombres; ciudades instintivas, voraces como el trágico Moloch, destructoras de vidas individuales para crear los grandes valores de su industria, donde el hombre vale por sus brazos solamente y donde la justicia, la confraternidad y la virtud se ferian a bajo precio; ciudades matemáticas, productos de cálculo y de la especulación. Don Quijote las detesta, y ha huído de ellas para siempre. Cuando las vio camino de olvidar su nombre caballero, alabó la aldea humilde, y cuando ésta, siguiendo después en progreso, quiso retratar las ciudades populosas, se alejó hacia la selva anónima y hacia los pueblos muertos, solitarios y estancados, con amplios caminos a la montaña, de donde reciben corrientes de renovación y de vida. Y el de la Mancha vive en silencio, callado, lejos de los hombres y de las máquinas, soñando con su mundo ideal, imposible, inaccesible...

Los HUMILDES.—Fuera de la ciudad, más allá de los últimos arrabales, más allá del río sonoro, tiene este viejo su albergue. Remedo de casa, aquello no es sino templo de pobreza, de miseria suma: cuatro endebles pilares y una techumbre de hojas, es la mansión del solitario pordiosero. Los claros de pilar a pilar están cubiertos de géneros unidos malamente, y puertas no las hay, porque este viejo piensa como Jacopone de Todi, que los ladrones no persiguen la pobreza. Bajo el sol de la tarde endilga hacia allá sus pasos, apoyándose en rudo bastón, que ayuda la flaqueza de sus miembros. Va cansado. Caminó todas las calles suplicando la limosna en puertas ricas, y en el morral la lleva a casa, para regalar con ella su apetito castigado. Llega a la covacha, descarga el pesado fardo y suspira.

Ya es noche. Estrellas apuntan en la lejanía celeste, y el viejo está solo y diligente, aderezando la cena que hubo a súplicas. Unas ramas secas danle calor y luz, y presto está arreglado todo y come con fresca alegría de triunfo. Pan candeal son las sobras para su inculto paladar, y las prueba con placer que de verse diera envidia, y como poco tiempo gasta en la merienda, sale luego hacia la orilla del cercano río, cántaro en mano, en busca de agua clara. El cántaro es resto de otro mayor que no fue suyo y que rompióse antes que la caridad se lo obsequiase. En su borde tosco sorbe el agua como un ánfora múrrina, y torna a casa, donde aún la luz alumbra el nido que se tiene para echar el cuerpo a descansar.

Ahora el viejo está alegre en su silencio de abandonado, contemplando la noche sin ruido; clara noche llena de astros; noche quieta, que trae paz a su llagado corazón de mendicante; y momentos después, el viejo duerme, y el sueño suyo es sueño dulce, sueño sereno, sueño apacible de quien mira con indiferencia despertar en la Vida o en la Muerte.

★

La tempestad brama como bestia salvaje sobre la copa de los grandes árboles, el río ruge con furor incontenible, el viento silba trágicamente y las nubes, descargándose, todo lo llenan de agua. Horror de la noche, el viejo despierta en medio de su furia, temblando de miedo. La luz de los relámpagos tiene como en el día su misérrimo tugurio, sobre el cual crujen los árboles cercanos, próximos a venirse al suelo. Incertidumbre del momento, el viejo ignora lo que debe hacer en aquella hora de dolor y de prueba: único en la desolación de aquellos sitios, no hay refugio cercano en donde ocultarse al poder de los elementos embravecidos. Sale en su inconsciencia de angustiado hacia la negra intemperie, mientras la lluvia azota inclemente sus pobres espaldas fatigadas; camina, corre en busca de un hueco donde esconder su cuerpo trémulo, y nada encuentra, a no ser el agua del río que brama con más fuerza; el azote del cielo, que castiga su carne fláccida; la luz del rayo, que enloquece su retina. Dolor de la noche, todo es

para el pobre pordiosero enloquecido, que, a fuerza de andar, cayó inerme en tierra y ahora el vendaval le acerca el instante de la muerte, que tal vez espere con resignación y entusiasmo mientras la Naturaleza se conjura sobre su miseria.

★

Han cesado el viento y la lluvia y la tempestad. Sólo el río sigue rugiendo ferozmente. Pronto los negros nubarrones se ahuyentan y las estrellas parpadean en el fondo remoto del cielo. El viejo se levanta con esfuerzos dolorosos de la tierra donde fue arrojado por la tormenta y empieza a caminar torpemente en busca de su choza miserable. Después de mil vueltas y cuando el día comienza a clarecer, el pordiosero da con el lugar en que se alzaba su tugurio, que ya es ruinas solamente. El viejo ve aquella destrucción serenamente, sin que su rostro revele la más pequeña señal de dolor; da pocos pasos, y entre la hojarasca humedecida halla la alforja andrajosa que le ha servido tanto tiempo —desde que murieron sus hijos y parientes— para recoger los mendrugos que le regala la largueza pública. La levanta con cariño, y rodilla en tierra une sus flacas manos en señal de oración. Reza en silencio, con fe, con alegría, con devota unción de creyente y alaba a Dios para darle las gracias por el don que le hiciera de dejarle aún el pedazo de vida que arrastra por calles y caminos. Cuando el sol ya estuvo sobre la cresta de los más altos montes, el viejo aún oraba imperturbable, embelesado...

★

Descendiente espiritual de la larga familia de resignados que culminó en el pestilente estercolero de Job, este viejo, imagen de otros tantos hombres callados, va siempre por la vida en silencio, mientras una tragedia desconocida para todos roe interiormente su espíritu, su pobre espíritu de hombre. Yo lo he visto mil veces pasar junto a mí a cualquier hora del día, y tú, lector, acaso hayas puesto sobre él una mirada de ternura, creyendo regalarlo con ella. Pero en balde tú y yo hacemos caridad a este pobre anónimo que nadie conoce; en balde nuestro espíritu tiene compa-

sión de él, que poco necesita. Dasle lo que pide, lo que le falta, un pobre pedazo de pan para su estómago, y tú, en cambio, anhelarás siempre, sin alcanzarlo, el hermoso tesoro de su vida desconocida: la profunda serenidad de su alma humilde...

ALMA DE PUEBLOS.—Sólo una fuente canta en medio del silencio de la calle abandonada y umbrosa, donde enfilan su quietud altos sauces llenos de luna. Fuente antigua, de pueblo muy español por donde pasara el siglo XVII, ruinosa y fea, habla de cosas viejas: de rezos muertos, de citas truncas, de luchas fuertes y bravas. La luna y el silencio le dan voz a las cosas, y esta agua, que corre imperturbable hace centenares de años, discurre con lengua casi humana. Ovó ella el reír alborozado de niños que después fueron mozos galantes y junto a ella solicitaron caricias de amadas ardorosas; y los mozos fueron viejos, pidió alguno limosna frente a su claro cantar, otro pasó por ahí ufano de sus méritos, otro se hizo fraile, una tarde sintió pena, se sentó a un lado suyo y rezó su libro de oraciones, mientras otros se fueron para lejanas tierras, en busca de oro, de conquistas y de muerte. Pasó el tiempo y vino otra generación, que también fue suya, y otra y otra, y de todas dice algo el hilo de agua de la fuente, donde parecen rondar tantos espíritus olvidados.

Alma de las cosas que es como alma de seres muertos, este profundo encanto de los sitios solitarios constituye testamento de años que fueron. Pasó el color de una hora, se esfumó en el tiempo el minuto de una acción, de una palabra, y la materialidad muda y estática de las cosas próximas encierra aún para siempre la voz que se rompió contra ella y la acción que llegó hasta su inadvertida quietud en un momento muerto; y todo esto, que ya nadie recuerda, que la Historia no hizo suyo por pequeño, vive ahí en silencio y soledad que hablan con voces mudas. Panteísmo del paisaje, el espíritu se enreda en la inconciencia de las piedras, y desde ellas echa a vuelo sus campanas sobre el correr del tiempo; sangre de esfuerzos que por ahí cruzaran, abona tierra fértil que después es rica exuberancia en savias y en flores, que son, más que inadvertidas criaturas, lengua de almas ignoradas.

Y así, en el paisaje viven los hombres de ayer. Esta

fuente que canta en el silencio alunado de esta calle olvidada, es igual a otra fuente de otro pueblo, lleno también de luna, de cipreses y silencio. Igual ritmo tiene el agua, igual dulzura en el ambiente de ambas, y, a pesar de tanta igualdad, el paisaje habla con voz desemejante en ellas, porque diferentes son sus almas. Obra de siglos y de hombres pasados, tienen la huella de su fisonomía y de su historia. Porque los pueblos no son montón de piedras dispuestas por arquitectos, sino esfuerzo de hombres que van pasando. (Epicteto lo dice: "Engrandecerás a tu pueblo, no elevando los tejados de sus viviendas, sino las almas de sus habitantes.") Y como la piedra que ayer sostuvo el palacio del potentado, a pesar de derruirse aquél, aún existe, así labor de hombres no parece, sino que, en cambio, sigue viviendo por sí sola, ganando, por una lucha panteísta, voz en las cosas que fueron sus testigos.

Seres humildes hubo en los pueblos que lucharon en silencio, su vida fue peregrinar en solicitud de acciones grandes; sobre la indiferencia cotidiana arrastraron un trágico pensamiento que hasta la hora final sirvió de óleo para la lámpara de su energía. Fueron héroes en su holocausto: a cada paso su carne sintió una mengua; lucharon sin fruto para entonces, pero el fatigar de su vida habla hoy, en silencio, también, sobre la impasibilidad de muros pétreos, de la labor útil de aquellos hombres silenciados. Su alma se prolongó más allá de la historia de su vida, y anónima vive hoy en el espíritu colectivo, transformándose, agrandándose. Es el trabajo de los muertos, no aquel trabajo materializado en soberbios capitales de que nos hablan los economistas: éste es más intenso y más enérgico. Gota de agua sobre dura piedra, el pensamiento de nuestros mayores más remotos —ellos que dejaron el sudor de su esfuerzo en nuestras cosas— ha labrado con empeño obra presente, y hablando por bocas actuales, son como el fermento del alma de las colectividades que progresan. Viven perpetuamente en los pueblos que fueron antaño indiferentes a su poder oculto, más que en los hijos, donde triunfan los caprichos de la herencia, en pensamientos y en acciones. Ignorados pasaron la vida en pensar y en dirigir, la tierra se hizo boca para acariciarles y premiarles, mas su impulso quedó fuera, en crecimiento

de beneficios y de ardores, latente en la gran arteria de la dinámica social.

Hoy son nadie, y, como para ellos, también para sus nombres hay orfandad de laude. Viven en nuestras ideas, en nuestro progreso, en nuestro espíritu, de una manera subconsciente, y cuando vamos por calles que ellos cruzaron hace mucho —sitios ocultos que fueron sombra propicia para la germinación de sus ideales apostólicos, riego de júbilo para sus anhelos muertos—, voces que duermen en la quietud expiatoria de las cosas viejas nos hablan de ellos, de su entusiasmo y de sus luchas en pos de una trágica idea liberadora que nunca llegaron a consolidar. Ellos hacen amables estos paisajes indiferentes de los pueblos viejos, estos paisajes abandonados donde parece que su evocación sin nombre es más sentida, y el alma popular, el alma de los seres muertos, que hoy es como espíritu de cosas, habla mejor en este silencio de cipreses argentados de luna, junto a una fuente vieja y derruída, donde reza con unción devota un hilo de agua clara.

Horas, 1921.

MUDA SAPIENTIA

Los más serenos y los más altos de los hombres dijérase que pecan de injusticia cuando quieren señalar en la larga línea histórica de la Humanidad el nombre de aquellos que, gracias a supremas gimnasias del espíritu y a prácticas dolorosas en el campo de los esfuerzos imposibles, han alcanzado para sí alturas supremas, blancas cumbres cercanas al silencio de la perfección. Y suenen perpetuamente los nombres de los iluminados, desde Sidharta el príncipe hasta Novalis y Emerson, los mismos nombres historiados por todos los críticos: con Platón, Pitágoras; con Plotino, Proclo; con Epicteto, Marco Aurelio; con Francisco de Asís, el flamenco Ruysbroeck. Teoría luminosa de espíritus elevados que lograron el goce de Dios mientras su vida transitaba las fragosas vías terrestres, seres humanos cuya comunión con el infinito dábales divinísimos tonos. Ellos aparecen en el confuso panorama de la Historia como fanales distanciados, señalando el paso del espíritu y del ideal.

Son la vida misma hecha lengua de luces. Aquí parece que toda la Humanidad hubiese hecho alto en la jornada para concentrar sus fuerzas en la iluminación de un solo espíritu; allá semeja que todo el llanto del adanita —abismado ante el misterio en que se hunden las raíces de la vida— hubiese florecido en rosas solares. En una hora se han levantado desde lo inconsciente de la raza, desde las arenas profundas que tienen la razón del absurdo, para decir, como torpes niños que relatasen sueños, algo de la verdad de la vida, palabras truncas de las muchas que oyeran en las regiones aún no descritas ni sospechadas, un eco percibido en las cavernas del enigma.

Se les llama en justicia los perfectos. Son ellos quienes se han alzado más hacia el plano de los ángeles, quienes

han realizado mayores adelantos en la búsqueda del reino interior. Los hombres admirados de la máxima jornada vencida por aquéllos los ven como los representantes de la sangre en su deseo de hacerse espíritu. Pero en la capa inferior, entre aquellos que no se ven, ¿acaso no hayan florecido espíritus que sobre disciplinas más peligrosas se hayan acercado más al fondo del abismo?

Los que no sienten porque callaron; los que se tornan torpes al golpe del milagro; los que enmudecieron en los labios porque aprendieron un lenguaje más alto; los que pasaron por la vida sin voz de profetas y de maestros, sin ruido de palabras, sin luz de miradas, ¿acaso no pudieron ir más lejos aún en su dolorosa vía de perfección? Tal vez más que Pedro, conoció a Jesús su hermano Andrés, siempre olvidado porque no habló en evangelios ni en epístolas. Es leyenda del medievo la del monje que ganó el desierto en pos de la verdad. "Allá la encontrarás", le dijo en éxtasis una celeste voz; pero el monje no tornó nunca. Acaso la encontró, mas ésta no es para dicha; y como él tal vez, cuántos seres sin nombre, supliciados en ensayos martirizantes, han inquirido con fruto en la raíz misma del árbol secular y callado han para siempre la verdad que allí obtuvieron. Tornáronse incoherentes para quienes les oyeron, locos para otros; mientras, todo blancos, como cumbres nevadas, pasaron por la vida embelesados en su propia blancura interior. Callaron, y los hombres hubieron de quedar ignorantes del tesoro que encerraron, mientras su sitio lo ocuparon quienes hicieron de la perfección cátedra. En silencio, como aves sin voz, se fueron de la vida, y la Historia ha de ignorarlos siempre. Acaso esos que han enmudecido —¡oh dolor del misterio!— son quienes más han visto y quienes pudieran revelarnos lo que apenas nos hacen sospechar los perfectos de la Historia.

Ventanas en la Noche, 1926.

LECCION DE OPTIMISMO

Aunque Floyd Collins fuera hallado muerto en su cueva luminosa, la larga tragedia ha servido para dejar una huella consoladora en nuestra conciencia, largamente atormentada. Más de medio mes duró la expectación, desde la hora en que un derrumbe interior dejó preso al explorador en su bella cueva del Estado de Kentucky. Si hubo inquietud cuando aún el cuerpo yaciente del emprisionado estaba cerca de los auxilios exteriores, mientras se llevaban alimentos y abrigo a su tumba de piedra, mayor la hubo cuando el segundo derrumbe lo aisló de la vida, sepultándolo consciente en la ancha gruta por él mismo descubierta y explorada. Daban razón de su existencia la electricidad y la radio, y aún con más fuerza, la esperanza crecedora en sus camaradas y el deseo total de que aquella tortura tuviese un risueño coronamiento. En el fondo de la cueva, sobre la tierra húmeda y llorosa, bajo las estalactitas historiadas, inmóviles las piernas por el peso del derrumbe roqueño, diez y más días vivió en una sola postura de supliciado el valiente explorador.

Muerto lo hallaron, pero de sólo breves días, los trabajadores que con incansable esfuerzo ahondaron caminos en la montaña para resucitar al sepultado, y que ayer no más lograron levantar su cuerpo inerte. No valió la labor gigantesca puesta en juego por su vida, y fue inútil hasta el ancho túnel, abierto sólo para hallar su cadáver en el corazón hueco de la cordillera.

La imaginación de Mirbeau fue pesada para soñar suplicio semejante, y aun el coro que interpretaba el dolor fatalista de Esquilo y de Sófocles nunca supo de tragedia semejante a ésta, vivida a solas, bajo tierra, "entombed", como lo precisa la palabra inglesa, por el explorador Collins: larga noche de más de medio mes, viendo, con ojos

capaces de medir toda la tragedia horripilante, cómo se achicaba la rara arquitectura de su fosa, esperando, acaso con esa fe inquebrantable de los resignados, la hora nunca llegada de su próxima liberación.

Pero si la pica sólo halló los despojos húmedos del atormentado explorador, si hubo una palidez de fracaso en los rostros anhelosos de aquellos que esperaban oír el "levántate" final, en cambio, esta espera inquietada de tantos días ha sabido dejar una huella luminosa en nuestro espíritu, como si, perdidos en la noche, hallásemos sobre el fango del camino, perdurable por su propia luz, el rastro de unos pies divinos.

En todas las ciudades de la Unión ha habido durante una larga quincena, un voto prolongado por la vida de este ser sepulto. Todos los periódicos, en sus triples ediciones, consagraron columnas a relatar el estado de las obras salvadoras y los pormenores de su dolor, alargado por la inquietud, hecho intenso también en todos los corazones inclinados sobre tamaña amargura. La tragedia de Cave City fue sólo el centro de un dolor colectivo, el corazón de la pena común que contristaba a la nación. A ojos reflexivos, ha sido como reflejo de la solidaridad universal de nuestro dolor de hombres.

La prisa, la diligencia que empresas, autoridades y particulares pusieron en juego desde la hora inicial, para ver de salvar la existencia del desgraciado héroe de esta callada novela subterránea, se contemplan como actos supremos de una piedad poco usada por los hombres para con sus semejantes. La actividad social puesta al servicio de este solo hombre, de un hombre, de una vida apenas, que no representaba más que la de cualquier otro vecino, aparece como una bella lección de fraternidad y de respeto humanos, que valiera tenerse siempre presente. Este proceso doloroso de diecisiete días, en el que toda una gran nación se conmovió ante los sufrimientos solitarios de un hermano aprisionado por la Naturaleza en un hueco de la tierra, sin pan, sin agua, sin abrigo, cristaliza un concepto menospreciado mil veces: el inapreciable valor de la vida humana, aunque esta vida sea la de un mútilo, aunque esta vida mañana no pueda corresponder con beneficios a la colectividad.

La incomparable diligencia, la anhelosa inquietud con que el público gigantesco de este continente miró el proceso mortuorio de Collins —en lo cual no hubo curiosidad, sino dolor contagiado—, nos ofrece una clarísima lección de fe en los destinos espirituales de la raza. Ha habido una opima enseñanza de piedad activa, de piedad de todo un pueblo ante la desgracia de un solo hombre; piedad que evoca el celo de la mujer que perdió una dracma y encendió una vela de mayor valor para buscarla, historiada por el Nazareno en sus parábolas divinas; piedad que urge incluir en los nuevos presupuestos sociales de los pueblos, por medio de la educación y de la práctica, como elemento de poderosísima influencia para el avance de los hombres, hoy guiados solamente por el itinerario que le demarcan sus instintos inferiores.

Dijimos por tal que esta tragedia de un solo hombre ha sabido dejar una huella en nuestra conciencia, largamente atormentada; ha sabido dejar una alegría nueva, una confianza viva en la nobleza espiritual de los hombres ante el dolor fraterno, que hace contraste con la indiferencia observada a diario con el doliente callejero. Constituye como una mira nueva para los planes de la nueva justicia colectiva más saturada de amor que de deber.

Nueva Orleáns, febrero de 1925.

Ventanas en la Noche, 1926.

LA PARADOJA DE LA DEMOCRACIA

PORFÍAN los numerosos e interesados enemigos que a la hora presente siguen la campaña de descrédito de los ideales democráticos en sembrar el concepto de que sea su esencia el triunfo aplastante de la aritmética individualista. Nada parece más contrario a la verdad que esta falsa idea de democracia. Se fundamenta ella en un enunciado de contenido arbitrario, ya que la proyección de lo democrático precisa, junto con un desarrollo horizontal un arranque de ascendente verticalidad. Sobre el valor disolvente de lo individual se alza el ímpetu de la personalidad humana. "Como individuos, estamos sometidos a los astros; como personas, los dominamos", es diferencia que bien ha sabido determinar Maritain.

La democracia, como sistema que ofrece el mayor número de posibilidades para el ancho desenvolvimiento de los derechos de la persona, en nada se opone, como maliciosamente propalan sus detractores, a la jerarquización social.

Mienten quienes, con tesis falaces, sostienen el carácter negativo de nivelación como substrato democrático. No. En la democracia no son "los de abajo" quienes deben gobernar, por más que potencialmente exista la igualdad como fondo de la democracia. Esta apenas iguala en las posibilidades primarias. Rompe el viejo tipo diferencial que intenta catalogar a los hombres en razón de un falso orden preestablecido dentro del cuadro social. Desbarata, en un terreno de filosófica realidad, todo distingo "anterior" (raza, credo, estirpe, estamento económico) y abre por igual el devenir diferencial en el ancho campo de la lucha diaria.

La democracia hace de la persona, no del individuo, el centro y el fin del ordenamiento del Estado, y prevé, por con-

secuencia, el respeto a la justa categoría lograda como fruto del ejercicio de la libertad y de la igualdad iniciales. No se trata de erigir al Estado en maquinaria que guíe los pasos ciegos de gente descabezada, cual sucede en los regímenes totalitarios y despóticos. De lo contrario: se obliga a que el Estado respete, junto a la jerarquía adventicia que supone sus organismos, la legítima jerarquía que se ha formado por el propio esfuerzo personal, llamada, en cambio, a ser pasajera en el orden del tiempo y no a perpetuarse en la realidad operante por más de una vida, como los privilegios y regalías de otras épocas. Sólo en el plano de la cultura puede prolongarse indefinidamente el comando de las fuerzas superantes. Beethoven aún dirige conciertos. Platón dialoga con nuevos discípulos. Lincoln continúa libertando conciencias.

El ímpetu vocacional reclama la seguridad de este derecho de desigualación intrasocial. Justamente la valla que detiene las avenidas demagógicas reside en el respeto a los valores espirituales que sirven a jerarquizar la sociedad. Sin la economía de este respeto no se obtendrá jamás la certera noción de responsabilidad que reclama la práctica de la política.

El vulgar concepto de igualdad numérica como estribación del orden democrático desemboca de manera fatal en dos extremos, a cual más lamentable: en la tiranía o en la demagogia. En la tabla rasa que hace que los individuos griten sin concierto y que conduce, por reverso equilibrio, al entronizamiento de quienes logren mayor éxito en el ejercicio de la violencia.

El problema esencial de la democracia reside en mantener la necesaria ondulación que permita el libre juego de los posibles sociales dentro de un plano de perenne renovación de las fuerzas humanas en sus diferentes aspectos morales, culturales y económicos. Y a ese juego sólo se llega cuando la conciencia colectiva logra de una manera clara y permanente la noción de que la libertad, indispensable a la vida del espíritu, es resultado neto del respeto supersticioso, si es posible, al valor de la persona humana como capaz de dominar a los astros. En la democracia, como en la carrera atlética, los hombres han de tener iguales posibilidades para alcanzar la meta, mas el ímpetu los

diferenciará a la hora de llegar. También entre las tribus domina el más fuerte, el que mejor se distingue en la carrera, pero ésta de acá es de violencia exterior, de empuje que destruye y aniquila. En la democracia es de violencia interior que edifica en la zona de la cultura. Violencia que nace de una reflexión.

★

Esencia del orden democrático, raíz de su fecunda acción creadora, la constituye el carácter dinámico que representa la "igualdad desigualante" de donde arranca el desarrollo de la personalidad dentro del cuadro social. Al carácter estático que distingue los regímenes de privilegio (sistemas de estirpes aristocráticas, de pequeños clanes familiares, de estrechas oligarquías plutocráticas), la democracia opone un rítmico vaivén intemporal, donde se mueven, dentro de un orden de justicia, las fuerzas sociales que buscan de superarse unas a otras, en lucha perenne contra los fines finitos que conducen a las situaciones catatéticas.

Ola de matices que arrancan de la diferencia de proporciones humanas, la democracia se niega a la espasmodización de las formas y de los sistemas donde pudieran detenerse los procesos que llevan a la continua jerarquización, es decir, al perpetuo ascenso de los componentes sociales. La armonía generada por este incesante movimiento de valores, llamados a cristalizar en nuevas jerarquías que, oportunamente, habrán de ser sustituidas por otros y por otras, es causa que evita los exclusivismos donde se anquilosa el progreso social, mientras, de otra parte, por esa misma coetánea formación de valores diferenciales, absuelve los peligros de recaer en un momento de acratismo que conduzca a la barbarie.

Al eludir ambas posiciones extremas: el rígido exclusivismo y la carencia de ductores que marquen el acento en el desarrollo de la curva social, se hacen a un lado dos de las causales primarias que motorizan las catástrofes sociales. Surgentes en opuestas líneas del "estar político", las revoluciones afloran tanto como repulsa de las estrechas formas que se niegan al vaivén de la libertad, cuanto por reacción ante la falta de sistemas que mantengan y

guíen el ritmo de la sociedad. Porque una y otra posición son consecuencia natural de situaciones desprovistas de la fuerza que promueve el libre juego de la personalidad humana dentro del cuadro estructural del Estado.

Ese carácter paradojal de crear permanentemente valores llamados a ser sustituidos en la dinámica del tiempo hace que la democracia, más que una determinada situación de hechos institucionales, sea un verdadero estado de conciencia y aún de sensibilidad colectiva, producido por el desarrollo de la cultura. Como reflejo de la propia constitución interior de la persona, los conceptos llamados a empujar el proceso social se resienten de las modalidades de aquélla y determinan, naturalmente, la posición cultural lograda por los dirigentes. No se trata de enunciar derechos de proyecciones metafísicas ni de proclamar ilusivas reformas sociales. Se trata, por lo contrario, de crear una conciencia y una sensibilidad generales, que permitan el racional desenvolvimiento de los derechos de la persona. Se trata de hacer fácil el proceso inicial que dé posibilidades de desigualarse a los individuos y de hacer realidad las aspiraciones de mejoramiento que sirven de meta a la marcha del hombre en el campo de la moral y de la industria, las cuales miran tanto a los problemas del espíritu cuanto a los problemas del pan y del abrigo en una escala diferente de apreciaciones que puede llegar a igualar, en el terreno de la valorización sensible, la emoción que en el virtuoso despierta un cuarteto de Schubert, con la emoción de asegurar el mendigo un trozo de pan para la siguiente mañana. Porque en el estado de conciencia de ambos trascienden dos momentos de anhelo con equivalencia en la zona de la cultura.

La posibilidad renovadora que garantiza la democracia por medio de ese proceso paradojal de "igualación de los posibles desigualantes", hace que sólo en su seno se mantenga fresca y sin violencia la idea del progreso indefinido del espíritu, y el ansia correlativa de alcanzar cada día una situación exterior que mejor permita gozar el don divino de vivir en la sociedad de nuestros semejantes.

★

Barker, Profesor de Cambridge, llevó la paradoja a su límite extremo cuando dijo que: "Gran Bretaña es una democracia porque es una aristocracia." Sin embargo, sobre el aparente juego de palabras hay una clara verdad. Sin el proceso selectivo de formar valores no se llegará al verdadero sentido de lo democrático. Sin el afán de subir y hacer subir, no se logrará el sistema de categorías que sirve de marco al propio ascenso del pueblo.

Hay un error, quizá voluntario en algunos, cuando se pretende confundir el proceso de jerarquización con las situaciones arbitrarias representadas por los privilegios permanentes y por los monopolios que arrancan de anomalías sociales. Como existe, a la vez, un error de fatales proyecciones en la idea de que sea el gobierno de "los de abajo" lo que da color esencial al régimen democrático. Por lo contrario, la democracia constituye un estado de conciencia, un clima moral que mantiene en pleno vigor conceptual el principio de que "el abajo" y "el arriba" sociales son apenas simples momentos en la gran curva del progreso humano y, como tales momentos, situaciones llamadas a sustituirse, a fundirse y a alternar en la dinámica de la sociedad.

En los sistemas de privilegio se contemplan posiciones estáticas donde aparece el suelo social con quiebras insalvables, con diferencias ahondadoras que reclaman para la marcha continua la necesidad de saltos acrobáticos, traducibles en verdaderas catástrofes. La armonía, en cambio, que representa el ascenso metódico de los componentes sociales, absuelve del peligro de aquellas drásticas soluciones la continuidad del ancho campo donde porfían por ponerse en acto las facultades de expansión de la persona, y evita, por tanto, las actitudes fatalmente heroicas que conmueven los propios basamentos del Estado.

Desde el punto de vista de la Antropología hay temas para discutir la igualdad humana. En su valorización física los hombres habrán de ser siempre considerados como seres individualmente desemejantes. Por tales los produce la naturaleza. Pero sobre lo material se erige, con horizontes ilímites, el campo del espíritu, donde una recta revaluación de lo humano preside el progreso incansable del orden social. Desiguales en un plano realista (raza,

estirpe, capacidad física, potencialidad económica), la cultura, que busca la incorporación incesante de nuevos valores, hace, en cambio, semejantes a los hombres en su facultad moral de equilibrar las deficiencias originarias y de proseguir desigualándose por actos propios y "actuales" de expansión de su fuerza creadora.

Junto a esta concepción paradójica de igualdad de posibles desigualantes en que hemos venido insistiendo, precisa contemplar la posición del Estado democrático en su doble fase de producto y de fuente de valores. El Estado como culminación de fuerzas y el Estado como engendrador de nuevos elementos de creación. Es decir, tanto como fin moral cuanto como medio, como puerta de tránsito que dé salida al anhelo incontenible de perpetuarse que, como expresión del orden vital, constituye la esencia de lo humano.

Para la estructura del gran todo orgánico que forman las fuerzas sociales, el Estado reclama por supedáneos las fuerzas que se hayan jerarquizado en el juego libre de las posibles valorizaciones. El Estado no mira las superficies planas para afianzar sobre ellas sus bases arquitectónicas; procura, por mejorar al fin, los puntos elevados del campo social. Mas en cuanto atiende a la conservación y al perpetuo ascenso de valores humanos en su obra de "regreso", es decir, en su constante mirar hacia el origen y desarrollo de los recursos sociales, la visión habrá de dilatarse hasta lo que es común en el orden individual: la necesidad de vivir y de crecer que iguala a los hombres.

De estas posiciones concomitantes en la estructura estatal surge la diferencia de derechos que garantizan los Estados democráticos: derechos de participación activa en el ordenamiento político y derechos de participación pasiva en los beneficios sociales. Para los primeros se impone contemplar el grado de evolución diferencial de los "posibles", es decir, la capacidad de servir, la aptitud para "retornar" en obra creadora el estímulo y la confianza social. Para los segundos, garantía y tuición estatales en orden a asegurar y mejorar las condiciones de vida y las posibilidades de asumir un grado superior de cultura.

Pecan por ello quienes agitan las masas y, creyendo servirlas, confunden unos y otros derechos y, universalizando para los primeros lo que es imperativo en los se-

gundos, siembran aspiraciones incongruentes por prematuras. Porque los derechos activos imponen para su ejercicio previos deberes de superación en el campo libre de las posibilidades democráticas. Y el verdadero conductor de masas debiera empezar por predicar a éstas el deber de ejercitar la facultad de hacerse cada cual mejor. "Hacerse", no considerarse, es decir, ejercer la facultad de subir, en orden a dar objetividad al principio de que la política no es la posibilidad de poner a nuestro servicio personal los recursos sociales, sino, por lo contrario, poner al servicio de la sociedad nuestros recursos morales.

Al pedirse, para la obra de capacitación política, que la persona se "haga a sí misma", no debe entenderse que con ello quede relegado a una posición individualista o a una actitud recoleta el esfuerzo que ha de encaminarse a tal fin. En el proceso social precisa no olvidar la modalidad intrayacente que le es característica. La sociedad en el individuo y el individuo en la sociedad, no en función de suma o de mezcla sino de contenido que encierra al continente, de todo que se comprende en su propia parte, de "posterior" que deviene de un "anterior" que, a la vez, no existe sino en tanto se evidencie la posibilidad de llegar a posteriorizarse. La onda del movimiento social ha de influir hacia la potencialidad individual en una como función hipostática de espiración creadora, mientras, de otra parte, el impulso del individuo debe enfilarse a hacer mayor el dinamismo del todo orgánico que le comprende. La perpetua paradoja de ser medio y de ser fin, en un proceso dialéctico de ascenso y de retorno, que es condición esencial del ritmo democrático.

"Hacerse a sí mismo" constituye una actitud individual de compulsar perfecciones en el designio jerárquico de la sociedad, de quien se reclama, a la vez, imperiosamente, el contingente de la acción colectiva, por medio de un constante trasmitir de vivencias de valuación humanitaria. El hombre pide, para la validez fecundante del esfuerzo, la adhesión cooperativa de las posibilidades sociales, y el Estado que entienda satisfacer su recta función creadora está obligado a proporcionar a sus componentes individuales los medios necesarios para que, alcanzando en grado pleno el desarrollo de su potencialidad vocacional, puedan

hacer de mayor valimiento su propia vida y, por lógica consecuencia, la vida del Estado. Si éste crece, con mengua de los individuos, hasta la hipertrofia de sus órganos, desembocará indefectiblemente en una monstruosa organización donde, lejos de expandirse los derechos de la persona, ésta se anemiza y se anula bajo la rígida disciplina de servir de instrumento de explotación servil de la clase que personifica la dirección de la cosa pública. (Estado totalitario.)

El continuo fluir y refluir de elementos creadores, sobre el hecho cierto de mantener en trance móvil los componentes sociales, pide una persistente acción tuitiva del todo organizado hacia las individualidades que lo integran. Crea, puede decirse, un verdadero proceso simbiótico, que hace transfundir los valores individuales hacia nuevas categorías sociales y que obliga a éstas a girar de nuevo hacia la generación y el mejoramiento de los futuros posibles individuales que alimentarán el curso de su acción progresiva.

Para el cabal desenvolvimiento de este proceso de interdependencia, se impone la necesidad de que el Estado promueva medios que aligeren el ascenso de sus propios valores. Su acción protectora, de carácter universal, está obligada a procurar para todos los integrantes un mínimum concorde con la dignidad humana, mínimum moral (libertad, tolerancia, justicia), que equiparse la facultad de desigualarse los posibles individuales en la obra de crear nuevas jerarquías, y mínimum de previsión y de asistencia, que asegure en el campo de la materialidad el desarrollo del orden vegetativo de la sociedad.

Cuando es detenida una cualquiera de estas dos corrientes se produce en el Estado un desequilibrio que lleva a situaciones extremas y por demás peligrosas. Si es el refluir del todo hacia la parte quien paraliza la obra fecuandante del "regreso", el Estado se convierte por sí en fuerza opresora y rigidizante, en límite que impide el racional desenvolvimiento de la persona; si ésta, en cambio, perdiendo su centro de gravedad colectivo, utiliza sólo en provecho individual la fuerza que solidariamente debe poner al servicio común, provoca un estado de acratismo, en el cual se disuelve todo impulso de armónica creación. En

el primero de los casos, el Estado o el Gobierno que lo personifica asume caracteres quietistas y despóticos, que impiden el desenvolvimiento de la vida social; mientras en el segundo, la falta de cohesión y de congruencia en las aspiraciones individuales conduce la sociedad a la anarquía y a la revuelta, con pérdida en ambos casos de los lineamientos de equilibrio que son basamento y fin de la democracia.

Del hecho primario de "hacerse a sí misma" la persona, lejos de derivarse una trayectoria individualista y aisladora, irrumpe, en el verdadero orden del estado democrático, un ímpetu incontenible de creación superante, un anhelo de evidenciar y de expandir en el campo de las realizaciones sociales la capacidad captada en el proceso de autoformación cultural. Porque ello gira sobre la perpetua paradoja de la democracia: ser uno para sentir la multiplicidad; ser muchos para concurrir al progreso y a la perfección de la unidad.

Temas Inconclusos, 1942.

LA LECCION DE JOHN DABELLO

Por la puerta ancilar de nuestra casa llegaba todas las mañanas la alegre figura de John Dabello. Hace de ello más de veinticinco años, y su facha amable vive en mi memoria como un recuerdo más de la alegre y semilatina metrópoli del Mississippí. Cuarenta años llevaba Dabello de vivir en Nueva Orleáns. Primero había estado en Chile, donde adquirió un español que no logró diferenciar de su nativa parla siciliana. Había ido al Norte en busca de fortuna, mas ésta no sonrió para él como sonriera a sus paisanos los Baccaros, magnates bananeros, y a los Solaris, señores de la abacería. Dabello, después de fracasar en varias empresas, había tomado el rudo oficio de distribuir en invierno carbón para la amorosa chimenea y durante el verano el refrescante hielo para la caja refrigeradora. El *iceman* todavía era en el Norte una institución urbana, hoy desaparecida por la difusión de las neveras eléctricas. En una modesta casita de madera ubicada en Carondelet Street, cerca de la ancha Avenida Saint Charles donde yo habitaba, tenía su tienda el viejo italiano. En ella la mujer, trabajadora y metódica como buena inmigrante, expendía las deliciosas ostras y los rojos pargos, que los hijos pescaban en el proceloso Lago de Ponchatrain. Contento, chupando su inseparable pipa de roble, Dabello amanecía en nuestra casa con las cristalinas barretas de hielo. *Morning, mister Consul! I'll come back at noon.* Y a mediodía regresaba con su misma sonrisa de resignación y de alegría, para reemplazar el hielo derretido por el excesivo calor.

Al cabo de un año, Dabello formaba parte de nuestra casa. Su visita no era ya la simple visita del vendedor que distribuye mercancías mecánicamente, sino la del vecino que refiere los pormenores del barrio y la del hombre

que participa en la añoranza de la Patria lejana. Un día Dabello había llevado mi hijo recién nacido para que lo conociera su mujer. Como el viejo tardara en regresar y había llegado la hora de que el niño tomase su alimento, fui a la casa de mi *iceman*. En anteriores ocasiones apenas me había detenido en el áspero mostrador, donde se ofrecían al público los pargos, los cangrejos, los camarones y las ostras, y donde había en invierno leña y carbón hacinados. Esta vez el viejo, con la más amable sonrisa, me invitó a pasar al interior.

Traspasada la puerta del tenducho, mi sorpresa fue enorme. Me hallé en un ancho *hall*, aderezado con modestia y gusto. Lo primero en llamar mi atención fue una magnífica pianola eléctrica, a la moda en aquellos tiempos. Decente alfombra de lana cubría un rinconcito, donde dos muelles butacones ofrecían descanso amable. Una graciosa araña pendía del techo. Muebles cubiertos de buena tapicería lucían en medio de la sala, alrededor de labrada mesa, donde reposaba una graciosa estatuilla. En el rincón frontero, una pequeña biblioteca y confortable *chaise-long*, a la que hacía par elegante lámpara de pie, con pantalla roja, de muy buen gusto. El chico estaba en el interior, y pude así pasar por los dormitorios, tan bien amueblados como el *hall*, hasta llegar al *dining-room*, donde hallé muebles sencillos y limpios, de bastante apariencia.

Me había adentrado en la vida íntima de la familia Dabello. Estaba en el *home* acogedor, en el hogar sereno, donde se convertían en paz y comodidad los sacrificios del padre, de la madre y de los hijos. En la calle el viejo *iceman* trabajaba como obrero modestísimo: pobre la indumentaria, desaliñado el porte, sucia la apariencia de quien no pensaba sino en obtener un mayor rendimiento de su constante afán. Pero había una finalidad clara en aquel modo de vivir: el hogar, la vida interior de la familia, donde eran compensadas con creces las angustias y las fatigas diarias. Poco importaba a los Dabellos el juicio callejero que se formaran quienes mirasen el exterior de sus personas. Ellos tenían su mundo profundo, lleno de paz y de deliquios, donde sentían la dignidad de sus propias vidas.

El reverso de estas vidas ordenadas a la natural satisfac-

ción de lo justo humano (libertad de compromisos, mesa completa, rincón de familiar deleite, cómodo descanso y grato abrigo), lo hallamos a la continua en nuestro medio venezolano, desprovisto de lógica y de método. ¡Cuánta empinada gente miramos a diario en los teatros y saraos de nuestra alegre capital, las damas luciendo ricas pieles y luminosas joyas, los caballeros de punta en blanco. El coche a la puerta de la casa, listo el presente para festejar las amistades. Y sólo no se diga ello de la clase media. El obrero se excede de sus medios: fuma cigarrillos Chesterfield o Camel y calza zapatos de dos tonos, juega al "cinco y seis" y gasta más de su salario en convidar "Cuba libre" a los amigos. ¿Y el interior de la casa de ambos? Mírelos quien quiera y seguramente encontrará mediano y escaso el mobiliario, la higiene nula, la mesa apenas con los "duelos y quebrantos" de la semiabstinencia sabatina del *Caballero de la Triste Figura*. Luz no hay siempre, porque a menudo la cortan los empleados de la empresa. Las ropas de cama desproporcionadas con las que lucen por las calles, donde han de topar con las relaciones de amistad. Se divierten y aparentan posibilidades, a costa de su propio sacrificio, nuestras gentes. Para ello están abiertas las fauces sonrientes del agiotista y las puertas insinuantes de la casa de empeños, cuando la cuenta de la tienda o de la botillería no soporta nuevos renglones.

Vida disparatada de inmodestia, que a más de la economía privada desquicia la economía social y la propia economía biológica de la nación. La incógnita dolencia que agobia a nuestro pueblo, y cuya etiología perspicaces higienistas hallaron en la subalimentación general, no sólo tiene su razón en la carestía de los artículos reclamados por una dieta racional, sino en la propia falta de sentido común con que vive nuestra población. Abundan los hombres de entrañas de hierro que, con la complicidad o a la vista gorda de las autoridades, han acaparado el azúcar, la leche, la harina, el arroz y hasta la lumbre, pero al lado de estos ladrones disfrazados de caballeros hay una inmensa mayoría de personas que sustraen de sus propias posibilidades para adquirir el pan necesario y el requerido abrigo, el dinero que les proporcione la satisfacción de hacer una vida de apariencia y francachela. Prefieren, antes

que satisfacer el hambre natural, la complacencia de una frívola vida de engaños, como el estirado caballero que en el *Lazarillo*, luciendo espada y sombrero emplumado, paseaba su ocio por atrios y callejas, para después, con remilgos de estudiada indiferencia, compartir con el criado solícito las sobras que éste recogía entre vecinos generosos.

Hay en realidad una profunda diferencia en los medios de vida de nuestras distintas clases sociales. No sólo se califica la democracia desde el punto de vista de las garantías de la libertad y de la igualdad, así sean éstas el primer peldaño y la piedra angular del gran edificio de la república. La democracia también se mide en el caldero. Ya lo hemos escrito en otra parte: mientras mayor uniformidad exista en la dieta del pueblo, mayor será el grado de su democracia. Precisa una lucha tesonera que levante el tono económico de las clases hoy llamadas pobres. Urge educar a éstas en el camino de que sepan guiar sus propios pasos en la labor niveladora. Urge, también, convencer a los ricos, con la cristiana palabra de León Bloy, de que están hechos para distribuir su riqueza a los indigentes y que el mayor servicio que puede hacerse a sus miserables almas es el determinarlas a cumplir su deber de intendentes del Dios de bondad.

Pero urge, ante todo y sobre todo, crear un sentido de lógica vital en el pueblo que se quiere mejorar. Interesa despertar la misma conciencia del vivir cívico. El método, la cordura, el acierto que hagan razonable nuestro anhelo de mejorar y que justifique la propia acción del Estado frente a los señores absolutos de los medios de producción y abastecimiento. Acaso para la formación de esa conciencia dirigente sea provechosa la lección de John Dabello.

1943.

Virutas, 1951.

NOTAS PARA UNA BIOGRAFIA DE DON FULGENCIO

En uno de estos agitados días caraqueños he tenido la gratísima sorpresa de topar en una de las esquinas de la plaza Bolívar con Luis de Austria, mi viejo amigo y compañero juvenil de letras. A decir verdad, yo le daba por muerto, y difícil me fue conocerlo de primera intención. Más de treinta años hace que no nos veíamos. Ambos hemos cambiado lo suficiente para ser hoy personas sobradamente distintas de lo que fuimos en la lejana provincia donde discurrió nuestra común infancia. Luis ha viajado mucho por los largos caminos de nuestra bárbara América y ha hecho una regular fortuna como agente de negocios. Pero así le hayan corrido buenos vientos y sea así hoy persona de holgados caudales, no ha descuidado sus viejas debilidades literarias y sobre todo su pasión por la Historia. Me habla de algunos ensayos publicados bajo otro nombre, pues si bien conserva pasión por la literatura, se ha desvestido la penosa vanidad de las letras de molde. Sus trabajos no le han dado ni fama ni dinero. Escribe porque sí, y cuando da algo suyo a la Prensa, lo hace de gracia y con postizo nombre.

Luis me ha confesado en la forma más ingenua que se ocupa actualmente en escribir la biografía del célebre personaje que tanto ha divertido a nuestro público en las tiras periodísticas bajo el nombre de Don Fulgencio. Casi ha hecho una pasión de la búsqueda de datos para acondicionar la sencilla vida del inocente solterón que pone sonrisas mañaneras en labios de viejos y de niños.

—Pero si eso es mera ficción del dibujante, mi querido Luis— le digo en tono que evite la burla de mi sorpresa.

—Te crees tú, pero no es cierto. Don Fulgencio es un tipo real de la vida, cuyos datos principales he logrado obtener con penosa diligencia. Yo lo conocí en Mar del Plata,

durante una alegre temporada de playa, y si bien no tuve oportunidad de acercarme a él, pude, en cambio, lograr noticias preciosas sobre su existencia.

—Cuenta, cuenta lo que sabes sobre don Fulgencio— le agregué curioso.

—Pues verás. De Fulgencio, en realidad, no se sabe quiénes fueron sus padres. En alta mar nació de una inmigrante sueca, que al dar vida al hijo perdió la suya. Cuando el buque atracó en Buenos Aires, el chiquitín fue internado en un orfanatorio, donde monjas asuncionistas cuidaron de su infancia desvalida, hasta que un estéril matrimonio rico lo adoptó por hijo y le dio nombre y apellido criollo. Claro que en el hogar adoptivo el niño creció sin adaptarse al genio de los buenos padres. Sencillo y tímido, prefería los juegos con niños de su propio temperamento, y cuando fue a la escuela, si bien mostró aptitudes para los números, mayor inclinación manifestó por los cuentos de brujas y consejas de comadres. Nada era tan fácil como aterrar al asustadizo Fulgencio. Bastaba que el compañero cubriese el rostro y le gritase "¡Bu, bu!" para que el niño saliera a la estampida. A la edad de recibir la primera Comunión no se conformó con hacerla una vez, sino porfió por ser preparado para tomarla con igual pompa en nueva ocasión. Cuando los compañeros de colegio supieron esta gran aventura de Fulgencio, lo llamaron "el niño que hizo dos veces la primera comunión". Después de graduado de bachiller, sus padres lo hicieron seguir un curso intensivo de contabilidad, a fin de que entrase bien provisto de defensas en el manejo de la cuantiosa fortuna. Y lo hizo tan bien, que los caudales, lejos de mermar, crecieron, pues Fulgencio jamás ha gastado algo superfluo. Nunca ha invitado a un amigo sino a tomar sorbetes. Para halagar su vanidad, los "pájaros bravos" que conocían su genio, lanzaron en cierta ocasión su candidatura para alcalde, mas cuando fueron a solicitarle dinero para la campaña electoral, Fulgencio les pidió fianza segura y buenos réditos para poder entregarles la cantidad requerida. Claro que no hubo candidatura, y él, entre risas, manifestó que prefería la quietud de su oficina al riesgo de que sus dineros desmejorasen. Sin embargo, cuando triunfaron sus amigos, éstos lo eligieron síndico del Municipio, y su primer acto fue

proponer una ordenanza que prohibiera matar las moscas, animalitos de Dios, decía, que tienen tanto derecho a la vida como el más armado de los guardianes del orden público.

Cuando Fulgencio entró en el goce pleno de la fortuna de sus padres adoptivos, fue objeto de grandes manifestaciones de aprecio y la Compañía de Tranvías Eléctricos lo promovió a la presidencia de la Empresa. Fulgencio recibió con desabrimiento la noticia y manifestó a los amigos que él tenía horror a todas las presidencias y prefería el ocio que le aseguran sus bienes a tener que entenderse con gente que podría enredarlo con un género de actividades para las cuales no estaba preparado. "De los tranvías me gustan los cupones y viajar en la plataforma de atrás, desde donde se mira mejor el paisaje", respondió en medio de grandes carcajadas.

Su timidez lo apartó siempre del trato con mujeres, y si bien admiraba frenéticamente la belleza femenina, prefería hacerlo con retratos. Su habitación estaba llena de fotografías de las más bellas artistas de la localidad, y sentado en muelle silla, entregábase por largas horas a contemplar las numerosas dulcineas que adornaban las paredes. "Qué bellas son todas, pero a ninguna quiero tanto como a Ofelia", le oyó decir en cierta oportunidad una de las criadas.

Su única debilidad afectiva ha sido el travieso Tripudio, buscado por él en el mismo orfanatorio donde discurrieron los años de su infancia. Pero en la adopción hubo algo curioso: como era célibe, no creyó prudente y honesto admitirlo como hijo, sino como sobrino. El Código Civil no contemplaba el caso, mas con su dinero logró que dos famosos juristas creasen una teoría que permitiera al juez conceder la adopción del sobrino. Tú sabes que el dinero ha servido para la elaboración de las más curiosas figuras de la ley y que por dinero los abogados acomodan a la justicia la más abarrancada barbaridad.

Pero en la vida de don Fulgencio —agrega mi amigo— hay una profunda equivocación. Jamás he llegado a explicarme por qué se le llama "el hombre que no tuvo infancia". Todo lo contrario: es el hombre tonto, bonachón, inocente y sólo listo para los negocios, que se quedó en

la infancia. Los años han corrido sobre su robusta humanidad, y nada le han dejado de la amargura con que se teje el bajo lizo de la vida. Es el eterno niño que prefiere la simpleza de los fatuos a la malicia cuotidiana con que el hombre aboda sus actos y procura ganar a costa de los otros los mejores puestos de la sociedad. Todos ríen de él. Todos lo saben simple. Todos lo miran por degenerado. Pero Fulgencio jamás ha mentido. Fulgencio nunca se ha negado a escribir las palabras que enunció al amigo. Fulgencio no ha prestado su callar contra los inocentes ni ha dado su palabra para comedias de venganza. En ninguna casa se ha llorado a cuenta de Fulgencio. De contraste le sirve el amargo sobrino, hombre precoz que se adelanta al goce de la vida y al ejercicio de las pequeñas aventuras que envenenan el espíritu humano. En el primer ciclo de la vida franciscana, Fulgencio habría podido dialogar a sus anchas con el bueno de fray Junípero. Tripudio, en cambio, habría hecho cosquillas al impetuoso Elías de Cortona. Fulgencio es el viejo mundo que creyó en hadas y en brujas benévolas y empujó la aventura de los poncedeleones hacia el misterio de las aguas de la eterna juventud. Tripudio es el muchacho que descuida el oficio vulgar de mantener aseado el gabinete de los sabios para espiar la alegre sonrisa con que los investigadores saludan la fórmula atómica capaz de aniquilar mayor número de hombres.

Cuando lo vi en Mar del Plata, se ocupaba en llenar de agua un enorme hueco hecho en las arenas de la playa. Daba gusto verle la sonrisa iluminada y escuchar los hurras entusiastas cuando al fin la ola llega hasta la cavidad labrada por sus aún pueriles manos. Yo, que he sido romántico empedernido, miré en él el símbolo de todo lo que se empeña el hombre en matar con su complicada civilización. Fulgencio es la criatura que todavía se alegra con el soplo del viento, con la caída de las hojas, con el rosicler de la aurora. En su mente retardada quedan vestigios de los tiempos dorados, cuando el hombre no se había matado a sí mismo.

Le ví alejarse de la playa, y en seguida corrieron a hacerle corro una muchedumbre de chiquillos, a quienes él paga las vacaciones veraniegas, obsequia juguetes y con-

vida con sorbetes bajo los vistosos paraguas del balneario. Algún día verás escrita, con todos sus detalles, la vida de este curioso superviviente del nuevo diluvio en que perecen la bondad y la sencillez como factores de la sociedad.

Cuando me despedí del viejo amigo, éste me retuvo un rato aún, con la invitación de sendos helados, sorbidos en la vecina fuente de soda, en honor y por la gloria de don Fulgencio.

Virutas, 1951.

LA LIRICA DE JOSE ASUNCION SILVA

José Asunción Silva (1860-1896) marca en la historia literaria de América la hora en que, desvaneciéndose las viejas tendencias románticas, aparecen indecisas las formas y los postulados modernistas. Perteneció a la escuela pasada por la influencia de la época, por la honda huella que el romanticismo fijó en la lírica universal, pero aceptando en su espíritu proteico las normas de los últimos poetas franceses, parnasianos, realistas y simbolistas, se presenta como iniciador del movimiento nuevo, que después de él culminaría en la obra de Darío, Nervo, Lugones, Valencia, Chocano y tantos otros de eminente postura en las letras americanas.

El examen de la obra del gran poeta colombiano es un caso de psicoanálisis más que de estética. Su lírica es el trasunto fiel de un espíritu en que se resumieron contradictorias cualidades; de un espíritu que, lleno de la inquietud peculiar de un siglo, aspiró a idealizar. Acaso la fuerza de herencias divergentes, la variada metodología de una educación sin finalidades precisas, el intelectualismo, la aspiración analítica de la época, lo llevaron a un estado de vaguedad y de duda, de desesperación y de anhelo, que terminó por dar a su intelecto esa fisonomía poliforme que sella su vida y su obra.

Pero lo característico en la labor de este gran poeta, aún más que las formas novedosas de su estilo, lo constituye la esencia pesimista de toda su lírica, ese pesimismo suyo, idealista, de tonos suaves, de dolor disimulado, de amargura que no se afirma, de piedad que no se alarga. Silva en medio de su dolorosa filosofía, en medio de su duda, a pesar del concepto negativo que tuvo del placer, permanece, para quien estudie su obra, entre la penumbra de un crepúsculo donde aún perdura la luz de un ideal

lejano y a cuyo través se alcanzan a ver, más allá del dolor que sella su espíritu, estrellas lejanas de piedad y de amor, a las cuales pregunta indeciso:

¿Por qué calláis si estáis vivas,
por qué brilláis si estáis muertas? (*).

Los imitadores de Zorrilla, los fáciles poetas que siguieron su inspiración romántica —y no lejos tenemos a Maitín y a Lozano— hicieron del romanticismo una escuela desvirtuada de dolor que solloza en las ventanas, de gritos que llenan las alcobas, de dulzura que empalaga y no recrea; pero viendo sus orígenes, buscando sus causas más allá de la geografía de nuestro idioma, encontramos el romanticismo como expresión de un estado de dolor intelectual, provocado por la desolación que surgió en el ánimo al ver destruído de un golpe todo un pasado seductor. Aquel cuadro que pinta Taine: "En el templo ensangrentado, ante el santuario vacío, se sigue recitando el símbolo convenido, y se canta a plena voz la antífona acostumbrada; pero la fe ha perecido y para salmodiar el oficio revolucionario, no quedan más que los acólitos, antiguos turiferarios y portacolas, carniceros subalternos que, de una manotada, han llegado a pontífices, es decir, servidores de iglesia que se han apropiado del báculo y de la mitra de sus amos después de haberlos asesinado"; aquella destrucción hecha en nombre de la Razón y de las nuevas perspectivas políticas; aquella desolación material que sirvió de aurora al siglo pasado, señaló a los espíritus caminos interiores y, obligando al pensador a buscar en sí mismo nuevos recursos para suplir los valores caídos, creó aquel tipo de poeta "secreto", como Saint-Beuve calificó al gran Vigny, encerrado en su torre de marfil, que piensa y siente como si estuviera desligado del ambiente social.

Es ésta la característica general del poeta romántico; solitario y desolado, sin fe en los destinos materiales, busca en sí mismo, en el ideal, en el fondo de su espíritu torturado, la fuente de inspiración para sus cantos, de una inspiración que siempre estará marcada por la huella gris de un dolor interior, mientras sobrelleva la esclavitud en

(*) Poesías. Edición de Barcelona. 1908, pág. 61.

medio de una libertad externa que inclina su pensamiento a la amargura.

Si ton áme enchainée, ansi que l'est mon áme,
Lasse de son boulet et de son pain amer,
Sur sa galére en deuil tomber la rame,
Peche sa téte pâle et pleure sur la mer...

Vigny sintetiza en esta estrofa la pesadumbre total del poeta y el estado, siempre encadenada y aflicta, de la nueva psiquis que llenará las letras universales y que culminará en Alemania con Goethe y Heine, en Francia con Vigny, Hugo, Musset y Berenger; en Italia con Leopardi; en Inglaterra con Shelley, Rosetti, Tennyson, y con Espronceda, Zorrilla y Bécquer en España.

Tal fue la corriente a cuyo rescoldo se alentó la obra de José Asunción Silva. En ella se observa, como médula que preside y orienta todo su desarrollo, el dolor y la inquietud que constituía el "mal del siglo". Espíritu intensamente idealista, enamorado de las formas vaporosas, de los grandes ideales imposibles, va sin fe hacia esos mismos ideales, influido como estaba por la desorientación espiritual de la época, tocado en mucho por el esceptismo y la disolución de los sistemas, poseso de grandes males morales, arrastrado por el vicio de los placeres sibaritas, embriagado por el perfume malsano de la moda y por las drogas enervantes. Dos naturalezas divergentes, dos psiquis opuestas presiden su vida: "Un cultivo intelectual emprendido sin método y con locas pretensiones al universalismo, un cultivo intelectual que ha venido a parar en la falta de toda fe, en la burla de toda valla humana, en una ardiente curiosidad del mal, en el deseo de hacer todas las experiencias posibles de la vida, completó la obra de las otras influencias y vino a abrirme el oscuro camino que me ha traído a esta región oscura, donde hoy me muevo sin ver nada más en el horizonte que el abismo negro de la desesperación y en la altura, allá arriba, en la altura inaccesible, su imagen, de la cual, como de una estrella en noche de tempestades, cae un rayo, un solo rayo de luz" (*). Con este párrafo doloroso y desesperante comienza el conocido fragmento *De sobremesa*, que corre inserto

(*) De Sobremesa. Edición de *Cromos*. Bogotá. Pág. 127.

en el libro de *Poesías* del autor. En él se resume a cabalidad el espíritu y la educación del poeta, y en su fondo se aprecia la dolorosa inquietud de quien mira el ideal a través de las tinieblas de la más espantosa duda y de la angustia más intensa. Universalista su educación, espigando en todos los campos, tomando las ideas opuestas en su ansia de saberlo todo —teogonías y ocultismo oriental, nihilismo ruso, Zarathustra, Schopenhauer, economía política, Hegel, Ruskin, fray Luis de León— para llegar a constituir el tipo que define Heine: "Vivimos intelectualmente solitarios: cada cual de nosotros, merced a una educación particular y a las lecturas dirigidas la mayor parte de las veces por el acaso, ha adquirido una tendencia de carácter diferente y una modalidad individualista y aislada que obliga a un examen especial de las corrientes que han sumado su impulso para la formación de la obra poética".

Y así como en su naturaleza moral se adivinan dos personas antitéticas, dos tendencias opuestas que presiden los actos de su vida, en su obra y en sus modelos permite también la variedad de las influencias. Ya este predominio de la antítesis en la técnica de Silva ha sido estudiado por Cortina Aravana en su trabajo crítico "José Asunción Silva. Tres aspectos de su obra", publicado en la revista *Humanidades* de la Universidad de la Plata, el cual concluye: "No sólo la obra de José Asunción Silva reposa en la antítesis, sino también toda su vida." Y si este concepto lo alcanzó el crítico que sólo estudió las *Poesías* de Silva, más amplitud alcanza y más firmeza al examinarse el ideario del poeta contenido en su obra *De sobremesa*, de la que apenas se conocía un fragmento hasta 1925. De cuerpo entero, pintado su espíritu con robustas pinceladas, aparece la figura del taciturno poeta en el diario de José Fernández: Así, proteica y múltiple, ubicua y cambiante, resistente al influjo de los ambientes, vigorosa por los ejercicios atléticos, por el uso de suculentos manjares y licores añejos, enervada por sensuales delicias, mi personalidad se fue desarrollando y alternaron dentro de mí épocas de salvajez gozadora y ardiente y largos días de meditativo desprendimiento de las realidades y de ascética continencia (*).

(*) *Ibídem*. Pág. 127.

La delicadeza del poeta quiso en cambio que fuera esta su última fase, ausente de realidades y grávida de disciplinas interiores, la que imprimiera con suma intensidad, como sello indeleble, a su obra lírica. A pesar de los excesos, a pesar de las drogas enervantes y de la lujuria decadente de las largas orgías, su espíritu permaneció alejado de estas bajas influencias materiales, y una vez salida su conciencia del sopor malsano, en medio de la larga laxitud martirizante, pudo preguntar: "¿Dónde están la señal de cruz y el ramo de rosas blancas que caerán en mi noche como símbolo de salvación?" (*), y encastillarse después para el ideal que lo une a los cultores de la escuela romántica, el cual —realidad intangible, sueño que no toca los hilos sedosos de la alfombra (**)— lo enmarca entre la penumbra indecisa de su impenitente pesimismo, suave también, descolorido, de vaga apariencia doliente en la obra del poeta.

Son sus maestros en esta vaguedad de expresión, principalmente, los poetas ingleses. Shelley, Dante Gabriel y Cristina Rosetti, Arnold Tennyson fueron familiares a Silva. De ellos obtuvo la percepción delicada del paisaje interior que caracteriza la lírica inglesa, la descolorida presentación de los más hondos dolores, a que se presta tanto la sencillez del idioma y también su gusto por la antítesis y el refrán, característico especialmente de la obra de Rosetti. Acaso fue este último uno de quienes con mayor intensidad influyó en el ánimo del poeta, no sólo por su obra lírica, sino por el estilo de sus cuadros, a los cuales dedicó largos estudios (***). El prerrafaelismo, las nuevas tonalidades de color, los caprichos primitivistas de la escuela, llevaron sus sentimientos y su gusto por la senda que define Ruskin: "Fundamos nuestra felicidad en cosas que cambian y se marchitan en un momento, y esperamos la satisfacción más completa en cosas que es imposible detener y difícil de comprender"; y fueron aquellas sendas nuevas como puertas que abrieron a su espíritu la visión de paisajes de elevada sencillez, de subida delicadeza, de

(*) *Ibídem.* Pág. 84.
(**) De Sobremesa. Pág. 97. Poesías. Pág. 69.
(***) De Sobremesa Pág. 162.

tenues matices como de niebla mañanera o de pálidos crepúsculos, que caracterizan la lírica de Silva. En estos cuadros desvaídos, de una plasticidad primitiva, enmarca la obcecación por su ideal lejano, por la musa sin contornos materiales, a la cual llamó Helena, como la heroína de Tennyson (*) y a quien sólo pudo poseer en las vagas líneas de un cuadro de la escuela de Rosetti (**). Es ella la persona a quien habla, como a visión consoladora, cuando dice: "Estoy harto de la lujuria y quiero el amor; estoy cansado de la carne y quiero el espíritu. Hubo en mi alma muladares que limpió la fuente de aguas vivas abiertas en ella por la mirada insostenible de tus ojos azules", cuando la vio aparecer y sintió surgir en su alma el cántico de fray Luis de León:

> Alma divina en vela
> de femeniles formas encerrada
> cuando viniste al suelo
> robaste de pasada
> la celestial purísima morada (***).

Y su existencia quedará por siempre unida a aquella musa lejana, a aquella alma lunar, que acaso sea la misma sombra lánguida del *Nocturno,* unión que termina por adoptar una forma obsesiva en el espíritu del poeta, como si en ella cristalizaran las propias aspiraciones y las tendencias de Silva hacia el ensueño perenne.

El amor y la muerte, pero sin el erotismo vertiginoso de la obra de D'Annunzio, aunque fuera ésta la que dejó entreabierta a la hora del suicidio, son los polos que hacen girar su mundo espiritual. El amor por las formas imposibles, por los ensueños lejanos y muertos, por la mujer que se aleja para siempre y a quien sólo ve en actitud que evoca figuras angélicas, capaces de elevar su gusto sobre los pecados de la carne.

En un sensual, en quien como Silva gustó todos los pasajeros placeres y como "libertino curioso de los pecados raros" trató "de ver en la vida real, con voluptuoso dile-

---

(*) *Ibídem.* Pág. 61.
(**) *Ibídem.* Pág. 162.
(***) *Ibídem.* Pág. 89.

tantismo, las más extrañas prácticas inventadas por la depravación humana" (*), aquella forma ideal, aquella sombra alada de mujer que revivía el mandato virgiliano: *Manibus date lilia plenis* (**) y la cual constituye obcecación, como la Leonora en Poe:

> *And my soul from out that shadow that lies*
> *Floting on the floor*
> *Shall be lifted-nevermore.*

Aquella forma ideal se alza como símbolo de los derechos espirituales de su vida, que si bien cayó, pecó, degradó su cuerpo, esperaba, en cambio, como posesa de infinito, "realizar el místico delirio de las abuelas agonizantes, arrojando en el alma de los poetas, entenebrecida por las orgías de la carne, el pálido ramo de rosas, y para hacer la señal que salva, con los dedos largos de sus manos alabastrinas (***). Porque si en verdad Silva fue un ateo científico, si influido por la ciencia analítica de la época y ebrio del vino de las negaciones borró de su conciencia la definición de Dios, éste quedó en él, con muerte simulada, sepulto en el fondo del alma, dejando yacer el cadáver del Redentor en el sepulcro de la incredulidad, "sobre cuya piedra el alma humana llora como lloró la Magdalena sobre el otro sepulcro" y por que "los poetas ateos, de jóvenes no creen en Dios, pero creen en los ángeles y en la Virgen Santísima" (****). Aquella creencia indefinida, aquella ceniza de plegaria que aún caldeaba su espíritu, preparó al poeta para esa forma pseudo-mística de su lírica, donde su pesimismo es tan vago como su fe, donde la negación no tiene la dolorosa rotundidad de Leopardi ni afecta las formas amargas de Heine, y sobre la cual su espíritu se suspende entre un dolor y una esperanza, para preguntar:

> ...¿si al dejar su cárcel triste
> la mariposa alada,
> la luz encuentra y el espacio inmenso,
> y las campestres auras,

(*) *Ibídem.* Pág. 68.
(**) *Ibídem.* Pág. 162.
(***) *Ibídem.* Pág. 234.
(****) *Ibídem.* Pág. 164.

al dejar la prisión que las encierra
qué encontrarán las almas?... (*)

Hay una pertinacia de la idea de la muerte, no en su forma de terror, sino delatora de conceptos ultraterrestres, de una perspectiva perdurable más allá de la vida material, donde se percibe

el gran diálogo confuso
de las tumbas y los cielos (**).

y donde se unen los dos misterios: el de la vida y el de la muerte, hacia el cual caminan aquellas visiones que hablan en los versos de Rosetti:

Look at my face, my name is might have been
I am also called no more farewell...

citadas por Silva en *De sobremesa*, antes de exclamar: "¡La muerte!... No me impresiona pensar en ella; estoy seguro de que no es ni más horrible ni más misteriosa que la vida!" (***).

En la quietud de la tumba, donde aún perdura el dialogar de las almas con el infinito, el poeta fijó su destino, y exteriorizó su pensamiento por medio de las vagas y descoloridas formas líricas, que son el mayor encanto de su obra. El adivinó el "crepúsculo inmóvil" que en su canción pinta la mística Cristina Rosetti:

I shall not see the shadows,
I shall not feel the rain:
I shall no thear the nightingale
Sing on as if in pain;
And dreaming through the twilight
That both not rise nor set,
Happily I may remember,
And happily I may forget.

A más de estas influencias de los poetas ingleses, amén de la de Poe y Longfellow, los románticos franceses influ-

(*) Poesías. Pág. 11.
(**) Poesías. Pág. 104.
(***) De Sobremesa. Pág. 145.

yeron definitivamente en el gusto y en las tendencias de Silva: Vigny, con su gran dolor metafísico y con su soledad espiritual; Hugo con el derroche de su lirismo majestuoso; Musset con su sensibilidad delicada y el profundo dolor que supo formular en sus versos:

Le seul bien que me reste du mond
Est d'avoir quelquefois pleuré.

porque como él mismo dice:

La douler est une espérance.

Y sobre estas influencias, Baudelaire y Sully Proudhome, con su naturalismo poético y la idea de la muerte en el primero, y con sus conceptos filosóficos y su dolor sutil, en el autor del *Vase brisée.*

Pero la obra de Silva no es la de un discípulo de Baudelaire. Supo aquél lo que no llegó a realizar el autor de *Las flores del mal:* permanecer con ventanas espirituales aunque fuera arrollado por la voracidad de la sensualidad, y no trasportar a la lírica la neurosis de su espíritu. De Proudhome ha podido recibir más directamente el análisis filosófico que se advierte en su obra y que lo llevó a la duda, a la inquietud y a la desolación que clamaron por la locura y por la muerte. Y aunque el mismo Silva en *De Sobremesa* califique a Baudelaire como el mayor poeta de su siglo, precisa ver aquella exclamación relacionada al decaído estado moral, sucedáneo del opio y del cloral, en que se hallaba su cuerpo cuando llamaba a la locura, como fúnebre preámbulo de la inconsciencia material de la muerte, y porque Baudelaire, sobre gustos y escuelas, es y será siempre un gran poeta.

Si en aquella extraña personalidad de Silva, en aquel espíritu que se arrastra en *De Sobremesa,* se advierte la presencia de Baudelaire, se justifica también por la sensualidad material que los unió y por el vicio que enfangó el cuerpo en ambos, pero no el espíritu en el colombiano. Había una idea, una forma vagarosa, una fuente de aguas vivas en las intimidades espirituales de Silva, que limpiaba su ánima y la dejaba fiel a un éxtasis de belleza perenne, de infantilismo perdurable, de suavidades frescas y nostálgicas,

que si lo llevaron a morir de muerte, según la expresión de Unamuno, han podido también dejarlo morir como las perlas, según se dijo de Vigny.

Silva fue un enamorado de los tonos vagos, de la música indecisa, de las emociones que se expanden por medio de ondas apacibles. Su paisaje fue de esas mismas tonalidades: claror de luna, sombras blanquecinas, penumbras desoladas, como Ariza ha sabido ver el paisaje santafereño. En sus versos, desprovistos las más de las veces de la brillantez de los grandes metros y de las rimas sonoras, supo encerrar una música alada, de ritmo oculto, que posee el don de la más pura evocación y que hace su dolor interior de una apariencia descolorida, propia de las pinturas viejas, como aquel cuadro que él describe admirablemente:

> Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
> sin voz y sin dolor, saben secretos
> de las épocas muertas, de las vidas
> que ya nadie conserva en la memoria,
> y a veces a los hombres cuando inquietos
> las miran y las palpan, con extrañas
> voces de agonizantes dicen, paso,
> casi al oído, alguna rara historia
> que tiene oscuridad de telarañas,
> son de laúd y suavidad de raso (*).

Sin voz, sin dolor, hablando al oído, con tono agonizante, tales las características de las unciosas poesías de Silva.

En cuanto al aspecto objetivo, pocos como él tuvieron esa plasticidad óptica que hace de sus poemas —especialmente de sus primer y tercer "Nocturnos", verdaderas expresiones pictóricas, paisajes de una honda sugestión, con un colorido perfecto y una composición admirable, donde no se halla la melodía lírica alterada por los sombríos colores ni por los gritos desesperados que acompañan en *El Cuervo* la lírica de Poe. El paisaje visual de Silva es trasunto de su espíritu delicado y hermético, y enamorado de las músicas sin voz y de las quietudes reveladoras, puso en sus estrofas, con un perfecto equilibrio sonoro y un hondo sentido sinestésico, aquellos leves coloridos capaces de dar

(*) Poesías. Pág. 53.

la perfecta evocación de su estado espiritual, pleno de la alegre nostalgia de los convalecientes.

En dos versos define Silva toda su estética:

> El verso es vaso santo, poned en él tan sólo
> un pensamiento puro...

Vaso santo, y enamorado de las joyas y devoto de las pinturas sencillas y sugestivas, lo forjó con admirable esmero de artífice y con desvelos de perfecto cincelador, para dejar caer en él aquellos sus pensamientos que se hallaban tocados de la mayor idealidad, aquellos pensamientos sin ruido con que pudo elevarse más allá de las lacras materiales de su vida; aquellos ensueños sutiles que forjó ante la contemplación del amor y de los cielos, dulces como los versos de Tennyson:

> *How sweet it were, hearing the downward stream.*
> *With half-shut eyes ever to seem*
> *Falling a-sleep in a half-dream.*

Tal el poeta, tal su lírica admirable, en la que su técnica supo poner motivos y apariencias nuevas, que lo presentan como un innovador en las letras de América, como el lazo que unió la tradición romántica, la dulzura que en él se hallaba quintaesenciada, con las formas de los parnasianos y simbolistas franceses, para dar nacimiento al período nuevo que culminó en Darío, Nervo, Valencia, Chocano, Lugones...

Orgullo de las letras hispánicas llama Unamuno a Silva, orgullo de aquella lírica del siglo pasado, que tuvo a Bécquer y a Núñez de Arce, orgullo de la lengua que adquirió ignoradas plasticidades de color y de música en el arte del gran poeta, quien cumpliendo un doloroso equilibrio interior pasó por la vida bajo el influjo de dos astros contradictorios. Negarlo todo, analizar el infinito, sentir el vacío de consuelos superiores, y encenagarse los sentidos corporales en las más tristes experiencias mundanas, y dejar aún en su interior una estrella titilante, un ideal todopoderoso, un ala mística que pudo alzar su pensamiento para encerrarlo en torre de marfil, y más allá de la ciencia

y del pecado y del dolor de la vida, más allá de la gran negación, en medio de su desconcertante pesimismo, presentir la luz y la quietud a que pretendió acercarse en un acto de locura suprema, cuando sus fuerzas humanas acaso se sintieron impotentes para seguir conservando, con su aristocracia peculiar, aquel doloroso equilibrio interior... (*).

Virutas, 1951.

(*) En su libro sobre Rubén Darío, el doctor Diego Carbonell analiza la personalidad de Silva para concluir: "Esa contradicción de temor de los males y la decisión suicida, coloca a José Asunción Silva entre los poetas menos normales: es errónea, crasamente errónea, aquella apreciación de Sanín Cano de que el poeta fue "modelo de equilibrio moral". Pero más gracioso aún es el diagnóstico de Manrique cuando declara que Silva era neurasténico, pues ya hemos visto que la anormalidad de éste no era ni siquiera estomacal, como es el caso de los neurasténicos; Silva, como hombre de su talla mental, cabe más bien en algunas de las clasificaciones de Grasset, pues es un semiloco, genial si se quiere, y a quien una tristeza que primero fue romántica, condujo a la fatídica decisión de un atormentado misántropo." Nada errado parece el concepto del maestro Sanín Cano, al calificar el equilibrio que preside la obra de Silva, que si se justifica al examinar su lírica, resulta muy más significativo y doloroso cuando se toma en cuenta la anormalidad del poeta suicida.

LEXICO PARA ANTINACIONALISTAS

Y eso de pitiyanqui, ¿qué significa, don Mario?", me preguntó en días pasados un modesto hijo del pueblo con quien tropecé al doblar una de las tantas angustiosas esquinas del centro de nuestra pompeyana y babilónica capital. Inquiría el amigo sin nombre (porque en esto de la defensa de la nacionalidad topo con numerosos e imprevistos amigos), acerca del calificativo que en algunos escritos he dado a los compatriotas prestados a hacer juego a los intereses norteamericanos, en perjuicio de los sagrados intereses de Venezuela.

La palabra pitiyanqui no la he inventado yo. La palabra es puertorriqueña. La acuñó el alto poeta Luis Lloréns Torres. Su origen semántico quizá tenga algo que hacer con la florida imaginación del poeta. La voz piti, como alteración del francés *petit*, entra en la palabra pitiminí, recogida por la Academia, y con la cual se designa el rosal de ramas trepadoras que echa rosas menudas y rizadas. Lloréns Torres, más que en las rosas, debió pensar en la actitud trepadora de los compatriotas que se rindieron al nuevo colonialismo.

El pueblo puertorriqueño ha sido un pueblo ejemplar en lo que dice a defender la estructura de su conciencia. No lo ha sometido ni la fuerza ni el halago. En el fondo de su espíritu resisten los viejos valores fraguados bajo los altivos signos de la hispanidad sin tiempo y sin política. Sin haber gozado las libertades de la República, Puerto Rico se ha sentido en unión permanente con la América de Bolívar, de San Martín, de Morelos y de Martí. La torre del homenaje de su cultura sigue ocupándola Eugenio María de Hostos. Posee el pueblo del pequeño gran país insular un plano secreto, muy diverso del plano que aflora a la realidad. Como toda nación oprimida, se ha dividido

en dos. La parte que goza y ríe; la parte que medita y sufre. El patriota callado miró que los hombres risueños buscaban parecerse a los nuevos amos. Que imitaban sus costumbres y tomaban de prestado sus pensamientos. Se parecieron, mas no llegaban al nivel de los dominadores. Pero con imitarlos y sonreírles, aseguraban derecho al gozamiento. A la gozadera, quedaría mejor expresado. Era necesario dar un nombre nuevo a esta fácil y liviana actitud. Claro que en el léxico antiguo existen palabras apropiadas al caso. Pero precisaba algo nuevo. Algo que connotase directamente la posición del nativo carente de escrúpulos para plegarse a la voluntad del yanqui. Los poetas saben el secreto de las palabras. Lloréns Torres hizo el maridaje de los dos voquibles. Del francés tomó la palabra *petit* y la dio forma aún más menuda y humillada. Piti todavía es menos que *petit*. Pitiyanqui resulta algo así como yanquicito, yanquito, yancuelo. Algo que pretende ser un yanqui, pero que no llega jamás a serlo. Una manera de larva con alas tan rudimentarias que no alcanzan para el vuelo, pero que tiene, sin embargo, derecho a comer los manjares que sobran de la abundosa ración de la mariposa multicolor.

Cuando yo he usado la palabra como determinativo de quienes irreflexivamente puedan servir al imperialismo sin mirar los perjuicios que su conducta ligera acarrea al país, lo he hecho en orden a advertir el riesgo de que nuestra nación se pueda convertir en pueblo de resignados yanquicitos. Es peligroso optar posiciones que a la postre lleguen a crear un hábito social, capaz de desfigurar nuestra integridad de pueblo. Un país como el nuestro, que ha dado en la flor de afirmar en inglés, terminará por rendir su conciencia al reclamo forastero. Chóferes de plaza, al igual de doctores pintiparados, han dejado de usar nuestros adverbios antiguos para responder *yes*, *oké*, *olray*. El papiamento verbal puede tornársenos en papiamiento de conciencia.

Nuestra verticalidad de nación está por eso más reñida con el pitiyanqui que con el yanqui. El hombre venezolano puede y debe trabajar con el extranjero de América y con el extranjero de Europa, de Asia o de Africa que vengan a ayudarle en su tarea de crear riqueza y cultura. El

mundo pide la pacífica colaboración de los pueblos. El norteamericano tiene una experiencia técnica que nos es útil y sobreabunda en riquezas que necesitamos para acrecentar el bienestar común. Pero el hecho de su poder extraordinario no justifica nuestro achicamiento. Colaboración no es subordinación ni olvido de la personalidad. Colaboración es igualdad. Claro que es en extremo difícil la sociedad del gato con el ratón. El ratón corresponde al pitiyanqui. Puede, en cambio, haber sociedad de gatos grandes y de gatos pequeños. Yo sólo aspiro a que en nuestra relación con el gran país del Norte hagamos el papel de gatos magros y no de ratones gordos. Grandes ellos, pequeños nosotros, podemos hablarnos y entendernos en el común idioma felino. Pero como ratones quedamos a merced de que al cansarse el gato de jugar con nosotros, resuelva injerirnos como alimento complementario. Siendo todos gatos, podemos, en cambio, llegar a querernos colectivamente sin recelos.

La atribución de pitiyanqui usada por mí para calificar una conducta antinacional, no implica, tampoco, bandera ni de guerra ni de odio contra el yanqui. Apenas determina una actitud de defensa de lo nuestro. Ayer, y justamente al pie de la estatua de Bolívar en nuestra plaza principal, un correcto caballero estadounidense me felicitó por la manera de presentar yo el caso de nuestra reacción latinoamericana frente a los errores de la política imperialista en su país. Sabe él cuánto admiro a su patria y cuánto me encantaría que fuera distinta la política que pusiera en práctica con relación a nuestra América hispánica. El sabe que es la mía actitud de defensa de lo nuestro.

El pequeño tiene derecho a conservar íntegro su patrimonio moral. Nosotros, como nación, debemos cuidar por la conservación de nuestros valores sustantivos. Lo contrario sería un acto de inconsciente lentejismo. El lentejismo, con el cocacolismo, con el esfialtismo, con el mulanegrismo, con el prestonismo, con el andresotismo, tiene aplicación en el léxico y en la conciencia del antinacionalismo. Son variaciones cromáticas de una misma actitud de entrega, de resignación, de complicidad frente a las fuerzas del imperialismo.

Bueno es recordar también que una cosa es el impe-

rialismo del Pentágono, de la Casa Blanca y de Wall Street y otra cosa son los Estados Unidos como pueblo. En el fondo de la gran nación del Norte viven y pululan las contradicciones. Allá, como acá, existe una corriente que se mantiene fiel a la tradición de respeto y de dignidad que crearon los hombres antiguos. Ese pueblo y esa nación americana que pinta García de Sena en la primera entrega de la *Fundación Mendoza* no coinciden con el Pentágono, con la Casa Blanca y con la Wall Strett del presente angustioso momento del mundo. Si bien es cierto que la aspiración a dominar nuestro hemisferio se abulta desde los años cabeceros del siglo XIX, también es cierto que entonces era otra la América romántica que tomó por símbolo la campana de Filadelfia. Desgraciadamente, la mayoría de quienes forman la América que se embarca en los firmes muelles neoyorquinos no son de la América admirable de Jefferson, de Lincoln y de Whitman. Vienen, en cambio, en grueso número, ciudadanos de la América de Walker, de Sam Zamurray y de los Rockefeller. Contra esa América esclavista y negada a la expansión de los grandes principios donde se afincan las repúblicas, debemos mantenernos en actitud de vigilantes centinelas. Suaves, cordiales, acogedoras, han de estar nuestras manos para el apretón debido a quienes como amigos vengan a tratarnos. Para aquellos, en cambio, que se presenten con intentos de adulterar nuestros credos y de borrar del libro de nuestra Historia el acta de Independencia que firmaron los patricios de 1811, debemos tener, en lugar del vino y de la sal en mesa de amistad, la ceniza y la sal que hagan estéril la intención conquistadora...

Aviso a los navegantes, 1953.

DON RAFAEL MARIA BARALT

En 1855 apareció en Madrid la primera edición del *Diccionario de galicismos*, de don Rafael María Baralt. Intentaba nuestro ilustre compatriota defender la lengua castellana de la llamada "infición galicana", abultada aún más en la primera mitad del siglo XIX. Tal vez exageró la nota don Rafael María, hasta caer, según juicio de muchos, en extremado academicismo. Sin embargo, la finalidad de su labor llevaba una nobilísima intención. Trató de salvar la lengua como instrumento capaz de resguardar la personalidad de los pueblos y de servir de vínculo a una dilatada colectividad humana, que tiene en común las normas de una misma cultura histórica.

Don Rafael María publicaba en Madrid, el año 1855, su Diccionario. En él venía con gran devoción trabajando hacía bastante tiempo. Don Rafael María había publicado ya en 1841 su Historia de Venezuela, escrita en asociación con don Ramón Díaz, para dar vida humana al Mapa y al Atlas de la República levantados por el gran Codazzi. La Historia no gustó a los poderosos de la época, que hubieran deseado verse mejor pintados en el recuento de los hechos. Tanto fue el desagrado de los políticos, que se negó la condonación de la deuda que, por su edición, tenía el geógrafo contraída con la Nación; y Atlas, Geografía e Historia fueron subastados al mejor postor. Cualquiera, sin extrema rapacidad en la mirada, pudo haber visto un augurio funesto en este remate que los personeros de la República hacían de sus grandes realidades de cultura: su Geografía y su Historia. Hoy, nosotros miramos con dolor cómo se ha hecho posible sobre el suelo y en el patrimonio moral de la Patria, la subasta recaída en cartas y en volúmenes de antaño. Y aún más: hemos visto perseguidos a los hombres que se dieron a la obra de defender los valores de la nacionalidad.

Con el remate de los libros, se remató también la vida venezolana de Baralt, quien, partido al Viejo Mundo, buscó en la antigua Madre su nuevo patrio suelo. Desde el alero acogedor de España, el patriota insobornable pide "con voz fuerte, victoria a Dios para las justas lides" de la lejana Patria. Sin embargo, y así estén distantes de sus ojos los montes y collados, los lagos y los mares de la "tierra del sol amada", él siente que lazos fortísimos lo anudan a la comunidad americana.

Conoce don Rafael María mejor que nadie el precio de la lengua como instrumento de integridad moral de las naciones. Sabe que el idioma tiene función placentaria en la vida intelectual de los pueblos. Como el escudo y como la bandera, el idioma posee dignidad sagrada. Los griegos enseñaban que sus dioses hablaban la lengua homérica. Cuando un intérprete venal dirigió a Temístocles el mensaje en que Darío pidió la rendición de Atenas, fue condenado a muerte, en razón de hacer mal uso de un idioma destinado a trasmitir nobles consignas.

El castellano de mediados del siglo XIX, más que en anglicismos, abundaba en galicismos, por lo corriente de la moda literaria, por el prestigio de las ciencias, por el esplendor de las costumbres y por la elegancia de los hábitos sociales que Francia imponía en aquellos tiempos de mejor vivir. España y los países hispánicos de América se movían dentro de la órbita de la cultura francesa. Con sus reparos, muchas veces exagerados, don Rafael María quiso evitar que la lengua materna perdiese su propiedad y su elegancia. Sin estar en la línea de fuego, realizaba labor de soldado. Arma al hombro, él vigilaba los muros que guarecen la integridad de las naciones. Quienes no saben distinguir el valor de las funciones del hombre en sociedad, dan en la flor de menospreciar lo que aquéllas representan cuando no aparecen revestidas de la materialidad de un hecho. Defender el espíritu de la nacionalidad es tanto, y aún más, que defender con un cañón una altura estratégica. Regar ideas es como sembrar trigo o producir maíz. Por ello, don Rafael María Baralt tiene derecho a ser mirado como uno de los grandes constructores civiles de la nacionalidad, a la par de Peñalver, Cristóbal Mendoza, Fermín Toro, Santos Michelena, Cecilio Acosta, Juan de Dios Picón, Juan Vicente

González, Eusebio Baptista, Luis López Méndez, Rafael Arévalo González. Culpa no es suya que entre nosotros hayan tenido más dilatado eco las palabras de los anti-maestros. Su doble condición de historiador y de hablista lo constituía en maestro y en soldado.

En su plaza de Maracaibo, don Rafael María es motivo de orgullo para el civismo y el amor a las letras de sus conterráneos. Se le mira como símbolo de la respetable cultura literaria de los maracaiberos. Pero don Rafael María es algo más. En medio de la muchedumbre febril que cruza la plaza de su nombre, él es una manera de faro luminoso. Señala a los navegantes los rumbos que debieran seguir para llegar a la salvación del pueblo. Para marcarlos bien, miró hacia su pasado cercano, y estudió serenamente a "hombres más o menos dignos de estima, según que supieron más o menos ser útiles y grandes".

Don Rafael María es paradigma del defensor de la pureza del habla. No niega las leyes semánticas que explican las nuevas aportaciones verbales al caudal de las lenguas. Todo idioma ha de estar abierto a su propio progreso. La lengua es espejo de la vida cultural de los pueblos. Con las invenciones vienen los neologismos. El neologismo es testimonio del progreso que se adentra por vía franca, a la vista de los guardianes de los pueblos. Los barbarismos, los solecismos, como los anglicismos y los galicismos, sin razón ni sentido, son como las drogas y las mercaderías de contrabando. Así como se defiende el erario y la salud pública, hay necesidad de defender la integridad del instrumento de pensar. Si pensamos en jerigonza, seremos una jerigonza social. Si cambiamos el verbo de la conciencia, cambiaremos también las líneas de la misma conciencia. En días pasados, un amigo culto, para ponderar su dominio del inglés, decía: "Yo sueño en inglés." Estos soñadores bilingües posiblemente no tengan sentido nacional en la vigilia. Se puede hablar muchas lenguas. Es algo útil. El Espíritu Santo se manifestó en los Apóstoles por el don de las lenguas. Sin embargo, teólogos sutiles enseñan cómo el milagro no consistió en que los iletrados pecadores adquiriesen idoneidad para hablar multitud de lenguas, sino en que su único lenguaje, su verbo primitivo, iluminado de la gracia, pudiera ser entendida por hombres de diversas naciones. Ellos no cambiaron

nada de su ser interior. Su berroqueña conciencia se mantuvo firme en su fe iluminados. Los de fuera, en cambio, vieron y oyeron la luz y el sentido del milagro.

Hay algo esotérico en el destino de nuestro Baralt. El gobierno subastó su Historia. Y subastó la Geografía de Codazzi. El historiador, mientras tanto, viajaba a Europa en pos de papeles para robustecer los alegatos de la República en la cuestión Barima. Empezaba ya a desflecarse el maravilloso paño de tierra que Codazzi había estampado en su gran mapa. El mapa también se sacó a remate. La tragedia del encogimiento de nuestras fronteras seguía en progreso. Parece que los hombres le daban más valor al éxito de las pasiones personales que al triunfo de la República. El magnífico Tratado Pombo-Michelena con la vecina Nueva Granada, lo improbó nuestro Congreso para negar méritos al ilustre negociador don Santos Michelena. Años después, un conspicuo personaje de la oligarquía caraqueña propuso a la reina Victoria la colonización de nuestra Guayana, a cambio de refuerzos para pacificar la República, incendiada por el fuego de la guerra federal y por la apetencia dictatorial de Pedro José Rojas.

Baralt vivió en Madrid el resto de sus años. Don Rafael María había echado raíces profundas en España, pero se sabía en deuda con el mundo hispánico de este sufrido Hemisferio. Sus armas son las letras. Si no puede dotar a sus compatriotas del Nuevo Mundo con un instrumento igual al suyo, busca alertarlos sobre el peligro de que se desfigure la lengua materna.

Continúa don Rafael María manteniendo en sus manos los más vigorosos símbolos de la nacionalidad. Baralt es la conjunción de una idea de permanencia social. La Historia y el Idioma. La Historia ya supone a la Geografía. Sobre la Geografía se hace la Historia. Geografía, Historia, Idioma. Eso son las naciones. Don Rafael María era capitán efectivo del Ejército de la República. Colgó la espada y el kepis con que se va a la matanza fratricida y se asusta a los pueblos, y siguió, pluma en mano, siendo capitán.

De Gente de ayer y de hoy, 1953.

EL «MARTE» DE VELAZQUEZ

En el Museo del Prado, en la Sala de Velázquez, he pasado buen tiempo en la contemplación del *Marte* en bragas del excelso pintor sevillano. Ortega y Gasset anota la alegría mitológica del gran pintor de Felipe IV, a quien infunde un empeño de barrer "a escobazos" los dioses del Olimpo. Los numerosos y autorizados críticos del genial artista aceptan a una el hecho de que Velázquez puso muy poco interés en las figuras mitológicas. El Vulcano de *La Fragua* y el Baco de *Los Borrachos* denotan un marcado propósito de apaisanar los dioses griegos. Velázquez, en cambio, dio a la pintura religiosa un sentimiento extraordinario. *El Cristo de San Plácido* ha hecho estremecer a artistas y a devotos. Hombre de emoción pura, seguía al pintar el impulso neto de sí mismo. Pudo haber hecho técnicamente grandes figuras de dioses griegos, pero les faltaría siempre el alegre atractivo de la figura. Velázquez no sintió el arte en función pagana. Su trascendencia apuntaba hacia otros sitios.

En el ambiente de la Corte, donde a pesar de compartir el artista "horas privativas" con el rey Felipe, se le miraba como el pintor que recibía "ración de barbero", Velázquez debió de haber acondicionado su mundo interior a planos secretos que le permitiesen evadirse para el hallazgo de sí mismo.

Salvo en *Las Lanzas,* en la pintura de Corte del sevillano genial se advierte, sobre la propia suavidad del pincel, un tono de forzada mano o de intención oculta, de que están ausentes, por ejemplo, *Las Hilanderas.* En cambio, Velázquez vuela cuando moja los pinceles en otras tintas. *Las Meninas* mismas, con todo y ser según certera opinión "la teología de la pintura", acusa el aire de la servidumbre palatina.

Desde la atalaya de su extraordinaria dimensión de genio, el pintor contemplaba los mundos varios que discurrían a su vera. Se miraba a sí mismo, ahondaba en el misterio sensible de su recia fe religiosa, se detenía en la Corte y en su fasto, tropezaba con el valer circunstancial del rey, de princesas y de príncipes, y acomodaba paletas y pinceles al cumplimiento de su oficio de pintor oficial de su majestad Justamente, *Las Meninas* es el retrato del artista en su forzada función de "pintor de cámara". En esta estupenda obra de la pintura universal, se advierte una leve aura de ironía, una furtiva sonrisa de desdén, una suave sombra de burla de quien se sabía mayor que los empingorotados huéspedes de Palacio.

Pese a la maravilla de los famosos retratos en que rearticuló las líneas personales de grandes personajes, en ningunos otros se advierte tanta naturalidad para el deslizamiento del pincel como en los retratos picarescos de *Pablillos de Valladolid, Menipo, Esopo, El Bufón don Sebastián, El Niño de Vallcas, El Bobo de Coria.* Velázquez muestra en estos lienzos milagrosos un dominio psicológico extraordinario, un conocimiento profundo de la comedia humana, un sentido que une la piedad con la burla al eternizar en la tela figuras secundarias en el orden de la sociedad. Hay un anticipo de Balzac en estos cuadros extraordinarios. La flexibilidad de la pintura adquiere en ellos un punto singular. No son el reverso del aire palatino de sus otros cuadros representativos de personas. Son, en cambio, el mismo aire tomado en el ángulo contrario.

Para pintar no se requiere el mero manejo de pinceles y paletas y el simple conocimiento de la anatomía de personas, luz y cosas. Para hacer retratos se necesita saber desarticular la fisonomía de fuera y la fisonomía de dentro de los personajes. Velázquez pasó la vida frente a las más egregias figuras de su tiempo. Al rey, a grandes y a validos los pudo ver en meras pantuflas. Al hacer, para la reconstrucción pictórica, la disección de estos subidos espíritus, hubo de mejorarlos, a cambio de dejar a un lado elementos disvaliosos. Por donde en sus bufones Velázquez daba sueltas al color que retenía los residuos morales de otras figuras. Más fáciles corrían los pinceles cuando pintaba el *Menipo* o el *Bobo de Coria,* porque tenía "materia sobrancera". A la

chita callando el gran pintor daba salida a su humorismo.

Ortega dice que Velázquez, "con su pincel, arroja los dioses como a escobazos". En verdad, Velázquez es anti-olímpico. Su misma Venus es de una encarnadura extraordinariamente humana. Los dioses de la Mitología los trató como a gente común. El sabía lo difícil que era adquirir la convencional "nobleza" de Corte. Demócrata silente, quiso nivelar a los dioses con los hombres. Era una manera de colocar lo real sobre lo postizo e imaginario. Mercurio tiene mirada de ladronzuelo. Vulcano es un vulgar herrero de camino. Baco es un pobre diablo. Pero en Marte hay segundas intenciones que van más allá de la subversión del Olimpo. Cuando Velázquez pintó al dios de la guerra, estaba lleno del fino espíritu analítico en que rebosaba cuando hacía pintura de picardía. Marte es toda una fina, elocuente y certera burla al ánimo de guerra. Para vengarse de la fingida marcialidad con que hubo de airear los retratos de Felipe IV, del Conde-Duque de Olivares y del propio príncipe Baltasar Carlos y para hacer contraste con las lanzas enhiestas de *La Rendición de Breda,* era necesario castigar a Marte. Precisaba desvestir al dios insolente toda su olímpica altanería, y dejarlo, no en la hermosa desnudez de los héroes, sino en los paños menores de quien ha sido despojado de su atuendo exterior. Velázquez no se limitó a destruir un mito, sino buscó, además, el menosprecio de los valores antihumanos que lo tienen por símbolo. Más que un dios cansado después del triunfo, Velázquez pintó un hombre disfrazado de dios, que olvidó rasurarse, para el buen éxito de la simulación, los bigotes de buhonero. Todo quiso expresar el artista, menos una idea bélica. Bajo el casco guerrero y junto al escudo intacto, el dios parece un borracho de miércoles de ceniza. Más que Marte, el cuadro podría llamarse el anti-Marte o la burla del guerrero.

Esta gran obra velazqueña pide que se la mire como expresivo mensaje anti-bélico del glorioso pintor. Es, en realidad, el Marte vencido y burlado que quiere ver nuestro mundo en angustias. Borracho de sangre y de odio, el viejo dios necesita reflexionar por cabeza de los actuales dirigentes del Mundo, acerca de su obra destructora. Velázquez tuvo la idea magnífica de despojarlo de su grandeza terrífica y ponerlo a pensar en actitud de derrotado. En el rostro sin

expresión del dios, escribió el pintor las palabras de paz que no podía pronunciar en medio de una Corte donde se respiraba el humo tóxico de la pólvora. En el ambiente frívolo de la gente palatina la palabra paz sonaba tal vez a desplante. Los negociantes de la guerra, entonces como hoy, debieron considerar contrario a sus intereses todo lo que desarmara a los hombres...

De *El Hijo de Agar*, 1954.

POR LA CIUDAD, HACIA EL MUNDO

(PREGON Y SENTIDO DE LAS FIESTAS DE TRUJILLO)

P R E G O N

Por 1951, ante un grupo de trujillanos reunidos en Caracas, en la Casa del Escritor, expuse la necesidad de adelantar pasos para la digna celebración del IV Centenario de Trujillo. La fecha en perspectiva la miré como oportunidad de conmemorar tanto el nacimiento de la vieja ciudad, como la erección, el 9 de octubre de 1810, de la antigua Provincia autónoma de Trujillo. Para abonar esta circunstancia conjugante, ofrece la ciudad el hecho feliz de una protohistoria ambulante a través de casi todo el territorio del Estado: en Escuque, en Burate, en Sabanalarga, en Motatán y en Pampán plantaron su tienda los andariegos y díscolos fundadores, hasta asentar de paz en el vallecito de Mucas. Pensé que el IV Centenario, más que data para festejar la venerable metrópoli, sería propicia coyuntura para que las hijas de ella surgidas en el curso de los siglos, anudasen sus vivos sentimientos de noble solidaridad.

Ante el Municipio de Trujillo expresé, después, esa misma idea de aglutinación regional, por donde fecha y ciudad ganarían una dimensión mayor en el orden educativo. Alejado más tarde de la Patria, perdí todo contacto con la junta que me honré en presidir durante sus pasos iniciales; en cambio, mi pensamiento, vuelto sobre sí mismo, ha estado aún más fuertemente asido a la amable memoria de mi ciudad natal.

En alas del recuerdo enhebré algunas anécdotas de gente de Trujillo, como apoyo para pintar rectos caracteres y acciones ejemplares, mezcladas éstas con el gracejo de quienes también supieron mostrar devoción por la sana alegría. Mi «Pequeño anecdotario trujillano», junto a la sal del festivo apunte, persigue poner en acto la figura de egregios varones que fueron prez y orgullo de la región.

El presente ensayo se enmarca en un plano de literatura y de doctrina. De vivir en Venezuela, mi voz se haría presente en los solemnes actos conmemorativos. La oración que en el distante Trujillo natal podría pronunciar frente a mi bravo pueblo, la he sustituido por este pregón entusiasta y severo, cuyo pie inicial buscó estribera en la Trujillo extremeña, donde con savia de piedra nutrió la voluntad magnífica el fundador Diego García de Paredes.

Una vez más abordo en estas líneas el tema, tantas veces por mí tratado, del valor de la Historia como fuerza creadora de los pueblos. Espíritus ligeros me han motejado de infecundo romanticismo, por tanto insistir yo acerca de la necesidad de afincar nuestra visión del futuro en el suelo del pasado. Ni vieja ni arbitraria es la posición por mí indicada en relación con los supuestos históricos. He pedido al pueblo volver la mirada vigilante hacia los anales de donde arranca su autenticidad, con la misma autoridad didáctica de quienes, desde Sócrates hasta Freud, pasando por San Agustín y San Ignacio, han recomendado la eficacia del análisis de los umbrales inferiores de la conciencia personal. En un orden de filosofía existencial, puede y debe decirse que sin la definición de un «permanente ontológico» el hombre está incapacitado para contraer compromiso alguno que lo impulse a trascender, que le permita «saltar» hacia adelante, según la clásica expresión de Kierkegaard. El «permanente ontológico» de los pueblos se anuda con su conciencia histórica. Para renovarla, para superarla, para perfeccionarla, precisa sentir su existencia como una realidad implantada en nosotros mismos. Para que los pueblos crezcan en su propio valor y ganen sucesivas etapas de mejoramiento, han de vivir una experiencia de angustia, que les asegure permanentemente la posibilidad de defenderse de las actitudes negativas.

Más que emoción romántica frente al pasado, la Historia es existencia ininterrumpida, vida que al pasar y al venir, se junta y confunde en el «angor» que anuda para el relieve de la hora lo que fue con lo que será, tanto el «futuro sido» como el ser y el tiempo que esperan la hora de preterir. Cuando se siente la Historia con pasión de vida, comprenderemos cómo en mirando hacia los anales del pasado renovamos soleras valentísimas que ayudan a dar tono a los

caldos frescos. Nada de bíblica mujer convertida en estatua de sal; nada de telaraña que entorpece la mirada hacia el porvenir. Sin Historia no hay pueblo. Sin Historia las colectividades carecen de «comunidad» que las dé sentido por donde puedan superar lo disvalioso de la lucha instintiva. Habrá factoría, habrá empresa, habrá edificios y haciendas y caminos y puentes, pero no habrá nación, ni ciudad, ni pueblo, ni hombres, ni espíritu.

Mi perseverancia tediosa sobre estos temas mira hacia la creación de conceptos que ayuden a entender el propio sentido de la nacionalidad y que sirvan de clave, a la vez, para la comprensión de las voces angustiadas del pueblo. Al escribir sobre los cuatrocientos años de Trujillo, mi palabra forzadamente ha de estar cargada de tiempo, mas esa carga no la impide el vuelo rápido y audaz hacia el futuro. Para saltar alto se necesita el apropiado trampolín. Sin base histórica robusta, las naciones podrán progresar en casas, en puentes, en canales y en caminos, pero no crecerán jamás hasta ser comunidades densas en el orden de la cultura humana. También insisto una vez más en sostener cómo la afirmación de los valores nacionales, lejos de impedir la integración del hombre en el orden universal, ayuda a hacer más recia la sillería del edificio donde se insertan para una mayor justicia y para una mejor comprensión, las aspiraciones de los pueblos. Para hacer efectivo y vigoroso lo internacional, precisa la existencia clara, definida y consciente de los grupos nacionales. Desde la torre más alta del protector castillo, mejor funcionan las señales que avisan a las ciudades distantes la firme alianza que las une. Cuando la ciudad es más fuerte y está más segura de sí misma, de mejor manera participa en el diálogo anfictiónico. Destruir el valor de las ciudades y reducir la fuerza de las nacionalidades, es negar el sentido personal de los pueblos y prepararlos para el fácil sometimiento al absorbente imperio.

Una vez más yo digo a mi pueblo mi palabra de afecto. Lejos de Trujillo, me siento tan unido a su vida como en los días felices de mi infancia lejana. Cuando se apresta a celebrar la ciudad su cuadrigentésimo cumpleaños, mi voz henchida de fe, de dolor y de experiencia, se anticipa a la alegría de la fiesta, a manera de los voceadores llamados ya pregones

en Castilla, desde los legendarios días en que, con alardes y promesas, Mío Cid Ruy Díaz de Vivar convocaba a los cristianos para la conquista de la gentil Valencia.

El calor y el tono que falten a mi flaca palabra, habrá de ganarlos seguramente cuando en la voz de mis amigos distantes sean animadas por el aire generoso de la tierra natal.

M. B.-I.

Madrid y enero de 1957.

Si te olvidare, Jerusalén, púdrase mi diestra. Adhiérase mi lengua al paladar, si no te recordare y si a Jerusalén yo no pusiere por cima de mi alegría. *Salmos*. 136, 5-6.

En el aire la tribuna desde la cual pudiera hablar a mi nativa Trujillo en la oportunidad de su IV Centenario de ciudad, me he venido Historia arriba, hasta la propia pila bautismal donde recibió las aguas lustrales el intrépido fundador Diego García de Paredes. En la penumbra acogedora de la antigua iglesia de Santa María la Mayor, he sentido el palpitar de una gesta solemne y audaz que, saltando sobre el océano bravío, ganó nuevos y más anchos horizontes en la América recién incorporada a los cuadros de la cultura universal.

Reverso de la mía, esta vieja ciudad de Trujillo domina el maravilloso contorno extremeño desde la eminencia de un aspérrimo monte granítico. Si la geografía influye en el carácter de los hombres, fácil es descubrir la profunda relación que enlaza la substancia pétrea de la altiva Trujillo con el ánimo bravío de sus hijos.

Si fueres a Trujillo,
por donde entrares
hallarás una legua
de berrocales,

dice la copla, tantas veces repetida por quienes escriben de la severa ciudad, de incierto origen, donde nació el fundador de la Nueva Trujillo. En cambio, como la mía, esta Trujillo materna es de curso reptante y de ámbito escaso. Tiene anales gloriosos que la vinculan a la lucha feroz del cristiano contra el moro y tiene raíces más largas aún, que enredan su historia con la conquista romana. Pequeña la ciudad, a su es-

casa dimensión geográfica pareciera referirse la forma ibérica *Turgiela* o *Turgala* de donde arranca su nombre actual, desvinculado así de la cuna semántica, que en latín de Plinio lo hace derivar de la *Turris-Julia* o *Castra-Julia*, donde ganaban descanso las legiones en su marcha de *Emérita Augusta* a *Caesar Augusta*, de Mérida a Zaragoza, en lengua de los nuevos cristianos. Al valor y sentido de paz que he invocado para mi Trujillo natal, viénele mejor esta genealogía lingüística, por donde se evoca la pequeñez de su ámbito con primacía sobre el recuerdo de la aventura castrense. Llamarse pacífica y pequeña es atribución más favorable para el sentido de la ciudad, que evocar con su nombre el recuerdo de torres destinadas al ejercicio guerrero y que memorar acciones señaladas por el inhumano derramamiento de fraterna sangre.

En la vieja Trujillo, junto al cuenco pétreo que el Sansón de Extremadura sacó a la puerta del templo para que la madre se signase la frente con el agua bendita, he recogido este dato de alcance moral. La Trujillo materna, como la hija venezolana, no evoca con su nombre una hazaña bélica que diérale agresivo lustre; empero, con laudable humildad, se abaja a recordar lo reducido de sus primitivos muros.

★

Desde Pampán se partieron al Poniente los conquistadores divididos por el empeño de mudar la ciudad. Los sombrosos cedros, las aguas delgadas y los tiernos aires, invitaron a la tropa aguerrida a quedarse de asiento en el abrigado zanjón de Mucas y a dar así reposo a la andariega ciudad por Diego García de Paredes fundada en la atalaya de Escuque, y acreedora por la semejanza del plano geográfico—tanto a memorar la nativa Trujillo de Cáceres, como a evocar la Mirabel amable, donde los Reyes Católicos habían hecho reedificar el hermoso palacio en que hacían posada cuando peregrinaban al santuario milagroso de Guadalupe. Trujillo, Mirabel, Salamanca, Medellín, el Collado. ¡Cuántos nombres para designar la trashumante ciudad, también de incierta data! ¡Cuántos sitios recorridos, hasta so-

segar en el estrecho valle, donde ahora celebra cuatrocientos años de cívica existencia!

La ciudad nueva ha venido conmigo en este amoroso paseo al viejo poblado donde nació su altivo fundador. Si ayer viajó en germen sobre el hombro de los conquistadores y de los indios, ahora viaja íntegra conmigo, para recogerse en el silencio ruinoso de la vetusta iglesia, donde duerme el padre forzudo del bravo fundador y donde duran las cosas cargadas de signos sobre las cuales dobló la rodilla en acto devoto el joven Diego García de Paredes.

Para hablar de Trujillo paréceme buen arrimo esta vieja iglesia, fuertemente vinculada, por los laudes que entonan sus severas lápidas, a las recias familias que dieron audaces y fieros capitanes para la obra de colonizar a las Indias. En el silencio de este templo, hoy muerto al culto, siento la inmediatez de América. Mi imaginación absuelve la distancian que llenan las ásperas aguas oceánicas y me siento en tierra propia, me considero deambulando sobre mi vieja Patria distante. ¡Si el corazón me saltó de gozo al topar sobre la blanca y luminosa pared de una estación caminera con el aviso que indicábame estar Trujillo a veinte kilómetros y Mérida a ciento diez! ¡Si estoy en tierra propia, si ando por mis viejos senderos familiares! Condenen los enemigos de la tradición la fuerza milagrosa de la evocación romántica, que yo, en cambio, estoy de plácemes por saberme dueño y señor de mientes prontas para hacer blando a mis pisadas el roquedal de la vieja Trujillo y dulce, fresco, familiar este aire abrasador del verano extremeño.

Estoy en la materna Trujillo, "cabe las cisternas", que ya no cantan su clara canción en la plazuela de Santa María. Las hubo en tiempo antiguo y a su vera se reunió muchas veces el Concejo de la ciudad. Yo las reconstruyo en la imaginación y para probarlas, como entonces, evoco, no los muertos que descansan bajo las losas historiadas del templo venerable, sino los grandes muertos que dieron vida a la Nueva Trujillo.

★

La función de las conmemoraciones centenarias es revivir el pasado valioso de los pueblos. Los hombres nuevos, para dar tono continuo y poner sello que distinga a la vida presente de la ciudad, se acercan a los odres del pasado, como el experto en cabeceo de vinos a las viejas cubas donde se guardan las soleras que precisa agregar a los caldos frescos. Ni son, tampoco, invención de gente nueva, que vocearа los siglos para ganar fama a caballo de inválidos prestigios de vetustez. Estos altos seculares en la vida de las ciudades tienen larga genealogía, ilustrada de alegres festejos y de severas reflexiones, con raíces hundidas en el propio pensamiento universalista del pueblo romano. Augusto, para fortificar los cimientos del Imperio, revivió los antiguos *Ludi Seacularis* y ordenó extraordinarias ceremonias en el templo de Apolo Palatino, donde se celebraba la memoria de los fundadores de Roma, por Virgilio llevados a la niebla del mito. En ellas Horacio oyó su *Carmen Seaculare* sostenido en la gaya voz de jóvenes hermosos que cantaban la grandeza de una ciudad destinada —cuando muriera el Imperio— a ser eterna en los destinos del mundo. Allí mismo, las briosas legiones caldearon su fuerza para ir con mayor ímpetu a la conquista de lejas tierras. No es, pues, una fiesta vana la ocasión de un nuevo centenario de la ciudad. Muy a la inversa, es oportunidad de cala y de inventario. Los pueblos no son edificios, ni plazas, ni silos, ni caminos. Los pueblos son hombres. Puede desaparecer el viejo alero donde anidaba la golondrina que alegró las tardes apacibles de la abuela, pero el pueblo permanecerá íntegro en su dimensión humana si los hombres han sabido ser fieles a la tradición creadora de la ciudad.

En el orden nacional, la ciudad de Trujillo marca uno de los más viejos hitos en el proceso formativo de la Patria. Por 1557 no existía Caracas ni había sido repoblada la Cumaná de Ocampo y Castellón. En la vieja Gobernación de Venezuela con sólo los dedos de una mano se contaban las ciudades existentes: Santa Ana de Coro, La Purísima Concepción de El Tocuyo, Nueva Segovia de Barquisimeto, Nueva Valencia del Rey. Para salir a la mar, habían fundado los conquistadores al puerto de Borburata. Tiene, pues, nues-

tra ciudad prestancia histórica dentro del cuadro de la colonización hispánica en suelo venezolano. Quinto descanso en la marcha delirante de los buscadores de El Dorado, en Trujillo asentó una conciencia urgida de dar forma de república a la tropa aguerrida, que recorría en plan de albricias el territorio virgen de los indios. Cuando el intrépido Diego García de Paredes se alejó de El Tocuyo hacia la provincia de los cuycas, ya el mero encargo de fundar una ciudad daba líneas nuevas a la aventura de correr la tierra. Los españoles tenían buenas noticias de la rica región donde Diego Ruiz Vallejo había hallado templos suntuosos consagrados a la benevolente Icaque. Se sabía que la región abundaba en maíz y en algodón, no sólo aprovechados por los naturales para su propio consumo, pero también para trocarlos con sal y pescado en negociaciones frecuentes con los caribes que dominaban la laguna de Maracaybo. Pastos naturales, que la humedad mantenía en verde frescura todo el año, incitaban el espíritu industrioso de quienes —como Francisco Camacho— pensaban replantar las ricas dehesas de Andalucía y de Zamora. Había, sobre todo, tierra sana y generosa, donde el espíritu laborioso del pueblo español iba a ganar sentido de dominio.

Hubo hidalgos y segundones ilustres en las jornadas de América, pero junto con éstos y en mayor número, iba el pueblo bajo, veterano ya en la lucha contra los decrépitos señores. Desde Juan II se había iniciado una *capitis deminutio* en el poderío de los hidalgos. El pueblo pedía derechos y el Rey comenzó a mirarlo como una tercera fuerza entre los declinantes señores feudales y la poderosa monarquía. Ese pueblo inquieto llenó el grueso de las expediciones conquistadoras. Con el arruinado aristócrata iba el labriego fornido. Junto al plumaje del engreído señor que soñaba con repulir la hidalguía, caminaba el hombre sufrido del pueblo, buscador de paz y de abundancia. Algunos no hacen cuenta de esta favorable circunstancia. El sentido igualitario, en cambio, que el criollo echó a andar en América tiene mucho que hacer con esta conjunción favorable de segundones sin fortuna y de labriegos con ánimo de enseñorear, de clérigos severos y alegres filósofos que ocultaban hábilmente inclinaciones erasmistas.

La vanidad de los hombres no se ha resignado jamás,

si no es para fingimientos poéticos, al precio saludable de lo rústico. Porfíase por compensar, en cambio, con las encumbradas acciones de los muertos el mérito que no ha podido ser labrado con las manos activas del tiempo presente. No era, sin embargo, venal la hidalguía antigua, puesto que derivaba principalmente de acciones heroicas, realizadas al servicio de la religión o de los reyes. Con sentido justo de la trancendencia de la empresa, Felipe II sancionó su Cédula de 13 de julio de 1753, por la cual constituyó en hijosdalgo de solar conocido a los pobladores de las Indias. El proceso legal de nuestra democracia americana comienza en esta igualdad que establece el rey Felipe entre los rancios caballeros y los plebeyos trocados en hidalgos. Discutirán entre sí la antigüedad de sus datas, pero el distingo añejo quedó absuelto para el sentido conjugante de la dinámica social. La realidad que había igualado al segundón cargado de inválida hidalguía con el modesto labriego que en Castilla vivió en tierras enfeudadas a beneficio de los caballeros, ganó aprobación legal con la ennoblecedora disposición filipina. Ser poblador constituyó por sí solo un título de benemerencia. No importaba en América llevar sangre de encumbrados linajes; valía el mérito desnudo y áspero de haber abierto caminos en la selva y de haber abierto surcos profundos para la sillería de la ciudad nueva. La España dominadora que se extendía en el continente colombino comenzaba por hacerse igualitaria. El deprimido labriego, el soldado sin paga, el artesano sufrido, el díscolo cohibido, ganaron en nuestro mundo la integridad de su persona humana. Era el pueblo de la España perpetua que se remozaba para una grande empresa.

★

POPULAR fue la obra de la población y colonización de las Indias. Dirigió la Corona la política seguidera y así la iniciativa privada fue estimulada por el señuelo de los cargos perpetuos, de la composición de tierras, de la encomienda de índigenas, de las gobernaciones de las nuevas provincias. No fue el noble engreído a alardear su soberbia

sobre indios y esclavos sufridos o sobre el peninsular de estado llano. A la limpieza de sangre rastreada en sombrosas sacristías medievales, se pareó el desnudo mérito de la empresa, donde el número de antiguos labradores, soldados y artesanos copaba la influencia de los infatuados capitanes. El pueblo antiguo se hacía joven para comenzar una nueva historia. En América iban a tener su desquite las clases que soportaron acá el peso de las ínfulas de los presuntuosos señores.

¡Y qué pueblo el pueblo que se echó en las naos intrépidas de los conquistadores! Acá dura a lo largo de los caminos solitarios de Castilla, de Andalucía, de Asturias, de Extremadura, de Aragón, doblado, ora sobre el reseco paño de tierra; ora sentado a la sombra de árbol amoroso, que sírvele de atalaya y abrigo mientras pace el rebaño; subido ora sobre el carro lento que lleva los frutos al mercado próximo; paciente siempre en la siega, en la parva, en la molienda, en el ordeño, en la vendimia, el labrador español es testimonio vivo de una voluntad que ni la tempestad asusta, ni el pedrisco quebranta, ni el frío arredra, ni la canícula derrite. Voluntad fortalecida en la larga paciencia de mirar indiferentemente el tiempo que el cielo le depara y en esperar lo que jamás le llega, este hombre extraño de la España de siempre y, también, de la "España de nunca", como cantó Machado, tiene verdadera función de muro en el resistente edificio nacional. Ya Calderón decía

> que no hubiera un capitán
> si no hubiera un labrador.

Tres siglos más de Historia dan plenitud de prueba a la firmeza maravillosa del hombre llano español, sobre quien descansa el peso de hacer producir no ya la vega o el collado de verdegueante excelencia, empero la mesa árida y el berrocal estéril, donde el olivo asoma la mano atormentada de sus ramas promisorias de paz y luz, y donde la vieja parra, para regalarse en vinos, lucha con un suelo, ora cargado de piedras vivas, ora rico en basas y capiteles de templos griegos o de arábigas mezquitas. Sobre el vigor de ese maravilloso hombre resignado y luchador, descansó ayer y descansa hoy la fuerza poderosa de la nación española. Sobre

el vigor de ese mismo maravilloso hombre, que de acá fue como fuste poderoso de las expediciones colonizadoras, descansó durante el medioevo colonial la fuerza del pueblo nuevo que en America se empinó para ganar la autonomía y la libertad.

A ese hombre llano, que en las Indias se hizo a sí mismo sobre el mérito de sus recias acciones, precisa mirar tanto como al prestigio de los altivos señores, que de acá fueron con la mente poblada de sueños dominadores. El proceso de nuestra formación nacional apunta tanto a la disímil conjunción de la nueva gente implantada en nuestro rico suelo, cuanto al valor del aborigen resignado a la pérdida del viejo señorío. Ya está cerrado por lo que dice a nuestros anales hispánicos, el diálogo aspérrimo que a boca del siglo XVI mantuvieron Antón de Montesinos, Bartolomé de las Casas y Francisco de Vitoria con el imperialista Ginés de Sepúlveda y demás sostenedores del derecho de los pueblos fuertes sobre las comunidades menores. Puede que haya quienes intenten dar aún vigencia a temas que, demás de superados en su realidad social, carecen de ámbito positivo en la indagación histórica. La mayoría de quienes serenaron la mirada crítica, están hoy de acuerdo en buscar los signos formativos de nuestras nacionalidades hispanoamericanas en el ayer renegado proceso colonial. Ya nadie cree en el milagro de un nuevo pueblo surgido a vida por la palabra iluminada de los Padres de la Independencia. Por lo contrario, un razonamiento ajustado a los reclamos de la lógica obliga a mirar a la generación de 1810 como producto de la evolución del pueblo antiguo.

Más complicado que en otras porciones americanas, fue en Venezuela el proceso social de donde surgió la República. Gracias a nuestra posición en el mediterráneo Caribe, estuvo nuestro suelo abierto con facilidad mayor a la penetración de fuera. Teatro, en vísperas del Descubrimiento, de las luchas de aruacos y caribes; faltas de densidad cultural las más avanzadas de nuestras tribus arcaicas; abundante y rápidamente difundido el contingente de esclavos africanos trasladados a nuestras provincias; accesibles nuestros puertos a la aventura del extranjero inquieto, coincidieron en nuestro país circunstancias especialísimas para configurar un tipo humano que, al recibir todas las influencias étnicas

de los grupos confluyentes y al adaptarse a los beneficios del marco geográfico, mantuvo en sí un tono de impetuosidad creadora, que lo llevó a definirse como genuino exponente del nuevo hombre que en América, a los valores del ancestro peninsular, agregaba el fino trascendido, que, con ojo rapaz, descubrió en el nativo de las Indias el doctor Juan de Cárdenas, y la resistencia paciente y el vuelo soñador del sufrido africano y del indio abatido. Los racistas y antitropicalistas se empeñan en desmejorar la calidad del tipo americano, sin advertir que de la calumniada incidencia de las disímiles sangres y al calor benéfico del sol en plenitud radiante, surgieron magníficos ejemplares humanos, donde la propia alma española, con sus atributos ancestrales. floreció a manera de maceta milagrosa. ¿Después del Cid, quién guerreó como Bolívar? ¿Después de Nebrija, quién caló más hondo en el campo normativo de la lengua castellana que nuestro grande Andrés Bello? ¿Después de Garcilaso y de San Juan de la Cruz, quién subió el Parnaso con pie más seguro que Darío? ¿Cuál en el Siglo XIX escribió con más temple, más tono y mayor lucimiento que Montalvo? ¿Quién, después de Ortega y Gasset, ha sumado en nuestro tiempo matrices más logrados a la lengua castellana sino es Alfonso Reyes? ¿Quién, después de Baroja, se enseñorea de novelista sino es Rómulo Gallegos? ¿Mestizos no fueron Morelos y Juárez? ¿Mulato no era el extraordinario Maceo, a quien los cubanos honran como a uno de los mayores Padres de la Patria? ¿Mulato, también, no fue el Rangel nuestro, a quien parece que Pasteur favoreciera con el codicilo de su rapacísima pupila?

A quienes subordinan los procesos de la cultura a un rendimiento histórico variable, relacionado con los valores biológicos, América está dando un elocuente mentís, pese a las recaídas en formas primitivas que han sufrido nuestros cuadros políticos. Si fuéramos a deducir la cultura cívica de las promesas sanguíneas, no sé dónde colocaríamos a los pueblos de Europa, que llegaron recientemente hasta la pesadilla de las cámaras letales. En cambio, si entre nosotros se han mantenido en vigor actitudes desgravitadas, que aparentemente niegan posibilidades al pueblo mestizo, precisa buscar su causa en la traición de grupos de densidad cultural, lamentablemente empeñados en la subestimación de

las masas que mejor representaban al hombre americano, y en la insistencia con que los países imperialistas suscitan y mantienen la discordia entre nuestros grupos nacionales.

La raíz de ese nuevo hombre americano se rastrea y se abona por medio de la evocación tónica que promueven las conmemoraciones centenarias de los pueblos. No se llama a las nuevas generaciones para que aplaudan brillantes discursos, ni para que sean testigos de la inauguración de suntuosas obras de material progreso. Estas ocasiones que sucesivamente depara el tiempo, tienen función de cita para el inventario colectivo de la conducta. Lo que en el orden común de la filosofía inquiere el hombre respecto de su propio valor existencial, en el campo de la Historia compete también averiguarlo a los pueblos. ¿Qué somos? ¿Cuál, en razón de ese ser, es nuestro deber común? ¿Qué hemos de hacer para llegar a la raíz antigua que ha de proyectarse en lo porvenir?...

★

Poseen los pueblos un tono moral que los eleva sobre el plano común de las reacciones de los grupos primitivos. Guía a las naciones un sentido de defensa, de unidad y de permanencia, cuyas razones profundas se hunden en el suelo de la Historia. A la dimensión geográfica y a la medida actual de su densidad humana, los pueblos suman, para su proyección determinante, una serie de valores imponderables, vigorosamente enlazados con su tradición cultural y cuya presencia se hace sentir a la manera de ondas cargadas de energía espiritual. Pueden progresar velozmente las naciones en el campo de la materialidad exterior, sin embargo, si ese progreso no se acopla con la robustez de los módulos que definen la personalidad popular y con el empeño de superar los niveles espirituales, ocurre el riesgo de la delicuescencia fatal de los valores que definen la existencia intrínseca de las colectividades y que, sobre el vigor de dicha definición, constituyen una manera de presencia sagrada.

No a humos de inválido romanticismo se ha hablado y se seguirá hablando de los sentimientos patrióticos que unen

al hombre con el suelo histórico de donde arranca su vida de relación. El patriotismo, que en el orden de la política moderna se llama también nacionalismo, está constituido por una trama emocional cargada de vivencias humanas. Tanto en el aspecto afectivo como en su forma política, el patriotismo es una actitud que funciona en relación de grupo. No se es patriota por sólo lo que mira a nuestros nexos individuales con la región nativa. Se es patriota en cuanto nos sentimos insertos de un grupo humano vinculado históricamente con un pedazo de geografía. La relación que nos ata con los hombres que viven con nosotros bajo el mismo cielo y sobre la misma tierra, define el grado y la fuerza de ese sentimiento social. Tanto más enérgicos y beneficiosos serán sus frutos, cuanto más penetrantes sean los ligámenes que nos hacen unos y comunes con los demás participantes de iguales condiciones. La potencia de esa unión la gradúan muchos con apoyo sólo en el interés pasajero de una comunidad de bienestar presente; otros la miden en un plano moral, como continuidad de pasiones, de afectos y de intereses que trascienden la realidad de los posibles transitorios. Para aquéllos, la Patria es una mera aventura gozosa, en que la autenticidad y la bastardía juegan papeles semejantes; para éstos la Patria es un complejo de actividades que tanto miran a la seguridad y a la complacencia del momento como al sentido de permanente creación enraizado en la propia substancia moral, sobre la cual gravitan los imponderables que le dan personalidad fisonómica y le señalan finalidad moral.

Nuestro nacionalismo hispanoamericano actúa al presente como movimiento defensivo de los valores que caracterizan a los diversos pueblos surgidos de la antigua matriz colonial de España. Se ha pretendido presentarlo como actitud agresiva frente a otros grupos y no han faltado escritores que hayan avanzado a definirlo como dolencia que corroe la entraña de nuestras naciones.

Aún se ha llegado a más. Lo mismo que hoy se hace para descalificar el nacionalismo defensivo de los pueblos árabes —hasta ayer sometidos a la explotación inhumana de ciertas potencias humanas— se ha hecho, también, desde ángulos interesados, para dañar el justo valor de nuestro pacífico y humano nacionalismo. Confundiendo en un con-

cepto global nuestra precaución nacionalista con los contravalores del nazismo —ya como expresión política de un materialismo biológico, ya como pretensión nacionalista por donde Hitler se lanzó a la conquista de Europa—, se ha pretendido negar curso a la posición de pueblos que sólo buscan la lógica, natural, sencilla defensa de su personalidad. La animadversión que ayer concitó la postura antihumana de aquellos que irrespetaron a las pequeñas comunidades europeas, quieren hacerla recaer las potencias sobre la opuesta actitud, ya seguida por países que, como los árabes, han buscado liberarse de la opresión colonialista, ya aconsejada por escritores hispanoamericanos, empeñados en denunciar el peligro representado para el porvenir de nuestras naciones por las formas neocolonialistas aplicadas en la explotación de nuestras riquezas.

Descalifíquese así el patriotismo o el nacionalismo, en cambio, sin su presencia en el campo formativo de las comunidades, éstas carecerán de ímpetu vital. Lo que en el cuadro de las familias representan la atracción sanguínea y los intereses afectivos, en el área del pueblo lo constituye aquel sentimiento, ora motejado de vano romanticismo, ora atacado como expresión de una actitud negada a la expansión de los valores ecuménicos, ora tomado como valla para la creación de una conciencia humana, moral y jurídica por donde se facilite la relación internacional. Para mí el patriotismo y el nacionalismo son meras versiones de una misma conducta del individuo en relación con el grupo social donde tiene apoyatura su existencia. Se es patriota por sentimientos vinculados a la propia razón de ser de las personas. Se es nacionalista como reflejo positivo de la posición de la persona en el cuadro de la realidad política. "Animal político" llamó Aristóteles al hombre. Esa dimensión inseparable de la propia naturaleza humana, le fija al individuo una línea de conducta dentro del grupo en que discurre su existencia. Con fino sentido poético Tennyson intuyó la estrecha conexión que existe entre ser patriota y ser universal. Como testimonio de una actividad extravertida hacia el grupo de que se forma parte, el patriotismo representa una suma de valores que superan el llamado exclusivista e indiferente de quienes gobiernan su conducta sin cuidarse de la proyección de ésta en el ambiente próximo. El patriotismo, en su aspecto

emocional, lo mismo que el nacionalismo en su visión política, corresponden a una misma realidad personal que busca expresarse de modo comunitario. Son testimonios ambas formas de una conciencia que mira a desplazar su radio de actividad y de provecho en un campo de cooperación humana, que contradice abiertamente el apotegma pascaliano, según el cual el hombre vive y muere solo. "That man's the best cosmopolite, who loves his native country best" sentenciaba Tennyson. Para sentir el valor conjugante de lo humano en el campo universal, el hombre ha de empezar por amar a su propia Patria. Para amar a la nación, precisa haber comenzado a la vez por amar el reducto regional, y para amar de verdad a la ciudad y a la provincia, el individuo tuvo que iniciarse en la acendrada devoción hacia el íntimo cuadro familiar. Expansión progresiva de la propia personalidad, en el pueblo comienza la Patria y en la Patria afirma su arco poderoso la parábola que mira a abarcar en una sola unidad de intereses morales los intereses de los pueblos v de los hombres todos.

Una recta visión nacional, encaminada a lograr estructuras mayores en el orden de la cooperación de las naciones, gana eficaz soporte en la revisión substancial de los anales de la ciudad. Para entender a Venezuela como unidad moral y como cuadro de realidades económicas, precisa remontar el tiempo en que se formaron los antiguos grupos donde la tropa conquistadora adquirió forma y densidad cívica. No es mero problema de retórica la evocación centenaria de la fundación de los pueblos. Menos se trata de poner a flor de presencia un concepto cadavérico de la Historia. Es, por el contrario, empresa de viva reflexión y alegre cita con nuestro propio deber de hombres. El mismo proceso socrático a que están obligados individualmente los hombres para crecer en el campo moral, rige, también, en la pedagogía de las ciudades. Estas conmemoraciones históricas, más que vanas ferias, son manera de altos que los pueblos hacen en su camino de lucha, a fin de calibrar el mérito de la obra realizada y de planear la labor seguidera. Encuentro regocijado con nosotros mismos, apenas descogidos los tapices que labró el tiempo, está ya viva la lección que indica cómo fue la conducta antigua de donde derivó el buen éxito o de donde arrancó la práctica funesta. Reniéguese así el valor

de la voz con que nos estimula o admonita el pasado, sin tal recuerdo y sin avisos tales, quedamos expuestos como pueblos al riesgo aluvional que hoy constituye la inconsulta apertura de puertas y la fiesta de un progreso realizado sin calcular el meollo de autenticidad del pueblo antiguo, por donde han venido a quedar rendidos y falseados los más finos, sutiles, altivos, preciosos valores de la nacionalidad.

Con la evocación histórica no se intenta clavar nuestro proceso social con hierros poderosos sobre los muros rígidos del tiempo, a la manera como se clavan en los museos las mariposas policromas. Es absolutamente incierto que un constante llamado a la revisión de los hechos antiguos sea tanto como una profesión de fe en sólo el valor de la Historia. Con angustioso acento he insistido acerca del deber de mantenernos fieles a nuestra tradición moral, por cuanto estamos viendo y palpando cómo el país se diluye en formas sin arraigo, que concluirán por desnaturalizarle totalmente su carácter. Jamás he intentado defender como lo único valioso el cuadro de la ciudad antigua, donde aposentó su sueño idealista la primera República. Para una visión total y justa de la realidad nacional, he procurado mirar hacia todos los vientos. Con palabras de Laín Entralgo puedo decir que la visión tuerta de quienes miran con solo un ojo, he procurado mejorarla con una visión binocular, que me permita ver lo cerca y lo lejos de la perspectiva donde se insiere la realidad de la nación. Para entender la raíz del pueblo, me he esforzado en formar el viejo esquema que sirvió de arrimo y plano a los Padres de la Independencia. Sobre la reciedumbre de conciencia por él lograda durante la gestación colonial, cuajó una nacionalidad, cuyos símbolos diferentes precisa mirarlos en el cuadro de los años que antecedieron a la autonomía. Doble proceso de lucha, sobre el cual descansa nuestra marca de pueblo. Desde el alba de la colonización comenzó a crearse un nuevo tipo moral de hombre, que mientras defendía su substancia diferencial frente a las fuerzas contrarias al imperio español, pugnaba con este mismo en pos de una categoría propia, que definiese su nueva estructura entitativa. Hecho el trasplante de los pueblos y realizada la mezcla de las sangres confluentes, en el orden general de la hispanidad de las Indias surgió un tipo que, si bien diferría de los módulos característicos del español de Europa,

se diferenciaba, también, de los hombres de la otra América, en proporción semejante a como difería el peninsular español del insular británico.

★

Sobre el sello que distinguía al venezolano de 1810 tanto del hombre de la España europea como del hombre de la América del Norte, se fijaron lentamente durante el curso del Siglo XIX valores nuevos que, como las partículas metálicas en los procesos galvanoplásticos, fueron aumentado el resalto de la medalla cuyo lustre perseguía la cultura. Aquella aportación tuvo justo valor de disolución creadora en el medio nacional. Llegaron al país durante el pasado siglo numerosos inmigrantes que sumaron su fe, su técnica, su fuerza, sus letras, su esperanza al venezolano que buscaba un nivel de mayor superación. Llegaron ellos con el presentimiento de una nueva ciudadanía vinculada al hecho de residir para siempre en nuestra tierra y, como los hombres de la conquista y de la colonización antigua, quemaron las naves del regreso y colgaron las amarras de su destino en los garfios poderosos de la nueva Patria. Las familias que arrancan de aquellas viejas cepas implantadas en el suelo patrio, sienten hoy en su plasma moral la plena gravedad de nuestra historia. Por lo que a Trujillo dice, solera venezolana tan rancia y poderosa como la de los viejos apellidos Pacheco, Paredes, Labastida, Briceño, Villegas, Terán, Vázquez, Carrillo, Urdaneta, Márquez, Gabaldón y Mejía, tienen hoy los apellidos de los inmigrantes que empezaron a arraigar en el Estado hace cien años. Tan trujillano y tan venezolano es un Carrillo, un Briceño, un Paredes, un Mendoza y un Villegas, como lo es un Braschi, un Berti, un Carnevali, un Parilli o un Burelli. La semántica indica procedencia diversa al tronco de las viejas familias venezolanas, mas el ímpetu, la conducta, el tono, en fin, que sirve de plasma fisonómico a los hombres tienen el mismo tuétano de autenticidad venezolana. El paisaje y la Historia tomaron el alma del generoso inmigrante y ya el hijo —bien de absoluta sangre extranjera, bien de sangre mezclada con criolla—, al

sorber la substancia nutricia de la Patria nueva, sintió sobre sus espaldas el peso de un destino por nada diferente del destino de las viejas familias entroncadas con los "padres peregrinos" de la nacionalidad venezolana.

Lo que se dice de Trujillo puede predicarse igualmente de las otras regiones venezolanas, donde ayer asentaron extranjeros con ánimo de fijar en el Nuevo Mundo la nueva Patria definitiva. Venía gente joven y distante a sumar a la nuestra su visión particular de la vida y a luchar junto con nosotros para la formación de la riqueza colectiva. Lejos de disolverse a su contacto la vieja noción de Patria, sumaba a la nuestra su presencia un concepto nuevo y vigoroso de la vida. Nada le quitaron aquellos inmigrantes a nuestra Patria vieja; en cambio, la agregaron un pálpito más fresco y añadieron una nueva ventana a la torre de los antiguos sueños.

¿Puede discurrirse lo mismo en relación a lo que hoy ocurre con extranjeros que llegan a nuestras playas provistos del pasaje de retorno? Ayer asentaron en Venezuela, y en grato número en nuestra región trujillana, valiosos inmigrantes que fueron en plan de ganar sosiego y bienestar. Las circunstancias reinantes en Europa y la propia lentitud de los transportes determinaban una actitud de permanencia en el ánimo del extranjero. A este elemento conformador de la voluntad, se agregaba el tipo de actividad que el inmigrante desarrollaba para ganar fortuna. Era Venezuela un país de sedentarismo agrícola, que imponía una conciencia de aguante y de reposo. Bien en el plano rústico, bien en el menester urbano del comercio, el forastero comenzó por hacerse al nuevo paisaje. Algunos vinieron con hogar formado en la patria lejana, otros lo hicieron con mujeres criollas. En el hogar, con el fuego amoroso, se sembró la raíz que a manera de áncora detuvo el vuelo del regreso. Una generación más y los descendientes de don Angel Carnevali y los descendientes de don Bartolo Braschi, digamos por caso, hablaron de sus abuelos Francisco de La Bastida y Sancho Briceño, con mayor calor del que ponían cuando evocaban a los altivos abuelos nacidos en Italia. Fue aquella una corriente migratoria que llegó a nuestro suelo con voluntad de arraigo y con sentido de hacer suyos los valores de la patria nueva.

¿Es posible pensar lo mismo, digo una vez más, en relación con el nuevo tipo de inmigrante que acude a Venezuela? ¿Tiene acaso nuestro mundo el mismo reducido tamaño de antaño? ¿Pensó el viajero de 1850 en regresar a fines de año a su patria de origen, para retornar después de Navidad a proseguir su trabajo en Venezuela? ¿Van los hombres de la aventura de hogaño con intención de sumar su voluntad al destino de una patria nueva? Todo ha variado. El reposo antiguo ha sido reemplazado por una prisa de retornar a los lares de origen, con la bolsa repleta de buen dinero, para deslumbrar al vecino pobre, que mira absorto la edificación del abigarrado palacio del nuevo rico. La clase de negocios de hoy es muy diversa del trabajo a que ayer dedicó sus energías el diligente extranjero que supo sumar hasta sus huesos a nuestra economía telúrica. Venezuela dejó de ser un manso país agrícola para convertirse en una festinada nación minera. Sobre las cartas geográficas, nuestros caminos han sido solicitados en plan de aventura, como ayer se buscó en California el oro tentador y en el Transvaal el diamante luminoso. Nosotros hemos ofrecido a la codicia del mundo nuestro petróleo, nuestro hierro, nuestro oro, nuestros diamantes, nuestra extraordinaria capacidad para comprar todo lo que sobra en los países industrializados y, lo que es peor, nuestra ingenuidad ante el aventurero que hoy se inmiscuye arteramente en los propios negocios de la política y en la misma suerte de Venezuela. La fiebre de la búsqueda se convirtió en delirio de riqueza, que hizo presa aún en el ánimo decrépito del criollo asociado incautamente a la aventura de los nuevos piratas. Hay dinero en abundancia para destruir hasta las más firmes resistencias morales y, como resultado, la seguridad que presidió el lento y accidentado proceso del pueblo antiguo, fue reemplazada por una trepidante conciencia, que trasladó al orden de la interioridad el mismo ruido desgarrador de las barras mecánicas que destruyen para la obra nueva el afirmado de las ciudades.

No se niega el progreso ni se aboga por el cierre de nuestras puertas al aire y a la gente del mundo. ¿Cómo desconocer la obra admirable que están realizando en Venezuela profesores, escritores, profesionales y hombres de empresa, que han ido con el firme y honesto empeño de

devolver al país la generosa hospitalidad? ¿Cómo negar la valiosa aportación del trabajador modesto, que va a ocupar en el campo el sitio que desertó el nacional vendido al ocio de la capital, No es caso ingrimo el de los Phelps, los Dolge, los Pi Suñer, los García Bacca, los Pérez Pisanty, los Pardo Gayoso, los Pittier, los Nieto Caicedo, los Zamorani, los De Bellard, los Crema, los Rosenblat. Cuando pongo en paralelo lo que fue nuestra antigua inmigración con lo que hoy es la aventura del ambicioso extranjero, que sólo va con la mira de hacer pronta fortuna para regresar de inmediato a sus nativos lares o para permanecer allá en calidad de aventurero distinguido, no pido que se detenga el favorable contingente de nuevas luces y de nuevas fuerzas para el debido progreso de un país semidesértico, pido una vez más que antes el criollo piense en Venezuela con sentido de permanencia y de unidad. Para que el tableteo de las máquinas que edifican la nueva ciudad no falsee los muros de la ciudad antigua, urge, antes de comenzar la edificación moderna, calar la fuerza y la resistencia de las bases viejas. No se trata de defender las paredes de adobe y las rojas tejas de los techos que dieron tipicidad al pueblo antiguo. Se trata de defender la estructura concencial del hombre venezolano. Cuando hablo de la ciudad antigua no expreso, tampoco, un mero concepto arquitectónico. Me refiero a la ciudad moral, donde aún deben tener vigencia y derecho de vida Alonso Andrea de Ledesma, Juan Francisco de León, José María España, Simón Bolívar, José Vargas. Fermín Toro, Juan Vicente González y Cecilio Acosta. No pido aldabas ni cerrojos para puerta alguna. Apenas reclamo suficiente agua lustral para el bautizo del forastero que va a sumar al nuestro su esfuerzo creador. Sin resistencia en el territorio de los valores que definen la particularidad de lo venezolano, nos exponemos, como ya acontece, a que el sentido de lo nuestro se diluya en una mezcla inválida, por donde nos hacemos semejantes a la población pululante en los muelles de los grandes puertos internacionales. Dejaremos de ser unidad propicia a la recia relación internacional, para ser mera provincia donde prospera la aventura disolvente y agresiva de los imperios.

★

Sé que algunos, para adversar esta justa posición patriótica y nacionalista, invocan derechos legitimados por su arraigo en la zona de los altos valores de la humanidad y de la cultura; mas las fórmulas que usan al respecto carecen de dimensiones lógicas. Defender la integridad de las comunidades nacionales, no atenta, en cambio fortalece, los fines universales de la cultura. Manera de células en el complejo organismo de un mundo que busca unirse por medio de pactos y de compromisos, la salud de la deseable integridad ecuménica guarda relación de intimidad con la salud y con la resistencia de las unidades primarias que forman las bases donde tiene apoyatura el edificio internacional.

La realización del verdadero sentido universal del pensamiento del hombre no está reñida con el crecimiento de los grupos nacionales. El nacionalismo en su verdadera concepción ontológica no implica una posición antihumanista, así se intente confundirlo con las formas agresivas del nazismo alemán. El verdadero nacionalismo, como expresión de humanidad, reclama que se le mire *sub specie universalitatis*. El nacionalismo, y vale repetirlo una vez más, representa en el plano de la valoración colectiva un modo de obrar la personalidad de los pueblos. Actitud vigilante y pacífica, el nacionalismo constituye la proyección exterior de la propia existencia de la comunidad. Es una forma de obrar la conciencia multánime de los grupos sociales. A mí se me ha motejado de oscuro y cerril tradicionalismo, por el empeño que pongo en defender los valores susbtantivos del pueblo venezolano. No ha faltado quienes hayan pretendido colocar mi actitud en plano semejante a la de los tradicionalistas españoles que defendieron a ultranza los valores del siglo XVII frente al movimiento progresista del siglo XIX. Yo no defiendo meras formas de pensar, destinadas a ser superadas por mejores formas nuevas; de lo contrario, he dado sobradas pruebas de un empeño tenaz por revisar la cuenta de las generaciones anteriores y nada me complace tanto como ver la actitud de jóvenes preocupados por el porvenir del país, que avanzan a reclamar, en veces de una manera dura, por los errores en que hemos

caído los hombres de mi tiempo. Yo defiendo el meollo de una actitud cívica que mantenga en pie la osamenta de Venezuela y que asegure, junto con la robustez de los huesos, la constante sanguínea por donde sea compensada la anemia de los hombres débiles. No he pretendido jamás que se dé exclusiva función rectora al pensamiento de Vargas o de Fermín Toro. Insisto, en cambio, en recomendar la urgencia de que el venezolano evite que se le derrita la conciencia que le ha sido señalada por su diferencial destino histórico dentro del cuadro conjugante de la cultura. Antes de seguir la aventura forastera, he pedido que se haga un alto en la marcha vertiginosa que nos empuja a la devaluación de lo nacional y que se examine con fe, con amor, con paciencia y con humildad la raíz de nuestra vida de pueblo y el sentido espiritual de nuestra obra de hombres.

La estructura de los Estados descansa sobre diversos grupos de realidades. Junto con el valor de la geografía donde afinca el pueblo, se impone con fuerza dominadora la conducta social. Esta, en cambio, no mira sólo el ordenamiento actual sino también a la predisposición moral determinada por los imponderables hundidos en la Historia y en la tradición. Ser venezolano es tanto como ser un hombre natural con un apellido social. Defender el decoro del nombre ha sido empresa mirada como fundamental en el orden de la cultura. Aquiles, Aníbal, César, Pelayo, Carlos V, Napoleón, Bolívar, junto con el ámbito y el tono de sus patrias, buscaron acrecer los contornos y la fama de sus nombres. La Historia es la proyección en el curso del tiempo de hombres y de pueblos con apellidos. Para que los pueblos entren en la Historia necesitan la marca de una palabra que los distinga, reclaman una conducta que los personalice. Esa conducta y ese apelativo no se forjan en la alegre aventura de la riqueza, ni se ganan en la carrera precipitada de un progreso sin reflexión y sin espíritu. Ese apelativo y esa conducta arrancan del ser íntimo, profundo, entrañable de las comunidades con autenticidad histórica y con vocación moral. Con los factores genéticos que en el territorio biológico trasmiten las características familiares. cooperan una suerte de genes morales que rodean a los grupos particulares. Un apellido no es una mera referencia para la identificación demográfica. Un apellido anuncia por

sí solo un orden de conducta trasmitido como testimonio de una gravitación histórica. Los colores cuadriculados que distinguen a los clanes de Escocia, tienen un nexo profundo con las características personales de los individuos que integran el grupo. En el orden de las naciones funcionan como fuerzas imponderables esas mismas circunstancias. No se es venezolano porque se haya nacido en un pedazo de tierra, cuyo nombre nos impone como seña policiaca aquella derivación lingüística. Se es venezolano en razón de una carga de historia venezolana que nos fue trasmitida tanto como herencia familiar cuanto como don generoso del paisaje y de la cultura donde se formó nuestra conciencia de hombres.

La gendarmería defiende los linderos geográficos; la policía política y administrativa defiende el decoro de la soberanía pública y la integridad de la riqueza territorial. En cambio, somos los escritores, los poetas, los profesores, los sacerdotes, los políticos, quienes tenemos la misión impostergable de vigilar la integridad del plasma moral que nutre la vértebra de la nacionalidad. Tirteo con su verso ayudó a la defensa de Grecia en proporciones semejantes al ímpetu bravío de sus capitanes. Si Bolívar y Páez ganaron las batallas que aseguraron la vida independiente de Venezuela, Rafael María Baralt, al dar forma a su Historia nueva, se constituyó, también, en Padre de la Patria. Como el suelo y la riqueza, la tradición y la Historia son valores eminentes en el orden de las naciones. Sin Historia y sin tradición las comunidades no superan las etapas de la vida orgánica. Para que el país resista la afluencia de lo nuevo y asimile provechosamente las valiosas aportaciones de la técnica y del capital humano que le ofrece la inmigración, necesita poseer una fisonomía robusta y poderosa de ser trasmitida al impetuoso forastero. Nuestra población es sobrado escasa para lo que pide el marco geográfico; mas, si violentamente se le suma una inmigración que no encuentre elementos que le impongan el sentido y el sentimiento de lo nuestro, quedamos expuestos a desaparecer como unidad moral, para pasar a ser una factoría internacional, de pingüe provecho para toda suerte de aventureros y de mercaderes—ya de trastos, ya de ideas—, a quienes no preocupe la desfiguración fisonómica de Venezuela, siempre que tal

proceso vaya en beneficio de su hacienda personal. Yo no aspiro a que este pequeño grupo de descastados atienda mis palabras. Hablo y escribo para que me entienda la mayoría valiosa del pueblo que lleva en la conciencia la marca indeleble de una venezolanidad no dispuesta a ser trocada con la banal satisfacción trasmitida por la riqueza que se ganó a precio de traición, de vejámenes, de engaño o de indecencia. Yo hablo en venezolano para los venezolanos que no están en actitud de mercar por unas jugosas lentejas la primogenitura que la Historia asignó ayer a nuestros Padres en los cuadros de la libertad y de la dignidad del Nuevo Mundo.

★

Las conmemoraciones históricas son coyunturas valiosas para hacer inventario y examen de conciencia. Al ponernos en los planos del tiempo frente los hombres antiguos, nuestra actitud no ha de asumir carácter de beatería tonta ante supuestas imágenes milagreras. Volvemos el rostro hacia el pasado no para escuchar la música saudosa de los recuerdos, ni para hacer en actitud forzada vanos y vistosos alardes de devoción a los Padres de la República, sino para recalentar los ánimos en la fragua donde los viejos vulcanos batieron el metal resistente del pueblo que ganó la libertad e hizo la República, tan maltratada—¡ay, Dios!—por los hombres llamados a servirla. Si ayer y siempre fue aconsejable tornar al examen valorativo de las fuerzas que demoran en la noche del pasado, hoy el consejo asume dimensiones de angustioso mandato. La crisis de crecimiento que sufre nuestro pueblo amenaza con la propia destrucción de los más finos valores de la nacionalidad. Por donde se lance la mirada escrutadora asoman su sombra los peligros de una filosofía política y social saturada fuertemente por los tóxicos engendradores de la crisis. No es el tránsito de uno y otro estilo arquitectónico lo que amenaza a las viejas ciudades y a la República entera. Con el tránsito de las formas exteriores vienen las facilidades y las mejoras que asegura la técnica; en cambio,

con la mudanza de conceptos, de juicios y de valores se cambia la parte sustantiva donde estriba el discurso que da unidad al pueblo.

Sea así válido el axioma anotado por Toynbee, según el cual no es posible hallar un campo comprensivo para la indagación histórica dentro de un marco nacional, y sea así necesario para la recta inteligencia de la realidad enlazar "lo nuestro" con la pluralidad de los hechos generales de la civilización, ello no empece para que se mire como esencial el fenómeno interno cuando se trata de conformar el destino de una nación. Civilización y nacionalidad no son valores que se contradicen. En el campo moral de los pueblos urge, para ganar las etapas superiores de la cultura, fortalecer los supuestos que dan vigor a las categorías privativas de los grupos, en cuanto persiguen la manera de aumentar su potencial creativo. Para que en ellos insiera provechosamente el caudal que aporta lo modificativo que viene de "fuera", es requerido que exista un tono, un fuste, una marca que señale el alcance asimilativo del proceso de adopción y de trasplante de las formas nuevas.

Espantoso es el riesgo que sufre la conciencia de nuestra nación a la hora de enfrentarse a la decisiva modificación de su destino económico, geográfico y demográfico. Todo se renueva al ímpetu del progreso promovido por la gravedad de poder de su extraordinaria riqueza. Se altera el paisaje urbano y se muda el marco rural para mejor provecho de la riqueza, pero al modificar, alterar y variar el rostro físico de la República, el pueblo queda expuesto a sufrir traumas y adulteraciones por donde se rompen sus estructuras concenciales. En buena hora venga la obra audaz que acorte distancias y aumente la extensión de los terrenos labrantíos; sea saludado con alborozo el poste altivo que soporta la línea de alta tensión eléctrica; celébrese el momento de ver las tierras feraces atravesadas por prontos caminos, con muelles los descuidados puertos, con escuelas los pueblos otrora abandonados; mas, la alegría del encandilado progreso no sea causa de que los ojos pierdan el sentido de la proporción que ha de existir entre la facilidad nueva y la durable resistencia de ánimo de los hombres. Si es meritorio y plausible aquel progreso que se dirige al acrecentamiento de la riqueza y a la divulgación de los

medios de la técnica, mayor precio tienen, en cambio, los programas que persiguen poner a los hombres en el goce y dominio de su propia personalidad moral. En la aventura inconsulta de la obra material y de la riqueza madrugada sin trabajo, ocurre que el pueblo deja, sin advertirlo, jirones de su propia sustancia interior. La ciudad de fuera crece y brilla y luce; mas, la ciudad de dentro, es decir, el reducto donde se recogen los hombres para medir su verdadero tamaño y para soñar sus sueños mejores, ya ni es ciudad, ni es abrigo seguro donde la persona halla el precio de su esfuerzo y la recompensa de su angustia salvadora.

★

La ciudad como valor moral no reclama almenas, ni fosos, ni plazas, ni avenidas, ni atalayas. La ciudad moral necesita hombres. De un sitio a otro de la provincia de los cuycas, Trujillo viajaba como ciudad en el ánimo de sus briosos fundadores. La Nueva Trujillo, Mirabel, Trujillo de Salamanca, Trujillo del Collado, Trujillo de Medellín, La Paz de Trujillo, uno, tres, seis nombres que expresan una misma voluntad y un mismo sentido de dar contornos civiles al andariego campamento. En Escuque, en Burate, en Sabanalarga, en Pampán, en Mucas, la ciudad fue siempre la misma en su dimensión comunal y en su propósito de servir de apoyo y radio a la cultura que se distendía en la selva americana. Desde Diego García de Paredes hasta hoy la ciudad es una misma, así el fundador no pisara la blanca tierra donde sosegó en su marcha de diez años la cruz que iba marcando el rumbo a los inquietos fundadores.

Allá está la Nueva Trujillo, como una promesa resistente. Yo la sueño desde la Vieja Trujillo, donde nació su fundador altivo. Para ganar mayor fuerza soñadora, me he acercado una vez más a la solemne pila donde el hijo del Sansón de Extremadura recibió las aguas bautismales. Recia y grande como la de Santa María la Mayor es, también, la pila de la iglesia de Trujillo, donde recibí la gracia del bautismo. Piedra acá, piedra allá. Dura, áspera, rebelde como una agresiva intuición, el hombre la labró hasta hacer

de ella una blanca cavidad cargada de frescura. Copian las pilas el cuenco de manos que se juntasen para recoger la bendición de las aguas. Hace pensar su hondura generosa en la hora feliz en que la piedra se hubiese tornado tierna y flexible para recibir la cándida caricia de las nubes lejanas. Agua y piedra, como símbolo de fecundidad y fortaleza, se juntan en el sacramento inicial de la fe cristiana. Al borde de la piedra, como a la orilla de un dolor permanente, nos hundimos en el seno materno donde, según alegoría de viejos teólogos, somos engendrados para el mundo de Cristo. En esa pila, hoy vacía de licor sacramental, Diego García de Paredes recibió los signos de la fe cristiana. Aquí nació para la vida del espíritu el recio cruzado que dio comienzo con sus acciones heroicas a la ciudad lejana, donde se meció mi cuna y donde se mecieron las cunas de los abuelos que unen mi ser presente al ser antiguo de los hombres que acompañaron en su maravillosa aventura al intrépido capitán extremeño.

Al evocar en medio de esta suave penumbra religiosa la memoria del fundador de mi ciudad natal, mi alegre fantasía imagina un hilo de agua cristalina que saltase desde esta recia taza hasta ir a echarse, como promesa vital, en la oquedad de la piedra que labraron los viejos trujillanos para pila bautismal de la ciudad. Sobre el arco irisado de ese fantástico hilo de agua, mi espíritu ha regresado, también, a mi Trujillo distante, para vivir entre las nieblas del recuerdo una hora de libertad y señorío.

¿Con quién tropiezo? ¡Ah, son muchas las sombras que salen a mi encuentro! Hay apretujamiento de vieja gente en las estrechas y largas calles de la pacífica ciudad. Personas en trajes del siglo XVI y personas vestidas a la moda del siglo XX. Con el jubón del conquistador se parea la casaca del mantuano, afanado por los problemas de la autonomía. Hay indios de modesto calzón de listado y negros de azul camisola de tocuyo. Hay frailes de pardo sayal franciscano y monjas que visten el blanquinegro hábito de Santo Domingo. Tras alguna reja asoma el rostro discreto una linda deidad de ojos negros y breve sonrisa, mientras en el airoso portal una dama severa se toca de negro pañolón, para ir, con la criada sumisa que lleva la alfombra, a la función del Rosario, a que llama la grave, sonora, pesada

campana. La visión se hace cada vez más nítida y precisa y en los rostros se definen los rasgos austeros de los hombres antiguos. Ocupa el primer plano la sombra de los fundadores egregios: Diego García de Paredes, Francisco Ruiz, Francisco de la Bastida, Francisco de Graterol, Francisco Camacho, Diego de la Peña, Juan de Villegas, Sancho Brireño, Alonso Pacheco, Marcos Valera, Alonso Andrea de Ledesma—¡Ledesma, el del caballo de pasos suicidas para defender el decoro y la integridad de la patria naciente!—. Entre ellos y envuelto en la célebre capa escarlata que amedrenta al indígena, tiene puesto prestante Juan Rodríguez Suárez, sumado, como Juan de Trejo y Juan Román, a los primitivos fundadores, más a ley de humanidad que en razón de concertada empresa. Para ganar título de excelencia primiciera en la genealogía americana del asilo político, las autoridades de Trujillo se negaron a entregar a la venganza de los gobernantes del Nuevo Reino de Granada al famoso fundador de Mérida. Contra el odio ensoberbecido, humildemente los trujillanos invocaron el dulce nombre de María Santísima como escudo que defendiese al perseguido. Acá la concordia y el amparo sembraron fecunda semilla llamada a alcanzar categoría institucional en el mundo naciente de América. Cuando se hable de amparo, de asilo, de protección para el perseguido por la venganza de los poderosos, será necesario recordar a los fundadores de Trujillo.

Sitio amable y preferido entre el cuadro de los conquistadores, ocupan las varonas audaces, que fueron de España, bajo la ley de cristianas bendiciones, a tomar sobre sí la responsabilidad del hogar que plantaban los enérgicos capitanes. Son ellas, entre otras cuyo rostro velan las sombras, doña María González, esposa de Francisco Camacho; doña Ginesa Muñoz Montes de Oca, mujer de Luis de Castro; doña Ana Gómez Cumel, compañera de Gaspar Cornieles; la altiva doña Juana Escoto, mujer de Francisco Graterol, a quien viuda desposó el portugués Tomás Davoin; doña Isabel de Cerrada, esposa de Cristóbal Gómez Carrillo; doña Ana Morales, mujer de Francisco Ruiz; doña Antonia Samaniego Cuaresma de Melo, esposa de Sancho Briceño. Se las olvida en el recuento de las acciones heroicas, mas ellas son, también, artífices insignes en la obra imponderable de forjar la nueva Patria. Tuvieron ellas a su cargo la ca-

llada catequesis de los hijos y de la servidumbre indígena, cuando de fuente ovejuna fue pedida la destitución de los clérigos Castillo y Fernández, más dedicados al cultivo de alegres pecados que a la formación de la conciencia de los niños y de los indios. A duro golpe de hacha labraron los hombres la cruz que fue marcando el rumbo azaroso de la trashumante ciudad. Las manos, en cambio, de las recias matronas signaron con suavidad de alas sobre la frente de los pequeños la cruz que daba tono a la cultura que se expandía en la selva americana, y mientras los capitanes gobernaban a gritos a la sumisa indiada y al negro esclavizado, ellas, con voz de seda, enseñaban a indios y negros las castizas preces del culto verdadero. Si se honra a los ínclitos varones que conquistaron la tierra, estas generosas abuelas sin miedo reclaman el homenaje del pueblo, cuyos hilos vitales ganaron resistencia en la rueca amorosa de sus sueños transparentes.

Más allá de la sombra venerable de los Padres antiguos, aparece el rostro severo de los grandes criollos que, al ímpetu de la sangre altiva del conquistador, juntaron el grito imperioso de la tierra que dábales sello por donde ya la nacionalidad comenzaba a diferir de los valores absorbentes de la metrópoli lejana. Juan Pacheco Maldonado —mayor entre los primeros hombres nacidos en Trujillo— muestra el talante autorizado y venerable, que obliga a sus paisanos a llamarle Gobernador cuando ya no pesa sobre sus manos ni la sombra del bastón de magistrado. Rodeando la figura solemne del prócer, se miran, en grave y discreta postura, junto a los hijos altivos, a los yernos diligentes, a cuyo oído llegaron tanto la voz que pregonaba la belleza y la altura de las damas, como la fama de las grandes riquezas del viejo Pacheco: el Marqués de Marianela, Gobernador de Venezuela, Consejero de Flandes, agraciado con el hábito de Santiago y más tarde Gobernador de Murcia y Cartagena del Levante, que desposó a doña María del Aguila; don Manuel Felipe de Tovar, sobrino del célebre obispo don Mauro, quien casó con doña Juana, viuda del Gobernador de Cartagena de Indias, don Francisco de la Torre Barreda. Acompaña, también, al egregio patriarca, su ilustre cuñado don Juan Vázquez Coronado, hijo de Salamanca y sobrino del famoso Adelantado de Costa Rica,

cuya estirpe memoraba con honra los servicios que los mayores prestaron en la Corte de Felipe II. Es el otro, Cristóbal Verdugo de la Bastida, regidor de la ciudad y pacificador de Nirgua con Garci González de Silva. El de más allá es Sancho Briceño de Graterol, Teniente Gobernador en Maracaibo, Regidor Perpetuo de Trujillo y recio pacificador de la Laguna.

Imponente y airoso aparece el Capitán Juan Ramírez de Cegarra, quien, con Cervantes, acompañó a don Juan de Austria en la célebre batalla de Lepanto, y cuyas armas pétreas, sobre el ancho portal de la mansión solariega, son las únicas que aun duran en la ciudad pacífica. Aquél es Andrés Marín Granizo, alegre andaluz de inquieta vida, que acaba de desposar a doña Juana de Vilches y Narváez, nieta de Lucas Mejía y de Sancho Briceño, por donde se enreda con sangre de Trujillo el hilo genealógico del Libertador Bolívar. Más allá está Francisco Cornieles Briceño, metido todo entero en su carácter de mayorazgo de la cuantiosa hacienda, vinculada a la primogenitura de la estirpe por su padre el Capitán Francisco Gómez Cornieles, patrono de la iglesia y convento de la Candelaria, de él protegidos en forma espléndida, a razón de voto hecho, ya cuando el caballo desbocado detuvo los remos al borde del precipicio que mira hacia el Castán, ya cuando bravía res desgaritada amenazó en el mismo sitio su vida y la vida de la esposa. La gente, una generación corrida del suceso, no atina ya a fijar el riesgo que obligó la conciencia del cumplido promesero.

Suelen hacer juntos el obispo Alonso Briceño y su sobrino el fraile don Diego, el trayecto que separa el convento franciscano de la Iglesia Matriz, donde hoy tiene su catedral el estudioso Prelado. La gente se arrodilla al paso del Obispo y las señoras se santiguan al recibir su generosa bendición. Hombre de recias disciplinas filosóficas, don Alonso tiene a flor de labios temas graves, sutiles, inasibles, que rozan con los profundos e intrincados temas de la existencia, de la esencia, de la unidad y de la entidad de las cosas. ¿De qué habla el Obispo?, preguntan quienes le pillan algún final de frase, sólo comprensible para las mentes metidas en los mismos problemas de quididad, aseidad y unidad que ocupan los graves ocios episcopales. Hoy, sin embargo, no habla el

Prelado de estas cosas ininteligibles; dice en cambio, al sobrino cómo después de honda meditación, ha resuelto autorizar el culto público a la Virgen Santa María en su venezolana aparición de Coromoto a los afortunados indios cospes. "Las pruebas son muchas, declara, de que la Santísima Virgen se ha dignado bendecir con la dulce huella de sus plantas este suelo afortunado". Entre nieblas se divisa la respetabilísima figura del doctor Cristóbal Rodríguez de Espina, médico el primero que celebró asiento con los trujillanos para el cuidado de la salud, lo cual no fuéle parte a que en lance de honor rindiera al enemigo, con la misma fuerza con que se enfrentaba con los temidos corsarios. Ruido de voces y agitación desusada levanta la presencia en la ciudad del Capitán Fernando Manuel Valera de Alarcón, comisionado por el Teniente Gobernador para ir con su compañía de valientes soldados a detener el avance del feroz pirata Gramont en los Llanos de Cornieles.

Para distinguir a todas estas sombras, precisaría vivir de nuevo la vida de la ciudad o gozar el privilegio de una rapaz mirada que abarcase de un atisbo el desfile solemne de los hombres antiguos. Disminuyó un tanto la densidad del pueblo cuando ocurrió el incendio destructor a que la sometió el corsario. Muchos fueron los vecinos que se alejaron de la ciudad y sobrada la indigencia a que fue reducida la población. Pero la constancia en el trabajo promovió el recobramiento de la antigua riqueza y luego el cacao, el tabaco, la harina y los cueros salen por Moporo y La Ceiba, para retornar en forma de útil mercancía y de abundosos doblones. A fines del siglo XVIII, el café y el añil han venido a robustecer el poder económico de la región, y sobre él asientan su prestigio, entre otros ilustres patriarcas, el viejo Antonio Nicolás Briceño, señor de la casa grande que hace al poniente frontería con la Plaza Mayor, y a la cual se ven entrar, no sin rendir homenaje a las armas que lucen sobre la piedra de los vistosos portales, los indios que se allegan con sus problemas de tierras a pedir el amparo de su Protector General. A las márgenes del Motatán tiene tierras don Antonio Nicolás, y como él, este otro distinguido caballero que se llama don Jacobo Antonio Roth, venido de Caracas a sumarse al mantuanaje trujillano y que hoy ocupa sitio puntero en la dirección de las cosas de

Trujillo. Sigue el desfile de sombras y ya don Jacobo Antonio ha abandonado la empolvada peluca y la hebilla dorada del lustroso calzado, para vestir más a tono con la sencillez de la República. Cuando sonaron las voces que clamaban por la autonomía de la región, el viejo Roth se puso a la cabeza del movimiento, y con don Manuel Felipe Valcarce Pimentel, el fraile Ignacio de Alvarez, el padre José Ignacio Briceño, el padre José de Segovia, Pedro Fermín Briceño, don Emigdio Briceño, don Juan Pablo Briceño Pacheco, don Angel Francisco Mendoza y otros patricios, ha formado la junta que se dijo representante de los derechos del pueblo. La ciudad tiene un aspecto nuevo y los rostros de la gente se ven iluminados por una sonrisa que acusa la fiesta interior de espíritus que estrenan y gustan a buen paladar el decoro y la libertad de la República. El gentilicio se estremece de gozo cuando llegan voces de Caracas con noticias de que el Congreso de la Confederación ha designado un triunvirato para ejercer el Poder ejecutivo, cuyo primer número es el ilustre trujillano don Cristóbal Hurtado de Mendoza, quien si a fines del siglo pasado levantó minuciosa probanza del entronque de su estirpe con altivos hidalgos de la Península, ahora se apellida solamente Mendoza, para ganar el decoroso nivel de la llaneza democrática.

A lo sayes lastimeros que arranca la subsiguiente caída de la República y la visión dantesca de las cárceles donde han sido reducidos los patriotas, sucede el ruido de armas y de alegres trompetas que anuncian la llegada de Bolívar. Como un relámpago amenazador ha entrado en la ciudad el genio de la guerra. En Carmania, conversando la víspera con el padre Francisco Antonio Rosario —entonces alegre levita de ligera conducta—, discutió los términos de la incendiaria proclama. La guerra será para en adelante sin piedad ni prisioneros. Si nos asomásemos al ventanal de la casa donde Bolívar tiene su cuartel general, veríamos un impresionante espectáculo. Larga ha sido la vigilia en que de nuevo el joven caudillo explicó los alcances de su terrífica declaración. Prisiones y vejámenes sufrió el presbítero José Ignacio Briceño, en razón de haber sido miembro de la junta que declaró la independencia de Trujillo. A sus oídos ha llegado noticia de la capilla que sufre en Barinas su deudo el Diablo Briceño. Sin embargo, en un ángulo

del hermoso salón donde Bolívar discurre, el levita hunde la mente en profundas reflexiones. Mientras el genio de la guerra dicta al asombrado amanuense Andrés Aldana los términos fulminantes de la célebre proclama, el padre Briceño levanta la mirada hacia el cielo y los rojos colores de la estofada madera del rico artesonado le parecen llenar de un halo sangriento el ámbito todo de la Patria. Sangre será el destino transitorio de la sociedad venezolana. Sangre y muerte proclamadas en Trujillo como triaca acérrima para reducir la voluntad de los enemigos de la República. Tras la visión ensangrentada de la guerra sin cuartel, en la ciudad se hará una atmósfera de celeste limpidez, cuando Bolívar esté de nuevo en ella, después de reconquistada la región por las armas de la libertad. Ya no es Bolívar, como en 1813, el genio enfurecido de la venganza sino el guerrero exornado con los símbolos de la magistratura institucional. Su fuerza no está únicamente en el brazo que sostiene la fulgurante espada de la victoria, sino en la mente rápida que organiza la República. Viene hoy en plan pacífico a dar un giro nuevo a la causa nacional. El 20 de noviembre de 1820 se firman los tratados que regularizan la guerra y en los cuales España ya no trata de rebeldes a sus antiguos colonos, empero reconoce la existencia de la República de Colombia. Si ayer en Trujillo ganó protocolos el derecho de matar, hoy, en cambio, se proclaman en su seno, frente a los sombrosos cedros de la Plaza Mayor, a dos pasos de la iglesia principal, los derechos a la paz y a la justicia que asisten a las víctimas de los odios fratricidas, y se reconoce, al mismo tiempo, por la Madre Patria la existencia de un orden institucional que hace de las viejas provincias ultramarinas del imperio español, comunidades con formas de república. Sí, aquí en Trujillo la Patria nueva celebró el primer tratado con nación contraria a los intereses irrevocables del mundo americano; aquí en Trujillo, pese a que la inmediata paz impídala el proseguir de la contienda, España dio por vez primera tratamiento de igualdad a una nación de América; si hubiera mejores ojos, se veria cómo en la ciudad de Trujillo comenzó la hispanidad que, renunciando el imperio y las influencias políticas, aseguró el imperio perpetuo de cultura, conquistado para la vieja España por los hombres ciclópeos que siguieron la rota gloriosa

de Colón. Poco tiempo corrido de estos célebres sucesos, de la Iglesia Matriz sale bajo palio el ilustrísimo Obispo don Rafael Lasso de la Vega, para recibir a la entrada de la ciudad al Libertador Bolívar. Si ayer hubo desacuerdo entre la Jerarquía y la República, hoy se absuelven en Trujillo las diferencias y, arrodillado ante el Altar y el Obispo, el Padre de la Patria recibe solemnemente la bendición del Sacramento, como anuncio del patronazgo eucarístico que a la República serále concedido a boca del siglo XX. Si ayer hubo fiesta por el armisticio con España, hoy los espíritus comprenden que un nuevo signo de paz se aposenta en la herradura heráldica de la ciudad afortunada. Bolívar, en nombre del Estado, ha avanzado a mostrar la necesidad de que reine la inteligencia entre el brazo que sirve de apoyo a las instituciones públicas y la palabra que orienta el destino religioso del pueblo. Antes que pedir humillación al Obispo, el Libertador se parea con él en el tránsito fastuoso por las calles de la ciudad, para después hincar los hinojos ante el Prelado revestido de la dignidad pontifical. Hacen los dos la dualidad delicada y difícil que, distinguiendo las respectivas órbitas, reserva a cada autoridad el toño de su altura y la libertad de su misión. Hay fiesta y regocijo en Trujillo por la doble presencia de los altos poderes del Estado. El pueblo corre toros y trepa las cucañas, de cintas y de luces engálanse las calles, mientras austeros salones alégranse con flores y con música para el festejo de Bolívar. Las damas sonríen a los bravos capitanes que han llenado de lauros la historia de la Patria. El Libertador ágil, galante y alegre, más que homenajeado, parece amable anfitrión, empeñoso de hacer que el regocijo no decaiga un momento entre los numerosos invitados. ¿Y cómo ha de estarse sino pletóricos de júbilo ante el héroe magnífico que ha asegurado la vida de Venezuela? Si Bolívar es la Patria. Si Bolívar es América. Si Bolívar es la consubstanciación del verbo de la libertad y de la justicia de los pueblos.

Pasan las sombras como en veloz cosmorama y tras las horas recocijadas de los días de la victoria, viene la lucha dura de la República. Trujillo ha recuperado su autonomía de provincia. Gobierna en ella nada menos que el doctor Ricardo Labastida. En la región y fuera de ella el nombre de este egregio varón es prenda de sabiduría, de rectitud,

de elocuencia y de justicia. Si en Labastida la dignidad cívica está asegurada por su dominio de las leyes, en Cruz Carrillo se hace paradigmática, pese a haber sido el cuartel la universidad donde formara su carácter. El viejo prócer en sus días finales de 1860 recuerda las cargas maravillosas y terribles de Boyacá y de Carabobo, como relámpagos que iluminan la noche profunda y dolorosa de su ceguera, a la par que complácese en memorar los grillos que padeció por defender las instituciones civiles. En una esquina de la ciudad platican dos eminentes ciudadanos. Don Manuel María Carrasquero acaba de hacer salir de la provincia una fuerza militar, sin su autorización de Gobernador introducida en los linderos jurisdiccionales. Carrasquero es la expresión cabal del ciudadano para quien el Poder no es sino feliz oportunidad de servir y de hacer respetar las leyes. Hombre de acero y luces, su entereza brilla como lección de decoro republicano. Sostenido en airosa muleta, su interlocutor escucha atento y complacido las palabras del honesto magistrado. Es frecuente el caso de estos caballeros lisiados en la sociedad venezolana. Son los testigos de la guerra magna, en quienes la invalidez mantiene vivo el recuerdo de la hazaña gloriosa. El coronel Juan Nepomuceno Urdaneta, cabeza de una estirpe ilustre, ha fundado en Trujillo hogar de prez, en cuyo seno el relato de la epopeya se sostiene sobre el mismo metal de voz con que pudo Esquilo relatar la derrota de los persas.

Viven la ciudad y la provincia tiempos cargados de emoción y alumbrados por planes de progreso. La política embarga la mente de sus hombres principales y los aguerridos caudios descansan en los campos labrantíos mientras el cuerno bélico anuncia la hora de poner la gente en pie de guerra. Mas, ésta de ahora no es la guerra que hace héroes para gloria de la Patria. Los personalismos dominan sobre los intereses de la comunidad y la sangre que se derrama en las batallas sirve de abono a los odios y no de aliento al patriotismo. Como en lucha que decidiese la propia razón de ser de la nación, se traban el General Juan Bautista Araujo y las tropas forasteras de Rafael Pulgar. Trujillo se rinde a tiempo que el leonino caudillo de la barba fluvial gana la vía de los páramos, en pos de ruta certera hacia la vecina Colombia. Ayer el sagaz magistrado José Emigdio González

salvó a la región de las huestes federales. Hoy, el guzmancismo necesita doblegar y castigar la resistencia de Araujos y Baptistas, y la ciudad de Trujillo es entregada al pillaje de la fuerza de Pulgar. Hasta los viejos, amarillos, venerables archivos del Colegio Nacional son pasto del fuego destructor. Con los anales del prestigioso instituto, desparecen los anales, también, del convento que a fines del siglo XVI fundó el reverendo Fuenlabrada, cuando los beneméritos franciscanos fueron a Tierra Firme a sembrar la semilla de la fe y de la caridad cristiana. En vano esfuerzo por borrar el ingrato recuerdo de estos hechos de barbarie, Guzmán Blanco eleva el antiguo colegio trujillano a efímera categoría de Universidad, mientras Eusebio Baptista, oyendo las voces de su pueblo vejado, se erige frente al déspota en rectilínea conciencia empeñada en el denuncio de los crímenes contra la libertad y el decoro de los ciudadanos.

Gratas imágenes, vecinas a la contemporaneidad, van apareciendo entre la niebla que vela la visión de la ciudad pacífica. Ancianos venerables, cuyos rostros se juntan con las primeras luces que en mi espíritu prendió el paisaje amoroso de Trujillo, surgen en la memoria con contornos precisos y recios. Sombras que ayer tuvieron vida en el ambiente donde se formó mi voluntad de hombre, vienen a hablarme con la fuerza poderosa de la tierra. Larga teoría de varones ejemplares por el saber y la dignidad cívica, como don Rafael María Urrecheaga; abnegados servidores que, a luces de ciencia y a decoro cívico, unieron derramado espíritu de servicio, como el doctor Diego Bustillos; recios forjadores de riqueza, que pusieron empeño en fomentar la cultura intelectual y el adelanto material del pueblo, ya promoviendo los férreos binarios donde se desliza el ferrocarril que acerca el puerto a la montaña, ya dando impulso a la escuela popular y al ágil periódico, como don Juan Bautista Carrillo Guerra; varones santos que se despojaron de toda materialidad para enriquecer su alto espíritu por medio de la desnudez evangélica, como Monseñor Estanislao Carrillo. Acá quedaron éstos, mientras otros de egregio tamaño y ámbito fecundo, fueron a sembrar en diversas partes de la República la milagrosa semilla del saber y la bondad. Lejos de su región natal crecieron para el ejemplo perenne Caracciolo Parra, heroico Rector en Mérida; el

Padre José Manuel Jáuregui Moreno, columna granítica de la cultura de Occidente; el sabio José Gregorio Hernández, cuyo birrete de doctor se esfuma bajo el halo maravilloso del Santo; Rafael Rangel, investigador insigne que ilustra, como sombría letra historiada, las páginas primeras de la Bacteriología nacional; Monseñor Miguel Antonio Mejía, quien después de haber cebado lámparas en el espíritu de la juventud de Trujillo, fuése a proseguir en Guayana la obra episcopal que dió relieve a su antecesor, el altivo trujillano don Antonio María Durán; hay políticos, hay poetas, hay sabios, hay guerreros, hay industriales, hay labriegos que son prez y sentido de la tierra; hay pueblo humilde y sufrido y olvidado, cuyas espaldas sirvieron de soporte a la prosperidad ajena y en cuyo espíritu absorto y sencillo se recogen hoy las voces que mejor guardan el secreto valioso de la dignidad de la nación. Escuchar éstas, es caso imposible; evocar a aquéllos, sería deseable en esta hora de recordación solemne del pasado de Trujillo. Sin embargo, en parte y a través de la sonrisa festiva de la anécdota, he hecho un llamado amoroso a la grata memoria de valiosos trujillanos cuya voz precisa escuchar siempre. Para que el pueblo nuevo tenga la visión de sus méritos, he buscado en ellos, junto con la palabra magistral, el tono suave que mejor los presente en su función de abuelos generosos. Son ellos, en realidad, suerte de patrimonio decoroso que mano alguna es capaz de arrancar de nuestro gozo perenne. Sombras ilustres que yo evoco en esta hora dolorosa de mi ausencia de la Patria, desde la altiva figura del empenachado conquistador que domeñó la rebeldía aborigen, hasta estas siluetas vagas y escurridas, cuyos pasos parece que labrasen alfombras de silencio, como la inefable Sor Florentina Castellanos —última expresión en el Trujillo del siglo XX del Trujillo del siglo XVIII—, todas ellas, así sobradas de vigor, pálidas así como rayos de luna mortecina, me pertenecen como don preclaro y permanente.

★

En el orden material se me ha podido privar del disfrute de bienes que son substancia de mi propia vida. No me es dado respirar hoy el aire blando de mi ciudad natal, ni menos puedo doblar devotamente la rodilla sobre la tierra amada que protege el sueño transitorio de mis padres. Todo se me ha arrancado en apariencia, mas no ya el señorío sobre mi propio mundo cargado de sueños y tristezas. Lejos de lo que es mío por gravedad de Historia y por título de angustia, me siento, en cambio, dueño de mi altivo dolor. "Podréis hacerme abdicar de mis glorias y de mi Estado, pero de mis tristezas, no", hace decir a Ricardo II el misterioso Shakespeare. Todavía soy rey de mis tristezas y de mis sueños, puedo exclamar, al igual del desafortunado personaje: mas no rey servil de una cultivada tristeza para llorar como vencido, sino señor de recio dolor que da subida claridad y lustre más intenso a la fuerza de mis sueños. Mayor limpidez así tendrá mi voz y tono más altivo alcanzarán así las palabras que dirijo a mis hermanos de Trujillo, a la hora feliz en que la ciudad que es cabeza y germen vital de la región, se acerca al peso y a la dignidad de contar cuatrocientos años de existencia.

Para hablarles en trujillano cabal, he querido entonar mi áspera voz antigua con la gravedad que le trasmite el tornavoz de las recias bóvedas de piedra, a cuyo amor formó su espíritu de cruzado el ínclito Diego García de Paredes. Faltará a mis pies la legítima tribuna alzada junto al pedestal de Bolívar o de Mendoza; en cambio, empinado sobre el roquedad de la vieja Trujillo mi mensaje adquiere eficacia de simbólico pregón, que llama a los hijos de la región trujillana a la devota memoria de los anales fecundos del pueblo. Ningún sitio mejor para el anticipo de la voz festiva, que este altivo berrocal de donde fuéle el fundador y fuéle el nombre que, a través de España, de Roma y de Atenas, atan su destino moral al mundo imperecedero de Cristo.

Jamás ha sido rendido quien tuvo voluntad de vencer. Así no alcance el objetivo inmediato de su esfuerzo, tras la aparente derrota, logra, en cambio, el regusto de un triunfo mejor aquel que esperó el final de la jornada para graduar la calidad del éxito. Con divina elocuencia el Salmis-

ta dícenos cómo "cosechará entre cánticos quien abonó con lágrimas la tierra". Sobrado de miel, al goloso fatiga el panal; empero, quien sólo recibió la cera amarga, quedó por dueño y señor de la substancia de la luz. Sobre mis espaldas, pues, el zurrón de las semillas y la carga de la cera, detengo hoy el paso peregrino, para hacer alto en sitio donde mi luz se encienda para alumbrar de amorosas palabras la historia de mi ciudad natal. Por fortuna mía y para eficaz lección de fortaleza y resistencia, puedo sumar a mi voz las esencias imponderables que duermen en las mismas invariables recias piedras que sirvieron de espejo de energía y paciente aguante al alegre fundador de la Nueva Trujillo.

Desde la Trujillo extremeña, con voz que junta a un pasado lleno de descomunales hazañas, el vaticinio entusiasta surgido a la nostalgia de la patria lejana, el hijo de la Trujillo reciente se descubre ante el recuerdo de la madre distante. Superando el incendio de los odios mostrencos e inútiles, que a muchos reseca las palabras, yo saludo a mis hermanos de Trujillo con el verso esperanzado que en nuestro himno regional dícenos cómo

en la Historia Santana es Amor...

Cuando el poeta opuso al indómito valor de Ribas en Niquitao el diálogo sosegado de Bolívar y Morillo en la inmortal Santana, consignó en la tabla educativa del pueblo una valentísima intuición. Con el arrojo enderezado a fijar la realidad de la Patria independiente, pareó, y en grado de excelencia, el precio de las virtudes que dan robustez y sentido a la comunidad. A perfume derramado en la cabeza y que baja por las barbas de Aarón, compara la Escritura la existencia pacífica de los hermanos. A esa unión feliz tiende por sobre todo otro destino la ciudad. Ni la torre altiva, ni el resistente muro, ni la anchurosa plaza, ni el teatro cómodo hacen su seguridad y su ventaja. La ciudad, sobre el valor de la piedra y el peso del ladrillo, es una fornida comunidad de hombres que, sintiéndose comprometidos en una misma empresa de cultura, se esfuerzan tanto por levantar su propia conciencia de humanidad como por alzar el tono que les hace sentir y amar más vivamente la existencia misma.

Comienza su vida la ciudad en el diálogo modesto que antes que aquél partirse, mantiene el trabajador que permanece en el sembrado o junto al fuego donde cuece el tiesto primitivo, con el hermano salido a la aventura de la caza o de la pesca. Se bifurcan las actividades para satisfacer mejor las urgencias de la vida. Al uno, el trabajo sedentario; al otro, la conquista de lo distante. Corre aquél los caminos lejanos; teje aqueste el verso tosco, donde se apoya la memoria de los antiguos fastos. Para asegurar la distribución de los bienes que dan sosegado ritmo a la existencia, luego se someten al consejo y a la autoridad de quien, por sus nobles acciones, mejor garantiza el disfrute del suelo y la tranquilidad del sueño. Empresa de crecer para dar ámbito al espíritu, la comunidad realiza lo que a todos conviene en función de la causa final por donde la vida tiene sentido y clave. Sobre lo que le da bulto en el plano externo, gana señorío la ciudad interior, buscadora de lucimiento para los espíritus empeñosos en ganar los supremos ideales que hacen placentero el curso de la Historia.

Problema de unidad y de concordia, la ciudad, cuando no siente en sí y en su provecho la presencia creadora y alegre de todos los hombres que constituyen su plasma cívico, son como castillos sin barbacanas y como torres sin voz. Ciudades vacías, así se mire en ellas apretujada gente; tristes ciudades, se oigan así en su recinto pífanos sonoros y altivas trompetas, aquellas donde la discordia reina y cuyas puertas fueron cerradas arbitrariamente para el regreso de los hijos ausentes.

A superar estos reatos dolorosos deben activamente enderezar su esfuerzo quienes aspiren a ver cimados de gloria los blasones que sirven de símbolo a la ciudad. Poco precio tiene la recordación de las antiguas hazañas y de los audaces gestos de los antecesores, si de ellos no se extrae una lección decorosa que ayude y beneficie el convivio nuevo. Vivir, existir, constituye una actitud que supone relación e inteligencia. No se vive solo. Se vive con seres que complementan nuestro propio sentido de la existencia. La ciudad es justamente la metodización de todos los esfuerzos enderezados a hacer fácil y segura la vida de hombres nacidos y formados bajo un mismo signo histórico. Pulir y recalentar los valores que ani-

man a esos signos, es la función y la finalidad de las recordaciones centenarias. Con ellas gana nueva perspectiva el destino de los hombres, que ayer se juntaron para dar fecundo impulso a la cultura. No modifica al pasado la acción de los hombres presentes; empero, nuestro comportamiento, al dar vida nueva a los hechos antiguos, transfigura, hasta descubrir en ella valores insospechados, la conducta de los antecesores. El sentido optimista de la tradición y de la Historia lleva a exprimir nuevas vivencias de las acciones de los hombres antiguos. Cuando evocamos la procera gesta y cuando reflexionamos sobre la actitud ejemplar de los grandes muertos, agregamos a nuestra conciencia actual algo de lo que en ellos no se hizo Historia.

Parezca así recoleta la finalidad de estas conmemoraciones, cuando las ciudades y las naciones se festejan a sí mismas, afirman, sobre sillares de tiempo, los valores que les dan sentido y personalidad en el cuadro general de la existencia humana. Al ser y sentirse más ciudades y más naciones, se sienten y se saben con mayor fuerza para servir a la obra conjugante que persigue el esfuerzo universal de los hombres.

Caerán en la tumba nuestros huesos, mas en la trama histórica tan presentes y vivos quedan los hombres que supieron cumplir su deber, como los que hoy trabajan con éxito feliz y como los que en el secreto del germen esperan el llamado del tiempo. Para el buen ciudadano no hay temporalidad inválida sino luminosa permanencia en el área de la creación. Nutridos de esos fecundos, generosos, nobles sentimientos nos es fácil comprender cómo por el amor a la ciudad y a la nación, aseguramos anchos caminos para ganar el mundo. Así, también, sabremos pese a la desgana de quienes miran en estas circunstancias mostos propicios para sólo la embriaguez romántica, cómo al ir al encuentro del poderoso pasado de la ciudad, ayudamos a reedificar y a fortalecer los muros de la ciudad nueva...

Trujillo de Extremadura y Madrid,
Verano de 1956.

C O L O F O N

A cuatro años de distancia de la Patria, he escrito estas líneas con el mismo sentido de realidad nacional que me diera el vivir al amor de sus aires generosos. Al asumir una vez más el tono de alerta que desde largos años caracteriza mi palabra de escritor, siento que humildemente cumplo el deber que me marcó el destino entre los hombres de mi tiempo. Tediosamente insisto sobre la necesidad de remover los mostos del pasado para exprimir de ellos el sano y altivo espíritu que mejor nos guíe en la conquista de un futuro pleno de autenticidad y resistencia. Jamás he logrado explicarme la visión negativa y cadavérica de quienes miran la Historia como materia de museo. Para mí la Historia tiene un valor de placenta en plenitud funcional. Romper el cordón que a ella nos une es manera de suicidio moral, muy recomendado, en cambio, por quienes, a causa de no sentir la gravedad de la propia existencia, desconocen su responsabilidad en el orden del ser. Otros, a su modo, aprovechan la cuerda umbilical para estrangular a la criatura nueva y ofrecernos en su lugar un bastardo de inclusa, por donde la estirpe ganaría un falso prestigio cultural. A la alegría de las fiestas centenarias va a sumarse la gravedad de mi regocijada voz de ausente, deseoso de hacerse presente a la hora del deber. Desde la Madre Patria pienso en Trujillo como flor germinal que dió en mi región nativa vida a ciudades y pueblos cuyos hijos ostentan con amor y orgullo el gentilicio trujillano. Desde la Trujillo materna, yo he visto a la Nueva Trujillo como anciana venerable, rodeada de los pueblos que de ella surgieron con ímpetu maravilloso de progreso. Ese haz de ciudades, que sirve de corona a la metrópoli

regional, mírolo, a la vez, como expresión reducida de la vigorosa unión de las ciudades y de los pueblos que buscan en Caracas la gravedad histórica de la venezolanidad. Impulsado por la fuerza progresiva de estos valores, me siento tanto más venezolano cuanto más advierto el impulso nutricio que me dió Trujillo, y cuanto más siento el reclamo angustioso de Venezuela, más me sé hombre de América y más obligado así a servir la causa de la libertad, de la justicia y de la igualdad que han de reinar entre todos los pueblos y todos los hombres de la tierra. No en balde la madre España nos legó la universalidad de lo cristiano. Sea mi agradecimiento para la Empresa Editorial "El Noticiero", de la muy noble y mariana ciudad de Zaragoza, donde al cuidado cariñoso de don Eduardo Berdejo se han compuesto estas páginas durante los días cargados de angustias y promesas del mes de diciembre del año de gracia de MCMLVI.

AJUSTE EDITORIAL

Me ha todacado concluir en Roma la revisión de estas páginas, destinadas a dar contornos de unidad a gran parte de mi desmirriada labor literaria. Tal circunstancia hace que aparezcan datadas en la vieja ciudad de los Césares y de los Papas las presentes líneas de ajuste editorial, con que quiero ser leal a la costumbre de estamparlas en mis libros. Releídos pacientemente los trabajos que forman este volumen, he comprobado una vez más lo que ya apunté en el Prólogo General; un hilo monótono entrelaza la mayoría de los temas por mí tratados como escritor. Junto con la insistencia de volver sobre los permanentes supuestos del espíritu, la idea fundamental de levantar el significado de lo nacional, no como dimensión agresiva, sino como recio apoyo para la mejor formación de valores de cultura que nos den derecho de palabra en el diálogo de los pueblos libres. En la hora difícil del mundo americano tal insistencia adquiere a veces carácter de temeridad. También en el orden de los mitos fue peligroso servir con voces oportunas a la defensa de las ciudades. En el Patio del Belvedere he tropezado con el signo más elocuente de las desgracias que pueden ocurrir a quien se adelante a anunciar el peligro que en determinada hora amanece a las naciones. Laocoonte, según el canto de Virgilio, recomendó con insistencia a los troyanos que no dejasen entrar en la ciudad el caballo de madera. Apolo le había hecho entender que en el vientre del fingido animal se escondían los enemigos de Troya. El aviso costó al leal sacerdote que sierpes feroces, patrocinadas por Minerva, lo estrangulasen en unión de sus hijos. Frente al mármol angustioso de las Galarías del Vaticano yo sentí la presencia de una realidad que me ha herido en el propio pellejo. Mis pasos forzados a través de estas viejas ciudades que guardan el secreto de la civilización mediterránea, han sido impulsados por sierpes semejan-

tes a las sierpes que persiguieron a Laocoonte por su oportuno aviso a los troyanos. Asumiendo aspectos varios, los anuncios encaminados a defender los valores esenciales de la nacionalidad dan un aspecto redundante a mi obra literaria. Con ella poco pretendo enseñar. Nada nuevo ofrezco en el orden de la creación estética, ningún sistema propugno en el área de la indagación de los valores del espíritu. Por lo contrario, al descubrir errores que se deslizaron en anteriores ediciones, me aseguro más de mi pobreza literaria. Me limito a repetir palabras viejas y a desempolvar figuras que ayuden, por el ejemplo o el contraste, a interpretar nuestra tormentosa historia de pueblo y a tomar de ella lecciones fecundas. A las cosas las llamo por su nombre, sin esquivar responsabilidades y sin buscar otra cosa fuera del propósito de servir. Quien busque en mis escritos la idea que les sirva de numen, podrá encontrar un pensamiento que de lo racional salta a lo nacional, para ganar impulso que se extienda hacia la comprensión de una justicia universal donde fulja la idea del hombre como dominador de los astros, según plástica expresión de Maritain. La presencia de ese pensamiento en mi ya largo trabajo de escritor hace que hoy mire como obra de un destino benéfico que el libro donde se acumulan páginas ora dedicadas a valorar el ámbito restricto del pueblo natal, ora a exaltar los valores de la nacionalidad venezolana y a defender el contenido unitario de las esencias históricas que dan valor y forma al mundo hispanoamericano, lleven por remate este ajuste editorial, escrito en la propia capital del mundo que espera el definitivo apocamiento de las águilas voraces de los Césares para que mejor vuelen las tímidas palomas evangélicas. Roma, XXIV - VI - MCMLIV.—LAUS DEO.

INDICE

Páginas

PROLOGO GENERAL IX

CASA LEON Y SU TIEMPO:

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICIÓN 3

INTRODUCCIÓN 5

I.—Un previsor de hierro 9
II.—Los Fernández de León 16
III.—La forja del erario 19
IV.—El terrible cancelario 21
V.—Don Antonio se abre paso 25
VI.—Don Esteban, intendente 31
VII.—Soplan aires de fronda 42
VIII.—El señor de Maracay 68
IX.—La tormenta se avecina 80
X.—El marqués de Casa León 108
XI.—"Otra época empieza" 115
XII.—En plena tempestad 129
XIII.—El marqués agazapado 145
XIV.—El parricida 163
XV.—Estrellas encontradas 176
XVI.—Un hombre de orden 185
XVII.—Por tierras de España 194
XVIII.—¡Pobre viejo! 200
XIX.—Epílogo 211

Páginas

EL REGENTE HEREDIA O LA PIEDAD HEROICA:

Prólogo de la segunda edición ... 217

Introducción ... 221

I.—Todo un hombre ... 229
II.—Heredia en Coro ... 236
III.—Paternidad ... 246
IV.—Vida solitaria en La Florida ... 249
V.—Negociador de la paz ... 258
VI.—Desde la vieja Patria ... 284
VII.—El encuentro con la barbarie ... 292
VIII.—Un amigo de la Humanidad ... 304
IX.—La piedad heroica ... 329
X.—El gran sacrificado ... 342
XI.—El severo historiador ... 359
XII.—Camino de la muerte ... 365
XIII.—Coda ... 373

EL CABALLO DE LEDESMA:

Prólogo de la tercera edición ... 381

Prologuillo tonto para la segunda edición ... 383

El jinete solitario ... 385
La prudencia culpable ... 388
La deuda de las generaciones ... 394
La vida de los héroes ... 399
La crisis de la caridad ... 403
El retorno de Bolívar ... 409
Acerca de la jerarquía ... 412
Las virtudes del olvido ... 417
Urbanidad y política ... 421
La agonía del héroe ... 425
No tener la libertad ... 428
Hacia la discordia interior ... 433
Acerca del voto de la mujer ... 438
En defensa de Ledesma ... 441

Pequeño tratado de la presunción ... 445

Páginas

MENSAJE SIN DESTINO:

Prólogo ... 459

INTRODUCCION Y DEFENSA DE NUESTRA HISTORIA:

Palabras previas ... 527
Nuestros estudios históricos ... 531
Suelo y hombres ... 539
Ambito y razón del humanismo americano ... 549
La leyenda dorada ... 562
Sentido y función de la ciudad ... 586
El sentido de la tradición ... 600
La historia como elemento de creación ... 616

ALEGRIA DE LA TIERRA:

Prólogo galeato ... 629
La transformación ... 632
Café ... 633
Una taza de café ... 636
Cacao ... 642
Cambure ... 645
Papas ... 651
Maíz ... 657
Ganado ... 662
Algodón ... 667
Trigo ... 672
El pavo ... 675
La huerta ... 680
Neveras ... 684
La muerte de los Kateyes ... 688
Celuloide y "5 y 6" ... 693
Añil ... 696
Responso a la vieja pulpería nacional ... 699
Guaicaipuro ... 706
Caña de azúcar ... 709
Arroz y tordos ... 716

Páginas

Tabaco ... 720
Yuca ... 729
Tierra ocupada ... 733

MI INFANCIA Y MI PUEBLO:

Carta primera ... 741
Carta segunda ... 771
Carta tercera ... 785
Carta cuarta ... 789

FRANCISCANISMO Y PSEUDO FRANCISCANISMO ... 793

EL RETORNO DE BELLO ... 835

LA TRAGEDIA DE PEÑALVER:

I.—El austero repúblico.—El Cincinato de los Auacates.—Camino de "La Cosiata" ... 857
II.—En plena Cosiata.—La quiebra de la legalidad.—La ley del bochinche.—Sacrificio de Peñalver ... 865
III.—También Mendoza.—En plena sedición.—La fe en Bolívar.—El evadido del Infierno ... 872
IV.—En la paz de Trujillo.—Páez sin careta.—La espada imprudente.—La quiebra de Colombia ... 879
V.—El ocaso de Peñalver.—De nuevo Colombia.—El león de Payara.—Muerte del Patricio.—El equilibrio de una vida ... 885

LAS FURIAS DESATADAS ... 889

APUNTES PARA UN RETRATO DE PEDRO-EMILIO COLL ... 973

TRAYECTORIA Y TRANSITO DE CARACCIOLO PARRA. 971

PREPARATORIO PARA LAS POMPAS DE BOLIVAR ... 999

APOLOGIA DE LA CIUDAD PACIFICA ... 1019

Páginas

TEMAS DISPERSOS:

PALABRAS DE RESIGNACIÓN Y DE ENTUSIASMO 1035
MUDA SAPIENTIA 1047
SECCIÓN DE OPTIMISMO 1049
LA PARADOJA DE LA DEMOCRACIA 1052
LA LECCIÓN DE JOHN DABELLO 1061
NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA DE DON FULGENCIO 1065
LA LÍRICA DE JOSÉ ASUNCIÓN SILVA 1070
LÉXICO PARA ANTINACIONALISTAS 1082
DON RAFAEL MARÍA BARALT 1086
EL "MARTE" DE VELÁZQUEZ 1090
POR LA CIUDAD, HACIA EL MUNDO 1095
AJUSTE EDITORIAL 1143

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS
FONDO BIBLIOGRÁFICO ESPECIAL
DE AUTORES VENEZOLANOS

BIBLIOTECA NACIONAL - CARACAS
Reg.
Clas.

CLASICOS Y MODERNOS HISPANOAMERICANOS

OBRAS SELECTAS

DE

MARIO BRICEÑO - IRAGORRY

ESTE VOLUMEN CONTIENE:

CASA LEON Y SU TIEMPO
EL REGENTE HEREDIA O LA PIEDAD HEROICA
EL CABALLO DE LEDESMA
MENSAJE SIN DESTINO
INTRODUCCION Y DEFENSA DE NUESTRA HISTORIA
ALEGRIA DE LA TIERRA
MI INFANCIA Y MI PUEBLO
FRANCISCANISMO Y PSEUDO FRANCISCANISMO
EL RETORNO DE BELLO
LA TRAGEDIA DE PEÑALVER
LAS FURIAS DESATADAS
APUNTES PARA UN RETRATO DE PEDRO-EMILIO COLL
TRAYECTORIA Y TRANSITO DE CARACCIOLO PARRA
PREPARATORIO PARA LAS POMPAS DE BOLIVAR
APOLOGIA DE LA CIUDAD PACIFICA
TEMAS DISPERSOS

UN VOLUMEN DE 20 × 13 CENTIMETROS, CON XX + 1152 PAGINAS, IMPRESO EN PAPEL BIBLIA DE PRIMERA CALIDAD, ENCUADERNADO EN PIEL Y GRABADO EN ORO

EDICIONES EDIME

EDIFICIO CAOMA - IBARRAS A PELOTAS - CARACAS